



Universidad de Granada

TESIS DOCTORAL

*LA VITA BASILII DEL CONTINUADOR DE TEÓFANES:
ENTRE LA LITERATURA Y LA HISTORIA
ESTUDIO DE LA OBRA EN SUS DISTINTAS DIMENSIONES*

Doctorando: Raquel Pérez Mena

Directores: Dr. Moschos Morfakidis Filactós
Dra. Encarnación Motos Guirao

Programa: La Grecia Medieval y Moderna: estudios sobre su Lengua,
Literatura, Historia y Civilización

Universidad de Granada

Facultad de Filosofía y Letras

Departamento de Filología Griega y Eslava

2014

Editor: Editorial de la Universidad de Granada
Autor: Raquel Pérez Mena
D.L.: GR 2043-2014
ISBN: 978-84-9083-228-8

El doctorando, Dña. Raquel Pérez Mena, y los directores de la tesis, D. Moschos Morfakidis Filactós y Dña. Encarnación Motos Guirao, garantizamos, al firmar esta tesis doctoral, que el trabajo ha sido realizado por el doctorando bajo la dirección de los directores de la tesis y hasta donde nuestro conocimiento alcanza, en la realización del trabajo, se han respetado los derechos de otros autores a ser citados, cuando se han utilizado sus resultados o publicaciones.

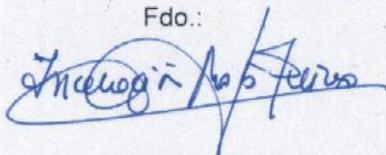
Granada, 22 de mayo de 2014

Director/es de la Tesis

Doctorando

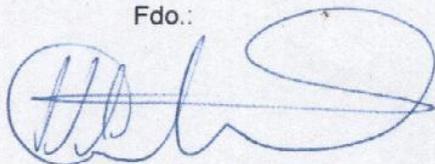
Encarnación Motos Guirao

Fdo.:



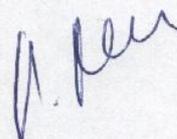
Moschos Morfakidis Filactós

Fdo.:



Raquel Pérez Mena

Fdo.:



*Para mis padres y su incondicional
aceptación, que me ha hecho posible
plantearme escalar esta cima.*

*Para Alejandra e Isabel, que tanto han
colaborado en este trabajo con la inmensa
y generosa entrega de su tiempo.*

*Y por supuesto, para J. C.
Él sabe por qué.*

*“Voy a recitar mi poema para un rey:
es mi lengua la pluma de un escriba veloz (...).
Ciñe tu espada a tu costado, oh bravo,
en tu gloria y tu esplendor marcha, cabalga,
por la causa de la verdad, de la piedad, de la justicia (...).*

*Tu trono es de Dios para siempre jamás:
un cetro de equidad, el cetro de tu reino;
tú amas la justicia y odias la impiedad.
Por eso Dios, tu Dios, te ha ungido
con óleo de alegría más que a tus compañeros.”*

Salmo 45

*“El justo camina en la integridad;
¡dichosos sus hijos después de él!”*

Proverbios 20, 7

*“Corriente de agua es el corazón del rey en la mano de
Yahveh,
que Él dirige donde quiere.
Practicar la justicia y la equidad
es mejor ante Yahveh que el sacrificio”.*

Proverbios 21, 1 y 3.

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	11
INTRODUCCIÓN.....	15
A. PRIMERA PARTE: ANÁLISIS DESCRIPTIVO DE LA VITA	
I. INTRODUCCIÓN A LA OBRA	
I. 1. La Crónica del <i>Continuador de Teófanos</i> y la <i>Vita Basilii</i>	27
I. 1. 1. Teófanos y su <i>Cronografía</i>	27
I. 1. 2. <i>Theophanes Continuatus</i> . Función y lugar de la <i>Vita</i>	38
I. 1. 3. Redacción y fuentes.....	49
I. 2. Motivaciones para una continuación de la <i>Cronografía</i> . La teoría del Ecumenismo Limitado.....	65
I. 3. Ediciones y traducciones de la obra.....	77
II. CONSTANTINO VII PORFIROGENETA, ¿AUTOR DE LA VITA?	
II. 1. Nacido en la púrpura, apartado del trono.....	85
II. 2. Constantino VII y el llamado Renacimiento Macedonio.....	121
II. 2. 1. El círculo investigador de Constantino. Los <i>Excerpta</i>	145
II. 2. 2. Tratados de corte político: <i>De Cerimoniis</i> , <i>De Administrando Imperio</i> , <i>De Thematibus</i>	153
III. EL PERSONAJE HISTÓRICO: BASILIO I, FUNDADOR DE LA DINASTÍA MACEDÓNICA.	
III. 1. Marco histórico.....	161
III. 2. Basilio, un advenedizo de oscuro origen.....	167
III. 3. El reinado de Basilio I, el último gran destello de Bizancio.....	191
IV. LA VITA BASILII.	
IV. 1. Estructura de la obra.....	207
IV. 2. Personajes.....	213
IV. 3. Digresiones y citas.....	227
IV. 4. La lengua de la Vita.....	233

B. SEGUNDA PARTE:
ANÁLISIS DE LA OBRA DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LA
HISTORIOGRAFÍA, EL ENCOMIO REAL Y LA TEORÍA POLÍTICA
BIZANTINA.

I. CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LA VITA Y SU POSIBLE ADSCRIPCIÓN AL GÉNERO HISTORIOGRÁFICO, SU RELACIÓN CON EL ENCOMIO Y LA BIOGRAFÍA.	
I.1. ¿Historia, encomio o biografía? ¿A qué género corresponde la <i>Vita</i> ?	259
I. 2. Las complicadas interrelaciones entre los tres géneros en Bizancio.	275
I. 2. 1. La evolución de las obras de trasfondo histórico tras el periodo clásico.	276
I. 2. 2. Historia, encomio y biografía, hilos para una misma urdimbre en la historiografía bizantina. El caso de la <i>Vita</i> .	293
I. 3. La <i>Vita</i> como obra histórica.	305
I. 3. 1. El sujeto histórico.	306
I. 3. 2. El tratamiento histórico.	307
I. 3. 3. La etiología de la Historia.	329
I. 3. 4. La finalidad de la Historia.	334
II. ANÁLISIS DE LA <i>VITA</i> DESDE LA PERSPECTIVA DEL ENCOMIO ISOCRÁTICO.	
II. 1. La retórica, τέχνη λόγων, pilar básico de la cultura griega.	345
II. 1. 1. Desde la Antigüedad hasta Bizancio.	345
II. 1. 2. La importancia de la retórica en el mundo bizantino.	363
II. 2. La retórica como sistema educativo de corte isocrático.	373
II. 3. El encomio, pieza básica de la retórica epidíctica.	381
II. 4. La <i>Vita</i> y el βασιλικὸς λόγος de Menandro.	409
II. 4. 1. Introducción del tema (προοίμιον).	410
II. 4. 2. Orígenes del soberano (γένος).	411
II. 4. 3. Nacimiento e infancia rodeados de prodigios (γένεσις).	413
II. 4. 4. Crianza y formación (ἀνατροφή).	418
II. 4. 5. Actividades (ἐπιτηδεύματα).	420
II. 4. 6. Hazañas en tiempos de paz y guerra (ἔργα πολέμου καὶ εἰρήνης).	422
II. 4. 7. Comparación con el reinado anterior (σύγκρισις).	436
II. 4. 8. Epílogo (ἐπίλογος).	438
II. 5. La huella del <i>Evágoras</i> de Isócrates en la <i>Vita</i> .	441
II. 5. 1. Aspiración a la virtud del soberano.	443
II. 5. 2. Origen sin mácula y favor divino.	447
II. 5. 3. Portentos y profecías.	449
II. 5. 4. Superioridad moral y física, temor para otros soberanos.	451

II. 5. 5. Ayuda divina.....	456
II. 5. 6. Simple ciudadano destinado al trono por la divinidad.....	460
II. 5. 7. Capacidad de mando y constante vigilancia del Estado.....	463
II. 5. 8. Interés personal por sus súbditos.....	465
II. 5. 9. Reparador del caos anterior.....	470
II. 5. 10. Resolución de problemas fuera de sus fronteras.....	474
II. 5. 11. Su reino refleja la predilección divina.....	479
II. 5. 12. Discurso como estatua o modelo de imitación.....	481
III. ANÁLISIS DE LA VITA DESDE LA PERSPECTIVA DE LA TEORÍA POLÍTICA BIZANTINA.	
III. 1. El pensamiento político bizantino: líneas principales.....	491
III. 1. 1. Origen divino del Imperio y el poder.....	494
III. 1. 2. La figura del emperador.....	508
III. 1. 2. 1. El título de <i>basileus</i>	508
III. 1. 2. 2. Características, atribuciones y obligaciones del emperador.....	510
a) Emperador por la gracia de Dios.....	511
b) Representante de Cristo en la Tierra.....	514
c) Cima de una jerarquía dictada por la divinidad.....	515
d) Siervo de Dios y por ello de su pueblo.....	521
e) Dicta leyes justas como inspirado por Dios.....	525
f) Cabeza de la Iglesia, como ungido por Cristo.....	530
III. 1. 3. El espinoso tema del <i>Cesaropapismo</i> en Bizancio.....	530
III. 2. Funcionamiento de la institución imperial.....	573
III. 2. 1. Elección y proclamación del emperador. La coronación.....	573
III. 2. 2. La sucesión al trono.....	579
III. 3. Las dos grandes líneas de pensamiento como motores de la política bizantina: ecumenismo y nacionalismo.....	587
III. 4. La ideología política en tiempos de los Macedonios.....	603
III. 5. La ideología política en la <i>Vita</i>	621
III. 5. 1. Proemio. Declaración de intenciones.....	621
III. 5. 2. Origen de Basilio.....	625
III. 5. 3. Infancia de Basilio.....	629
III. 5. 4. Juventud de Basilio: el camino hacia la Corte.....	635
III. 5. 5. Trayectoria de Basilio en la Corte hasta la confianza del emperador.....	649
III. 5. 6. Caída de Miguel: de la asociación en el trono hasta el poder absoluto.....	664
III. 5. 7. Basilio, emperador de los romanos.....	674

III. 5. 8. Otras obras del emperador: agradecimientos, construcciones, evangelización.....	717
III. 5. 9. Últimos años de Basilio. La sucesión.....	728
III. 5. 10. Muerte de Basilio. Fin de la obra.....	734
III. 6. La <i>Vita</i> y los tópicos isocráticos de los “Espejos de Príncipe”	741
III. 6. 1. Tópicos retóricos.....	744
III. 6. 2. Tópicos religiosos.....	747
III. 6. 3. Tópicos políticos.....	750
III. 6. 4. Tópicos éticos.....	754
C. CONCLUSIONES	765
D. BIBLIOGRAFÍA	799
E. ANEXO: TABLA DE ABREVIATURAS DE LIBROS BÍBLICOS CITADOS	827

PRÓLOGO

*“And therefore I have sailed the seas and come
To the holy city of Byzantium”*

Yeats, Sailing to Byzantium

La historia de este trabajo es de alguna manera la de una amistad derivada de un trato familiar y cotidiano; de un intento de acercamiento a las intenciones últimas, miedos y anhelos de un ser humano al que la Historia señaló con el dedo para rescatarlo de la corriente común que arrastra a los mortales, tal vez cuando él se había resignado ya a sobrevivir flotando en ella. Y es que Constantino Porfirogeneta, el niño emperador, el mayor deseo de León *el Sabio* y fuente de un problema con la Iglesia, el estorbo para Alejandro y Romano Lecapeno, ya no puede sernos indiferente, sino más bien alguien entrañable y querido después de tantas horas compartidas.

Nuestro primer contacto con él y, por tanto, el origen de este trabajo, tuvo lugar al obtener una beca para realizar estudios de posgrado en Atenas entre los años 1991-1993, una vez finalizada nuestra licenciatura en Filología Clásica por la Universidad de Málaga, en 1990. Uno de los objetivos de nuestra estancia en Grecia, además del aprendizaje y conocimiento de la lengua y cultura griega moderna, era la realización de una memoria de licenciatura dentro de un programa de doctorado bajo el título “Géneros Literarios Grecolatinos en su Tradición”, por lo que consideramos interesante buscar algún tema relacionado con el periodo bizantino, como puente entre el mundo clásico que conocíamos y el moderno en que íbamos a hacer una inmersión. La *Vita* y su autor fueron la sugerencia propuesta por D. Aurelio Pérez Jiménez, nuestro catedrático de griego, toda vez que su línea de investigación se inscribe en el género biográfico, en concreto, en la obra de Plutarco. Por ello, y con toda

justicia, debemos consignar aquí nuestro agradecimiento a quien fue nuestro profesor y guía, no sólo por ayudarnos a iniciar una senda de investigación, sino por su constante apoyo y ánimo en todo el tiempo que estuvimos ligados a la Universidad de Málaga.

En esta primera etapa, pues, de nuestro conocimiento con el Porfirogeneta, realizamos una traducción de la *Vita* al español mientras nos iniciábamos en los avatares de su novelesca vida. Pero igual que en su caso nada salió como se había pensado, también el azar nos apartó por un tiempo de la investigación y del plan trazado; pero quizá por aquello de que, como diría nuestra obra, “la Providencia fuerza las cosas hacia aquello que se propone”, nos volvió a reunir muchos años después dentro de otra investigación doctoral en una Universidad distinta, que hoy concluye con el presente estudio. En esta ocasión los artífices del reencuentro serían D. Moschos Morfakidis Filactós y Dña. Encarnación Motos Guirao, a la postre directores de este trabajo doctoral, quienes desde un principio consideraron necesaria una ampliación de aquel primitivo ensayo como aportación personal que ayudase a cubrir el vacío existente aún en la edición y estudio de las fuentes bizantinas, uno de los objetivos del Centro de Estudios Neogriegos, Bizantinos y Chipriotas (CENBH).

Como suele suceder con los buenos amigos, no fue difícil reanudar el viejo y amistoso trato. En este retorno hemos tenido oportunidad de profundizar mucho más tanto en su situación personal como en la que se considera obra cumbre y joya de la propaganda macedonia, de modo que Constantino se nos ha revelado como un personaje considerablemente más complejo (al menos en nuestra opinión) de lo que a primera vista parece y, por supuesto, de una proverbial paciencia, demostrada no solo en su paso por el siglo, sino ante los lapsos de tiempo transcurridos entre cada uno de nuestros encuentros y la lentitud del proceso en general, motivada por la principal causa de interferencia que se conoce: la vida, con sus vicisitudes y sorpresas. Sólo

esperamos que no haya quedado defraudado del todo con el fruto de nuestra colaboración.

No se puede concluir un prólogo de este tipo sin los debidos (y deseamos recalcar lo cierto y nada retórico del término) agradecimientos a las personas e instituciones que han contribuido a que el presente trabajo sea una realidad. En primer lugar, y de modo muy especial, a los directores de nuestra tesis: a la doctora Motos Guirao por su interés desde un principio, constancia, disponibilidad, paciencia con nuestros interminables documentos, ánimos en los momentos bajos y comprensión ante nuestros retrasos, por mencionar algunas de sus muchas virtudes capaces de hacer llegar a término este estudio; al doctor Morfakidis por su enorme fe en nuestras capacidades, su puerta siempre abierta a prestarnos su ayuda ante cualquier contingencia, incluso externa a este trabajo, su apoyo real y efectivo en todos los sentidos y, cómo no, su humor y la presencia del genio griego en todo lo que hace y dice.

Tampoco olvidaremos al personal del Centro de Estudios Neogriegos, Bizantinos y Chipriotas de Granada, por su enorme apoyo durante todo el proceso, pero sobre todo a Isabel Cabrera, siempre dispuesta a localizar las bibliografías más díscolas, y a Panayota Papadopulu, gran gestora del papeleo, el aspecto menos querido para un doctorando, si bien esa es solo una de las ayudas que le debemos y por las que siempre sentiremos una enorme gratitud. Nuestro agradecimiento entrañable y enorme para Salud Baldrich, constante ayuda moral y logística en la ciudad de Granada; las puertas de su casa y su corazón siempre abiertas para nosotros. A Anabel Fernández, compañera de viajes, papeleos y, sobre todo, de risas y momentos agradables. A Maila García, Charo García, Gonzalo Espejo y tantos otros colaboradores de este trabajo con su cercanía y calor humano.

Y para no incurrir en injusticia reseñemos aquí nuestro reconocimiento hacia la Universidad de Granada por sus fondos bibliográficos y accesibilidad en todo lo relativo a la gestión de la matrícula y demás; a la Universidad de

Creta por su disponibilidad y facilidades ofrecidas para el uso de su Biblioteca durante una breve estancia nuestra en la isla; y hacia la Universidad de Sevilla por el excelente servicio de préstamo interbibliotecario y localización de bibliografía no existente en sus por lo demás ricas bibliotecas, de una agilidad y presteza propias de cualquier centro universitario europeo de calidad.

Y a tantas personas que de un modo u otro han contribuido a la realidad de nuestra tesis, imposibles de enumerar aquí, pero necesarias para su materialización, gracias de corazón. Por último, aunque tal vez sea la razón única, gracias a la cultura griega y a lo que es Grecia hoy; su pensamiento, sus libros, su hermosa lengua y sus gentes, que tanto nos han atraído desde la infancia y tanto nos han regalado en su estadio actual, nuestro más profundo reconocimiento junto al deseo de continuar por sus sendas mucho tiempo más.

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo pretendía en un primer momento ser un estudio exhaustivo de la conocida como *Vita Basilii*, si bien la complejidad de la obra enseguida mostró la imposibilidad de contener en un solo ensayo los muchos matices y aspectos que debería reunir, y que se traducirían en un larguísimo proyecto de muchos tomos y excesivo tiempo de ejecución. Por ello decidimos finalmente hacer una presentación general de la obra y limitar la investigación a aquellos rasgos que consideramos más sobresalientes en ella, y que podrían resumirse en elementos historiográficos, retóricos e ideológicos, entendiendo como tales los principios políticos inherentes al sistema de gobierno bizantino.

De este modo la investigación se ha articulado en torno a dos partes principales. En la primera hemos procurado realizar una descripción de la obra, comenzando por situarla dentro de sus coordenadas históricas, es decir, con el análisis tanto de su autoría como del momento y motivos que llevaron a su composición, además de una revisión del Basilio histórico y el significado de su línea de gobierno, y por extensión la de su dinastía, para el Imperio de Oriente. Asimismo, se ha revisado la estructura de la obra, los personajes que aparecen en ella y el modo en que lo hacen; igualmente hemos procurado describir las principales características de la lengua empleada y su valor literario.

Tras esta exposición descriptiva de aspectos en mayor o menor grado formales de la *Vita*, abordamos su estudio partiendo de la principal cuestión que suele surgir en torno a esta obra, relativa al posible género al que pertenecería. Aunque su proemio la presenta como narración histórica, a

menudo se la califica con términos como encomio real o biografía encomiástica, ya que todos esos elementos destacan con fuerza a lo largo del relato, además de aquellos que pueden considerarse propios de la ideología política bizantina. Preferimos así centrar esta parte del trabajo en el estudio de la obra desde esos tres puntos de vista que se dan cita de manera evidente en el texto: el aspecto historiográfico, el retórico y el político-ideológico.

La intención de esta tesis sería también doble: de un lado reunir en un solo trabajo, y dentro de lo posible y razonable, los principales datos e informaciones relacionadas con nuestra obra, de modo que pueda servir de instrumento base o punto de partida para cualquier investigación ulterior sobre esta, poniendo de relieve además las múltiples lagunas o situaciones aún no resueltas en relación con diversos aspectos descritos a lo largo del estudio, y posibles vías de investigación que nuestra tesis no ha podido concluir. Por otra parte, mostrar la profunda complejidad de una obra que va más allá de un ejercicio encomiástico o un intento más o menos acertado de relato historiográfico o biográfico, o incluso la limpieza del nombre de una dinastía que había conocido un oscuro comienzo: la *Vita* aspira a reflejar un nuevo orden político y a asentar sus bases de cara al futuro sirviendo como modelo para los sucesivos emperadores, previsiblemente macedonios si saben mantener la línea iniciada por Basilio, al tiempo que se erige en la versión oficial más adecuada para asegurar el difícil equilibrio del Imperio en ese momento. De ese modo, funciona a un tiempo como “Espejo de Príncipe”, narración historiográfica y encomio, revelando así el difícil entramado de elementos que la componen y le otorgan ese sello netamente bizantino, donde los géneros clásicos han dejado paso a unas creaciones que desde nuestra perspectiva cuentan con interferencias diversas, pero que además de ser lo habitual en esa cultura tienen claras motivaciones que también se rastrean en este estudio.

Un primer paso en la elaboración de la tesis fue la revisión del texto y de su traducción, realizada años atrás tal y como señalábamos en el prólogo. Cabe subrayar aquí que para tal fin no pudimos emplear la última versión de la *Vita* editada por Ševčenko, por cuanto fue publicada durante la realización del estudio, mas en una fase posterior y avanzada, siendo este uno de los campos a los que habremos de retornar en el futuro.

A continuación, y partiendo del propio texto, nuestra atención se centró en la colección de escritos historiográficos conocida como *Continuador de Teófanos*, ya que tradicionalmente se ha considerado la *Vita* como parte de esta crónica, no sin antes hacer un repaso por el propio Teófanos y su *Cronografía*, obra que se pretendía continuar, y que constituía una referencia fundamental en la época del Porfirogeneta además de una de las escasas fuentes a su disposición. La persona en sí de Teófanos tenía una especial relevancia en aquel momento de restauración de las imágenes tras la querrela iconoclasta, por su firmeza ante las presiones derivadas de su postura iconódula y su halo de santidad, que adquiriría, por otra parte, de manera oficial.

De la crónica de Teófanos pasamos a analizar el proyecto de continuación surgido del entorno del Porfirogeneta: sus divisiones, cuestiones de autoría, posibles fuentes, relación con otras obras paralelas como los *Reinados* de Genesio etc., y en concreto la cuestión del emplazamiento en ella o no de la *Vita* y la posibilidad de su concepción como una obra independiente, junto a las teorías más plausibles al respecto a día de hoy. El debate actual sobre el grado de participación del Porfirogeneta en ella nos llevó a dedicar un apartado específico más adelante.

A partir de todos estos datos parecía insoslayable plantearse las razones que habrían llevado al Porfirogeneta a concebir la idea del *Continuador* y de la *Vita*, por lo que dirigimos nuestra atención en ese sentido, rastreando las diversas teorías en torno a ello, como la del llamado “ecumenismo limitado”, una nueva visión de los límites y posibilidades reales del Imperio de Oriente

ante la situación en que se hallaba, instaurada por el primer macedonio y que en general seguirían sus sucesores, sobre todo su hijo León y el propio Porfirogeneta, una vez alcanzado el poder en solitario.

Para concluir este primer acercamiento a la obra hicimos un recorrido por las diversas ediciones que han tenido la *Vita* y el *Continuador*, ya que a lo largo de su historia han conocido igual fortuna al considerarse la primera una parte de la segunda, hasta la reciente edición de Ševčenko, que también recogemos en dicho apartado. Una actuación similar llevamos a cabo con las traducciones existentes, en este caso, solo de la *Vita*, por ser el centro de nuestro trabajo.

Una vez enmarcada la obra en su coyuntura histórica pasamos a estudiar al propio Porfirogeneta, con especial interés en su verdadera formación y si pudo escribir la *Vita* o en qué modo pudo participar en ella. Hemos investigado así las circunstancias de su vida y las hipótesis más actuales en un asunto que parecía claro hasta hace algunos años, pero que hoy se encuentra en un proceso de revisión, al igual que el alcance del llamado Renacimiento Macedonio, que también incluimos en este momento de nuestro estudio, junto a la variada producción surgida de ese círculo y una reflexión sobre el significado último de esa efervescencia compilatoria y su valor.

En un tercer paso procuramos aclarar la realidad de la persona de Basilio I, qué datos objetivos existen acerca de su vida y su reinado, sus luces y sus sombras, junto a una evaluación de lo que supuso su presencia en el trono para Bizancio, como base real para contrastar con el retrato que la *Vita* hace de él. Finalmente, trazamos una descripción del contenido formal de la obra: su esquema, los personajes, la lengua y otros recursos literarios empleados en ella.

Esta primera fase del trabajo nos permitió concluir que la obra es el corazón de la línea ideológica proyectada por el Porfirogeneta, probablemente porque creía firmemente en la necesidad de mantenerla a toda costa por el bien del Imperio, en una concepción diríamos que religioso / mística del poder,

característica, por otra parte, de su momento histórico y reforzada tal vez por los acontecimientos de su propia vida. Su convencimiento de estar haciendo Historia junto al formato elegido, prácticamente el del encomio real, y el fuerte contenido político reflejado en la obra nos llevaron a acometer un estudio de esta desde esos tres puntos de vista.

En un primer momento, pues, analizamos la *Vita* como obra histórica basándonos en los preceptos historiográficos clásicos (sujeto histórico, tratamiento histórico; etiología de la Historia y finalidad de esta). Previamente, no obstante, hicimos una serie de consideraciones acerca de las relaciones entre el género histórico, el encomio y la biografía en el mundo bizantino, atendiendo a su evolución tras el periodo clásico y en especial en el Imperio de Oriente.

Para poder contrastar la *Vita* adecuadamente con el encomio real nos remontamos hasta el origen de la preocupación que sintieron los griegos desde muy temprano por un arte de las palabras, y recorrimos el proceso que llevó hasta la omnipresencia del fenómeno retórico en Bizancio. Nos detuvimos en la figura de Isócrates y sus ideas acerca del poder educativo de la retórica antes de centrarnos en el encomio propiamente dicho, para luego realizar una comparación entre el modelo descrito en el tratado atribuido a Menandro y nuestra obra. Por último, confrontamos el contenido ideológico proyectado en el *Evágoras* isocrático como modelo de soberanía con el de la *Vita*.

Ya en el apartado de la ideología procuramos trazar las principales líneas motrices de la política bizantina, que giran en torno a la idea del origen divino del poder y la figura del soberano como depositario único de este, con sus obligaciones y deberes. Las relaciones del emperador con el poder religioso, a veces calificado como cesaropapismo se revelaron tan complejas como para constituir un capítulo aparte. Dedicamos asimismo un espacio a la cuestión de la elección y sucesión del emperador, y las implicaciones en un caso tan delicado como el de Basilio y el de su nieto, el Porfirogeneta. Por otra parte

consideramos de interés analizar las dos tendencias tradicionales de la ideología política en Bizancio, la ecumenista y la nacionalista, que de nuevo iban a entrar en conflicto ante el giro que los macedonios habían dado a su política tras la aceptación de otro emperador en el orbe, y la creación de una nueva ecumene bizantina como contrapartida.

El ideario político macedonio propiamente dicho fue otro de los aspectos estudiados como paso previo al estudio del contenido ideológico de la *Vita*. Como colofón hemos intentado poner en relación nuestra obra con los tópicos isocráticos propios de los “Espejos de Príncipe”, por su íntima relación con cuanto habíamos estudiado en el apartado de la retórica y su indiscutible presencia a lo largo de toda la obra.

Huelga decir que la amplitud de las vías abiertas en este trabajo ha impedido culminarlas de manera exhaustiva, si bien se ha procurado profundizar más en aquellas que a nuestro juicio requerían un mayor énfasis. Con todo, en las conclusiones se han reseñado aquellos aspectos inconclusos o carentes de una investigación más a fondo. Del mismo modo, algunos temas genéricos han sido estudiados someramente por necesidad, y solo en la medida en que consideramos oportuno para aportar las claves precisas que servirían como herramientas para el posterior análisis aplicado a la *Vita* en cada caso.

Para finalizar, señalaremos que para las transcripciones de nombres propios y otros términos hemos procurado seguir en general las pautas indicadas por Manuel Fernández Galiano al respecto, salvo en el caso de palabras consagradas de una determinada forma por el uso, o de algunas transliteraciones, debidamente acotadas en cursiva, incluidas así por considerarse útil en un momento concreto su aparición bajo esa forma. Igualmente, a la hora de decidir una forma o construcción en español se ha acudido al criterio del diccionario de la RAE y del *Panhispanico de Dudas* de la misma entidad. Por su parte, las referencias, citas y abreviaturas bíblicas, como se apunta a su debido tiempo en el trabajo, están sacadas de la *Biblia de*

Jerusalén, si bien al final se adjunta una tabla con las abreviaturas empleadas en nuestra tesis. En lo que a la traducción al español de las citas correspondientes a la *Vita* se refiere, la aportación es nuestra, como también lo son los posibles aciertos y errores que contengan, así como en otros casos concretos, oportunamente indicados, como algunos fragmentos de los *Capítulos admonitorios* de Basilio a su hijo León. Dichas traducciones se aportan para facilitar la exposición de determinados puntos o aspectos, y en ningún momento pretenden ser definitivas. En los demás casos una nota a pie de página da cuenta de las distintas ediciones empleadas, recogidas asimismo en el apartado final de bibliografía.

A. PRIMERA PARTE:
ANÁLISIS DESCRIPTIVO DE LA VITA

I. INTRODUCCIÓN A LA OBRA

I. 1. LA CRÓNICA DEL CONTINUADOR DE TEÓFANES Y LA VITA BASILII.

La biografía de Basilio de Macedonia, objeto de este estudio, se ha considerado durante mucho tiempo como parte de otra obra más amplia, conocida como *Continuador de Teófanos*. Con este título se alude al hecho de ser una serie de relatos históricos que retoman y siguen otra obra anterior, la *Cronografía* de Teófanos donde ésta quedó interrumpida (concretamente en el 813), algo que a primera vista parece un recurso habitual de la historiografía y la crónica griega medieval. Antes, pues, de seguir adelante con la *Vita*, su autoría y otras cuestiones como su relación con el género historiográfico o si realmente es un libro más del *Continuador*, quizá convendría aclarar algo en torno a la persona y obra de Teófanos, por cuanto constituyen el punto de partida del análisis de la obra objeto de nuestra investigación.

I. 1. 1. Teófanos y su *Cronografía*.

Efectivamente, como se acaba de señalar, hasta nosotros ha llegado una *Cronografía* atribuida a Teófanos Confesor (759/760-818¹), valiosísima para los estudiosos del medievo griego, ya que constituye una de las mejores (y únicas) fuentes disponibles para los llamados siglos oscuros (VII-VIII) de Bizancio, toda vez que narra los sucesos desde Diocleciano (285) hasta el segundo año del reinado de León V (813), justo antes del lanzamiento del segundo iconoclasmo.

Teófanos fue una figura relevante para los bizantinos por su papel de resistencia, desde su cargo como superior de un monasterio, en los agitados momentos de la lucha de las imágenes, unido a su fama de santidad. Según se

¹ Para conocer la obra en general, cf. el estudio introductorio de MANGO, C. y SCOTT, R., a la traducción del texto de la cronografía, titulado *The Chronicle of Theophanes Confessor*, Oxford 1997. Los datos biográficos de los que disponemos acerca de Teófanos se analizan en las pp. xlv y ss. Sobre las posibles fechas de su nacimiento y muerte, *vide* pp. l y li.

infiere de las dos principales fuentes que nos cuentan su vida², procedía de familia noble y acomodada, y de hecho llegó a alcanzar el cargo de caballero (*strator*), un puesto de confianza cercano al emperador; el mismo que ocupó Basilio I antes de llegar al trono. Sin embargo, a pesar de su juventud, lozanía y belleza, pronto decidió renunciar a los bienes y placeres mundanos.

Eso incluía a su esposa, con la que se había casado para no faltar al compromiso contraído por su padre con la familia de ella, si bien los dos habían acordado la castidad, y de ese modo pronto ingresaron en sendos monasterios. Tras una virtuosa vida monástica, al final de su vida tuvo que enfrentarse a una terrible prueba, pues como conocido iconódulo que era, bastante moderado en un principio, cuando León V da a su política un nuevo giro iconoclasta, se vio envuelto en las persecuciones derivadas de aquel conflicto.

Su acerada oposición, según sus biógrafos, a los intentos por parte de León V de atraerlo a su bando, a través de tentadoras ofertas de cargos y regalos, pero también de reclusión forzada e interrogatorios, le conllevó no solo el exilio, donde murió, sino incluso la destrucción de su monasterio. Por sus muchos méritos fue proclamado Santo de la Iglesia.

Todos estos elementos se perfilan como ideales ante Constantino VII Porfirogeneta, inspirador de la continuación de su obra, para su proyecto de legitimación de su propia dinastía a través de la “revisión” histórica, por lo que no duda en declararse él mismo pariente³ de este autor que se presenta como probadamente (incluso ante Dios, pues ha merecido su gloria) serio y fiable,

² Un panegírico compuesto por san Teodoro el Estudita y una *Vida* escrita por el que sería futuro patriarca de Constantinopla, Metodio. Cf. MANGO, C. y SCOTT, R., *op. cit.*, p. xlv.

³ *De administrando imperio*, ed. JENKINS, R. J., y MORAVCSIK, G., Washington D. C., 1966 (reimpr. 2006) 22, 77-82: “Έως ὄδε ἔκανόνισεν τοὺς χρόνους τῶν Ἀράβων ὁ ἐν ἀγίοις Θεοφάνης, ὁ τὴν μονὴν συστήσας τοῦ καλουμένου μεγάλου Ἄγρου, μητροθέιος τυγχάνων τοῦ μεγάλου καὶ εὐσεβοῦς καὶ χριστιανικωτάτου βασιλέως Κωνσταντίνου, υἱοῦ Λέοντος, τοῦ σοφωτάτου καὶ ἀγαθοῦ βασιλέως, ἐγγόνου δὲ Βασιλείου, τοῦ ἐν μακαρίᾳ τῇ μνήμῃ τὰ σκῆπτρα τῆς τῶν Ῥωμαίων βασιλείας κρατήσαντος.

aunque a la luz de las fechas reales dicho parentesco es imposible de establecer⁴. Cuando se refiere a él en el tratado *De administrando imperio* que hemos citado en la nota anterior, y al que habremos de referirnos más adelante, nos deja claro que no sólo le interesa el valor de su obra, sino lo que todo eso “aporta” a su dinastía⁵. Pero sobre estas ideas volveremos más adelante.

En el prólogo de la *Cronografía* cuenta Teófanos cómo la obra surgió de una petición de su querido amigo Jorge Sincelo (fallecido en 810/11⁶), quien, ya enfermo y consciente de la cercanía de su muerte, le rogaba que continuase la crónica que había iniciado pero que ya no iba a poder terminar⁷. En efecto, Sincelo y Teófanos debieron de estar unidos por una gran amistad, y parece seguro que vivieron en el mismo monasterio. Sincelo, como su nombre indica, fue secretario (σύγκελλος) del patriarca Tarasio y abad del cenobio en que vivían ambos.

Tenía como gran aspiración un ingente proyecto de crónica, titulada *Ἐκλογή ἱστοριῶν*, que comenzaba con Adán y finalmente quedó interrumpida en Diocleciano (284)⁸. Confiesa Teófanos que en un principio se negó, abrumado por la magnitud de la obra, frente a las que él consideraba ignorancia e incapacidad suyas, pero que acabó vencido por la insistencia de

⁴ Sobre esta cuestión del parentesco y la intención del grupo del Porfirogeneta por subrayarla volveremos en el apartado I. 2 de esta primera parte, que bien puede ser un intento por parte del Porfirogeneta de “cuadrar el círculo” que entroncaría a su familia con este autor, con todas las implicaciones que de ello se derivan, de las que se habla en ese apartado.

⁵ Sobre el interés de los macedonios por entroncar con alguien ligado a la santidad de algún modo, *vide infra*, apartado III. 1. 3 de la segunda parte.

⁶ MANGO, C. y SCOTT, R., *op. cit.*, p.xliv, plantean, sin embargo, que no hay evidencias de que falleciese en 811, como a menudo se mantiene, mientras que es posible que en 813 viviera aún (p. lxi). Para los datos biográficos que conocemos de Sincelo, *vide* pp. xliii-xliv.

⁷*Theophanis Chronographia*, ed. DE BOOR, Leipzig 1883, 3, 23-4, 2: ἐπεὶ δὲ τὸ τέλος τοῦ βίου τοῦτον κατέλαβε καὶ εἰς πέρας ἀγαγεῖν τὸν ἑαυτοῦ σκοπὸν οὐκ ἴσχυσεν (...) ἡμῖν, ὡς γνησίους φίλοις, τὴν τε βίβλον ἣν συνέταξε καταλέλοιπε καὶ ἀφορμὰς παρέσχε τὰ ἐλλείποντα ἀναπληρῶσαι.

⁸ Un breve pero ilustrativo análisis de la obra de Sincelo junto con bibliografía al respecto puede verse en ŠEVČENKO, I., “The Search for the Past in Byzantium around the year 800”, *DOP* 46, *Homo Byzantinus: Papers in Honor of Alexander Kazhdan* (1992), pp. 279-293, en concreto, pp. 280-283.

Sincelo y un sentimiento de obediencia hacia él⁹. Nos dice además que el cumplimiento de aquel compromiso le ha supuesto un enorme esfuerzo y que no ha aportado nada propio, sino que tras examinar un montón de libros, ha procurado hacer una selección de historiadores antiguos y prosistas, y a partir de ahí ordenar la exposición de los hechos por años para una mayor claridad.

Esta es la imagen que de Teófanos tenían los estudiosos del círculo del Porfirogeneta y, en líneas generales, la que ha mantenido la crítica desde que surge la moderna filología bizantina: la de un hombre santo, acérrimo defensor de las imágenes, culto y entregado a la labor encomendada por Sincelo. No obstante, a finales de los 70 el profesor Cyril Mango¹⁰ ya planteó la posibilidad de que Teófanos no hubiese añadido gran cosa a los materiales que Sincelo le transmitió, y que sus palabras del prólogo acerca de su escasa formación y limitada capacidad para abordar aquella encomienda fuesen más que humildad monacal o un recurso retórico.

Posteriormente ha desarrollado dicha hipótesis en el estudio introductorio a la ya citada edición en lengua inglesa de la *Cronografía*, realizado de manera conjunta con Roger Scott. La cuestión es más importante de lo que parece a primera vista, ya que como él mismo señala¹¹, el conjunto de la obra de Sincelo y Teófanos se ha considerado como un fruto del ambiente intelectual que se estaba gestando en la Constantinopla previa a la eclosión del llamado “Renacimiento Macedonio”, por lo que reconocer la posibilidad de atribuir ambos trabajos casi por completo a Sincelo supondría, como veremos, trasladar el foco de atención hacia el ámbito monástico palestino, con el que

⁹*Theophanis Chronographia* 4, 2-6: ἡμεῖς δὲ τὴν ἑαυτῶν ἀμαθίαν οὐκ ἀγνοοῦντες καὶ τὸ στενὸν τοῦ λόγου παρηγορούμεθα τοῦτο ποιῆσαι, ὡς ὑπὲρ ἡμᾶς τὴν ἐγχείρησιν οὐσαν. Αὐτὸς δὲ πολλὰ παρακαλεσας ἡμᾶς μὴ ὀκνήσαι καὶ ἀτέλεστον καταλιπεῖν τὸ ἔργον ἐβιάσατο ἐπὶ τοῦτο ἐλθεῖν.

¹⁰ MANGO, C., “Who Wrote the Chronicle of Theophanes?”, *ZRVI* 18 (1978), pp. 9-17. (Reeditado en *Byzantium and its Image*, Londres 1984, estudio XI)

¹¹ *Ibidem*, p. 17.

Sincelo guardaría una estrecha relación, y ello implicaría un cambio en nuestra perspectiva de la época.

Su teoría o, cuando menos, sus dudas hacia la participación que pudo tener Teófanos en lo que conocemos como *Cronografía* han sido compartidas por uno de los grandes estudiosos de Bizancio, Ihor Ševčenko¹², pero también rechazadas por algunos autores, como Igor S. Čičurov¹³, en un artículo algo posterior a la primera formulación de Mango, si bien este último considera, con todo, que los argumentos expuestos en ese artículo-respuesta no desmontan sus postulados¹⁴.

Las reticencias de Mango se derivan de diversos elementos de la crónica, como por ejemplo el inusual en este tipo de obras, pero muy insistente aquí interés en asuntos del Oriente cristiano bajo dominio musulmán. Esto, unido a determinados datos de la zona que parecen de primera mano, resultaría más acorde con la biografía y experiencia vital de Sincelo que con la de Teófanos. Por otra parte, la estructura cronológica seguida en la obra, aunque está inserta en una tradición secular en Bizancio desde Eusebio de Cesarea, parece llevar también al ámbito palestino-siriaco, donde el modelo se había continuado, mientras que en Constantinopla por las mismas fechas resulta difícil localizar

¹² ŠEVČENKO, I., "The Title of and Preface to *Theophanes Continuatus*", *Ἐπιώρα. Studi in onore di Mgr. Paul Canart per il LXX compleanno. Boll. Badia Greca Grottaferrata* 52 (1998), pp. 77-93, en concreto, pp. 92-93. Cf. también, del mismo, "The Search for the Past", pp. 287-288, donde considera el planteamiento de C. Mango como un hito dentro de los estudios bizantinos, por la llamada de atención que hizo sobre la autoría de esta obra y las investigaciones a que dio pie tanto para rebatir como para apoyar sus argumentos.

¹³ ČIČUROV, I. S., "Феофан Исповедник — публикатор, редактор, автор?: (В связи со статьей К. Манго)" ("Teófanos Confesor: ¿editor, redactor, autor? A propósito del artículo de C. Mango"), *Vizantiiskii Vremennik* 42 (1981), pp. 78-87. También LJUBARSKIJ, J. N., en su artículo algo posterior "Любарский Яков Николаевич. Феофан Исповедник и источники его «Хронографии»: (К вопросу о методах их освоения)", ("Teófanos Confesor y las fuentes de su *Cronografía*: sobre los métodos de su desarrollo") *Vizantiiskii Vremennik* 45 (1984), pp. 72-86, defendió la autonomía de Teófanos y su propio método de trabajo frente al de Sincelo, negándole un mero papel de compilador del material de este.

¹⁴ En el apartado de *Addenda et Corrigenda* del ya mencionado volumen recopilatorio *Byzantium and its Image*, señala Mango: "I remain unmoved by the criticism of my thesis by I. S. Čičurov".

modelos similares que hubieran podido inspirar la *Cronografía*, hecho este que nos lleva de nuevo a Sincelo.

Mango analiza otros aspectos (uso de fuentes orientales, cronología de sucesos narrados, topografía de estos, etc.) hasta deducir que resultan mucho más coherentes si se aplican a Sincelo que a Teófanos, y que es más lógico considerar que la obra no es tanto un *unicum* de un personaje que nosotros denominaríamos “renacentista”, como un trabajo concebido y planificado por Sincelo, siguiendo una línea habitual en los cronistas de zonas cristianas en poder de los árabes, y del que al final se hizo cargo Teófanos, siendo difícil delimitar el grado de participación de este último.

En opinión de Mango y Scott, aparte del prólogo que sí habría escrito, y con sinceridad, Teófanos, no parece que haya existido mucha elaboración por su parte del material que le legó Sincelo, algo que, por otro lado, reconoce de alguna manera en dicho prólogo, cuando nos dice que no añadió nada suyo¹⁵. Tampoco mencionan en absoluto sus biógrafos ninguna actividad relacionada con la elaboración de esta vastísima obra, que además tuvo que ser realizada en muy poco tiempo, apenas unos tres años, entre la muerte de Sincelo y 814, cuando León V retoma las ideas iconoclastas, ya que la crónica lo presenta con un sorprendente tono afable y no hay alusión alguna al conflicto que ensombrecería los últimos días de Teófanos.

Para Čičurov, sin embargo, ninguno de estos argumentos es admisible: en su opinión, la descripción de León V como emperador εὐσεβής responde precisamente al hecho de que dicho soberano aún vivía, por lo que era

¹⁵ ŠEVČENKO, I., “The Search for the Past”, pp. 287-288 y nota 20, comparte la idea de la veracidad de cuanto dice Teófanos en el prólogo, en función del cual cree debe aceptarse que tomó materiales de Sincelo; que se trataba de alguien con inferior formación y, por tanto, capacidad estilística, que este; y que su modo de trabajo era la compilación (o corta y pega), si bien limita la propuesta de Mango con respecto a su nula aportación a la obra, pues del texto habría que inferir que realizó algunas labores de investigación personal, y no se puede discernir qué fuentes localizó por su cuenta y cuáles incluían el legado de su amigo Sincelo.

peligroso negar su piedad; el escaso tiempo que habría tenido Teófanés para elaborar la crónica no es más que una elucubración, ya que carecemos de datos veraces sobre las condiciones en que fue compuesta; considera, asimismo, que un análisis estilístico (algo rechazado, según él, por Mango) se inclinaría más por la autoría de Teófanés que por una transmisión mecánica de fragmentos de Sincelo, ya que se aprecia un enfoque distinto entre ambas obras.

A su juicio, tomar el proemio al pie de la letra es el eslabón débil de esta tesis, ya que es propio del estilo humilde de un monje negar sus conocimientos y capacidad intelectual real. Cuanto afirma Mango sobre la supuesta escasa formación de Teófanés¹⁶ de nuevo procede de una reflexión personal sin datos probatorios, que no explica por qué Sincelo elegiría a alguien así para seguir su obra. Mango¹⁷ acepta que no es fácil dar un motivo, pero se inclina a pensar que tanto el emplazamiento del monasterio, más seguro que el suyo, como la posición de Teófanés fueron de seguro razones que contempló Sincelo para tomar esa decisión, junto a una probable aptitud para la computación y las cronologías. Dado que, además, considera que Sincelo debió de morir después de 813¹⁸, lo que dejaría un escaso margen para que Teófanés realizara la *Cronografía*, cree probable que le dejara un abultado dossier con el ruego de que hiciera algunas comprobaciones de cómputo de tiempo, o rellenase ciertos huecos tras las pertinentes consultas a los muchos libros de que habla Teófanés, y que bien pudieron ser unos cinco o seis.

En todo caso, los interrogantes abiertos por Mango en aquel primer artículo aún no han sido respondidos por completo, y la *Cronografía* sigue siendo una suerte de rompecabezas donde aún nos quedan piezas por encajar.

¹⁶ MANGO, C., "Who Wrote the Chronicle of Theophanes?", p. 11, cree seguro que Teófanés no tenía mucha cultura, pues en su juventud, según cuenta Metodios, se sentía inclinado sobre todo a la caza y la equitación. Este punto estaría corroborado por Teodoro Estudita, quien lo califica como ἀπειρος ὦν τῆς μωρανθείσης σοφίας, aunque por su santidad habría obtenido un don que lo capacitaría más que a cualquier otro versado en letras.

¹⁷ *Ibidem*, p. 16 y nota 24.

¹⁸ Hipótesis aceptada también por ŠEVČENKO, I., "The Search for the Past", p. 281.

Una de las mayores dificultades que presenta la crónica es la última parte¹⁹, la más cercana en el tiempo tanto a Sincelo como a Teófanos, sobre todo porque acaba de manera abrupta y en apariencia no ha sufrido una revisión final. Este es uno de los problemas fundamentales asociados a la *Cronografía*, junto a su fortuna tras la muerte de Teófanos: sabemos que fue no solo muy copiada, sino también compilada o abreviada para facilitar su uso, de modo que no podemos afirmar a ciencia cierta que el texto actual sea el definitivo²⁰.

En un intento por ordenar el embrollo que supone la tradición manuscrita que nos ha llegado, el profesor Yannopoulos²¹, autor de una edición de la *Cronografía* junto a B. Coulie, ha realizado un exhaustivo análisis de los manuscritos conservados, con interesantes conclusiones. En primer lugar sostiene que la participación de Teófanos en la que conocemos como *Cronografía* está fuera de toda duda, igual que su historicidad e identificación con el Teófanos santo que la tradición ha unido desde siempre a esta obra²². Sus aptitudes para la historiografía no eran probablemente tan brillantes como las de Sincelo, con el que presupone que colaboró en calidad de asistente en un principio, para luego seguir bajo su dirección cuando la enfermedad le hizo imposible continuar, y finalmente seguir solo, muy a su pesar.

Con todo, sí que habría trabajado en la obra, y no como un simple editor, según la hipótesis de Mango, sino dentro de sus posibilidades reales. Ahora bien, las circunstancias de los últimos años de Teófanos habrían

¹⁹ MANGO, C. y SCOTT, R., *op. cit.*, p. lv y ss., analizan qué elementos de esta última parte representan el trabajo o el punto de vista de Teófanos o Sincelo

²⁰ Cf. VARONA CODESO, P., "Problemas textuales de la Historiografía griega del periodo bizantino medio", en SANZ MORALES, M., LIBRÁN MORENO, M. (eds.), *Verae Lectiones. Estudios de Crítica Textual y Edición de Textos Griegos*, Cáceres-Huelva 2009, pp. 321-353, en concreto, p. 327.

²¹ Cf. YANNOPOULOS, P., "Les vicissitudes historiques de la *Chronique* de Théophane", *Byzantion* 70 (2000), pp. 527-553.

²² Para más datos sobre los problemas acerca de la autoría y otros relacionados, *vide* el capítulo titulado "La question Théophanienne et la langue de la *Chronique* de Théophane" de la introducción a su edición de la obra: YANNOPOULOS, P.; COULIE, B., *Thesaurus Theophanis Confessoris: Chronographia*, Turnhout 1998, pp. xxviii-lxi.

contribuido a ese aire inconcluso de la obra: en su opinión, lo más probable es que Teófanos nunca llegase a darle forma definitiva y que los terribles sucesos que acabaron con su monasterio y lo enviaron lejos de él para nunca volver truncaran también la elaboración de las numerosas fuentes que tendría en su haber²³. Esta teoría se apoya en evidencias como el ya citado hecho de no mencionar a León como iconoclasta, ni haber corregido los calificativos que hablaban de él como “piadoso”, que para Yannopoulos sería algo igualmente impensable si después de aquello hubiese tenido acceso nuevamente a la obra²⁴.

Otras conclusiones de gran interés son aquellas que derivan del accidentado devenir posterior de la *Cronografía*, hasta llegar a nosotros en numerosas copias y un formidable enredo de transmisión. Una de ellas es el papel de los monjes estuditas en la difusión de la obra. Sabemos que los bienes del monasterio de Teófanos pasaron al de Estudio, por lo que es verosímil pensar que también el material de su obra pasó allí, en forma de dossier, como apunta Yannopoulos, compuesto por hojas sueltas, lo que explicaría lagunas y otras dudas presentes en los distintos manuscritos²⁵. Una prueba sería la inclusión, por parte de un monje estudita, de un largo escolio acerca del concilio quinisexto²⁶, que habría ocupado un folio, lo que indica que en aquel

²³ “Les vicissitudes”, pp. 529-531.

²⁴ MANGO, C. y SCOTT, R., *op. cit.*, pp. lvi-lvii coinciden en considerar que Teófanos habría dejado de escribir a finales de 813 o principios de 814, cuando el emperador se declara por completo a favor de la Iconoclasia.

²⁵ *Ibidem*, p. lxii, consideran muy improbable que fuese publicada antes de 842 como muy pronto, por su clara tendencia contra la Iconoclasia, y subrayan nuestra ignorancia acerca del estado en que Teófanos dejó la obra o los posibles trabajos de edición que sufriría.

²⁶ También denominado *in Trullo* por haber sido celebrado bajo la cúpula del palacio imperial, fue convocado por Justiniano II en 692. Aunque su espíritu era ecuménico, reunió sólo a obispos orientales, por lo que la Iglesia Católica no lo reconoce como tal. En él se trataron temas fundamentales como las normas de la vida monástica, y fue la primera vez que se decidió algo que afectaba directamente a las imágenes, al rechazar las representaciones de Cristo como animal simbólico (p. ej., cordero) para defender las de carácter humano, ya que esta es la forma en que se manifestó a la Humanidad. En ello vemos la preocupación que despertó la cuestión de las imágenes desde muy temprano en el

momento seguía teniendo un formato de fichas sueltas y no formaba aún un libro. A partir de ese dossier se hicieron copias no uniformes, pues no siempre se utilizaba todo el material, ni de la misma manera, hasta que se le dio forma definitiva al texto.

Para este autor, además, los monjes estuditas habrían dejado inédito el material de Teófanos durante el conflicto iconoclasta, por el peligro que entrañaba, aunque habrían permitido a Anastasio el Bibliotecario (o a personas enviadas por él), de manera confidencial, el acceso al material para que hiciese una copia que se traduciría al latín, a condición de que se manejase fuera de la órbita bizantina, silenciando la fuente original griega. Pasada la tormenta de las imágenes, creció la demanda de textos iconódulos para apoyar la política oficial, momento en que crearon una versión de la crónica, sin realizar correcciones, como demuestra el tratamiento de León V todavía como εὐσεβής. A esa primera versión siguió otra, que parecía responder más a los gustos, intereses y necesidades del momento y se convirtió en la oficial.

Otra conclusión de este trabajo es la relativa a la participación de Constantino VII en la transmisión de la obra. El Porfirogeneta habría ordenado una nueva edición de la cronografía y su continuación (que conformaría el conocido como *Continuador*). Considera Yannopoulos²⁷ que en su época ya circularía como manual escolar de Historia en diversas formas²⁸, pero el dossier original habría desaparecido. Por otra parte, no conocemos qué manuscritos se manejaron para esta edición, pero se podría decir que intentaron hacer lo que

seno de la Iglesia Oriental. Se comprende, pues, que el monje estudita recurriese a este tema para su propósito. Le permitía, por otra parte, ejercer una crítica indirecta al patriarca Tarasio, muy ligado a la emperatriz Irene, y su actitud culpablemente silenciosa ante los escándalos adúlteros de Constantino VI, que habían costado la libertad a grandes representantes del mundo monástico por su oposición, como era el caso del propio Teodoro Estudita, y ante una reedición de la política iconoclasta, que finalmente no prosperó gracias a la conjura contra el emperador.

²⁷ "Les vicissitudes", pp. 537-538.

²⁸ Cf. VARONA CODESO, P., *op. cit.*, p. 328, que llama la atención sobre las diversas "ediciones" que los propios bizantinos hacían de un mismo texto en función de las nuevas necesidades ideológicas, de ordenación o incorporación de datos que iban surgiendo.

nosotros calificaríamos como edición crítica. En esta revisión se emplea una lengua mucho más purista que la original y se introducen elementos más cultos, en la línea del gusto del público lector con formación del momento y, sobre todo, de las exigencias de la ideología imperial a la que sin duda dio forma el *Porfirogeneta*, y de la que tendremos ocasión de tratar.

Frente a esta versión, la original presenta una lengua sin la rigidez del gusto aticista pero lejos del excesivo tono popular, y un estilo apegado aún al género de la crónica medieval, al que también habremos de referirnos más adelante. A diferencia de la versión estudiada, en la del *Porfirogeneta* la obra ha sido muy retocada para seguir una línea refinada y oficial, y sin embargo, no parece haber tenido tanto éxito, a tenor de los manuscritos derivados de una y otra versión.

Pero un último azar aguardaba a la edición del texto ya en el siglo XIX, cuando la filología, en su afán por lo que se consideraba la mejor lectura desde el punto de vista lingüístico, se centró en los manuscritos más clasicistas, cuando en realidad eran los menos cercanos al texto original, con lo que durante largo tiempo hemos contado con una visión deformada de la *Cronografía*, o cuando menos, alejada de su espíritu original.

No obstante, a pesar de las peripecias que parecen haber participado en su redacción final y edición, junto al problema de la delimitación de la autoría, la *Cronografía* sigue siendo una joya para nosotros. Aunque no podamos determinar si es obra o no de Teófanos, o bien qué partes serían suyas, en qué medida participó en el proyecto (si es que llegó a hacerlo, siguiendo los postulados de Mango), qué variaciones o adaptaciones realizó de los materiales de Sincelo, entre otras cuestiones, sí hay que reconocer al autor una inmensa labor dentro del género cronístico, que nos hacen disculparle errores cronológicos e informaciones erróneas, a veces de hechos o personas inexistentes, incoherencias o confusiones, repeticiones de sucesos, referencias a

un mismo personaje o lugar con distintos nombres²⁹. A todo ello habría que añadir el estado claramente inacabado de la obra, que condicionaría muchos de estos fallos a falta de una revisión final.

Precisamente por esos avatares históricos que afectaron a su edición y que hicieron de ella uno de los pocos documentos existentes para ilustrar la época que narra, la *Cronografía* fue bastante leída y sirvió de base para numerosas crónicas bizantinas, al menos hasta el siglo XI, cuando la crónica empieza a perder interés frente a la historiografía “clásica”, como veremos. Por su parte, la traducción al latín, a la que hacíamos referencia anteriormente, pasó a ser una fuente fundamental del conocimiento del Oriente griego entre los siglos VIII-IX para la Iglesia de Occidente.

I. 1. 2. *Theophanes Continuatus*. Función y lugar de la *Vita*.

Como hemos visto, la obra de Teófanos parte del reinado de Diocleciano (285) para narrar unos 528 años, hasta el reinado de Miguel I (813), aunque se cita el ascenso al trono de León V. Y este será el punto de arranque del *Theophanes Continuatus* o *Scriptores post Theophanem*, obra en la que se engloban una serie de cronografías que abarcan desde el 813 con León V hasta el 961, dos años antes de finalizar el reinado de Romano II, y que tradicionalmente, desde la edición del texto realizada por Bekker para el corpus de Bonn³⁰, se ha considerado como un conjunto de seis libros.

De ellos, los cuatro primeros se refieren a cuatro emperadores respectivamente (I, León V (813-820); II, Miguel II (820-829); III, Teófilo (829-842) y IV, Miguel III (842-867)), o dicho de otro modo, cada libro se dedica

²⁹ MANGO, C. y SCOTT, R., *op. cit.*, pp. lxii-lxiii.

³⁰ Sobre las ediciones del *Continuador* hablaremos algo más adelante, en el apartado I. 3 de esta primera parte.

a un emperador, mientras que el sexto recoge, sin divisiones como en los casos anteriores, a los emperadores entre 886-961: León VI, Alejandro, Constantino VII, Romano I Lecapeno y Romano II. Es decir, la dinastía macedonia, salvo Basilio I, cuya *Vida* ocupa íntegramente el libro V. Según esta visión, la estructura inicial del texto se mantiene, pues, hasta el libro IV, ya que en el V hay un sensible cambio de forma, mientras que el VI presenta una clara variación no sólo al acumular varios reinados en un sólo “libro”, sino además en la distinta perspectiva con la que se abordan, con un tono visiblemente antimacedonio y partidario de Lecapeno en la primera parte, frente al laudatorio homenaje al Porfirogeneta y su hijo presente en la segunda.

Como señala C. Mango en la introducción a la nueva edición del texto de la *Vita* realizada por I. Ševčenko³¹, la organización presentada por el Corpus de Bonn, atendiendo a un criterio de ordenación cronológica de los distintos reinados, da la imagen de una creación unitaria o proyecto común, cuando la realidad parece ser otra. Ciertamente, el conjunto de la obra ofrece una evidente división en tres partes: una que recoge los que consideramos cuatro primeros libros, y que cuenta con un título y un proemio propio; una segunda, que constituiría la *Vita*, también con título y proemio; y una tercera sin ninguno de esos elementos, organizada por capítulos llamados “reinados” (Βασιλεία cada uno), salvo en el destinado al gobierno en solitario del Porfirogeneta, que se denomina Αὐτοκρατορία. Esta parte, además, no está completa, sino que se interrumpe de repente en una frase inconclusa³², por lo que no sabemos si llegaba a la muerte de Romano II o se detenía antes³³.

³¹ *Chronographiae quae Theophanis Continuati nomine fertur Liber V quo Vita Basilii Imperatoris amplectitur*, Corpus Fontium Historiae Byzantinae (Series Berolinensis vol. 42), Berlín-Boston 2011, aquí p. 3* y ss. De esta edición hablaremos más adelante en el apartado correspondiente.

³² *Theophanis Continuatus*, ed. BEKKER, I., CSHB, Bonn 1838, 481, 12-13: καὶ ἦν θεάσασθαι τοὺς Σαρακηνοὺς γυναῖκας καὶ παῖδας. El texto inmediatamente anterior narraba un éxito militar del general Nicéforo Focas.

³³ En opinión de FEATHERSTONE, J. M., “Theophanes Continuatus VI and *De Cerimoniis* I, 96”, *BZ* 104 (2011), pp. 109-116), en concreto, p. 112, sí recogía ese reinado completo.

Sugiere Mango que tal vez quien “compuso” en torno al año 1000 el corpus que hoy conocemos como *Theophanes Continuatus* buscaba presentar unos textos que narrasen de manera cronológica los distintos reinados, igual que antes lo había hecho la crónica de Teófanos, pero que ello no invalida el hecho de que las partes primera y segunda hubiesen sido ideadas (y creadas) como obras independientes, surgidas en todo caso del entorno del Porfirogeneta. El propio Ševčenko³⁴ había señalado ya el error cometido por los primeros editores, al considerar que el proemio que acompaña a los cuatro primeros libros se refería a todas las obras que componían el corpus del manuscrito. Esto les llevó incluso a presuponer para dicho proemio una laguna en la que se explicaría la intención del Porfirogeneta de hacer una continuación de la obra de Teófanos hasta llegar a su propio reinado, y que incluiría la *Vita* como parte del proyecto. Pero, como veremos al hablar de la cronología de cada parte, tanto la idea de un conjunto unitario como de la *Vita* concebida como un capítulo o eslabón más de ese plan se desmoronan ante el análisis detenido de los proemios y otros elementos de cada obra³⁵. Partiremos, pues, de la consideración de las tres partes señaladas para continuar con nuestra presentación.

Según nos explica el título de la primera parte en el principal manuscrito conservado, no muy legible, dicha obra (o sea, los libros I-IV) se realizó por orden de Constantino VII como continuación de la obra de Teófanos³⁶, de

³⁴ ŠEVČENKO, I., “Title and Preface to *Theoph. Cont.*”, p. 87 y ss.

³⁵ Para un estudio más detallado de las teorías habidas en torno al *Continuador*, en las que no podemos detenernos aquí, cf. VARONA CODESO, P., *Miguel III (842-867). Construcción histórica y literaria de un reinado*, Madrid 2010, p. 15 y ss. Nos limitaremos a dar una imagen concisa de la opinión actual al respecto.

³⁶ Recogemos aquí la lectura realizada por ŠEVČENKO, I. tras un exhaustivo estudio del principal manuscrito, que corrige muchos aspectos de la mencionada edición de Bekker, publicada por vez primera en la p. 79 de su mencionado artículo “Title and Preface to *Theoph. Cont.*”: Χρονογραφία συγγραφεῖσα ἐκ προστάξεως Κωνσταντίνου τοῦ φιλοχρίστου καὶ πορφυρογεννήτου δεσπότη ἡμῶν, υἱοῦ Λέοντος τοῦ σοφωτάτου δεσπότη καὶ ἀοιδίμου ἡμῶν βασιλέως· ἀρχομένη ἐνθεν κατέληξεν ὁ κατὰ γένος προσήκων τῷ βασιλεῖ μακαρίτης Θεοφάνης ὁ τῆς Σιγριανῆς, ἡγουν ἀπὸ τῆς βασιλείας

donde deriva su denominación actual. Aunque la autoría sigue siendo una cuestión abierta, se acepta hoy que fue redactada por parte de un equipo de personas bajo la dirección del propio Constantino, que pudo participar o intervenir directamente en pasajes concretos, si bien este punto entraña diversas dificultades a las que intentaremos aproximarnos en el apartado dedicado al posible autor de la *Vita*.

Tanto el citado título y proemio como los correspondientes a la *Vita* dan algunas pistas sobre la realización de las obras, sin que por desgracia nos aclaren del todo nuestras dudas en torno al verdadero autor de cada parte. Es más, cabe decir que complican la situación al plantear una serie de interrogantes, cuyas respuestas seguirían siendo anónimas, acerca de quiénes pudieron tener la autoría intelectual, llevar a cabo la recopilación de datos, la elaboración y ordenación de los materiales, el diseño de la forma final que cada obra iba a tener o incluso la simple labor manual de la escritura³⁷. Así, en el de la primera parte se nos dice que la obra se hizo por orden de Constantino, quien hizo una selección del material y coordinó en general el trabajo³⁸, mientras que en el de la *Vita* se afirma que el Porfirogeneta la entregó (προσανέθετο) al escriba tras una labor de recopilación de materiales³⁹, para

Λέοντος τοῦ ἐξ Ἀρμενίας· ἧς τὰς καθ' ἕκαστα ὑποθέσεις ὁ αὐτὸς βασιλεὺς Κωνσταντῖνος φιλοπόνως συνέλεξε καὶ εὐσυνόπτως ἐξέθετο πρὸς εὐκρινῆ τῶν μετέπειτα δῆλωσιν.

³⁷ Cf. apartado II. 1 de esta parte para consideraciones acerca de esta cuestión con respecto a la *Vita*.

³⁸ *Theoph. Cont.* 4, 15-16: ἱστορεῖς δὲ αὐτὸς, χεῖρα μόνως λαβὼν ἡμῶν διακονουμένην σοι. Para SIGNES CODONER, J., "Algunas consideraciones sobre la autoría del *Theophanes Continuatus*", *Erytheia* 10.1 (1989), pp. 17-28, en concreto pp. 19-20, aunque la frase pueda deberse al afán encomiástico propio de una obra así por parte del escriba y contenga una dosis de hipérbole, revelaría un papel activo del emperador frente al "manual" de los amanuenses.

³⁹ *Vita Basilii*, en *Theophanes Continuatus*, ed. de BEKKER, I., *CHSB*, Bonn 1838, 211, 12 y ss. Aunque durante la realización de nuestro trabajo ya ha visto la luz la ya citada aquí edición de ŠEVČENKO, I., hemos preferido seguir el modo tradicional para citar esta obra, entre otras razones por la difícil localización de esta novísima edición. En adelante, pues, se citará sólo como *Vita Basilii*, con referencia a las divisiones y paginación de la mencionada edición de Bonn, o directamente con dicha referencia, donde el contexto permita obviar el título:

explicar a continuación el emperador en primera persona cómo concibió aquel proyecto.

En este sentido es muy interesante la aportación de Signes Codoñer⁴⁰, quien sugiere “revisar el concepto de autoría” en las obras atribuidas al Porfirogeneta, lo cual con respecto al *Continuador* lo convertiría en su autor, dentro de los parámetros que supone la autoría en el mundo bizantino. Es decir, que el emperador sería no sólo la persona que encargó (ἐκ προστάγματος) el proyecto, sino cuya supervisión y participación directa puede deducirse y apoyarse con evidencias concretas de carácter estilístico, por ejemplo, o de otro tipo, como lo que se puede inferir de los proemios a obras que se le atribuyen⁴¹, incluido el recién mencionado del *Continuador*, donde algo más adelante se indica cómo Constantino ha realizado el esfuerzo de compilar el material necesario y además le ha dado una forma fácil de entender (φιλοπόνως συνέλεξε καὶ εὐσυνόπτως ἐξέθετο).

En este contexto, pues, la labor de los escribas sería la de una mano anónima que ejecuta el proyecto trazado por el Porfirogeneta, y no cabría atribuirles mayor importancia que al propio director de la idea. Serían ayudantes del emperador en esa tarea, pero sin que podamos determinar qué grado de participación tendrían uno u otros. El mérito (o no) de la obra, no obstante, habría que concedérselo a Constantino⁴². Como suele suceder al abordar cualquier aspecto del mundo bizantino, no podemos aplicar nuestros criterios actuales, sino intentar hacerlo desde dentro de sus propios esquemas.

Sin embargo, la cuestión no es tan simple como pudiera parecer a primera vista. Las reflexiones planteadas por el insigne estudioso Ihor

ΙΣΤΟΡΙΚΗ ΔΙΗΓΗΣΙΣ ΤΟΥ ΒΙΟΥ ΚΑΙ ΤΩΝ ΠΡΑΞΕΩΝ ΒΑΣΙΛΕΙΟΥ ΤΟΥ ΑΟΙΔΙΜΟΥ ΒΑΣΙΛΕΩΣ, ΗΝ ΚΩΝΣΤΑΝΤΙΝΟΣ ΒΑΣΙΛΕΥΣ ΕΝ ΘΕΩΙ ΡΩΜΑΙΩΝ, Ο ΤΟΥΤΟΥ ΥΙΩΝΟΣ, ΦΙΛΟΠΙΟΝΩΣ ΑΠΟ ΔΙΑΦΟΡΩΝ ΑΘΡΟΙΣΑΣ ΔΙΗΓΗΜΑΤΩΝ ΤΩΙ ΓΡΑΦΟΝΤΙ ΠΡΟΣΑΝΕΘΕΤΟ.

⁴⁰ SIGNES CODOÑER, J., *op. cit.*, p. 28.

⁴¹ *Ibidem*, p. 19 y ss.

⁴² *Ibidem*, p. 27.

Ševčenko a raíz de la misiva celeste que el propio Porfirogeneta le remitió⁴³, han abierto nuevas vías de investigación aún no completadas con éxito, pues muchas son las lagunas existentes en torno a la labor investigadora de Constantino y su grupo de trabajo⁴⁴, e incluso algunas que creíamos certezas, como la imperante durante muchos años atribución sin fisuras de la *Vita* al emperador nieto de Basilio, se tambalean bajo nuestros pies al analizarla bajo el prisma planteado en ese artículo⁴⁵. En su opinión⁴⁶, el proemio de los libros I-IV tiene mucho de adulación y poca fiabilidad para deducir la implicación del Porfirogeneta y el carácter y grado que esta habría tenido; más bien deja claro que fueron otros quienes escribieron para él aunque se lo atribuyeron por las acostumbradas razones de agradar a su señor y ganarse su benevolencia. Sobre ello, en todo caso, habremos de tratar más adelante.

Volviendo al *Continuador*, la datación de cada una de estas partes ha sido también objeto de debate entre los estudiosos durante mucho tiempo⁴⁷. Ya Signes Codoñer había señalado la alta probabilidad de que la *Vita* fuese el núcleo inicial en torno al que se habría creado el proyecto de completar una cronografía siguiendo la de Teófanos⁴⁸. O bien, como indica la introducción a la

⁴³ Esta es la sugerente y literaria forma de presentación de su artículo "Re-reading Constantine Porphyrogenitus", en SHEPARD, J. y FRANKLIN, S. (eds.) *Byzantine Diplomacy*, Aldershot 1992, pp. 167-195.

⁴⁴ *Vide* apartado II. 2. 1 de esta primera parte.

⁴⁵ Aunque bien es cierto que nunca se cerró del todo el debate sobre la autoría e implicación de Constantino VII en la *Vita*, Ševčenko quiere llamar la atención sobre la asunción de dicha autoría como una especie de dogma, sobre el que se han construido en los últimos años muchos castillos cuyos cimientos no son reales al cien por cien. Ya NICKLES, H. G., "The Continuatio Theophanis", *TAPA* 68 (1937), pp. 221-227, p. 224, sugería la posibilidad de que el Porfirogeneta no hubiese elaborado el texto personalmente tal y como se nos muestra, y planteaba la existencia de intermediarios o delegados para tal función.

⁴⁶ ŠEVČENKO, I., "Title and Preface to *Theoph. Cont.*", p. 86. A su idea de *ghostwriting* volveremos al analizar la autoría de la *Vita*.

⁴⁷ Por ejemplo, en una obra temprana como la de HIRSCH, F., *Byzantinische Studien*, Leipzig 1876, pp. 175 y ss., se planteaban ya problemas sobre la cronología de los libros.

⁴⁸ SIGNES CODOÑER, J., *op. cit.*, pp. 22-24. Más tarde sostendrá la anterioridad de la *Vita* sobre los cuatro primeros libros del *Continuador* en "Constantino Porfirogéneto y la fuente común de Genesio y Theophanes Continuatus I-IV", *BZ* 86-87, 1993/1994, pp. 319-341, en concreto, p. 319, nota 4.

edición de Ševčenko, el conocido como libro V no sólo habría precedido a los demás, sino que bien podría haber sido una idea independiente que más tarde se pensó completar con los libros I-IV. Esto vendría avalado por varios datos, como el propio proemio de la *Vita*, donde no existe mención alguna a los demás libros, o al hecho de que los citados libros aluden y remiten en ocasiones a la *Vita*, mientras que esta última silencia en ocasiones algunos acontecimientos que sí aparecen en ellos⁴⁹.

Por su parte, Mango, que recoge estas mismas razones aportadas por Signes Codoñer, coincide en asignar a la *Vita* una prioridad cronológica frente a los cuatro primeros libros e incluso a la obra de Genesio, de la que hablaremos en el siguiente apartado. A partir de cuanto se dice en el propio proemio⁵⁰ podemos inferir que Constantino ya contaba con el poder absoluto, pero su salud empezaba a resentirse, lo que nos indica en cualquier caso una fecha posterior al final de 944, cuando Romano Lecapeno es desterrado por sus hijos⁵¹.

Como término *ante quem* se ha propuesto la referencia a la toma de Ádata, pero Mango subraya que esto plantea algunos problemas, ya que en aquella época hubo dos victorias del Imperio sobre aquella ciudad, si bien la segunda supuso su destrucción y la deportación de sus gentes. La primera sucedió en 947 (o 948), a manos de León Focas, y la segunda tuvo lugar en 957 por Nicéforo Focas, quien luego llegaría a ocupar el trono de Bizancio. Esta última parece adaptarse mejor al relato de la *Vita*, que habla de “la perdición absoluta de los habitantes de Ádata”⁵², y tal vez por eso el propio Ševčenko se

⁴⁹ *Ibidem* (“Algunas consideraciones”) y nota 22, para ver los ejemplos concretos.

⁵⁰ 212, 13-17: “Si se prolonga aún el tiempo de nuestra vida y se produce una pequeña tregua en nuestras enfermedades, y si nada externo lo impide, quizá podamos añadir sin interrupción el relato completo de la historia de su estirpe que desciende hasta nosotros”. La traducción al español manejada es fruto de un trabajo de investigación anterior propio, como memoria de licenciatura, fechado en 1993 e inédito al día de hoy, titulado *La biografía de Basilio I de Macedonia por Teófanos Continuado*, Universidad de Málaga, 1993.

⁵¹ Cf. apartado II. 1 de esta primera parte.

⁵² 282, 18.

ha decantado por ella en su nueva edición del texto⁵³, si bien ese dato presupondría que la *Vita* se habría redactado en fecha muy cercana a la muerte de Constantino (entre el 957 y 959). Esto concuerda con la afirmación del Porfirogeneta acerca de su estado de salud, pero para Mango resulta una datación un poco forzada. En todo caso, tampoco es descartable que todo el párrafo alusivo a la caída definitiva de Ádata y su triste fin, glorioso para el Imperio, sea una interpolación posterior a la muerte de Constantino, con lo cual no sería necesario retrasar tanto la fecha de composición de la *Vita*⁵⁴.

No obstante, en fechas recientes se ha publicado un estudio comparativo entre el contenido del libro IV y la *Vita*, realizado por la doctora Varona Codeso⁵⁵, cuyas conclusiones apuntan a una prioridad de dicho libro sobre nuestra obra y a una datación posterior al 949-950, ya que de su análisis infiere que el libro IV se habría compuesto en torno a esos años. En función de esta investigación, pues, no podríamos dar una fecha concreta para la *Vita* por el momento, pero sí inclinarnos por el 950 como año aproximado (tal y como suele aceptar la crítica en general, por otra parte) o, al menos, como término *post quem*; tampoco para el resto de los libros que conforman el llamado *Theophanes Continuatus*, a excepción del mencionado libro IV; tan solo limitarnos al periodo del reinado de Constantino, entre el principio más bien de

⁵³ p. 172, aparato crítico. Otros datos sobre la toma de Ádata en “Re-reading Constantine”, p. 170, nota 8.

⁵⁴ 282, 14 y ss.: καὶ γὰρ ἐκείνου μὴ δυνηθέντος τότε τὴν πόλιν ἐλεῖν, νῦν ἐπὶ τῶν ἡμετέρων χρόνων Κωνσταντῖνος ὁ τῆς πορφύρας βλαστός, ὁ Λέοντος μὲν τοῦ σοφωτάτου υἱὸς ἐκείνου δὲ υἱῶνός, τὸ τοιοῦτον προτέρημα ἀπηνέγκατο καὶ ἐπεγράφη τῷ κατορθώματι τῆς παντελοῦς ἀπωλείας τῶν οἰκούντων τὴν Ἄδατα. Tanto el uso de la tercera persona como el tono general del pasaje podrían responder a un añadido posterior. Por otra parte, señala ŠEVČENKO, I., “Re-reading Constantine”, p. 178, nota 23, que no se tienen noticias de que Constantino participase directamente en ninguna campaña militar.

⁵⁵ VARONA CODESO, P., “Contribución al problema de la cronología y las fuentes de la *Vita Basilii*”, *BZ* 102 / II (2009), pp. 739-775. A los motivos de esta conclusión nos referiremos más adelante.

945 y 959 para las dos primeras partes (libros I-IV⁵⁶ / *Vita*), y una fecha posterior a esta para el conocido como libro VI⁵⁷.

En el proemio de la *Vita* se nos indica que la idea inicial del Porfirogeneta era hacer una Historia de los emperadores de Bizancio, lo que implicaría retrotraerse a Constantino el Grande, pero que ante el esfuerzo que supondría una obra de tal calibre finalmente optó por dedicarse a la figura de Basilio como “modelo de imitación” para sus propios descendientes⁵⁸. Para Mango, en función de estos elementos se podría postular que así habría sucedido en realidad, y que luego habría decidido completar el vacío entre la crónica de Teófanos y la llegada al trono de su abuelo, siendo esta la tendencia actual de pensamiento en la crítica, frente a otros estudios anteriores⁵⁹. Es más, la lectura del proemio realizada por Ševčenko⁶⁰ parece indicar que los libros I-IV se centraban en emperadores destacados en la maldad y no en la gloria (τὸ φαῦλον καὶ οὐ λαμπρόν), es decir que constituirían un conjunto en sí, algo que deja fuera a Basilio y sus descendientes, otra razón más para dudar del supuesto orden cronológico que en un principio se había dado a la serie conocida como *Theophanes Continuatus*.

Por último, tras la muerte de Constantino, alguien de su grupo o bien personas afines a él o a la dinastía habrían procurado terminar y completar, aunque de manera desigual, lo que se perfilaba como un todo narrativo

⁵⁶ Si bien VARONA CODESO, P., “Contribución al problema de la cronología”, pp. 740, señala que estos libros no registran ningún suceso posterior al 949.

⁵⁷ Para FEATHERSTONE, J. M., *op. cit.*, p. 113, la forma final en que nos ha llegado el conjunto del *Theophanes Continuatus* debió de elaborarse durante el reinado de Nicéforo Focas (963-969), opinión compartida por KAZHDAN, A. P., *A History of Byzantine Literature (850-1000)*, ed. ANGELIDI, CH., Atenas 2006, p. 167.

⁵⁸ 211, 18 y ss.

⁵⁹ MANGO, C., *Chronographiae*, pp. 8*-9*, cita como ejemplo la cronología propuesta por J. Bury, donde la obra de Genesio antecede a los libros I-IV, que a su vez serían anteriores a la *Vita*.

⁶⁰ “Title and Preface to *Theoph. Cont.*”, p. 88 y nota 12.

unitario en cierta medida, con el llamado libro VI, que constituye la tercera parte de los *Scriptores post Theophanem* y así es como se nos ha transmitido⁶¹.

En opinión de Varona Codeso⁶², sin embargo, el Porfirogeneta se habría propuesto crear dos obras históricas: una referida a los emperadores iconoclastas (los “malos” que apunta Ševčenko), que continuaría a Teófanos, y otra que cantara la saga macedonia e incluiría su persona, proyecto este muy seguido de cerca por él mismo, pero truncado tras su desaparición, sucedida antes de elaborar siquiera el relato de su padre y sucesor de Basilio. Por ello se habría considerado la *Vita* luego como un “capítulo” más de un supuesto conjunto historiográfico unitario, al quedar de alguna manera desgajada del resto. Esta tesis se compadece con la prioridad en el tiempo del libro IV que parece deducirse del estudio comparado entre este y la *Vita*, como vimos, y apoyaría además la idea de una datación tardía para la nuestra obra.

Tras todo lo anteriormente referido no resultará extraña la tendencia promacedonia de lo que conocemos como *Continuador de Teófanos*, frente a la al

⁶¹ Hay autores que consideran por completo descartada la teoría que atribuía el libro VI a Teodoro Dafnopates, como MARCÓPULOS, A., “La historiografía bizantina y Constantino VII Porfirogeneta”, *Erytheia* 7. 2 (1986), pp. 201-205, en concreto p. 202, y en especial otro artículo suyo dedicado a la cuestión, con su nombre transcrito como MARKOPOULOS, A., “Théodore Daphnopatès et la continuation de Théophane”, *JÖB* 35 (1985), pp. 171-182, donde recoge el origen de dicha atribución, las teorías al respecto y la situación actual, que se resumiría en que nuestras únicas noticias sobre Dafnopates se reducen a una alusión de Escilitzes, que lo cita como autor de una obra histórica que él clasifica como de escasa categoría y validez. “Toute liaison de Daphnopatès avec la Continuation reste hypothétique, sauf si de nouveaux témoignages viennent au jour”, p. 182. Cf. VARONA CODESO, P., “Contribución al problema de la cronología”, pp. 742-743, con alusiones a autores menos escépticos. Por su parte, FEATHERSTONE, J. M., “Theophanes Continuatus: a History for the Palace”, en ODORICO, P. (ed.), *La face cachée de la littérature byzantine. Le texte en tant que message immédiat* (= *Dossiers Byzantines* 11), París 2012, pp. 123-135, en concreto, 133-135, subraya el entorno de Palacio y de las personas afines al Porfirogeneta como posibles autores del libro, y en especial sugiere a Basilio Lecapeno, hijo ilegítimo de Romano Lecapeno y hombre de confianza (y gran influencia sobre él) de Constantino VII. Sobre este interesante personaje de la corte, *vide* BROKKAAR, W. G., “Basil Lacapenus. Byzantium in the Tenth Century”, en BAKKER, W. F., VAN GEMERT, A. F., AERTS, W. J. (eds.), *Studia Byzantina et Neohellenica Neerlandica* (= *Byzantina Neerlandica* 3), Leiden 1972, pp. 199-234. FEATHERSTONE añade más datos a la teoría de Basilio Lecapeno como autor en “Theophanes Continuatus VI and *De Cerimoniis* I, 96”, *BZ* 104 (2011), pp. 109-116.

⁶² “Contribución al problema de la cronología”, pp. 774-775.

menos intención objetiva de Teófanos. La postura dominante en este corpus es la promoción de la dinastía macedónica, cuyo máximo exponente será la *Vita Basilii*. El formato claramente encomiástico de este libro frente a las pautas de corte cronográfico / historiográfico de los demás ha hecho plantearse a la crítica hasta qué punto puede hablarse de obra historiográfica, de cronografía o, simplemente de algo *sui generis* dentro de la literatura bizantina de este estilo, en palabras de Hunger⁶³.

También el libro VI, probablemente escrito y publicado tras la muerte del Porfirogeneta, muestra una visión muy partidaria de Constantino. Presenta un brusco cambio de estilo respecto a los anteriores, de manera que frente al tono retórico predominante en los otros se limita a una enumeración rápida de sucesos e informaciones. El análisis crítico de este texto, que nos ha llegado incompleto, como vimos, y quizá pretendiera llegar hasta el 963 (fin del reinado de Romano II), nos induce a pensar que en él habrían intervenido varios autores igualmente desconocidos, en un intento de completar la narración de los logros macedonios, siguiendo por la senda trazada en las obras anteriores.

Este libro presenta además una particularidad ya señalada: pese a su carácter tendenciosamente promacedonio, en la primera parte, que recoge los años entre el reinado de León VI hasta el exilio y muerte de Romano Lecapeno, se percibe un claro aire favorable a este último, algo que deja entrever otra evidencia: la falta de fuentes promacedonias tras la desaparición de Constantino, lo que se traduce en una redacción paralela a la de la *Crónica* de

⁶³ HUNGER, H., *Die hochsprachliche profane Literatur der Byzantiner*, Munich 1978, que nosotros hemos manejado en su versión al griego moderno, *Βυζαντινή λογοτεχνία. Η λόγια κοσμική γραμματεία των Βυζαντινών*, Atenas 1992, en concreto, vol. II, p. 28. En relación con su adscripción al género del encomio, opina que no por ello deja de tener un cierto valor histórico y constituir una especie de fuente para la historia. Al respecto, *op. cit.*, p. 146, nota 63. Sin embargo, ΛΟΥΓΓΗΣ, Τ., “Η βυζαντινή ιστοριογραφία μετά το λεγόμενο μεγάλο χάσμα”, *Σύμμεικτα ΚΒΕ / ΕΙΕ* 7 (1987), pp. 125-163, en concreto, p. 156, nota 3, considera que, con ser muy loables los trabajos sobre la identificación de la *Vita* con el encomio real, este género no explica toda la riqueza de matices que contiene la obra. Sobre todo ello habremos de volver en la segunda parte de este trabajo.

Simeón Logoteta, de corte contrario a la propaganda iniciada con Basilio. De este modo, los únicos datos a disposición de los redactores del libro VI habrían sido los de la oposición, si bien sometidos en su día a la labor censora del propio Porfirogeneta o su grupo⁶⁴, algo a lo que volveremos más adelante.

I. 1. 3. Redacción y fuentes del *Continuador*.

Tanto la *Vita* como los cuatro libros del *Continuador* evidencian un considerable esfuerzo propagandístico coordinado por el Porfirogeneta, cuyo fin sería imponer una versión oficial de los hechos que habían llevado a la creación de la nueva dinastía. Sus bases serían mostrar las sombras de los reinados anteriores al de Basilio, en una especie de decadencia que toca fondo con Miguel III, para descubrir el amanecer del nuevo sol macedonio, en una reedición de la Edad dorada del hombre mezclada con las promesas de redención del pueblo elegido y muchos otros ingredientes que veremos en el posterior análisis de la *Vita*, que no en vano habría sido la obra primaria y central, completada luego con la *Continuación*. Para este fin nuestro emperador no dudó en crear un grupo de investigación compuesto por selectos estudiosos⁶⁵, formados en las mejores instituciones que podía ofertar por entonces Constantinopla, y con todos los archivos imperiales y fondos bibliotecarios de que se podía disponer.

Uno de estos personajes muy cercanos a Constantino y su ideario fue José Genesisio, que debió de recibir un encargo⁶⁶ cuyo resultado nos recuerda en

⁶⁴ ΛΟΥΓΓΗΣ, Τ., *op. cit.*, pp. 149 y ss.

⁶⁵ Un recorrido sobre los principales literatos de la corte del Porfirogeneta realiza KAZHDAN, A. P., *op. cit.*, en las páginas 152 y ss., entre los que se encuentran Teodoro Dafnopates o Constantino de Rodas.

⁶⁶ Según nos cuenta en el título en verso de la obra: Τὴν ἐξ ἱστορίας τελέσας βίβλον ὡς ἐκελεύσας / Αὐτοκράτορ, μελέταις καὶ καμάτοις μεγάλοις, / Ἐν σοὶ δῶρον ἔθηκα, ὅπως ἐγνωσμένον εἶη / Ἐκ φιλοδεσποτίας συντεθὲν ἔκ τε πόθου (*Iosephi Genesisii Historia de Rebus Constantinopolitanis*, edición de MIGNE, J. P., *Patrologiae Cursus Completus, Series Graeca*, vol. 109, París 1863). Más adelante insiste en actuar siguiendo órdenes de Constantino (προσσεταγμένος).

gran medida la obra del *Continuador de Teófanos*⁶⁷. De este modo, su obra *Reinados* (*Βασιλειῆς*) está estructurada en cuatro libros, tres de los cuales tratan el reinado de un emperador concreto: León V (813-820), Miguel II (820-829) y Teófilo (829-842); mientras que el último libro reúne a Miguel III y Basilio I.

Como vemos, tanto el planteamiento estructural como el punto de partida de la obra coinciden plenamente con el del *Continuador*, retomando la *Crónica* de Teófanos en el punto en que terminaba, si bien Genesio no hace referencia alguna a dicha crónica, mientras que, como vimos, el proemio a los libros I-IV del *Continuador* así lo explicitaban⁶⁸. Genesio además se refiere a lo que él considera un vacío historiográfico a partir de León V, algo que se presupone también para el *Continuador*. El enfoque y acercamiento a los hechos de ambas obras es el mismo: presentar a Basilio como el gran salvador de la caótica situación a la que había llegado Bizancio con los emperadores precedentes. Existen, por otra parte, numerosos paralelismos rastreables entre ambas obras que han permitido concluir que las dos debieron de contar con una fuente común, que no sería una obra histórica, como se había planteado en un principio, sino más bien un dossier o sumario de documentos, una “recopilación de *excerpta*”⁶⁹, que bien justificaría el esfuerzo al que alude Genesio en el título de la obra, y que implicaría una labor de selección, composición, etc., ajena a la mera extracción de un texto escrito. Señalemos, en todo caso, que dicha fuente común se habría compartido para la elaboración de

⁶⁷ KAZHDAN, A. P., *op. cit.*, p. 144 y ss. realiza una comparación entre ambas obras, rastreando sus diferencias estilísticas y de contenido. Cf. también FEATHERSTONE, J. M., “A History for the Palace”, p. 125 y ss.

⁶⁸ SIGNES CODOÑER, J., “Fuente común”, p. 325, lo ve como un argumento a favor de la teoría que considera la obra de Genesio anterior a la del *Continuador*.

⁶⁹ En palabras del profesor Signes Codoñer, en el artículo citado en la nota anterior (p. 326), dedicado precisamente al análisis de esa posible fuente común. Concluye (p. 328-329) que dichos *excerpta* debían de tener forma de cuadernillo y no de hojas sueltas, y contendrían anotaciones y comentarios indicativos; algunos, incluso títulos. Era un trabajo recopilatorio que había de servir de base al proyecto de crónica deseado por el Porfirogeneta.

los libros I-IV del *Continuador*, mientras que en la *Vita* la situación parece ser otra, como veremos algo más adelante⁷⁰.

La cuestión que se plantea a partir de todo esto es por qué Constantino VII mandaría elaborar dos obras casi iguales, aunque parece bastante seguro que la de Genesio se redactó antes. Como respuesta más plausible la crítica ha considerado que Genesio compuso sus *Βασιλείες* por encargo del Porfirogeneta quien, entre otros posibles motivos que trataremos, con la consolidación de lo que ya era una dinastía, comprendía la necesidad de darle su debido sitio en el Imperio, y ello implicaba una reelaboración de la historia inmediatamente anterior.

Sin embargo, el resultado no habría agradado del todo a Constantino, quizá porque le pareciese una obra un tanto dispersa, con múltiples digresiones; difícil de leer por la lengua utilizada, en un estilo un tanto duro; finalmente, poco crítica con los predecesores de Basilio⁷¹. Su empresa requería una lengua elegante pero con un discurso orientado a persuadir al lector del alejamiento de aquellos soberanos de la voluntad divina, el consecuente y progresivo hundimiento de Bizancio, y la elección salvadora de Basilio, fuente de virtudes y beneficios para el Estado, por parte de la Providencia.

Por todo ello, pues, habría encargado otra versión oficial, supervisada por él mismo, que sería lo que conocemos como *Continuación de Teófanos*⁷². Para

⁷⁰ Para esta hipotética fuente común entre Genesio y los libros I-IV del *Continuador*, así como de las teorías al respecto, *vide* VARONA CODESO, P., *El método de composición en la historiografía bizantina del siglo X. El reinado de Miguel III (842-867) en las obras del Continuador de Teófanos, Genesio, Simeón Logoteta y Juan Escilitzes*, Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, 2006, p. 51 y ss.

⁷¹ SIGNES CODOÑER, J., “Fuente común”, p. 339, plantea la posibilidad de que la obra de Genesio estuviese en realidad inacabada y fuese un primer borrador, si bien considera que es una hipótesis que necesitaría más elementos probatorios que no tenemos a día de hoy.

⁷² Para esta teoría, cf. ΤΣΟΥΤΚΑΡΑΚΗΣ, Δ., en la introducción a la edición de *Περὶ Βασιλειῶν* de Genesio, traducida por ΝΙΑΒΗΣ, Π., Atenas 1994; pp. 21-23. También ΜΑΡCÓΠΟΥΛΟΣ, Α., “Historiografía bizantina”, pp. 202-203. Y SIGNES CODOÑER, J., “Fuente común”, p. 341.

algunos autores, esta nueva versión incluiría el retrato de su abuelo⁷³, cumpliendo con todos los requisitos que a su juicio debía tener. Dada la vital importancia de ese relato no podía dejarse en manos de cualquiera, por lo que Constantino habría optado por asumir personalmente la empresa, ya de modo directo en su redacción, o bien siguiendo muy de cerca el proceso, cuestiones estas que trataremos más adelante. Como consecuencia de todo ello tendríamos dos versiones paralelas, la de Genesio y la del *Continuador*, que a veces divergen en el enfoque, mucho más partidista en el segundo, a pesar de ser las dos promacedonias. Y por supuesto, son muy distintas desde el punto de vista estilístico, con clara ventaja para el *Continuador* por su capacidad narrativa, la riqueza de sus imágenes y la coherente inclusión de citas clásicas o de la tradición cristiana, frente al relato poco fluido de Genesio, a pesar de ser a menudo más erudito⁷⁴.

No obstante, ya hemos señalado cómo parece más que probable considerar que la *Vita* precedió a los demás textos (salvo el libro IV, si seguimos la tesis de Varona Codeso), con lo que no se explica que entre las *Βασιλεῖες* de Genesio esté el reinado de Basilio, a no ser que, en un principio Constantino, según sus palabras en el proemio, hubiese concebido la narración dedicada a su abuelo como obra independiente, limitando con ello su ambicioso proyecto inicial, pero una vez concluida, hubiera decidido completar las lagunas historiográficas del periodo anterior siguiendo una estructura por reinados.

Tal vez consideraba cosas distintas o sin conexión como obras el acercamiento de la *Vita* y la idea de la cronografía, pero luego le disgustara realmente el resultado aportado por Genesio, que incluía a su abuelo sin limpiar su nombre como él pensaba que debía hacerse; o bien resolviera que la

⁷³ Por ejemplo, ΤΣΟΥΤΚΑΡΑΚΗΣ, Δ., *op. cit.*, p. 23, parece presuponer que la *Vita* se hizo después. Cf. *supra*, apartado anterior, cuando veíamos la cronología propuesta por J. Bury.

⁷⁴ Como señala, p. ej., FEATHERSTONE, J. M., "A History for the Palace", pp. 125-126, quien recoge asimismo la opinión de KAZHDAN, A. P., *op. cit.*, p. 152, acerca del *Continuador* como mejor narrador de historias que Genesio, aunque comparten innovaciones con respecto a la perspectiva analística de Teófanos.

figura de Basilio salía ganando con aquella *Vita* hecha de antes, que sería una especie de colofón ilustre al relato de la decadencia sucesiva de un Imperio que había desembocado en el triunfal advenimiento del macedonio; siempre mejor que tratarlo como a otro reinado de aquella serie cronográfica. O tal vez tenía en mente esa continuación pero restringida a aquellos emperadores perniciosos con el fin de completar un hueco informativo.

Tampoco sabemos si, una vez acabada la *Vita*, seguía con la intención confesada en su prólogo de elaborar una historia de su dinastía hasta llegar a él, o decidió sin más completar a Teófanos para dar mayor realce a la imagen que ya había creado de Basilio. Como vimos, no podemos decir si el que conocemos como libro VI era otro de sus proyectos reales o si alguien a posteriori vio en la *Vita* y el *Continuador* una imagen de conjunto de una dinastía que podía completarse, y de ahí surgió ese libro. Como quiera que fuese, hubo una *Continuación*, sin que podamos determinar a ciencia cierta sus causas, a pesar de la existencia paralela de la obra de Genesio, mientras que la *Vita* habría sido anterior a ambas.

Una cuestión que se abre a partir de esta conclusión es la de las relaciones entre la *Vita* y lo que narra Genesio para Basilio. Las similitudes y coincidencias abundan, aunque la *Vita* suele ser más completa, y tal vez por ello autores como Hunger⁷⁵ han considerado que esta sirvió de fuente para Genesio. Sin embargo, las *Βασιλείες* cuentan en ocasiones cosas que la *Vita* silencia, por lo que otros críticos como Mango⁷⁶ abogan por una fuente común para las dos, hoy perdida, más que por una dependencia entre ellas, planteada, por ejemplo, por quienes consideran que la obra de Genesio sería anterior a la *Vita*.

Más complicado resulta determinar dicha fuente (o fuentes). Según Mango, basándose de nuevo en los proemios de Genesio y del *Continuador*, hay

⁷⁵*Op. cit.* (II), p. 159.

⁷⁶*Chronographiae*, pp. 9*-11*.

que descartar que existiera un relato más o menos historiográfico y completo sobre Basilio, y se debe pensar más bien en una serie de textos que permitirían elaborar una composición de este tipo, aunque ninguno de ellos ha llegado a nosotros, de modo que no podemos más que aventurar hipótesis. En su opinión uno de ellos tuvo que ser un encomio a Basilio, debido a la estructura temática y no cronológica que utilizan ambas obras, aunque no compartan la misma secuencia, junto a otros aspectos como las contadas apariciones de fechas o la poca relevancia de asuntos como el problema de la Iglesia, que revelan un trasfondo más propio de una obra panegírica que de tipo histórico.

Esta idea tal vez no resulte del todo desacertada puesto que sabemos que desde muy pronto en el reinado de Basilio existieron diversas composiciones laudatorias, que además de obedecer al típico funcionamiento de la corte, donde el encomio era algo usual, prueban que el aparato de propaganda ya funcionaba con el propio Basilio, gracias a la sombra de Focio⁷⁷, a pesar del modo tan poco “claro” de acceso al trono del nuevo emperador, y no sería tan raro que algunos de esos textos hubiesen llegado hasta su nieto.

Dentro de esta labor de limpieza de su nombre, más allá del mero elogio, habría surgido la *Oración Fúnebre* realizada en 888 por su hijo León, padre del Porfirogeneta, y precisamente durante el reinado de este emperador sitúa Mango la elaboración del supuesto encomio que habría servido de base a la *Vita* y a *Genesis*⁷⁸. Subraya además en la más reciente edición de la *Vita* que dicha *Oración Fúnebre* no se habría empleado para estas obras, también en función del análisis de los textos, si bien diversos autores presuponen la dependencia de esta composición para la *Vita*, como veremos en otro momento

⁷⁷ Cf. MORAVCSIK, G., “Sagen und Legenden über Kaiser Basileios I”, *DOP*, 15 (1961), pp. 59-126, aquí 62 y ss., donde comenta algunos escritos suyos encomiásticos para Basilio, pero también cómo con anterioridad habría dirigido otros a Miguel o incluso a los dos juntos, durante el año en que compartieron soberanía.

⁷⁸ *Chronographiae*, p. 11* y nota 18, para los datos derivados del texto que le llevan a realizar dicha conjetura.

de este trabajo⁷⁹. En todo caso, de no haber sido así, es obvio que ambas obras siguen una línea común en la presentación de Basilio y en la imagen que proyectan de su llegada al trono y el ejercicio de su soberanía⁸⁰.

¿Pudo existir un encomio contemporáneo del propio León que lo inspirara, o bien fuera algo posterior a su *Oración fúnebre*, y proporcionara estructura, datos y detalles para la elaboración tanto de la *Vita* como del texto de Genesio? Hoy por hoy no podemos afirmarlo con rotundidad basándonos en las fuentes de que disponemos pero, de ser cierto, ello explicaría muchos de los problemas planteados al contrastar las dos obras.

Por su parte, Jenkins, en un conocido estudio sobre el sustrato clásico del *Continuador*⁸¹, había señalado que la *Vita* parece seguir muy de cerca un encomio, en gran parte perdido, realizado por Nicolás Damasceno y dirigido a Augusto. Para este autor los paralelismos se traducen no sólo en el orden de presentación, sino también en elementos más concretos como los portentos

⁷⁹ Por ejemplo, ADONTZ, N., "La portée historique de l'oraison funèbre de Basile I par son fils Léon VI le Sage". *Byzantion*, 8 (1933), pp. 501-513, en concreto, 501-502, donde considera que la *Oración fúnebre* es el esquema sobre el que se ha construido la *Vita*, y sus puntos centrales los mismos que los de nuestra obra. También ALEXANDER, P. J., "Secular Biography at Byzantium". *Speculum*, 15 (1940), pp. 194-209, ve una estrechísima relación entre ambos textos, de manera que postula la *Oración fúnebre* como eslabón entre la hagiografía y la biografía secular, algo a lo que volveremos en la segunda parte. Asimismo, PREVIALE, L., "Teoria e prassi del panegirico bizantino", *Emerita*, 17 (1949), pp. 72-105; concretamente p. 96, considera bastante probable que la *Vita* se haya visto influida por la *Oración fúnebre*. También ΑΓΑΠΗΤΟΣ, Π. Α., "Η εικόνα του αὐτοκράτορα Βασιλείου Α΄ στη φιλομακεδονική γραμματεία 867-959", *Ελληνικά* 40 (1989), pp. 285-322, en concreto, p. 318 y nota 144, cree que el discurso de León ha sido sistemáticamente empleado en la *Vita*. Por su parte, ΜΑΡΚΟΠΟΥΛΟΣ, Α., "Κύρου Παιδεία και Βίος Βασιλείου. Ένας πιθανός συσχετισμός", *Σύμμεικτα* 15 (2002), pp. 91-108, en concreto, p. 99 y nota 46, considera que el uso de la *Oración fúnebre* para la *Vita* está fuera de toda duda. Cf. el apartado I. 1 de la segunda parte para otros comentarios sobre esta teoría.

⁸⁰ ALEXANDER, P. J., *op. cit.*, p. 207 y nota 1 plantea, citando una conjetura de GRÉGOIRE, H. la posibilidad de que el silencio de Constantino acerca de la *Oración fúnebre* guarde relación con las alusiones que contiene al cisma provocado en la Iglesia por la actitud de su padre.

⁸¹ JENKINS, R. J. H., "The Classical Background of the *Scriptores post Theophanem*", *DOP*, 8 (1954), pp. 13-30; p. 24 y ss.

asociados a su nacimiento (el episodio del águila⁸²) o el importante papel de la madre de Basilio en su carrera.

Un dato que corroboraría esta tesis es que los únicos fragmentos conservados de dicho encomio se hallan entre los *Excerpta* del círculo de Constantino, de los que hablaremos más adelante. Debido al sistema de trabajo y ordenación de materias por temas (p. ej., *Virtutes / Vitia / Insidiae*) característicos de dicho grupo, los textos se cortaban y dividían convenientemente, pero por desgracia no nos han llegado todas las secciones, de modo que sólo contamos con determinadas partes que, en este caso, dejan constancia del interés por los antepasados y la etapa del crecimiento y formación de Augusto, temas de especial relevancia también en la *Vita*. Allí también se incide en estos dos aspectos como elementos fundamentales para conformar la enorme figura regia de Basilio, si bien para el macedonio se ha añadido el factor de la Providencia como pieza clave en su llegada al trono, toda vez que lo ha elegido desde su nacimiento para devolver al Imperio su esplendor.

Referencias de tipo clásico y estilo elevado formarían parte del encomio que presupone Mango como fuente común a la *Vita* y a Genesio. En este sentido hay que señalar que, como tendremos ocasión de ver, el género del encomio no sólo se había mantenido en Bizancio, sino que formaba parte del mecanismo de propaganda del sistema ideológico imperial, fuera quien fuese el emperador, y que tal pervivencia implica la repetición de esquemas, comparaciones, referencias, etc. comunes con muchos encomios de época imperial, donde el género triunfa, aunque este auge no vaya acompañado de calidad, sino que más bien se convierte en un ejercicio de adulación muy alejado de los grandes modelos de la retórica clásica.

⁸² *Vide infra*, apartado III. 5. 3 de la segunda parte; también apartado IV. 4 de la primera parte, desde el punto de vista literario.

Dicho de otro modo, el autor de la *Vita* no habría partido necesaria y directamente de un encomio de época postclásica, en una búsqueda de la belleza formal de la Antigüedad, sino que habría continuado una tradición ininterrumpida, si bien ello no invalida la idea de que se analizaron otros encomios existentes anteriores, incluidos algunos de muchos siglos atrás, en busca del enfoque e imágenes óptimos para el proyecto de ensalzamiento de la figura de Basilio. Ejemplo de ello sería la obra de Libanio, que en opinión de Ševčenko habría sido bastante utilizada para elaborar la *Vita*, en concreto, su *Discurso fúnebre por Juliano*⁸³, si bien las dimensiones del presente trabajo nos impiden profundizar en esta línea por el momento, que queda abierta a una futura investigación.

Otra posible influencia que podría rastrearse es la de obras de carácter admonitorio, conocidas como “Espejos de príncipes”, a las que habremos de referirnos a lo largo de este trabajo, y que proyectan tanto la ideología política subyacente en Bizancio como el modelo de soberano ideal. Partiendo de la tradición isocrática, son obras de exhortación dirigidas a príncipes o soberanos, y encaminadas a mostrar un modelo de perfección y virtud al que todo monarca debe aspirar. Llegan a constituir todo un género muy apreciado en el mundo bizantino medieval, siendo de los primeros uno del siglo IV realizado por Sinesio de Cirene para el emperador Arcadio, titulado *Eiς τὸν ἀντοκράτορα. Περὶ Βασιλείας*, que compartiría diversos elementos conceptuales con la *Vita* en opinión de Π. Αγαπητός⁸⁴.

Precisamente en época de Basilio contamos con dos ejemplos significativos: una carta dirigida por Focio en su calidad de patriarca al dirigente búlgaro Miguel (circa 865)⁸⁵, y los *Capítulos Admonitorios a León*,

⁸³ ŠEVČENKO, I., “Re-reading Constantine”, p. 181 y nota 37, con referencias concretas a pasajes de la *Vita* y obras de Libanio.

⁸⁴ ΑΓΑΠΗΤΟΣ, Π. Α., *op. cit.*, 313 y ss. *Vide* también apartado III. 6 de esta segunda parte.

⁸⁵ *Ibidem* (ΑΓΑΠΗΤΟΣ), se realiza una comparación de los tópicos de los “Espejos de Príncipe” presentes en la citada carta de Focio al mandatario búlgaro y la *Vita*.

asociados igualmente a Focio, aunque atribuidos a Basilio⁸⁶. De este modo, otra vía de estudio que se nos abre, aunque no podamos seguirla en este momento, sería una comparación entre, al menos, los *Capítulos Admonitorios* y la *Vita*, ya que el autor bien pudo conocerla y manejarla. En todo caso, al final de este trabajo dedicaremos un breve apartado a realizar un análisis somero de los tópicos compartidos entre este tipo de obras en general y la *Vita*.

Otra obra que se ha postulado como posible fuente para la *Vita*, y que estaría dentro de este marco de composiciones relacionadas con los modelos de soberanía, sería la *Ciropedia*. A este respecto, el profesor A. Markopoulos ha llamado la atención sobre este aspecto en diversos artículos, a los que haremos referencia a lo largo de nuestra investigación⁸⁷, y que básicamente centran su atención en la relación que con la creación de Jenofonte en general habría tenido el padre del Porfirogeneta, León VI, cuestión esta a la que nos referiremos algo más adelante, y asimismo al tratar el género de la *Vita*, donde se harán nuevas referencias a posibles fuentes empleadas en la biografía del macedonio, considerada aparte del llamado *Theophanes Continuatus*.

Pero volviendo a las fuentes utilizadas de manera conjunta tanto para los *Scriptores* como los *Reinados* o la *Vita*, el hipotético encomio sugerido por Mango, u otros anteriores que fueron desmenuzados por el círculo de Constantino, no habrían sido las únicas en común. Mango hace notar la presencia de otras fuentes tanto en la *Vita* como en Genesio, no identificables por ahora, como material de archivos o de otro tipo⁸⁸, a veces compartidas con

⁸⁶ Es casi seguro que el emperador inspiró la idea y ordenó la redacción, pero no es el autor de la obra, que exige unos conocimientos de retórica y un nivel cultural de los que carecía el macedonio. Sobre su contenido, datación, autoría, etc., *vide* el trabajo de SOTO AYALA, R., *Los "Espejos de Príncipe" en el mundo bizantino como continuidad de la tradición retórico-política isocrática*, Tesis doctoral, Universidad de Granada 2009, p. 178 y ss.

⁸⁷ Cf. el ya citado artículo "Κύριου Παιδεία και Βίος Βασιλείου" el que aborda tal vez de manera más directa esta relación. Sobre sus razones para considerarla una posible fuente, al menos, de inspiración, *vide* apartado I. 1 de la segunda parte.

⁸⁸ Para los detalles, *vide* la mencionada introducción a la edición de la *Vita*, pp. 11*-13*. Como bien señala, dentro de esta obra las escuetas enumeraciones de fortalezas tomadas

los *Scriptores*⁸⁹, si bien el uso y resultado difiere entre ellos, destacando la tendencia de la *Vita* a ensalzar a Basilio por encima de todo, con el engrandecimiento de algunos hechos frente al somero tratamiento e incluso la omisión de aquellos menos favorables.

Al problema de identificación de estas fuentes se añade otro, derivado de la existencia de pocos recursos bibliográficos a disposición de Genesio y el grupo de Constantino para su proyecto, algo que los llevó a utilizar a autores que podríamos llamar de la oposición y que se traduce en un embrollo monumental por el uso de las mismas fuentes, copiadas, recortadas, modificadas e intercambiadas, en lo que supone un verdadero reto de investigación cuyo análisis es imposible reflejar en nuestro actual trabajo, por razones obvias. No obstante, diremos unas palabras al respecto.

Genesio se queja de esta escasez de fuentes para los llamados “siglos oscuros”, que se traducían en una enorme dificultad para hallar materiales en los que basar su trabajo⁹⁰. Debemos subrayar que cuando Constantino y su círculo abordan su empresa historiográfica no existían muchos materiales sobre el periodo inmediatamente anterior, salvo las crónicas de Jorge el Monje y

durante las campañas, los regalos de la viuda Danelis o muchas de las construcciones atribuidas a Basilio parecen más bien sacadas de catálogos o listas que de un encomio propiamente dicho. Por otro lado, las dataciones cronológicas son apenas dos: la del asesinato de Bardas y la de la coronación de Basilio como coemperador, ambas presentes tal cual en Genesio.

⁸⁹ Tal vez porque pasaran a formar parte del conjunto de documentos que consideramos como “fuente común”, según la hipótesis del profesor Signes Codoñer. Recordemos que para VARONA CODESO, P., “Contribución al problema de la cronología”, p. 774, es muy probable que Constantino consultara el libro IV, que contaba ya con la labor de procesamiento y sistematización de las fuentes, para revisar, completar o retocar algunos pasajes de la *Vita*.

⁹⁰ *Iosephi Genesii Historia de Rebus Constantinopolitanis*, edición de MIGNE, J. P., *Patrologiae Cursus Completus, Series Graeca*, vol. 109, París 1863, col. 992, 1 y ss.: Τὴν ἐξ ἱστορίας τελέσας βίβλον ὡς ἐκέλευσας / Αὐτοκράτορ, μελέταις καὶ καμάτοις μεγάλοις. Afirma además que ha tenido que recurrir a testimonios orales de personas que vivieron aquellos días y conocen de alguna manera los hechos, o bien ἐκ τε φήμης δραμούσης ἠκουτισμένως. El propio Porfirogeneta también manifiesta sus dificultades con las fuentes. *Vide* por ejemplo los apartados II. 1 y II. 2 de esta primera parte.

Simeón Logoteta⁹¹, además de la de Teófanos, que toman como punto de partida, aunque sabemos que existió un relato de carácter histórico realizado por Sergio el Confesor para el periodo entre el reinado de Constantino V (741-775) y el 827, y otro cuyo autor fue Teognosto y que trataba por lo menos de la invasión árabe en Sicilia de los años 826-829, si bien ambas obras hoy están perdidas, con lo que de nuevo nos movemos en el terreno de las conjeturas. Esta última ha sido señalada como una posible fuente para el *Continuador*, mientras que se ha sugerido la influencia de Sergio el Confesor en la descripción de Miguel II presente en el segundo libro⁹².

El llamado *Χρονικὸν σύντομον* de Jorge el Monje entraba dentro de los parámetros clásicos de una crónica medieval, con una acusada inclinación por temas religiosos, como la iconoclasia, frente al análisis histórico. Más interés reviste para nosotros la *Χρονογραφία* de Simeón Logoteta o Magistro, pues a pesar de ser de las pocas fuentes con que contaban los miembros del grupo del Porfirogeneta, su enfoque resulta totalmente antimacedonio. Si bien no podemos detenernos en el complejo e interesante análisis del empleo de esta fuente, debemos dejar constancia de algunos datos interesantes que permitan entender mejor su tendencia contraria a la dinastía de Constantino y el porqué de su uso en el *Continuador*.

⁹¹ La crónica de Jorge el Monje, muy difundida y utilizada, llegaba originariamente hasta el 842, pero precisamente por su enorme éxito sufrió numerosos cambios en momentos posteriores, como interpolaciones y añadidos, incluida una continuación hasta el año 948 (en algunos casos, más tarde), que en realidad es una parte de la de Simeón Porfirogeneta. Actualmente no se sabe con certeza si este último incluyó de manera voluntaria en su crónica la de Jorge el Monje, con la que se suele confundir, o cómo se produjo esta fusión de ambos textos. Cf. VARONA CODESO, P., "Problemas textuales", pp. 330-332. Aquí, pues, nos referiremos a la crónica de Jorge el Monje como aquella "originaria", y a la de Porfirogeneta por separado.

⁹² MANGO, C., *Chronographiae*, p. 6* y HUNGER, H., *op. cit.* (II), pp. 144-145 y 160. Sobre la influencia de Sergio el Confesor, BARISIC, F., "Les sources de Génésios et du Continuateur de Théophane pour l'histoire du règne de Michel II (820-829)", *Byz* 31 (1961) pp. 257-271, en concreto, p. 260 y ss.

El autor era sin duda un personaje con un alto cargo en la administración⁹³, y de ahí que su formación e intereses difieran de manera abismal con los de Jorge el Monje. Probablemente pertenecía a la órbita de Romano Lecapeno, algo que se deduce de algunos datos de su obra que indican que pudo ser desterrado junto con él cuando se produjo su caída. Tras su pretendida actitud imparcial, hay elementos que dejan traslucir su escasa predilección por los macedonios en general, más que por su presentación de la llegada de Basilio al trono y su participación en la muerte de Miguel, por sus silencios con respecto a los logros y mejoras de la nueva dinastía.

Lo fundamental para los investigadores es el hecho de ser una fuente de referencia por necesidad incluso para los historiadores filomacedonios, algo que ha dado lugar a sucesivas reelaboraciones del texto original, añadidos e interpolaciones varias, de manera que lo que nos ha llegado como obra atribuida a este autor es en realidad un complejo rompecabezas difícil de desentrañar, cuestión esta en la que no podemos ir más allá aquí⁹⁴. Lo que parece seguro es que si se recurrió a esta fuente tan poco propicia a los macedonios, ello tuvo que deberse a la ausencia total de otros textos en los que basarse para hacer un relato histórico de aquellos años, y así puede decirse que la primera parte del libro VI, que narra los reinados entre Basilio y el Porfirogeneta en solitario, no es más que una versión de dicha crónica⁹⁵. De todos modos, en el apartado siguiente añadiremos otros comentarios sobre el papel tradicional de este tipo de crónicas en la ideología política bizantina y cómo la dinastía macedonia reinterpreta el modo de abordar el relato de la Historia desde el punto de vista político, para entender un poco mejor la oposición de Simeón Logoteta y su plasmación en forma de crónica.

⁹³ Acerca de la persona y obra de Simeón Porfirogeneta, *vide* KAZHDAN, A. P., *op. cit.*, p. 162 y ss., en un apartado dedicado a la cronografía antimacedonia.

⁹⁴ Como indicación *vide* HUNGER, H., *op. cit.* (II), pp. 163-166. También MARCÓPULOS, A., "Historiografía bizantina", pp. 203-204.

⁹⁵ VARONA CODESO, P., "Contribución al problema de la cronología", p. 739.

Como quiera que sea, parece claro que independientemente del origen de cada parte del *Continuador*, desde el inicio del reinado en solitario de Constantino VII se había buscado en Palacio una literatura que justificara el advenimiento de una nueva dinastía y cantase sus excelencias, y de ahí que el libro más importante fuera la *Vita*, tras la cual se habría creado el proyecto de completar el vacío existente entre la crónica de Teófanos y la llegada de Basilio al poder, que enfocaría la cuestión hacia la necesidad de esa llegada a causa del mal camino emprendido por sus antecesores, idea en la que insiste, como vimos, el proemio.

Un análisis estilístico del *Continuador*, que la extensión del presente estudio no nos permite abordar, añadiría interesantes conclusiones sobre lo que supone esta obra en comparación con su predecesora, y su valor dentro de la producción de carácter historiográfico en Bizancio. Frente al trabajo de Teófanos, el *Continuador* estructura la materia por bloques o reinados en lo que será un punto de partida para abandonar el tradicional enfoque analítico, probablemente movido por ese objetivo de presentar a los soberanos anteriores a Basilio como centros de atención y justificar su decadencia hasta la llegada del macedonio. Ahora bien, esto indica un traslado del transcurso del tiempo y el devenir de la Historia como centro de gravedad hacia el hombre como protagonista de ésta.

Pero no será esta la única innovación, pues el aire general de la obra indica los efectos del conocido como Renacimiento Macedonio en la pintura de caracteres, como bien señalara Jenkins en su ya citado y clásico artículo⁹⁶, donde habla del paso de los personajes planos y tipificados de las crónicas, a menudo tratados en un esquema simple de buenos y malos, a un intento de análisis psicológico de los personajes, o cuando menos, de las razones que

⁹⁶ JENKINS, R. J. H., *op. cit.*, p. 13 y ss.

mueven sus actos⁹⁷. También hay asomos de objetividad cuando se procura añadir datos positivos en las descripciones de emperadores que, en general, se presentan como perjudiciales para el Imperio. Esto, junto al reiterado (e intencionado) uso de recursos retóricos⁹⁸ así como de referencias a la erudición clásica, muestra un enorme cambio de perspectiva tanto como un salto cualitativo; todo un nuevo comienzo que dejará atrás cuanto consideramos como puramente medieval y que se refleja a su modo en la *Vita*, dado el distinto perfil de la obra.

Sobre el posible fundamento ideológico de este nuevo concepto de labor historiográfica, la intención y los motivos que pudieron llevar a Constantino a perseguir una obra así intentaremos arrojar un poco de luz, aunque en apartados posteriores se situará un poco más a este autor en su contexto histórico y el núcleo central de nuestro trabajo completará esta visión.

⁹⁷ Al respecto, cf. también KAZHDAN, A. P., *op. cit.*, p. 148 y ss., quien subraya que estos aspectos están ausentes en la obra de Genesio.

⁹⁸ Sin embargo, señala KAZHDAN, A. P., *ibidem*, p. 151, el *Continuador* no es obra de estrictos puristas encerrados en la repetición de las normas de sus manuales de retórica, sino que van más allá en la utilización de estas y tampoco dudan en introducir términos del griego hablado en el momento.

I. 2. MOTIVACIONES PARA UNA CONTINUACIÓN DE LA CRONOGRAFÍA. LA TEORÍA DEL ECUMENISMO LIMITADO.

Constantino VII Porfirogeneta, pues, se nos presenta en principio como el impulsor de esta colección de relatos históricos que enlazarían con la biografía de su abuelo, completando el vacío entre la obra de Teófanos y la *Vita*. Como ya hemos referido antes, la parcialidad del texto nos hace pensar en algo más que en un mero ejercicio de historia y erudición: con toda seguridad quería legitimar una nueva dinastía cuyos comienzos no eran muy loables, pues estaban ligados al asesinato de su predecesor, y con ello no hacía sino proseguir con la tarea iniciada por su padre, León VI, con la *Oración Fúnebre* de Basilio⁹⁹.

El gran logro de Constantino será, como veremos, crear no sólo un retrato ideal de su antepasado e inaugurador de una nueva estirpe imperial, sino la figura modélica del emperador perfecto, el espejo y estatua en que se mirarán las demás generaciones, refundiendo dos grandes tradiciones: la del perfecto gobernante, de corte isocrático, y la del rey justo, ungido y bendecido por Dios, cuyas máximas figuras habían sido David y su hijo Salomón, del mundo cristiano. En palabras de Constantino, “con ello [la biografía de Basilio] pretendo que sus descendientes tengan erigido en su propia familia el canon de virtud, la estatua y el modelo de imitación¹⁰⁰”. Y probablemente consiguió su objetivo, pues las cronografías posteriores siguen casi todas su línea filomacedonia¹⁰¹, e incluso nuestra visión de Miguel III se ha visto muy influida por el retrato que de él se hizo como borracho y vicioso, lo cual no significa que la oposición no tuviese su propaganda propia y poderosa, con victorias

⁹⁹ Al respecto *vide* el ya citado artículo de ADONTZ, N. Cf. también ANTONOPOULOU, TH., *The homilies of the Emperor Leo VI (The Medieval Mediterranean, Peoples, Economies and Cultures 400-1453, 14)*, Leiden-New York-Köln 1997, pp. 246-250.

¹⁰⁰ 212, 11-13.

¹⁰¹ En opinión de HUNGER, H., *op. cit.* (II), p. 34.

adquiridas, algo que, como ya hemos mencionado, marcó la propia redacción del libro VI del *Continuador*.

Pero la elaboración de un modelo de soberanía no será el único objetivo del gran proyecto de Constantino, como tampoco mostrar la aparición de este nuevo ungido cual sol que disipa las nubes de tantos años de decadencia, que culminan con el reinado de Miguel III, aunque todos estos elementos están presentes en la *Vita*. Como ha señalado la crítica en los últimos años¹⁰², los macedonios eran conscientes de que la situación para Bizancio había cambiado definitivamente, de manera que ya no se podía hablar en realidad de un Imperio único, cuando en Europa había competidores considerables en la persona de hombres como Carlomagno, con enorme poder, influencia, territorios y el sólido apoyo del papado¹⁰³. Esto implica un cambio en la política exterior del primero de ellos, Basilio, y en el plano historiográfico toda una revisión tanto de la forma como del contenido.

En la época inmediatamente anterior a los macedonios la historiografía estaba representada casi en exclusiva por las crónicas, género que consideramos medieval por excelencia, en su concepción de Historia como relato desde el principio de la creación, o su estilo “popular”, orientado a gente sin mucha formación (y a menudo escrita por monjes o personajes sin demasiada cultura), adornado con prodigios, catástrofes naturales, hechos espeluznantes o digresiones que incluyen la intervención de la divina Providencia o presentan al emperador como capaz de afrontarlo todo por el bien de sus súbditos, perseguidor de la justicia, benefactor, etc¹⁰⁴. En cambio,

¹⁰² ΛΟΥΤΓΗΣ, Τ., *Η ιδεολογία της βυζαντινής ιστοριογραφίας*. Atenas, 1993, pp. 99-103; 119-141; y del mismo, el ya citado artículo “Μεγάλο χάσμα” hace un detallado análisis de esta teoría.

¹⁰³ *Vide* apartado III. 4 de la segunda parte.

¹⁰⁴ Sobre las características de este género y las obras que lo integran *vide* el capítulo dedicado a ello en el trabajo de HUNGER, H., *op. cit.* (II), pp. 33-60. Volveremos a este tema cuando hablemos de la evolución del género historiográfico en Bizancio, en el apartado I. 2. 1 de la segunda parte.

con la dinastía macedonia, como veremos, hay un sensible cambio de tono, con un interés por la erudición y un retorno al clasicismo de época imperial, que hará de este momento uno de los más importantes para Bizancio desde el punto de vista de las letras. ¿Por qué, entonces, decide Constantino continuar la obra de Teófanos, que no deja de ser otra crónica?

En primer lugar, parece evidente el interés del grupo del Porfirogeneta por subrayar el parentesco de este último con Teófanos, ya que encontramos referencias a este hecho tanto en el proemio al *Continuador*, donde se alude a esa consanguinidad (κατὰ συγγένειαν καὶ ἀγχιστείαν) y se considera a Constantino υἰώνος de Teófanos¹⁰⁵, como en el ya mencionado pasaje del *De administrando imperio*, que presenta al santo iconódulo como μητρόθειος del emperador¹⁰⁶. El problema fundamental, como ya sugerimos entonces, está en concretar dicha relación familiar que las fechas dificultan y los calificativos no aclaran.

La palabra υἰώνος aparece en la *Vita* con el esperable significado de “nieto¹⁰⁷”, pero es imposible traducirla así en el caso referido a Teófanos. Como posibles interpretaciones al uso de esta palabra se ha propuesto la existencia de alguna laguna anterior en el texto, donde se hablaría de Basilio; la posibilidad de que obedezca a una interpolación; que el término tenga un amplio sentido como “descendiente”; o bien de algún tipo de error aún pendiente de explicación¹⁰⁸. Por su parte, la palabra μητρόθειος no nos consta en ningún otro texto bizantino para comparar su uso, aunque basándose en criterios

¹⁰⁵ *Theoph. Cont.* 5, 4

¹⁰⁶ ŠEVČENKO, I., “Title and Preface to *Theoph. Cont.*”, pp. 90-91, recoge una última mención en un discurso laudatorio a Teófanos compuesto por un tal Teodoro Protoasecretis, identificado como Teodoro Dafnopates, alguien del círculo del Porfirogeneta, y que se limita a describir a Constantino como γένει τῷ σῶ σεμνυνόμενος.

¹⁰⁷ 211, 15-16: ΚΩΝΣΤΑΝΤΙΝΟΣ ΒΑΣΙΛΕΥΣ (...) Ο ΤΟΥΤΟΥ [ΒΑΣΙΛΕΙΟΥ] ΥΙΩΝΟΣ; y 282, 16-17: Κωνσταντῖνος (...) ὁ Λέοντος μὲν τοῦ σοφωτάτου υἱὸς ἐκείνου δὲ υἰώνος.

¹⁰⁸ SIGNES CODONER, J., “Algunas consideraciones”, p. 20, nota 16.

filológicos denotaría más bien a un antepasado de la rama materna pero por línea indirecta¹⁰⁹.

Tal vez la opción más plausible sea la propuesta por Ševčenko, quien considera que el vínculo entre Constantino VII y Teófanos, altamente probable, lo sería por línea materna, y en todo caso era sentido como cierto por el Porfirogeneta y su círculo; el uso de ambos términos obedecería a desconocimiento, por parte de los autores de ese círculo, del verdadero grado de parentesco que unía a Teófanos y a su emperador, ya que todas las menciones son de la misma época y proceden de este grupo, coincidiendo en su carácter impreciso y general¹¹⁰.

Ahora bien, cabe plantearse los motivos para esa insistencia en reseñar los lazos de sangre entre ambos personajes. Una razón fundamental ya ha sido de algún modo esbozada cuando hablamos de la persona de Teófanos, que para ellos no era otra que la del Confesor: su consideración como modelo de oposición al iconoclasmo y su santidad eran, además de un precioso adorno para su emperador, una excelente carta de presentación como soberano e historiador, una especie de garantía de su seriedad y buen hacer tanto en su actividad gubernativa como en la ejercida dentro de su proyecto historiográfico. Enlazar con Teófanos confería prestigio y esplendor a la obra de renovación cultural que iba a acabar con las sombras de su predecesor y a mostrar la dinastía macedonia como un foco de luz irradiante, capaz de disipar las tinieblas de sus antecesores.

Para Ševčenko, no obstante, la intención sería doble, pues implicaría un lugar de honor para la madre de Constantino quien, como veremos, fue origen de un enorme conflicto entre su padre León y la Iglesia, no ya por ser una esposa ilegítima cuando alumbró al Porfirogeneta, sino porque León infringió las normas que él mismo había dictado sobre el número de matrimonios

¹⁰⁹ ŠEVČENKO, I., "Title and Preface to *Theoph. Cont.*", p. 92 y nota 20.

¹¹⁰ *Ibidem*, pp. 90-91.

posibles, violando además las condiciones que el patriarca había impuesto para reconocer al niño como heredero del emperador¹¹¹. De este modo, la consanguinidad con Teófanos reafirmaba un ilustre linaje para el Porfirogeneta por las dos ramas, donde se fundía sangre imperial con otra estirpe de santidad probada y sabiduría reconocida por todos.

Pero, cuestiones de lustre personal aparte, parece que la intención de Constantino VII llegaba más lejos: consciente de las limitaciones del Imperio en ese momento, consideraba preferible “olvidar” la idea del Imperio universal otrora representado por Justiniano, y conformarse con un *ecumenismo limitado*, en palabras de Λουγγής¹¹², es decir, presentar al Imperio con su área de influencia actual y desde la perspectiva de su creación por Constantino el Grande con la fundación de una nueva sede. De este modo, el Porfirogeneta revisa literalmente la Historia, creando epítomes o resúmenes de los documentos escritos con anterioridad, donde no sea evidente que el Imperio había llegado a dominar la ecumene para luego perderla en su mayor parte¹¹³. Será también cuidadoso al elegir las palabras en la historiografía diseñada o dirigida por él, por ejemplo, para evitar hablar de pérdidas, que pasan a ser *cesiones*.

El nuevo proyecto del Porfirogeneta tenía, no obstante, sus detractores en la aristocracia partidaria de los valores bizantinos tradicionales, que consideraban inamovibles, entre los que se hallaba ese concepto de universalidad del Imperio surgido de la economía divina¹¹⁴. Quienes así pensaban no se resignaban a la idea de un Imperio fruto de la iniciativa de Constantino el Grande de crear una Nueva Roma y la *translatio imperii*, de la

¹¹¹ *Vide* apartado II. 1 de esta primera parte.

¹¹² ΛΟΥΓΓΗΣ, Τ., *Ιδεολογία*, pp. 99-103 y 119-141. Cf. apartado III. 4 de la segunda parte.

¹¹³ Para un análisis de esta teoría *vide* además el artículo del mismo autor, LOUNGHS, T. C., “L’Historiographie de l’époque Macédonienne et la domination Byzantine sur les peuples du Sud-Est Européen d’après les traités de paix du IXe siècle”, *Balkan Studies* 21 (1980), pp. 69-86.

¹¹⁴ *Vide infra* apartado III. 1. 1.

que sin embargo, el Porfirogeneta supo sacar partido con su lectura del documento de la *Donatio*¹¹⁵, directamente ligado a lo anterior. Estas dos tendencias aparecen reflejadas en las fuentes como dos maneras distintas de abordar la historiografía: la tradicional, ligada a la crónica medieval (Jorge el Monje, Simeón Logoteta), con unas formas establecidas ya en época de Justiniano, que prefiere un lenguaje sencillo pero directo, frente a la impulsada por los macedonios, de un nivel más culto y refinado (Teófanos y el *Continuador*).

Subraya Λουγγής que la crónica, representante de la oposición aristocrática a los macedonios, sigue fiel a la tradición al no aportar datos de Occidente, y mucho menos de asuntos políticos como la *Donatio* y la reinterpretación que de ella hace la nueva dinastía. Por el contrario, la ideología macedonia transforma el viejo concepto de cronografía desde el origen del mundo por otra que narra la Historia a partir de que Bizancio reconoce que el Imperio se ha fragmentado. Es decir, desde que se ve obligado a reconocer que hay otro emperador poderoso, pero encuentra en el documento de la *Donatio* un asidero para reivindicar su lugar propio en la nueva ecumene.

Ante el imparable aumento de potestad del papa, que utiliza este documento para justificar su poder y universalidad (con repercusiones igualmente en la historiografía occidental¹¹⁶), y ante su alianza con un cada vez más influyente Carlomagno, la solución que parece más adecuada al

¹¹⁵ Sobre la *Donatio* y el papel del Porfirogeneta en su reinterpretación, *vide infra* apartado III. 1. 3 y III. 4 de la segunda parte.

¹¹⁶ Resulta de gran interés el estudio que realiza ΛΟΥΥΤΗΣ, T., en "L'Historiographie...", pp. 74-75, sobre cómo fuentes occidentales cercadas al papado, como el *Liber Pontificalis*, omiten alusiones a los cruciales años 872-885, en los que Bizancio vuelve al sur de Italia con Basilio I, y tampoco mencionan un posible tratado con el macedonio al que sí parece referirse el Porfirogeneta tanto en la *Vita* como en *De administrando imperio* o *De Thematibus*. La existencia de un acuerdo de esas características es indiscutible para el autor, y estaría condicionado por una presencia efectiva de los bizantinos en esa zona, a la que se habría puesto coto recurriendo a la *Donatio* y estableciendo los límites de intervención del Estado bizantino en Italia. "Ainsi, chaque côté intéressé aime souligner les faits à son avantage et omettre tendancieusement ses échecs ou compromis".

Porfirogeneta será en el fondo la misma que la del enemigo: utilizar esa misma *Donatio* pero en provecho del Imperio, justificando en ese que todos saben falso documento el derecho a su propia área de influencia y dominio.

Sus efectos, como vemos, en la historiografía son claros: se da a entender todo esto de manera sutil, con una historia que tiene un punto de partida diferente y se encamina a mostrar a Basilio como el emperador por excelencia de esta Nueva Roma, el único capaz de llevar a cabo una política realmente bizantina en estos términos en los que estamos hablando. En el proemio a la *Vita*, Constantino deja claro que su primera intención había sido “registrar por escrito y en detalle los hechos más dignos de mención de todos los emperadores que han estado al frente del *Imperio Romano de Bizancio*” (211, 21 – 212, 2), en una forma tácita de reconocer que su interés se centra en el Imperio de Oriente, desde su verdadero principio.

Y desde este enfoque nos presenta a Basilio como el emperador a quien más debe Bizancio, “gran beneficio para el Estado e intereses de los romanos” (212, 7-8), en lo que entendemos no ya solo como una clara oposición al lamentable estado al que los amorios (supuestamente) habían llevado al Imperio, entre otras cosas, por no haber sabido asumir este nuevo papel de Bizancio, sino como presentación del emperador que realmente había aportado una nueva dimensión a ese Imperio, reinterpretándolo y ubicándolo en su verdadero puesto ante las naciones.

Si esto significaba renunciar a territorios que un día habían pertenecido al Imperio, permitía, no obstante, seguir defendiendo la legitimidad y la primacía de Bizancio frente a cualquier otro imperio o emperador que deseara usurpar su puesto en *su* ecumene: como señala Λουγγής, el Porfirogeneta es consciente de que el emperador bizantino no es más que el emperador de Constantinopla para Occidente, un mandatario más en el nuevo orden de cosas, donde hay otros monarcas *hermanos*; en relación con los Árabes y los pueblos bajo influencia bizantina, o bien susceptibles de entrar en ella al no

estar en el punto de mira de Occidente, se trata del emperador de los Romanos¹¹⁷. Desde este punto de vista, la facción aristocrática partidaria del universalismo no tendría argumentos para acusar a los macedonios de alta traición.

Del mismo modo, la obra de Teófanos se adaptaba a esta concepción limitada del Imperio, por cuanto narra los orígenes de ese Imperio exclusivamente bizantino y los emperadores de ese periodo hasta la llegada de su abuelo, lo que le proporcionaba un motivo más para continuarla y pretender una unión incluso consanguínea con el autor.

Λουγγής realiza en sus estudios un detallado análisis de las fuentes filomacedonias y de la oposición, incluida la *Vita* como obra fundamental en el proyecto propagandístico macedonio, y llega a interesantes conclusiones. Partiendo del 812, fecha en que Carlomagno confirma su coronación del 800 después de su reconocimiento como emperador por parte de un Miguel I que se veía obligado a hacerlo finalmente, el autor detecta cambios perceptibles en la historiografía. Así, la crónica de Teófanos empieza con una fragmentación del Imperio (Diocleciano) y acaba con otra (Miguel I), o lo que es lo mismo, el reconocimiento de Carlomagno como *otro* emperador, algo que resultaba impensable para un bizantino hasta entonces, por cuanto el Imperio es solo uno, y solo un emperador cabe en la ecumene.

Por su parte, el *Continuador* comienza algo después de ese hecho del 812 para terminar un poco antes de la coronación de Otón I como emperador¹¹⁸. Para el autor, este es el reflejo historiográfico del ecumenismo limitado, donde

¹¹⁷ "L'Historiographie...", pp. 84-85. Considera asimismo que la obra *De administrando imperio*, a la que habremos de volver, por encima de todo es una descripción muy exacta y precisa de esa ecumene bizantina en el siglo X, y contiene todas las claves de esta línea política que venimos exponiendo aquí. Finalmente, sostiene que Constantino no era ni el empedernido lector de biblioteca al que le viene largo el trono, ni el indolente mandatario que se nos suele presentar.

¹¹⁸ Este análisis, evidentemente, tiene en cuenta todas las partes del *Continuador* como un conjunto unitario, sin entrar en las vicisitudes que llevaron a su forma actual.

no sólo se reconoce de manera indirecta la independencia de Occidente con respecto al Imperio, sino que se incide en el hecho de que Basilio supiera dar a la *Donatio* una lectura capaz de devolver a Bizancio su propia ecumene, dentro de un área de influencia propia, algo de lo que carecía la dinastía anterior. Por ello, en la *Vita* tienen un lugar destacado las campañas de Basilio en Italia¹¹⁹, no sólo como parte de los ἔργα πολέμου de todo emperador encomiado al estilo clásico, sino porque de manera tácita mostraban una pequeña victoria sobre el papado al lograr su permiso para intervenir en territorios que suponían una transgresión de la *Donatio*. Probablemente, era a lo más que podía aspirar el Imperio en aquel momento.

Por el contrario, tanto la crónica de Simeón Logoteta como la “continuación” de Jorge el Monje, que en realidad viene a ser lo mismo, llegan (e incluyen) hasta Romano Lecapeno, el emperador que interrumpió la política seguida por los macedonios para volver a la idea universal, o bien hasta Nicéforo Focas, que retoma esta línea tras el Porfirogeneta y su hijo Romano II. Añade Λουγγής que aunque nos pueda parecer más realista la opción de los macedonios, ello no significa que los partidarios de la idea universal actuaran de manera reaccionaria o poco meditada, sino que veían en la mejoría (de la que tanto habla Constantino en la *Vita*, como se verá) vivida con los macedonios una razón para seguir defendiendo la universalidad y unicidad del poder imperial.

Con todo, la autonomía de Occidente ya no tenía marcha atrás, y por ello la idea universal estaba condenada al fracaso, y junto a ella el género historiográfico que le prestaba su voz. Y de cierto, con su extinción asistimos al progresivo abandono de la crónica entendida como ese género histórico repetido fielmente durante tantos siglos, a la par que la Historia en su concepción clásica comienza su desarrollo, aunque desde el peculiar punto de vista bizantino.

¹¹⁹ *Vide infra* apartado III. 5. 7 de la segunda parte.

Debemos concluir, pues, que Constantino, como representante de una política dinástica reinterpretada (esto es, retoca) la Historia silenciando unas cosas, modificando la apariencia de otras. Dados los estrechos márgenes de un trabajo como el presente, no podemos adentrarnos en asuntos como la identidad de las personas que integraron el grupo investigador de este proyecto histórico a las órdenes del Porfirogeneta, o hasta dónde llegó su participación; ni analizar de manera exhaustiva las fuentes manejadas para la continuación de Teófanos y las posibles intervenciones en ellas, elementos todos que constituyen una interesante línea de investigación. En el apartado siguiente intentaremos ofrecer datos que aclaren la personalidad de este emperador y la aportación de su reinado a las letras bizantinas, y en el análisis de la *Vita* desde el punto de vista de la ideología política procuraremos asimismo mostrar aquellos puntos donde su teoría historiográfica ha dejado huellas.

Pero no podemos cerrar este capítulo sin mencionar al menos un detalle relacionado con la composición de la *Continuación* de Teófanos, derivado del estudio comparativo de diversas fuentes que realiza Λουγγής¹²⁰. De él se desprende que la literatura de la oposición tenía más influencia de la que podríamos suponer, ya que el autor demuestra que Escilitzes, cronógrafo filomacedonio del siglo XI, no pudo encontrar para el reinado de León VI, padre del Porfirogeneta, más material que el libro VI del *Continuador de Teófanos* que, como hemos señalado con anterioridad es muy diferente de los demás en estilo, presentación, etc. Como ya vimos, quienes elaboraron dicho libro ya se encontraron con el problema de la escasez de fuentes promacedonias en las que basarse para aquellos años, por lo que tuvieron que recurrir en su momento a la crónica de Simeón Logóteta, texto de la oposición aristocrática, expurgado,

¹²⁰ Para conocerlo en detalle *vide* ΛΟΥΓΓΗΣ, Τ., *Ιδεολογία*, pp. 119-125. También, del mismo autor, “Μεγάλο χάσμα”, pp. 149 y ss.

eso sí, en lo posible de todo elemento antimacedonio, aunque sus huellas sean visibles.

Sólo cuando superan ese momento histórico para el que no tienen fuentes vuelven a su tono favorable a la dinastía. Como señala Λουγγής, a pesar del empeño y cuidado de Constantino, cuando Escilitzes aborda esta época en su relato, se encuentra con el mismo problema que tuvo su grupo: ausencia de textos laudatorios para los macedonios, salvo el *Continuador*.

I. 3. EDICIONES Y TRADUCCIONES DE LA OBRA.

El conocido como *Continuador de Teófanos* nos ha llegado básicamente a través del códice *Vaticanus gr. 167*, de principios del siglo XI¹²¹, del que derivan tres copias del siglo XVII: el *Barberinianus gr. 232*, el *Barberinianus gr. 264* (ambos *circa* 1628) y el *Reginensis gr. 105*, fechado en 1642, perteneciente a la colección de la reina Cristina de Suecia, que contiene sólo la *Vita* y está sacado del *Barberinianus gr. 264*.

El *Vaticanus gr. 167*, pues, constituye la mejor base a nuestra disposición para editar los textos que componen el *Continuador*, y entre ellos la *Vita*, aunque no conocemos nada de su origen ni de las circunstancias en que fue copiado; tan sólo que no es el arquetipo. No obstante, además de presentar el primer folio muy dañado, de donde han derivado problemas ya vistos con respecto a las interpretaciones propuestas para el título y proemio de la primera parte, contiene una segunda dificultad, que podríamos resumir diciendo que es una mala copia. Todavía se debate si en el manuscrito han intervenido una o más manos, pero lo que sí es cierto es la presencia de errores de acentuación y espíritus, repeticiones y omisiones, entre otros, mientras que Escilitzes, que sigue muy de cerca el texto del *Continuador*, suele dar lecturas correctas. Para Ševčenko¹²² Escilitzes habría contado con un manuscrito mejor que el escriba del *Vaticanus gr. 167*, pero aún así, este último debía de ser alguien poco cuidadoso y sin mucha formación, ya que las lagunas pueden obedecer a un original defectuoso, pero no las demás incorrecciones.

¹²¹ Aunque en un principio se fechó en el siglo XII, posteriormente se retrasó a principios del XI en función de ciertas características gráficas, propias de esa época. Al respecto, NICKLES, H. G., *op. cit.*, p. 224, nota 22. *Ibidem*, y pp. siguientes, acerca de los avatares del *Vaticanus gr. 167* y sus copias. Para una detallada descripción y estudio de este manuscrito y los demás implicados en la transmisión de la *Vita*, cf. la introducción a la ya citada edición de Ševčenko, p. 14* y ss.

¹²² *Chronographiae*, p. 15*.

Recordemos, por otra parte, que el manuscrito contiene una serie de cuatro libros, así designados (λόγοι / βιβλία¹²³), que corresponden a cuatro reinados o emperadores, precedidos de un título bastante ilegible y un proemio; después los relatos de los distintos emperadores aparecen divididos por una simple línea de adorno, a excepción del de Romano Lecapeno, sin separación marcada ni entre el “primer” reinado de Constantino VII y su acceso al poder, ni entre su reinado efectivo y la soberanía en solitario del Porfirogeneta, tal vez porque lo relativo a Constantino se había concebido como una obra única, que incluiría la intromisión de Lecapeno. Es decir, el manuscrito en sí no indica que contenga una sola obra unitaria.

La existencia de varias copias del siglo XVII da idea del interés suscitado por estos escritos en el floreciente movimiento humanista de ese siglo. En 1653 uno de sus representantes, León Alacio (Leo Allatius), de origen griego y bibliotecario del cardenal Barberini, realizó la *editio princeps* de la *Vita* sobre el *Barberinianus gr. 264*, que habría mandado copiar para ello, incorporando algunas correcciones y elementos del texto de Escilitzes, junto a una traducción al latín¹²⁴.

Por su parte, la primera edición del texto conjunto del *Continuador* data de 1685 y forma parte del llamado Corpus de París, integrada bajo el título de *Scriptores post Theophanem* en un volumen que contiene otras obras de corte historiográfico¹²⁵. Se realizó sobre el *Barberinianus gr. 232* por François Combefis, quien murió antes de ver completada la colección en que se incluiría. Dado que este manuscrito era una copia¹²⁶ del *Vaticanus gr. 167* (algo sin duda

¹²³ NICKLES, H. G., *op. cit.*, p. 222 y nota 7.

¹²⁴ Publicada en Colonia, en el libro segundo de los *Σύμμικτα sive Opusculorum, graecorum et latinorum, vetustiorum ac recentiorum, Libri duo*. Cf. CERBU, TH., en un apartado sobre las copias del *Vaticanus gr. 167* dentro de los *Prolegomena* a la nueva edición de la *Vita* de Ševčenko, pp. 26-27 y 30*, si bien añade que en realidad fue en Ámsterdam.

¹²⁵ Juan Cameniates, Pseudo-Simeón y el *Continuador* de Jorge el Monje.

¹²⁶ Como autor de esta copia se ha señalado al belga Henri Dormal, amigo de Lucas Holste, quien fuera secretario y bibliotecario del cardenal Barberini. Sin embargo, CERBU, TH., *op. cit.*, pp. 17-18*, considera que el escriba fue un tal Nicodemo, cuya mano nos es conocida de

ignorado por Combefis¹²⁷), que se encontraba ya bastante deteriorado cuando le sirvió de original, el escriba se había visto obligado a incluir varias lagunas en el título y proemio, que no pudo leer correctamente. Tal vez por ello se añadió al proemio, como vimos, un texto explicativo conjeturado por J. Goar. Combefis incluyó también diversas modificaciones tomadas del texto de Escilitzes, pero en lo que respecta a la *Vita*, siguió muy de cerca el texto editado por Alacio.

En 1729 se hizo una nueva impresión de esta edición dentro del *Corpus* de Venecia. Más tarde (1838), dentro del *Corpus Scriptorum Historiae Byzantinae*, conocido como *Corpus* de Bonn¹²⁸, I. Bekker editará de nuevo la colección con el nombre de *Theophanes Continuatus* y una ordenación que consideraba a la *Vita* como libro V, tras los cuatro reinados narrados tras el primer título y proemio, y como libro VI al resto. Bekker utiliza tanto el texto establecido por Combefis como el de Alacio para la parte de la *Vita*, pero sin recurrir directamente a los manuscritos, aunque plantea diversas (y acertadas) correcciones, si bien las inserciones de aquellos editores se aceptan como propias del texto original. Como se señala en la nueva edición de Ševčenko¹²⁹, esto ha ocasionado que durante más de un siglo y medio los estudiosos de la *Vita* hayan utilizado un texto que en realidad no era fiable.

Algo después, en 1863, la *Patrologia Graeca* de Migne (PG 109) recoge la ordenación, texto y aparato crítico de Bekker, pero bajo el título *Scriptores post Theophanem ex editione Francisci Combefisii*.

Desde entonces ha habido diversos e infructuosos intentos de editar el *Continuador* desde la perspectiva de cuanto las modernas investigaciones iban aportando acerca de la transmisión del texto y su contenido, destacando el

otras obras. La atribución a Dormal provendría de la interpretación de una carta de Holste en la que habla de este manuscrito y otros.

¹²⁷ ŠEVČENKO, I., "Title and Preface to *Theoph. Cont.*", pp. 77-78.

¹²⁸ Cf. MARCÓPULOS, A., "Historiografía bizantina", p. 202. También SIGNES CODOÑER, J., "Algunas consideraciones", p. 17.

¹²⁹ *Chronographiae*, p. 32*.

trabajo de Carl de Boor, si bien falleció antes de poder concluirlo¹³⁰. En similar situación se hallará la *Vita*, como explica el propio Ševčenko en el prefacio a su ya citada aquí edición. Cuenta allí cómo podríamos haber tenido una edición crítica hace un siglo, cuando C. de Boor reconoce el valor del *Vaticanus gr. 167* sobre los demás y señala las incorrecciones de la obra de Combefis, para anunciar en 1899 su intención de hacer una nueva edición basada en ese manuscrito. Tras su muerte en 1923, tanto el material de su inacabada investigación como el borrador del texto crítico se creyeron desaparecidos con la Segunda Guerra Mundial, hasta 1975 en que fueron redescubiertos.

Durante esos años hubo varios anuncios de ediciones del *Continuador* (H. G. Nickles, que afirmaba haber llegado a las mismas conclusiones que C. de Boor sobre el *Vaticanus gr. 167* de manera independiente, en 1937¹³¹; O. Jurewicz, en los 60; F. Lapp en 1975), o de la *Vita* (J. Wortley, en 1973, aunque luego declinó continuar con el proyecto), que sin embargo nunca verían la luz. Así las cosas, el único trabajo que llegó a dar algún fruto fue el de C. de Boor, puesto que Hans-Georg Beck, en cuya institución apareció su perdido material, lo cedió a Ševčenko para su edición de la *Vita*.

Habrà que esperar, pues, hasta nuestros días para contar con ella, y el propio Ševčenko subraya, no sabemos si con preocupación o tristeza, que ha trabajado en la *Vita* unos treinta años, sin que pueda por ello considerarla terminada del todo, pero que prefiere darla a la imprenta para no alargar más un proyecto al que difícilmente se puede poner punto final¹³².

¹³⁰ Para más detalles de lo que Ševčenko llegó a considerar una maldición sobre el *Continuador de Teófanos*, que incluye la pérdida de los documentos de Combefis entre otros, vide VARONA CODESO, P., *Construcción histórica y literaria*, p. 15.

¹³¹ NICKLES, H. G., *op. cit.*, p. 227 y nota 38.

¹³² ŠEVČENKO, I., *Chronographiae*, pp. IX-X.

Podemos considerarla una edición totalmente nueva, más allá de una mera revisión, dado que se ha elaborado sobre el original del siglo XI, antecesor probado de los demás manuscritos, y en la que con la ayuda de técnicas modernas como la luz ultravioleta, junto a criterios estrictamente filológicos, se han restituido lagunas, corregido errores o propuesto soluciones más adecuadas a los lugares más dudosos. Asimismo, se han eliminado las partes tomadas de Escilitzes por los primeros editores. El resultado, pues, presenta numerosas variaciones frente a la edición de Bekker.

Se trata, como vemos, del primer estudio en profundidad de los manuscritos que se nos han conservado desde hace muchos años, muy esperado por el rigor y buen hacer del profesor Ševčenko, y que incluye, además del extensísimo aparato crítico, una traducción al inglés. Pero lamentablemente Ševčenko tuvo que acudir a su cita con el Porfirogeneta en Uranópolis antes de poder concluir el muy ansiado estudio introductorio, que dejó encomendado a Cyril Mango, el cual por deseo propio lo ha redactado de manera orientativa pero concisa, intentando reunir las líneas fundamentales de las teorías de Ševčenko en torno a la *Vita*. La edición incluye además un estudio de los manuscritos existentes y de su tradición, parte en la que ha colaborado el profesor Thomas Cerbu con el estudio de las copias del *Vaticanus gr.* 167.

En lo que a traducciones se refiere, hasta hace relativamente poco la única que existía¹³³, salvo la versión latina que acompaña la edición del Corpus de Bonn, era la realizada al alemán en 1981 por Leopold Breyer, con el título *Vom Bauernhof auf den Kaiserthron. Leben des Kaisers Basileios I, des Begründers der Makedonischen Dynastie, beschrieben von seinem Enkel, dem Kaiser Konstantinos VII Porphyrogenetos*, en la colección *Byzantinische Geschichtsschreiber* (14),

¹³³ VARONA CODESO, P., *Construcción histórica y literaria*, p. 15, habla de una traducción de V. Latyshev de 1923, sin embargo no disponible para los estudiosos extranjeros, al igual que sus trabajos preliminares para un comentario de la obra.

editada en Graz, que incluye un interesante análisis de la obra, comentarios, notas y un exhaustivo estudio bibliográfico¹³⁴.

Ya en el año 2010 se editó en Atenas una traducción al griego moderno, acompañada de introducción y comentarios, realizada por Χριστίνα Σιδερχή y titulada *Βίος Βασιλείου. Η βιογραφία του αυτοκράτορα Βασιλείου Α' του Μακεδόνοσ από τον εστεμμένο εγγονό του*. En la parte introductoria se han recogido las principales teorías al respecto de la composición de los *Scriptores post Theophanem* y la *Vita*; los problemas de autoría y de adscripción a un género concreto de esta última; así como sus principales características (organización de la materia, consideraciones lingüísticas, etc.) Asimismo, los comentarios contienen diversas informaciones actualizadas sobre referencias, vocabulario, sucesos, nombres, etc., que convierten la edición en un estudio bastante completo, que incluye una amplia bibliografía y mapas. Realizada antes de la edición de Ševčenko, parte del texto del Corpus de Bonn, pero contempla las correcciones que habían sido publicadas por este autor hasta la fecha, convenientemente indicadas y comentadas.

Para finalizar habría que señalar que falta un trabajo de estas características en lengua española. La única traducción que conocemos en este sentido es la que realizamos en 1993 como memoria de licenciatura, que en la actualidad continúa sin editar, pendiente de revisión y actualización¹³⁵. La versión al español se hizo directamente del griego, sobre la edición de Bekker, y no contemplaba el trabajo de Breyer. A efectos prácticos, será la utilizada en la presente investigación como base para comentarios y citas, con un carácter meramente indicativo, toda vez que somos conscientes de que para una futura edición deberá ser revisada sobre el texto establecido por Ševčenko e incluir los cambios oportunos.

¹³⁴ Sin embargo, ΑΓΑΠΗΤΟΣ, Π. Α., *op. cit.*, p. 307 y nota 109, señala que esta traducción debe usarse con precaución, pues contiene bastantes errores, que ilustra con varios ejemplos.

¹³⁵ *Vide supra*, nota 49.

**II. CONSTANTINO VII PORFIROGENETA,
¿AUTOR DE LA *VITA*?**

II. 1. NACIDO EN LA PÚRPURA, APARTADO DEL TRONO.

Si la dinastía macedonia ha pasado a la Historia como impulsora de un renacimiento que llena de luz el Imperio tras los llamados siglos oscuros¹³⁶, sin duda alguna Constantino VII es su mejor representante: considerado hombre de altas miras culturales, con un vivo interés en todos los aspectos de la formación, se le atribuye la puesta en marcha de todo un programa enciclopedístico¹³⁷, como veremos. Esto fue posible por la estabilidad que había llegado al Imperio con la llamada Edad de oro de Bizancio¹³⁸. Pero no sólo le habría movido el afán de conocimiento y el deseo de saber, sino que sus circunstancias personales le llevarían a encauzar las capacidades del hombre de letras al servicio del trono, y más allá, a utilizar conocimientos e información para reelaborar su propia historia y la de sus antepasados.

Todo lo anterior está común y generalmente aceptado, y no es menos cierto que la era macedonia supuso para el Imperio de Oriente un nuevo destello en su Historia y en los distintos ámbitos de la creación humana. Pero, ¿quién era realmente Constantino? Cuando nos asomamos a su biografía solemos ver en él a un ser de biblioteca, empujado por su propio destino a enfrentarse al gobierno del más brillante Imperio del medievo y a asumir obligaciones propias de su cargo que incluían las armas, en la eterna dicotomía

¹³⁶ Sobre la dinastía macedonia en su conjunto, y como bibliografía muy elemental, *vide* MAIER, F. G., *Bizancio*, Historia Universal Siglo XXI, Méjico-Argentina-España, 1987, pp. 172-217; OSTROGORSKY, G., *Historia del Estado Bizantino*, Madrid, 1984, pp. 224-283; BROWNING, R., *Η Βυζαντινή Αυτοκρατορία*. Atenas, 1992, pp. 119-184; RUNCIMAN, S., *Βυζαντινός Πολιτισμός*. Atenas, 1969, pp. 53-57; ΚΑΡΑΓΙΑΝΝΟΠΟΥΛΟΣ, Ι. Ε., *Ιστορία Βυζαντινοῦ Κράτους*, τ. Β' (565-1081), Atenas, 1981; ΧΡΙΣΤΟΦΙΛΟΠΟΥΛΟΥ, ΑΙ., *Βυζαντινή Ιστορία*, τ. Β'. Atenas, 1984; VASILIEV, A., *Historia del Imperio Bizantino* (tomo I), Barcelona 1946, p. 373 y ss.

¹³⁷ HUNGER, H., *op. cit.* (II), p. 172. Para este tema se considera fundamental el trabajo de LEMERLE, P., *Le premier humanisme byzantine*, París, 1971, que nosotros hemos manejado y citado en función de su traducción al griego moderno, *Ὁ πρῶτος Βυζαντινὸς Ὁυμανισμός*, Atenas, 1981²; y en especial el capítulo "*Ὁ ἐγκυκλοπαιδισμὸς τοῦ 10^{ου} αἰῶνα*", p. 241 y ss.

¹³⁸ BROWNING, R., *op. cit.*, pp. 119 y 121.

armas / letras. El notable cambio cultural que se percibe en su época, y la cantidad de obras atribuidas a su persona o al grupo de autores del círculo imperial, a cuya cabeza estaría él, lo han convertido en el paradigma de monarca culto e inspirador de grandes logros en el campo del saber de su época, y como tal es considerado por los estudiosos de al menos los dos últimos siglos. Paralelamente, se ha subrayado a menudo su escasa o nula valía como emperador, frente a la figura de su abuelo Basilio o del propio usurpador, Romano Lecapeno¹³⁹.

No obstante, en las últimas décadas del s. XX algunos autores comenzaron a hacer una revisión de todas estas aseveraciones, a la luz de cuanto se puede tener por cierto de manera realista. Acerquémonos, pues, algo más a su vida a fin de ver qué conclusiones podemos sacar al respecto.

Tras la renovación dinástica iniciada por Basilio I y que conllevó a su vez una renovación en todos los campos¹⁴⁰, su hijo y sucesor León VI (886-912) prosiguió la labor paterna con la ventaja además de hacerlo desde el poder legítimo y con una base cultural –suponemos– envidiable (se formó con el patriarca Focio), que sin duda aprovechó y que le mereció el sobrenombre de *Sabio* ya en vida, con el que es conocido hasta hoy. Fundamentalmente prosiguió la reforma legislativa y de la división territorial en temas, mientras continuaban los problemas con los búlgaros y los árabes.

Pero el mayor problema para el futuro de la dinastía será el de una sucesión que no venía, a pesar de que León llegó a casarse hasta tres veces, infringiendo con ello normas de la Iglesia y suyas propias (había publicado una ley al respecto), dado que las sucesivas esposas que tomó fallecieron sin

¹³⁹ Cf. el artículo de GREGORY, E., “The Political Program of Constantine Porphyrogenitus”, *Actes du XV^e Congrès International d’Études Byzantines* (1976) IV (Histoire), Athènes 1980, 122-130, aquí pp. 122-123, con citas y referencias de autores como Ostrogorsky de acuerdo con esta idea.

¹⁴⁰ *Vide* apartado III de esta primera parte y en concreto III. 3.

descendencia. Desaparecida Eudocia, la última de ellas¹⁴¹, en el 905¹⁴² llegó al fin el ansiado sucesor¹⁴³, pero su madre, Zoe¹⁴⁴, no era esposa legítima del emperador. Constantino VII recibió el bautismo (y con ello, el reconocimiento oficial) a condición de que León se separase de su amante, promesa que éste incumplió al casarse a continuación con Zoe y darle el título de emperatriz. La famosa cuestión de la *tetragamia*¹⁴⁵ generó un grave conflicto con la Iglesia que se solucionó en parte con la mediación del papa de Roma y un cambio de patriarca, pero supuso un pequeño cisma entre los partidarios del patriarca destituido y el nuevo, que sólo se zanjó años después de la muerte de León

¹⁴¹ Datos interesantes sobre ella y sus predecesoras en el artículo de GERSTEL, S. E. J., "Saint Eudokia and the Imperial Household of Leo VI", *ArtB* 79, nº 4 (dic. 1997), pp. 699-707, en concreto, pp. 705-707.

¹⁴² Para la fecha exacta del nacimiento, bautizo, coronación y matrimonio del Porfirogeneta, así como de otras fechas importantes en la vida de León VI, resulta de gran interés el artículo de JENKINS, R. J. H., "The Chronological Accuracy of the 'Logothete' for the Years A. D. 867-913", *DOP* 19 (1965), pp. 91-112, en concreto, pp. 108-109. Concluye el autor que Constantino debió de nacer en septiembre de 905.

¹⁴³ Según cuenta el propio *Theophanes Continuatus* (370, 8-11), un cometa surcó el cielo en el momento de su nacimiento, para volver a aparecer, con una luz fúnebre y triste, como presagio de su muerte e indicador de su excepcionalidad (463, 8 y ss.): φασιν γὰρ εἰς τὴν γέννησιν τοῦ ἄνακτος ἀστέρα λαμπρὸν κομήτην φανῆναι ἡμέρας τεσσαράκοντα, νῦν δὲ πάλιν εἰς τὴν νόσον καὶ ἔξοδον αὐτοῦ ἀστέρα κατ'οὐρανὸν δειχθῆναι, θολερὸν δὲ καὶ ἀμαυρὸν φῶς ἔχοντα, καὶ τοῦτον ἐπὶ ἰκανάς ἡμέρας φαινόμενον, δεικνύοντα τῇ κρείττονι δυνάμει δεδημιουργημένον τὸν πορφυρογέννητον Κωνσταντῖνον. León el Diácono también recoge en su *Historia* (5, 16-18) la noticia del cometa.

¹⁴⁴ La concepción de Constantino se habría logrado tras ceñirse su madre con un cordón con el que se había medido un icono de la Virgen emplazado en una gruta subterránea del monasterio / santuario de la Madre de Dios de la Fuente (Θεοτόκος τῆς Πηγῆς), sito en las murallas de Constantinopla. Cf. WEYL CARR, A., "Icons and the Object of Pilgrimage in Middle Byzantine Constantinople", *DOP* 56 (2002), pp. 75-92, en concreto, p. 85.

¹⁴⁵ Sobre la vida de León VI, sus problemas de sucesión y la cuestión de la tetragamia, *vide* el monográfico de TOUGHER, SH., *The Reign of Leo VI (886-912): Politics and People*, (The Medieval Mediterranean, Peoples, Economies and Cultures 400-1453, 15), Leiden-New York-Köln 1997; OIKONOMIDES, N., "Leo VI and the Narthex Mosaic of Saint Sophia", *DOP* 30 (1976), pp. 153-172; OSSANDÓN WIDOW, M. E., "Notas acerca de la "Tetragamia" de León VI, El Sabio", *Byzantion Nea Hellas* 17-18 (1998-99), pp. 61-84. También en DAGRON, G., *Emperador y sacerdote: estudio sobre el "cesaropapismo" bizantino*, Granada, 2007, p. 132 y ss., sobre la negativa del patriarca a permitirle el acceso a la Gran Iglesia. Sobre lo que esto implica, *vide infra*, apartado III. 1. 3 de la segunda parte. También en la misma obra de DAGRON, G., p. 141 y ss., sobre su posible identificación con el soberano representado como penitente en Santa Sofía, y el significado de la penitencia de un emperador como modo de legitimar algún acto no legítimo.

(concretamente en el 920) con un sínodo que prohibía claramente un cuarto matrimonio y autorizaba el tercero para los menores de cuarenta años.

Así se garantizaba, a pesar de los impedimentos y a costa de muchos conflictos, la continuidad de la dinastía macedonia¹⁴⁶. Pero Constantino, que siempre llevaría ligado a su nombre el epíteto “Porfirogeneta” para dejar bien clara la legitimidad de su rango¹⁴⁷, no iba a tener facilidades a partir de ese momento. Al contrario: la muerte de León VI sucedió cuando él era un niño de seis años, y aunque en el 908 había sido nombrado coemperador, recurso de los soberanos como garantía de continuidad, antes de poder ejercer como emperador único las disputas por el trono y la regencia darían a su vida una constante sensación de amenaza.

Efectivamente, su tío Alejandro relegó a Zoe a un convento y se hizo cargo del gobierno. En su breve gestión se alejó de la obra de su hermano en política interior y exterior, forzando un enfrentamiento con Bulgaria, muy perjudicial para Bizancio en aquellos momentos. Tras su muerte, apenas un año después, se abre un periodo de regencia donde el patriarca Nicolás el Místico intenta apagar aquellos fuegos provocados por el, según las crónicas, insensato Alejandro¹⁴⁸, otorgando jugosas concesiones al dirigente búlgaro Simeón, quien

¹⁴⁶ Interesante es la observación de MAGDALINO, P., en su artículo “The Bath of Leo the Wise and the ‘Macedonian Renaissance’ revisited: Topography, Iconography, Ceremonial, Ideology”, *DOP* 42 (1988), pp. 97-118, en concreto, p. 114, según la cual León tenía garantizada la sucesión de su hijo sin necesidad de llegar a una confrontación con la Iglesia, y por ello su actitud habría sido de corte cesaropapista, en un intento de prevalecer sobre el poder eclesial, ya que se consideraba depositario de un enorme saber teológico y con autoridad suficiente como para ejercer la supremacía espiritual, un papel distinto al que le otorgaba la *Eisagoge*, de la que habremos de hablar en otros apartados, y que quedaba en manos del patriarca. Recuerda además que Focio, probable autor de esta obra o partes de ella, fue destituido por León al llegar al trono.

¹⁴⁷ Era este un epíteto común a todos los emperadores descendientes de otros, pero en su caso fue necesario su empleo no sólo para reivindicar su legítimo origen real, a pesar de haber nacido fuera del matrimonio, sino más tarde, frente al usurpador Romano Lecapeno, como recuerdo de su verdadero derecho al trono frente a este advenedizo y su familia.

¹⁴⁸ Sobre el fondo de verdad que pudiera haber en dichas crónicas, *vide* KARLIN-HAYTER, P., “The Emperor Alexander’s Bad Name”, *Speculum* 44, nº 4 (Oct. 1969), pp. 585-596, donde se subraya el desagrado que provocaba este emperador ante una aristocracia muy partidaria

se hallaba peligrosamente cerca de la Ciudad, y que incluían su coronación como emperador y el matrimonio de una hija de este con el jovencísimo Constantino, con lo que el Imperio quedaría en la práctica a su merced.

Esto colmó la paciencia de los opositores a Nicolás, de modo que la emperatriz fue llamada de vuelta y se constituyó en la nueva regente, para enseguida adoptar una línea política fuertemente antibúlgara, con la anulación del proyecto de matrimonio para el joven emperador y el cuestionamiento de la coronación del adalid búlgaro, algo que llevó al Imperio a una situación crítica: ni el ejército ni el gobierno bizantinos podían hacer frente a las indignadas fuerzas búlgaras. Sólo Romano Lecapeno, general de humilde condición, parecía contar con las cualidades necesarias para afrontar aquel peligro, y así lo hizo.

Con su brillante carrera militar logró ascender a lo más alto, y fue adquiriendo cada vez más influencia y poder, hasta relegar a la emperatriz y su círculo. Por último, consiguió casar a Constantino con su hija Elena y ser nombrado coemperador en el año 920¹⁴⁹, en un principio respetando al emperador legítimo en sus funciones, para más tarde arrogarse el carácter de primer emperador y dejar al Porfirogeneta como coemperador. Y no se detuvo aquí su avance, sino que llegó a nombrar coemperadores a sus propios hijos, de manera que el mayor de ellos ocupó el segundo puesto en importancia, desplazando de esta forma a Constantino. Como señala Ostrogorsky¹⁵⁰, su imparable carrera es paradójicamente similar a la de Basilio, pero con la notable diferencia de haber despejado su camino sin llegar al magnicidio, a través de una hábil estrategia familiar de casamientos con la propia dinastía reinante y la aristocracia que podría oponerse.

de León, continuadora de su animadversión hacia el que había sido eternamente sospechoso de tramar contra su hermano *el Sabio*, y las hipótesis más plausibles acerca de su participación real en el problema búlgaro y demás cambios políticos bajo su reinado.

¹⁴⁹ JENKINS, R. J. H., "Chronological Accuracy", pp. 94-95. Para la fecha de matrimonio del Porfirogeneta con Elena Lecapena, cf. *ibidem*, pp. 108-109.

¹⁵⁰ *Op. cit.*, pp. 272-273.

Romano Lecapeno consiguió así la soberanía. Supo ganarse también el favor de la Iglesia, entre otras cosas, con la colocación de su jovencísimo hijo Teofilacto en la alta curia y finalmente en el patriarcado de Constantinopla. Hizo frente a grandes problemas de política interna y en las relaciones con el exterior tuvo que volver a vérselas una vez más con Simeón y los árabes, además de diversas campañas exitosas contra rusos y otros pueblos, que le dejaron dulces victorias como la de Édesa y el traslado a Constantinopla del santo *Mandilion*. Su capacidad diplomática y negociadora, así como su actitud intermedia entre la beligerancia de Zoe y la sumisión de Nicolás, ese guante de seda en mano de hierro, lo convirtió en artífice del rescate para el Imperio de una ruina casi segura.

Pero sus hijos iban a truncar con su ambición al trono los comienzos de esa nueva dinastía. Fallecido el mayor de ellos, que había sido designado coemperador, quedaban en una desfavorable situación sucesoria tras el príncipe legítimo, Constantino, por lo que sin esperar a tal fatídico desenlace apartaron del trono a su padre y lo enviaron al destierro (diciembre de 944). Sin embargo, con ello no hacían sino perjudicarse, pues, eliminado el hábil emperador, todos preferían al legítimo heredero antes que a los hijos traidores. El ganador en esta contienda fue Constantino VII, que recuperaba su puesto en la sucesión al trono, y que no dudó en detener y deportar al instante a los dos Lecapenos (enero de 945), para coronar enseguida a su hijo Romano en la Pascua de ese mismo año y con ello afianzar y estabilizar los pasos de su dinastía.

Constantino, el que fuera emperador niño y desplazado, resultó ser un inteligente hombre de Estado en algunas cuestiones, aunque no llegara a ser un brillante emperador al estilo de Basilio o Romano Lecapeno. En realidad mantuvo la línea de su antecesor Romano en muchos aspectos, pues con toda probabilidad era consciente de la valía de éste como gobernante a pesar de haberlo apartado, a él que era un nacido en la púrpura, durante años del trono,

algo que debió de llenarlo de rencor. Para Constantino conceptos como el orden establecido (τάξις) o la dignidad imperial son sagrados e inmutables, como habremos de ver, y desde este punto de vista la intromisión de Romano Lecapeno habría sido intolerable.

Pero precisamente la relativa estabilidad que heredó (por ejemplo, con los búlgaros) le permitió dirigir una política de contactos diplomáticos con importantes y poderosos pueblos, como Otón el Grande o el califato cordobés¹⁵¹. Muy conocida es la famosa embajada que regaló a Abderramán III un manuscrito del Dioscórides¹⁵², y similares gestiones diplomáticas con los rusos, como la estancia de la princesa Olga de Kiev en la corte de Constantinopla tras su conversión, favorecieron la extensión del cristianismo ortodoxo entre ellos durante esta época.

Si hay algo significativo en su reinado es sin duda la actividad intelectual y artística, tanto en arquitectura, mosaicos, pintura, relieves de marfil, etc., como en miniaturas y códices, y en especial, en lo que podríamos llamar, labor investigadora o científica, entendida en los términos en que los bizantinos de su época lo hicieron, que no consistía en absoluto en innovar, sino básicamente en compilar, esto es, recoger, extractar y seleccionar lo mejor del conocimiento al que se podía tener acceso en aquellos momentos. Y a partir de aquí es cuando surgen algunas dudas.

Lo habitual, como hemos señalado ya, es considerar a Constantino como un personaje con gran tendencia a lo intelectual que, resignado a su ninguneo durante años, prefirió volcarse en el estudio antes que en las intrigas de poder,

¹⁵¹ Cf. ROLDÁN CASTRO, F., DÍAZ MACÍAS, P., DÍAZ ROLANDO, E., "Bizancio y Al-Ándalus, embajadas y relaciones", *Erytheia* 9.2 (1988), pp. 263-283, en concreto, p. 272 y ss.

¹⁵² *Ibidem*, p. 273. Por su parte, Abderramán III mandó un embajador a Constantinopla para solicitar traductores expertos a fin de acceder a los textos griegos y crear grupos de traducción. Cf. también HUXLEY, G. L., "The Scholarship of Constantine Porphyrogenitus", *PRIA* 80C (1980), pp. 29-40, en concreto p. 39. De aquella colaboración surgiría la enorme difusión posterior del texto original enriquecido con las aportaciones de los sabios del Califato.

y que una vez en el trono por una inesperada carambola proporcionada por sus adversarios, decide poner en marcha un vasto proyecto enciclopedístico del saber de la época, que incluye una revisión histórica del pasado, junto a la creación de un soporte ideológico para justificar la legitimidad de su dinastía, con la *Vita* como núcleo y el resto del conocido como *Continuador* orbitando a su alrededor.

La magnitud de esta empresa habría llevado al Porfirogeneta a crear un grupo de trabajo cuya labor él mismo supervisaría, llegando en muchos casos a intervenir en persona, como en el caso de la *Vita*. Por todo ello, y resumiendo mucho, las obras que llevan su sello o el de su grupo presentan diferencias de estilo y nivel lingüístico, dependiendo de sus objetivos o del público al que iban dirigidas, como veremos más adelante.

No obstante, esta visión, reforzada además por un testimonio externo como era la obra de Liutprando de Cremona¹⁵³, que nos lo presenta entregado a sus libros y oraciones y ajeno a toda ambición de poder, incluso en el terrible instante en que los Lecapenos se han deshecho ya de su padre y el siguiente turno sería para él, ha sido cuestionada por estudiosos como Ševčenko¹⁵⁴, indiscutible autoridad en este tema y elaborador de la más reciente edición de la *Vita*. El ya desaparecido investigador se plantea qué pruebas reales tenemos

¹⁵³ Obispo de esa ciudad, vivió entre los años 920-971. Originario de una zona con frecuentes intercambios mercantiles con Bizancio, tanto su padre como su padrastro fueron enviados a Constantinopla en sendas embajadas, como luego lo sería él mismo más adelante en varias ocasiones. En la primera de ellas conoció al Porfirogeneta, como se recoge en el libro VI de su obra *Antapódosis o Retribución*. Al parecer la persona y actitudes de Constantino causaron una honda impresión en Liutprando, aunque por desgracia dicho libro está inconcluso, y nos deja con la miel en los labios acerca de la personalidad de Constantino, con lo que sería un testimonio de primera mano. Esta obra es interesante además porque contiene datos sobre el ascenso de Basilio al trono, la personalidad de León el Sabio o el reinado de Romano Lecapeno.

¹⁵⁴ En el artículo citado más arriba, "Re-reading Constantine". Recordemos que YANNOPOULOS, P., "Histoire et légende chez Constantin VII", *Byzantion* 57 /1 (1987), pp. 158-166 ya señalaba en sus conclusiones (p. 166) que los conocimientos históricos de Constantino debían cuestionarse, y que eso exigiría replantearse numerosos datos basados en la idea de que el Porfirogeneta es una fuente fidedigna.

de la erudición del Porfirogeneta, cuando un análisis meditado de la cuestión podría llevarnos a la conclusión contraria, que estaría avalada además por los testimonios que él mismo ha dejado en su propia correspondencia¹⁵⁵, donde a menudo se lamenta de su falta de cultura. Se cuestiona, pues, si a menudo no hemos levantado castillos en el aire sin una base real, tan solo partiendo del presupuesto de su vastísima cultura y formación¹⁵⁶.

En efecto, si sabemos que su padre León murió en el 912, cuando él apenas contaba con seis años, y que Romano I se hizo con el poder abiertamente en el 920, momento en que Constantino sería un adolescente en edad de acceder a la formación superior, es verosímil pensar que pudo ser conscientemente apartado de ella, dejando a su alcance sólo temas religiosos, no tanto quizá por una selección fruto de la censura, como por el hecho de que quienes quedaran a su alrededor serían clérigos; o quién sabe si por una tendencia iniciada con su padre, estaría muy familiarizado con la cultura cristiana, pero se habría visto privado de profundizar en los estudios de retórica y demás temas clásicos.

Esto podría coincidir con el testimonio de Liutprando, quien en realidad sólo afirma que:

Constantino Porfirogeneta, teniendo tiempo libre tanto para la oración como para las lecturas, se encomendaba todo al Señor, buscando alimento con la obra de sus manos: en realidad muy hermosamente practicaba τὴν ζωγραφίαν, esto es, “pintura”¹⁵⁷.

¹⁵⁵ Editadas por DARROUZÈS, J. en *Épistoliers byzantines du Xe siècle*, París 1960.

¹⁵⁶ Por ejemplo, ΣΙΔΕΡΗ, Χ., en la introducción a la reciente edición de la *Vita* en griego moderno, considera que durante esos años apartado del *imperium*, su preceptor Teodoro le imbuyó el amor por la literatura y el aprendizaje, pero las citas que aporta (*Theophanis Continuatus* 390, 22 y 397, 16-20) sólo mencionan su nombre y su calidad de παιδαγωγός, de donde en realidad no se puede inferir nada más.

¹⁵⁷ III, 37: “Constantinus itaque Porphyrogenitus, cum oracioni tum lectionibus vacans, totum se Domino commendabat, opere manuum victum quaeritans: sane (ar<ticulus> zografian) *id est picturam*, perpulchre exercebat”. La grafía de los términos en griego es la del texto original. La traducción está tomada de la edición de CAVALLERO, P. A., Madrid 2007.

De este testimonio no se puede deducir nada al respecto de esas lecturas a las que se muestra tan aficionado; si acaso, un interés en lo espiritual, que es lo que parecen sugerir esas *lectiones*, aunque el piadoso tono general de la obra de Liutprando no nos resuelve la cuestión de si es un retrato literario de un emperador por el que siente simpatía, cumplidor de sus deberes de piedad tal y como cuadra a un soberano según el concepto de la época, o si refleja la verdad de alguien que luego conoció en persona.

Con todo, lo más destacable es no tanto la referencia a sus aficiones pictóricas cuanto ese, a nuestro entender, enigmático “buscando alimento”. ¿Se refiere, de nuevo, a alimento espiritual, a consuelo por su situación? En el párrafo anterior Liutprando acaba de señalar que la injusticia cometida por Romano sobre Constantino, al nombrar emperadores a sus hijos *contra ius fasque* y anteponerlos en las apariciones públicas, en especial a su primogénito, Cristóforo, es castigada por un justo juez (= Dios) con la muerte de este último, con lo que el pasaje de las oraciones y la pintura parece querer mostrar el nivel de humillación que soportaba el Porfirogeneta, con enorme resignación cristiana, sin que se pueda inferir mucho más.

Con respecto a la otra cita de Liutprando al respecto de la relación de Constantino con el saber, se puede decir que es más leve incluso que la anterior, pues tan solo se dice que, en plena conjura de los hijos de Romano contra el verdadero nacido en la púrpura, que contra todo pronóstico está siendo reclamado por el pueblo tras el exilio forzoso al que sometieron a su padre, cuando van a avisarlo, él se encuentra “dedicado a los libros”¹⁵⁸. Este pasaje, que en opinión de Ševčenko¹⁵⁹ presenta *absurdly* lo que debió ser la realidad, contiene otro dato que guarda relación con cuanto venimos diciendo. En él, Diabolino, supuesto instigador de la sedición contra el Porfirogeneta, que luego le desvela junto con un plan para su supervivencia, afirma:

¹⁵⁸ “libris incumbentem”, V, 22.

¹⁵⁹ “Re-reading Constantine”, p. 175, nota 18.

Los perjuicios que contra ti preparan Esteban y Constantino, hermanos o mejor enemigos tuyos, los ignora este viejo respeto religioso que perdura en ti¹⁶⁰.

¿Quiere insistir Liutprando con esa *vetus religio* en la idea de piedad imperial que acompaña al legítimo heredero, antes señalada, o es un reflejo de la realidad? Sobre esto volveremos más adelante.

Retomando el hilo de nuestra exposición, esta supuesta falta de formación del Porfirogeneta también coincidiría con las quejas que él mismo formulaba sobre su estilo y nivel en sus cartas a Teodoro de Cízico, metropolitano que se convirtió en su paño de lágrimas durante aquellos años de apartamiento, a juzgar por el contenido de esas misivas¹⁶¹. En ellas, escritas entre los años 941-945, un Constantino ya adulto se queja a menudo de no poder saciar su sed de conocimientos más que con unas pocas gotas; por otra parte, un análisis del nivel lingüístico y literario de su correspondencia¹⁶² deja al descubierto importantes lagunas culturales en Constantino frente a su interlocutor.

Sin embargo, con haber sido observadas estas deficiencias, denuncia Ševčenko que se suelen justificar como sumisión al retórico recurso de la modestia, dado que se parte siempre de la inamovible premisa del alto nivel cultural del emperador¹⁶³. Pero, insiste Ševčenko, esas cartas son lo único objetivamente auténtico y escrito por el Porfirogeneta, y debería servirnos de base y guía para replantearnos cuanto pensamos acerca de él¹⁶⁴. Esta tesis, por

¹⁶⁰ V, 22.

¹⁶¹ Sobre este aspecto, vide ŠEVČENKO, I., "Re-reading Constantine", pp. 178-179.

¹⁶² *Ibidem*, p. 179 y nota 29.

¹⁶³ Cita como ejemplo a LEMERLE, P., *op. cit.*, p. 243, donde trata el asunto de las cartas y de cómo Constantino se refiere en muchas ocasiones a su poco elegante estilo, bastante barbarizante y adornado de solecismos. No obstante, para Lemerle el resto de su obra desmiente estas afirmaciones. Es más, en la nota 7 (p. 429) insiste en que si bien sus cartas son una interesante fuente para hacerse una idea de la psicología de nuestro hombre, no hay que dejarse engañar por sus fingidas declaraciones de ignorancia, que esconden a alguien muy culto con verdadera pasión por el saber, del que no lo apartan ni las circunstancias más adversas, y que solo muestra su hastío ante su entorno.

¹⁶⁴ En esto coincide plenamente también ΑΝΑΓΝΩΣΤΑΚΗΣ, Η., en su artículo "Οὐκ εἶσιν ἐμὰ τὰ γράμματα. Ιστορία και ιστορίες στον Πορφυρογέννητο", *Σύμμεικτα* 13 (1999), pp.

otra parte, no invalidaría los logros del periodo en que tuvo a su disposición el material cultural y lo que podríamos llamar los medios de masas de su época; ni siquiera cuestionaría el liderazgo del macedonio en las iniciativas intelectuales. Para Ševčenko¹⁶⁵ Constantino sigue siendo el protagonista de ese movimiento patrocinador de tantos cambios culturales en su época, pero considera muy errado suponer, a partir de los logros de su reinado en ese sentido, que él mismo fuera una persona de exquisita formación literaria y refinado gusto artístico (incluida la habilidad pictórica mencionada por Liutprando¹⁶⁶) que algunos amplían hasta el coleccionismo¹⁶⁷, sin que en el fondo podamos probarlo. Y cree que esto perjudica a toda la visión actual de la cuestión: “It is the absurd panegyrics by authors of second rank that damage the Constantinian cause and mislead the uninitiated¹⁶⁸”.

97-139, especialmente en pp. 109-110, donde considera altamente improbable que las referencias del emperador a su estilo tosco y poco elevado, en su correspondencia con Teodoro de Cízico, puedan ser en modo alguno exageradas figuras retóricas o juegos verbales, a tenor de las respuestas de Teodoro. Serían más bien muestras de un respeto reverencial ante las personas con verdadera cultura: un complejo de inferioridad (p. 114).

¹⁶⁵ “Re-reading Constantine”, p. 174, nota 16, donde significativamente señala: “There is nothing wrong in considering Constantine as the most important among the several patrons of his reign, especially when it came to the production of religious art and of books, whether artistic, scholarly, historical or religious, and to the years after 944. Problems begin when we accept the claims of the court propaganda at face value, overrate a part of the literary and artistic production of his time, infer the sophistication of the imperial patron from the quality of the products of his reign, and uncritically assume that the patron himself was a highly refined *littérateur* and *connoisseur* of art”.

¹⁶⁶ El don para la pintura que supuestamente tenía Constantino aparece referido en el libro VI del *Continuador*, 450, 12-20: Τὴν δὲ τῆς ζωγραφίας τέχνην τοσοῦτον ἀκριβῶς ὁ ἀνὴρ ἠπίστατο ὡς οὐκ οἶμαι τῶν πρὸ αὐτοῦ ἢ τῶν μετ’ αὐτόν. πολλοὺς γὰρ τῶν περὶ αὐτῆς πονούντων ἐπηνώρθει, καὶ διδάσκαλος ἄριστος ἀνεφαίνετο, καὶ οὐκ ἐφαίνετο μόνον ἀλλὰ παρὰ πᾶσιν ἐθαυμάζετο, καὶ θάμβος μέγας τοῖς ὁρώσιν, ὧν οὐ μεμάθηκεν, ἐχρημάτιζεν. τῶν δὲ τεχνιτῶν ἐπιδιορθώσεις τοῦ πορφυρογεννήτου τίς ἐξείποι; λιθοξόους καὶ τέκτονας καὶ χρυσοστίκτας καὶ ἀργυροκόπους ἐπανώρθου, καὶ πάντα ἐν πᾶσιν ἄριστος ὁ ἀναξ ἀνεφαίνετο. A falta de otros testimonios, esta fuente tampoco puede tomarse al pie de la letra del todo, por la parcialidad que la impregna, pero sí puede ser indicativa de los gustos del emperador, algo que podría concordar con el extenso apartado de la *Vita* en que describe con detalle las obras llevadas a cabo por Basilio.

¹⁶⁷ Cf. ŠEVČENKO, I., “Re-reading Constantine”, pp. 172-3, nota 12.

¹⁶⁸ *Ibidem*.

Dado que nosotros nos hallamos más bien en ese grupo de los *uninitiated* y no muy lejos de ese *second rank*, intentaremos ser cautos en toda esta cuestión. Partamos de lo conocido: su padre, León VI, se había educado con Focio, y es probable que él sí hubiese recibido una formación propia de un príncipe, gracias al interés de su padre Basilio, quien, aunque bastante poco cultivado, debió de comprender pronto la necesidad del apoyo a la cultura y la educación¹⁶⁹. No tenemos otros datos acerca de la formación de León con el ilustre patriarca, pero nos consta que compuso discursos varios y poemas religiosos, mientras que es probable que su participación en sus muchas βασιλικά y documentos políticos diversos haya sido mínima. Recordemos que pronto pasó a ser conocido como *el Sabio*¹⁷⁰, y aunque algunas obras se le hayan podido atribuir sin fundamento, parece obvio que era una persona letrada, que vivió además un momento de estabilidad dinástica, es decir, sin grandes amenazas en ese sentido para gobernar, salvo la falta de heredero, lo que le habría permitido formarse sin especiales impedimentos.

Para algunos autores, sin embargo, León habría manifestado una clara tendencia hacia los temas religiosos antes que a la cultura “clásica”, entre ellos el propio Lemerle¹⁷¹, quien se plantea si no sería eso huella de la influencia educadora de Focio, que prefería la oratoria cristiana a la clásica¹⁷², y tal vez

¹⁶⁹ Lo cierto es que, como señala LEMERLE, P., *op. cit.*, p. 184, no nos consta ninguna ley de Basilio ni referencia de otro tipo relacionada con la educación, cuando sí sabemos que aprendió a leer siendo ya emperador, pero el hecho de contar con Focio como educador de sus hijos dice mucho en su favor. Tal vez supo rodearse de personas que le hicieran abrirse a la cultura y, en todo caso, es innegable el contraste entre el mundo del saber del periodo macedonio y el posterior.

¹⁷⁰ Parece que ya sus contemporáneos lo denominaban así por su cultura, si bien la posterior y legendaria fama que adquiriría como astrólogo o autor de predicciones, entre otros, derivaría de una confusión entre su persona y la de León el Matemático. Al respecto, vide MANGO, C., “The Legend of Leo the Wise”, *ZRVI* 6 (1960), pp. 59-93. (Reeditado en *Byzantium and its Image*, Londres 1984, estudio XVI).

¹⁷¹ *Ibidem*, p. 185.

¹⁷² Como ha señalado también KUSTAS, G., “The Literary Criticism of Photius. A Christian Definition of Style”, *Ελληνικά* 17 (1962), pp. 132-169, en concreto, p. 161, nota 3. Cf. JENKINS, R. J. H., “The Hellenistic Origins of Byzantine Literature”, *DOP* 17 (1963), pp.

este sería un elemento que podría estar relacionado con el bagaje cultural de su hijo. Ahora bien, para Markopoulos el trasfondo cultural de León no ha sido valorado adecuadamente por los estudiosos modernos, que a menudo ven en su erudición clásica una mera “επιφανειακή ρητορική λεξιθηρία¹⁷³”.

En su opinión el emperador no habría sido conocido como *el Sabio* en vano, ni las referencias laudatorias que aparecen en diversos poemas a él dedicados serían todas pura retórica palatina, como se tiende a considerar, sino que contendrían un fondo real, de modo que podría postularse una revisión de la cronología comúnmente aceptada para el llamado Renacimiento Macedonio, si es que se llega a confirmar con nuevas pruebas sus sospechas acerca de la biblioteca que León se habría procurado, según parece deducirse de sus estudios sobre diversos manuscritos¹⁷⁴. Esto conllevaría además revisar cuanto pensamos sobre las fuentes de las que pudo disponer el Porfirogeneta, ya que al menos algunas habrían procedido del acervo paterno¹⁷⁵.

Considera asimismo que el interés de León por determinadas obras del pasado como modelos para las suyas futuras, es rastreable en los esquemas aplicados a sus escritos. Un ejemplo de esta tendencia serían las obras de Jenofonte, cuya *Ciropedia* habría servido de base para la *Oración fúnebre*, sobre todo en la presentación del protagonista como soberano ideal, con una intención pedagógica en el caso del ateniense, y propagandística por parte del bizantino. En otro apartado veremos la enorme influencia de Jenofonte en la posterior evolución del encomio y su papel en la historiografía, y cómo el

39-52, en concreto, p. 48, donde comenta que más de la mitad de los volúmenes de la Biblioteca de Focio eran de contenido teológico o de autores cristianos.

¹⁷³ ΜΑΡΚΟΠΟΥΛΟΣ, Α., “Αποσημειώσεις στον Λέοντα ΣΤ’ τον Σοφό”, *Θυμιάμα στη μνήμη της Λασκαρίνας Μπούρα*, Atenas 1994, pp. 193-201, en concreto, 193.

¹⁷⁴ ΜΑΡΚΟΠΟΥΛΟΣ, Α., *ibidem*, pp. 193-194. Cf. también otro artículo suyo, *Επίγραμμα προς τιμήν του Λέοντος ΣΤ’ του Σοφού, Σύμμεικτα ΚΒΕ / ΕΙΕ 9Β, Μνήμη Δ. Α. Ζακυθινού* (1994), pp. 33-40, en especial p. 40.

¹⁷⁵ ΜΑΡΚΟΠΟΥΛΟΣ, Α., “Αποσημειώσεις”, p. 198, donde señala que así pudo ser precisamente con Jenofonte, a lo que nos referiremos de nuevo en el apartado I. 1 de la segunda parte.

propio Menandro, a quien se atribuye el tratado que recoge el esquema del encomio real, remite con frecuencia al autor del *Agesilao* y la *Ciropedia*, pero más allá de la repetición de un modelo ampliamente asimilado por la retórica bizantina, parece seguro que durante el reinado de León se copiaron obras de Jenofonte, algo que apoya la teoría del interés personal del soberano en este autor¹⁷⁶.

Teniendo en cuenta, pues, su nivel cultural y sus gustos, es plausible que hubiera deseado para su querido y único hijo varón una formación propia de un príncipe, y como tal habría sido educado hasta la desaparición de tan insigne progenitor. Constantino habría vivido esos primeros años en un ambiente proclive a la cultura, con un padre al que nada de lo que rodea al saber le era ajeno, y tal vez con especial tendencia a lo teológico y religioso. Mucho cambiaron las cosas cuando su tío Alejandro subió al poder, con el niño Constantino en su punto de mira como impedimento para el efectivo poder absoluto. Más tarde, Romano haría lo propio para medrar en aquella corte que había quedado al paio frente al enemigo búlgaro.

Así pues, si ocupar el trono sólo puede hacerse naciendo en la púrpura y siendo educado para ello, o bien por la fuerza o la usurpación, no es descabellado pensar que parte de este plan de anulación del legítimo heredero fuese el apartamiento de todo aquello que rodea la preparación de un príncipe, y eso incluye la cultura. Es decir, un ninguneo absoluto. Debemos suponer que Romano no era tan ignorante como para no comprender que saber es poder. Señala además Ševčenko que a pesar de la existencia en aquella época de personajes de gran cultura¹⁷⁷, no todos ellos ocupaban importantes puestos políticos; más bien al contrario, de modo que el ambiente que habría rodeado al

¹⁷⁶ ΜΑΡΚΟΠΟΥΛΟΣ, Α., “Αποσημειώσεις”, p. 194 y ss.

¹⁷⁷ “Re-reading Constantine”, p. 194, donde cita a Alejandro, metropolitano de Nicea, como conoedor de Luciano y Hermógenes, o al propio Nicetas Magistro, aunque del círculo de Romano Lecapeno.

Porfirogeneta desde la pérdida de su padre sería bastante insufrible para alguien delicado o de altas miras culturales.

El propio Constantino no pierde oportunidad de quejarse de todo esto en sus cartas a Teodoro de Cízico, y utiliza el argumento de su ignorancia como forma de denunciar lo que él vive como poca fineza y nivel de la corte del usurpador, que en realidad es como decir que el resultado de romper el orden natural de las cosas (como él entendería el papel de su dinastía, con una fuerte ideología que respaldaría esas ideas, como veremos), es esa oscuridad moral y cultural. En una de esas cartas, citada por Αναγνωστάκης¹⁷⁸, dice de manera significativa:

Disculpa, pues, nuestra falta de refinamiento y, si hay alguna incorrección o barbarismo en nuestra escritura, no nos culpes por ello, sino al causante de eso y de otras formas inapropiadas; pues este nuestro tiempo presente, falto de sabiduría y como si se hallara cubierto por las tinieblas de la incultura, ha hecho de nosotros verdaderamente unos rústicos y unos analfabetos¹⁷⁹.

Como el propio Αναγνωστάκης señala, lo del “barbarismo” y “analfabeto”, no deja de ser una exageración para describir su bajo nivel, comparado con lo que podría haber alcanzado si hubiera tenido acceso a una formación “normal”, pero podría deducirse también que este testimonio, repetido en otras cartas, era tal vez su modo de denunciar la degradante situación en que se veía, a pesar de ser el legítimo heredero.

Consideremos, por otra parte, que alejar a Constantino de las élites culturales era también alejarlo de diversas esferas de influencia que, aunque no tuviesen el poder directamente al alcance, podían actuar como grupos de presión en un momento dado. Es probable, pues, que Romano no quisiera que

¹⁷⁸ *Op. cit.*, p. 110. Para el texto completo de la carta, DARROUZÈS, J., *op. cit.*, VIII 1, pp. 317-318.

¹⁷⁹ Σύγγνωθι τοίνυν περὶ τῆς ἀμουσίας ἡμῶν καί, εἴ τι σόλουικον ἢ βάρβαρον ἔγκειται τῇ ἡμετέρᾳ γραφῇ, μὴ ἡμᾶς αἰτιάσῃ, ἀλλὰ τὸν αἴτιον καὶ τούτου καὶ τῶν ἄλλων τρόπων κακῶν. Ὁ γὰρ παρῶν οὗτος καιρὸς, τῶν σοφῶν ἐνδεῆς τυγχάνων καὶ τῶν τῆς ἀμαθίας γνόφῳ οἰονεὶ καλυπτόμενος, ἔδειξε καὶ ἡμᾶς τε ἀγροίκους τῷ ὄντι καὶ ἀναλφαβήτους. La versión en español es nuestra, como orientación.

el muchacho ampliase sus miras, para que se conformara con su papelito (mojado) de coemperador, y la dignidad escénica que eso suponía, pero sin la suficiente madurez en el plano intelectual como para plantearse reivindicar lo que por ley y por natura (según los parámetros de la época) le correspondería. Y por supuesto, lejos de intelectuales que pudieran hacer causa común con el heredero macedonio.

Desde este punto de vista, las veladas protestas de Constantino en sus cartas, disimuladas bajo la fórmula de la escasa formación, adquirirían pleno sentido, sobre todo cuando las respuestas de Teodoro no se encaminan a adularlo, ensalzando su indudable buen gusto y la belleza de su prosa (lo esperable en este tipo de recurso epistolográfico), sino más bien a consolarlo con palabras comprensivas hacia su estado¹⁸⁰. Resulta a nuestro juicio significativo que en respuesta a una de esas cartas mencionadas por Αναγνωστάκης o Ševčenko en las que, llevando la imagen al extremo, Constantino afirma estar convirtiéndose en un burro, por el entorno tosco e iletrado en el que vive¹⁸¹, Teodoro dice que sabe que por causa de la “criminal envidia y una maliciosa influencia” se ha visto privado de la cultura, pero que su alma, regada por el divino y celestial rocío del Espíritu Santo se expresa y discurre mejor que algunos documentos de leyes y saberes¹⁸².

Nos resulta de interés porque además de ser un modo elegante de respuesta, confirmando con diplomacia la falta de perfección de la prosa de Constantino, con un toque a la vez de emotiva comprensión y consuelo, podría

¹⁸⁰ En opinión de ΑΝΑΓΝΩΣΤΑΚΗΣ, Η., *op. cit.*, pp. 112-114, que rebate con ello la visión de LEMERLE, P., *op. cit.*, p. 429, nota 7, quien caracterizaba la actitud de Constantino en esa carta como una pose de persona culta a disgusto con su entorno.

¹⁸¹ *Ibidem*, p. 112; ŠEVČENKO, I., “Re-reading Constantine”, 176. La carta en DARROUZÈS, J., *op. cit.*, VIII 7, pp. 323-324.

¹⁸² DARROUZÈS, J., *op. cit.*, VIII 8, pp. 324-325: οἶδα σαφῶς ὅτι, εἰ καὶ τῷ ἀνθρωποκτόνῳ φθόνῳ καὶ τῇ βασκάνῳ ἐπηρείᾳ, οἴμοι, δαψιλῶς τοῦ τῶν μουσῶν οὐ κατετρώφηςας γάλακτος, ἀλλ’ ὅμως τῇ οὐρανίῳ καὶ θείᾳ δρόσῳ τοῦ ἁγίου Πνεύματος ἀρδευθεῖσά σου ἡ ψυχὴ κρείττω καὶ σοφῶν καὶ νομικῶν καὶ γραμματείων Θεοῦ χάριτι καὶ φθέγγεται καὶ φρονεῖ.

leerse también como un apoyo tácito a su causa y a su “partido”, o eso parecen sugerir sus palabras más adelante, cuando le escribe que entre los pomposos asnos, o mejor dicho, ululantes fieras, él brilla por su lengua y sensatez, y que por eso le resultan muy queridas sus cartas¹⁸³.

Las referencias al Espíritu Santo, la gracia divina y demás nos llevan a pensar si, más allá de ser el discurso propio de un clérigo, no estará aludiendo a su legitimidad apoyada por Dios, una idea propia del pensamiento político de la época macedonia. O visto desde otro punto de vista, nos preguntamos si el enfoque de la soberanía en la *Vita*, claramente favorecida por la voluntad divina, no habrá sido influida por este pensamiento, por el propio Teodoro, o por quien escribiese finalmente la obra; o tal vez por el ambiente que había respirado ya con su padre, influido como vimos por Focio. Αναγνωστάκης¹⁸⁴ hace notar que la oposición entre educación de tradición helénica frente a la gracia divina era un lugar común en la época, muy del gusto del Porfirogeneta, que la utilizó como motivo en la biografía de su abuelo, a cuya condición de iletrado se oponía la constante iluminación de Dios en todas sus decisiones y actos. Creemos, no obstante, que en la *Vita* la cuestión no se limita a enfrentar la falta de formación ante un Espíritu santo que la suple con creces, sino que se refleja del mismo modo el binomio legitimidad en el trono / predilección divina.

Pero volviendo a las lamentaciones del Porfirogeneta, la fortuna mudó su estado de manera inesperada, y se vio en el trono cuando tal vez ya lo daba por perdido, o quizá porque supo aprovechar la coyuntura de la ambición de los hijos de Lecapeno para sugerirles él mismo el derrocamiento de su padre, como propone Ostrogorsky¹⁸⁵. En cualquier caso, cuando por fin alcanzó el

¹⁸³ DARROUZÈS, J., *op. cit.*, VIII 8, pp. 325: καὶ μέσον τῶν ὀγκωμένων ὄνων, μᾶλλον δὲ τῶν ὠρυσμένων θηρίων, τῇ θεοσόφῳ καὶ συνέσει καὶ γλώσσει καὶ φωνῇ διαλάμπεις αὐτός· διὰ τοῦτο φίλταται καὶ ἀσπασταὶ καὶ οὐ μεμπταὶ αἱ προσφωνήσεις σου.

¹⁸⁴ *Op. cit.*, p. 112, nota 26.

¹⁸⁵ *Op. cit.*, p. 279.

poder absoluto, tenía casi cuarenta años y tal vez era demasiado tarde para recuperar el tiempo perdido en una formación que exigía años de preparación y no pudo culminar con éxito, pero no para que se extinguiera el interés, y al igual que sus dos predecesores macedonios, intentó iluminar lo que para él había sido un periodo oscuro, liderado por un personaje vulgar y mediocre, tal y como se le escapa en un pasaje de una de las obras que se le atribuyen, *De administrando Imperio*:

¿Cómo podría ser aceptable que cristianos suscriban acuerdos matrimoniales y casen a sus hijos con infieles, cuando los cánones lo impiden y la Iglesia toda lo considera ajeno y fuera del orden cristiano? ¿O cuál de los ilustres, nobles y sabios emperadores ha aceptado una cosa así? Pero si replican: “¿Cómo es que el señor Romano, el emperador, hizo un arreglo matrimonial y emparentó con los búlgaros, entregando la mano de su propia nieta al señor Pedro el Búlgaro?”, se les debe rebatir diciendo que “el señor Romano, el emperador, era un hombre vulgar y corriente, sin cultura; no uno de quienes han sido educados en palacio, ni de los que están acostumbrados desde un principio a los usos romanos, y tampoco era de estirpe noble o imperial, y por eso hacía la mayoría de las cosas con arrogancia y despotismo, y en este asunto concreto no obedeció a la prohibición de la Iglesia (...)”¹⁸⁶

Tal vez partiendo de este sentimiento de pertenencia a esa casta imperial y legítima a la que hace referencia en el párrafo, quiso dedicarse a aquello que era su afición; trató de perfeccionar sus conocimientos y rodearse de gente con mucha más formación, que no sólo le proporcionarían un clima agradable en palacio, sino que podrían servirle de base para renovar el ambiente palurdo que a su juicio había tenido la corte en aquellos años de triste recuerdo para él o bien, en última instancia, intentar volver a lo que posiblemente había conocido con su padre. Como veremos a lo largo de este trabajo, la jerarquía y el orden establecido, la *τάξις*, constituirá algo sagrado para Constantino, y es probable

¹⁸⁶ *DAI*, cap. 13, 142-154. En esta versión nuestra, hemos mantenido el “señor” (κύρις) ya que como sugiere ŠEVČENKO, I., (“Re-reading Constantine”, p. 176) hay un claro desprecio en ello e intencionalidad en todo el párrafo, y añadimos nosotros, también hacia el búlgaro, al que se alude con la expresión τῷ κυρῷ Πέτρῳ τῷ Βουλγάρῳ, o sea, privándolo a su manera con ese apelativo de cualquier ambición a la soberanía del trono romano, como había sido la de su padre Simeón, y que quedaba en un mero acuerdo matrimonial con una nieta de un emperador ilegítimo, por mucho que utilizara el título de βασιλεύς del Imperio Búlgaro.

que se viera invadido por ese sentimiento al abordar el reinado en solitario, y esto habría sido el espíritu de muchas de sus iniciativas: defender el orden y el sistema “romano” frente a las constantes amenazas de advenedizos y bárbaros.

Ahora bien, si aceptamos la teoría de una deficiente formación para el Porfirogeneta o, cuando menos, cuestionamos la posibilidad de que fuese el gran erudito que hasta ahora habíamos imaginado, el siguiente problema sería el de delimitar su papel y participación en aquellas obras que indudablemente se elaboraron en su reinado, muchas además atribuidas a su persona en los propios proemios. Αναγνωστάκης, en el artículo que venimos citando, hace un análisis de la cuestión basándose de nuevo en los testimonios de sus cartas personales con Teodoro de Cízico. A partir de una de ellas, donde el clérigo pregunta si las escribe él mismo, y sobre todo, de su franca respuesta negativa¹⁸⁷, plantea el complejo rompecabezas que supone el inextricable asunto de la relación entre quien dicta y quien escribe; si este último lo hace siguiendo de manera fiel lo que oye o reinterpreta, corrigiendo errores de estilo o nivel; por último, si escribe por su cuenta, siguiendo unas directrices o una idea que previamente le ha sido dada, es decir, un encargo, que intenta plasmar en papel lo que se le ha pedido, y luego es sometido al control de quien lo ha ordenado redactar.

El propio autor reconoce que en este punto nos hallamos en un callejón sin salida, pues por el momento es imposible dilucidar la relación entre Constantino y las obras que se le atribuyen desde este punto de vista (o sea, si las dictó tal cual, o las encargó, etc. y hasta qué punto participó en ellas, en cuáles y cómo); y mucho más su papel como historiador o simplemente como escritor¹⁸⁸. Y va más allá al preguntarse¹⁸⁹, tras un estudio de la terminología

¹⁸⁷ ΑΝΑΓΝΩΣΤΑΚΗΣ, Η., *op. cit.*, p. 115. La respuesta de Constantino está recogida en DARROUZES, J., *op. cit.*, VIII, 3, p. 320, y es contundente: Οὐκ εἶσιν ἐμὰ τὰ γράμματα (...) ἀλλά τι σμικρὸν παπαδύλιον και εὐτελὲς πρὸς τὴν τοιαύτην γραφὴν διηκόνησεν.

¹⁸⁸ *Op. cit.*, p. 124. Sobre esto volveremos más adelante, en el apartado I. 1 de la segunda parte.

empleada en esas obras para designar relatos, narración, historia, etc., si el Porfirogeneta no habría quedado atrapado por los gustos “populares” entre los que había vivido tantos años; es decir, si no preferiría lo no escrito, la tradición oral, y en concreto, la lengua de la calle, frente a la fría retórica de los libros. Es decir, la cronografía a la Historia; los relatos populares al riguroso estudio del pasado.

De este modo, debemos entonces pensar en un Constantino que encarga obras y elige el tono y el nivel que deben tener; supervisa el trabajo e interviene aportando relatos de su gusto o que sirven para sus objetivos, o eliminándolos en caso contrario, siempre desde la perspectiva del interés popular, no del investigador serio¹⁹⁰.

Que Constantino no llevó a cabo todas esas obras en persona parece obvio, así como el hecho de que contara con un equipo, aunque no podamos establecer con seguridad qué parte del total se hizo según este método que plantea Αναγνωστάκης u otro similar. Ševčenko, por su parte, considera evidente que el Porfirogeneta utilizó lo que nosotros llamaríamos “negros” (*ghost-writers*¹⁹¹), que como su nombre indica, en español e inglés, aunque dejan huellas, siempre son invisibles y resulta imposible en la mayoría de los casos adjudicarles una personalidad, y cuánto más en el caso que nos ocupa.

Tal vez lo más juicioso sea suponer con Signes Codoñer¹⁹², como veíamos, que trabajaba con un equipo cuyo papel, implicación y grado de participación en cada obra se nos escapa a día de hoy, pero sin que ello suponga la total pérdida de protagonismo del emperador en sus obras o la negación de su autoría. Tampoco se debería, según esto, sobrevalorar unas labores frente a otras (por ejemplo, la selección de datos frente a la redacción).

¹⁸⁹ *Ibidem*, pp. 133-135.

¹⁹⁰ ΑΝΑΓΝΩΣΤΑΚΗΣ, Η., *op. cit.*, pp. 128 y 131.

¹⁹¹ “Re-reading Constantine”, pp. 185-186, algo que no convence del todo a ΑΝΑΓΝΩΣΤΑΚΗΣ, Η., *op. cit.*, pp. 126-127, nota 49, quizá porque le parece una salida fácil al problema.

¹⁹² “Fuente común”, pp. 339-341.

Considera asimismo más que probable que el emperador hubiese participado en la recogida de materiales, además de ordenar el proyecto, lo que implicaría ya una autoría intelectual: al menos para el *Continuador* se puede postular una intervención del Porfirogeneta dictando pasajes o aportando de alguna manera datos de carácter oral, y otros elementos nos permiten plantear una revisión directa por su parte del proceso de redacción, al menos ocasionalmente, y a veces incluso su participación personal, como demuestra la existencia de pasajes que estimamos como elaborados por el propio Porfirogeneta en *De administrando imperio*. Deberíamos hablar, pues, de una autoría compartida por parte de un equipo donde las distintas tareas (organización de la obra, selección del material y redacción) estarían repartidas.

Es decir, que indudable y necesariamente contaba con otras personas (*ghost-writers* o meros escribas) en su proyecto, y su modo de trabajar obedecería más a un concepto creativo propio de su época que a la falta de cultura de Constantino. De ser cierta esta última, resulta esperable que, al menos en el caso de la *Vita*, hubiese encomendado a alguien bien la corrección de un texto pergeñado por él a la medida de sus posibilidades, bien la reelaboración de este o la propia redacción de uno que recogiese las ideas que tenía para la gran obra de ensalzamiento de su abuelo. Pero incluso en el supuesto de que hubiese entregado el material a un escriba que no sólo copiase, sino que diese forma a la idea de Constantino, e incluyese narraciones que le contase el emperador porque sólo las conocía por tradición oral, o por un especial gusto por ellas, como sugiere *Αναγνωστάκης*, es cuestionable hasta qué punto se le puede negar al emperador algún tipo de autoría, cuando menos, intelectual, ya que habría que presuponer que él mismo dio el visto bueno a la versión definitiva.

La gran pregunta es si, teniendo en cuenta todos estos datos, el Porfirogeneta pudo escribir la *Vita*, una obra que destaca con mucho sobre el resto del *Continuador de Teófanos*, en estilo y cuidada disposición, y más aún de

las otras que se le atribuyen, de las que hablaremos más adelante. Ševčenko sugiere que no¹⁹³. Αναγνωστάκης iba más allá cuando suponía que es otro de sus “encargos” a un equipo dirigido y supervisado por él en función de unos gustos que nada tienen que ver con escribir Historia y mucho con las narraciones populares, siempre que sirvan a su proyecto propagandístico y su defensa de la τάξις. La postura de Signes¹⁹⁴, finalmente, y como hemos visto, aboga por esa autoría compartida con su equipo, desde luego, donde el papel de los escribas, aun en el caso de una (re)elaboración de los materiales entregados por Constantino, no debe magnificarse ni considerarse superior al del emperador cuando, por otra parte, es imposible de dilucidar¹⁹⁵.

Sin embargo, los reparos de quienes niegan su autoría o le conceden una participación mínima en esta y en otras obras tienen su lógico fundamento en cuanto hemos dicho, además de en la notable disparidad de niveles estilísticos y lingüísticos apreciable en las distintas obras con su nombre, de las que hablaremos en el siguiente apartado. A menudo se recurre a los títulos y proemios para apoyar una u otra teoría, ya que es allí donde aparecen datos de interés, como el objeto de la obra o cómo se hizo. En concreto, el de la *Vita* nos da la siguiente información:

Relato histórico de la vida y hechos del celebrado emperador Basilio, que Constantino, Emperador de los Romanos por gracia divina y nieto suyo, encomendó al escriba, después de hacer una laboriosa compilación de diversas narraciones¹⁹⁶.

En comparación con el título del *Continuador*, que veíamos en el apartado I. 1. 2, nos encontramos con que allí se habla de una obra escrita por orden del emperador (συγγραφεῖσα ἐκ προστάξεως Κωνσταντίνου), quien

¹⁹³ “Re-reading Constantine”, p. 184: “Thus [si se tienen en cuenta los títulos de mis obras] I did not write the *Life* of Basil my grandfather. I forget who wrote it”.

¹⁹⁴ “Algunas consideraciones”, p. 27.

¹⁹⁵ ΑΓΑΠΗΤΟΣ, Π. Α., *op. cit.*, p. 307, plantea algo similar cuando afirma que, independientemente de cómo se escribiese la *Vita*, hay que suponer que Constantino controló el proceso en todo momento, de modo que el texto se puede considerar suyo.

¹⁹⁶ 211, 12-17.

por otra parte, habría recopilado el material y organizado de modo claro y conciso (ἤς τὰς καθ' ἕκαστα ὑποθέσεις ὁ αὐτὸς βασιλεὺς Κωνσταντῖνος φιλοπόνως συνέλεξε καὶ εὐσυνόπτως ἐξέθετο); en cambio, en la *Vita*, el papel del emperador parece ser el de quien entrega un material a otro, sin que podamos añadir más al trabajo que habría realizado el *γράφων* con él. ¿Presupone entonces ese *προσανέθετο* que la participación de Constantino se limitó a un mero traspaso de datos?

En opinión de Signes¹⁹⁷ lo único que varía es el punto de vista de ambos títulos; del escriba en el primer caso, y del emperador, en la *Vita*, pero que nada induce a pensar que se utilizó un método distinto de trabajo para cada obra. Como mucho, se puede postular que para la biografía de Basilio, Constantino habría preferido esa presentación en tercera persona, que le permitía alabar abiertamente a su abuelo parapetado tras la máscara del escriba. Considera, por otra parte, altamente improbable que hubiese descuidado redactar unas cuantas líneas que presentan y dan noticia de una obra que constituía el centro de su proyecto, como demuestra Signes también en el mismo artículo. Un análisis estilístico de los proemios, a su juicio, no añade demasiado aparte de la observación de un tono similar, por lo que no es concluyente en este sentido¹⁹⁸. En todo caso, no es relevante el hecho de que un escriba redactara, compusiera, copiara o lo que fuese, la obra para atribuírsela a Constantino, en el contexto de autoría de su época.

Sin embargo, Αναγνωστάκης¹⁹⁹ cree percibir en el estilo general de la *Vita*, que a pesar de estar en primera persona, difiere tanto del tono de otras obras atribuidas a Constantino redactadas del mismo modo, un método distinto de elaboración o composición, independientemente de las exigencias propias del género. En su repaso por los títulos de las obras se plantea cuál

¹⁹⁷ "Algunas consideraciones", p. 25.

¹⁹⁸ *Ibidem*, pp. 25-27.

¹⁹⁹ *Op. cit.*, pp. 107-109.

pudo ser el sentido real de ese προσανέθετο, y sus investigaciones le llevan a plantear una tesis que él mismo califica de “arriesgada” (παρακινδυνευμένη), consciente de la dificultad de su verificación, que en el momento actual se torna en imposibilidad.

En su opinión, mientras en el resto del *Continuador* o el *De administrando imperio* el sistema habría sido el del encargo bajo su supervisión, en la *Vita* habría preferido un método similar al empleado cuando dictaba sus cartas. Es decir, sería una perspectiva claramente oral, una narración del emperador, bien en tono y lenguaje llano (o lo que él consideraba “rústico”), bien en el nivel más elevado del que pudiera hacer uso, que el escriba iría corrigiendo y adaptando a las exigencias del género en cada momento. El proceso de creación de la *Vita* estaría íntimamente relacionado con el de su correspondencia, analizada por el autor en el citado artículo, de donde deduce además el escaso o nulo interés de Constantino por hacer Historia, más complacido con las historias, entendidas como narraciones, fábulas o prodigios de tradición oral, tan propias de la cronografía y el gusto popular.

Sin vestimos de saco y ceniza por el destronamiento de quien se ha considerado durante largos años un gran intelectual, epicentro de la renovación conocida como Renacimiento Macedonio, se nos ocurren algunas consideraciones al respecto. Cualquiera que fuese el sistema (o sistemas) empleado por Constantino para la biografía de su abuelo, es evidente que para esa obra buscó una presentación y un estilo más cuidados que en otras, tal vez siguiendo la estela del discurso fúnebre escrito por su padre, como algunos han planteado; quizá deseando reparar el eslabón roto durante años en la cadena de una dinastía cuya legitimidad debía defender como garantía para el orden del Imperio, algo que exigía un tono adecuado. Aunque la forma definitiva del escrito no haya dependido del emperador y la obra esté llena de relatos que

podrían considerarse “cronográficos” o populares²⁰⁰, resulta difícil pensar que Constantino no tuviese ningún interés por lo histórico, cuando decide luego enlazar esa biografía con la obra de Teófanos, completándola, y si bien es cierto que se trataba de una cronografía, el distinto resultado es evidente.

Si sólo aspiraba a ensalzar al fundador de su dinastía para justificar su derecho al trono, podía haberse limitado a un bello y elogioso encomio. Si su intención era política, como el propio *Αναγνώστᾱκης* reconoce al decir que su objetivo era el orden y los manuales de propaganda, diplomacia y conocimientos²⁰¹, tal vez el esfuerzo de elaborar los demás libros que componen el *Continuador* (salvo el VI, que es claramente posterior a él) no tenía mucho sentido. En todo caso, ello no tendría por qué invalidar el papel del emperador en la cuestión.

Es obvio que lo que *Αναγνώστᾱκης* plantea es la ausencia de elementos propios de la Historiografía tales como la búsqueda de la objetividad, por ejemplo. Pero quizá el problema esté en asociar un riguroso y teórico concepto de Historia a lo que un bizantino de su época consideraría como tal. Para un hombre como Constantino, es probable que la Historia tuviese mucho que ver con política y propaganda; que tuviese como centro al soberano del Imperio, fuese cual fuese, y se encaminase a ese mencionado objeto de mantener esa *τάξις*, aunque ello supusiera modificar unas cosas, mutilar o silenciar otras, inventar lo necesario. Todo esto, aun alejado de lo que a nuestros ojos es (o debe ser) la labor de un historiador, requiere de un pensador, y es posible que seamos injustos si le negamos este papel a Constantino, quien probablemente

²⁰⁰ Por otra parte, como señala BARIŠIĆ, F., “Génésios et le Continuateur de Théophane”, *Byz* 28 (1958), pp. 119-133, en concreto pp. 128-129, muchas de estas fuentes que tienden a considerarse orales y poco serias, en realidad tenían un carácter escrito en aquella época y se introducían en obras que para los hombres de ese momento revestían autoridad, por lo que esas acusaciones hacia Constantino de ligereza, frivolidad y poco rigor en el quehacer investigador no dejan de ser apreciaciones propias de nuestra mentalidad.

²⁰¹ *Op. cit.*, p. 128: “Τελικός του στόχος είναι η σύνθεση του πάζλ της τάξεως, της ευταξίας, της ευνομίας, των εγχειριδίων γνώσης, προπαγάνδας και διπλωματίας”.

no podía dar a la obra la calidad exigida, pero sí contaría con el suficiente gusto como para dar su aprobación o no a lo que otro hiciera según sus pautas.

Por otra parte, la presencia de historietas y digresiones en la obra, además de obedecer a una especial predilección del Porfirogeneta, también podría responder a la ausencia absoluta de datos, bien por la oscuridad de los orígenes de Basilio, de cuyo padre, por ejemplo, no conocemos ni siquiera el nombre (y si Constantino lo sabía, por algún motivo no lo incluyó en su relato); bien porque no existían documentos escritos a los que recurrir, ni siquiera del pasado más reciente²⁰². Las digresiones y prodigios, además, suelen tener funciones concretas dentro de la narración, como veremos a lo largo de este trabajo, y el hecho de que nos parezcan impropias en un relato historiográfico se debe, una vez más, a nuestro punto de vista actual.

En conclusión, en el momento actual de la investigación, y a la vista de las evidencias y los materiales con los que contamos, es probable que el Porfirogeneta no tuviese la capacidad real de escribir una obra como la *Vita*, debido a deficiencias formativas que en su madurez no logró (o creyó) cubrir y, en consecuencia, deberíamos revisar muchas de nuestras opiniones al respecto de cuanto se le ha atribuido. No obstante, consideramos que sigue siendo innegable su papel de, cuando menos, rector de los proyectos que vieron la luz en sus días, aun cuando no podamos por el momento determinar qué grado de implicación tuvo en ellos, y hasta qué punto dependió de él la forma final o el contenido, incluso si los leía o no, como llega a sugerir Ševčenko²⁰³. O bien, si llevamos las cosas hasta el extremo, habría que presuponer que alguien del entorno del emperador tendría que haber sido el inspirador y director de un

²⁰² Esto ha sido señalado también por ŠEVČENKO, I., "Re-reading Constantine", pp. 189-191, donde habla de la escasez de libros en la corte, queja habitual del propio Constantino (*vide* nota 54 de ese mismo artículo), como sucede en el proemio a la *Vita*. También YANNOPOULOS, P., "Histoire et légende", p. 166, señala las grandes lagunas o errores cometidos por Constantino al referirse a hechos pasados, algunos no muy lejanos, frente a su exactitud en cosas contemporáneas, lo que indica falta o desconocimiento de fuentes.

²⁰³ "Re-reading Constantine", p. 184.

proyecto destinado a hacer de Basilio el centro del nuevo orden de cosas para Bizancio, para lo cual debería de contar con el apoyo y asentimiento imperial; en cuyo caso, carecemos por el momento de otros datos que lo corroboren o desmientan.

Sea como fuere, la *Vita* debió de ser la obra que más le interesaba, por su valor político y propagandístico, mientras que las demás obedecerían tal vez a un afán por recapitular y ordenar los conocimientos existentes, o bien elaborar un tipo de manual o vademécum, un libro de referencia, y por ende, mucho menos cuidado tanto en su organización como en presentación y estilo²⁰⁴. Ahora bien, quién y cómo pudo componer la biografía de Basilio no puede ser establecido con seguridad, pues a día de hoy nada sabemos de si Constantino sólo concibió el proyecto, o le asignó la forma y estructura que debía tener, o bien los contenidos, cuáles y en qué forma; si fue dictado, encargado, o bien procede de un borrador reelaborado y en qué medida, etc.

Ciertamente, las reflexiones de algunos investigadores acerca de la correspondencia del Porfirogeneta han abierto una vía en absoluto despreciable, en la que habrá que profundizar, si bien a falta de otros testimonios, seguiremos llegando a calles sin salida por falta de elementos para verificar unas u otras teorías. Por ejemplo, es obvio que en una de sus cartas Constantino le dice a Teodoro de Cízico que lo ha elegido entre muchos, como amigo, sabio y persona versada en todo, para componer un discurso público en su nombre, que no especifica por ser algo que ambos conocen o suponen²⁰⁵. Se puede inferir, pues, que el emperador recurría a personas de la élite cultivada

²⁰⁴ SIGNES CODONER, J., "Algunas consideraciones", p. 27, coincide en esta opinión, que justificaría la mayor calidad de la *Vita* frente al resto del *Continuador* y de la obra atribuida a Constantino.

²⁰⁵ DARROUZES, J., *op. cit.*, VIII, 1, p. 318. La cita, analizada por ŠEVČENKO, I. y ANAFINOTAKHIS, H. en los mencionados artículos ("Re-reading Constantine", p. 186 y p. 120 respectivamente), es la siguiente: καὶ σε μόνον λογισάμενος εἶναι καὶ σοφὸν καὶ φίλον καὶ ἐπιτήδειον ἐν πᾶσιν ὑπὸ σοῦ καὶ τὴν δημηγορίαν μοι σχεδιασθῆναι προέκρινα, ἵνα εἴῃ τὰ τῶν φίλων τῷ ὄντι κοινά.

para, al menos, trabajos concretos que exigían una correcta presentación, como es el caso de los discursos, aunque de nuevo seguimos sin saber qué tipo de participación tendrían. Ševčenko cree que la composición a la que alude Constantino podría tratarse de un sermón o un discurso sobre el hallazgo de reliquias o algo por el estilo, pero la referencia nos permite sugerir que quizá también encargase a alguien la redacción o corrección, o bien ayuda de otro tipo, para la *Vita*, aunque ello, siguiendo a Signes, no le quitaría la “autoría” del todo.

La petición del Porfirogeneta resulta interesante, pues Teodoro era una persona muy instruida, tanto en el mundo de las musas que Constantino anhela en sus cartas, como en cultura eclesiástica. A la vista de las similitudes estilísticas entre el discurso, también atribuido al Porfirogeneta, por la llegada a Constantinopla de la Sábana Santa obtenida por Romano Lecapeno en su triunfo sobre Edesa, conocido como *De imagine edessena*, y la *Vita*²⁰⁶, habría que plantearse si detrás de la redacción final de la biografía de Basilio no estará Teodoro o alguien como él, para lo cual habría que analizar y comparar los escritos de Teodoro con nuestra obra. Aunque ello escapa a los márgenes de este trabajo, es una línea investigadora no cerrada por el momento.

Baste, en todo caso, por ahora, decir que la presencia de elementos culturalmente cristianos en la obra son tal vez otra pista que se debe seguir, pues más allá de los condicionantes de su época, la adaptación de modelos bíblicos en el esquema tradicional del encomio, la inclusión de citas de salmos o proverbios, etc., nos hacen sospechar bien una preferencia del Porfirogeneta por estos temas, fruto de su verdadera y tal vez única formación, bien la intervención de alguien como Teodoro, que podría estar imbuido de ese espíritu que veíamos de Focio, quien, aun admirando las letras seculares, seguía considerando preferibles a los Padres antes que a los grandes de la

²⁰⁶ Como ha observado también ŠEVČENKO, I., “Re-reading Constantine”, pp. 184-185 y nota 46.

Antigüedad. O acaso ese “complejo de inferioridad” sugerido por *Αναγνωστάκης* se esté ocultando tras esa idea de la sencillez evangélica y de la preferencia divina por los pequeños y humildes, tan presente en la biografía de Basilio.

Dicho de otro modo, la presentación del primer macedonio como alguien que de la nada llega a la cima del poder humano, elevado por la Providencia, como el bíblico rey David, además de un claro recurso para justificar el escabroso surgimiento de una nueva dinastía y la incultura de Basilio, no deja de ser un reflejo de la propia situación de Constantino, en la que, a pesar de la constante humillación que le niega el rango y nivel cultural que debiera, la voluntad divina no lo ha abandonado. Tal vez pensara Constantino que su verbo carecía de la elegancia de la mundana retórica, pero a cambio contaba con el apoyo del Espíritu.

En definitiva, sería interesante ver esta dimensión llamémosla religiosa en su obra, no muy señalada hasta ahora²⁰⁷ o bien, en el caso de las citas y referencias existentes, consideradas como procedentes de un personaje poco culto, con tendencia a la mojigatería. Nos resulta significativo, por ejemplo, que en el llamado Salterio de París (*circa* 950), considerado una joya de la producción de época macedonia, producto del *scriptorium* imperial, y cuyas ilustraciones parecen ser copias de un modelo anterior que posiblemente acompañaba una versión del *De administrando imperio* regalada por Constantino a su hijo, aparece la figura del rey David con un libro abierto donde se puede leer el comienzo del salmo 72²⁰⁸. Este hecho, que causaba extrañeza entre los críticos por resultar en apariencia fuera de lugar, si es que se trataba de

²⁰⁷ Cf. TANNER, G., “The historical method of Constantine Porphyrogenitus”, *BF* 24 (1997), pp. 125-140, ha señalado los muchos paralelismos entre *De administrando imperio* y los *Septuaginta*, en estructura, temas y motivos. Sobre ello habremos de volver al analizar la *Vita* desde el punto de vista de la Historiografía.

²⁰⁸ Sobre este salterio y las interpretaciones que se han dado acerca de su contenido, vide BUCHTHAL, H., “The exaltation of David”, *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes* 37 (1974), pp. 330-333.

introducir el libro de los Salmos, ha sido interpretado por Buchthal como un guiño a su destinatario original, Romano, hijo y heredero del Porfirogeneta, ya que se trata de un salmo destinado a Salomón, hijo y heredero a su vez de David, que lo habría compuesto para él, y que comienza así:

Oh, Dios, da al rey tu juicio,
al hijo de rey tu justicia:
que con justicia gobierne a tu pueblo,
con equidad a tus humildes.

El salmo continúa enumerando todos los bienes que inundarán su reino, que será de equidad y bienaventuranza, y nos recuerda el retrato que hace del reinado de Basilio como una edad dorada de plenitud; pero más allá de todo eso nos planteamos si Constantino no se habría identificado alguna vez con ese “hijo de rey” y con el anhelo que destila el poema de un mundo ideal en el que él “aplastará al opresor”²⁰⁹. El estado de orden y justicia inaugurado por su abuelo, por fin se continúa con la ayuda divina, y él lo traspassa a su heredero, junto con las preces por la perpetuidad de ese bienestar²¹⁰.

Recordemos, no obstante, que se ha señalado que entre la obra de Focio y la representada por el grupo del Porfirogeneta se puede ver el primer intento prolongado por hacer una erudición de corte cristiano²¹¹, de donde se infiere

²⁰⁹ Por su parte, HUXLEY, G. L., *op. cit.*, 37 y ss., considera que para Constantino el conocimiento va ligado a la sabiduría, y su posesión una señal de su identificación con Solomón y su reino. En su recorrido por los elementos que apoyarían esta teoría subraya los puntos de contacto entre sus obras y los proverbios solomónicos o los salmos relacionados con este rey; las posibles similitudes entre el trono descrito por Liutprando y el del soberano bíblico; la asimilación de la visita de la princesa Olga de Kiev con la reina de Saba; el ya citado regalo del Dioscórides con el conocimiento que Salomón tenía de las plantas (1 R 5, 13) y su *Γεωπονικά* con el interés que el hijo de David tenía por esos temas según esa misma cita del Libro; finalmente, su afán por una flota poderosa, al igual que el rey sabio por excelencia. Señalemos aquí que las abreviaturas utilizadas en esta y en ulteriores citas corresponden a las recogidas en la *Biblia de Jerusalén*, Madrid 1994. Asimismo, mantenemos para el término *Yahveh* la grafía de esa edición.

²¹⁰ Interesante al respecto es la afirmación de MARKOPOULOS, A., “An Anonymous Laudatory Poem on Basil I”, *DOP* 46 (*Homo byzantinus: Papers in Honor of Alexander Kazhdan*, 1992), pp. 225-232, aquí p. 228, sobre la importancia que dicho salmo 72 tenía para Focio en sus himnos y escritos laudatorios hacia Basilio.

²¹¹ En palabras de KUSTAS, G., *op. cit.*, p. 161, nota 3.

que es probable que la presencia de todos estos elementos sean más que una coincidencia derivada del gusto de la época, y respondan a una clara preferencia del autor por ellos. Αναγνωστάκης también ha puesto en relación el gusto de Focio por el estilo sencillo y “eclesiástico”, de carácter evangélico y apostólico, con las preferencias del Porfirogeneta en ese sentido, declaradas en obras como *De administrando imperio*, sin que ello signifique en principio que éste ha asumido las tesis de Focio de manera consciente²¹². El propio Ševčenko llega a afirmar que el verdadero yo literario de Constantino se refleja sobre todo en el proemio de esa obra, donde se dirige a su hijo, y en el capítulo 13, dedicado a los Pechenegos: su rasgo distintivo sería el lenguaje sencillo, que se torna aún más sencillo con las citas bíblicas o la imitación del estilo de las escrituras²¹³.

Aun así, tendríamos que pensar que comprendía la necesidad de un tono y un lenguaje distinto para cada obra, en función de sus objetivos e intereses, y de ahí que hubiese elegido el formato que presenta la *Vita*, en lugar de hacer una presentación popular o meramente novelesca, que habría gustado tal vez más a los sencillos, pero que no consideraba adecuada para el rango de su predecesor y la magnificencia de su cargo, ahora ocupado por él. Por otra parte, la forma y estructura de la *Vita* se adaptaba mejor a las necesidades de la ideología imperial y permitía proyectar la visión política puesta en marcha por el primer macedonio y continuada, en general, por su dinastía.

En este sentido, habría que volver al comienzo de este apartado, cuando señalábamos la ausencia de programa en el reinado del Porfirogeneta, o su

²¹² *Op. cit.*, p. 122, nota 42: “Θεωρώ ότι ο άπλοϋς κατά την φράσιν και σαφής και έγγϋς τοϋ έκκλησιαστικοϋ και άπεριέργου χαρακτηήρου συγγραφέας υπήρξε το κυρίως πρότυπο του Πορφυρογέννητου, παρά τις κατά καιρούς και κατά περίπτωση διαφοροποιήσεις του”. Las cursivas, originales del texto, se refieren a una cita de Focio acerca de las cartas de Clemente en su *Biblioteca*, cuya referencia también se incluye. Sobre el gusto de Focio por el estilo evangélico y sencillo, cf. citado artículo de KUSTAS, G., del que hablaremos más adelante.

²¹³ “Re-reading Constantine”, p. 182.

paso diríamos casi imperceptible por el trono desde un punto de vista estratégico o político. Aunque varios y reputados autores han puesto de relieve una preferencia de Constantino por el mundo de las letras, traducida en una escasa labor de gobierno, casi siempre dejada en manos de otros (su esposa Elena, o su guardia de cámara *–parakoimomenos–* Basilio), otros autores consideran que esa puede ser una visión un tanto simplista de su reinado²¹⁴.

Es el caso de T. Gregory²¹⁵, para quien el hecho de haber ocupado el trono unos quince años solo es de por sí significativo, y no explicable por una mera casualidad o por una salud quebradiza y unas aficiones eruditas que hacían que no se le tuviera muy en cuenta. Haciendo un análisis de las fuentes²¹⁶ que se suelen aducir para apoyar esta teoría, y que son críticas con la dinastía macedonia, concluye que no hay evidencias reales de que el Porfirogeneta hubiese hecho total dejación de sus funciones en otras personas para dedicarse a tareas de su preferencia, mientras que obras de su patrocinio, como *De administrando imperio* o *De cerimoniis*, o incluso las leyes promovidas durante su reinado, revelan una preocupación personal por asuntos de política práctica.

Con todo, esto no implica que Constantino fuese un gran emperador, al estilo de sus predecesores Basilio o Romano Lecapeno; tan sólo que lo relativo al trono y el gobierno no le era ajeno, y que su gran aportación como emperador fue la labor propagandística promovida por él, que daría durante siglos a los macedonios el brillante lugar que todos conocemos. En opinión de Gregory²¹⁷, dicha propaganda no sólo pretendería legitimar y perpetuar su dinastía, ahuyentando los fantasmas de defenestración que siempre lo

²¹⁴ Recordemos que LOUNGHIS, T. C., “L’Historiographie...”, pp. 85-86, señalaba que el Porfirogeneta no era un gobernante abúlico que dejaba todo en segundas manos para dedicarse a su pasión de erudito de biblioteca, como a menudo se nos ha mostrado, sino que tenía una clara línea política que irradiaba a todos los ámbitos.

²¹⁵ *Op. cit.*, p. 123.

²¹⁶ *Ibidem*, pp. 124-127.

²¹⁷ *Ibidem*, pp. 129-130.

persiguieron, sino crearse además una imagen de emperador πιστὸς καὶ φιλόανθρωπος. Es decir, la *Vita* respondería no tanto a una necesidad de lavar la imagen de su abuelo como a reforzar su propia legitimidad en el trono, remontándose al primer macedonio.

Para ello no dudaría en oscurecer la memoria tanto del predecesor de Basilio como del suyo, Romano Lecapeno, y en arrogarse sus triunfos como propios, haciendo especial hincapié en su respeto a la piedad y voluntad divinas y en su faceta paternal hacia sus gobernados. El relato de su reinado contenido en el *Continuador* sería un reflejo de la imagen que deseaba tuviesen de él sus súbditos, y que parece haber cumplido sus objetivos. Los tentáculos de esta propaganda se habrían extendido a todas las manifestaciones artísticas, e incluso el mero hecho de ser conocido desde entonces como el Porfirogeneta (título común a todos los nacidos en el famoso palacio de *Porphyra*²¹⁸, donde las emperatrices daban a luz), es indicativo del alcance de esta labor.

En todo caso, a lo largo de este trabajo habrá oportunidad de volver a esta y otras cuestiones relacionadas con el uso de la historia davídica, las miras político religiosas de los macedonios en general y sus intereses en determinados aspectos conectados con el Libro y el trono. Mientras tanto, y a la espera de nuevas revelaciones que nos permitan encuadrar con mayor nitidez el papel de Constantino como escritor, instigador, supervisor o cualquier otro que fuese, en la *Vita*, nos seguiremos refiriendo en el presente estudio a Constantino como autor por comodidad, si bien bajo esa referencia se sobreentiende cuanto hemos dicho aquí acerca del asunto.

Y como conclusión de este apartado dedicado a la persona de Constantino, referiremos la descripción física que el *Continuador* hace de él²¹⁹,

²¹⁸ Como recoge Liutprando en su mencionada *Antapódosis*, I, 7

²¹⁹ Precisamente, GREGORY, T., *op. cit.*, pp. 124-125, se refiere a esta descripción como fuente para contrastar algunas de las críticas a Constantino y descartar estas últimas (p. ej., la acusación de débil y bebedor).

sin que podamos saber hasta qué punto refleja con fidelidad al personaje que entusiasmó a Liutprando:

En su aspecto físico el emperador Constantino Porfirogeneta era alto de estatura, de tez blanca como la leche, hermosos ojos alegres y nariz aguileña, o sea, grande. Su rostro era alargado, de sonrosado color, y tenía un largo cuello. Se erguía recto como un ciprés y tenía anchos hombros. Persona de trato cordial, era afable con todos pero tímido para casi todo. Amigo de la buena mesa y el buen vino, era dulce en sus palabras y rico en regalos y favores²²⁰.

²²⁰ 468, 15-21: Ἦν τῆ ἰδέα ὁ πορφυρογέννητος Κωνσταντῖνος ὁ βασιλεὺς εὐμήκης τῆ ἡλικία, λευκὸς τῆ χροιά ὡσεὶ γάλα, εὐόφθαλμος, χαροποιὸς ἔχων ὀφθαλμοὺς, γρυπὸς ἦτοι ἐπίρην, μακροπρόσωπος, ῥοδινός, μακροτράχηλος, τῆ ἡλικία ὄρθιος ὡσεὶ κυπάρισσος, εὐρὺς τοῖς ὤμοις, καλότροπος, προσηνῆς τοῖς πᾶσι καὶ ὡς τὰ πολλὰ δειλός, φιλοτράπεζος καὶ φίλοινος, ἡδὺς τοῖς λόγοις, καὶ τοῖς δώροις καὶ ταῖς ἀντιλήψεσι πλούσιος. La traducción al español es nuestra.

II. 2. CONSTANTINO VII Y EL LLAMADO RENACIMIENTO MACEDONIO.

Cuando se habla de la dinastía creada con Basilio I es habitual conectarla con el conocido como “Renacimiento Macedonio”, un fenómeno evidente de auge artístico y cultural que, sin embargo, debe ser matizado tanto en sus justas dimensiones como en sus orígenes. Si bien es cierto que es con los macedonios con quienes se comienzan a cosechar loables frutos, las semillas habían sido sembradas en tiempos de sus predecesores, y del mismo modo podría decirse que, con ser un verdadero renacimiento, no dejaba de presentar algunas sombras desde nuestra perspectiva actual.

Este afán erudito, pues, atribuido al Porfirogeneta y su equipo, no es completamente novedoso, como tampoco una persona como la que tradicionalmente se ha visto en Constantino sería una *rara avis*: recordemos que si su abuelo Basilio no tuvo formación alguna²²¹, su padre León el Sabio tuvo como educador al propio Focio, cuyo solo nombre nos resulta sinónimo de *Biblioteca*. Es precisamente en este momento de la historia de Bizancio cuando cristaliza un proceso educador e investigador surgido tras las grandes disputas iconoclastas, y que tiene como principal resultado visible la refundación, como veremos, de la Escuela de Magnaura por Bardas, tío de Miguel III, a mediados del siglo IX, aunque desconocemos la fecha exacta²²². Evidentemente, no surge de cero: una serie de factores han ido propiciando el desarrollo de la vida

²²¹ Vide apartado III de esta primera parte.

²²² En opinión de MARROU, H. I., *Historia de la educación en la Antigüedad*, Madrid 1985, p. 435, la reapertura de la llamada Universidad de Constantinopla por Bardas puede fecharse en el 863. Para otros autores, sin embargo, esta sigue siendo una línea de investigación abierta. Cf. MARTÍNEZ GARCÍA, F. J., “La Universidad de Constantinopla en el Renacimiento macedonio”, *Erytheia* 11-12 (1990-1991), pp. 77-96, en concreto, p. 84. Vide también TREADGOLD, W. T., “The Chronological Accuracy of the ‘Chronicle’ of Symeon the Logothete for the Years 813-845”, *DOP* 33 (1979), pp. 157-197, sobre todo p. 187.

intelectual que eclosionará en época de Constantino VII, siendo uno de los más significativos la lucha de las imágenes.

Treadgold²²³ ha analizado la aparente paradoja que supone este renacimiento anterior a una situación de bonanza económica y militar, cuando lo habitual es que el florecimiento cultural derive de un momento de estabilidad social y económica, acompañada de un periodo de paz, hechos que permiten financiar la actividad intelectual. En Bizancio, sin embargo, el avance cultural aparece consolidado ya a finales del s. VIII, mientras que el económico y militar no culmina hasta mediados del s. IX, y el gran acicate parece haber sido la iconoclasia.

En una sociedad donde las élites realmente cultas están formadas por funcionarios civiles, miembros de la Iglesia y clérigos de importantes centros urbanos, el movimiento iconoclasta otorgaba más poder efectivo al emperador, desplazándolo de las manos tradicionales, normalmente correspondientes a los grupos antes citados. Esta situación de apartamiento temporal de las esferas dominantes, en opinión de Treadgold, sirvió de incentivo a esas clases para recopilar, por así decir, conocimientos: es un momento de intensa actividad copista, de búsqueda y elaboración de obras. Para este autor debe considerarse que siempre había existido en Bizancio una élite capaz de llevar a cabo un proceso de renacimiento cultural, que sólo necesitaba de una chispa como la iconoclasia para ponerse en marcha, más que un fuerte apoyo económico²²⁴. Como ejemplo ilustrativo muestra el interés del iconoclasta Constantino V, formado en teología y con gran interés en profundizar en su estudio, aunque fracasó en su intento de captar a muchos intelectuales para su causa, frente a la escasa inversión en educación y cultura por parte de la iconódula Irene.

²²³ TREADGOLD, W. T., "The Revival of Byzantine Learning and the Revival of the Byzantine State", *AHR* 84, nº 5 (dic. 1979), pp. 1245-1266.

²²⁴ *Ibidem*, pp. 1253-1254.

Los efectos, pues, del problema iconoclasta en el ámbito de la producción intelectual, se pueden rastrear en varios aspectos, así como su evolución. En el primer periodo iconoclasta tendríamos un grupo de estudiosos autodidactas, que han adquirido el grueso de su formación especializada sin apoyo del Estado, y suponen un primer paso en el avance hacia lo que luego consideraremos renacimiento del s. X. En la segunda fase de la iconoclasia los emperadores, conscientes del papel de esas minorías cultas en la defensa y vuelta de las imágenes, tratan de captarlas para su bando, sin mucho éxito de nuevo, a través del mecenazgo, si bien este movimiento favoreció a estudiosos de capas inferiores, cuyo número había aumentado gracias a ese primer florecimiento de la educación.

Todo esto, unido a la aparición y generalización de la minúscula²²⁵ (s. VII), que permitía una mayor producción de libros, y una mejor difusión de la cultura, se traduce en una mejora formativa en las capas cultivadas de la sociedad bizantina, en un nuevo paso hacia el esplendor de la etapa macedonia. Treadgold añade otros factores ligados a la reacción iniciada contra la iconoclasia, que se unen en el proceso que cristalizará en un significativo renacimiento cultural: la conversión de los eslavos y la mejora de las relaciones diplomáticas con el Califato²²⁶. Hay que señalar que ambos aspectos vendrán determinados precisamente por el nivel cultural, tanto de los clérigos encargados de la evangelización como de los miembros del cuerpo diplomático de la época, cuando el Imperio se labra un prestigio por su nivel de erudición.

Con todo, y a pesar del fulgor de grandes nombres implicados en esta labor, como León el Matemático, requerido por los califas abasidas para enseñar en su corte, o los hermanos Cirilo y Metodio, creadores de un alfabeto para la difusión del cristianismo entre los eslavos, más importante aún habría

²²⁵ Sobre esta cuestión, a la que volveremos algo más adelante, vide el artículo de DAIN, A., "La transmission des textes littéraires classiques de Photius à Constantin Porphyrogénète", *DOP* 8 (1954), pp. 31-47, en concreto p. 34 y ss.

²²⁶ "Revival", pp. 1258 y ss.

sido el aumento del nivel cultural de los funcionarios de rango inmediatamente inferior a aquellos de élite, extendidos por todo el Imperio, y sin cuya participación real y activa el Imperio no habría podido progresar. Aunque la extensión de una mejor formación a los “servidores” del Estado tuvo que suponer un lento desarrollo, hasta alcanzar las múltiples ramificaciones de un sistema tan amplio, es verosímil considerar que un proceso así tuvo lugar y finalmente produjo una sensible elevación del nivel formativo de esos grupos con respecto a unos siglos atrás. De este modo, y aunque en un primer momento es el iconoclasmo el motor de una regeneración cultural, el proceso que se pone en marcha con ello llegará a adquirir un desarrollo autónomo y poco a poco irá calando en diversos aspectos y capas de la sociedad bizantina, hasta crear el terreno adecuado para florecer de manera óptima con la recuperación y estabilidad a la que se llega con la dinastía macedonia.

La civilización bizantina, tras el duro análisis de su propia identidad que supone la controversia iconoclasta, pues, llega a un estado que permite dar estos frutos en grandes figuras que todavía se han formado por sí mismas, siguiendo el sistema del medievo consistente en aprender directamente de otro sabio, pero que ya cuentan con las necesarias condiciones coyunturales para formar el germen de un grupo intelectual. La Escuela de Magnaura, considerada por muchos como “Universidad” de Constantinopla, echa a andar sobre terreno ya abonado; responde a una clara necesidad de crear una institución que canalice la investigación y la educación superior, y para ello cuenta con una tradición que, lejos de perderse, en los últimos años se había ido enriqueciendo.

Recordemos que ya en el 425 el emperador Teodosio II había fundado una institución que ha sido calificada por algunos como universidad estatal²²⁷, con una regulación propia, cuyo funcionamiento se mantendría, aunque con altibajos hasta el final del Imperio Bizantino. Conocerá incluso momentos de

²²⁷ Sobre esta “universidad”, su composición, etc., vide MARROU, H. I., *op. cit.*, p. 394.

interrupción, como en el periodo oscuro, pero su llama nunca se extinguirá del todo y sus ascuas serán la base del nuevo comienzo atizado por Bardas en el 863. Un rasgo significativo de su funcionamiento sería siempre el carácter laico de sus estudios, la práctica ausencia de materias eclesiásticas, de las que pronto se ocupó, al menos desde el s. VII, la Escuela Patriarcal. Los altos funcionarios del Estado se forman, pues, en ese centro estatal, mientras que la jerarquía de la Iglesia se nutrirá de gentes formadas en su propia escuela de Teología.

Ahora bien, la cuestión de la Universidad de Constantinopla en este periodo no es ni mucho menos un asunto cerrado, pues aún se siguen investigando aspectos como cuáles serían sus verdaderos límites y ámbito de funcionamiento, e incluso su propia existencia sigue siendo objeto de estudio. La conocida y ya mencionada obra de Lemerle sobre el Renacimiento Macedonio cuestionó la idea, hasta entonces aceptada, de una entidad estatal de tipo universitario en Constantinopla para aquellas fechas, con lo que abrió un debate que se ha continuado desde entonces. Hoy en día se tiende a pensar que, ateniéndose a las fuentes y testimonios existentes al respecto, no se puede inferir la existencia de un centro de esas características²²⁸.

La recuperación cultural que empieza a observarse ya bajo el reinado de Teófilo (829-842), y que se manifiesta, entre otros, por la aparición de numerosas escuelas privadas donde se ampliaban estudios, propicia el interés estatal en la educación superior, entendida como un paso más allá de la meramente elemental, aunque es dudoso que podamos hablar de una educación de nivel universitario tal y como nosotros la entendemos. No parece que existiera un programa concreto ni unos contenidos fijados, de modo que el

²²⁸ Cf. MARTÍNEZ GARCÍA, F. J., *op. cit.*, donde se extracta la situación de las investigaciones acerca de esta cuestión. Plantea además el autor el error de perspectiva al enfocar el tema desde un punto de vista basado en modelos actuales o, cuando menos, occidentales, en un entorno cultural distinto (p. 78).

nivel adquirido por cada alumno dependía en gran medida del centro elegido para su formación²²⁹.

En cualquier caso, este estado de cosas conduce a la apertura de la llamada Escuela de Magnaura, y se podría postular que sería una institución creada por Teófilo y reabierta por Bardas tras un periodo de declive con el conflicto de las imágenes²³⁰. Cabe además suponer que este centro ligado a Palacio tendría un carácter de fundación imperial, de modo que habría contado con la implicación personal de Teófilo y luego Bardas, quizá buscando labrarse lo que él suponía su futuro acceso al trono, a modo de mecenas, quienes habrían costeadado la escuela de su propio bolsillo o a través de las arcas del Estado²³¹.

Por su parte, el Porfirogeneta se habría encontrado con una situación similar a la de Bardas: un funcionamiento bajo mínimos de aquella escuela en un momento de casi nula actividad intelectual, por lo que se decide a inyectar nueva vida en la institución. Esto cuadraría con las continuas quejas expresadas por Constantino ante la situación cultural del reinado de Romano Lecapeno, y su declarado interés por el estudio y la formación. Y si bien no podemos decir que existiera una enseñanza regularizada o de nivel *universitario*, en Constantinopla existían personas de enorme formación, adquirida a título personal, capacitadas para ocupar los altos cargos docentes de la escuela impulsada por el emperador, y quienes en realidad conferían elevada calidad a dichos estudios, pues constituían la verdadera élite intelectual del Imperio²³².

Este rasgo del patrocinio imperial sería un elemento definitorio de la escuela impulsada por Teófilo y continuada por Bardas y luego Constantino, aunque con sucesivas etapas de decadencia. Su empeño en la institución

²²⁹ *Ibidem*, p. 89-90.

²³⁰ Cf. TREADGOLD, W. T., "Chronological Accuracy", p. 187; MARTÍNEZ GARCÍA, F. J., *op. cit.*, p. 82.

²³¹ MARTÍNEZ GARCÍA, F. J., *op. cit.*, p. 84 y nota 42.

²³² *Ibidem*, p. 93.

vendría derivado no sólo de un afán de promoción personal, sino del interés en capacitar de manera adecuada a los funcionarios del Estado, al haber comprendido la necesidad de dotar al sistema administrativo imperial de personas formadas. Esto, con todo, podía ser un arma de doble filo, pues al estar tan ligada a la persona del emperador (o promotor, en el caso de Bardas), la desaparición del correspondiente patrocinador conllevó en cada caso un periodo de acusada inactividad. Al mismo tiempo, esa profunda implicación de los emperadores es la que llevó a pensar que dicha escuela tendría carácter estatal²³³, es decir, que vendría a ser una universidad, cuyo funcionamiento y organización estarían claramente determinados, cuando una atenta lectura de las fuentes lo desmiente.

Lemerle²³⁴ analiza a fondo en su ya clásica obra este proceso de recuperación y reconstrucción de los estudios de carácter superior, y señala a León el Filósofo como uno de los últimos autodidactas que pasará a dirigir la Escuela de Magnaura, y a Focio como el centro de un interesante círculo de estudiosos donde se compartían conocimientos y materiales. Focio representaría ya el retorno a las raíces de la Antigüedad desde la óptica cristiana, el clasicismo bizantino, y en su rica personalidad vemos el comienzo de lo que será el esplendor del siglo X, alimentado en gran medida por la labor de la Escuela de Magnaura.

Ahora bien, no debemos olvidar que Focio mantiene un acercamiento hacia el mundo clásico sin salir de la perspectiva cristiana, que a su juicio sigue siendo preferible, como ya hemos mencionado, y a lo que volveremos al hablar

²³³ MARTÍNEZ GARCÍA, F. J., *op. cit.*, p. 93.

²³⁴ LEMERLE, P., *op. cit.*, capítulo VI (pp.129-153), dedicado a León el Filósofo y su grado de participación en la escuela (y en la educación en general), y capítulo VII (pp.154-183), en el que trata la figura de Focio también desde este punto de vista. Hay que resaltar que este autor, frente a la opinión de muchos otros, no cree que se pueda demostrar con los datos de que disponemos, que Focio tuviese ningún cargo docente en Magnaura ni en ninguna supuesta academia patriarcal, ni que tuviese un papel activo en la reforma iniciada por Bardas con la escuela, sin que ello merme en modo alguno el valor de su obra.

de retórica y estilo. Es decir, no cabe tanto idealizar su interés por la cultura clásica como entender en qué contexto se produce. No podemos imaginar en este primer Renacimiento Macedonio una asunción de los principios y motores del mundo antiguo, ni al estilo del Renacimiento posterior al Medievo, ni al del clasicismo dieciochesco. En realidad, una vez consolidado el sistema ideológico cristiano, y superado el problema iconoclasta, los intelectuales pueden por fin dedicarse a algo más que la apología de la nueva religión. Cuentan, además, con un corpus de autores cristianos que ya se han convertido en clásicos, y este es el punto de partida de Focio²³⁵.

A través de la base e instrumentos que le proporcionan los textos, terminología, conceptos y métodos de la tradición griega, puede Focio abordar a los distintos autores, clásicos y clásicos cristianos, curiosear en sus obras y comentarlas, movido por ese momento de efervescencia “estudiosa” como reacción a la oscura época anterior, pero siempre desde el prisma de la ideología cristiana. Aún se sigue la línea preconizada por san Basilio, según la cual se debe aprovechar de las letras clásicas todo aquello que sirva para ganar la vida eterna, y desdeñar cuanto no conduzca a este fin²³⁶.

Conviene recordar, con todo, que la relación de Bizancio con los clásicos siempre existió en mayor o menor medida, con sus diversos matices, ya que se trata de un amplísimo periodo histórico. En todo caso, y como señala Jenkins²³⁷, la cultura bizantina constituye una admirable *crisis* de elementos heredados de la Antigüedad griega y romana, muy en especial de la época helenística, y otros propios de carácter oriental, pero siempre bajo el envoltorio del cristianismo. En el momento histórico en que surge una personalidad como la de Focio, la mirada al pasado clásico supone una búsqueda intencionada de enlazar con aquello que la controversia iconoclasta había llevado casi a la extinción, y se

²³⁵ KUSTAS, G., *op. cit.*, p. 134.

²³⁶ Cf. JENKINS, R. J. H., “Hellenistic Origins”, p. 40.

²³⁷ *Ibidem*, p. 39.

constituye en símbolo del triunfo de la Ortodoxia, en una cuestión imperial y eclesiástica²³⁸.

Un ejemplo de esta fusión entre cultura cristiana y helenístico/romana son las representaciones de temas bíblicos sobre moldes clásicos, que empiezan a llenar pinturas, mosaicos y manuscritos, en forma de alegorías o escenas concretas de determinados pasajes bíblicos. Uno de los temas favoritos de la época macedonia será el ciclo del rey David, tema central del llamado Salterio de París, ya mencionado en este trabajo, donde aparece, por ejemplo, entre figuras alegóricas inspiradas en el retrato clásico de Orfeo. Más adelante se representa la recepción de David en Jerusalén²³⁹. A lo largo de nuestro trabajo veremos que la elección del gran rey judío y todas las historias relacionadas con él no resultan azarosas en el círculo de Constantino, y a pesar de que tampoco era algo nuevo en el mundo bizantino²⁴⁰, es ahora cuando se recupera con mayor fuerza como modelo de soberano cristiano. Su máxima expresión literaria la hallamos precisamente en la *Vita*²⁴¹.

Sin embargo, aunque en esta época encontramos representaciones artísticas con tendencia clasicista, se puede decir que el llamado Renacimiento Macedonio no fue, ni mucho menos, unitario, como tampoco monocolor, sino lleno de matices en las distintas áreas artísticas, y variado según la época o, más concretamente, el emperador de turno en el trono de Constantinopla. De este modo, Basilio sigue en general la línea que hemos trazado para Focio, quien a buen seguro influyó en gran medida con su bagaje intelectual en el reinado de

²³⁸ MAGDALINO, P., *op. cit.*, p. 115 y 145.

²³⁹ Representaciones señaladas por BROWNING, R., *op. cit.*, pp. 178-179 como ejemplos de copias de modelos clásicos, dentro de la tendencia "clasicista" de la época.

²⁴⁰ Cf. DAGRON, G., *op. cit.*, pp. 143-146, en especial, nota 89, al hablar de David como modelo también de rey arrepentido, señala la importante huella de sus Salmos en la cultura bizantina.

²⁴¹ MARKOPOULOS, A., "Anonymous Laudatory Poem", pp. 227-228, señala que diversas fuentes recogen el gusto de Basilio por esta equiparación, que para los macedonios se convierte en un auténtico programa político, en cuyo desarrollo Focio tendría un papel fundamental, analizado en dicho trabajo.

un primer macedonio nada versado en letras. En cambio, su hijo León no parecía muy cómodo con el papel que el jefe de la Iglesia le asignaba, lleno de pompa pero meramente ejecutivo, como señala Magdalino²⁴², por lo que siempre mantuvo un pulso con la institución patriarcal. En el ámbito artístico, se detecta en su época un intento por enlazar con los usos y tradiciones de corte clásico, pero más bien en un afán de entroncar con el ideal de Imperio más allá del periodo iconoclasta: volver a la gloria de Justiniano, y aún más lejos, a la del fundador, Constantino²⁴³.

En el caso del Porfirogeneta podríamos decir que, si bien muestra un claro interés por las formas y creaciones de la Antigüedad, modera los excesos cometidos por su padre en ese sentido²⁴⁴, y prefiere atenerse a una línea que combina interés por recopilar conocimientos que se saben dispersos o perdidos tras una época convulsa (y más aún, tras la que él considera degeneración moral y cultural con su antecesor Lecapeno, algo a lo que ya nos hemos referido²⁴⁵), y conexión con su glorioso pasado *romano*, heredero del Imperio fundado por Constantino, con toda la carga ideológica que ello implica.

El resultado es una vuelta a los clásicos tan peculiar como irregular, que aún lleva a los críticos a plantearse si se trata de un verdadero renacimiento o de una pervivencia de determinados aspectos, que ahora afloran de nuevo, en cuyo caso cabría estudiar en qué grado se mantuvieron o no. En literatura, por ejemplo, esa vuelta a los clásicos se limita casi a la imitación aticista, influida tal

²⁴² MAGDALINO, P., *op. cit.*, p. 146. Muy ilustrativo al respecto en general todo el análisis iconográfico y arquitectónico contenido en el artículo.

²⁴³ *Ibidem*, p. 114 y 147.

²⁴⁴ Cf. *ibidem*, p. 114, donde el autor se plantea las razones del Porfirogeneta para no dedicar a su padre ninguna biografía igualmente encomiástica que la de su abuelo, o algún escrito similar. ¿Quiso evitar susceptibilidades con una Iglesia aún dividida con la controversia de la tetragamia o quizá se hallaba él mismo lejos de las aspiraciones de su padre con respecto a su papel como emperador?

²⁴⁵ ŠEVČENKO, I., "Re-reading Constantine", p. 176. A su juicio, los términos relativos a la renovación que aparecen en los textos de su época (*palinzōia*, *palingenesia*, *kainismos*, *palimbiōsis*), no se refieren tanto a un renacimiento cultural consciente como al fin de una época mediocre y vulgar, la del reinado de Romano Lecapeno.

vez por el enorme peso de la retórica, que hacía siglos había convertido a Demóstenes en el modelo en función del cual juzgar el estilo de un autor, pero no se asumen los principios que movían a los distintos autores clásicos considerados dignos de imitación por su estilo²⁴⁶.

A todo esto habría que añadir una de las quejas del Porfirogeneta: la falta de fuentes, hecho que deberíamos tener en cuenta al juzgar los logros o no de este Renacimiento Macedonio, y qué papel habría desempeñado en su desarrollo. Del mismo modo que se tiende a magnificar las consecuciones de este movimiento cultural, se suele señalar que la labor de selección realizada por el equipo de Constantino, a lo que nos referiremos más adelante, tuvo como consecuencia la pérdida de numerosas obras clásicas, desechadas por su escasa utilidad para los fines perseguidos. Sin embargo, es cuestionable hasta qué punto pasaron por manos de Constantino o su grupo obras capitales, que fueran luego mutiladas a capricho en función de unos fines poco comprensibles para nuestro gusto actual. Recordemos que más de la mitad de la *Biblioteca* de Focio estaba compuesta por obras cristianas o de contenido teológico, y el resto lo constituyen obras históricas, casi todas de época helenística imperial, mientras que el drama o la poesía son casi inexistentes. Es probable que, como arguye Jenkins, estos últimos se considerasen de escaso interés, meros textos de escolares, o si acaso, de bibliófilos, y que en época macedonia los copistas prefiriesen dedicarse a los Padres de la Iglesia, no siendo hasta el s. XI cuando vuelvan su mirada a los grandes clásicos, pero ignoramos cuántos de esos manuscritos originales estarían realmente a disposición de Constantino o Focio en su momento, y si fueron conscientemente relegados.

Tal vez el estudio de la transmisión de textos tenga algo que decir al respecto. Dain recoge en un artículo ya citado sobre la cuestión una referencia

²⁴⁶ KUSTAS, G., *op. cit.*, p. 165, pone como ejemplo el modo en que Focio aborda a Herodoto: no muestra un interés real en su concepto de Historia, pues tiene su propio punto de vista al respecto, de corte cristiano.

de Aretas (860-935), alumno de Focio y arzobispo de Cesarea, a un *βιβλίον* que ha mandado copiar por su extrema utilidad, pero que se halla en un lamentable estado²⁴⁷. Se trataba de las *Meditaciones* de Marco Aurelio. Menciona Dain, asimismo, los comentarios de Constantino acerca de la escasez de recursos bibliográficos. Según este autor, la generalización de la minúscula actuó, como ya hemos visto, como impulsora del movimiento de copia, al tiempo que favoreció la curiosidad y la investigación, entendida sobre todo como búsqueda y selección de fuentes. Ahora bien, matiza Dain, el hallazgo de la minúscula y la difusión de su uso no se producen al mismo tiempo, pues tenemos testimonios de esta a principios del s. VIII, aunque su perfeccionamiento y utilización “masiva” no se da plenamente hasta finales de ese siglo.

Lo que sí parece evidente a tenor de cuanto se ha conservado, es que este nuevo sistema de escritura ágil, que permitía ahorrar espacio y material, se utilizó en un primer momento como forma fácil de intercambio de textos entre monasterios, mientras que la uncial se siguió utilizando para lo que nosotros consideraríamos libros de bibliófilo. Más aún, algunas menciones escritas nos llevan a pensar en un movimiento de búsqueda y recopilación de libros interesantes en centros monásticos e iglesias, por orden imperial, bajo el reinado de Teófilo (813-842), con lo que tendríamos un proceso de “centralización del trabajo intelectual hacia la capital²⁴⁸”, Constantinopla, a fin de contar con fondos “bibliográficos” que permitieran elaborar copias, ya en minúscula, de los más buscados. Esta labor de compilación de fuentes no tuvo por qué ser exclusiva de material teológico, aunque los textos más copiados con posterioridad sí fueran los de este tipo.

Para Dain, estos documentos escritos todavía en unciales fueron ordenados, en muchos casos, corregidos, y archivados en Palacio hasta que en cierto momento, sobre todo los de carácter profano, dejaron de verse como algo

²⁴⁷ *Op. cit.*, p. 34: “παλαιὸν μὲν (. . .) καὶ παντάπασι διερχομῆκος”.

²⁴⁸ *Ibidem*, p. 38.

útil, y fueron perdiéndose (regalados en embajadas, p. ej.). Señalemos en este punto que si en un principio esta labor de recogida y copia de textos estuvo ligada a los centros monásticos, como el de Estudio, o a la Escuela Patriarcal, a partir de la reapertura de la Escuela de Magnaura pasará a ser un trabajo casi exclusivo de esta. Las obras más copiadas, en este momento, son las de interés “científico” frente al puramente teológico, y observamos así un auge en las copias de textos de carácter histórico. En esta fase se integraría la labor del Porfirogeneta, que parece haber emprendido otra iniciativa de recopilación de material técnico (tratados militares, p. ej.).

Sin embargo, es después de la muerte de Constantino VII, en el último tercio del s. X, cuando se produce un notable aumento de copia de textos filosóficos, que hasta el momento se habían limitado casi a Platón y Aristóteles, y ahora se amplían a los neoplatónicos. En ello tuvo que ver con toda probabilidad la llegada a Constantinopla de manuscritos que se habían conservado en Oriente²⁴⁹. Diversos avatares históricos llevaron a multitud de obras a grandes centros orientales de la Antigüedad, bien como fondos de bibliotecas de ciudades muy romanizadas o, con el cierre de las escuelas filosóficas, como bagaje de pensadores paganos que abandonaban territorio cristiano; o incluso, adquisiciones de notables extranjeros interesados en la cultura griega. En un curioso movimiento de péndulo, afluyen numerosos manuscritos al corazón del mundo grecorromano de la época, gracias a la nueva situación del califato abasida, muy poco favorable ahora para las letras griegas en su seno.

Dain compara esta situación con la vivida siglos después con la caída definitiva de Constantinopla y la fuga de intelectuales y obras hacia territorio itálico. Pero la cuestión nos lleva a otra reflexión: si junto con esas obras no llegaron otras cuya pista se había perdido durante siglos. Dicho de otro modo, volvemos a la cuestión de qué volúmenes componían realmente la biblioteca a

²⁴⁹ DAIN, A., *op. cit.*, pp. 44-45.

disposición de Constantino, y si las obras que la integraban eran esas y no otras por selección del emperador, o por ausencia de otras. El propio Dain se plantea²⁵⁰ cómo es que de pronto, también a finales del s. X, se recupera la pasión por la poesía (Homero, Sófocles, Arquíloco...), aunque hasta cierto punto era lógico que no se le hubiese prestado atención en el siglo y medio anterior, en plena efervescencia teológica. El interés por la poesía se habría limitado al estricto ámbito universitario, y solo ahora, agotados otros temas, se vuelve a los grandes poetas. ¿Cambio de intereses y actitud o bien intervienen factores que se nos escapan, a falta de otros datos?

Como quiera que sea, la situación en la época del Porfirogeneta es esta que hemos trazado a grandes rasgos aquí. En el *Continuador de Teófanos* se menciona la biblioteca de Palacio, y se especifica que fue nuestro Constantino quien la emplazó allí²⁵¹, pero carecemos de otros datos acerca de su contenido. Tampoco nos ayuda el testimonio de Liutprando, pues está incompleto y no llegamos a conocer en detalle todo lo que rodeaba al emperador. Podemos, no obstante, extraer algunas conclusiones a través de los testimonios de las obras realizadas por su equipo, de las que hablaremos más adelante.

Como ha hecho notar Ševčenko, en esas compilaciones atribuidas al Porfirogeneta sólo se mencionan tres autores clásicos (Tucídides, Jenofonte y Heródoto), pero el porcentaje total de citas suyas en las obras roza lo ínfimo en algunos casos²⁵². Por el contrario, el grueso de los extractos procede de obras helenísticas de tema romano, otras propiamente romanas o bizantinas²⁵³. Esto,

²⁵⁰ *Ibidem*, p. 45.

²⁵¹ III, 145, 8-9: ὑποβεβηκὸς δὲ τοῦτου [otro edificio citado antes] μεσόπατόν ἐστιν, ὃ τὴν μὲν σκοπιὰν διὰ μαρμαρίνου κλουβίου πρὸς τὸν Χρυσοτρίκλινον ἔχον εἰς βιβλιοθήκην ἀφώρισται παρὰ Κωνσταντίνου τοῦ φιλοχρίστου πορφυρογεννήτου βασιλέως.

²⁵² Recordemos, no obstante, los posteriores estudios de ΜΑΡΚΟΠΟΥΛΟΣ, Α. (mencionados en el apartado II. 1 de esta primera parte) sobre los manuscritos de Jenofonte que habría manejado León el Sabio, y cuyo destino final en los días del Porfirogeneta ignoramos. Cf. apartado I. 1 de la segunda parte, sobre la posible influencia de este autor en la *Vita*.

²⁵³ Como señala ΜΑΡΚΟΠΟΥΛΟΣ, Α., "Roman Antiquarianism: Aspects of the Roman Past in the Middle Byzantine Period (9th-11th c.)", *XXI International Congress of Byzantine Studies*,

en opinión de Ševčenko²⁵⁴, es debido a la conciencia de seguir siendo romanos; el único Imperio romano, de hecho, y de ahí que su interés se centre en esos temas. Por otra parte, considera que en esas obras las miras eran claramente otras, de tipo diplomático o político, y no la recuperación consciente del pasado ideal de los griegos, como a veces hemos querido suponer en la actualidad.

¿Qué conclusiones, pues, podemos extraer de todo lo arriba expuesto? En primer lugar, que la idea de renacimiento que a menudo se ha expresado con respecto a esta época, si bien es cierta en su sentido de retorno a la creación intelectual del pasado, no es tan amplia como podemos presuponer, ni se refiere a una recuperación de los valores de la Antigüedad, sino más bien un intento de salvar el lapso oscurantista que supuso el periodo que dio lugar a la iconoclasia. En ese esfuerzo se imitan modelos más bien de la Antigüedad tardía, por no decir de principios del mundo bizantino, en especial de época de Justiniano o Constantino, verdadero punto de partida desde la perspectiva bizantina. Más que una admiración por el ilustre helenismo de la época dorada, el interés se centra en el Imperio *post Christum*, y en concreto, en el primer emperador en instaurar el modelo ideológico imperial del que hablaremos en otros apartados, que integra autoridad y designio divino dentro del proceso de cuenta atrás hacia el final de los tiempos.

Recordemos, además, que ya en la biblioteca de Focio había una clara preferencia por las fuentes históricas romanas, algo que, en conjunción con su probable papel de ideólogo para la nueva dinastía iniciada por Basilio, nos permitiría postular en parte como un interés por elaborar una justificación para los macedonios, entroncando con un pasado glorioso, el de la fundación del

London, August 2006, (artículo on-line, 17 págs.), p. 10, muchos de los párrafos seleccionados coinciden con los de Focio en su *Biblioteca*. Cf. también LEMERLE, P., *op. cit.*, pp. 260-262, donde se da un listado de los autores de los *Excerpta*.

²⁵⁴ "Re-reading Constantine", pp. 179-180.

Imperio, y con la persona del primer emperador bizantino, Constantino el grande²⁵⁵.

Bien participase Focio en esta búsqueda de lazos de unión con ese ilustre comienzo o no, el hecho es que los macedonios intentaron desde su primer emperador establecer esa conexión a través incluso de supuestas genealogías directas, e intentar mostrar la continuidad de ese ilustre pasado, renacido con Basilio. Y si, como señala Markopoulos²⁵⁶, León el Sabio había inventado un primer ascendiente de sangre real, Ársaces, el Porfirogeneta asume de pleno la idea “constantiniana” y no duda en aseverar, sin renunciar a la rama real armenia, su descendencia directa del visionario del puente Milvio. Que la propaganda en este sentido había cundido lo demuestra el hecho de que nuestro ya citado Liutprando lo recoja en su *Antapódosis*²⁵⁷, como un rumor extendido.

El llamado “Renacimiento Macedonio”, pues, debe considerarse no tanto una vuelta a lo que nosotros consideramos mundo clásico, como a aquello que para un bizantino era un retorno a sus orígenes, y un esfuerzo por imitar sus modelos²⁵⁸.

²⁵⁵ MARKOPOULOS, A., “Roman Antiquarianism”, pp. 6-10, plantea que Focio tenía un interés personal en Roma y su pasado, incluso en el periodo de la República. De manera independiente, es probable que participase en el proceso de elaboración de una nueva imagen para el recién llegado macedonio, en la que Constantino el Grande es una referencia básica que aumentará en gran medida con el Porfirogeneta. Cf. su estudio, anterior a este, “Constantine the Great in Macedonian Historiography”, en MAGDALINO, P. (ed.), *New Constantines. The Rhythm of Imperial Renewal in Byzantium, 4th-13th Centuries*, Aldershot 1994, pp. 159-170. Sobre esta insistente identificación trataremos en otros apartados de este trabajo.

²⁵⁶ “Roman Antiquarianism”, p. 9.

²⁵⁷ I, 7: “Unde et hunc Constantinum, Leonis imperatoris filium, ex eius sanguine nonnulli dicunt originem ducere”.

²⁵⁸ Para ŠEVČENKO, I., “Re-reading Constantine”, p. 184, debe considerarse como una situación de notable mejora en la calidad de las obras a través del uso de motivos arcaizantes, sin tener mucho en cuenta su origen o antigüedad, pero lejos del papel clasicista que muchos le conceden. Este autor compara los logros artísticos de la época de Constantino con aquellos coetáneos de la cultura india o china (pp. 194-95) y deduce que los bizantinos son muy inferiores, aunque en nuestra opinión un paralelismo de este tipo

En el caso de Constantino VII, en concreto, quizá se haya exagerado su papel, tanto en la recuperación del pasado helénico, como en su implicación personal en todos y cada uno de los proyectos que aparecen asociados a su nombre. Si nos limitamos a los hechos constatables, ya hemos señalado aquí cómo el renacimiento cultural de su época indaga de manera especial en la Antigüedad tardía más que en lo que a nuestro juicio sigue siendo un modelo absoluto de clasicismo. Tal vez Ševčenko tenga razón cuando afirma que la filología del último siglo y medio se ha dejado llevar en exceso por ese aparente retorno al pasado²⁵⁹, interpretándolo como deseábamos que fuese, en nuestra euforia al comprobar la continuidad cultural griega en Bizancio.

La cautela, no obstante, se impone al analizar los verdaderos logros de aquel despertar intelectual bajo el reinado del Porfirogeneta. Primero, al aproximarse a la figura del emperador, cuya erudición y sus límites se discuten hoy. En todo caso, es indudable que bajo su mandato se acometieron y llevaron a cabo proyectos importantísimos dentro de su época y situación, independientemente de la implicación real que él tuviera en ellos, y que debió de variar mucho según los casos. Y si la fuente que nos narra cómo le gustaba rodearse de sabios o estudiantes, y su papel en el “enriquecimiento cultural” del Imperio es sospechosa de parcialidad²⁶⁰, no resulta inverosímil, a tenor de

no tiene mucho sentido, dadas las circunstancias tan diferentes en todos los ámbitos que rodean a las tres civilizaciones.

²⁵⁹ *Ibidem*, pp. 172-173, en especial, la ya mencionada nota 12.

²⁶⁰ *Theophanes Continuatus*, 446 y ss., donde se narra cómo el emperador, consciente de que en el Imperio había grandes saberes y virtudes, pero que habían sido descuidados y pasados por alto (ἀμεληθέντων καὶ παροραθέντων), cuando son aspectos necesarios para quienes intervienen en el gobierno del Estado, designa a los mejores formadores (παιδευτὰς δὲ ἀρίστους προκέκρικεν), y añade que gustaba de rodearse de alumnos y prestarles su ayuda (καὶ πολλὴν ἐπιμέλειαν καὶ σπουδὴν εἰς τοὺς φοιτητὰς ὁ αὐτοκράτωρ ἐποιεῖτο, ὁμοδιαίτους καὶ ὁμοτραπέζους τούτους καθ’ ἑκάστην ποιῶν καὶ ἀργύρια παρέχων καὶ ὁμιλίας μετ’ αὐτῶν προσηγεῖς ποιούμενος). El resultado será el aumento del nivel cultural en todo su reino: καὶ οὐ πολὺς χρόνος διελθὼν, τὰς μεγάλας ἐπιστήμας καὶ τέχνας τῇ θωπείᾳ καὶ συνέσει τοῦ αὐτοκράτορος κατωρθώσαντο, καὶ κριτὰς καὶ ἀντιγραφεῖς καὶ μητροπολίτας ἐξ αὐτῶν ἐκλεξάμενος τετίμηκεν, καὶ τὴν πολιτείαν Ῥωμαίων τῇ σοφίᾳ κατεκόσμησεν καὶ κατεπλούτισεν.

cuanto declara en su correspondencia, que hubiese quedado en él el gusanillo del aprendizaje y la admiración por los grandes eruditos, por lo que, aunque acaso exagerado, el testimonio podría contener algo de verdad.

Por otro lado, podemos concluir que los intereses del siglo IX suelen ir encaminados más hacia cuestiones teológicas que a otras puramente literarias, y este hecho, junto a la probable escasez de materiales de todas las áreas de conocimiento, motivó un aumento en la copia y reproducción de obras religiosas, que ya en época del Porfirogeneta se va desplazando hacia la Historia y otros temas de utilidad práctica o técnica, y sólo tras su muerte apunta a la poesía. Es probable, pues, que Constantino, interesado en reescribir el pasado de su dinastía, centrase sus esfuerzos en el terreno de Clío y otros afines, a lo que pudo contribuir tal vez la falta de medios e incluso de tiempo, al priorizar unos temas que concebía como imprescindibles para la institución imperial. Si en la elección de temas, o en el contenido de la biblioteca, influyó la que parece profunda religiosidad del Porfirogeneta²⁶¹, o la falta de recursos bibliográficos, es algo que no podemos asegurar a ciencia cierta, como tampoco el eximio nivel cultural que por lo general se ha atribuido a Constantino.

A esta cuestión, a la que ya nos hemos referido antes, sólo añadiremos que salvo las alusiones laudatorias incluidas en las obras atribuidas a él o a su equipo, las fuentes contemporáneas o inmediatamente posteriores a Constantino apenas se refieren a lo que nosotros hemos considerado enorme papel en el mundo de la cultura, y menos a su acercamiento a los clásicos²⁶². El

²⁶¹ Por ejemplo, su preferencia por las citas bíblicas, en especial de los Salmos, frente a escasas alusiones a las de obras clásicas, que además, suelen ser de ejemplos propios de *progymnasmata*. Pudo influir el ambiente religioso que se respiraba en época de Focio, tan del gusto de su padre León, o el hecho de que fuese esa casi su única formación; o, en definitiva, nuestro afán por ver en el Renacimiento macedonio un aspecto más clasicista que el que en realidad tenía, en un mundo aún muy dominado por el interés teológico tras la dura lucha iconoclasta, donde se seguía prefiriendo la sencillez evangélica y el estilo de los Padres al de los grandes oradores o representantes de la Historiografía clásica.

²⁶² ŠEVČENKO, I., "Re-reading Constantine", pp. 169-170.

propio Lemerle²⁶³ se ha mostrado extrañado ante las escasas menciones a este carácter cultivado del Porfirogeneta en el libro VI del *Continuador*, al hablar de su persona, y ya conocemos el estado de la cuestión acerca de la formación real del emperador.

Sin embargo, y a pesar de cuál fuese el verdadero grado de erudición de Constantino, el investigador francés considera más que probable que el Porfirogeneta tuviese alguna implicación en la educación en sus niveles elementales y superiores, creando unos cargos responsables de los nombramientos, o bien coordinando cuál debía ser la función de los ya existentes²⁶⁴. A tenor de algunos testimonios conservados, debía de existir algún tipo de regulación estatal, o sea, en última instancia, imperial, acerca de las designaciones de profesores y sus destinos, aunque no sobre las materias ni el contenido de sus enseñanzas. El Estado ha comprendido la necesidad de formar a quienes han de ocupar puestos vitales para su correcto funcionamiento, y este proceso eclosiona bajo el reinado de Constantino, mostrando su interés en las instituciones educativas o impulsando tareas de investigación que de algún modo rentabilizaban la inversión del Estado. Con esto se estaba continuando el espíritu originario de la institución universitaria fundada tantos siglos atrás.

Lo que sí es constatable es que bajo el reinado del Porfirogeneta se lleva a cabo una serie de compilaciones de obras de distinto tipo, en especial de carácter histórico, junto a otras de interés diplomático o táctico, por citar unos ejemplos. Muchas aparecen atribuidas a él mismo en los prólogos, pero su grado de participación en ellas, según hemos comentado ya, sigue siendo discutido a día de hoy. En todo caso, es lógico pensar que de alguna manera tuvo que estar implicado en ellas, aunque sólo fuera como impulsor de la idea y de la recopilación de fuentes, director del proyecto o revisor de los

²⁶³ *Op. cit.*, p. 243.

²⁶⁴ *Ibidem*, p. 231 y ss.

resultados. Y aunque se pueda cuestionar su nivel o capacidad en ese sentido, sería injusto negarle el valor de su iniciativa y patronazgo.

El sistema de trabajo en general parece haber sido el siguiente: una fase de búsqueda de fuentes, probablemente dirigida por el emperador, seguida de una selección del material, que es entregado luego a un escriba, cuyo papel en ese proceso se nos escapa: elaboración de un texto basado en los datos a su disposición, copia corregida de una versión previa, u otras posibilidades²⁶⁵.

Es evidente, por otra parte, que dicho sistema no se habría aplicado a todas las obras en la misma medida, como ya hemos señalado al hablar de su discutida autoría de la *Vita*. En algunas, la reelaboración de las fuentes es casi inexistente, y aparecen enumeradas una tras otra sin más comentarios ni adaptación que el prólogo que las acompaña. En unas no parece que el emperador haya puesto más que la firma, por así decir, mientras que en otras se percibe un claro interés en la ordenación, redacción y presentación del conjunto final, pero sería difícil afirmar si ello se debe a falta de tiempo por parte del Porfirogeneta para supervisarlas todas, a un mayor énfasis en las que consideraba imprescindible, o a que quedaron inacabadas antes de su muerte, entre otras razones.

En aquellas obras de tipo compilador la selección de los textos se suele hacer atendiendo a su contenido, es decir, a si se adaptaba o no al objeto de la obra, más que a la calidad de su forma, y ese parece ser el método seguido básicamente por su equipo. Por su parte, la estructura final de las obras suele ser similar: un prólogo que recoge las intenciones del trabajo y una serie de textos escogidos (o sea, que a juicio del emperador son selectos) sin demasiado trabajo de conexión (por no decir ninguno) entre ellos ni crítica.

²⁶⁵ ΑΝΑΓΝΩΣΤΑΚΗΣ, Η., *op. cit.*, p. 100, plantea como posible el hecho de que Constantino dictara o narrara sus obras, sin que podamos saber cómo y en qué medida las adaptaría al papel el escriba, en la línea general del artículo, que subraya la supuesta preferencia del Porfirogeneta por la tradición oral. ŠEVČENKO, I., "Re-reading Constantine", p. 184, se muestra escéptico ante la idea de que todo el material hubiese pasado por su mano, y llega a expresar con sarcasmo que algunas obras ni siquiera las habría leído.

Esto es lo que solemos llamar enciclopedismo bizantino, denominación utilizada desde Krumbacher, que calificó los que conocemos como *Excerpta* como “la gran enciclopedia de la Historia y la Política²⁶⁶”, y utilizó parecidos o iguales términos para otras obras del círculo de Constantino, como la conocida como *Ἱατρικά*. A partir de entonces el término se generalizó²⁶⁷, de manera que el trabajo ligado al Porfirogeneta se ha entendido por lo general desde ese prisma, y muy especialmente tras la ya mencionada monografía de Lemerle sobre el humanismo bizantino y el capítulo dedicado al enciclopedismo.

Sin embargo, con posterioridad alguna voz ha reclamado matizar esta denominación, como es el caso del profesor Odorico²⁶⁸. A su juicio, es peligroso generalizar e incluir en el mismo saco producciones muy diversas como las que nos encontramos en el caso del Porfirogeneta, sin analizarlas de manera individualizada. Considera, asimismo impropio identificar enciclopedismo de manera exclusiva con la labor del círculo de Constantino, aunque se acepte que es fruto de un interés ya observado en el siglo anterior. Por otra parte, ver en esos trabajos un afán museístico, de simple recogida de datos para ser conservados, sin elaboración del texto ni comprensión alguna supone además una actitud reduccionista, que perpetúa la imagen de Bizancio como mera transmisora de la Antigüedad²⁶⁹.

En su opinión, tanto Dain como Lemerle parten de dos prejuicios: considerar “enciclopedias” aquellas obras a las que se les supone una

²⁶⁶ KRUMBACHER, K., *Geschichte der byzantinischen Litteratur von Justinian bis zum Ende des Oströmischen Reiches 527-1453*, que hemos manejado en su traducción al griego, *Ἱστορία τῆς Βυζαντινῆς λογοτεχνίας*, Atenas 1955, aquí tomo I, p. 265.

²⁶⁷ Cf. por ejemplo, los artículos clásicos de DAIN, A., “L’encyclopédisme de Constantin Porphyrogénète”, *Lettres d’humanité* 12 (1953), pp. 64-81; o LEMERLE, P., “L’encyclopédisme à Byzance à l’apogée de l’empire, et particulièrement sous Constantin VII Porphyrogénète”, *Cahiers d’histoire mondiale* 9 (1966), pp. 596-616.

²⁶⁸ ODORICO, P., “La cultura della συλλογή. 1) Il cosiddetto enciclopedismo bizantino. 2) Le tavole del sapere di Giovanni Damasceno”, *BZ* 83 (1990), pp. 1-21.

²⁶⁹ Sobre esta visión tradicional del enciclopedismo bizantino cf. por ejemplo TREADGOLD, W. T., “Revival”, p. 1250, que lo considera otro caso de erudición bizantina, más centrada en acumulación de datos que en investigación propiamente dicha; en recopilar y reunir el material existente para extraerlo antes que en avanzar en su estudio.

paternidad ilustre, mientras que las dudosas son meros ejercicios de recopilación, de *excerptores*, y por ende revisten poco interés; de otro lado, considerar que esa actividad del s. X, considerada erudita, supuso un freno a la copia de obras enteras y, en última instancia, su desaparición²⁷⁰. En cambio, si se amplían las miras lejos de la limitación autoimpuesta al considerar a Constantino y sus *Excerpta* como modelo enciclopedístico, nuestras impresiones al respecto del llamado enciclopedismo bizantino cambiarían, además de abarcar otras obras, anteriores y posteriores, que en principio quedarían excluidas según los antedichos parámetros (gnomologios, menologios, etc.).

Esto implicaría, por otra parte, no sólo reconocer una tendencia al enciclopedismo en la cultura griega desde épocas muy anteriores (desde Focio a Juan Damasceno, por ejemplo), sino ponerlo en relación con una tendencia similar existente en lengua árabe (algo apuntado por el propio Lemerle), o incluso en Occidente. En el fondo, lo que a nuestros ojos aparece como colecciones de textos tienen un importante trasfondo, lo que Odorico considera “cultura de la συλλογή”, que aspira a recoger lo fundamental del conocimiento humano, en general o por áreas, e implica de un lado la selección de textos imprescindibles, y en una segunda fase la “elaboración” de ese material.

En el primer paso debe haber una perspectiva crítica basada en el trasfondo cultural del *excerptor*; el segundo sería más complicado dado que la forma final puede adquirir diversas modalidades, en función de lo elaborado del material: desde meras listas hasta una nueva obra que incluya dentro los textos, normalmente respetados en cuanto a su contenido, aunque en ocasiones deban modificarse de alguna manera. Subraya Odorico la relación que

²⁷⁰ ODORICO, P., “Cultura della συλλογή”, p. 5, si bien LEMERLE, P., *Βυζαντινός Ουμανισμός*, pp. 262-263, dice que eso no pasa de ser una mera suposición sin fundamento.

establece Psellos, al hablar de la obra de Simeón Metafrastes²⁷¹, entre συλλογίζομαι (“reunir con el pensamiento”, “deducir”) y συλλογή, “recopilación”, que tendría relación con las teorías aristotélicas, y supondría relacionar la actividad del compilador con la del filósofo.

Es decir, que en Bizancio habría existido una clara actitud de συλλογή, si bien con diversos fines, y de ahí la enorme variedad de obras recopilatorias / enciclopedísticas, o como queramos denominarlas. Ahora bien, habría que hacer un estudio de cada una de las obras que responden a estas características, para analizar en cada caso qué motivaciones llevaron a realizarlas y con qué finalidad; a qué grado de elaboración llegaron; si lo que se nos ha transmitido era aún la fase recopilatoria o un paso más adelante; por último, si había un mero interés por recoger la flor del conocimiento para las generaciones futuras o bien una intención última de avanzar en la materia recogida, es decir, un propósito investigador a partir de lo reunido, característica esta propia del enciclopedismo ilustrado.

La Ilustración deja atrás el concepto de biblioteca extractada a modo de resúmenes del saber para crear una obra que entraña un punto de partida hacia nuevos horizontes, de manera acorde con las corrientes de pensamiento de la época. Desde esta perspectiva, es cierto que no puede compararse con el enciclopedismo bizantino (entendido en su dimensión más general, no circunscrito al entorno del Porfirogeneta) donde la mayoría de las obras carecen del elemento de la innovación, pero aun así, Odorico considera que sería preciso un estudio sobre los objetivos perseguidos en cada obra, así como del trasfondo cultural de quienes la llevaron a cabo; un estudio, por último, que delimitara si entre toda esa producción se contenía el germen de una nueva visión sobre la transmisión del saber²⁷².

²⁷¹ Al que se le atribuye un menologio o colección hagiográfica, y se relaciona con el círculo de Constantino. Para la cita de Psellos, ODORICO, P., “Cultura della συλλογή”, p. 10.

²⁷² ODORICO, P., *ibidem*, p. 12.

La teoría de Odorico llama la atención sobre un aspecto del mundo bizantino que no se puede dar por cerrado, como es el debate acerca del Renacimiento Macedonio y, en concreto, sobre el llamado enciclopedismo, y anima a buscar puntos de encuentro con respecto al ilustrado, teniendo muy en cuenta el diferente contexto histórico, cultural y sobre todo, científico de cada época. No afirma que sean equiparables, sino que invita a la reflexión sobre el origen de ambos movimientos, que podrían estar más cerca de lo que se suele aceptar.

Mientras se aborda un estudio de estas características, seguiremos hablando de enciclopedismo en Bizancio, ya que en cierto modo entra en los márgenes de esta denominación por su labor de recopilación, selección de textos sobre un saber, y sobre todo, intento de abarcar todo lo existente al respecto, manteniendo lo que verdaderamente es importante, según el criterio bizantino de lo que se consideraba como tal. La filología bizantina en estos momentos se limitará a esta labor, y no será hasta el siglo siguiente, con un nuevo periodo de florecimiento, cuando se aborden los textos de una manera más cercana a lo que entendemos nosotros por filología. Con todo, hay que decir que ya con el proceso de paso a la minúscula se habrían dado los primeros pasos en Bizancio hacia un acercamiento “filológico” a los textos, toda vez que la difícil lectura de las unciales llevaba a menudo a comentarios, correcciones, o diversas propuestas de lectura²⁷³.

Una vez más, un concepto bizantino choca de manera frontal con nuestro modo de entender el conocimiento y la cultura, en el que este tipo de enciclopedismo contiene escaso valor, si bien sigue suponiendo un reto interpretar todas sus claves. Pero veamos algo más en detalle los trabajos atribuidos al grupo del Porfirogeneta.

²⁷³ DAIN, A., “Transmission des textes”, p. 36. Interesante el ejemplo aportado del *Laurentianus* XXXII-9, de finales del s. X, y las dos versiones de dos diferentes copistas, el último de los cuales corrige los defectos que halla en el anterior.

II. 2. 1. El círculo investigador de Constantino. Los *Excerpta*.

Ante todo, debemos aclarar que esta denominación no se limita al sentido estricto que en la actualidad tiene el término “investigador”, sino que debe entenderse en el sentido que acabamos de subrayar más arriba, dentro de los parámetros de la época y de la cultura bizantina en que se hallaba.

Parece obvio que para llevar a cabo esta ingente tarea cronográfica y de selección de textos para colecciones varias, Constantino reunió un grupo de colaboradores. Sería absurdo, por otra parte, pensar que él solo pudo llevar a cabo semejante labor, aunque contase con el nivel cultural necesario, junto a tantas obras como se le atribuyen²⁷⁴ y además atender su deber de regir el Imperio. Pero poco sabemos de los componentes de ese grupo que sin duda tuvo a su cargo diversas labores, como la documentación, selección de textos o incluso la redacción. Se trata de un apartado aún en investigación, en el que no entraremos para no alargar en exceso esta exposición, aunque se han barajado algunos nombres, como Teodoro Dafnopates, pero aún continúa siendo una cuestión abierta²⁷⁵.

Hemos comentado también que seguían un mismo método de trabajo, consistente básicamente en insertar fragmentos casi sin elaborar y sin cambios con respecto al original, precedidos por lo general de una introducción. No ensamblan los fragmentos con una sintaxis trabajada que les proporcione un marco más o menos elevado o de presentación, sino que estos aparecen unidos

²⁷⁴ De hecho, si se acepta que él fue el autor de todas, habría que reconocer hasta cinco estilos distintos en su obra, algo que resulta bastante improbable. Cf. ŠEVČENKO, I., “Re-reading Constantine”, p. 184. Sin embargo, autores como TARTAGLIA, L., “Livelli stilistici in Constantino Porfirogenito”, *JÖB* 32/3 (1982), pp. 197-206, en concreto 197-8 y 206, consideran que la diferencia se debe a la elección consciente y premeditada del nivel en función del género literario y el público lector.

²⁷⁵ En el caso de este autor, durante años se le atribuyó la autoría del libro VI del *Continuador*, como p. ej. HUNGER, H., *op. cit.* (II), p. 213, que ya menciona las reticencias de MARKOPOULOS, A., en su antes citado estudio sobre Dafnopates, donde se descarta tal posibilidad. Cf. también SIGNES CODOÑER, J., “Algunas consideraciones”, p. 18, nota 8, y ANAGNΩΣΤΑΚΗΣ, H., *op. cit.*, p. 103, nota 8.

sin más entre sí o remiten a otros apartados de la obra, evitando en lo posible los pasajes que contenían digresiones largas²⁷⁶.

El hecho de silenciar el nombre de los participantes atribuyendo la obra al emperador en diversos modos²⁷⁷ ha complicado la tarea de delimitar no ya sólo la identidad de los posibles autores, sino su grado real de participación, y la intervención de Constantino en todo ello. Es, sin ir más lejos, el caso de los *Scriptores post Theophanem* y el problema de quién compuso qué parte de cada uno de los libros que componen la *Cronografía*, problema hoy extensivo al libro V, el de la *Vita Basilii*, toda vez que en los últimos años se ha resquebrajado la seguridad que existía al respecto.

Como ya hemos señalado, el afán investigador de nuestro emperador (o al menos, de su círculo) se centró en gran parte en la literatura de carácter histórico, algo que sin duda reuniría para él lo útil con lo agradable: la Historia permite saciar la sed de conocimientos, pero es un valiosísimo instrumento para moldear la realidad de nuestro pasado, y esto es algo que no dudó Constantino en aprovechar, por razones de supervivencia propia y del futuro de su familia, podríamos decir, sin olvidar el pleno convencimiento que tendría, como miembro de una dinastía en el trono de Bizancio, de lo legítimo de su obra en función de la ideología imperial dominante²⁷⁸.

Para acercarse al objetivo que se había propuesto, la tarea encomendada por Constantino (si aceptamos que, al menos, la idea sería suya) fue doble: de un lado, realizar una “enciclopedia”, en los términos antes citados, o selección de los mejores pasajes de la historiografía (*id est*, helenística / imperial y

²⁷⁶ HUNGER, H., *op. cit.* (II), p. 173.

²⁷⁷ Los distintos prólogos varían: en el proemio al *Continuador* se nos dice que el emperador ha ordenado elaborar la obra, pero también ha reunido las fuentes y proporcionado el orden por seguir; en el prólogo que da comienzo a los cuatro primeros libros, atribuido por ahora a un autor anónimo, parece sugerir que el escriba sólo sigue las órdenes del emperador; en la *Vita*, Constantino habría recopilado de nuevo el material y lo habría entregado al escriba, si bien eso no nos aclara el estado de la obra en el momento de la orden: esquema sobre el cual elaborar un texto, borrador para copiar o ser corregido, etc.

²⁷⁸ Cf. apartados III. 1 y en especial III. 4 de la segunda parte.

bizantina, con escasas excepciones); de otro, narrar la historia más reciente del Imperio, su historia²⁷⁹, continuando la narración de Teófanos (y siguiendo así con la tradición historiográfica). La “enciclopedia” serviría, con toda probabilidad, como fuente y trabajo previo para la elaboración del conocido como *Continuador*.

De este modo tenemos fragmentos de lo que debió de ser una enorme obra, que conocemos como *Excerpta*²⁸⁰ (*Εκλογαί*), título concedido por la tradición, ya que no conocemos otro original que englobe el proyecto completo. Esta denominación nos indica el carácter de su contenido: una colección de textos escogidos para ilustrar temas concretos. Según podemos leer²⁸¹ en el prólogo de los *Excerpta de virtutibus et vitiis*, una de sus divisiones, la intención de Constantino, supuesta voz del prólogo, era hacer una selección del material historiográfico a su disposición y ordenarlo según su contenido, en cincuenta y tres grupos (*ὑποθέσεις*) que cubrirían todas las enseñanzas que se contienen en la Historia. Realizar un trabajo así queda justificado, según el emperador, porque con el transcurrir de los siglos se ha ido acumulando una ingente cantidad de sucesos históricos, que han dado origen a un océano de escritos, donde sólo algunas obras son valiosas en realidad, pero cuya inmensidad asusta.

Señala el prólogo que aquellos soberanos (y algunos particulares) del pasado, que en vez de abandonarse a la vida muelle cultivaron la rectitud de espíritu y las virtudes anejas, y se entregaron al saber, todos procuraron dejar una obra que mostrase sus amplios conocimientos y le procurara la gloria futura. Dado que aprender del pasado es de gran utilidad para el hombre, y que el desconocimiento de la Historia le perjudica porque lo deja desprotegido, se impone facilitar el acceso a lo realmente beneficioso de toda esa producción.

²⁷⁹ Cf. *supra* apartado I. 2 de esta primera parte.

²⁸⁰ LEMERLE, P., *Βυζαντινός Ουμανισμός*, p. 254 y ss. realiza un interesante análisis de los *Excerpta* que nos han llegado.

²⁸¹ Cf. *ibidem*, pp. 255-257.

A fin de realizar la selección ha ordenado hacer una exhaustiva búsqueda de materiales por todos los rincones del Imperio; tras el proceso de selección cualquier estudioso tendrá a su disposición lo mejor de su contenido, debidamente ordenado en grupos temáticos.

Parece que este mismo prólogo precedía a cada grupo, avisando del título de esa *ὑπόθεσις* en concreto, a la vez que adjuntaba los nombres de los autores de los textos seleccionados. Constantino tal vez no escribió una palabra de este texto introductorio, pero su contenido nos lleva a pensar que de alguna manera tuvo que estar detrás de la idea de la obra. Desgraciadamente, la mayor parte de ella se ha perdido, de modo que ni siquiera conocemos el título de todos los grupos, ni cómo se llevó a cabo el proyecto, aunque es posible que el propio emperador eligiese en persona las obras sobre las que haría la selección un *excerptor*²⁸², pero tampoco conocemos cuáles eran en total estas obras.

Recordemos, con todo, en este punto la destacable ausencia, ya señalada, de casi todos los grandes historiadores del mundo antiguo, frente a la amplísima proporción de autores del clasicismo tardío, o bien de lo que nosotros consideramos ya bizantinos, y los interrogantes que este hecho plantea.

Quizá tenga razón Lemerle²⁸³ cuando afirma que es probable que se perdiera la obra porque en el fondo no resultaba cómoda como “enciclopedia” histórica, por el tipo de ordenación y por contener sólo fragmentos sacados de sus verdaderos contextos, y que tal vez ese tampoco fuera el interés de Constantino, sino el realizar una especie de enciclopedia ética, en el sentido de poner a disposición del hombre las enseñanzas del pasado para seguir la senda del bien. Por otra parte, resulta significativo que se subraye en el prólogo la idea del contraste entre los soberanos fieles a su cometido como tales, que

²⁸² *Βυζαντινός Ουμανισμός*, p. 260. Señala además que no era un trabajo de resumen, como a menudo se dice, sino de selección. El encargado de hacerlo no era, pues, un *ἐπιτομέας* sino un *excerptor*.

²⁸³ *Ibidem*, p. 263.

buscan aumentar sus conocimientos y virtudes, frente a aquellos abandonados a las debilidades humanas. El énfasis, además, en el hecho de que los primeros siempre han procurado dejar algún escrito útil a la posteridad, garantía de su gloria futura, nos hace pensar una vez más en el Constantino consciente de su papel frente al usurpador, y su afán por ser recordado como uno de los soberanos dignos de mención.

A pesar de todo, hay que decir que lo conservado es de gran valor para los estudiosos del medievo griego. Por ejemplo, tenemos íntegro el capítulo *Ἐκλογαὶ περὶ πρεσβειῶν* (*Excerpta de legationibus*), con interesantes datos sobre la diplomacia bizantina. Otro grupo del que tenemos casi la mitad es el llamado *Περὶ ἀρετῆς καὶ κακίας* (*De virtutibus et vitiis*), importante, entre otros, como señala Hunger²⁸⁴, por recoger grandes fragmentos de Dión Casio, que por entonces estaría intacto. En general, vemos en todos los títulos el profundo interés de Constantino por todo lo relacionado con la institución imperial, su funcionamiento, los elementos claves para perpetuarla y, más lejos, cuantos temas podían aportar algo para la caracterización del perfecto gobernante que se plasmó en el relato de la vida de Basilio I.

Comenta Runciman²⁸⁵ que la Historia durante el siglo X tuvo el aliento y apoyo que da la protección de la corte, y realmente gracias a ello pueden hoy historiadores y bizantinistas conocer, aunque sea de manera fragmentaria, a muchos autores cuyas obras se han perdido, como es el caso de Eunapio o Prisco, de quienes sólo tenemos lo recogido por el círculo de Constantino, y comparar textos conservados de otros. Un capítulo interesante de investigación sería el análisis detallado de estos fragmentos o *excerpta* para ver qué motivos llevaron a elegir uno u otro autor y qué temas o citas se consideraron útiles y por qué. En un rápido repaso vemos un par de ejemplos interesantes.

²⁸⁴ HUNGER, H., *op. cit.* (II), p. 173. Sobre su labor enciclopedística en general, pp. 172-174.

²⁸⁵ RUNCIMAN, S., *op. cit.*, p. 274.

Uno es el de Pedro de Salónica, autor del siglo VI, de cuyas *Ἱστορίαι* se recogen fragmentos en las colecciones de Constantino²⁸⁶, que con toda seguridad ha utilizado para su *Περὶ βασιλείου τάξεως*, obra que comentaremos más abajo. En el fragmento conservado, es interesante ver cómo este autor presentaba una especie de tratado sobre el Imperio bizantino, con notables influencias helenísticas pero también del neoplatonismo y el nuevo pensamiento cristiano. Resulta obvio que una obra así necesariamente sería de interés para el emperador, con su exposición de los procedimientos para elegir al gobernante, o los deberes de cada miembro de las clases dirigentes, las características del buen emperador (con símiles como el sol, el timonel, el médico o el pastor), etc.

Pero consideramos que quizá debió de seleccionarlo porque su forma de presentar la clásica ideología imperial, los términos empleados y su razonamiento filosófico, que legitimaba aún más su trabajo, le proporcionaba una fuente ideal para el retrato de su abuelo Basilio I, pues mucho de esto está, podría decirse que tal cual, en la *Vita*; y de modo más amplio, para reflejar la ideología que representa el Imperio.

Otro caso es el de Juan de Antioquia, del que no disponemos mayores datos para encuadrarlo en algún momento de la Historia aparte de los fragmentos conservados, y se discute si podría ser de mediados del siglo VII, si bien parece seguro que sería autor de una cronografía que narraría desde Adán hasta la llegada de Heraclio al trono. Resulta interesante que el fragmento conservado en las colecciones de Constantino (en concreto, en *De insidiis*) comience precisamente por el rey David y haga un repaso por soberanos de la mitología griega, y de la historia de la Antigüedad grecolatina, hasta llegar a los emperadores bizantinos. Nos muestra además muchos intentos frustrados de usurpación del trono, que a menudo terminaban con la muerte violenta de uno de los competidores.

²⁸⁶ Sobre este autor y su obra vide HUNGER, H., *op. cit.* (II), p. 90 y ss.

Esto nos hace pensar sobre el material que iba recopilando el emperador para ilustrar y dar forma al relato de la *Vita*, para crear el modelo ideal de soberano y plantearnos si no buscaba también el modo de retratar quizá al “antisoberano” representado en la persona de Miguel, a quien se hacía necesario presentar al lector como alguien que había que eliminar. Enlazando con todo esto, señalaremos un último caso de autor cuya obra aparece, también de modo fragmentario, únicamente en esta selección del Porfirogeneta: se trata del perdido encomio a Augusto redactado por Nicolás Damasceno, al que hemos hecho referencia en el apartado dedicado a las fuentes del Continuador²⁸⁷.

Precisamente dentro del programa de actividades relacionadas con la Historia es donde se integraría el proyecto de continuación de la obra de Teófanos y narración de los siglos más recientes y cercanos a su actualidad. En términos modernos, diríamos que sería la versión políticamente correcta del pasado de la dinastía y clase gobernante.

Además de la Historia, muchas otras colecciones de carácter más científico / técnico, por así decir, se han atribuido al círculo de Constantino y parecen pertenecer al movimiento al que dio vida, aunque la única que presenta probabilidades de responder a una iniciativa suya sería la denominada *Γεωπονικά*, sobre temas relacionados con la agricultura. El proemio es una loa al emperador que ha inspirado la idea para su elaboración, y que apunta al Porfirogeneta. La estructura de la obra, el modo en que está realizada, nos lleva a pensar en nuestro emperador y su idea de aprovechamiento de las enseñanzas del pasado, y debemos decir que en este caso acertó con un proyecto exitoso, a juzgar por los muchos manuscritos y traducciones a otras lenguas que se conservan, lo cual no significa que la obra

²⁸⁷ Apartado I. 1. 3 de la primera parte.

fuera original: es más que probable que casi todo el contenido sea una copia, salvo el proemio, confeccionado *ad hoc*, como sucede en los demás casos²⁸⁸.

Con respecto a otras obras que pudieron tener en Constantino VII su punto de partida es difícil decir mucho más. Lemerle²⁸⁹ hace un repaso de ellas y basándose en las informaciones que se pueden extraer de los propios textos, sin dejarse llevar por el entusiasmo, sino por lo que realmente se puede sostener, concluye que es probable que el emperador concibiese (y ordenase realizar) una especie de enciclopedia militar²⁹⁰, junto a alguna obra jurídica que intentase revisar y poner al día las leyes manejadas; un tratado más o menos enciclopedístico de medicina y también otro de veterinaria y zoología; del mismo modo, considera probable que el conocido *Μηρολόγιον* de Simeón Metafrastes fuese realizado por iniciativa de Constantino. No obstante, se muestra prudente en la atribución de las obras y señala el riesgo de ver “enciclopedias” por todas partes, cuando en muchos casos no se pueden contrastar²⁹¹.

²⁸⁸ LEMERLE, P., *Βυζαντινός Ουμανισμός*, estudia en detalle la obra en las páginas 264-268.

²⁸⁹ *Ibidem*, p. 268 y ss.

²⁹⁰ *Ibidem*, pp. 268-269. Recordemos que entre los *Excerpta* hay referencias a una sección perdida denominada *Περὶ δημηγοριῶν*. Cf. también IGLESIAS ZOIDO, J. C., “Arengas, retórica e historiografía: reflexiones sobre la *Rhetorica militaris* de Siriano Magister”, *Talia dixit* 6 (2011), pp. 139-157, en concreto, 151 y ss., donde además de los textos del *Laurentianus* LV. 4, mencionados por LEMERLE recoge la interesante selección del *Ambrosianus* B 119 sup., obra del *scriptorium* de Palacio de mediados del s. X, que incluye arengas militares extraídas de textos historiográficos de Jenofonte y el helenismo tardío, además de otros dos discursos de exhortación a los ejércitos atribuidos al propio Porfirogeneta. Subrayemos la presencia de dos arengas de la *Ciropedia* y su lugar capital dentro de una selección que bien podría responder a un trabajo de compilación para la mencionada sección de demagogías militares.

²⁹¹ Postura de extrema cautela, por no decir de escepticismo, es la propuesta por ŠEVČENKO, I., en “Re-reading Constantine”, como reacción sarcástica a las alharacas classicistas y las desmedidas atribuciones al Porfirogeneta que a menudo se han enunciado, a su juicio, sobre falsos presupuestos no comprobados o bien conscientemente obviados. Igualmente, la postura de Odorico, como vimos, invitaba a la reflexión sobre estas cuestiones relacionadas con el enciclopedismo. En concreto, para la obra de Metafrastes y su opinión sobre la calificación como enciclopedia, cf. “Cultura della συλλογή”, p. 6.

II. 2. 2. Tratados de corte político: *De cerimoniis*, *De administrando imperio*, *De thematibus*.

Pero aparte de todos estos proyectos que Constantino inspiró o mandó llevar a cabo, hay cuatro fundamentales que se suelen asociar a su persona: la *Vita Basilii* y las conocidas como *De administrando imperio* (a menudo citada por sus siglas, *DAI*), *De cerimoniis* y *De thematibus*, grupo que Lemerle denomina “enciclopedia política”²⁹² porque forman un mosaico que retrata a su manera la institución imperial y su funcionamiento.

Estas tres últimas resultan de especial interés para conocer la política exterior bizantina y la historia de la administración, por la profusión de datos que ofrece sobre estos temas. Hay que aclarar previamente que por lo general estas obras que denominamos “suyas” están formadas (como ya hemos visto, por otra parte, en las colecciones de *Excerpta*) por un proemio donde declara sus intenciones (siendo aún un debate abierto si los compuso él mismo o no), y una colección de textos relacionados con el tema central de la obra, que pudo ser elaborada por orden del emperador, pero no necesariamente por él en persona.

Esto da lugar a compilaciones no muy trabajadas, pero que para nosotros tienen un doble interés: de un lado, las intenciones de los prólogos nos ponen sobre la pista de los posibles métodos de trabajo, al tiempo que aportan datos sobre la orientación perseguida por Constantino y su modo de pensar al respecto del manejo del *imperium*; por otra parte, la escasa o nula elaboración nos permite, como ya vimos antes, disponer de textos que de otro modo nunca habríamos conocido. Para Lemerle²⁹³ nuestro emperador consideraba suficiente el esfuerzo por localizar fuentes y acompañarlas de ambiciosos proemios a fin de resultar original, aunque desde nuestra perspectiva se le pueda reprochar la falta de análisis y juicio crítico sobre los textos cuya conservación, por otra

²⁹² *Βυζαντινός Ουμανισμός*, p. 248.

²⁹³ *Ibidem*.

parte, debemos agradecerle. Sin embargo, vimos con Odorico que aceptar esto sería quedarse en un nivel superficial de análisis, y que sería necesario profundizar más en el estudio de cada obra de manera independiente para ver los motivos últimos del estado de presentación en que nos han llegado, algo en lo que no insistiremos aquí por razones obvias.

De cerimoniis es un compendio de materiales destinado a su hijo y sucesor Romano II. Conocida por su nombre latino, nos dice en el original griego el núcleo de su contenido y la importancia capital de este concepto para el Imperio como institución: *Περὶ βασιλείου τάξεως*. Como suele pasar con estas obras suyas, es en el proemio del libro I donde Constantino expone sus motivaciones para redactar (o encargar) una obra así, que en este caso responden al valor de la *τάξις*²⁹⁴: el ceremonial de la corte, todo lo que la envuelve, es absolutamente necesario para marcar el lugar del poder imperial frente a pueblos extranjeros y a los propios súbditos, para establecer la jerarquía, el orden natural y necesario; para dar forma a la equivalencia entre el orden divino del universo y la institución imperial. Esta armonía, esta *τάξις* se garantiza observando celosamente y manteniendo de manera estricta las formalidades de la corte instituidas desde antiguo²⁹⁵.

Partiendo de esta convicción es lógico que el emperador desee traspasar este manual a su sucesor insistiendo en la importancia política de seguir rigurosamente el ceremonial heredado por los antepasados, por cuanto en ello radica la continuación del propio Imperio. Así, el primer libro está dedicado a ese ceremonial y aporta en gran detalle numerosísimos datos sobre el comportamiento, formas, movimientos, vestiduras, aclamaciones, etc. que debían realizarse para cada celebración en la corte. Incluye también indicaciones sobre tomas de posesión de cargos, recepción a embajadores

²⁹⁴ Sobre esta idea volveremos al hablar de la ideología política. Cf. por ejemplo apartados III. 1. 1, III. 1. 2. 2 y III. 4 de la segunda parte.

²⁹⁵ Cf. DAGRON, G., *op. cit.*, pp. 129-131.

extranjeros, o incluso coronación del emperador (recoge la proclamación como emperadores de León I, Anastasio I, y otros, a modo de ilustración²⁹⁶). En un apéndice de este libro primero se describe el regreso del emperador de expediciones victoriosas, donde como ejemplos se cita precisamente a Basilio I y Teófilo. Si esta primera parte presenta poca elaboración en las muchas fuentes aportadas, y apenas se puede atribuir al emperador el proemio, la segunda parte presenta aún menor trabazón entre los distintos textos, y parece que pueden haberse añadido algunas partes en momentos posteriores.

Por su parte, *De administrando imperio* aparece también dedicada a su hijo Romano II, y su espíritu no está muy lejos del que impregna el tratado anterior. El objetivo de la obra sería, en su afán de formar al futuro gobernante, presentar un estudio sobre cómo debe un emperador relacionarse con los pueblos extranjeros, mostrando las peculiaridades de éstos (origen, costumbres, peligros que entrañan, etc.) y cuestiones varias sobre cómo tratar con ellos y qué cambios se han ido produciendo en sus relaciones con el Imperio²⁹⁷.

Si en la obra anterior veíamos una parte de lo que sería la política interna, aquí se abordan los asuntos exteriores. Del mismo modo, tenemos uno de los proemios de nuestro Constantino, con los que suele intentar dar homogeneidad al contenido. En él, y a modo de conclusión, eleva sus preces al Todopoderoso para que proteja el gobierno futuro de su hijo, en un tono trufado de elementos propios de la ideología imperial²⁹⁸. La crítica estudia aún

²⁹⁶ Para los motivos por los que Constantino no profundiza demasiado en un asunto importante a nuestros ojos como la coronación, *vide* apartado III. 2. 1 de la segunda parte.

²⁹⁷ Para el concepto de orden cósmico que subyace en esta idea *vide infra*, apartados III. 1. 2. 2. c) y III. 4 de la segunda parte.

²⁹⁸ *DAI*, proemio, 39 y ss.: Ἀλλὰ σύ, Κύριε ὁ Θεός μου, οὗ ἡ βασιλεία αἰώνιος καὶ ἀνώλεθρος, εἴης κατευοδῶν τὸν διὰ σοῦ ἐξ ἐμοῦ γεννηθέντα, καὶ ἔστω ἡ ἐπισκοπὴ τοῦ προσώπου σου ἐπ'αὐτόν, καὶ τὸ οὖς σου ἐπικλινέσθω ταῖς τούτου δεήσεσιν. Σκεπασάτω αὐτὸν ἡ χεὶρ σου καὶ βασιλευέτω ἕνεκεν ἀληθείας, καὶ ὀδηγήσει αὐτὸν ἡ δεξιά σου· κατευθυνθείησαν αἱ ὁδοὶ αὐτοῦ ἐνώπιόν σου τοῦ φυλάξασθαι τὰ δικαιώματά σου. Πρὸ προσώπου αὐτοῦ πεσοῦνται πολέμιοι, καὶ λείξουσι χοῦν οἱ ἐχθροὶ αὐτοῦ. Κατασκιασθεῖη τὸ στέλεχος τοῦ γένους αὐτοῦ πολυγονίας φύλλοις, καὶ

la participación real del emperador en la obra, que probablemente fuera pequeña, aunque hay quien disiente de esta idea y atribuye un papel mayor a Constantino²⁹⁹.

Sea como fuere, el resultado, si bien carece de cohesión interna y elaboración, es una riquísima fuente de informaciones sobre muchos aspectos de la historia del Estado y cultura bizantinos, así como de los pueblos en contacto con ellos, y una vez más se ha de agradecer el sistema de inclusión de textos sin mayor reelaboración, pues ha puesto a nuestra disposición numerosos textos de archivos imperiales que tienen mucho que aportar sobre el funcionamiento del Imperio.

Por último estaría la obra *De thematibus*, muy problemática para la crítica, de modo que es aún más difícil encuadrarla dentro de la producción del emperador que en los casos anteriores. En esta ocasión además no contamos con proemio ni dedicatoria, lo que dificulta las cosas: el título original nos habla de una obra sobre los *temas* que pertenecen al Imperio, el origen de esta denominación y su significado³⁰⁰. Sin embargo, el resultado de la obra no nos aclara mucho la cuestión, pues no presenta ni una imagen clara de la situación en época anterior a la suya, ni mucho menos del momento en que está escrita (mediados del siglo X). La tradición manuscrita en que se nos ha conservado complica la investigación, que aún tiene mucho que decir. En todo caso, las

ἡ σκιά τοῦ καρποῦ αὐτοῦ ἐπικαλύψει ὄρη βασιλεία, ὅτι διὰ σοῦ βασιλεύουσι βασιλεῖς δοξάζοντές σε εἰς τὸν αἰῶνα.

²⁹⁹ LEMERLE, P., *Βυζαντινός Ουμανισμός*, pp. 251-252, ve exagerada y sin demasiado fundamento en los testimonios de que disponemos la participación que para otros tuvo el emperador, basándose para ello en la capacidad como historiador que se le supone, y remite para más detalles a la introducción de JENKINS, R. J. H. en el *Commentary* a la obra (*Constantine Porphyrogenitus, De Administrando Imperio*, tomo II, *Commentary*, Londres 1962).

³⁰⁰ CHSB, ed. de BEKKER, I., Bonn 1840, 11, 1-4: Φιλοπόνημα Κωνσταντίνου βασιλέως υἱοῦ Λέοντος περὶ τῶν θεμάτων τῶν ἀνηκόντων τῇ βασιλείᾳ τῶν Ῥωμαίων. Πόθεν ἔσχον τὰς ὀνομασίας καὶ τί σημαίνουν αἱ τούτων προσηγορίαι καὶ ὅτι τὰ μὲν αὐτῶν ἀρχαῖζουσι τὰ δὲ νέαν ἐκτήσαντο τὴν προσηγορίαν.

dificultades que presenta el estado actual de la obra no deben apartarnos de la idea de que fue, cuando menos, inspirada por Constantino.

Hay que señalar que estas cuatro obras tienen como hilo conductor la idea de la legitimidad y continuidad del Imperio romano, reflejo del orden divino, y dirigido por la Providencia, algo que es el motor de los acontecimientos que llevan a Basilio al trono en la *Vita*, y que es una constante de la ideología imperial. Por ello es importante, a juicio de Constantino, recopilar lo más destacable y útil del funcionamiento del Imperio, para garantizar esa continuidad en la persona de cada emperador. Como comenta Lemerle³⁰¹, desde este punto de vista ese enciclopedismo basado en compilaciones como método de conocimiento se fija un claro objetivo que le confiere altura moral, y un emperador consciente de esta misión puede caracterizarse de esta manera como historiador, con todas las prevenciones con que debemos aplicarle esta denominación.

Esta sería una de las facetas de lo que podríamos llamar la era de Constantino VII, donde tras un periodo de oscuridad que nunca llegó a apagar del todo el interés por el conocimiento de lo antiguo, aunque fuese sólo en determinadas áreas, y desde un punto de vista claramente bizantino, florece de nuevo la tradición del hombre instruido (*πεπαιδευμένος*) iniciada en el helenismo con Aristóteles y su clasificación de los saberes, y que llega a Bizancio tras cruzar el mundo romano para adoptar una personalidad propia.

³⁰¹ LEMERLE, P., *Βυζαντινός Ουμανισμός*, p. 254.

III. EL PERSONAJE HISTÓRICO:

BASILIO I, FUNDADOR DE LA DINASTÍA MACEDONIA

III. 1. MARCO HISTÓRICO.

Como su nombre indica, la *Vita Basilii* cuenta la trayectoria y gestas de Basilio I, primero de los emperadores de la dinastía macedonia. Con él empieza un renacimiento del Imperio de Oriente, que se había ido apagando de nuevo tras el esplendor de Justiniano y los grandes cambios de su época. En la primera mitad del siglo IX, Bizancio ha conseguido frenar dos grandes expansiones: la del Islam y la Iconoclasia. Un peligro exterior y otro interno que hicieron tambalear la mediana estabilidad de la época dorada bizantina. Si la política fuera de las fronteras era ardua con la aparición además de la potencia carolingia, las convulsiones sociales y religiosas amenazaron por un tiempo la existencia misma del Imperio. Sin embargo, con los emperadores macedonios se produce un inesperado resurgimiento del Oriente Cristiano capaz de devolverle su prestigio en poco tiempo.

La dinastía amoría, extinguida en el 867 con Miguel III, antecesor inmediato de Basilio, había logrado imponer un gobierno más o menos estable, a pesar de los graves problemas externos ya citados, a los que se había unido el peligro de los búlgaros y, más tarde, la invasión rusa de Constantinopla. El pueblo búlgaro ya está prácticamente convertido al cristianismo, y los rusos derrotados cuando Basilio inicia su acción política.

Empero, las tensiones religiosas no se habían solucionado por completo. Durante el mandato de Miguel III se produce una serie de disensiones con la Iglesia de Roma que tienen como fondo el ya antiguo malestar por la coronación de Carlomagno, el problema de las áreas de influencia de la Iglesia de Oriente y Occidente, y la evangelización de los pueblos bárbaros, que culminarán en el cisma de Focio.

Como una ciudad cuando aparece una relativa calma tras un terremoto, Bizancio tuvo que rehacerse a partir de esos restos, y sobre ellos construir un imperio reformado. Este es el mundo a que accede Basilio, un mundo orgulloso

de ser y seguir llamándose “romano”, heredero de la organización y estructura de Roma, con un estricto protocolo cortesano y cuyo anquilosamiento trató de remediar el macedonio no sin éxito. Pero antes de estudiar más a fondo las reformas iniciadas por Basilio, quizás debamos detenernos un instante en el reinado del último amorio, por cuanto aparece en la propia *Vita* bajo un punto de vista muy particular, que ha alimentado en parte la leyenda negra en torno a su persona, y porque, como es lógico, de los sucesos de su gobierno dependerá la actuación de Basilio.

Ciertamente, es absurdo pensar que con el flamante *basileus* macedonio se pone en marcha sin más una maquinaria de cambio³⁰². Lo cierto es que en el mandato de Miguel III, y a pesar de su impericia, están ya las bases del futuro Renacimiento macedónico, aunque los más escépticos lo atribuyan al concepto moderno de renovación histórica, y sus propios coetáneos le achacaran su incapacidad de cambio. Durante los años del gobierno de Miguel³⁰³ hay claros signos de mejoría, aunque sin duda la presencia de una personalidad como la de Basilio será la que saque partido de ese resurgimiento, y sepa llevar a Bizancio a una sorprendente recuperación en un corto espacio de tiempo.

Miguel III asciende al trono en el 843 a la edad de tres años, y el consejo de regencia, en que destacan su madre Teodora y su tío Bardas (personajes activos en la *Vita*), obtiene importantes éxitos en breve tiempo: con él se zanja, como vimos el grave problema de la iconoclasia y se restablece el culto a las imágenes; se afronta por fin con seriedad el avance de los árabes en Asia Menor, las islas griegas y el sur de Italia, demostrando que el cristianismo vuelve a ser un oponente considerable; se sanean las finanzas del Estado y se fomenta la educación (en especial la de los hombres de la Iglesia).

³⁰² Cf. el mencionado artículo de TREADGOLD, W. T., “Revival”.

³⁰³ Sobre las distintas facetas del reinado de Miguel, *vide* la ya citada monografía de VARONA CODESO, P., *Construcción histórica y literaria*.

En el terreno religioso son las sectas ahora las que merecen la atención del Estado, a veces incluso acompañada de armas. Es el caso de los paulicianos, dualistas y contrarios al culto a la Cruz o a la Virgen, que extendían su influencia de modo imparable por el Asia Menor y el Mar Negro, de modo que se hizo necesario intervenir de manera enérgica contra ellos. Por su parte, el pueblo búlgaro se perfila como un molesto enemigo al que hay que convertir, por el bien del Imperio.

Todos estos progresos no son más que un buen comienzo: en el 856 Miguel se proclama emperador con un golpe de Estado contra la regencia, y Bardas, que supo hacerse de nuevo con las riendas del poder, demuestra su capacidad política y de mando, lo que sin duda provocó su posterior asesinato. Su fuerte personalidad contrasta con la del nuevo emperador, no tan interesado por los deberes propios de su cargo, aunque parece ser que la visión disoluta de su vida obedece a la intención propagandística de la dinastía que prevaleció después, y que borró gran parte de sus consecuciones, como es el caso de la labor constructora (o reparadora) de iglesias, murallas y otras intervenciones en el recinto palaciego³⁰⁴.

A Bardas debemos la elevación de Focio al patriarcado, una de las figuras de mayor relieve en el mundo bizantino. Aquel hombre, de ascendencia noble, contaba con una amplísima formación cultural, y para nosotros supone el modelo de “humanista” bizantino de esta segunda época dorada. Focio es bastante conocido como para demorarnos más en su obra, pero sí debemos advertir aquí el radical cambio que determina su cátedra en Oriente, y las repercusiones de su labor pastoral.

³⁰⁴ Cf. VARONA CODESO, P., *Construcción histórica y literaria*, p. 336. Por el contrario, las tareas de embellecimiento de la ciudad llevadas a cabo por Basilio son clave en la propaganda macedonia, de modo que proyectaron su sombra sobre las de Miguel, hasta dejarlas en completa oscuridad. Las obras imperiales como símbolo del concepto de mejora forman parte de la ideología política, son un tópico de la retórica encomiástica del soberano y se remontan al *Evágoras*, como veremos.

Cuando Bardas lo nombra patriarca, relegando al legítimo, Ignacio, en una isla, Focio era un laico de cincuenta años ejercitado, eso sí, en temas de filosofía y religión durante la controversia iconoclasta, y ya había escrito algunas de sus obras capitales, como el *Myriobiblion* (la conocida *Biblioteca*). Hasta cierto punto, su carrera política se continúa con el patriarcado, y no es casual la elección de Bardas. Este último apoyaba en todo al joven emperador, tras la proclamación de su mayoría de edad a los dieciséis años, con lo que el poder efectivo estaba en sus manos. Ignacio era contrario a sus costumbres liberales y a la expulsión de la emperatriz regente Teodora, afín a él por sus ideas claramente ortodoxas en el asunto de la iconoclasia. La destitución de Ignacio desencadena airadas reacciones en Roma, que se fundamentan en el carácter seglar de Focio, y en el hecho de considerarse fuera de los cánones, ya que el anterior no había renunciado al patriarcado, pero que en el fondo tenían mucho que ver con la línea de pensamiento impulsada por el nuevo patriarca y su sesgo ecumenista, que reivindicaba para la Nueva Roma unas aspiraciones encontradas con la política del papado³⁰⁵.

La conocida polémica, posible gracias al apoyo de Bardas y el emperador, con un fuerte trasfondo político, como el predominio entre los búlgaros o el intento de hacer de Roma el centro de la Cristiandad, lleva a la ruptura de las Iglesias y a la mutua excomunión de papa y patriarca, junto a su emperador, en un cisma que no se resolvería hasta la llegada de Basilio al trono y la restitución de Ignacio. En un Estado teocrático medieval como el bizantino, más consolidado aún tras el desenlace de la polémica iconoclasta, no podemos censurar el cariz político de las posturas del sector eclesiástico, que veía en la

³⁰⁵ ΛΟΥΓΓΗΣ, Τ., “Μεγάλο χάσμα”, p. 9 y ss. Esta misma actitud es la que con toda probabilidad llevase a Basilio a su posterior destitución, toda vez que entorpecía la negociación con el papado que permitiría a Bizancio recuperar una zona de influencia definida, uno de los logros del primer macedonio. Sobre esta política, *vide* el apartado III. 3 de esta primera parte.

actitud del papa de Roma un alejamiento del verdadero centro de una religión y un imperio que Dios había otorgado a Bizancio.

Ahora bien, el nuevo orden de cosas hace posible el avance del Imperio elegido, ya que la Iglesia ortodoxa buscará otras esferas de influencia, a menudo disputadas con Roma. Así se consigue la cristianización de los Balcanes, que amortiguará la presión de aquellos belicosos pueblos. En este momento se crea el alfabeto glagolítico (del eslavo *glagol*, "palabra") o cirílico, que permite transcribir el eslavo y traducir las Sagradas Escrituras, en un principio orientado a las tribus que ocupaban Macedonia, y cuyo uso e influencia se extenderá luego a los demás. Los artífices de esta ingente tarea según la tradición son los hermanos Cirilo y Metodio, los llamados "apóstoles de los eslavos", quienes consiguieron captar numerosos fieles en sus misiones. Significativo es el hecho de que Metodio, descendiente también de nobles, se educó en Constantinopla junto al futuro emperador Miguel III con Focio.

También entre los rusos empieza ahora a penetrar la fe ortodoxa, tras un ataque a la capital de Bizancio en el 860 sofocado, según la creencia popular, por ayuda de la Madre de Dios. Esto abre las puertas al envío de misiones a las lejanas tierras de Rusia, instigado por el inteligente Focio, que supo ver en ello una clara utilidad para el Imperio, y que enseguida dio resultados positivos.

La otra gran consecución de Bardas a la sombra del emperador fue el nuevo impulso de las expediciones militares, con la recuperación de varias plazas en Asia Menor como efecto inmediato. En el 865, y tras considerables éxitos, se emprende la reconquista de Creta, que sufrirá una breve demora por problemas internos en el poder.

En efecto, Bardas cae en desgracia ante el emperador y su puesto es ocupado por el favorito Basilio, que no tardará en darle muerte con el asentimiento de Miguel III. Pero veamos con más detenimiento quién es este nuevo personaje que había de cambiar el rumbo de Bizancio a partir de su llegada al poder.

III. 2. BASILIO, UN ADVENEDIZO DE OSCURO ORIGEN.

Poco sabemos de su procedencia, oscurecida o silenciada con toda probabilidad después por razones obvias, ya que no parece ser en modo alguno ilustre. Hasta su aparición en la corte no hay mucho más que sombras y leyendas, y las fuentes de que disponemos al respecto son bastantes parciales, bien por su afinidad (Genesio, por ejemplo) u oposición (Simeón Logoteta). Otras informaciones proceden de referencias existentes en obras que no tratan directamente el tema, pero aluden a cuestiones relacionadas con nuestro personaje (hagiografías o la obra de Liutprando, por ejemplo)³⁰⁶.

Parece cierto su origen armenio, tal y como demostró Adontz en su meticuloso estudio de las fuentes relativas a ello³⁰⁷, frente a algunas teorías que defendían su origen eslavo, derivado tal vez del sobrenombre de la dinastía³⁰⁸. Su familia provendría de Adrianópolis, en el entonces distrito (*tema*) de Macedonia, de donde deriva el nombre por el que es conocido, pero no se habría destacado especialmente ni por alcurnia ni por ningún otro tipo de logros, por lo cual se tuvo buen cuidado de silenciar los posibles datos reales sobre ella, o inventarles un brillante pasado.

De este modo, a la ascendencia armenia se le intentó dar un barniz regio entroncándola con el primer rey de este pueblo, Ársaces, como ya señalaba

³⁰⁶ Para las fuentes que pueden aportar datos sobre la realidad de Basilio y un análisis de dichas informaciones, *vide* el clásico estudio de ADONTZ, N., "L'âge et l'origine de l'empereur Basile I". *Byzantion*, 8 (1933), pp. 475-500 (primera parte) y *Byzantion*, 9 (1934), pp. 223-260 (segunda parte); y el no menos clásico y ya citado de MORAVCSIK, G., "Sagen und Legenden". Asimismo, VARONA CODESO, P., *Construcción histórica y literaria*, pp. 171 y ss., contrasta los datos de las diversas fuentes acerca de la muerte de Miguel III y la llegada de Basilio al trono. Una mirada reciente es la de TOBIAS, N., *Basil I, Founder of the Macedonian Dynasty. A Study of the Political and Military History of the Byzantine Empire in the Ninth Century*, Lewiston, New York 2007.

³⁰⁷ *Vide* nota anterior.

³⁰⁸ Algunos autores han defendido el origen eslavo apoyándose en historiadores árabes, que lo denominan así, pero ADONTZ, N., "L'âge et l'origine" (2ª parte), p. 255-256, recuerda que para todos estos autores "eslavo" es sinónimo de "macedonio", o sea, procedente de esa zona, y no indica nacionalidad ni pertenencia a un pueblo concreto.

León el Sabio en el discurso fúnebre dedicado a su padre³⁰⁹ y recoge la *Vita*, o de su descendiente, Tirídates. Para Adontz esta historia tuvo que diseñarse en la propia Constantinopla, una vez llegado al trono Basilio, aunque ello no invalida la teoría de su origen armenio, sino que más bien la ratifica, pues no tendría sentido intentar ligar su genealogía a la del soberano Ársaces si no fuera de su mismo pueblo. Lo que parece fuera de toda duda es que Basilio descendiera de Ársaces, pues en su época esta estirpe ya había desaparecido, aunque existían poderosas familias armenias, algunos de cuyos miembros aparecen ligados a la dinastía amoría o la macedonia³¹⁰.

Detrás de esta ingeniería heráldica se ha señalado a Focio, tal vez para ganarse de nuevo al macedonio tras su expulsión del patriarcado, como veremos. Según algunas fuentes, él habría sido el artífice de una profecía acerca de una dinastía que respondería al acrónimo BEKΛΑΣ, iniciales de los nombres de Basilio, su esposa e hijos varones (Eudocia, Constantino, León, Alejandro y Esteban)³¹¹. Si bien el relato resulta un poco ingenuo, parece indicar que el inteligente patriarca habría desempeñado un papel destacable en la fabricación de un pasado ideal para Basilio, y que estas historias circulaban ya en vida del emperador, muy probablemente con su total aquiescencia. No es descabellado, pues, pensar que pudo ser el que encontrara un soberano en el pasado armenio con quien enlazar al nuevo ocupante del trono.

³⁰⁹ VOGT, A., HAUSHERR, I., "Oraison funèbre de Basile I par son fils Leon VI le Sage", *Orientalia Christiana* XXVI 1 (1932), p. 44, 23 y ss.: Πλήν ἢ κάτω δὴ ταύτῃ τῆς φθορᾶς γένεσις εἰς Ἀρσακίδας αὐτὸν ἀνήγεν. Y añade significativamente: οὗτοι δὲ τίνες ποτέ εἰσιν, οὐ τοῦ παρόντος διηγείσθαι λόγου (οὐ γὰρ ἱστορίαν, ἀλλ' εὐφημίαν ἐργάζεται), γνοῖεν δ' ἂν οἱ τὰς ἱστορίας ἀναλεγόμενοι. πλὴν γε ὅτι καὶ αὐτοὶ βασιλείου προῆλθον σπορᾶς· ἔλκουσι γὰρ τοῦ αἵματος τὰς πηγὰς ἐκ τῶν Ἀρταξέρξου ναμάτων.

³¹⁰ ADONTZ, N., "L'âge et l'origine" (2ª parte), pp. 256-259. Es el caso, según el autor, de la emperatriz Teodora o el César Bardas, las familias Focas, Curcuas o Lecapeno.

³¹¹ Básicamente, la *Vita Ignatii* de Nicetas de Paflagonia. Al respecto de todo esto, *vide* ADONTZ, N., "L'âge et l'origine" (2ª parte), p. 232 y ss.; MORAVCSIK, G., "Sagen und Legenden", pp. 67-68; DAGRON, G., *op. cit.*, p. 230, nota 5; JENKINS, R. J. H., "Chronological Accuracy", pp. 98-99.

De modo similar se habría creado otro egregio parentesco, enlazando con el glorioso pasado romano: la madre del emperador descendería de Alejandro Magno y Constantino el Grande. Esta, sin embargo, parece una genealogía creada por el Porfirogeneta para describir unos orígenes redondos, en tanto que se remontarían “de una parte, al primer rey cristiano en Oriente³¹² y, de otro lado, al primer emperador cristiano en Occidente³¹³”, para unir ambas ramas en un descendiente perfecto que a su vez crearía un linaje ideal.

Otro ingrediente en esta labor de iluminar el pasado de Basilio será el cautiverio de sus padres por parte de los búlgaros, quienes se habrían llevado desde Adrianópolis a numerosos prisioneros, en una de sus campañas en tierras del Imperio. Antes de conseguir la libertad, aquellos cristianos habrían sufrido duras pruebas, incluso el martirio, que supondría una nueva corona para los antepasados de Basilio. Pero esta versión de los hechos presenta dificultades cuando se contrasta con acontecimientos históricos reales y comprobables, como el hecho en sí de la toma de prisioneros por parte del poder búlgaro³¹⁴. No hay, sin embargo, datos que nos permitan situar a los padres de Basilio en dicha situación, pero la historia del cautiverio podía proporcionar unos valiosos réditos propagandísticos, porque permitía crear imágenes como la del pueblo elegido volviendo del destierro o la equiparación del niño Basilio con Moisés, nacido en la cautividad y luego caudillo de ese pueblo³¹⁵.

No obstante, plantea un enorme problema cronológico, incompatible con la edad que debía de tener Basilio al llegar al trono. A tenor de cuanto

³¹² Tirídates III, descendiente de Ársaces, se considera el primer rey en abrazar el cristianismo, en el 301, unos años antes que Constantino.

³¹³ ADONTZ, N., “L’âge et l’origine” (2ª parte), p. 244.

³¹⁴ *Ibidem* (1ª parte), p. 481.

³¹⁵ Sobre esto, *vide* apartado III. 5. 3 de la segunda parte. Cf. MORAVCSIK, G., “Sagen und Legenden”, p. 77.

dicen las fuentes y conocemos por datos históricos, el apresamiento por parte de los búlgaros pudo suceder en torno al 813, mientras que el nacimiento de Basilio (de quien se nos dice que iba en pañales al cautiverio) deducimos por diversos testimonios que debió de producirse bajo el reinado de Miguel Rangabé (811-813). En ese caso, cuando entra al servicio de Miguel III, no mucho antes de hacerse con el poder absoluto (867), tendría que haber sido un hombre maduro, y esto no resulta verosímil desde ningún punto de vista. Parece más lógico pensar que estas incongruencias han surgido en el intento de incluir a los padres de Basilio entre el número de los deportados, y ello explicaría también la ausencia de detalles más concretos, como fechas, en el relato del Porfirogeneta.

Sobre la edad real de Basilio habremos de volver, pero antes debemos añadir algo sobre sus padres. Ante todo, es reseñable que no conozcamos sus nombres, ya que no se citan en ninguna fuente, aunque el Porfirogeneta nos revela el de la madre de Basilio y de sus hermanos (tampoco mencionados en la *Vita*), al hablar de sus enterramientos en *De Cerimoniis*³¹⁶, que, recordemos, se trataba de una obra dirigida a su hijo, o sea, no destinada a la propaganda institucional, sino al entorno privado. Pero poco más sabemos de doña Pancalo (Παγκαλώ), a pesar de la importancia que tiene en nuestro relato como impulsora de la carrera de Basilio.

Para Moravscik³¹⁷ su nombre confirmaría un origen griego; otras fuentes insisten en que era eslava³¹⁸. Por su parte, Adontz considera que no hay prueba alguna de que fuese “extranjera” (o sea, eslava) y que esa conjetura se ha

³¹⁶ Ed. REISKE, J., *CSHB*, Bonn 1829, 648, 8 y ss., en concreto, sobre su madre, 8-12: ἰστέον ὅτι ἐν τῇ μονῇ τῆς ἀγίας Εὐφημίας τῆς λεγομένης Εὐμόρφου ἐν τῷ πρὸς ἀνατολήν ἀριστερῷ μέρει τῆς αὐτῆς ἐκκλησίας, ἐν τῇ ἐκεῖσε σταταραία ἀπόκειται Παγκαλὴ ἢ μήτηρ Βασιλείου τοῦ φιλοχρίστου δεσπότη. Sobre sus hermanos, se nos dice que se llamaban Simbacio y Mariano, y que este último fue doméstico de las escuelas, cargo preeminente del ejército.

³¹⁷ *Op. cit.*, p. 66.

³¹⁸ De nuevo, fuentes árabes, como hemos señalado algo más arriba.

derivado de su lugar de origen. Se inclina más bien por su procedencia armenia a pesar de las resonancias helénicas de su nombre, que estaría atestiguada por fuentes armenias y por los nombres de los hermanos de Basilio³¹⁹. El largo contacto de los armenios con el mundo griego había posibilitado la adopción de nombres que a nosotros nos resultan griegos, sin que ello anule la teoría del origen armenio.

Acerca del padre de Basilio tenemos aún menos datos, aunque en su caso las fuentes no tienen dudas sobre su procedencia, como en el caso de Pancalo. La cuestión es si en verdad era un dato que ignoraba incluso el propio Constantino, ya que no aparece ni siquiera en los documentos de uso interno, o si la propaganda macedonia lo ocultó de manera deliberada, aunque tampoco aparece en otras fuentes contrarias a la dinastía. En este último caso, deberíamos plantearnos qué razones habrían llevado al Porfirogeneta y su círculo a actuar así.

Para Adontz, en primer lugar es discutible que Basilio procediera de la “davídica pobreza”, sino que su padre más bien pertenecería a alguna familia más o menos acomodada, relacionada con otras de igual posición, algo que puede rastrearse, entre otros, en datos dispersos como los nombres de quienes, según algunas fuentes, acompañaron a Basilio la noche del asesinato de Miguel; o sus relaciones con la familia Tzautzes, por ejemplo, así como con otras igualmente armenias. La historia de la acaudalada y viuda Danelis que, concedora de su futuro como emperador lo ayuda con magnanimidad al principio de su carrera, en realidad se habría utilizado para justificar unas riquezas que ya poseía antes de entrar al servicio de Miguel³²⁰.

La propia *Vita* nos cuenta que a la vuelta del cautiverio, sus padres fueron “a sus tierras, donde estaban al frente de los segadores y los animaban a

³¹⁹ ADONTZ, N., “L’âge et l’origine” (2ª parte), pp. 244 y 255-256. *Ibidem*, sobre los hermanos de Basilio y su posible participación en la conjura contra Miguel, p. 228 y ss.

³²⁰ “L’âge et l’origine” (1ª parte), p. 488. Sobre Danelis *vide* apartado IV. 2 de esta primera parte.

trabajar con diligencia”, cuando sucedió el prodigio del águila³²¹. El pasaje no induce a pensar en una situación de gran pobreza, sino más bien a un nivel que les permitía tener obreros. Tampoco se nos dice que Basilio tuviera que trabajar la tierra con sus propias manos.

Por otra parte, en opinión de Adontz, resulta cuando menos sospechoso que se conozcan nombres de tantos personajes secundarios en la vida del macedonio, mientras el de su padre sea un misterio; y que muchos de esos personajes sean armenios relacionados con poderosos clanes, por lo que considera que tuvo que existir alguna razón para ocultarlo. Lo más plausible resulta ser a su juicio que estuviera relacionado con la familia del emperador León el Armenio, y por ello se ocultase este pasado impío e iconoclasta. La cantidad de nombres similares implicados en ambas familias (Basilio, Constantino, Simbacio, León, Bardas) sería un indicio de esta pista³²².

Con todo, y a falta de nuevas evidencias, nada se puede añadir a los orígenes de Basilio, aunque cabe decir que el estudio de Adontz abre la puerta a un interesante campo de estudio: las intrincadas relaciones entre personas de origen armenio que se entrecruzan entre el último amorio y la nueva dinastía, y que incluyen al propio Miguel, su madre y su tío Bardas, a altos cargos del Imperio o al propio Focio³²³.

Volvamos ahora a la cuestión de la fecha de su nacimiento. Si hay algo en lo que coinciden las fuentes es en la juventud de Basilio cuando aparece en escena ya en la corte. Suponemos que en algún momento decidió ir a Constantinopla en busca de fortuna, bien por la muerte de su padre, como dice la *Vita*, o por cualquier otro motivo que desconocemos. El hecho es que allí entra en contacto con personas ligadas al entorno del emperador, quien

³²¹ 218, 5-7: τῶν τούτου γονέων ἐπὶ τὸν ἴδιον ἐξελεθόντων ἀγρὸν καὶ τοῖς θερισταῖς ἐπιστατούντων καὶ διεγειρόντων συντόμως ἐργάζεσθαι. Sobre el episodio del águila, *vide* apartado III. 5. 3 de la segunda parte.

³²² “L’âge et l’origine” (2ª parte), pp. 244-245.

³²³ *Ibidem*, pp. 233-234.

enseguida lo incluirá entre sus servidores. Todos los relatos referidos a esta época nos lo presentan como alguien lleno de la fortaleza, arrojo y resolución propios de la edad juvenil, algo que sería más congruente con su posterior trayectoria y con su muerte, derivada de una cacería, actividad para la cual se necesita una mínima forma física, menos frecuente en un anciano.

Si, como hemos señalado más arriba, la historia de la niñez de Basilio en el destierro no es más que un intento de ligar a su familia con un hecho que podía otorgarle más prestigio, por lo que hay que tomarla con cautela para una hipótesis cronológica sobre su nacimiento, otros datos de las diversas fuentes y cuanto narran sobre su llegada a la corte pueden servir para una aproximación a su edad real. En función de esas informaciones, que hacen plausible la fecha del 856 como año en que Basilio habría entrado al servicio de Miguel, y que afirman que el macedonio tendría entonces veinticinco años, algunos autores han planteado como fecha de su nacimiento el 827 o el 829³²⁴. Otros la retrasan al periodo entre el 830 y el 835³²⁵. Finalmente, Adontz³²⁶ toma como punto de partida la mencionada fecha del 856 y, tras analizar una anécdota narrada por Genesio la víspera de su coronación (26 de mayo de 866), deduce que ese día debió de cumplir treinta años, por lo que podría fijarse su nacimiento el 25 de mayo de 836, fecha que coincide con el regreso de los verdaderos deportados por los búlgaros³²⁷.

³²⁴ ΛΑΜΠΙΡΟΣ, ΣΠ., "Χρονολογία Βασιλείου Μακεδόνας", *Νέος Έλληνομνήμων* 20 (1926), pp. 292-293.

³²⁵ MORAVCSIK, G., "Sagen und Legenden", p. 77, con datos sobre autores y teorías al respecto. *Vide* también *ibidem* p. 70 y ss., un análisis de las informaciones existentes sobre la edad de Basilio y el proceso de deducción de su año de nacimiento.

³²⁶ "L'âge et l'origine" (1ª parte), p. 494 y ss.

³²⁷ ADONTZ, N., *ibidem*, ha señalado que la afirmación de Simeón Porfirogeneta según la cual al final del cautiverio Basilio tenía veinticinco años, se debe a una confusión de fechas: habría calculado su nacimiento al comienzo del destierro y no al final, o incluso algo después.

Esto casaría bien con la inexistencia de datos que nos permitan situar a sus padres en el destierro³²⁸, y con otras informaciones, como lo que nos cuenta la *Vita* sobre los abuelos de Basilio. También situaría al macedonio en palacio como caballerizo a una edad de veinte años, algo que concuerda con las descripciones que existen de él y que hablan de su vigor juvenil, y con la propia edad de Miguel III, que entonces tendría unos diecisiete, lo que explicaría su inmediata afinidad con él. Luego a falta de una fecha segura con el apoyo de testimonios directos fiables, sí se puede postular el 836 como año de su nacimiento, o algún momento cercano, incluso si el razonamiento de Adontz a partir de la anécdota de Genesio se considera descabellado.

Pero antes de llegar a la corte Basilio tuvo que dar algunos pasos. De los muchos prodigios, casualidades e historias que se nos narran, podemos sacar en claro algunas cosas. Parece cierto que el punto de contacto y partida del macedonio una vez en Constantinopla es el monasterio de san Diomedes, donde tendría algún conocido, tal vez un monje llamado Nicolás Androsalites, a través del cual habría entrado al servicio de un personaje de la corte, Teófilo (Teofilitzes o Teofilidion en la *Vita*³²⁹). Una vez en el trono, Basilio habría recompensado a esta persona y al propio monasterio con gran largueza.

Junto a este Teófilo, pues, comenzaría a frecuentar el propio palacio y a tratar con personas del círculo cortesano. De ese modo habría conocido al emperador, quien enseguida se habría sentido interesado por él y le daría un puesto en las caballerizas imperiales, para poco después ponerlo al cargo de ellas. No era un cargo de alto rango, pero sí de especial importancia por el trato directo y diario con el emperador³³⁰. Algunos autores hablan de absoluta

³²⁸ Aunque MORAVCSIK, G., "Sagen und Legenden", p. 77, considera que no es descartable que sus padres estuviesen en dicho destierro y que él hubiese nacido en los últimos momentos de este.

³²⁹ 224, 23 y 225, 2.

³³⁰ Para ver comentarios al respecto, cf. apartado III. 5. 4 y 5. 5 de la segunda parte.

fascinación de Miguel por Basilio, hasta el punto de que se ha visto en su actitud con el macedonio una relación de amantes³³¹.

A favor de esta teoría se han aducido datos de diversas fuentes, algunos incluso que aparecen en la propia *Vita*, como el hecho de que el tal “Teofilito” gustara de rodearse de jóvenes apuestos y vanidosos³³², con lo que él sería uno más de entre los escogidos; o la relación entre Basilio y el hijo de la antes citada Danelis, que allí se califica como “lazos de fraternidad espiritual³³³”. La descripción física que Simeón Magistro³³⁴ hace de él abundaría en esta idea del fuerte atractivo personal, y confirmaría el interés de Teofilidion por incluirlo

³³¹ TOUGHER, SH., *op. cit.*, p. 29, donde trata de la cuestión, y nota 28, con bibliografía de autores que mantienen esta teoría. Por su parte, KARLIN-HAYTER, P., en su artículo “The enjeu d’ un rumeur. Opinion et imaginaire à Byzance au IXe siècle”, *JÖB* 14 (1991), pp. 85-111, hace un interesante estudio de la función social y política que tendrían los muchos rumores relacionados con los macedonios, algunos para desacreditar al advenedizo Basilio y su entorno; otros lanzados por ellos mismos para hacer lo mismo con sus adversarios o limpiar su nombre. Un ejemplo de los primeros sería toda la cuestión de la ilegitimidad de León y la supuesta ligereza de Eudocia; para los segundos, la caracterización de Miguel como un ser totalmente amoral que hizo necesaria su eliminación. Con respecto a la posible relación íntima entre Basilio y Miguel, la considera más bien fruto de traducciones modernas y de nuestra perspectiva actual (p. 80).

³³² 225, 1 y ss.: ἐτύχανε γάρ πως τὸ Θεοφιλίδιον τοῦτο γαῦρον ὄν τῷ φρονήματι καὶ μεγαλοφροσύνης οὐκ ἀφεστῶς, ἀλλὰ εἰς σπουδὴν ἔχον γενναίους ἄνδρας καὶ εὐειδεῖς καὶ εὐήλικας καὶ ἐπ’ ἀνδρῖα μάλιστα καὶ ῥώμη σώματος διαφέροντας κεκτῆσθαι περὶ αὐτὸν καὶ ἐπὶ τούτοις μέγα φρονεῖν καὶ σεμνύνεσθαι.

³³³ 228, 5-7: μηδὲν ἕτερον ἐπιζητήσασα τὸ πρότερον παρ’ αὐτοῦ ἢ τὸ ποιήσασθαι πνευματικῆς ἀδελφότητος σύνδεσμον πρὸς Ἰωάννην τὸν ταύτης υἱόν. Se trataría de una adelfopoíōsis o juramento fraternal, que se ha interpretado como una ceremonia equivalente al matrimonio, pero entre personas del mismo sexo, varones por lo general (Cf. BOSWELL, J., *The Marriage of Likeness*, Londres 1995, sobre este tema, por ejemplo). Sin embargo, frente a esa teoría se ha argumentado que ambos ritos no son exactamente equiparables y que a menudo se utilizaban para unir dos familias, por razones de herencias o asuntos similares; que solían describirse como relaciones espirituales (lo que no invalida lo contrario), y sobre todo, que con esa visión de los hermanamientos corremos el riesgo de interpretar actitudes medievales desde el prisma del comportamiento y las tendencias sociales de nuestra era (Cf. WILKEN, R., “Procrustean marriage beds”, *Commonweal* 121, 09 / 1994, p. 24 y ss., una reseña de una de las obras de Boswell). *Vide*, no obstante, más adelante, la relación sugerida entre este episodio y uno similar referido a Alejandro Magno, al hablar del personaje de Danelis (apartado IV. 2 de esta primera parte).

³³⁴ *Χρονογραφία*, ed. BEKKER, I., *CSHB*, Bonn 1838, 686, 12 y ss.: ἦν δὲ οὗτος τὴν μὲν μορφήν τοῦ σώματος ἀνθηρότατος, εὐεκτικός, σύνοφρος, εὐόμματος, σκυθρωπός, μελανόχρους, τὴν ἡλικίαν μέσος τοῦ εὐμήκου, τὰ στέρνα πλατύς, κατηφής, καὶ ὡς ἄν τις εἰκάσῃ, τῶν ἑαυτοῦ συλλογιζόμενος.

entre sus muchachos. La propia *Vita* también insiste en su belleza física, algo que no parecen negar las demás fuentes, menos interesadas en el panegírico absoluto del fundador macedonio.

También estaría su nombramiento como guardia de su cámara o dormitorio (*parakoimomenos*), cargo por lo general concedido a eunucos³³⁵ y otro dato para la sospecha, además de la falta de descendencia de Miguel, a pesar de tener una esposa, impuesta al parecer por su madre³³⁶. Sin embargo, las fuentes también hablan de su pasión por Eudocia Ingerina, que habría sido su amante antes de verse obligado a renunciar a ella por su madre Teodora, con la que habría obligado a Basilio a casarse, algo de lo que trataremos más adelante. En todo caso, de ser cierto, no sería entonces una homosexualidad excluyente. El asunto más bien se pierde en lo intrincado de unas relaciones nada comparables a las de nuestra sociedad, pero que pretenden analizarse desde ese punto de vista, cuando además no contamos con evidencias sólidas en que basar nuestros razonamientos.

Como quiera que fuese, en un primer momento la relación (del tipo que fuese) entre ambos hombres era ampliamente satisfactoria, y eso le permitirá a Basilio ganarse la confianza de Miguel en detrimento de su tío, el César Bardas, verdadero dirigente del Imperio, ya que al parecer el último amorio era más dado a las actividades más placenteras de su cargo que a las áridas tareas gubernamentales, aunque con toda probabilidad no en el grado que la *Vita*

³³⁵ Especie de gran chambelán o camarero mayor de otras cortes, jefe de los eunucos encargados de las estancias privadas del emperador, en esta época es quizá el cargo más allegado al soberano, algo así como un primer ministro o secretario y confidente, con gran poder en palacio, pues duerme junto a la cámara del *basileus* y es responsable de su seguridad. Precisamente por la enorme influencia y atribuciones que entrañaba el cargo, solía concederse sólo a eunucos, dado que tenían vedado el acceso al trono, y a pesar de eso conocemos casos en los que en la práctica casi gobernaban ellos con sus dotes de persuasión.

³³⁶ Llamada Eudocia Decapolítissa, según León el Gramático, *Χρονολογία*, ed. BEKKER, I., CSHB, Bonn 1842, 229-230. Al respecto, BURY, J. B., *A History of the Eastern Roman Empire from the Fall of Irene to the Accession of Basil I (A. D. 802-867)*, Nueva York 2008, pp. 156-157.

retrata. En abril de 866³³⁷, durante una salida que formaba parte de los preparativos para una expedición contra los sarracenos de Creta, Bardas fue asesinado en una conjura a la que con toda probabilidad Basilio no fue ajeno, ni tampoco Miguel. Las descripciones del crimen que nos han llegado responden a la tradicional imagen de brutalidad que a menudo se tiene del medievo³³⁸. De vuelta a Constantinopla, el macedonio es coronado coemperador (26 de mayo de 866), premio este muy superior al título de César que poseía el infortunado Bardas.

El camino hacia el trono estaba ahora más libre. Ignoramos hasta qué punto la relación entre Miguel y Basilio se había tornado hostil, como señalan algunas fuentes, si apareció un tercero³³⁹ que podía hacer sombra al macedonio, o si decidió deshacerse del emperador, sin esperar más. Las escenas de este crimen superan en truculencia al anterior, con un grupo de conjurados que entra en el dormitorio del emperador, embriagado por un banquete nocturno, y se abalanzan sobre él sin piedad, mientras Miguel suplica clemencia con las manos ya cortadas, antes de ser brutalmente atravesado por una espada. Era el 24 de septiembre de 867.

Es difícil dilucidar qué participación tuvo Basilio en todo el asunto, pero todo apunta a que la trama habría sido urdida por él mismo o, en cualquier

³³⁷ VARONA CODESO, P., *Construcción histórica y literaria*, p. 174, señala el día 21 de ese mes, aunque cita (nota 771) la fecha del 12 de abril de 864 como otra propuesta. Por su parte, OSTROGORSKY, G., *op. cit.*, p. 237 sitúa el crimen de nuevo en el día 21, pero de 865, año también propuesto por MAIER, F. G., *op. cit.*, p. 177.

³³⁸ Sobre esas fuentes y las descripciones, *vide* VARONA CODESO, P., *Construcción histórica y literaria*, pp. 173-174.

³³⁹ ADONTZ, N., "L'âge et l'origine" (2ª parte), pp. 226-227, señala una anécdota recogida por las fuentes con un tal Basilisciano, al que Miguel obliga a calzarse los borceguíes de púrpura de Basilio, asegurando que le sientan mejor que a su dueño. Sugiere además una posible asociación al trono. En la *Vita* se menciona a un Basilicino, probablemente la misma persona, como protagonista de una escena similar. Allí (250, 7-8) se le describe como φαῦλον καὶ μιὰρὸν θηλυδρῖαν τε καὶ φιλόκωμον. Este personaje parece ser el ayudante de cámara que se hallaba en el dormitorio imperial la noche del crimen, detalle aducido por quienes defienden el carácter homosexual de Miguel. Sobre las fuentes de estos episodios y del crimen en sí mismo, *vide* VARONA CODESO, P., *Construcción histórica y literaria*, p. 178 y ss.

caso, habría tenido una parte activa en ella³⁴⁰. La línea de pensamiento dictada por los macedonios hace pasar de puntillas sobre el suceso, como en el caso de la *Vita*, que en todo caso se justifica como castigo divino a la impiedad de Miguel, pero sin mencionar nunca el papel de Basilio en todo ello. Aun así, Liutprando³⁴¹ recoge lo que debía de ser un rumor o leyenda circulante en Constantinopla: que el recuerdo del nefando crimen atormentaba al macedonio tanto que el propio Jesucristo se le apareció en sueños para reprochárselo, y para expiar su culpa construyó la iglesia llamada “Nueva” o *Nea*, de la que habremos de hablar de nuevo en este trabajo. Tougher sugiere la posibilidad de que la exhumación y traslado de los restos de Miguel a Constantinopla pudieron estar inspirados en un deseo de Basilio en su lecho de muerte³⁴².

Volviendo a su matrimonio con Eudocia Ingerina, los testimonios de las fuentes menos afines a la causa macedonia han alimentado algunas leyendas en torno a Basilio y su descendencia, que retratan a la emperatriz casi como una especie de Mesalina: habría sido amante de Miguel durante al menos una década, y seguiría siéndolo a pesar de la boda impuesta entre ella y Basilio; incluso habría sido dada en matrimonio con anterioridad a un hijo del César

³⁴⁰ Como señala VARONA CODESO, P., *Construcción histórica y literaria*, p. 180, los implicados en esta conjura habrían participado también en la muerte de Bardas, lo que nos llevaría a pensar en una larga premeditación por parte de Basilio. Allí también habla de la posible relación, incluso familiar, de estos con el macedonio. Sobre esto, cf. ADONTZ, N., “L’âge et l’origine” (2ª parte), pp. 228-232.

³⁴¹ *Antapódosis*, I, 10: “Denique, parvo transacto tempore, huic dominus noster Iesus Christus per visionem apparuit, domini huius imperatoris, cuius hic necis auctor extiterat, dexteram tenens, eumque ita conveniens: ἵνα τι ἐσφαζες τὸν δεσπότην σου βασιλεῖα (ina ti esfases ton despotin su basilea, quod est ut quid interfecisti dominum tuum imperatorem?)”. Nos preguntamos si el detalle de la mano guarda relación con la amputación de la que hablan las fuentes antes de dar muerte definitiva a Miguel.

³⁴² TOUGHER, SH., *op. cit.*, p. 64. Para KARLIN-HAYTER, P., “The enjeu d’ un rumeur”, pp. 104-105, respondería a la idea de limpiar de algún modo el pecado cometido por su padre al derramar la sangre de un emperador, un ungido, que también le salpicaría a él como descendiente, viendo tal vez el terrible fin de todos los implicados en ella. Ya fuera una decisión política o religiosa, para la autora el funeral de Miguel estaría dictado por la piedad filial, sí, pero hacia su verdadero padre, Basilio, frente a la interpretación dada por el vulgo. La *Oración fúnebre* sería la afirmación oficial de esta filiación y el rechazo de su supuesto origen amorio.

Bardas, quien tras la muerte de este la habría tomado para sí³⁴³, origen de la futura enemistad con Basilio. Embarazada de siete meses de su hijo Esteban, habría participado de manera directa en la trama contra Miguel, embriagándolo a conciencia. Siendo ya emperatriz junto a Basilio, habría tenido un idilio con un tal Nicetas Xilinites, encargado de la mesa y banquetes imperiales (ἐπὶ τῆς τραπέζης), castigado por el macedonio con la tonsura, etc.

Estas fuentes aseguran que Basilio estaba casado con una mujer llamada María, con la que tenía ya al menos un hijo, Constantino, el que sería primer elegido por el macedonio para asociarlo al trono (869). Esta primera esposa sería alguien de su entorno, ya que se nos cuenta que se la envió de vuelta a Macedonia con oro en los bolsillos³⁴⁴. Junto a Eudocia habría tenido a León, Esteban (a quien también alcanza la sospecha de ilegitimidad), Alejandro y cuatro hijas más, de quienes se nos cuenta en la *Vita* que fueron consagradas a Cristo como religiosas³⁴⁵, aunque esto no parece ser cierto del todo, pero cuadraba en el proyecto de familia modélica del emperador ideal al que aspiraba su obra³⁴⁶.

Como señala Ostrogorsky³⁴⁷, la cuestión de la filiación y posible bastardía de algunos hijos de Eudocia es uno de los temas que más interés y pasión han desatado entre los estudiosos de Bizancio, por encima de otros de

³⁴³ León el Gramático, 240, 3-7: Φήμης δὲ διαθεούσης περὶ Βάρδα Καίσαρος ὅτι τῇ νύμφῃ αὐτοῦ συμφθείρεται, τοῦτο ἀκούσας Ἰγνάτιος ὁ πατριάρχης πολλάκις παρήνευσεν αὐτὸν ἀποσχέσθαι τοῦ τοιούτου μιάσματος καὶ μὴ πρόσκομμα εἶναι πολλῶν τὸν ἀρετῆς ὑπόδειγμα καὶ σώφρονος βίου εἶναι ὀφείλοντα.

³⁴⁴ *Ibidem*, 242, 9-11: τὴν δὲ πρώτην αὐτοῦ γυναῖκα Μαρίαν δούς χρυσίον καὶ ἄλλα τινὰ ἀπέστειλεν ἐν Μακεδονίᾳ εἰς τὰ ἴδια.

³⁴⁵ 264, 17-21.

³⁴⁶ Poco se sabe de las hijas de Basilio, y solo se puede elucubrar en función de citas o detalles sueltos, pero parece seguro que eran cuatro, igual que los varones, como afirma la *Vita*, cuyos nombres serían Anastasia, Ana, Helena y María. Sobre algunos posibles datos más acerca de ellas, Cf. MANGO, C., "Eudocia Ingerina, the Normans and the Macedonian Dynasty", *ZRVI* 14/15 (1973), pp. 17-27 (Reeditado en *Byzantium and its Image*, Londres 1984, estudio XV), en concreto, p. 22 y nota 35. Cf. también VOGT, A., "La jeunesse de Leon VI le Sage", *Revue Historique* 174 (1934), pp. 389-428, en concreto, p. 400.

³⁴⁷ *Op. cit.*, p. 238, nota 62.

mayor importancia. A esta teoría han contribuido no sólo las negativas versiones de las fuentes, sino la dificultad de establecer fechas seguras que nos indiquen en qué año nacieron los hijos de Basilio, a fin de hacer deducciones plausibles al respecto. Las conclusiones en este sentido divergen y por consiguiente no hay acuerdo en una cuestión que aún se investiga. Cabe decir además que en este asunto a menudo se consideran más fiables las fuentes antimacedonias³⁴⁸ que las “oficiales”, cuando ello no supone garantía alguna, ya que se puede ser tan hábil ocultando verdades como sibilino inventando mentiras verosímiles, por lo que se debe ser cauteloso al analizar unas y otras fuentes.

Por ejemplo, ¿qué razones tendría Miguel, todo un emperador, para obligar a Basilio a casarse con su amante, supuestamente ya embarazada, en lugar de hacerla su esposa? Desde el punto de vista de Mango³⁴⁹, estaría justificado por el deseo de que ese hijo tuviese derecho al trono, junto al temor del escándalo que supondría casarse con Eudocia, y sobre todo, la oposición de Teodora, madre de Miguel. Por ello, este último se la habría adjudicado a Basilio para luego hacerlo coemperador, aunque ello requeriría eliminar de alguna manera a Bardas, único obstáculo en aquel entonces. A esta teoría se puede alegar que nada indica que tuviese una especial inclinación hacia León, una vez que nació.

Asimismo, Mango piensa que, tal y como dicen las fuentes antimacedonias, Eudocia aprovechó la situación de ventaja que había alcanzado para colaborar de manera plenamente activa en la terrible muerte de Miguel. Como él mismo afirma, es tentador ver en ella una belleza nórdica³⁵⁰ capaz de inducir al crimen o de implicarse en él, pero no tenemos más

³⁴⁸ Es la postura, en general, de MANGO, C., en el citado artículo “Eudocia Ingerina”.

³⁴⁹ *Ibidem*, p. 24.

³⁵⁰ Sobre el posible origen escandinavo de Eudocia Ingerina, cf. MANGO, C., “Eudocia Ingerina”, pp. 17-19 y 26-27.

seguridades que nuestras propias hipótesis, ya que todos los indicios provienen de fuentes muy parciales en ambos sentidos.

Volviendo al problema de los hijos de Basilio, en el caso de Constantino, algunos autores³⁵¹ consideran indudable que fuese fruto de ese primer matrimonio, mientras que otros, como Tougher³⁵², lo cuestionan, toda vez que no existe referencia alguna a ello en las fuentes, que como mucho, lo consideran hijo de Miguel. Tras analizar la cuestión y sopesar los diversos testimonios, no ve motivos para pensar que no era hijo de Eudocia, ya que incluso el argumento de la edad, que le habría impedido, de haber nacido de ella, acompañar a Basilio a sus campañas bélicas en 878, es refutable, pues no es inverosímil que en aquella época un muchacho de catorce años hubiese ido de aprendiz con su padre el emperador.

Con León las cosas son incluso más complejas. Se suele argumentar que la falta de entendimiento entre él y Basilio se debía a su calidad de bastardo³⁵³, frente a Constantino, al que consideraba suyo, por lo cual quería que él fuese el continuador de la dinastía. Era uno de sus grandes proyectos de Estado, que se convertiría en su gran aflicción cuando falleció de manera prematura e inesperada en 879, de modo que Basilio tuvo que conformarse con León como heredero, y la mutua antipatía aumentaría hasta culminar con su reclusión temporal en palacio, apartado incluso del poder.

Para Adontz la teoría de la ilegitimidad se desvanece cuando se ajustan las fechas de nacimiento de León y sus siguientes hermanos, que cree poder

³⁵¹ Por ejemplo, ADONTZ, N., "La portée historique", p. 509; OSTROGORSKY, G., *op. cit.*, p. 238; GARLAND, L., *Byzantine Empresses. Women and Power in Byzantium AD 527-1204*, Londres 1999, p. 106.

³⁵² *Op. cit.*, p. 43.

³⁵³ Uno de los primeros sería VOGT, A., *Basile I, empereur de Byzance et la civilisation byzantine a la fin du IXe siècle*, París 1908, p. 60 y ss., si bien más tarde reconoció, en función de cuanto León dice en su *Oración fúnebre*, que la verdad es más simple que todas esas suposiciones sobre su legitimidad, y que era hijo de Basilio y Eudocia. Cf. VOGT, A., HAUSHERR, I., *op. cit.*, p. 10 y ss., en especial p. 12.

fijar en octubre de 866 para León³⁵⁴, diciembre de 868 para Esteban y noviembre de 870 o bien de 871 para Alejandro, que sería así el menor³⁵⁵. Es decir, todos habrían nacido tras la coronación de Basilio como coemperador. Considera, además, un rumor innoble y propio del populacho toda la historia alrededor de Eudocia, si bien no descarta su participación en el crimen de Miguel³⁵⁶. Ostrogorsky también apoya la teoría de la legitimidad de León.

Por su parte, Tougher, que dedica un capítulo de su obra³⁵⁷ a analizar esta cuestión de la filiación de León y sus tirantes relaciones con Basilio, concluye que es muy probable que fuese tan hijo suyo como Constantino y Alejandro, pero que su carácter osado e independiente lo habría hecho rebelarse frente a las imposiciones paternas, tanto más cuanto que el acceso al trono se convirtió en un hecho seguro para él tras la muerte de su hermano Constantino. Hay datos que indican que Basilio lo consideraba hijo suyo y descendiente de la misma dinastía, aunque sintiera una clara y no ocultada preferencia por Constantino, tal vez por una debilidad paterna o una especial afinidad de carácter, algo que ignoramos. La actitud de Basilio ante la educación de León, su entorno más cercano, su asociación en el trono, etc., hacen difícil pensar en una aversión total hacia ese hijo en un principio.

Sorprende además que tras la desaparición de su primogénito no se volcara en Alejandro, considerado por las fuentes antimacedonias el primero nacido en la legitimidad, si de verdad odiaba a León por ser bastardo. Nada lo obligaba a dejarle a él el trono, pues si León había sido coronado coemperador

³⁵⁴ Este año es el aceptado finalmente por VOGT, A., "La jeunesse de Leon VI le Sage", p. 389 y una larguísima nota 1, en la que explica la complejidad de la cuestión y cómo en principio había postulado la fecha de diciembre de 866 (*Basile I*, p. 60), para fijarla más tarde en octubre de 864, en función de diversas fuentes ("Oraison funèbre", p. 10), que con posterioridad le llevan a volver a su primer parecer tras un nuevo análisis, si bien considera que el nacimiento se habría producido a principios de septiembre.

³⁵⁵ "La portée historique", p. 503 y ss., en especial 508. JENKINS, R. J. H., "Chronological Accuracy", p. 99, coincide con Adontz en considerar a Esteban mayor que Alejandro, pero data su nacimiento en 867.

³⁵⁶ *Ibidem*, pp. 511-513.

³⁵⁷ *Op. cit.*, p. 42 y ss., con bibliografía y datos sobre toda la cuestión.

en 870, un año después que Constantino, Alejandro recibiría el mismo rango en 879, tras la muerte de su hermano, lo que lo habilitaba también para el puesto. Ambos habrían recibido el título a muy corta edad, y en el caso de León, indica que no lo consideraba ajeno al trono. Por otra parte, no se explica que Basilio ordenara para él la redacción de la obra llamada *Πρὸς Λέοντα Κεφάλαια Παραινετικά* (*Capítulos Admonitorios a León*), realizada tras la muerte de Constantino, una obra de las que conocemos como “Espejo de Príncipes”, manual ético-político y legado para el que ya consideraba sería su heredero.

Pero además de Alejandro había otro varón, Esteban, que nunca obtuvo el título de coemperador ya que fue consagrado a la carrera eclesiástica y llegó a ser patriarca durante el reinado de su hermano León VI, con lo que se consolidaba la influencia de la dinastía en el Imperio. Jenkins³⁵⁸ se ha planteado si su dedicación a la Iglesia no respondería a una especie de expiación por la participación de Eudocia, encinta de al menos siete meses, según resulta al contrastar las diversas fuentes, en el asesinato de Miguel III. Sin embargo, Adontz descartaba esa posibilidad basándose en las mismas fuentes, y apuntaba la fecha de 868, un año después de lo propuesto por Jenkins, como más verosímil.

A este embrollo de fechas hay que añadir la cuestión, aún debatida, de cuál de estos dos hermanos era mayor. A menudo se ha pensado que ese puesto correspondería a Alejandro, algo que encaja con el famoso acróstico ΒΕΚΛΑΣ, y que según autores como Ostrogorsky³⁵⁹ entra dentro de la lógica de dedicar al menor a la Iglesia, como hizo el propio Lecapeno con el suyo, también a una edad muy temprana. En su opinión, no tendría sentido creer que el Porfirogeneta pudiera haberse equivocado en esto, cuando describe a su

³⁵⁸ JENKINS, R. J. H., “Chronological Accuracy”, pp. 98-100. TOUGHER, SH., *op. cit.*, p. 48, coincide con él en fechar el nacimiento de Esteban en el 867.

³⁵⁹ *Op. cit.*, pp. 238-239, nota 63.

familia en la *Vita*³⁶⁰. Sin embargo, Adontz³⁶¹ sostiene que Alejandro sería el menor, y que toda la cuestión del acróstico, diseñado así para que tuviera una apariencia legible en griego, habría influenciado la visión de fuentes posteriores, incluido el propio Porfirogeneta. Jenkins³⁶² coincide con él, aduciendo entre otras cosas que cualquiera de nosotros tendría dificultades para recordar el orden de los hermanos de nuestros abuelos.

Como se ve, la cuestión sigue siendo un rompecabezas que aún no ha podido ordenarse por completo. Las fuentes más cercanas a la dinastía, como la *Vita* o la *Oración fúnebre* de León a su padre, no dejan traslucir la más mínima fisura en la familia, ni sospecha alguna hacia los progenitores, pero el carácter laudatorio de ambas obras impide un acercamiento objetivo al asunto. Aun así, Adontz³⁶³ ha señalado que León no tenía por qué dedicar un discurso de este tipo, o incluso en ese caso, podía haber obviado algunas alabanzas o dejar caer alguna sombra sobre Basilio, si es que lo consideraba padrastro. Pero de nuevo se puede alegar que el discurso tiene tan alto valor político que no podría haberlo construido de otra manera, aunque fuese a su pesar³⁶⁴.

Una última reflexión en toda esta cuestión de la legitimidad de los hijos de Basilio, es la planteada por Adontz sobre la posible esterilidad de Miguel³⁶⁵. En su opinión, sorprende el hecho de que, según las fuentes, Eudocia hubiese

³⁶⁰ 264, 14-17: μετὰ χρόνον τοίνυν τινὰ μεταδίδωσι τοῦ στέφους καὶ Ἀλεξάνδρῳ τῷ τρίτῳ υἱῷ· τὸν δὲ τούτων νεώτατον Στέφανον, ὡς τὸν Ἰσαὰκ ὁ Ἀβραάμ, προσάγει θεῶ καὶ τῇ τοῦ θεοῦ ἐκκλησίᾳ ἐγκαταλέγει καὶ ἀφιερῶι.

³⁶¹ “La portée historique”, p. 504. Además, según su datación, Alejandro habría sido demasiado pequeño para consagrarlo a la Iglesia.

³⁶² “Chronological Accuracy”, pp. 98-99.

³⁶³ “La portée historique”, pp. 510-511.

³⁶⁴ Es la opinión de MANGO, C., “Eudocia Ingerina”, p. 24, quien considera que Adontz, como armenio que era, estaba sobre todo interesado en demostrar el origen armenio de la dinastía. Cree (p. 26) que la *Oración fúnebre* está llena de insinceridad y mentiras sonrojantes, y va un poco más allá al considerar que se redactó dado que León se había excedido al mostrar ante todos su ilegitimidad, mientras que al llegar al poder los intereses dinásticos y de Estado le exigían maquillar cuanto era vox pópuli. Sugiere, incluso, que el padre de su amante Zoe habría sido el instigador del discurso.

³⁶⁵ TOUGHER, SH., *op. cit.*, p. 45, nota 15, se hace eco de esta teoría y aporta citas bibliográficas de autores que la apoyan.

sido amante de Miguel durante al menos diez años, y que sólo quedase encinta al aparecer Basilio en escena, aunque dichas fuentes intenten dar la imagen de que ese hijo sería de Miguel quien, ya casado con Eudocia Decapolítissa, forzó la boda de la hija de Íngero para darle una legitimidad a su hijo. Pero tampoco nos consta que favoreciese de un modo especial a León tras su nacimiento.

Da la sensación de que la fertilidad de Eudocia se habría disparado al llegar Basilio a la corte. El hecho de que el último amorio tampoco tuviese hijos con su esposa legal plantea dudas sobre la capacidad de Miguel para tener descendencia, o bien sobre su interés por el sexo femenino, ya que ni mostró nunca inclinación benevolente hacia el hijo de la mujer que todos consideraban como su mayor capricho amoroso (lo esperable de haber sido suyo), ni siquiera habría procurado dar hijos legítimos a su dinastía, en cuyo caso los rumores sobre su pretendida homosexualidad podrían tener fundamento y Eudocia nunca habría sido su amante, como sostiene Adontz. Todo sería una mezcla de propaganda contraria a la nueva dinastía y falta de información veraz sobre el pasado de Basilio, fomentada por los propios macedonios. Igual que sucede en la actualidad, los rumores sin fundamento real llegan a convertirse en tópicos difíciles de erradicar (piénsese en cuanto se dice de cualquier casa reinante de nuestros días).

En todo caso, fuera cual fuese el verdadero trasfondo de la nueva familia imperial macedonia, no hay pruebas de que la supuesta ilegitimidad de León o cualquier otro afectase al proyecto central de Basilio, ni a su comportamiento con Eudocia o sus hijos, tanto si de verdad los consideró bastardos como si no. Por ello, el debate al respecto aún no ha concluido y es posible que en un futuro nuevas investigaciones arrojen una luz distinta sobre el asunto.

El problema real con León vino tras la muerte de Constantino y el derrumbe psicológico de Basilio, junto al carácter rebelde del nuevo heredero, que empezó a dar muestras de inconformismo ante las decisiones paternas ya

con el casamiento decidido para él con la virtuosa Teófano, elegida por Eudocia entre otras cosas porque procedía de la misma familia que ella³⁶⁶. El joven León, de apenas dieciséis años, aceptó esa imposición y la obligación de separarse de Zoe Zautzina, con quien entonces mantenía relaciones tal vez sólo de amistad, que luego llegaron a más y constituyeron uno de sus escándalos, pues para entonces ella estaba ya también casada. Parece verosímil que Basilio hubiese sido especialmente severo con León en esta y otras cuestiones, llegando incluso al castigo físico, pues ahora era él el llamado a heredar el trono, y resultaba inaceptable el descrédito sobre la nueva dinastía luego de tantos esfuerzos por limpiar la fealdad de sus comienzos.

Así las cosas, era inevitable quizá que la tensión entre ambos culminara con un episodio tan desagradable como el encierro de León. Las fuentes atribuyen el origen real del problema a una trama urdida por Teodoro Santabareno, personaje del círculo de Focio³⁶⁷ y que ejercería una nefasta influencia sobre Basilio, para desacreditar a León, quien no lo veía con buenos ojos, y esto nos lleva a pensar en las nada cordiales relaciones entre el vástago de Basilio y el patriarca, si bien la *Vita* nos dice que este último medió para que fuese liberado³⁶⁸.

³⁶⁶ ADONTZ, N., "La portée historique", p. 512. GARLAND, L., *op. cit.*, p. 110, página en la que comienza un apartado dedicado a ella. Eudocia la habría elegido en una especie de concurso entre otras chicas para ver quién era la mejor candidata, probablemente un sistema para elegir nueras poco problemáticas para los hijos sucesores al trono. La propia Eudocia habría participado en uno de estos concursos para buscar esposa a Miguel III, organizado por su madre Teodora, quien finalmente se decantó por la neutra Eudocia Decapolítissa, quizá porque la hija de Íngero le parecía conflictiva (las fuentes lo achacan a su falta de virtud). Cf. BURY, J. B., *op. cit.*, pp. 156-157. Sobre estos concursos existe variada bibliografía, recogida por TREADGOLD, W., "The Historicity of Imperial Bride-Shows", *JÖB* 54 (2004), pp. 39-52.

³⁶⁷ ΜΑΡΚΟΠΟΥΛΟΣ, Α., "Αποσημειώσεις", p. 199 y nota 59.

³⁶⁸ Eso sí, sin nombrarlo, como sucede en toda la *Vita*, algo a lo que nos referiremos más adelante: διηρέθιστο δὲ παρὰ τοῦ ἐχθροῦ καὶ ἐκδικητοῦ πρὸς τὸ καὶ τοὺς λύχνους ἐπισβέσαι τῶν ὀφθαλμῶν. ἀλλὰ τοῦτο μὲν ὑπὸ τοῦ τῆς βασιλίδος ἀρχιερέως καὶ τῆς συγλήτου βουλήs κωλύεται διαπράξασθαι (350, 11-14).

Pero el auténtico motivo parece haber sido una verdadera conjura urdida contra Basilio en 883, cuya existencia puede sospecharse a partir de elementos presentes incluso en fuentes árabes, que daban por muerto al emperador, aunque no sea posible determinar con exactitud si León participó en ella o no. Jenkins³⁶⁹, basándose en los diversos testimonios de las fuentes, apoya esa teoría, que en su opinión a la postre resultó exitosa, pues pasó a ser una trama aún mayor que acabó con la muerte de Basilio y la liberación de León en 886.

Por su parte, Tougher³⁷⁰ considera probable, si no la participación directa en la conspiración maquinada por personas de su círculo, que León se hubiese planteado el modo de acelerar la caída de un Basilio en decadencia tras la desaparición de su primogénito y con él, de todas sus expectativas hacia el trono. Más que un profundo odio hacia su padre, León habría visto un enorme perjuicio para la dinastía en la actitud, suponemos idiotizada, de Basilio; tal vez incluso veía León peligrar su futuro como emperador de seguir así. Entre otros datos que apoyan esta teoría están sus propias palabras, que en el discurso sobre la fiesta del profeta Elías, de especial importancia para él pues en ese día fue liberado, lo retratan como un pecador y no hablan de injusticia ni inocencia³⁷¹.

Cabe plantearse hasta qué punto la dureza de la pérdida de Constantino habría hecho pensar a un Basilio que fomentaba de manera institucional el modelo davídico, si de verdad no había un paralelismo entre el rey hebreo y su persona. Tal vez el desarrollo de los hechos lo había impresionado hasta ver coincidencias, tanto en el hecho de haber conducido de manera consciente a un hombre a la muerte (en su caso por codicia), como en el castigo divino sobre su primogénito, y quizá esto motivara el que parece seguro desmoronamiento

³⁶⁹ "Chronological Accuracy", pp. 101-103.

³⁷⁰ *Op. cit.*, p. 57 y ss.

³⁷¹ Cf. ANTONOPOULOU, TH., *op. cit.*, pp. 234-236.

psíquico, aunque la *Vita*, siguiendo el modelo, afirma que enseguida se recuperó³⁷². De ser cierto, no sería inverosímil que León fuese consciente de los peligros que acechaban a la dinastía si no intervenía, aunque ello no nos garantiza su participación en la conjura.

El episodio de la reclusión se nos presenta en la *Vita* como fruto de la envidia y la calumnia, junto a una mala influencia sobre el emperador³⁷³. El Porfirogeneta habría optado por incluir en su relato una situación suficientemente conocida por todos, pero añadiendo algún detalle distinto sobre la versión exculpatoria, presente por otra parte en las demás fuentes³⁷⁴, o bien la aprovechó porque le resultaba útil para extraer conclusiones sobre la legitimidad con la que su padre había heredado la corona. La escena del pájaro delator que, colgado de su cesta comienza a suspirar por su señor León, en mitad de un banquete con los principales del reino, era la forma que permitía restablecer el honor de su padre y, por ende, el suyo, quizá mejor que un silencio al respecto, verdadero dedo acusador ante lo que era de todos conocido.

La liberación de León plantea otras reflexiones. Si Basilio sospechaba una participación real de este en la conjura, no se explica por qué habría de liberarlo, y en todo caso, nos hace cuestionarnos por qué no se volcó más en

³⁷² 345, 11 y ss., en concreto: καὶ αὐτὸς ἄνθρωπος ὦν καὶ θνητὸς ἤδει καὶ τὸν υἱὸν ἔχων ὁμοίως θνητόν, καὶ διὰ τοῦτο τὸ πέρα τοῦ μετρίου τὸ συμβᾶν ἀποδύρεσθαι ὡς ἀγεννές τε καὶ ἄνανδρον τῇ γυναικωνίτιδι διδοὺς θᾶπτον ἐγένετο ἑαυτοῦ. Comentarios sobre la narración de estos hechos en la *Vita* pueden verse en el apartado III. 5. 9 de la segunda parte.

³⁷³ Narrado en 348, 10 y ss.

³⁷⁴ Todas coinciden en la versión de León engañado por Sandabareno como origen de su encarcelamiento. Cf. TOUGHER, SH., *op. cit.*, p. 57 y nota 77. Vide también ΜΑΡΚΟΠΟΥΛΟΣ, Α., “Ἀποσημειώσεις”, p. 198 y ss., para otras versiones similares del episodio y en especial una tan tardía como el año 1574, que recrea el episodio del banquete, aunque aquí es la madre la que suspira “Λέων μου, Λέων μου” en lugar del pájaro. Ya que todas las referencias son posteriores a la primera mitad del s. X, este hecho nos da idea de la pujanza de la tradición oral que surge con fuerza en esta época, donde los sucesos ligados a personajes nobles o considerados de importancia adquieren pronto una dimensión mítica y fantástica que perdura a través de los siglos.

Alejandro. Tal vez le parecía tarde o se sentía ya cansado para preparar a un tercero en las tareas del trono. O quizá se convenció de veras de su inocencia. En todo caso, con un golpe de efecto como era presentarlo de nuevo liberado en la fiesta de san Elías, Basilio consiguió dar una imagen de unidad y concordia familiar, a la vez que reforzaba la idea del apoyo divino sobre su dinastía³⁷⁵.

En esa época debió de encargarse para él una nueva obra de recomendaciones morales, titulada *Βασιλείου βασιλέως ἑτέρα παραίνεσις εἰς τὸν αὐτοῦ υἱὸν Λέοντα βασιλέα*³⁷⁶, que solo podría entenderse como otra confirmación de que era su elegido para heredar el trono. Pero poco después de la liberación de León Basilio murió. Los únicos detalles que coinciden en las distintas versiones es que el detonante de su muerte se produjo durante una cacería, sin que podamos determinar con certeza si fue una terrible caída de su cabalgadura, una herida producida por un ciervo al que pretendía cazar³⁷⁷, o un atentado encubierto, como se ha llegado a sospechar.

Tampoco en esta ocasión podemos determinar si León participó en una nueva conjura, de ser cierto este último extremo, algo que solo se explicaría porque viera en la persistente depresión de su padre un enorme peligro para la estabilidad del régimen y de su dinastía, o incluso porque temiese algún

³⁷⁵ TOUGHER, SH., *op. cit.*, p. 60. Para KARLIN-HAYTER, P., "The enjeu d' un rumeur", p. 102, el cariño expresado desde siempre por el pueblo a León, más aún en este episodio, estaría relacionado con la consideración de ilegítimo, o sea, de "legítimo" descendiente de la dinastía eliminada por Basilio.

³⁷⁶ Según sugiere MARKOPOULOS, A., "Autour des Chapitres parénétiqes de Basil 1^{er}", *Εὐψυχία. Mélanges offerts à Hélène Ahrweiler*, París 1998, pp. 469-479, en concreto, pp. 474-476. En su opinión, y frente a la teoría de Tougher, que veía en esa obra una muestra de reconciliación con León por haber roto las relaciones con Zoe, esta sugerente tesis no explica del todo la necesidad de una nueva parénesis. En cambio, los turbios sucesos que llevaron a encarcelarlo sí serían un motivo de peso para una reconciliación. De este modo, propone el corto periodo entre la liberación de León y la muerte de Basilio (20 julio-29 agosto de 886) como fecha más probable para datar esos nuevos *Capítulos parenéticos*, que conformarían "una especie de testamento espiritual" y estarían marcados en su estructura y contenido por los indeseables hechos que habían conducido a su elaboración.

³⁷⁷ En el apartado III. 5. 10 de la segunda parte volveremos al tratamiento dado a la muerte de Basilio dentro de la *Vita* y los posibles motivos para la presentación allí adoptada.

cambio de opinión en su elección como heredero al trono, aunque en principio nada indica que Basilio tuviese intenciones de ello.

Lo único cierto es que en agosto de 886 acabó sus días el fundador de la dinastía macedonia, personaje controvertido de origen incierto y creador de una estirpe imperial sobre unos cimientos de dudosa moralidad, que sin embargo inauguraría una nueva época dorada para Bizancio cuyo resplandor no se repetiría ya en el Imperio de Oriente.

III. 3. EL REINADO DE BASILIO, ÚLTIMO GRAN DESTELLO DE BIZANCIO.

Miguel había muerto en sus aposentos a manos de unos conjurados de origen armenio comandados con toda probabilidad por Basilio. Pero este hecho impío pronto se vio oculto por el éxito del nuevo gobernante, un hombre que supo encauzar los incipientes progresos de sus antecesores.

Para empezar, y contra toda expectativa, cambió la política eclesiástica seguida con Miguel y Focio, quizá buscando en el papa de Roma una ayuda frente a los avances árabes en el sur de Italia, movido por un afán de recuperación de la antigua gloria bizantina, según algunos; o bien, siguiendo la teoría de Λουγγής, para poner en práctica el ecumenismo limitado que habría pactado con el papa, como interpretación de la *Donatio* en favor de Bizancio, algo que supuestamente dejaría vía libre en la evangelización de búlgaros y rusos, y permitía intervenir en esa zona de Italia, a costa de algunas concesiones³⁷⁸. Pero sobre las causas que llevaron a este nuevo rumbo en materia eclesiástica, la destitución de Focio y su relación con esa teoría volveremos al analizar la ideología política en época de los macedonios³⁷⁹.

Restableció, pues, Basilio a Ignacio en el patriarcado y desterró a Focio, si bien luego le confió la educación de su hijo León, una vez fallecido su primogénito, lo que da idea de su inteligencia y su capacidad estratégica. Ahora bien, esto no significa una política de reconciliación con el papa: una vez más la cuestión búlgara será la manzana de la discordia en la cada vez mayor escisión entre Oriente y Occidente, y lo que al principio era un intento de reconciliación terminó con la vuelta a la anterior política eclesiástica. De este modo, Focio volvió a la capital en el 875 como educador de los príncipes y, al

³⁷⁸ Sobre esta teoría, *vide* apartados I. 2 de la primera parte y III. 4 de la segunda, para su aplicación. Cf. apartado III. 1. 3, acerca de las ideas de Focio, que habrían causado su destitución por interferir con esta nueva política macedonia.

³⁷⁹ *Vide* apartado III. 4 de la segunda parte.

morir Ignacio en el 877, toma su puesto, sancionado en el 879 por un sínodo con representantes de Roma. La tensión inicial se había superado, y no se llegó a un cisma, dado que las partes en conflicto cedían en algunos puntos y el papa aceptaba al nuevo patriarca, no sin condiciones y como señal de condescendencia hacia Oriente. Por el momento, y siguiendo a la *Vita*³⁸⁰, el *basileus* había calmado la tempestad que azotaba la Iglesia.

Tampoco abandonó la política exterior³⁸¹. Demostró ser un hábil estratega en sus expediciones, cuyo fruto serían diversas reconquistas. En el Occidente, territorio de jurisdicción del papa de Roma al menos espiritualmente, se necesitó la ayuda bizantina, cada vez más efectiva. Basilio se enfrentó a árabes y serbios (ya que las misiones bizantinas no lo habían conseguido con la Palabra), liberó importantes plazas como Ragusa, y en colaboración con el rey franco Luis II, otras como Bari. En el sector oriental hubo que hacer frente a los ya citados paulicianos, empresa que conllevó la victoria sobre éstos y la conquista de su principal bastión, Téfrica.

Pese a algunas derrotas, quedaba patente la nueva supremacía de Bizancio, y aunque no consiguió expulsar del todo a sus enemigos, sí lo hizo de zonas en que llevaba asentado largos años, como es el caso del predominio árabe en Asia Menor. Los cristianos conseguían así ganar posiciones perdidas hacía tiempo. Pero tal vez lo más significativo e interesante de la política emprendida por Basilio es la prioridad que constituye Occidente, y no tanto por el peligro árabe allí como por otras razones con miras más amplias, como ha señalado la profesora Blisidou³⁸².

En efecto, un ataque o una ocupación árabe podían conjurarse con intervenciones militares, que podían pactarse de alguna manera con el papado.

³⁸⁰ 262, 7-8.

³⁸¹ Para un análisis de esta política, *vide* el artículo de ΒΛΙΣΙΔΟΥ, Β., “Συμβολή στη μελέτη της εξωτερικής πολιτικής του Βασιλείου Α΄ στη δεκαετία 867-877”, *Σύμμεικτα ΚΒΕ / ΕΙΕ* 4 (1981), pp. 301-315.

³⁸² *Ibidem*, p. 310.

El problema de fondo era la imposibilidad de actuar libremente en un área que se consideraba ya vedada para el Imperio de Oriente, heredero en teoría de ese derecho como descendiente del creado por Constantino el Grande, mientras que el papado (o los emperadores y reyes sometidos espiritualmente a este) sí podía adentrarse en territorio oriental con comodidad. Esto parece deducirse de la actitud de Basilio en Dalmacia, adonde acude raudo para defender algunas plazas seriamente amenazadas allí, en contraposición con los pasos seguidos por el macedonio cuando el problema se halla en la península itálica: aunque la presencia de las tropas bizantinas allí es imprescindible, decide enviar legados ante el rey franco y el papa. Dicho de otro modo, pide su aprobación para actuar³⁸³.

Tenía motivos para hacerlo: desde su creación como Estado pontificio en 754, el papado había logrado avanzar a pasos agigantados, sobre todo como autoridad política frente a un Imperio bizantino que se debilitaba en ese frente. El resultado, en época de los amorios, había sido la aceptación de aquellos principios de la *Donatio* que habían cercenado el papel del *basileus* en la zona occidental, y vetaban tanto su presencia allí como toda aspiración a recuperar territorios perdidos en cualquier momento de su historia, o a “liberar” a los cristianos en apuros en esa zona.

Como señala Blisidou³⁸⁴, Basilio había comprendido que el problema fundamental en el fondo era el papado, que creaba unos muros infranqueables aunque algún día desapareciese el enemigo árabe, si bien este último le brindaba la oportunidad de intervenir. Por ello fue prudente en extremo antes de actuar en Italia, pero igual de astuto al conseguir de ese modo autorización para lo que en apariencia era una actuación temporal en esa área, pero que en realidad buscaba establecer una base para futuros movimientos en libertad. Esto nos confirma además que los amorios, hábiles en sus campañas de

³⁸³ ΒΛΙΣΙΔΟΥ, Β., *op. cit.*, pp. 303-304.

³⁸⁴ *Ibidem*, p. 312.

Oriente, no habían abandonado aquellos territorios a su suerte, como más tarde pretende el Porfirogeneta en la *Vita*³⁸⁵, sino que no podían actuar de otro modo al haber aceptado los presupuestos de la *Donatio* y no saber encontrar modo de burlarlos, menos aún con la presencia del inflexible Focio. Las ideas ecuménicas de este último no podían conjugarse con el giro político diseñado por Basilio, y tuvo que ser purgado por el momento. Sobre este tema habremos de volver al hablar de la ideología política de los macedonios.

Esta febril actividad fuera de las fronteras no le impidió ocuparse con igual dinamismo de su Imperio en sí. Resulta paradójico que con este hombre de no muy elevada cultura (como parece deducirse, entre otras cosas, por el oficio con el que entró en la corte) el saber y la educación vivieran una de las épocas de mayor auge. Las bases de este éxito están sin duda en el interés cultural de sus antecesores, al que corresponde la creación de una escuela superior en Magnaura por Bardas.

En un capítulo anterior hemos hablado del resurgimiento del deseo de formación tras la crisis de identidad que reflejaba la tempestad iconoclasta, y de cómo con la calma sale a flote el eterno sentido griego de παιδεία, que desde la escuela de Constantinopla irradiará a todo el Imperio. En Magnaura confluyeron grandes figuras como León el Matemático, bajo cuya dirección la escuela recibió un fuerte impulso, y cuyos mejores frutos se recogen en época de Constantino Porfirogeneta. Se alcanza entonces la madurez del sistema iniciado (o continuado, según se mire) por su abuelo y el apogeo del renacimiento característico del siglo X, todo ello propiciado por estos factores coyunturales que se dieron cita en su momento, como hemos visto en este capítulo y en el anterior.

Con este mismo espíritu renovador el primer macedonio elevó hermosos monumentos y edificaciones en el recinto palacial, y un buen número

³⁸⁵ 288, 12-13: ἀκολουθῶς γὰρ τοῖς λοιποῖς καὶ τῶν κατὰ τὴν ἐσπέραν πραγμάτων ἐπὶ πλεόν ἀμεληθέντων ἐπὶ τῆς βασιλείας τοῦ Μιχαήλ (...).

de iglesias nuevas o reconstruidas, a veces desde los cimientos³⁸⁶. Con Basilio y sus herederos también el arte vive su particular auge, y como reflejo de la nueva erudición y el peso de Oriente, en las construcciones vuelven a la pintura y el mosaico, un tanto detenidos con el conflicto de las imágenes, impregnados bien de espíritu helenístico o sabor oriental. Ambas tendencias compartirán el gusto por el adorno y la armonía cromática, aunque en la primera destaca el equilibrio, refinamiento y expresividad frente al vivo realismo y la profusión ornamental de la segunda. A esta época pertenece la introducción de iglesias con cúpula y edificios accesorios que acabarán siendo elementos inseparables.

La iconografía comparte estas bases y se renueva con fuerza como expresión simbólica de los dogmas. La doble influencia, helenizante y oriental, determina y recorre el elegante arte de los macedonios. Vemos que también en el arte afloran las dos grandes tendencias a las que tuvo que enfrentarse Bizancio en los llamados siglos oscuros, en busca de su propia identidad: de esta reflexión surgen estas dos expresiones renovadas, meditadas. Por otra parte, la iconografía de los macedonios estará especialmente entregada a la propaganda de la dinastía, con la elección de temas y motivos que refuerzan su legitimidad y la íntima unión del poder con Dios, que ha elegido a Basilio y sus descendientes para reconducir al verdadero Imperio³⁸⁷.

En este sentido, lugar preeminente e indiscutible ocupa la adaptación de la figura del soberano bíblico David, como modelo de comparación para retratar al recién llegado al mundo cortesano, el nuevo emperador Basilio. Es cierto que la asimilación entre el emperador de Oriente y el rey bíblico ya había sido utilizada en Bizancio con anterioridad y lo sería después, pero los

³⁸⁶ Para ver cómo están reflejadas estas obras y su importancia para la ideología imperial, *vide infra*, apartado III. 5. 8 de la segunda parte.

³⁸⁷ Sobre la iconografía utilizada por los macedonios con fines propagandísticos, *vide* JOLIVET-LÉVY, C., "L' image du pouvoir dans l' art Byzantin à l' époque de la dynastie Macédonienne (867-1056)", *Byzantion*, 57 (1987), pp. 441-470.

macedonios supieron poner en marcha todo un programa propagandístico orientado a presentar a Basilio como ese en apariencia humilde y desconocido muchacho de provincia, emperador *in pectore* para Dios, capaz de devolver al trono su esplendor gracias a sus muchas y preciosas virtudes, y al apoyo constante del cielo³⁸⁸.

Uno de los principales artífices de lo que podríamos llamar materialización de esa identificación entre Basilio y David sería Focio, de cuyo papel como creador de ramas genealógicas ilustres para los macedonios, educador de los príncipes o consejero / formador de Basilio, supliendo sus carencias en este sentido, ya hemos hablado algo aquí. Las primeras identificaciones directas se pueden encontrar en poemas o himnos laudatorios, algunos del propio Focio; otros de autores aún anónimos, sobre los que se proyecta la sombra del patriarca, sospechoso de ser su creador³⁸⁹. Todo nos lleva a pensar en él, bien como diseñador de la imagen davídica como base de la propaganda, o bien como quien dio forma a una idea que el propio Basilio tenía en mente y que, tal vez llegó a creerse, sobre todo cuando los hechos de sus últimos años parecían indicarle que Dios tenía en cuenta sus pecados, a pesar de haberlo elegido, como hemos visto.

A lo largo de este trabajo tendremos oportunidad de ver cómo la historia de David se prestaba a esta tarea con perfección: muchos de sus pasajes podían adaptarse a la imagen que quería darse del advenedizo, a la vez que se podían identificar personajes y situaciones con bastante comodidad. Y, repetimos, aunque esa equiparación ya existía, lo novedoso será el especial énfasis en aspectos oscuros o delicados como el origen del nuevo emperador o

³⁸⁸ Cf. MARKOPOULOS, A., "Anonymous Laudatory Poem", pp. 227-228, donde señala que esta identificación se convierte en el núcleo central de la exaltación de la dinastía, y que el propio Basilio estaba interesado en difundir esa imagen desde un principio. La dinastía habría continuado su programa de paralelismos con León *el Sabio*.

³⁸⁹ Cf. *ibidem*, en concreto, p. 228, donde afirma la activa e intensa participación de Focio en la ideología surgida de palacio; también MORAVCSIK, G., "Sagen und Legenden", p. 63 y ss.

su relación con Saúl / Miguel³⁹⁰. La comparación no se centra ya solo en su elección divina o su papel como soberano, sino que insiste de manera especial en toda la fase previa, es decir, en su llegada a la corte hasta ocupar el lugar del anterior emperador, quien habría perdido el favor de Dios.

Es curioso comprobar que este programa funcionaba en el nivel iconográfico tanto como en el literario, e igual que el enfoque davídico preside casi cualquier obra escrita macedonia conocida, y de manera muy especial, la *Vita*, igual sucede con las artes plásticas, ya sea en forma de representaciones votivas, salterios u otros. Maguire³⁹¹ tiene un interesante artículo al respecto, digno de mención, ya que pone en estrecha relación las técnicas retóricas del encomio con las de las artes visuales, y aporta ejemplos muy ilustrativos para nuestro estudio. En su opinión, la retórica, y muy en concreto las comparaciones, han permeado de tal manera todas las manifestaciones de la civilización bizantina, que su reflejo en el arte nos puede proporcionar muchas claves de interpretación que, de otro modo, pasarían desapercibidas.

En concreto, uno de los ejemplos que describe es un cofre tallado en marfil, perteneciente a la colección del Palacio de Venecia, en Roma³⁹². Propiedad de una emperatriz, la parte de la inscripción que hace referencia a su nombre es casi ilegible, pero parece verosímil su identificación con Eudocia Ingerina, sobre todo por el contenido iconográfico de la obra. Además de la clásica representación de la coronación de la pareja imperial por parte de Cristo, todas las escenas allí retratadas corresponden a distintos episodios de la vida del rey David, pero lo interesante es su insistencia en hechos como la

³⁹⁰ MARKOPOULOS, A., *ibidem*, considera que el Porfirogeneta habría avanzado en la equiparación entre la dinastía macedonia y el rey David con la identificación de Miguel como Saúl, que (añadimos nosotros) constituye el núcleo de la primera parte de la *Vita* y el motor de los acontecimientos hasta llevar a Basilio al trono. Para algunos autores, con todo, esta identificación es aún anterior, como veremos a continuación.

³⁹¹ MAGUIRE, H., "The Art of Comparing in Byzantium", *ArtB* 70, nº 1 (mar. 1988), pp. 88-103.

³⁹² *Ibidem*, pp. 89-93.

locura de Saúl, o la escena en que David corta un trozo del manto de Saúl en la cueva, para luego mostrárselo como prueba de su nula intención de destruirlo³⁹³. Para Maguire este juego de comparaciones tan específico y diferente a las que se establecen con el modelo davídico en otras obras, es paralelo al sistema de comparaciones presente en la *Vita*.

Tras un análisis de las escenas representadas, el autor encuentra una diferencia sustancial entre este enfoque y el que se da, por ejemplo, en el ya mencionado Salterio de París, del s. X, donde no hay alusiones a la vesania de Saúl, o bien en un poema panegírico dedicado a Basilio durante su reinado por Focio³⁹⁴. En este último se alude a la identificación con David, pero por sus virtudes morales. Sin embargo, es evidente que la iconografía del cofre sigue el “programa” que leemos también en la *Vita*, con especial énfasis en la persecución de que es objeto David por parte de Saúl: en una escena su esposa Mikal le ayuda a huir del enloquecido rey³⁹⁵; en otra es el sacerdote Ajimelek quien socorre al fugitivo David³⁹⁶, seguida de otra donde Saúl se venga de este sacerdote y su pueblo con una enorme matanza³⁹⁷, etc. A ello se une el interés por mostrar la inocencia absoluta de David (=Basilio) en la eliminación de Saúl (=Miguel), su predeterminada elección por parte del cielo y la necesaria muerte del anterior soberano, que en el modelo bíblico se suicidaba, y en el de la *Vita* prácticamente también, ya que el grado de perversión a que llega le hace merecedor de su eliminación, sin que participe en ello Basilio.

³⁹³ Narrado en 1 S 24. Aunque algunos instan a David a terminar con la vida de Saúl en ese momento en que está indefenso, ocupado en sus necesidades, él responde (v. 7): “Yahvé me libre de hacer tal cosa a mi señor y de alzar mi mano contra él, porque es el ungido de Yahvé”. La alusión es evidente.

³⁹⁴ MIGNE, J. P., *Patrologiae Cursus Completus, Series Graeca*, vol. 102, París 1900, col. 584.

³⁹⁵ 1 S 19, 11 y ss.

³⁹⁶ 1 S 21, 2 y ss.

³⁹⁷ 1 S 22, 6 y ss. Significativamente, el sacerdote dice a Saúl (v. 14): “¿Y quién, entre todos tus servidores es como David, el fiel, el yerno del rey y el jefe de tu guardia personal y honrado en tu propia casa?”

Por otro lado, señala Maguire³⁹⁸, el cofre constituye un encomio del rey David en versión iconográfica, que sigue además el conocido y clásico esquema propuesto por Menandro, al que habremos de referirnos en otro apartado, en las escenas elegidas: nacimiento (aunque la Biblia no se detiene en ese aspecto), su infancia (ausente también en el Libro), la unción por parte de Samuel, y diversas obras que equivaldrían a acciones de paz y de guerra. Concluye, pues, el autor que la retórica ha inundado las estancias de la iconografía, en un claro proceso de ósmosis entre manifestaciones culturales diversas; y que en función del esquema comparativo presente en el cofre, es más que probable la identificación del emperador representado con Basilio³⁹⁹.

Por nuestra parte, consideramos que esta visión de Maguire es bastante acertada en general, y más aún su interpretación de la iconografía del cofre en lo que respecta a la versión de la historia davídica que la dinastía macedonia quiso dar desde un principio, y que es sin duda la seguida por la *Vita*, aunque nos resulta sorprendente que no se haya señalado más a menudo la conexión entre ambas historias desde esa perspectiva, que es la que supone una originalidad frente a un tópico como era el de la identificación con el monarca bíblico⁴⁰⁰. Sin embargo, para Oikonomides y Cutler⁴⁰¹ toda esta hipótesis carece de fundamento ya que en su opinión, y según su análisis de las características del cofre, pertenecería a León VI y no a su padre Basilio. Pero incluso en ese

³⁹⁸ MAGUIRE, H., *op. cit.*, p. 91.

³⁹⁹ *Ibidem*, p. 93: "I have indicated how the carvings (...) match the propaganda associated with the succession to power of Basil I, especially the *Life of Basil*. The details of the fit are extraordinarily close and they should be taken into account in any attempt to date the casket on the basis of its corrupt and mutilated inscription", si bien concede el autor que la iconografía cuadraría a cualquier usurpador por el estilo de Basilio. La evidencia del paralelismo con el monumento literario de la *Vita* es, con todo, un argumento de peso.

⁴⁰⁰ *Ibidem*, p. 94: "In court rhetoric, all emperors resembled David, but each individual could find himself reflected in a different aspect of his model's life and character". Es más que probable que a los macedonios les interesase, por encima del carácter modélico del reinado de David, reforzar el paralelismo existente con su origen humilde y su elección y elevación al trono por Dios, aparte de la relación habida por David con su predecesor.

⁴⁰¹ CUTLER, A; OIKONOMIDES, N., "An Imperial Byzantine Casket and Its Fate at a Humanist's Hands", *ArtB* 70, nº 1 (marzo 1988), pp. 77-87.

caso habría que convenir en que sigue describiendo una propaganda de tipo davídico paralela a la iniciada por el primer macedonio, y no solo a la usanza de las tradicionales comparaciones entre el emperador de Oriente y el rey David.

Pero volviendo al personaje histórico, quizá el logro más significativo de Basilio I dentro de ese Imperio sea la reforma legislativa que acometió. Las famosas leyes de Justiniano necesitaban una revisión después de tres siglos de vigencia, para que pudieran responder a las necesidades del Imperio del momento y, como señala Vasiliev⁴⁰², Basilio deseaba completar la obra de Justiniano ajustándola a su época, tal vez porque se consideraba un soberano de igual talla y prestigio⁴⁰³. Pero tal vez estaba dando un paso cargado de sentido político, digamos, universal: recordar el carácter netamente “romano⁴⁰⁴” del Imperio y su emperador, frente a los nuevos pretendientes a tan sagrado cargo, como había sido Carlomagno, y reforzar así su posición frente al imparable papado; todo ello en la línea seguida en general por el Macedonio aquí ya descrita.

Para ello, entre otras acciones, había que limpiar de todo aspecto poco acorde con la tradición jurídica romana la *Écloga* promulgada por los Isaurios en 741, única obra legislativa de este tipo tras el *Corpus Iuris Civilis* de Justiniano⁴⁰⁵; y por otra parte hacer una verdadera vuelta al sistema justiniano estableciendo en primer lugar una traducción definitiva al griego, toda vez que el latín había dejado de percibirse en el Imperio como lengua de trabajo para la legislación, para desde allí rehacer y afianzar dicho sistema legislativo. En otras palabras, y como señalan Signes Codoñer y Andrés Santos,

⁴⁰² VASILIEV, A., *op. cit.*, p. 225.

⁴⁰³ En opinión de SIGNES CODOÑER, J. y ANDRÉS SANTOS, F. J., *La Introducción al Derecho (Eisagoge) del patriarca Focio*, Madrid 2007, p. 63, es posible que la idea se gestase ya con César Bardas, aunque se plasmara con el Macedonio.

⁴⁰⁴ Al respecto, *ibidem*, pp. 34-36.

⁴⁰⁵ Sobre la *Écloga* de los iconoclastas León III y Constantino V, *vide ibidem* pp. 61-62.

demostrar a Occidente que la legitimidad seguía perteneciendo al emperador de Oriente, y el verdadero código legal, el “romano”, creado por uno de sus predecesores, Justiniano; mientras que la lengua del único Imperio Romano posible era el griego. Detrás de todo este planteamiento se hallaba, con toda seguridad, Focio, cuyas ideas en materia de política exterior ya hemos comentado⁴⁰⁶.

Fruto de este afán jurídico serían dos compendios paralelos que recogían de manera sinóptica una serie de cuarenta temas jurídicos básicos, y que en teoría remitían a obras más explícitas y amplias: el *Prochiron*⁴⁰⁷, considerado un manual para orientar en el conocimiento del derecho frente a la *Écloga* de los emperadores iconoclastas; y la *Eisagoge*⁴⁰⁸ o introducción al derecho.

Con todo, el estado en que hemos recibido estos trabajos sigue siendo fuente de debate entre los estudiosos, tanto por la inexistencia de esas codificaciones de leyes a las que hacían referencia como por las posibles relaciones entre ambas producciones legislativas en sí⁴⁰⁹. La *Eisagoge* pudo ser redactada entre los años 879 y 886 a juzgar por los nombres que cita como emperadores (Basilio, León y Alejandro; luego el primogénito Constantino ya había muerto), pero parece plausible considerar que nunca llegó a

⁴⁰⁶ En este sentido, SIGNES CODOÑER, J. y ANDRÉS SANTOS, F. J., *op. cit.*, p. 36, señalan que la concepción de este retorno a la legislación de Justiniano por parte de Focio debió de producirse durante su segundo patriarcado, cuando el papado tuvo que recurrir a Basilio para solucionar sus acuciantes problemas en el sur de Italia: “era el momento de demostrar la superioridad de Constantinopla también en el terreno de las leyes: en cierto modo las leyes eran las que justificaban la gloria de Roma”.

⁴⁰⁷ Acerca del nombre con que se hizo conocida esta obra a partir del término *Πρόχειρος νόμος* que aparece en el proemio, cf. *ibidem*, p. 64, nota 213.

⁴⁰⁸ A menudo conocida con el término *Epanagoge*, parece demostrado que la confusión se derivó a partir de un error en un manuscrito; en realidad el término *Eisagoge* insiste en la relación con la obra de Justiniano, cuyas *Institutiones* eran conocidas así en griego (*εἰσαγωγὴ*). Cf. *ibidem*, nota 214.

⁴⁰⁹ Para ver el estado de la cuestión junto a un profundo estudio comparativo entre los contendios de ambas obras y una traducción de la *Eisagoge*, remitimos a la mencionada y reciente obra de SIGNES CODOÑER, J. y ANDRÉS SANTOS, F. J.

promulgarse, probablemente porque Basilio falleciera antes de sancionarla. El hecho de que el proemio lo mencione puede deberse a que estuviera realizado antes de que se hubiesen concluido las ya avanzadas labores de compilación de la obra. La llegada de León al trono bien pudo suponer su no promulgación, más que el breve funcionamiento y posterior anulación que suponen algunos autores, y ello en gran medida por la presencia virtual de Focio en el espíritu general de la obra.

Su participación parece indiscutible⁴¹⁰ tanto en la introducción, centrada en la relación entre los dos poderes (Estado e Iglesia) como en la redacción de los tres primeros títulos, pero su personalidad se intuye en el carácter general de la obra. El concepto fociano de Imperio allí reflejado daba unas atribuciones muy especiales al patriarca, algo que ya había generado problemas al propio Basilio frente al papado, pero que su hijo León no estaría dispuesto a admitir⁴¹¹. Estas novedades, pues, nos permiten entender un poco mejor por qué el sucesor de Basilio se apresuró a destituirlo una vez fallecido su padre, y a promulgar en lugar de la *Eisagoge* las conocidas como *Βασιλικά* o *LX libros*, además de sus famosas *Novelas*, fruto de su enorme interés por las cuestiones de derecho, en lo que constituiría la obra legislativa cumbre de los macedonios.

Con estos trazos queda enmarcada la figura de Basilio en el contexto de su momento histórico. Si su llegada al poder fue un tanto turbia, las consecuencias y el posterior curso de las cosas, con seguridad inesperado por todos en la persona de aquel joven ambicioso, nos hacen dispensarlo hasta cierto punto. En el cenit de su mando había ampliado los horizontes materiales de su Imperio con la anexión de territorios, y la reforma interior constituía el apoyo para una nueva época. Es la labor que continuó su hijo León, debido a la temprana muerte del que fuera el primogénito destinado al trono, Constantino,

⁴¹⁰ Para los argumentos a favor de su autoría, cf. *ibidem*, cap. 3. 3, p. 147 y ss.

⁴¹¹ Sobre esta obra fundamental en el marco de las relaciones entre el emperador y la Iglesia se volverá más adelante. *Vide* apartado III. 1. 2. 2 y III. 1. 3 de la segunda parte.

sucedida, como vimos, en vida aún de su padre el emperador. Desaparecido Basilio en 886, León asumió el poder absoluto, que tras su muerte pasó al tercer hijo de Basilio, Alejandro, en 912, como regente del aún niño Constantino VII. El reinado de Alejandro sería muy efímero, pues al cabo de trece meses dejó también la vida.

Los herederos de Basilio son conscientes de los logros de la nueva dinastía. Al menos, eso se pretende demostrar a lo largo de toda la obra del *Continuador* y, en concreto, en la biografía de Basilio, creaciones ambas ligadas a Constantino Porfirogeneta. Con este último entramos de lleno en el esplendor del siglo X, donde los fermentos establecidos por el primero de los macedonios dan lugar a fructíferas obras en todos los campos del saber.

El por nosotros llamado enciclopedismo bizantino, colofón quizá de la insistente idea griega de abarcar todos los saberes, tiene en el Porfirogeneta uno de sus más conocidos y valiosos representantes, aunque su participación real esté cuestionada en los últimos años. La actividad intelectual y cultural que él representa, con la creación de ingentes obras “científicas” o teológicas bajo su égida, tratados sobre administración, geografía y ceremonial de corte, etc., además de elevar el nivel educativo en Bizancio es para nosotros una preciosa fuente de datos en que centrar nuestros estudios de esa época. Que grandes nombres del Imperio sean sus coetáneos, no puede ya sorprendernos.

IV. LA VITA BASILII

IV. 1. ESTRUCTURA DE LA OBRA.

En este apartado intentaremos hacer una breve presentación de la *Vita*, como complemento de esta parte introductoria y orientación para el estudio que seguirá a continuación. Por este su carácter esquemático, no entraremos en profundidad en cada cuestión, sino que aspiraremos a dar indicaciones que puedan resultar útiles para una mejor comprensión del resto de este trabajo.

Aunque es conocida como *Vida de Basilio*, su estructura dista mucho de ser una biografía al uso, ya que no sigue el orden cronológico esperado en estos casos. La materia se organiza siguiendo en gran medida, aunque con ciertas variaciones, el esquema propio de un encomio real, del que trataremos en la segunda parte y que, en su aplicación en esta obra, se resume en los siguientes apartados:

1. Proemio.
2. Origen de Basilio.
3. Nacimiento, crecimiento y educación.
4. Marcha a Constantinopla y actividades destacadas en su camino hacia el trono.
5. Descripción del mal estado del Imperio con el emperador anterior y adquisición de la soberanía (*psogos* de Miguel).
6. Hechos en época de paz una vez nombrado emperador: reorganización y mejora de asuntos internos de Estado.
7. Hazañas bélicas: reordenación del ejército y campañas militares, narradas por zonas (Oeste / Este).
8. Más hechos en época de paz: avance de Basilio en el cultivo de sus virtudes y su vida espiritual.
9. *Idem*: agradecimientos a sus benefactores
10. *Idem*: embellecimiento de su ciudad con nuevos edificios y reformas de los antiguos.
11. *Idem*: labor apostólica de Basilio entre pueblos aún no convertidos.
12. Muerte de su hijo Constantino.
13. Hechos de paz: relación de Basilio con los agricultores.

14. Asechanzas contra su hijo León y reclusión de este, finalmente concluida.
15. Enfermedad y muerte de Basilio.
16. Breve epílogo.

Cuanto diremos a renglón seguido viene a ser el guión de la obra; los acontecimientos se expondrán tal y como se presentan allí, sin que por ello coincidan necesariamente con la realidad (como en el caso de la implicación de Basilio en el crimen de Miguel), ni se haga una interpretación al respecto, cuestiones estas que se abordarán en los distintos apartados de nuestra investigación.

La obra comienza con una introducción en la que el autor, que aquí se nos muestra como el propio Porfirogeneta, narra sus intenciones al empuñar el cálamo. Según sus palabras, su deseo primero era hacer un estudio histórico de los emperadores bizantinos y los generales a su servicio, como ayuda a los estudiosos, al aportarles así la experiencia y conocimiento de aquellos ilustres gobernantes. No obstante, la constatación de lo ingente de una labor que requería mucho material bibliográfico y sobre todo, un tiempo valioso para un hombre de Estado como él, le hicieron desistir de esa idea primera y limitarse al estudio de la persona y reinado de su abuelo Basilio, a fin de que las generaciones venideras no olviden al soberano más modélico que ha conocido el Imperio, al tiempo que sus herederos puedan contar con un modelo de imitación.

A continuación se nos cuentan los orígenes armenios de Basilio, y cómo descendería de una familia emparentada con el rey Ársaces, destacado en toda clase de virtud, cuyos descendientes habrían soportado incluso el destierro por parte de los búlgaros, sin manchar su excelente nobleza, que en el caso de la madre de Basilio se habría visto aumentada por contar entre sus antepasados también con Alejandro Magno y Constantino el Grande.

El niño Basilio enseguida dará muestras de estar llamado a algo grande por los distintos prodigios que lo rodearán. Educado por su propio padre, su virtud no hizo sino aumentar, pero ante la inesperada muerte de este, pronto se verá obligado a hacerse cargo de su madre y su casa, por lo que decide encaminarse a Constantinopla. Las reticencias y temores de su madre son vencidas por sueños proféticos que le hablan de su futuro como emperador.

Una vez en la ciudad imperial, y de nuevo gracias a la ayuda divina, es auxiliado por el abad del monasterio de san Diomedes, que lo pone en contacto con personajes de la corte, a cuyo servicio entra. Junto a su señor Teófilo, un joven apuesto y arrogante, pronto será conocido por el emperador Miguel, que de inmediato lo toma a su servicio, fascinado ante distintas proezas efectuadas por Basilio, como vencer en la lucha a un búlgaro invicto hasta el momento o domar a un caballo rebelde, propiedad del soberano. La confianza que siente el emperador por Basilio va en aumento a la par que su ascenso en la corte, en detrimento de la influencia del César Bardas, tío de Miguel y verdadero gobernante en la sombra.

Persuadido por otros cortesanos, que veían excesiva la implicación de Bardas en el gobierno, Miguel urde una trama contra él, pero en el momento de ejecutarla los conjurados vacilan y el emperador queda expuesto a un terrible peligro, del que lo salvará Basilio infundiendo ánimo a los implicados y protegiendo a su señor. Con esto sellaba su nombramiento como coemperador.

Pero Miguel, lejos de mejorar, siguió actuando con negligencia y emprendió un camino sin retorno, entregado al desenfreno y la impiedad, a pesar de los avisos de prudencia que Basilio le hacía, por lo que al poco tiempo otra conjura acabó con su vida, algo que la *Vita* concibe como absolutamente necesario para el bien del Imperio, sin incluir comentarios sobre quiénes llevaron a cabo el sacrílego acto.

Ahora Basilio es el emperador de Oriente, gracias al apoyo divino que seguirá con él durante todo el reinado, y que lo premia, entre otros, con una

enorme prole. De inmediato se entregará a las reformas necesarias para enderezar lo que había sido un mal sueño para Bizancio: austeridad en el gasto, ordenación de leyes y erradicación de la injusticia, pacificación de los problemas de la Iglesia, etc. Al poco tiempo la estabilidad y la bonanza, el bienestar y la equidad entre sus súbditos reinarán junto con el macedonio.

A pesar de ello, tuvo que afrontar diversas campañas bélicas, en Oriente y Occidente. La herejía de los paulicianos seguía haciendo mella en algunas zonas, mientras que los sarracenos causaban estragos hasta llegar al sur de Italia, donde la presencia bizantina se hizo necesaria. En los momentos libres entre campañas, Basilio se afanaba en buscar consejos adecuados en lecturas de antiguos emperadores y destacados personajes, o en virtuosos clérigos; o incluso en aumentar su formación. También dedicó mucho esfuerzo y recursos para embellecer su ciudad con hermosos edificios, reconstruidos o de nueva planta, y favorecer a sus súbditos con asilos, sanatorios, hospicios o instalaciones para su servicio. No olvidó tampoco a las personas que lo ayudaron en sus comienzos, a quienes recompensó con inmensa largueza.

También llevó a cabo una importante labor de evangelización, con mejores resultados en unos casos que en otros. Así, logró la conversión de búlgaros y rusos, pero el pueblo judío se resistió, e incluso muchos de los que habían abrazado el cristianismo volvieron a su fe primigenia a la muerte de Basilio.

Ya en sus últimos años, el macedonio tuvo que asistir con tristeza a la muerte de su primogénito, en quien había puesto todas las esperanzas como heredero, pero al punto se rehízo y se entregó de nuevo a su labor, con las miras puestas en su segundo hijo, León, como futuro monarca. Pero las insidias de uno de sus consejeros le hacen creer que su hijo busca atentar contra su persona, por lo que lo recluye en palacio y lo priva de todo privilegio imperial, hasta que un loro, mascota de palacio, lo hace recapacitar con sus lamentos durante un banquete con lo más granado de la corte. Caída la venda de sus

ojos, restituye a León su puesto y sus honores para alegría de todos. Pero esta felicidad no durará, pues al poco Basilio enferma de gravedad tras caerse en una cacería. En pocos días entregará su alma al Padre Eterno, tras dejarlo todo dispuesto como cuadra a un soberano de su rango.

IV. 2. PERSONAJES.

Intentaremos aquí dar una idea aproximada de los principales caracteres activos en la *Vita*, sin profundizar en el modo en que están retratados, a fin de agilizar una exposición que pretende más bien orientar sobre este aspecto que hacer un análisis de su elaboración psicológica o literaria, dado que nuestro estudio se centrará en otras cuestiones. Con todo, a lo largo de la investigación irán apareciendo distintas alusiones y comentarios a intervenciones concretas de personajes, mientras que en este apartado nos limitaremos, en general, a una breve presentación de los más relevantes, acompañada de notas con referencias a otros capítulos que contengan una ampliación a lo aquí señalado.

Es indudable que el personaje estrella es Basilio, que aparece adornado con todo tipo de virtudes clásicas (fortaleza, prudencia, templanza y justicia) y de nuevo cuño en el panorama cristiano (humildad, filantropía, piedad religiosa). La obra pretende confesadamente mostrarlo como un paradigma de imitación, y por ello su comportamiento es intachable tanto en su primera juventud como en su madurez y durante todo el tiempo de su reinado. Pero a su alrededor intervienen otros personajes que, de manera independiente de su verdadera importancia en el mundo real, se utilizan en el relato con distintas finalidades: como motor de actuación, expresión de la ayuda divina o contraste, por ejemplo. Al mismo tiempo, diversos personajes secundarios recorren la *Vita* con funciones varias, como justificar acciones bélicas, introducir historias moralizantes o abundar en el retrato negativo de otros.

Quizá el personaje más importante o, cuando menos, más llamativo en toda la obra después de Basilio, sea el de Miguel III, que se retrata como el negativo del macedonio en todos los sentidos: cobarde, imprudente, desenfrenado e injusto. Así, por ejemplo, no es capaz de arrostrar el peligro cuando sus socios en la conjura contra Bardas vacilan ni se lanza contra el lobo feroz que aparece en una cacería; hace caso omiso de los buenos consejos que

Basilio le ofrece; no tiene límite en sus desmanes viciosos (bebida, carreras, etc.) ni en el despilfarro; premia o castiga a capricho, como en el caso de Basilicino, al que adorna con todos los atributos imperiales, o de aquellos que son entregados al verdugo por orden de Miguel cuando se ve dominado por los vapores de Baco. También es el negativo de las otras virtudes, pues se muestra altanero, por completo despreocupado del bienestar de sus súbditos, y lo que es peor, impío por encima de toda medida.

No obstante, esta caracterización no se muestra desde un primer momento, sino que se introducirá de manera paulatina, llegando a su máximo grado en el *excurso* / *psogos* inmediatamente anterior al fragmento en que se dice que murió como consecuencia esperable de todos sus impíos actos. Es decir, no hay tanto un estudio psicológico del personaje como una dosificación de sus atribuciones negativas en función de las necesidades del retrato de Basilio. Así, cuando Basilio es un muchacho que exhibe sus habilidades en la corte, el emperador no aparece caracterizado en modo alguno, y no es hasta después de la muerte de su tío, el César Bardas, cuando comienza a describirse su negligencia o ligereza, hasta la terrible invectiva arriba señalada.

Algo similar sucede con Bardas. Su participación en la obra como pieza en la maquinaria divina que conduce a Basilio a la corte es clave, pues suele estar presente en los acontecimientos que le hacen ascender puestos, o bien es el causante de esos mismos hechos. En cada escena se nos suele recordar la relación que guarda el asunto con él. De este modo, es un pariente suyo, Teófilo, el primero en adscribirlo a su grupo de jóvenes y así conoce al emperador. Por orden suya y de Miguel viaja con Teófilo al Peloponeso, donde conoce a la rica señora Danelis; la pelea con el búlgaro se produce en un banquete cuyo anfitrión es de nuevo Bardas, y es él quien da la orden para que el combate tenga lugar por sugerencia de Teófilo; cuando el caballo del emperador se desboca, Bardas ruega con insistencia a Miguel que no lo sacrifique, lo que da pie a Basilio para solicitar a Teófilo intervenir.

Pero una vez asegurado el puesto de Basilio en la corte tras sus proezas de fuerza y valentía, comienza la visión negativa de Bardas: primero, con las sospechas del guardia de cámara (*parakoimomenos*) Damián sobre el exceso de poder que se había arrogado Bardas y su influencia negativa sobre Miguel, que a la postre redundará en el inesperado nombramiento de Basilio como nuevo *parakoimomenos*, ante el enfado de Bardas, que entonces muestra su animadversión por Basilio. Luego, en la expedición de Creta, se nos presenta como prepotente y jactancioso, que en este caso justifica el que Miguel llegase a concebir un plan para eliminarlo, cuya puesta en marcha solo podrá llevarse a cabo con la intervención de Basilio, quien, en su afán por defender a su señor Miguel, infunde valor a los implicados.

Otros personajes intervienen para hacernos ver la presencia de la voluntad divina en todos los hechos que acaban llevando a Basilio hasta el trono, y a menudo se convierten en motores de la acción. En este sentido tiene especial importancia la madre de Basilio, de quien no se dice mucho, salvo que tenía sueños proféticos en los que veía el ilustre futuro de su hijo. El convencimiento de que esas visiones no son casuales, sino señales divinas, gracias a una piadosa mujer que se equipara al personaje evangélico de Ana⁴¹², la empujan a favorecer su marcha a Constantinopla.

Igual sucede con el abad del monasterio de san Diomedes, a las puertas de la Ciudad imperial, en cuya escalinata de entrada, rendido por el largo viaje, se queda dormido Basilio. Hasta tres veces aparecerá el profeta Elías en los sueños del abad ordenándole que salga y acoja a ese muchacho, fatigado y sucio, que ha de ser el futuro emperador. Este abad será el que introduzca a Basilio en la corte, a través de personajes conocidos suyos.

Por su parte, una viuda rica del Peloponeso, la ya mencionada Danelis, le concede su amistad e innumerables riquezas cuando averigua por un monje con virtudes proféticas que aquel simple servidor que acababa de entrar en su

⁴¹² Ver pasaje y comentario en el apartado II. 4. 3 y III. 5. 4 de la segunda parte.

iglesia estaba llamado a ser el soberano de Oriente. De esta manera consigue Dios que Basilio pueda tener un más alto rango y facilitar su carrera imperial, aunque siguiera ligado a su señor Teófilo. Años más tarde ella irá a visitarlo, ya convertido en el gran soberano de Oriente, con un fastuoso séquito y una pompa inusitada, y recibirá el título de “madre del emperador” como reconocimiento a su papel en aquellos humildes comienzos.

Este personaje, cuya presencia a primera vista resulta poco menos que anecdótica, necesaria solo para justificar un paso más en la meteórica carrera de Basilio, ha dado pie, sin embargo, a diversos artículos⁴¹³ y controversias sobre su existencia real o no, el origen de sus riquezas cuasi legendarias o el carácter de su relación con el primer macedonio, cuestiones todas en las que no podemos adentrarnos en este estudio. En realidad, Danelis participa en solo dos episodios de la *Vita*, pero su escasa aparición abre muchos interrogantes. Se nos muestra en dos momentos cruciales de la narración, sobre los que volveremos en otros apartados⁴¹⁴: en los primeros pasos del camino al trono y en el apogeo de su soberanía. Danelis constituye así el eslabón imprescindible para el salto definitivo, con el espaldarazo de su ayuda, para luego asistir a la gloria de un Basilio coronado por Dios con todas las virtudes, y por los hombres con el cetro de la ecumene.

⁴¹³ Ya GIBBON, E., en su clásico estudio *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, (VI vols.), Londres 1943-1951, cap. 53, p. 952 y ss., se ocupó de la noble dama, igual que RUNCIMAN, S., “The widow Danelis”, *Études dédiées à la mémoire d’André Andréadès*, Atenas 1940, pp. 425-431; ANAFINOTAKHS, H., “Το επεισόδιο της Δανηλίδας. Πληροφορίες καθημερινού βίου ή μυθοπλαστικά στοιχεία;” *Πρακτικά Α’ Διεθνούς Συμποσίου «Η καθημερινή ζωή στο Βυζάντιο»*, Atenas 1989, pp. 375-390; o más recientemente KOUTAVA-DELIVORIA, B., “Qui était Daniélis?”, *Byzantion* LXXI / 1 (2001), pp. 98-109, por citar unos ejemplos.

⁴¹⁴ III. 5. 4 y III. 5. 8 respectivamente, donde se abordarán desde el punto de vista ideológico.

Para algunos autores, Danelis habría mantenido una relación amorosa con Basilio⁴¹⁵, silenciada por la *Vita*, que insiste en su carácter de viuda y en retratar su actitud hacia él como una especie de inversión de futuro⁴¹⁶. A falta de fuentes más explícitas, los investigadores postulan el papel de amante de Basilio, desde el esfuerzo razonado de Adontz a la fabulación en clave romántica de algunos párrafos de Βασιλείου. En opinión del primero, el texto de la *Vita* denota un sentimiento de vergüenza por parte del Porfirogeneta hacia aquella relación, y su afán por desvincularla de cualquier afecto más allá de un reconocimiento a su soberanía, o un interés más bien maternal, debe interpretarse como una confirmación de aquellos amoríos.

No ha faltado quien, en otra vuelta de tuerca, llevase la cuestión al terreno amoroso también, pero hacia el hijo de Danelis, como ya vimos con anterioridad⁴¹⁷. En ese caso, los favores de Danelis hacia Basilio provendrían de la relación contraída entre ambos jóvenes, algo que explicaría el título de βασιλομήτωρ concedido luego por el macedonio a la dama⁴¹⁸.

Para otros, como Αναγνωστάκης, Danelis no es más que un personaje de ficción al servicio de las necesidades ideológicas y políticas del relato⁴¹⁹. Sus dos apariciones en la *Vita* estarían inspiradas en sendos episodios rastreables en la tradición helenística y bíblica, y como tales, llenas de referencias a estos. En el caso de la entrada a la iglesia de san Andrés y posterior revelación a Danelis por parte del monje que frecuentaba por allí, podría estar en relación

⁴¹⁵ P. ej., ADONTZ, N., "L'âge et l'origine" (1ª parte), pp. 488-489; ΒΑΣΙΛΕΙΟΥ, Ι., "Δανηλίδης και Βασίλειος Α' ο Μακεδών", *Νέα Εστία* 1396, pp. 1137-1145. Más bibliografía al respecto en ΑΝΑΓΝΩΣΤΑΚΗΣ, Η., "Το επεισόδιο της Δανηλίδας", p. 376, nota 1.

⁴¹⁶ Una siembra en tierra buena. Sobre esta imagen y otras implicaciones de la escena, cf. apartado III. 5. 4 de la segunda parte.

⁴¹⁷ Cf. apartado III. 2 de esta primera parte.

⁴¹⁸ Sin embargo, para ΒΑΣΙΛΕΙΟΥ, Ι., *op. cit.*, p. 1143, aquello no sería sino una muestra del cambio de sentimientos de Basilio hacia ella, que tras años de separación habrían pasado de la pasión a un entrañable afecto.

⁴¹⁹ ΑΝΑΓΝΩΣΤΑΚΗΣ, Η., "Το επεισόδιο της Δανηλίδας", p. 381: "Η ιστορία της Δανηλίδας αποτελεί ένα αφαιρετικό δημιούργημα, προσαρμοσμένο στις πολιτικές σκοπιμότητες και ιδεολογικές ανάγκες της εποχής που συνετέθη".

con unos episodios de la vida de Alejandro Magno especialmente queridos por los cronistas bizantinos, que narran su estancia en Jerusalén, donde se le muestra un libro del profeta Daniel que predice su futura hegemonía, y su posterior visita a la reina viuda Candaces⁴²⁰. Se plantea incluso *Αναγνωστάκης* la posible relación entre dicho profeta y el nombre de nuestra viuda.

Ambas escenas (visita a Jerusalén y a la reina Candaces) suelen aparecer seguidas en estos cronistas, algo que podría ser un indicio significativo para el caso que nos ocupa. Pero habría otros paralelismos, como el hecho de que Alejandro debe hacer una parada en el templo de los dioses de Acaya (en la Cólquide, aunque la homonimia con la del Peloponeso permitiría crear un interesante juego de relaciones); el que su majestad sea reconocida por la poderosa viuda; el ser hospedado por ella o la amistad surgida con el hijo de esta, a quien ayudará en el futuro⁴²¹. En una versión bizantina del episodio aparece Candaces pidiendo a Alejandro que no se olvide de ella y proteja a sus hijos, a lo que este le responde de modo afirmativo llamándola madre y poniendo a la divina providencia por testigo⁴²².

Por su parte, la ostentosa visita de Danelis a Basilio se correspondería con la legendaria visita de la reina de Saba a Salomón, para lo cual el autor se ve forzado a incluir datos y exagerar cifras por mor de la exactitud en la comparación⁴²³. Tanto la formidable cantidad de sus riquezas y presentes como el número de integrantes del cortejo o las características del viaje de Danelis

⁴²⁰ Para las fuentes (Pseudo Calístenes) que recogen estos relatos y bibliografía al respecto, cf. ΑΝΑΓΝΩΣΤΑΚΗΣ, Η., "Το επεισόδιο της Δαναηλίδας", p. 381, nota 12.

⁴²¹ *Ibidem*, pp. 382-385, para el paralelismo entre ambas historias de las vidas de Basilio y Alejandro.

⁴²² *Ibidem*, p. 385: Ὡ μῆτέρ μοι Κανδάκη, / τὴν ἄνω θεῖαν Πρόνοιαν διαμαρτύρομαί σοι / πάντα καλῶς φυλάξαι με τὰ παρὰ σοῦ ῥηθέντα· / ὥσπερ δ' αὐτὴν μητέρα μου τὴν Ὀλυμπίαν σχῶ σοι.

⁴²³ *Ibidem*, pp. 385-389, para las similitudes entre el episodio de la reina de Saba y la *Vita*.

carecen, en opinión de Αναγνωστάκης, de valor histórico, pues obedecerían al seguimiento de sus modelos⁴²⁴.

Sin embargo, y pese a lo convincente de sus propuestas, no parecen disipar del todo las dudas sobre la existencia de este personaje y su posible fortuna. Para Ševčenko⁴²⁵ es inútil el esfuerzo de Αναγνωστάκης por demostrar el carácter ficticio del personaje de Danelis, que bien pudo ser una potentada señora al mando de una Σκλαβηνία, o enclave de población eslava, que a pesar de su origen invasor, en época de Basilio ya se habían consolidado como algo estable. Algunas constituían asentamientos militares aliados con el Imperio, y habían desarrollado el comercio, como la del Peloponeso, de modo que Danelis podría ser la dueña de un Estado casi paralelo dentro de Bizancio. Su poder y riquezas podrían ser del todo reales. Este autor encuentra, además, algunos lapsus en los razonamientos arriba comentados.

Runciman iba más allá en el mencionado artículo sobre la famosa viuda, al considerar que el Peloponeso no sólo era uno de los temas más florecientes del Imperio en esa época, a cuya cabeza estaría Danelis, sino que habría existido allí toda una industria de alfombras y similares tejidos con lino y algodón importados para tal fin⁴²⁶. Por último, la también citada investigadora Koutava-Delivoria cree que no se debe dudar de la existencia de la dama, a tenor de los datos concretos que aportan tanto la *Vita* como Escilitzes. No obstante, dichos datos no aclaran nada acerca de su origen, por lo que deducir su origen eslavo no pasa de ser una hipótesis sin fundamento, sobre la que no

⁴²⁴ Por su parte, ADONTZ, N., "L'âge et l'origine" (1ª parte), pp. 488-489 considera que las supuestas riquezas de Danelis son en realidad un modo de explicar las posesiones con las que Basilio, como vimos, ya contaba en realidad, y justificar su humilde origen "davídico". De haber existido esas ayudas, serían de poca cuantía, igual que la opulencia atribuida a Danelis no sería más que un modo de satisfacer el gusto del público por ese tipo de descripciones.

⁴²⁵ "Re-reading Constantine", pp. 192-193 y nota 68.

⁴²⁶ ΑΝΑΓΝΩΣΤΑΚΗΣ, Η., "Το επεισόδιο της Δαυηλίδας", p. 380 y nota 6, cree por otra parte que este autor ha hecho una mala lectura del texto, lo que le ha llevado a conclusiones erróneas.

se puede construir toda una teoría sobre el posible poder económico y social de Danelis en el Peloponeso, a falta de nuevas evidencias. Todas las suposiciones escasamente fundamentadas sobre este personaje (romance de juventud con Basilio, *sklavinia*, etc.) son a su juicio “une faute déontologique grave et inquiétante que l’on doit corriger pour l’amour de la science qui est synonyme de la vérité⁴²⁷”.

Tal vez lo más sensato sea considerar este caso como otro ejemplo del particular uso que los bizantinos hicieron de la mimesis, a lo que nos referiremos en el siguiente apartado, consistente en dotar a un hecho o personaje con base real de un revestimiento reconocible para los lectores / oyentes, principalmente de origen bíblico o de la tradición helenística o romana de época imperial, con fuerte arraigo en su cultura. A menudo no buscan encubrir la realidad tanto como identificarla con escenas o personas de gran simbolismo, prestigio o significado, para lo cual adaptan en lo posible lo real a lo legendario.

De ser así, Danelis habría sido una poderosa mujer de gran importancia en la vida de Basilio, fuese cual fuese su relación con él; y de alguna manera había jugado un notable papel en el despegue de su carrera. Según la *Vita*, este sería el origen de las riquezas y posesiones de Basilio, con las que regresa a Constantinopla convertido en alguien poderoso que ya no dependería de Teofilidion más que por el deber de su cargo, que no por necesidad económica⁴²⁸. La relación entre la rica viuda y el macedonio podría haberse mantenido de alguna manera después del éxito de Basilio, y de ahí las visitas de la señora al ya emperador y los favores mutuos, que podían adaptarse al fantástico cortejo de la reina de Saba, con todas las connotaciones que ello tenía

⁴²⁷ KOUTAVA-DELIVORIA, B., *op. cit.*, p. 104.

⁴²⁸ 228, 17-22: “Con las riquezas obtenidas allí, compró a su vuelta enormes propiedades en Macedonia, llevó a todos sus parientes a una situación de abundancia y se hizo rico también él, así en virtudes como en posesiones y fortuna. A pesar de eso, seguía unido a su señor y prestándole sus servicios”.

en el ámbito bizantino. Pero sobre el carácter de dicha relación no podemos añadir gran cosa.

Pero volviendo a nuestro tema, dentro de este grupo de personajes a través de los cuales leemos los designios de la Providencia, incluiremos también a la emperatriz y madre de Miguel, Teodora, que actúa como una especie de Casandra en un banquete celebrado en una cacería, donde reconoce en Basilio las marcas que le habían profetizado llevaría aquel que iba a acabar con su estirpe, aunque su hijo la tranquiliza diciéndole que es un hombre fuerte pero noble y bueno, del que nada debe temer. La escena sirve para concluir el apartado en que se muestran las proezas juveniles de Basilio y dar paso al proceso de avance hacia el trono, con el proceso de descripción negativa de Bardas, al que seguirá el de Miguel, una vez eliminado el primero. El momento previo al comienzo de esa carrera queda enmarcado con el aviso de la emperatriz Teodora, o sea, con el adelanto de lo que va a suceder, en un juego de ironía trágica para los lectores⁴²⁹.

No faltan personajes que se oponen a Basilio e intentan torcer su buen camino. Suelen tratarse sin especial caracterización, salvo que actúan movidos por la envidia⁴³⁰ o algo similar. Es el caso de Simbacio y Jorge, que pronto

⁴²⁹ Para KARLIN-HAYTER, P., "The enjeu d' un rumeur", p. 106, más allá de una mera anécdota o un recurso narrativo, habría que ver en este episodio uno de los tentáculos más sutiles de la propaganda macedonia, ya que se utiliza una figura de gran peso e importancia como era la emperatriz canonizada, restauradora de las imágenes, y por ende, fuente de toda credibilidad, no sólo para anunciar la llegada de otra dinastía, sino sibilamente para sugerir que con Basilio desaparecerá todo su linaje, es decir, que no hay bastardos entre los sucesores del macedonio. Lo mismo habría sucedido con León el Matemático, que se incluye con una profecía similar comunicada a Bardas en 232, 13-20. En el caso de Teodora, además, a quien las fuentes antimacedonias (Porfirogeneta) mostraban llena de dolor ante la muerte de su hijo, se habría llevado a cabo toda una labor de contrapeso propagandístico, por lo que se incluyeron varios episodios donde, frente a su piadosa actitud, Miguel cometía los más terribles sacrilegios, que la hacen exclamar que "Dios ha apartado Su mano de ti" (247, 10-11; *vide* apartado III. 5. 6 de la segunda parte). En su opinión, es toda una osadía utilizarla para beneficio de los intereses macedonios.

⁴³⁰ La envidia suele ser un factor desencadenante de diversas actuaciones o sucesos en la *Vita*, que sería de gran interés poder analizar aquí, si bien comentaremos algo en el apartado dedicado al tratamiento de la etiología de la Historia en nuestra obra (I. 3. 3 de la

traman una conjura contra Basilio descubierta a tiempo, con lo que sólo ganan que el macedonio nombre a sus hijos coemperadores; o de Curcuas, que también se confabulará contra el macedonio, y recibirá a cambio un indulgente castigo, calificado como “más propio de un indulgente padre que de un monarca despótico⁴³¹”. El más significativo, con todo, será Sandabareno, monje cercano a Basilio, amigo suyo y consejero, muy apreciado por el macedonio, que buscará la forma de calumniar a León, ya que este había comprendido su doblez. Se convierte así en el origen y explicación del famoso encierro en palacio del hijo de Basilio, del que tendremos oportunidad en otro apartado de este estudio.

Pero por la *Vita* desfilan numerosos personajes casi anónimos que, sin embargo, son como eslabones de una cadena narrativa que a menudo se apoya en ellos para avanzar y llenar de sentido cada escena, o protagonizando digresiones diversas. Su presencia aumenta en la parte consagrada a Basilio como monarca, y en especial al hablar de sus hazañas bélicas. Por ejemplo, en la persecución del hereje Crisoquir se destaca a Pulades, que había sido prisionero del maniqueo, y que ahora lo hostiga sin tregua. Se crea así un cuadro lleno de viveza donde se contraponen las virtudes positivas del perseguidor (intrepidez, osadía, fe correcta) a las características reales de Crisoquir (desesperado, cobarde y trastornado), ante las cuales su anterior jactancia se disipa como el humo.

Otro ejemplo en el que personajes secundarios desencadenan un hecho fundamental aparece en esa batalla final contra Crisoquir. Los soldados de dos

segunda parte). No obstante, remitimos al estudio de HINTERBERGER, M., “Envy and Nemesis in the *Vita Basilii* and Leo the Deacon: literary mimesis or something more?”, en MACRIDES, R. (ed.), *History as Literature in Byzantium. Papers from the Fortieth Spring Symposium of Byzantine Studies, University of Birmingham, April 2007*, Farnham 2010, pp. 187-204. A grandes rasgos, señala el autor (pp. 189-191) que suele aparecer tras un éxito militar o administrativo, para dar un giro negativo a la historia. Desde el punto de vista narrativo, sirve de transición.

⁴³¹ 277, 16-17: καὶ οὗτοι μὲν οὕτως πατρικῶς μᾶλλον ἢ δεσποτικῶς πρὸς τὸ καθεστηκὸς ἐπανήγοντο.

temas acampados a la espera de actuar contra el maniqueo y sus tropas empiezan a espoliarse mutuamente, argumentando cada grupo tener más valor y audacia que el otro, hecho que será aprovechado por sus generales para lanzarse contra el enemigo e infligirle una terrible derrota.

Tampoco lleva nombre el prisionero del pérfido emir Soldano, que tendrá una actuación heroica y memorable. Era un legado de Basilio para anunciar el envío de ayuda a Capua y Benevento, pero fue interceptado por el emir, quien lo conminó a mentir a los sitiados sobre su embajada y decir que el emperador había rechazado su solicitud. Él prometió hacer lo indicado pero ante las puertas de la ciudadela, y aun sabiendo que eso supondría su fin, reveló a todos que podían esperar en Basilio, cuyas tropas estaban en camino. Con su valiente actitud ganó la muerte, pero Soldano, temeroso de las fuerzas del emperador, levantó el cerco y se fue.

En todos estos casos podemos encontrar una tónica común: sirven para ilustrar y mover la acción en hechos en los que Basilio está ausente, aunque se nos insiste en su influencia constante a través de sus generales o sus oraciones. No deja de ser un recurso para dar color a las campañas que procuraron trofeos al macedonio sin su presencia física, pero también podemos pensar en esa falta de datos a la que hacíamos referencia en capítulos anteriores. Es posible que el autor no tuviese mucha más información sobre aquellos hechos que algunas fuentes orales, mientras que el carácter de la *Vita* le exigía buscar una forma de convertir a Basilio en la causa directa de todos aquellos triunfos. De igual modo, las derrotas sobrevendrán por la actuación impropia de algunos generales.

Eso es lo que sucede con uno llamado Estipiota, que reprochaba al piadoso y sensato general Andrés haberse contentado con una enorme victoria contra el emir de Tarso, sin atreverse a darle el golpe definitivo. Logra convencer de esto al propio emperador, que sustituye a Andrés y le da el mando a este contrapunto del anterior, caracterizado de nuevo con la técnica

del negativo / positivo: si Andrés era reflexivo, prudente y sensato, el Estipiota se lanza con ánimo insensato y arrojo irreflexivo contra el enemigo, sin preparación ni estrategia. Su recompensa será una estrepitosa derrota. El pasaje permite librar a Basilio de toda responsabilidad sobre aquel error estratégico, toda vez que había sido embaucado por las palabras del Estipiota, cuya motivación última radicaba, una vez más, en la envidia.

Un último ejemplo de este enfoque en un personaje para justificar un desastre militar y eximir a Basilio lo encontramos en el relato de la pérdida de Siracusa. En él se encarga al navarca Adriano que acuda de inmediato a socorrer la ciudad en manos de “bárbaros de Cartago”. Pero Adriano se demoró en el Peloponeso a la espera de vientos favorables, en lugar de arriesgar y lanzarse cuanto antes a la defensa de la metrópoli siciliana, con lo que perdió un tiempo precioso durante el cual la ciudad fue arrasada. Basilio se enfureció con Adriano hasta casi perder su medida, se nos dice, pero con este episodio de nuevo se le libra de responsabilidad en una de sus peores actuaciones bélicas.

Como vemos, la presencia de muchos y variados personajes suele obedecer a exigencias del retrato deseado para Basilio, tanto para cubrir lagunas informativas como para ocultar realidades desagradables o justificar actuaciones, fallidas o no, del emperador⁴³². Este método permite, además, introducir diversas digresiones que, según el autor, amenizan el relato⁴³³, y que constelan toda la obra en lo que ha dado pie a algunos autores, como vimos, a

⁴³² Por ejemplo, para explicar (346, 5 y ss.) que Basilio no abordase una inspección fiscal a gran escala bajo su reinado se introduce a un anónimo contable general que, llevado de un deseo de mantenerse en el cargo, hace notar al emperador esta carencia. Basilio finge convencerse, pero echa sobre sus espaldas toda la responsabilidad, de manera que al final la idea se abandona. Concluye Basilio que “es preferible que unos cuantos se lucren a costa de nuestros bienes de manera indecorosa, a que de modo injusto alguien caiga en un mal ruinoso y una desgracia que lo aplaste”, en un nuevo gesto de benevolencia paternal para con sus súbditos.

⁴³³ 294, 3-5: πολλάκις ἡ ἱστορία φιλεῖ καὶ ταῖς κατὰ παρέκβασιν διηγῆσει τὸν λόγον ποικίλλειν καὶ τὰς τῶν ἐντυγχανόντων ψυχαγωγεῖν ἀκοάς.

afirmar que Constantino prefiere ese tipo de relatos a los puramente históricos⁴³⁴.

Como quiera que sea, algunos de estos personajes se convertirán en protagonistas de mini relatos con carácter de digresión y funciones diversas, como la moralizante. Es el caso de la historia del emir Soldano, durante su cautiverio con el rey de los francos, o del mencionado Adriano y los demonios que le anunciaron la pérdida de Siracusa, de las que trataremos en el siguiente apartado. En ambos casos se trata de digresiones propiamente dichas, ya que no condicionan el devenir del resto del relato: las posteriores perfidias de Soldano bien podían narrarse sin la presencia de este excursus, y el conocimiento de la verdad a través de los espíritus malignos no cambia un ápice el resto de la historia que se cuenta de Adriano, mientras que, por ejemplo, la mencionada escena de la captura y extorsión del legado romano es necesaria para justificar el levantamiento del cerco por parte de Soldano.

Antes de concluir señalaremos que resulta llamativa la presencia muda de algunos personajes, como el padre de Basilio, de quien se nos cuenta que fue su educador, la emperatriz Eudocia o los hijos de Basilio en general, salvo León, por la necesidad de explicar su encierro. Especial relevancia tiene no ya el papel ínfimo del patriarca Focio, sino la omisión de su nombre, salvo en una ocasión, cuando se nos cuenta su vuelta (esta vez, legítima) al patriarcado tras la muerte de Ignacio⁴³⁵, quien sí es llamado por su nombre en algunas escenas en que aparece, en especial para demostrar el carácter blasfemo de Miguel. Dicho de otro modo, en aquellos pasajes donde es necesario referirse al

⁴³⁴ Un ejemplo de estos relatos que mezclan prodigios con acontecimientos históricos es el relativo a la toma de Ádata, ciudad asediada por Basilio junto a su primogénito Constantino, donde la población ni se inmuta, convencida de que será otro Constantino el que la tome, según unos oráculos suyos. La profecía se hará realidad bajo el reinado del Porfirogeneta. Comentarios a esta digresión y a su función en la *Vita*, en el apartado II. 5. 10 de la segunda parte.

⁴³⁵ Sucedió en 877. 276, 16-18: καὶ κατέστησεν ἐννόμως τότε καὶ κανονικῶς τὸν σοφώτατον Φώτιον ἐπὶ τὴν σχολάζουσαν καθέδραν τῆς βασιλίδος τῶν πόλεων.

patriarca, como por ejemplo, en los regresos triunfales de Basilio de sus campañas de guerra, se evita dar el nombre concreto del ocupante de la Sede de Oriente. En esos casos se recurre a la denominación de “patriarca” a secas⁴³⁶.

Aunque en esa escena de su vuelta a la sede patriarcal se le retrata como alguien sapientísimo y lleno de virtud, lo cierto es que el autor ha pasado de puntillas sobre alguien que sin duda tuvo una fuerte presencia en la corte de Basilio. Tal vez ello sea debido al enrarecimiento de las relaciones con Palacio durante el reinado del segundo macedonio, León, sensación que bien pudo mantener y prolongar el Porfirogeneta.

Aquí cerraremos este breve repaso a la galería de personajes que componen el relato de la *Vita*, conscientes tanto de los muchos campos que abriría una investigación más profunda de estos como de nuestras limitaciones en el presente estudio.

⁴³⁶ 271, 9-10: ὑπὸ τοῦ τότε πατριαρχοῦντος τῷ τῆς νίκης στεφάνῳ ταινιωθεῖς; 284, 2-4: καὶ τὴν βασιλεύουσαν φθάσας κατὰ τὸ πρότερον ἔθος διὰ τοῦ πατριάρχου τὸν τῆς νίκης ἐδέξατο στέφανον, probablemente referidos a Ignacio, pues se trataba de la derrota de los maniqueos en una campaña fechada en torno a 872-3. En cambio, debe de tratarse de Focio el “sumo sacerdote” mencionado en este pasaje de 312, 5-6, sobre la ira de Basilio al conocer la pérdida de Siracusa (datada en 878) por la negligencia de su subordinado Adriano: οὐδ’ αὐτὸς ὁ θεῖος ναός, οὐδ’ ὁ ὑπὲρ αὐτοῦ πρεσβεύων ἀρχιερεὺς τῆς παντελοῦς τιμωρίας ἐξείλκυσε τὸν Ἀδριανόν, y por supuesto, en el ya visto episodio del encarcelamiento de León, citado como τῆς βασιλίδος ἀρχιερέως. Nótese, no obstante, la diferente denominación de cada uno en los citados ejemplos. Sobre toda la cuestión, *vide* ΒΑΣΙΛΙΔΟΥ, Β., “Ὁ βυζαντινὸς αυτοκρατορικός θεσμός καὶ ἡ πρώτη εκθρόνιση τοῦ πατριάρχου Φώτιου”, *Σύμμεικτα ΚΒΕ / ΕΙΕ* 7 (1987), pp. 33-40, aquí p. 39 y nota 3. Sobre todo esto volveremos en el apartado III. 4 de la segunda parte, sobre la ideología política de los macedonios.

IV. 3. DIGRESIONES Y CITAS.

Hemos tenido oportunidad de hablar con anterioridad del gusto atribuido a Constantino por las historias / relatos narrados, que algunos autores llevan al extremo de postular una exclusiva preferencia por estos frente a la Historia con mayúscula. Mientras este sigue siendo un debate abierto, no es menos cierto que la *Vita* contiene, como hemos señalado, algunas digresiones que tienen mucho de ese carácter popular que se suele asociar a la cronografía frente a la seriedad del quehacer histórico, si bien ya hablamos de cómo en Bizancio dichos géneros (o subgéneros) no son, ni mucho menos, compartimentos estancos⁴³⁷.

De entre los muchos relatos que acompañan el desarrollo de la historia central, entresacaremos aquellos que tienen verdadero carácter de digresión, es decir, cuya presencia no es imprescindible para la narración ni añade justificación alguna al desenlace de un suceso, lo que tampoco quiere decir que carezcan de utilidad alguna en la obra, como tendremos ocasión de apuntar en otros apartados. Los dos principales son los de Soldano y el navarca Adriano, mencionados en el capítulo anterior.

En la de Soldano⁴³⁸ se nos cuenta cómo a este personaje, un emir apresado por el rey franco en la toma de Bari, nadie lo había visto nunca reír, siendo algo tan notorio que el propio rey había prometido una recompensa a quien lo sorprendiera, algo que por fin sucedió un cierto día. Preguntado por el rey, Soldano contestó que contemplando las ruedas de un carro había comprendido cómo el hombre está a merced de los vaivenes de la fortuna, y que igual que había caído desde lo más alto hasta el cautiverio, podía (¿quién

⁴³⁷ Sobre las relaciones de la *Vita* con el género histórico, el encomio y la biografía trataremos en la segunda parte de este trabajo, así como de la percepción bizantina de los géneros.

⁴³⁸ Esta digresión será tratada en diversas ocasiones a lo largo de esta investigación, en especial, en el apartado III. 5. 7 de la segunda parte, donde se abordan las fuentes del relato y los posibles motivos de su inclusión en el relato general de la *Vita*.

sabe?) volver de nuevo a la cima. El rey admiró entonces su sabiduría y le dio su confianza.

Como se ve, aparte de un claro interés moralizante sobre un tema muy propio de la época, no afecta de modo directo a la narración de las campañas en territorio italiano. Por su parte, en el caso de Adriano entramos en el mundo de lo sobrenatural. Mientras este se demoraba en el Peloponeso a la espera de vientos favorables, Siracusa fue tomada y destruida por el enemigo. En un bosque cercano, entre la espesa maleza, había unos demonios a los que pastores de la zona rendían culto para proteger a sus rebaños. Dichos pastores los habían oído hablar entre ellos sobre el infortunio de la ciudad siciliana, y estos comentarios llegaron a Adriano, quien en un principio no lo creyó hasta que fue en persona y los interrogó al respecto. No quiso dar crédito a sus palabras, pero días después llegaron a la zona supervivientes del desastre, con lo que se apresuró a regresar ante el emperador⁴³⁹.

De nuevo, la anécdota no añade ni justifica nada importante del desarrollo de la acción. Algo así sucede en la ya mencionada digresión donde se narra la visita de Danelis a un Basilio ya emperador triunfante⁴⁴⁰, en la que se hace un ejercicio descriptivo del boato y magnificencia de la corte, con un desfile de criados, eunucos, costosísimos regalos y mutuas ofrendas, comparable a la recepción de la reina de Saba por parte del bíblico rey David. En esta ocasión, tal vez obedezca al gusto del público por esos relatos magníficos de riquezas y excesos legendarios, pero no es descabellado pensar, por su contenido y emplazamiento en el conjunto de la obra, que es el colofón de la descripción de Basilio como soberano ideal.

⁴³⁹ Un interesante estudio de este episodio y de otros mensajes / predicciones similares realizadas por demonios en diversas obras bizantinas, su origen y relación con la demonología de la época es el de ΑΝΑΓΝΩΣΤΑΚΗΣ, Η., "Το επεισόδιο του Αδριανού. 'Πρόγνωσης' και 'Τελεσθέντων δήλωσις' ", *Πρακτικά Β' Διεθνούς Συμποσίου "Η καθημερινή ζωή στο Βυζάντιο"*, Atenas 1993, pp. 195-226.

⁴⁴⁰ Comentarios a este episodio en el apartado III. 5. 8 de la segunda parte.

Especial atención merece, con todo, el largo excursus dedicado a las construcciones y reparaciones de edificios llevadas a cabo por Basilio durante su reinado. En él se nos describen con gran lujo de detalles las principales obras y se enumeran muchas otras, aportando con ello una valiosísima fuente de datos sobre la arquitectura de la época, inexistentes en muchos casos fuera de la *Vita*. Su carácter de digresión, pues, no guarda relación con ninguna de las anteriores, ni con otras historias donde profecías y prodigios se dan cita por toda la narración. Y sin embargo, se trata de un largo relato prescindible en el conjunto de la obra, o que cuando menos podría haberse zanjado con alguna frase que pusiera de manifiesto la actividad constructora del emperador, y cumplir así con uno de los tópicos del encomio real⁴⁴¹ y de la ideología imperial⁴⁴².

Teniendo en cuenta el resto de obras atribuidas a Constantino o a su grupo, no resulta extraña la inclusión de este catálogo arquitectónico en la *Vita*, como homenaje a la labor de su abuelo Basilio y excusa para dar rienda suelta a esa afición por catalogar tan propia, cuando menos de su época, si no de él personalmente. Pero como sucede con las demás digresiones, sobrantes en apariencia, se aprovecha para inocular elementos clave de la propaganda macedonia, en este caso, el concepto de renovación total llevada a cabo por Basilio, con un fin no ya de novedad entendida como oposición a lo anterior, sino más bien de vuelta a la primitiva belleza y estado de bienestar del Imperio⁴⁴³, algo que ya apuntábamos al hablar de ciertos aspectos del arte en tiempos de los macedonios, y su retorno a modelos de época imperial más que de la Antigüedad clásica.

Pasando al segundo objetivo de este apartado, en el que tratamos de dar una breve imagen de las digresiones y citas incluidas en la obra, señalaremos

⁴⁴¹ Cf. apartado II. 5. 9 de la segunda parte.

⁴⁴² Cf. apartado III. 1. 2. 2. d).

⁴⁴³ Sobre este aspecto, *vide* apartado III. 5. 8 de la segunda parte.

algo que ya no sorprenderá, y es el hecho de que se pueden englobar en dos tipos: las de origen clásico y las bíblicas.

Las clásicas no son tan numerosas como cabría esperar: contamos con una cita de Demóstenes⁴⁴⁴, otra de Eurípides⁴⁴⁵ y dos de Homero⁴⁴⁶, junto a diversas alusiones⁴⁴⁷, mientras que las bíblicas superan con mucho este número, de modo directo o por referencias. Tenemos así diversas citas, literales o con leves variaciones, tanto del Antiguo⁴⁴⁸ como del Nuevo Testamento⁴⁴⁹, y bastantes aproximaciones a historias narradas en ambos grupos de obras, como el episodio de los muchachos arrojados al horno por Nabucodonosor⁴⁵⁰, del que salieron indemnes, paralelo aquí al evangelio echado a las llamas para convertir a los rusos⁴⁵¹; a la ya mencionada y clarividente Ana⁴⁵², que sabe ver en el pequeño Jesús al Mesías, como la señora que interpreta los sueños de la

⁴⁴⁴ *Olint.* I, 20. Comentarios en apartado II. 3 de la segunda parte.

⁴⁴⁵ *πρῶτον μὲν εἶδος ἄξιον τυραννίδος*, que conocemos como fragmento, recogido por NAUCK, A. (ed.), *Tragicorum Graecorum Fragmenta*, 15. 2, y que citan otros historiadores bizantinos (Atalates, Pselo, Ana Comnena y Zonarás), como señala VARONA CODESO, P., “Contribución al problema de la cronología”, pp. 767-768 y nota 96.

⁴⁴⁶ *Od.* III, 196 y *Il.* III, 179. Comentarios en apartado III. 5. 7 y III. 5. 10 respectivamente.

⁴⁴⁷ 220, 4-5: οὔτε μιξανθρώπου Χείρωνος ἐδεήθη ὡς Ἀχιλλεὺς οὔτε Λυκούργου νομοθέτου καὶ Σόλωνος, para referirse a la educación recibida por Basilio, en manos sólo de su padre; 222, 3-4: ὡς ἡ Κύρου μήτηρ εἶδε τὸν ἄμπελον, al hablar de uno de los sueños proféticos de su madre, en el que es un *topos* del encomio real, como veremos en el apartado II. 4. 3 de la segunda parte); 251, 8 y ss.: Πλὴν οὐ τὸ μελίχιον μόνον καὶ λυαῖον καὶ τρυφηλόν τε καὶ ἀνεμμένον καὶ ἀπαλόν καὶ παρακεκινηκὸς ἐκ τῆς μέθης ἐκέκμητο τοῦ χαριδότης Διονύσου, describiendo a su antecesor Miguel; 258, 15: αἱ πρὶν ὑπὲρ τὰς Βοιάρεω χεῖρες πρὸς τὰ ἀλλότρια ἐκτεινόμεναι ἐκνεναρκωμέναις ὡσπερ καὶ παρεμμέναις ἐφκεισαν, en referencia al fin de la rapacidad con el reino de Basilio; 330, 18-20: ἡ δὲ διεύρουσα τὰ ἄδυστα τοῦ θεοῦ οἴκου τούτου κιγκλῖς, Ἡράκλεις, ὅσον ὄλβον ἐν ἑαυτῇ περιεῖληφεν!, como exclamación ante la belleza de un templo dedicado a san Clemente y erigido por su abuelo; finalmente, 345, 3-4: Ἰλιὰς λυπηρῶν καὶ τραγωδία θλιβερῶν ἐχόρευσε περὶ τα βασιλεια, al referirse a la muerte de Constantino, el primogénito de Basilio.

⁴⁴⁸ 217, 9-20 remite a Ex 4, 31; 224, 9-10 a 1 S 3 y a Jos 5, 14; 258, 6-7 a Sal 34, 10; 341, 9-10 a Jr 15, 19; 345, 16-18 a Jb 1, 21; 344, 1 a Dt 6, 16.

⁴⁴⁹ 343, 19 remite a Jn 14, 14 y 16, 24; 343, 20-21 a Jn 14, 12; 344, 10 a Jn 12, 28.

⁴⁵⁰ Dn, 3, 1-30.

⁴⁵¹ 342, 20 y ss.

⁴⁵² Lc 2, 36-38.

madre de Basilio⁴⁵³; muy de cerca, el anciano Simeón que lo bendice a Él y a María el día de la presentación en el templo⁴⁵⁴, como el monje que ve a Basilio entrar en un templo del Peloponeso y lo saluda como a un emperador⁴⁵⁵, entre otros.

A lo largo de este trabajo tendremos ocasión de ver diversos modos de adaptación de historias bíblicas dentro de la *Vita*, bien como meras citas, alusiones lejanas o paralelismos difíciles de pasar por alto, siendo el más evidente el uso de la historia de David, a la que nos referiremos en más de una ocasión. Baste por ahora señalar la existencia de esos recursos en muy alto grado, superior además a la imitación de lo clásico, que se limita a las formas retóricas del encomio real y a algunas citas que en realidad están más cercanas a los manuales escolares que a una verdadera erudición, como habremos de señalar al hablar de la educación retórica y los manuales empleados para ello.

Es evidente que en el autor de la *Vita* (o bien en su concepción de la obra) han tenido una enorme influencia los modelos de corte cristiano junto a la tradición biográfico-encomiástica de época imperial, frente a los esquemas clásicos propiamente dichos, fenómeno nada extraño en el mundo bizantino.

Pero sobre ello volveremos en distintos apartados de esta investigación. Recordemos ahora que si la reina de Saba se pasea por nuestra obra, el rey David amonesta a su señor Saúl, o Samuel se arroja al suelo para oír lo que Dios le manda, no es debido tanto a una falta de originalidad y servil repetición de modelos bíblicos como al modo de entender la mimesis en Bizancio. En un artículo de Hunger⁴⁵⁶ dedicado a los mecanismos de dicha imitación entre los bizantinos, aunque limitado al mundo clásico, señala que el uso de pasajes consolidados por la tradición como modelos narrativos (p. ej., de Heródoto,

⁴⁵³ 225, 21 y ss.

⁴⁵⁴ Lc 2, 25-32.

⁴⁵⁵ 226, 7 y ss.

⁴⁵⁶ HUNGER, H., "On the Imitation (ΜΙΜΗΣΙΣ) of Antiquity in Byzantine Literature", *DOP* 23-24 (1969-70), pp. 15-38.

Tucidides, etc.) como molde para trasladar y contar sucesos contemporáneos, no implica falsedad o fabulación por parte de los historiadores bizantinos, sino que obedece a una actitud muy propia de aquella cultura, que gustaba de utilizar para sus narraciones estructuras reconocibles por un público que juzgaba así el conocimiento y fidelidad del autor a esos modelos, y se complacía con aquellas reminiscencias clásicas⁴⁵⁷.

Es decir, más allá de copiar una estructura conocida, se buscaba dar a un determinado suceso una forma reconocible y, por así decir, oficial, por el prestigio de aquellos autores consagrados como venerables monumentos⁴⁵⁸. Este mismo argumento sería aplicable a los modelos bíblicos, que en el caso de Basilio podían proporcionar esquemas muy útiles para el proyecto propagandístico del Porfirogeneta. Sobre los motivos de esta preferencia del autor de la *Vita* por las citas cristianas frente a las clásicas ya hemos hablado en anteriores apartados como para insistir más, pero conviene no olvidar la trascendencia de estos modelos en el núcleo de la ideología política latente en los gobiernos macedonios, tanto como en la que se proyecta de manera oficial hacia sus súbditos y otros pueblos, temas que trataremos más adelante.

⁴⁵⁷ *Ibidem*, p. 26.

⁴⁵⁸ Sobre el papel de la retórica y la fidelidad a los modelos establecidos en Bizancio tendremos oportunidad de tratar en el apartado II. 1 de la segunda parte.

IV. 4. LA LENGUA DE LA VITA. ELEMENTOS LITERARIOS.

De nuevo nos encontramos con un aspecto de la obra al que por necesidad habremos de referirnos en breves palabras, ya que permite un profundo análisis que nos llevaría a ampliar con mucho las dimensiones de esta investigación. Y es que se trata de una cuestión muy debatida por cuanto estaríamos ante uno de los diversos niveles estilísticos que se le han atribuido al Porfirogeneta, considerando que todo aquello que nos ha llegado con su nombre ha sido escrito por la misma persona. De ser eso cierto, habría que suponer que el emperador habría preferido una lengua más cercana a la hablada para aquellas obras de consumo interno, si se nos permite la expresión, como el *DAI* o *De cerimoniis*, mientras que en aquellas más oficiales se habría decantado por una lengua asimismo oficial. Esto sería del mismo modo aplicable a un equipo que trabajase a las órdenes de Constantino.

Ya vimos en otro lugar el debate abierto en torno al sistema de trabajo de este equipo y el grado de participación del Porfirogeneta en las distintas obras que llevan su nombre. Independientemente de todo ello, y partiendo del texto existente de la *Vita*, habremos de concluir que tanto su diseño como su concepción no podían admitir otro tipo de lengua dentro del contexto en que fue creada. En la segunda parte tendremos ocasión de ver con mayor detenimiento cómo el mantenimiento de toda una retórica imperial con carácter oficial, construida en una lengua purista derivada del aticismo, será la base del sistema político que sustenta el Imperio, y cómo dicha lengua constituye un elemento más de retroalimentación para la supervivencia de Bizancio. Orden establecido (τάξις), rígida jerarquía, ortodoxia religiosa, emperador como centro del microcosmos terrenal, reflejo del celestial, son algunas claves de la ideología bizantina, expresada y reforzada por una lengua que no varía y mantiene su unidad y prestigio frente al paso del tiempo y de las generaciones.

La elección, pues, de una lengua inmutable, más cercana al academicismo que a la del vulgo, se imponía en esta presentación del gobernante perfecto dentro del único Imperio legítimo de la Cristiandad. El profesor Egea⁴⁵⁹ ha señalado cómo esa lengua considerada modélica e ideal se constituye en símbolo de identificación en Bizancio, que se irá enrocando cada vez más en esta posición frente a la parte “latina” del Imperio en un principio; a las diversas invasiones bárbaras que iban mermando dicha parte y dejando el mundo grecoparlante en lo que a sus ojos era una única isla de paz y civilización; finalmente, frente al avance de los nuevos reinos occidentales y el papado sobre el terreno antes nunca indubitado de un Imperio único con sede en Constantinopla.

Por otra parte, los propios movimientos internos de Bizancio favorecen una vez más la emulación del griego considerado más clásico, y de este modo, tras el periodo oscuro, florece la mirada al pasado que se materializa en la obra de Focio, quien no sólo lee las joyas de la creación ática sino que adapta ese modelo lingüístico a su propia producción y se convierte en modelo para otros.

Esta lengua sería aquella bendecida por el aticismo del s. II y su afán por impedir el cambio y la evolución natural propios de todo idioma, apoyado por la idea de que los cambios lingüísticos son producto de la ignorancia e incultura de muchos, que conducen a la destrucción de esa misma lengua⁴⁶⁰. Así, y una vez adoptada la pureza aticista incluso por la Iglesia tras ese primer paso en lengua hablada que habían supuesto los Evangelios, consciente de su valor como arma retórica a la vez que como elemento inseparable de la ideología del Imperio, asistimos a una fosilización ficticia de una modalidad del griego que nadie hablaba de manera espontánea, a la par que a un

⁴⁵⁹ EGEA, J. M., “La lengua de la Historiografía bizantina tras el cambio lingüístico”, *Erytheia* 11-12 (1990-1991), pp. 21-32.

⁴⁶⁰ *Ibidem*, p. 24.

ostracismo de la lengua de comunicación cotidiana en los documentos escritos⁴⁶¹.

El profesor Egea ha señalado⁴⁶² cómo será precisamente el género historiográfico el que se muestre más impermeable a los cambios de la lengua real y mantenga firmes sus murallas áticas frente al griego hablado. En un momento en que, entre los siglos X-XI, o sea, en el mundo de los macedonios, nace la épica en lengua popular griega, la historiografía tiene que decantarse entre darse a conocer a todos o dirigirse a la aristocracia y las élites formadas. Los fundamentos del Estado bizantino, como veremos, indicaban cuál iba a ser la opción elegida, y no resulta extraño ver que con los Comnenos la separación entre ambos modos de expresarse se ha consumado de pleno. Las obras históricas avanzan hacia el preciosismo aticista como único asidero frente al desastre exterior, en el suave bálsamo de lo clásico una vez más como símbolo de identidad.

Pero ese aticismo de la historiografía bizantina tampoco será homogéneo, sino que presentará niveles según la formación de cada autor y su personal criterio acerca de lo más adecuado a la belleza del ático. En nuestro caso esto se traduce en una lengua bastante correcta en general, aunque sin grandes alharacas estilísticas, con notable influencia del griego bíblico y evangélico, y donde a menudo se asoman elementos extraños, como puedan ser palabras ya asimiladas del latín e incorporadas por completo, sobre todo en la terminología cortesana, como estos ejemplos: ὁ πατρικός καὶ δομέστικος τῶν σχολῶν (229, 1-2), πρωτοστράτωρ (231, 23), τῷ δρουγγαρίῳ (303, 1), κουβικουλάριος (307, 2), τοῦ πρωτοβεστιάριου (307, 4), τὸν μαγκλαβίτην (307, 13), τοῦ μαγίστρου (307, 21). Dicho de otro modo, a través de las rendijas

⁴⁶¹ *Ibidem*, p. 23: “De este modo, el aticismo supuso la detención oficial de la evolución del griego y la devaluación radical de la Lengua Común que todavía era, más o menos, unitaria en sus diferentes estratos, hablada, oficial y literaria”.

⁴⁶² *Ibidem*, pp. 30-31.

de la imitación aticista se escapan de cuando en cuando rasgos que delatan la situación del griego hablado de su época⁴⁶³.

Tratemos, no obstante, de ordenar un poco estos fenómenos. Tenemos por un lado elementos propios de la sintaxis ática, como el genitivo absoluto, bastante utilizado a lo largo de todo el texto. De entre los numerosos ejemplos citaremos algunos:

τῷ γὰρ καιρῷ τοῦ θέρους τῶν τούτου γονέων ἐπὶ τὸν ἴδιον ἐξελθόντων ἀγρόν καὶ τοῖς θερισταῖς ἐπιστατούντων καὶ διεγειρόντων συντόνως ἐργάζεσθαι (218, 4-6)

ἀρθείσης δὲ παρὰ τῶν ἰδόντων φωνῆς (218, 13-14)

κνηγεσίου καταγγελθέντος εἰς το λεγόμενον Φιλοπάτιον (231, 22-23)

τοῦ δὲ ἀγιωτάτου πατριάρχου Ἰγνατίου ποτὲ (...) λιτανείαις πρόοδον πρὸ τῆς πόλεως ποιούμενου καὶ πρὸς τινα πορευομένου θεῖον ναόν (245, 6-9)

Otro es el empleo del optativo, cuyo uso no literario o purista había desaparecido prácticamente en la época de la κοινή⁴⁶⁴. Tartaglia⁴⁶⁵ ha subrayado que aunque en nuestra obra hay varios ejemplos, no siempre responden a una estricta observancia de las normas del ático, sino que muestran la relajación de la sintaxis propia de su época. Algunas muestras de su presencia en la obra son estas:

ἴν' ἐντεῦθεν εἰδέναι λογιζόμενος ἔχοι πᾶς ὁ βουλόμενος (242, 16-17)

ὡς ἂν ἀσινῆ δῆθεν ἐκ τούτων τὰ νεμόμενα διαφυλάττοιο θρέμματα (311, 1-2)

⁴⁶³ TARTAGLIA, L., *op. cit.*, p. 198. Este trabajo sirve como referencia general para los rasgos de la lengua empleada en la *Vita*. En su opinión, además (p. 204), el uso de esas estructuras retóricas con un estilo estrictamente determinado, no es impedimento para la presencia de elementos de la lengua común. Para otros autores esto sería más bien un signo de escasa formación, bien del Porfirogeneta, o del verdadero autor de la obra. Las supuestas diferencias estilísticas entre las obras analizadas por TARTAGLIA se deberían, como vimos, a autorías distintas y no a mezcla deliberada de niveles lingüísticos. Cf. ŠEVČENKO, I., "Re-reading Constantine", p. 187, nota 49, y en general el apartado II de esta primera parte.

⁴⁶⁴ BROWNING, R., *Η Μεσαιωνική και Νέα Ελληνική Γλώσσα*, Atenas, 1991, p. 47.

⁴⁶⁵ TARTAGLIA, L., *op. cit.*, p. 199. Señala además que a menudo aparecen combinados con subjuntivos, como en 269, 10-11: μὴ ξενοπαθῆ μηδὲ ἀήθης εὐρίσκοιτο.

τίνος οὐκ ἂν ὀφθαλμὸν ἐστιάσοι καὶ ψυχὴν εὐφράνοι καὶ ὄλον ἡδίω ποιήσοι τὸν θεατήν; (331, 18-20)

Tampoco faltan expresiones de sabor clásico, como la inclusión de formas como φησί / φασί (p. ej. en 257, 12; 345, 18, acompañando citas; 232, 14), o que recuerdan frases de autores consagrados, como en 267, 5-6, donde leemos ἐπήει κατὰ πολλὴν τοῦ κωλύσοντος ἐρημίαν (repetido casi tal cual algo más adelante, en 268, 17-18), similar a la expresión de Jenofonte en las *Helénicas* 3. 4. 21: δι' ἐρημίας πολεμίων πορευόμενος; o bien 268, 16, donde la frase εἶτα τὰς ἐφεξῆς πυρπολήσαντες χώρας y su contexto nos recuerda de nuevo a la de Jenofonte δηώσει πᾶσαν τὴν γῆν αὐτῶν ἐφεξῆς καὶ παραλείψει οὐδέν, también de las *Helénicas* 4. 6. 4.

Son más llamativos, sin embargo, los elementos que delatan el trasfondo real de esa lengua aticista, y que dejan notar su influencia tanto en aspectos sintácticos como morfológicos o semánticos. Así, Tartaglia⁴⁶⁶ ha señalado frecuentes excepciones al uso clásico de las preposiciones, como es el caso de κατὰ con acusativo indicando tanto el lugar en donde como el lugar hacia donde⁴⁶⁷:

κατὰ τὸν τῆς Ἀρμαμενταρέας λεγόμενον τόπον περάσαντος (233, 2-3)

τόπος δὲ οὗτος κατὰ τὴν πρὸς Μαιάνδρω τῶν Θρακησίων παράλιον (235, 22-236-1)

καὶ δὲ κατὰ τὸν τόπον γεγόμενος ὃς λέγεται Ποδανδός (285, 10)

Característica es la preferencia de la preposición παρά con genitivo, en lugar de la más esperada ὑπό, con verbos pasivos, si bien comparte protagonismo con ella⁴⁶⁸:

κεχρισμένον γὰρ εἰς βασιλέα τυγχάνειν παρὰ θεοῦ (223, 20-21)

λεχθῆναί φασι παρὰ τῶν πρωτευόντων τοῦ τῶν Ἀρμενικῶν συστήματος (273, 5-6)

⁴⁶⁶ *Op. cit.*, p. 200.

⁴⁶⁷ Los ejemplos aportados por el autor son 215, 18-19 y 290, 18-19.

⁴⁶⁸ Los ejemplos de TARTAGLIA corresponden a 349, 2 y 350, 12.

El uso de las conjunciones refleja también el cambio que se ha producido en la sintaxis, uno de cuyos ejemplos es el uso de ὅταν, que aparece construido tanto con subjuntivo como con indicativo⁴⁶⁹:

ὅταν ἡ πρόνοια πρὸς ὃ βούλεται συνελαύνη τὰ πράγματα (234, 22-23)

ὅταν οὗτοι προσβάλωσι τοῖς ἐχθροῖς (273, 19-20)

ὅταν ἐξῆγε τὰς ἀποφάσεις (251, 22)

ὅταν εἰς τὰ βασίλεια εἴσεισιν (318, 12)

ὅταν κατὰ θήραν ἢ που ἄλλοθι μέλλεις τῆς βασιλίδος ὑπεξελεθεῖν (349, 20-21)

Si nos referimos a cambios morfológicos, encontramos algunas novedades, por ejemplo, en diminutivos como Θεοφιλίτζην (224, 23), que aparece de manera indistinta junto a Θεοφιλίδιον unas líneas más adelante (225, 2), en un nuevo caso de coexistencia de formas aticistas y de la lengua vulgar. Incluso contamos con un ejemplo donde la grafía es la propia de esa lengua hablada en el caso de Διακονίτζιν (313, 4), cuando antes tenemos las formas más normalizadas Διακονίτζης y Διακονίτζην⁴⁷⁰ (275, 10-11 y 16 respectivamente).

En algún caso nos encontramos una flexión nominal que no se corresponde con lo que esperaríamos, como en el nombre Ἀποστύπτης, que se cita dos veces en acusativo (ὄν Ἀποστύπτην ἐκάλουν, 305, 7 y τὸν μὲν Ἀποστύπτην, 306, 1), y otras dos veces en un genitivo cuya marca es la ausencia de terminación (οἱ τοῦ Ἀποστύπτη υἱοί, τοὺς δύο τοῦ Ἀποστύπτη υἱούς, 307, 8 y 18), imagen de la reordenación que se está produciendo, donde los masculinos llevan -ς en el nominativo, -ν en el acusativo y nada en el genitivo⁴⁷¹. En este mismo campo estarían algunas formas verbales poco

⁴⁶⁹ TARTAGLIA, L., *op. cit.*, p. 200. Sus ejemplos son 260, 12; 316, 3-4; 349, 10-11.

⁴⁷⁰ Sobre estas terminaciones y el aumento en general del uso de diminutivos en esta época, vide BROWNING, R., *Νέα Ἑλληνικὴ γλῶσσα*, p. 93.

⁴⁷¹ *Ibidem*, p. 83.

ortodoxas, como ἀφώριστο (221, 20), προαφώριστο (288, 15) διεσκέδαστο (301, 21), διηρέθιστο (350, 11-12).

Aunque algunos de estos casos podemos considerarlos resultado de un deficiente conocimiento del ático más puro, al autor de la obra no parece importarle demasiado introducir nombres propios o palabras tal y como se dicen o escriben en la lengua de la calle. Así, al hablar de pueblos bárbaros, el término escitas (Σκύθας, 217, 2, referido a los búlgaros y τῶν ἐν Παννονία καὶ Δαλματία καὶ τῶν ἐπέκεινα τούτων διακειμένων Σκυθῶν, 288, 17-19) convive con los nombres de esos pueblos, búlgaros, croatas, serbios, etc. Algo similar sucede con los bárbaros de Cartago, mencionados así (ellos o su ciudad) en varias ocasiones (288, 16; 289, 5; 296, 11; 304, 22; 309, 11), a la par que se les denomina agarenos (278, 1; 293, 13 y 22; 298, 2 *et passim*), ismaelitas (267, 20; 288, 4) o sarracenos (214, 7-8 y 17; 290, 12; 304, 3; 312, 19) de manera indistinta.

Dentro del apartado semántico no faltan abundantes palabras tomadas del latín y que ya se habían integrado en la lengua hablada, como puedan ser πάτρων (275, 2), κοῦρσον (268, 11), ῥόγας (265, 10) μούλτον (240, 9), παλατίοις (241, 3), τῆς βίγλης (303, 1), φούρκας (303, 17), τοῖς σπάδουσι (318, 8), βεστιάριον (336, 11), κινστέρνης 338, 13 (junto a δεξαμενήν, algo más arriba, *ibidem*, 1). A veces el autor ofrece explicaciones o traducciones:

τῆς τοῦ βασιλέως αὐλαίας ἦτι κόρτης (236, 2)

τριάκοντα πλοίων μεγίστων, ἃ κομβάρια λέγεται (298, 6-7)

πλήθος μυοπαρώνων καὶ πεντηκοντόρων, ἅς σακτούρας καὶ γαλέας ὀνομάζειν εἰώθασι πάμπολλοι (299, 18-19)

κατὰ τὴν ἀγοράν, ἢ Φόρος προσαγορεύεται (339 1-2)

En alguna ocasión incluso se nos dan interpretaciones cuasi etimológicas o juicios sobre el correcto (o no) decir del vulgo:

καὶ Σιδόνια ἔργα παμποίκιλα, ἃ δὴ νῦν παραφθαρέντος τυχὸν τοῦ ὀνόματος τῆ τῶν πολλῶν ἀμαθία λέγεται σενδαῖς, ἑκατόν, λινομαλοτάρια ἑκατόν (καλὸν γὰρ ἐπὶ τούτοις κοινολεκτεῖν). (318, 13-16)

Es llamativo el uso de ὁ ῥήξ Φραγγίας para referirse al soberano de los francos, denominación que parece limitar más una cuestión política que lingüística, empleada solo en este caso y en cada una de las ocasiones en que se refiere a Ludovico (293, 10 y 22; 294, 5, 8, 9, 11, 13 y 21; 295, 7, 10, 14, 18 y 22; 296, 4 y 14).

Otros rasgos que nos recuerdan el contexto real de la lengua hablada por el autor son, por ejemplo, el uso de términos contemporáneos junto a otros más clásicos, a menudo con vocablos técnicos⁴⁷², como en este caso: τοῖς πετροβόλοις ὀργάνοις καὶ τοξοβαλλίστραις (298, 15-16), o para denominar a los mandatarios sarracenos (ἀμέρας, p. ej. en 279, 4; o bien ἀμερμουμνῆς, en 214, 9); o bien, al contrario, de palabras clásicas en las que se trasluce ya el significado moderno, como καταλαμβάνω o φθάνω en el sentido de “llegar”, o bien χρηματίζω en el de “servir de, ser”⁴⁷³:

τὴν βασιλεύουσαν ταύτην καταλαμβάνουσι Κωνσταντινούπολιν (213, 8-9)

αἰσίως χρησάμενος πλῶ δι' ὀλίγων ἡμερῶν καταλαμβάνει τὴν Πελοπόννησον (300, 14-15)

εἰς τὸ κάστρον Ναυπάκτου ἤδη καταλαβῶν (320, 18-19)

πρὸς δὲ τὴν Καλλίπολιν καὶ Παδασίαν φθάσας (280, 15-16)

καὶ τὴν βασιλεύουσαν φθάσας (284, 2-3)

ἄπερ πρὸς τινὰς τῶν νομέων ἐξηγουμένων ἔφθασε καὶ πρὸς τὸν Ἀδριανὸν τὸ διήγημα. (311, 5-6)

ὅσα εἰς ἐμὴν ἔφθασεν ἐλθεῖν ἀκοήν (313, 22-314, 1)

τὸ δὲ χρηματίζει εἰς βεστιάριον (336, 11)

ἐνθα τὸ σεμνεῖον τῆς τῶν οἰκεῖων θυγατέρων διατριβῆς ἐχρημάτιζεν (275, 21-22)

En algunos casos las frases tienen un sentido más cercano al griego tardío y moderno que al antiguo:

⁴⁷² TARTAGLIA, L., *op. cit.*, p. 200.

⁴⁷³ Casos citados por TARTAGLIA, L., *ibidem*, p. 201. Los ejemplos aportados son nuestros.

ταύτης εὐλόγου δῆθεν δραξάμενοι ἀφορμῆς (236, 4), “aprovechando esta excusa supuestamente razonable”

ἐξωσθέντος οὖν ἐκείνου ἐχίρρευε λοιπὸν ἐπὶ χρόνον τινὰ τὸ τοιοῦτον ἀξίωμα (234, 21-22) “Expulsado, pues, Damián, quedó vacante durante algún tiempo aquella dignidad”

μετὰ τὸ σχολάσαι τῶν πολεμικῶν ἀγώνων τὸν λόγον (316, 15), “Una vez que el discurso ha puesto fin a las contiendas bélicas”

καὶ οὐδὲν ἕτερον ἐκ τοσούτου τῶν χρημάτων πλήθους εὐρέθη πλὴν τρία καὶ μόνα (...) κεντηνάγια (255, 16-18), “de tan ingente cantidad de dinero no se hallaron más que tres únicos centenarios”

Característico es el uso de ἵνα con subjuntivo en frases muy cercanas al griego hablado hoy, donde se desvanece el sentido final:

καὶ οὐδὲ ἕτερον ἐπιζητῶ ἢ ἀπαιτῶ παρὰ σοῦ πλὴν ἵνα ἀγαπᾶς καὶ ἐλεῆς ἡμᾶς (228, 13)

ἔχω, δέσποτα, ἄνθρωπον ὃς ἐὰν κελεύης ἵνα παλαίση μετὰ τοῦ περιβοήτου τούτου Βουλγάρου⁴⁷⁴ (229, 19-21)

No obstante, y salvo estos lapsus, encontramos otros usos de ἵνα más apropiados dentro de la sintaxis ática, como en estos ejemplos:

ἵνα πρὸς τὸ πονοῦν καὶ αὐτοὶ συνασπίσωσι (268, 10-11), “ para poder también ellos unir sus fuerzas de cara a la lucha”

ὥσπερ τινὰ σπόρον εἰς ἀγαθὴν αὐτὰ καταβαλλομένη χώραν, ἵνα ἀμήση παμπολλαπλασίονα ἐν εὐθέτῳ καιρῷ (228, 1-3), “como si depositara una semilla en tierra buena, para cosecharla multiplicada en el momento oportuno”

Este último ejemplo nos permite enlazar con un aspecto destacado en la lengua de la *Vita*, al que ya nos hemos referido: la influencia del lenguaje bíblico y evangélico. En apartados anteriores vimos cómo esta presencia se hacía patente en la adaptación de ciertos episodios o personajes útiles para

⁴⁷⁴ Ejemplo citado también por TARTAGLIA, L., *op. cit.*, p. 199, que cree debe de considerarse como un vulgarismo, a no ser que haya una laguna en el texto. Sobre el abundante uso de ἵνα con subjuntivo como alternativa a las oraciones de infinitivo o participio ya en la κοινή, vide BROWNING, R., *Νέα Ἑλληνική γλώσσα*, pp. 62-63. Señala además que ya en el s. VI tenemos datos para pensar que se pronunciaba como ἰνά, en un paso anterior a la marca de subjuntivo (να) que el griego emplea hoy.

algún aspecto de la narración, transformados según las necesidades de la obra, pero fácilmente identificables por el lector (David, reina de Saba, Saúl, etc.). En otro plano, esta mimesis se realiza a través del estilo y las expresiones lingüísticas que evocan pasajes concretos, cuando no se citan del todo, como ya se ha señalado. Uno de ellos sería este de la semilla, al que nos referiremos en la segunda parte⁴⁷⁵, pero podemos apuntar algunos más:

ἀρτι δὲ ἐπισκεπτομένου θεοῦ τὸν λαὸν αὐτοῦ καὶ τὴν ἔξοδον αὐτοῖς πρυτανεύοντος (217, 9-11)

ἡ δὲ πρὸς τὴν χαρμόσυνον ταύτην ἀγγελίαν διαχυθεῖσα καὶ πλήρης γενομένη χαρᾶς προσεκύνησέ τε τὸν γηραιὸν ἐκεῖνον καὶ “τίς εἶ” εἶπεν αὐτῷ “ὦ κύριέ μου ὁ μὴ ἀπαξιώσας ἐποφθῆναι τῇ δούλῃ σου, ἀλλ’ οὕτως εὐφρόσυνα εὐαγγέλια προσκομίσας μοι;” (222, 14-18)

καὶ τὰ ἀσθενῆ πρὸ τούτου τῶν πενήτων μέλη ἐρρώννυντο διὰ τὸ ἀδεῶς ἕκαστος τὴν οἰκίαν βῶλον ἐργάζεσθαι καὶ τὸν ἴδιον ἀμπελῶνα καρποῦσθαι, καὶ τὴν ἐλαίαν καὶ τὴν συκῆν τὴν πατρῶαν μηδένα εἶναι τὸν τολμῶντα ὑπὸ τὴν ἑαυτοῦ ποιεῖσθαι ἔξουσίαν, ἀλλ’ ἕκαστον ἐν τῇ συνήθει καὶ πατρῶα τούτων σκιᾷ ἀναπαύεσθαι (258, 17-22)

En el primer ejemplo tenemos una evocación del Éxodo⁴⁷⁶; en el segundo, de la escena, el ambiente y el lenguaje del episodio de la Anunciación⁴⁷⁷; y en el tercero se nos traslada al idílico mundo del reinado de Salomón⁴⁷⁸. Pero otro nivel de influencia sería, para autores como Tartaglia⁴⁷⁹, aquel que afecta a la propia estructura de la lengua, con ejemplos como el uso del infinitivo sustantivado regido por una preposición:

ἐν δὲ τῷ ἐκεῖνους ἐνασχολεῖσθαι τοῖς θερισταῖς (218, 11-12)

εὐφημοῦντες μὲν τὸν Μιχαὴλ ὡς βασιλέα διὰ τὸ ἐκ τούτου τὰ πλήθη ἐπάγεσθαι καὶ μὴ δοκεῖν πτέρναν ἀποστασίας αἴρειν κατὰ τοῦ αὐτοκράτορος (240, 11-13)

⁴⁷⁵ En concreto, en el apartado III. 5. 4 de la segunda parte.

⁴⁷⁶ Cf. apartado III. 5. 3 de la segunda parte.

⁴⁷⁷ Comentarios en el apartado III. 5. 4 de la segunda parte.

⁴⁷⁸ I R 5, 5. Cf. comentarios en el apartado III. 5. 7 de la segunda parte.

⁴⁷⁹ *Op. cit.*, p. 199. Señala también el uso del infinitivo final introducido por τοῦ, p. ej.: ἀποστέλλεται μετὰ τῶν τοῦ Σολδάνου ὑπηρετῶν τοῦ ταῦτα πρὸς τοὺς ἐν τῇ πόλει εἰπεῖν (297, 6-7).

ἀλλὰ πρῶτα μὲν τοὺς στρατιωτικοὺς καταλόγους ἐλαττωθέντας ἐκ τοῦ περικοπῆναι τὰς διδομένας τούτοις φιλοτιμίας καὶ ῥόγας καὶ τὰ βασιλικά σιτηρέσια διὰ νέων συλλογῆς τε καὶ ἐκλογῆς ἀνεπλήρωσεν (265, 8-11)

ἐκπορθήσας καὶ διαρπαγῆναι ἐφείς, καὶ προθυμότερους ἀπὸ τῶν ὠφελειῶν πρὸς τὸ πονεῖν τοὺς στρατιώτας πεποιηκώς (281, 5-6)

No olvidemos, con todo, que la lengua del Evangelio no es más que un reflejo de la κοινή ya establecida en el mundo grecoparlante, por lo que hay que ser prudente al establecer posibles influencias cuando en realidad se trataba de fenómenos presentes ya en el griego de esa época, que perdurarán en los siglos posteriores. Tenemos así en nuestra obra algunos usos tardíos y consagrados por la lengua del Nuevo Testamento, como en el siguiente ejemplo, que nos recuerda al tan denostado por Frínico uso de φάγομαι, que considera un barbarismo⁴⁸⁰:

οἱ δὲ δακρῶν ὑποπλησθέντες τοὺς ὀφθαλμοὺς “τίνα βρῶσιν” εἶπον “φαγούμεθα;” (351, 6-7)

Y que, sin embargo, no está lejos de Lc 14, 15: Μακάριος ὃς φάγεται ἄριστον ἐν τῇ βασιλείᾳ τοῦ Θεοῦ.

En otro orden de cosas, cabe señalar los esfuerzos realizados por el autor para dar un aspecto más literario al texto, con el empleo de recursos varios⁴⁸¹. Uno de ellos sería el empleo de metáforas como en este párrafo, que describe el mazazo que supuso para Basilio la muerte de su primogénito:

Así se iban, pues, realizando tales obras en los años del imperio del prudente emperador Basilio. Prosperaba el Estado diestramente según sus proyectos a la par que todos llevaban una vida floreciente día a día; el alborozo envolvía en su danza la ciudad y la corte, y la calma se había extendido sobre casi todas y cada una de las islas y la tierra firme. Y de súbito un huracán, una tempestad y tormenta de desgracias montó su

⁴⁸⁰ Cf. BROWNING, R., *Nέα Ελληνική γλώσσα*, p. 70. La cita completa es así: φάγομαι βάρβαρον, λέγε οὖν ἔδομαι καὶ κατέδομαι· τοῦτο γὰρ Ἀττικόν, que el autor contrasta con la del Evangelio de Lucas que adjuntamos arriba.

⁴⁸¹ Cf. TARTAGLIA, L., *op. cit.*, pp. 203-204.

festín en palacio, y golpes de pecho, cantos fúnebres, una Ilíada de congojas y una tragedia de lamentos danzaron en coro en torno a las imperiales moradas⁴⁸².

Las imágenes de la tempestad o las borrascas que empañan el resplandeciente y claro día del reinado de Basilio, o su mar de tranquilidad, son muy queridas por este autor, que las emplea en más de una ocasión⁴⁸³:

ΑΛΛ' οὕτως μὲν τὰ μεσημβρινὰ διασκέδαστο πνεύματα, καὶ ἀκλύστως ἐντεῦθεν τὸ τοῦ Ῥωμαικοῦ κράτους σκάφος ἠϋθύνετο· ἐκ δὲ τῆς ἐσπέρας αὐθις κλύδων δεινὸς ἐπηγείρετο (301, 21 y ss.)

Ἀλλὰ καὶ πάλιν ὁ φθόνος ἑτέραν ἤγειρε περιὶ τὰ βασιλεία ζάλην καὶ θύελλαν, καθ' ἑαυτῆς τὴν φύσιν συνταράσσων τε καὶ κυκῶν (348, 10-12)

También utiliza el recurso de la *alegría danzarina* del pasaje de la muerte de su hijo, cuando en el episodio de la pelea de los búlgaros se nos dice τοῦ δὲ πότου προϊόντος καὶ θυμηδίας χορευούσης κατὰ τὴν τράπεζαν (229, 17-18), en una estructura casi igual que la utilizada allí, algo que nos lleva a pensar en posibles modelos o clichés retóricos.

Pero volviendo a las imágenes metafóricas, ya desde el principio se nos habla de “embarcarse en una segunda travesía⁴⁸⁴”, de alzar “el talón de la rebelión⁴⁸⁵”, “pulir las huellas de vejez que el tiempo dejara y eliminar las

⁴⁸² 344, 19 y ss.: Οὕτως οὖν τῶν τοιούτων ἔργων ἐν τοῖς χρόνοις τῆς βασιλείας τοῦ συνετοῦ βασιλέως Βασιλείου καταπραττομένων, καὶ δεξιῶς κατὰ νοῦν τῶν πραγμάτων χωρῶντων αὐτῶ, καὶ τοῦ καθ' ἡμέραν θάλλοντος βίου, καὶ εὐθυμίας χορευούσης περιὶ τὴν πόλιν καὶ τὰ βασιλεία, καὶ γαλήνης ἠπλωμένης ἀνὰ πᾶσαν σχεδὸν νῆσον καὶ ἡπειρον, ἐξαίφνης λαίλαψ καὶ ζάλη καὶ καταιγίς συμφορῶν τοῖς ἀνακτόροις ἐκώμασε, κοπετὸς καὶ θρηῆνος καὶ Ἰλιάς λυπηρῶν καὶ τραγωδία θλιβερῶν ἐχόρευσε περιὶ τὰ βασιλεία.

⁴⁸³ Cf. TARTAGLIA, L., *op. cit.*, p. 203, que presenta un ejemplo similar para ilustrar el uso de metáforas como modo de introducir un nuevo tema: Οὕτω δὲ τοῦ ἀπὸ Ταρσοῦ διασκεδασθέντος νέφους, αἱ ἀπὸ Κρήτης αὐθις ἀντηγείροντο θύελλαι. Se podrá, no obstante, objetar que en todos los casos son metáforas y construcciones parecidas, de modo que sería interesante estudiar su posible origen retórico en algún manual, si bien no nos es dado abordar esta cuestión aquí.

⁴⁸⁴ 212, 5: εἰς δεύτερον ἐξ ἀνάγκης ὑποβέβηκα πλοῦν. Como en los casos de la nota anterior, toda la imaginería está relacionada con el de muy antiguo arraigado tópico de la nave del estado y el gobierno como singladura perpetua.

⁴⁸⁵ 240, 13: πτέρναν ἀποστασίας αἴρειν κατὰ τοῦ αὐτοκράτορος.

arrugas⁴⁸⁶” de un edificio, o de “la huella de una sombra [en la ley mosaica] que se disipa con el fulgor de la luz del sol [de la palabra de Cristo]⁴⁸⁷” entre otras.

Señalaremos aquí como curiosidad un juego de imágenes empleadas para mostrar el grado de insensibilidad moral al que había llegado Miguel. En un momento dado, Basilio intenta apercibirlo del peligro que corre por la aversión que están generando sus actuaciones, pero este es el resultado:

Pero con decir esto no hacía más que sembrar piedras o hablarle al mar, y era como lavar a un etíope; tan indeleble había llegado a ser la perversidad en él y hasta tal punto era sordo a cualquier palabra que pudiera salvarlo, cerrando sus oídos cual serpiente ante encantamientos⁴⁸⁸.

Algunas de estas expresiones serían refranes, o bien formarían parte de metáforas populares o consagradas por la tradición, como en el caso del etíope, que repite en 342, 4 como símbolo de empecinamiento, al hablar de los impenitentes judíos, reacios a la conversión: ὡς Αἰθίοπες ἔμειναν ἀμετάβλητοι⁴⁸⁹.

Un papel similar al de las metáforas juegan las diversas comparaciones que se incluyen en el texto para dar más color y movimiento a la narración. Algunas tienen resonancias homéricas, como la que describe el combate entre el búlgaro y Basilio:

Igual que a una gavilla de hierba, ligera e inconsistente, o un vellón de lana, seco y leve, con esa misma facilidad lo alzó sobre la mesa y lo dejó caer⁴⁹⁰.

⁴⁸⁶ 323, 4-5: καὶ ἀποξέσας τὸ ἀπὸ χρόνου γῆρας καὶ τὰς ῥυτίδας περιελών.

⁴⁸⁷ 341, 16-18: ὅτι κεφάλαιον τοῦ νόμου καὶ τῶν προφητῶν ὁ Χριστὸς ἦν καὶ ὅτι σκιᾶς τύπον εἶχεν ὁ νόμος, ἢ τῇ ἐπιλάμψει τοῦ ἡλιακοῦ φωτὸς διασκεδάζεται.

⁴⁸⁸ 248, 16-19: ἀλλὰ ταῦτα λέγων πέτρας ἔσπειρεν καὶ αἰγιαλῷ προσελάλει καὶ σμήχειν ἐώκει Αἰθίοπα· οὕτω δευσοποιὸς ἢ πονηρία γέγονε παρ’ αὐτῷ καὶ οὕτως ἐξεκώφει πρὸς πάντα λόγον σωτήριον, βύων τὰ ὦτα ὡσεὶ ἀσπίς πρὸς ἐπαῖσματα.

⁴⁸⁹ Cf. Luciano, *Adversus indoctum et libros multos ementem* 28: οἶδα ὡς μάτην ταῦτά μοι λελήθεται καὶ κατὰ τὴν παροιμίαν Αἰθίοπα σμήχειν ἐπιχειρῶ. Recuerda, además a un refrán existente en el griego actual, con el cual puede tener relación: “Τον Αράπη κι αν τον πλένεις το σαπούνι σου χαλάς”.

⁴⁹⁰ 230, 7-10: ὡσεὶ δεσμόν τινα χόρτου κοῦφον καὶ ἄψυχον ἢ ἐξ ἐρίου πόκον ξηρόν τε καὶ ἐλαφρόν, οὕτω ῥαδίως αὐτὸν ἐπάνω τῆς τραπέζης μετεωρίσας ἀπέριψεν.

A este mismo pueblo búlgaro se le describe como “zarandeado con facilidad y llevado de un lado a otro como hojas por el viento⁴⁹¹”. Asimismo, al hablar de aquellos judíos que renegaron de su conversión, se nos dice que “regresaron de nuevo a su propio vómito como perros⁴⁹²”, en una imagen que pretende mostrar lo execrable de su actuación. De modo similar se presenta esta comparación que mezcla lo desagradable con lo bello:

Pero junto a los buenos siempre crece la envidia como gusanos en las maderas dulces en extremo⁴⁹³.

Una de esas comparaciones basadas en aspectos que producen desagrado es la utilizada para justificar la eliminación del emperador Miguel:

Pues del mismo modo que sólo con verlos los hombres matan a escorpiones y víboras, por la maldad consustancial a ellos, antes de que puedan causar daño a alguien, así a los hombres venenosos y criminales, antes de que puedan dañar o matar, se apresuran a exterminarlos quienes temen un peligro de ellos⁴⁹⁴.

Destacan en especial las comparaciones, a menudo combinadas con metáforas, empleadas en la parte dedicada a las construcciones o reparaciones de Basilio, con las que se intenta conjurar el peligro de elaborar un mero catálogo de enumeraciones y datos, e incurrir en la monótona sequía estilística existente en obras como el *DAI*. De este modo, el lector parece acompañar al narrador en su recorrido por los jardines de palacio o las muchas iglesias restauradas o erigidas por Basilio. Citaremos sólo algunos ejemplos:

⁴⁹¹ 342, 11: ὡς ὑπὸ ἀνέμου φύλλα ῥαδίως σαλευόμενον καὶ μετακινούμενον.

⁴⁹² 342, 2-3: πρὸς τὸν οἰκεῖον ὡς κύνες ὑπέστρεψαν ἐμετόν.

⁴⁹³ 263, 3-4: Ἀλλ' ἐπεὶ τοῖς ἀγαθοῖς ἀεὶ παραφύεται φθόνος ὡς τοῖς γλυκέσι μάλιστα τῶν ξύλων.

⁴⁹⁴ 254, 20 y ss.: ὡσπερ γὰρ τοὺς σκορπιοὺς καὶ ἔχεις μόνον ἰδόντες καὶ πρὶν ἢ τρῶσαι ἀναιροῦσιν οἱ ἄνθρωποι διὰ τὴν ἐνυπάρχουσαν αὐτοῖς κακίαν, οὕτω καὶ τῶν ἀνδρῶν τοὺς ἰώδεις καὶ φονικούς πρὸ τοῦ τρῶσαι καὶ ἀνελεῖν σπουδάζουσιν ἀποκτεῖναι οἱ ἐκ τούτων προσδοκῶντες τὸν κίνδυνον.

Cual novia engalanada con profusión de adornos de perlas, oro y destellos de plata, así como de variados mármoles multicolores, composiciones de teselas y tejidos de seda, lo ofrendó al inmortal esposo, Cristo⁴⁹⁵.

Reanimó el templo del profeta Elías en Petrio, que exhalaba por así decir, su último aliento y lo reconstruyó con excelencia, liberándolo del agobiante cúmulo de casas comunes que lo envolvían⁴⁹⁶.

El espacio cerrado entre las dos galerías circulares en la parte oriental del templo, lo convirtió en vergel paradisiaco, plantado también al este del nuevo Edén, exuberante en toda clase de plantas y regado con abundantes aguas⁴⁹⁷.

Este último ejemplo nos lleva a otro de los recursos utilizados para dar un aspecto más cuidado y literario al texto, como son los juegos de palabras, a menudo acompañados de aliteraciones. Aquí tenemos un párrafo que intenta imitar la frondosidad de la vegetación y la presencia alegre del agua, tanto en la semántica como la fonética de los términos empleados. Pero podemos señalar otros casos, como el que abre (casi) el relato, mostrando la identificación entre el nombre de Basilio y su innata calidad de gobernante:

ένος βασιλέως, ἐπὶ μέγα τὸ τῆς βασιλείας κράτος ὑψώσαντος, ὃς καὶ τῆς βασιλείας ἐπώνυμος ἦν (212, 5-7)

Este juego de palabras se retoma al describir las obras que realizó el emperador en las estancias palaciegas:

Τὰ δὲ τῶν οἰκῶν κάλλη, ἅπερ ὡς βασιλείων βασιλεία ἐν αὐτοῖς τοῖς βασιλείοις ὁ βασιλεὺς Βασίλειος ἀνεδείματο (331, 21-22)

Otros ejemplos de este recurso serían los siguientes:

⁴⁹⁵ Este templo es la iglesia conocida como *Nea*, a la que nos hemos referido con anterioridad. La cita es 325, 20 y ss.: ὄν ὡς νύμφην ὠραϊσμένην καὶ περικεκοσμημένην μαργάροις τε καὶ χρυσῷ καὶ ἀργύρου λαμπρότησιν, ἔτι δὲ καὶ μαρμάρων πολυχρῶων ποικιλίαις καὶ ψηφίδων συνθέσεσι καὶ σηρικῶν ὑφασμάτων καταστολαῖς, τῷ ἀθανάτῳ προσήγαγε νυμφίῳ Χριστῷ.

⁴⁹⁶ 325, 2-5: τὸν δὲ Ἡλιοῦ τοῦ προφήτου κατὰ τὸ Πετρίον ναὸν ὥσπερ λειποψυχοῦντα ἀνέρωσε, καὶ περιφανῶς ἐκτίσατο, ἐλευθερώσας καὶ τῆς περιστοιχούσης καὶ πιεζούσης τῶν κοινῶν οἰκιῶν συνοχῆς.

⁴⁹⁷ 328, 21 y ss.: τὸ δὲ περικλειόμενον μέσον τῶν δύο περιδρόμων χωρίον κατὰ τὸ ἔφον τοῦ ναοῦ μέρος παράδεισον ἐξειργάσατο, κατὰ ἀνατολὰς καὶ αὐτὸν φυτευθέντα τῆς νέας Ἐδέμ καὶ παντοίοις κομῶντα φυτοῖς καὶ ὕδασιν ἀφθόνοις ὄντα κατάρροτον.

ἐν ἱερῶ σεμνεῖω τῆς πανευφήμου μάρτυρος Εὐφημίας καθιεροῖ (264, 17-18)

αὐτὸ δὲ τὸ ἄδυτον ὅσα κάλλη καὶ ἅγια περιείληφε καὶ ἐν ἑαυτῷ θησαυροφυλακεῖ, ὁ λόγος παραιτεῖται δηλοῦν, ἔαν δὲ μᾶλλον ὡς ἄδυτον καὶ τοῖς λόγοις ἄβατον βούλεται· ἐν γὰρ τοῖς ἐπέκεινα λόγου εὐλογωτέρα ἢ σιωπή. (331, 2 y ss.)

ἐν τῷ περιβλέπτῳ καὶ ἐπωνύμῳ τῆς τοῦ θεοῦ σοφίας ναῶ τὸν βασιλεῖον ὁ Βασίλειος περιτίθεται στέφανον, χειρὶ μὲν τοῦ τότε Μιχαὴλ βασιλεύοντος, ψῆφῳ δὲ καὶ κρῖσει Χριστοῦ τοῦ ἀεὶ βασιλεύοντος. (239, 22 y ss.)

Son frecuentes además las descripciones antagónicas en el muy empleado en esta obra recurso del positivo / negativo al presentar a distintos personajes, apoyadas en un vocabulario de opuestos. El caso más llamativo es el de Basilio / Miguel, pero también se da al comparar dos generales o dos enemigos, por ejemplo. Así mientras para Miguel abundan los términos como *δυσσεβής*, *ῥάθυμος*, *παράφορος*, *ἄσωτος*, etc., en el caso de Basilio no escasean los del tipo *ἄγρυπνος πρόνοια*, *φιλανθρωπία*, *σπουδή*, junto a expresiones como *Βασιλείου τοῦ εὐσεβῶς βασιλεύοντος*⁴⁹⁸. Otros casos similares serían, por ejemplo⁴⁹⁹:

ἔξορμήσας κατὰ Ταρσοῦ ἔδειξε [ὁ Στυππιότης] τὸν Ἀνδρέαν οὐκ ἐθελόκακον καὶ δειλὸν ἀλλὰ περιεσκεμμένον καὶ φρόνιμον καὶ ἄριστον στρατηγόν. (...) πλησίον γίνεται [ὁ Στυππιότης] τῆς Ταρσοῦ (...) μετὰ φρονήματος ἀνοήτου καὶ θράσους ἀπερισκέπτου. (287, 1 y ss.)

ὁ τῆς Τεφρικῆς ἐξηγούμενος, ὃν Χρυσόχειρα κατωνόμαζον, ἐπ' ἀνδρῖα καὶ συνέσει διαφέρειν δοκῶν (...) ἐφρόνει σοβαρὰ καὶ ὑπέρογκα. τοῦ δὲ σοβαροῦ καὶ θρασέος ἐκείνου πρὸς τὴν γενναιότητα τοῦ ἐπιόντος στρατεύματος καὶ τὴν σύνεσιν καὶ ἀνδρῖαν τοῦ αὐτοκράτορος ἐμφανῶς μὴ τολμήσαντος ἀντιστῆναι (...). (266, 18 y ss.)

ὁ μὲν προῆει οἷα βεβλαμμένος τὰς φρένας ὑπὸ θεοῦ, ἀπεγνωσμένος τε καὶ δειλός, ὁ δὲ ἐφείπετο μετ' εὐτολμίας καὶ θάρσους νεανικοῦ (275, 4-6)

Este último pasaje, protagonizado por el hereje Crisoquir y su perseguidor Pulades, al que nos hemos referido con anterioridad al hablar de

⁴⁹⁸ 276, 10. En este pasaje además, que narra cómo Basilio lanzó tres flechas contra la cabeza cortada del hereje Crisoquir, que le llevaron tras ser vencido, y continuando con las imágenes que abundan en el juego piadoso / impío, se insiste en que aquel era *ἐναγιασμόν τινα τοῦτον ἄξιον τοῦ δυσσεβοῦς* (*ibidem*, 5).

⁴⁹⁹ Consideramos que un estudio de este tipo de opuestos sería de gran interés como parte del análisis de la construcción de caracteres en la obra, aunque por el momento ha de quedar como otra vía de investigación abierta de las muchas que este texto ofrece todavía.

los personajes de la obra, nos introduce en otro recurso estilístico: las descripciones de escenas impactantes, emotivas, tensas, agitadas o inesperadamente chocantes, como aquella en que, para ilustrar el terrible desvarío de Miguel, se nos cuenta que uno de sus compañeros de francachelas se disfrazó de patriarca, y juntos hicieron venir a la emperatriz madre, Teodora, para recibir su bendición:

Ella, como mujer piadosa y devota, llena de gran apego y ardiente fe hacia el reverendo Ignacio, salió corriendo a toda prisa en cuanto lo oyó. Sin poder siquiera mirarlo a los ojos por pudor, lejos de cualquier malicioso recelo y de sospechar ninguna vileza, se postró a los pies de aquel, según parecía, santo arzobispo, y le rogó que orase por ella. Pero aquel hombre inmundado, alzándose un poco del asiento, le dio la espalda y dejó escapar de sus repugnantes entrañas un ruido propio de un asno. (246, 17 y ss.)

Movimiento y dinamismo se busca, por ejemplo, en la escena del águila haciendo sombra al niño Basilio. Su madre la ahuyenta lanzándole una piedra, creyendo que ahí terminaría todo:

De este modo echó a volar el águila y pareció alejarse. Pero en cuanto regresó la madre junto a su esposo y los trabajadores, el águila se presentó de la misma manera que antes dando sombra al niño, y otra vez de modo similar el rumor entre los presentes, y la madre que corre hacia el niño y el águila ahuyentada al tirar la piedra, y el regreso de la madre junto a los trabajadores. (218, 20 y ss.)

En la mencionada persecución de Crisoquir a cargo de Pulades, se pone el acento en la desesperada e insensata huida de quien se ha apartado de la fe correcta, frente a la certera seguridad del romano, armado de las verdaderas creencias. El trágicamente esperable resultado se combina con la doliente actitud de su siervo:

De este modo, uno precedía como con la razón turbada por Dios, desesperado y cobarde; el otro lo acosaba con intrepidez y audaz osadía, cuando el perseguido se topó con un profundo foso, que su caballo temía saltar y ante el que refulaba. En tanto que Crisoquir andaba ocupado con el foso, Pulades lo hirió en el costado con una lanza, y al punto cayó del caballo rodando por el dolor. Uno de los suyos, cuyo sobrenombre era Diaconitzes, se tiró de su caballo para atender a su derribado señor y con la cabeza de él sobre sus rodillas deploraba lo sucedido. Entretanto, llegaron junto a Pulades otros que, saltando de sus caballos, cortaron la cabeza de Crisoquir, que ya estaba abandonando su alma camino del fin, y añadieron a Diaconitzes a la lista de los demás cautivos. (275, 4 y ss.)

Un toque dramático tiene asimismo la descripción de la embriaguez que ha atrapado a Miguel en sus garras, como un círculo vicioso del que ya no puede salir:

Pues en el delirio de la borrachera y su feliz estado, se abandonaba a cualquier impiedad contra toda ley. Así pues, cuando estaba todo saturado de bebida y vino puro y perdía por completo su sano juicio, era capaz de cometer crímenes y mandar singulares castigos y asesinatos sobre hombres inocentes. Daba órdenes a sus sirvientes, diciendo: "Coged a fulano y mengano y entregadlos al verdugo; a uno sacadle los ojos, al otro cortadle las manos y los pies. A este que le corten la cabeza como castigo, a aquel que lo devoren las llamas". Los sirvientes los prendían, y como lo sabían fuera de sí cuando dictaba sus sentencias, los ponían bajo custodia, pero no les aplicaban los castigos. En cambio, en numerosas ocasiones, si coincidía que alguien no les era grato, sino odioso, se valían de la orden imperial y castigaban al inocente como a un convicto. Después, aquel cobarde y pobre miserable, que en aquel momento no sabía qué estaba haciendo, era recostado en su lecho imperial por los ayudantes de cámara y se entregaba al sueño, vecino de la muerte, como un esclavo. Pero con el alba, cuando el sueño había disipado los vapores del vino y, a duras penas, aquellas densas tinieblas de su mente, no recordaba al despertar nada de lo sucedido la noche anterior, e inquiría con insistencia por algunos de los que en su ebriedad había condenado y entregado a la muerte. Al enterarse por sus guardias y sirvientes de lo que había decretado contra esos hombres la víspera, se arrepentía y lamentaba. Algunas veces se encontraba a los reclamados; en cambio, otras, resultaba vano que se arrepintiera de sus sacrílegos actos, por cuanto habían sido ya ejecutados aquellos que diera al verdugo. Mas al ponerse el sol de nuevo, prolongaba temerariamente la bebida hasta bien avanzada la noche, con sus execrables palabras y obras, para caer en lo mismo. (251, 13 y ss.)

A pesar de lo terrible de la descripción, hay un atisbo de humanidad en el personaje, que rompe con el maniqueísmo planteado en líneas generales para ensalzar a Basilio hundiendo a Miguel en el fango. En los momentos de sobriedad es aún capaz de ser consciente de la gravedad de sus decisiones presididas por Baco, aunque la llegada de la noche, como si dijéramos, la ocultación de la razón, lo empujaba a la repetición de sus desvaríos.

Tampoco falta un toque de suspense en algunas escenas, como cuando en una comida organizada con motivo de una cacería Teodora, madre de Miguel, reconoce en Basilio al exterminador de su linaje:

Fue invitado también el protostrátor [Basilio] por orden del emperador y cuando se sentó, empezó la emperatriz Teodora a mirar cada vez con más atención a Basilio, a fijar la vista en él, observar y examinarlo con todo detalle. Al reconocer ciertas marcas en él, se desvaneció por unos instantes, de modo que hubo que echarle agua y con gran

dificultad le hicieron recobrar el conocimiento con agua de rosas, ante lo cual los presentes se fueron retirando poco a poco. Cuando volvió en sí y se reanimó, comenzó a preguntar a su hijo y emperador qué le había sucedido y de dónde le había sobrevenido ese desmayo así de repentino. Apenas consiguió recuperarse de su confusión mental, dio en decir: “Señor e hijo mío, aquel de quien yo oía decir a tu padre que había de exterminar nuestro linaje, ese es el que tú llamas Basilio: pues las señales que decía tener el que nos sucederá, las posee ese hombre. Por eso, al comprenderlo todo, como si ya estuviera viendo ante mis ojos la perdición, completamente ofuscada, perdí el sentido”. Pero el emperador, intentando mitigar el espanto de su madre, y hacerla volver a la calma, consolándola, le dijo: “Has sospechado mal, madre: pues este es un hombre corriente y muy sencillito, que sólo tiene fuerza, tanta como Sansón en la Antigüedad y nada más, pero se nos muestra como un Enac o Nemrod⁵⁰⁰ de nuestros días. Así pues, no temas nada de él, ni albergues ninguna mala sospecha”. Y así esquivó Basilio en aquella ocasión semejante ola, protegido por Dios. (233, 6 y ss.)

Las palabras de Miguel ahuyentan el peligro que presentaba aquel reconocimiento por parte de la emperatriz, a la vez que confirman en el lector la verdad de la predestinación de Basilio al trono⁵⁰¹.

Otras escenas buscan impactar visualmente, de modo que el mensaje cale hondo en el lector. Así sucede cuando Basilio recibe la cabeza de Crisoquir:

Así, tras esta tan inopinada derrota del enemigo y la exaltación del orgullo cristiano, de inmediato envían al emperador la cabeza de Crisoquir junto con los mensajeros de la alegre noticia. Se hallaba el soberano por aquel entonces en el lugar llamado Petrio, donde está el monasterio en el que sus hijas cumplían con su piadosa vida. Cuando le trajeron la cabeza, recordó sus plegarias; dirigió entre lágrimas los ojos de la mente hacia Aquel que cumple la voluntad de quienes lo invocan y ordenó traerle un arco y flechas. A toda prisa tensó la cuerda y disparó tres flechas a la criminal cabeza por detrás, sin errar ni siquiera una, considerando que le otorgaba expiación digna de su impiedad, por los muchos miles de hombres que en los numerosos años de su dominio había llevado a la perdición. (275, 17 y ss.)

Con esta terrible imagen se nos transmite una aplastante victoria sobre la herejía, que se plantea como definitiva cuando la Trinidad se ha impuesto y por fin ha entrado de alguna manera en la mente del derrotado Crisoquir, bajo la forma de penetrantes flechas. Este tipo de actitudes resultan extrañas a la

⁵⁰⁰ Gigante y patriarca respectivamente del Antiguo Testamento, Enac es modelo de corpulencia y fortaleza, mientras que Nemrod lo es de cazador. Para Enac, cf. Nm 13, 33; Dt 1, 28. Acerca de Nemrod, Gn, 10, 8-9.

⁵⁰¹ A esta escena volveremos en el apartado II. 5. 4 y III. 5. 5 de la segunda parte.

sensibilidad moderna, pero debían de tener pleno sentido en su época. Otros ejemplos de golpes de efecto imperiales o castigos ejemplarizantes serían estos:

En efecto, a unos los desolló, sobre todo a los que habían renegado del bautismo de Cristo, diciéndoles que era esto lo que se les quitaba y no algo propio de ellos. A otros les arrancaba tiras desde la nuca hasta los tobillos, con lacerante dolor. A otros los levantaba en vilo con unas bombas succionadoras y luego los dejaba caer desde arriba al interior de calderas llenas de pez, y les decía que les estaba haciendo partícipes del mismo bautismo que ellos, aunque sombrío y doloroso. Colmándolos de atroces vejaciones y resarciéndose con castigos proporcionados a sus actos, les infundió no poco temor a emprender de nuevo una expedición contra dominio romano⁵⁰². (301, 11-20)

Ordenó al drungario de guardia que, de entre los malhechores encadenados en el pretorio, condenados a muerte por las leyes, sacase un número de treinta, cuando aún fuese de noche; que embadurnara con tizne sus rostros, e hiciese irreconocible su aspecto arrancándoles a fuego los cabellos y la barba; y se asegurase de que nadie en absoluto se atreviera a hablarles o a dirigirles la palabra, dictaminando la pena de muerte como castigo a esa osadía. Le ordenó también que se les castigara en el hipódromo a fuerza de latigazos, como si fuesen los verdaderos capitanes de aquellos desertores navales, y atravesaran a toda prisa el foro de la ciudad, con las manos atadas a la espalda. Después, tenía que enviarlos al Peloponeso, bien sujetos sus pies con trabas, como si recibiesen el correspondiente castigo en el lugar de donde se creía habían huido. El cumplimiento de esta misión se encomendó a Juan, general del Peloponeso, el llamado Cretense. Obedeciendo al mandato imperial, este ordenó alzar en Metona tantas horcas como encadenados se le remitían, y empaló a los enviados como cabecillas de la fuga. La flota romana, al ver y oír esto, lamentó la suerte de aquellos hombres que tuvo por cobardes y miserables; recobró su coraje ante los peligros, dejando atrás molicie y regalo, y rogaba a su dirigente los condujera enseguida ante los adversarios⁵⁰³. (303, 1 y ss.)

En aquel sitio también ordenó dar muerte a una inmensa masa de curdos que le habían presentado: pues no le servían para casi nada y como el ejército se hallaba ya sobrecargado, no estaba dispuesto a llevarlos también como un lastre incómodo. (283, 19-22)

Y con esta descripción impensable en nuestros tiempos de corrección política concluiremos este repaso a la lengua de la *Vita*, somero si tenemos en cuenta la cantidad de campos abiertos que nos han quedado en nuestro recorrido, y que nos llevan a pensar de nuevo en las muchas facetas de investigación que permite aún esta obra.

⁵⁰² Castigo infligido por parte del patricio y drungario Nicetas Oorifas a los vencidos agarenos de Creta, que habían contado con un tal Focio como colaborador.

⁵⁰³ Treta de Basilio para evitar que los remeros desertasen contra el emir de África e infundirles valor al mismo tiempo.

Como síntesis de cuanto hemos dicho señalaremos que si bien se persigue un lenguaje elevado, aticista y culto para mostrar en un estilo *grande* la altura del personaje, son muchos los elementos que dejan traslucir la situación del griego hablado y vivo existente en aquel momento, fuera de la prisión de las letras. Por otra parte, hay un claro esfuerzo por enriquecer el texto con recursos varios, estilísticos o literarios, y alejarlo de una mera narración sin más. El resultado es un tanto desigual, en el sentido de que no llega a ser un aticismo pulido y deslumbrante como podríamos observar en otros autores, sobre todo en los futuros Comnenos, pero supera con creces tanto las otras obras del círculo de Constantino como otras inmediatamente anteriores al *Continuador*, siendo probablemente lo más granado tras el conocido como periodo oscuro.

No entramos aquí en la valoración estilística comparativa entre dichas obras de ese equipo, por cuanto tras lo expuesto en esta primera parte es bastante dudoso que pertenezcan a un mismo redactor o escritor. Tomada como creación independiente, es preciso valorar sus méritos, a pesar de sus defectos, en el contexto en que surgió, y subrayar el esfuerzo realizado para crear una obra digna, que cuadrara con la figura del homenajeado y tuviese la suficiente altura para pasar a la posteridad. Su fidelidad al género y el objetivo de sus contenidos centrarán la segunda parte de este estudio.

B. SEGUNDA PARTE:

**ANÁLISIS DE LA OBRA DESDE EL PUNTO DE
VISTA DE LA HISTORIOGRAFÍA, EL ENCOMIO
REAL Y LA TEORÍA POLÍTICA BIZANTINA.**

**I. CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LA *VITA* Y SU
POSIBLE ADSCRIPCIÓN AL GÉNERO HISTORIOGRÁFICO, SU
RELACIÓN CON EL ENCOMIO Y LA BIOGRAFÍA.**

I. 1. ¿HISTORIA, ENCOMIO O BIOGRAFÍA? ¿A QUÉ GENERO CORRESPONDE LA VITA?

Resulta habitual que los manuales aborden el estudio de la *Vita* desde el punto de vista historiográfico⁵⁰⁴, toda vez que durante mucho tiempo se consideró parte de una obra de este tipo, aunque es igualmente común que se apresuren a aclarar su nulo valor como documento histórico y su lejanía de los cánones de lo que consideraríamos una obra de Historia. Cabe preguntarse, pues, de qué tipo de composición estamos hablando entonces, qué relación tendría con el género historiográfico y, sobre todo, las causas e intenciones de Constantino al elegir este modelo frente a cualquier otro posible. Para ello dejaremos a un lado la intrincada jungla de la delimitación de los tres géneros implicados en la cuestión (Historia, biografía y encomio⁵⁰⁵), algo que ampliaría en exceso este trabajo, y partiremos de lo que consideraremos conceptos ya conocidos al respecto, aunque trataremos de las interrelaciones entre ellos tras el fin de la Antigüedad. Sólo al encomio se le dedicará un apartado posterior, en función de las necesidades expositivas de nuestro estudio⁵⁰⁶.

La postura más generalizada al respecto adscribe la *Vita* al género del encomio tal y como se entendía en la Antigüedad, cuyo principal modelo sería el *Evágoras* de Isócrates. Para ser más exactos, estaríamos ante un βασιλικὸς λόγος en la línea de lo que Menandro, el rétor del siglo III de nuestra era,

⁵⁰⁴Cf. HUNGER, *Bυζ. Λογ.* (I), pp. 143 y ss., con una nota (63, p. 146), como vimos, donde hace referencia a su notable contenido encomiástico, pero defiende que pueda contarse entre las obras historiográficas. Otro ejemplo es el clásico manual de KRUMBACHER, K., ya citado aquí, y que recoge al Porfirogeneta dentro del apartado dedicado a los historiadores, tomo I, pp. 259-267.

⁵⁰⁵ Ya PREVIALE, L., *op. cit.*, p. 74, había llamado la atención sobre la necesidad de un estudio que analizase las interferencias entre los tres géneros en Bizancio, ya que en ese entorno cultural hay una constante ósmosis de unas formas literarias a otras (p. 95).

⁵⁰⁶ Sobre el encomio, *vide* apartado II. 3 de esta segunda parte.

define en su manual⁵⁰⁷. Un interesante análisis de la fidelidad de la *Vita* a las estructuras de este tipo de composición ha sido realizado por autores como Jenkins o Alexander⁵⁰⁸, que presentan la obra como un excelente ejercicio del género epidíctico, en la modalidad de encomio real, cultivado en época helenística. De este modo, en lugar de seguir un orden cronológico, algo esperable en una obra de carácter histórico, tenemos, tras el acostumbrado proemio en que presenta sus intenciones, la descripción de los antepasados de Basilio y su genealogía, que se remonta al mismo Alejandro Magno y Constantino el Grande. A ello le sigue el relato de su nacimiento, infancia y años de juventud hasta llegar a lo que los antiguos consideraban la ἀκμή. Luego vendrá el recuento de sus actos en tiempos de paz y guerra, para terminar con una parte dedicada a otros aspectos de su vida que incluyen su familia y el inevitable y evidente hecho de su muerte.

Todos estos elementos se hallan en la *Vita* en el lugar adecuado y el orden establecido por las normas de la retórica más ortodoxa. Las leves variaciones con respecto al esquema de Menandro (por ejemplo, la inclusión de los actos de paz antes de los de guerra) podrían, según Alexander, obedecer a la existencia de más de un modelo de βασιλικὸς λόγος a disposición de los autores bizantinos de la época del Porfirogeneta⁵⁰⁹, luego no se pueden considerar tanto innovaciones como variaciones sobre un mismo y conocido tema⁵¹⁰.

A este respecto recordemos que Jenkins ha subrayado el paralelismo entre la *Vita* y el encomio dedicado a Augusto por Nicolás Damasceno, casi

⁵⁰⁷ En el segundo de los *Dos tratados de retórica epidíctica*, introducción por GASCÓ, F.; traducción y notas por GARCÍA GARCÍA, M. y GUTIÉRREZ CALDERÓN, J., Madrid 1996.

⁵⁰⁸ JENKINS, R. J. H., "Classical Background", p. 20 y ss.; ALEXANDER, P. J., *op. cit.*, p. 197 y ss.

⁵⁰⁹ ALEXANDER, P. J., *op. cit.*, pp. 198-199.

⁵¹⁰ Cf. BURGESS, T. C., "Epideictic Literature", *Chicago Studies in Classical Philology*, 3 (1902), pp. 120 y ss., sobre el esquema tradicional del encomio, y en especial 122, apartado 5, sobre las posibles formas de presentar los ἐπιτηδεύματα (πράξεις). Cf. apartado II. 3 de esta segunda parte.

perdido salvo por algunos fragmentos existentes en los *Excerpta*⁵¹¹, lo que nos daría pistas sobre el enfoque preferido para abordar la narración del reinado de Basilio. En su opinión, Constantino tenía en mente la figura de Augusto con sus connotaciones de inaugurador de una verdadera edad dorada y pacífica, que rehace a Roma en todos los sentidos, creando su inmortal dimensión. Basilio sería el nuevo Augusto, y por ello incluso se elige como modelo para su predecesor al plutarquiano personaje de Antonio, ya que con su inconstancia y frivolidad podía llevar a la Ciudad Eterna a la perdición, frente a la prudencia y sensatez augústeas. El retrato habría sido completado con algunos aspectos extraídos de una perdida *Vida de Nerón*⁵¹².

Sin embargo, para Αγαπητός⁵¹³ esta teoría no se justifica en su fundamento, ya que aparte de tomar algún pasaje del Antonio de Plutarco y una referencia a Nerón, el texto de la *Vita* no permite hallar las complejas asociaciones que Jenkins presupone entre estos dos personajes y Miguel, frente a Augusto y Galba como equivalentes de Basilio. Por otra parte, la base de esa elección para retratar a Miguel estaría en la identificación con Dioniso y en la censura de los espectáculos públicos, elemento este último que constituye un tópico ya desde la Antigüedad, pero que es retomado con fuerza por los Padres de la Iglesia, por lo que no habría necesidad de postular la conexión con una perdida *Vida de Nerón*. Además, añadimos nosotros, en esa equiparación con el personaje de Nerón podría haber influido la descripción realizada por Suetonio en su correspondiente *Vita Neronis*, señalada por algunos como posible fuente

⁵¹¹ Cf. apartado I. 1. 3 de la primera parte.

⁵¹² JENKINS, R. J. H., "Classical Background", pp. 23-24, que ya había tratado esta cuestión en otro artículo anterior, "Constantine VII's Portrait of Michael III", *Bull. Ac. R. Belg. Cl. Lettr.* V 34 (1948), pp. 71-77 (reeditado en *Studies on Byzantine History of the 9th and 10th Centuries*, Londres 1970, estudio I). Al respecto, cf. también ΣΙΑΡΗ, Χ., *op. cit.*, pp. 34-35, nota 57, donde se examinan los posibles puntos comunes entre la descripción de Antonio y la de Miguel en la *Vita*, que básicamente serían la embriaguez, el derroche y la impiedad, mientras que a Nerón corresponderían la pasión por las carreras de caballos y la crueldad. Sólo faltaría la depravación sexual, presente tanto en la *Vida de Antonio* como en la de Nerón.

⁵¹³ ΑΓΑΠΗΤΟΣ, Π. Α., *op. cit.*, 308 y en especial nota 114.

por su descripción del emperador como alguien entregado por completo a sus libidinosas pasiones y desenfrenado derrochador⁵¹⁴.

No obstante, ya vimos que este no parece haber sido el único modelo que puede haber inspirado la *Vita* en forma o contenido. Alexander⁵¹⁵, por ejemplo, incide en los puntos comunes existentes con la *Oración fúnebre* dedicada a Basilio por su hijo y sucesor León VI, y en general con la literatura hagiográfica. En su conocido análisis muestra las estrechas relaciones entre la citada *Oración fúnebre*, la *Vita* y la hagiografía, y plantea la necesidad de profundizar en su estudio para establecer los grados y niveles de interdependencia, a lo que se podría objetar que más que influencias mutuas existen con toda probabilidad modelos comunes (Jenkins⁵¹⁶), y que el hecho de que la biografía secular no fuese muy cultivada hasta ese momento, frente al éxito de la hagiografía, no significa que en su resurgimiento se partiese directamente de ese género medieval, sino que ambas compartirían la tradición antigua y recurrirían a ella de manera independiente.

En ese sentido, autores como Previale⁵¹⁷ cuestionan la posibilidad de que la *Oración fúnebre* sea el puente entre la hagiografía y la biografía secular. En concreto, para él la *Vita* es un ejercicio de biografía histórica, que narra hechos reales aunque de manera muy sesgada, e incluye elementos estructurales propios del βασιλικὸς λόγος. En su opinión, el tono general de la obra dista mucho de la profusión, pompa y el oropel que suelen acompañar a estos escritos, y carece además de la σύγκρισις, una parte fundamental en estas composiciones. Asimismo, considera que Alexander no parece entender la

⁵¹⁴ Por ejemplo, se ha señalado esta relación con el episodio de Basilicino (250, 12 y ss.), revestido con los atributos imperiales para diversión de Miguel, al que nos referiremos en otro apartado. Para ΣΙΑΡΕΦΗ, X., *op. cit.*, pp. 34, nota 57, las fuentes latinas no estaban a disposición de Constantino, pero sí lo habrían estado para Plutarco, con lo que JENKINS no estaría descaminado.

⁵¹⁵ *Op. cit.*, p. 203 y ss.

⁵¹⁶ "Classical Background", p. 22.

⁵¹⁷ PREVIALE, L., *op. cit.*, p. 93 y ss.

existencia de modelos distintos de encomios reales que podrían haber inspirado al autor de la *Vita*; mejor dicho, que el esquema trazado por Menandro permitía ciertas variaciones dentro de un mismo patrón, sin que ello implique la existencia de varios modelos distintos.

Para este autor la *Vita* podía haberse visto influida por la *Oración fúnebre*, ya que trataba el mismo tema con idéntico y panegírico fin, un tema que permitía emplear muchos de los elementos del encomio real, sin llegar a serlo. De hecho, cuando abordemos el βασιλικὸς λόγος tendremos ocasión de ver que algunas composiciones, entre ellas el discurso fúnebre, tienden a evolucionar hacia la forma del encomio real, con lo que los paralelismos entre ambas composiciones son más que esperables.

Sin embargo, ¿se puede realmente ver en la *Vita* un ejemplo de biografía, sin más? En el citado y ya clásico artículo de Jenkins se pone de relieve el influjo de Plutarco y su forma de hacer biografía en el *Continuador de Teófanos*, sobre todo en el modo de abordar los caracteres de los personajes, ya que es evidente que seguimos ante obras que obedecen a un claro interés político (progresiva decadencia del Imperio frente al luminoso amanecer del reinado de Basilio I), pero pertenecen a una época muy distinta de la que alumbró a un autor como Plutarco. Para Jenkins⁵¹⁸, que partía de la base de que la *Vita* era un libro más del *Continuador* frente a la idea predominante hoy, existía en el conjunto de la obra una misma línea, interrumpida por el libro dedicado a Basilio. En el proyecto general el espíritu clásico está presente, pero mientras los demás libros del *Continuador* siguen a Plutarco, el “diseñador” de la *Vita* se habría decantado por Jenofonte⁵¹⁹ o Isócrates, de modo que los elementos encomiásticos presentes en todo el relato dificultan la identificación de la obra con una biografía *stricto sensu*, si no es considerada bajo el punto de vista de Previale, como una biografía contaminada de otros elementos.

⁵¹⁸ “Classical Background”, p. 19 y ss.

⁵¹⁹ Sobre esta influencia, ver un poco más abajo la teoría de ΜΑΡΚΟΠΟΥΛΟΣ.

Una opinión similar a la de Previale es la expresada por la autora Lieve Van Hoof en un artículo posterior⁵²⁰, en el que se cuestiona las causas que pudieron llevar a Constantino (a quien considera el autor) a escribir la *Vita*, así como sus posibles destinatarios y qué contenido concreto quería transmitir. Se plantea, pues, si la obra entraría dentro de la órbita del encomio, la historiografía o la biografía, sometiéndola a un análisis desde los parámetros básicos de cada género. A partir de ahí extrae varias conclusiones: de un lado, piensa que no se puede considerar un βασιλικὸς λόγος propiamente dicho⁵²¹, ya que, a pesar del esquema seguido y la estructuración de los temas, no se omiten algunas sombras de su reinado, aunque se intenten suavizar o pasar por encima de la manera menos dolorosa posible, frente a la recomendación de Menandro de omitirlas sin miramiento alguno. Por otra parte, predomina el carácter escrito, que permitiría al autor esquivar ciertos requerimientos que serían propios de un discurso pronunciado, y que al mismo tiempo condiciona la enorme extensión de la obra frente a un encomio real típico.

Sí habría una intención histórica⁵²², por otra parte, perceptible, entre otros, en elementos varios de estructuración interna (temáticos, geográficos, tácticos, etc.), que incluyen el cronológico, si bien no se sigue siempre ni de la misma manera. No obstante, la autora muestra sus reservas con respecto a la labor historiográfica del autor, ya que bien podría no conocer toda la verdad, o bien haberse guardado algunas cartas desfavorables en la manga.

Por último, pone la *Vita* bajo el prisma del concepto de biografía desarrollado por Plutarco y al que habremos de referirnos, según el cual se exponen hechos relacionados con el personaje para que el lector se forme su propia opinión, y donde nadie es por completo bueno ni malo. Según esto, nuestra obra no sería una biografía “plutarquiana”, ya que el queroneo no

⁵²⁰ VAN HOOFF, L., “Among Christian Emperors. The *Vita Basilii* by Constantine VII Porphyrogenitus”, *Journal of Eastern Christian Studies* 54 (2002), pp. 163-183.

⁵²¹ *Ibidem*, pp. 165-170, para la comparación con el encomio real.

⁵²² *Ibidem*, pp. 170-173, para el análisis como obra historiográfica.

emitía juicios sobre sus biografiados, mientras que el autor de la *Vita* es transparente en sus opiniones. A su juicio, las teorías de Jenkins sobre la relación de la *Vita* con modelos tomados de Plutarco, en concreto, de la *Vida de Antonio*, no se sostienen más allá de una imitación de un estilo literario, o bien una demostración de cultura, pero no pueden atribuirse a préstamos determinados y conscientes extraídos de dicha obra⁵²³.

Para la autora, sin embargo, habría que considerarla como una biografía encomiástica⁵²⁴, que no un encomio biográfico⁵²⁵, entre otras cosas porque no parece diseñada como un discurso que pueda ser leído cómodamente como tal. Concluye Van Hoof⁵²⁶ que a pesar de que el autor ha pretendido presentar la obra como historiográfica, empleando recursos y tópicos varios relacionados con el género, en realidad el enfoque permite hablar de biografía (no en vano en el título leemos el término βίος), si bien no entendida como las de Plutarco, pues el género biográfico engloba otros modos de acercamiento distintos al de las *Vidas paralelas*. La *Vita* estaría más cerca del perdido encomio de Polibio a Filopemén, al que nos referiremos luego, aunque el elogio a Basilio sería más moderado que el que presumimos para la obra de Polibio, a falta del texto concreto.

Ciertamente, los conceptos historiografía, biografía y encomio entran siempre en liza al abordar el estudio de la *Vita*, y cada autor atribuye un distinto grado de pertenencia de la obra a uno u otro estilo. Pero si nos retrotraemos a cuanto dijimos en la primera parte de este trabajo sobre la personalidad de Constantino y su concepción política, junto al sentimiento de renovación del Imperio y necesidad de mantener aquella τάξις por la

⁵²³ Sin embargo, ΑΓΑΠΗΤΟΣ, Π. Α., *op. cit.*, p. 308, considera que sí se tomaron determinados pasajes para el *psogos* de Miguel, si bien coincide en que no puede verse en ello el complejo paralelismo planteado por Jenkins.

⁵²⁴ VAN HOOFF, L., *op. cit.*, pp. 173-179, para la comparación con la biografía y en concreto la de Plutarco.

⁵²⁵ Como considera, p. ej., ΣΙΔΕΡΗ, Χ., *op. cit.*, pp. 31-32.

⁵²⁶ VAN HOOFF, L., *op. cit.*, pp. 179-180.

supervivencia del mundo bizantino y, por ende, de toda la ecumene, habremos de concluir, en primer lugar, que el Porfirogeneta estaba claramente interesado en hacer Historia⁵²⁷, una nueva Historia, como nuevo era el periodo instaurado con la llegada de Basilio.

Por otra parte, que el núcleo, el nudo central de ese entramado, había de ser la figura del primer macedonio, por lo que se imponía el acercamiento biográfico-encomiástico. Y más allá aún, nuestro Constantino habría buscado crear el modelo del soberano ideal no ya como mero reconocimiento y alabanza, sino como aquel *πρὸς ἀρετὴν κανὼν τε καὶ ἀνδριὰς καὶ τὸ ἀρχέτυπον τῆς μιμήσεως* del que ya hemos hablado con anterioridad. A este respecto debemos señalar que desde que empezamos a trabajar en la obra tuvimos la intuición, corroborada luego por algún estudio⁵²⁸, de que era una especie de *speculum principis* particular, un monumento erigido como guía para los soberanos posteriores (que se suponían habrían de ser macedonios). Por tanto, tendría muchos puntos de contacto con este género, algo que revisaremos más adelante.

En esta línea de pensamiento se halla el interesante trabajo, ya mencionado, de Μαρκόπουλος sobre la relación entre la *Ciropedia* y la *Vita*⁵²⁹, quien además de señalar precisamente esa observación de Αγαπητός sobre la cuestión de los “Espejos de príncipe”⁵³⁰, centra a nuestro parecer el asunto en un extenso párrafo⁵³¹. Desde sus comienzos la dinastía macedonia habría puesto en marcha un mecanismo propagandístico encaminado a hacer aparecer a su fundador como el renovador del Imperio, el salvador que lo había sacado del (supuesto) lodazal en que se había sumido; el verdadero “epónimo de la

⁵²⁷ A pesar de la opinión de ΑΝΑΓΝΩΣΤΑΚΗΣ, Η., ya comentada en la primera parte.

⁵²⁸ ΑΓΑΠΗΤΟΣ, Π. Α., *op. cit.*, pp. 310 y ss. También ΚΑΖΗΔΑΝ, Α. Ρ., *op. cit.*, p. 149, señala la cercanía de la obra con el género de los “Espejos”.

⁵²⁹ ΜΑΡΚΟΠΟΥΛΟΣ, Α., “Κύρου Παιδεία”.

⁵³⁰ *Ibidem*, p. 95.

⁵³¹ *Ibidem*, p. 100.

soberanía”⁵³², que había devuelto a la majestad de su cargo el lugar que le correspondía ante sus súbditos y el orbe todo⁵³³. La pauta marcada para la historiografía emanada de Palacio confiere a obras como el *Continuador de Teófanos* ese tono tan distinto de sus predecesoras, y exige para la parte dedicada a Basilio, auténtica “joya de la corona”, un enfoque no ya personalizado, sino centrado en las virtudes del monarca y la influencia de su grandeza ética sobre su reino y su reinado.

Para Μαρκόπουλος es cierto que toda la mencionada historiografía macedonia contiene un sustrato novelesco, donde el interés se focaliza en Basilio como modelo de virtud, de modo que el relato de los distintos sucesos está supeditado a ello, como también la búsqueda de la verdad (aunque el texto constantemente insista en lo contrario, recurso este en que se mezcla tradición y propaganda). En su opinión, esos mismos elementos (retrato del soberano ideal desde el plano de sus virtudes, como sol de su Imperio, que se ve iluminado por los rayos de esas cualidades éticas) estaban en el ánimo de Jenofonte al escribir su *Ciropedia*, dedicada, como es sabido, al soberano persa que los griegos tuvieron como ideal ya desde Heródoto⁵³⁴. A continuación realiza un análisis de lo que podría ser más que un paralelismo entre la *Ciropedia* y la *Vita*⁵³⁵.

⁵³² 212, 6-7: ὅς καὶ τῆς βασιλείας ἐπώνυμος ἦν.

⁵³³ En este sentido, recordemos las teorías de ΛΟΥΤΤΗΣ sobre el ecumenismo limitado, que obedecerían a este programa propagandístico de los macedonios (apartado I. 2 de la primera parte).

⁵³⁴ ΜΑΡΚΟΠΟΥΛΟΣ, Α., “Κύρου Παιδεία”, p. 96, notas 24 y 25, aporta bibliografía al respecto.

⁵³⁵ *Ibidem*, pp. 101-108. Esta relación ya había sido señalada por este autor en un artículo anterior, ya citado aquí, “Αποσημειώσεις”, p. 198, donde comenta que, si bien ningún manuscrito conservado de la *Ciropedia* pertenece al entorno del Porfirogeneta, sí tenemos el ya mencionado ejemplo del *Ambrosianus* B 119 sup., con seguridad de dicho círculo, que recoge arengas militares de distintos autores, entre ellos algunas de la *Ciropedia*. También entre los *Excerpta* hay amplios fragmentos de esta obra y de la *Anábasis*, lo que puede indicar que en el proceso de selección de materiales para la *Vita* se contempló muy de cerca a Jenofonte. ¿Se partió de manuscritos que ya tenía León, como vimos en la primera parte o sólo de la *Oración fúnebre* (aunque ciertos autores lo niegan), que estaría asimismo influida

En esta teoría hay un aspecto interesante que, como ha señalado Αγαπητός, a menudo se olvida: la dimensión literaria de la *Vita*⁵³⁶. Junto con otras composiciones también encaminadas a ensalzar la figura de Basilio, a menudo es analizada como fuente histórica o, cuando menos, como base para conocer los sucesos del pasado, obviando la necesidad de delimitar precisamente los aspectos literarios de su composición, que hacen que una misma idea se presente bajo distintas apariencias (un discurso fúnebre, un poema laudatorio, una *vita*). Si bien estas creaciones se apoyan entre sí y algunas dependen de otras, el resultado final es un producto diferente que transmite una misma idea: la presentación idealizada de Basilio, con la ideología política como hilo conductor de la materia, pero cada una dentro del marco elegido.

En el caso de la *Vita*, considera Αγαπητός que el autor ha utilizado el marco de una biografía para pergeñar esa imagen de soberano ideal, pero aderezándola con lugares comunes del encomio y sobre todo de la literatura admonitoria⁵³⁷. No se puede restringir su pertenencia a un único género, ya que comparte elementos de varios, como por ejemplo, la inclusión de aspectos negativos de Basilio, que nunca tendrían cabida en el modelo del encomio real, pero aquí obedecen al sistema de valores propios de los “Espejos de príncipe”, que a su juicio empapan la *Vita* más que los principios de ningún otro género⁵³⁸.

Ahora bien, a falta de un estudio exhaustivo de qué fuentes reales existen en la elaboración de nuestra obra, como el propio Μαρκόπουλος señala⁵³⁹, y difícil de completar, por otra parte, a pesar de los esfuerzos

por la obra del ilustre ateniense? Para Markopoulos, en todo caso, es clara la presencia de Jenofonte en la concepción de la *Vita*, más allá de la mera imitación de frases y lugares comunes, bien de los progymnasmata, bien de los manuales menandreos. Considera que ya fuese el Porfirogeneta o su círculo estaban sin duda muy familiarizados con la *Ciropedia*.

⁵³⁶ *Op. cit.*, p. 286.

⁵³⁷ *Ibidem*, p. 317.

⁵³⁸ *Vide* apartado III. 6 de la tercera parte.

⁵³⁹ ΜΑΡΚΟΠΟΥΛΟΣ, Α., “Κύρου Παιδεία”, pp. 93-96.

realizados en los últimos años por autores como Ševčenko, tendremos que concluir que seguimos en terreno resbaladizo, y que resulta imposible dilucidar por el momento cuáles son los originales de los que se partió, como ya vimos y cuál su verdadero modelo, si es que se limitó a uno solo. Tendremos, pues, que contentarnos con aquellas hipótesis que resulten más acertadas en función de los indicios que parezcan más probables, y que a la vista de cuanto llevamos examinado, nos atrevemos a postular del siguiente modo:

1) Constantino pretendía hacer Historia, desde un punto de vista totalmente opuesto al de nuestra época; una Historia nueva, a partir de un claro hito encarnado en su predecesor y abuelo Basilio I, donde lo importante no es la objetividad, sino el perfil moral atribuido al protagonista y sus repercusiones en su reino.

2) Esta perspectiva necesitaba de un tratamiento distinto, que combinara lo biográfico y lo encomiástico, para dar énfasis al verdadero punto de atención, el advenimiento del soberano perfecto, que adornado de las más perfectas virtudes morales, junto a la preferencia divina, ha instaurado una nueva Edad de Oro.

3) La *Vita* cumple además el papel de manual o *espejo* para sus sucesores, los únicos que estarían legitimados para continuar su obra⁵⁴⁰.

4) Todo esto está en estrecha relación con la ideología política bizantina, su concepto de soberano promovido por la Providencia, y de historia como marcha atrás en la consumación de la economía divina.

Y 5) La tradición literaria griega prestaba distintos cauces y motivos que podían aprovecharse para la presentación del personaje de modo acorde con lo que hemos señalado, sin que se concibiese como necesario decantarse por uno concreto y obedecer ciegamente sus normas. Entre estos modelos, la literatura encomiástica de tradición isocrática, la biografía o los “Espejos de príncipe”, sin olvidar uno de los pilares que sustentan el mundo bizantino: el cristianismo,

⁵⁴⁰ ΑΓΑΠΗΤΟΣ, Π. Α., *op. cit.*, p. 311.

que ya ha asimilado a su modo muchos moldes de la tradición pagana (como el encomio o la biografía, transformada en hagiografía), la cultura bíblica y la figura del rey David, que ya hemos mencionado en alguna ocasión y sobre la que volveremos. No se debe olvidar que en Bizancio la fusión de géneros o cuando menos, la ausencia de compartimentos estancos entre ellos, es una realidad cotidiana, por no decir una de las improntas de la época⁵⁴¹.

Con toda probabilidad ninguno de estos elementos aparece en estado puro, y es aventurado señalar cuál de ellos procede directamente de un original⁵⁴², cuál está buscado, cuál pertenece al acervo de la tradición bizantina o a los contenidos educativos de la época⁵⁴³; qué motivo está presente por verdadera intención, por imitación de un modelo tradicional o por tendencia inconsciente. En todo caso, nos parece algo arriesgado suponer, con *Αναγνωστάκης*⁵⁴⁴, que la Historia (con mayúscula) no fuera nunca una prioridad para el Porfirogeneta, más interesado en la tradición oral y las historias o narraciones, con sus anécdotas y portentos, propias de las cronografías medievales. Si bien podría ser cierta su supuesta falta de cultura, lógica y ampliamente razonada en este artículo, propiciada por los avatares de

⁵⁴¹ Sobre los problemas de los géneros en Bizancio, *vide* MULLET, M., "The Madness of Genre", *DOP* 46, *Homo Byzantinus: Papers in Honor of Alexander Kazhdan* (1992), pp. 233-243. Para ella (p. 234), la idea de "inmutabilidad" de los géneros en Bizancio subestima lo que en el fondo es un hecho complejo: la producción literaria bizantina, cuyo escaso valor a menudo se presupone. Considera (p. 235) que, si bien es cierto que no estamos ante los géneros clásicos, en su división aristotélica o platónica, hay que acercarse a ellos en cada obra teniendo en cuenta dos ejes: la forma (discurso, lírica, narrativa, etc.) y el modo en que se expresa el contenido (*basilikos logos*, p. ej.). Sólo así se puede hacer un acercamiento riguroso al concepto de género en Bizancio. Cf. también, de la misma autora, "Dancing With Deconstructionists in the Gardens of the Muses: New Literary History vs?", *BMGS* 14 (1990), pp. 258-275, sobre la reticente postura hacia la literatura bizantina para ser considerada como tal, incluso por parte de los bizantinistas.

⁵⁴² Por ejemplo, ΜΑΡΚΟΠΟΥΛΟΣ, Α., "Κύρου Παιδεία", p. 94, nota 14, considera improbable que el *Evágoras* fuese una fuente directa para la elaboración de la *Vita*, como proponía JENKINS, R. J. H., "Classical Background", p. 26 *et passim*, sino que partiría de la tradición de la literatura panegírica de la Antigüedad junto a las normas del βασιλικὸς λόγος estipuladas por Menandro.

⁵⁴³ Por ejemplo, técnicas propias de los *progymnasmata*, como habremos de ver posteriormente.

⁵⁴⁴ "Οὐκ εἶσιν ἐμὰ τὰ γράμματα", p. 128.

su propia vida, habría que reconocerle entonces su brillantez al concebir lo que parece ser un claro proyecto de reelaboración histórica, y al elegir un equipo lo suficientemente capacitado para llevarlo a cabo.

Por otro lado, si como el mismo Αναγνωστάκης concede⁵⁴⁵, él se reservaba el derecho a ir descartando cuanto no le agradaba, y proponía las líneas que habían de seguir todos en el equipo de escribas, tendremos que atribuirle un mínimo gusto o criterio al aprobar los textos seleccionados o la forma final de, por ejemplo, la *Vita*. O bien, como vimos, tendríamos que pensar en alguien de enorme formación dentro de ese equipo o muy cerca del emperador, que además de cumplir con esa tarea, hubiese sido capaz de proponerle y diseñar un proyecto cultural tan diferente (a pesar de sus logros y defectos) de lo conocido hasta entonces, algo de lo que no tenemos la más mínima noticia.

Para Μαρκόπουλος además, quien tampoco comparte este punto de vista de Αναγνωστάκης, esa división entre Historia seria, entregada a los verdaderos autores de los textos atribuidos a Constantino, y las historias o historietas, que centrarían el verdadero interés del emperador, está condicionada por una visión moderna del quehacer histórico y de los principios que deben presidir un escrito que se precie de ser Historia⁵⁴⁶. A su modo de ver, la complejidad, en todos los sentidos, del *Continuador* y la *Vita* desmiente por sí sola esa idea.

En cambio, sí nos parece interesante la observación de Αναγνωστάκης sobre la importancia de la cultura de tradición oral en Bizancio⁵⁴⁷, una mezcla del elemento popular y tradicional, con sus muchas historias y composiciones, pero también de lo que se daba en los salones de la alta sociedad, donde alguien peroraba y el público se complacía en la escucha, observando su

⁵⁴⁵ *Ibidem*, p. 127.

⁵⁴⁶ “Κύρου Παιδεία”, p. 100, nota 54.

⁵⁴⁷ “Οὐκ εἶσιν ἐμὰ τὰ γράμματα”, p. 129.

adecuación o no a las normas del género de la alocución, su perfección aticista o su capacidad de imitación, fundamentos de la originalidad de entonces. El mismo autor hace una sugerente referencia cuando habla del papel que en todo ello desempeña la cultura bíblica⁵⁴⁸, cuya presencia, añadimos nosotros, llena la *Vita*, con modelos de personajes, citas literales y otras claras huellas, como ya hemos comentado con anterioridad e intentaremos mostrar a lo largo de este trabajo.

En relación con todo esto, es interesante la apreciación de la doctora Popeanga, quien, en un trabajo que pone en relación el medievo oriental y occidental, señala que para el hombre de esa época la distinción entre lo literario o no, o sea, entre contar algo con base real o una invención, era más difusa que en la actualidad, dado que para él resultaban más importantes las referencias a modelos reconocibles como la Biblia u otras autoridades, que en el caso de Oriente, tendrían mucho que ver con la literatura pagana clásica⁵⁴⁹. Para ella, la *narratividad* (sic) es un elemento fundamental en toda la cultura medieval: "Para poder semantizarse y pervivir, las aventuras de los intrépidos seres medievales necesitan ser contadas⁵⁵⁰". Y todo ello en función de un modelo virtual en cuyo centro se halla la Divinidad, con respecto al cual se organiza la materia narrada.

La *Vita* entraría, pues, dentro de esa órbita en la que intervienen elementos como la oralidad, la referencia a las *auctoritates* bizantinas, la necesidad de perpetuar la memoria de un "héroe aventurero" (según la visión de Popeanga), o la línea casi borrada entre narración histórica y ficción, pero

⁵⁴⁸ *Ibidem*, p. 135.

⁵⁴⁹ POPEANGA, E., "El mundo románico occidental y la Historiografía bizantina. Puntos de encuentro", *Erytheia* 13 (1992), pp. 159-170, concretamente, p. 160: "La barrera entre la narración de ficciones y la narración de los hechos reales es poco relevante, puesto que el hombre medieval tiende a considerar como coherente y comunicable aquel discurso que aporta elementos significativos y reconocibles en el modelo virtual trazado en el texto de las Escrituras y en los consiguientes modelos de los Padres de la Iglesia o de ciertos autores paganos".

⁵⁵⁰ *Ibidem*.

según las coordenadas particulares de la cultura y la tradición oriental, que confieren a sus productos un tono muy distinto del de los occidentales, aunque puedan compartir un fondo común⁵⁵¹.

Ya vemos que no es fácil dar respuesta a la pregunta inicial de este apartado, aunque podríamos decir que se trata de una narración compleja que combina tanto elementos propios del encomio real como de los “Espejos de príncipe”; pero en la que tienen cabida también algunos tópicos o esquemas válidos para la concepción bizantina de la Historiografía. A este conjunto se añaden otros componentes, como las digresiones propias de la tradición oral junto a otras de corte más elevado, como el catálogo de construcciones realizadas por Basilio. En este sentido, no habría que olvidar su calidad de obra literaria más que de fuente histórica, a pesar de la intención última de su(s) autor(es), teniendo en cuenta el resultado, y este aspecto debe tenerse en cuenta al abordar su estudio⁵⁵². La obra, finalmente, habría sido pensada con un doble fin político: la presentación del inaugurador de la nueva dinastía como el legítimo emperador y necesario reformador del Imperio, así como la proyección de la figura de Basilio como modelo de soberanía para sus herederos.

Así pues, y teniendo en cuenta todo lo anterior, intentaremos por nuestra parte acercarnos a algunos de los múltiples campos de investigación que se abren ante una obra tan compleja como es la *Vita*. Para ello, partiremos de la idea de que se trata de una composición polifacética y multiforme como el mundo que la generó, donde es tan imposible, a día de hoy, deslindar quiénes,

⁵⁵¹ Esta línea difusa entre lo que nosotros consideraríamos serio y lo poco fiable es la denunciada por autores como YANNOPOULOS, P. A., “Histoire et légende”, p. 166, cuando le reprocha a Constantino que conceda valor histórico a ciertas leyendas muy extendidas, y no dude en recurrir a ellas o a distintos prodigios para dar verosimilitud a sus afirmaciones, al tiempo que aporta referencias históricas cuando encajan con sus objetivos.

⁵⁵² En opinión de ΣΙΑΡΕΠΗ, X., *op. cit.*, p. 46, sería una narración con fuerte presencia de elementos retóricos en la línea del encomio real menandro, pero sin obedecer servilmente a sus principios ni a los de la biografía, siendo más tendente a los “Espejos de Príncipe”, con elementos estructurales que remiten a modelos y técnicas propias del relato novelesco.

en qué grado y por qué intervinieron en ella, tanto como las fuentes y modelos reales que se utilizaron, o como establecer un género único de pertenencia. Tampoco pretendemos agotar las vías de estudio que hemos elegido, por cuanto a la vista queda que sería igualmente inviable. Nos limitaremos a ponerla en relación con la tradición isocrática, situarla en el marco de la teoría política bizantina, así como establecer posibles concomitancias con los “Espejos de príncipe”, por ser, a nuestro juicio, terrenos menos explorados que los aspectos históricos o biográficos, si bien dedicaremos un breve espacio a los primeros.

Con todo, haremos una breve aproximación al modo en que biografía, historia y encomio acabarán mezclándose de manera inextricable para producir obras como la que nos ocupa.

I. 2. LAS COMPLICADAS INTERRELACIONES ENTRE LOS TRES GÉNEROS EN BIZANCIO.

Después de todo lo dicho en el apartado anterior, quizá la conclusión más acertada o, cuando menos, más imparcial sea ver en esta obra una compleja mixtura de géneros, algo muy propio del mundo bizantino, pero que nos resulta sorprendente desde el punto de vista de la Antigüedad clásica, donde los géneros caminaban por unos cauces más o menos bien delimitados. No hay que olvidar, empero, que tras el apogeo cultural del siglo V las cosas irán complicándose en todos los sentidos, y pronto existirá la conciencia de haber superado la Edad de Oro en la civilización griega. La época helenística fijará de algún modo el canon de lo que se considera clásico e inaugurará una tendencia que culmina en el aticismo y se mantendrá durante todo el periodo bizantino: la aspiración a la belleza formal y expresiva de aquellos modelos pretéritos, incluso en momentos históricos tan alejados como el fin del Imperio de Oriente; la nostalgia, en el fondo, de aquella gloria que se sabe perdida para siempre, y el consuelo de su imitación como tabla de salvación fabricada por lo que se considera una identidad propia frente al que se percibe como desastre cultural exterior.

En todo ese proceso los géneros y formas literarias acusan distintos cambios, condicionados por los diversos avatares históricos y sociales, siendo la Historia una de las grandes afectadas en sus pilares básicos. Un reciente trabajo de la doctora Baldrich⁵⁵³ hace un interesante y detallado análisis de cómo evolucionan los preceptos básicos de la historiografía desde sus orígenes hasta la obra de Nicéforo Brienio (s. XII), por lo que nos limitaremos aquí a hacer un recorrido un tanto a vuelapluma sobre la transformación del género,

⁵⁵³ BALDRICH LÓPEZ, M^a. S., *La influencia de la historiografía griega en la Ὑλη Ἱστορίας de Nicéforo Brienio*, Tesis doctoral, Universidad de Granada, 2009.

centrándonos en los puntos que consideramos de interés para nuestra investigación, pero remitimos a dicho estudio para detalles concretos.

I. 2. 1. La evolución de las obras de trasfondo histórico tras el periodo clásico.

Como veíamos, pues, la historiografía ya no podrá seguir siendo la misma en el sistema político personalizado que se abre camino en el mundo griego tras Filipo, los diádocos o la pertenencia al Imperio romano. Aquel modo de hacer Historia, heredado de la épica, donde a partir de las hazañas memorables de hombres y héroes se pasó a relatar los acontecimientos del devenir humano, quedaba atrás con el derrumbamiento del sistema de las *poleis*. En ese momento crucial para la civilización antigua, el foco de atención histórico se desplazará desde la Humanidad como colectivo hacia un personaje concreto, el dirigente o soberano. Lejos queda la visión tucidídea de la colectividad como centro y motor de la Historia, que solo se fijaba en personajes concretos por su interés en la naturaleza humana y sus repercusiones en ese curso histórico que pretendía narrar. Lo biográfico, pues, no tenía cabida allí, donde los protagonistas son otros factores más del sujeto histórico, pero no el sujeto en sí mismo.

Pero ya con Jenofonte (431-354 a. de C.) se introducen nuevos elementos que indican el enorme cambio que ha de producirse desde entonces: el acercamiento al individuo, al “gran” protagonista de la Historia (por lo general un caudillo o gobernante), el interés moralizante de la Historia protagonizada por un personaje virtuoso y la inclusión de elementos anecdóticos como concesión a los gustos de esa nueva época. La figura de Jenofonte está revestida de una especial importancia ya que representa para nosotros, por su propia calidad y a falta de otras fuentes intermedias perdidas, la transformación de géneros que se produce en el siglo IV y muy en concreto, de aquellos que tienen que ver con el material histórico.

Un vistazo a aquellas de sus obras que tienen lo histórico como denominador común, nos llevará a pensar en una suerte de experimentación por parte de Jenofonte con el consagrado género de la historiografía, pero también con otros, como la biografía o incluso la novela. Es decir, dentro de la corriente, propia de su época, del interés por lo pedagógico que tanto preocupará a autores como Platón o Isócrates, también Jenofonte explora nuevas formas para dar curso sistematizado a sus ideas, e introduce el paso a la prosa de formas de expresión literaria que tradicionalmente eran territorio de la poesía, como el elogio fúnebre, al igual que el propio Isócrates, como veremos más adelante. Por otra parte, intenta acomodar las múltiples facetas de un mismo motivo histórico dentro de fórmulas diferentes, acentuando en cada una de ellas el aspecto que más le interesa.

De este modo, en la copiosa producción de Jenofonte contamos con las *Helénicas*, que parecen continuar a Tucídides con su comienzo (μετὰ δὲ ταῦτα), si bien enseguida se aprecia que sus metas son otras, lo que podríamos llamar una forma literaria de hacer historiografía, donde prevalece el interés por el aspecto moral y filosófico, y el carácter moralizante a través de diálogos, discursos y presentación de episodios narrados sobre ese eje. El fin de la obra no es ya esa búsqueda exhaustiva de la verdad y la ἀκρίβεια del maestro Tucídides, sino la de un modelo de virtud y comportamiento, y el resultado es una especie de libro de memorias que, aunque renuncia al rigor de su predecesor, profundiza en el estudio de lo humano y abre las puertas a una senda por la que caminará a partir de ahora la Historia.

En la *Anábasis*, por su parte, el individuo seguirá siendo el centro de gravedad de los hechos. La implicación personal de Jenofonte en lo narrado supone, más allá de las acusaciones de parcialidad o deficiencias en el método histórico que se le han imputado, un escarceo literario con lo que supondría

una novedad: la autobiografía, como ha señalado Momigliano⁵⁵⁴, velada bajo el manto de la tercera persona, que le da oportunidad de conjugar elementos aparentemente dispares como la propia experiencia y el rigor histórico junto a la veracidad.

La *Ciropedia*, obra de difícil clasificación, indicativa de la búsqueda y experimentación de Jenofonte, a la que nos hemos referido ya por su posible relación con la *Vita*, gira de nuevo en torno a un individuo como modelo de virtud. En ella, una especie de original biografía novelesca de Ciro, el elemento histórico queda supeditado al interés pedagógico y moralizante, en la línea que señalábamos con anterioridad de la formación del individuo / ciudadano, igualmente perseguida por Isócrates en sus discursos y en su método educativo en general. Se han elegido un protagonista y un marco históricos, pero el enfoque de su biografía no es tanto un recuento veraz de los hechos de su vida, cuanto la presentación de un personaje idealizado como modelo de comportamiento e imitación. Esta nueva aproximación a un tema histórico por parte de Jenofonte responde a una intención concreta, y por ello se prefiere frente al formato de las *Helénicas* o la *Anábasis*: le permite combinar datos históricos con otros elementos ficticios que sirvan a su interés didáctico, sin que ello merme el valor de la obra, pues la figura retratada se erige en un retrato atemporal de un modelo ético, ya que no es Historia, sino ficción con trasfondo histórico. La biografía permite difuminar los ámbitos de la realidad y la invención, mientras que para la Historia están claramente delimitados.

Y sin embargo, esta novedosa obra se considera, junto con la *Anábasis*, la más influyente dentro de la producción de Jenofonte en la literatura posterior, sobre todo por su papel en la formación del soberano⁵⁵⁵. Ya hemos señalado en el apartado anterior sus probables paralelismos con la *Vita*, pero no es el único

⁵⁵⁴ MOMIGLIANO, A., *Génesis y desarrollo de la biografía en Grecia*, Méjico D. F. 1986, pp. 75-76.

⁵⁵⁵ VELA TEJADA, J., "Jenofonte y la πολιτική τέχνη", en CALDERÓN, E., MORALES, A., VALVERDE, M. (eds.) *KOINÒS LÓGOS. Homenaje al profesor José García López*, Murcia 2006, pp. 1047-1057, aquí p. 1051 y nota 9, con bibliografía.

trabajo de Jenofonte con especial importancia para el tema que nos ocupa, toda vez que el *Agesilao* supone la culminación del protagonismo del individuo en el quehacer histórico. Aunque ya había tratado de este personaje en las *Helénicas*, el enfoque encomiástico de esta obra le permite abordarlo sin las ataduras a las que la verdad histórica somete, en ocasiones, de modo poco agradable. De ahí que algunas actitudes de Agesilao no aparezcan aquí, mientras que, cruzando al otro lado, otras se magnifican recurriendo a la retórica o a la invención. Con todo, su interés, una vez más, no es la mera propaganda, sino la elaboración de un modelo pedagógico y ético para perseguir la virtud.

No era la primera vez que las letras griegas conocían un encomio biográfico (o una biografía encomiástica, según se mire), pues una década antes del *Agesilao*, fechado en torno al 360, había visto la luz el *Evágoras* de Isócrates, que iba a constituir todo un hito en la literatura griega, como una onda expansiva a otros campos de la cultura helénica de su momento y la posterior. De ello habremos de tratar en otros apartados de este trabajo, pero es justo señalar aquí que no se debe concebir el *Agesilao* como una mera imitación de la obra isocrática. Aun reconociendo la influencia que ejerció sobre ella, hemos de conceder a Jenofonte, de un lado, el hecho de no renunciar por completo a la perspectiva histórica, utilizando terminología propia de la historiografía⁵⁵⁶; de otro, la distinta estructuración de la obra, en dos partes diferenciadas: una primera, que narra por orden cronológico los hechos más destacables del protagonista, en lo que se acerca a Isócrates; otra en que se abordan sus virtudes. Es decir, se desdobra en un plano temporal real y otro fuera de la temporalidad, por su función paradigmática. Jenofonte aprovecha así el concepto general que conforma al *Evágoras* y la vía abierta por su autor, pero lo desarrolla con un tratamiento personal y diverso.

A este respecto, Momigliano ha señalado que el interés de Jenofonte por el retrato individual no es novedoso, pues ya en las *Helénicas* y la *Anábasis* está

⁵⁵⁶ BALDRICH LÓPEZ, M^a. S., *op. cit.*, p. 192.

presente esta tendencia, si bien no bajo la forma de encomios propiamente dichos. Por otra parte, subraya que si ha seguido la forma planteada por Isócrates en su *Evágoras*, ha sabido organizar la parte cronológica de modo más exacto y más propio de un historiador, que la correspondiente exposición de hechos existente en el relato isocrático. Jenofonte nunca renuncia por completo a su visión de historiador, aun con un afán moralizante, mientras que para Isócrates la labor historiográfica no entra dentro de sus parámetros a la hora de construir un discurso, aunque su objetivo ético-pedagógico sea el mismo que el de Jenofonte.

Sin duda, el *Evágoras* y el *Agésilao* suponen el comienzo de la Historia como “narración de las acciones de los gobernantes”⁵⁵⁷, y habría que añadir la *Ciropedia* en ese proceso hacia la creación de modelos para esos mismos gobernantes. La Historia no es ya solo una forma de enseñanza del pasado para abordar el futuro, sino un recurso pedagógico de corte moral para el soberano, responsable de ese futuro, y por ello surgen obras de contenido histórico, pero sin la fidelidad a los principios que habían movido la historiografía anterior, que quedan supeditados a los nuevos objetivos, aunque a veces estos supongan sacrificar la objetividad o el respeto absoluto a la verdad. El fin de las democracias y el advenimiento de personajes como Filipo y la impactante figura de Alejandro tuvieron mucho que ver en este desarrollo del género, pero también la reflexión moralizante de la escuela socrática, que tanta relación guarda con la obra de autores como Jenofonte o Isócrates.

Con el paso de los siglos el encomio real terminaría desgajándose por completo de lo que consideramos historiografía, para convertirse en un producto retórico estereotipado y, en muchas ocasiones, de alabanza huera sin más trasfondo⁵⁵⁸. La idea de formación moral subyacente en la obra de estos

⁵⁵⁷ *Ibidem*.

⁵⁵⁸ PREVIALE, L., *op. cit.*, pp. 71-74 se refiere a este proceso de mantenimiento formal del encomio a la par de su alejamiento de los principios que lo vieron nacer, y su conversión en

dos grandes atenienses, se perdería prácticamente junto con los grandes autores del pasado en esas composiciones llenas de ringorrango, confinadas al ámbito de la elocuencia, pero el mecanismo de transformación de la producción historiográfica ya se había puesto en marcha, y la semilla que introducía al individuo y las anécdotas como nuevo foco de atención ya estaba sembrada. No olvidemos, por otra parte, el papel que la formación retórica llegó a ocupar en época helenística, instalándose para siempre como guía central de la educación, cuyos frutos acabarían reflejándose en la producción historiográfica⁵⁵⁹. Aquellos ejercicios (*progymnasmata*), mil veces repetidos, de los que habremos de tratar más adelante, dejaron su huella de forma diversa, una de las cuales podría ser esa tendencia al dramatismo y la anécdota⁵⁶⁰.

verborrea adulatora. Significativamente señala: “Quanto più miserabile diventa la realtà politica e contati i giorni di uno Stato che ormai sopravvive a se stesso, tanto più insopportabile diventa l’esaltazione ufficiale dell’Imperatore di cui egli è il vivente simbolo”.

⁵⁵⁹ De hecho, un personaje fundamental en el mundo de la retórica postclásica como Hermógenes, de quien trataremos en el correspondiente apartado, señalaba en su obra *Περὶ ἰδεῶν*, 404, que la Historia tiene muchos rasgos propios del discurso panegírico puro, entendido como una de las divisiones tradicionales de la oratoria (judicial, deliberativa y epidíctica o panegírica): “Y es necesario decir (...) que el panegírico más hermoso debe tener Grandeza y producir Placer, así como ornamentación y Claridad, representaciones de personajes y todos los demás rasgos de este tenor que ya hemos expuesto al hablar de la oratoria panegírica. No sólo poseen estos rasgos en exclusividad la Poesía y la Prosa, sino que también los tiene todos en abundancia la Historia. Es necesario, por tanto, que los historiadores sean tenidos en cuenta al tratar del panegírico, como en realidad creo que lo son, puesto que persiguen la Grandeza, el producir Placer y creo que todos los demás rasgos propios de un panegírico” (*Sobre los tipos de estilo y Sobre el método de tipo Fuerza*, trad. introd. y notas de SANCHO ROYO, A., Sevilla 1991, pp. 160-161). A continuación analiza el estilo de Jenofonte como gran representante de estos historiadores, si bien a su juicio el máximo exponente en este sentido sería Herodoto, mientras que Tucídides bien podría entrar por su estilo en el ámbito de la oratoria o judicial, por lo que lo deja al gusto del lector. En el fondo sus teorías indican el avance de la retórica sobre otros géneros como la Historia, y esto junto con la influencia de este autor en el mundo bizantino nos pone en la senda del trasfondo que ha llevado a la producción de una obra como la *Vita*.

⁵⁶⁰ LÓPEZ EIRE, A., “La influencia de la Retórica sobre la Historiografía desde el Helenismo a la Antigüedad Tardía”, *Talia dixit* 3 (2008), pp. 1-32, aquí p. 12, donde afirma: “la Historiografía cambia de signo, se hace –lógicamente– más retórica, se acerca a los *progymnasmata*, considerados el fundamento básico de todo discurso y de toda escritura poética o literaria en esta especial y típica Retórica escolar”.

Posteriormente a Isócrates y Jenofonte, Polibio (230-120 a. de C.) reaccionará contra esa tendencia y procurará poner las cosas en su sitio con la escritura del hoy perdido *Encomio a Filopemén* y su explicación de por qué el encomio es distinto de la labor histórica, ya que el primero busca la magnificación por su carácter de alabanza, mientras que la Historia persigue la verdad⁵⁶¹. La obra historiográfica debe caminar más bien por la senda marcada por Tucídides, y buscar la imparcialidad aportando, entre otros, datos que pueden ser biográficos, pero nunca encomiásticos. Como fuente de instrucción para quienes han de gobernar, puede recurrir a aspectos propios de la biografía, pero debe rehuir los listados genealógicos y similares para centrarse en los hechos políticos y estratégicos; dicho de otro modo, en los motores del devenir histórico, a fin de formar gobernantes.

En su teoría de la Historia, pues, la biografía es un elemento fundamental, pero al servicio del conocimiento y desde la neutralidad. En el fondo, Polibio nos expone, sin saberlo, las rutas que está siguiendo el género en su momento, con un progresivo desplazamiento del centro del interés hacia la Historia tipo universal / genealógica y la biografía, en especial de los gobernantes, y con un alto riesgo de incurrir en la adulación carente de rigor o seriedad⁵⁶². Lo que está denunciando es la invasión de los artificios de la Retórica, o sea, su parte más negativa, en el ámbito de la Historia⁵⁶³.

⁵⁶¹ *Historiae* X, 21, 7-8: ὡπερ γὰρ ἐκεῖνος ὁ τόπος ὑπάρχων ἐγκωμιστικὸς, ἀπήτει τὸν κεφαλαιώδη καὶ μετ' αὐξήσεως τῶν πράξεων ἀπολογισμὸν, οὕτως ὁ τῆς ἱστορίας, κοινὸς ἂν ἐπαίνου καὶ ψόγου, ζητεῖ τὸν ἀληθῆ καὶ τὸν μετ' ἀποδείξεως καὶ τῶν ἐκάστοις παρεπομένων συλλογισμῶν.

⁵⁶² Con todo, JENKINS, R. J. H., "Hellenistic Origins", pp. 50-51, ve una clara influencia de Polibio en algunos aspectos de la historiografía bizantina, como la intromisión del autor en la obra con comentarios personales.

⁵⁶³ LÓPEZ EIRE, A., *op. cit.*, p. 13 y ss., subraya este avance de la Retórica en el campo de la Historiografía y lo ilustra con las críticas que Polibio hace a Timeo de Tauromenio, historiador de su época, al que acusa de apartarse de la "historia pragmática" o ajustada a los hechos, para quedarse en un mero etnocentrismo, abusar de los discursos, incluir prodigios y portentos, o extralimitarse en el uso de la llamada historiografía trágica, a la que haremos referencia más adelante.

Sin embargo, su concepto histórico no es el que alumbrará las obras de los autores tras él, quienes seguirán la línea de la historia global de un pueblo o periodo a partir de unos orígenes, y el interés por personajes concretos, que se abordan desde el elogio o la censura, a menudo con interés moralizante (Diodoro Sículo, Dionisio de Halicarnaso, ambos ya del siglo I a. de C.). De manera paralela, el elemento dramático o patético, el gusto por lo truculento a la par que lo prodigioso y la anécdota o la leyenda irán ganando terreno en la narración histórica, junto a una exagerada defensa de la educación griega frente a lo bárbaro⁵⁶⁴. Basada en la formación isocrática, esta historiografía busca seducir al lector con sus portentos y curiosidades, para proporcionarle una educación y un bien moral, aunque se haya alejado del ideal de quien sentó sus bases y llevado hasta el extremo algunos de sus principios.

Finalmente, con Plutarco (*circa* 45 - *circa* 126) la biografía parecerá haber triunfado sobre la Historia, si bien su modo de retratar los personajes, lejos de limitarse al binomio alabanza / reprobación, sentará las bases de un género y un estilo que influirán de modo notable en la literatura posterior.

Plutarco escribe en un mundo alejado ya de los grandes principios clásicos. Sabe que lo suyo no es Historia, ni aspira a ello; prefiere dejar en la distancia las grandes hazañas, el fragor de las batallas, los momentos de esplendor o derrota de los pueblos y sus gobernantes, para dibujar sus retratos con pinceladas hechas de anécdotas o descripciones de elementos varios, relacionados con las vidas de los personajes biografiados, a fin de que cada lector obtenga así una semblanza, diríamos hoy, psicológica y pueda extraer su propia valoración, sin una guía de interpretación, como pueda ser el encomio, y sin aspirar al pragmático relato de unos hechos y sus causas, objetivo científico

⁵⁶⁴ *Ibidem*, p. 15 y ss., se analizan las técnicas de diversos autores helenísticos representativos de esa Historia retórica, como Clitarco o Tolomeo Soter, historiadores de Alejandro, o bien Teopompo de Quíos o Éforo de Cime, entre las que sobresalen el sensacionalismo, la pomposidad o la inclusión de anécdotas o maravillas con finalidad moralizante, entre otros.

de la Historia. El objetivo último no es ensalzar ni vituperar a nadie, ni presentar un ejemplo de comportamiento o su contrario, sino modelar el carácter (ἦθος) del lector incluso a través de cuanto se narra sobre personajes secundarios.

El autor deja claro en el prólogo a su *Vida de Alejandro* que es consciente de que biografía e Historia son distintas, en una especie de declaración de principios de su modo personal de abordar un género que no era nuevo, como hemos visto, aunque sí es novedosa su técnica:

Disponiéndonos a escribir en este libro la vida del rey Alejandro y la de César, el que acabó con Pompeyo, limitaremos nuestro prólogo, en razón de la cantidad de hechos que abarca nuestro tema, a rogar a los lectores que no nos miren con malos ojos si no lo relatamos todo o no nos paramos en todos los detalles de alguna acción célebre, sino que abreviamos la mayor parte del relato. Y es que no escribimos historias sino biografías, y no es necesariamente en las acciones más relumbrantes donde se manifiestan la virtud o el vicio; antes bien, con frecuencia una acción insignificante, una palabra o una broma revelan el carácter de una persona mejor que los combates mortíferos, los grandes despliegues tácticos o el asedio de ciudades. Así, igual que los pintores captan el parecido a partir del rostro y de los rasgos exteriores en que se manifiesta el carácter, preocupándose apenas del resto de las partes del cuerpo, del mismo modo se nos ha de permitir a nosotros que penetremos ante todo en los rasgos espirituales para a través de ellos trazar la imagen de la vida de cada hombre, dejando a otros los hechos grandiosos y los combates⁵⁶⁵.

Su aportación es tan personal como original; es sin duda un maestro que enseguida se convertirá en modelo, pero su obra da idea de la deriva que seguirá el género histórico a partir de este momento.

En su época se ha consolidado la figura del monarca como centro del sistema de gobierno, del que dependerán, para bien o para mal, decisiones e iniciativas, y en última instancia, el destino de su Imperio. Esta focalización del poder tendrá su reflejo en la literatura histórica, que tenderá a centrarse de

⁵⁶⁵ 1, 2-3: οὐτε γὰρ ἱστορίας γράφομεν, ἀλλὰ βίους, οὐτε ταῖς ἐπιφανεστάταις πράξεσι πάντως ἔνεστι δῆλωσις ἀρετῆς ἢ κακίας (...), ὥσπερ οὖν οἱ ζωγράφοι τὰς ὁμοιότητας ἀπὸ τοῦ προσώπου καὶ τῶν περὶ τὴν ὄψιν εἰδῶν, οἷς ἐμφαίνεται τὸ ἦθος ἀναλαμβάνουσιν, ἐλάχιστα τῶν λοιπῶν μερῶν φροντίζοντες, οὕτως ἡμῖν δοτέον εἰς τὰ τῆς ψυχῆς σημεῖα μᾶλλον ἐνδύεσθαι καὶ διὰ τοῦτο εἰδοποιεῖν τὸν ἐκάστου βίον, ἔασαντας ἑτέροις τὰ μεγέθη καὶ τοὺς ἀγῶνας. La traducción es de BERGUA CAVERO, J., Madrid 2007.

igual modo en el soberano, en forma de biografía, encomio, historia encomiástica o mixturas varias. Aunque se respetan formalmente algunos conceptos y *topoi*, y se busca una redacción purista a imagen y semejanza de los modelos clásicos, su fundamento y objeto ha cambiado de manera radical. La continuación de este régimen político conllevará el fin de lo que consideramos Historia clásica durante muchos siglos, mientras que la omnipresencia de un único dirigente marcará la literatura *histórica* en función de la mayor o menor presencia de ese elemento personal.

El resultado oscilará entre productos meramente encomiásticos, a menudo sin valor alguno, y serios intentos de acercarse a los hechos históricos desde una perspectiva biográfica centrada en un monarca, con frecuencia afectada por la tendencia panegirista (o todo lo contrario). En realidad, se puede decir que el encomio real o βασιλικὸς λόγος, del que trataremos con posterioridad, sólo se puede entender en ese contexto político, a partir de Alejandro Magno y en especial con el Imperio Romano⁵⁶⁶.

Esta situación lleva a Luciano de Samosata (125-185) a componer, con su lucidez y agudeza habituales, la obrita *Cómo se debe escribir Historia* (Πῶς δεῖ ἱστορίαν συγγράφειν), en la que deja claro que la línea divisoria entre encomio e historia no es estrecha, sino toda una muralla⁵⁶⁷. En su opinión los supuestos historiadores de su época se consideran en su mayoría perfectamente dotados para esa labor, y no conciben la posibilidad de recibir consejos⁵⁶⁸, cuando para poder escribir Historia es necesario tener dos aptitudes: mente política y capacidad expresiva (σύνεσίν τε πολιτικὴν καὶ δύναμιν ἑρμηνευτικὴν), la

⁵⁶⁶ BURGESS, T. C., *op. cit.*, p. 128, donde señala lo imposible que habría resultado ese género en el mundo griego en tiempos de las guerras médicas.

⁵⁶⁷ *Quomodo historia conscribenda sit*, 7: ἀγνοοῦντες ὡς οὐ στενῶ τῷ ἰσθμῷ διώρισται καὶ διατετείχισται ἡ ἱστορία πρὸς τὸ ἐγκώμιον, ἀλλὰ τι μέγα τεῖχος ἐν μέσῳ ἐστὶν αὐτῶν.

⁵⁶⁸ *Hist. conscr.* 5.

primera de las cuales es, sin lugar a dudas, innata y por ende no enseñable; la segunda, se ejercita siempre que se tenga esa habilidad por naturaleza⁵⁶⁹.

El encomio sólo busca elogiar, y esta es una puerta abierta a la mentira, algo que repugna a la Historia, que debe ser escrita para las generaciones venideras, quienes la juzgarán cuando ya no existan los presentes receptores del elogio⁵⁷⁰. Si la Historia se llena de adulaciones propias de la poesía, se convierte en una versión trivial de esta y alejada de su objetivo primordial⁵⁷¹. El historiador debe centrarse en la verdad y buscar la imparcialidad, sin importarle qué opinarán de ello los implicados; no puede solazarse en odios o preferencias personales, sino que tanto sus alabanzas (que se pueden incluir si son necesarias) como sus críticas serán comedidas y fundamentadas, para no incurrir en lisonja o calumnia, siempre con la mirada puesta en el futuro, implacable juez. Porque la Historia debe ser una referencia para los hombres de mañana, quienes recurrirán a ella para examinar cómo actuar ante situaciones similares, como pensaba Tucídides⁵⁷².

Lamenta además Luciano la profunda contaminación de elementos retóricos inútiles en el lenguaje de la Historia, que debe aspirar a la exactitud y concisión, en un estilo simple pero apropiado a la cuestión, para no parecer una comida en exceso condimentada⁵⁷³. Debe exponer de manera clara qué hechos se van a narrar y seleccionar sólo lo importante, descartando la profusión de informaciones que no aportan nada. Es preciso que rehúya de la verborrea y lo

⁵⁶⁹ *Ibidem*, 34.

⁵⁷⁰ *Ibidem*, 7 y en especial, 39: ἐν γάρ, ὡς ἔφην, τοῦτο ἴδιον ἱστορίας, καὶ μόνη θυτέον τῇ ἀληθείᾳ, εἴ τις ἱστορίαν γράψων ἢ, τῶν δὲ ἄλλων ἀπάντων ἀμελητέον αὐτῷ, καὶ ὅλως πῆχυς εἰς καὶ μέτρον ἀκριβές, ἀποβλέπειν μὴ εἰς τοὺς νῦν ἀκούοντας, ἀλλ' εἰς τοὺς μετὰ ταῦτα συνεσομένους τοῖς γράμμασιν.

⁵⁷¹ *Ibidem*, 8.

⁵⁷² *Ibidem*, 38 y ss.: κτῆμα γάρ φησι μᾶλλον ἐς αἰεὶ συγγράφειν ἢ περ ἐς το παρὸν ἀγώνισμα, καὶ μὴ τὸ μυθῶδες ἀσπάζεσθαι, ἀλλὰ τὴν ἀλήθειαν τῶν γεγενημένων ἀπολείπειν τοῖς ὕστερον, καὶ ἐπάγει τὸ χρήσιμον καὶ ὃ τέλος ἂν τις εὖ φρονῶν ὑπόθοιτο ἱστορίας, ὡς εἴ ποτε καὶ αὐθις τὰ ὅμοια καταλάβοι, ἔχοιεν, φησί, πρὸς τὰ προγεγραμμένα ἀποβλέποντες εὖ χρῆσθαι τοῖς ἐν ποσὶ.

⁵⁷³ *Ibidem*, 43 y ss.

artificial del lenguaje, para ser un espejo que refleje fielmente y sin distorsiones los hechos, porque a diferencia de los rétores, el historiador cuenta cosas que existen y han sucedido, y no compone nada. No debe elaborar el material, como un escultor o un orfebre, sino tan sólo ensamblarlo y exponerlo: ese material se le ha dado ya trabajado por parte de los personajes de la Historia⁵⁷⁴.

Se trata, como vemos, de un sutilísimo análisis de la situación en que se hallaba ya el quehacer histórico, que nos ilustra además con algunos ejemplos absolutamente impagables⁵⁷⁵, tanto como sus comentarios, ácidos e irónicos, que convierten este opúsculo en una pequeña y deliciosa joya.

Con todo, y a pesar de las objeciones de autores como Luciano, conscientes de la escisión que ya se había producido en el género, lo cierto es que la tendencia al elemento biográfico, y en especial el panegírico, no hizo sino precipitarse según se iba extendiendo en el tiempo el Imperio, y esta tendencia se continuó en Bizancio, favorecida por nuevos factores: la consolidación de la figura del emperador como centro de un universo que observa desde su ordenado cosmos el caos del exterior, y la generalización del cristianismo como doctrina de pensamiento. Muchas de las ideas políticas, preferencias literarias y concepciones de diversa índole surgidas en época helenística, irán fermentando hasta dar sus peculiares resultados en el Imperio de Oriente, aliñados con las nuevas situaciones que iban surgiendo.

⁵⁷⁴ *Hist. conscr.* 43-45 y 51: οὐ γὰρ ὡσπερ τοῖς ῥήτορσι γράφουσιν, ἀλλὰ τὰ μὲν λεχθησόμενα ἔστι καὶ εἰρήσεται πέπρακται γὰρ ἤδη.

⁵⁷⁵ Especial atención merecen los capítulos 25-26, dedicados a un historiador que narra la supuesta muerte heroica de Severiano, y el discurso que a modo de epitafio le dedica un tal Afranio, quien se suicida tras su lectura, y que contiene incluso la descripción de las comidas que compartió con el finado Severiano. Concluye Luciano: ἐγὼ δὲ καὶ τὰ ἄλλα μὲν αὐτοῦ κατεγίγνωσκον, μονονουχὶ ζωμῶν καὶ λοπάδων μεμνημένου καὶ ἐπιδακρύνοντος τῇ τῶν πλακούντων μνήμῃ, τοῦτο δὲ μάλιστα ἠτιασάμην, ὅτι μὴ τὸν συγγραφέα καὶ διδάσκαλον τοῦ δράματος προαποσφάξας ἀπέθανε.

En un mundo ya encaminado al Medievo, con un monarca en el papel de garante del Nuevo Orden⁵⁷⁶, el punto de vista biográfico / encomiástico y las narraciones desde el principio de la Creación, donde el elemento anecdótico que ya aparecía en Jenofonte se ha hipertrofiado, encontrarán el ambiente idóneo para desarrollarse, en una doble línea que caracterizará la producción bizantina de fondo histórico.

Superados los conflictos que la normalización de la nueva religión cristiana iba a traer al género de la Historia, con un mayor interés en aspectos como la apología y la demostración de la verdad de su fe, traducidos en el enfoque cronológico entre otros y cuyo modelo principal se halla en Eusebio de Cesarea, las cosas vuelven de algún modo a su cauce y se sigue en mayor o menor medida la senda “pagana” de la historiografía, imitando en lo posible a los grandes modelos de la Antigüedad, pero dentro de los parámetros que venimos subrayando. Tenemos así autores como Procopio (s. VI), centrado en la persona de Justiniano. Sin embargo, y de manera paralela, comienzan a aparecer una serie de composiciones que más bien son “manuales⁵⁷⁷” de Historia universal, es decir, parten del origen del mundo hasta el momento presente del autor. Se trata de las conocidas cronografías o crónicas monásticas, según la distinción hecha por Krumbacher⁵⁷⁸, que establecería no sólo una estricta línea de separación entre ambos tipos de obras, sino también entre sus autores, objetivos y público.

De este modo, las diferencias fundamentales estribarían en una visión global, *ab initio mundi* en las cronografías, con fuerte intervención de lo divino en ellas, frente a la elección de un periodo concreto para su análisis, por lo general más o menos cercano al autor, en las obras historiográficas; por otra

⁵⁷⁶ Vide apartado III. 1 de esta segunda parte.

⁵⁷⁷ En opinión de HUNGER, H., *Bvζ. λογ.* (II), p. 26.

⁵⁷⁸ *Op. cit.* (I), p. 227 y ss., para la división historiografía / cronografía, y apartado concreto sobre la cronografía en p. 323 y ss.

parte, empleo en la cronografía de una lengua popular y coloquial frente a la mimesis aticista y el seguimiento de los modelos retóricos en la historiografía.

Las cronografías serían obra de sencillos monjes de escasa formación, que se limitaban prácticamente a registrar hechos o sucesos más o menos destacados, como fenómenos naturales u otros de tipo religioso o moral, sin mayor interés en lo político, pero con fuerte acento popular por su atención a prodigios y maravillas inexplicables o supersticiones varias. Frente a esto, las obras puramente historiográficas vendrían de la pluma de autores, sobre todo laicos, de enorme formación retórica y clásica, pertenecientes a notables élites de Bizancio.

Con todo, como señala Hunger⁵⁷⁹, esta separación entre ambos “géneros” no es tan clara, como por otra parte sucede en todas las manifestaciones culturales bizantinas, y de hecho, la mezcla de elementos supuestamente propios de la cronografía (como la presencia de los portentos) en obras que a priori consideraríamos historiográficas, hacen problemática su adscripción⁵⁸⁰. Es el caso, sin ir más lejos, de la *Vita*, donde aparecen diversos prodigios, profecías, anécdotas, etc., y que hasta hace poco se se consideraba incluida en la continuación de una crónica, pero lo usual es que el *Continuador de Teófanos* se considere una pieza historiográfica, por las distintas características con respecto a la otra. O, al contrario, en algunas obras cuya estructura u organización siguen de cerca a las crónicas, encontramos un desarrollo de temas y un empleo de fuentes propios de la historiografía, como es el caso de Zonarás, en opinión de Hunger⁵⁸¹.

Ljubarskij⁵⁸² ha hecho notar cómo las crónicas bizantinas han sido en gran medida subestimadas durante largos años, casi hasta la actualidad, en que

⁵⁷⁹ *Bvζ. λογ.* (II), p. 26.

⁵⁸⁰ Sobre las teorías en torno a las relaciones entre la crónica, la historiografía y los anales de la Roma antigua cf. el estudio de VARONA CODESO, P., *Método de composición*, p. 12 y ss.

⁵⁸¹ *Bvζ. λογ.* (II), p. 28.

⁵⁸² LJUBARSKIJ, J. N., “New Trends in the Study of Byzantine Historiography”, *DOP* 47 (1993), pp. 131-138, en concreto, pp. 133-35. Con bibliografía al respecto.

este punto de vista se está revisando. Señala con acierto que se trata del género bizantino más maltratado por la crítica, y que incluso Hunger, a pesar de su avanzada opinión al respecto, no deja de considerarlo “Trivialliteratur”. En su opinión, ambas modalidades de enfoque histórico presentan interconexiones en distintos grados a lo largo de lo que consideramos mundo bizantino. Las crónicas y la “Historia” habrían coexistido en paralelo desde los orígenes de Bizancio hasta los siglos oscuros; más tarde quedaría la crónica, pero orientada cada vez más a lo que consideramos Historia, para decantarse, a partir del s. XI, por la imitación de las obras clásicas de historiografía. Todo ese proceso sería algo intrínsecamente bizantino, producto de una evolución propia y fruto de una mentalidad y coordenadas culturales en consonancia con una civilización concreta.

Para Schreiner⁵⁸³ en realidad se trata más bien de una distinción entre Historia universal e Historia contemporánea. En la primera se plasma la idea cristiana de mostrar la situación de la economía divina para con el mundo, y por ello se abarca desde el comienzo de todo, al modo en que la Biblia comienza por el Génesis. En la segunda se abordan hechos que pueden no ser de la misma época del autor, pero que en algún momento constituyeron un lugar concreto de la Historia contemporánea. Señala Schreiner además que el elemento básico de ambos tipos es la referencia al emperador y sus posesiones, la percepción de Constantinopla como centro neurálgico de la Historia, algo que, añadimos nosotros, está en consonancia con la ideología política del Imperio, como veremos, y que condiciona que queden fuera de la narración histórica todos aquellos sucesos considerados ajenos a su ámbito, como por ejemplo, los ocurridos en zonas de Occidente que ya no pertenecen a Bizancio.

Aunque los propios autores bizantinos parecían percibir diferencias entre una y otra forma de acercamiento al tema histórico, tal vez lo más lógico

⁵⁸³ SCHREINER, P., “La Historiografía bizantina en el contexto de la Historiografía occidental y eslava”, *Erytheia* 11-12 (1990-91), pp. 55-63, aquí p. 58.

sea pensar que aquella situación de la labor histórica observable en torno al siglo IV se ha ido asentando y homogeneizando, de manera que los dispares elementos que se habían abierto paso tras lo que consideramos el momento “clásico” de la Historia (enfoque individual, importancia de lo anecdótico, etc.), y aquellos que habían surgido con fuerza en la historiografía llamemos “apologética”, cristalizan en una serie de obras donde todos estos componentes están presentes en mayor o menor medida. La inclusión de cada obra en uno u otro tipo viene determinada, en la mayoría de las ocasiones, por el mayor peso de alguno de ellos; e, igualmente, el grado de presencia de uno u otro es mayor o menor según cada autor.

De este modo, tenemos cronografías verdaderamente “monacales” en el sentido que decía Krumbacher y su círculo, que parecen orientadas a un público crédulo y simplón, interesadas en hacer un relato de la Historia del género humano y su redención, de manera paralela a la Biblia. En el otro extremo, hay obras elaboradas con toda la seriedad de la que es capaz el autor, respetando e imitando modelos pretéritos de obras historiográficas, según los principios básicos del género. Pero a menudo hay interferencias entre ambos tipos.

En todo caso, no podemos olvidar la influencia de la que muy pronto se constituirá como ideología imperial, y que tiene su reflejo no sólo en la tendencia de los escritos históricos a centrarse en el soberano, sino también en aspectos como la narración desde el comienzo del mundo. Como tendremos ocasión de ver más adelante, en Bizancio no sólo ha intervenido Dios en su Historia: también determina su curso, pues a partir de Su presencia en nuestro mundo la Historia no hace sino caminar hacia su final. El orden existente es fruto de la voluntad divina, que favorece a uno u otro soberano según las necesidades de su economía. Es por ello comprensible tanto el interés por hacer un recuento de todo lo sucedido, desde el origen del hombre hasta el momento

presente de esa inevitable marcha hacia el fin, como la estructuración del material histórico en torno a los sucesivos gobernantes.

Tampoco hay que olvidar que cuando nos referimos a historiografía bizantina estamos tratando de un periodo de unos mil años, en los cuales muchas cosas iban a variar. La cronografía se nos muestra como un producto propio del medievo y de la concepción del mundo existente en aquella época, máxime cuando habría una sensación, aunque fuera inconsciente, de cambio e inseguridad ante los acontecimientos que se sucedían⁵⁸⁴. En ese ambiente era hasta cierto punto lógico el temor de Dios o el gusto por lo inexplicable, factores estos que van cambiando con el paso de los siglos.

Recordemos, por otra parte, la ya mencionada teoría de Λουγγής acerca de la cronografía como modo de expresión de la idea ecumenista, que veía en el Imperio el centro de la Creación en todos los sentidos, y cómo entra en crisis tras la nueva reordenación de Occidente, frente a la tendencia hacia la historiografía “clásica”, que comienza a imponerse tras el periodo oscuro, precisamente ante el nuevo estado de cosas⁵⁸⁵. En su opinión, con los macedonios comienza una transición que acabaría con el abandono definitivo de la crónica.

En todo este proceso, pues, convivieron a su manera ambos modos de enfocar el relato histórico, de modo que junto a las crónicas nunca se extinguió por completo el interés por obras más ligadas a la historiografía tal y como nosotros la entendemos. Aun así, estas últimas quedan a la sombra de los grandes modelos clásicos, siempre con su particular acento bizantino y

⁵⁸⁴ SCHREINER, P., *op. cit.*, p. 60, señala que el mayor número de manuscritos conservados de obras de historia universal (cronografías) parece indicar que gustaban más a la población que la considerada historia culta, y que ello se debe a un mayor interés humano en general por las curiosidades y los detalles morbosos, antes que por la historia “científica”, y no tanto por una tendencia religiosa. En realidad, añadimos nosotros, sólo hay que pensar en las preferencias de nuestro mundo hoy antes de juzgar con dureza a los bizantinos.

⁵⁸⁵ *Vide* apartado I. 2 de la primera parte, sobre el llamado ecumenismo limitado de los macedonios. Sobre la tendencia y rumbo de la historiografía en los siglos IX-X, cf. VARONA CODESO, P., *Método de composición*, p. 15 y ss.

tendencia al enfoque personalizado en un emperador, y a menudo están aliñadas con anécdotas o prodigios, en ocasiones para cubrir vacíos de información, en otras, por su afán didáctico y moralizante.

I. 2. 2. Historia, encomio y biografía, hilos para una misma urdimbre en la historiografía bizantina. El caso de la *Vita*.

Es evidente, a tenor de lo expuesto hasta ahora que el género biográfico panegírico, es decir, como ejercicio retórico de alabanza, nunca desapareció del todo en las letras griegas. La sorpresa inicial que nos produce hallar de repente, tras el caos de los siglos oscuros y diversas crónicas medievales, entre ingenuas e inverosímiles, lejanas de nuestro concepto de obra histórica, un texto como la *Vita Basilii*, se desvanece al reflexionar sobre el estado real de cosas en que vivían los bizantinos. Por una parte, carecemos de información sobre ese largo periodo del que las letras en Bizancio parecen resurgir como un ave fénix; por otro lado, obviamos a menudo la sorprendente continuidad, a su manera, de algunos aspectos de la Antigüedad clásica en el Imperio de Oriente.

¿Se produce realmente una vuelta? Es evidente que la retórica fue siempre un género muy querido por los griegos toda vez que de algún modo representa la esencia de su cultura: en un mundo donde el ciudadano expresa sus opiniones con libertad en el ágora (tal y como esto debe ser entendido en la Antigüedad, en modo alguno con nuestros criterios actuales), existió desde muy temprano la necesidad de dominar el idioma y las argucias lingüísticas indispensables para que prosperase el discurso. Como apunta Kennedy⁵⁸⁶ y tendremos ocasión de analizar más adelante, la gran oratoria es un fenómeno cívico, ligado a la *polis*, producto de un animal social y político que pronto requirió de material escrito para ejercer su derecho a opinar y a influir en la opinión ajena.

⁵⁸⁶ KENNEDY, G., "The Classical Tradition in Rhetoric", *Byzantium and the Classical Tradition*, 20-34, Birmingham 1981, p. 22.

Aquel género, que conoció su esplendor con grandes oradores como Demóstenes o Isócrates, arraigaría también en el mundo romano, donde, con un origen distinto, el concepto de lo cívico y del servicio a Roma favorecerían igualmente el gusto por el discurso como instrumento político. Es comprensible, pues, el enorme peso que tenía la retórica en el sistema educativo que heredó el Imperio Romano y que nunca fue abandonado por completo, a pesar de que el colapso del Mundo Antiguo acabó con las grandes ciudades y las ocasiones de aplicar esta herramienta en público.

Esta continuidad fue especialmente notable en Bizancio, donde las élites que accedían a la educación recibían una sólida formación en este sentido, repitiendo esquemas aprendidos una y otra vez, como ejercicios estudiantiles considerados necesarios para tener el nivel de preparación idóneo que debía adornar a un alto cargo de la administración o el Estado⁵⁸⁷. Si no podían aplicarse del mismo modo que en la Antigüedad, al menos servían para formarse en la lengua ática, que por su enorme prestigio era de uso obligado en cualquier composición escrita que tuviese una mínima aspiración de elegancia y cultura.

No olvidemos la extraordinaria continuidad que en el aspecto educativo se produjo en el Imperio de Oriente, incluso en los niveles superiores de la formación, con el espíritu latente de la primitiva Escuela de Magnaura, en la que algunos han visto a la llamada *universidad* de Constantinopla, como ya hemos señalado. Es destacable el hecho de esa fidelidad a los modelos clásicos dentro de una sociedad tan religiosa y preocupada por cuestiones teológicas como la bizantina. Y si la formación “laica” participaba del humanismo de la

⁵⁸⁷ En realidad, y como veremos posteriormente, esta es la continuación de una tendencia que se desarrolló con gran fuerza en la parte oriental del Imperio Romano ya con la Segunda Sofística, donde los cargos importantes de las ciudades recaen sobre miembros de la aristocracia, que se forman especialmente en retórica para tal fin, de modo que llega a identificarse la pertenencia a esta élite con poseer dicha educación, muy centrada en el género epidíctico por las necesidades cívicas de la época. *Vide infra* apartado II. 2 de esta segunda parte.

Antigüedad (sin que por ello queramos magnificar su alcance, sólo constatar su presencia y el hecho real de la continuidad), tampoco la religiosa había establecido una separación plena con respecto a ella: si bien se combatía el paganismo, los modelos de la educación clásica se traslucían a menudo en las enseñanzas de la Escuela Patriarcal, en un proceso que aumenta con el paso de los siglos, de modo que los estudios de teología se coronen con otros de retórica y filosofía. Como señala Marrou⁵⁸⁸, uno de los sellos de la cultura bizantina será ese doble plano educativo, en apariencia contrario, pero en la práctica, complementario: el humanismo clásico de la Universidad junto a la búsqueda de un humanismo de corte cristiano, pero que no logró librarse de la influencia de la tradición antigua⁵⁸⁹.

Dentro de los modelos elegidos para la formación de esas castas que formaban la cúspide del sistema político bizantino, fue el estilo isocrático uno de los más queridos, que junto a otros se enseñaba a través de manuales, como el citado de Menandro o los conocidos *Progymnasmata* o ejercicios de preparación, de los cuales nos han llegado varios libros, de entre los siglos II y IV⁵⁹⁰. En realidad, todos reproducen la misma fórmula, y hoy estamos en situación de afirmar que aquellos textos constituían la base de la formación retórica de los bizantinos cultos, incluidos los de la jerarquía eclesiástica, en cuyas obras a menudo se encuentran comparaciones clásicas directamente importadas de estos modelos. El cultivo de la *mímesis* era para nuestros

⁵⁸⁸ *Op. cit.*, p. 436.

⁵⁸⁹ El mismo autor hace una clara distinción entre el espíritu de esta Escuela Patriarcal y el ambiente cerrado y en general, claramente hostil a todo lo que sonara a paganismo, que tenían los centros educativos de corte monástico. En este sentido es en el que hay que entender esta bipolaridad bizantina de la educación superior estatal y eclesial, con más puntos en común tal vez de lo que ellos mismos pensaban, y que a la larga pondrá las bases de la continuidad de la tradición educativa clásica cuando Constantinopla caiga, pero no desaparezca en la persona de los intelectuales emigrados a otras zonas de Europa, y en el clero que siguió educando en territorios bajo dominio turco, convencido de ser el depositario de una cultura que había que perpetuar, la griega.

⁵⁹⁰ Sobre estos aspectos del sistema educativo de la Antigüedad trataremos en el apartado II. 3 de esta segunda parte.

antepasados tan importante y creativo como para nosotros pueda serlo el concepto de originalidad⁵⁹¹.

Pero el arte de la retórica no sólo se limitó al ámbito educativo, y esto nos conduce a otra cuestión relevante en Bizancio: el uso que de ella hizo la Iglesia. A pesar de que en principio todo lo que fuese sospechoso de pagano se desechaba de manera automática, y en especial el arte de la persuasión por medio de la palabra, que podía arrastrar almas independientemente de la veracidad contenida en ella, frente a la desnuda verdad del Evangelio, expresión directa de la Palabra única, manifestada sin doblez a los hombres por el Espíritu⁵⁹², que a su vez se expresa a través de ellos, con el asentamiento y generalización del nuevo credo se comprendió que era un arma efectiva para su propagación.

Quizá esta fuera la razón última que llevara a Juliano a prohibir el acceso de los cristianos a la formación clásica⁵⁹³. Tengamos presente además que la persuasión no deja de ser un arma del Maligno, (ó διάβολος, *el calumniador*), capaz de convencer a los incautos hombres de lo que no es verdad. Resulta útil, pues, aprender a combatirlo con sus propias herramientas, por lo que la Iglesia abre las puertas al estudio y utilización del arte oratorio. A partir de entonces la retórica invade las letras cristianas para adquirir un color propio y convertirse en homilética, pero siempre dentro de los cánones tradicionales.

⁵⁹¹ Un interesante estudio de cómo se produce esa imitación, en qué niveles, con qué recursos, etc. es el ya mencionado trabajo de HUNGER, H., "Imitation (ΜΙΜΗΣΙΣ)". De especial relevancia son sus observaciones acerca de cómo esa mimesis no es un proceso de imitación rastro y estéril, sino todo un método de inspiración para la creación.

⁵⁹² Cf. Mc 4, 9, "*Qui habet aures audiendi, audiat*"; Mt 10, 19-20: "Mas cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo o qué vais a hablar. Lo que tengáis que hablar se os comunicará en aquel momento. Porque no seréis vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu de vuestro Padre el que hablará en vosotros"; Hch 2, con el relato de Pentecostés, etc.

⁵⁹³ HUNGER, H., "The Classical Tradition in Byzantine Literature: the Importance of Rhetoric", *Byzantium and the Classical Tradition*, 35-47, Birmingham 1981, p. 38. Sobre la influencia en el cristianismo de la lengua, temas y motivos de la retórica clásica, *vide* p. 40 y ss.

No obstante, estará presente en otros géneros, aunque tras una pretendida actitud de desprecio hacia el mundo pagano, sobre todo, hacia los contenidos clásicos, y estableciendo claras diferencias entre “nuestra” filosofía y la grecorromana, por ejemplo. La Patrística griega está cuajada de otras obras de carácter retórico, como hagiografías, oraciones fúnebres o encomios de santos, y pronto (s. IV) se logrará crear una tradición literaria cristiana paralela a la pagana. El centro de gravedad, pues, del género epidíctico y la biografía pasa al ámbito religioso, donde se multiplican las vidas ejemplares de santos en las que el elemento encomiástico ocupa casi toda la obra, arrinconando la parte histórica, entre adornos fantásticos varios⁵⁹⁴.

Con esto volvemos en cierto modo a nuestro planteamiento inicial, pues uno de los géneros que adopta el cristianismo con grandes dosis de retórica es la ya mencionada biografía, transformada en hagiografía. Dado que el tema preferido por los bizantinos era este de la biografía panegírica, y con la fuerte presencia de esos modelos en la educación, no es de extrañar que se aplicasen en lo que podía dar muy buenos frutos como propaganda. Y aquí se vuelven a cruzar de nuevo nuestros caminos. Hemos visto cómo la continuidad de la retórica en Bizancio es un hecho, bien a través de la formación, bien a través del mensaje de la propia Iglesia, en distintas formas (sermones, vidas de santos, etc.). Si añadimos a esto la situación de mayor estabilidad que se da en el Imperio tras siglos difíciles, podemos comprender que con el resurgimiento de las ciudades, en la medida en que esto era posible en el medievo, se den unas condiciones favorables para que el género pase de los márgenes eclesiásticos a otros más civiles. Mejor dicho, para que su presencia fuera del contexto religioso se acrecentase, pues si bien nunca se abandonó por completo el uso *laico* de la epidíctica, la preeminencia del panegírico religioso llegó a ser notable.

⁵⁹⁴ HUNGER, H., *Bvč. λογ.* (I), p. 198.

Recordemos que Constantinopla seguía siendo el centro del mundo cuando se ponen las bases de la Escuela de Bardas; la *Ciudad* por excelencia, cuyo esplendor rivalizaba solo con la Córdoba hispana. No es una urbe al estilo de la antigua Roma ni posee el espíritu de las *poleis*, pero tiene sus particulares foros o círculos sociales, donde esos pocos privilegiados que poseen un alto nivel educativo se reúnen. Uno de sus entretenimientos es pronunciar discursos o leer poemas u otras composiciones en los llamados *theatra*, ante un público que se complace en reconocer la perfecta adecuación a los cánones, el correcto uso del ático o la esmerada selección de tópicos y comparaciones, pero que también toma nota de aquello que le gusta para utilizarlo a su vez⁵⁹⁵.

Allí el género epidíctico encuentra un cómodo cauce de expresión y se constituye como el favorito, aunque en realidad todo esto no es sino la continuidad de un gusto y una tendencia cuyo germen estaba en la obra de Isócrates y se hipertrofia tras ella: la oralidad de la literatura, el placer de oír un discurso bien elaborado, escrito, pero concebido en su dimensión oral, para ser leído y apreciar en él la belleza de sus periodos, lenguaje y figuras, más que del contenido en sí. Como señala Jenkins⁵⁹⁶, este público reducido y selecto condiciona en gran medida la especialización y la tendencia a la retórica afectada, a menudo huera, que se observa en constante aumento en la literatura bizantina a lo largo de los siglos.

De esta manera, en tiempos del Porfirogeneta ya hay un sistema educativo bastante asentado en comparación con épocas pasadas, donde la circulación de textos e ideas sería algo más ágil que entonces. Como buen estudioso (él o quien quiera que eligiese y llevase a cabo la redacción de la *Vita*), de seguro tenía una sólida preparación en retórica, un género que como

⁵⁹⁵ Sobre el *θέατρον*, especie de círculo literario, donde no sólo se disfrutaban y juzgaban composiciones literarias, sino que eran focos de aprendizaje, a través de un proceso de imitación e integración en el acervo personal de aquello que resultase de especial agrado, *vide* HUNGER, H., "Imitation (ΜΙΜΗΣΙΣ)", pp. 18-19.

⁵⁹⁶ JENKINS, R. J. H., "Hellenistic Origins", p. 40.

venimos viendo y tendremos ocasión de ampliar, atrae significativamente a los bizantinos, hasta casi convertirse en un rasgo propio y definidor de su cultura.

La irradiación de esta influencia llega también a la historiografía, donde al interés por el relato histórico enfocado en un individuo⁵⁹⁷ (casi siempre el emperador), se añade con frecuencia la tendencia panegírica, aunque se mantienen algunos lugares comunes de la Historia clásica. Este es el caso de la declaración en el proemio del afán por contar la verdad, que suele referirse de nuevo al personaje central de la obra, es decir, por mostrar a los hombres su verdadera contribución a través del relato (supuestamente) verídico e imparcial de su vida y obras. En este sentido, los autores normalmente se consideran encargados de una elevada misión cuyo cumplimiento es más que un deber en el que la persuasión tiene un fuerte protagonismo: su obra debe convencer a sus lectores de la verdad de su contenido, con lo que es evidente la necesidad de la retórica como herramienta.

Sin embargo, los bizantinos se dirigen a los grandes historiadores del pasado casi en exclusiva para extraer motivos concretos, citas, pasajes que se imitan por su belleza aticista, etc., pero no en el concepto general de la obra, aunque pretendan seguir en mayor o menor medida los preceptos clásicos de la historiografía (sujeto histórico y su tratamiento, las causas y la finalidad).

En otras palabras, la retórica ha inundado el ámbito de la Historia y su fusión con el enfoque biográfico hace de las producciones historiográficas bizantinas unas obras muy distintas de las clásicas. Este acercamiento al género histórico, tan alejado del existente en el mundo antiguo (que no en el helenismo tardío), era para los bizantinos un modo de hacer Historia, aunque su valor como tal sea inapreciable para nosotros. Tal vez haya que buscar la razón última de esta preferencia en el insoslayable interés propagandístico⁵⁹⁸ que a

⁵⁹⁷ SCOTT, R., "The Classical Tradition in Byzantine Historiography", *Byzantium and the Classical Tradition*, 61-74, Birmingham 1981, p. 64.

⁵⁹⁸ Esta es la postura de SCOTT, R., *ibidem*, p. 71.

menudo tienen sus relatos, y que no debemos ver solo como un simple programa de adoctrinamiento sin más, sino como un producto derivado del gusto de una época y de la coyuntura en que se movían los hombres pertenecientes a ella.

Esta preferencia por el género epidíctico y su uso como medio de expresión para hacer Historia guarda sin duda una estrecha relación con el hecho de vivir en un mundo donde el soberano es el centro del universo, elegido de Dios y por tanto, portavoz de Su voluntad. Todo depende de su comportamiento, sus decisiones, su adhesión a lo divino y la ley, etc. En este sistema tiene su lógica que se conciben los reinos como unidades y punto de partida para narrar la Historia, siempre desde la perspectiva de un bizantino, y que ese relato sea laudatorio, si lo vemos ya como producto ligado al poder y su propaganda.

Recordemos por otra parte que en Bizancio el tiempo histórico se consideraba de manera distinta a como lo habían hecho los antiguos⁵⁹⁹. Para ellos, la venida de Cristo había inaugurado el periodo final de la Historia del hombre, de modo que se había iniciado con Constantino el reino celestial en la tierra, a la espera de la segunda Parusía. Dios había entregado al primer emperador bizantino la corona de ese Imperio bendecido por él, depositario de su misión redentora, cuya labor era expandir el mensaje a todo el orbe de modo que cundiese en la ecumene y se integrara por completo en el reino único. El poder, la βασιλεία iría pasando de soberano en soberano hasta que, en el final de los tiempos, el que fuese último emperador entregase su corona al mismísimo Jesucristo. La Historia, pues, no es un devenir incierto de siglos, sino una cuenta atrás, un inexorable avance hacia la consumación del proyecto divino y la promesa de salvación hecha a los hombres tras el pecado del

⁵⁹⁹ Este y muchos otros aspectos relacionados con el Imperio y su funcionamiento se analizan en el apartado III del presente trabajo.

primero, materializada en el sacrificio del Cordero. Hasta su nueva venida los días están contados, aunque no se pueda conocer con exactitud la fecha exacta.

Por otro lado, y como ya hemos señalado antes, este mismo concepto de Historia en la que interviene directamente Dios, quien dicta en realidad la cronología, estaría también en la base de las crónicas bizantinas. La economía divina de la salvación es la que condiciona esos relatos que comienzan por la creación del mundo y el primer hombre hasta el momento presente del escritor. La Historia es el relato del nacimiento del primer hombre, su perdición y posterior redención, que aún no se ha consumado del todo, ya que ello tendrá lugar cuando se cierre en verdad el ciclo histórico de la Humanidad. Como señala Scott⁶⁰⁰, si la Historia describe ese proyecto divino de redención, su aspiración es demostrar cómo se va desarrollando en las sucesivas épocas. En conexión con todo esto encontramos igualmente en la crónica la idea de monarquía como único sistema de gobierno posible, que combinada con el rechazo a todo lo pagano se traduce en silenciar a menudo el pasado republicano de Roma o el sistema democrático ateniense, entre otros.

El mencionado autor apunta en su estudio que en las crónicas del siglo IX sigue existiendo el mismo objetivo, es decir, la descripción del estado en que se encuentra el plan divino. En el caso de la crónica de Teófanos, la voluntad divina y, por ende, el éxito de un soberano, vendrían expresados en función de dos coordenadas que combinarían la buena marcha (o no) del Imperio y el grado de piedad del emperador. Sólo aquel que cumple con los propósitos de Dios en su reinado puede mantenerse en él y atraer la prosperidad con ello. Hay, pues, una relación directa entre la piedad imperial y el avance de la economía divina. Concluye Scott⁶⁰¹ que los dos aspectos más significativos de la obra de Teófanos son el uso de la Historia como un medio de persuasión, al

⁶⁰⁰ SCOTT, R., *op. cit.*, p. 68.

⁶⁰¹ *Ibidem*, p. 69.

establecer la ecuación piedad / éxito, y la idea de reino como unidad de Historia.

Como vemos, en Bizancio los conceptos se repiten, se combinan, se alían, pues nada de esto nos resulta ya novedoso, sino que, por el contrario, nos lleva directamente al *Continuador*. Es evidente que entre ambas obras hay un tono diferente, ya señalado, en estilo, lengua, etc., pero se puede decir que estos dos puntos señalados por Scott siguen presentes a su manera: parece clara la división por reinados (salvo el libro VI, donde sin duda influyó el hecho de haber sido escrito con posterioridad a la desaparición del Porfirogeneta), y está implícita la intención de la obra como modo de influir en el ánimo del lector y convencerlo de la verdad del relato, y en especial, de la necesidad de renovación del Imperio con un emperador entregado por completo a la voluntad de Dios y al cumplimiento de sus designios, Basilio.

En el caso de la *Vita*, para dar forma a esa persuasión se recurre al modelo isocrático, de interés moral y político, toda vez que busca presentar el retrato del personaje ideal, a cuya imitación deben aspirar los futuros gobernantes, por lo que debe mostrarse sin tacha alguna, empleando para ello un orden que no tiene nada que ver con el cronológico. La adopción de este modelo para abordar un tema *histórico* adquiere pleno sentido y coherencia en el contexto bizantino.

Se puede objetar que su valor histórico es nulo, frente a la historiografía tradicional o, al menos, al modelo plutarquiano de biografía, que deja un mayor margen a la objetividad. El encomio isocrático se convierte, desde nuestra mirada, en un mero ejercicio de retórica, pero el valor político que para un bizantino tendría es incalculable si consigue sus metas propagandísticas. No tiene tanta importancia el conocer cómo y cuándo se produjeron los hechos con exactitud como la noción global que se deriva del advenimiento de Basilio al trono. Sin duda para el Porfirogeneta en ese convencimiento, en esa fe en el *basileus* salvador y ungido (y en la continuidad de sus descendientes), radicaba

la seguridad y la estabilidad del sistema bizantino, única isla de orden en un mundo confuso, verdadera imagen de la armonía cósmica, amenazada por tantos elementos externos. Sólo la unión y la confianza del pueblo bizantino en esos ideales permitirían la supervivencia.

De todo cuanto llevamos dicho, por tanto, podemos extraer varias conclusiones. Primero, que Constantino no es un innovador al presentarnos la vida de Basilio bajo esta forma, sino que sigue una tradición centenaria que había convertido además a la retórica en el género preferido del mundo griego en los últimos siglos, y que podía adaptarse fácilmente al relato biográfico, dado que el modelo clásico de hacer Historia no encajaba con las motivaciones y objetivos de la historiografía bizantina.

De otra parte, que tanto la división en reinados que adopta como el espíritu continuador de una crónica tienen un claro sentido político y propagandístico, pero también dentro de una línea seguida por los demás historiadores bizantinos, ya sea en el mundo de la cronografía como en el del resto de obras consideradas historiográficas, y que aúna el interés por la retórica encomiástica con la *κοσμοθεωρία* bizantina. Por último, que el Porfirogeneta hizo con la *Vita* una obra histórica a su modo, basándose en todos estos principios que hemos analizado y continuando con ello el camino iniciado por otros, aunque con mayor calidad literaria, entendida como mejor y más brillante adaptación a los cánones que dictaba el género.

Aunque para nosotros el resultado es pura propaganda que dista mucho de la realidad, el proyecto de Constantino era probablemente proporcionar un instrumento político para asegurar la continuidad estable del sistema, y de otro lado, concienciar de lo que para él había sido realmente “un cambio hacia mejor”⁶⁰² desde que Basilio tomase las riendas de Bizancio, a pesar de que ello implicaba cargar las tintas contra su predecesor Miguel III, en lo que por otro

⁶⁰² *Vita Basilii*, 256, 9-10: τὴν ἐπὶ τὰ κρείττω τῶν Ῥωμαϊκῶν πραγμάτων μεταβολήν. Cf. apartado III. 5. 7 de esta segunda parte.

lado no era sino otro recurso retórico: una forma de ψόγος, que mostraba la necesidad del cambio por contraste con todo lo negativo del periodo anterior. A fin de cuentas, desde el principio declara sus intenciones de escribir no una biografía propiamente dicha, sino las πράξεις καὶ τὴν ὅλην ἀγωγήν de Basilio, lo que nos remite ya al modelo laudatorio isocrático, para que sus descendientes tengan un modelo de imitación y no olviden el origen de su designación divina para la corona.

La *Vita* se nos presenta, pues, como un producto genuinamente bizantino donde la fusión de elementos, formas y motivos, tan habitual en esa civilización, se convierte en un verdadero rompecabezas para los estudiosos modernos, a pesar de sus muchos medios. En aquel “crisol de pueblos y culturas”, siguiendo el tópico, donde Oriente y Occidente se miraban cara a cara, para chocar frontalmente a veces; otras, para entrelazarse, biografía, encomio e Historia acabarán confundándose de manera definitiva, pero según sus propias preferencias, para irritación del hombre de hoy, quien, lejos de entender su significado, prefiere pensar con frecuencia que es un producto de la ignorancia, la precipitación o falta de sensibilidad hacia los grandes logros de la literatura griega antigua.

I. 3. LA VITA COMO OBRA HISTÓRICA.

Si la *Vita* forma parte de esas complejas obras bizantinas de tema histórico que mezclan elementos propios de la historiografía con otros del encomio o la biografía, veamos qué conexiones tiene con el género de la Historia como para ser considerada una obra de este tipo. Como ya hemos señalado en alguna ocasión, tradicionalmente se suele decir que es un encomio o biografía encomiástica dentro de una obra de corte histórico, pero ahora sabemos que esta visión procedía de una conclusión equivocada a partir de la ordenación de textos del principal manuscrito conservado. Con todo, ello no invalida la teoría de que debió de concebirse con un interés propagandístico de y para la nueva dinastía paralelo al del *Continuador*, si bien con anterioridad a este. Del mismo modo, para el propio autor no dejaría de ser un acercamiento histórico, ya que cuando se aborda la continuación de Teófanos no se crea un apartado específico para Basilio, sino que a menudo la obra remite a la *Vita* para distintos episodios, que se consideran ya tratados allí.

Su carácter encomiástico y estructura ligada al modelo isocrático son indiscutibles, como habrá de verse más adelante, pero intentaremos analizar los rasgos “históricos” presentes en la obra a fin de extraer conclusiones acerca de su pertenencia o no al género, sin pretender, ni mucho menos, hacer un estudio exhaustivo, sino más bien como un complemento a nuestra investigación y no una parte fundamental de ella. Siguiendo el mencionado trabajo de la doctora Baldrich, haremos un recorrido por los preceptos historiográficos básicos y su aplicación en nuestra obra.

I. 3. 1. El sujeto histórico.

El primero de ellos es el sujeto histórico que se va a tratar, τὰς πράξεις, τὰ πράγματα, τὰ γενόμενα, τὰ γιγνόμενα, τὰ γεγενημένα⁶⁰³, que en nuestro caso coincide con el de la mayoría de las obras bizantinas: un emperador concreto. El proemio nos aclara que, si bien la idea original era más ambiciosa, por motivos prácticos hubo que limitar mucho aquel proyecto:

Era mi voluntad y deseo desde hacía mucho implantar en el ánimo de los más estudiosos la experiencia y conocimiento de los hechos mediante la inmortal y siempre recordada voz de la Historia; quería, si es que estaba en mi mano, registrar por escrito y en detalle los hechos más dignos de mención de todos los emperadores que han estado al frente del Imperio Romano de Bizancio, así como de los oficiales superiores, generales y lugartenientes a su servicio. Puesto que el asunto requería mucho tiempo, esfuerzo continuado, abundancia de libros y apartarnos de nuestras obligaciones de Estado, algo que está lejos de nuestro natural, me he embarcado por necesidad en una segunda travesía: narrar por ahora, desde su nacimiento hasta el momento mismo de su muerte, el proceder y los hechos de un único emperador, que elevó la autoridad del imperio a altas cotas, que incluso era epónimo de la soberanía, y resultó ser un gran beneficio para el Estado e intereses de los romanos. (211, 18 y ss.)

Hay, pues, una intención declarada de hacer Historia, aunque su realización posterior no sea en los mismos términos en que nosotros esperaríamos, pero ya vimos que esto era un lugar común en Bizancio. La declaración, además, de la necesidad de una segunda travesía apoya la idea de que la *Vita* habría sido concebida, en principio, como obra unitaria, y luego se habrían elaborado los demás libros del *Continuador*, siguiendo la crónica de Teófanos⁶⁰⁴. Ello explicaría además el distinto tono y estilo de los demás libros, como veíamos, y la mayor calidad de este, que deja traslucir una labor mucho más concienzuda.

Nuestro proemio trata el tópico de la Historia como maestra para mostrar con visos de objetividad la intención de hacer un recuento de soberanos y hechos, aunque por necesidad se va a centrar en el emperador que considera más relevante para el Imperio. Recordemos la importancia que

⁶⁰³ BALDRICH LÓPEZ, M^a. S., *op. cit.*, p. 185 y ss.

⁶⁰⁴ Cf. SIGNES CODONER, J., “Algunas consideraciones”, p. 27.

Constantino concedía a la Historia, calificada aquí de ἀειμνήστου καὶ ἀθανάτου, y el conocimiento del pasado, sin el cual el hombre queda expuesto al mal. En un sistema político como el bizantino, donde el soberano es elegido por Dios, las lecciones de la Historia permiten comportarse de manera justa en el futuro y conforme a la voluntad divina, aprendiendo de quienes cumplieron con el deber encomendado y de quienes se apartaron de ello. Desde este punto de vista preservar esa memoria histórica es un deber como soberano para las generaciones futuras, si bien es una ingente tarea que tendrá que limitarse al monarca más importante: Basilio.

Roger Scott⁶⁰⁵ ha señalado que es precisamente en el proemio de las obras historiográficas donde los bizantinos siguen más de cerca el género histórico clásico, manteniendo formalmente sus tópicos, como hace Constantino al mostrar su preocupación por que el paso del tiempo no enturbie la memoria de lo que en realidad ocurrió, para a continuación ligar esa verdad al encomio de un emperador concreto, como haría más tarde Ana Comnena.

El sujeto, pues, está bien delimitado en esta declaración de intenciones, y se centrará (supuestamente) en τὰς πράξεις καὶ τὴν ὅλην ἀγωγὴν διηγήσασθαι. Con ello, sin embargo, el autor está declarando que el enfoque de su obra no va a ser sólo historiográfico, por cuanto el detalle de la ἀγωγὴν nos lleva ya al modelo de Isócrates. El tema responde también a otro clásico: la grandeza del asunto o personaje tratados.

I. 3. 2. El tratamiento histórico.

En cuanto al tratamiento histórico⁶⁰⁶, es decir, el modo de abordar la tarea que se ha propuesto realizar el autor, podemos centrar nuestra atención en torno a varios aspectos. Uno de ellos, sin duda, es la cuestión de la imparcialidad y la objetividad, que se resume en la búsqueda de la verdad, tan

⁶⁰⁵ SCOTT, R., *op. cit.*, p. 65.

⁶⁰⁶ BALDRICH LÓPEZ, M^a. S., *op. cit.*, p. 269 y ss.

importante en la historiografía de la Antigüedad, algo que se suele declarar en el proemio. En aquellos autores había toda una reflexión en torno al empleo de las fuentes y la forma de expresión, el lenguaje utilizado, para aportar verosimilitud a su relato. Para ello deberá evitar los excesivos artificios retóricos e intentar dar un trato equitativo a todos los actores de la trama histórica, mostrando algún aspecto menos positivo del protagonista, o bien incluyendo alguna merecida alabanza a quien se supone que es el enemigo, etc.

El problema en este sentido de muchas obras historiográficas bizantinas como la *Vita* es precisamente ese enfoque encomiástico, que de entrada nos indica, si no un alejamiento de la objetividad, cuando menos una evitación de cuanto pueda ensombrece el esquema modélico que se nos quiere presentar. Tal vez consciente de ello, Constantino ha intentado llamar la atención del lector añadiendo algunas anotaciones sobre su fidelidad a la verdad, o su intención de seguir solo fuentes veraces, en varias ocasiones a lo largo de la obra. Siguiendo la tradición, en el proemio se amplía la idea contenida en el propio título, que califica a la obra como *ἱστορικὴ διήγησις*, de donde se infiere el carácter no inventado y, por lo tanto, veraz, que el relato va a tener, núcleo que se apoya con los ya citados argumentos de la Historia como maestra por la verdad que contiene y la importancia de conocer correctamente el pasado.

Sin embargo, la referencia más explícita al tópico de la veracidad la constituye el párrafo final de la obra, que como conclusión subraya:

Lo concerniente al piadoso imperio del celebrado Basilio, cuanto no se vio arrastrado por las corrientes del olvido ni desapareció por el transcurso del tiempo, su conducta antes de acceder al trono y cuanto abarca el contenido de su vida, queda aquí referido y narrado, según nuestras posibilidades y conforme a la naturaleza de la verdad. (352, 20 y ss.)

Las palabras finales de la obra parecen resumir el espíritu de trabajo con el que se pretende haberla realizado: en la medida en que le ha sido posible (*κατὰ τὸ ἡμῶν ἐφικτόν*), pero sin renunciar a la veracidad (*καθὼς ἢ τῆς ἀληθείας εἶχε φύσις*).

En una especie de estructura en anillo con el proemio, de nuevo declara esa doble vertiente de su relato, histórico y biográfico (encomiástico), con una nueva referencia a la ἀγωγή, acompañada de tópicos sobre el paso del tiempo y el olvido⁶⁰⁷, que pueden empañar el recuerdo del historiador o hacer desaparecer fuentes. Sin duda este último tuvo que ser un serio impedimento para la tarea de documentación, como ya se ha mencionado antes, y no sólo por la carencia de datos sobre Basilio al ser este un perfecto desconocido antes de su brillante despegue en la corte, ni por el silenciamiento de aspectos poco compatibles con la intención de la obra: es más que probable la ausencia de datos para ilustrar algunas partes del relato donde no tendría por qué faltar a la verdad o enmascararla, por ejemplo, en el relato de algunas expediciones militares victoriosas.

En realidad, eso mismo señala Constantino en el proemio, cuando dice que el asunto le exigía abundancia de libros (ἔδειτο τὸ πρᾶγμα... βιβλίων ἀφθονίας), algo que no podía subsanar. Ševčenko⁶⁰⁸ señala algunas de las principales (e inmensas) lagunas bibliográficas que se habría encontrado el autor para elaborar el *DAI*, y refiere gráficamente para el caso de la *Vita*, que ni siquiera se aporta el nombre del padre de Basilio⁶⁰⁹. Comenta también el ya mencionado aquí episodio de Soldano, una de las digresiones de la obra con un fin moralizante, que en su opinión obedece a una enorme falta de información sobre un personaje y unos hechos que se sabían importantes.

Significativa es la inclusión de un capítulo entero (nº 47) dedicado a explicar esos vacíos informativos en relación con las campañas militares de Basilio:

⁶⁰⁷ ὅσα μὴ τῆς λήθης παρεσύρη ὀρέυμασι καὶ τῶ δια μέσου χρόνω ἐξίτηλα γέγονε.

⁶⁰⁸ "Re-reading Constantine", p. 189 y ss.

⁶⁰⁹ Ni tampoco el de su madre, dato este que, sin embargo, sí conocía, como vimos, al igual que es posible que supiera el de su padre y por algún motivo deseara silenciarlo. Cf. apartado III. 2 de la primera parte.

Si referimos aquí proezas tan grandes en breves palabras y sin adorno alguno, como en una incursión, que nadie se llame a asombro ni se nos reproche nada. Pues la narración parece imitar a la vez la rapidez de aquellos hechos, y por esto es y transcurre así de sencilla. Y es que en verdad aquellas plazas fuertes se tomaron, y el emperador dio fin a sus gestas entonces más aprisa de lo que ahora se ha explicado. Por otra parte, el mucho tiempo ya transcurrido entretanto es como si hubiese oscurecido cada suceso por el silencio habido desde entonces; y como no podemos conocer ni referir modos de formación militar, ni incursiones de ataque, ni despliegues o reordenaciones de falanges, ni el empleo oportuno de estratagemas, no hay por qué demorarse en cada detalle, ni mostrar especial predilección por algo, cosas estas que amplían el relato.

Aquello que no tiene una credibilidad bien fundada en algún testimonio, aunque goce de gran difusión, no es, en cambio, nuestra intención admitirlo sin someter a examen, para no dar la impresión de atribuir al emperador una narración inventada sobre unos hechos que no han sucedido: sobre todo porque ni aun a él, cuando todavía estaba en vida, parecían agradar las palabras insinuadas con intención de lisonja. En cuanto a nosotros, que ni siquiera podemos (ni nos queda tiempo para ello) dar a conocer por escrito lo que es reconocido por todos, difícilmente podríamos alargar el discurso en aquello de carácter dudoso. Retroceda, pues, el discurso y vuelva al camino que tenía el relato desde un principio. (279, 14 y ss.)

En el párrafo final se trata la cuestión de la selección y uso de fuentes, que se ha realizado siempre conforme a la verdad y evitando tanto cualquier alabanza sin fundamento como las informaciones no contrastadas. En otras palabras, (supuestamente) evitando el sesgo tendencioso, otro aspecto del que trataremos más adelante. La obra se presenta como un documento *histórico*, una fuente verdadera en la que no cabe lo dudoso ni lo falso, sobre la que las generaciones venideras podrán reconstruir el pasado. Intentando convencernos de que no le gustan las digresiones gratuitas ni lo inverosímil, se le escapa su voluntad de escribir *su* historia en un largo párrafo, lo que no deja de ser paradójico.

Pero no es este el único pasaje en el que se disculpa por lo que se aprecia como poco sustentado en fuentes, y resulta interesante ver dónde se incluyen esas peticiones de indulgencia por parte de los lectores. Por ejemplo, como colofón a las acciones militares de Basilio, se introduce el siguiente texto:

Estas acciones las llevó a cabo este noble varón [Nicéforo Focas] mientras vivía Basilio, celebrado entre todos los emperadores; las demás hazañas las añadió en tiempos del emperador más sereno y sabio de todos, León, hijo de aquel. Y si bien las batallas no

estaban concadenadas entre sí en el tiempo tal como presenta la narración, en cambio, ya que se ignoraba el momento exacto de cada hecho, durante nuestra relación las hemos dispuesto por ello en un orden.

Tales y tan grandes fueron las gestas guerreras del emperador Basilio, realizadas por propia mano o por medio de lugartenientes, por tierra y por mar, en Oriente y Occidente, cuantas alcanzaron a llegar a mis oídos. (313, 14 y ss.)

Dos cosas nos llaman la atención de un modo especial: de un lado, la clara confesión de no saber cuándo se habían producido las batallas⁶¹⁰, o sea, de falta de material al respecto; de otro, la inclusión del autor en esa primera persona y la referencia a las fuentes orales⁶¹¹. Este es un dato más de los que han llevado a Αναγνωστάκης⁶¹² a postular la clara preferencia de Constantino por la tradición oral, en su teoría que aboga por una posible elaboración de la *Vita* en función de los muchos relatos que conocería el Porfirogeneta acerca de su familia, incluyendo prodigios y otras fantasías; y que nos lo presenta como un personaje entusiasta de lo que podríamos llamar el imaginario popular frente al serio quehacer histórico.

Pero aunque Constantino prefiriese de algún modo la lengua más sencilla o la tradición oral, del contenido de las ya comentadas cartas dirigidas a Teodoro de Cízico se puede inferir que sentía un respeto reverencial ante la cultura, tanto en las personas que gozaban de una completa formación, como de los propios libros; y por otra parte, que comprendía que cada tema requiere de una forma particular de expresión, por lo que no duda en recurrir a Teodoro para su δημηγορία.

Esto nos lleva a pensar que su actitud ante una obra como la *Vita* no podía ser tan simple (recordemos que el *DAI* estaba concebido para uso privado, mientras que la biografía de Basilio estaba destinada a la propaganda

⁶¹⁰ ἐπεὶ ὁ ἐκάστης πράξεως ἀκριβῆς ἡγνοεῖτο χρόνος.

⁶¹¹ ὅσα εἰς ἐμὴν ἔφθασεν ἔλθειν ἀκοήν.

⁶¹² “Οὐκ εἶσιν ἐμὰ τὰ γράμματα ”, p. 129 y ss.; concretamente, p. 134: “Ἀραγε ἡ Ἱστορία βρίσκεται μόνο ἀπό τὴν πλευρὰ τῶν γεγραμμένων καὶ οἱ ἱστορίες ἀπὸ τῶν ἀκοῆ παραδεδομένων καὶ διὰ κοινῆς καὶ καθωμιλημένης ἀπαγγελίας;”

imperial), y si su aportación fue sólo en forma de historias que habían llegado a sus oídos, creemos que no pudo incluirlas sin más, sino adaptándolas de algún modo a sus objetivos. Si esta adaptación la hicieron otros por él, tenemos que suponer una supervisión por su parte. Y, más allá de la cuestión de si a pesar de la púrpura seguía siendo un *rústico*, como parece sugerir el artículo de *Αναγνωστάκης*, cabe plantearse de nuevo si el recurso a esas historietas o relatos orales no se debe, al menos en casos concretos, a falta de datos o a claros intereses propagandísticos.

Es innegable la presencia de numerosas digresiones o historias dentro del cuerpo de la obra, pero es posible que este mismo mecanismo de cobertura de lagunas informativas esté detrás de ello, al menos en algunos casos, y no responda solo al gusto del Porfirogeneta por oír relatos subyugantes, agradables al oído y que confieren variedad al texto⁶¹³. Consideramos que es una pista abierta que no podemos continuar aquí, pero que convendría no olvidar, e investigar en qué momentos se introducen esas digresiones, con qué fin, y sobre todo, si detrás había fuentes fidedignas o si su inclusión se debe a carencia de estas.

Echando un rápido vistazo, se puede decir que relatos llenos de prodigios y profecías ilustran, sobre todo, la niñez de Basilio, algo esperable dado su oscuro origen en todos sentidos, pues no parece que Constantino tuviese mucha información al respecto; y si disponía de ella, debía de ser tan digna de ocultación como para no citar, p. ej., un lugar físico de nacimiento ni nada que permita identificar a sus padres. En realidad, nada concreto (fechas, datos) dice de su niñez; todo lo más, una serie de prodigios útiles para su cometido y, una vez narrados, interrumpe el relato y nos deja sin más elementos de juicio, argumentando lo siguiente:

Pero ya que insistir aún más en esto quizá parezca no estar muy lejos de ser un modo de lisonjeo, y para que no se piense que se entretiene nuestra historia en ello quizá por falta

⁶¹³ ΑΝΑΓΝΩΣΤΑΚΗΣ, Η., “Οὐκ εἶσιν ἐμὰ τὰ γράμματα”, p. 131.

de virtudes en su persona, omitiremos cuanto sea del mismo talante y relativo a su edad infantil; y de aquí en adelante haremos avanzar nuestra narración con presteza dejando de lado el insaciable deseo de alabar, como algo nada digno de elogio. (219, 15 y ss.)

Parece verosímil pensar que la causa última de este modo de narrar la edad infantil de Basilio es, ante todo, la carencia de noticias al respecto, por lo que elige desarrollar un aspecto que en el *Evágoras* se cita de pasada, creando ante el lector un halo de misterio y toque divino para su personaje: el de los prodigios acaecidos durante su infancia, indicadores del favor de Dios para con él⁶¹⁴. Sobre todo esto habremos de tratar en el apartado correspondiente a la comparación con este discurso isocrático.

Pero los portentos también están presentes en su juventud, como motor de la acción, de modo que se vea impelido a ir a Constantinopla, y una vez allí, seguirán actuando en ese sentido hasta llevarlo al trono. A partir de ahí, los relatos de hechos prodigiosos cesan, salvo el de los demonios que comunican al navarca Adriano el desastre de Sicilia, debido según el texto a su negligencia⁶¹⁵. Este relato tiene una función quizá moralizante, pero tal vez intente cerrar de algún modo la narración de esos sucesos que no se conocían en detalle. Algo similar es aplicable a la ya citada historia de Soldano, que como sucede en otros casos, el propio Constantino reconoce que es una digresión⁶¹⁶.

Otro ejemplo de digresión confesada como tal es el episodio de la caza, en que un lobo inmenso sale de la maleza y sólo Basilio es capaz de reaccionar

⁶¹⁴ Cf. *Evágoras*, 21: "Prefiero dejar de lado los rumores, los oráculos y las visiones aparecidas en sueños por los que se manifestaba que había nacido superior a la naturaleza humana" Para este y otros discursos de Isócrates tomamos como base la edición en español de GUZMÁN HERMIDA, J., Madrid 1979.

⁶¹⁵ 310, 18 y ss.

⁶¹⁶ 294, 3 y ss.: "Dado que no rara vez la historia gusta de colorear el discurso también con relatos de digresión y deleitar los oídos de cualquier lector, vale la pena referir aquí cuanto sucedió entre el rey de los francos, Soldano, emir de África y los habitantes de Capua y Benevento".

y matarlo con la clava, todo un símbolo imperial⁶¹⁷. Como conclusión del capítulo, afirma:

Y ciertamente esto, aunque se haya citado quizá por digresión, no está fuera de lugar. (232, 23-24).

Es obvio que el relato busca mostrar la supremacía de Basilio, que sin saber aún que ha de llegar al trono ya muestra las virtudes del buen soberano, y prepara el terreno para contar la que se retrata como merecida caída de Bardas, que no puede luchar contra lo decretado por la divinidad. El episodio, pues, tiene una clara función más allá de servir de entretenimiento.

Quizá la digresión más larga de cuantas reconoce Constantino, ya citada aquí, es la dedicada a Danelis, cuando describe cómo Basilio le agradeció aquellos favores que le permitieron, en última instancia, llegar al trono, y que se narra en un largo excursus⁶¹⁸. El episodio, que evoca sin dudas la visita de la reina de Saba a Salomón⁶¹⁹, no escatima en detalles para narrar el lujo de los regalos que la propia Danelis presentó a Basilio, la brillantez de su séquito, etc. El autor justifica esta larga interpolación del siguiente modo:

En cuanto a estas cosas, aunque algunas de los narradas en esta exposición de hechos y momentos sucedieron mucho antes en el tiempo, y otras no poco después, y en absoluto parecían indispensables para la historia, con todo, queden aquí a modo de digresión, en reconocimiento a la citada anciana y como muestra de su inmensa fortuna, nobleza y calidad personal. (321, 11 y ss.)

La relación entre la escena de Danelis y el relato bíblico nos lleva a una cuestión conectada con el tratamiento histórico: la construcción de partes enteras de la obra conforme a esquemas presentes en distintos libros del Antiguo Testamento, y algún que otro motivo tomado de los Evangelios; de modo muy especial con la historia de David, como veremos en el análisis político de la *Vita*.

⁶¹⁷ Narrado en 231, 22 y ss. Sobre este episodio volveremos en distintos apartados de este trabajo.

⁶¹⁸ Capítulos 74-78, 317, 7 y ss.

⁶¹⁹ Cf. apartado IV. 3. de la primera parte y III. 5. 8 de la segunda.

En efecto, para todos los “años oscuros” de Basilio se ha seguido el paradigma del famoso rey judío que, de pastor fue elevado al trono por la divinidad, ya que el otrora legítimo, Saúl, había perdido el favor del Cielo por su actitud inicua. Sin embargo, cuando llega al trono, nos encontramos ante un nuevo Salomón, que imparte justicia en persona, aspira sólo a la sabiduría de la equidad, construye el templo, descrito con todo lujo de detalles (como en la *Vita*), y tiene un reino feliz y próspero, donde hasta los pueblos tributarios le están agradecidos⁶²⁰.

Tanner⁶²¹ ha hecho un estudio de cómo en el *DAI* se siguen sobre todo patrones narrativos relacionados con la Biblia, en un número muy superior a aquellos que imitan modelos clásicos. Si bien reconoce la influencia de la tradición didáctica y exhortatoria de Isócrates, considera que hay un enorme peso de la llamada *humanitas christiana* surgida de pensadores como Agustín de Hipona o Juan Crisóstomo, donde tanto consagrados autores del mundo antiguo como algunos libros de los *Septuaginta*, son referentes morales o de comportamiento político, así como modelos literarios. Tras analizar la estructura de la obra y la disposición del contenido de sus episodios, concluye que con toda probabilidad el modelo del que partió Constantino para elaborar este manual “de rey a rey”, destinado a aconsejar a su hijo Romano, es el del libro de la Sabiduría⁶²², que la tradición atribuye a Salomón, dirigido a su hijo Roboam. En su aplicación formal, junto a elementos de la tradición clásica, de

⁶²⁰ Cf. I R 4, 20 y ss.: “Judá e Israel eran numerosos como la arena en la orilla del mar, y comían, bebían y se alegraban. Salomón dominaba todos los reinos, desde el Río hasta el país de los filisteos y hasta la frontera de Egipto. Pagaban tributo y servían a Salomón todos los días de su vida”.

⁶²¹ *Vide supra* nota 207.

⁶²² Cf. Sb 6, dedicado a cómo los reyes deben buscar la Sabiduría; 8, v. 9 y ss.; 9, 12: “Entonces [cuando alcance la Sabiduría] juzgaré a tu pueblo con justicia y seré digno del trono de mi padre”.

nuevo, destaca el paralelismo de diversos episodios con otros del Génesis, Jueces o Judit, entre otros⁶²³.

Para Tanner es evidente, no ya que los *Septuaginta* formaban la base de la cultura cristiana desde los s. IV-V, sino que se usaban como base de formación y exhortación fuera de los ámbitos eclesiásticos⁶²⁴. Por otra parte, considera que Constantino tendría un profundo deseo de combinar y fusionar la tradición clásica con el humanismo cristiano, y en este sentido lo equipara a Focio o a Pselos⁶²⁵. Si es cierta, empero, la teoría de la escasa formación de Constantino, no dejaría de tener valor esta hipótesis de la imbricación deliberada de los *Septuaginta* en sus obras, en tanto en cuanto sí sabemos de su conocimiento y apego por las lecturas religiosas, y en todo caso, sí podríamos afirmar que si bien carecía de una buena base clásica, no sucede así con la bíblica.

Dicho de otro modo, no buscaría tanto esa pretendida asimilación de modelos clásico / cristiano como utilizaría las fuentes de las que disponía como posibles patrones para elaborar el relato en función de sus necesidades e intereses. La selección de escenas, enfoque o modo de tratamiento de un tema, iría según este criterio, muy condicionado además por los datos y fuentes reales a los que tendría acceso y por los dictados de la propaganda, que le harían decantarse en ocasiones más por los recursos, digamos, clásicos, y en otras por los bíblicos.

⁶²³ TANNER, G., *op. cit.*, pp. 137-138, incluye unas tablas estadísticas con las referencias bíblicas y paralelismos de motivos presentes en libros de la Biblia con el *DAI*.

⁶²⁴ *Ibidem*, p. 139.

⁶²⁵ *Ibidem*, p. 136. Cf. p. 125: “[The *DAI*] was the work of a cultured sovereign responsible for the fostering of the faculties of Law and Philosophy in the University of Constantinople, a man like Photius and Psellus who was deeply versed in the great pagan heritage of letters, yet also like them eager to reconceptualise his heritage in Christian terms”.

Otra hipótesis de Tanner⁶²⁶ relacionaría este modo de abordar el material histórico con otro aspecto íntimamente ligado a la ideología imperial, en estrecha conexión con el pensamiento cristiano. A su juicio, junto a la idea de una Nueva Roma refundada por el primer emperador cristiano, en Bizancio se planteaba la necesidad de formar un corpus de escrituras que conformaran lo que sería la expresión o la palabra del Espíritu Santo, signo de una nueva era, tras los *Septuaginta*, palabra de Dios Padre, y el Nuevo Testamento, correspondiente a la palabra de Dios Hijo. Allí se podrían englobar decisiones conciliares o imperiales, y la propia Historia de la Iglesia, ligada ya a la del Imperio. Para Tanner, pues, Constantino estaba contribuyendo de manera consciente a la creación de ese corpus, que redundaría tanto en el ámbito de lo espiritual como en la estabilidad del Imperio.

Hasta donde conocemos, nunca se ha hecho con la *Vita* ningún estudio o comparación similar a la que Tanner ha realizado con el *DAI*, y sin embargo, no parece descabellado plantear puntos de contacto entre el enfoque de ambas obras. Si bien es obvio que la perspectiva de la *Vita* dista mucho de la empleada en el *DAI* por el distinto carácter de ambas composiciones, no es menos cierto que diversos episodios de esta se han construido, sin lugar a dudas, sobre motivos bíblicos (algunos de los cuales trataremos en el análisis político), independientemente de que ello se deba a ausencia de datos, reelaboración interesada de la verdad, o a cualquier otro motivo.

Aunque Tanner parte de un Constantino príncipe de la erudición, que desearía refundir la tradición clásica con un humanismo cristiano, idea que hoy se antoja un tanto arriesgada, quizá tampoco debemos desechar por completo su línea de pensamiento. Ya vimos la palpable presencia de los salmos o los proverbios y otras citas bíblicas en la *Vita*, además de los indudables

⁶²⁶ *Ibidem*, p. 136. Cf. también p. 137, donde en un *post scriptum* él mismo compara, ante las posibles objeciones (que considera lógicas) a su hipótesis por disparatada, esa misma teoría con la situación ideológica de la orden franciscana en Italia durante el s. XIII.

paralelismos de determinadas escenas con otras del Libro, hecho este que nos da la sensación de contener algo más que la piedad pedestre de un mero *rústico*. Más bien parece que Constantino incluyó todos esos elementos y esquemas, si no con tan altas miras como Tanner le atribuye, al menos en la idea de que eso le concedía mayor *auctoritas* al escrito, y sin duda encajaba mejor en su concepto de Estado. En este sentido, sí habría en nuestro emperador un interés por buscar nuevos modelos que se adaptasen a sus ideas, a la vez que transmitían todo un concepto de τάξις.

No se puede evitar plantearse si la influencia de la línea creada por Focio no seguía haciendo mella en el Porfirogeneta, o bien que el famoso Renacimiento Macedonio aún se encontraba en una fase incipiente, de modo que el enfoque de la Historia como un devenir en el que la Providencia interviene, guiando al Imperio hacia sus objetivos aún tenía una fuerte influencia, por encima de otros conceptos que consideramos clásicos o heredados de la forma clásica de hacer Historia. Aún tendrán que pasar siglos para que aumente la presencia “clásica” en los escritos históricos, aunque siempre con un indudable sabor bizantino alejado de aquellos modelos originales.

Y una última observación con respecto a las teorías de Tanner: pone en relación el modo de narrar historias en el *DAI* con la tradición didáctica oral de las culturas orientales. Sabido es el gusto oriental por las historias moralizantes de animales, las conocidas fábulas, cuyo origen se remontaría a la cultura hindú en lengua sánscrita, y que habrían pasado a Occidente a través de sus traducciones al iraní, y de ahí al sirio o al árabe⁶²⁷. El propio Tanner reconoce que no se puede hablar de una influencia directa de estas obras en Constantino, pero recuerda que es una tradición existente en Grecia desde, al

⁶²⁷ La obra principal es el Panchatantra (o *Pañcatantra*, en su transcripción del sánscrito), del siglo II a. de C., pero que recoge una tradición más antigua, y el Hitopadesha (*Hitopadesa*), basado en el anterior, de en torno al s. XII de nuestra era.

menos, Esopo (s. VI a. de C.), tal vez inspirada por la cultura egipcia, y propone que tal vez en el *DAI* se haya optado, como medio educativo, por la introducción de historias de tradición oral, adaptadas a los cánones de la Ortodoxia y las Escrituras.

Sin llegar a tanto como para establecer una conexión directa entre ambas tradiciones, es posible que Constantino viese la utilidad didáctica de las narraciones de carácter oral, y su poderoso valor propagandístico, máxime en aquellos aspectos de la vida de Basilio que no podían justificarse de otro modo. Esto apoyaría la tesis de *Αναγνωστάκης* acerca de las preferencias del Porfirogeneta por este tipo de narraciones, pero consideramos que no tanto por carecer del refinado gusto que aporta una vasta cultura, como por una visión propia de su época, en la que estos aspectos se podían acomodar en las obras para servir a un determinado proyecto. Por otra parte, el libro de mayor credibilidad para un bizantino, la Biblia, estaba llena de prodigios, hechos extraños, castigos divinos, etc.

En última instancia, para Constantino esta parece ser una forma de entender el quehacer histórico. Si para los historiadores antiguos la *ἀκοή* era, junto a la *αὐτοψία*, una de las principales fuentes para hacer Historia, además de diversos documentos escritos, en Bizancio las cosas no cambiarán mucho, sobre todo cuando los autores son personas ligadas a la corte y narran hechos del pasado reciente, casi contemporáneo⁶²⁸. No obstante, su implicación directa en esos hechos o en sus consecuencias, a menudo exige una criba en las fuentes elegidas que conlleva una merma en la objetividad de sus textos, y aquí es donde juega un papel importante la *ἀκοή*, menos fiable como fuente que la *αὐτοψία*, pero que siempre se puede presentar como el único recurso disponible para narrar un determinado hecho.

⁶²⁸ BALDRICH LÓPEZ, M^a. S., *op. cit.*, p. 367 y ss., donde habla también del concepto de *Zeitgeschichte*, como se ha denominado este tipo de relatos históricos relativos al pasado reciente del autor.

Recordemos, empero, que no existe en los autores bizantinos la preocupación por el uso objetivo de las fuentes en tan alto grado como en el periodo clásico; ni siquiera por hacer una selección crítica de estas, pues por lo general son juez y parte de lo que relatan, y la búsqueda de la verdad histórica no suele ser ni criterio ni objetivo final para sus obras, más centradas en la proyección de un soberano (a veces él mismo o un familiar) y su contribución en el periodo del Imperio que le ha correspondido.

Ahora bien, es difícil dilucidar qué fuentes tuvo Constantino realmente a su disposición, y cuál fue la selección que de ellas hizo. Como hemos señalado algo más arriba, se jacta de haber descartado todo aquello de origen dudoso o no comprobable, pero es evidente que el peso de las fuentes orales en la obra es enorme, y resulta más que probable que estas hayan sido la base del texto para todo aquello que no fuesen decretos o leyes. Pero nada podemos decir de cómo se reelaboraron o en qué medida, ni cuáles se desaprobaron o silenciaron por poco adecuadas.

Por otra parte, a menudo se parte de la base de los archivos imperiales de que dispondría Constantino, o la biblioteca de Palacio, pero ya hemos mencionado con anterioridad cómo Ševčenko⁶²⁹ daba abundantes pruebas de las enormes carencias que habría tenido a la hora de tratar asuntos muy recientes, como datos concretos de su propio abuelo, o temas que nosotros supondríamos elementales, como información sobre el Califato de Córdoba o el avance de los eslavos en la península heládica. Asimismo, llama la atención sobre un dato importante ya señalado aquí: en los *Excerpta*, aquella especie de enciclopedia a la que recurrir para elaborar las demás obras, los autores “clásicos” extractados son los menos (Heródoto, Tucídides y Jenofonte), ante la abrumadora presencia de autores de época helenística, sobre todo, centrados en

⁶²⁹ “Re-reading Constantine”, pp. 189-194.

Roma; y en casos como *De legationibus*, son autores bizantinos los que conforman casi la mitad de las citas⁶³⁰.

Esta selección pudo deberse a una preferencia de las élites cultas de la época por los autores de la Segunda Sofística, como sugiere Ševčenko⁶³¹, por el interés centrado en una Roma de la que se sentían herederos (aún no se había llegado a la revalorización del concepto de Ἕλληνες), o por adecuación a sus objetivos, utilizando, p. ej., a Heródoto por sus datos sobre Oriente. O bien a carencias reales, pues aunque tenemos una referencia, como vimos, a un espacio dedicado a biblioteca por el Porfirogeneta, no sabemos en realidad qué volúmenes contenía.

Con estos datos cabe plantearse que las fuentes objetivas o escritas relacionadas con su abuelo debían de ser escasas o poco favorables y, por tanto, dignas, estas últimas, de ser obviadas para su proyecto. Para poder completar el relato de su vida, pues, se ha recurrido a lo que él conocía, a relatos que se contaban (ἀκοή, a fin de cuentas) o directamente a la invención, sobre esquemas más o menos convincentes. El enfoque isocrático elegido, además, no contempla fechas ni datos exactos, y le permite una mayor flexibilidad aún a la hora de organizar el material o presentarlo. Da luz verde incluso al recurso de la invención, como veremos.

Por otro lado, si la mayor parte de sus fuentes son orales por uno u otro motivo, han sido adaptadas según las exigencias del texto, en muchas ocasiones siguiendo esquemas de la tradición bíblica, o transformadas, bajo los ropajes del relato moralizante, entre otros recursos. Por ejemplo, un tema difícil de tratar como sería el de la relación entre Basilio y su hijo León, se nos cuenta como una especie de fábula en que por las malévolas insidias de un personaje de la corte, el muchacho acaba encerrado en las estancias de Palacio, ante la

⁶³⁰ *Ibidem*, p. 180. Cf. LEMERLE, P., *Βυζαντινός Ουμανισμός*, pp. 260-262, donde incluye listas de los autores extractados en las colecciones *De legationibus*, *De insidiis* y *De sententiis*.

⁶³¹ "Re-reading Constantine", p. 180. Sobre su gusto por lo romano: "We were Romans, interested in our Roman past".

aparente evidencia de haber intentado asesinar a su padre. Sólo la parlanchina cotorra, con su insistente “ἀὶ ἀὶ κῦρ Λέων” durante un banquete, consigue crear el ambiente necesario para que Basilio reaccione y lo libere⁶³².

En todo caso, para Constantino este modo de empleo de las fuentes orales a su disposición no deja de ser su forma de modelar la realidad histórica al servicio de sus objetivos. En otras palabras, no deja de ser *Historia*, como él la concibe. Cierto que la relación entre el historiador y sus fuentes define la objetividad, y que para nosotros esa relación debe ser directa y leal, pero esa no es la perspectiva de un bizantino. Al mismo tiempo que declara en el proemio de la *Vita* su intención de hacer un escrito histórico, se disculpa por haber reducido el ámbito de la obra para dedicarse a un solo emperador, al que presentará como modelo para futuros gobernantes. La visión que nos da Constantino de su proyecto, pues, es ante todo algo así como didáctica con fondo histórico, que desde nuestro punto de vista se nos antoja propagandística y encomiástica más que nada, y lejos de los supuestos que movieron a los grandes autores clásicos. Sin embargo, tal vez el Porfirogeneta considerara que ese enfoque era indispensable para mantener la τάξις que tanto le preocupaba.

No olvidemos además que aunque los historiadores bizantinos suelen recurrir al tópico de la búsqueda de objetividad, su tendencia a la Historia centrada en un soberano y su vinculación con este, les lleva en mayor o menor medida a la tendenciosidad. Y si la idea de reescribir la Historia o de presentar el reinado anterior como algo nefasto, que ha exigido el advenimiento de un nuevo monarca, son indicativos de parcialidad, en mayor medida si se ayuda de ornamentos retóricos⁶³³, la *Vita* es un buen ejemplo de ello, independientemente de las buenas intenciones de nuestro autor al presentarla

⁶³² Vide 348 y ss., especialmente 350, 21 - 351, 21. Nada se comenta del posible fondo real de esa enemistad entre padre e hijo, que de no haber existido no explica la necesidad de incluir un capítulo de este tipo. Cf. apartado III. 2 de la primera parte.

⁶³³ BALDRICH LÓPEZ, M^a. S., *op. cit.*, pp. 276-277.

así. Sin ir más lejos, se puede decir que el ψόγος dedicado a Miguel III cumplió tan bien su labor propagandística que durante muchos siglos esa ha sido la única imagen que hemos tenido de aquel emperador.

Por el contrario, nada negativo o censurable se narra de Basilio⁶³⁴, algo que cabría esperar en una obra histórica que nosotros consideraríamos seria, ya que mostraría no sólo las luces, sino las sombras que todo hombre tiene. Pero de nuevo nos encontramos con un concepto muy diferente de trabajo con el material histórico: la versión encomiástica del reinado de su abuelo elimina desde la base cualquier mota que pueda deslucir el brillante resultado final, pero probablemente para Constantino esta visión fuese más útil para el futuro del Imperio que el descarnado relato de unos hechos, que no dejarían en buen lugar a Basilio, mientras que la realidad de su gobierno, tal como él la apreciaba, era argumento más que suficiente para demostrar que el beneficio compensaba la fealdad del modo de acceso al trono.

La censura, pues, queda relegada sobre todo al anterior gobernante y su supuesta camarilla, que en un largo excurso se retrata sin escatimar detalles de vileza o crueldad. Aun así, hay un mínimo esfuerzo en disimular estos excesos, cuando nos presenta a Miguel con breves destellos de lucidez en los que se arrepiente de sus injustas condenas, producto de sus borracheras⁶³⁵, o cuando, aterrado por un atentado fallido contra Basilio en el que uno de sus hombres pierde la vida, llega a confesarse de todos sus criminales actos⁶³⁶, aunque luego

⁶³⁴ Salvo contadas excepciones de debilidad personal, como señalaremos algo más adelante.

⁶³⁵ 251, 8 y ss. Cf. apartado IV. 4 de la primera parte. *Vide* también el apartado III. 5. 6 de esta segunda parte.

⁶³⁶ 249, 10 y ss.: “Hasta tal punto alcanzó su locura que llegó a concebir un crimen encubierto e incitó a algunos de su criminal camarilla, en quienes confiaba plenamente, a que cuando salieran de caza, con la excusa de herir a una fiera, arrojaran la lanza contra él y le dieran muerte de este modo. Según dicen, lo hizo uno de ellos, que al lanzar el venablo erró el tiro y la pica, pasándole cerca, se clavó en tierra. Pero su caballo de súbito mordió el freno, y arrastrándolo consigo lo precipitó por un barranco, de manera que de aquella fatal caída le sobrevino la muerte. Por lo que arrepentido, según cuentan, ya en vano, mucho encarecía a sus cómplices que en adelante no osaran atentar contra aquel inocente, si no se atrevían a sucumbir también ellos de una muerte similar. Llamó además a un hombre

sigue contándonos otras muchas correrías que le hacen ganarse el desafecto divino y precipitan su caída.

En lo que a Basilio se refiere, sólo se nos muestra algo negativo en dos momentos de la obra, que trataremos en otros lugares de esta investigación: cuando la negligente actitud del ya mencionado navarca Adriano conlleva la caída de Sicilia en manos enemigas⁶³⁷, y cuando se deja convencer por el malvado Sandabareno y encarcela a su hijo León, como hemos señalado algo más arriba. En el primer caso, su templanza se ve mermada; en el segundo, es su equidad la que se ve cegada por la acción de la maliciosa envidia. En una tercera ocasión, a la que nos referiremos algo más abajo, se nos presenta persuadido por envidiosos generales que lo convencen de la que ellos quieren presentar como mala actuación de otro, llamado Andrés. En este caso, se busca justificar una derrota bélica a costa de este pequeño resbalón del emperador.

Para el profesor Αγαπητός⁶³⁸, es un modo de atemperar literariamente un rasgo tan conocido de Basilio como era, al parecer, su iracundia, al tiempo que se lleva al campo de los “Espejos de príncipe”, dos de cuyos tópicos son la ira y la adulación como principales enemigos del soberano, y los más difíciles de combatir. Es decir, como humano y mortal Basilio tiene debilidades, pero entran en el campo de las que requieren más virtud para ser combatidas, y además los desencadenantes son lo suficientemente graves como para sucumbir a ellas.

Pero tal vez no todo en la obra sea de nulo valor histórico, si bien se nos plantea un buen rompecabezas a la hora de elucidar la veracidad de los

consagrado y le reveló en confesión todo esto, junto con sus demás crímenes y delitos”. Es destacable el carácter oral de todo el episodio, con un repetido ὡς φασι, que nos lo presenta desde la distancia de quien recoge un testimonio existente, lo que lo exime de la responsabilidad de haberlo inventado, pero crea un ambiente de fatalismo ante la inviolable majestad de Basilio, siempre protegido por la divinidad.

⁶³⁷ 312, 3 y ss., donde Basilio se nos muestra llegando πρὸς ἀμετρίαν σχεδὸν θυμοῦ καὶ λύπης.

⁶³⁸ ΑΓΑΠΗΤΟΣ, Π. Α., *op. cit.*, pp. 316-317. Sobre el tema del dominio de las pasiones en los “Espejos de Príncipe”, cf. apartado III. 6. 2 de esta segunda parte.

distintos acontecimientos narrados o el grado de distorsión empleado en el relato de estos. Jenkins⁶³⁹ apunta un bosquejo de las partes que se pueden considerar poco fiables y viceversa. Siguiendo el principio de que debería decir la verdad en aquellos aspectos donde no tenía motivos para no hacerlo, concluye, como es obvio, que todo lo relativo a prodigios, por ejemplo, o ilustres parentescos por todas partes, y esa juventud en la que se abre paso con sus virtudes como único medio junto a la providencia divina, cumplen servilmente con su cometido propagandístico y encomiástico. Frente a ello, el relato de las gestas bélicas deja traslucir un mayor esfuerzo por la objetividad, siempre que no sea necesario recurrir a nuevas tretas literarias para elevar a Basilio o justificar un determinado aspecto, algo que incluye el suplir de algún modo las lagunas que sin duda se encontró para narrar algunos acontecimientos.

Igualmente, el recuento de las obras emprendidas por el emperador constituyen el único documento que tenemos para ciertas construcciones, de nuevo cuando el texto no es susceptible de necesitar retoques. Añadamos que los silencios de Constantino también tienen mucho que aportar, ejemplo de lo cual puede ser el acercamiento que hace al personaje de Focio⁶⁴⁰. Aunque es una línea de investigación que excede los márgenes de este trabajo, en el análisis que realizaremos de la *Vita* aparecerán algunos de estos aspectos que resulten pertinentes para el tema central del estudio.

Otro aspecto destacable en el tratamiento histórico es el empleo de la llamada historiografía trágica, es decir, la inclusión de elementos que hagan más atractiva la obra, como puedan ser los novelescos, asombrosos, descriptivos de personas o pueblos, etc., y aquellos que puedan causar honda impresión⁶⁴¹. La dosificación de estos dará un aspecto más o menos retórico o

⁶³⁹ JENKINS, R. J. H., "Classical Background", p. 26 y ss.

⁶⁴⁰ Al respecto, *vide* apartado IV. 2 de la primera parte.

⁶⁴¹ BALDRICH LÓPEZ, M^a. S., *op. cit.*, pp. 282-284.

sensacionalista al texto, siendo un recurso empleado desde la Antigüedad, con especial interés en época helenística⁶⁴². En este sentido, la *Vita* sería un buen ejemplo frente a un modo exclusivamente “pragmático” de hacer Historia, pues la tónica general de la obra, en especial en la primera parte, es la de lo prodigioso y profético, mientras que los adornos novelescos y las digresiones llenan los distintos capítulos. Con esto volvemos de nuevo a la continua cuestión de qué primó más en el autor, la cantidad y calidad de las fuentes disponibles o un excesivo gusto personal por este tipo de narraciones.

Muchos ejemplos, pues, se podrían citar: la angustia de la madre de Miguel III al descubrir en Basilio las señales del aniquilador de su estirpe⁶⁴³; el general Andrés derramando copiosas lágrimas por las afrentas del emir de Tarso a la Virgen en una carta⁶⁴⁴; la confusión de los soldados romanos, sorprendidos en Tarso por la confianza soberbia e insensata del general Estipiota⁶⁴⁵; el sacrificio, ya mencionado aquí, del mensajero romano enviado por Soldano para que mintiera a los sitiados, que prefiere decirles que sean

⁶⁴² De hecho, LÓPEZ EIRE, A., *op. cit.*, p. 11, señala el influjo que pudo tener la formación retórica de la época sobre esta visión de la Historia, y menciona los *progymnasmata* de Teón (s. I), que incluyen la práctica de estas descripciones dramáticas sobre asaltos a ciudades y demás como un ejercicio fundamental. Junto a un ejemplo especialmente trágico se plantea el autor que el contagio entre estos modelos de aprendizaje retórico y la Historiografía era inevitable. Sobre la importancia capital de estos *progymnasmata* tendremos oportunidad de hablar más adelante, en el apartado II. 3 de esta segunda parte.

⁶⁴³ 233, 1 y ss. Sobre este pasaje, cf. apartado IV. 4 de la primera parte.

⁶⁴⁴ 284, 18 y ss. He aquí un fragmento: “Tras recibir la injuriosa carta, entre abundantes lágrimas se confió al icono de la madre de Dios con el hijo abrazado a ella, diciendo: ‘Contempla, madre del Verbo divino, y Tú, anterior a los tiempos por parte de tu padre y sometido a la edad terrena por tu madre, cuántas injurias ha proferido y cuánto ha bramado contra tu pueblo elegido este bárbaro e insolente nuevo Senaquerib. Préstanos tu ayuda y defiende a tus siervos, y que conozcan todas las naciones la fuerza de tu poder’ ”.

⁶⁴⁵ 286, 7 y ss. Fragmento ilustrativo: “Así pues, temor y turbación cayeron sobre el ejército romano; hombres y caballos confundidos por igual tropezaban entre sí y los bárbaros vencieron causando una inmensa matanza, la mayoría de ellos pateados y asfixiados entre sí sin gloria alguna.”

fuertes y esperen la ayuda prometida por Basilio, aunque ello le cuesta la vida⁶⁴⁶, etc.

Un último concepto relacionado con el tratamiento histórico sería el de la ἀκρίβεια o exactitud en los hechos narrados, que Tucídides enlaza y equipara con la verdad, siendo casi una idea obsesiva en su obra, mientras que otros autores ven más conectada con la σαφήνεια o claridad expositiva⁶⁴⁷. Este concepto de la σαφήνεια, más ligado a la retórica, tiene en la *Vita* su expresión a través de los principios isocráticos y del género del encomio real, al que dedicaremos un apartado. Con respecto a la ἀκρίβεια, ya hemos comentado cómo el grueso de la obra parecen constituirlo testimonios orales cuyo fundamento no se explica ni investiga, algo que sin duda sobrecogería a Tucídides. Tampoco hay fechas u otras coordenadas que aporten más fundamento a la obra, como número exacto de efectivos, cifras completas de presupuestos, etc., salvo algunas referencias aproximadas sobre los soldados participantes en una batalla, o las supuestas riquezas dilapidadas por Miguel, por poner un ejemplo.

La excepción la constituyen dos hechos claramente fechados en el texto: la muerte del César Bardas y la coronación de Basilio por parte de Miguel, el veintiuno de abril de 865 y el veintiséis de mayo de 866 respectivamente⁶⁴⁸. No se nos dice, sin embargo cuándo murió Miguel, o qué día subió Basilio al trono,

⁶⁴⁶ 296, 10 y ss. Fragmento: “Cerca ya de la muralla, pidió que se presentaran los principales de la ciudad para oírlo y dijo: ‘Aunque es evidente que voy a morir y mi asesinato está en sus manos, sin embargo no os voy a ocultar la verdad. Pero os ruego y conjuro a que me demostréis vuestro agradecimiento en la persona de mis hijos y esposa. Pues yo, señores míos, a pesar de estar ahora en manos del enemigo, con todo, cumplí mi encargo y presenté vuestra embajada ante el emperador de los romanos, y podéis esperar en breve su ayuda. Por ello, resistid con bravura y no os acobardéis: pues ya viene el que os ha de rescatar, si bien a mí ya no’. Los servidores de Soldano, al oír aquellas palabras, arrebatados por una violenta furia ante el engaño, lo despedazan al momento con sus espadas. Y Soldano, temiendo las esperadas fuerzas del emperador, levantó el cerco y regresó a su tierra.”

⁶⁴⁷ BALDRICH LÓPEZ, M^a. S., *op. cit.*, pp. 285 y ss.

⁶⁴⁸ 238, 7-9: πρώτην εἶχε μετ’ εἰκάδα ὁ μὴν ὁ Ἀπρίλλιος, τῆς τεσσαρεσκαίδεκάτης ἐπινεμήσεως; 240, 3-4: ἕκτην πρὸς ταῖς εἴκοσιν εἶχεν ὁ Μαῖος μὴν, τῆς τεσσαρεσκαίδεκάτης κατὰ Ῥωμαίους ἐπινεμήσεως.

cuándo coronó a sus hijos ni otros datos de interés, que encuadrarían mejor al personaje en su momento histórico, como su fallecimiento: sólo cuenta que gobernó con Miguel durante un año y fue emperador otros diecinueve⁶⁴⁹. Por el contrario, se nos dan datos de menor interés histórico, como en la profusa descripción de la llegada de Danelis a Constantinopla y su séquito⁶⁵⁰.

Pero estamos en Bizancio, lejos de los ideales de Tucídides: lo realmente valioso para Constantino es crear el arquetipo de soberano que será modelo para sus descendientes; la exactitud de datos, el estricto orden de aparición de los hechos o la búsqueda de la veracidad a cualquier precio, están fuera de este esquema, donde es preferible llevar la atención y la opinión del lector hacia la virtud de Basilio y la predilección de la divinidad por él, que se traducirán en el renovado esplendor del Imperio. Para este fin los recursos son lingüísticos, y la frialdad de los datos no encuentra un espacio cómodo en la obra. Por no decir que muchos de esos datos probablemente fuesen inexistentes para el autor, y su labor no haya sido tanto el encubrimiento como el disfraz retórico de sus lagunas. En esto colabora también la presentación “retórica” de la vida de Basilio, que renuncia al orden cronológico en aras de una exposición ordenada según otros parámetros, que veremos en otro apartado (orígenes, educación, virtudes, etc.).

⁶⁴⁹ 352, 8-10: συμβασιλεύσας μὲν τῷ πρὸ αὐτοῦ Μιχαὴλ χρόνον ἕνα, ἐν ἑτέροις δὲ χρόνοις ἑννεακαίδεκα περὶ τὴν αὐτοκράτορα τῆς βασιλείας διαπρέψας ἀρχὴν.

⁶⁵⁰ 317, 10 y ss. Entresacamos algunos ejemplos: “Escogió de entre sus criados a trescientos jóvenes de vigorosos cuerpos, y les ordenó que la llevaran en vilo. De este modo, con diez sirvientes portando el lecho y sustituyéndose entre sí con relevos, recorrió el camino desde el Peloponeso hasta esta ciudad reina de las ciudades”, “Había quinientos criados, de los cuales cien eran eunucos de hermosísimo aspecto (...). Había además cien bordadoras, cien labores recamadas de Sidón (...), unas doscientas bandas para el pelo de hilo fino y otras labores que superaban en sutilidad y delicadeza a la tela de araña, cada una de ellas dispuestas en un bastidor de caña, también en número de cien”.

I. 3. 3. La etiología de la Historia.

Retomando el cabo perdido de nuestro repaso por los principios historiográficos, el siguiente correspondería a la etiología de la Historia⁶⁵¹. Ya en la Antigüedad los distintos autores se plantearon los orígenes de los sucesos históricos, e indagaron en las causas últimas que llevaron a tal o cual desenlace. En general, suelen atribuirse a motivaciones humanas: pasiones personales (venganza, ambición, lujuria, etc.), o proyectos colectivos (imperialismo, p. ej.). Por su parte, el comportamiento del soberano centra el enfoque a partir de Jenofonte. En el periodo helenístico cobra fuerza el papel del azar (τύχη), que poco a poco se va confundiendo con algo divino y actuando de modo paralelo a la divinidad, sin que en ocasiones se pueda distinguir por completo. La historiografía cristiana, finalmente, introduce sin pudor a la divina Providencia como fuerza activa en la Historia.

Eusebio de Cesarea (finales del s. III) encarna al historiador cristiano por excelencia, en cuya obra se nos muestra la participación de la Προνοία, que cuenta con un plan para el desarrollo de la Historia, y lo aplica teniendo en cuenta otros factores que intervienen, como los hechos accidentales (que serían una especie de τύχη) o el libre albedrío humano, que se respeta, por ejemplo, cuando los hombres se dejan llevar por las fuerzas del mal (δαίμονες), que también actuarían, por tanto, en el devenir histórico. Esta línea de intervención divina se seguirá en mayor o menor medida entre los historiadores bizantinos, e incluso influye en el surgimiento de las crónicas, diseñadas desde el punto de vista de la Creación y la Historia como cuenta atrás desde la Encarnación del Verbo hasta el Juicio Final.

La *Vita* es probablemente un caso especial dentro de las obras historiográficas bizantinas, por cuanto la principal causa y motor de los hechos en ella es la Providencia en un grado muy superior al de los demás. Si la divinidad suele aparecer e intervenir en ellas, no llega a centrar y dirigir el

⁶⁵¹ BALDRICH LÓPEZ, M^a. S., *op. cit.*, pp. 299 y ss.

desarrollo de los hechos en tan gran medida como en la historia de Basilio, donde, como habremos de ver en detalle, desde un principio parece haber previsto la degradación moral de Miguel y la necesidad de un cambio en el Imperio, por lo que moverá los hilos muchos años antes para unir a dos personas virtuosas que engendren al nuevo salvador de Bizancio.

En efecto, ya en el relato de la historia de sus antepasados aparece la voluntad divina, que los guía en esa especie de Éxodo al que fueran sometidos por los búlgaros⁶⁵². En su infancia, las alusiones a la participación de Dios en los prodigios que le rodean son directas⁶⁵³, y en su camino de ascenso al trono no faltan las referencias al modo en que la Providencia iba sorteando los posibles obstáculos que podían surgir⁶⁵⁴. Finalmente, durante todo su reinado Dios le prestará su ayuda tanto en el terreno bélico como en el quehacer diario del gobierno, inspirándole incluso en sueños muchas y juiciosas medidas⁶⁵⁵.

No obstante, a veces aparecen otras motivaciones más humanas que desencadenan hechos importantes en la *Vita*, siendo la principal la envidia, a la que nos hemos referido ya en alguna ocasión. Ella hace que el César Bardas calumnie al guardia de cámara Damián, pero sólo logra que el puesto sea otorgado a Basilio⁶⁵⁶; provoca también sediciones contra el macedonio, como la

⁶⁵² 217, 9-11, como ya veíamos en el apartado IV. 4 de la primera parte: ἄρτι δὲ ἐπισκεπτομένου θεοῦ τὸν λαὸν αὐτοῦ καὶ τὴν ἔξοδον αὐτοῖς πρυτανεύοντος; 217, 21-22: ἐξῆλθεν εὐμενείᾳ θεοῦ πρὸς τὰ οἰκεία ἅπας ὁ ἀπαχθεις ὡς αἰχμάλωτος λαὸς τῶν Χριστιανῶν.

⁶⁵³ Ej.: 219, 3-5: ἐναργέστερον δὲ ἄρα τῆς προνοίας δηλῶσαι θελησάσης ὅτι οὐ κατὰ τινα τύχης αὐτοματισμὸν ἀλλὰ θεία προγνώσει τὸ τελούμενον δείκνυται, ἐκ τρίτου συνέβη τὰ ὅμοια.

⁶⁵⁴ Ej.: 234, 5-6: καὶ τότε μὲν οὕτως τὸ τοιοῦτον κῦμα ὑπὸ θεοῦ φρουρούμενος παρέδραμεν ὁ Βασίλειος; 238, 11-12: τῆς δὲ προνοίας ἀγούσης τὸν Βασίλειον εὐμηχάνως πρὸς ὅπερ ἐβούλετο; 239, 17: ἅμα καὶ τῆς θείας ἐναγούσης εἰς τοῦτο προνοίας αὐτόν.

⁶⁵⁵ Ej.: 257, 14-15: ἐπεὶ περ ἐπὶ τῶν τῆς ἀρχῆς οἰάκων ὑπὸ τῆς προνοίας προβιβασθεὶς ἐκάθισεν ὁ Βασίλειος; 316, 1-3: οὕτω δὲ τὸν βίον αὐτοῦ ῥυθμίζων καὶ τῆς θείας προνοίας τὴν οἰκείαν ἐξαργτῶν πολλὰ τῶν δεόντων κατὰ τοὺς ὕπνους ἐναργῶς ἐδιδάσκετο.

⁶⁵⁶ 234, 7 y ss. Es reseñable la expresión τῷ φθόνῳ δακνόμενος, pero también esta aclaración, donde una vez más la Providencia actúa entre bastidores: ἀλλ' ὅταν ἡ πρόνοια

del *logothetes* Simbacio y Pérganes, aún siendo coemperador⁶⁵⁷, o la de (al parecer, otro) Simbacio y Jorge, estando ya en el trono⁶⁵⁸, o la de Curcuas⁶⁵⁹, que son pronto derrotadas o felizmente descubiertas a tiempo, siempre con la ayuda divina; y por supuesto, es la causante de la falsa acusación sobre León, que lleva al soberano a recluirlo⁶⁶⁰.

La envidia, con todo, perjudica a otros personajes virtuosos de la obra y condiciona en ocasiones el éxito o la derrota del ejército romano. Es el caso del general Andrés⁶⁶¹, quien, tras una victoriosa campaña en Tarso que él, lejos de toda jactancia, atribuía sólo a Dios, se encuentra a su regreso con que otros generales han convencido a Basilio de que en realidad es un enorme fiasco, pues no se ha llegado a tomar la ciudad, supuestamente, por la negligencia de su actuación. Convencen, pues, al emperador para que envíe al llamado Estipiota de nuevo contra Tarso, con un nefasto resultado para las tropas debido a su inoperancia y falta de prevención.

De este modo se introduce el factor de la envidia como causa última del fracaso romano en Tarso, aunque para ello se deba presentar una pequeña debilidad en Basilio, que se deja convencer por las calumniosas voces⁶⁶². A

πρὸς ὃ βούλεται συνελάνη τὰ πράγματα, καὶ φρόνησις ἀπρακτεῖ καὶ πανουργία τοῖς οἰκείοις σοφίσμασι περιδράσεται.

⁶⁵⁷ 238, 11 y ss., donde Simbacio se nos muestra τῇ βασκανίᾳ διαρρηγνύμενος, en un pasaje enlazado con la idea de que la Providencia conducía a Basilio hacia aquello que se proponía. Sobre el cargo de *logothetes* vide nota 1243.

⁶⁵⁸ 263, 3 y ss.: τοῖς ἀγαθοῖς ἀεὶ παραφύεται φθόνος ὡς τοῖς γλυκέσι μάλιστα τῶν ξύλων οἱ σκώληκες.

⁶⁵⁹ 277, 5 y ss.: ἀλλὰ καίπερ οὕτω πατρικῶς τε καὶ κηδεμονικῶς πρὸς τοὺς ὑπὸ χεῖρα διατιθέμενος, εἶχεν ὅμως τοὺς μισοῦντας, μᾶλλον δὲ φθονοῦντας καὶ ἐπιβουλεύοντας αὐτοῦ τῇ ζωῇ.

⁶⁶⁰ 348, 10-12: ἀλλὰ καὶ πάλιν ὁ φθόνος ἑτέραν ἤγειρε περὶ τὰ βασιλεία ζάλην καὶ θύελλαν, καθ' ἑαυτῆς τὴν φύσιν συνταράσσων τε καὶ κυκῶν.

⁶⁶¹ Episodio narrado en 284, 6 y ss. Sobre la envidia de los otros, se dice: δῆλα δὲ τὰ καταπραχθέντα τῷ αὐτοκράτορι ποιησάμενος ἐκωλύθη διὰ τὸν τῶν ὁμοτίμων φθόνον ἄξια τῶν ἔργων τὰ βραβεῖα λαβεῖν. Cf. un análisis del episodio en el apartado III. 5. 7 de esta segunda parte.

⁶⁶² 286, 16-17: ἀπατῶνται γὰρ πολλάκις καὶ φρόνιμοι λεγομένων αὐτοῖς τῶν καθ' ἡδονήν.

cambio, se le libera de toda culpa en aquella derrota significativa para el Imperio:

Tal fin otorgó como premio a una insensata dirección militar la envidia (ὁ φθόνος) contra los romanos; tal fue el trofeo que erigió la celosa (ἡ βάσκανος) Némesis contra los antes afortunados romanos. (288, 6-9)

Este recurso a la envidia como desencadenante de diversos acontecimientos en el campo de batalla aparece de nuevo en la campaña de Italia. Mientras que el general Nasar obtiene brillantes trofeos con el ejército naval, el de tierra sufrirá una derrota por las rencillas entre el general Procopio y León Apostipes. Se presenta así una oposición entre un sector del ejército (la armada), con un solo mando y libre de recelos, y las fuerzas de tierra, con dos generales entre los que la envidia siembra su semilla:

Y mostrándose así de superior a todo engaño, malquerencia y envidia (δόλου καὶ φθόνου), regresó la armada ante el emperador portando incontables despojos y coronas de victoria, con lo que colmó de gozo a toda la ciudadanía y ofreció al emperador numerosos motivos de reconocimiento a Dios y acción de gracias. (305, 13-17)

A continuación, como contraste, se narra el conflicto entre los otros generales:

Sin embargo, las fuerzas de infantería no escaparon del todo a la envidia (τὸν φθόνον), y aunque ciertamente realizaron acciones valerosas y brillantes, por culpa de la discordia y rivalidad surgidas durante esta batalla, perdieron al general de mayor grado. (305, 18-21)

La batalla terminó con Procopio muerto debido a que su flanco quedó desguarnecido por las muchas bajas, mientras que Apostipes, en la situación contraria frente al enemigo, no quiso mandar refuerzos por unas diferencias entre ellos, con lo que las tropas de Procopio se dieron a la fuga. Para encubrir aquel turbio suceso, Apostipes tomó al resto de la otra escuadra y junto a sus propios soldados tomó la fortaleza de Tarento, pero Basilio no lo recompensó como esperaba, pues supo la verdad de lo ocurrido. Así se explica una

actuación poco brillante en una batalla y la posterior toma de Tarento, que se habría producido con ese episodio como acicate.

Pero en ocasiones son los demonios los que provocan esa envidia o malquerencia entre los personajes, y los arrastran a la perdición. A su modo, se convierten también en fuerzas que mueven los acontecimientos, algo que nos recuerda a Eusebio de Cesarea. Es el caso de los ya mencionados Simbacio y Jorge, que llegan a planear una conjura contra Basilio movidos por estos seres del mal, que no pueden llevar a cabo su plan por intervención divina⁶⁶³.

Pero donde su papel se torna fundamental es en la historia que lleva a León a ser confinado a unas estancias de palacio. Es la envidia la que hace que se revuelva “la naturaleza contra sí misma”, pero el origen último de dicha envidia está en los demonios, celosos del género humano, y cuánto más de las personas predilectas de la divinidad⁶⁶⁴.

Pero el envidioso (βάσκανον) género de los demonios no pudo sobrellevar de buen grado el presenciar la mansedumbre, placidez y piedad junto con la armonía, al parecer, del que había de suceder este cetro imperial, ni la prosperidad del súbdito a la que en consecuencia tendería durante su mandato, ni la mejoría hacia cuanto es digno de alabanza. Por ello se disponen a luchar contra él. (348, 10 y ss.)

Más adelante, cuando ya León ha sido injustamente castigado, se insiste en esta idea, para justificar la actitud del emperador: se nos dice que había transcurrido tiempo y “la naturaleza seguía sin reconocerse a sí misma, exasperada por espíritus malignos⁶⁶⁵”. El eterno desagrado, pues, que produce en el mal el triunfo del bien, se utiliza aquí como argumento para abordar una

⁶⁶³ 263, 3 y ss. Destaca la expresión τῆ κοσμικῆ εὐετηρία καὶ εὐθηνία βασκαίνοντα τὰ φαῦλα δαιμόνια διὰ πονηρῶν ἀνθρώπων πειρᾶται τὴν τῶν ἀγαθῶν συνταράξει φορᾶν. Cf. comentario al episodio en el apartado III. 5. 7 de esta segunda parte.

⁶⁶⁴ Sobre esta conexión entre φθόνος y el Maligno en la *Vita*, cf. el ya citado trabajo de HINTERBERGER, M. El estudio relaciona el uso de este término y otros similares (βασκανία, νέμεσις) con algunos autores de la Antigüedad tardía, pero también analiza dicho empleo con otros ejemplos bizantinos tanto de historiografía secular como de hagiografía o similares, concluyendo que los ejemplos de la *Vita* no son aislados, y que en Bizancio el uso de φθόνος no se limita a una mera mimesis, sino que adquiere un significado propio.

⁶⁶⁵ 350, 15-17: χρόνου δὲ παραδραμόντος συχνού, καὶ τῆς φύσεως οὐ γνωριζούσης ἑαυτὴν ἀλλ’ ὑπὸ τῶν πονηρῶν πνευμάτων τραχυνομένης.

parte de la vida de Basilio no tan positiva, y que debía de ser lo bastante conocida como para obviarla sin más. El asunto permitía además introducir otra historieta moralizante y didáctica de esas que adornan la obra entera.

Los demonios o espíritus malos intervienen así en la Historia⁶⁶⁶ y determinan el curso de los acontecimientos. Recordemos además, que, como habremos de ver con mayor detalle, todo el período “oscuro” de la vida de Basilio entre su infancia / primera juventud y el logro del poder absoluto, está construido siguiendo muy de cerca el modelo bíblico de la historia del rey David, según el cual Dios ha elegido en la persona del humilde Basilio a quien habrá de sustituir al hasta ahora legítimo soberano, que se ha apartado de la misión que le había sido encomendada. Igual que el bíblico rey Saúl, dominado por un espíritu malo que el propio Yahvé le había mandado, Miguel se nos muestra abandonado por Dios, en una espiral de depravación y sacrilegio en aumento⁶⁶⁷. Aunque no se le retrata hostigado por un demonio como al rey hebreo, sí lo vemos poseído por el poder de la bebida y el desenfreno, un equivalente que aparece retóricamente personificado en Dioniso, cita esta un tanto negativa del mundo clásico.

I. 3. 4. La finalidad de la Historia.

Una vez coronado emperador tras la muerte del amorio, la divinidad seguirá guiando sus pasos en todo momento. Esta participación de la voluntad del cielo en el reinado de Basilio nos introduce en el último principio historiográfico que analizaremos: la finalidad (σκοπός) de la Historia⁶⁶⁸, pues como veremos, está íntimamente relacionada con ella.

⁶⁶⁶ Recordemos que aparecían además como personajes en el ya mencionado episodio del navarca Adriano, donde revelan la caída de Siracusa. Cf. apartado IV. 3 de la primera parte.

⁶⁶⁷ Cf. 247, 10-11: κακὸν τέκνον, ὁ θεὸς τὴν χεῖρα αὐτοῦ ἀφείλετο ἀπὸ σοῦ; y 1 S 14: καὶ πνεῦμα Κυρίου ἀπέστη ἀπὸ Σαούλ, καὶ ἔπνιγεν αὐτὸν πνεῦμα πονηρὸν παρὰ Κυρίου.

⁶⁶⁸ BALDRICH LÓPEZ, M^a. S., *op. cit.*, pp. 327 y ss.

Desde la Antigüedad los historiadores han coincidido en un doble objetivo con sus obras: combinar utilidad y disfrute, καὶ τὸ χρήσιμον καὶ τὸ τεργπνόν como recogía Polibio al presentar sus *Historias*⁶⁶⁹. Es este un tema del que se han ocupado diversos autores, como Luciano de Samosata, que le dedica un amplio fragmento de su ya mencionada obra *Cómo se debe escribir Historia*⁶⁷⁰. Considera que no se trata de una dualidad real ni necesaria, puesto que el fin de la Historia es τὸ χρήσιμον, su servicio a los hombres, y ello sólo nace de la verdad. Si a esto se le puede añadir belleza o disfrute (τὸ τεργπνόν), tanto mejor, pero se trata de un mero complemento del todo prescindible frente al objetivo primordial de la verdad. La Historia debe ser perfecta en esa su finalidad, aunque descuide algo el aspecto de lo bello o lo entretenido.

Introducir el encomio o el elogio exagerado en el relato histórico confundiéndolo con τὸ τεργπνόν es un grave error, que aparta al historiador de la senda correcta. Igual sucede con los elementos fantasiosos, que con la excusa de lo *dulce* suelen adornar muchos pasajes de supuestos textos históricos, en perjuicio de lo *utile*. Ambos elementos desagradan a los únicos lectores que deben importar a quien desea escribir Historia: las personas con formación e imparcialidad que leerán la obra en el futuro, y no la masa actual de aduladores que alaban hoy una obra plagada de halagos y prodigios. Quienes escriben así resultan en su momento groseros cobistas, pero en el futuro levantarán claras sospechas sobre su credibilidad.

Concluye Luciano que sólo es aceptable la combinación de utilidad y disfrute cuando éste último parta de la verdad y se exprese de una manera

⁶⁶⁹ I, 4, 11, al hablar de la utilidad de la Historia global: “Sólo por la combinación y comparación de todos los hechos entre sí y, además, por sus semejanzas y diferencias se llegará a aquel conocimiento y se podrá obtener de la historia, después de profunda observación, utilidad y deleite a la vez (καὶ δυνηθείη, κατοπτεύσας, ἅμα καὶ τὸ χρήσιμον καὶ τὸ τεργπνόν ἐκ τῆς ἱστορίας λαβεῖν)”. Traducción de RODRÍGUEZ ALONSO, C., en *Polibio. Selección de Historias*. Madrid 1986, p. 34.

⁶⁷⁰ Caps. 9-14.

apropiada al género, algo que se hallaba en las antípodas de la realidad de los escritos históricos de su época.

Por su parte, Tucídides centra la finalidad en la búsqueda de la verdad y su transmisión a los hombres venideros. La Historia tiene así una función pedagógica, sobre todo para analizar y planificar la política de un Estado, por lo que será de enorme relevancia para los gobernantes. Los cambios políticos surgidos tras el final del periodo clásico pronto harán que esos gobernantes centren el contenido de la obra histórica, bien como protagonistas de los hechos, bien como modelos de imitación. La mayor o menor presencia de un aspecto u otro determinará, en última instancia, la adscripción de la obra resultante al género histórico o al encomio propiamente dicho, que en algunos casos deviene en mera propaganda. Pero en Bizancio, una vez más, los límites y fronteras se borran, y ambos elementos suelen aparecer entrelazados, causando más de un quebradero de cabeza a los estudiosos.

En cuanto a lo placentero, en general los autores intentaron adornar sus obras de un modo u otro, con digresiones o historias adyacentes al relato principal, hasta llegar a la llamada historiografía trágica, de la que hemos hablado con anterioridad, con sus adornos retóricos o la inclusión de episodios que puedan conmover de algún modo al lector, el objetivo final de los escritos históricos.

En el mundo clásico el público pertenecía a clases selectas, con la necesaria formación tanto para extraer provecho de ellas como para apreciar la calidad literaria y artística con la que estaban escritas. En Bizancio, sin embargo, nos encontramos con un público diversificado, ya que es una sociedad con una enorme masa de iletrados, un más o menos amplio grupo social superior que ha recibido formación, hasta un nivel que podríamos calificar como de “educación secundaria”, y una pequeña élite de personas con una formación completa, dentro de los parámetros de su época, entre los que

estarían altos funcionarios del Estado o miembros de la jerarquía eclesiástica, entre otros⁶⁷¹.

En general se suele considerar que la cronografía sería preferida por aquellos ciudadanos con una formación elemental, con sus prodigios, historias y relatos fabulosos; mientras que la historiografía de corte antiguo sería objeto de estudio (y producción) de las minorías más cultas del mundo bizantino, si bien no suele estar libre de este tipo de elementos, que indican un gusto generalizado por esta tendencia. Entre estas minorías cultas está muy clara la función de la Historia como maestra para gobernantes, pero también como pieza clave contra el olvido de los hechos o personas que se consideran fundamentales para el Imperio y la posteridad.

Este tópico, utilizado desde Herodoto⁶⁷², seguirá presente en Bizancio, y en concreto en la *Vita*, que ya en el proemio, al igual que hacía el maestro de Halicarnaso en sus *Historias*, lo recoge al afirmar que su intención es “que la posteridad no ignore, a causa del largo tiempo transcurrido, la fuente primera y raíz de la estirpe real⁶⁷³”. Al final de la obra, y como conclusión, volverá a esta idea parafraseando de manera casi literal las palabras de Herodoto, al afirmar que ha contado todo lo relativo a su abuelo, “cuanto no se vio arrastrado por las corrientes del olvido ni desapareció por el transcurso del tiempo⁶⁷⁴”.

Esta doble mención a la cuestión del olvido nos indica que es uno de los principales objetivos de su trabajo, junto a otro no menos significativo para él: la elaboración de un modelo absoluto de soberanía, que será referente ante

⁶⁷¹ Sobre esto trataremos en el apartado II. 1. 2 de esta segunda parte. Cf. BALDRICH LÓPEZ, M^a. S., *op. cit.*, pp. 343.

⁶⁷² *Historias*, Proemio, 1: ὡς μήτε τὰ γενόμενα ἐξ ἀνθρώπων τῷ χρόνῳ ἐξίτηλα γένηται, μήτε ἔργα μεγάλα τε καὶ θωμαστά, τὰ μὲν Ἕλλησι τὰ δὲ βαρβάροισι ἀποδεχθέντα, ἀκλεᾶ γένηται.

⁶⁷³ 212, 9-11: ὡς ἂν καὶ τοῖς μετέπειτα μὴ ἀγνοῆται βασιλείου στελέχους ἐπὶ πολὺ τοῦ χρόνου παρεκταθέντος ἢ πρώτη πηγή καὶ ῥίζα.

⁶⁷⁴ 352, 20-22. Cf. con la anterior cita de Herodoto, en la que hemos resaltado lo que ha podido tomar Constantino como inspiración: ὅσα μὴ τῆς λήθης παρεσύρη ῥέυμασι καὶ τῷ διὰ μέσου χρόνῳ ἐξίτηλα γέγονε.

todo para sus herederos. Así, el párrafo antes citado del proemio donde habla de su deseo de vencer al olvido, continúa de la siguiente forma:

[Con ello pretendo] (...) que sus descendientes tengan erigido en su propia familia la estatua y canon de virtud, y el modelo de imitación. (212, 11-13)

Las alusiones a ese canon o *estatua* nos llevan directamente al *Evágoras* y otros textos de Isócrates, y a ello nos referiremos más adelante⁶⁷⁵. En este momento nos interesa resaltar esa doble vertiente en la finalidad declarada de la *Vita*: de un lado, la permanencia de los logros de Basilio en la memoria de los hombres futuros; de otro, un aspecto claramente *χρήσιμον*, como es la imagen que deben continuar los futuros gobernantes (descendientes de Basilio, como es natural) si desean mantener la estabilidad, fulgor y prevalencia del Imperio, junto con el favor divino.

Es decir, se declara sin ambages el enfoque histórico-encomiástico de la obra, contradictorio binomio que para un bizantino no lo era tanto. Es obvia la dimensión propagandística de una *Historia* planteada en estos términos, pero esa es otra finalidad del proyecto de Constantino, aunque para nosotros la mera idea invalide su valor como trabajo serio. En cambio, en el contexto del Porfirogeneta, un tratamiento de este tipo se justifica por necesidades mayores y vitales para el Imperio, toda vez que, a su juicio, la cruda realidad tal y como la presentaría Tucídides, acarrearía más problemas que ventajas a un Estado que (siempre desde la perspectiva de los macedonios) ha vuelto a un momento de gloria no visto desde hacía siglos.

El que se considera orden perfecto e indispensable para el mantenimiento del Imperio se ha recuperado con Basilio, luego se impone presentar su benéfica intervención del mejor modo posible y cimentar su propia legitimidad y la de sus descendientes. Para ello, apoyado por una ideología imperial que contaba con la idea del favor divino sobre el Imperio,

⁶⁷⁵ Vide apartado II. 5. 12 de esta segunda parte.

como veremos, se recurre a la historia del rey David y la caída de Saúl. Y aunque declara su intención de mantenerse fiel a la verdad, en ocasiones habrá de retocarla por esas que él considera “razones de Estado”.

Este será, pues, el núcleo de la obra, la presentación de Basilio como ese *homo novus* que rescata al Imperio de su decadencia para lanzarlo de nuevo a una hegemonía moral y política, siempre con el soplo benéfico de la divinidad, que se complace en ese Imperio y su soberano. Para dar mayor color y amenidad a la obra (o por qué no, para cubrir lagunas, como vimos), ya en la parte de τὸ τεῤῥηνόν, el texto aparece plagado de historias paralelas, prodigios, profecías, descripciones, etc.

En definitiva, el conjunto de la *Vita* y el *Continuador* suponen reescribir la Historia del Imperio de la manera en que se considera más útil y conveniente para él mismo, tal vez en la idea de que transmitir ese convencimiento a todo el sistema redundaría en su mantenimiento. No podemos considerarlo desde la fría perspectiva de nuestra situación actual, nada libre, por lo demás, de la manipulación de textos y noticias, casi siempre con fines propagandísticos, aunque solemos encubrirlo de supuesta imparcialidad científica; en Bizancio funcionarían mecanismos similares, pero quizá en situaciones como esta existiera un convencimiento íntimo por parte del Porfirogeneta de la legitimidad, refrendada por el cielo, de su estirpe en el trono, aun consciente de sus zonas oscuras, que había que maquillar por el bien de todos. Si los detalles conocidos de la vida de Basilio no se podían sacar a la luz, y lo que era digno de mención no daba para mucho, la mejor elección era este híbrido con mucho de encomiástico y un fondo histórico.

**II. ANÁLISIS DE LA *VITA* DESDE LA PERSPECTIVA DEL
ENCOMIO ISOCRÁTICO.**

En el apartado anterior hemos visto cómo si hay algo que califica a esta obra es el término encomio, entendido como un género claramente delimitado a finales de la Antigüedad y muy querido por los bizantinos, cuyo sistema educativo reposaba sobre las bases de la retórica. Intentaremos ahora hacer un breve recorrido por el concepto y origen del arte de la persuasión, como introducción al análisis comparativo entre la *Vita* y el *Evágoras* isocrático, que se centrará en los contenidos (paralelismos de temas e ideas) más que en la forma (estructura del encomio), por cuanto a nuestro juicio se trata, este último, de un tema ya abordado con anterioridad, si bien haremos un rápido contraste entre la *Vita* y el esquema del βασιλικὸς λόγος presente en la obra de Menandro. Consideramos, además, bastante probable que dicha influencia no fuera directa, es decir, que el autor no partiera directamente del texto isocrático, como ha sugerido algún estudioso, sino que recogería una tradición cultural manejada por las élites cultas bizantinas de modo habitual⁶⁷⁶.

Con todo, no es nuestra intención elaborar un exhaustivo estudio, ni agotar las posibilidades o interrogantes en este tema, sino esbozar en gruesos trazos la reflexión que de la retórica hizo la cultura griega, y el rumbo que siguió hasta llegar a las formas fijas en las que se ha inspirado la *Vita*. Hacer, en definitiva, una somera presentación antes de pasar al estudio contrastado entre nuestra obra y la isocrática.

⁶⁷⁶ Cf. nota 542.

II. 1. LA RETÓRICA, TEXNH ΛΟΓΩΝ, PILAR BÁSICO DE LA CULTURA GRIEGA.

II. 1. 1. Desde la Antigüedad hasta Bizancio

Ya hemos señalado antes que el arte de las palabras y la persuasión a través de ellas está tan incardinado en el espíritu griego, que es precisamente la tensión entre retórica y filosofía la que marcará gran parte de su pensamiento. En efecto, el sistema de *poleis*, y de manera muy especial el desarrollado en Atenas, hará que tome cuerpo el concepto griego de *logos* y a partir de ahí, el tremendo poder que posee a través de la *πειθώ*, en un principio con vestiduras mitológicas o poéticas, para más tarde derivar en toda una reflexión sobre la existencia de un arte del *logos*, su utilidad y la posibilidad de transmitirlo.

Siglos antes de que se plasmaran esos conceptos y se hablase de una *ῥητορικὴ τέχνη*, todavía en el ámbito del mito, la persuasión era una divinidad que aparece en la poesía arcaica, ya como hija de Océano y Tetis (como en la *Teogonía*), o como parte del cortejo de Afrodita, o sea, ligada a las artes de la conquista amoriosa⁶⁷⁷. Son aún versiones nebulosas de una idea que todavía no ha elaborado del todo el genio griego, pero que revolotea por toda la literatura anterior al periodo clásico, desde el teatro hasta la épica.

En la *Iliada*, que en palabras de Kennedy⁶⁷⁸ “describe una sociedad sin el uso de la escritura”, que es lo mismo que decir una sociedad donde prevalece el lenguaje hablado, son frecuentes las alusiones al modo en que los personajes utilizan su facultad de expresarse, y las emociones suscitadas por sus palabras, sin llegar a hablar nunca de nociones como retórica. Es evidente, no obstante, que esa idea subyacía en el pensamiento griego cuando se nos presenta a un Odiseo más convincente por sus palabras que por su aspecto, a un Aquiles que despunta sobre otros adalides por su capacidad verbal, o a un Néstor cuyas

⁶⁷⁷ GRIMAL, P., *Diccionario de mitología griega y romana*, Barcelona 1981, lema “Peito”, p. 414.

⁶⁷⁸ KENNEDY, G., *New History of Classical Rhetoric*, Princeton University Press, 1994, p. 13.

palabras “fluían más dulces que la miel”⁶⁷⁹, por citar ejemplos que aporta el propio Kennedy.

Como él también señala⁶⁸⁰, aparece además un elemento fundamental en el pensamiento posterior, íntimamente unido a cuanto habremos de decir más adelante: la idea de que la habilidad al expresarse es una técnica/arte que se puede transmitir, como hizo el ya anciano Fénix con Aquiles al enseñarle “a hablar bien” (= ser un buen orador)⁶⁸¹. Recordemos además el peso que los discursos, tanto arengas militares como exhortaciones o narraciones de otro tipo, tienen en las obras homéricas, verdaderos motores de la acción por su capacidad de convicción.

Pero no será hasta el siglo V, con el fermento del sistema político que iba gestándose en ciudades como Siracusa o Atenas, cuando aparezcan las primeras alusiones a la cuestión de si hay o no un arte de las palabras y, en ese caso, si es enseñable. Cuando en el *Gorgias* encontramos el término “retórica” por vez primera en un texto escrito⁶⁸², ya hay todo un debate detrás, porque las coordenadas precisas para que surgiese se habían dado unos años antes.

En tiempos de Sócrates Atenas había desarrollado su sistema de democracia y participación ciudadana en alto grado, de manera que las ocasiones de expresarse en público se habían multiplicado paralelamente: juicios, asambleas, participación en organismos varios de la vida ciudadana o celebraciones formales, son algunas de las situaciones en las que los *politai*

⁶⁷⁹ Canto I, 249, τοῦ καὶ ἀπὸ γλώσσης μέλιτος γλυκίων ῥέεν αὐδή.

⁶⁸⁰ *New History*, p. 13.

⁶⁸¹ Canto IX, 442-3, τοῦνεκά με προέηκε διδασκέμεναι τάδε πάντα, / μύθων τε ῥητῆρ' ἔμειναι προηκτῆρά τε ἔργων. Por su parte, MARROU, H. I., *op. cit.*, p. 24, señala estas últimas palabras homéricas como síntesis del caballero perfecto en el ideal homérico, es decir, una mezcla de orador y guerrero, “capaz de corresponder a su soberano tanto en el terreno político como en el militar”.

⁶⁸² 448d. Son palabras de Sócrates: δῆλος γάρ μοι Πῶλος καὶ ἐξ ὧν εἶρηκεν, ὅτι τὴν καλουμένην ῥητορικὴν μᾶλλον μεμελέτηκεν ἢ διαλέγεσθαι, “por lo que ha dicho, me resulta evidente que Polo se ha preocupado más de lo que llaman “retórica” que de conversar” (la traducción es de SERRANO CANTARÍN, R. y DÍAZ DE CERIO DÍEZ, M., Madrid 2000).

intervienen y ello implica la necesidad de una formación. Con la palabra “retórica”, pues, se designó ese arte o técnica de expresarse en público, que los ciudadanos adquirirían a través de maestros, aprendiendo técnicas o “comprando” directamente los discursos ya elaborados para memorizarlos y pronunciarlos luego en la situación requerida.

La retórica, pues, se mostró pronto como una disciplina de gran utilidad en la que debían formarse las jóvenes generaciones. Los primeros maestros de retórica de quienes tenemos noticia son los sofistas, y ello entre otras cosas por su visión transgresora de todo lo establecido, que dio lugar a numerosas críticas, en versión cómico-caústica (*Nubes*) o como ejercicio filosófico de rebatir argumentos (*Gorgias* y otros diálogos). En el fondo, lo que demuestra la actitud de los sofistas, todo un revulsivo para su tiempo, es la madurez del pensamiento griego, capaz de cuestionarse a sí mismo y a todo su sistema de valores. O dicho de otro modo, sobre una base cultural ya establecida, los sofistas comprenden que los nuevos valores sociales se dirigen hacia la participación política del ciudadano, y que la educación tradicional y aristocrática ya no sirve para preparar a líderes y hombres de Estado, por lo que desarrollan nuevas técnicas formativas en este sentido, sin un especial interés en una u otra facción política.

Ya en el siglo IV, a partir de Isócrates, es decir, cuando la retórica ha encontrado su verdadero sitio tras su cuestionamiento por parte de la filosofía (a pesar de que siempre siguió existiendo y planteándose en distintos momentos⁶⁸³), y se convierte en disciplina enseñable dentro de unos patrones

⁶⁸³ Sobre este enfrentamiento entre los dos grandes pilares de la cultura y educación griegas, en la persona de dos de sus principales representantes, Platón e Isócrates, es referencia incuestionable la clásica obra de JAEGER, W., *Paideia: los ideales de la cultura griega*, Ciudad de México 1957, pp. 830 y ss. Como bien señala el autor, aunque esta antítesis se perpetuará durante siglos, ello tendrá lugar en un momento en que las dos, retórica y filosofía, han perdido su esencia y vitalidad genéricas, mientras que “en la época en que comienza el debate representan todavía las fuerzas y las necesidades verdaderamente motrices de la nación griega y su diálogo se desarrolla en el centro de la escena de la vida política” (p. 830).

morales, las escuelas de retórica se irán generalizando a la vez que el papel de los oradores-maestros adquiriera un prestigio en aumento. La irrupción de Roma en el escenario de la cultura helénica no hizo sino favorecer esta tendencia, que reconocía la utilidad de la retórica para la vida pública y la formación del ciudadano en general. De hecho, en el siglo II eran mayoría quienes elegían formarse en escuelas retóricas frente a los que lo hacían en escuelas de filosofía, que siglos atrás habían sido el principal centro de educación. A esto contribuyó precisamente el número de romanos que querían profundizar en la cultura griega.

A este respecto cabe señalar que en la época que llamamos “helenística”, es decir, tras el proceso que acaba con el antiguo régimen de las *poleis* para pasar poco a poco a las monarquías, y que se verá reforzado más tarde con la evolución de Roma, la educación “clásica” ya está plenamente conformada, con unas claras líneas representativas que la acompañarán durante el resto de su Historia, casi sin cambios⁶⁸⁴. Es decir, pérdida progresiva del aspecto físico frente a la cultura de lo espiritual, con predominio de lo literario frente a otros que habían tenido gran peso específico en la época clásica, como la música. Por otra parte, la educación ya no es exclusiva de los nobles, aunque siempre mantendrá su carácter de élite. Tampoco hay que olvidar que este sistema se mantuvo prácticamente inalterado en los territorios de cultura griega, incluso bajo dominio romano, algo que ni siquiera varió con el cristianismo en las distintas etapas del Imperio de Oriente⁶⁸⁵.

A esas alturas del mundo postclásico y en ese contexto, pues, la retórica ya era una pieza fundamental en la educación, que se enseñaba de modo práctico según unos principios y fundamentos recogidos en diversos manuales, y apoyados por los llamados *progymnasmata*, ejercicios preparatorios para formarse como orador, previos a la elaboración de discursos profesionales, ya

⁶⁸⁴ MARROU, H. I., *op. cit.*, p. 129.

⁶⁸⁵ *Ibidem*, p. 131, 258-259 *et passim*.

antes mencionados, y de los que habremos de tratar más adelante. Hasta nosotros han llegado unos cuatro manuales de *progymnasmata* en griego, aunque sabemos que en el mundo romano eran un ejercicio básico en las escuelas, y que sus métodos estaban inspirados en (o directamente sacados de) los modelos griegos. El más antiguo, el de Teón, es del siglo I. Los demás son de Hermógenes (s. II), Aftonio (s. IV, pupilo de Libanio) y Nicolás (s. V).

Sus contenidos nos llevan a pensar que este sistema educativo se mantuvo prácticamente sin alteraciones hasta el fin de la Antigüedad, aunque en ocasiones se añadieron pequeños retoques que no afectaban a su núcleo, a su entidad como concepto formativo. En el Imperio de Oriente, además, la tradición educativa en este sentido nunca se perdió del todo, como hemos visto antes, de modo que se siguieron repitiendo fielmente los mismos cánones a la hora de ejercitarse en retórica.

Pero volvamos sobre nuestros pasos para ver cómo llegó a prosperar ese modelo frente a otros caminos posibles, pues de los *progymnasmata* nos ocuparemos más adelante. Con la irrupción de los sofistas en la escena pública de Atenas se pone sobre el tapete una cuestión básica: un hábil manejo del lenguaje puede aportar ventajas y, de algún modo, romper la igualdad de los hombres libres ante la ley, si se es capaz de utilizar argumentos de forma que el auditorio quede *persuadido*, o sea, sometido al poder de la persuasión, del logos, por encima de que dicha persuasión esté basada o no en la verdad.

Quien no conozca esas técnicas se verá en peor situación, y quizá por ello se produjo una mayor demanda de estos autodenominados profesionales, a la vez que un revuelo generalizado por parte de ciudadanos que veían anonadados cómo argumentos impensables podían convertirse en “razonables” e imponerse a la lógica general, como los que esgrimía Gorgias. Esto es lo que satiriza Aristófanes e irrita a Sócrates y que conocemos en general como la posibilidad de convertir en fuerte el argumento débil, y por extensión, en justo el argumento injusto.

En esa época la figura del rétor se asoció a menudo a la política y a una dudosa moralidad, sobre todo tras pasar por el implacable análisis de la filosofía, muy en concreto la de Platón. Isócrates defendió la virtud de la formación retórica basada en unos sólidos principios morales, con lo que zanjó en gran medida la cuestión, mientras que Aristóteles deslindó el aspecto moral al afirmar que la retórica, como arte/técnica es neutral en ese sentido, y por tanto permite tratar las distintas caras de un tema, pero se basa en el conocimiento derivado de otras disciplinas para determinar lo justo⁶⁸⁶.

Y es que el corazón del asunto, y nos atreveríamos a decir que también el hueso, era la cuestión de la verdad, es decir, si es posible conocer la verdad (Sócrates, Platón), noble tarea a la que se dedica el filósofo, o si, por el contrario, ello es imposible (Gorgias, Protágoras), y por lo tanto, la valoración de lo justo o lo verdadero depende mucho de las circunstancias. Desde la relatividad en Protágoras y su “hombre medida de todas las cosas”, hasta el escepticismo de Gorgias y sus famosas sentencias resumibles en “nada existe, y si existe no puede ser conocido, y si pudiera conocerse, dicho conocimiento no podría trasmitirse”, los sofistas ponen en duda un elemento fundamental de la filosofía griega de su época. Si lo justo o lo verdadero es relativo, en función de lo circunstancial, la posibilidad de argumentar las dos posturas de un debate valiéndose de la persuasión existe y es viable, y este es el camino que llevaría del argumento débil al fuerte, del justo al injusto.

Es evidente que para un filósofo como Sócrates se trata de argumentos tramposos, y la mera posibilidad de utilizar la retórica de esa manera “relativa”, la convierte, cuando menos, en algo censurable. En su concepción filosófica de las cosas, la existencia de unos principios universales como bien o mal es innegable. Por otra parte, un arte se basa en el conocimiento, es decir, necesita de conocimientos previos para practicarse y la retórica entonces, a su juicio, quedaría fuera. Para Sócrates es una práctica (ἐμπειρία), algo adquirido

⁶⁸⁶ KENNEDY, G., *New History*, p. 8.

por la experiencia, que él incluye como una de las formas de adulación, en el mismo plano que la culinaria o la cosmética⁶⁸⁷, en un osado alarde dentro del diálogo *Gorgias* que pretendía, sin duda, desvirtuar la importancia que tenía ya la retórica entre los atenienses. Sin embargo, algo más adelante en ese mismo diálogo, reconoce Sócrates de algún modo que podría ser un tipo de arte, pero en ese caso solo debería usarse para buscar la justicia⁶⁸⁸.

Platón preferirá, por así decir, una postura intermedia entre la enunciada por Sócrates y Gorgias al plantear en otro diálogo, *Fedro*, y de nuevo en boca de Sócrates, que puede existir un arte retórico si se entiende correctamente⁶⁸⁹. Allí se vuelve a tratar de retórica y filosofía de un modo sugerente: como señala Kennedy⁶⁹⁰, en la primera parte hay un juego de seducción intelectual, acorde con los temas relacionados con Eros expuestos a lo largo del diálogo; un juego en el que Fedro intentará convencer a Sócrates de la belleza de la retórica, mientras que éste procurará seducirlo hacia la verdad de la filosofía. En el fondo, en ese ejercicio el gran filósofo demuestra que también puede ser un gran orador, como sucede con tantos otros diálogos donde los personajes reproducen discursos diseñados en realidad por él.

En el *Fedro*, pues, se acepta la posibilidad de un arte retórico siempre y cuando reúna estas condiciones: que el orador conozca a fondo tanto el tema debatido (es decir, la *verdad* de éste), como la técnica de su argumentación y la forma exigida en cada circunstancia, y junto a ello, conozca también la psicología humana (el *alma* del oyente) para adaptar esa argumentación al auditorio⁶⁹¹. De algún modo se está refiriendo con ello a los tres aspectos que luego desarrollará Aristóteles en su *Retórica*, y que podríamos resumir en *ethos*,

⁶⁸⁷ *Gorgias*, 462b y ss.

⁶⁸⁸ *Ibidem*, 527c3-4.

⁶⁸⁹ *Fedro*, 277b5-c6.

⁶⁹⁰ *New History*, p. 40.

⁶⁹¹ KENNEDY, G., *New History*, p. 38. Cf. LÓPEZ EIRE, A., "La retórica de Aristóteles", en *Hirviendo palabras. La retórica en la Antigua Grecia*, Antiqua - VIII Jornadas sobre la Antigüedad, Guipúzcoa, 26-28 de noviembre de 2001, pp. 9-10.

pathos, logos. Siguiendo con la idea expuesta en el *Fedro*, la persuasión deberá ir encaminada hacia la virtud, la justicia y la verdad.

Más allá de la “rabieta” socrática del *Gorgias* con sofistas y rétores en general, este diálogo señala algo fundamental: el cuestionamiento que por vez primera se hace del papel de la retórica en la sociedad, y sobre todo de su dimensión moral. Con todo, no podemos dejarnos arrastrar por el relumbrón de la descripción platónica de personajes como Gorgias a la hora de juzgar a toda la sofística, aunque es cierto que sus planteamientos bien podían llevar a los resultados que tanto temía Platón.

Él mismo plantea un cortafuegos a ese peligro cuando en el diálogo *Fedro* recoge velas en cierto modo, y propugna la necesidad de unas cualidades morales en el orador, además de las necesarias para su oficio (intelectuales y retóricas propiamente dichas). No deja de ser un orador ideal, y una doctrina retórica dirigida al filósofo-gobernante, igualmente ideal, que la tendría como instrumento para su relación con el súbdito. El gran inconveniente, como sucede a menudo con las doctrinas platónicas, es lo inalcanzable de sus metas, y por ende, la poca efectividad práctica, pues sus aspiraciones estaban tan lejos de las posibilidades reales de los griegos de su tiempo como de las de los hombres de hoy, y esto es algo que Isócrates le reprochó: la inutilidad de unos ímprobos esfuerzos para algo tan escurridizo y lejano como su concepto de ciencia, cuando lo útil para el ciudadano es aprender a lidiar con la realidad y a tener un criterio ajustado, una “opinión razonable” (*δόξα*) en las materias decisivas de la vida⁶⁹². Pero como también sucede a menudo, Aristóteles pulió estas asperezas, igual que otras de su doctrina, al aislar el concepto de retórica

⁶⁹² MARROU, H. I., *op. cit.*, pp. 122-123. Cf. JAEGER, W., *op. cit.*, p. 855, “Los filósofos se lanzan a la caza del fantasma de un conocimiento puro y lo que empuñan al cabo, como resultado de todas sus investigaciones, es algo que no se puede utilizar. ¿No es mejor entonces consagrarse a las cosas que realmente se necesitan, aun cuando no se pueda tener un conocimiento exacto de ellas, sino, en el mejor de los casos, opiniones acertadas simplemente?”

como arte, algo en lo que, como ya hemos señalado, no cabe calificación moral, pero que buscaría lo justo o verdadero basándose en otras disciplinas.

Precisamente es esta ausencia de análisis sobre el aspecto moral de la oratoria lo que más sorprende de la *Retórica* de Aristóteles. Aunque habla de ella como de una especie de vástago que nace del tronco de la dialéctica y la ética, que bien puede llamarse política⁶⁹³, y en la *Ética a Nicómaco*⁶⁹⁴ la hace formar parte de una subdivisión de la política, sin embargo, en el tratado que se supone dedicado a la retórica no aborda la cuestión más espinosa, la del uso debido o indebido de esta por parte del orador en el seno de la sociedad, y las obligaciones morales que por ello debe tener. Para Kennedy⁶⁹⁵ es probable que Aristóteles ya hubiese planteado estas cuestiones en el perdido *Grilo*, mientras que esta obra se centraría en el análisis científico-descriptivo del arte retórico, es decir, un estudio objetivo, lejos de consideraciones personales, igual que haría con cualquier otra ciencia o arte.

Por su parte, López Eire va más allá cuando afirma que Aristóteles supo bajar al mundo sublunar el complejo mundo de las ideas de su maestro, o dicho de otro modo, “aplicó la platónica doctrina de su maestro a los inmediatos datos empíricos de sus estudios biológicos (...). Forjó así una filosofía platónico-empírica en todos sus campos, todo lo filosofó con un sólido pensamiento platónico-empírico”⁶⁹⁶.

Partiendo así de la retórica como un hecho empírico y analizable, le dio un lugar entre las artes, con lo que los discursos retóricos podían ser analizados desde fundamentos científicos, y a su vez la habría convertido en moral a través del criterio de verosimilitud, que permitiría canalizarla y someterla a

⁶⁹³ I, 2, 7 (1356a), συμβαίνει τὴν ῥητορικὴν οἷον παραφύες τι τῆς διαλεκτικῆς εἶναι καὶ τῆς περὶ τὰ ἦθη πραγματείας, ἦν δίκαιόν ἐστι προσαγορεύειν πολιτικὴν.

⁶⁹⁴ I, 2, 4-6 (1094a-b): δόξειε δ' ἂν τῆς κυριωτάτης καὶ μάλιστα ἀρχιτεκτονικῆς. τοιαύτη δ' ἡ πολιτικὴ φαίνεται: (...) ὀρῶμεν δὲ καὶ τὰς ἐντιμοτάτας τῶν δυνάμεων ὑπὸ ταύτην οὔσας, οἷον στρατηγικὴν οἰκονομικὴν ῥητορικὴν.

⁶⁹⁵ *New History*, p. 55.

⁶⁹⁶ LÓPEZ EIRE, A., “La retórica de Aristóteles”, p. 6.

normas precisas. “O sea, aunque parezca mentira, la platonizó”. En su opinión, si no es bajo este prisma, la *Retórica* es una obra incomprensible y llena de aparentes contradicciones, a menudo achacadas a una elaboración de la obra no lineal en el tiempo, sino en distintas etapas de su vida⁶⁹⁷, en unas de las cuales predominaba la visión platónica, y en otras la empírica. Siguiendo a este autor, habría que reconocerle al genial filósofo su capacidad para integrar elementos tan dispares como los conceptos que manejaban Platón o los sofistas. Así, fue capaz de dar un fundamento filosófico a la retórica como arte a partir de los datos recopilados por la experiencia, pero sin olvidar que en el discurso retórico interactúan unas almas sobre otras en un proceso político-social⁶⁹⁸.

Como quiera que sea, lo que sí parece cierto es su postura intermedia entre el profundo desagrado que para Platón tenía el uso que de la retórica se hacía por aquel entonces, como algo completamente alejado de la verdad, y la equiparación isocrática entre retórica y filosofía, que se identifica con el arte del lenguaje, único medio para conocer la verdad. Isócrates, considerado por algunos como el heredero de los sofistas⁶⁹⁹, destacó sin embargo de entre ellos por su particular concepción de la retórica, frente al relativismo absoluto de estos. Sus ideas sobre la formación de los ciudadanos, además, han marcado la educación en Occidente y Bizancio durante siglos. Pero a pesar de su profundo amor por su ciudad y los valores que a su juicio encarnaba la cultura helénica, su pensamiento y sus métodos no siempre fueron bien entendidos ni aceptados en su época, si bien la posteridad lo recompensó con extraordinaria largueza.

Con todo, siempre luchó por librarse del sambenito de sofista que lo persiguió por impartir clases, en las que enseñaba técnicas oratorias para

⁶⁹⁷ Esta teoría está, por ejemplo, en la base de la edición de la *Retórica* de RACIONERO, Q., Madrid 1990.

⁶⁹⁸ LÓPEZ EIRE, A., “La retórica de Aristóteles”, p. 23.

⁶⁹⁹ Sobre esta idea, vide MARROU, H. I., *op. cit.*, pp. 113-114. Cf. JAEGER, W., *op. cit.*, p. 833, quien ve en Isócrates al “hombre que viene a coronar verdaderamente el movimiento de la cultura sofística”, pero con una impronta personal tan profunda que llegará mucho más lejos que sus predecesores en todos los sentidos (p. 835).

afrontar con éxito distintas situaciones de la vida pública, y hacerlo a cambio de una remuneración, además de componer discursos que servían de modelos para otros. Él se consideraba un verdadero educador y no un oportunista, un maestro con unas ideas sólidamente fundamentadas y el respaldo de la virtud y la moralidad en la medida en que estas pueden ser alcanzadas, no en el ámbito puro e intocable del universo platónico.

Personaje muy longevo, era algo mayor que Platón y parece cierto que se formó con Gorgias⁷⁰⁰ y otros sofistas, y también que conoció a Sócrates, que al final del *Fedro* dice acerca de él (278e-279a)⁷⁰¹:

Me parece que por naturaleza no admite comparación con los discursos de Lisias, y que además en su carácter tiene la mezcla de mejores elementos. De manera que no sería nada extraño que, al avanzar su edad, en ese tipo de discursos que ahora intenta sobrepasara a todos los que anteriormente escribieron más que si fueran niños; y mucho más aún, si no le contentaran esos discursos, y a cosas mayores le condujese un impulso más divino. Pues por natural disposición, amigo mío, hay en la mente de este hombre cierta filosofía.

También Aristóteles parece haberlo mencionado, tal y como recogen Cicerón y Quintiliano:

Así pues, el propio Aristóteles, viendo que Isócrates gozaba de predicamento por la distinción de sus discípulos, ya que había transferido sus lecciones del ámbito de las causas políticas y judiciales a un hueco artificialmente estilístico, trastocó bruscamente casi todo el planteamiento de esta disciplina y, cambiándolo un poco, pronunció un verso del Filoctetes: aquel dice que le resultaba indecoroso guardar silencio y permitir que los bárbaros hablen; y éste, que Isócrates. En consecuencia, adornó e iluminó toda esa disciplina y conjugó el conocimiento teórico con la práctica del discurso⁷⁰².

Pues, por su parte, los discípulos de Isócrates fueron muy eminentes en todo género de los estudios de Retórica, y al ser ya él de edad avanzada (ya que llegó a cumplir noventa y ocho años), empezó Aristóteles a enseñar en sus clases vespertinas Arte Oratoria,

⁷⁰⁰ Cf. JAEGER, W., *op. cit.*, p. 833.

⁷⁰¹ JAEGER, W., *ibidem*, p. 835, nota 18, considera que este pasaje no prueba una relación entre maestro y alumno, o un conocimiento personal, lo que no quita que Isócrates tuviese una formación socrática rastreable en su obra, y que pudo adquirir a través de lecturas. La traducción es de GIL, L., Barcelona 1983.

⁷⁰² *De oratore*, III, 141. Traducción de ISO ECHEGOYEN, J. J., Madrid 2002.

haciendo uso frecuente de aquel conocido verso de Filoctetes, según se cuenta: “es vergonzoso permanecer callados / y dejar que hable Isócrates⁷⁰³”.

No sería esa la única referencia a Isócrates por parte de Aristóteles, pues el ya mencionado diálogo *Grilo*, a tenor de las noticias que nos han llegado, guardaría una relación directa con el *Gorgias* platónico, y tendría a Isócrates como destinatario (tácito o no) de sus críticas. En él habría empleado argumentos “sutiles” contra la idea de que la retórica es un arte, que no cuadraban, en opinión de Quintiliano⁷⁰⁴, con lo desarrollado luego en su *Retórica*.

Para López Eire⁷⁰⁵, sin embargo, lo que habría rebatido Aristóteles en su perdida obra, sería el concepto isocrático de retórica como un arte que en realidad se identifica con filosofía, como el orador ateniense gustaba de llamar a lo que hacía. Señala este autor que cuando Isócrates habla de la retórica como ἀντίστροφος (“correlativa”) de la gimnasia⁷⁰⁶, está identificándola como el medio por excelencia de entrenamiento de la mente y el espíritu, al igual que la gimnasia lo es para el cuerpo, y con ello estaría asignándole un papel básico dentro del ideal educativo griego, que incide en las dos caras del complejo prisma humano. Recuerda además que Platón ya había utilizado este término precisamente para rebajar a la retórica hasta un nivel ínfimo, cuando la ponía a la misma altura, recordemos, que el arte culinario, del que decía era ἀντίστροφος.

Aristóteles sí le asigna la categoría de arte, y en ello se distingue de su maestro, pero no en el plano que pretendía Isócrates. Por ello, concluye López Eire, no es inocente ni azarosa la famosa descripción aristotélica de retórica

⁷⁰³ *Institutiones oratoriae*, III, 1, 14. Traducción de ORTEGA CARMONA, A., Salamanca 1996.

⁷⁰⁴ *Ibidem*, II, 17, 14: “Aristóteles, por amor a la investigación, como suele, ideó unos argumentos propios de su sutileza en el *Grillo*, pero él mismo escribió también tres libros sobre el Arte de la Retórica, y en el primero de ellos no sólo la reconoce como *arte*, sino que le asigna una particular función dentro de la política y de la dialéctica” (las cursivas son del traductor).

⁷⁰⁵ “La retórica de Aristóteles”, p. 8.

⁷⁰⁶ *Antídosis*, 181-182.

como ἀντίστροφος de la dialéctica⁷⁰⁷, sino que con el uso de ese término recoge las teorías de Platón e Isócrates y a la vez otorga al arte oratorio el lugar que él considera le corresponde. Su postura con ello estaría “entre Platón y los sofistas, entre la exigente retórica platónica y la empírica retórica sofística⁷⁰⁸”.

Isócrates, por el contrario, nunca hace una mención explícita a estos autores, si bien sus obras rezuman respuestas a las opiniones platónico-socráticas sobre la retórica. Parte de la idea⁷⁰⁹ de que el lenguaje, el λόγος, es una capacidad puramente humana, la que más bienes nos proporciona y nos distingue de los animales, aunque podamos estar por detrás de ellos en otras facultades, como velocidad o fuerza. El lenguaje nos permite no solo comunicarnos, sino persuadir a otros seres humanos y dejar claras nuestras preferencias en cualquier aspecto, y es la base de lo que consideramos civilización (vivir en sociedad, construir ciudades, diseñar leyes e inventar artes). Es el único medio que tenemos para juzgar lo bueno, lo justo o lo conveniente. Puede que la verdad a la que llegamos a través del *logos* no sea la verdad absoluta o “ideal” planteada por Platón, pero es la única conocible para el hombre.

Sin la palabra, pues, no se puede hacer nada que sea φρόνιμον, o sea, acorde con la φρόνησις, porque la palabra dirige todo pensamiento y acción. Esto implica que la verdad cognoscible es a la vez convencional y social, o sea, política. La retórica, por tanto, es un arte que permite a los ciudadanos controlar muchos aspectos de su vida social y política, porque utiliza el lenguaje y proporciona medios para manejarlo, con las implicaciones que ello tiene. Por eso además, la retórica es una filosofía, un amor por el aprendizaje⁷¹⁰,

⁷⁰⁷ *Ars Rhetorica*, I, 1 (1354a), ἡ ῥητορικὴ ἐστὶν ἀντίστροφος τῇ διαλεκτικῇ.

⁷⁰⁸ “La retórica de Aristóteles”, p. 10.

⁷⁰⁹ *Antídosis*, 253 y ss.

⁷¹⁰ A este respecto, señala JAEGER, W., *op. cit.*, p. 834, que el sentido que atribuye Isócrates al término φιλοσοφία es más común entre los griegos de su época que el restringido de Platón, que será, sin embargo, el que prevalezca. Filosofía como “tendencia a la alta cultura

que ejercita la mente y el espíritu para conducirlo a mayores cotas de virtud, y en este sentido es, como vimos, correlativa de la gimnasia. No se puede plantear, pues, si es buena o mala, porque estas cualidades morales sólo están en los individuos; pero estos pueden obrar partiendo de una opinión justa o δόξα⁷¹¹, que es a lo más que pueden aspirar en el campo del conocimiento, y servir a la virtud y al bien de su ciudad.

Esta su filosofía es, además, no ya enseñable, sino “esencialmente pedagógica” y de “un altísimo poder político-social⁷¹²”. Con esto volvemos a la otra gran cuestión que se planteaba en la crítica del *Gorgias*: si, en el caso de ser un arte, un conocimiento, se puede transmitir. La postura de este personaje y en general de los sofistas era altamente escéptica; Platón niega la posibilidad de la retórica como arte, aunque conceda una hipotética posibilidad en los supuestos que hemos señalado, en cuyo caso no sería enseñable en escuelas; Aristóteles matiza esa posibilidad y elabora un tratado sobre ella, sin implicaciones morales; por último, Isócrates, ve en ella el arma pedagógica κατ' ἐξοχήν.

Si la retórica es un arte del *logos* entendido como arte del discurso político sobre temas fundamentales para el cuerpo social, es evidente que resultará imprescindible para la formación de los ciudadanos más implicados en el engranaje del Estado, y en especial de aquellos que han de ostentar un importante cargo. Este parece ser el objetivo de la escuela que abrió Isócrates en Atenas poco después de la apertura de la Academia platónica, y que concibió como un centro de formación superior para alumnos que aspiraban a este tipo de ocupaciones⁷¹³. A diferencia de los sofistas, pues, la suya era una escuela estable y no itinerante, con un programa establecido y serio, además de una

del espíritu” o cada una de las “modalidades de la formación general del espíritu”. Esta disquisición terminológica no es sino reflejo del gran debate entre ambas disciplinas.

⁷¹¹ Cf. MARROU, H. I., *op. cit.*, pp. 122, que cita como ejemplos el discurso *Antídosis*, 271 y *Panatenaico*, 30-32.

⁷¹² LÓPEZ EIRE, A., “La retórica de Aristóteles”, p. 9.

⁷¹³ Más detalles en MARROU, H. I., *op. cit.*, p. 114 y p. 118.

implicación personal por su parte, al parecer, en la formación de cada alumno, que normalmente pertenecía a un nivel culto.

A pesar de las reticencias de Platón y otros, lo cierto es que aquel centro gozó de gran prestigio en Atenas y por sus aulas pasaron grandes líderes del mundo griego de la época, como Nicocles, hijo de Evágoras, rey de Chipre, a quien dirigió uno de los discursos sobre los que habrá de centrarse este trabajo más adelante⁷¹⁴. La clave de su éxito se cifró con toda probabilidad en la combinación de una sede fija junto a la solidez de su ideario, frente a la sensación de dispersión y volubilidad que podían dar los sofistas habituales.

El propio Isócrates procuró desde muy pronto diferenciarse de ellos y, en general, de quienes componían manuales retóricos o enseñaban técnicas basadas en modelos imitables y argucias lingüísticas varias⁷¹⁵. Es decir, de quienes pretendían enseñar oratoria política con unas reglas fijas, sin tener en cuenta la condición natural del alumno ni el momento oportuno en que deben aplicarse; unas reglas, en última instancia, escritas y muertas, frente al valor de la palabra como un instrumento vivo que puede adaptarse a cada situación. De quienes prometen, en fin, lo imposible, sobre unas bases inaceptables desde la perspectiva de la moral, y con unos objetivos puramente individualistas, cuando la educación debe redundar en el interés de la ciudad, no sólo en el personal.

El punto de partida de su sistema educativo está en el propio alumno/ciudadano: son necesarias unas cualidades innatas, que se pueden pulir con el aprendizaje y práctica de los elementos que intervienen en el discurso, pero no crear *ex nihilo*. Por ello, es inmoral y falaz garantizar exitosos (e iguales para todos) resultados con un simple “método” o manual, como

⁷¹⁴ En efecto, *Nicocles*, *A Nicocles* y *Evágoras*, conforman la trilogía conocida como “Discursos chipriotas”, centrada en la figura del soberano, representada por el rey de Chipre y su sucesor.

⁷¹⁵ Como ejemplo, su discurso *Contra los sofistas*, donde aborda estos temas y muchas de las cuestiones que mencionaremos a continuación.

aseguraban algunos sofistas. Tampoco cree que la virtud pueda inculcarse de ningún modo si no hay una base en el individuo, y esto tiene una clara consecuencia política: el buen gobernante debe contar con una tendencia a la virtud en su grado máximo, de modo que la educación haga crecer su desarrollo hasta las cotas que merece su rango.

Partiendo, pues, de este presupuesto, los tres pilares básicos para un orador de éxito, tal y como los concibe Isócrates y se siguen considerando hoy en día, son los siguientes: habilidad natural, formación y práctica. El profesor ilustrará a los alumnos en los principios básicos de cómo hablar en público, pero deberá darles ejemplos reales de discursos no para la simple imitación, sino para la reflexión y crítica. Este parece ser el sistema que utilizaba él mismo con sus pupilos, a quienes mostraba discursos elaborados por él para que ellos los comentaran e hicieran una crítica. Luego los invitaba a redactar otro discurso sobre la misma cuestión, que él a su vez criticaba, aportando ideas sobre cómo mejorarlos. En opinión de Isócrates, no tiene sentido elaborar manuales con trucos y recetas para ser un buen orador, ni para salir exitoso de un juicio, como tampoco se puede enseñar justicia a quien no tenga interiorizado ese concepto, pero sí se puede estimular la virtud y moldearla a través del discurso político. No todos pueden llegar a convertirse en grandes oradores, pero siempre desarrollarán su espíritu al máximo de sus posibilidades.

Es este un concepto de enorme importancia en el mundo griego, y que distingue la educación defendida por Isócrates frente a la de otros “maestros” de retórica contemporáneos suyos: la formación del ciudadano no puede ser mera palabrería para convencer a otros y mover las voluntades hacia donde deseamos, sino que debe aspirar a la virtud, es decir, tanto a formarse y crecer en ella como a servir a objetivos justos y nobles⁷¹⁶. Dicho de otro modo, y en respuesta a Platón, la virtud no es enseñable, pero la educación que él plantea

⁷¹⁶ *Antídosis*, 274-278.

desde la retórica hace crecer el sentido innato que se tenga de ella, aunque debe ser una formación orientada con un criterio moral, algo que lo distingue de sus predecesores, los sofistas.

Para ello, los alumnos deben trabajar con discursos que traten temas elevados como justicia, moderación, sabiduría, patriotismo, etc. Temas de interés humano y general, frente al particular de un discurso judicial; temas “políticos” en ese sentido, porque interesan y llegan a toda la *polis*. Deben además conocer bien la Historia y elegir episodios y figuras de allí para ilustrar sus argumentaciones. De este modo, no harán sino avanzar en el desarrollo de la propia virtud, pues tenderán a la imitación de esos modelos; serán ciudadanos que no sólo se expresarán con propiedad, sino que atraerán a su auditorio por sus propias cualidades morales, que inspirarán confianza por sí solas. En otras palabras, su virtud se trasluce a través de sus discursos, y de ese modo adornará sus vidas. Esto nos recuerda al *ethos* aristotélico y siguió siendo una idea central en toda la teoría retórica de la Antigüedad, heredada por Roma, cuyos mayores defensores serían Cicerón y Quintiliano. El buen orador debe ser, ante todo, una persona de aquilatada virtud, que será su sello identificativo. La retórica llega así a ser un camino de enseñanza ética, o más bien, se identifica con ella⁷¹⁷.

El modelo isocrático, por otra parte, tiene un aspecto claramente filantrópico, en su sentido de “amor al ser humano”, como ha señalado López Eire⁷¹⁸, pues busca moldear la virtud del alumno y encaminarlo hacia el bien moral, de modo que el aprendizaje “mecánico” de la retórica lo lleve al espiritual, y redunde en la creación de buenos ciudadanos y buenos políticos, en la dimensión ética de estos términos. Es decir, instruye a los ciudadanos en aquellas bases morales imprescindibles en el gobierno de un Estado.

⁷¹⁷ MARROU, H. I., *op. cit.*, p. 122.

⁷¹⁸ LÓPEZ EIRE, A., “La influencia de la Retórica sobre la Historiografía”, p. 2.

Las derivaciones y aplicaciones prácticas de este sistema serán abordadas en el siguiente apartado, pero no podemos concluir este sin insistir en el núcleo de la teoría isocrática sobre la educación: lo que hoy llamaríamos la formación integral del individuo. El proceso educativo se convierte así en una espiral de crecimiento interior a la par que se obtienen conocimientos “externos” a la persona; una retroalimentación constante que permite ser más sabio cuanto más ambicioso se sea en este sentido, de modo que la búsqueda del perfeccionamiento como orador sólo puede llevar a la perfección moral.

Se podrá objetar que el sistema platónico, por ejemplo, tenía una finalidad similar, pero el hecho es que fue el propugnado por Isócrates el que prevaleció en una particular forma, si bien constituirá para siempre junto a la escuela platónica el armazón del concepto educacional griego, “las dos columnas del templo⁷¹⁹” de la cultura griega clásica: retórica y filosofía, nacidas del tronco común de la poesía, de la mano de los dos grandes maestros, Isócrates y Platón. Pues en el fondo, lo que entendemos como humanismo no es sino un río circular donde ambas corrientes confluyen para regar, como lo hicieron con la *paideia* griega, los diversos ámbitos de nuestra cultura, aunque tal vez en distinto grado cada uno⁷²⁰; una especie de serpiente *ouroboros* que aún nos sigue fascinando mientras nos educa (o viceversa).

Este camino formativo de la persona a través de la lectura e imitación de la virtud ha sido y sigue siendo una constante en la educación de Occidente, a la vez que un debate abierto y aún no del todo superado. En el Imperio de Oriente, esta tradición dará sus frutos de manera muy temprana, como cosecha de un sistema educativo nunca interrumpido del todo. Pues aunque el cristianismo, como vimos, se mostró en un principio reticente y blindado frente a todo lo que procedía del mundo pagano, pronto entendió la utilidad y el enorme poder de la retórica, de modo que no tardó en surgir una versión

⁷¹⁹ En palabras de MARROU, H. I., *op. cit.*, pp. 124-125.

⁷²⁰ JAEGER, W., *op. cit.*, pp. 831-832.

cristiana de la segunda sofística, con su afán de imitación aticista y la continuidad de los métodos educativos considerados ya clásicos.

II. 1. 2. La importancia de la Retórica en el mundo bizantino.

Pero detengámonos por un instante en la situación de la retórica en Bizancio. Su importancia llega a ser tal que invade todos los ámbitos, y sin embargo, son frecuentes entre los filólogos afirmaciones como que no hay aportaciones reales ni evolución en este campo por parte de los bizantinos, o que el academicismo seguido por sus obras, fuertemente imbuidas del espíritu retórico, las convierten en producciones monótonas e invariables a lo largo de los siglos⁷²¹.

Esta sumisión obsesiva a los cánones de la retórica, en especial de época imperial, es evidente, pero cabría preguntarse el por qué de esa predilección, y para ello habría que remontarse de nuevo a la Historia del Imperio de Oriente. Como ya señalamos al hablar de la “confusión” de géneros que se produce de manera paulatina con el fin de lo que consideramos el periodo clásico, el profundo cambio que supone el paso de un sistema político de *poleis* autogobernadas, con distintos sistemas y relaciones de dependencia, hacia otro de corte monárquico que culminará no ya con el dominio romano, sino con la evolución de ese dominio hacia un gran Imperio de carácter unipersonal, ese cambio, decíamos, sacude todos los aspectos de la vida diaria e intelectual de

⁷²¹ Al respecto, cf. MULLET, M., “Rhetoric, theory and the imperative of performance: Byzantium and now”, en JEFFREYS, E. (ed.), *Rhetoric in Byzantium*, Aldershot 2003, pp. 151-170, donde se hace una llamada de atención hacia esta consideración tradicional de la retórica en Bizancio, y del generalizado concepto de *letteraturizzazione*, como afirmaba KENNEDY, G. A. en *Classical Rhetoric and Its Christian and Secular Tradition from Ancient to Modern Times*, University of North Carolina Press, 1999, p. 3 *et passim*, sin tener en cuenta, a su juicio, ni el contexto original de los textos retóricos, ni otros parámetros como el hecho de que los géneros retóricos respondían a una demanda social y eran interactivos, o que tenían muy diversas funciones en el día a día de los ciudadanos (estructurar el proceso político, facilitar la comunicación o expresar las realidades cotidianas como el luto, p. ej.) en los distintos niveles sociales, desde Palacio hasta las casas más humildes. Aboga, pues, por un acercamiento nuevo al fenómeno retórico en Bizancio desde el prisma de las nuevas herramientas teóricas de que disponemos.

los territorios culturalmente griegos, que en general diferían del resto del mundo romano en preferencias y actitudes.

De nuevo aquí se dan cita diversos factores para dar lugar al carácter de lo que luego conoceremos como Bizancio y a su pasión por la retórica. De un lado, el ya mencionado cambio político, con el poder cada vez más concentrado en una sola persona, finiquita el género deliberativo tal y como se entendía en la Antigüedad, y afecta de manera directa al género judicial, toda vez que el emperador se constituye en νόμος ἔμψυχος, como veremos, y su palabra es ley. A pesar de ello, en el ámbito romano prevaleció el gusto por ese género frente al epidíctico, que en Oriente, favorecido por su evolución posterior, siguió floreciendo e impregnando cualquier otro género.

Señala Hunger⁷²² que los principales elementos que contribuyeron al mantenimiento de la retórica, de un modo a veces forzado incluso o artificial, en el mundo bizantino son la función política del género y su adopción por parte de la Iglesia. En efecto, a partir de la consolidación del sistema imperial en el mundo romano, los escritos oficiales (leyes, órdenes, etc.) van recargando una lengua supuestamente imparcial y neutra con elementos cada vez más propagandísticos, que poco a poco refuerzan no sólo el puesto del emperador, sino que conformarán, junto a otros aspectos, toda una ideología imperial que late con fuerza en el Imperio de Oriente.

De manera paralela, grandes autores cristianos, formados en la misma educación retórica que los paganos, comprenden el valor del género como instrumento de difusión y pronto lo adaptarán a sus escritos catequéticos y de *kerigma*, creando con ello una tradición que se seguirá en toda la Historia bizantina. La particular configuración del Imperio de Oriente como sistema político directamente manejado e influido por Dios, como analizaremos en otro apartado, es decir, la conversión del modelo heredado de Roma en un modelo cristiano, no hará sino reforzar los lazos y la imbricación de los elementos

⁷²² *Bvζ. Λογ.* (I), p. 129 y ss.

políticos y retóricos al servicio de la institución imperial y el funcionamiento del nuevo Estado. La ideología política bizantina deviene en un producto netamente cristiano, y las dos corrientes señaladas por Hunger interactúan y se retroalimentan continuamente.

En este sistema además, el dominio de la retórica es un signo de distinción social, tanto por la enorme influencia que ejerce el grupo con acceso al poder político, como por el hecho de mostrar el haber disfrutado de una formación que en la práctica llegaba a unos pocos, pues aunque no estaba limitada a personas pudientes, lo cierto es que sólo los grandes centros culturales del Imperio ofertaban educación media y superior. Por ello, la gran masa ciudadana carecía de formación retórica distinguida, pero tampoco eso significaba que todo ciudadano con amplia formación prosperase en la corte o los altos cargos políticos, como lamenta en el relato de sus cuitas el conocido Πτωχοπροδόμος⁷²³, lo que indica que era posible contar con una esmerada educación y sin embargo quedar fuera del circuito del poder.

Las élites, pues, que forman el aparato estatal bizantino constituyen además una especie de aristocracia con una exquisita formación retórica; un círculo cerrado que se expresa desde la conciencia de estar dirigiéndose a otros miembros del grupo, y de ahí recursos como el obstinado silencio acerca de nombres, fechas y otros datos, o el empleo de términos arcaizantes para denominar pueblos, elementos típicos, por ejemplo, de la historiografía. Esto se ve favorecido por el carácter verbal de la producción literaria bizantina, compuesta casi toda para ser leída ante personas del mismo entorno. En los ya

⁷²³ HUNGER, H., *Bυζ. Λογ.* (I), p. 131, donde aporta otros ejemplos. Πτωχοπροδόμος es el protagonista de un grupo de poemas de época de los Comnenos (s. XII), de autoría discutida, aunque se presumen anónimos. Casi todos hablan de temas que se suponen autobiográficos, siendo uno de ellos el lamento de alguien que se ha dedicado al estudio por consejo de su padre, pero ahora, privado de otros conocimientos, como tendría cualquier artesano, se muere de hambre y sólo tiene papeles que llevarse a la boca. Sobre la obra, cf. BECK, H. G., *Ιστορία της Βυζαντινής Δημόδους Λογοτεχνίας*, Atenas 1988, pp. 171-176, con bibliografía al respecto.

mencionados *theatra*, especie de círculos literarios donde se declamaban discursos y otras composiciones, se daba rienda suelta a este sentimiento de pertenencia a un exclusivo club, mientras unos miembros juzgaban el correcto empleo de los recursos comúnmente conocidos. La repetición de terminología y lugares comunes acabará influyendo de algún modo en el resto de la sociedad.

Así, las imágenes que va modelando ese grupo ligado al emperador y al vértice de la pirámide política, se implantan poco a poco en el cuerpo social a través de la iconografía, las aclamaciones al soberano o las fórmulas de salutación, entre otros, algo que revierte en el reforzamiento del propio sistema que ha creado esa ideología, lo que contribuye a su mantenimiento. Como señala Hunger⁷²⁴, Bizancio era consciente de que el influjo de la retórica cimentaba la estructura de su edificio político, y de ahí el evidente interés de sus más poderosos representantes, emperador e Iglesia, en una adecuada formación de los funcionarios del Estado, como factor estabilizador del sistema, garantía de su perduración.

Podría decirse, con Dennis⁷²⁵, que en Bizancio funciona una doble ortodoxia o doctrina correcta: la religiosa, expresada a través de la liturgia a los fieles, y la política, trasladada a los súbditos por medio de la retórica imperial gestionada por una élite letrada. Este tándem es tan inseparable como sagrado en el entorno bizantino, y este hecho condicionará el funcionamiento y expresión de las formas retóricas, como es el caso de los encomios reales o los preámbulos a las distintas leyes.

Pero sin duda, el aspecto más negativo de este obsesivo interés por la retórica se halla en el olvido de los principios que laten bajo todos esos ejemplos que se pretenden imitar. La oratoria en Bizancio se convierte muy a menudo en un mero decorado en el que destacan figuras, citas, adornos que

⁷²⁴ *Bvζ. Λογ.* (I), pp. 136-137.

⁷²⁵ DENNIS, G. T., "Imperial Panegyric: Rhetoric and Reality", en MAGUIRE, H. (ed.), *Byzantine Court Culture from 829 to 1204*, Washington 1997, pp. 131-140.

demuestren cuán iniciado se está en la materia, pero sin perseguir (ni acercarse) al fondo de aquellos grandes autores del pasado. A esto se añade el hecho de aferrarse a una forma literaria de la lengua cada vez más artificial para los hablantes, que requería y demostraba, una vez más, una profunda formación, pero que no dejaba de ser ajena e impostada en la mayoría de los casos, y de ahí su rigidez y la nula sensación de viveza que a menudo nos transmite. El ático purista deviene en otro ejercicio más.

Esto ha sido señalado por Jenkins⁷²⁶ junto a otra reflexión que nos devuelve a los recelos de Platón sobre el uso de la retórica: si finalmente no habrá resultado pernicioso en una sociedad en que los ciudadanos que accedían a la educación plena trabajaban durante años con ejercicios como la ἀνασκευή / κατασκευή, en que se defendía una idea y a continuación se refutaba. Es decir, si los temores de Platón, exorcizados por Isócrates con una perspectiva y aplicación ética de la retórica, no se habrán hecho realidad al imitarse solo el molde y no el fondo, y pone como ejemplo la fama de areros que pronto se ganaron los bizantinos en Occidente, nunca desaparecida del todo. Se podrá aducir que es cuestionable el efecto moral de la insistente educación retórica bizantina, pero lo que sí resulta obvio es la paulatina pérdida de vivificante savia en la producción oratoria una vez apagada la llama de lo que consideramos clásico, incluso en aquellos momentos en que vuelva la admiración por la Antigüedad.

Y sin embargo, a pesar de esa omnipresencia de la retórica en el mundo bizantino, no hubo un replanteamiento de sus principios teóricos, o al menos, no de manera profunda como podría esperarse en un principio. Como en muchos otros aspectos, el mantenimiento de unos cánones que se ajustaban y servían a sus necesidades ideológicas se consideró como algo imprescindible y vital. En este caso, las bases del entramado retórico que sustentaba el sistema

⁷²⁶ JENKINS, R. J. H., "Hellenistic origins", pp. 45-46.

seguían siendo perfectamente válidas, por lo que se siguieron aprendiendo y transmitiendo casi sin cambios.

¿Debemos decir, pues, que los bizantinos no aportaron nada a la teoría de la retórica? Lo cierto es que su labor en este sentido se circunscribe casi por completo a los comentarios de obras teóricas anteriores, consideradas ya como canónicas. El gran triunfador, tras algunas disquisiciones, sobre todo, por parte de los neoplatónicos, había sido finalmente Hermógenes junto con Aftonio y sus *progymnasmata*, y serán estas las obras más comentadas por los bizantinos. A partir de los siglos V-VI ya existía un *corpus* escolar que incluía los ejercicios de Aftonio y las obras *Περὶ στάσεων*, *Περὶ εὐρέσεως*, *Περὶ ἰδεῶν* y *Περὶ μεθόδου δεινότητος*, de Hermógenes. Los escolios y comentarios a cada parte de este *corpus*, y en especial a la obra de Hermógenes (sobre todo, *Περὶ στάσεων*), son casi inabarcables, y de hecho, han sido poco estudiados aún⁷²⁷. Este afán comentarista llegó a producir series o cadenas de comentarios, al estilo de lo que se hacía con la Biblia o el Evangelio, dividiendo el texto en párrafos a los que se adjuntan comentarios existentes, con el nombre de sus autores.

Mención aparte en este sentido merece la figura de Focio, de cuyas obras se puede colegir un concepto estilístico nuevo y propio de su época, como ha señalado Kustas en su ya citado artículo, aunque sobre los moldes de la teoría hermogénica. Según este autor, precisamente ese momento de enorme interés por ampliar conocimientos e intercambiarlos, explica la actitud, un tanto escéptica, de Focio ante la teoría estilística de Hermógenes y la de sus opositores, que le resultaba restrictiva y poco flexible en comparación con su punto de vista. En el nuevo sistema ideológico del cristianismo, cada individuo es una realidad particular y concreta, como también lo es su relación particular con la divinidad, y ello implica en el campo estilístico una impronta diferente

⁷²⁷ Para bibliografía a este respecto y más datos sobre estos comentarios, cf. HUNGER, H., *Bυζ. Λογ.* (I), p. 142 y ss.

para cada uno, un reflejo de su personalidad y psicología, por encima de la forma utilizada para ello⁷²⁸.

De este modo, el acercamiento de Focio a cada autor, sus comentarios sobre su obra, presentan este enfoque “cristiano”, aunque renunciando a crear una nueva terminología para ello, sino basándose en la hermogénica, la única existente en realidad, de la cual extrae aquellos conceptos que se adaptan mejor a su concepción literaria, que en el fondo equipara ética y estilo, pues en este último se trasluce el alma de un autor⁷²⁹. E invirtiendo los términos, añadimos nosotros, es la imitación y seguimiento del estilo de los grandes autores cristianos lo que proporciona beneficios espirituales, por cuanto ello implica avanzar en el camino de la virtud. Tal vez de ahí se derive la preferencia declarada de Focio por los Padres de la Iglesia antes que por los clásicos, como Demóstenes.

Si, por otra parte, el cristiano debe mostrar correspondencia entre sus pensamientos y sus palabras, y todo ello debe ser coherente con sus actos, el estilo literario habrá de ser, necesariamente, una mezcla equilibrada de elementos en una forma de áureo término medio. Aunque se pueda hablar a grandes rasgos de lo que pueda ser un buen estilo, el factor individual como hecho diferencial impide que se establezcan unas normas que encorseten el estilo de cada uno, como postulan las teorías de la Antigüedad, en especial, la exitosa de Hermógenes⁷³⁰.

En realidad, Focio representa el cambio de mentalidad del mundo bizantino frente al helenístico, y en especial, la corriente de pensamiento que dio lugar al renacimiento de la época macedonia, como hemos visto. Sin embargo, sus reflexiones acerca de la indisoluble identidad entre personalidad y estilo pronto serán olvidadas, y el enorme magnetismo de la teoría

⁷²⁸ KUSTAS, G., *op. cit.*, p. 139.

⁷²⁹ *Ibidem*, p. 152: “It is not the style of [St.] Basil which is pleasant, but Basil himself; nor Isidore’s style, but Isidore himself, the Christian Muse, who is ‘varied’ ”.

⁷³⁰ *Ibidem*, 158-159.

hermogénica, con su cómoda ordenación de todos los aspectos relativos al estilo, seguirá fascinando a los bizantinos, aportándoles una herramienta no sólo para clasificar, sino para dictar normas concretas sobre la forma correcta de expresión literaria, lejos del inaprehensible concepto de Focio. Se seguirá, pues, empleando un sistema estricto de normas estilísticas, con referencia a un corpus idealizado, aunque en esta ocasión lo sea mayoritariamente de autores cristianos, que ya han llegado a ser clásicos en esta época (s. IX-XI). Solo en los siglos finales del Imperio se equilibra la proporción entre textos clásicos y cristianos como modelos estilísticos.

Así pues, y tornando a la relación de los bizantinos con la teoría retórica, además de las numerosas colecciones de comentarios y escolios a las que hemos hecho referencia más arriba, tenemos algunas reflexiones expresadas en las introducciones generales a los manuales de retórica, que constituirían la única parte “bizantina” de la obra. Estos prolegómenos solían construirse en función del esquema aristotélico de cuatro preguntas⁷³¹, o bien con una clara orientación práctica para su uso escolar, incluyendo una recapitulación de la Historia de la retórica desde sus inicios a la época dorada ateniense, y cuestiones sobre la retórica en sí, su esencia, partes y tipos, así como otras sobre los métodos de enseñanza; o, finalmente, con un contenido más bien filosófico, con planteamientos diversos a partir de los términos *λόγος*, *ῥήτωρ* y *ῥητορικὴ*, como una manifestación más de la eterna controversia entre retórica y filosofía, propia, en esta ocasión, de los s. IV-V.

No obstante, ninguno de esos acercamientos supone un paso adelante significativo en la teoría retórica. Tampoco los escasos ejemplos en que se hicieron esfuerzos teóricos individuales, como la obra de Sópatro *Διαίρεσις ζητημάτων* (s. IV), aunque resultan de interés sus “transformaciones” (*μεταποιήσεις*), o adaptaciones a prosa de textos poéticos, como la *Iliada*. También hubo varios autores que escribieron desde muy pronto obras sobre

⁷³¹ τὸ ὅτι, τὸ διότι, εἰ ἔστι, τί ἔστιν. Cf. HUNGER, H., *Bυζ. Λογ.* (I), p. 153.

figuras retóricas (σχήματα), una de las grandes preocupaciones de los retóricos clásicos y puntal para la elaboración de los discursos y demás ejercicios escolares⁷³².

Contamos además con unos cuantos intentos por clasificar la teoría de la retórica de un modo claro y conciso: José Racendites elaboró una enciclopedia de los saberes, en cuya cima colocó la retórica; conservamos una *Συντομὴ περὶ τινῶν μερῶν τῆς ῥητορικῆς* que ha sido atribuida a Gemisto Pletón; y por último, Mateo Camariota, μέγας ῥήτωρ de la Escuela Patriarcal ya tras la caída de Constantinopla, elaboró epítomes sobre el *corpus* de Hermógenes y Aftonio, que no aportan nada digno de mención. Y no concluiremos sin mencionar una actividad de carácter netamente bizantino: las versificaciones de algunos manuales como herramienta didáctica para facilitar la memorización, realizadas por autores tan significativos como Pselos (s. XI) o Tzetzes (s. XII).

Veamos a continuación un poco más de ese concepto educativo que se refunda de algún modo con las teorías isocráticas, hasta llegar a formar parte indivisible no sólo de la formación, sino de la propia cultura de Bizancio.

⁷³² Para más datos sobre todos estos intentos, cf. *ibidem*, pp. 158-159.

II. 2. LA RETÓRICA COMO SISTEMA EDUCATIVO DE CORTE ISOCRÁTICO.

Con Isócrates, pues, podemos hablar de las primeras instituciones serias para la formación en el arte del discurso, pero con un objetivo superior: la educación y perfección moral del ciudadano a través del trabajo con materiales elevados y con miras no menos elevadas. Con todo, su sistema produjo reacciones, sobre todo desde el ámbito de la filosofía, en esa eterna tensión suya con la retórica. De ese modo, sabemos⁷³³ que el propio Aristóteles comenzó a impartir unas clases de retórica a mediados del año 350 a. de C., que pudieron ser un germen de su posterior obra sobre el arte del discurso, o al menos de la perdida *Συναγωγή τεχνῶν*, una especie de estudio sobre la Historia de la retórica que incluía una recopilación de datos procedentes de manuales de oratoria, y que sólo conocemos por menciones de autores como Cicerón.

No parece que aquellas clases tuviesen un carácter sistemático, sino que más bien habrían sido una especie de complemento formativo con ejercicios de retórica, que no tuvieron continuidad posterior. Sí parece claro su objetivo: mostrarse como alternativa al sistema isocrático. De hecho, por aquel entonces Aristóteles debía de pertenecer a la Academia, y no es inverosímil que actuara animado por el propio Platón. Tal vez no les faltara razón del todo: en su *Antídosis*⁷³⁴, del año 354, Isócrates había aconsejado a los jóvenes no perder demasiado tiempo con lo que a él se le antojaban exquisiteces filosóficas que a nada de provecho conducían, muy en especial las teorías de los presocráticos y la idea gorgiana de que nada existe. Para Kennedy⁷³⁵, el hecho de que no

⁷³³ KENNEDY, G., *Classical Rhetoric*, p. 76, con referencias a los pasajes donde Cicerón y Quintiliano tratan la cuestión, que por otra parte, hemos citado más arriba.

⁷³⁴ 266-269.

⁷³⁵ *New History*, p. 47.

mencione en ese pasaje a Platón indica sin lugar a dudas que los fundamentos y objetivos de la Academia le parecían una pérdida de tiempo.

En todo caso, escuelas de retórica propiamente dichas sólo encontraremos después de Isócrates. Y es que hay otro concepto dentro del sistema educativo isocrático que contribuyó a su enorme éxito: la preeminencia de la cultura griega, pero en especial, de los valores emanados de Atenas, concebida como el verdadero ὀμφαλός de la civilización humana de su tiempo⁷³⁶. Es allí donde se dan las mejores condiciones para la práctica retórica y el ático es la forma más bella del griego en que esta práctica puede realizarse, por lo que, a su juicio, es lógico que allí hayan surgido los mejores oradores⁷³⁷.

Tal vez el brillo de la gloria de su ciudad y sus logros intelectuales impedía a Isócrates ver las sombras de su imperialismo⁷³⁸, o tal vez prefirió llevar gafas oscuras para no verlas porque lo consideraba necesario por razones políticas, como acicate para la autoestima de la polis que garantizara su supervivencia y hegemonía moral y cultural. Lo que sí podemos concluir es que, de un lado, ya se percibía que el dialecto ático era el más prestigioso, y de otro, que ese prestigio prevalecería en los siglos venideros, tanto como para dar lugar a una diglosia, esa especie de esquizofrenia entre lengua culta/escrita y lengua popular/hablada, que ha llegado prácticamente hasta hoy.

Ahora bien, no disponemos de ningún manual o tratado compuesto por Isócrates, ni conocemos a ciencia cierta cómo impartía sus clases o cómo ponía en práctica su método, salvo por referencias posteriores que parten de hechos conocidos y no aclaran demasiado⁷³⁹. A pesar de su declarada inquina por los

⁷³⁶ Sobre esta idea isocrática del primer puesto de la cultura ateniense, JAEGER, W., *op. cit.*, pp. 865-867.

⁷³⁷ *Antídosis*, 295-296. Sobre esta idea, cf. MARROU, H. I., *op. cit.*, p. 120.

⁷³⁸ KENNEDY, G., *Classical Rhetoric*, p. 41.

⁷³⁹ Por ejemplo, Cicerón, que lamenta en *De inventione* II, 7 no poder localizar sus *praecepta*: “Nam fuit tempore eodem, quo Aristoteles, magnus et nobilis rhetor Isocrates; cuius ipsius quam constet esse artem non invenimus”. O también Quintiliano, que en sus *Institutiones*, II, 15, 4, habla del concepto de δύναμις como propio de Isócrates, aunque no puede

autores de manuales anteriores a él, bastante metomentodos y codiciosos a su parecer⁷⁴⁰ y centrados en palabrerías y otros trucos, es probable que trabajase con algún tipo de normas o principios que habrían recogido sus discípulos a partir de sus clases, o bien estarían redactados por el propio Isócrates⁷⁴¹, pero si fue así no nos ha llegado nada. No obstante, podemos hablar de dos aspectos básicos en los que incidiría su sistema: composición y estilo.

En su discurso *Contra los sofistas* (16-18) encontramos la que probablemente sea la primera mención consciente de tres de las hasta cinco partes que luego la retórica reconocerá: habla de la búsqueda de ideas o temas, lo que más tarde constituirá la *inventio* o εὑρεσις; temas que el alumno tendrá que aprender a organizar y emplear en el momento oportuno (καιρός), algo que no es sino la *dispositio* o τάξις; finalmente, habrá de adornar el discurso de un modo adecuado, con lo que estamos ante la *elocutio* o λέξις⁷⁴², mientras que la elegancia y el decoro serán dos de las cualidades imprescindibles en un buen estilo.

De todos estos elementos, es del estilo de lo que podríamos hablar más, y ello en función de los discursos que nos han llegado, pues acerca de sus ideas y enseñanzas sobre la composición de estos apenas tenemos, una vez más, algunas referencias, como la de Quintiliano (IV, 2, 31), cuando dice que la mayoría de los autores, y en especial los seguidores de Isócrates, buscan

asegurarle a ciencia cierta: “Haec opinio originem ab Isocrate, si tamen re uera ars quae circumfertur eius est, duxit”. Para otras referencias, cf. KENNEDY, G., *New History*, p. 48.

⁷⁴⁰ *Contra los sofistas*, 19-20. Como apunta JAEGER, W., *op. cit.*, p. 847, la postura de Isócrates a este respecto está contra la aplicación maquinal de técnicas, que coartan la expresión del espíritu del alumno, y que se aprenden por sistema, sin más: “busca un camino intermedio entre la sublime teoría y la técnica rutinaria, y cree encontrarlo en la modelación artística de la forma”.

⁷⁴¹ En opinión de KENNEDY, G., *New History*, p. 48.

⁷⁴² Faltaría la memorización o *memoria* (μνήμη), añadida en el siglo I por los oradores latinos, y la acción oratoria o *pronuntiatio* (ὑπόκρισις), también de esta época, aunque ya había sido propuesta por Aristóteles en su *Retórica*, y que trataría de las técnicas de la “puesta en escena” del discurso.

claridad, brevedad y verosimilitud en la *narratio*⁷⁴³ (o parte de la *dispositio* donde se exponía el tema y sus detalles).

En cambio, su estilo ha dejado clarísimas huellas en toda la literatura posterior, sobre todo con el desarrollo del aticismo, que enseguida lo incluiría en la lista de autores imitables, junto a Demóstenes, el propio Platón o Jenofonte, entre otros. Sus discursos tienen un aire de elegancia y sencillez muy cuidada; son ejercicios donde las formas y la expresión han sido cuidadosamente pulidas; donde nada se ha dejado al azar, pero lejos de la rimbombancia o la alharaca. Se leen con comodidad a pesar de sus largos periodos, sin el obstáculo del rebuscamiento o el uso excesivamente poético de las palabras, donde predomina la claridad expositiva. Verdadera obsesión en su prosa era evitar el hiato entre palabras, o sea, una secuencia de vocales entre el final de una y el comienzo de la siguiente, y que ha pasado a ser un recurso clásico en retórica.

En toda esta búsqueda de la belleza formal se trasluce la influencia de la poesía, cuyo papel educativo habría heredado la retórica para Isócrates, y que a la larga tanto se vería influida por el desarrollo de esta última. Resulta significativa esta equiparación que en ocasiones sugiere el orador ateniense con los grandes autores de la poesía o de las artes plásticas, como veremos al comparar el *Evágoras* con la *Vita*, pues implica una conciencia de estar haciendo algo novedoso pero de tanto valor para la cultura griega como el que tenían esas obras que ya se consideraban maestras; la clarividencia, en suma, de la cultura griega de su época, que se sabía en la cumbre. Es probable que Isócrates considerase que, igual que en esos campos se había alcanzado el esplendor, él iba a conseguir un puesto similar para la retórica, dignificándola y embelleciéndola con un uso correcto, adecuado y beneficioso.

⁷⁴³ "Eam (=narrationem) plerique scriptores maximeque qui sunt ab Isocrate volunt esse lucidam brevem veri similem".

Recordemos, por otra parte, que sus discursos se diseñaron por escrito y nunca fueron piezas para pronunciar en vivo, sino que fueron trabajados a conciencia antes de ver la luz, hecho que permitía a su autor cuidar el texto y limarlo hasta que presentase un aspecto satisfactorio para su nivel de exigencia. Pero esto también tiene un fundamento ideológico.

Ya hemos señalado que para Isócrates la oratoria es una filosofía, un camino de virtud y un enorme servicio a la polis, muy superior a los pleitos cotidianos en los que tenían que tomar parte los *politai*, para lo cual recurrían a logógrafos o sofistas. No. La retórica es un arte que apunta a lo más alto, no un mero instrumento para defenderse ante un tribunal, sino un medio para alcanzar la virtud. Por ello no le interesa la retórica judicial que se presenta ante los tribunales, ni la deliberativa, que plantea una toma de postura o decisión ante un hecho político; su medio será la retórica epidíctica⁷⁴⁴, que centra su objetivo en la valoración de lo bello o lo feo, en el elogio o reprobación de algo. Es un alarde de dominio lingüístico a la vez que persigue ideas nobles y virtuosas, y es el cauce ideal para hacer oratoria *política*, entendida como algo útil y beneficioso para la polis, porque además está ligada a las grandes ocasiones de la ciudad (ceremonias, funerales, etc.).

Quien domina la compleja retórica epidíctica es también capaz de dominar cualquier otro uso retórico, y eso la corona como la reina del género, tanto por el provecho que reporta al orador como a su público, siempre que tenga un noble uso. El discurso ideal para Isócrates tratará, pues, sobre algún tema de interés general y considerable importancia, permitirá al orador desarrollar sus cualidades y al auditorio cultivarse a la vez que disfruta con su forma y contenido. De nada sirven los vanos artificios, la palabrería huera, el

⁷⁴⁴ En el siguiente apartado volveremos de nuevo a la división clásica entre retórica judicial, deliberativa y epidíctica, establecida formalmente por Aristóteles en su *Retórica*, aunque una primera formulación o acercamiento a la cuestión aparecía en el capítulo primero de la *Retórica a Alejandro*, algo anterior, en un principio atribuida a Aristóteles, como veremos también allí.

encomio como ejercicio sin más, como sucede con los llamados *παράδοξα ἐγκώμια*, como los dedicados a la muerte o la pobreza⁷⁴⁵.

Por otra parte, y como señala Marrou⁷⁴⁶, según la visión isocrática conocer el arte de la palabra era desarrollar una facultad intrínseca en el hombre, como es la de pensar; la elocuencia “servía de vehículo de todo aquello que hacía al hombre verdaderamente hombre, de todo el patrimonio cultural que distinguía al civilizado del bárbaro”. El discurso, además, actuará como correa de transmisión de las ideas del orador, y con ello introduce la cuña de su influencia en la sociedad, y otorga un nuevo e importantísimo puesto a la retórica en el ámbito político: dejará de ser un modo de participación en la vida de la *polis* para constituir el género autónomo, maduro y valioso que conocemos, como medio de expresión de opiniones y pensamiento, que a partir de entonces brillará con luz propia. Y esta es una de las claves del éxito del discurso isocrático y su extraordinaria difusión; basta con pensar en el prodigioso desarrollo del encomio y su papel en la educación a partir de la obra del orador ateniense.

Aunque él no elaboraba sus discursos para declamarlos en esos fastos, eran el punto central de su escuela por su utilidad moral, y lo que es más

⁷⁴⁵ Citados por Menandro en el pasaje 346, 17-19 de la mencionada edición de GASCÓ, F., GARCÍA GARCÍA, M. y GUTIÉRREZ CALDERÓN, J. Atribuye el de la muerte a Alcídamente, discípulo de Gorgias y rival de Isócrates, y el de la pobreza a un cínico llamado Proteo, conocido por referencias de autores como Luciano. Los encomios paradójicos eran un ejercicio muy querido por los sofistas, consistente en elogiar a personajes míticos de connotaciones negativas, como Helena, pero igualmente cosas nimias o indeseables, como la sal, algo que también refiere Menandro en 332, 26. El posterior desarrollo de la oratoria junto a la obsesión por el aprendizaje de las técnicas del discurso epidíctico y el manierismo de su ejecución, hicieron de estos encomios un reto para cualquier orador que quisiera mostrar tanto su ingenio como el perfecto dominio del género, y llegan a producir toda una tradición en este sentido. Como ejemplos podemos citar los conocidos elogios de la mosca de Luciano, o el de la calvicie de Sinesio, y ya en el ámbito bizantino, el de la chinche o el piojo de Pselos, recogidos en la edición de LITTLEWOOD, A. R., *Michaelis Pselli Opera Minora*, Leipzig 1985 como *orationes* 29 y 28 respectivamente. En esta última reconoce Pselos que su amor por los inquilinos capilares no va más allá del interés por mostrar a sus discípulos la capacidad de la retórica y aportarles ejemplos tan disparatados como válidos.

⁷⁴⁶ *Op. cit.*, p. 259.

importante para nosotros, convirtieron al discurso en un producto cuasi literario por su carácter escrito, y es ese ejercicio / literatura el que centrará el curriculum posterior de las escuelas de la Antigüedad tardía y el Medievo, hasta pasar al Renacimiento. La idea isocrática de la formación oratoria, tal y como él la entendía, como base indispensable en la educación, tanto del buen gobernante como de los ciudadanos llamados a ocupar cargos de relevancia en la sociedad, se ha mantenido inalterada casi hasta nuestros días, cuando nuevas corrientes de pensamiento han desplazado a la retórica de su secular hegemonía, con unos resultados que no cabe evaluar en este trabajo.

No obstante, y a pesar de la enorme influencia de Isócrates en la educación posterior, no se debe olvidar el peso de la escuela filosófica (platónico-aristotélica), y de ahí que muchos autores modernos señalen dos corrientes o tradiciones en la retórica, una de corte isocrático y otra aristotélica, basándose en un pasaje de Cicerón⁷⁴⁷ donde habla de dos líneas de enseñanza surgidas a partir de estos dos maestros: una de ellas se centraría en la reflexión filosófica, sin dejar del todo el estudio de la retórica, mientras que la otra tendría como único punto de atención la oratoria, cuando en su opinión es necesario aunar estas dos tradiciones en el hombre de Estado ideal.

En la tradición isocrática, pues, imperan el lenguaje escrito y la retórica epidíctica; el estilo sobre la argumentación; la práctica sobre la teoría abstracta. Eso sí, como señala Kennedy⁷⁴⁸, no deja de ser heredera de la denostada sofística, pues su método principal es el aprendizaje a través de la imitación de discursos leídos o pronunciados por un maestro. Pero bien seamos sus detractores o defensores, no cabe duda de que la sistematización de la ideología isocrática y conversión en método educativo, cuyo germen se implantó en su escuela, sentó unas bases inamovibles en muchos siglos y

⁷⁴⁷ *De Inventione*, II, 8: “Ex his duabus diversis sicuti familiis, quarum altera cum versaretur in philosophia, nonnullam rhetoricae quoque artis sibi curam assumebat, altera vero omnis in dicendi erat studio et praeceptione occupata”.

⁷⁴⁸ *Classical Rhetoric*, p. 45.

produjo innumerables frutos, algunos más dulces que otros. Nuestra formación es heredera en muy alto grado de esta tradición, con algo de la rama filosófica, y por ello debemos un justo reconocimiento al orador que incluyó en el grupo de los Ἕλληνας a todos cuantos hemos participado de la educación griega; al anciano que, cuentan, se dejó morir de inanición en el alma al ver pisoteados esos sus caros y altos ideales.

II. 3. EL ENCOMIO, PIEZA BÁSICA DE LA RETÓRICA EPIDÍCTICA.

Llegados a este punto, y antes de abordar el estudio comparativo entre el *Evágoras* y la *Vita*, consideramos necesario referirnos de algún modo al encomio y a la forma del llamado βασιλικὸς λόγος, que verá precisamente en el *Evágoras* uno de sus principales modelos. Para ello habremos de hacer un poco de historia, y volver a los manuales de retórica y a los famosos *progymnasmata*.

En realidad, lo que consideramos como género epidíctico engloba una serie de composiciones diversas que la literatura (oral o escrita) griega fue produciendo desde sus inicios, y que incluye discursos fúnebres, a los dioses, elogios a personas o ciudades, etc. No era, pues, un género establecido desde un principio, del que surgirían ramificaciones posteriores, sino al contrario, un conjunto de expresiones de lo que nosotros consideraríamos hoy oratoria, que luego se sistematizaron como pertenecientes a una misma rama con el paso de los siglos, en tratados como el de Menandro.

Señala Gascó en su Introducción a dicho tratado⁷⁴⁹ que cuando Aristóteles plantea en su *Retórica*⁷⁵⁰ su conocida división de géneros en función del auditorio, deja en el apartado epidíctico a ese cúmulo heterogéneo de composiciones que percibía como algo claramente distinto al género judicial y deliberativo, que sí contaban con unos márgenes definidos. Su reflexión, no obstante, era acertada al atribuirles un “algo” común como para hacerlas pertenecientes a un mismo grupo, aunque renunciando a desenmarañar la situación que ya en su época se observaba⁷⁵¹.

Estos tres géneros, pues (judicial, deliberativo y epidíctico), se conciben por su relación con el auditorio, al que de algún modo se le pide que juzgue (en calidad de κριτής) el discurso, o no (esto es, que lo presencie en calidad de

⁷⁴⁹ *Dos tratados*, p. 21.

⁷⁵⁰ I, 3, 1 y ss. (1358a36 y ss.)

⁷⁵¹ BURGESS, T. C., *op. cit.*, p. 92 y ss., analiza cómo entendían distintos autores de la Antigüedad ese concepto de lo epidíctico y su uso. Para el caso de Isócrates, cf. p. 97 y ss.

θεωρός). En la retórica judicial, un jurado decide sobre hechos pasados mientras que en la deliberativa, el público debe juzgar sobre lo útil o perjudicial de una decisión política (luego no suele ser cualquier público). Por el contrario, en la epidíctica, hay un ejercicio de observación del discurso en sí, en el que se elogia o reprueba algo, y sirve de lucimiento para el orador, por lo que el auditorio no está tan limitado como en los casos anteriores. Tampoco el objetivo es el mismo, pues aquí se busca conmover y no convencer de una postura concreta aportando argumentos. Igual que sucede en un espectáculo teatral, el público es un mero espectador, pero que disfruta con una obra bien hecha, se indigna o conmueve con sus pasajes y, en definitiva, saca sus conclusiones sobre la calidad de la obra⁷⁵².

De esta primera reflexión seria del asunto por escrito en el mundo griego, derivará la tradicional distinción de géneros, y del intento aristotélico de encontrar el fundamento y mecanismo del elogio, que podía aparecer aplicado a múltiples elementos (personas, dioses, ciudades, cosas, nociones...), el hecho de hayamos concedido a este elemento la categoría de condición *sine qua non* para que una obra pueda considerarse epidíctica. Por su parte, Isócrates aborda de manera indirecta en sus discursos la cuestión, cuando habla de πολιτικούς λόγους, δικανικούς λόγους⁷⁵³ y otras expresiones, en oposición a lo que él considera ἐπιδεικτικός λόγος⁷⁵⁴, aunque no establece una división formal al estilo de Aristóteles.

Mientras tanto, y aunque estos principios pasarían también al Occidente romano, el diferente genio del Lacio pronto dejó su propia impronta en su acercamiento a la oratoria. Si la incorporación de Roma al debate y teoría del arte retórico había dado lugar a grandes planteamientos y autores, como Cicerón, que habían llevado la cuestión a la dinámica del mundo romano,

⁷⁵² BURGESS, T. C., *op. cit.*, p. 92.

⁷⁵³ Por ejemplo, *Contra los sofistas*, 9.

⁷⁵⁴ Sobre el uso y significado del término ἐπίδειξις y sus derivados, cf. BURGESS, T. C., *op. cit.*, p. 97 y ss.

integrando la oratoria en su sistema educativo, a la larga se hizo patente la escisión entre el pensamiento romano y el griego. Igual que sucedió con tantos aspectos, el modo de pensar de unos y otros tuvo siempre preferencias concretas, que poco a poco harían divergir sus caminos.

En el caso de la retórica, Roma siguió la línea ciceroniana, más centrada en la oratoria deliberativa y judicial, mientras que los griegos prefirieron seguir la estela isocrática y su gusto por la epidíctica⁷⁵⁵. Es decir, los oradores romanos se mantuvieron fieles al gusto latino por la ley y sus entresijos, por la aplicación práctica y cotidiana de la racionalización del mundo, mientras que en Grecia (aun bajo dominio romano) se continuó el interés por la filosofía y el aspecto menos aprehensible de ese sometimiento del mundo al tamiz de la razón.

De este modo, el género epidíctico tuvo un amplio desarrollo en la parte oriental del Imperio, ya que además permitía alcanzar un cierto reconocimiento social y profesional del orador, a menudo miembro de la aristocracia, en lo que prefiguraba la situación habitual en Bizancio. El florecimiento de la epidíctica durante el periodo helenístico se puede calificar como espectacular, hasta tal punto que la cultura de esa época se considera sobre todo una cultura oratoria⁷⁵⁶, donde los discursos invaden casi todos los aspectos de la vida pública (escuelas, fiestas, ceremonias...). Este fenómeno se produjo apoyado en un desarrollo paralelo de las técnicas para dominar el arte de la elocuencia, con lo que asistimos a una sistematización enorme de las fórmulas, métodos y contenidos que se deben tener en cuenta para componer un discurso, a la par que su aprendizaje, siempre en escuelas superiores, conlleva años de formación, e incluso entraría en lo que modernamente conocemos como “formación permanente”.

Se podrá, sin duda, aducir que este complejo cúmulo de normas, instrucciones, reglas, etc. que se debían aprender a manejar para ser un buen

⁷⁵⁵ KENNEDY, G., *New History*, p. 201. Cf. GASCÓ, F., *op. cit.*, pp. 24-25.

⁷⁵⁶ MARROU, H. I., *op. cit.*, p. 260.

orador, se apartaba a menudo de las necesidades de la vida real, y que la retórica fue enfocando sus miras más hacia la forma que al contenido, de modo que esa obsesión por la declamación llevaba a alardes virtuosos como el *Elogio a la calvicie*, de Sinesio, ya en el s. IV. O bien a fijarse sólo en el perfecto empleo del ático y las estructuras o moldes establecidos ya como clásicos, en una tendencia que no haría sino aumentar. Pero esta no deja de ser una visión moderna de la cuestión: para los antiguos el edificio de la retórica, con sus múltiples compartimentos y escalones, conformaba el sistema estético⁷⁵⁷ de la prosa, y poseer su llave era tener acceso al dominio del logos: controlar sus normas permitía expresar cualquier idea llevando al límite, incluso, las técnicas y artificios de la palabra. Otra cosa es que existiesen suficientes talentos como para desarrollar esas posibilidades al máximo, y por ello pocos han brillado con intensidad en este campo (como sucede en los demás), entre una multitud de rétores mediocres en mayor o menor medida.

La expansión, con todo, de la retórica en época postclásica se continuó durante siglos. Ya con la Segunda Sofística, a partir del s. I de nuestra era, los profesionales de esta encontrarán en el género epidíctico una cómoda vía de expresión y modo de subsistencia, que les hará ascender rápidamente en la sociedad mientras son requeridos en distintas ciudades. Además, el modo de vida de aquellas urbes presentaba constantes oportunidades para hacer uso de los discursos de este tipo, ya en el plano civil o político (inauguraciones, visitas de personajes importantes, fiestas varias, certámenes, epitafios, etc.), ya en el religioso (himnos, festividades)... “Pocos temas y circunstancias en la época quedaban al margen de las composiciones epidícticas”⁷⁵⁸.

En todo este proceso el gran triunfador será el encomio, aunque su existencia en las letras griegas no era nueva, sino que se remonta a manifestaciones muy antiguas, como epinicios, epitafios o himnos a los

⁷⁵⁷ *Ibidem*, p. 269.

⁷⁵⁸ GASCÓ, F., *op. cit.*, p. 33.

dioses⁷⁵⁹. Igual que sucedió con otros géneros, pasó de la poesía a la prosa, donde en un principio se aplicó a personajes de la mitología, y no será hasta Isócrates cuando se dedique de un modo innovador a personajes reales y contemporáneos, con *Evágoras* como primer ejemplo⁷⁶⁰. En el discurso del mismo nombre, Isócrates se muestra consciente de estar haciendo algo distinto, cuando habla de las licencias permitidas a los poetas para introducir nuevas formas, figuras y metáforas, en contraposición a los oradores, mucho más limitados en sus posibilidades⁷⁶¹. A pesar de ello, él va a “intentar ver si la prosa puede también elogiar a los hombres buenos, de manera no inferior a los encomios hechos con cantos y versos”⁷⁶², porque, como afirma algo después, “el progreso de las artes y de todo lo demás no se produce por los que se mantienen en las ya conseguidas, sino por quienes las mejoran y se atreven siempre a cambiar lo que no está bien”⁷⁶³.

Siguiendo además el hilo conductor de sus ideas sobre la utilidad de la oratoria, añade Isócrates que si es capaz de conseguir su objetivo y hacer un “buen” encomio en prosa, logrará que la virtud de Evágoras resulte eterna; si los oradores siguen su ejemplo, esto redundará en la virtud de los jóvenes, que se afanarán en ella para poder ser elogiados:

Pero la palabra, si expone bellamente las hazañas de aquel, hará inolvidable la virtud de Evágoras entre todos los hombres. Sería preciso que también otros oradores elogiaran a los hombres que han resultado grandes en su misma época, para que los que pueden celebrar las hazañas de los demás se valieran de la verdad al hacer sus discursos ante gentes que conocen esas hazañas. Así también los jóvenes se dispondrían ante la virtud con más empeño, por saber que serán más celebrados por estos actos que les hacen a

⁷⁵⁹ BURGESS, T. C., *op. cit.*, p. 114. JAEGER, W., *op. cit.*, p. 848, por su parte, considera que el modelo de encomio para Isócrates reside fundamentalmente en los himnos, al igual que otros temas y elementos de la poesía han calado en su obra, y que el orador ateniense asume con ello el papel trascendental que el poeta tenía para la sociedad arcaica, que ahora habría pasado a los retóricos.

⁷⁶⁰ El otro gran ejemplo de cristalización de ese proceso de paso del epitafio al lenguaje en prosa será el *Agésilao* de Jenofonte.

⁷⁶¹ *Evágoras*, 9-10.

⁷⁶² *Ibidem*, 11.

⁷⁶³ *Ibidem*, 7.

ellos mismos mejores. Pero ahora, ¿quién no se descorazonaría al ver que los combatientes de la guerra troyana y sus descendientes son celebrados en himnos y tragedias, mientras que uno sabe que, ni aunque supere las virtudes de aquellos, nunca será considerado digno de tales elogios? (*Evágoras*, 4-6).

Este enfoque, pues, de la virtud de un individuo a través de sus obras, y el estudio de su carácter a través de ese prisma resulta novedoso, y sin embargo, a la postre se revelará como una forma imprescindible de la oratoria. “Sé que lo que pretendo hacer es difícil: encomiar con palabras la virtud de un hombre”⁷⁶⁴, afirma Isócrates, pero lo consigue (y crea toda una tradición a partir de ello) incluyendo el análisis de las cuatro virtudes sobre el carácter del personaje. Burgess⁷⁶⁵ ha señalado la enorme deuda de este punto de vista con las enseñanzas de Sócrates, y cómo son un aspecto que heredará el encomio a lo largo de su extenso recorrido en la literatura.

Tras este primer ejercicio conscientemente encomiástico, poco a poco se llegará a una situación uniforme y aceptada como un tácito acuerdo con respecto a las “normas” de este tipo de encomio, tal y como nos mostrarán los manuales de *progymnasmata*. De este modo, el esquema general del que pasará a ser el βασιλικὸς λόγος debe tocar los siguientes puntos: proemio o introducción (προοίμιον), origen (γένος), nacimiento (γένεσις), crecimiento / formación (ἀνατροφή), ocupación / actividades personales (ἐπιτηδεύματα), hechos / hazañas (πράξεις) –punto considerado como el más importante–, comparación (σύγκρισις) y epílogo (ἐπίλογος)⁷⁶⁶. Esta enumeración nos remite de algún modo al esquema utilizado por Isócrates en el *Evágoras*⁷⁶⁷, y sin duda al del encomio real del tratado de Menandro, como veremos más adelante, y al de la propia *Vita*.

⁷⁶⁴ *Ibidem*, 8.

⁷⁶⁵ *Op. cit.*, p. 116.

⁷⁶⁶ Para más detalle, cf. *ibidem*, p. 122 y ss.

⁷⁶⁷ BURGESS, T. C., *ibidem*, p. 126, nota 4, analiza la presencia de estos τόποι en el esquema del *Evágoras*.

No obstante, parece que existía bastante libertad a la hora de abordar los distintos apartados, que incluía la posibilidad de omitir alguno (por ej., si el origen del personaje no era nada encomiable, como aconseja Menandro), aunque también había lugares comunes que debían de ser del gusto del auditorio, pues se repiten con enorme frecuencia, como la comparación con Ciro al tratar los prodigios relacionados con el nacimiento⁷⁶⁸, o señalar la imposibilidad de abarcar con palabras lo inmenso del tema propuesto. La falta de una “normativa” estricta sobre el orden invalidaría algunas teorías, como la ya señalada de Alexander, sobre la existencia de distintos modelos sobre los que se habría construido la *Vita*, toda vez que cualquiera de esas variaciones estaba permitida en el concepto del encomio⁷⁶⁹, como veremos al contrastarla con el esquema de Menandro.

Sí resultan habituales determinados elementos, como la referencia a los antepasados del personaje objeto del encomio, su linaje o ciudad de origen; la ya citada presencia de hechos sobrenaturales en torno a su nacimiento; la formación recibida, con el tópico de Aquiles y Quirón como favorito; las aptitudes y aspectos más reseñables de su juventud; los rasgos más destacables (y elogiados) de su carácter y sus aficiones, que por lo general denotan elementos virtuosos; la división de los hechos entre aquellos en tiempos de paz y los realizados en momentos de guerra; y la presentación de estos en función de las cuatro virtudes socráticas, como señalábamos algo más arriba: justicia (δικαιοσύνη), templanza (σωφροσύνη), fortaleza (ἀνδρεία) y prudencia (φρόνησις), a las que se suele añadir la φιλανθρωπία, algo de lo que hablaremos en el apartado dedicado a la ideología política, y que podemos definir, *grosso modo*, como preocupación por el bienestar del súbdito o sentido humanitario, aunque esto último corre el peligro de evocar cualidades

⁷⁶⁸ También en la *Vita*: ἔδοξε γὰρ ποτε ἡ μήτηρ ὄραν μέγιστον ἐξ αὐτῆς ἀναβλαστῆσαι φυτόν, ὡς ἡ Κύρου μήτηρ εἶδε τὴν ἄμπελον (222, 2-4). Sobre todo esto se tratará más adelante, en este mismo capítulo.

⁷⁶⁹ Sobre el orden y las variaciones, cf. la anterior nota referida a BURGESS, T. C. (767).

demasiado modernas que nada tienen que ver con las de la época. A todo esto hay que añadir que el enfoque desde el punto de vista de las virtudes debe aplicarse incluso a aquellas características del personaje corporales o ajenas a su elección, y señalar, por ejemplo, su modestia frente a su belleza.

El análisis de todos estos elementos nos lleva a otra conclusión, que ya se atisbaba en el *Evágoras*, y es que el personaje idóneo para dedicarle un encomio será alguien que ostenta un alto cargo, y es evidente que la situación que poco a poco iría creándose desde el periodo helenístico en adelante favorecería el florecimiento del género. Si consideramos el enorme gusto por este tipo de composiciones que desde un principio se mostró en los territorios de lengua griega, y a ello le sumamos la coyuntura histórica que permitía la existencia de numerosas situaciones en las que se podían aplicar, es comprensible el extraordinario desarrollo del encomio en el Oriente griego y posteriormente en Bizancio. Añadamos a todo ello la enorme influencia de las distintas obras de los Padres de la Iglesia, de géneros en apariencia distintos, pero con aspectos panegíricos comunes: la *Vita Constantini*, por ejemplo, las hagiografías, oraciones fúnebres, encomios de santos y otros, cuya importancia a menudo se omite⁷⁷⁰. Es un hecho, pues, que en especial en el s. IV hay un auge en la producción de encomios que en realidad son soportes para una ideología imperial ya más que esbozada, con evidentes rasgos cristianos aunque muchos autores no sean conscientes de ello aún. Y que muchos de esos discursos (de Libanio, p. ej., o Himerio) pudieron servir de modelo a autores de la época del Porfirogeneta⁷⁷¹.

Y sin embargo, volviendo a la otra parte del Imperio, tampoco las letras latinas fueron por completo ajenas al encomio real, sobre todo en torno al s. III, cuando estas composiciones se convirtieron en una pieza imprescindible en el

⁷⁷⁰ Cf. PREVIALE, L., *op. cit.*, p. 85 y ss.

⁷⁷¹ HUNGER, H., *Bvζ. Λογ.* (I), p. 162, señala que casi todo lo que conservamos de estos autores lo debemos a Focio, y enumera cuáles son esas obras y sus ediciones.

funcionamiento de la institución imperial, como instrumentos de propaganda de los valores que garantizaban la continuidad del sistema. Con todo, mientras en el mundo griego hay una línea continua y una clara preferencia por este género, en el latino será algo más bien coyuntural⁷⁷².

También en lo tocante al estilo se habían seguido caminos algo diferentes. A este respecto, la oratoria romana siempre se basó en los tres *genera dicendi* (llano, medio y grande), cuyo conocimiento constituía según Cicerón y Quintiliano la clave para dominar la disciplina retórica, pues combinan *res et verba*, y además están directamente relacionados con los que se consideraban tres objetivos del *ars rhetorica*: *docere* (género llano), *delectare* (medio), *movere* (grande)⁷⁷³.

Autores como Demetrio⁷⁷⁴ ampliaron estos estilos a cuatro, incluyendo el persuasivo o convincente. En griego a menudo estos *genera* se designaban como *χαρακτῆρες*, algo así como “improntas” del estilo. Sin embargo, entre los griegos, a partir de Dionisio de Halicarnaso (s. I a. de C.) y sus apreciaciones sobre los *caracteres*⁷⁷⁵, como algo mucho más complejo que una división tripartita y en lo que intervienen diversos factores, caló de manera muy especial la doctrina hermogénica derivada de allí y sus *ideas* o formas del estilo. Y este es el camino que también habremos de recorrer nosotros, pues los manuales y los *progymnasmata* con los que se formarían los griegos desde entonces hasta nuestro Constantino, los orígenes de los moldes sobre los que se

⁷⁷² Sobre estos encomios latinos tardíos, cf. el interesante estudio de MACCORMACK, S., “Latin Prose Panegyrics: Tradition and Discontinuity in the Later Roman Empire”, *REA* 22 (1976), pp. 29-77.

⁷⁷³ LÓPEZ GRIGERA, L., *La retórica en la España del Siglo de Oro: teoría y práctica*, Universidad de Salamanca, 1995, p. 97.

⁷⁷⁴ Su tratado *Sobre el estilo* debió de ser compuesto en torno a la primera mitad del s. I a. de C., como señala KENNEDY, G., *Classical Rhetoric*, p. 130, si bien la tradición lo consideraba obra de Demetrio de Falero, peripatético del s. IV a. de C., tal vez por la coincidencia del nombre, aunque algunos datos presentes en el texto hacen inviable esa atribución. Más sobre esta obra *ibidem*, pp. 130-131.

⁷⁷⁵ Según él, existiría una forma ideal de estilo, compuesto por distintos elementos combinados de maneras diferentes. Cf. KENNEDY, G., *Classical Rhetoric*, pp. 131-132.

redactó la *Vita Basilii*, están fuertemente marcados por estas teorías, como veremos a continuación.

Según una tradición recogida por Cicerón⁷⁷⁶, que menciona a Aristóteles como su fuente, los primeros manuales de técnicas retóricas los habrían compuesto unos autores llamados Córax y Tisias⁷⁷⁷ en la Sicilia del s. V, de los cuales no nos han llegado nada más que referencias. En un pasaje del *Fedro*⁷⁷⁸ Platón hace un breve repaso a lo que podrían ser libros de la época con técnicas retóricas, y al sistema educativo de diversos sofistas, pero este “listado”, que incluye a Tisias, no nos aporta mucho más, ni tenemos otros restos o fragmentos. Sí parece probable que esos manuales a los que hace referencia Platón tratasen, en la mayoría de los casos, la cuestión en función de las partes del discurso, de modo que darían indicaciones sobre qué debe tratarse (o cómo) en cada una de esas partes, mientras que algunos proporcionarían ejemplos para su imitación. No debe olvidarse, por otro lado, que Platón alude también a las técnicas usadas por los sofistas, que en muchos casos no estarían recogidas por escrito en ningún sitio, dado el carácter itinerante y poco convencional de estos personajes⁷⁷⁹.

En todo caso, sólo hemos conservado de época clásica un par de obras, muy desiguales en su conjunto, pero más o menos contemporáneas: la *Retórica* de Aristóteles, y la *Retórica a Alejandro*. A la primera ya hemos hecho alguna referencia, aunque breve, ya que profundizar en una obra de estas características excedería con mucho los límites de este trabajo. La *Retórica a Alejandro* parece un manual al uso en su momento, es decir, no contiene

⁷⁷⁶ *Bruto*, 46-48, “Itaque, ait Aristoteles, cum sublatis in Sicilia tyrannis res privatae longo intervallo iudiciis repeterentur, tum primum, quod esset acuta illa gens et controversiae nata, artem et praecepta Siculos Coracem et Tisiam conscripsisse”.

⁷⁷⁷ En opinión de KENNEDY, G., estos autores en realidad serían la misma persona. Cf. *New History*, p. 34, donde comenta pasajes que aluden a ellos y aporta otros datos de interés.

⁷⁷⁸ 266d1-267d9

⁷⁷⁹ Sobre cómo podía ser esa primera fase de estudios retóricos y cómo enseñaban los sofistas, cf. MARROU, H. I., *op. cit.*, p. 78 y ss.

reflexión alguna sobre la teoría de la retórica ni aporta novedades terminológicas o de otro tipo; tan sólo trata de manera ordenada todos los temas relacionados con la técnica retórica al modo en que lo harían otros, como los mencionados por Platón.

De hecho, no parece que fuese muy conocido ni importante en su época, pero para nosotros tiene un gran valor por ser de los pocos libros de este tipo conservados. Debe su nombre a una carta introductoria que afirma que fue escrita por Aristóteles para su pupilo Alejandro, pero la crítica actual se inclina por pensar que esta dedicatoria es falsa, como sucede con muchas otras de este estilo. Sobre su datación, podemos fecharla como posterior al 341 a. de C. a partir de ciertas referencias que contiene⁷⁸⁰, pero su autoría no es tan fácilmente asignable. La atribución a Aristóteles no se sostiene demasiado, pues su relación con el famoso tratado aristotélico y otros escritos suyos que de algún modo abordan la cuestión es más bien débil. Por otra parte, hay alusiones a ideas de Isócrates, pero hoy por hoy plantear que pueda ser suya resulta ser algo más inconsistente aún que la teoría aristotélica, mientras que se estudia si el autor pudiera ser Anaxímenes de Lámpsaco⁷⁸¹, que también fue preceptor de Alejandro. Con todo, esta obra contiene algo interesante para nuestro estudio: las primeras referencias a los *progymnasmata*.

Ya vimos cómo tras Isócrates la retórica ha ganado la partida a la filosofía y se erige en parte fundamental del curriculum educativo, que en un principio había tenido un claro carácter privado (en su doble sentido de “a domicilio” y “pagado con fondos propios”) y restringido al mundo aristocrático. El paso a una concepción más civil que militar del ciudadano marcará también la difusión de la educación de corte aristocrático, pues

⁷⁸⁰ Para este y otros datos de interés sobre la obra, cf. KENNEDY, G., *New History*, pp. 49-51.

⁷⁸¹ Cf. RUIZ DE LA CIERVA, M^a. C., “Los géneros retóricos desde sus orígenes hasta la actualidad”, *Rhêtorikê* (Revista Digital de Retórica) #00, p. 6, nota 7. Señala la autora que aunque hay quien considera demostrada esta autoría, sigue sin existir unanimidad al respecto. Cf. KENNEDY, G., *Classical Rhetoric*, p. 24.

contenía esos principios que deben adornar a todo buen ciudadano, y de ahí surgirán las instituciones escolares en la época clásica⁷⁸².

La creciente demanda de ese tipo de educación, con un carácter ya colectivo e igualitario, no podía satisfacerse sólo con la formación particular personalizada a cargo de ayos o preceptores, como era tradicional entre las castas nobiliarias, aunque tampoco se vio suprimida del todo, si bien sólo al alcance de los más privilegiados. Del mismo modo, la enseñanza “estatal” (obligatoria, sin coste para el ciudadano y a cargo de los fondos públicos) era un lujo para la economía de las *poleis*, por lo que las primeras escuelas fueron privadas, y muchas de ellas mantuvieron siempre este carácter.

No obstante, la idea de la formación como algo fundamental para los ciudadanos propiciará una tendencia a sacar el sistema educativo del ámbito de los hogares privados e integrarlo en lo social, que poco a poco llevará a la creación de algunas escuelas públicas, cuya forma definitiva cristaliza en época helenística, cuando surge la figura del “benefactor” (εὐεργέτης), tan característica de ese momento histórico⁷⁸³. Este puede ser un particular o un soberano, que con sus fondos privados contribuye a la creación o mantenimiento de alguna institución, monumento u obra pública. A menudo se creaban fundaciones con una generosa donación con cuyas rentas se

⁷⁸² Cf. MARROU, H. I., *op. cit.*, p. 62 y ss.

⁷⁸³ Señala MARROU, H. I., *ibidem*, p. 151, que el evergetismo no sólo es la impronta del mundo helenístico y romano, sino que cuando decae, vencido por el deterioro económico de las clases que lo mantenían y el enfriamiento de los valores que lo alentaban (amor a la patria, p. ej.), el Estado se encaminará a una forma más totalitaria, de mayor intervención y presión fiscal. Por su parte, VARONA CODESO, P., “Contribución al problema de la cronología”, p. 746 y nota 36, recuerda que es una virtud cantada especialmente por los panegiristas cristianos y muy valorada en la persona del emperador dentro del mundo Bizantino, citando como ejemplo un pasaje de la ya mencionada *Eisagoge* (II, 3), donde se identifican soberanía y largueza imperial. Añadamos que en el mundo griego volverá la importancia de esa figura del benefactor muchos siglos después, cuando se gesta la Revolución y el nuevo Estado griego, y más tarde, con la aportación de los emigrantes griegos que alcanzaron la prosperidad fuera de su país. Aún hoy en día existen sonados ejemplos (Fundación Onasis o la de Stavros Niarjos), y es habitual ver edificios, monumentos u obras de arte donadas por modernos εὐεργέτες.

costeaban dichas obras o instituciones, y este será el caso de varias escuelas públicas de las que tenemos noticia⁷⁸⁴, aunque las privadas seguirán siendo las más habituales.

Como quiera que fuese, en época helenística ya existe un sistema escolar (con centros bien privados o públicos) que cuenta con una educación primaria y una secundaria⁷⁸⁵, antes de los estudios superiores, como puedan ser los de filosofía o retórica que venimos viendo. La formación, en todo caso, ha pasado a ser más intelectual que física: la que fuera disciplina reina en el mundo arcaico y clásico, junto a la música, iba poco a poco pasando a un segundo plano en beneficio de la lengua escrita y la cultura, digamos, literaria. El deporte y la música siguen teniendo un considerable peso en la sociedad, pero sobre todo en su vertiente profesional, de modo que son admirados en su ejecución y puesta en escena más que como parte del currículo educativo.

En las escuelas primarias se enseñan las primeras letras: leer, escribir, recitar, contar. Por su parte, en las secundarias el estudio de los clásicos⁷⁸⁶ ha desplazado ya del todo al tradicional sistema de memorización y repetición de obras poéticas consagradas, vigente aún en el siglo V, y se ha superado el arrebatado de originalidad que supuso la irrupción de los sofistas en ese método, para asentar esas aguas revueltas en los cauces de unos ejercicios de imitación y práctica según unos cánones éticos y estéticos. A juicio de Marrou⁷⁸⁷, esto se produjo por presión e influencia de los estudios superiores de retórica, que de algún modo forzaban a iniciar a los alumnos en las técnicas que luego habrían

⁷⁸⁴Cf. MARROU, H. I., *op. cit.*, pp. 151-152.

⁷⁸⁵ *Ibidem*, p. 138 y ss., donde trata también de la implicación del Estado en ellas.

⁷⁸⁶ Sobre todo, Homero y su *Ilíada*; los grandes líricos (Alceo, Safo...) y autores de epigramas como Calímaco; Eurípides con gran preferencia frente a Esquilo y Sófocles; Menandro y Aristófanes en época tardía. En prosa, los historiadores clásicos (Heródoto, Jenofonte, Tucídides...) y los principales oradores con Demóstenes a la cabeza, seguido de lejos por Isócrates. El estudio consistía básicamente en una correcta lectura, comprensión y el equivalente a nuestro comentario de textos, para ampliar a partir de ahí la formación moral y personal del alumno. Cf. MARROU, H. I., *op. cit.*, p. 215 y ss.

⁷⁸⁷ *Ibidem.*, p. 228 *et passim*.

de desarrollar allí, por lo que una parte de la materia era de carácter práctico, enfocado a los rudimentos de la composición literaria⁷⁸⁸. Dicho de otro modo, los “ejercicios preparatorios” o *progymnasmata* se introducen ya allí, en su versión más elemental, a pesar de las protestas de los retóricos o maestros de retórica superior, encargados del grado superior de formación, donde además de trabajar con la teoría de la retórica y la imitación de los ya considerados clásicos, se aplicaban todos esos principios en función de más ejercicios preparatorios, en un grado de complejidad mayor.

Estos ejercicios, con su enorme diversificación y tipología, estaban tan interiorizados por los autores que se habían formado en ellos, que fueron la base de grandes obras griegas y romanas, como las *Heroidas* de Ovidio, que se pueden ver como προσωποποιΐαι o personificaciones, un conocido y típico ejemplo de ellos, sin que eso menoscabe su calidad literaria. Por su parte, los bizantinos continuaron usando aquellos mismos *progymnasmata*⁷⁸⁹, así como los discursos “modelo” (μελέται, *declamationes*), aunque estos últimos, tras un primer periodo de florecimiento, con autores como Libanio o Himerio (s. IV), decayeron en época mesobizantina, donde probablemente se siguió utilizando este material, para retomarse en tiempos de los Paleólogos por autores como Paquimeres o Tomás Magistro.

Ya se ha señalado aquí que aunque hay referencias a obras o autores de *progymnasmata*⁷⁹⁰, sólo contamos con cuatro manuales de estos en griego, pues

⁷⁸⁸ Cf. HUNGER, H., *Bvζ. Λογ.* (I), p. 160, donde señala que ya desde la época de Hermógenes y Aftonio se consideraba que había que ir iniciando de manera paulatina a los alumnos en el vasto universo de la retórica.

⁷⁸⁹ Para un estudio detallado y exhaustivo de cómo se emplearon los manuales de *progymnasmata* en Bizancio, vide el extenso capítulo 3 de la antes citada obra de HUNGER, H., *Bvζ. Λογ.* (I), p. 161 y ss.

⁷⁹⁰ Cf. HEATH, M., “Theon and the history of the *Progymnasmata*”, en *Greek, Roman and Byzantine Studies* 43, nº 2 (2002/03), p. 129 y ss., donde enumera los testimonios existentes al respecto. Por su parte, MARROU, H. I., *op. cit.*, pp. 436-437, comenta un curioso manual de *Progymnasmata* compuesto en el s. XII por Nicéforo Basilaces, donde a los motivos clásicos se han añadido otros extraídos de la tradición cristiana, p. ej. las palabras que le dirigió David a Saúl cuando lo encontró dormido en una caverna.

el único conservado en latín es tardío (s. VI) y viene a ser una versión en ese idioma de los contenidos del de Hermógenes, que junto a los de Teón, Aftonio y Nicolás de Mira forman la mencionada tétrada⁷⁹¹. Todos ellos contienen ejemplos ilustrativos extraídos de obras clásicas y fuertemente asimilados por los alumnos, por lo que no hay que olvidar que en ocasiones el conocimiento que los bizantinos tendrían de algunos reconocidos autores no habría pasado de aquellas citas.

El de Teón, identificado por la *Suda*⁷⁹² como el sofista Elio Teón, es el más temprano (s. I)⁷⁹³, y contiene unas reflexiones preliminares que nos dan idea de cómo habían calado los principios isocráticos, pues insiste en la necesidad de la práctica incansable sobre esos ejercicios para poder convertirse en un buen orador, y en lo descabellado de lanzarse a buscar algo original sin estar muy bien formado en las pautas que describe su obra. En realidad, este concepto de repetición exhaustiva de modelos frente a lo que consideramos originalidad en nuestro mundo, fue durante muchos siglos un rasgo de virtud digno de elogio. Lo “original” no era tanto innovar en formas sino superar con habilidad y talento lo ya establecido dentro de sus propios cánones⁷⁹⁴.

⁷⁹¹ Sobre el contenido, estructuras, tipos de ejercicios, etc. de los *progymnasmata* conservados, *vide* REDONDO MOYANO, E., “Los progymnasmata”, en LOPETEGUI SEMPERENA, G. (ed.), *Retórica y educación. La enseñanza del arte retórico a lo largo de la historia*, Ámsterdam 2008, pp. 117-149.

⁷⁹² Theôn, theta 206: Θεών, Ἀλεξανδρεὺς, σοφιστῆς, ὃς ἐχρημάτισεν Αἴλιος. ἔγραψε Τέχνην, Περί προγυμνασμάτων, ὑπόμνημα εἰς Ξενοφῶντα, εἰς τὸν Ἰσοκράτην, εἰς Δημοσθένην, Ῥητορικὰς ὑποθέσεις: καὶ Ζητήματα περὶ συντάξεως λόγου, καὶ ἄλλα πλείονα.

⁷⁹³ No obstante, HEATH, M. dedica el antes mencionado artículo a plantear una datación más tardía, con diversos argumentos que apuntarían a otro autor llamado también Teón, pero del siglo V, frente al tradicional acuerdo que identifica la obra como propia del rétor del s. I, de manera inconsistente, a su juicio, algo que obliga a veces a complejas explicaciones. Por ejemplo, MORALEJO ÁLVAREZ, J. J. en “El mito en la retórica imperial (Elio Teón, Hermógenes, Apsines, Aftonio)”, en LÓPEZ FÉREZ, J. A., *Mitos en la literatura griega helenística e imperial*, Madrid 2003, p. 392, señala que su contenido original fue luego modificado en gran medida para ajustarlo a los posteriores manuales de Hermógenes y Aftonio, pero si la hipótesis de Heath es cierta, ese problema sería inexistente.

⁷⁹⁴ Como señala MORALEJO ÁLVAREZ, J. J., *op. cit.*, p. 393, en esta época se llega a una “cultura de museo”, donde se han “descompuesto los modelos clásicos” y se *com-pone* en

Volviendo a su mención en la *Suda* como autor de varias obras de temas retóricos, gramaticales y otros (ἄλλα πλείονα), tal vez ello sea un indicio de la importancia que su obra pudo tener entre los bizantinos, aunque el más influyente parece haber sido Aftonio.

Hermógenes de Tarso es el retórico griego con más peso y autoridad en el siglo II, escritor de varios tratados sobre diversos aspectos de la oratoria, y padre putativo de otros muchos que le fueron atribuidos y cuya autoría aún se estudia, como el manual de *progymnasmata* que se ha conservado. Todo ello nos da idea de lo alargado de su sombra en el Imperio de Oriente, similar a la de Cicerón en Occidente, si bien hay que señalar que con la caída de Constantinopla y la llegada de la élite cultural bizantina a las grandes urbes europeas, la influencia de Hermógenes se extenderá también hacia el oeste de Europa. Es el caso de Jorge de Trebisonda, profesor de retórica y gramática en la Roma del s. XV, editor de la obra *Rhetoricorum Libri V*, que incluía las “ideas” o formas del estilo hermogénicas. También Aldo Manuzio incluirá a Hermógenes entre los primeros textos de carácter retórico editados a comienzos del XVI⁷⁹⁵.

Las obras de Hermógenes que podemos considerar auténticas son dos: *Περὶ στάσεων* o *Sobre asuntos* (o temas y situaciones que debe buscar el orador,

función de las estructuras que se han extraído con todo detalle de lo que se considera ya como el canon inamovible: las grandes obras del pasado. La erudición, pues, consiste en conocer al dedillo estas joyas y citarlas; la creación no es sino imitación y acercamiento a esos modelos. En el mismo sentido, cf. MARROU, H. I., *op. cit.*, p. 231, donde añade que el escolar debe aprender a redactar siguiendo unas normas muy detalladas, sin ascender nunca un peldaño antes de haber superado de modo satisfactorio el anterior, en un estricto sistema de aprendizaje de unas normas fijas e invariables, lento por naturaleza, sin lugar para lo original según nuestro punto de vista. PREVIALE, L., *op. cit.*, pp. 90-91, va más allá cuando habla con dureza de lo estéril de esta fidelidad formal tan querida para los bizantinos, y sobre todo del mantenimiento de una lengua fosilizada, y como tal, a menudo muerta, muy lejos de la viveza del griego que había seguido desarrollándose.

⁷⁹⁵ Sobre esta transmisión de Hermógenes por parte de los bizantinos migrados a Italia, vide LÓPEZ GRIGERA, L., *op. cit.*, p. 98. De especial interés resulta su análisis del papel de pensadores y literatos españoles del s. XVI en la difusión de las ideas hermogénicas y su repercusión en las letras europeas.

una de las partes de la *inventio* o εὕρεσις) y *Περὶ ἰδεῶν* o *Sobre formas de estilo*. A partir de las ideas de Dionisio de Halicarnaso acerca de una forma ideal de estilo en la que intervienen diversas cualidades o virtudes combinadas, como veíamos más arriba, Hermógenes habla de “ideas” o formas de estilo, que básicamente corresponden a claridad (σαφήνεια), grandeza (μέγεθος), belleza (κάλλος), severidad (γοργότης), carácter (ἦθος), verdad (ἀλήθεια) y gravedad o decoro (δεινότης), aunque algunas se subdividen en otras que va enumerando hasta un total de veinte⁷⁹⁶.

Los *progymnasmata* atribuidos a Hermógenes contienen poco más que una lista de trece ejercicios con algunos ejemplos, pero no se ha conservado alguna introducción o comentarios que los pongan en relación con su teoría de los estilos tal y como esperaríamos, y tampoco alcanzan los niveles de otras obras que sí se pueden identificar como suyas. Más bien parecen una reelaboración y simplificación de alguna otra obra más compleja, para ser manejada y entendida con mayor facilidad. No hay que olvidar, empero, el hecho de que sigue siendo dudosa su atribución a este autor, por lo que algunos autores hablan de un pseudo-Hermógenes⁷⁹⁷.

Pero será el manual de Aftonio el que ocupe un lugar fundamental en la formación retórica de los bizantinos, que también pasaría a Occidente a finales del XV al ser redescubierto y traducido entonces al latín por Rudolf (Rodolphus) Agricola. Incluye un total de catorce ejercicios: fábula (μῦθος),

⁷⁹⁶ Una detallada lista con sus traducciones latinas puede verse en LÓPEZ GRIGERA, L., “Teorías del estilo en el Siglo de Oro”, en ARIZA VIGUERA, M. (coord.), *Actas del II Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, Vol. 2, Pabellón de España, 1992, pp. 707-712. Cf. también HUNGER, H., *Bυζ. Λογ.* (I), p. 139-140.

⁷⁹⁷ Como mera introducción a este complicado asunto, citaremos los artículos de RUIZ YAMUZA, E., “Hermógenes y los *Progymnasmata*: problema de autoría”, en *Habis* 25 (1994), pp. 285-295, que recoge diversas teorías al respecto, incluidas las ideas de Rabe, editor de Hermógenes en 1913, y en el que se inclina por esa teoría de la mutilación y adaptación a un nivel inferior de auditorio por parte de algún alumno o incluso profesor no muy brillante; y “Más sobre los *Progymnasmata* atribuidos a Hermógenes”, en *Habis* 31 (2000), pp. 293-309. Por su parte, HEATH, M., *op. cit.*, pp. 159-160, plantea el nombre de Minuciano, rival de Hermógenes, como posible autor.

relato (διήγημα), anécdota (χρεία), máxima (γνώμη), refutación (ἀνασκευή), confirmación (κατασκευή), lugar común (κοινὸς τόπος), encomio (ἐγκώμιον), invectiva (ψόγος), comparación (σύγκρισις), personificación (ἠθοποιΐα), descripción (ἔκφρασις), argumentación (θέσις) e introducción a una ley (νόμου εἰσφορά)⁷⁹⁸. Muchos de ellos incluyen subtipos, como el caso de la personificación, que puede ser del espectro de alguien ya desaparecido (εἰδωλοποιΐα) o de un personaje mitológico o imaginario (la antes citada προσωποποιΐα). En todo caso, nos resultan familiares si pensamos en el contenido de la *Vita*: las descripciones de los monumentos construidos o restaurados por Basilio en los capítulos finales (79-94) pueden ser ejercicios de *ekphraseis*⁷⁹⁹; o la anécdota narrada en el capítulo 56, cuyo protagonista es Soldano⁸⁰⁰, y que bien pudiera verse como una especie de *chreia*, algo así como un *enxiemplo*, tal y como describe Moralejo este ejercicio⁸⁰¹. Pero el ejemplo más

⁷⁹⁸ O proposición de ley, “esto es, defender o, por el contrario, atacar un texto legal”, MARROU, H. I., *op. cit.*, p. 265. Para más datos sobre estos ejercicios, sus objetivos, métodos, estilos o “caracteres”, subtipos, etc., cf KENNEDY, G., *New History*, pp. 203-207; y MARROU, H. I., *ibidem*, p. 228 y ss. y p. 265. Otras referencias en BURGESS, T. C., *op. cit.*, p. 108, nota 1.

⁷⁹⁹ A este respecto habría que señalar que una interesante línea de investigación, que no podemos continuar aquí, sería la relación entre estas descripciones con claro valor encomiástico para la obra imperial, que se compara con el anterior estado de cosas, y otras similares en Bizancio, contrastándolas con, p. ej. la obra *Περὶ κτισμάτων* de Procopio. Es decir, ver su valor como elementos que acompañan a la ideología imperial y a la teoría del *homo novus*, y no como una mera digresión o alarde culto, algo largo y tedioso, por lo demás.

⁸⁰⁰ 294, 3 y ss. Sobre este episodio ya mencionado en la primera parte, sus fuentes y uso didáctico en la obra, vide ΛΑΜΠΙΑΚΗΣ, ΣΤ., “Ο Σολδανός του Bari και ο τροχός της άμαξας”, *Δίπτυχα* 6 (1994-1995), pp. 231-239. Sobre los posibles motivos de su inclusión en la *Vita* se volverá con algo más de detenimiento en el apartado III. 5. 7 de la segunda parte.

⁸⁰¹ MORALEJO ÁLVAREZ J. J., *op. cit.*, pp. 396-397. Cf. MARROU, H. I., *op. cit.*, p. 230, que la define como “anécdota moral atribuida normalmente a un personaje célebre”, y aporta ejemplos de cómo se realizaba el ejercicio. También HUNGER, H., *Bvζ. Λογ.* (I), p. 139: “διδασκτικό ανέκδοτο για την πρακτική ζωή”. REDONDO MOYANO, E., *op. cit.*, pp. 126-127, incide en la idea del término original griego como “utilidad”, es decir, se trata de sentencias, dichos o acciones de carácter conciso atribuidos a personajes conocidos (históricos, mitológicos, literarios), de los que se pueden extraer enseñanzas de utilidad general o bien en el marco del texto. Si bien la utilidad está presente en otros ejercicios, ese elemento es el esencial en este ejercicio, y por ello considera que la traducción como “anécdota” no refleja la finalidad didáctica contenida en la *chreia*.

claro es, sin duda, el que aparece en 257, 12-13, cuando un recién llegado al trono Basilio abre las arcas imperiales y descubre que no hay casi nada, pero la Providencia permite que aparezca oro bajo tierra y que se encuentre gran cantidad en el tesoro personal del anterior emperador, a lo que añade el autor:

“se necesita dinero”, dicen, “y sin él no se puede hacer nada de cuanto es necesario”⁸⁰².

La cita se corresponde con uno de los ejemplos clásicos del manual de Aftonio para el ejercicio de γνώμη, y está sacada de la primera Oliníaca de Demóstenes en una cita casi literal⁸⁰³. Señala Hunger⁸⁰⁴ que este del dinero como impulsor de obras diversas, ilustrado con el mencionado ejemplo, era un tema muy querido y repetido en los manuales para dicho ejercicio, con lo que, a tenor de cuanto sabemos hoy en torno al supuesto autor de la *Vita*, esa cita no sería tanto una muestra de erudición verdadera como una inclusión de una frase, mil veces repetida en el proceso educativo de quien en realidad haya redactado la obra.

Es decir, y como subraya Jenkins⁸⁰⁵, a menudo es difícil distinguir entre los autores bizantinos quién cita algo a partir de una vasta formación y quién lo hace extrayendo sus frases del amplio arsenal de ejemplos que se aprendían en la larga formación retórica a la que se sometían, sin conocer nada más de los autores que se citan. En nuestro caso, si las nuevas teorías sobre Constantino son ciertas, estaríamos ante el segundo caso, o cuando menos, sería difícil de determinar el grado de cultura de ese alguien, que no conocemos a ciencia cierta, y que podría haber escrito la obra.

Por último, contamos con el manual de Nicolás (s. V), que se formó en Atenas con sofistas y filósofos, entre los que destaca Proclo, y que luego

⁸⁰² δεῖ γὰρ, φησί, χρημάτων, καὶ ἄνευ τούτων οὐδὲν ἔστι γενέσθαι τῶν δεόντων.

⁸⁰³ *Olint.* I, 20: δεῖ δὲ χρημάτων, καὶ ἄνευ τούτων οὐδὲν ἔστι γενέσθαι τῶν δεόντων.

⁸⁰⁴ *Bvζ. Λογ.* (I), p. 171.

⁸⁰⁵ “Hellenistic Origins”, p. 44, y nota 19.

ejercería como profesor de retórica en Constantinopla, según la *Suda*⁸⁰⁶, hasta el reinado de Anastasio (que comienza en 491). Junto al de Aftonio, parece haber sido bastante utilizado como manual en Bizancio. Recoge las tendencias de la época en los estudios de retórica, que tras la obra de Hermógenes se vuelcan más en la *inventio* y el estilo y se conciben como una introducción a la filosofía, o dicho de otro modo, se ven desde el punto de vista filosófico, como corresponde a la corriente neoplatónica. Lo más destacable, tal vez, de este manual para nosotros es el especial interés mostrado por el encomio y sus divisiones en tipos que recuerdan mucho a los planteados por Menandro.

Este foco de atención hacia el encomio es, con toda probabilidad, el aspecto más reseñable de este somero repaso a los manuales de *progymnasmata* de que disponemos, no sólo por su dedicación a este aspecto concreto (o su contrario, el ψόγος), sino por el enfoque epidíctico que contienen muchos de los ejercicios allí propuestos⁸⁰⁷. Con todo, aunque el aspecto epidíctico es el predominante, hay una ausencia de reflexión en torno a ello; se trata el género en sus divisiones, recursos empleados, etc., pero se echa de menos un tratamiento directo de la cuestión, un verdadero análisis del objeto de esos tratados, que solo se abordan desde un punto de vista muy general⁸⁰⁸. Ni siquiera Menandro, a pesar del título de su obra, *Περὶ ἐπιδεικτικῶν*, traspasa la frontera de la clasificación y normas para componer discursos de ese tipo.

⁸⁰⁶“Nikolaos”, Nu 394: Νικόλαος, ῥήτωρ, γνῶριμος Πλουτάρχου καὶ Πρόκλου [Πλουτάρχου δὲ λέγω τοῦ ἐπίκλην Νεστορίου]. ἔγραψε προγυμνάσματα καὶ μελέτας ῥητορικὰς καὶ ἄλλα τινά. ἤκμαζεν ἐπὶ Λέοντος βασιλείῳ τοῦ πρεσβύτου καὶ ἕως Ζήνωνος καὶ Ἀναστασίου. Más sobre su datación y posible identidad en HEATH M., *op. cit.*, pp. 139-140.

⁸⁰⁷ KENNEDY, G., *Classical Rhetoric*, p. 27; BURGESS, T. C., *op. cit.*, p. 118 y ss., donde analiza el uso del término ἐγκώμιον como apelativo del género, como nombre del discurso encomiástico propiamente dicho y como un aspecto que puede introducirse en otro tipo de discursos (deliberativos o judiciales).

⁸⁰⁸ BURGESS, T. C., *op. cit.*, p. 104 y ss., repasa los distintos (y poco profundos) acercamientos a la teoría del género epidíctico contenidos en dichos tratados.

Y ya que hemos vuelto de algún modo a las fuentes, cabe dirigir nuestra atención a los dos tratados atribuidos a este rétor del que la *Suda*⁸⁰⁹ dice fue un sofista del siglo III. La falta de otros datos dificulta muchos aspectos del estudio de las dos obritas, desde la autoría hasta la datación. En la actualidad la crítica parece decantarse por la teoría de distintos autores para cada tratado, sin que podamos concretar mucho más al respecto, salvo que parece verosímil considerar que sólo uno de ellos habría sido compuesto por este Menandro, y que correspondería con mayor probabilidad al segundo, el cual contiene precisamente lo concerniente al βασιλικὸς λόγος⁸¹⁰.

Si algo caracteriza a este tratado es su vocación de manual, es decir, que está concebido como una obra didáctica dirigida a alguien cuyo nombre no se cita, que habría estudiado con el autor en Atenas y se disponía a iniciar su carrera oratoria. Este carácter práctico se traduce en una constante ayuda en este sentido, lejos de una simple enumeración de tipos y formas, y más aún de la teoría pura. El autor imagina el punto de partida del otro y no se contenta con definiciones, sino que aporta indicaciones sobre el momento y lugar adecuados para cada tipo, el orden de presentación de cada parte del discurso, así como otras posibilidades según los inconvenientes que pudieran darse, etc. El resultado es una verdadera obra de referencia, de gran utilidad para quien deseara ganarse la vida por medio de la retórica (ya) epidíctica, y que a menudo era un miembro de la aristocracia⁸¹¹.

En efecto, como hemos señalado con anterioridad, lo usual era que los vástagos de importantes familias completasen su formación en Atenas, ciudad que a pesar de todo seguía manteniendo su prestigio. Allí obtenían una esmerada educación en retórica sobre todo, a fin de ocupar a su vuelta algún

⁸⁰⁹ "Menandros", Mu 590.

⁸¹⁰ Sobre los problemas planteados por los dos tratados, cf. la introducción de GASCÓ, F. a la ya mencionada edición de los *Dos tratados de retórica epidíctica*, en especial las pp. 11-19.

⁸¹¹ Sobre la estructura y contenido de este tratado y el primero, difícilmente atribuible a Menandro, cf. BURGESS, T. C., *op. cit.*, p. 109 y ss.

cargo cívico importante o bien participar de alguna manera activa en la vida de la ciudad. Este tándem resultó ser tan inseparable que no sólo era casi inimaginable la figura del orador de éxito sin pertenecer a una de esas élites, sino que se identificaba al aristócrata con alguien poseedor de esa formación⁸¹². Y esa que se concebía como necesaria relación entre formación retórica y cargo público perteneciente a la aristocracia, seguirá funcionando en el mundo bizantino, como en general toda la base del sistema educativo vigente en este momento⁸¹³.

Resulta de gran interés observar a través de este tratado lo que debía de ser el punto de vista de las ciudades “griegas” con respecto a sus señores romanos en estos momentos. De los apartados y consejos ofrecidos se deduce que la actitud, por así decir, diplomática, de estas ciudades era alabar a su emperador, fuese cual fuese, lo cual indica que habían asumido esa situación de pertenencia al Imperio Romano, pero eran también conscientes de la enorme inestabilidad que tenía su cúpula. Con todo, nada de esto parece preocupar al autor de la obra, sino el hecho de dar un discurso elegante con todos aquellos elementos que el elogiado (emperador, gobernador o cualquier alto cargo) desearía oír, obviando aquello un tanto oscuro. Así, no duda en aconsejar silenciar los orígenes poco ilustres de un emperador, por ejemplo, con técnicas que incluyen omitir el asunto, decir que tenía un origen divino o despistar la atención alegando que se deja para otros esa tarea, pues se prefiere centrarse en lo único importante, que es su persona⁸¹⁴.

Esta era, pues, una de las labores encomendadas a esos ilustres ciudadanos, escogidos para representar a su ciudad, e instruidos a fondo para tal fin. Su papel cívico - diplomático les exigía dominar el arte retórico para atender o participar en embajadas, buscar la concordia entre la suya y otras

⁸¹² GASCÓ, F., *op. cit.*, p. 54.

⁸¹³ JENKINS, R. J. H., “Hellenistic origins”, p. 43.

⁸¹⁴ 370, 10 y ss.

ciudades (o sólo entre otras), mostrar al emperador o sus representantes su bienestar y agradecimiento por pertenecer a tan magno Imperio, etc.

Basta con echar un vistazo a la clasificación que incluye el tratado para comprobar la labor de estos rétores, según las ocasiones en que se requerían sus servicios: aparte del discurso imperial, que abre la obra con un extenso apartado, está el discurso de llegada, la charla⁸¹⁵, la charla de despedida, el epitalamio, el discurso del lecho nupcial, el de cumpleaños, el de consolación, el de salutación⁸¹⁶, el epitafio⁸¹⁷, el discurso de la corona⁸¹⁸, el del embajador, el de invitación (a un festival, p. ej.), el de partida, la monodia (lamento fúnebre), y por último, el discurso esmintíaco (a Apolo Esmintio).

Otra conclusión evidente a partir de este listado es el enorme peso del aspecto epidíctico entre los tipos de discursos que aparecen en la obra. Burgess⁸¹⁹ ha señalado esta importancia y la influencia que ha ejercido este elemento sobre la formación de los oradores, ya que está presente del mismo modo en los manuales de *progymnasmata*, cuyos ejercicios tienen esa misma

⁸¹⁵ GASCÓ, F., *op. cit.*, p. 177, nota 103, señala que la *λαλιά* no se considera un discurso con una finalidad intrínseca, sino que es un ejercicio de discurso pero más relajado, sin reglas estrictas. Para BURGESS, T. C., *op. cit.*, p. 111, es más un estilo que un tipo de discurso, un modo de acercamiento informal a cualquiera de los otros temas, tanto de elogio como de censura.

⁸¹⁶ Dirigido a gobernadores, es también una alabanza, o en palabras de Menandro, “por su elaboración es un encomio, aunque no completo, pues no contiene todo lo del encomio, sino que, en rigor, el de salutación se da cuando el discurso toma como punto de partida para la amplificación las acciones llevadas a cabo por el sujeto en sí mismas”. 415, 1 y ss. Para esta y las demás citas en español nos hemos basado en la ya mencionada edición de los *Discursos* a cargo de GASCÓ, F.

⁸¹⁷ No nos resistimos a hacer referencia aquí al carácter realista y práctico del autor cuando se refiere a estas composiciones, rozando casi lo humorístico al aconsejar evitar el tópico del lamento si no es un deceso muy reciente. Alega que ya Tucídides lo evitó “pues no era propio del rétor hacer llorar a los que exhortaba a combatir”, y más adelante indica que “queda completamente fuera de lugar, además de ser inoportuno, pretender, después de mucho tiempo, moverlos [a los familiares] a una lamentación, cuando la pena está ya adormecida por el tiempo”. 418, 15 y ss.

⁸¹⁸ Se refiere aquí no a la ceremonia de coronación ni al símbolo de la realeza, sino a la que se entrega como premio a los vencedores de un certamen, ceremonia que en época helenística y romana pasó a ser habitual con los reyes o emperadores en ocasiones diversas.

⁸¹⁹ *Op. cit.*, p. 118, nota 4.

inspiración. Y viceversa, el género epidíctico siguió expandiéndose gracias a este sistema formativo, en un proceso de retroalimentación constante que se veía reforzada por el sistema político y social en el que desenvolvía, primero en ese mundo de la Antigüedad agonizante; luego en el Imperio de Oriente.

Pero sin duda el ejercicio estrella será el encomio, en diversas modalidades, entre las que destaca el que Menandro incluye como “discurso imperial”. Debemos señalar aquí que la denominación empleada en el tratado y que ha dado lugar al nombre de este tipo de encomio, βασιλικὸς λόγος, no parece ser la única ni la más usual en su época ni en el mundo antiguo. De hecho, composiciones de este tipo son llamadas por sus autores con distintos nombres, como περὶ βασιλείας ἢ λόγοι βασιλικοί (Dión Crisóstomo, s. I), εἰς βασιλέα (Libanio, s. IV), εἰς αὐτοκράτορα (Temistio, s. IV), entre otros⁸²⁰. Diversos autores han escrito composiciones de este tipo a partir de Isócrates, siendo tal vez Temistio el más representativo⁸²¹, pero se pueden rastrear elementos y estructuras que evocan las del βασιλικὸς λόγος ya en algunas obras poéticas anteriores⁸²², igual que vimos con el encomio en general al señalar su paso de la poesía a la prosa.

Sus divisiones y la adecuación de la *Vita* a ese esquema son cuestiones que han sido objeto de análisis por parte de importantes filólogos⁸²³, por lo que nos referiremos a ello en la medida en que podamos aportar algo interesante a lo ya dicho, y teniendo en cuenta que muchos de los episodios serán estudiados con mayor profundidad en posteriores apartados, a los que iremos haciendo

⁸²⁰ Más referencias en BURGESS, T. C., *op. cit.*, p. 127, nota 2.

⁸²¹ Autor de especial interés para nosotros, por sus teorías políticas sobre el gobernante ideal, vertidas en sus discursos, y su influencia posterior. Es significativo el hecho de que Focio describa su obra política y filosófica, lo que indica que en época macedonia el suyo seguía siendo un pensamiento influyente. Al respecto, véase la introducción general a sus *Discursos políticos* de RITORÉ PONCE, J, Madrid 2000, pp. 27-28. Cf. apartado III. 1 de esta segunda parte.

⁸²² Para un detallado análisis, BURGESS, T. C., *op. cit.*, p. 129 y ss. También para los encomios reales posteriores a Isócrates.

⁸²³ Por ejemplo, JENKINS, R. J. H, “Classical Background”, p. 24 y ss; o ALEXANDER, P. J., *op. cit.*, p. 197 y ss.

referencia. En todo caso, partimos de la premisa de que si la *Vita* contiene elementos propios del βασιλικὸς λόγος planteado por Menandro, o se sigue alguna de sus líneas, ello no tiene por qué ser debido a una influencia directa, ni implica que haya sido una fuente para su composición; bien puede tratarse de la presencia de una tradición retórica continuada por los bizantinos a lo largo de muchos siglos, y que “contamina” diversos géneros, (o lo que en otros momentos de la Historia de la Literatura griega consideraríamos diversos), de modo que comparten muchos aspectos.

Del mismo modo, es preciso dejar constancia de la estrecha relación existente entre el encomio real y otros tipos, como puedan ser el de consolación (παράμυθητικὸς λόγος) o el epitafio (ἐπιτάφιος), el de llegada (προσφωνητικός), o el del embajador (πρεσβευτικὸς λόγος), que en ocasiones derivan en encomios reales, como podría afirmarse del *Evágoras*, o de la *Oración fúnebre a Basilio I*. Aunque no nos es dado profundizar en el asunto, consideramos que un estudio paralelo de la *Vita* con otros discursos de los mencionados tipos, que se plantean como posibles modelos, podría llegar a interesantes conclusiones, ya que, como venimos viendo, nuestra obra no sigue ningún patrón único ni en exclusiva, ni pudo ser ajena a otras que sin duda estuvieron al alcance del autor, como el discurso fúnebre de León el Sabio a su padre Basilio I, cuya influencia, sin embargo, aún se discute, como vimos, y que mencionaremos de nuevo enseguida.

Y una última reflexión en torno al concepto de βασιλικὸς λόγος, de algún modo ya apuntada: su uso como cauce para la expresión de la ideología imperial y su relación con los tratados sobre la realeza y el buen gobernante, los llamados περὶ βασιλείας. Ya hemos señalado cómo algún autor titula así su encomio real, pero llama la atención la referencia a ese nexo apuntada por Burgess⁸²⁴, citando a Plinio el Joven (s. I), quien en una de sus cartas (III, 18) comenta cómo había considerado propio de un buen ciudadano convertir su

⁸²⁴ *Op. cit.*, pp. 137-138.

Panegírico a Trajano, un trabajo propio de su oficio consular, en un pequeño opúsculo donde desarrollara sus puntos principales:

Y ello por dos razones: en primer lugar, para exhortar a nuestro emperador a perseverar en las virtudes que ha mostrado hasta ahora mediante un sincero elogio de las mismas; y en segundo lugar, para que los futuros Príncipes tengan ante su vista cuál es el camino más adecuado para aspirar a la misma gloria, pero no al modo de un maestro que enseña a sus discípulos, sino ofreciéndoles simplemente un ejemplo digno de imitación. En efecto, mostrar cómo debe ser un Príncipe es sin duda hermoso, pero también difícil y casi presuntuoso. Por el contrario, alabar a un Príncipe excelente y mostrar a través de él a sus sucesores, como desde un promontorio, la luz que deben seguir, esto es igual de provechoso y no implica arrogancia alguna⁸²⁵.

Tendremos oportunidad de volver sobre estas cuestiones de la realeza en un apartado posterior, pero debemos apuntar aquí cómo tras las monarquías helenísticas y la llegada de la institución imperial a Roma, se ha ido produciendo un movimiento de reflexión acerca de la soberanía y del modo en que es posible aconsejar al monarca sin afectar a la majestad de su cargo, que ya se va considerando como “sagrado”. Esta reflexión se producirá en todo el ámbito del Imperio, tanto en el pensamiento griego como en el romano, y se traducirá no sólo en los tratados sobre la realeza, sino en los llamados “Espejos de Príncipe”.

La opinión de Plinio, pues, refleja tal vez un pensamiento que podía ser común a otros autores: más allá de la adulación rastrera de muchos cortesanos cuya vida regalada dependería de eso, es factible que autores de encomios reales con una mínima visión política utilizasen este medio para obtener el fin indicado por Plinio, del mismo modo que Isócrates utiliza una composición laudatoria como el *Evágoras* con fines prácticos y demuestra su profundo valor político al enfocarlo como manual para el joven soberano. ¿Y no es ese uno de los objetivos explícitos de la *Vita*, ser “canon y estatua” para sus sucesores⁸²⁶?

⁸²⁵ Traducción de MARTÍN IGLESIAS, J. C., Madrid 2007.

⁸²⁶ Esta orientación hacia sus herederos, propia de los “Espejos de Príncipe”, no invalidaría, por otra parte, el carácter propagandístico de la obra y de reescritura de la Historia. Sería otra cara de esta polifacética obra, aunque como veremos en el apartado III. 6 de esta segunda parte, la influencia de este género en la *Vita* es considerable.

Las palabras de Plinio nos evocan directamente la intención declarada en su proemio.

En este sentido, Previale⁸²⁷ coincide en afirmar que en muchos panegiristas de la Antigüedad tardía existía la conciencia de estar elaborando mucho más que un elogio: un potente medio de propaganda política, además de un modelo educativo para las nuevas generaciones en la idealización de la virtud del soberano. Es decir, no sólo un *παράδειγμα ἀρετῆς*, sino también un *παράδειγμα εἰς ἀρετήν*⁸²⁸. Y alerta ante la minusvaloración de ese aspecto frente al puramente laudatorio por parte de la crítica en ocasiones⁸²⁹.

Este carácter de producto transmisor de los principales cimientos ideológicos de un Imperio constantemente amenazado e inseguro, hizo del encomio real una eficaz arma política en la que se reflejaban las virtudes del emperador como garante de una paz duradera y un bienestar apoyado por la divinidad, ideas tan poco creíbles en el fondo como necesitadas por los súbditos para garantizar una mínima estabilidad, cuando menos, anímica. El cariz que tomarían los acontecimientos y la existencia de un único Imperio en Oriente, junto a la consolidación de la ideología imperial favorecerán la continuidad de estas composiciones muchos siglos más, junto a los “Espejos de príncipe”.

Asimismo, el modelo de encomio real que nos ha transmitido Menandro refleja el estado de implantación de dicha ideología en el momento en que escribe, si bien en el análisis comparativo que sigue a continuación omitiremos

⁸²⁷ *Op. cit.*, p. 76.

⁸²⁸ Más adelante en el citado estudio (p. 84), PREVIALE vuelve a este tema (el emperador debe ser un modelo para sus súbditos) cuando habla de la teoría implícita en la obra de Temistio, que prefigura la que será ideología política bizantina sobre el concepto de soberano, por lo que es comprensible su éxito en el futuro Imperio de Oriente.

⁸²⁹ PREVIALE, L., *ibidem*, p. 76 recuerda que esta idea ya fue planteada por STRAUB, J., en su trabajo *Vom Herrscherideal in der Spätantike*, Stuttgart 1939, pp. 146-174, aunque su estudio no entra en las obras que consideraríamos bizantinas.

estos aspectos, que ya han sido objeto de estudio⁸³⁰, y a los que nos referiremos en el apartado correspondiente de este trabajo.

⁸³⁰ Al respecto, vide PONCE, M^a. J., “Menandro Rétor y el discurso imperial”, *Habis* 29 (1998), pp. 221-232, un interesante análisis de los lugares comunes que se plasman en el βασιλικὸς λόγος, y que son indicativos del trasfondo ideológico de la época imperial romana, sustrato del que derivará la concepción bizantina del poder y la soberanía.

II. 4. LA VITA Y EL ΒΑΣΙΛΙΚΟΣ ΛΟΓΟΣ DE MENANDRO.

El encomio, como vemos, era un género con enorme tradición en Bizancio cuando se aborda la redacción de la *Vita*, ya fuera según el modelo de Menandro, o el de otros autores como Nicolás, si bien el tratado menandro será uno de los más queridos para los bizantinos, bastante copiado sin duda⁸³¹, incluido en obras propias⁸³², o seguido con fidelidad en multitud de discursos, cuyas huellas se pueden rastrear⁸³³.

Ciertamente, una lectura atenta del tratado de Menandro enseguida nos muestra rasgos que recuerdan la composición de la *Vita*, empezando por la definición del βασιλικὸς λόγος:

El discurso imperial es un encomio al emperador. Así que contendrá una amplificación convencional de las buenas cualidades que son propias de un emperador, y nada admite ambiguo ni discutible, por ser ilustre la persona en grado sumo. (368, 1 y ss.)

Insiste, pues, en que se debe atribuir grandeza al tema en todo momento. En realidad, este de la amplificación o αὐξησις será el elemento fundamental del βασιλικὸς λόγος, junto a otros, que lo son pero en menor medida, como la τάξις u orden seguido en el tratamiento del tema y la σύγκρισις o comparación con otros personajes mitológicos e históricos, para resaltar su superioridad⁸³⁴. De este modo, y aunque se ofrece al aprendiz un esquema claro y ordenado para su seguimiento, no parece esto lo más importante⁸³⁵, sino la adecuación del estilo y el lenguaje y la correcta introducción a cada apartado, como significativamente indica:

⁸³¹ El manuscrito conservado más antiguo es de mediados del siglo X ó del XI. Cf. la introducción a los *Dos tratados...*, p. 70 y ss. para una idea sobre los principales manuscritos existentes y la edición realizada sobre ellos. También, *ibidem*, p. 19, nota 50.

⁸³² Como el caso de José el Filósofo o Racendites, mencionado entre otros por PREVIALE, L., *op. cit.*, p. 74, que, en una fecha tan tardía como el siglo XIV, incluye extensas citas textuales del tratado de Menandro.

⁸³³ *Dos tratados...*, p. 18, nota 46.

⁸³⁴ PREVIALE, L., *op. cit.*, p. 81.

⁸³⁵ *Ibidem*, p. 83.

Es necesario conocer y seguir la recomendación de que, cuando vayas a pasar de un capítulo a otro, es preciso hacer un proemio sobre lo que vas a tratar, para atraerte la atención del oyente y evitar que le pase inadvertido o se le oculte el esquema de los capítulos; pues es lo propio de una amplificación reclamar la atención del oyente y predisponerlo como a oír asuntos de suma importancia. (372, 14 y ss.)

Ya hemos señalado aquí cómo el orden empleado para presentar la materia del encomio imperial era un aspecto flexible, que podía variar en los distintos autores de tratados o discursos. El propuesto por Menandro, de manera esquemática, es el siguiente: origen (γένος), nacimiento (γένεσις), aspecto físico (φύσις), crecimiento (ἀνατροφή), educación (παιδεία), hechos en la guerra y en tiempos de paz (πράξεις κατὰ πόλεμον καὶ κατ' εἰρήνην)⁸³⁶. Es levemente distinto del planteado por Nicolás⁸³⁷ (γένος, φύσις, γεννηταί, τροφή, παίδευσις, ἔργα πολέμου καὶ εἰρήνης) mientras que el orden de la *Vita* parece una síntesis de los dos: γένος, γεννηταί, φύσις, τροφή, παιδεία, ἔργα εἰρήνης καὶ πολέμου.

A continuación intentaremos ver qué otros aspectos del tratado de Menandro son susceptibles de haber influido en nuestra obra, bien de modo directo o a través de la tradición recogida por los diversos manuales. Para ello seguiremos el esquema sugerido por el propio autor. Recordemos, con todo, que el discurso imperial del que habla Menandro está dirigido a un emperador vivo, mientras que Constantino ha preferido el estilo isocrático presente en el *Evágoras*, donde el discurso por el personaje fallecido tiempo atrás deviene en puro encomio⁸³⁸.

II. 4. 1. Introducción del tema (προοίμιον).

Aconseja Menandro decir, para empezar, que el tema es “difícil de abordar”, por la grandeza del personaje, “y que te has lanzado a un combate no

⁸³⁶ Cf. PREVIALE, L., *op. cit.*, p. 81 y ss. para un análisis de la τάξις en el tratado de Menandro.

⁸³⁷ JENKINS, R. J. H., “Classical Background”, p. 25.

⁸³⁸ Cf. al respecto las palabras del propio Menandro: “el epitafio que se pronuncia mucho tiempo después [del óbito] es un mero encomio, como el *Evágoras* de Isócrates”, 419, 1 y ss.

fácil de llevar a buen término con la palabra”⁸³⁹. Constantino prefiere enfocar el tema desde el punto de vista histórico, como si la obra emprendida fuese una tarea de enumeración y descripción de los emperadores que le han precedido, labor ingente que tendrá que abandonar ante la magnitud del empeño, por lo cual se ceñirá a la vida del que considera más refulgente astro entre los soberanos de Bizancio.

No se anda, pues, con rodeos, al caracterizar a Basilio como epónimo de soberanía y asignarle otras loas, pero se acerca al modelo en tanto en cuanto Menandro sugiere decir algo así como que “nada impide que nosotros lo intentemos [hablar conforme a la dignidad del tema] de acuerdo con nuestras posibilidades”⁸⁴⁰. Desde la seriedad de la que plantea como obra histórica, y la responsabilidad de su cargo, nuestro autor afirma:

Si se prolonga aún el tiempo de nuestra vida y se produce una pequeña tregua en nuestras enfermedades, y si nada externo lo impide, quizá podamos añadir sin interrupción el relato completo de la historia de su estirpe que desciende hasta nosotros. (212, 13-17)

Se podría postular que en ello hay un acercamiento a la propuesta de Menandro, pero conscientemente divergente, ya que la pretensión del autor es hacer una obra histórica, en teoría, aunque camine por la senda del modelo encomiástico del discurso imperial.

II. 4. 2. Orígenes del soberano (γένος).

A continuación se introduce el tópico de la patria:

En el caso de que la ciudad no sea ilustre, has de examinar la nación entera (...). Y en lugar de la ciudad natal tratarás brevemente de la nación, asociándolo entonces al elogio del emperador y argumentando que necesariamente el de una (...) nación como esa, es de tal condición, y que siendo todos sus compatriotas dignos de alabanza, sobresalió sólo él, pues sólo él mereció el imperio. (369, 20 y ss.)

⁸³⁹ 368, 10.

⁸⁴⁰ 369, 11.

En la *Vita* se ha optado por hablar de la nación, siempre bajo el pretexto de estar haciendo Historia, *ergo*, siguiendo un orden cronológico para llegar a su nacimiento (algo que no se seguirá en realidad en otras partes del relato, sobre todo una vez que Basilio llegue al trono). Desde el principio se habla de la virtud del pueblo arsacio⁸⁴¹, desde su fundador hasta sus descendientes, que sufren la injusticia de verse despojados de su poder, pero son recibidos en Constantinopla de modo acorde con su nobleza y cualidades. A pesar de las muchas vicisitudes que atraviesan, siempre mantienen esa nobleza heredada de sus antepasados y guardan “celosamente sin mezcla su linaje”⁸⁴² (al menos, hasta el padre de Basilio). Tras un breve salto para hablar de la familia de Basilio, se volverá a la cuestión para tratar el cautiverio del pueblo arsacio bajo el poder búlgaro, y los intentos de convertir a ese pueblo bárbaro a la verdadera fe de Cristo, llegando incluso al martirio para defenderla, adorno este que redundará en la nobleza de los antepasados del macedonio⁸⁴³.

Es plausible pensar que en toda esta exaltación del pueblo arsacio se está siguiendo la teoría del discurso imperial. El siguiente paso sería hablar de su familia, apartado en el que aconseja, como vimos, remitirse incluso a los dioses si es necesario, en caso de descender de gentes nada ilustres, o pasarlo por alto y basarse en el propio emperador. Nuestro autor prefiere indicar que Basilio procedía de personas nobles, aunque no nos aporta nombres ni datos más concretos, salvo el hecho de su doble origen ilustre: su padre sería un noble descendiente de Ársaces, y su madre descendería de Constantino el Grande, y tendría también alguna relación con Alejandro Magno⁸⁴⁴.

⁸⁴¹ 212, 18 y ss.

⁸⁴² 215, 1-2.

⁸⁴³ 216, 12-217, 9. Como vemos, el elemento cristiano introduce algunas novedades en el modelo original. Sobre el valor de este y otros episodios posteriores, y el enfoque general de todas estas narraciones desde el punto de vista de la ideología política bizantina, volveremos más adelante. Ver apartado III. 5 de esta segunda parte.

⁸⁴⁴ 215, 24 - 216, 4.

Este dato, además, de Constantino el Grande se da dos veces en el mismo texto⁸⁴⁵, y todo esto nos lleva a pensar que el Porfirogeneta no renuncia a hablar de la nobleza de los progenitores de Basilio, a pesar de que es probable que fuesen, por así decir, una familia “desconocida o humilde”, que diría Menandro, por razones que tienen que ver con el programa político en el que está incardinada la obra⁸⁴⁶. Es necesario dejar claro desde un principio la legitimidad absoluta de su soberanía, que se basará en dos pilares básicos: origen ilustre (aunque desconocido para la mayoría, por azares de la vida) y elección divina para el cargo, elementos que analizaremos en apartados posteriores de este trabajo⁸⁴⁷. Vemos así la delicada labor de fusión de elementos de Historia, retórica, etc. que se dan cita en la obra.

II. 4. 3. Nacimiento e infancia rodeados de prodigios (γένεσις).

Tras el tópico de la familia viene el nacimiento del personaje propiamente dicho. Menandro es tajante al recomendar que se omita cualquier cosa que pueda existir indecorosa en torno a este hecho, pero también al invitar a introducir prodigios que hayan podido coincidir con ello⁸⁴⁸, o simplemente sacárselos del magín:

⁸⁴⁵ 215, 20-23: φήμη γάρ τις διέτρεχεν οὐ παντελῶς ἀμυδρὰ ἐκ τοῦ μεγάλου Κωνσταντίνου ἔλκειν αὐτὴν τὴν συγγένειαν. Sobre el interés de la dinastía macedonia por Constantino el Grande y el uso político de sus relaciones con este personaje, hablaremos más adelante, en el apartado III. 4 de esta segunda parte.

⁸⁴⁶ Recordemos, no obstante, la tesis de ADONTZ, N. sobre un posible origen ligado a León el Armenio, que se silenciaría por su filiación iconoclasta. Cf. apartado III. 2 de la primera parte.

⁸⁴⁷ *Vide*, por ejemplo, el apartado III. 5 de esta segunda parte.

⁸⁴⁸ Es reseñable cómo en la Roma de los Césares hay un proceso de creación de una mitología imperial en torno a una serie de relatos prodigiosos, germen de lo que luego será la imagen del emperador bizantino, acompañada de otros rasgos ideológicos y propaganda, entre otros, por las diversas formas del discurso panegírico. Sobre esta cuestión, cf. LOZANO GÓMEZ, F., “Historias fabulosas: un aspecto de la construcción de la divinidad de los emperadores romanos”, *Habis* 39 (2008), pp. 153-162, en concreto, pp. 154-159, donde se señalan los diversos portentos en torno al nacimiento o la infancia de los emperadores, que incluyen sueños premonitorios entre sus padres, con imágenes asociadas

(...) Si algún prodigio en torno al parto se produjo en la tierra, en el cielo o en el mar, compáralo con los de los nacimientos de Rómulo, Ciro y algunos otros de esa clase; pues también en sus nacimientos ocurrieron algunos prodigios: en el de Ciro, los sueños de su madre; en el otro, lo de la loba. En caso de que haya algo así en torno al emperador, desarróllalo y, si es posible incluso inventarlo y hacerlo de manera convincente, no lo dudes; pues el tema lo permite, dado que los oyentes están obligados a aceptar los encomios sin examinarlos. (371, 5 y ss.)

Poco más hay que añadir a tan impresionante sinceridad. En el texto que nos ocupa hay prodigios, por supuesto, pero se han intercalado de manera estratégica al servicio del objetivo de Constantino. Es ahora cuando se incluye el ya citado episodio del águila, sobre el que hablaremos de modo más extenso en otro apartado⁸⁴⁹, y que se inserta a continuación del de la manzana con el dirigente búlgaro, examinado en ese mismo lugar de nuestro trabajo. Ambos episodios guardan estrecha relación con la iconografía de la realeza, y buscan algo más que el mero encomio. Sin embargo, los sueños que aparecen en la *Vita* asociados a la figura de su madre, se introducen algo después, cuando ha terminado la edad infantil de Basilio.

Al fallecer su padre, se nos explica, el que será futuro emperador anhela ir a Constantinopla a hacer fortuna, si bien su madre duda si concederle el permiso, hasta que tiene un sueño revelador, en el que se alude a lo de Ciro sin ambages:

En efecto, a su madre le pareció ver cierta vez en sueños que un inmenso árbol retoñaba de sí misma, como la madre de Ciro vio la vid, y que este se alzaba sobre su casa, cuajado de flores y cargado de frutos; de oro era el enorme tronco que salía de la tierra, y semejantes al oro las ramas y hojas. (222, 2-6)

A este sueño le seguirá otro más claro aún, donde el mismísimo profeta Elías le anuncia que su hijo está predestinado para el trono de Roma, lo que la persuade ya de manera definitiva a dejarlo marchar⁸⁵⁰. Esta visión onírica nos

a la realeza, como los rayos de sol. Destaquemos el episodio de Octavio y el águila narrado por Suetonio, tema presente también en la *Vita*.

⁸⁴⁹ III. 5. 3 de esta segunda parte.

⁸⁵⁰ 222, 9-19. Para el contenido del sueño y un análisis desde el punto de vista de la ideología política contenida en él, *vide* apartado III. 5. 4 de esta segunda parte.

da una idea de cómo se ha producido la imbricación de elementos cristianos dentro de la cultura de tradición clásica en la que vivían inmersos los bizantinos. La atmósfera del sueño, las palabras empleadas, el personaje elegido, la actitud de su madre, etc., todo está pensado dentro de un contexto eminentemente cristiano, con una finalidad concreta, como hemos señalado un poco antes y tendremos oportunidad de ver más adelante.

En el fondo, toda la primera parte de la *Vita*, hasta la llegada al trono, seguirá esa tónica de ir tejiendo, entre la urdimbre proporcionada por el esquema de tipo menandro, elementos de la tradición bíblica relacionados con la realeza y la obtención de la corona, siendo su principal modelo la historia del rey David⁸⁵¹. Sin duda, ello permitía al autor realizar a un tiempo una obra que a su modo contase (o hiciese) Historia, fuese encomiástica, otorgara al fundador de la dinastía el lugar merecido, justificara la necesidad de su advenimiento y sirviese de guía para sus descendientes. En los diversos apartados que seguirán a este intentaremos abordar en lo posible cómo se han ido insertando estos elementos para crear esta, como vemos, compleja obra.

Pero volviendo a los prodigios y a su inclusión en este momento preciso de su biografía, hay un tercer sueño, muy relacionado con el que acabamos de señalar, pero en esta ocasión el “soñador” será el abad del monasterio del mártir san Diomedes, muy cercano a las Puertas Doradas que dan acceso a Constantinopla. De nuevo está el motivo del personaje “celestial”, que indica al abad su deber de atender al extranjero dormido en los escalones de la entrada, pues será el futuro emperador. Tanto el emplazamiento del monasterio, como el mensaje del santo y el relato entero siguen también una línea bíblica muy concreta, como tendremos ocasión de analizar con posterioridad⁸⁵².

⁸⁵¹ Al respecto, cf. sobre todo el apartado III. 5. 6 de esta segunda parte.

⁸⁵² El sueño está narrado en 223, 8 – 224, 13. Para el análisis y comentario, *vide* apartado III. 5. 4 de esta segunda parte.

Finalmente, la madre de Basilio tendrá un último sueño que confirme el buen término del viaje de su hijo a la capital del Imperio:

Por su parte, la madre de Basilio, que continuamente rogaba por él, y se hallaba abatida y llena de dolor por no saber todavía qué buen término había tenido su viaje, vio de nuevo en sueños un enorme árbol semejante a un ciprés erguido en su patio, cuajado de hojas doradas, con el tronco y las ramas doradas también, en cuya copa, arriba, estaba sentado su hijo Basilio. (225, 15-21)

El hecho de que su madre tuviera hasta tres sueños reveladores de la soberanía de su hijo, nos hace pensar en el gusto bizantino por el número de la Trinidad. ¿O es algo casual? Tal vez sea una mera elucubración, pero encaja bien en el proyecto del Porfirogeneta y su afán de mostrar la predilección divina por Basilio, desde su nacimiento. En esta ocasión, por otra parte, además de tener una función de “cierre” de esta serie de sueños proféticos, el episodio da paso a un par de, podríamos llamar, anagnórisis prodigiosas. En primer lugar, cuando su madre revela el sueño a una señora piadosa y ella le confirma el brillante futuro de su hijo, en una escena con claras reminiscencias evangélicas, pues se la relaciona con la mujer que el día de la Presentación de Jesús vio en el niño al Salvador⁸⁵³.

La alusión no es inocente, pues, ya que se establece un paralelismo claro, y esta nueva Ana identifica al Salvador de la ecumene. Y hay algo más: en el Evangelio este episodio está encadenado a otro reconocimiento que tendrá su reflejo en la *Vita*, aunque en el texto sagrado aparece en primer lugar. En ese mismo momento de la Presentación, y justo antes de la aparición de la tal Ana, vemos a Simeón, otro personaje “justo y piadoso” al que el Espíritu Santo le había prometido que no moriría sin conocer al Mesías. Movidado por este Espíritu, reconoce en aquel inocente niño al redentor de Jerusalén y pronuncia su famosa plegaria⁸⁵⁴. De igual modo, cuando el joven Basilio, ya a las órdenes

⁸⁵³ Lc 2, 36 y ss. Ver comentario en el apartado citado en la nota anterior.

⁸⁵⁴ Lc 2, 25-32: “Nunc dimittis servum tuum, Domine, / secundum verbum tuum in pace”, etc. Comentario al episodio paralelo de la *Vita* también en el apartado III. 5. 4 de esta segunda parte.

de un señor noble a cuyo servicio está por mediación del abad de san Diomedes, entra en un templo a “cumplir con la veneración debida al apóstol” san Andrés⁸⁵⁵, un monje igualmente devoto lo aclama como emperador. Una potentada del lugar, la viuda Danelis, lo recrimina por ello, pero él se limita a decir que había reconocido en la persona de Basilio al emperador “ungido por Cristo”⁸⁵⁶. Citamos abajo el original griego, por el valor enorme que tienen las palabras empleadas: el término *ὀφειλόμενον* nos evoca la misma Presentación, pues es algo debido, conforme a la ley de Moisés⁸⁵⁷; las implicaciones de ese *κεχρισμένον* son tantas que nos remitimos al apartado correspondiente en que se analizarán⁸⁵⁸.

Como vemos, los cuatro sueños proféticos están encadenados en el relato en el mismo momento de la biografía, renunciando al recurso de incluir este tipo de visiones en el nacimiento o infancia, aunque se aprovecha el *topos* de Ciro. Esto obedece a la utilidad que dichos sueños tienen en el curso de la narración, como motores de la acción y elementos desencadenantes tanto de la marcha de Basilio a la ciudad imperial como de su acogida en ella. Pero no se han olvidado los prodigios de infancia: el episodio del águila concluye informándonos de que esto había sucedido en múltiples ocasiones, aunque nadie pudiera explicarse por qué le pasaba a aquel niño, ni tampoco entender lo que en realidad revelaba. E introduce Constantino un amplio párrafo en el que explica que es mejor no detenerse más en estos hechos para que no parezca mera lisonja. En lugar de ampliar este apartado, prefiere trasladar los sueños y prodigios a otro momento del relato, y justificarlo con un recurso que merecería el aprobado de Menandro.

⁸⁵⁵ 226, 15-16: τὸ ὀφειλόμενον καὶ αὐτὸς τῷ ἀποστόλῳ σέβας ἀποδιδούς.

⁸⁵⁶ 227, 14-15: ὡς μέγαν βασιλέα τῶν Ῥωμαίων ὑπὸ Χριστοῦ κεχρισμένον εἶδον.

⁸⁵⁷ Lc 2, 23: καθὼς γέγραπται ἐν νόμῳ Κυρίου γ 2, 24: καὶ τοῦ δοῦναι θυσίαν κατὰ τὸ εἰρημένον ἐν τῷ νόμῳ Κυρίου.

⁸⁵⁸ Apartado III. 1. 3 de esta segunda parte.

II. 4. 4. Crianza y formación (ἀνατροφή).

De nuevo en el esquema del discurso imperial, tras el recuento de los portentos asociados al nacimiento y primera infancia, se debe abordar la “crianza”:

(...) si se crió en palacio, si de púrpura fueron sus pañales, si desde su primera infancia se crió en regazo real (...). Pero si no hubiera tenido una crianza ilustre, como Aquiles junto a Quirón⁸⁵⁹, examinarás su educación señalando también en ese punto: “quiero, además de lo dicho, tratar sobre la naturaleza de su alma”. Ahí hablarás de su deseo de aprender, de su agudeza, de su afán de conocimiento, de su facilidad para entender las enseñanzas. (371, 19-26)

Aunque es obvio que el autor de la *Vita* no podía utilizar el recurso de la vida en Palacio, el motivo de los pañales de púrpura aparece cuando nos habla de sus padres y de su nobilísimo origen⁸⁶⁰. Con todo, el mencionado episodio de la manzana con el soberano búlgaro⁸⁶¹, cuando este último le ofrece un fruto al niño Basilio y queda fascinado por su serena actitud, delatora de una nobleza y majestad innatas, podría tener una función de sustitución de esa niñez palatina que no se puede narrar, al tiempo que se desea llenar de contenido regio los primeros pasos del macedonio.

En lo que respecta a su educación, otro apartado que resultaría, cuando menos, oscuro, Constantino se limita a decir que se educó junto a su padre “en lo mejor de lo mejor”⁸⁶². Fue él, de nuevo sin nombre, su único instructor, y gracias a su formación “no necesitó ni de un Quirón semihumano, como Aquiles, ni de un Licurgo legislador o Solón, ni de una educación foránea y externa”⁸⁶³. Es significativo que las disciplinas en que se formó fuesen grandes virtudes morales, que de algún modo se adaptarían al consejo de “tratar sobre

⁸⁵⁹ Sobre Quirón y su papel como educador, cf. MARROU, H. I., *op. cit.*, pp. 24-25. Para referencias a este tópico en otros manuales, cf. GASCÓ, F., *op. cit.*, p. 154, nota 23.

⁸⁶⁰ 216, 4-8. Comentario en apartado III. 5. 2 de esta segunda parte.

⁸⁶¹ *Vide* apartado III. 5. 3 de esta segunda parte.

⁸⁶² 220, 6-7: τὰ τῶν καλῶν κάλλιστα.

⁸⁶³ 220, 4-6. Comentarios a todo el pasaje en el apartado III. 5. 3 de esta segunda parte.

la naturaleza de su alma”, supliendo así la carencia de formación en “elocuencia, filosofía o literatura”.

De todos modos, y a la luz del notable estudio de Marrou sobre la educación en la Antigüedad, quisiéramos sugerir una posible línea de investigación a la que no podemos dar continuidad en este momento: nos planteamos si la labor formadora de su padre, además de un recurso tópico y obligado por la opacidad que la *Vita* presenta en ciertos temas del pasado de Basilio, no refleja la tradición romana del *paterfamilias* como gran responsable de la educación, inculcando al niño unos principios morales que marcarán su vida; y si ese reflejo ha llegado por la fusión de conceptos grecorromanos que se produce en el Imperio Romano, en lo que constituiría ya en época del Porfirogeneta un *τόπος* literario, o bien por influencia de tradiciones literarias como la obra de Plutarco, que p. ej., recoge en la vida de Catón el Censor su enorme implicación en la formación de su hijo. Por otro lado, el papel fundamental de la madre en todo el proceso de ascenso al trono de Basilio, estaría relacionado, como ya señaló Jenkins, con el perdido encomio de Nicolás Damasceno⁸⁶⁴, que recoge el mismo motivo, pero podría quizá estudiarse también en parte bajo este prisma de la influencia familiar, algo lejano del ideal formativo griego⁸⁶⁵.

Pero siguiendo con nuestro análisis, el modelo, pues, se ha seguido en la medida de lo posible, aprovechando el tópico de Quirón. Tal vez se incluye a Licurgo y Solón como modelos de legisladores y grandes hombres de justicia, para crear un contrapunto con el máximo nivel alcanzado por Basilio en esta virtud gracias sólo a la educación paterna, una de las claves del modelo de soberano, y recomendada también por Menandro más adelante.

⁸⁶⁴ “Classical Background”, p. 25.

⁸⁶⁵ Sobre esto, vide MARROU, H. I., *op. cit.*, pp. 302-304.

II. 4. 5. Actividades (ἐπιτηδεύματα).

Para redondear y matizar este apartado de aprendizaje del soberano elogiado, el autor nos aconseja tratar las “actividades”, como ya vimos al hablar de la estructura del encomio:

Sus actividades serán objeto de examen –actividades son rasgos del carácter ajenos a las acciones competitivas-, ya que las actividades dan muestra del carácter, por ejemplo: “fue justo –o sensato– en su juventud”, tal como hizo Isócrates en el *Evágoras*, en donde, procediendo con brevedad, dijo: “al hacerse un hombre, todas esas cualidades crecieron con él y se añadieron otras”. (372, 2-10)

Según este esquema, estas actividades darían paso a las acciones (bélicas y en periodo de paz) ya como emperador. Sin embargo, el particular caso de Basilio, que en modo alguno hereda el trono ni se educa en un ambiente regio, sino que se trata de un advenedizo, nos guste o no, obliga a variar el modelo original. A partir de este momento, la *Vita* introduce el fallecimiento del padre de Basilio como desencadenante de su marcha a la Ciudad, y ya hemos visto cómo es en este punto cuando se suceden los prodigios y sueños premonitorios. Con toda probabilidad el autor se ha visto forzado a emplear estos recursos para completar esa parte de la biografía, a la par que iba modelando la imagen del macedonio como soberano predestinado al trono por la Providencia y empujado a la corona por encima de todas las vicisitudes (pobreza, enfermedades, situación social humilde, etc.).

Para conseguir este objetivo se recurre a otra historia que permitía establecer paralelismos con nuestro personaje y crearle toda una personalidad de prestigio: la historia del rey David, que de simple pastor llegará a ser el rey de Israel por elección divina. La tradición cristiana y bíblica, de cuyas fuentes bebía constantemente Bizancio, ofrecía un modelo perfecto de virtud y soberanía, a la par que resultaba conocido por todos y estaba bien asimilado en aquella cultura. Podía hacerse una narración verosímil del ascenso al trono según ese esquema, cubrir aquella enorme laguna de modo digno, justificando incluso algunos sucesos oscuros, como la muerte de su antecesor, Miguel.

Ya hemos señalado en otro momento de nuestra exposición cómo la equiparación entre el soberano bíblico y el emperador bizantino es un lugar común, antes y después de Basilio, pero lo interesante en este caso es el uso de la historia de David no tanto como modelo del buen monarca, sino para justificar la llegada al trono de un personaje de oscuros orígenes, con la protección divina como telón de fondo, que mueve los hilos de la acción para que Miguel perezca por su alejamiento de esa Voluntad divina que un día le había proporcionado el cetro. Al igual que en el relato bíblico, Basilio queda exonerado de toda culpa en el infame fin del anterior soberano, al tiempo que sus muchas virtudes resplandecen y lo conducen hacia lo alto, sin que por ello el humilde macedonio olvide defender a su señor e incluso intente hacerlo volver a la cordura.

Que esta línea propagandística habría sido lanzada por los macedonios desde los orígenes de la dinastía, y no sólo en el proyecto literario de la *Vita*, nos lo demuestra el hecho de la existencia de ese mismo relato, en versión iconográfica, en algunas manifestaciones artísticas de la época, como ha demostrado el profesor Maguire y tuvimos oportunidad de mencionar en otro apartado⁸⁶⁶. Lo más interesante, con todo, de su análisis, es haber puesto de relieve la presencia de todo un βασιλικὸς λόγος, con la misma estructura e idéntico orden al establecido para las normas del encomio real literario, en el cofre con relieves de marfil que describe⁸⁶⁷. Ello indica, sin duda alguna, la fuerte presencia y el predominio de la retórica en todos los ámbitos del mundo bizantino y, más allá, la enorme influencia y poder del aparato de propaganda de los macedonios, capaces de trasladar su versión incluso a objetos que en teoría son de mero adorno o uso personal palaciego, como el cofre de la emperatriz. Cabe imaginar, pues, el contenido y el peso ideológico de cuanto estuviera dirigido al pueblo (edificios, monumentos, edictos, etc.)

⁸⁶⁶ *Vide* apartado III. 3 de la primera parte.

⁸⁶⁷ MAGUIRE, H., *op. cit.*, pp. 89-93.

Siguiendo con nuestra exposición, el autor de la *Vita* ha introducido de este modo una cuña en el modelo clásico del βασιλικὸς λόγος, sin que resulte ajena del todo en su contexto. En ella se van dosificando los episodios (“actividades”) que dan idea de su carácter y virtud (el episodio del caballo⁸⁶⁸, el del búlgaro⁸⁶⁹, etc.), mientras nos narran un camino hacia el trono que se le va haciendo expedito por sus propios adornos morales (se iba ganando el aprecio de todos, era un excelente hijo⁸⁷⁰, etc.) y por la intervención divina⁸⁷¹.

No obstante, por su enorme contenido ideológico, el análisis de toda esta parte de la obra ha sido incluido en un apartado posterior⁸⁷², toda vez además que diverge en gran medida con el encomio real clásico, que será retomado al abordar las conocidas como ἔργα πολέμου καὶ εἰρήνης. De nuevo, aquí no nos adentraremos en si se ha seguido la estructura propuesta por Menandro punto por punto, sino que señalaremos sólo aquellos aspectos que consideremos más reseñables en su relación con el encomio real clásico.

II. 4. 6. Hazañas en tiempos de paz y guerra (ἔργα πολέμου καὶ εἰρήνης)

Quizá lo más interesante de la confrontación de los dos textos sea comprobar la organización de las materias en torno a las distintas virtudes imperiales. Al respecto dice Menandro:

Así que divide siempre las acciones de las que vayas a hacer el encomio de acuerdo con las virtudes –las virtudes son cuatro: valentía, justicia, templanza y sabiduría—y mira a qué virtudes corresponden las acciones, y si algunas de las acciones de guerra y de paz son comunes a una sola virtud, como la sabiduría; pues es propio de la sabiduría tanto dirigir bien el ejército en los combates como legislar bien, administrar y gobernar

⁸⁶⁸ 230, 16 y ss.

⁸⁶⁹ 229, 1 y ss.

⁸⁷⁰ Por ejemplo, 220, 10 y ss.: ἐν πάσαις ταῖς ἀρεταῖς ἐπιδήλως ἐξέλαμψεν, σώφρων ἐκ νέου καὶ ἀνδρείος ἀναφαινόμενος, τὴν τε ἰσότητα μετὰ φρονήσεως ἀγαπῶν καὶ διαφερόντως τιμῶν, καὶ ἐν μηδενὶ τῶν ταπεινότερων κατεπαιρόμενος: ἐξ ὧν εὐνοια παρὰ πάντων αὐτῷ καὶ τὸ πᾶσιν εἶναι προσφιλεῖ καὶ ἐράσμιον.

⁸⁷¹ Por ejemplo, 221, 19-21: Ἐπεὶ δὲ κυριωτέραν ἔδει τὴν θεῖαν γενέσθαι βουλήν καὶ τοῦτον πρὸς ὅπερ ἀφώριστο κατὰ μικρὸν ὁδῷ βαδίζοντα ἀνελεθεῖν, ὄνειράτων ὄψεις πείθουσι τὴν μητέρα ὑπενδοῦναι αὐτῷ.

⁸⁷² Vide apartado III. 5. 4 de esta segunda parte.

convenientemente los asuntos de los súbditos. Así que en las hazañas de guerra tratarás lo que a valentía se refiere, y, de la sabiduría, cuanto de las hazañas de guerra a ella corresponda. (373, 5 y ss.)

De igual modo, los hechos expuestos en tiempos de paz y guerra giran en torno a las grandes virtudes, muy en especial la justicia, seguida tal vez por la fortaleza en el caso de la guerra, y sin dejar lejos la templanza y sabiduría, estas últimas bastante adobadas a nuestro juicio con el espíritu cristiano. Sería realmente largo el análisis de cómo aparecen y se caracterizan las virtudes clásicas a lo largo de la *Vita* y en especial en este momento de la obra, por lo que nos contentaremos con esbozar aquí su presencia en breves párrafos, dejando la puerta abierta a esta línea de investigación⁸⁷³.

La justicia, en efecto, se erige como el principal adorno de nuestro emperador, tal vez porque, siguiendo los modelos bíblicos, se ha aprovechado la figura de David / Salomón para retratar a este soberano como perfecto; por otra parte, por el enorme peso que tenía este rasgo en la ideología política bizantina, como tendremos oportunidad de ver, sobre todo en la faceta legisladora del emperador⁸⁷⁴. Todos estos elementos, además, tienen cabida dentro del esquema planteado por Menandro. De este modo, a su llegada al trono todas sus acciones están marcadas por la búsqueda de la justicia (restitución del erario público⁸⁷⁵, saneamiento de las magistraturas⁸⁷⁶, institución de un tribunal donde él mismo impartía justicia⁸⁷⁷, devolución del patriarcado a su legítimo dueño⁸⁷⁸, actualización del corpus legislativo⁸⁷⁹, etc.),

⁸⁷³ Una breve aproximación a la cuestión es la que hemos realizado en la comunicación presentada al XIII Congreso Español de Estudios Clásicos (Logroño, julio 2011), bajo el título “Notas sobre la presencia y funciones de las virtudes en la *Vita Basilii*” (en prensa).

⁸⁷⁴ Vide apartado III. 5. 7 de esta segunda parte.

⁸⁷⁵ 255, 14 y ss. También, 256, 15 y ss.

⁸⁷⁶ 257, 20 y ss.

⁸⁷⁷ 259, 12 y ss.

⁸⁷⁸ 261, 20 y ss.

⁸⁷⁹ 262, 16 y ss.

en un largo excurso anterior a los hechos de guerra donde se muestra el retorno a la Edad de Oro, que comentaremos con posterioridad⁸⁸⁰.

Con respecto a la templanza, el emperador se nos muestra siempre como un hombre mesurado en todo: decisiones, actitudes, comportamiento, etc., salvo en dos ocasiones de las que ya hemos hablado antes: cuando se pierde Sicilia por la negligencia del navarca Adriano⁸⁸¹ y con el encarcelamiento de su propio hijo⁸⁸². En el primer caso, que analizaremos más adelante⁸⁸³, se nos dice que “casi” llega a la desmesura (*πρὸς ἀμετρίαν σχεδόν*), que queda justificada por lo que aquella pérdida suponía para el Imperio, recurriéndose de nuevo al motivo del escarmiento. De manera significativa, con todo, se nos dice:

Así el emperador, que en su vida privada lograba refrenar su ira y moderarla, en la pública no podía mantener esa medida del todo. (312, 9-11)

Y sin embargo, igual que en este caso la desmesura era “justa” y no llega a incurrir en el exceso, en el de su hijo vendrá motivada por la malquerencia y la envidia, que ciega al emperador hasta castigar a su sucesor con la cárcel⁸⁸⁴. Es decir, se trata en ambos casos de elementos ajenos a Basilio, que marcan su comportamiento por la gravedad del caso, o la obcecación derivada de un personaje malévolo como Sandabareno.

Por su parte, la fortaleza / valentía quedará bien acreditada tanto en sus hazañas guerreras⁸⁸⁵ como en los pequeños detalles de las campañas, por ejemplo, cuando construyen un puente para atravesar el Éufrates, que viene muy crecido, y es él quien lleva los mayores pesos y quien arrima más el

⁸⁸⁰ *Vide* apartado III. 5. 7 de esta segunda parte.

⁸⁸¹ La toma de Sicilia se narra en los cap. 69-70 (309, 11 y ss.)

⁸⁸² Desarrollado en los cap. 100-101 (348, 10 y ss.)

⁸⁸³ *Vide* apartado III. 5. 7 de esta segunda parte, con otras referencias a este episodio.

⁸⁸⁴ *Vide* apartado III. 5. 9 de esta segunda parte.

⁸⁸⁵ Por ejemplo, en la toma de Melitene, cap. 40 (en especial, 270, 1-7). Cf. apartado III. 5. 7 de esta segunda parte.

hombre para sacar adelante el trabajo⁸⁸⁶. La sabiduría aparece también representada por múltiples sucesos, pero es destacable cómo suele estar ligada a la templanza, como virtudes ya claramente de un emperador cristiano, que busca con humildad el conocimiento, rodeándose de sabios y monjes de probada virtud, e intentando aplicar a su vida aquellas pautas de comportamiento, “deseoso de mostrarse soberano de sí mismo antes que de los demás”⁸⁸⁷.

Pero volviendo a Menandro, a la hora de tratar las hazañas bélicas nos aconseja:

Describirás en las acciones de la guerra las naturalezas y situaciones de los lugares donde se producen los combates –ríos, puertos, montañas, llanuras-, y si son yermos o frondosos, y si lisos o escarpados. Describirás también emboscadas y trampas tanto del emperador contra los enemigos, como de los adversarios contra el emperador. A continuación dirás: “tú conocías sus emboscadas y trampas gracias a tu sabiduría, aquéllos ni se daban cuenta de las que tú preparabas”. Además has de describir combates de infantería, los preparativos de los jinetes para la lucha a caballo, el choque de un ejército contra otro, e incluso, a veces, una batalla naval, si la hubiera. (373, 17 y ss.)

La *Vita* parece haber seguido de cerca estos consejos, pues no se escatiman nombres de sitios o bien su localización, ni descripciones cuando tienen algo que aportar al desarrollo y desenlace de la narración, si bien en general no hay un análisis serio de las estrategias u otros aspectos similares para cada batalla. Dicho de otro modo, es probable que el autor careciese de datos concretos para muchos de los sucesos narrados, por lo que los encubre con anécdotas u otros adornos, o bien, siguiendo la línea encomiástica, limita sus descripciones y comentarios a aquellos sucesos que pueden servir a sus intenciones laudatorias.

Por ejemplo, cuando se derrota de manera definitiva al hereje Crisoquir, episodio en que se detalla tanto la situación de los ejércitos como la trampa

⁸⁸⁶ 269, 1 y ss. *Vide* comentario en apartado III. 5. 7 de esta segunda parte.

⁸⁸⁷ αὐτὸν ἑαυτοῦ δεικνύειν ἐθέλων πρὸ τῶν ἐκτὸς αὐτοκράτορα (314, 18-19). Sobre esta idea como uno de los tópicos éticos de los “Espejos de Príncipe”, cf. apartado III. 6. 4 de esta segunda parte.

tendida al enemigo, surgida de una supuesta rivalidad entre los soldados de dos temas. Se trata de un fragmento algo extenso, pero que vale la pena incluir porque por sí solo habla de la adecuación a estas normas dictadas por Menandro:

Así pues, al atardecer ya estaba el ejército bárbaro en el lugar llamado Batirriax, acampado al pie de la montaña. Por su parte, los generales romanos habían ocupado los puntos más altos de esta, y observaban con atención lo que podría suceder. De repente, se suscitó una disputa y porfía entre los soldados de los dos temas, sus comandantes y centuriones, sobre quién tenía la preeminencia: los de Carsiano se arrogaban la primacía en la virtud del valor; por el contrario, los Armenios no admitían que los otros tuvieran el primer puesto de la valentía en el campo de batalla.

Como la rivalidad avanzara a más entre ellos, y los ánimos se iban exaltando, cuentan que los caudillos del grupo armenio dijeron: “¿Para qué nos enardecemos en vano, uno a uno, de palabra y nos jactamos sin sentido cuando podemos demostrar con hechos nuestra discutida virtud? Pues ya que los enemigos no distan mucho, por sus obras pueden los mejores revelarse como tales, y los más sobresalientes ser juzgados por el valor de su diestra”.

Al oír tales palabras, comprendieron los generales el ímpetu y disposición de la tropa a realizar actos valerosos; dándose cuenta además de la ayuda que les prestaba el lugar, pues atacarían desde una posición dominante a los acampados en el llano, dividieron en dos el ejército: se decidió que lo más escogido de este, hasta seiscientos hombres junto con sus generales, atacaran las tropas bárbaras y el resto del ejército, poco numeroso, se apostara en lugares elevados, en apariencia de multitud.

Concertaron una señal para el momento de ataque, a fin de que, cuando unos se lanzasen sobre el enemigo, los demás prorrumpieran con enormes alaridos y toques de trompeta, amplificadas por el retumbante eco de aquellos montes. Se revistieron las panoplias y sin ser vistos a través de la noche se acercaron al campamento enemigo. Antes de la aurora, cuando el sol no había salido por completo del hemisferio bajo tierra, atacaron a los enemigos tras entonar con voz firme cantos guerreros, gritando a una lo de “La Cruz ha vencido”, en tanto que los demás proferían gritos de guerra desde el monte. Los bárbaros, atónitos por aquel imprevisto, no tuvieron tiempo de alinearse ni de comprender el tamaño real del ejército que les atacaba, y sin poder atisbar otra salvación para sus vidas de improviso, al momento se dieron a la fuga, mientras las insistentes oraciones del emperador los colmaban de terror y precipitaban a la ruina.

Continuaron hostigando los romanos mientras llamaban sin cesar a gritos a los generales ausentes, a las tropas imperiales y al dirigente de las escuelas, como se les había ordenado; y como el pánico y la confusión de los fugitivos era cada vez mayor, la persecución alcanzó las treinta millas y el espacio intermedio quedó cubierto de innumerables cadáveres. (272, 18 y ss.)

Tampoco faltan las emboscadas de los enemigos, como sucede con la ya citada aquí toma de Tarso por parte de los ismaelitas, gracias a la negligencia

de un general romano, Cesta el Estipiota, fiado en su insensatez, tras ridiculizar al cuerdo general Andrés:

De inmediato se lanzó contra Tarso con todas las fuerzas romanas y demostró que Andrés no era pusilánime y cobarde, sino reflexivo, sensato y óptimo general. Pues creyó que los bárbaros eran presa fácil y sin prever nada de lo necesario, ni tender emboscadas, ni discurrir nada a la altura de una pericia y prudencia estratégicas, se acercó a Tarso, al lugar llamado Crisobulo con ánimo insensato y arrojo irreflexivo.

Los bárbaros advirtieron su falta de precaución al no ocupar lugares fortificados, ni instalar empalizada y foso para defensa del campamento, ni hacer nada de lo que el estratega calculador y cuerdo construye de antemano, por lo que decidieron arrebatarse la victoria. Lo atacaron de noche, desapercibido y ajeno a toda preocupación, valiéndose, con el fin de dejar a los romanos perplejos y en un serio aprieto, de una estratagema, como se hizo patente, sabia. Pues como eran pocos a causa de la anterior derrota y escasos en número por su difícil situación, se vieron obligados a recurrir a una astucia: reunieron numerosos caballos, les ataron cueros secos a las colas y a una orden los lanzaron contra diversas partes del campamento romano. Luego, haciendo resonar los tambores desde diferentes lugares, también ellos irrumpieron con las espadas desnudas en medio de la empalizada.

Así pues, temor y turbación cayeron sobre el ejército romano; hombres y caballos confundidos por igual tropezaban entre sí y los bárbaros vencieron causando una inmensa matanza, la mayoría de ellos pateados y asfixiados entre sí sin gloria alguna. Tras imponerse los ismaelitas de modo tan imprevisto y contra toda esperanza, al cortar el nervio del mando romano, alzaron sus cantos una y otra vez entre el resonar de timbales y bárbaros gritos de guerra. Tal fin otorgó como premio a una insensata dirección militar la envidia contra los romanos; tal fue el trofeo que erigió la celosa Némesis contra los antes afortunados romanos. (286, 22 y ss.)

Sería muy interesante poder hacer un estudio a fondo de todos los aspectos relacionados con las virtudes que se dan cita en el pasaje, pero nos contentaremos con señalar la falta de sensatez / sabiduría del protagonista, que acarrea la pérdida de la ciudad con gran deshonra⁸⁸⁸. Tampoco dejaremos sin comentar la insistencia a lo largo de toda esta parte en la dirección personal del emperador en cada empresa bélica, o bien a través de sus lugartenientes, pero siempre con participación de Basilio de alguna manera, a veces sólo con sus oraciones, como hemos visto en el fragmento de la destrucción de Crisoquir. Los éxitos en la batalla nunca le son ajenos, pues, porque proyecta su sabiduría

⁸⁸⁸ *Vide* algunos comentarios a la oposición entre Andrés y el Estipiota en el apartado III. 5. 7 de esta segunda parte.

en sus subordinados y de ese modo los conduce a la victoria⁸⁸⁹. En ello vemos lo entrelazados que están en la ideología bizantina los modelos cristiano (con la presencia constante de la Providencia en todas sus decisiones) y el del encomio clásico, o al menos, la deseada mezcla de ambos por el autor de la *Vita*, pues también aconseja el manual enlazar

con lo referido a la sabiduría, diciendo: “era él quien planeaba la estrategia; él quien dirigía el ejército; él, quien encontraba el momento oportuno para el ataque; él, consejero admirable, héroe, general, buen orador”. (374, 22 y ss.)

A nuestro emperador tampoco le pasan desapercibidas las maquinaciones del enemigo, tal y como aconseja Menandro, como sucede con los árabes que se preparan en Egipto y Siria para lanzar su ataque contra el dominio romano:

Pero juzgando que antes era necesario examinar mediante espías la situación del emperador, enviaron a alguien que lo observara todo con detalle, valiéndose de vestiduras y lengua romanas, y luego se lo refiriera a ellos. Sin embargo, el emperador, siempre en vela por las preocupaciones del Estado y preparando con antelación lo oportuno, y toda vez que no le había pasado desapercibida la construcción de barcos en Siria, construyó trirremes y birremes mayores y, una vez congregadas en la ciudad imperial las fuerzas navales, se dispuso a aguardar impaciente qué iba a suceder (...). Vino, pues, el espía de Siria y contempló la multitud de naves y el ejército con todo el aspecto de estar listo para ser lanzado; averiguó y estudió todo y lo refirió a quienes lo habían enviado. Ellos, contra todas sus expectativas, tuvieron noticias de los preparativos del emperador y entonces, asustados, prefirieron la tranquilidad y desecharon sus pretensiones de embarcarse. (308, 11 y ss.)

El esquema del βασιλικὸς λόγος aconseja añadir campañas exitosas y enhebrar “triumfos con triunfos, victorias con victorias, huidas de jinetes, masacres de infantes⁸⁹⁰”, y así parecen narrarse las campañas de Basilio, que se van sucediendo con sus triunfos, intercalando pasajes como el de la

⁸⁸⁹ Por ejemplo, en 321, 17 y ss.: Ὁ δὲ φιλόχριστος Βασίλειος ὁ βασιλεὺς μεταξὺ τῶν πολεμικῶν ἀγώνων, οὗς διὰ τῶν ὑπὸ χεῖρα πολλακίς ὥσπερ ἀγνοθητῶν πρὸς τὸ δέον κατήϋθνε, πολλοὺς τῶν ἱερῶν καὶ θείων ναῶν (...) ἤγειρε.

⁸⁹⁰ 374, 20 y ss.

persecución a caballo de Crisoquir a cargo de Pulades, llena de rapidez y dramatismo, como veíamos en la primera parte⁸⁹¹.

Un aspecto de gran interés por la presencia que tendrá en la ideología política bizantina es el siguiente mencionado por Menandro:

Al final de las acciones o cerca del final de las acciones, dirás algo también sobre una tercera virtud –me refiero, claro está, al sentido humanitario [φιλανθρωπία]--: “una parte de su sentido humanitario es la justicia: tras la victoria, el emperador no castigó por igual a los que habían dado comienzo a las iniquidades, sino que repartió sus actuaciones, en justa proporción, entre el castigo y su sentido humanitario; y cuando hubo llevado a cabo lo que consideraba suficiente para dar una lección, deteniendo en ese punto su actuación por humanidad, resolvió conceder que se salvara el resto de la estirpe, tanto para que lo que quedara se mantuviera como recuerdo de lo sucedido, como para hacer demostración de su humanidad”. (374, 25 y ss.)

La φιλανθρωπία imperial es, en efecto, un rasgo inherente a todo emperador digno de su cargo, como tendremos oportunidad de ver⁸⁹². Como sospecha el traductor del tratado menandreo⁸⁹³, es una gran virtud del soberano que tendrá muchas manifestaciones a lo largo de la *Vita*, no sólo en las hazañas de guerra, como se sugiere en la cita, sino en la previsión de bienes para sus súbditos, en general. De todos modos, esta virtud estará presente también en su comportamiento con el enemigo o participantes en una sedición o conjura, aunando en ello justicia y templanza: los castigos, aunque a nuestros ojos de hombres del s. XXI parezcan horribles y desproporcionados, son descritos como moderados por la extrema benevolencia imperial, necesarios solo como escarmiento para otros, e incluso oportunidad para un cambio de actitud. Por ejemplo, como sucede con los sublevados Simbacio y Jorge:

⁸⁹¹ Vide apartado IV. 4 de la primera parte.

⁸⁹² Vide apartado III. 1. 2. 2 de esta segunda parte.

⁸⁹³ Nota 37, p. 158: “parece más bien designar una gran virtud imperial, más amplia que la justicia y propia de los superiores con respeto a los inferiores (...). Es, en cierta medida, sinónimo del término *eúnoia*”. Si en esta época se estaba gestando este concepto como ligado a la persona del soberano, en la de Constantino es ya una de las virtudes inseparables de todo emperador que se precie de serlo. Cf. *infra*, apartado III. 1, sobre este concepto en Temistio.

Una vez realizadas las comprobaciones pertinentes, les amenazaba según las leyes la pena capital, esto es, después de la confiscación y pérdida de todos sus bienes, también la privación de la vida. En cambio, la benevolencia [φιλανθρωπία] del generoso emperador limitó el castigo por el momento a sólo sacarles los ojos a los cabecillas de la vil conjura; y habría mostrado más mesura al infligirles el castigo si no supiera que una extrema benignidad hacia ellos incitaría a otros a seguir su ejemplo y, entonces, por necesidad se vería obligado a aplicarles penas más graves. Por ello, con la citada pena les ofreció una oportunidad para el arrepentimiento al tiempo que escarmentaba al resto de los maliciosos. (263, 16 y ss.)⁸⁹⁴

Igual sucede con otro conjurado, Curcuas, que es descubierto como los anteriores, antes de poder llevar a cabo su plan, ignoramos si por realidad histórica o por seguir los parámetros que la tradición del tratado de Menandro imponía:

Mas de nuevo la benevolencia [φιλανθρωπία] del generoso emperador procuraba aplacar la severidad de las leyes y moderar las penas; por lo que, tras sacarle los ojos al cabecilla de la conjura, se aplicó un castigo indulgente a los demás con azotes en el cuerpo y arrancándoles los cabellos. Y así se les hizo volver a la calma más como un padre magnánimo que como un monarca despótico. (277, 12 y ss.)

De otro lado, en la exposición de los ἔργα εἰρήνης se aconseja tratar los hechos en función de la templanza, justicia y sabiduría:

Dentro de la justicia has de elogiar la amabilidad para con los súbditos, la humanidad con los necesitados y la accesibilidad: “así, no sólo en las acciones de la guerra es el emperador digno de nuestra admiración, sino que aún más admirable en las de la paz; pues ¿quién no se maravillaría de sus obras? (375, 9 y ss.)

Todos estos principios están presentes a lo largo de toda la obra, tanto desde su juventud como en su papel ya de emperador. Vimos cómo muchas de las reformas emprendidas nada más llegar al trono tenían esta virtud como hilo conductor, como vemos en esta declaración de intenciones al nombrar nuevos magistrados:

En primer lugar, puso al frente de las principales magistraturas, sin recurrir en absoluto al soborno, a los mejores hombres escogidos por él, entre los que había miembros de su familia, por ser de los mejores. Según el minucioso examen del emperador, principal tarea y objetivo antes que nada era preservar sus manos limpias de cualquier otro tipo de ganancias; después, estimar la justicia por encima de las demás virtudes; procurar

⁸⁹⁴ Para otros comentarios a este pasaje, *vide* III. 5. 7 de esta segunda parte.

que la equidad reinara en todas partes; que los pobres no fuesen oprimidos por los ricos, ni fuera nadie sometido injustamente a castigo alguno, sino librar al pobre e indigente de la mano de los más fuertes que él; devolver poco a poco la confianza a las personas que él sabía habían perdido el ánimo y abandonado por obra de los anteriores, y afanarse en restablecer a su antigua prosperidad a todos los que se recuperasen. (257, 20 y ss.)

De nuevo, tras el largo excurso sobre acciones bélicas, volverá a insistir en la presencia de estas virtudes, como conclusión de ese apartado⁸⁹⁵. Basilio se esfuerza con ahínco en cultivarlas y busca siempre la compañía de hombres ejercitados también en nobles cualidades, sobre todo, espirituales:

De ahí que se pudiera ver la tétrada de virtudes instalada de manera permanente en su persona, y era de admirar su sensatez que caminaba a la par de su valentía, y su equidad unida a su buen juicio, virtudes todas que iban progresando hacia mejor. (315, 6 y ss.)⁸⁹⁶

La preocupación del emperador por sus súbditos es otra constante, no sólo por su vigilancia perpetua a fin de que todo en el Estado funcione bien, como venimos viendo, sino en lo material: no escatima en proporcionarles medios de subsistencia mientras esperan justicia⁸⁹⁷, simplifica las formalidades de la recaudación⁸⁹⁸, les proporciona un techo en el Foro bajo el que refugiarse,

⁸⁹⁵ 314, 3 y ss. Cf. apartado III. 5. 7 de esta segunda parte.

⁸⁹⁶ καὶ ἀπὸ τούτου διηλεκῶς ἐνδιατωμένην παρ' αὐτῶ τὴν τῶν ἀρετῶν ὑπῆρχεν ὀρᾶν τετρακτύν, καὶ ἐθαυμάζετο αὐτοῦ μετὰ τῆς ἀνδρίας τὸ φρόνημα καὶ μετὰ τῆς σωφροσύνης τὸ δίκαιον, καὶ πάντα εἶχε τὴν πρὸς τὸ κρεῖττον ἐπίδοσιν.

⁸⁹⁷ 260, 2 y ss.: “Y no sólo previó que recibieran justicia quienes decían haber sufrido atropellos por medio de la selección y nombramiento de jueces, sino además, con la concesión de alimento a diario a quienes se veían obligados a la fuerza por otros más poderosos a venir en cada ocasión a la ciudad imperial. Pues temiéndose que, ante la escasez de recursos, con frecuencia algunos partieran antes de que concluyera su caso, designó una retribución suficiente, con la que los denunciantes pudieran mantenerse por unos días hasta que recibieran la sentencia del juez”.

⁸⁹⁸ 261, 10 y ss.: “quiso suprimir también esta oportunidad para los que quisieran cometer abusos, y determinó que se escribieran los códigos de las reclamaciones con palabras sencillas, que pudieran, en lo posible, ser leídas incluso por la gente llana, y con las cifras de la cantidad declarada expresadas sin abreviatura y con claridad. Además, ordenó que corriera por su cuenta el gasto del papel, escrituras y escribanos, para no causar perjuicio a los pobres”.

a la vez que cumplen con Dios⁸⁹⁹, o construye hospicios⁹⁰⁰. Todo esto se aviene con el esquema propuesto por Menandro, que continúa:

Has de añadir: "(...) lo mismo que puede verse a los fugitivos encontrar descanso en los sagrados recintos del poder divino –pues de ahí no tratamos de expulsar a nadie –, así quien se halla ante los ojos del emperador está alejado de los peligros". Dirás que por naciones, tribus y ciudades envía gobernadores justos, defensores de las leyes y dignos de la justicia del emperador, no recaudadores de impuestos. Además has de referirte a los tributos que impone y al avituallamiento de la tropa, que procura puedan sobrellevarlos los súbditos sin esfuerzo y con facilidad. (375, 19 y ss.)

Ya hemos señalado este su afán por contar con magistrados distinguidos por su probidad, pero tampoco olvida nuestro autor referirse a la justicia con que gestiona otras naciones bajo su dominio. Así sucede, por ejemplo, con las gentes de Panonia y los llamados "escitas" de la zona: tras haber abandonado por un tiempo su lealtad al Imperio, deciden volver a él cuando conocen la actitud magnánima del nuevo emperador, Basilio:

En vista de lo sucedido con los de Dalmacia merced al auxilio romano, los pueblos antes mencionados, croatas, serbios y demás, comprendieron la benignidad del reciente emperador de los romanos, su virtud y equidad en todos los ámbitos. Considerando preferible ser gobernados convenientemente antes que gobernar ellos de modo inestable a fuerza de audacia, se apresuraron a volver al anterior dominio y retornar al sometimiento a Roma. (291, 1 y ss.)

El soberano además les permitirá tener sus propios magistrados, en su sed de justicia con todos los pueblos:

Pues Basilio no permitía que las magistraturas que los gobernarán fuesen venales, algo que daría lugar a que los súbditos nombraran como dirigentes a quienes más dieran y cosecharan. Por esto, tomó la prudente determinación de que al mando se hallaran los elegidos por ellos mismos, como si lo fueran por sufragio, con la obligación de

⁸⁹⁹ 339, 1 y ss.: "En efecto, como observó que la masa ciudadana y artesanal que frecuentaba y se dejaba ver por el ágora, llamada Foro, para las necesidades de su vida, por no tener cerca un oratorio se iba olvidando de su cuidado espiritual, construyó en el ágora un templo venerable y de gran belleza dedicado a la Madre de Dios, para que sirviera a la plebe de protección contra lluvias e inclemencias invernales, pero también de delicia y ayuda para su salvación espiritual".

⁹⁰⁰ 339, 21 y ss.: "hizo nuevos asilos para pobres y albergues, y renovó la mayor parte de los sanatorios, hospicios de ancianos y monasterios ya envejecidos".

mantener, en calidad de gobernantes electos, una paternal benevolencia hacia ellos. (292, 7 y ss.)

Tampoco olvida incluir un capítulo⁹⁰¹ sobre los impuestos de sus súbditos, que puede resumirse en lo siguiente: el contable general, llevado por un excesivo celo, propone a Basilio que se revise el sistema de recaudación, pero él, simulando aceptar la idea, que considera ha de hacerse con absoluta seriedad y rigor, algo no al alcance de cualquiera, le pide que encargue el asunto a dos magistrados de absoluta confianza, quienes se niegan por la responsabilidad y magnitud del encargo. El emperador, entonces, alega que si ni siquiera los más dotados pueden asumir una tarea así, y en vista de que él no podía hacerse cargo tampoco del asunto, era mejor renunciar:

“Pues es preferible”, dijo, “que unos cuantos se lucren a costa de nuestros bienes de manera indecorosa, a que de modo injusto alguien caiga en un mal ruinoso y una desgracia que lo aplaste”. Y en función de esto, durante todo el tiempo de su imperio quedó, por así decir, sin inspeccionar y sin tasar, o mejor dicho, libre y sin exacciones todo el pueblo que componía las provincias bajo la jurisdicción de Roma, los territorios y campos destinados para que los aprovecharan los pobres que colindaban con ellos. Tal era el buen emperador para sus súbditos, sobre todo para la masa de campesinos, a quienes mostraba paterna solicitud y providencia⁹⁰². (347, 23 y ss.)

Del mismo modo, el asunto de las tropas también queda reflejado, cuando Basilio acomete a su llegada al trono la reforma del ejército:

⁹⁰¹ Capítulo 99, desarrollado en 346, 5 y ss.

⁹⁰² Esta anécdota podría haberse incluido para justificar la ausencia de legislación al respecto por parte de Basilio, pero nos da idea de un tema que llegó a preocupar mucho a los macedonios por las repercusiones que tenía sobre el Imperio: el empobrecimiento de los campesinos frente a los grandes propietarios de terrenos agrarios, debido a la presión fiscal junto a momentos de gran inestabilidad en los que se vieron obligados a recurrir a la ayuda de estos últimos, y a ceder sus posesiones como pago. Algo similar sucedía con las propiedades de colonos militares, compradas a precio de oro por estos grupos. Este era un elemento más que beneficiaba a una aristocracia latifundista cada vez más poderosa, y con capacidad para presionar e incluso conspirar contra el poder. Por ello, ya con Romano Lecapeno se impulsan disposiciones imperiales destinadas a defender al pequeño propietario y frenar este peligroso avance de una oligarquía latifundista que ocupaba altos puestos incluso en el ejército, que sin embargo había sido favorecido por León VI con algunas normativas, tal vez por ignorar las consecuencias que a la larga podían traer sobre la institución imperial. Cf. VASILIEV, A., *op. cit.*, p. 424 y ss. y OSTROGORSKY, G., *op. cit.*, pp. 257-258. *Vide* también *infra*, apartado III. 4.

En primer lugar completó, por medio del reclutamiento y selección de jóvenes, el número de efectivos, mermados a causa del recorte tanto de distinciones y prerrogativas otorgadas como de la asignación imperial para alimentos; y los fortaleció con el suministro y donación de lo necesario. Luego los adiestró en las prácticas militares (...). El noble emperador ejercitó primero y organizó los escuadrones militares, y unió la tropa de nueva leva con el ejército veterano; con adecuadas concesiones y donativos agilizó sus nervios y tonificó sus diestras, y así atacó con ellos al enemigo, erigió sus abundantes trofeos y obtuvo sus innumerables victorias. (265, 8 y ss.)

Otro aspecto del que invita Menandro a hablar es la “tarea legislativa” del emperador, en estrecha conexión con otras virtudes, como la justicia o la sabiduría:

Dirás (...): “legisla con justicia, deroga las leyes injustas y promulga en persona las justas; por eso son más legítimas las leyes y más justos los tratos entre los hombres. Y si alguien cree que la tarea legislativa es propia sólo de la sabiduría, sepa que legislar es propio sólo de la sabiduría, pero ordenar que se ejecute lo debido corresponde a la justicia; por ejemplo, el tirano entiende mediante la sabiduría lo que le conviene legislar o no, y legisla con injusticia, mientras que el emperador con justicia”. (375, 25 y ss.).

Esta labor legislativa constituye uno de los núcleos, quizá el más importante, de las acciones de paz llevadas a cabo por Basilio, como ya hemos esbozado más arriba, y una de sus primeras preocupaciones a su llegada al trono. Junto a la renovación de los magistrados y del sistema de impartir justicia, aborda también la revisión de los códigos legislativos:

Por otro lado, encontró en las leyes civiles una enorme confusión y falta de claridad debido a la, como si dijéramos, pugna entre buenas y malas, es decir, a la indistinta y conjunta inscripción de leyes ya abolidas con las aún en vigor. Las enmendó de forma provechosa según lo conveniente y posible, suprimiendo el desuso de las ya abrogadas y clarificando la enorme cantidad de las vigentes, al limitar a modo de compendio su anterior falta de definición con resúmenes para una fácil memorización. (262, 16 y ss.)

El retrato, pues, del soberano que se nos presenta cuadra a la perfección con el ideal recogido por Menandro, aunque ello con toda probabilidad no tenga que ver sólo con el gusto del autor por el contenido del tratado que venimos contrastando. En la época en que se elabora la *Vita*, el concepto de emperador reúne ya una serie de características que empiezan a rodear al soberano perfecto ya desde la Antigüedad tardía, con la llegada de los gobiernos monárquicos al mundo griego y, más tarde, al romano. Señala el

traductor de Menandro⁹⁰³ que en el último fragmento citado “parece atribuirse al emperador la capacidad de promulgar las leyes (*thespízei*) por inspiración divina”, a lo que podríamos contestar que, en efecto, es una tendencia que se consolidará más adelante para ser algo inherente a la majestad del βασιλεύς en la ideología política bizantina⁹⁰⁴. Es decir, que la inclusión de todos estos motivos que relacionan al emperador con el Derecho en la obra que nos ocupa, tiene más de esta teoría que de la mera alabanza o adulación, si bien es otro elemento del modelo menandro y la tradición del encomio que se prestaba a las intenciones del autor.

Otro punto que llama nuestra atención es el que se dedica a elogiar la fortuna del emperador:

(...) harás referencia a la fortuna diciendo: “parece acompañar en todo, tanto en acciones como en palabras, a nuestro gran emperador una espléndida fortuna, pues triunfa en cada empresa por encima de sus pretensiones”; y “se le ha concedido como don el nacimiento de hijos –si así fuera –, y amigos todos leales y guardias de escolta dispuestos a asumir riesgos por él”. (376, 26 y ss.)

El concepto de fortuna ha quedado desplazado en nuestro texto por el de Providencia divina, que es la que acompaña todas sus acciones y guía sus pensamientos, una vez más en línea con la ideología bizantina del poder, como veremos⁹⁰⁵. Por su parte, la alabanza a su extensa prole sí se incluye, con el añadido de la comparación con los grandes patriarcas bíblicos:

Pero ya que he llegado a este punto de la narración, quiero también detenerme en sus restantes hijos y el pío criterio con que decidió el camino de cada uno de ellos. Pues según el ejemplo de los piadosos y bienaventurados varones de antaño, o más bien, por encima incluso de aquellos, Dios lo reveló como hombre de numerosa y óptima prole.

⁹⁰³ P. 159, nota 39.

⁹⁰⁴ Sobre esto, *vide* apartado III. 1. 2. 2. de esta segunda parte.

⁹⁰⁵ Sobre el concepto, *vide* apartado III. 1. 2. 2. de esta segunda parte. Muchos son los ejemplos que se pueden aducir, como 219, 3 y ss.: ἐναργέστερον δὲ ἄρα τῆς προνοίας δηλῶσαι θελησάσης ὅτι οὐ κατὰ τινὰ τύχης αὐτοματισμὸν ἀλλὰ θεία προγνώσει τὸ τελούμενον δείκνυται, donde se opone expresamente al término “fortuna”; 238, 11-12: τῆς δὲ προνοίας ἀγούσης τὸν Βασίλειον εὐμηχάνως πρὸς ὅπερ ἐβούλετο; 257, 14-15: ἐπέιπερ ἐπὶ τῶν τῆς ἀρχῆς οἰάκων ὑπὸ τῆς προνοίας προβιβασθεὶς ἐκάθισεν ὁ Βασίλειος, *et passim*.

Después de algún tiempo, pues, hace partícipe de la corona también a Alejandro, su tercer hijo. Al más joven de ellos, Esteban, como a Isaac Abraham, lo ofreció a Dios y consagró a su Iglesia como miembro de esta. Su descendencia femenina, igual en número a la masculina, la ofrendó al sagrado monasterio de la mártir Eufemia, digna de toda loa; las consagró a Dios como agradable don y exvoto, adornándolas tanto en su forma de vida como en sus vestiduras monacales de modo similar a las vírgenes que, sin mancha y llenas de pureza, se desposan con el esposo inmortal, Cristo. (264, 9 y ss.)

En esta descripción nos resulta llamativa la insistencia en la virtud de sus hijas, algo que se acerca a otro consejo de Menandro⁹⁰⁶ sobre la templanza: invita a elogiar el ambiente de mesura y castidad implantado bajo su gobierno, tanto en las familias, que tienen sólo hijos legítimos, los espectáculos, etc., y también a elogiar a la emperatriz en este sentido, si fuese especialmente conocida por esto. Nuestro autor, sin embargo, ha optado por centrarse en la rectitud de las hijas, y dar un color cristiano a la descripción.

II. 4. 7. Comparación con el reinado anterior (σύγκρισις)

Tras la exposición de las acciones de paz y de guerra, se aconseja abordar el reinado anterior:

Pasarás a la comparación más completa, confrontando su principado con los principados anteriores, sin rebajar a aquéllos –pues sería impropio–, sino admirándolos y, a la vez, concediendo la perfección al actual. (376, 31 y ss.)

La σύγκρισις es un aspecto vital en el encomio, pero es evidente que este punto resultaba inviable para el autor de la *Vita* tal y como lo plantea Menandro, puesto que entra en conflicto con el espíritu general de la obra, a saber, mostrar al emperador como el designado por Dios para hacer renacer el Imperio de sus cenizas, lamentable estado este en el que había sido sumido por el anterior monarca. Para proyectar esta visión de Basilio, llegado además al trono en oscuras circunstancias, necesita apoyarse en una imagen nefanda de su predecesor, para lo cual este apartado quedará sustituido por otro ejercicio

⁹⁰⁶ 376, 3 y ss.

muy conocido en los manuales de retórica y de *progymnasmata*: la invectiva o ψόγος.

El famoso retrato de Miguel III como un borracho sanguinario tiene muy presumiblemente su origen en la propaganda macedonia. En la *Vita* hay una extensa digresión dedicada a su inmoralidad, depravación, inconsciencia y vida disoluta, hechos todos que exigen su eliminación por voluntad divina, en realidad. Para esto, como veremos, se sigue el modelo del rey David, nuevo elegido por Dios cuando Saúl ha dejado de tener Su confianza, e incluso pierde el juicio a ratos⁹⁰⁷. La durísima invectiva, por tanto, contra el último amorio era necesaria no ya para el ensalzamiento de un personaje (tal vez) de ínfima procedencia, sino para el bien del Imperio, la confianza de sus súbditos y la consolidación de la nueva dinastía en un sistema que soportase la reconfiguración de la ecumene en aquellos convulsos siglos. Al mismo tiempo, y en su papel de *estatu* o “Espejo de Príncipe”, la *Vita* mostraría el más claro ejemplo de imitación para los futuros macedonios, tanto a través de la preclara virtud de Basilio, como de su negativo, la falta absoluta de virtud de Miguel, imagen de lo que un gobernante no debe hacer.

Dicho esto, nos preguntamos si Constantino no intentó humanizar de algún modo el desagradable personaje que había retratado, y si lo hizo por influencia de ese llamado “Renacimiento” bizantino⁹⁰⁸ o por conciencia plena de lo excesivo de aquella descripción. El caso es que, donde esperaríamos sólo

⁹⁰⁷ Sobre esto, *vide* III. 5. 5 y III. 5. 6

⁹⁰⁸ Cf. JENKINS, R. J., “Classical Background”, p. 17-19, en concreto, p. 18: “I do not wish to be misunderstood on this point. The reigns of the emperors who immediately preceded Basil I could not be represented as other than uniformly disastrous, because it was part of the imperial myth that Basil supervened to bring salvation after fifty years of uninterrupted decline. What I mean is, that the characters of these sovereigns receive a treatment which, though less objective than they deserve, is a good deal fairer than they could have received in any other epoch since antiquity, given the political exigencies of the historian's time”.

un retrato en negativo, encontramos leves concesiones a la humanidad del personaje, como ya señalamos en otra parte de este trabajo⁹⁰⁹.

Pero sobre todo esto habremos de volver, como hemos señalado. Ahora, para no alargar más esta confrontación no exhaustiva, pasaremos al epílogo.

II. 4. 8. Epílogo (ἐπίλογος).

Según Menandro, hay que exaltar el grado de bienestar del reino del elogiado:

Hablarás de la prosperidad y la opulencia de las ciudades: “llenos de mercancías están los mercados; llenas de fiestas y festivales, las ciudades; se cultiva en paz la tierra; se navega el mar sin riesgo; la piedad para con lo divino se halla floreciente; se otorgan honores a cada uno según le corresponde; no tenemos miedo ni a bárbaros ni a enemigos: más firmemente estamos protegidos por las armas del emperador que las ciudades con sus murallas”. (377, 10 y ss.)

En nuestro caso, se ha preferido tratar esos temas fuera del epílogo; es más, son todas ideas que recorren la narración del reinado de Basilio, a través de la exposición de sus logros bélicos y sus actividades de paz, que aspiran en todo momento a la seguridad, la justicia, el acercamiento a Dios y esa prosperidad en la vida de sus súbditos. No faltan, con todo, fragmentos donde aparecen estas nociones de manera expresa, de los que daremos solo un ejemplo:

(...) enseguida desapareció toda injusticia por completo, y el derecho gozó de libertad. Las manos extendidas a lo ajeno en número superior a las de Briareo parecían como adormecidas y lánguidas, y los antes débiles miembros de los pobres iban ganando fuerza, gracias a que cada uno de ellos sin miedo trabajaba su propia tierra y vendimiaba su vid particular. No había nadie que se atreviera a apoderarse de un olivo ni una higuera que otro tuviera heredada de su familia, sino que cada cual descansaba bajo su acostumbrada sombra, aquella de sus antepasados. Así se comportaba el piadoso emperador con todo su pueblo vasallo de regiones, lugares y ciudades de su dominio. (258, 13 y ss.)

⁹⁰⁹ Cf. apartado IV. 4 de la primera parte, sobre la descripción de un contradictorio Miguel que en los pocos momentos en que está sobrio recuerda con horror sus desmanes de la noche anterior, pero inevitablemente vuelve a caer en la oscuridad de su vicio y a incurrir en injustos castigos y terribles sevicias.

Esta cita, que puede ser comentada desde otros puntos de vista⁹¹⁰, pertenece a la parte en que se instaura su reinado y Basilio realiza cambios en todo el sistema jurídico, pero la idea vuelve a aparecer como conclusión de sus actividades en la guerra y la paz, antes de pasar a los agradecimientos a sus benefactores, su labor por la conversión de otros pueblos y de reconstrucción de la ciudad.

Y para finalizar, citaremos que Menandro aconseja concluir con “una plegaria en la que pidas a la divinidad que perdure larguísimo tiempo su imperio, que pase a sus hijos y lo herede su linaje⁹¹¹”. Si bien esto quedaba fuera por el distinto formato que adopta la *Vita*, no falta en ella la referencia al paso del cetro a su hijo:

Recibió entonces toda la administración del gobierno aquel que estaba designado por la naturaleza y por su virtud a la herencia paterna, solicitado además por los súbditos con invocaciones, el muy manso y sapientísimo León, primero de los hijos que le habían sobrevivido. (352, 16 y ss.)

Este traspaso de poder se produce de manera natural, con el refuerzo de la virtud innata en León⁹¹², y con la aquiescencia de todos. Además del contenido ideológico esperable, consideramos que de algún modo queda recogido ese deseo de continuidad dinástica contemplado en el modelo del encomio imperial.

Aquí concluiremos este repaso de algunos puntos en común entre la *Vita* y el modelo de encomio real dibujado por Menandro, un acercamiento como si dijéramos a vista de pájaro, toda vez que su desarrollo en profundidad alargaría el presente trabajo de manera innecesaria, pero que pretende dejar constancia del interés de esa línea de investigación, abierta para ser retomada en el futuro y obtener una cosecha más abundante que en la presente ocasión.

⁹¹⁰ Cf. comentarios sobre sus implicaciones ideológicas y bíblicas en apartado III. 5. 7 de esta segunda parte.

⁹¹¹ 377, 28 y ss.

⁹¹² 352, 16-17: ὁ καὶ παρὰ τῆς φύσεως καὶ παρὰ τῆς ἀρετῆς ἐπὶ τὸν πατρῶον κληρὸν καλούμενος (...) Λέων.

II. 5. LA HUELLA DEL EVÁGORAS DE ISÓCRATES EN LA VITA.

Que la *Vita* constituye un aseado ejercicio de retórica isocrática no es ninguna novedad para cualquier estudioso, aun bisoño en estas lides, de la historiografía bizantina, como muy bien señalara ya Jenkins en su conocido artículo⁹¹³ de hace algunos años, todavía de referencia para los investigadores de este campo. En este trabajo se ponía en conexión la obra con las posibles fuentes, modelos e imágenes escogidos por Constantino, junto a las probables motivaciones del autor, y las “rutas” de transmisión que pudieron seguir esos textos para llegar a manos del Porfirogeneta. En principio, esto es algo en lo que no vamos a profundizar en la presente investigación, sino que más bien nos centraremos en contrastar el resultado con su fuente primera, es decir, con el modelo isocrático en sí, y extraer las conclusiones pertinentes de ese análisis.

Con esto entendemos no tanto una inspiración directa en las obras del influyente orador ateniense, como planteaba Jenkins en su artículo, y que otros autores consideran poco posible⁹¹⁴, sino en la tradición encomiástica que había llegado hasta Bizancio a través de los siglos, tras haber asimilado grandes obras clásicas, con el *Evágoras* como una de sus piedras angulares. Dicho de otro modo, aspiramos a ver cómo a pesar del paso del tiempo esta obra sigue siendo fiel a esos principios que sentaron las bases de cuanto hemos venido analizando a lo largo de este capítulo, sin ser por ello innovadora, pero tampoco el último eslabón de una larga cadena que seguirá añadiendo piezas en los siglos posteriores, tras haber adaptado a sus intereses particulares el esquema que había heredado, en un concepto distinto de biografía / Historia / encomio / modelo de imitación moral.

De todo el precioso y pródigo legado de Isócrates, son los discursos denominados “chipriotas”, y en concreto, el titulado *Evágoras*, la base sobre la

⁹¹³ “Classical Background”, 16-17 *et passim*.

⁹¹⁴ Cf. apartado I. 1 de esta segunda parte, donde se menciona la cuestión.

que se erigió el edificio no sólo de la retórica epidíctica, sino de otro género de gran éxito en Bizancio, el de los “Espejos de Príncipe”, aunque para este último el principal referente sería *A Nicocles*⁹¹⁵. Se les conoce como “chipriotas” porque fueron compuestos para los soberanos de Salamina, ciudad de esa isla, y son tres en total: *A Nicocles*, *Nicocles* y *Evágoras*. En realidad, parece ser que los tres irían dirigidos a Nicocles, sucesor de Evágoras († 374-3), puesto que el discurso que lleva ese nombre está compuesto tras la muerte de este personaje, y por ello tiene el que será formato característico del ἐπιτάφιος λόγος, mientras que *A Nicocles* es más bien una admonición al estilo de los futuros “Espejos de príncipe”.

Por su parte, *Nicocles* es el más controvertido, puesto en duda incluso por algunos comentaristas como obra de Isócrates, debido a su contenido: en este caso, es el propio soberano el que exhorta a sus súbditos y aliados sobre cómo deben comportarse correctamente. Parecía poco plausible que Isócrates compusiera un discurso que justifica un régimen monárquico, a lo que habría que objetar el desencanto sufrido por el autor ante el uso del sistema democrático por parte de sus paisanos, y su concepto de unión de todos los griegos bajo un gobierno firme en manos de un “buen soberano”, frente al peligro extranjero. Estas cuestiones, empero, no resultan relevantes para nuestra investigación, como sí lo es el contenido de los tres discursos, a saber:

1. Un encomio de un soberano que se nos presenta en una versión idealizada, con un formato mil veces copiado en la posteridad, y que abre la puerta al elogio del sistema monárquico.
2. Una admonición al heredero de ese sistema, donde se le exhorta a perseguir el camino de la virtud para igualar el modelo dibujado para su predecesor.

⁹¹⁵ Sobre este género en Bizancio, su relación con el *A Nicocles* isocrático, etc., cf. el reciente y ya mencionado trabajo de SOTO AYALA, R. sobre los “Espejos de Príncipe” en Bizancio.

3. Una admonición de un monarca a sus súbditos, a los que se incita a la imitación de su propio camino de virtud, para que redunde en beneficio de la soberanía y, por ende, de ellos mismos.

De estas tres líneas, podríamos llamar, argumentales, deriva una serie de ideas que intervienen en la trama del tejido con el que se ha confeccionado la *Vita*, muy probablemente como continuación y asimilación, propia del mundo bizantino, de modelos, formas y repetidos *topoi*, muy asentados ya en la tradición educativa griega, que se adaptaban a la perfección a los intereses concretos de sus coordenadas culturales. Con todo, y a la luz de la investigación de Jenkins al respecto de la biografía, o de otros como Λουγγής acerca de la manipulación de la Historia por parte del Porfirogeneta, es tentador pensar que, si bien los modelos retóricos le proporcionaban la forma y el fondo ideales para su macroproyecto historiográfico y político, el autor de la *Vita* no se limitó a repetirlos como el buen escolar que sin duda era, sino que cada imagen, cada idea, cada argumento está presente y en el pasaje en que está de manera muy estudiada.

Señalaremos aquí, pues, los que consideramos principales tópicos compartidos entre el *Evágoras* y la *Vita*, que nos pondrán en la senda del siguiente aspecto de nuestro trabajo: la ideología política que movía al mundo bizantino y su enorme relación con el género retórico, uno de los principales soportes para su difusión.

II. 5. 1. Aspiración a la virtud del soberano.

El soberano debe aspirar al grado máximo de virtud, por encima de cualquier otra persona. Recordemos que al hablar del concepto educativo de Isócrates, uno de sus puntos fundamentales era la idea de la diferencia innata en los hombres con respecto a la virtud y a su inclinación a ella, por lo que acusaba de falsarios a quienes pretendieran garantizar idénticos resultados

formativos en todas las personas, aunque concedía que una buena educación contribuye al perfeccionamiento de dicha virtud. En esta concepción, pues, resulta obvio que en el gobernante debe existir una clara tendencia y disposición innatas hacia la virtud. Deberá ejercitarse y crecer en ella, y ser superior a los demás, para quienes ha de constituir el modelo:

Todos tienen que tener en la más alta estimación la inteligencia, pero es a vosotros, señores de los asuntos más numerosos e importantes, a quienes más conviene. No debes contentarte si ya eres superior a tus contemporáneos. Por el contrario, es preciso que te enfades si no te destacas mucho de otros que tienen los mismos honores que tú, siendo como eres por naturaleza, descendiente de Zeus desde antiguo e hijo de un hombre de tales virtudes. (*Evágoras*, 85)

Ya vimos en el análisis del encomio real de Menandro que la exposición de las acciones debía de hacerse en función de las cuatro virtudes, y tuvimos oportunidad de señalar algunos ejemplos de cómo se habían aplicado en la obra que nos ocupa. Sin duda alguna, esta noción es básica en el desarrollo de la *Vita*, que nos presenta a un Basilio donde su innata virtud resplandece desde su más tierna infancia y crece junto con él, en un relato destinado precisamente a eso, a mostrar cómo nuestro soberano adquiere ese nivel superior de virtud que irradiará a todo su reino, nivel al que nadie puede aspirar, sólo el ungido por Dios. Como hemos señalado en otro lugar aquí, una interesante línea de investigación que no podemos continuar en este trabajo, pues ampliaría en exceso su extensión, sería el análisis de la presencia de esas virtudes en la obra, su presentación y función, pues de alguna manera conforman el esqueleto de la *Vita*. Dejamos, pues, abierta esa puerta para algún estudio futuro, pero no renunciamos a citar al menos algunos ejemplos ilustrativos:

Desde su niñez Evágoras poseyó belleza, fuerza física y prudencia, que son las cualidades más convenientes en esa edad. De esto se podría presentar como testigos, de su prudencia a los ciudadanos que con él estudiaron, de su belleza a cuantos le vieron, de su fuerza corporal todos los certámenes atléticos en los que aquel venció a los de su edad. Al hacerse hombre crecieron con él todas estas cualidades y además aparecieron en él el valor, la sabiduría y la justicia, y no de manera mediocre ni como en los demás, sino en el más alto grado cada una de ellas. (22-23)

Aquí está, sin duda alguna, el núcleo de lo que la tradición posteriormente desarrollará en distintos modos dentro del género encomiástico. En nuestro caso, la presencia de las virtudes tanto en su infancia como adolescencia o edad adulta, ya como emperador, se va introduciendo a través de diversos episodios ilustrativos, como el de la pelea con el búlgaro que se jactaba de su fortaleza (229, 1 y ss.) u otros, algunos de los cuales tendremos ocasión de citar algo después. En todo caso, citaremos un par de pasajes a modo de muestra. Así, tenemos la presencia “clásica” de las virtudes, como vimos en otro ejemplo al hablar del modelo de Menandro:

Gracias a esta formación [a cargo de su padre], en todas las virtudes destacó con brillantez, mostrándose desde joven sensato y valeroso, amante y lleno de aprecio ante todo por la equidad acompañada de la prudencia, sin ensoberbecerse ante cualquiera de más baja condición. De ahí la simpatía que le mostraban todos, y el ser por todos querido y amado. (220, 10 y ss.)

O en aspectos concretos, como la fortaleza:

Demostó el emperador su virtud, de modo que ante su valentía y destreza se quedaron manifiestamente atónitos no sólo los suyos, sino los propios enemigos. Pues abordaba a los enemigos con sensatez y coraje al mismo tiempo, mostraba la nobleza de su diestra y sobresalía en audacia; se le veía valeroso e impertérrito en situaciones terribles, y era el primero en poner en fuga a sus oponentes, causando enormes bajas. (270, 1 y ss.)

Por otra parte, una virtud muy destacable en nuestro soberano, profusamente representada a lo largo de la *Vita*, será la piedad religiosa, en la que Basilio fue educado desde pequeño por su padre, según se nos cuenta en 220, 7⁹¹⁶. Con todo, y a pesar de no ser una de las cuatro clásicas, debemos hacer constar aquí que en el *Evágoras* se habla de la piedad de uno de sus antepasados, lo que redundará en adorno de su linaje, y cómo los dioses atienden sus súplicas:

En primer lugar Éaco, hijo de Zeus y antepasado del linaje de los Téucridas, tanto se destacó que, cuando entre los griegos se produjeron sequías y murieron muchos hombres, cuando la magnitud de la desgracia pasó lo imaginable, los jefes de las

⁹¹⁶ ἀλλ' ὑπὸ τῷ φύσαντι μόνῳ τὰ τῶν καλῶν ἐξασκούμενος κάλλιστα, πρὸς τε τὸ θεῖον ὀσιότητα καὶ εὐσέβειαν.

ciudades vinieron a suplicarle. Ellos pensaban que debido al parentesco y piedad de aquel rápidamente obtendría de los dioses el cese de sus males presentes. Y después de salvarse y obtener lo que pidieron construyeron en Egina un templo común para los griegos justamente donde aquel hizo la súplica. (14-15)

También Basilio, siguiendo a su progenitor, continúa con esta piedad, y obtiene grandes premios por parte de la divinidad, que son justamente agradecidos mediante oraciones, actos de acción de gracias y la construcción de numerosos templos. Por ejemplo, al ser nombrado emperador:

Así pues, el emperador realizó una procesión al gran templo de Dios epónimo de su Sabiduría, y le dio gracias por todo (256, 12 y ss.)

O a la vuelta de la campaña contra los maniqueos (271, 4 y ss.), en que se nos cuenta cómo entró por las Puertas Doradas y se dirigió entre aclamaciones del pueblo a Santa Sofía en acción de gracias, donde lo recibió el patriarca, en un pasaje que analizaremos en los comentarios a la *Vita* desde el punto de vista político, por su interés ideológico⁹¹⁷.

También nos habla de la iglesia llamada “Nueva”, de la que tendremos oportunidad de hablar en el apartado de ideología, por su relevancia para los macedonios. Aunque allí habremos de repetir el pasaje, no está de más insertarlo aquí por su clara intención:

Esta obra basta por sí sola para poner de manifiesto su piedad hacia lo divino y gran creatividad para la decoración, digna de asombro. Pues como pago del favor mostrado con él a nuestro Señor Jesucristo, a Gabriel, príncipe de los ejércitos celestiales, y a Elías Tesbita (el zelote, que había anunciado a la madre de Basilio la elevación de su hijo al trono real), dedicado a ellos y para su perpetua memoria, y además para la Madre de Dios y san Nicolás, que ocupa el primer puesto entre los jerarcas, construyó un templo divino y precioso, en el que se conjugaban arte, riqueza, ardiente fe y voluntad pródiga, donde concurrían las más hermosas maravillas de todas partes que, estoy seguro, resultaban creíbles a quienes las contemplaban antes que a aquellos que sólo oían hablar de ellas. (325, 9 y ss.)

Insistirá más adelante nuestro autor en que esta es otra virtud propia del soberano perfecto que era el macedonio:

⁹¹⁷ Vide apartado III. 5. 7 de esta segunda parte.

Pues así era Basilio, celebrado entre los emperadores, en lo tocante a las sagradas iglesias, su cuidado y reparación, cosas estas por las que se caracteriza especialmente la piedad hacia lo divino. (341, 4 y ss.)

Habría que concluir, pues, que independientemente de la influencia o no que haya podido tener el modelo isocrático en la *Vita*, la piedad en su modalidad cristiana ha pasado a formar parte de la corona de virtudes que deben adornar a un monarca, toda vez que, por otra parte, es la divinidad la que ha previsto su designación para el trono, y la que lo ha de acompañar mientras dure la fidelidad del soberano a sus principios, como veremos al hablar de la ideología. Es un punto interesante este, ya que en nuestra obra actúa como un verdadero motor de la acción, y la relación entre la divinidad y el monarca fluye a través de sus páginas de principio a fin. Esto nos ayuda a enlazar con el segundo punto en el que centraremos nuestra atención.

II. 5. 2. Origen sin mácula y favor divino.

Desciende de un linaje sin tacha, favorecido por la divinidad y perpetuado por personas que transmiten la pureza de su virtud y nobleza espiritual, como en una cadena. Este apartado guarda una estrecha relación con el punto anterior en lo que respecta a la aparición de las virtudes, y su estudio requeriría de un amplio margen, por lo que esbozaremos solo algunos aspectos.

El *Evágoras* presenta de una parte la transmisión de la virtud a través de la estirpe, iniciada por un ancestro ligado a la divinidad; de otra, cómo esa virtud se va fortaleciendo y desarrollando hasta la edad adulta, momento en que se convierte en modelo absoluto, y cuyo ejercicio se describe con detalle; por último, también el soberano transmitirá a su descendencia su virtud innata. He aquí algunos pasajes ilustrativos al respecto:

En primer lugar, en lo que se refiere a la manera de ser de *Evágoras* y sus antecesores (...), no resultó en nada inferior a los bellísimos y magníficos ejemplos que le dejaron. Porque se está de acuerdo en que los semidioses de más noble linaje son los nacidos de Zeus, y de ellos no hay nadie que no prefiera a los Eácidas. En efecto, en las demás

familias encontraríamos que unos se destacan y otros son inferiores, pero todos estos Eácidas resultan los más renombrados de los de su época. (*Evágoras*, 12-13)

Teucro fue digno de su parentesco con aquellos y en nada inferior a los demás, y después que ayudó a conquistar Troya, marchó a Chipre y fundó Salamina, dándole el nombre de su primera patria, y dejó su descendencia que todavía ahora reina allí. (*Evágoras*, 18)

Tal es, en efecto, la grandeza que desde el principio correspondió a Evágoras por sus antepasados. De esta manera fue habitada la ciudad y desde un comienzo tuvieron la realeza los descendientes de Teucro. (*Evágoras*, 19)

En el caso de Basilio, el autor se remonta a un primer ascendiente de origen armenio, que ya hacía gala de esta importante característica que venimos citando:

(...) El emperador Basilio, procedía de la tierra de los macedonios, y descendía de armenios, del pueblo arsacio. Pues cuando el antiguo Ársaces, que fue jefe de los partos, alcanzó un enorme grado de gloria y virtud, se estableció una ley para las generaciones venideras por la que ni partos ni armenios, ni siquiera medos, serían gobernados por nadie que no fuese de la estirpe de Ársaces y sus descendientes. (212, 19 y ss)

Parecióles idóneo el lugar y, constituidos en una especie de fratría y tribu particular, llegaron a ser una multitud, además de alcanzar una situación de abundante prosperidad, conservando la nobleza de sus antepasados y guardando celosamente sin mezcla su linaje. (214, 20 y ss)

[*refiriéndose a unos antepasados de Basilio*] Cuando averiguó su linaje prefirió vivir junto a él, y una casa ajena en vez de la propia, a causa de la virtud de aquel hombre: estrechando sus lazos de parentesco con él, tomó como esposa a una de sus hijas, y de ellos procede el padre del protagonista de nuestra historia, hombre éste que fue educado con esmero y que llegó a edad varonil pasando por una encomiable educación y crianza. Dado que se distinguía además por su vigor corporal y su fortaleza, y estaba adornado con todo tipo de virtudes, atraía a muchos a desear emparentar con él por medio del derecho al matrimonio mixto. En cambio, él consideró preferible a las demás mujeres y a aquellas con las que se relacionaba a cierta dama noble y decente, que vivía en Adrianópolis y llevaba con toda castidad su viudez tras la desaparición de su esposo (pues corría un rumor no del todo oscuro de que descendía de Constantino el Grande). (215, 11 y ss)

El mensaje es claro: hay una línea directa entre Ársaces, iniciador de la dinastía, adornado con todas las virtudes propias de un soberano, y Basilio, lo que implica, como hemos visto, herencia de esas mismas prendas. El texto incide de manera especial en el grado de virtud de cada miembro de la escala

que lleva hasta Basilio: todos se han destacado, todos brillan sin sombra alguna.

Es la del linaje de Basilio, pues, una sólida cadena que, eslabón tras eslabón, ha transmitido sin tacha la pureza de sangre y la virtud innata que ello conlleva. El autor se esfuerza por aunar en virtud a los antepasados de Basilio, y muy en especial a sus padres, que reúnen las mejores cualidades posibles, aunque no se nos dan ni siquiera los nombres. Incluso se nos cuenta cómo durante su “bíblico” destierro y cautiverio, el pueblo arsacio, fiel a Dios, llegará a conocer el martirio, con lo que algunos parientes de Basilio obtendrán también esta corona, de modo que esa virtud revierte en él mismo:

Y así aconteció que muchos parientes de Basilio alcanzaron la gloria del martirio, para que tampoco se viera privado de la respetabilidad que ello conlleva. (217, 7-9)⁹¹⁸

En nuestro caso, pues, el favor de la divinidad está igualmente presente en los antepasados del soberano, aunque desde la nueva perspectiva cristiana; la virtud se transmite de manera ininterrumpida, y por extensión, pasará a la descendencia de Basilio. De hecho, su sucesor recibirá el trono porque estaba destinado a ello “por la naturaleza y por su virtud”⁹¹⁹.

II. 5. 3. Portentos y profecías.

Unos y otras rodean la infancia y juventud del soberano, como indicios de su futura gloria. Este es un aspecto sobradamente señalado y estudiado por los investigadores. Ya vimos que la presencia de lo sobrenatural en el género biográfico resultó ser de enorme agrado para los lectores, de manera que, frente al modelo isocrático en que se prefiere silenciar los detalles, como veremos más abajo, se prefirió el de Jenofonte, con los prodigios que rodearon el nacimiento de Ciro. Los relatos biográficos, pues, se fueron llenando de episodios de estas

⁹¹⁸ Para un comentario sobre la perspectiva ideológica de este episodio, *vide* apartado III. 5. 3 de esta segunda parte.

⁹¹⁹ 352, 16-17, como vimos algo antes en II. 4. 8. Otros comentarios a este punto en III. 5. 10 de esta segunda parte.

características, al igual que los encomios de altos personajes, dado que son dos géneros que se irán desarrollando de manera tan paralela que a menudo se mezclan como algo indisoluble. Esto se perpetuó más tarde con nuevos modelos biográficos como la hagiografía y marcó en gran medida esa otra forma de hacer Historia que para los bizantinos constituían las llamadas *crónicas*.

En nuestro caso, los portentos tienen un papel fundamental en la presentación de Basilio como el nuevo ungido, y por ello la narración se detiene constantemente en ellos: signos que anuncian con claridad que ha de ser el futuro emperador; sueños proféticos que avisan a su madre o al abad del monasterio donde hace su primera parada nada más llegar a Constantinopla; visiones por parte de personas piadosas o de acrisolada virtud; profecías que el César Bardas o la familia del emperador ven con horror cumplidas... Con todo, el autor de la *Vita* no se resiste, a nuestro juicio, a seguir a Isócrates cuando intenta dejar claro que está muy lejos de su intención narrar historietas que no vienen al caso o mejor dicho, que se incluyen por falta de verdaderas virtudes, sino todo lo contrario. Después de un largo excursus en el que se narra el famoso episodio del águila, concluye:

Pero ya que insistir aún más en esto quizá parezca no estar muy lejos de ser un modo de lisonjeo, y para que no se piense que se entretiene nuestra historia en ello quizá por falta de virtudes en su persona, omitiremos cuanto sea del mismo talante y relativo a su edad infantil; y de aquí en adelante haremos avanzar nuestra narración con presteza dejando de lado el insaciable deseo de alabar, como algo nada digno de elogio. (219, 15 y ss)

Estas palabras nos evocan el pasaje isocrático de *Evágoras* que sirve de enlace entre la parte que narra los orígenes y la que cuenta su infancia y juventud:

Prefiero dejar de lado los rumores, los oráculos y las visiones aparecidas en sueños por los que se manifestaba que había nacido superior a la naturaleza humana. No es que desconfíe de los relatos, sino que querría mostrar a todos que tan lejos estoy de inventarme alguna de sus hazañas que omito incluso de las auténticas aquellas que

conocen unos pocos y no saben todos los ciudadanos. Comenzaré a contar sobre Evágoras aquello que todos reconocen. (*Evágoras*, 21)

En la *Vita*, este párrafo ocupa el mismo lugar y tiene idéntica función, y con ello, además de demostrar su fidelidad al modelo del que parte, con los consabidos proemios y conclusiones que dibujen con claridad el esquema seguido en todo el texto, se incide en la idea de seriedad y respeto a la verdad. Como en *Evágoras*, la intervención del narrador es, supuestamente, la de un relator veraz, un notario que levanta acta de una realidad que, se supone también, es conocida de todos, y que queda consignada bajo la forma de literatura escrita para el conocimiento de las generaciones venideras. Ahora bien, mientras el texto isocrático menciona los prodigios como recurso artístico / literario, y juega con la posibilidad de la veracidad de algunos, para dejarnos con la miel en los labios sobre su postura (que intuimos escéptica, claro está), en la *Vita* se parte de la (supuesta o que se quiere presentar como) base real e indiscutible de esos sucesos, mientras que el hecho de no incluir más sólo se debe a un deseo de no alargar la exposición. Es evidente la distinta intención de ambas obras y el cambio cultural y de mentalidad que se ha operado en los siglos que median entre el inaugurador de la tradición encomiástica y nuestra obra.

II. 5. 4. Superioridad moral y física, temor para otros soberanos.

La virtud moral y física del soberano generan una especie de temor reverencial entre otros gobernantes. Esta idea se manifiesta, de nuevo en *Evágoras*, con un breve párrafo:

Porque se distinguió tanto en las virtudes físicas y en las morales que cuando le observaban los reyes de aquel tiempo se asustaban y temían por su gobierno, considerando imposible que un hombre así se conformase con vivir como un simple ciudadano. Pero cuando miraban la manera de ser de Evágoras, estaban tan seguros de él como para pensar que si alguien se atreviese a conspirar contra ellos, Evágoras sería su defensor. Y aunque su fama era tan encontrada, en nada se engañaron. Porque ni Evágoras pasó su vida como un simple ciudadano ni conspiró contra ellos. (*Evágoras*, 24-25)

En nuestra obra, en cambio, se respira la idea, aunque viene expresada de manera distinta y, en cierto modo, dividida, ilustrada en todo caso a través de escenas, que con sus pinceladas suscitan esta noción en el lector. Por una parte, el temor que sienten otros hombres poderosos aparece ya en una historieta de su infancia, cuando el soberano búlgaro que tenía retenido a los antepasados de Basilio, como nuevo pueblo elegido en cautividad, los libera por fin:

Había visitado Dios ya a su pueblo y dirigía su marcha (pues el gobernante de los búlgaros, al no poder oponerse por mucho tiempo a las fuerzas de Roma, consentía de nuevo en someterse), cuando, al congregarse ante el mandatario el pueblo cristiano, que iba a ser liberado de vuelta a su patria, se fijó este en el niño Basilio, de noble aspecto, que sonreía y correteaba graciosamente. Lo atrajo hacia sí y le dio una manzana de admirable tamaño. El niño, apoyándose sin maldad y lleno de confianza en las rodillas del soberano, demostró con la sencillez de su comportamiento su innata nobleza, de manera que el dirigente quedó impresionado, pero su escolta personal se turbó con oculta ira. (217, 9 y ss.)⁹²⁰

Las contradictorias reacciones de los representantes del poder búlgaro ante lo que se percibe como clara demostración de la superioridad del aún niño Basilio, reflejan a nuestro parecer este concepto. El soberano comprende que está ante alguien regio, aunque no se enfurece, quizá por la segunda idea presente en el pasaje de Isócrates: percibe su absoluta nobleza de carácter, esto es, la ausencia de perfidia en su persona. Dicho de otro modo, en esta pequeña alegoría del poderío de Roma representado en un tierno infante frente a la fuerza búlgara, es claro que Basilio, el Imperio, si ha de ser un enemigo, será respetuoso y digno. Se nos hace, pues, un retrato de los dos soberanos lejos de las pasiones humanas más viles, en una idealización que nos recuerda a los personajes homéricos, si se quiere, o de otros autores de la Antigüedad, siempre con el objetivo de dar relieve a la figura del elogiado Basilio. En cambio, la escolta del soberano, lejos de este cuadro de caracteres bellos y nobles, percibe en el niño una clara amenaza.

⁹²⁰ Otros comentarios al pasaje en el apartado III. 5. 3 de esta segunda parte.

Esta misma sensación de peligro afecta al César Bardas en otra de las historias que amenizan el relato, a diferencia del discurso de Isócrates, para llegar a las mismas conclusiones, pero por un cauce mucho más largo. En el episodio de la cacería en que un lobo sale de la maleza y provoca el pánico entre los asistentes⁹²¹, es destacable que el único que ve algo negativo en ello es el César Bardas:

El César, que marchaba detrás del emperador según lo acostumbrado, al contemplar el suceso dijo a algunos de sus conocidos y amigos acompañantes: "Creo que este hombre va a ser la ruina de todo nuestro linaje". (232, 8 y ss.)

A continuación, el autor acompaña el relato de profecías y demás oráculos que hacen temer al César ante el aún poco poderoso Basilio. Llama la atención el hecho de que, a pesar de haber intervenido en otras escenas anteriores, sólo ahora muestra su temor. Como ya comentamos al hablar de los personajes de la *Vita*, la participación de Bardas en los sucesos que llevan a Basilio al trono sigue una línea ascendente desde que se le nombra como pariente del emperador y de Teófilo, primer señor de Basilio (224, 22), y posteriormente como autor de la orden, junto al emperador, que manda a Basilio y su señor al Peloponeso (226, 9). Luego asiste al banquete oficial en que tiene lugar la pelea con el búlgaro fanfarrón (229, 1 y ss.), donde tiene un papel activo, pues es quien ordena que tenga lugar la lucha, pero a pesar de la contundente prueba de fuerza y poderío, no expresa opinión alguna, ni ante la fama de Basilio, que empieza a ir de boca en boca entre todos.

En el capítulo que sigue a continuación, el del caballo desbocado del emperador (230, 16 y ss.), es Bardas quien ruega al soberano que se apiade del animal y no lo castigue con tanta severidad por esa falta mínima. A consecuencia de ello, Basilio se decide a proponer a su señor intentar retener al caballo, algo que consigue con rapidez, sensatez y maestría, sin que, de nuevo, Bardas haga comentario alguno.

⁹²¹ Cap. 14, 231, 22 y ss. Comentarios en el apartado III. 5. 5 de esta segunda parte.

Sin embargo, en la escena siguiente, con la historia del lobo, el César se llena de inquietud y temor, y se incluyen las profecías sobre su ruina, además de algunas primeras referencias a su egoísmo y conveniencia, y al mal uso del poder que comparte con su sobrino. Nada de la nobleza que veíamos en la escena del soberano búlgaro. Con gran astucia además, Constantino deja claro que no se trata de habladurías, sino de verdades bien fundadas, pues aquellas profecías venían de León, “en aquel momento a la cabeza de cualquier género de saber”, es decir, de alguien con *auctoritas*, ya que parece referirse a León el Filósofo, ya mencionado dirigente de la escuela de Magnaura, institución educativa superior de Constantinopla.

Probablemente, todo esto responde a la necesidad del narrador por encauzar, una vez más, la opinión del lector ante el elogiado. En un principio, no se habla del César más que para establecer la importancia del señor de Basilio; luego se utiliza como motor de las escenas que conducen al aumento de la fama del macedonio ante la corte y el pueblo romano, y el afecto del emperador por él. Pero a partir de este momento, en que habrá que tratar el fin de Bardas y el fulgurante ascenso de Basilio a los principales puestos de funcionarios de la corte, para luego llegar a ser coemperador, ocupando el cargo del extinto César, se hace necesario “llenar” el retrato de Bardas con caracteres negativos que justifiquen su fin, todo ello sazonado con unos cuantos ingredientes sobrenaturales que aseguren la aquiescencia divina ante ello y la imposibilidad de que las cosas se hubiesen desarrollado de otra manera.

En este momento del relato, sin embargo, el emperador no ve peligro alguno, en paralelo con el soberano búlgaro que veíamos, y con ello enlazamos con el título del epígrafe que venimos analizando. Así, en la escena siguiente a la arriba citada de Bardas, se produce el reconocimiento de Basilio, por parte de la madre del emperador, como el futuro soberano (233, 1 y ss.), al identificar en él ciertas marcas que habría de tener el sucesor y aniquilador de su linaje. Sin

embargo, un Miguel que se nos presenta como noble y lejos de la terrible descripción que de él se hará unos capítulos más tarde, sólo ve la virtud de Basilio e intenta calmar el pánico de su madre diciéndole que no es más que un hombre corriente, aunque tan fuerte como Sansón, enorme como Enac y gran cazador como Nemrod, por lo que no debe temer ni sospechar nada de él.

En realidad, aunque el lector es consciente de la cualidad oculta tras lo que para Miguel es apariencia de hombre común⁹²², también lo es de su honradez y fidelidad a su señor y emperador, por lo que está libre de sospechas de conspiración, algo a lo que volveremos en el apartado siguiente.

Pero antes de concluir el presente, deseáramos dejar aquí otra reflexión al hilo de lo ya dicho. Cuando se relatan los ἔργα πολέμου de Evágoras, se alude al temor del rey persa (Ciro) hacia su persona en estos términos:

En cambio, tanto miedo tuvo a Evágoras desde mucho tiempo antes, que mientras recibía su amistad, intentaba hacerle la guerra. Su propósito no era honesto, pero tampoco totalmente ilógico. Sabía que muchos griegos y bárbaros consiguieron grandes imperios a partir de situaciones bajas e insignificantes. Conocía la grandeza de ánimo de Evágoras y el no pequeño aumento de su fama y empresas, así como su invencible naturaleza y la suerte que le apoyaba. Por eso no lo irritaban los sucesos pasados, sino que temía por los venideros. (58-60)

Podría decirse que hay un paralelismo entre ese temor ante las virtudes del soberano y lo que ello puede reportar en un futuro, con el sentimiento que poco a poco va invadiendo a Bardas y sobre todo a Miguel ante la innegable superioridad moral de Basilio. La frase que alude al logro de grandes imperios a partir de situaciones bajas evoca directamente el estatus humilde con el que se nos presenta al macedonio, su *daúdica pobreza*, idea central e insistente en la obra, que hace temer a los dirigentes inicuos por los sucesos venideros, y barruntar que se han de traducir en una justa obtención del poder desplazándolos a ellos.

⁹²² ὁ γὰρ ἄνθρωπος οὗτος ιδιώτης ἐστὶ καὶ πάνυ ἀφελής. Cf. el pasaje arriba citado del *Evágoras* (24-25): οὔτε γὰρ ιδιώτης ὦν διετέλεσεν.

II. 5. 5. Ayuda divina.

El soberano cuenta con la colaboración del cielo, que lo acompaña en todo momento. Como ejemplo, la frase con la que concluye el episodio arriba citado, en el que la emperatriz reconoce en Basilio el fin de su linaje: “Y así esquivó Basilio en aquella ocasión semejante ola, protegido por Dios” (234, 5-6).

No nos detendremos en este aspecto con especial detenimiento, dado que se analizará con más detalle en el capítulo dedicado a la ideología, pero sí hay que dejar constancia de un elemento de *Evágoras* que creemos fundamental y consideramos está presente con gran fuerza en la *Vita*. Veamos el fragmento isocrático, donde las cursivas son nuestras:

Porque ni Evágoras pasó su vida como un simple ciudadano ni conspiró contra ellos. Por el contrario, la divinidad tuvo con él tanta providencia para que alcanzase el poder real con honor, que *cuanto fue necesario realizar con impiedad, otro lo ejecutó*, y reservó, sin embargo, a Evágoras aquello que le permitía alcanzar el poder de una forma honrada y justa. (*Evágoras*, 25)

La primera frase del texto ya ha sido citada en el apartado anterior, pero la traemos de nuevo aquí por su relevancia en la historia de Basilio. “Conjura” es un término que a buen seguro formó parte de la vida del macedonio, y ante esta evidencia, Constantino podría haber encontrado en el maestro Isócrates (si es que partió directamente de sus textos) una buena inspiración, al presentarlo como alguien que nunca conspiró contra nadie. Muy al contrario, la Providencia (cristiana ya, y con mayúsculas) le permitió, al igual que a Evágoras, alcanzar la soberanía con honor, de modo que lo impío se realizó a manos de otros, a fin de que llegara al poder con el manto de la virtud refulgente.

En efecto, si observamos con detenimiento cómo se produce ese ascenso al poder, en sucesivos escalones que dejan de manera innegable muertes a su paso, veremos los esfuerzos del Porfirogeneta por dejar clara esta idea, que una vez más, prefiere ilustrar con escenas y no zanjarla en cuatro líneas. La primera conspiración, el primer acto impío en que se ve mezclado Basilio, es la

eliminación de Bardas. Como hemos señalado más arriba, los episodios en que se retrata al César como un personaje ansioso de poder, sin escrúpulos para eliminar a cualquiera que entorpeciese su camino hacia el trono, se suceden para ir aumentando la dosis de maldad en él, que llevará a su muerte como única salida.

De este modo, el amorio se ve literalmente obligado a urdir una conjura contra Bardas, que sería ejecutada por unos cuantos leales. Sin embargo, en el momento decisivo flaquean y dejan al emperador en una situación apurada: el autor incide en el peligro real que corre Miguel ante la certeza de que Bardas ya conoce la conspiración. Se presenta la escena como una situación de vida o muerte para el emperador, pues si no acaban con Bardas, este último no vacilará en hacer lo propio con el soberano. Es decir, la historia está construida de manera que sólo Basilio pueda resolverla, pero sin participar de manera activa en el nefando crimen, que Constantino describe como “osada acción de buen juicio y ánimo valeroso y audaz”. El móvil no será la ambición, sino la fidelidad y el afecto que profesa al monarca:

Apenas lo oyó Basilio, angustiado por lo que pudiera sucederle al emperador, al punto dotó de valor a los cobardes e hizo de su temor arrojo, y los empujó a cumplir la determinación del emperador. Como repletos de ímpetu, irrumpieron todos a una en la tienda del emperador. (237, 22 y ss.)

Su papel, pues, es determinante, pero honrado, leal y lejos de toda impiedad, refrendado por el Altísimo: “La Providencia guiaba hábilmente a Basilio hacia aquello que se proponía” (238, 11-12).

Veamos ahora cómo resuelve nuestro autor el complicado problema de la desaparición de Miguel. Para ello retornaremos al *Evágoras*, que nos puede dar algunas pistas sobre la construcción de las escenas y el proceso que parte de un, hasta ahora, emperador no caracterizado, o al menos no de manera negativa. Lo que a estas alturas del relato conocemos de Miguel es que disfruta con espectáculos en sus banquetes, es dado a la caza y amante de los caballos

de raza; por lo demás, tiene como coemperador a su tío Bardas (que ha hallado la ruina por excederse en sus obligaciones) y su aprecio por Basilio aumenta día a día. El único detalle aportado por ahora sobre el modo de reinar de Miguel ha aparecido al hablar de la conspiración contra Bardas, donde se nos dice que este último “velaba por los asuntos de Estado más que él [*i.e.* Miguel]”. (236, 16-17)

Isócrates, tras el pasaje antes citado en el que afirma que la divinidad se preocupó por que alcanzase el poder de forma honrada y justa, continúa:

En efecto, uno de los príncipes urdió una conspiración, mató al soberano e intentó apresar a Evágoras, pensando que no podría mantener su poder si no se desembarazaba de aquel. (*Evágoras*, 26)

Esto nos remite a la historia de Miguel y Basilio, que a partir de ahora se desarrollará según ese esquema: el último amorio ha eliminado al otro “soberano”, Bardas, y ahora intentará librarse del obstáculo final, Basilio. Sobre esta base, pero construyendo la historia según el modelo que le brindaba la historia bíblica de David, el humilde pastor, y el rey Saúl, poseído luego por un espíritu malo que lo hizo odiar a su otrora protegido, Constantino traslada el foco de atención al cambio descendente de Miguel frente al ascendente en virtudes de Basilio⁹²³.

La *Vita* nos cuenta la adopción de Basilio por parte del emperador, que no tenía descendencia, y enseguida introduce los primeros elementos negativos de Miguel para, a partir de ahí, centrarse en el *psogos*, como señala Jenkins⁹²⁴, que contrastará con el brillante encomio de la persona y virtudes del macedonio. En esa espiral de depravación desbocada hasta provocar su propio fin, Miguel llega a pensar en librarse de él cuando Basilio le sugiere la necesidad de portarse de manera digna de un soberano:

⁹²³ Sobre este aspecto, *vide* apartado III. 5. 5. de esta segunda parte.

⁹²⁴ “Classical Background”, p. 23.

Pues no sólo no cambió para mejor, sino que al momento empezó a odiar y aborrecer a Basilio: lo calumniaba con sus camaradas de juergas y orgías, burlándose de sus consejos; hacía veladas referencias a su hostilidad hacia él, que luego fue insinuando con más claridad. (...) Así pues, el emperador fue cediendo cada vez más y, ya persuadido, se dispuso a maquinarse la muerte de Basilio; buscaba un motivo razonable para eliminarlo, pero no lo encontraba. (248, 20 y ss.)

No obstante y como ya vimos, le reconoce un momento de lucidez cuando la maquinación contra Basilio falla y muere uno de sus compañeros de francachelas, por lo que les ordena abandonar la idea e incluso se confiesa de sus pecados. Del mismo modo, y a pesar de la necesidad de presentar a Miguel como un personaje por completo negativo para resaltar el fulgor del macedonio, el autor se acerca a una descripción en la línea de Plutarco cuando nos presenta a Miguel sometido a sus pasiones, en un terrible círculo vicioso del que no puede escapar. En los momentos de sobriedad, el dolor del arrepentimiento lo abrumba, para volver de nuevo, una y otra vez, a caer en la más disoluta embriaguez.

Quizá todo esto no sea más que un leve intento de exculpar en algo a Miguel, ya que no quedaba más remedio que retratarlo así para cumplir con el objetivo político de la *Vita*. En todo caso, y volviendo al *Evágoras*, se puede concluir que está presente esa misma idea de un soberano que aspira a eliminar a otro, aunque el desarrollo en nuestra obra es mucho más amplio por razones obvias. Y de nuevo saldrá Basilio libre de culpa en esta muerte, que se dibuja como algo altamente necesario para el Estado, y por supuesto, siguiendo el pasaje isocrático que veíamos más arriba, *ejecutada* por otros, aunque *impía*, por atentar contra el elegido por la Providencia para tal cargo, si bien ya había caído en desgracia, igual que Saúl:

Por todo ello, los más notables próceres y la prudente asamblea del senado tramaron una conspiración, y por medio de los guardianes de las habitaciones imperiales, lo asesinan en el palacio del mártir san Mamés, uniendo, sin que lo notara a causa de la inmensa embriaguez, su sueño a la muerte. (254, 15-20)

Basilio, pues, alcanzará el poder de forma honrada y justa, a petición de aquellos mismos que habían dado muerte a Miguel y que, en última instancia, representan a todo el Imperio.

II. 5. 6. Simple ciudadano destinado al trono por la divinidad.

Tanto Basilio como Evágoras, aunque predestinados al trono por derecho divino, inician su carrera como simples ciudadanos. Teniendo siempre muy en cuenta que las historias de ambos personajes son bien distintas, pues el primero tiene que huir para salvar su vida y volver más tarde a recuperar su trono, mientras que el macedonio inicia su carrera política desde cero, los dos parten de un mismo punto: Evágoras puede retomar lo que era suyo, y no se resigna a perder ese estatus, sino que prefiere perder la vida si es necesario; Basilio, elegido por la Providencia aunque él lo desconoce al principio, fruto de una familia que se nos retrata como descendiente de personajes regios y emparentada con el propio Constantino el Grande, o Alejandro Magno, es un hombre común que va a la capital en busca de mejor fortuna para ayudar a su madre, sin ayuda alguna.

En el texto isocrático leemos:

(...) Cuando se vio forzado a huir, creyó que debía tomar el poder absoluto, aunque antes había sido un simple ciudadano⁹²⁵. (27-28)

Y más adelante, al hacer una recapitulación de sus ἔργα πολέμου, señala:

Éste [Evágoras] de simple particular se erigió en soberano absoluto⁹²⁶. (66)

En el caso de Basilio, es obvio que el retrato que de él se hace en su viaje a la ciudad imperial, su llegada, etc., tiene este trasfondo, en un contraste continuo entre su sencillez y apariencia de ciudadano normal, que reviste a

⁹²⁵ τὸν ἄλλον χρόνον ιδιώτης ὢν.

⁹²⁶ ὃς αὐτὸν μὲν ἐξ ιδιώτου τύραννον κατέστησε. Cf. *supra* citas similares.

quien está predestinado a la mayor majestad que se puede ostentar en nuestro mundo mortal. Aun así, también encontramos expresiones similares a esta en la *Vita*, por ejemplo, en el ya mencionado episodio de la madre de Miguel reconociendo a Basilio. Recordemos además que en un pasaje cercano a este en la obra, la famosa Danelis, rica dama que se convertirá en su protectora, se indigna con el monje conocido por su don profético cuando le dedica a Basilio las aclamaciones propias de un emperador. La protesta de la señora va en esta línea:

¿Cómo es que ahora ante un hombre común, forastero y nada conocido entre la gente, te has puesto de pie y lo has honrado como emperador?" Pero el piadoso monje aquel le contestó: "No vi yo en ese hombre, a un cualquiera, como dices tú, sino a un gran emperador de los romanos ungido por Cristo. Por ello me levanté y lo aclamé: pues a los honrados por Dios se les debe sin duda también el honor de los hombres". (227, 11-17)

Con todo, la gran divergencia con el modelo isocrático se manifiesta en que Basilio no se esfuerza en conseguir la corona, no lucha por ello: es la Providencia la que va allanando su camino para que le sea reconocida su elección al trono, que en ningún momento persigue. Es evidente que, tanto por el contexto político bizantino, como por la necesidad de alejar el nombre de su abuelo de todo crimen, este aspecto no podía ser continuado en la obra del Porfirogeneta.

En estrecha relación con todo esto se halla otra idea presente en el *Evágoras*: el trono obtenido con los méritos propios resulta más digno y noble si se conquista desde el derecho arrebatado, que si es heredado sin más:

¿Quién no preferiría los peligros de Evágoras a los soberanos que recibieron la realeza de sus padres? Porque nadie es tan indolente como para preferir heredar de los antepasados el poder, en vez de adquirirlo como Evágoras y transmitirlo a sus propios hijos. (*Evágoras*, 35)

Señala el traductor de esta versión⁹²⁷ que Isócrates emplea aquí un argumento contradictorio con lo expuesto en otras obras suyas, acerca de la

⁹²⁷ GUZMÁN HERMIDA, J., *op. cit.*, nota 20, p. 311.

monarquía hereditaria, ya que tiene que encomiar a un *homo novus*, que diríamos en nuestro contexto. Es esta misma idea la que subyace en toda la *Vita*, inspirada por un motivo similar, como es el advenimiento de una nueva dinastía surgida de modo irregular. En nuestra obra, el heredero legítimo no hace buen uso del poder que le ha sido dado por sus antepasados; no valora ese precioso don ni es capaz de calibrar en su justa medida los esfuerzos y desvelos que exige el buen gobierno, y todo ello le llevará a perder el favor divino para cederle el trono a Basilio.

A su vez, el macedonio que, por supuesto, no adquiere el poder por la fuerza, sino con su humildad y valía personal, queda automáticamente legitimado no sólo para gobernar, sino para transmitir a sus descendientes el preciado cetro de Roma. En este caso, los “peligros” de Basilio se reducen a emprender un viaje de incierto fin a la capital; a aceptar arriesgados encargos como la lucha contra el búlgaro, el enfrentamiento con el lobo de la cacería, la captura del caballo desbocado o la arenga a quienes deben eliminar al César. Finalmente, enfrentarse a un emperador (supuestamente) enajenado por la bebida y el vicio que llega a planear su asesinato, aunque Basilio no duda en aconsejarle siempre lo más adecuado para su salvación y la del Estado.

De todos modos, no hay que olvidar que el propio Isócrates reconoce en Nicocles su legitimidad como descendiente de Evágoras, y por ende, su derecho al trono, a pesar de lo dicho en el párrafo que hemos seleccionado, que, por otra parte, concluye con esa idea de la transmisión, esta vez sí, del poder por haber sido alcanzado con sus méritos. Al igual que el Porfirogeneta, concluye que es justo y legítimo que el cetro de un hombre con las virtudes necesarias como para hacerse con el poder como Evágoras, pase a su heredero, quien a su vez dispone de las mismas virtudes que su padre.

El origen humilde se ve además como garantía de comprensión del nuevo soberano hacia sus súbditos, toda vez que ha conocido un estado inferior:

Tuvo lugar el acontecimiento [*i. e.* la coronación de Basilio como coemperador] con la aprobación de las autoridades y el pueblo entero, del ejército y los generales, y de todas las multitudes en cada territorio y ciudad pertenecientes al Imperio; pues todos deseaban que se hiciera cargo del Estado un hombre que, con la experiencia de una inferior fortuna, conociera los mazazos de los poderosos hacia los pobres, sus injustas sustracciones, las como si dijéramos devastaciones de los más humildes y las esclavitudes a que los sometían los de su misma raza; hechos todos que habían encontrado su ambiente propicio durante el mandato de Miguel, ya que el emperador prefería atender a otros asuntos antes que a esos. (241, 22 y ss.)

De este modo, el que era en apariencia simple ciudadano ha obtenido el poder con su virtud, y la permanencia de esta en el ejercicio de ese poder lo legitima para dejarlo en herencia a sus descendientes, igual que Evágoras, aunque con distintos métodos.

II. 5. 7. Capacidad de mando y constante vigilancia por los asuntos de Estado.

Si algo caracteriza al gobierno de Basilio son estos dos aspectos, que también encontramos en el *Evágoras*:

En primer lugar, estaba muy dotado de talento y era capaz de dirigir convenientemente la mayoría de sus empresas. A pesar de eso creía que no se debían menospreciar ni improvisar los asuntos, sino que gastaba mucho tiempo en buscar, pensar y deliberar. Creía que si preparaba bien su propia reflexión, igual le resultaría su reinado. (...) En lo que se refiere a los negocios públicos, tenía el mismo pensamiento. Al ver que quienes se preocupan más de sus bienes son los que menos se inquietan, y que las auténticas distracciones no residen en la pereza, sino en la buena conducta y en la constancia, nada dejaba sin investigar. (*Evágoras*, 41-42)

Esta actitud vigilante⁹²⁸ está presente en el reinado de Basilio desde el principio, pues ya vimos que incluso como coemperador se aplicaba más a sus tareas que Miguel. Nada más acceder al poder absoluto, Constantino deja clara su actitud:

En aquel momento, puesto que en verdad Basilio se había puesto al timón del gobierno elevado por la Providencia, desde la misma línea de salida, como se suele decir, se afaná en mostrarse digno de la magnitud del asunto: durante la noche *velaba* y de día *examinaba todo con atención*, cambiando cada razonamiento y modificando toda decisión

⁹²⁸ No se nos oculta que en época bizantina es ya un tópico de la ideología política, si bien aquí se aborda sólo como comparación con el texto isocrático.

de modo que para todos sus súbditos resultase ser autor de un bien, y que el Estado experimentara un gran cambio que se revelara hacia mejor. (257, 14-20)

Al igual que Evágoras, sus desvelos redundan en todo lo público; es un gobernante volcado en el interés del Estado, algo a lo que dedica todo su tiempo, tanto la vigilia como el sueño, señal de que en ningún momento deja a un lado su misión para solazarse en lo privado, y por ello recibe el premio del cielo:

Así ordenaba su vida, y supeditando a la divina Providencia la suya, multitud de cosas convenientes se le enseñó con claridad mientras dormía. Y cuando se dirigía al lecho inmerso en sus preocupaciones y se agitaba entre desvelos por alguna cuestión de Estado, con frecuencia veía en un sueño lo que había de acontecer, se llenaba de buenas esperanzas y lograba calmar la confusión de su alma. (316, 1-6)

La obra está llena de referencias a esta cualidad del macedonio, que constantemente se nos presenta como vigilante y sobrio custodio del Estado (290, 1-2), o con características afines, como su solicitud hacia el súbdito, que veremos más adelante. En el capítulo que cierra las acciones bélicas de Basilio⁹²⁹, una especie de resumen de la Edad Dorada nacida de su advenimiento, y como cierre para la situación feliz de su reino, vuelve a esta idea que abría la parte de su llegada al trono, y nos muestra su plena y constante vigilancia sobre los asuntos del Estado, con una conclusión clara: la potestad imperial, el gobierno del trono de Roma, como nos recuerda el propio Constantino, tiene mucho de oficio sagrado, y no ha habido mejor *ministro* que el macedonio⁹³⁰:

⁹²⁹ Donde tampoco faltan referencias de este tipo, como por ejemplo, 308, 14-17: “Sin embargo, el emperador, siempre en vela por las preocupaciones del Estado y preparando con antelación lo oportuno, y toda vez que no le había pasado desapercibida la construcción de barcos en Siria, construyó trirremes y birremes mayores”. El capítulo mencionado es el 72 (314, 3 y ss.) y se analizará en el apartado III. 5. 7 de esta segunda parte, por su contenido ideológico.

⁹³⁰ Sobre este pasaje y este aspecto, cf. apartado III. 5. 7 de esta segunda parte. Sobre la dimensión sacerdotal y el posible cesaropapismo de los emperadores en Bizancio, *vide* apartado III. 1. 3 de esta misma parte.

Y no es de extrañar que quienes desempeñan cual sagrada liturgia una potestad terrenal, cumplen ese en verdad divino ministerio en este nuestro mundo inferior y buscan asemejarse en la medida de lo posible al mejor modelo, reciban el aliento de la Providencia, se vean encaminados hacia su provecho y sean instruidos con antelación en el conocimiento de lo futuro. (316, 6-12)

En el ejercicio de ese cargo no duda en arrostrar en persona cualquier peligro, y es el primero en ir a la batalla por el bien del Estado:

Tras haber logrado un estado de bienestar para la ciudad y verse libre de sus ocupaciones civiles, con los primeros destellos de la primavera empuñó las armas y se incluyó con los soldados entre los efectivos, pues consideraba necesario que un verdadero gobernante fuese el primero en afrontar cualquier peligro por su pueblo y que sus súbditos aceptasen fatigas y sufrimientos de buen grado a favor del feliz transcurso de sus vidas. (266, 13 y ss.)

No le agradaba tanto lo obtenido por medio de otros como le molestaba el erigirse trofeos sin su esfuerzo y riesgo. (278, 9-11)

También Evágoras se nos retrata durante todo el discurso como alguien que no teme enfrentarse ni siquiera al rey persa por el bien de su ciudad. En el caso de Basilio además, esa vigilancia constante se extiende incluso a aquellos campos que no puede controlar en persona, como son las batallas libradas a través de sus generales, cuando le resulta imposible participar en ellas.

II. 5. 8. Interés personal por sus súbditos.

Esta cualidad, que también será clave en la ideología política bizantina, va estrechamente ligada a la anterior y como tal está presente en toda la parte dedicada al reinado de Basilio. Pero analicemos primero el texto isocrático, bastante denso en este sentido, para luego ver qué aspectos y en qué medida están presentes en la *Vita*:

Estaba enterado con tanta exactitud de los asuntos y conocía tan bien a cada ciudadano, que no se le adelantaba ninguno de los que conspiraban contra él ni le pasaban desapercibidos los hombres honrados, sino que todos alcanzaban lo que les correspondía. No castigaba ni premiaba a los ciudadanos por lo que otros le dijeran, sino que sus juicios sobre ellos partían de su conocimiento personal. Al imponerse tales preocupaciones, no vacilaba en lo que se le presentaba día a día, ni siquiera en una sola cosa, sino que gobernaba la ciudad con tanto amor a dioses y hombres que los viajeros envidiaban menos el poder de Evágoras que a los sometidos a su realeza. Toda su vida

la pasó sin injuriar a nadie, honrando a los buenos ciudadanos, gobernando con firmeza a todos y castigando a los culpables de acuerdo con la ley (*Evágoras*, 42-44)

Ya hemos visto en el punto anterior cómo tras recibir el cetro nuestro emperador procura ser autor de un bien para todos sus súbditos, y esta preocupación se traducirá en una implicación personal en todo lo que pueda afectarlos. Esto se extiende de manera muy especial al ámbito de la justicia, principal preocupación del emperador hacia sus gobernados, hasta tal punto que se erige en juez para garantizar la equidad⁹³¹. Basilio procura además, con su presencia y control sobre todo el proceso judicial y legal, conocer la injusticia de primera mano y ayudar al súbdito de manera directa. Incluso sus intermediarios en estos cometidos son personas elegidas por él según su rectitud y nula venalidad, de modo que, al igual que Evágoras, sus opiniones sobre los demás se pueden considerar de todo punto imparciales.

La relación, pues, de Basilio con sus súbditos es la propia de un padre, o mejor dicho, es equivalente a la de la Providencia divina, pero en el plano terrestre. Ingente y continua labor, a la que retorna siempre en tiempo de paz:

Según su costumbre se volvió a ocupar de la administración civil y de justicia, mostrando su enorme celo y vigilante providencia hacia sus súbditos. (271, 15-17)

Este es, según la *Vita*, el distintivo del reinado de Basilio, sólo interrumpido en las campañas bélicas, que a su vez son otra labor del soberano por el pueblo de la Nueva Roma:

Era como si de nuevo la vida hubiera regresado al buen orden y disposición prístinos, gracias a que el emperador tenía un constante desvelo por el bienestar de sus súbditos y por evitar que nadie vejara a nadie. (315, 10-13)

La preocupación del soberano por sus gobernados llega, como hemos visto, a todas las capas de la población, con especial predilección por los más desfavorecidos, los más humildes, y se extiende además al campo de lo

⁹³¹ Como se narra en 260, 10 y ss. Cf. comentario a este pasaje en el apartado III. 5. 7 de esta segunda parte.

espiritual, llegando a construirles, como vimos, un templo en el Foro para dedicarse a Dios al tiempo que se refugiaban de los rigores de la climatología⁹³².

Más adelante, en la descripción que realiza de las grandes obras palaciegas, se esfuerza Constantino por dejar claro que los banquetes ofrecidos por el emperador se financian de manera autónoma, y nunca se hacen a costa del súbdito, o sea, del plano inferior de la pirámide social bizantina, en un nuevo ejercicio de comparación tácita con su predecesor, Miguel, que, recordemos, se nos retrata como alguien que en sus últimos días llegó a concebir la idea de eliminar a personas acomodadas para poderse costear sus jolgorios, algo que precipitó su muerte. Esta es la descripción:

Pues no queriendo gastar los fondos públicos, generados y engrosados por los impuestos de los súbditos, en usos privados ni en quienes invitaba cada año, ni que esfuerzos de otros endulzaran o compusieran la mesa de ellos, ideó estos edificios y les asignó ingresos suficientes procedentes de la agricultura, a partir de los cuales los banquetes imperiales ofrecidos por él y por sus sucesores habrían de tener por siempre un generoso y justo aporte. (337, 4-10)

La frase final matiza que esta situación se perpetuará tras su desaparición. Dicho de otro modo, y como en tantos otros ejemplos, la situación de justicia y bienestar instituida por Basilio es la perfecta e ideal, y por ello la progresión del Imperio ha de ser por necesidad favorable cuando él ceda su trono a sus sucesores naturales, continuadores de su obra.

Pero semejante perfección no puede sino provocar la envidia del mal. Esta es una de las razones que se aducen para justificar la complicada relación de Basilio con su hijo León, que le sucedería tras la infausta (y nunca esperada por el emperador) desaparición de Constantino, su primogénito: los demonios, celosos de esa que se preveía continuación y perfeccionamiento del bien, maquinan contra León⁹³³. Lo interesante del pasaje es, entre otros, la insistencia en que ese rumbo a mejor incide directamente en los súbditos:

⁹³² 339, 1-7. Cf. *supra*, en la comparación con el modelo de Menandro.

⁹³³ Cap. 100, 348, 10 y ss. Sobre el trasfondo real del conflicto, *vide supra* apartado III. 2 de la primera parte.

Pero el envidioso género de los demonios no pudo sobrellevar de buen grado el presenciar la dulzura, placidez y piedad junto con la proporción, como es natural, del que había de suceder este cetro imperial, ni la prosperidad del súbdito a la que en consecuencia tendería durante su mandato, ni la mejoría hacia cuanto es digno de alabanza.(348, 14-19)

Este fragmento además se incluye tras un episodio al que nos hemos referido en la comparación con el modelo de Menandro, en el que se nos narra cómo el emperador se negó a emprender una reforma tributaria, contraponiendo astucia a la avaricia de algunos magistrados, en aras del bienestar de sus súbditos más humildes, en ese su afán de protección hacia ellos. El pasaje concluía aludiendo a la “paterna solicitud y providencia” del emperador para sus súbditos⁹³⁴.

Ese es uno de los rasgos de este retrato que pretende dibujar el autor: la figura del emperador-padre, a imagen terrena de lo que supone Dios Padre, en la ideología política y religiosa bizantina⁹³⁵. Es la máxima aspiración ideal de un emperador, la de reproducir las atribuciones de Dios hacia sus gobernados, como el padre bueno que siempre acoge al hijo pródigo; conoce sus necesidades y vela por ellas, procura su bienestar, dispone todo para su disfrute, etc. De este modo, los calificativos relacionados con esta idea (padre, paterno, paternal, propio de un padre, etc.) llenan la *Vita*. Y del mismo modo que veíamos con su hijo León, e igual que sucede con la bondad divina, que despierta odio en el Maligno, también frente a la solicitud paternal de Basilio se alza el rencor y la envidia:

Pero a pesar de ser tan paternal y tutelar con sus súbditos, había quien lo odiaba, o mejor dicho, lo envidiaba y conspiraba contra su vida. (277, 5-7)

Todo esto nos lleva de nuevo al principio del apartado: su conocimiento, vigilancia y omnipresencia constantes se reflejan en todos los aspectos de su gobierno. Como a Evágoras, tampoco a él se le escapaban las conspiraciones,

⁹³⁴ 348, 7-9.

⁹³⁵ *Vide* apartado III. 1. 2. 2 de esta segunda parte, y en especial el punto d).

que sabía prever, aunque fuese a través de sus leales, y recordemos la tradición existente en este sentido, como recogía Menandro en su tratado y tuvimos oportunidad de ver. Como Evágoras, sabía premiar a los honrados y castigar sus faltas, si bien, siguiendo el modelo del Padre eterno, su corazón se ablanda y suele moderar sus castigos, en especial hacia los rebelados. Como ejemplo, recordemos el ya citado pasaje que hacía referencia a Curcuas y su fallida tentativa de alzamiento, castigada “de forma más propia de un indulgente padre que de un monarca despótico”⁹³⁶. O el de la conjura de Simbacio y Jorge, también descubierta a tiempo, esta vez con apoyo divino:

Pero no les fue posible llevarla a término ni pudo Dios sufrir que la maldad se recobrará en tan breve tiempo de su derrota, y que expulsara el buen orden y la justicia de la tierra: uno de los confabulados revela su maligno plan. (263, 9-13)

El esquema es muy similar al de la conjura anterior: un proceso iniciado por la envidia, que lleva a diseñar una trama, pronto descubierta por uno de los participantes o alguien fiel al emperador; entrega a la justicia y aplicación moderada del castigo correspondiente, siempre mitigado por la benevolencia imperial, que sólo usa de dureza por el bien que puede reportar a otros súbditos, en forma de escarmiento. Es de destacar, en relación con el texto isocrático, la comprobación personal por parte de Basilio de la veracidad de los hechos⁹³⁷: no castiga sin verificar, “por lo que otros le dijieran”, sino que, como Evágoras nuevamente, “sus juicios sobre ellos partían de su conocimiento personal”.

Por último, y para no prolongar más este apartado, citaremos en esta su paternal actitud hacia el súbdito un pasaje que tiene que ver con Focio y su restitución en la sede patriarcal tras la muerte de Ignacio. Este tema, sobre el que el autor pasa algo de puntillas, tiene que aparecer por necesidad en la obra,

⁹³⁶ Narrada en 277, 12 y ss.

⁹³⁷ 263, 13: ἀκολουθησάντων δὲ τῶν ἐλέγχων.

y aunque trataremos el fragmento en otro apartado⁹³⁸, nos referimos ahora a él por la forma de presentar la actitud de Basilio hacia otro “súbdito” de algún modo. Nos cuenta cómo inmediatamente tras la muerte del muy virtuoso Ignacio, se le devuelve el cargo, ahora sí de modo correcto, pero se insiste en la actitud de respeto y consuelo que había mantenido el emperador desde el principio hacia él: la destitución había sido un acto de justicia hacia el patriarca legítimo, pero ello no mermaba ni un ápice de la consideración que sentía hacia Focio, a quien restablecería en cuanto llegara su momento igualmente “legítimo”. Concluye el autor resaltando su afán de equidad y amor al súbdito:

Hasta tal punto no era capaz de ver con indiferencia, en la medida en que le era posible, a nadie entristecido, sino que a todos trataba con benignidad y agrado, y no descuidaba confortarlos como podía. (276, 18 y ss.)

Nos interesa, pues, la parte final del párrafo: la actitud benévola de Basilio se extiende a todos sus súbditos, sin excepción, acompañándolos en sus pesares en la medida de sus posibilidades, y siempre procurando para ellos el mal menor y el castigo más leve posible, como reflejo terreno del Padre celestial.

II. 5. 9. Reparador del caos anterior.

El soberano accede al poder de un Estado en situación caótica y a su muerte lo deja convertido en modélico en todos los aspectos. Se podría decir que este punto es, junto a la demostración de superioridad en las consideradas como principales virtudes de un gobernante, el eje sobre el que pivota la estructura de la *Vita*, como hemos visto ya en otros apartados: el relato de su biografía se encamina precisamente en esta dirección, la de un gobierno caótico y desastroso (el de Miguel) que lleva a una espiral de degeneración en todos los sentidos, frenada e invertida por el advenimiento de Basilio.

⁹³⁸ 276, 18 y ss., que se abordará en el apartado III. 5. 7 de esta segunda parte.

Y si esto no supone una novedad, ir a los textos de Isócrates nos sorprende gratamente cuando entre sus líneas leemos ideas que nos resultan tan familiares. El párrafo es algo extenso, pero consideramos que merece la pena incluirlo aquí por su paralelismo con nuestro texto:

Conquistó, pues, una ciudad que había sido entregada a los bárbaros, que, a causa del gobierno fenicio, no tenía relaciones con los griegos ni conocía las técnicas artesanales ni tenía comercio, ni se había procurado un puerto. Evágoras mejoró todo esto, y además adquirió mucho territorio, rodeó la ciudad con murallas, botó trirremes, y tanto acrecentó la ciudad con otras disposiciones, que no se ha quedado rezagada de ninguna de las ciudades griegas. Tan poderosa la hizo que la temen muchos de los que antes la despreciaban. Las ciudades no pueden tomar tal incremento si no se las gobierna con métodos parecidos a los que Evágoras tuvo, y que yo hace poco intenté referir. Por eso no tengo miedo de que parezca que exagero sus cualidades, sino mucho más de omitir sus hazañas. Porque ¿quién conseguiría una manera de ser semejante a la de Evágoras, que no solo dignificó enormemente su propia ciudad, sino que también llevó a todo el territorio de alrededor a una manera de vivir apacible y moderada? Antes de que Evágoras tomara el poder, vivían tan insociables y fieros que consideraban sus mejores gobernantes a aquellos que trataban a los griegos con mayor crueldad. Ahora, en cambio, tanto han cambiado, que disputan entre ellos por parecer los más amigos de los griegos [...]. Y quienes conocen el arte de las Musas y otro tipo de educación superior, pasan más tiempo en estos lugares que en los que antes acostumbraban. De todo esto cualquiera reconocería que Evágoras es el responsable. (*Evágoras*, 47-50)

Tras la lectura de este fragmento, que introduce las hazañas bélicas del personaje encomiado, se tiene la impresión de estar ante un resumen de gran parte de la *Vita*. Recordemos todo lo que el tratado de Menandro recomendaba para esta parte, y cómo cuenta con el *Evágoras* como uno de sus principales modelos, aunque frente a la concisión isocrática aconseja el adorno con digresiones y relatos varios. Sin embargo, la urdimbre de la historia es la misma: si sustituimos “ciudad” por “imperio”, tendremos el mismo escenario político con el que se encuentra Basilio a su llegada al poder (siempre desde el punto de vista del autor, entiéndase), el de un imperio mermado en gran parte por los bárbaros, muerto en muchos sentidos, sin un entramado comercial, etc. La actitud del nuevo emperador permite sanear e impulsar estos aspectos, y más aún, podríamos decir que el núcleo central de esta parte de la *Vita* se condensa en el desarrollo de esta frase isocrática: *mejoró todo esto y además*

adquirió mucho territorio, rodeó la ciudad con murallas, botó trirremes, y tanto acrecentó la ciudad con otras disposiciones que no se ha quedado rezagada de ninguna de las ciudades griegas. ¿No son esos los puntales de la renovación de Basilio? Ampliación territorial, mejoras urbanísticas, saneamiento e impulso del ejército y la flota, junto a otras disposiciones (reforma legal, ayudas a sectores desfavorecidos, pacificación de la Iglesia, etc.). Aun así, no consideramos que este hecho pueda probar que el discurso de Isócrates fuese una fuente directa, pues su enorme influencia en la creación posterior bien ha podido hacer de este otro tópico, pero creemos que la similitud es evidente.

En todo caso, tópico o no, se trata de un concepto que se aviene a la perfección con la idea del *homo novus* implícita en la obra, de ese elegido que viene a traer la salvación al Imperio y por ende, a la ecumene. El texto además insiste en sus argumentos:

Si dejamos los mitos y observamos la verdad, ¿a qué hombre de los que vivieron en su época encontraremos que haya ejecutado cosas parecidas, o a quién que haya sido causante de cambios en la situación política? Éste, de simple particular se erigió en soberano absoluto, devolvió a su familia, privada de la ciudadanía toda ella, los honores que le correspondían, a sus conciudadanos de bárbaros los hizo griegos, de cobardes belicosos, de desconocidos famosos. Había encontrado el país totalmente salvaje y devastado por todas partes y lo convirtió en el lugar más civilizado y agradable. (66-67)

El resultado de la gestión personal del nuevo soberano es, igual que en Evágoras, una ciudad / imperio tan poderoso que todos lo respetan como antaño. Y de nuevo, como en las palabras del maestro ateniense, el relato deja patente que todo ello se debe a los méritos del gobernante. Del mismo modo, nuestro autor prefiere pecar por extensión antes que omitir cualquiera de las hazañas de su noble ascendiente que puedan servir a su mayor gloria, aunque ello pueda parecer exageración⁹³⁹. Así también, en un alarde descriptivo que

⁹³⁹ Aunque según la tesis de ΑΝΑΓΝΩΣΤΑΚΗΣ, Η., en su mencionado artículo “Οὐκ εἶσιν ἐμὰ τὰ γράμματα”, en especial en las pp. 129-131, ello obedecería a una irrefrenable pasión del Porfirogeneta por las historias, las narraciones y relatos, dentro de una sociedad donde el prestigio de la tradición oral está casi a la misma altura que la escrita, cuya falta se suple a menudo con la primera.

constituye otra muestra de su afán por la minuciosidad en el registro de sucesos y datos, la *Vita* contiene un relato pormenorizado de las diversas obras arquitectónicas con que Basilio embelleció su ciudad, apartándose con ello del original isocrático, donde estas descripciones están ausentes. Y aunque es evidente el papel que todas estas obras acometidas por el nuevo emperador tenían en la ideología bizantina⁹⁴⁰, y de ahí la necesidad de su inclusión en la biografía, la abrumadora profusión de datos aportados obedecen más bien al gusto del grupo del Porfirogeneta por este tipo de compilaciones de datos, que para nosotros suponen hoy, más allá de cualquier otra consideración literaria, un tesoro de información sobre muchos edificios, existentes aún o desaparecidos.

Hay, con todo, otro aspecto en el pasaje citado que también resulta básico en el relato biográfico: la idea de la extensión de ese llamémoslo estado de bienestar, utilizando un término anacrónico, a las regiones de alrededor y el acercamiento voluntario de muchas ciudades a la esfera de influencia de Roma, tanto algunas “desertoras” como otras nuevas, que al igual que en el caso de Evágoras, al conocer el talante del soberano, prefieren ese dulce yugo antes que cualquier otro. Ejemplos hay muchos en la *Vita*: los ismaelitas de Táranta y el armenio Curticio, en el capítulo 38; los agarenos de las ciudadelas de Lulo y Meluo, en el capítulo 46; o los bárbaros de Panonia y Dalmacia, en el capítulo 54, ejemplo este que ilustra a la perfección el contenido de esa segunda parte del fragmento isocrático, y que hemos mencionado con anterioridad al hablar del esquema de Menandro. Veámos allí⁹⁴¹ que estos pueblos habían preferido la tranquilidad de Roma antes que la inestabilidad propia:

Por consiguiente, con este fin enviaron embajadores también ante el emperador; ellos, que habían apostatado de la religión misma, que incluso habían abjurado por completo del divino bautismo, pero que, recordando a tiempo su sometimiento desde un principio y en cuánto habían resultado útiles en alguna ocasión a los

⁹⁴⁰ Cf. apartado III. 5. 8 de esta segunda parte.

⁹⁴¹ Apartado II. 4. 6 de esta segunda parte.

romanos, solicitaban someterse al benévolo yugo del poder romano y ponerse a las órdenes de su pastor. (291, 8 y ss.)

Es muy interesante esta idea de la irradiación de los efectos de esa nueva Edad de Oro hacia los demás pueblos de la ecumene en contacto con el Imperio, que es muy bizantina en su concepto político de centro del mundo habitado, fuente de luz en todos los sentidos, pero también ilustrativa de las ideas que están aflorando con el llamado Renacimiento Macedonio. Es decir, parece verosímil pensar que el autor de la *Vita* estaría en sintonía con ese concepto isocrático de la superioridad de la cultura griega, aunque todavía bajo el manto de la herencia romana, en el inicio de lo que luego sería la recuperación del término Ἑλλην⁹⁴² en toda su dimensión cultural.

II. 5. 10. Resolución de problemas fuera de sus fronteras.

La participación del soberano es fundamental para la resolución de conflictos armados fuera de sus actuales fronteras. Cuando el *Evágoras* aborda la parte de las llamadas ἔργα πολέμου, lo hace siguiendo estas líneas ideológicas:

1) Evágoras, no pudiendo sufrir la terrible situación vivida por una Atenas sometida al poder lacedemonio, asesora a los persas junto a Conón, refugiado en su reino, para combatir y repeler de modo certero la invasión espartana.

2) Aunque parte de una situación en teoría inferior, Evágoras es capaz de imponerse al mayor enemigo, el persa, y ello cuando se ve forzado a hacerlo, ante la presión del Gran Rey.

Si nos detenemos en el punto uno, veremos cómo el soberano chipriota se duele por la situación de Atenas, y gracias a su asesoramiento y apoyo militar devuelven a Atenas su estatus:

⁹⁴² Sobre este aspecto, *vide* apartado III. 3 de esta segunda parte.

[Evágoras y Conón] soportaban con tristeza y pesadumbre verla [a Atenas] sometida a los lacedemonios y sufriendo un cambio tan grande. (54)

(...) Al dudar los generales del rey persa qué había que hacer en este asunto [intento de invasión de Asia por parte de los lacedemonios], les enseñaron [Evágoras y Conón] que la guerra contra los lacedemonios debía hacerse no por tierra, sino por mar. (55)

Pues los generales fueron convencidos, la escuadra reunida, los lacedemonios fueron vencidos en el mar y privados de su imperio, los griegos fueron liberados y nuestra ciudad recobró de nuevo una parte de su antigua fama y se estableció como señora de los aliados. Y esto se consiguió al ser Conón general, al ofrecerse Evágoras y procurarle la más importante fuerza militar. (*Evágoras*, 56-57)

Basilio se encuentra, según la *Vita*, con una situación similar ante el estado de las ciudades romanas de la península itálica, ahora bajo dominio musulmán. Grande es su aflicción al comprobar este sometimiento, y suya la iniciativa de recurrir a Roma y Occidente para salvarlas, junto con su propio ejército:

Pero los bárbaros que en tiempos del despreocupado y negligente emperador habían avanzado atravesando el dominio romano y habían sido rechazados en Ragusa, según ya se ha dicho antes, aún permanecían en Italia, haciendo constantes correrías por todo su territorio y saqueando sin contemplaciones (...). Al oírlo, mucho se atribulaba el soberano y, en vela con tales preocupaciones, trataba de hallar cómo podría con facilidad alejar a los enemigos por completo o bien rechazar y expulsar del dominio romano al adversario. (...) Después de una cuerda deliberación, envió embajadas a Ludovico, rey de Francia, y al papa de Roma, con el fin de que acudieran en socorro de las fuerzas de la zona y se alinearan junto a ellas contra los agarenos asentados en Bari, y ordenó además a las poco antes citadas comarcas de los eslavos contribuir a la acción, luego de atravesar el mar de los dálmatas con la ayuda de los habitantes de Ragusa y de las naves que tenían en el país. Reunidos todos, se congregó un enorme ejército, y como el almirante de la flota romana descollaba en prudencia y valentía, Bari fue rápidamente tomada. (292, 14 y ss.)

La intervención del emperador, pues, se plantea como crucial para terminar con el conflicto, tanto desde el punto de vista organizativo como de la ejecución, ya que el texto es claro al afirmar que la ciudad fue tomada sobre todo por las virtudes del estratega bizantino. Bizancio se convierte así en pieza clave e imprescindible de la política de la zona en esta versión de los hechos, en un referente necesario para Occidente. Recordemos cuanto hemos señalado al presentar la obra acerca de la “revisión historiográfica” emprendida por el

círculo de Constantino, y las teorías de Λουγγής al respecto⁹⁴³. Este precisamente sería uno de los textos en que se puede rastrear el maquillaje de la Historia que habría llevado a cabo la dinastía macedonia. Y ese papel de factor insustituible que tendría Basilio en el equilibrio de poder de su época nos recuerda al interpretado por Evágoras, como hemos visto en el fragmento anterior, y como presenta Isócrates algo más adelante:

Y (...) cuando fue aliado del mismo rey [el persa] le proporcionó mucha más ayuda que otros, hasta el extremo de estar reconocido que fue Evágoras quien aportó la mayor fuerza militar para la batalla naval de Cnido. Gracias a ella, el rey persa resultó señor de toda Asia, los lacedemonios se vieron obligados a luchar por su tierra en vez de saquear el continente, los griegos en lugar de esclavitud obtuvieron autonomía y los atenienses progresaron tanto que sus jefes anteriores vinieron a entregarles el poder. (67-68)

Por otra parte, quizá habría que mencionar un posible paralelismo entre la alusión al hecho de tener a Conón como general y el éxito en Bari gracias al almirante romano. Es interesante observar cómo en la *Vita* se insiste en la idea de los triunfos obtenidos por generales como propios de Basilio, en una especie de extensión de su poder e influencia a través de ellos. Hay diversos pasajes relativos a esto o al efecto de las oraciones personales en los éxitos militares de sus estrategos, pero para no alargarnos en exceso pondremos como ejemplo solo uno:

Así de gloriosamente fue derrotada por las fuerzas navales romanas la flota bárbara, de dos maneras: por las preces del emperador y el vigor de los ejércitos alineados; y con tal deshonor, lejos de gloria alguna, hubo de retirarse. (299, 9 y ss.)

Esto además entraría dentro de la descripción de Basilio como soberano siempre vigilante en todos los aspectos de su gobierno, como ya hemos señalado.

Si pasamos ahora al punto dos, referido al enfrentamiento de Evágoras con una potencia superior, el persa, cuando se ve forzado a ello, podríamos

⁹⁴³ Cf. apartado I. II de la primera parte y III. 5. 7 de esta segunda.

encontrar alguna similitud con el relato de la *Vita*. En el texto isocrático vemos que el chipriota demuestra su enorme valía ante la ofensa externa:

Mientras el rey le permitió vivir en paz, Evágoras sólo poseía su propia ciudad. Pero cuando se vio obligado a pelear, tuvo tal auxiliar en su hijo Pnitágoras que le faltó poco para dominar todo Chipre (...) y mató a tantos enemigos que muchos persas, al llorar sus desgracias, lo que hacían era recordar el valor de aquel. (61-62)

Del mismo modo, Basilio sólo ataca en defensa de sus súbditos o de quienes considera hermanos en la fe; no inicia invasiones por capricho ni deseo de poder. Como ejemplo citaremos la guerra contra los paulicianos:

Por aquellos tiempos el dirigente de Tefricia, llamado Crisoquir, (...) castigaba severamente el territorio y población romanos; haciendo numerosos prisioneros a diario entre los campesinos, se comportaba con excesivo orgullo y altanería, por lo que el emperador dirigió una expedición contra él y su ciudad. (266, 18 y ss.)

Curiosamente, encontramos también el motivo del hijo del emperador, a quien se lleva al campo de batalla como aprendizaje de su oficio:

Por aquel tiempo, saqueó además la ciudad de los maniqueos, denominada Catabátala, por medio de sus generales. Pero no le agradaba tanto lo obtenido por medio de otros como le molestaba el erigirse trofeos sin su esfuerzo y riesgo. Por esto, tomó consigo a Constantino, el primero de sus hijos, como para darle a probar, igual que a un valeroso cachorro, la sangre enemiga y convertirse en maestro de táctica para él, y de la virtud de arrostrar con valor los peligros, y con él se lanzó de nuevo contra Siria. (278, 7 y ss.)

Este pasaje, además, sirve de introducción a la fallida toma de la ciudad de Ádata⁹⁴⁴, que el autor justifica a través de un suceso prodigioso: los habitantes ni se inmutan ante la imponente presencia del emperador y su máquina de guerra, pues están convencidos de que, tal y como un oráculo asegura, sólo serán vencidos por alguien del linaje del macedonio, pero llamado Constantino. La insistencia de Basilio en que su hijo, allí a su lado, tiene ese nombre, no hace mella alguna entre los tercos habitantes de Ádata y, de cierto, es imposible tomarla. Con todo, la veracidad del oráculo se confirma más tarde:

⁹⁴⁴ Sobre el hecho histórico, cf. el apartado I. 1. 2 de la primera parte.

Así, al presenciar después de tanto el cumplimiento de aquella predicción, viene a llenarnos de asombro qué conocimiento y comprensión tan exactos de la verdad había en aquellos oráculos bárbaros, aunque no en todos los aspectos de su vida o culto. Pues aunque él no pudo tomar entonces la ciudad, ahora en nuestros tiempos, Constantino, vástago de la púrpura, hijo del sapientísimo León y nieto de Basilio, obtuvo esa victoria y fue señalado por la hazaña de la destrucción absoluta de los habitantes de Ádata. (282, 10 y ss.)

Es evidente la intención de la historieta para dar mayor lustre a una victoria protagonizada por el Porfirogeneta, poco guerreador frente a su abuelo, y reafirmar en otro aspecto su legitimidad como soberano. La estructura de la presentación de esta historia, con una clara intención difuminada bajo la apariencia de una mera digresión o curiosidad, revela ese objetivo último. Basilio toma a su hijo para emprender nuevas campañas, y va encadenando sucesivas y numerosas victorias. A continuación se introduce el capítulo explicativo (nº 47) donde se disculpa el autor por no dar todos los detalles de cada batalla, amparándose en el largo tiempo transcurrido, la falta de datos “serios”, o la búsqueda de concisión. Estos dos últimos elementos suscitan la hilaridad de cualquier investigador actual, pues el relato está plagado de revelaciones o hechos prodigiosos, y varios apartados, como la descripción de monumentos, son más que prolijos. Insiste por otra parte en que no se ha incluido nada que “no tenga una credibilidad bien fundada”... y después se nos cuenta la toma de Ádata, en cumplimiento del famoso oráculo.

Si es cierto en algún sentido que Constantino adoraba las “historias” por encima de la Historia, como afirma Αναγνωστάκης, según vimos, suponemos que es innegable el uso de este episodio por parte del Porfirogeneta (o quienquiera que fuese el autor intelectual y material de la obra) para intereses ideológicos y, a su manera, “históricos”, pues con el relato de esta victoria, algo real y constatable, Constantino obtenía un lugar en la Historia del Imperio, al tiempo que esta presentación, literaria o populachera, como quiera

considerarse, cumplía con su misión ideológica, como tendremos oportunidad de ver en el apartado correspondiente⁹⁴⁵.

II. 5. 11. Su reino refleja la predilección divina.

El favor de Dios redundaba en su propio bienestar, el de su reino y sus súbditos. Cuando el *Evágoras* hace, tras los *ἔργα πολέμου*, una recapitulación de lo que supuso su reinado en términos de prosperidad y beneficios para sí mismo y sus súbditos, el resultado se nos antoja un extracto de la teoría del encomio real, tan imitado a lo largo de los posteriores siglos:

Si algunos de los antepasados llegaron a inmortales gracias a su virtud, creo que también Evágoras mereció ese don. Y pongo como prueba el hecho de que ha vivido en la época actual con más fortuna y amor de los dioses que aquellos. (...) Desde el principio vivió no solo muy admirado, sino también muy feliz. Porque ¿careció de algo para ser feliz?: él tuvo antepasados tan ilustres como ningún otro hombre, a no ser alguno de su misma familia, sobrepasó tanto a los demás en fuerza física e inteligencia, que mereció reinar sobre toda Asia y no sólo sobre Salamina. Obtuvo la realeza de la forma más extraordinaria, y la conservó toda su vida. Aunque nació mortal, dejó de sí mismo un recuerdo imperecedero, y vivió el tiempo suficiente como para librarse de la vejez y de los achaques que tal edad lleva consigo. (70-71)

Podría decirse que la *Vita* no es sino el desarrollo, más que formal, ideológico, de todos estos puntos. El hecho del favor divino sobre su familia ya ha sido comentado en esta parte de nuestro trabajo; el de ese mismo favor sobre su persona tendremos oportunidad de desarrollarlo más en la parte de la ideología⁹⁴⁶.

⁹⁴⁵ Recordemos, no obstante, la posibilidad de que el episodio del fin definitivo de Ádata fuese un añadido tras la muerte del Porfirogeneta. *Vide* nota anterior. Comentarios a este episodio, apartado III. 5. 7 de esta segunda parte.

⁹⁴⁶ Llama la atención que en el esquema menandro se aconsejaba hacer referencia a la fortuna del emperador: *μνημονεύσεις δὲ μετὰ τοῦτο τῆς τύχης, λέγων ὅτι συμπαρομαρτεῖν δὲ ἔοικεν ἐφ' ἅπασιν καὶ πράξεσιν καὶ λόγοις τῷ βασιλεῖ τῷ μεγάλῳ τύχῃ λαμπρῶν* (376, 25 y ss), mientras que Isócrates subraya además el apoyo divino hacia Evágoras: *τὸν ἐνθάδε χρόνον εὐτυχέστερον καὶ θεοφιλέστερον ἐκείνων* [sus antepasados] *διαβεβίωκεν* (70). Por su parte, a lo largo de la *Vita* nada se deja a una fortuna guiada por la Providencia, es decir, que *es* la divinidad misma guiándolo todo.

La supremacía de Basilio en fuerza e inteligencia es otra constante del relato. Si Evágoras obtuvo el poder por su tenaz lucha, Basilio lo ha obtenido de otra forma no menos extraordinaria: con su virtud personal y el indiscutible apoyo de las alturas. Ambos reyes conservaron el poder durante el resto de sus vidas, y ambos relatos parten de la base de ese recuerdo imperecedero, si bien Constantino insiste en ampliarlo para que el olvido no pueda hacer mella en él. Y los dos cruzaron el umbral de la muerte sin pasar por la decadencia de una senilidad idiotizante o una larga enfermedad que los invalidara para el cargo. Isócrates omite la muerte del soberano por asesinato; Constantino la despacha en la rápida narración de una enfermedad derivada de una cacería, que acabó con su vida en poco tiempo, consumido por la fiebre, pero aún se debate si ese fue la verdadera causa, o si hubo algún tipo de conjura silenciada por la propaganda macedonia, la única que nos ha llegado.

Sin duda, la expresión clave para ambos relatos es la idea de vivir “feliz”, ese concepto de plenitud absoluta en todos los sentidos, personal y político, de ambos soberanos. En la *Vita* este aspecto se desarrolla al máximo, hasta hablarnos de una nueva Edad de Oro, colofón del modelo de gobernante ideal que se nos presenta con Basilio, algo de lo que trataremos también en la ideología. Y si el Estado ha llegado a la máxima cota de bienestar, el ámbito privado también ha obtenido la bendición del cielo:

Además, también le sucedió lo que parece más raro y difícil: acertó a conseguir unos hijos buenos y numerosos. Y lo más grande fue que no dejó que a ninguno de sus hijos se les saludase con los nombres de un simple particular, sino que uno de ellos recibió el título de rey, otros el de príncipes, las hijas el de princesas. (72)

Recordemos que al establecer la comparación de la *Vita* con el modelo de Menandro ya mencionamos esta misma idea del favor divino en lo que respecta a su abundante descendencia. Vimos también cómo se habían asimilado la tradición clásica y bíblica en este aspecto, con la comparación con los grandes patriarcas del Libro. Señalemos ahora que en nuestra obra se ha

buscado presentar a todos los hijos como algo más que simples particulares: se nos habla del nombramiento de Constantino, León y Alejandro como coemperadores, y de Esteban como miembro de la Iglesia; por su parte, las hijas se nos presentan entregadas como esposas a Cristo. Aunque la realidad es algo distinta⁹⁴⁷, lo que nos interesa es cómo se nos presentan todos como algo más que ese ser “simples particulares”, pues desde el punto de vista de la ideología bizantina adoptar los hábitos es sinónimo de virtud y distinción, aunque no se alcancen altos puestos en la jerarquía eclesiástica.

Pero esta idea de armonía familiar y preferencia divina sobre Basilio y su prole aparecerá de nuevo cuando nos describa las estancias imperiales construidas por Basilio (cap. 89). Toda su familia aparece representada en preciosos mosaicos, formando una composición en que se deja bien claro el origen divino del poder de Basilio y la conciencia de ese favor, junto al deseo de no apartarse de él como garantía de permanencia en el trono de sus descendientes⁹⁴⁸.

II. 5. 12. Discurso como estatua o modelo de imitación.

El discurso constituye una especie de estatua cuyo fin es la admiración de todos, y en especial, un modelo para sus descendientes⁹⁴⁹. Con toda probabilidad, esta es una de las ideas más genuinamente isocráticas de cuantas están presentes en la *Vita*, y de las más importantes, a nuestro juicio, en el proyecto propagandístico macedonio. En efecto, recordemos las palabras del proemio a la obra donde se expone su objetivo:

⁹⁴⁷ Esteban fue, en efecto, miembro de la jerarquía ortodoxa, y su hermano León lo nombró patriarca al subir al trono. Sin embargo, parece que el estado religioso de las hijas de Basilio no es más que un adorno literario o bien, un modo de resguardar su virtud hasta la llegada de sus matrimonios.

⁹⁴⁸ Este pasaje, por su importancia, en lo que a ideología política se refiere, aparece comentado en el apartado III. 5. 8 de esta segunda parte.

⁹⁴⁹ A esta idea, fundamental en las composiciones denominadas “Espejos de Príncipe” volveremos al poner en relación la *Vita* con dichas obras en el apartado III. 6 de esta segunda parte.

Con ello pretendo que la posteridad no ignore, a causa del largo tiempo transcurrido, la fuente primera y raíz de la estirpe real, y que sus descendientes tengan erigido en su propia familia la estatua y canon de virtud, y el modelo de imitación. (212, 9 y ss.)

Esta imagen del discurso como monumento o estatua para el elogiado, como lo mejor que puede alguien dejar para los demás, aparece no sólo en *Evágoras*:

Nicocles, yo creo que las estatuas de las personas son hermosos recuerdos, pero estimo de más valor las imágenes de las hazañas y de la inteligencia, que se contemplan sólo en los discursos bien trabajados. Son estas últimas las que prefiero, en primer lugar, por saber que los hombres honrados no se enorgullecen por la belleza de su cuerpo tanto como se ufanan con sus obras e inteligencia. (73-74)

sino también en *A Nicocles*:

Prefiere dejar estatuas que sean recuerdo de tu virtud más que de tu cuerpo. (...) Ya que te tocó en suerte un cuerpo mortal, intenta dejar un recuerdo inmortal de tu espíritu. (35 y 37)

De nuevo tendríamos aquí una interesante línea de investigación en lo que respecta a este tópico; si realmente lo era antes de su uso por Isócrates o de él surgió la idea, y su posterior empleo. En la edición en español que hemos manejado, el traductor, Guzmán Hermida, señala en una nota que este símil de la estatua como recuerdo de la virtud debía de ser un lugar común retórico muy utilizado, aunque no aporta otros ejemplos. En una búsqueda en absoluto exhaustiva por nuestra parte, hemos hallado que aparece al menos una vez más en otra obra suya, *Busiris*, y en algunos autores contemporáneos de Isócrates, como Lisias y Jenofonte.

En *Busiris*, 10 se nos cuenta:

Y habiendo tenido Busiris tales padres, no se envaneció sólo de ellos, sino que creyó que debía dejar para el futuro un recuerdo [= μνημειον] de su propio valor⁹⁵⁰.

La idea viene a ser la misma que expresará en las otras dos obras citadas, bastante posteriores. *Busiris* es una obra ya de la edad madura de

⁹⁵⁰ τυχῶν δὲ τοιούτων προγόνων οὐκ ἐπὶ τούτοις μόνοις μέγ' ἐφρόνησεν, ἀλλ' ᾠήθη δεῖν καὶ τῆς ἀρετῆς τῆς αὐτοῦ μνημειον εἰς ἅπαντα τὸν χρόνον καταλιπεῖν.

Isócrates, compuesta con 45 o 50 años, y dirigida a un sofista llamado Polícrates, que ha escrito un supuesto elogio a un mítico faraón llamado Busiris. El discurso viene a ser una lección de cómo debía estar compuesto ese elogio que, a su entender, en la forma que lo había elaborado Polícrates era impropio de ese nombre. El “tópico” sería la comparación entre las imágenes de piedra o metal que suelen dejar los hombres como memoria suya para la posteridad, y la imagen labrada por la virtud, un material mucho más imperecedero y útil.

Es posible que esta fuese una idea común en la época, como vemos en estas dos citas, de Lisias y Jenofonte respectivamente:

Todavía hoy, jueces, los monumentos de su valor están expuestos en vuestros templos, mientras que los de la villanía de este y de su padre están en los del enemigo. Tan connatural a ellos es la cobardía⁹⁵¹. (*Contra Teomnesto* 1, 10, 28)

Cuando los enemigos quisieron trabar batalla con él, no alcanzó él la victoria gracias a su huida atemorizada, antes bien levantó un trofeo luego de haberles vencido en una porfiada lucha, dejando tras de sí recuerdos imperecederos de su propio valor y llevando en su propio cuerpo señales visibles de lo reñido de su pelea, de forma que los hombres podían juzgar qué clase de hombre era no por lo que oyeran decir sino por la evidencia de sus propios ojos⁹⁵². (*Agésilao*, 6)

Nos resulta de especial interés esta coincidencia con el *Agésilao*, ya que, como vimos, junto al *Evágoras* constituye un punto de inflexión en el proceso de asimilación de la biografía por parte de la Historia, y ambas obras (o bien la tradición surgida a partir de ellas), además de la *Ciropedia* son de algún modo fuentes para la creación de la *Vita*. Otra mención a esta imagen aparece en las *Máximas de espartanos* de Plutarco, integradas en sus *Moralia*, en el capítulo dedicado precisamente a Agésilao:

⁹⁵¹ οὐ ἔτι καὶ νῦν, ὧ ἄνδρες δικασταί, τῆς ἀρετῆς τὰ μνημεῖα πρὸς τοῖς ὑμετέροις ἱεροῖς ἀνάκειται, τὰ δὲ τούτου καὶ τοῦ τούτου πατρὸς τῆς κακίας πρὸς τοῖς τῶν πολεμίων: οὕτω σύμφυτος αὐτοῖς ἡ δειλία. Traducción de CALVO MARTÍNEZ, J. L., Madrid 1988.

⁹⁵² ἔνθα γε μὴν ἠθέλησαν αὐτῷ οἱ πολέμιοι μάχην συνάψαι, οὐ φώβῳ τρεψάμενος νίκης ἔτυχεν, ἀλλὰ μάχῃ ἀντιτύπῳ κρατήσας τρόπαιον ἐστήσατο, ἀθάνατα μὲν τῆς ἑαυτοῦ ἀρετῆς μνημεῖα καταλιπών, σαφῆ δὲ καὶ αὐτὸς σημεῖα ἀπενεγκάμενος τοῦ θυμῷ μάχεσθαι: ὥστ' οὐκ ἀκούοντας ἀλλ' ὁρῶντας ἐξῆν αὐτοῦ τὴν ψυχὴν δοκιμάζειν. La traducción es de SANZ ROMANILLOS, A., ORTIZ Y SANZ, J. Y RIAÑO, J. M., Madrid 1964.

Cuando en su viaje de regreso de Egipto le sobrevino la muerte, encargó a los suyos que no hicieran ninguna representación ni esculpida, ni pintada, ni retrato de su persona, “pues si he hecho alguna obra buena, este será mi recuerdo. Y si no, ni todas las estatuas del mundo servirían, pues son obra de artesanos y de hombres sin ninguna dignidad⁹⁵³”. (215a, “Agesilao”)

Hay, con todo, un testimonio más sugerente aún: pertenece a un parágrafo de la *Biblioteca histórica* de Diodoro Sículo que trata “Sobre la utilidad pedagógica de la Historia”:

El relato de las vidas de los hombres del pasado constituye una tarea dificultosa para los escritores, pero es de extraordinaria utilidad para el común de las gentes. Este relato, en efecto, al mostrar con toda libertad la nobleza o la vileza de las acciones humanas, honra a los buenos y humilla a los malos por medio de los elogios y los reproches que dirige respectivamente a unos y otros. La alabanza es, podría decirse, un premio de la virtud sin costo alguno y el reproche constituye un castigo de la bajeza humana que no comporta violencia física. Es hermoso además que las generaciones futuras tengan como principio fundamental que cada hombre, cualquiera que sea el modo de vida que haya elegido vivir, merecerá después de su muerte un recuerdo en consonancia con su conducta, y ello a fin de que estas generaciones no se afanen en la construcción de monumentos conmemorativos de piedra, que están limitados a un único lugar y se ven expuestos a una rápida ruina, sino en alcanzar la inteligencia y las demás virtudes que mediante la fama llegan a todos los lugares. El tiempo ciertamente, que lo aniquila todo, conserva de estas virtudes un recuerdo imperecedero y, pese a su propio transcurrir, las hace siempre más vivas. Lo que acabamos de decir encuentra un claro ejemplo en el caso de los hombres mencionados, puesto que, pese a pertenecer al pasado, todo el mundo habla de ellos como si todavía estuvieran entre nosotros⁹⁵⁴. (X, 12)

⁹⁵³ κατὰ δὲ τὸν Αἰγύπτου ἀπόπλου ἀποθνήσκων ἐνετείλατο τοῖς περὶ αὐτὸν μήτε πλαστὰν μήτε γραπτὰν μήτε μιμηλὰν τοῦ σώματος εἰκόνα ποιήσασθαι, “εἰ γὰρ τι καλὸν ἔργον πεποίηκα, τοῦτό μου μνημεῖον ἔσται: εἰ δὲ μή, οὐδ’ οἱ πάντες ἀνδριάντες, βαναύσων καὶ οὐδενὸς ἀξίων ἔργα ὄντες. Traducción de LÓPEZ SALVÁ, M., Madrid 1987. Significativamente, señala la traductora (p. 139 de la introducción) la profunda admiración de Plutarco por los espartanos y en especial por Jenofonte, y añade que muchas de las setenta y nueve anécdotas que recoge de Agesilao están en la obra del mismo nombre de ese ilustre historiador. Recordemos, por otra parte, el interés plutarquiano en la descripción de la belleza moral por encima de la física. Como señala TATUM, W. J., a lo largo de su artículo “The Regal Image in Plutarch’s Lives”, *JHS* 116 (1996), pp. 135-151, los rasgos externos no reflejan siempre la verdad interior, y pueden ser guías equívocas; por ello la imagen de la verdadera realeza no puede plasmarse en una estatua, sino en los actos en los que se manifiesta el carácter regio, como la justicia o la φιλανθρωπία (pp. 150-151).

⁹⁵⁴ Al tratarse de un extenso párrafo, citamos en griego sólo lo pertinente para este caso: καλὸν δὲ τοῖς μεταγενεστέροις ὑποκειῖσθαι, διότι βίον οἶον ἂν τις ἔλθῃαι ζῶν, τοιαύτης ἀξιωθήσεται μετὰ τὸν θάνατον μνήμης, ἵνα μὴ περὶ τὰς τῶν λιθίνων μνημείων κατασκευὰς σπουδάζωσιν, ἃ καὶ τόπον ἕνα κατέχει καὶ φθορᾶς ὀξείας τυγχάνει, ἀλλὰ

Su interés para nosotros radica en que se trata de un fragmento conservado en los *Excerpta* de Constantino⁹⁵⁵, y si bien esto no implica que fuese una fuente directa, aporta un testimonio acerca de los intereses que movieron a Constantino o su círculo al hacer la selección de fragmentos y al elaborar el proyecto que dio lugar a la *Vita*. Dicho de otro modo: no sabemos hasta qué punto la idea era original de Isócrates o era un lugar común en su tiempo, especialmente querido por él, perpetuado por la imitación de los clásicos en lo que se constituyó como tradición retórica o aticista, pero es obvio que al autor de la *Vita* la imagen de la estatua de las virtudes en lugar de los monumentos visuales, como legado inmortal para súbditos y sucesores, le parecía un motivo básico en torno al cual giraría la exposición de la biografía imperial.

Por otra parte, Isócrates deja claro que esa “imagen” de las virtudes tiene un soporte, visible y manejable, capaz de trasladar a otros esos grandes trofeos y contribuir a su formación como personas y ciudadanos: el discurso, y en especial el discurso bien hecho, ya que un mal orador –como veíamos en *Busiris*– puede incluso echar abajo ante otros en la posteridad el edificio de dicha virtud. Este es un papel fundamental, pues, del orador: conseguir la perduración de esos logros espirituales, y que se erijan en modelos para las futuras generaciones, en especial, para quienes hayan de llevar las riendas del gobierno de un Estado. El orador se constituye así en eslabón imprescindible del devenir político. En este sentido, leemos en *Evágoras*:

En segundo lugar, sé también que las estatuas sólo se ven necesariamente en aquellos lugares donde fueren colocadas, mientras que los discursos pueden llevarse a Grecia, y, al divulgarlos en las conversaciones de hombres inteligentes, son estimados y celebrados más entre ellos que entre todos los demás. Además, nadie podría adaptar su figura corporal a las estatuas y pinturas, pero las costumbres y pensamientos que se

περὶ λόγον καὶ τὰς ἄλλας ἀρετάς, αἱ πάντα φοιτῶσι διὰ τῆς φήμης. Traducción de TORRES ESBARRANCH, J. J., Madrid 2006.

⁹⁵⁵ *Excerpta historica iussu imp. Constantini Porphyrogeniti confecta* (BÜTTNER-WOBST, TH. y ROOS, A. G. eds.), Berlín 1906, Vol. II: *Excerpta de Virtutibus et Vitiis* (pars. 1), pp. 223-224.

encuentran en los discursos son fáciles de imitar no por los que prefieren la despreocupación, sino por quienes desean ser hombres de provecho. Por eso puse mi mayor empeño en escribir este discurso. Pensé que para ti, para tus hijos y para los demás descendientes de Evágoras sería este la más hermosa exhortación, si reuniendo sus virtudes y ordenándolas en un discurso os lo ofreciera para que las contemplaseis y vivierais de acuerdo con ellas. Pues empujamos a los demás hacia la filosofía cuando aplaudimos a otros, para que al imitar a los elogiados, deseen seguir sus costumbres. Yo, al animaros a ti y a los tuyos no utilizo ejemplos ajenos a vosotros, sino familiares. (74-78)

En realidad, esto es lo que aparece sintetizado en el párrafo que incluíamos más arriba del proemio a la *Vita*: el retrato de un soberano como modelo para su propia familia y descendencia, que deberá aspirar a adecuarse a ese patrón si quiere continuar la senda virtuosa que hizo perpetuarse en el trono a Basilio.

En el caso de Isócrates, la conciencia de haber asumido una labor inigualable en el proceso formativo de las élites que han de gobernar, está presente a lo largo de su obra; se sabe innovador en ello y comprende que su aportación a la deriva política de su Estado puede ser decisiva. No es de extrañar, pues, que en el discurso *Antídosis* se compare con grandes autores de las artes plásticas, como Fidias:

Sé que algunos sofistas hablan mal de mi profesión y dicen que me dedico a escribir discursos judiciales, y hacen igual que si alguien se atreviese a llamar figurero a Fidias, el autor de la estatua de Atenea, o dijera que Zeuxis y Parrasio tienen el mismo arte que quienes pintan exvotos; a pesar de ello nunca hice frente a su mezquindad de espíritu. (2)

Al igual que ellos con las grandes obras que salen de sus pinceles o el buril, sus discursos no son simple letra escrita; son grandes monumentos a través de cuya contemplación o imitación podrán sacar enorme provecho los ciudadanos, y muy en especial, los gobernantes. Más adelante volverá a esa idea de dejar algo significativo y duradero de su persona para la posteridad, más valioso que cualquier estatua:

Al examinar la situación, descubrí que de ninguna manera podría vencerla, a no ser escribiendo un discurso que fuera un retrato de mi pensamiento y de mis otras

actividades en la vida. Con este discurso esperaba, en efecto, que se me conociera mejor y que quedara como recuerdo mío, recuerdo mucho más hermoso que los monumentos de bronce. (7)

Por último, consignaremos aquí otra observación derivada de nuestro rápido análisis de esta cuestión: el término empleado por todos estos mencionados autores es *μνημεῖον*, mientras que en la *Vita* leemos *ἀνδριάς*. En esta, repetimos, no exhaustiva búsqueda, no hemos hallado dicho término en el sentido de “modelo de virtudes”, al menos entre los autores hasta el siglo I de nuestra era. En opinión de *Αγαπητός*⁹⁵⁶ el término se introduce con los llamados “Espejos de príncipe”, al igual que el concepto al que va ligado: el del retrato del monarca ideal como modelo para soberanos. Señala como ejemplo una cita del ya mencionado “Espejo de Príncipe” de Sinesio, *Περὶ Βασιλείας*, donde aparece el término *ἀνδριάντα* en ese sentido.

Para los “Espejos de príncipe” bizantinos, pues, el término adquiere ya un sentido muy concreto, de tal modo que incluso uno de ellos del siglo XIII (*circa* 1254) y obra de Nicéforo Blemides, tiene como título *Ὁ βασιλικὸς ἀνδριάς*. Es decir, de algún modo aquel concepto de la estatua de virtudes como modelo para futuros gobernantes pasó a Bizancio y permaneció hasta su extinción, y de algún modo también el primitivo término de *μνημεῖον* mudó en *ἀνδριάς*. El empleo de este término en la *Vita* no parece debido al azar, sino a una meditada intención, que pone a la obra en relación con la literatura admonitoria, como esbozaremos hacia el final de este trabajo. En este sentido, la *Vita* se podría considerar como un hito más en ese largo camino de la tradición retórico-política en Bizancio.

⁹⁵⁶ *Op. cit.*, p. 311.

**III. ANÁLISIS DE LA *VITA* DESDE LA PERSPECTIVA DE LA
TEORÍA POLÍTICA BIZANTINA.**

III. 1. EL PENSAMIENTO POLÍTICO BIZANTINO: LÍNEAS PRINCIPALES.

Paradójicamente, a pesar de que el mundo bizantino tiene para la mayoría resonancias de intrigas políticas y habilidades en torno al poder, no existen tratados específicos sobre el sistema político en Bizancio⁹⁵⁷, ni sobre el buen gobierno o gobernante, al contrario de lo que sucede en el Occidente medieval, donde encontramos diversas obras al respecto. Esto tal vez sea debido al peculiar espíritu bizantino, que no veía en su Estado sino una continuidad de Roma, del Imperio por excelencia, y por ende, de sus instituciones (en especial todo lo que concierne al derecho y la administración) dentro de un orden de cosas dictado por Dios, necesario para el cumplimiento de sus planes de Redención, como veremos⁹⁵⁸; mientras que la considerablemente peor fortuna de los territorios occidentales, el derrumbe de toda una época y un sistema de vida y de valores, favoreció una línea de reflexión sobre ese nuevo orden sobrevenido, que incluía una nueva religión y por tanto, una nueva ideología⁹⁵⁹. Por otra parte, el convencimiento del origen divino de este Imperio, como se verá a continuación, llevó a la cultura bizantina a considerar prácticamente innecesaria la elaboración escrita de una teoría política, como bien apreció Baynes⁹⁶⁰.

Pero la no existencia de obras que planteen la cuestión no implica ausencia de líneas de pensamiento: muy al contrario, ésta que podríamos

⁹⁵⁷ DAGRON, G., *op. cit.*, p. 33 y ss., señala que las obras que abordan este tema en Bizancio suelen hacerlo más como intentos de organización de algunas teorías contradictorias por su complejo origen cultural, algo característico del mundo bizantino, o bien como críticas o utopías (sin éxito, por lo demás), que como estudios de los elementos y estructura de su propio sistema político.

⁹⁵⁸ *Vide infra* apartado III. 1. 1.

⁹⁵⁹ Esta es la postura también de ΚΑΡΑΓΙΑΝΝΟΠΟΥΛΟΣ, I. E., *Η πολιτική θεωρία των Βυζαντινών*, Salónica 1992, pp. 13 y ss., que a su vez recoge ideas de BURY, J. B. y BRYCE, J.; cf. *ibidem*, notas 30 y 31, p. 14.

⁹⁶⁰ BAYNES, N. H., "The Thought-World of East Rome", *Byzantine Studies and Other Essays*. Londres 1955, pp. 24-46.

llamar seguridad o confianza de los bizantinos en un sistema político que tenían asumido, el único posible, y que refleja la conciencia de una ideología de fondo, se puede rastrear entre las líneas de fuentes diversas, muy características del mundo bizantino. Obras, por ejemplo, de carácter legislativo dictadas por los propios emperadores, panegíricos dirigidos a su persona o manuales para formar y aconsejar al futuro gobernante, los conocidos “Espejos de príncipe”, con presencia también en Occidente, pero que en Bizancio aportarán interesantes ejemplos; uno de ellos, directamente relacionado con Basilio I, como ya hemos visto⁹⁶¹.

Recordemos, por otra parte, que en los ya mencionados discursos de carácter encomiástico dirigidos a los emperadores, se encuentra desde siglos tempranos el germen de muchos elementos que constituyen la ideología política del Imperio. Es el caso de autores como Temistio, al que hemos tenido ocasión de referirnos⁹⁶², quien entre otros dedicó discursos a la *φιλανθρωπία* de al menos dos emperadores, una de las que se alzarán como virtudes fundamentales del soberano de Oriente; o de Libanio, también citado aquí por sus aportaciones al avance de la retórica, y en especial del encomio, durante el s. IV, y además como posible fuente para la *Vita*. Hemos señalado igualmente la

⁹⁶¹ Sobre estas fuentes, cf. ΚΑΡΑΓΙΑΝΝΟΠΟΥΛΟΣ, I. E., *Πολιτική θεωρία*, p. 15 y ss. Cf. especialmente la ya mencionada tesis doctoral sobre los “Espejos de Príncipe” en Bizancio de SOTO AYALA, R., que reúne todos los casos existentes, con abundantes referencias bibliográficas e históricas, así como las líneas principales de cada uno.

⁹⁶² Si bien no podemos detenernos en la compleja teoría política que se deduce de sus discursos, es imprescindible señalar que en ella está la base del sistema monárquico surgido con Constantino el Grande, que a la postre coincidirá en gran medida con las ideas que Eusebio de Cesarea expresa en versión cristiana, si bien él parte de un punto de vista pagano, entroncando con la tradición retórica de admonición real a la que ya nos hemos referido. Los conceptos de soberano como semejante a Dios, elegido y enviado por Él, ley viviente, fuente de justicia, imitador de la divinidad y modelo de imitación para sus súbditos, pastor para su pueblo, adornado por virtudes más que por símbolos externos, virtudes que incluyen la mansedumbre, la verdad y la *humanidad*, además de las tradicionales, están ya presentes en su obra. Junto a ellos, la idea de un imperio universal donde se incluyan diversos pueblos, cuyo soberano domina sus actos y pasiones, y que tiene un centro neurálgico, la Ciudad por excelencia, la Nueva Roma. *Vide* RITORE PONCE, J., *op. cit.*, p. 40 y ss.

estrecha relación que se da en el mundo bizantino entre retórica y política, bien como propaganda o como medio de transmisión de ideales de gobierno.

Para Dagron esta ausencia de tratados políticos es reflejo de un concepto claro para los bizantinos, inmersos en un sistema donde la soberanía efectiva reside en una sola persona: no se puede poner barreras al poder absoluto mediante normas jurídicas o legales, sino buscar domesticarlo dándole una lógica, una moral, una razón. Dicho de otro modo, transformar en poder legítimo a la fuerza bruta, como él la llama empleando una expresión tomada de algunos de estos “Espejos”⁹⁶³. A ello se debe que a menudo las obras que tratan la cuestión política sean libros de consejos, sugerencias o aforismos, y el gran éxito de los “Espejos”, terreno ideal para ello: no se busca teorizar sobre el poder y su naturaleza, sino invitar al soberano a la reflexión acerca de la magnitud de ese poder y los peligros que entraña dejarse dominar por él sin pasarlo por el filtro de la razón.

Como señala el autor, se persigue la “conversión” del soberano, el paso del poder por la fuerza a la soberanía legítima a través de su sometimiento a la ley y la razón⁹⁶⁴. Porque lo que se daba por supuesto era el concepto de monarquía como único sistema legítimo, entendido como aquel en el que un gobernante adornado de las virtudes necesarias, que veremos a continuación, ejerce el poder con su sacrificio, en busca del bienestar común, y obedeciendo con ello a la voluntad de Dios, que lo ha elegido para ese cargo. Aquel que se sienta en el trono por interés propio incurre en tiranía y no puede reportar beneficio alguno al Estado. Por su parte, la democracia, concebida como un sistema donde domina el populacho, es sinónimo de anarquía y caos, y lo peor que le puede suceder al Estado; a veces incluso se considera indicio de la cólera divina, que con ello castiga a su pueblo descarriado.

⁹⁶³DAGRON, G., *op. cit.*, pp. 36-39. Precisamente, una de esas expresiones pertenece al mencionado “Espejo de Príncipes” atribuido a Basilio: τὸ θεῖον ἄλογον.

⁹⁶⁴ En conexión con todo esto, sobre la relación del soberano con la ley *vide infra* apartado III. 1. 2. 2 e).

En todo caso, de todas estas obras se pueden extraer unas líneas básicas de pensamiento que recorren e impregnan los largos siglos del Imperio sin variación alguna; otras predominan en unas épocas para luego sumirse en un letargo hasta que la marea de la Historia las vuelve a sacar a flote. Por otra parte, aquellas escasas obras que rozan la reflexión política al margen de lo antes citado, mostrando una preocupación por algún aspecto que se está desplazando de su orden natural (por ejemplo, en las atribuciones del emperador), o que buscan dar una lógica legal al ejercicio del poder, nos proporcionan en su contraste valiosos datos sobre los puntos inestables del sistema y las zonas oscuras de la irradiación del poder absoluto sobre el que basculaba la institución del Imperio y su funcionamiento.

Trataremos, pues, de hacer un bosquejo de este esqueleto ideológico antes de analizar la *Vita* desde este punto de vista, teniendo en cuenta de un lado la ideología, por así decir, general bizantina, y por otro, los contenidos que la dinastía macedonia ha añadido por interés propio. Huelga decir que, dada la amplitud del campo de estudio que supone abordar la cuestión ideológica en Bizancio, frente a los limitados márgenes que impone una investigación como la que estamos realizando, necesariamente nos veremos obligados a no profundizar en las múltiples cuestiones que se plantean, y limitarnos a una exposición en líneas más bien generales, sin descender a los diversos matices del pensamiento político bizantino en su dilatada existencia, para luego poderlas aplicar a la biografía objeto del trabajo.

III. 1. 1. Origen divino del Imperio y del poder

Si hay una idea básica en el mundo bizantino y que representa por sí sola el medievo oriental es la de la procedencia divina del Imperio y, en consecuencia, del poder y la autoridad de los emperadores. Junto a ello, la conciencia de ser el Imperio *κατ' ἐξοχήν* sobre la Tierra, el único, el elegido para la realización de la misión salvadora de Dios para con la Humanidad. De

aquí emanan casi todas las líneas motrices que dan base e interpretan el sistema de valores y de jerarquías en Bizancio, como veremos, y cuyo enorme prestigio hará que todos los imperios posteriores deseen imitar o incluso adjudicarse mostrándose como sus herederos o suplantándolo de alguna manera. En esta concepción del mundo y el poder que lo rige confluyen elementos procedentes de distintas fuentes y culturas, que han ido amalgamándose con el paso de los siglos hasta dar forma a la peculiar ideología bizantina acerca del orbe.

De una parte, el pensamiento hebreo acerca de la ordenación del mundo y la imbricación de Dios en su funcionamiento⁹⁶⁵, está presente sin duda alguna, asimilado y adaptado a la realidad del Imperio, como iremos viendo. Dios participa directamente en la Historia e interviene en el gobierno de su pueblo elegido, con el que ha pactado una Alianza eterna a cambio de la obediencia y adoración exclusiva. Sus gobernantes tienen el “espíritu” divino a su lado, y del mismo modo, los súbditos son los que reconocen ese don celestial en sus dirigentes, y no se dejan llevar por un simple mortal.

Ese carisma divino, esa unción de que Dios hace objeto a sus reyes les confiere un carácter sacro, pero no divino, lo que establece una diferencia fundamental con otras monarquías orientales. Los soberanos cuentan con hombres de Dios (profetas) a su lado, cuya función suele ser limitar los excesos de poder, en especial si se hacen en perjuicio de los principios religiosos que Dios ha ordenado. No obstante, los pecados de los gobernantes o del propio pueblo acarrearán desgracias que se interpretan como castigos divinos, incluido el sometimiento a otras naciones. Pero no todo está perdido: hay una esperanza de salvación en el concepto de renovación cósmica y restauración moral, que vendrá de mano de un Mesías que devuelva la validez originaria al pacto entre Dios y Adán. Su reino será un nuevo paraíso donde la Ley de Dios esté

⁹⁶⁵ Cf. GARCÍA PELAYO, M., “El Reino de Dios, arquetipo político (Estudio sobre las formas políticas de la Alta Edad Media)”, *Revista de Occidente*, Madrid 1959, pp. 5-12, para una sinopsis de la ideología político-religiosa hebrea, tal y como se desprende de sus textos sagrados.

presente en todos los espíritus. Este salvador será de la casa de David, o bien tendrá la predilección de Dios, que lo hará su ungido y será su siervo. Recordemos estos elementos que hemos trazado a grandes rasgos para tenerlos presentes cuando analicemos los distintos apartados sobre la ideología imperial.

Las ideas judías aportadas por la nueva religión cristiana y, en especial, la relectura del Antiguo Testamento que hace el Imperio bizantino vienen a implantarse en otro sistema ideológico, el del Imperio romano, tal y como lo conocemos antes del cristianismo, que ha bebido de las fuentes helenísticas y orientales. También aquí hay una idea de renovación, de retorno a la Edad de Oro, que se produciría por medio de un regidor de naturaleza divina, concepto al que se adaptó la idea de emperador⁹⁶⁶, a quien a menudo se hacía entroncar con dioses como Júpiter o Apolo, bajo cuya tutela se encuentra un soberano que recibe la victoria como una merced celestial⁹⁶⁷.

A esta imagen se llega a través de un largo proceso en el que el emperador queda conformado como soberano *invictus* gracias a una *virtus* sobrenatural, garante de una eterna y universal Victoria romana⁹⁶⁸. A partir de ahí se derivará una especie de visión mística según la cual el emperador pondría fin a toda la adversidad presente para conducir al Imperio a una nueva edad dorada.

La expansión del Imperio y su situación pacífica y civilizada, *ordenada*, a partir de Augusto, afianza esta idea junto a la imagen de Imperio universal (ocupa todo el orbe y su dirigente actúa por medio de dioses igualmente

⁹⁶⁶ Cf. PONCE, M^a. J., *op. cit.*, p. 227, sobre el concepto del emperador como instaurador de una nueva Edad de Oro, tras poner fin al caos.

⁹⁶⁷ *Ibidem*, p. 226.

⁹⁶⁸ *Ibidem*, p. 227. La autora califica este concepto como “teología de la Victoria”, desarrollada desde Augusto y según la cual la *Virtus* o Ἀνδρεία pasa a ser un elemento destacado e inseparable de la persona del emperador, que se ve recompensado por la divinidad con la *Felicitas* o Εὐτυχία. Dicho de otro modo, la victoria será una prueba palpable del favor divino hacia el monarca (p. 225).

universales) y de emperador como salvador o benefactor, bajo cuyo mando reinan la paz, la concordia y la justicia. Este soberano divino residía en un palacio sagrado con una cúpula que representaba el universo, “morada del cosmocrátor”, en palabras de García Pelayo⁹⁶⁹, que con la adopción del cristianismo pasará a ser el lugar del Pantocrátor con un soberano que ya no es divino, pero es siervo de Dios. Finalmente, señalemos que el emperador romano se adorna de unos atributos que son los mismos que pasan a Bizancio, como la púrpura, el globo del orbe (rematado luego en una cruz⁹⁷⁰), el cetro, etc., y recibe un tratamiento propio de un dios en la tierra (*adoratio*, por ejemplo). Es el elemento de unión de todos los pueblos que conforman la ecumene bajo su mando, y por ello se exigía su culto a todos los súbditos, algo que como señala García Pelayo era de evidente interés político aunque se presentase bajo una forma religiosa, y de ahí la exigencia de su cumplimiento. Negarse era un claro desacato a la autoridad que representaba.

La época imperial fue también un semillero de ideas para el pensamiento político, muchas de las cuales acabaron integrando la ideología que rodea la figura del emperador, convenientemente tamizadas luego por el nuevo corte cristiano del sistema. En este sentido, son de especial importancia las ideas estoicas y de los neopitagóricos, luego asumidas por el pensamiento neoplatónico adoptado por el cristianismo, cuyo eje básico es la idea de un cosmos ordenado como fruto de la creación divina, que se refleja en la Tierra⁹⁷¹.

Es evidente que estos elementos fueron heredados por Bizancio en mayor o menor medida, adaptados o asimilados a la nueva circunstancia. Estas

⁹⁶⁹ *Op. cit.*, p. 22. Cf. el análisis de la ideología motriz del Imperio Romano que realiza en las páginas 18-23. Esto nos recuerda la descripción del palacio de Basilio narrada en la *Vita* (332, 14-21). Cf. apartado III. 5. 8 de esta segunda parte.

⁹⁷⁰ Sobre una posible referencia a este globo en la *Vita* cf. apartado III. 5. 3 de esta segunda parte.

⁹⁷¹ Cf. PERTUSI, A., “Il pensiero politico”, en *La Civiltà Bizantina dal IV al IX secolo. Aspetti e problemi. Corsi di Studi I*, Bari 1977, pp. 33-85, p. 46, con comentarios al pensamiento de Filón.

dos fuentes culturales tienen una fuerte presencia en el mayor imperio del medievo europeo y a menudo veremos en este trabajo alusiones a una y otra, en una constante superposición en la que destacará uno u otro aspecto en la lenta metamorfosis de la que surge un Estado claramente medieval.

Pero volvamos a la idea que abría este apartado, y para analizarla partamos desde el corazón del Imperio, la Ciudad de Ciudades, la urbe soberana. Desde un principio, y como señala H. Ahrweiler en su clásica obra⁹⁷², Constantinopla se concibe como algo más que una ciudad: es también un Imperio, un nuevo comienzo, una nueva era marcada por el hecho fundamental de obedecer a un designio divino, y por la figura de su creador, Constantino *el Grande*. Conocida es la leyenda⁹⁷³ que nos presenta a Constantino como instrumento de Dios para sus planes de creación del primer imperio cristiano, en tanto que se le aparece para mostrarle el famoso signo de la cruz con el que vencerá, e incluso el lugar donde debe fundar la Nueva Roma.

No es, pues, una idea humana la fundación de otra ciudad: es la propia voluntad divina la que inspira directamente este hecho, y dicta el emplazamiento apropiado, a caballo entre dos mundos. Se podrá objetar que es un invento de la historiografía cristiana para justificar un sistema ya establecido, pero eso no invalida la idea que subyace en toda la historia: el Imperio se siente renacido, bajo un nuevo signo, y en unas coordenadas nuevas, pero lleva consigo el prestigio y los grandes fundamentos del Imperio Romano. Es una Nueva Roma, en el paradójico sentido de que sigue siendo la misma soberana del mundo, con sus grandes logros espirituales y materiales,

⁹⁷² AHRWEILER, H., *Η πολιτική ιδεολογία της Βυζαντινής Αυτοκρατορίας*. Atenas, 1988, p. 11 y ss.

⁹⁷³ La versión más famosa tal vez nos la proporciona Eusebio de Cesarea en su *Vita Constantini*: Ὅπως εὐξαμένῳ τὴν ὀπτασίαν ὁ θεὸς παρέσχε, σταυρὸν ἐκ φωτὸς ἐν οὐρανῷ μεσημβρία καὶ γραφὴν τούτῳ νικᾶν παραινῶσαν. Ὅπως ὁ Χριστὸς τοῦ θεοῦ καθ' ὑπνοῦς αὐτῷ φανείς ὁμοιοτρόπῳ τοῦ σταυροῦ σημείῳ κεχρησθαι κατὰ τοὺς πολέμους προσέταξεν (1, 28-29).

pero ha nacido *ex novo*, labrada en un crisol nuevo donde se ha purificado de los errores de la decadente y turbulenta Roma de los últimos siglos. Es la toma de conciencia del fin de una era y el comienzo de otra. No obstante, el espíritu de la Roma primigenia y su vocación de ciudad eterna, constantemente renovada, seguirá intacto e inmutable en la urbe nacida de aquella crisálida, y con ella la idea de Imperio eterno, al que siempre protegerá Dios⁹⁷⁴.

Constantinopla será, en este contexto, mucho más que una ciudad; identifica por sí misma al Imperio, de tal manera que con el paso de los siglos se convertirá en símbolo de magnificencia y centro del mundo, y creará lo que podríamos llamar un microcosmos dentro de Bizancio, frente al mundo de las provincias, algo que a la larga generará entre esas poblaciones un fuerte sentimiento contrario a la capital⁹⁷⁵, de la que se consideran lejos y cuyo abandono sufren; sentimiento que culmina con los trágicos sucesos de 1204, e impone la necesidad de reorganizarse y colaborar.

Al igual que su predecesora, la eterna Roma, también Constantinopla tiene su retórica oficial⁹⁷⁶, con sus lugares comunes, como la de ser la Ciudad Imperial⁹⁷⁷, cuya joya es el emperador, centro de la ideología política bizantina. Otro es el de los *pignora imperii* o insignias (“prendas”) imperiales, como la cruz de Constantino⁹⁷⁸ o las leyendas y profecías relacionadas con la ciudad,

⁹⁷⁴ ΚΑΡΑΓΙΑΝΝΟΠΟΥΛΟΣ, Ι. Ε., *Πολιτική θεωρία*, p. 12, señala cómo la idea de *aeternitas* y *renovatio* cíclica se mantiene a lo largo de toda la historia bizantina, y hay testimonios aún en autores del siglo XII.

⁹⁷⁵ Cf. AHRWEILER, H., *op. cit.*, p. 75 y ss., donde analiza cómo la ciudad llega a ser centro cultural, político y económico de referencia para toda Europa, símbolo de todo el Imperio, con connotaciones legendarias en lo que a hermosura y riquezas respecta, y base de un patriotismo con repercusiones incluso en la actualidad. Para ver el desarrollo del sentimiento anti-constantinopolitano por parte de la población de provincias, cf. p. 101. También *vide infra*, apartado III. 3.

⁹⁷⁶ Sobre este particular *vide* ALEXANDER, P. J., “The Strength of Empire and Capital Seen through Byzantine Eyes”. *Speculum*, 37 (1962), pp. 339-357, concretamente p. 341 y ss.

⁹⁷⁷ CORTÉS, M., “El tema de la coronación simbólica en el arte bizantino de la 2ª Edad de Oro”, *Erytheia* 9.1 (1988), pp. 133-141, en concreto 133-134.

⁹⁷⁸ DAGRON, G., *op. cit.*, pp. 254-256, habla también de estos objetos que se consideraban sagrados y por ello eran custodiados en importantes iglesias de la Ciudad, aunque señala el

conceptos estos unidos de algún modo a la idea de que la Ciudad por excelencia tendrá su fin, cuando acaben los tiempos y el emperador, virrey del Reino celestial, entregue su corona y su Imperio a Jesucristo⁹⁷⁹. Sobre esta imagen volveremos algo más adelante⁹⁸⁰.

No obstante, y a pesar de este sentimiento de renovación que veíamos implícito en la Nueva Roma, hay que subrayar la importancia que para los bizantinos tiene el hecho ya señalado aquí de seguir siendo *romanos*: el convencimiento pleno de pertenecer al más grande Imperio de todos los siglos, de seguir siéndolo, es decir, la (verdadera) continuidad de Roma, es una huella indeleble en Bizancio, sus emperadores y súbditos, que siguieron denominándose “romanos” durante toda su Historia⁹⁸¹, y para quienes cualquier reivindicación en este sentido por parte de otros pueblos era, simplemente, un disparate o una idea nacida de una mente cuando menos desquiciada⁹⁸².

Quiere todo esto decir, como ya hemos visto, que el pensamiento bizantino, en esta paradoja que venimos afirmando de ser algo nuevo pero no nuevo, tendrá en su origen dos importantes fuentes que confieren su particular

autor que pertenecían a Palacio, es decir, que seguían ligados al *imperium* como símbolos de éste. Aporta diversos ejemplos extraídos del *De cerimoniis*, que incluye un inventario de estas insignias, donde hay desde coronas hasta verdaderas reliquias (o lo que se tenía como tal), como la vara de Moisés o la citada cruz de Constantino. Para el autor, el hecho de ser guardadas en lugares sagrados, y el aparato que acompañaba toda la ceremonia en la que los emperadores se vestían estas prendas, suponía algo similar a lo que conocemos como “misterio” medieval donde se actúa, se representa; estos símbolos ponen en escena elementos que remiten a ideas mucho más allá de lo que aparentan a primera vista y están llenos de contenido, como la liturgia para sus iniciados.

⁹⁷⁹ ALEXANDER, P. J., “Strength”, p. 343 y ss. hace un interesante análisis del origen de estos conceptos y su adaptación al mundo cristiano, núcleo de la ideología bizantina.

⁹⁸⁰ *Vide infra*, apartado III. 1. 2. 2 b) y III. 1. 3.

⁹⁸¹ Cf. BRÉHIER, L., *Las instituciones del Imperio Bizantino*, México D. F. 1956, volumen II, pp. 2-3, donde habla del concepto de Romania como ese mundo cristiano, patria ante todo, frente al conjunto de los bárbaros, y de cómo sólo pueden ser llamados *romanos* los súbditos del Imperio. Sobre el uso del término Ρωμαίοι y otros (Ἕλληνας, ο Γραικός), *vide* p. 3. Cf. *infra*, apartado III. 3.

⁹⁸² O una clara usurpación, un acto ilegal. *Vide infra*, apartado III. 1. 2. 1, sobre el título de βασιλεύς.

impronta a lo que llamamos Bizancio: el cristianismo⁹⁸³ y el mundo romano tardío, pero todo ello visto a la luz de la cultura griega de Oriente. Desde el primer momento, pues, vemos la bifurcación de los caminos de Oriente y Occidente a partir del desmoronamiento del mundo antiguo, algo que con el paso de los siglos se convertirá en un abismo insalvable que culmina con la absoluta incompreensión entre ambas partes: baste recordar que a principios del s. XX en Occidente la idea más extendida sobre el mundo bizantino era la de una civilización decadente⁹⁸⁴ y un progresivo deterioro de lo que un día fue un pasado glorioso. Esta imagen ha influido de tal manera que apenas ha existido interés por su estudio durante muchos años, argumentando que su Historia es una Historia de intrigas, crímenes nefandos y discusiones teológicas, por lo que a menudo la postura más generalizada ha sido, simplemente, ignorar esa enorme porción de la Historia europea medieval.

Volviendo a la leyenda a la que nos referíamos al principio de este apartado, la idea de la voluntad divina como rectora de los designios del Imperio estará presente en toda la Historia de Bizancio y en todas las manifestaciones artísticas, y tiene distintas consecuencias en ámbitos diversos, como intentaremos analizar en los siguientes apartados. Los nuevos principios cristianos y su triunfo definitivo sobre el paganismo afianzan el convencimiento del paralelismo de la Nueva Roma con la Nueva Jerusalén, donde habita el pueblo elegido, gobernado con rectitud y justicia por un soberano elegido e investido por Dios, representante de Cristo en la Tierra. El Imperio es el centro del mundo, y de allí irradia su labor salvadora al resto de

⁹⁸³ En concreto, hay un retorno a los orígenes judíos del cristianismo, y a los modelos bíblicos y no sólo evangélicos, elemento este que sin duda marca la personalidad del mundo bizantino y la hace tan diferente del medievo occidental y su adaptación del cristianismo, especialmente en su concepto de soberanía y su relación con la Iglesia. Cf. apartado III. 1. 3 de esta segunda parte.

⁹⁸⁴ GIBBON, E., *op. cit.*; DIEHL, CH., *Byzance: grandeur et décadence*, París 1919. Ya en los títulos se aprecia la imagen de “degeneración” que se ha atribuido durante largo tiempo a la civilización bizantina.

las naciones del orbe. Como señala Καραγιαννόπουλος,⁹⁸⁵ la divina Providencia ha procurado organizar el mundo de manera que el Imperio sea su instrumento para difundir la verdad del cristianismo, y así salvar a la Humanidad. De este modo, ya desde Augusto había preparado un mundo sin fronteras entre las naciones, donde pudiera encarnarse el Verbo e iniciar su labor redentora, gracias además a una lengua común que permitía transmitir sus enseñanzas.

Los planes divinos se hacen realidad en el Imperio Bizantino, heredero directo de aquel que dominó al orbe, donde ha cristalizado el orden⁹⁸⁶ diseñado por Dios, y donde los valores y las creencias siguen las coordenadas cristianas en el entorno de lo mejor de la tradición del mundo antiguo: el pensamiento, el derecho y la organización estatal. Misión fundamental de este imperio es materializar el Reino de Dios en la Tierra en un gobierno donde triunfe la justicia; difundir el mensaje cristiano, someter (y convertir) a las naciones bárbaras y proteger a los creyentes proporcionándoles un remanso de paz en un único mandato, con un único soberano, como padre y pastor. Fuera de esa esfera mimada por Dios reina el caos, la barbarie, hasta que el emperador amplíe sus márgenes y lleve a esos territorios el buen Reino previsto por la divinidad.

Dicho de otro modo: sin el Imperio la salvación no habría sido posible. La Historia se concibe como un proceso que parte del objetivo divino de la redención, una vez que el hombre pierde el Paraíso por su pecado; atraviesa las etapas de las tribulaciones del pueblo elegido, castigado por su dureza de corazón, hasta llegar al surgimiento de Roma y la venida del Verbo, que da nuevo sentido a un Imperio que proseguirá la labor encomendada por Dios, y

⁹⁸⁵ ΚΑΡΑΓΙΑΝΝΟΠΟΥΛΟΣ, Ι. Ε., *Πολιτική θεωρία*, p. 8. Interesantes notas a pie de página con referencias a otros autores que profundizan en la cuestión. Cf. BRÉHIER, L., *op. cit.*, pp. 3-4.

⁹⁸⁶ Recordemos la enorme preocupación que para Constantino Porfirogeneta suponía el orden (τάξις) heredado, como reflejo del orden divino y cómo veía necesario su mantenimiento por su capital importancia política. Cf. apartado II. 2. 2 de la primera parte.

cuyo representante, al final de los tiempos entregará de nuevo a Jesucristo su cetro⁹⁸⁷.

Así, la Roma Imperial sería virtualmente cristiana⁹⁸⁸ desde este punto de vista, y la conversión de Constantino no es un hito que da inicio a la Historia cristiana, sino el momento en que aflora en el devenir histórico el plan divino, la economía temporal concebida desde el principio de los tiempos para instaurar en la Tierra el que sería el último Imperio universal tras la Encarnación. Constantino es el primero de los emperadores que comprenden el poder de la Cruz y lo revela al mundo, pero este hecho presuponía otro: el comienzo del fin, es decir, que la venida del Verbo y la instauración de este Imperio cristiano implicaba el ineluctable fin de los tiempos, cuando tras una cadena de emperadores (que Dios iría designando y dando a conocer a su debido tiempo) vendrían señales de las postrimerías, y lo que el terrible Apocalipsis de Juan o Daniel había anunciado para, finalmente, en la gloriosa, segunda y última Parusía de Cristo, traspasar de manos de aquel a quien correspondiese el honor de ser el último emperador, el poder a su legítimo y eterno dueño.

Todo esto explica la visión apocalíptica que a menudo se tenía en Bizancio de las catástrofes naturales, o el interés por cualquier tipo de prodigios, que si bien es algo común al medievo occidental, tiene unos matices diferentes, como vemos. En Occidente la crisis milenarista arroja un oscuro y tupido velo de temor sobre una población diezmada por enfermedades, hambruna y terrible inestabilidad derivada de guerras e invasiones⁹⁸⁹. En Bizancio las cosas adquieren una perspectiva distinta y, aunque a menudo se

⁹⁸⁷ Cf. ALEXANDER, P.J., "Strength", p. 353, que analiza estos conceptos en la obra de Eusebio de Cesarea.

⁹⁸⁸DAGRON, G., *op. cit.*, p. 157; pp. 188-189, sobre el mismo tema.

⁹⁸⁹ Sobre este asunto, cf. GIL, J., "A la espera del fin del mundo", *Erytheia* 21 (2000), pp. 7-38, donde se estudian las múltiples elucubraciones de los cristianos a este respecto y sus fuentes, con algunas referencias a Bizancio, y especial énfasis en los terrores apocalípticos de los s. III y V.

ha sostenido que dicha crisis nunca tuvo lugar por su particular cómputo del tiempo, se pueden rastrear, no obstante, huellas de esa concepción del Fin de los Tiempos tanto en la ideología política como en otros ámbitos⁹⁹⁰.

Los bizantinos, como los demás cristianos, realizaron enormes esfuerzos por crear una cronología coherente desde el principio del mundo, en un afán por dar sentido a las Escrituras e interpretar la duración del devenir humano, toda vez que se sabía que había un fin escrito. Resumiendo mucho, y de manera muy esquemática, diremos que una de las principales interpretaciones se basaba en el relato de los siete días de la Creación y en la idea bíblica de que un día equivale a mil años⁹⁹¹. En lo que consideraban “semana cósmica” de la existencia del mundo y el hombre, Cristo se habría encarnado en el año 5500, y a partir de ahí habría comenzado la cuenta atrás hacia la consumación de los tiempos y del plan divino para el hombre, por lo que se hicieron infinidad de cálculos tomando esa datación como referencia.

Puesto que el propio Cristo había advertido a los apóstoles que nadie, sino el Padre, sabe el día ni la hora del fin⁹⁹², no se proponían fechas concretas, pero ello no quiere decir que no hubiese toda una reflexión acerca de lo que se veía como fin de un ciclo al aproximarse el año 6500, o sea, un milenio después de la venida del Hijo del Hombre. Ese momento equivaldría al año 992 de lo que consideramos nuestra era, es decir muy cerca del fin del primer milenio. Esto no implica que se creyera que en esa fecha exacta sobrevendría el cataclismo final, sino que se trataría de un periodo de tiempo aproximado a lo largo del cual podría suceder⁹⁹³. No era tanto un sentimiento de angustia ante

⁹⁹⁰ Para un análisis detallado de la cuestión, vide MAGDALINO, P., “The Year 1000 in Byzantium”, en MAGDALINO, P. (ed.), *Byzantium in the Year 1000*, Leiden 2003, pp. 233-270.

⁹⁹¹ *Ibidem*, pp. 236-237. Cf. Sal 90, 4: ὅτι χίλια ἔτη ἐν ὀφθαλμοῖς σου ὡς ἡμέρα ἡ ἐχθές, ἥτις διήλθε, καὶ φυλακὴ ἐν νυκτί. También 2^a Pedro 3, 8: Ἐν δὲ τούτῳ μὴ λανθανέτω ὑμᾶς, ἀγαπητοί, ὅτι μία ἡμέρα παρὰ Κυρίῳ ὡς χίλια ἔτη καὶ χίλια ἔτη ὡς ἡμέρα μία.

⁹⁹² Cf. Mc 13, 32: Περὶ δὲ τῆς ἡμέρας ἐκείνης ἢ τῆς ὥρας οὐδεὶς οἶδεν, οὐδὲ οἱ ἄγγελοι ἐν οὐρανῷ οὐδὲ ὁ Ὑἱός, εἰ μὴ ὁ Πατήρ. Más o menos igual en Mt 24, 36.

⁹⁹³ A este respecto nos planteamos si la obra de Sincelo, de cuya vocación oriental y aspiración cronológica global hablamos al principio de este trabajo, se escribió desde la

un desastre “apocalíptico” como una preparación, por así decir, ante una posible llegada de la superioridad.

No es extraño, pues, encontrar testimonios escritos con cálculos diversos en torno a la posibilidad de estar ante la conclusión del último día cósmico del mundo, de los mil años desde el nacimiento de Cristo o bien de su resurrección, e incluso planteando un hipotético margen de tiempo concedido por Éste último, o la esperanza final de un breve perdón divino que pudiera prorrogar la Parusía hasta otra generación⁹⁹⁴. Y ante todo está la conciencia de estar viviendo ya los días de la victoria provisional cristiana antes del Anticristo; del imperio que, tras aquellos grandes mencionados por el libro de Daniel o el de la Revelación, constituía una especie de “reino de los cielos” previo al definitivo, eterno y celestial gobernado por el propio Cristo.

En este escenario, los emperadores eran vistos como “actores de una historia santa que se remontaba a la alianza davídica”⁹⁹⁵. Para Magdalino⁹⁹⁶, el papel de emperador sacerdote, a veces entendido (mal, en su opinión) como cesaropapismo, adquiere pleno sentido dentro de esta concepción; se perfila y completa con esta “dimensión apocalíptica”, y resulta especialmente apreciable en aquellos emperadores que gobernaron en torno a los momentos que se consideraban cercanos al Juicio definitivo.

Si bien contamos con algún comentario del Libro del Apocalipsis a finales del s. V, es destacable el realizado por Andrés de Cesarea a principios

sensación de lo que parecían las postrimerías (conflicto de las imágenes, avance del dominio musulmán, etc.), a tenor de cuanto dice en el prólogo de su obra (*Ecloga Chronographica*, 6, edición de MOSSHAMMER, A. A., Leipzig 1984) acerca de la persecución de las gentes del Espíritu por parte de los ismaelitas, y cómo estaban urdiendo la gran apostasía de la que hablaba San Pablo (2 Ts 2, 3-4) como preludio del fin, donde ilustrativamente se dice: “Primero tiene que venir la apostasía y manifestarse el Hombre impío, el Hijo de perdicción, el Adversario que se eleva sobre todo lo que lleva el nombre de Dios o es objeto de culto, hasta el extremo de sentarse él mismo en el Santuario de Dios y proclamar que él mismo es Dios”.

⁹⁹⁴ Para un estudio de esas fuentes, consultar el artículo de MAGDALINO, P., “Year 1000”, y su apéndice final, en las pp. 267-270.

⁹⁹⁵ DAGRON, G., *op. cit.*, p. 189.

⁹⁹⁶ “Year 1000”, pp. 253-254. Sobre el cesaropapismo en Bizancio, *vide infra* III. 1. 3.

del VII, con una clara influencia de la doctrina de San Agustín al respecto⁹⁹⁷, lo que indica que de algún modo las ideas occidentales sobre el fin del mundo y la visión bizantina convergerán, o al menos entrarán en contacto. A partir de esa época también, aparecen signos ideológicos relacionados con toda esta noción, y resulta destacable que entre los s. VII y X la imagen del emperador, no ya solo como representante de Cristo en la Tierra, sino como cabeza de ese reino final previsto en la Revelación, adquiere especial relevancia.

Como señala Magdalino⁹⁹⁸, las dos principales características de este reino serían que los santos gobiernan de manera conjunta con Cristo, y que lo hacen en calidad de sacerdotes, y subraya que el concepto de *συμβασιλεία* es un rasgo fundamental de los emperadores de estos siglos, reflejado, entre otros, en la iconografía imperial, como por ejemplo en monedas con el rostro de un soberano, en cuyo reverso aparece la imagen de Cristo con la leyenda *rex regnantium*, versión latina del βασιλεὺς βασιλέων del libro de la Revelación⁹⁹⁹.

Dicho de otro modo, los emperadores participan en ese reinado conjunto de Cristo y los santos como una especie de administradores o diáconos en el plano terrenal, a la vez que reconocen en los santos su papel en el ámbito celeste. Resulta significativa la importancia atribuida al culto a los santos en los soberanos de este periodo, y muy en especial de los macedonios desde su fundador Basilio, de cuyo interés por algunos concretos tendremos ocasión de hablar, como el caso de Elías, considerado un profeta del advenimiento y muy ligado a estas cuestiones de la Revelación¹⁰⁰⁰; o el arcángel

⁹⁹⁷ Es decir, en lo relativo a la división de la historia del mundo en seis edades. San Agustín era contrario a buscar una fecha exacta para la terminación de esa historia y a la angustia milenarista. Cf. GIL, J., *op. cit.*, pp. 31-32.

⁹⁹⁸ MAGDALINO, P., "Year 1000", p. 251.

⁹⁹⁹ *Ibidem*, p. 253, con más ejemplos del Nuevo Testamento. Ap 17, 14: καὶ τὸ Ἄρνιον νικήσει αὐτούς, ὅτι Κύριος κυρίων ἐστὶν καὶ Βασιλεὺς βασιλέων. Ecos de esta expresión, añadimos nosotros, también en el Antiguo Testamento: Dt 10, 17: ὁ γὰρ Κύριος ὁ Θεὸς ὑμῶν οὗτος Θεὸς τῶν θεῶν καὶ Κύριος τῶν κυρίων, ὁ Θεὸς ὁ μέγας.

¹⁰⁰⁰ GIL, J., *op. cit.*, pp. 15, 22, 30 *et passim*.

Miguel, quien entre sus atribuciones cuenta con la de acompañar a las almas en su paso de esta vida a la otra.

Es probable que la dinastía macedonia hubiese considerado la probabilidad de que alguno de sus miembros tuviera el honor de ser el soberano más importante tras Constantino, fundador del último imperio: aquel que entregase el reino a Cristo. Eso parece desprenderse de algunas de sus actitudes, como el intento de conversión de los judíos por parte de Basilio¹⁰⁰¹, el sentimiento de renovación y nueva “Edad de Oro” que se trasluce en la Vita, el afán de adquirir reliquias preciosas (y recordemos que en ese momento llega el santo Mandilión, el verdadero rostro de Jesús a Constantinopla), el protagonismo que desea León para el emperador también en el ámbito religioso, o la observancia de la τάξις por parte del Porfirogeneta. Pero sobre estos temas habremos de volver más adelante.

Subraya Γιαννακόπουλος¹⁰⁰² que las bases de la ideología política bizantina aparecen ya cristalizadas en la obra de Eusebio de Cesarea, el ideólogo en cierto modo, del nuevo Imperio de Constantino, donde se aprecia la fusión entre las ideas que surgen de los escritos de la tradición cristiana y las teorías helenísticas y romanas sobre el buen gobernante¹⁰⁰³. Desde muy temprano, pues, se han sentado las bases del pensamiento político bizantino, es decir, se tiene conciencia de la entidad política del Imperio y su misión en el orden mundial. Según esta ideología, el poder emana única y exclusivamente de Dios, quien lo ha cedido al emperador bizantino, su elegido, su ungido en la Tierra después de Cristo, para ser la cabeza de un reino surgido a imagen y

¹⁰⁰¹ Sobre esto, *vide* más adelante, apartado III. 1. 2. 2. d)

¹⁰⁰² ΓΙΑΝΝΑΚΟΠΟΥΛΟΣ, Κ. Ι., “Church and State in the Byzantine Empire: A Reconsideration of the Problem of Caesaropapism”, *Church History* 34, nº 4 (dic. 1965), pp. 381-403, que hemos consultado en su traducción al griego, “Εκκλησία και κράτος στη Βυζαντινή Αυτοκρατορία. Αναθεώρηση του προβλήματος του καισαροπαπισμού”, en *Βυζαντινή Ανατολή και Λατινική Δύση*, Atenas 1966, pp. 92-130; concretamente, p. 99.

¹⁰⁰³ Sobre las teorías de Eusebio acerca del papel del gobernante y las relaciones entre Imperio e Iglesia, *vide infra* apartado III. 1. 3.

semejanza del Reino de los Cielos. Como consecuencia de ello, el Imperio cuenta con la protección de Dios, que dirige a su pueblo y vela por él¹⁰⁰⁴.

Esta idea de legitimidad del Imperio por su procedencia divina, y su supremacía sobre cualquier otro reino permanecerá durante toda la existencia de Bizancio como tal, e incluso cuando lleguen los grandes desastres y del fabuloso Imperio bizantino sólo queden unas cuantas ciudades y un doloroso recuerdo, se seguirá hablando de Constantinopla como Jerusalén¹⁰⁰⁵, esta vez perdida, y en la conciencia de los bizantinos resonará la idea de castigo divino y pérdida de su favor, por los muchos pecados que han llevado a esta situación. Pero su enorme prestigio y peso en la Historia de muchos siglos es tal que incluso la Rusia de Catalina la Grande se apoyará en algunas profecías, que hablan de un “pueblo rubio” como artífice de la restauración del glorioso pasado de la Ciudad perdida, para soñar con una San Petersburgo convertida en la tercera Roma, la nueva Constantinopla.

III. 1. 2. La figura del emperador.

III. 1. 2. 1. El título de *basileus*.

Es obvio que el título de emperador (*Imperator*) o augusto (Αὐγουστος) enlazan directamente con la ininterrumpida tradición romana. Conforme el Imperio se fue haciendo más oriental, y el uso del latín reduciéndose, el término *Imperator*, que además tenía unas evocaciones militares y castrenses de las que carecía el otro, fue retrocediendo ante el más griego Αὐτοκράτωρ, que recoge la dimensión del cargo al que hacía referencia. Finalmente, a partir de Heraclio (610-641) se generalizó el uso de βασιλεύς, una palabra de profundas

¹⁰⁰⁴ Cf. ALEXANDER, P. J., “Strength”, pp. 345-6; GARCÍA PELAYO, M., *op. cit.*, p. 30 y ss. *Vide* también el apartado III. 5. 3, donde aparece esta idea en la *Vita* al hablar del origen de Basilio.

¹⁰⁰⁵ También señalado por ALEXANDER, P. J., *ibidem*, p. 346-7, y otras referencias en notas a pie de página.

raíces griegas y que se había utilizado hasta entonces en exclusiva para el cabeza del Imperio persa, que por entonces fue derrotado definitivamente. De esta manera, el único soberano absoluto pasaba a ser el bizantino, y poco a poco el concepto de emperador dejó de evocar al primero de una jerarquía de mando para ligarse a la idea de soberano elegido por la divinidad al servicio de su proyecto de rescate de la Humanidad, puesto en marcha con la Encarnación. Su poder, y por extensión, el tiempo de su reinado, se denomina βασιλεία a partir de Justiniano.

Por su parte, los soberanos bárbaros no pueden llevar más que el título de *rex*, puesto que uno era el elegido por la Providencia para un reino con vocación ecuménica, el único que podía aspirar a extender sus fronteras por todo el orbe hasta el cumplimiento de los días. Esto fue indiscutible mientras Bizancio fue el Estado más firme en medio del marasmo en que quedó convertida Europa con la caída de Roma, pero el problema se planteó con Carlomagno y su coronación como emperador, en un momento complicado para el Imperio oriental. Desde el punto de vista bizantino, se trataba de algo ilegal puesto que el trono del Imperio de Oriente no se encontraba vacío, como argumentaba Roma, sino ocupado por la emperatriz Irene; y además no se le reconocía al papa facultad alguna para coronar a nadie emperador de los romanos. No obstante, en el 812 se vieron obligados a reconocerlo como emperador, pero como *Imperator, Romanorum gubernans Imperium*, mientras que el título de *Imperator Romanorum* siguieron considerándolo patrimonio exclusivo del *basileus* bizantino¹⁰⁰⁶.

A partir de entonces los emperadores bizantinos insistieron en el uso de un título que no era nuevo¹⁰⁰⁷, el de βασιλεὺς Ῥωμαίων, quizá para recordar a

¹⁰⁰⁶ Cf. ΚΑΡΑΓΙΑΝΝΟΠΟΥΛΟΣ, I. E., *Πολιτική θεωρία*, pp. 10-11. Cf. *infra*, apartado III 1. 2.

¹⁰⁰⁷ BRÉHIER, L., *op. cit.*, p. 45, señala que ya aparece en tiempos de Justiniano, y aporta bibliografía que apoya su tesis. Cf. ΚΑΡΑΓΙΑΝΝΟΠΟΥΛΟΣ, I. E., *Πολιτική θεωρία*, p. 10. Por su parte, PERTUSI, A., *op. cit.*, pp. 59-60, señala que el título de βασιλεὺς ya aparece en algunas fuentes desde el s. I, pero hasta Constantino V (s. VIII) no se ve en documentos

Occidente que el único que legítimamente podía llevarlo era el de Constantinopla. La extinción del *Imperio* carolingio pareció zanjar el asunto hasta que Otón I (962-973) se arroga el título y la corona de emperador, en lo que sería un elemento más de distanciamiento entre Oriente y Occidente. Bizancio continuó usando el término que consideraba suyo, mientras desde las monarquías occidentales se denominaba al *basileus* “emperador ortodoxo”, “de la Nueva Roma” o “de los griegos”, término éste ofensivo, sinónimo de “pagano”¹⁰⁰⁸ hasta los siglos X-XI. La separación entre ambos mundos no hacía sino confirmar a los bizantinos la veracidad de sus teorías, algo que se vio sin duda reforzado con los terribles sucesos de 1204. Ni siquiera con la pérdida material de los territorios, tras el desastre definitivo de 1453, dejaron de considerarse los auténticos, legítimos y únicos emperadores del verdadero Imperio designado por Dios en su divina economía.

III. 1. 2. 2. Características, atribuciones y obligaciones del emperador.

Si la creación del Imperio y todo lo que le concierne responde a la voluntad divina, la figura del emperador en este sistema no será más que una pieza de este enorme y complejo mecanismo; eso sí, la pieza más importante, la cúspide de una pirámide jerárquica, fuente de derecho, punto de unión entre Dios y los hombres para cumplir con su labor redentora¹⁰⁰⁹. Esto implica una serie de consecuencias para el sistema político y social bizantino¹⁰¹⁰:

oficiales, lo que indica la lentitud con que el sistema asimilaba las innovaciones de este tipo por parte de los emperadores, y la enorme inercia del aparato de gobierno heredado.

¹⁰⁰⁸ Al respecto, *vide infra*, apartado III. 3 de esta segunda parte.

¹⁰⁰⁹ Para no extendernos en demasía omitiremos profundizar en los signos externos de la soberanía (diadema, túnica y calzado de púrpura, el *loros* o banda ancha de oro que se cruzaba sobre el torso, etc.) ni en la iconografía imperial, reflejo de todas estas características que vamos a enumerar.

¹⁰¹⁰ ΚΑΡΑΓΙΑΝΝΟΠΟΥΛΟΣ, Ι. Ε., *Πολιτική θεωρία*, analiza la figura del emperador en las distintas épocas del Imperio y a través de múltiples testimonios de fuentes bizantinas, en la obra citada, entre las páginas 13-45, en los capítulos dedicados a la figura del emperador, su elección, sucesión, etc. Ver también el ya citado artículo de CORTÉS, M., que analiza la figura imperial antes de detenerse en los aspectos concretos del artículo.

a) El emperador lo es por la gracia de Dios, luego su elección depende en última instancia de Él, o para decirlo en otras palabras, siempre está la divina Providencia tras la elección de cualquier emperador. Si se trata de un usurpador, habrá que ver en ello la voluntad del Cielo, que sin duda ha intervenido para asegurar la buena marcha del Estado, o sea, para dar cumplimiento a su economía, inescrutable para el hombre, y que bien puede valerse de acciones como esa con miras a un futuro beneficio mayor, igual que puede permitir por un tiempo a un gobernante impío o cruel en respuesta a los pecados de sus súbditos en el imperio terrenal.

Por otra parte, y desde este punto de vista, el pueblo es también fuente de poder con su aceptación de esta primacía, a la que se ve igualmente movido por la Providencia divina. En realidad, en este punto han convergido dos tradiciones: una, de corte platónico, que considera a la divinidad fuente de la soberanía¹⁰¹¹; la otra, más ligada a pensadores como Libanio, considera al pueblo como portador de dicha soberanía, que delega en un emperador con su elección¹⁰¹². Ambas han terminado confundándose en Bizancio, donde el pueblo acata al nuevo emperador, en el que reconoce la predilección que Dios ha realizado sobre su persona, y le otorga su consentimiento (aunque sea simbólicamente) con sus aclamaciones, consideradas elemento fundamental para que alguien sea declarado emperador¹⁰¹³.

¹⁰¹¹ En el pensamiento político de Temistio Dios es el origen del poder, y el imperio terrenal un reflejo del celeste, donde el emperador es el representante de la divinidad, que lo apoya y protege, por lo que este último debe velar por no perder el favor divino. Es significativa la cita que Temistio incluye hasta en tres discursos de lo que él denomina “escritos de los asirios” (la Biblia) para ilustrar esta idea: λέγει γάρ που ἐκεῖνα τὰ γράμματα τὴν τοῦ βασιλέως καρδίαν ἐν τῇ τοῦ θεοῦ παλάμῃ δορυφορεῖσθαι, que parece referirse a Pr 21, 1, con la que casualmente abrimos este trabajo. Cf. RITORE PONCE, J., *op. cit.*, p. 44 y ss.

¹⁰¹² Cf. PERTUSI, A., *op. cit.*, p. 48.

¹⁰¹³ ΚΑΡΑΓΙΑΝΝΟΠΟΥΛΟΣ, Ι. Ε., *Πολιτική θεωρία*, p. 23, considera que dichas aclamaciones, proferidas por los tres elementos que fundamentan el régimen político bizantino, senado, ejército y pueblo llano, constituyen el medio por el cual un simple ciudadano se convierte en emperador. Por su parte, ΛΟΛΙΤΣΑΣ, Κ., *Η πολιτική φιλοσοφία της παιδείας στην τελευταία βυζαντινή Αναγέννηση του ΙΔ΄ αιώνα και ο Θωμάς Μάγιστρος*, Atenas 2006, p. 39, señala que estas aclamaciones recuerdan al emperador lo relativo de su poder, al

Ser elegido supone estar imbuido de la divina gracia, y si se pierde el favor de Dios por apartarse de algún modo de este estado de gracia, el emperador será derrocado o incluso eliminado. Dicho de otro modo, la desaparición violenta o caída de un emperador se interpretará bajo este prisma, y resulta legítima en estos casos¹⁰¹⁴. La Biblia, además, libro de autoridad para este nuevo Estado romano/cristiano, es una fuente inagotable de referencia y recursos para la ideología imperial¹⁰¹⁵, en especial el Antiguo Testamento, que proporciona un modelo perfecto: David, el más ilustre rey del pueblo elegido, preclaro ascendiente del Rey Jesús, es ungido cuando Saúl (“*el deseado*” de un pueblo que ansiaba un rey) se aparta de Dios y el Espíritu lo abandona¹⁰¹⁶.

Las referencias al rey David no son raras en el mundo bizantino, especialmente en época macedonia¹⁰¹⁷, y sobre ello volveremos en otros momentos del estudio de la *Vita* desde la perspectiva ideológica y política. Digamos por ahora que la figura del emperador en Bizancio es un reflejo del monarca ideal que representa David: “un rey que se reconoce vasallo de Dios, representante suyo a los ojos del pueblo, benefactor y salvador, que defiende el derecho y la justicia, sobre todo en favor de los más débiles; se enfrenta a los enemigos de su fe y su pueblo con valentía, protege el culto ancestral que les

tiempo que subrayan la majestad del cargo, aspectos a los que nos referiremos algo más adelante.

¹⁰¹⁴ A este respecto, ver también ΜΑΓΡΙΠΛΗΣ, Δ., *Σχέσεις και λειτουργία των θεσμών. Η διαπλοκή της πολιτικής και της θρησκείας στην κοινωνία του Βυζαντίου. Μια ιστορικο-κοινωνιολογική καταγραφή*, Atenas 2003, p. 64 y ss. Esta idea la recoge igualmente RUNCIMAN, S., *Βυζαντινός Πολιτισμός*, pp. 70-71. De algún modo se sentía que el poder residía en el pueblo, que lo había cedido al emperador, lo que recoge expresamente Justiniano en su *Lex de Imperio* (ver nota 3, p. 70). Cf. ΚΑΡΑΓΙΑΝΝΟΠΟΥΛΟΣ, Ι. Ε., *Πολιτική θεωρία*, pp. 35-37. Sobre la importancia de los modelos veterotestamentarios en la ideología imperial *vide infra* apartado III. 1. 3.

¹⁰¹⁵ ALEXANDER, P. J., “Strength”, p. 348.

¹⁰¹⁶ 1 S 13, 13-14; 1 S 15, 28; 1 S 16, 14 y ss. Cf. ΠÉΡΕΖ ΜΕΝΑ, R. y ΜΟΡΕΝΟ ΣÁΝΧΕΖ, Α. Ι., “¿Un nuevo David en la corte de Bizancio? Consideraciones sobre la aplicación del modelo de soberano bíblico en la *Vita Basilii*”. *Analecta Malacitana*, 16 (II) (1993), pp. 227-255, concretamente p. 247 y ss.

¹⁰¹⁷ Cf. nota anterior y apartado III. 4 de esta segunda parte. Sobre la presencia de este personaje como iconografía ligada a la propaganda imperial, *vide* JOLIVET-LÉVY, C., *op. cit.*, pp. 460-462.

otorga su identidad, es piadoso, devoto, y –lo que es más importante– bendecido por Dios, quien aprobará todas sus acciones si son justas y le otorgará por su fidelidad una descendencia a la que consolidará en el trono en generaciones sucesivas”¹⁰¹⁸.

Añadamos aquí que también, como hombre, es pecador, y su arrepentimiento lo hace aún más virtuoso a los ojos de Dios¹⁰¹⁹: también en esto proporciona un modelo ideal para casos de apropiamiento ilegítimo del poder, que con la debida penitencia de por medio, se puede justificar, como acabamos de citar, por voluntad divina, de modo que el usurpador aparezca como instrumento de esa voluntad por el bien superior del Estado. Esto, además, presupone (aunque contradice aparentemente lo que acabamos de decir sobre la descendencia) la imposibilidad de una ley de sucesión en Bizancio, puesto que es una elección divina, y por consiguiente, algo que no se puede heredar; y del mismo modo, esa divina voluntad puede suscitar una usurpación para realizar su economía. Ello no impidió que se buscasen fórmulas alternativas¹⁰²⁰ que permitiesen el traspaso de poder a herederos o allegados, y serán precisamente los macedonios los que encuentren el mejor modo de hacerlo, aprovechando ese modelo que le brindaba el bíblico David y creando no sólo una dinastía, sino un claro sentimiento de pertenecer a una, interiorizado incluso por sus súbditos.

No obstante, esta relación entre lo divino y el poder humano no sólo viene dictada por la aparición del cristianismo y sus fuentes ideológicas, sino que es otra pieza de la continuidad del sistema imperial romano, donde aparecen numerosos ejemplos de emperadores enviados por los dioses para instaurar la paz y la justicia, asumiendo con ello teorías helenísticas del buen

¹⁰¹⁸ PÉREZ MENA, R. y MORENO SÁNCHEZ, A. I., *op. cit.*, pp. 230-231.

¹⁰¹⁹ Sobre el valor del arrepentimiento del emperador, *vide infra*, apartado III. 1. 3.

¹⁰²⁰ Cf. III. 2. 2 de esta segunda parte.

gobernante¹⁰²¹. Asimismo, la noción de soberano como equivalente de la divinidad en la tierra, y de su gobierno como reflejo del orden celestial, de donde procede su identificación con el Sol, se remonta a esa época¹⁰²². De este modo, a partir de este concepto de Imperio otorgado por la divinidad, heredado del mundo antiguo, incluido ahora dentro del sistema ideológico cristiano al que se adaptaba bien con los ejemplos del Antiguo Testamento, se derivan las demás características y atribuciones del emperador.

b) El emperador es el representante de Cristo en la Tierra, y obedeciendo a su divina Gracia, sus actos deben ser fieles a los principios que le dicta la Providencia. Esta idea, directamente relacionada con la anterior, implica que su gobierno debe imitar en lo posible al del cielo, y él mismo tiene que ser un modelo de acercamiento a Dios (ὁμοίωσις Θεοῦ), para inspirar a sus súbditos y proporcionarles justicia y bienestar, como vicario que es, o sea, como alguien que está “en lugar de” Dios. Más adelante intentaremos analizar lo que esto implica en su relación con la Iglesia de Cristo.

Esta idea supone una evolución del concepto tardorromano de emperador como el “excelente” (ἄριστος) entre todos los demás ciudadanos, que más tarde pasa a divinizarse para luego, con la llegada del cristianismo, adoptar el papel de siervo de Dios, lo que supone el cambio definitivo, el salto de la Antigüedad al medievo. Como bien señala Καραγιαννόπουλος¹⁰²³, este es el elemento esencial de transformación de las ideas en torno al concepto de emperador, derivado del de elección divina. En el contexto cristiano es imposible mantener la divinidad del soberano, y a su vez, aceptar la delegación del poder en ese mismo contexto implica la sumisión, la entrega a Aquel de

¹⁰²¹ Cf. BRÉHIER, L., *op. cit.*, pp. 4-5. Recoge en las notas citas de autores clásicos donde aparece esta idea.

¹⁰²² PONCE, M^a. J., *op. cit.*, p. 229.

¹⁰²³ ΚΑΡΑΓΙΑΝΝΟΠΟΥΛΟΣ, I.E., *op. cit.*, p. 18, y notas 47- 48, con interesantes citas de otros autores al respecto.

donde procede, por lo que del emperador-dios se pasa al emperador siervo de Dios¹⁰²⁴. De nuevo volvemos de algún modo a la idea de sometimiento, de domesticación del poder ilimitado que Dios posee y concede generosamente a su elegido, con la seguridad plena de que sabrá ejercerlo de manera justa.

Dagron¹⁰²⁵ hace un meticuloso análisis de distintas ceremonias en las que participaba el emperador, y concluye que el complicado ritual que se desarrollaba cuando éste iba de Palacio a algún templo con motivo de una celebración religiosa importante (a veces ni eso), con infinitas paradas, cambios de vestimentas y demás pompa, en el fondo seguía siendo otra representación que indicaba que su poder, la βασιλεία, le había sido cedido de manera provisional por Dios, su legítimo dueño, por voluntad propia, y que en ningún modo le pertenecía, salvo para administrarlo. De ahí que lo normal fuese que la corona se le retirase al entrar en el templo. Este gesto, por otra parte, representaba alegóricamente la escena de la entrega de la corona a Cristo el día del Juicio Final¹⁰²⁶.

Estos dos puntales (poder otorgado por Dios a través de Su elección a alguien que lo representa en la Tierra) soportan el peso de la ideología imperial, y de ellos emanan los demás principios que analizaremos (emperador pastor, protector, juez, padre, etc.), así como otros elementos (la por algunos llamada “religión imperial”, por ejemplo).

c) Es el escalón más alto de una jerarquía social también dictada por la divinidad. Es evidente que este elegido debe presidir y ser la cabeza de sus súbditos, y esto se concibe no ya como un privilegio, sino como un deber impuesto también por Dios, un cargo difícil y lleno de responsabilidades, sólo para el mejor.

¹⁰²⁴ ΛΟΛΙΤΣΑΣ, Κ., *op. cit.*, p. 35.

¹⁰²⁵ DAGRON, G., *op. cit.*, cap. III, pp. 115-152.

¹⁰²⁶ *Ibidem*, p. 130. Con respecto a lo que supone quitarse la corona en la relación emperador / Iglesia, *vide infra* apartado III. 1. 3.

Esto tiene una serie de implicaciones de distinto tipo, por ejemplo, formales: la corte bizantina se hará famosa por la aparatosa parafernalia que rodea a cualquier acontecimiento y el estricto ceremonial que se respeta escrupulosamente. Todo ello está orientado a perpetuar un orden de cosas dictado desde el cielo, que siendo como es verdadero y legítimo, todas las naciones deben reconocer y respetar. Recordemos la enorme importancia que le atribuía Constantino Porfirogeneta al ceremonial de la corte como garante de ese orden que para él era la médula del sistema y había que mantener a toda costa¹⁰²⁷. Por otra parte, ya hemos visto cómo la repetición de fórmulas que con el tiempo se fueron complicando más y más, el hieratismo de la figura imperial, etc., contribuían a esa representación constante, ese icono viviente que ilustraba la sagrada misión del Imperio y la especial situación del emperador, sol alrededor del cual orbitaba el resto del universo humano.

Un aspecto formal controvertido es el de la *adoratio* al emperador y sus imágenes, que para algunos autores como Καραγιαννόπουλος¹⁰²⁸ no es más que un resto de los cultos imperiales tardorromanos, sin que ello implique la divinización del emperador, mientras que para otros es la base para formular una teoría sobre la existencia en Bizancio de una religión imperial, al menos en los primeros estadios de Bizancio (Bréhier, Ensslin¹⁰²⁹). Según Bréhier, por ejemplo, Constantino sería el primer interesado en mantener este culto, que adaptó proclamándose siervo de Dios, pero Καραγιαννόπουλος ve en ello precisamente el paso de la concepción romana sobre el gobernante a la

¹⁰²⁷ *Vide* apartado II. 2. 2 de la primera parte.

¹⁰²⁸ Al respecto *vide* ΚΑΡΑΓΙΑΝΝΟΠΟΥΛΟΣ, I.E., *op. cit.*, p. 16 y ss, donde se recogen y refutan las opiniones de los demás autores, con referencias bibliográficas para su estudio.

¹⁰²⁹ *Ibidem*, p. 17, nota 42. Cf. también BRÉHIER, L., *op. cit.*, p. 47 y ss., donde presenta esta idea y cómo a su juicio se mantuvo el rito pagano despojándolo de todo aquello que entrase en conflicto con el cristianismo. También habla (p. 57 y ss.) de "liturgia del palacio" al tratar el ceremonial de la corte, que incluye la adoración, con un completo análisis de cómo se llevaba a cabo hacia la persona del emperador y su efigie en distintos lugares del Imperio.

propriadamente bizantina y medieval, como vimos. Por su parte, Dagron¹⁰³⁰ recuerda que Bickerman demostró que el culto imperial nunca fue algo institucionalizado en todo el Imperio tardío, previo a la renovación constantiniana, y hace un interesante estudio de todos los aspectos implicados en lo que podría considerarse una religión imperial, algo sobre lo que volveremos en el último punto de este apartado: la relación entre el emperador y la Iglesia.

Como quiera que sea, y puesto que en cualquier manifestación humana, salvo en casos de revoluciones violentas, el paso de un estadio a otro se produce de manera paulatina, dejando en el camino aquello que ya se revela obsoleto e innovando o manteniendo lo que ofrece utilidad o conviene, es probable que de la primitiva forma de adoración al emperador como dios se pasara a una ceremonia más de las citadas anteriormente, de fundamental importancia porque compendia las bases de esta ideología imperial: a) reconocer la primacía del emperador (entre todos los súbditos y entre todas las naciones) como elegido por Dios; b) reconocerse como subordinado a él e inferior, por tanto, en la escala del mundo; c) postrarse ante Cristo al hacerlo ante el emperador, su representante; d) reconocer su autoridad omnipresente en todo lugar del Imperio, allí donde está su efigie; e) reconocer también con ello su presencia como ojo vigilante, como *providencia* mundana en constante vigilancia por los súbditos; etc¹⁰³¹.

¹⁰³⁰ DAGRON, G., *op. cit.*, p. 167, nota 40. Cf. BICKERMAN, E., "Consecratio", en *Le culte des souverains dans l'Empire romain*, Entretiens de la Fondation Hardt XIX, Ginebra 1972, pp. 1-37.

¹⁰³¹ Cf. CORTÉS, M., *op. cit.*, pp. 134-135, sobre la función de las imágenes de los emperadores en instituciones y ceremonias, como representación de su persona y su poder en ausencia de estos. Por su parte, ΜΕΝΤΖΟΥ-ΜΕΙΜΑΡΗ, Κ., "Ο αυτοκράτωρ Βασίλειος Α' και η Νέα Εκκλησία. Αυτοκρατορική ιδεολογία και εικονογραφία", *Βυζαντικά* 13 (1993), pp. 47-94, se refiere (p. 62 y ss.) a la imagen de Basilio instalada en la iglesia construida por él y conocida como *Nea*, de la que tendremos ocasión de hablar, y de cómo era el culto que se le ofrecía. Interesante resulta la relación observada entre la representación de Cristo como hombre establecida por la Iglesia y la usual entre los emperadores de la Antigüedad tardía, empleada en esas ceremonias de *adoratio*. Es plausible, pues, que se desplazase la adoración

El hecho de que ningún autor, iconoclasta o no, incluidos los Padres de la Iglesia, pusiera nunca en duda el valor de esta ceremonia¹⁰³² (mientras que cualquier intento por parte del emperador de invadir el terreno de la Iglesia fue pronto contestado), ni se plantease que ello suponía poner al emperador en un plano superior al puramente humano (aunque eso sí, en representación de la voluntad divina, con el halo de sacralidad que ello suponía, junto al hecho de ser el ungido del Señor), nos hace pensar que no existía conciencia de la llamada religión imperial en la ceremonia de la *adoratio*; sino que más bien el papel del emperador en Bizancio tenía muchos matices y comprendía muchos elementos que no se pueden analizar desde el prisma de nuestra situación actual ni asimilar a la situación occidental en la misma época¹⁰³³.

Otra implicación formal de este lugar en la cima de la pirámide social estaría en la ceremonia de aclamación del emperador: para que el nombramiento sea efectivo debe contar, como ya señalamos antes, con la aprobación de los tres grandes elementos de la sociedad bizantina: el Senado, el ejército y el pueblo. Esto está presente de una manera u otra desde el principio de Bizancio hasta fases muy avanzadas de su Historia, y como aspecto formal representa la idea bizantina de la presencia de la voluntad celestial en la estructura social que ha planeado para el mundo, y de cómo Ésta dirige sus corazones hacia su ungido.

hacia Cristo, retratado siguiendo la tradición imperial, mientras que al mismo tiempo la imagen del emperador, como representante de Aquel, mantuviera ese halo de cuasi sacralidad y se respetara como a su propia persona en su ausencia. Cf. PERTUSI, A., *op. cit.*, p. 53.

¹⁰³² BRÉHIER, L., *op. cit.*, p. 63, señala que el culto a las imágenes imperiales fue objeto de protestas entre algunos de los Padres de la Iglesia, como Ambrosio, pero ΚΑΡΑΓΙΑΝΝΟΠΟΥΛΟΣ, I. E., *Πολιτική θεωρία*, p. 17., cita precisamente a este autor para justificar que en esa ceremonia no se adora al hombre que representan las imágenes, sino a los símbolos que porta: “Sapienter Helena, quae crucem in capite regnum collocavit; ut crux Christi in regibus adoretur. Non insolentia ista, sed pietas est; cum defertur sacrae redemptioni”. (*De obitu Theodosii* 48).

¹⁰³³ Para más detalles de este papel remitimos al apartado III. 1. 3 de la segunda parte de este estudio.

Es decir, incluso cuando el pueblo aclama a un emperador, lo hace siguiendo un plan divino (y viceversa: si lo derroca o se alza para expulsarlo del trono). Este asentimiento global de los distintos elementos que constituyen el sistema representa la voluntad divina y conforma la base del poder imperial frente a la tiranía, en la que el trono se ocupa de manera violenta y sin el acuerdo de los súbditos¹⁰³⁴.

Evidentemente, en el aspecto práctico debemos suponer que en la elección del emperador el papel fundamental correspondía al ejército o al Senado, y en ocasiones a los dos juntos, algo que fue variando en los muchos siglos de existencia de Bizancio, y que dependía de muchos factores coyunturales, internos y externos. Pero lo que nos interesa aquí es la presencia (formal) de los tres sectores en las fuentes que hablan al respecto, lo que indica que eran imprescindibles en el concepto que se tenía de la estructura política cuya cabeza era el emperador, independientemente de que en la práctica no tuviesen ninguna capacidad de decisión. Con todo, más adelante (punto III. 2. 1) volveremos sobre la ceremonia de coronación, elemento que se incorporó algo más tarde, y el proceso de elección.

Por otra parte, el sistema jerárquico no afecta sólo a los habitantes del Imperio, sino que engloba toda la ecumene: en el plan redentor ideado por Dios para la Humanidad, el Imperio es el instrumento para su realización, y esto presupone su condición de Imperio único, al que se subordinan todas las demás naciones, de tal modo que incluso si se pierden algunos territorios, no desaparecen los derechos del Imperio sobre éstos, que sin duda algún día

¹⁰³⁴ Cf. ΠΑΪΔΑΣ, Κ., *Η θεματική των βυζαντινών «Κατόπτρων Ηγεμόνος» της πρώιμης και μέσης περιόδου (398-1085). Συμβολή στην πολιτική θεωρία των βυζαντινών*, Atenas 2005, p. 103. No obstante, tras la revuelta de Nika se tenderá a considerar a Dios como fuente única de poder. *Vide infra*, apartado d).

volverán a su legítimo dueño¹⁰³⁵, pues el fin último es reunir todo el orbe bajo un mando único.

El emperador bizantino se sitúa también en la cumbre de esta nueva pirámide, que se despliega a sus pies en un complejo sistema de pueblos que conforman una escala en función de su relación con el emperador, desde los que se consideran hijos espirituales, amigos o simplemente siervos. Esta organización jerárquica se mantendrá en la conciencia bizantina durante toda su Historia, como reflejo de un orden instituido por Dios que debía respetar y mantener el Imperio con todos los medios a su alcance, incluido el ceremonial.

No olvidemos que la obra de Constantino Porfirogeneta, *De cerimoniis*¹⁰³⁶ surge precisamente de esta idea, y de la necesidad de fijar por escrito el ritual necesario para el mantenimiento de la *τάξις*, así como evitar que con su abandono se perjudique al funcionamiento natural y por derecho divino del Imperio. En *De administrando imperio*, diseñado para uso de emperadores, el espíritu que impregna la obra es sin duda el de la jerarquía de las naciones, basada en su relación histórica con Bizancio (*id est*, con Roma y la Nueva Roma) y de cómo debe comportarse el emperador con sus representantes en función de su “parentesco” con ellos¹⁰³⁷.

Es una visión desde la cima, con un toque paternal, que nos muestra no sólo lo asimilado del concepto en el mundo bizantino, sino la dimensión política que tenía esta idea para el funcionamiento del Imperio. Por otra parte, como señala Alexander¹⁰³⁸, en este momento del Imperio la idea de jerarquía ha

¹⁰³⁵ Cf. BRÉHIER, L., *op. cit.*, p. 4. Recordemos aquí el impacto que había supuesto en este sentido para Bizancio la coronación de Carlomagno y el reconocimiento de un nuevo emperador, y la importancia que tenía, por tanto, la lectura particular que de la *Donatio* hicieron los macedonios.

¹⁰³⁶ Cf. apartado II. 2. 2 de la primera parte.

¹⁰³⁷ HUNGER, H., *Bυζ. Λογ.* (II), pp. 174-175, y AHRWEILER, H., *op. cit.*, pp. 58-59, donde analiza la visión de superioridad que tiene el Imperio en tiempos de los macedonios.

¹⁰³⁸ “Strength”, p. 355, y notas 76, 78, con referencias bibliográficas interesantes para esta noción.

adoptado un matiz espiritual, de manera que el emperador tiene un papel de guía para las demás naciones, de superioridad en este sentido, pues “su misión era ecuménica” (mantener la paz, difundir la verdad del Verbo y proteger el reino terrenal imagen del divino, hasta el momento de su entrega definitiva a Cristo). En sintonía con todo esto, la figura del emperador como el único que puede legítimamente llamarse así, y cuya sede se halla en Constantinopla, será un principio indiscutible hasta la caída definitiva del 1453¹⁰³⁹. En otras palabras, la asociación Imperio / Iglesia siempre se percibió como algo indivisible.

Además de estas implicaciones formales, la elección que Dios hace sobre un simple ciudadano, que pasa a ser emperador (las “dinastías” vendrán más tarde, como veremos, y el nacimiento de un heredero no concederá automáticamente el derecho al trono), no deja de ser una pesada cruz que presupone un duro trabajo de constante vigilancia por sus súbditos, algo que nos introduce ya en el punto siguiente.

d) Es un siervo de Dios, y su labor es esa precisamente: servicio a Dios y a su pueblo. Si Dios ha hecho del emperador objeto de su predilección, ello no es de manera gratuita, ni únicamente para que los demás lo colmen de alabanzas y lujos. Muy al contrario, la contrapartida que para el *basileus* tiene el trono es la sumisión a las normas de comportamiento del cristianismo, y en alto grado, toda vez que es el ἄριστος, comenzando por el dominio de sus pasiones. Su gobierno debe ser una imitación del reino celestial, donde él mismo sea

¹⁰³⁹ Uno de los testimonios más claros y conocidos, recogido por diversos autores como ΚΑΡΑΓΙΑΝΝΟΠΟΥΛΟΣ, I. E., (*Πολιτική θεωρία*, p. 11) o DAGRON, G. (*op. cit.*, pp. 369-370) es la carta del patriarca de Constantinopla, Antonio IV, al Gran Duque Vasilij I de Moscú (*circa* 1395), donde en respuesta a su negativa a jurar fidelidad al emperador bizantino al reconocerse súbdito de la Iglesia ortodoxa, le recrimina aduciendo la noción de Imperio por voluntad divina, y del soberano bizantino como representante de ella, afirmando que “no es posible que los cristianos tengan una Iglesia sin emperador, pues Imperio e Iglesia son una unidad y comunión, y no se pueden separar el uno de la otra. (...) Uno es el emperador del mundo entero (...) cuyas leyes, disposiciones y ordenanzas tienen vigor en toda la ecumene”. Cf. *supra*, apartado III. 1. 1 y III. 2. 1, sobre el origen divino del poder y el título de βασιλεύς.

modelo y ejemplo, y debe aspirar a instaurar un estado de cosas lo más cercano posible a la perfección de la Jerusalén celeste. Su actitud ante Dios debe ser de humildad y mostrarse apartado tanto de las veleidades mundanas como de un excesivo gusto por el trato con el *mundo*, con lo terrenal¹⁰⁴⁰. De este modo no sólo mantiene intacta la majestad de su cargo sino que aumenta con ello el aprecio de sus súbditos.

Por otra parte, como representante de Cristo en la tierra, no basta con el ejemplo que debe ser para sus súbditos, sino que es su obligación estar a su servicio, velando por su bienestar, y ello incluye el mantenimiento de la paz en el ámbito del mundo cristiano (τὸ χριστιανὸν ἔθνος), para lo cual debe ir al campo de batalla si es necesario¹⁰⁴¹.

Dentro de esos deberes “militares” estaría proteger a los cristianos con su espada, por lo que en su mano está declarar la guerra a quienes someten a los hermanos de la fe. Del mismo modo, debe recuperar los territorios perdidos en la medida que le sea posible, a la vez que defender y proteger aquellos que forman el Imperio que le ha sido dado. Paralelamente, todo esto presupone también la difusión del mensaje cristiano a los pueblos bárbaros, privados de la luz de la cultura *romana* y la redención de Cristo, así como su “vasallaje” al Imperio verdadero, como cabeza del orden impuesto por Dios a las naciones¹⁰⁴².

De esta manera se amplía y consolida el Imperio concebido por economía divina, se sigue el plan de Dios. Es evidente que en todo esto habrá también una buena dosis de intereses políticos, pero no debemos olvidar el contexto histórico en el que nos estamos moviendo, donde esos elementos

¹⁰⁴⁰ ΛΟΛΙΤΣΑΣ, Κ., *op. cit.*, p. 36.

¹⁰⁴¹ Esta imagen de “defensor, conquistador y guardián del orden romano” se forja también en época imperial, si bien ahora adquiere el matiz cristiano. Cf. PONCE, M^a. J., *op. cit.*, p. 226.

¹⁰⁴² *Vide* apartado III. 1. 3, sobre la misión evangelizadora del emperador como continuación de la iniciada por Constantino el Grande y su reflejo en la iconografía artística macedonia, soporte de la propaganda imperial, con temas recurrentes como Pentecostés. *Ibidem*, sobre el afán constantiniano por asimilarse a los apóstoles.

formaban un todo, y no debemos juzgar aquella época según nuestros parámetros. Es desde esa perspectiva desde la que podemos entender la perplejidad del mundo ortodoxo ante el ataque de los cruzados en 1204, pues resultaba de todo punto incomprensible que otros cristianos se alzaran contra el único defensor de la fe frente a los bárbaros, contra quien había sido el paladín de la cristiandad durante siglos.

En relación con todo lo anterior, está la idea de la conversión del pueblo judío al cristianismo¹⁰⁴³, concebida como una misión fundamental del emperador. Ello supone que el pueblo elegido del Antiguo Testamento y el nuevo elegido del Reino inaugurado tras Jesucristo quedarían unidos por fin en un culto único al Dios verdadero, y esto sería una señal más del esperado fin de los tiempos, donde hemos visto el papel básico y preferente del soberano. Esto explicaría la voluntad de algunos emperadores de obligar a los judíos a bautizarse, normalmente aquellos que de alguna manera se tomaron muy en serio la parte que les correspondía en el plan divino de salvación, y que se sentían, como un nuevo David, con autoridad sacerdotal al estilo veterotestamentario. Entre ellos estará, como hemos citado ya, Basilio I¹⁰⁴⁴.

Para Καραγιαννόπουλος¹⁰⁴⁵ si en un primer momento esta misión de protección y vigilancia constante por los súbditos, como un padre (a imagen y semejanza del Padre celestial) o un pastor con sus ovejas (a la manera del Buen Pastor), se deriva de la idea de que su poder procede del Altísimo, pero a su manera también de los demás súbditos, que reconocen en él la elección divina y acatan la voluntad del Cielo, con el paso del tiempo fue variando. En concreto, este autor sitúa el cambio en la revuelta de Nika (año 532), cuando Justiniano ve demasiado peligro en el populacho, y se empieza a considerar a Dios como única fuente de poder, sin que ello hiciera desaparecer en la ideología bizantina

¹⁰⁴³ DAGRON, G., *op. cit.*, pp. 177-178.

¹⁰⁴⁴ Cf. apartado III. 1. 3 de esta segunda parte y III. 5. 8, para su reflejo en la *Vita*.

¹⁰⁴⁵ ΚΑΡΑΓΙΑΝΝΟΠΟΥΛΟΣ, Ι. Ε., *Πολιτική θεωρία*, p. 28.

el concepto de padre protector que vela sin descanso por su rebaño. Ahora bien, como una forma de cumplir la voluntad de Dios, que le exige ese deber, y no como correspondencia al pueblo que había reconocido en él al representante divino en el trono.

El desempeño del poder, pues, es un servicio en tanto en cuanto actúa como medio para controlar la tendencia al mal de la naturaleza humana, pues a pesar del concepto cristiano según el cual nadie puede ser señor de nadie, dicha predisposición hace necesaria la existencia de un poder único que supervise la armonía, el bienestar y la paz entre todos. De este modo, la del emperador es una misión divina, una especie de sacrificio personal por el bien de la sociedad. El ejercicio del poder queda así en Bizancio relativizado en ese servicio a los súbditos encomendado por Dios, mientras que el emperador debe demostrar que es digno de la elección divina con que ha sido agraciado¹⁰⁴⁶.

Como quiera que fuese, el concepto de vigilancia paternal sobre sus súbditos, de humana *πρόνοια*, es básico en la ideología imperial y recorre transversalmente todos los siglos de existencia de Bizancio, desde el mundo helenístico, donde tiene sus raíces: el buen gobernante debe procurar el bien y el provecho (*ωφέλεια*) de sus súbditos, y una de sus principales virtudes es la *φιλανθρωπία*, ensalzada como vimos en el tratado de Menandro, que debe entenderse precisamente como esa actitud de servicio y atención hacia quienes naturalmente son sus subordinados en el orden cósmico¹⁰⁴⁷. De ahí que los emperadores procuren destacarse por sus beneficios físicos (donaciones, reparación de edificios en ruinas, construcción de otros nuevos como iglesias, asilos, sanatorios, etc.) o intangibles (legislación justa, estrategia provechosa, etc.).

¹⁰⁴⁶ ΛΟΛΙΤΣΑΣ, Κ., *op. cit.*, pp. 38-39.

¹⁰⁴⁷ Cf. PONCE, M^a. J., *op. cit.*, p. 228, donde subraya la relación de esta virtud con la *evergesía*, a la que nos hemos referido con anterioridad. Por su parte, para Temistio era una virtud exclusiva de la divinidad, por lo que el emperador debe practicarla en su imitación de Dios, ya que es la piedra angular de la condición regia, de la que derivan otras como la piedad religiosa, la mansedumbre o la justicia. Cf. RITORÉ PONCE, J., *op. cit.*, p. 45 y ss.

Los súbditos, por su parte, muestran su agradecimiento hacia el emperador a través de estatuas e imágenes de este, que adquieren una relevancia tal como para llegar a las ya mencionadas ceremonias de *adoratio*; y por medio de diversas formas de elogios (discursos, poemas, etc.). Ambas manifestaciones se consideran honores debidos al emperador padre y protector, y en esa línea estarían las oraciones o preces a la divinidad por el bien del emperador¹⁰⁴⁸.

Todas estas ideas de la Antigüedad tardía confluyen en el Imperio con las enseñanzas cristianas, que ofrecían un buen vehículo de expresión: permiten justificar el concepto de monarquía, apartando al soberano de la tentación de aplicar su voluntad de manera incontrolada, algo propio de la tiranía y absolutamente contrario a la mentalidad griega de todos los tiempos. El soberano es un “funcionario” del Estado, con una agotadora misión de alerta permanente y búsqueda del bienestar, y por encima de todo, la obligación de ser justo.

e) Como maestro inspirado por la divinidad debe dictar leyes y normas justas. Esta es otra de las grandes obligaciones de todo emperador, y un tema además que preocupó en gran medida a los Padres de la Iglesia: la relación con la ley de un emperador que representa a Dios y que por ello tiene en su poder la capacidad de legislar, y de hacerlo libremente, algo que está en los peligrosos límites de la tiranía.

De nuevo asistimos a una reinterpretación de las ideas helenísticas bajo el prisma cristiano; en esta ocasión, la del emperador como fuente de derecho por su particular relación con la divinidad, pero que, sin embargo y una vez

¹⁰⁴⁸ PONCE, M^a. J., *op. cit.*, pp. 231-232, para estos mismos aspectos en época imperial. Como bien señala la autora, estas plegarias insertas en ceremonias de carácter público están estrechamente relacionadas con la teología de la Victoria: buscaban prolongar de manera ritual la benevolencia divina hacia el soberano, de modo que la *felicitas* del Imperio se mantuviera, a través de continuas victorias que garantizaran la paz, fuente de la armonía y el orden necesarios.

más, le impone sus límites. Porque a pesar de este lugar privilegiado del emperador como figura que está por encima de la ley, pero no sujeta a ella, como recogen muchos textos bizantinos¹⁰⁴⁹, esto no le confiere absoluta libertad: muy al contrario, su vida personal debe ajustarse a las leyes que él mismo promulga, interpreta o modifica. Aunque puede (y debe) dictar leyes y cambiar aquellas que queden obsoletas o resulten injustas, existe un impedimento de carácter ético, digamos, para vivir al margen de ellas. Debe ser el ejemplo vivo, la personificación de la obediencia y el respeto a la ley, la imagen a cuya semejanza debe aspirar el súbdito. También en este aspecto es maestro y enseña a su pueblo con la observancia de lo que es justo, y ello es reflejo de la autoridad y equidad que Dios le ha concedido con su elección; es sello y garantía para sus súbditos de que ha sido elegido conforme a la voluntad divina.

El emperador se considera, pues, νόμος ἔμψυχος, concepto que pasará a Occidente por influencia de los bizantinos y servirá de base para el absolutismo o el despotismo. Ya hemos comentado¹⁰⁵⁰ la conciencia que existía en Bizancio del poder absoluto como algo que en sí mismo no daba legitimidad al emperador, y que fácilmente podía llevarlo a cualquier exceso; cómo de esa conciencia surgen las numerosas obras admonitorias del mundo bizantino que, si es cierto que en algunos casos se emplearon para justificar absolutismos (a menudo fuera de Bizancio), tuvieron su origen precisamente en el afán de combatir la perversión de ese poder que no era legítimo de por sí: sólo si aquel que lo tiene respeta la ley obtiene la legitimidad.

No obstante, la idea de la tiranía siempre repugnó al modo griego de pensar, e igualmente a los bizantinos, y por ello hay un compromiso tácito por parte del emperador para no emplear su posición ante la ley de manera

¹⁰⁴⁹ Para ver citas detalladas de autores, ΚΑΡΑΓΙΑΝΝΟΠΟΥΛΟΣ, I. E., *Πολιτική θεωρία*, p. 30 y ss. Sobre esta cuestión de la relación entre el emperador y la ley cf. también DAGRON, G., *op. cit.*, pp. 35-40.

¹⁰⁵⁰ *Vide supra*, apartado III. 1 de esta segunda parte.

arbitraria, ni mucho menos imponer su voluntad¹⁰⁵¹. Ello atentaría además contra la imitación del Reino de Dios, en el que el Todopoderoso, a pesar de estar muy por encima de toda ley, actúa según ella. El emperador debe ser una imagen de Dios para ser a su vez un modelo ante sus súbditos; igual que el Altísimo, debe amoldarse a la ley aunque sabe que nadie puede obligarlo a ello. De este modo, la ley es para todos, justa e impersonal, y aunque el emperador podría no actuar conforme a ella, se aviene a hacerlo por el bien mayor de sus súbditos y, en última instancia, para mantener ese orden establecido por el Ser Supremo, donde cada uno tiene su sitio.

Todo esto no hace sino confirmarnos la profunda asimilación de los ideales heredados de la tradición grecorromana en el mundo bizantino, si bien matizados, razonados o adaptados al punto de vista de la nueva religión. Es básica en esta tradición la idea de que el buen gobernante no puede dejarse llevar por sus pasiones, igual que el concepto de justicia, de aspiración a un gobierno justo a través de las correspondientes leyes que conduzcan a ello. Todo esto podía encajar perfectamente en el sistema cristiano, y es muy frecuente ver esta preocupación en los emperadores.

No olvidemos además que en la Biblia, gran referente de la cultura bizantina, en especial el Antiguo Testamento, hay un interés constante por proporcionar unas normas justas que regulen la convivencia. Las más elementales, concedidas por Dios a Moisés (Ex, 20), son el más claro ejemplo de ley impersonal (son aplicables a cualquiera) y atemporal (en cualquier momento de la Historia del hombre). Y los grandes reyes procurarán ante todo ser justos con sus súbditos, como David (1 S 8, 15), pero será su hijo Salomón el que pase a ser modelo de justicia (1 R, 3 y ss.), en su constante afán por ser justo

¹⁰⁵¹ Sobre las diferencias fundamentales entre el emperador y el tirano, según se deriva de los "Espejos de Príncipe", Cf. ΠΑΙΔΑΣ, Κ., *op. cit.*, p. 93 y ss. El emperador respeta la ley y ajusta su comportamiento a esta, mientras que el tirano se guía por sus propios deseos, que reviste de apariencia de ley.

(*ibidem*, 4-15) y sobre todo por el famoso juicio de las dos mujeres y el bebé (*ibidem*, 16 y ss)¹⁰⁵².

Con todo, no deja de ser cierto que existe una clara contradicción entre la idea de estar por encima de la ley y al mismo tiempo, verse de algún modo obligado a someterse a ella y vivir conforme a ella, y es algo sobre lo que han reflexionado diversos autores a lo largo de la Historia de Bizancio¹⁰⁵³, en especial desde el seno de la Iglesia, con quien a menudo entraba en conflicto la esfera de la autoridad imperial. El propio Focio veía necesario que aquellas obligaciones éticas o dictadas por la tradición, por las cuales el emperador se ajusta a la ley, tuviesen un carácter de compromiso legal, o sea, tuviesen forma legal, algo que resultaba inaudito en el mundo bizantino. El emperador quedaría, de este modo, sometido también a la ley escrita, en lo que era un intento de poner freno al peligroso aumento del poder imperial, que empezaba a invadir el terreno del patriarca¹⁰⁵⁴. Pero la *Eisagoge*¹⁰⁵⁵, donde se formulaba esta idea, probablemente obra suya, no llegó a promulgarse según todos los indicios¹⁰⁵⁶, y él mismo fue destituido enseguida tras la muerte de Basilio I por el hijo y sucesor de éste, León VI que, como señala Dagron, dejó claro que “la providencia [*pronoia*] del emperador lo controla y gobierna todo¹⁰⁵⁷”. Se frenaba con ello un intento por parte del patriarcado de someter a la institución imperial al marco jurídico, al tiempo que el patriarca se erigía en un claro rival con el que tendría que compartir el poder.

¹⁰⁵² Mientras Salomón tuvo una conducta intachable en este sentido, David cometió una terrible injusticia abusando de su poder para satisfacer su ilícita pasión por Betsabé.

¹⁰⁵³ ΚΑΡΑΓΙΑΝΝΟΠΟΥΛΟΣ, I. E., *Πολιτική θεωρία*, p. 37 y ss. ofrece un análisis detallado de estas fuentes. Por su parte, DAGRON, *op. cit.*, comenta las reflexiones de Focio y Moscópulos en las pp. 34-35, y las de Balsamón y Comatianos en las pp. 39-40.

¹⁰⁵⁴ Cf. DAGRON, G., *op. cit.*, pp. 34-35. También, AHRWEILER, H., *op. cit.*, p. 49 y ss.

¹⁰⁵⁵ Sobre el contenido de esta obra publicada entre los años 883-886, se volverá en el apartado III. 1. 3 de esta segunda parte.

¹⁰⁵⁶ Cf. apartado III. 3 de la primera parte.

¹⁰⁵⁷ DAGRON, G., *op. cit.*, p. 277. Señala asimismo el uso del término *pronoia*, comúnmente empleado para designar la Providencia divina. Cf. las reticencias de León hacia las ideas expuestas en la *Eisagoge* señaladas en el apartado II. 1 de la primera parte.

Un intento similar realizó en el siglo XIII el arzobispo Dimitris Comatianós, igualmente sin eco, al distinguir entre δικαιοδικὸς νόμος y ἐξουσιαστικὸς νόμος. El primero es un derecho natural, base de la sociedad de derecho; el último se deriva del poder absoluto del que dispone el emperador y por el cual tiene la potestad de hacer lo que desee, si bien se ha establecido que el soberano siga las normas basadas en el δικαιοδικὸς νόμος. Ahora bien, en función de las necesidades del Estado, el emperador puede legislar, algo que quedaría en el ámbito de lo ἐξουσιαστικόν. Así se intentaba también convertir las obligaciones éticas del emperador ante la ley en obligaciones legales.

Por su parte, Balsamón¹⁰⁵⁸ se planteó la cuestión a finales del siglo XII, concluyendo que la superioridad del emperador en lo tocante a la ley era comprensible teniendo en cuenta su posibilidad de actuar por economía (o sea, de no aplicar una regla o hacer una excepción concreta en un momento dado si la necesidad de los asuntos del Estado así lo exigía, y sin que ello implique la abolición de la regla), y por la naturaleza casi sacerdotal de su cargo, de manera paralela.

En resumen, esta dualidad contradictoria fue resuelta por los bizantinos a lo largo de su dilatada Historia con el concepto de soberano fuente de derecho, y como tal, por encima de la ley, pero que gobierna conforme a ella, siguiendo para ello una tradición que se considera justa, así como principios de carácter ético o que se conciben dictados por la ley natural o divina, y que impiden incurrir en la tiranía. Apartarse de esa tradición implica el riesgo de no ser tenido en cuenta como legislador y modelo por las generaciones venideras. Y algo más peligroso: abusar de ese privilegio conlleva alejarse del modelo divino y por ende, del trono, algo que sucedería en cuanto el emperador dejase de responder a la figura ideal del ungido, en forma de

¹⁰⁵⁸ Balsamón es uno de los grandes pensadores de la Iglesia oriental, al que debemos mucho por sus obras en las que reflexionaba sobre temas fundamentales concernientes a la figura del emperador y la ideología política / religiosa que lo envolvía. Para un análisis detallado de su pensamiento, cf. DAGRON, G., *op. cit.*, pp. 302-316.

revuelta o de cualquier otro suceso que llevaría a su muerte o derrocamiento. En otras palabras, debe legislar conforme a los principios básicos del cristianismo.

f) Como ungido y representante de Cristo en la tierra, es también cabeza de la Iglesia. Esta atribución lógicamente derivada de todas las ideas que describen y delimitan la figura del emperador, es la de más difícil comprensión desde nuestra perspectiva actual, y tal vez magnificada por la visión “latina” o católica que de Oriente hemos heredado. Su importancia es tal que bien merece un capítulo aparte para su análisis, del que surgirán nuevas cuestiones que complementan y amplían todo lo dicho hasta ahora sobre la figura del emperador.

III. 1. 3. El espinoso tema del cesaropapismo en Bizancio.

Este aspecto es sin duda uno de los más controvertidos y sobre el que aún está abierto el debate entre los estudiosos que intentan perfilar los límites de la autoridad imperial sobre la Iglesia y el propio patriarca, ante la inexistencia de textos que recojan cuál era la verdadera dimensión de esta potestad del emperador. Sólo a partir de ciertos testimonios de que disponemos se puede deducir la magnitud de su influencia, pero a menudo se prestan a distintas interpretaciones. En general, se puede decir que a falta de un tratado específico, son las leyes promulgadas por el emperador y los escritos eclesiásticos que contienen referencias a la cuestión, y que con el paso del tiempo han llegado a conformar una norma por tradición, las únicas fuentes para analizar el llamado *cesaropapismo* en Bizancio.

Como tal se suele entender el hecho de que en una misma persona se reúna todo el poder político y eclesiástico, de modo que sea emperador y cabeza de la Iglesia. Dado que desde el origen del Imperio de Oriente el

emperador aparece con estos dos títulos, a menudo se considera que el control del emperador sobre la Iglesia era absoluto, y para Γιαννακόπουλος¹⁰⁵⁹ esto se debe a que se ha intentado analizar la realidad bizantina sobre las bases del mundo medieval occidental, donde el máximo poder eclesiástico (papa) se enfrentó duramente con el nuevo emperador de Occidente por la supremacía política, toda vez que en cuestiones puramente religiosas se respetaba por lo general el dictado papal.

A similares conclusiones llega Dagron en el detallado estudio que realiza en la obra que venimos citando, aunque el enfoque de su análisis, como veremos, es totalmente distinto, por lo que lo trataremos separadamente un poco más adelante. Básicamente considera que la distinción entre los dos poderes sólo se planteó en realidad cuando el emperador intentó invadir el terreno de lo doctrinal, y que no se habló abiertamente de ello antes de que desde Roma se propusiera la cuestión de la primacía frente a Constantinopla. En las conclusiones de su denso trabajo considera igualmente que es un error acercarse a la institución imperial en Bizancio y su situación con respecto a la Iglesia desde el punto de vista de la relación entre ambos poderes en el medievo occidental, o incluso desde la propia distinción, toda vez que esta idea moderna no tiene cabida en el complejo concepto, indivisible por lo demás, que englobaba al poder temporal y espiritual en el Imperio de Oriente. Donde, a diferencia de Occidente, se volvió a las fuentes judías del cristianismo, del que se importaron modelos que a menudo entraban en conflicto con el que planteaban los evangelios.

¹⁰⁵⁹ En su artículo "Church and State in the Byzantine Empire: A Reconsideration of the Problem of Caesaropapism", *Church History* 34, nº 4 (dic. 1965), pp. 381-403, recogido en la obra que venimos citando, *Βυζαντινή Ανατολή και Λατινική Δύση* entre las pp. 92-130, con un amplio estudio del concepto ideal de armonía entre dos autoridades paralelas, la del *sacerdotium* y el *imperium*; la situación real de la cuestión en Bizancio y los límites del poder imperial sobre la Iglesia, conceptos que trataremos en este apartado. Para esta cita, *vide* p. 93. En su misma línea (es decir, que a pesar de sus títulos y prebendas, el emperador no es el jefe de la Iglesia ni tiene potestad ilimitada sobre su núcleo dogmático ni litúrgico) estará OSTROGORSKY, G., *op. cit.*, pp. 249-250 y nota 84.

Por su parte, Bréhier¹⁰⁶⁰ habla de *culto imperial* y *teología imperial* al abordar la relación del emperador con la divinidad, su misión y la de su reino, la fuente de su poder, etc. Para él, el origen de la cuestión está en el propio Constantino el Grande y su afán por ser emperador y cristiano, lo que implicaría ser adorado como un dios, obedecer a la Iglesia y legislar sobre ella a la vez, en su condición de cabeza de esta. El conflicto se resolvió proclamándose siervo de Dios¹⁰⁶¹ y eliminando del culto lo que resultase sospechoso de pagano, aunque a todo esto se puede objetar que se trata de algo bastante más complejo, como veremos. En opinión de este autor, la ideología político-religiosa bizantina constituye una verdadera religión imperial que se opone a la moral cristiana que representa la Iglesia, con la que a menudo entra en conflicto. No deja de ser una explicación similar a la que dan otros autores para la cuestión de las relaciones entre el poder mundano y el espiritual.

En principio, y como concepto ideal, la institución imperial y la de la Iglesia deben caminar en paralelo; como surgidas de la Voluntad divina, procedentes del cielo, deben trabajar en armonía para trasladar el orden del mundo de arriba a la realidad terrenal. La Iglesia debe velar por el bienestar espiritual y la salvación de los súbditos¹⁰⁶²; el emperador, por el bienestar material, con leyes justas que faciliten su paso por este mundo, y con la defensa, tanto a través del ejército como participando incluso con su persona en las guerras. Recordemos además que en Bizancio el emperador es el representante, el vicario de Cristo en la Tierra, que de algún modo delega en la

¹⁰⁶⁰ BRÉHIER, L., *op. cit.*, p. 47 y ss. Por otra parte, en su artículo “*Ἱερεὺς καὶ Βασιλεύς*”, *Memorial L. Petit*. Bucarest, 1948, pp. 41-45, se centra en las supuestas funciones litúrgicas del emperador que se han querido ver en los privilegios y títulos honoríficos ligados a su cargo, algunas de las cuales se comentarán en el presente apartado, y llega a una tajante conclusión: “En un mot, l’empereur n’est pas prêtre, bien qu’il soit appelé ainsi par métaphore” (p. 45).

¹⁰⁶¹ Sobre el análisis que hace G. DAGRON de esta cuestión y de su interés por alcanzar de algún modo su particular apoteosis volveremos algo más adelante en este mismo apartado.

¹⁰⁶² DAGRON, G., *op. cit.*, p. 158-159, apunta que desde época de Constantino se pide a la Iglesia que trabaje por el bienestar del Imperio con su *ἱερατική τέχνη*, que es el medio de que dispone, o sea, con la oración, y se establece así su función dentro del Estado.

Iglesia¹⁰⁶³ para que cumpla esta parte de su papel, pero que no deja de ser una especie de *virrey*, de intermediario entre Su voluntad y los hombres¹⁰⁶⁴. En teoría, pues, patriarca y emperador tienen deberes distintos, y su labor debe basarse en el entendimiento mutuo y una complementación necesaria para el funcionamiento del reino que Dios ha querido implantar en la Tierra.

La realidad, en cambio, nos muestra que más que ser una obra en paralelo entre las dos instituciones, en la práctica solía imponerse la voluntad del emperador, salvo contadas excepciones, o dicho de otro modo, la Iglesia aceptaba el control de un monarca con capacidad para nombrar o destituir patriarcas¹⁰⁶⁵. Señala Γιαννακόπουλος¹⁰⁶⁶ además que el emperador actúa como cabeza y eje fundamental del sistema político bizantino en tanto que es el único legitimado para establecer en la Tierra el orden que impera en el mundo superior y celeste, como vimos al hablar de Eusebio de Cesarea y su ideología, que recoge la tradición cristiana y las ideas de la Antigüedad tardía (helenismo y Roma) sobre la figura del emperador, también como *Pontifex Maximus*.

Pero ni siquiera en la obra de Eusebio queda claramente definido el papel del emperador en asuntos de la Iglesia, ni la línea que separa los asuntos del Estado y los religiosos, es decir, los ámbitos de actuación e influencia del patriarca y el emperador. Para Γιαννακόπουλος es necesario delimitar bien las distintas esferas en que intervienen Iglesia y Estado, y de qué modo se produce

¹⁰⁶³ No obstante, ΓΙΑΝΝΑΚΟΠΟΥΛΟΣ, Κ. Ι., *op. cit.*, p. 98, con amplio comentario en la nota 12, recuerda que en ocasiones se califica a los patriarcas con los mismos términos de “ungido” o “viva imagen de Cristo” que designan al emperador.

¹⁰⁶⁴ ΚΑΡΑΓΙΑΝΝΟΠΟΥΛΟΣ, Ι. Ε., *Πολιτική θεωρία*, p. 19, señala su condición de intérprete de la voluntad divina.

¹⁰⁶⁵ A este respecto resulta de gran interés el artículo, en dos partes, de ΑΦΙΝΟΓΕΝΟΒ, D., “Κωνσταντινούπολις ἐπίσκοπον ἔχει. The Rise of the Patriarchal Power in Byzantium from Nicaeum II to Epanagoga. Part I: from Nicaeum II to the Second Outbreak of Iconoclasm”, *Erytheia* 15 (1994), pp. 45-65, y “Part II: from the Second Outbreak of Iconoclasm to the Death of Methodios”, *Erytheia* 17 (1996), pp. 43-71”, donde se analizan las complicadas relaciones entre la institución imperial y la patriarcal en ese periodo, y la lucha de esta última no sólo por mantener su independencia, sino por asentar el que se desea como papel fundamental en el Imperio.

¹⁰⁶⁶ ΓΙΑΝΝΑΚΟΠΟΥΛΟΣ, Κ. Ι., *op. cit.*, p. 98 y ss.

esta intervención, para tener una apreciación justa del verdadero poder del emperador como cabeza de la institución religiosa.

De un lado, tenemos la esfera de lo temporal o secular, en la que el emperador es fuente de derecho y soberano absoluto; de otro, una esfera relacionada con el ámbito eclesiástico, pero relativa a cuestiones de organización y administración, cuyo máximo exponente sería el nombramiento de patriarcas o su destitución, en la que la última palabra en caso de disputas la tendría el emperador; por último, frente a ese aspecto externo de la Iglesia, estaría la esfera que contiene la médula de la Iglesia: los dogmas, sacramentos y demás asuntos doctrinarios, en los que, a pesar de los intentos de algunos emperadores, prevaleció siempre finalmente la opinión de los miembros de la Iglesia¹⁰⁶⁷.

Según este autor, Occidente nunca ha entendido del todo bien el reparto de atribuciones que corresponde al soberano bizantino en esta división, por lo que las analiza detenidamente para arrojar luz al respecto. En lo tocante a esa segunda esfera, pues, la del funcionamiento “externo”, el emperador podía elegir al Patriarca Ecuménico de Constantinopla, en teoría a partir de una lista de candidatos que proponía el propio Sínodo, el cual debía refrendarlo, o bien a otro candidato que propusiera el propio emperador¹⁰⁶⁸. Podía también destituirlo en la práctica, ya que, de nuevo en teoría, debería ser aceptado por

¹⁰⁶⁷ Como ejemplo, *vide* el mencionado artículo de AFINOGENOV, D., sobre la actitud de los patriarcas de ese periodo frente a los intentos de los emperadores por invadir terrenos considerados plenamente de esa tercera esfera. Incluso las cesiones en el aspecto administrativo de la Iglesia (aceptación de nombramientos poco canónicos, p. ej.), se hicieron solo por economía, para evitar daños mayores a la Iglesia, como hizo el patriarca Tarasio en el sínodo de 809. Pero señala el autor (Parte I, p. 61) que esto, lejos de servir a los intereses de una *Kaiseridee* (sic), era más bien un modo de esquivar un enfrentamiento con el emperador, ya que se dejaba bien claro que la responsabilidad era toda de este, y luego podía alegarse haber actuado por economía frente a una actitud impositiva del monarca, quedando la Iglesia libre de culpa. Ahora bien, el argumento de la economía sólo es aplicable en aquellos casos en que los principios de la Ortodoxia (o sea, de la esfera última o núcleo de la Iglesia) no estén en peligro: allí es inadmisibles la intromisión del emperador.

¹⁰⁶⁸ Sobre este asunto, ver también DAGRON, G., *op. cit.*, p. 363 y ss, en especial, 367, sobre el proceso de nombramiento de patriarca por parte del emperador.

el Sínodo, pero a lo largo de la Historia de Bizancio vemos ejemplos en los que ha prevalecido la voluntad imperial frente a la oposición del clero, como en el nombramiento de Focio por Miguel III / Bardas.

Otro importante privilegio exclusivo del emperador es el de convocar sínodos ecuménicos, algo instituido por Constantino el Grande. Más relevancia aún tiene el hecho de que no se considerase válido el sínodo si las actas no llevaban la firma del emperador, con lo que pasaban a formar parte del derecho público del Imperio, pero no por ello podía derogarlas sin más, como sucedía con el resto de las leyes: en asuntos religiosos no relacionados con aspectos administrativos, le resultaba francamente difícil superar la oposición del clero, si esta se producía, o del propio pueblo para imponer su voluntad (por ejemplo, el famoso asunto de la *tetragamia* de León VI¹⁰⁶⁹).

Sin duda, algo que apoya la teoría del cesaropapismo en Bizancio es el conjunto de privilegios litúrgicos, como se suelen denominar, que ostentaban los emperadores a pesar de ser, como su nombre indica, exclusivos de las jerarquías eclesiásticas. Entre ellos está la posibilidad de acceder al presbiterio (es decir, la zona del altar mayor, separada de los fieles por el iconostasio en el rito ortodoxo, y cerrada en determinados momentos de la liturgia, como el de la consagración), dirigir un sermón, bendecir al pueblo con el candelabro de tres brazos que simboliza la Santa Trinidad (algo propio de los obispos) o tomar la comunión –el pan y el vino– con sus propias manos, sin la mediación del sacerdote¹⁰⁷⁰. Ahora bien, no le estaba permitido consagrar: la conversión de las especies en cuerpo y sangre de Cristo era potestad reservada al clero.

¹⁰⁶⁹ Cf. apartado II. 1 de la primera parte.

¹⁰⁷⁰ Cf. DAGRON, G., *op. cit.*, p. 330 y ss., donde comenta el ceremonial de coronación y vuelve sobre la idea de que normalmente comulgaba al otro lado de la barrera de cancel, salvo durante esta ceremonia, en que le estaba permitido acceder al presbiterio; recibía el pan directamente del patriarca y bebía del cáliz de éste, al igual que los diáconos. Señala que este privilegio se derivaba del hecho de ser el ungido de Dios, lo que le confería el título de defensor de la Iglesia. *Vide infra* en este mismo apartado.

El privilegio más significativo es el de ser ungido en la ceremonia de coronación¹⁰⁷¹, algo que nunca se hizo con el patriarca en el momento de su nombramiento¹⁰⁷², y que se incorporó de manera tardía a dicha ceremonia. El concepto de unción entronca con la idea antes señalada de la equiparación con David, el rey fundamental en la Biblia antes del Rey de reyes, que fue ungido por el profeta Samuel. El crisma es el sello, la garantía que refrenda la voluntad divina en esa elección de manera indeleble (salvo que el ungido se aparte por alguna razón de esa voluntad), y su existencia es independiente de que se imponga de manera material al soberano en su coronación. Su importancia en la concepción bizantina de la realeza es capital, y es algo sobre lo que volveremos al hablar del estudio de Dagron.

Para algunos autores¹⁰⁷³, la ceremonia de la unción material se importó del Imperio latino de Constantinopla, con lo que sería Teodoro I Láscaris el primer emperador en ser ungido; pero otros investigadores señalan a Basilio I como el iniciador de esta tradición. Bréhier¹⁰⁷⁴ subraya que a pesar de encontrar muchas referencias al concepto de ungido antes del siglo XII, no hay testimonios directos de unción en el momento de la coronación con anterioridad a esa fecha, y ni siquiera Constantino Porfirogeneta lo recoge en el

¹⁰⁷¹ Sobre esta ceremonia vide BRÉHIER, L., *Instituciones*, pp. 11-14.

¹⁰⁷² DAGRON, G., *op. cit.*, p. 187, recuerda que algunos clérigos bizantinos consideraban que en el caso de los obispos la unción confería carismas, como la santidad, mientras que con los emperadores era algo simbólico. La santidad imperial que atestiguaba el término ἅγιος era, en opinión de este autor, de carácter veterotestamentario, es decir similar a la que recibían los soberanos bíblicos con la unción, y no la santidad evangélica o cristiana, fuera de cuyo ámbito se hallaban. Sin embargo, para BRÉHIER, (*Instituciones* p. 12), la unción conlleva los mismos carismas que reciben los sacerdotes, algo que intentó argumentar Balsamón. No parece, pues, que estuviesen delimitadas con claridad estas atribuciones en Bizancio, o al menos, no de igual modo durante toda su existencia. A estos temas se volverá más adelante en este apartado.

¹⁰⁷³ ΓΙΑΝΝΑΚΟΠΟΥΛΟΣ, K. I., *op. cit.*, p. 115, con referencias bibliográficas. DAGRON, G., *op. cit.*, pp. 325-326, plantea que quizá la situación excepcional en Nicea llevó a una búsqueda de la presencia material de la unción divina. Tal vez con ello se intentaba dar lo que se consideraba un justo relieve a la unción del verdadero elegido, frente a la pretenciosa usurpación que de su sede en Constantinopla habían hecho los latinos. Como quiera que fuese, a partir de entonces se incluyó en el ceremonial.

¹⁰⁷⁴ BRÉHIER, L., *Instituciones, op. cit.*, p. 12 y nota 71, con bibliografía al respecto.

De cerimoniis o la *Vita*, donde sería más que esperable que apareciese un dato así. Su intensa labor propagandística en este sentido y la profusión del término *ungido* para referirse a su abuelo Basilio no implica, a la luz de los datos de que disponemos, que fuese real, es decir, material, como parte de la coronación. Por ello, parece más verosímil la teoría que apunta a una adaptación de una costumbre occidental a la corte de Bizancio.

En todo caso, este privilegio podía verse limitado por la voluntad del patriarca, que podía negarse a coronarlo por dudar de la ortodoxia de su fe (a partir de las controversias monofisitas del siglo VI se hizo obligatoria la profesión de fe del emperador en la coronación¹⁰⁷⁵), o por algún impedimento de carácter ético, sin que todo esto suponga que el patriarca pudiese elegir al emperador que desease. El papel del patriarca en la ceremonia sería el del segundo cargo en importancia dentro del Imperio, pero en el momento de la unción con el crisma su función es fundamentalmente religiosa.

A pesar de todo, para Γιαννακόπουλος¹⁰⁷⁶ estos privilegios no le conferían el rango de sacerdote, pues no podía celebrar ninguno de los Sacramentos; es cierto que le otorgaban un puesto superior al de cualquier seglar, y con un revestimiento cuasi sacerdotal, pero en última instancia, el emperador siempre siguió siendo un seglar¹⁰⁷⁷. En opinión de este autor, es precisamente en esta esfera interna de la Iglesia, la que atañe a las verdades reveladas de la fe, sus misterios y sacramentos, las cuestiones de dogma, donde el emperador tenía más limitaciones. En el análisis que realiza sobre este

¹⁰⁷⁵ Vide apartado III. 2. 1 de esta segunda parte. Cf. AFINOGENOV, D., "Part II", pp. 46-47, sobre las reticencias de León V ante este juramento: de un lado consideraba que no podía ser un requisito obligatorio para quien ya había sido proclamado emperador de hecho; por otra parte, era un indicio de sus intenciones de contrarrestar el creciente poder patriarcal y evitar en lo posible que fuese una fuente de influencia política.

¹⁰⁷⁶ ΓΙΑΝΝΑΚΟΠΟΥΛΟΣ, K. I., *op. cit.*, p. 117. Vide también nota 55 en la misma página, con interesantes aclaraciones.

¹⁰⁷⁷ BRÉHIER, L., *Instituciones*, p. 14, comparte esta opinión: el emperador, como ungido de Cristo, ya no es un simple laico, pero tampoco deja de serlo, a pesar de los privilegios litúrgicos que se le conceden.

asunto, concluye que los intentos de modificar temas relacionados con el dogma por parte de emperadores (que los hubo), fueron motivados por necesidades políticas ante un peligro inminente (acercamiento a la Iglesia de Roma ante la amenaza turca, a finales del Imperio, p. ej.) o bien por cuestiones de convencimiento personal (monofisismo, iconoclasia); y que a pesar de encontrar adeptos por el bien que ello podía reportar al Imperio, finalmente siempre fracasaron ante la dura oposición del pueblo, secolar o clerical¹⁰⁷⁸.

En su opinión, no se pueden encontrar casos en que haya triunfado la voluntad personal de un emperador de variar a capricho algún aspecto del dogma sin que existiese alguna presión política grave que amenazara directamente la supervivencia del Imperio. En los casos claros de intentos de imposición (con Justiniano o León III), la violenta reacción del pueblo obligó posteriormente a la celebración de un sínodo. E incluso las tendencias a la unión con Roma de los Paleólogos, dictadas por verdadera necesidad, fracasaron estrepitosamente al chocar contra el muro de la oposición del clero y el pueblo llano, a pesar de que se aducían múltiples ventajas políticas, pues se veía en ello un alejamiento de los verdaderos dogmas y una traición a la ortodoxia.

En estos dos factores, clero y población laica, radica la llamada *conciencia de la Iglesia*¹⁰⁷⁹, que se constituye como la verdadera guardiana de la fe correcta, por encima incluso de los Sínodos ecuménicos, que en teoría son los que refrendan o rechazan variaciones en asuntos de dogma, toda vez que el pueblo luego podía negarse a aceptar sus decisiones, como sucedió con el caso (extremo, ciertamente) del Concilio de Florencia, en 1438, sobre la unión de las Iglesias.

De este modo, no se puede deducir de las fuentes existentes que el emperador tuviese poder para cambiar aspectos de esta esfera: para ello debía

¹⁰⁷⁸ También BRÉHIER, L., *ibidem*, pp. 396-397.

¹⁰⁷⁹ *Ibidem*, p. 126 y nota 76, con interesantes referencias al término.

convocar un sínodo, sobre cuyos miembros indudablemente podía influir, e incluso predisponer o “comprar”; pero si, finalmente, la masa del pueblo no estaba conforme y se rebelaba, todo quedaría en papel mojado. La conclusión final de su estudio es que, a pesar de que el emperador tenía poder absoluto en lo temporal, con la única limitación de dictar normas que se ajustasen a la doctrina cristiana (en teoría); a pesar de tener bajo su control diversos aspectos administrativos de la Iglesia y ciertos privilegios litúrgicos, no podía acceder al núcleo de la institución puesto que no tenía potestad para celebrar los Misterios (consagrar, por ejemplo, u ordenar sacerdotes) ni cambiar de manera unilateral el dogma establecido.

No se podría hablar, pues, de emperador-sacerdote, ni de autoridad plena sobre la Iglesia, por lo que el término “cesaropapismo” debería abandonarse para referirse al emperador bizantino, y buscar otro que recoja la compleja y peculiar relación que existía entre el *regnum* y el *sacerdotium* en el Imperio de Oriente, no comparable a sus equivalentes en el mundo occidental.

Volvamos ahora al estudio de Dagrón y su particular enfoque: la cuestión de fondo de este asunto en Bizancio es la confrontación que surge entre elementos del Antiguo Testamento, donde la realeza tiene un carácter sacerdotal, importados a la institución imperial, y el cristianismo neotestamentario de la Iglesia, donde los papeles estarían repartidos en función de aquel evangélico “al César lo que es de César¹⁰⁸⁰”. En este nuevo mundo cristiano que veíamos como cuenta atrás, como tiempo de Gracia tras la venida de Cristo, donde el emperador lleva la nave del Imperio hacia la consumación de los tiempos, la imagen del pueblo elegido y sus dirigentes como predecesores del *basileus* cristiano tuvo mucha más influencia que los conceptos de divinidad de los emperadores romanos tardíos o los soberanos helenísticos.

¹⁰⁸⁰ Ἀπόδοτε οὖν τὰ Καίσαρος Καίσαρι καὶ τὰ τοῦ Θεοῦ τῷ Θεῷ, Mt 22, 21; Mc 12, 17; Lc 20, 25.

El problema radica en el carácter sacerdotal de estos reyes veterotestamentarios y la imposibilidad de llevar este modelo a la práctica en el ámbito cristiano del Imperio. Por ello, concluye Dagron, habrá una constante retórica del “como si”, pero nunca se llega a definir los límites de esta sacralidad del emperador. Sólo en los casos graves en que la Iglesia consideraba que se excedían estos límites, indefinidos y a la vez indefinibles, intervenía para poner las cosas en su sitio. Por todo esto, desde nuestra perspectiva será siempre un problema sin solución, porque es imposible desentrañar el complicado ovillo de esta relación, y discernir hasta qué punto era o no el emperador rey y sacerdote.

En el estudio que realiza sobre distintas ceremonias en las que participa el emperador, incluida la coronación¹⁰⁸¹, extrae varias conclusiones del papel del soberano y el patriarca. Por una parte, que el traspaso de poder de Dios al emperador se producía sin necesidad de la participación del máximo representante de la Iglesia, y de hecho, la ceremonia de coronación por parte del patriarca, algo cuyo inicio es difícil fechar¹⁰⁸², no nos consta en las fuentes antes del siglo V. De estas se deduce que su papel en ella en los siglos V-VI es el de un alto funcionario del Estado que intercede ante Dios para que derrame su gracia sobre el nuevo emperador, y constata su bendición. El traspaso de poder, con todo, era directo entre Dios y el emperador, aun sin sacerdote ni ceremonia, y la Iglesia no tenía nada que decir al respecto. Esta situación se mantuvo al menos hasta finales del siglo XII, cuando se establece la unción a que hacíamos referencia anteriormente, como prueba de la elección divina, y deja de considerarse que Dios entrega el poder sin mediación alguna, tal vez por influencia de Occidente.

Pero el papel de la Iglesia en la coronación fue haciéndose cada vez más importante por la sacralidad que imponía al acto, sobre todo tras las crisis

¹⁰⁸¹ DAGRON, G., *op. cit.*, capítulo II, pp. 79-113, dedicado a este aspecto.

¹⁰⁸² Cf. *infra*, apartado III. 2. 1.

iconoclastas, cuando se exigió la profesión de fe por escrito; porque recordaba además al emperador la necesidad de poner límites al poder absoluto que Dios le había otorgado. La presencia del patriarca era una especie de garantía de los juramentos que se hacían ante la cruz, cuya violación sería aún más terrible por eso mismo, de llegar a suceder. Igualmente, el complicado ceremonial, que no hacía sino confirmar algo que ya era un hecho, exigía que el emperador se despojase de la corona antes de entrar en el templo como gesto de respeto ante Aquel que se la otorgaba en realidad; le recordaba que la corona no era más que un préstamo, en tanto durase su vida terrenal o hasta que abdicase, el día del Juicio, en el propio Jesucristo.

Se podría decir que en realidad tiene lugar un proceso en Bizancio que parte de la unción davídica, por la que Dios, sin intermediario alguno, elige al emperador, hecho que se ve confirmado con su llegada al poder y la aclamación del pueblo; o bien se manifiesta por haber nacido en la púrpura. En los largos siglos de su Historia, la participación de la Iglesia fue adquiriendo más peso a medida que el poder político iba necesitando dar un barniz religioso al cargo como aval, como imagen gráfica o epifanía del vínculo directo entre la voluntad divina y la asignación de la corona a una persona concreta; como prueba irrefutable de su legitimidad. Por ello, tras el conflicto iconoclasta se procuró hacer coincidir las coronaciones y asociaciones al trono con importantes festividades religiosas relacionadas con aspectos muy cercanos a la soberanía divina (Pentecostés, Pascua, Navidad...). El proceso culmina con la necesidad de la unción material con óleo por parte del patriarca, es decir, como la administración de un sacramento, imprescindible para considerarse emperador, algo ya lejos de la unción davídica, que no precisaba de ritual ni intermediario alguno¹⁰⁸³.

Con respecto a otros privilegios litúrgicos ya señalados, tras estudiar los complejos rituales que envolvían la presencia del emperador en las ceremonias

¹⁰⁸³ Más adelante en este apartado se vuelve sobre el asunto de la unción material.

religiosas, se puede concluir que en realidad todo es como una gran actuación en la que emperador y patriarca representan dos áreas de poder y sus terrenos quedan bien delimitados: el emperador tenía que esperar que un funcionario religioso, el refrendario, le comunicase el protocolo que iba a seguir la ceremonia; el patriarca le quitaba la corona antes de entrar en el nártex, y aunque el soberano incensaba la cruz, una vez comenzado el oficio su participación en él era siempre por la parte de fuera de la barrera de cancel que separa el presbiterio de los fieles. Incluso en el momento del ósculo de la paz o la comunión, el emperador siempre se mantenía en la parte de fuera, mientras que el patriarca seguía dentro. Al final, el patriarca le devolvía su corona.

Todo ello nos lleva a pensar que el ceremonial indica, con sus barreras, detenciones, cambios de vestuarios, etc., que hemos resumido enormemente aquí, la conciencia que existía de pertenecer a dos ámbitos distintos que debían mantenerse diferenciados: en Palacio, el emperador estaba en su papel de elegido por Cristo, de soberano al estilo del Antiguo Testamento, ungido por Dios y gran sacerdote en ese sentido, con un clero especial para su servicio y reliquias que hacen referencia a ese pasado judío junto a la Cruz de la Victoria constantiniana; se dirigía a la iglesia donde estaba el mismo Cristo representado a través de sus clérigos, donde el poder era Suyo, y la reliquia fundamental era la réplica de la *Vera Cruz* de Jerusalén¹⁰⁸⁴. En este escenario, cada actor es consciente de la magnitud y dimensión de su papel, que en algunas partes es común, como cuando se inclinan en una reverencia para presentar sus respetos ante Cristo, el único rey que reina verdaderamente y está por encima de ambos. Pero en cuanto traspasa la verja del santuario, el patriarca toma las riendas del acto, aunque permita en ciertos momentos la entrada al emperador (nunca en la consagración ni la comunión, como hemos señalado).

¹⁰⁸⁴ Para el análisis completo del ceremonial, cf. DAGRON, G., *op. cit.*, cap. III, pp. 115-152.

Para Dagron¹⁰⁸⁵ la cuestión aquí no es otra que el carácter sacerdotal de la dignidad imperial, y no los límites de sus derechos en la Iglesia o con respecto al patriarca. Es en función de este carácter como participa, “casi” sacerdote o “casi” obispo, en algunas partes de la liturgia; pero deja de serlo al salir del santuario. Señala el autor que el ritual deja muy claro qué lugar ocupa cada uno en la ceremonia, en especial las partes en que están separados por la barrera, siendo uno “el primero entre los clérigos, el otro el primero entre los laicos”. Y es que el ceremonial religioso en Bizancio es más que una descripción de hechos: es como un registro de sucesos pasados que obligaron a poner unos límites en el avance del poder imperial frente al eclesiástico, que son la huella dejada en el rito. Para nosotros resulta a menudo mucho más valioso que un tratado sobre la realeza y sus relaciones con la Iglesia, pues a través de él podemos leer cómo era esa relación y en qué términos.

Por ejemplo, la entrega de la corona al patriarca antes de entrar en sagrado recordaba también al emperador que éste le podía negar el acceso, y que estaba obligado a obedecer, pues tenía la potestad de “atar y desatar”¹⁰⁸⁶. Este hecho marcaba los límites del poder del emperador con respecto al espiritual: el abuso de su poder lo llevaba al sacrilegio y la tiranía, y sólo el arrepentimiento firme le devolvía la legitimidad y la consolidaba. De nuevo era un recordatorio de su condición de soberano en el tiempo del Reino iniciado tras la venida de Cristo, donde ya no cabían los privilegios de soberano y sacerdote de los modelos veterotestamentarios: en el ámbito puramente eclesiástico debía entregarse a los representantes de la Iglesia de Jesucristo.

¹⁰⁸⁵ *Ibidem*, pp. 127-128.

¹⁰⁸⁶ Mt 16, 19: ὁ ἐὰν δήσῃς ἐπὶ τῆς γῆς ἔσται δεδεμένον ἐν τοῖς οὐρανοῖς, καὶ ὁ ἐὰν λύσῃς ἐπὶ τῆς γῆς ἔσται λελυμένον ἐν τοῖς οὐρανοῖς. DAGRON (pp. 131-136) ilustra este concepto con varios ejemplos, del que destacamos el de León VI y la prohibición de entrar a la Gran Iglesia que el patriarca Nicolás el Místico le impuso por el asunto de la tetragamia y por perseverar en su error al casarse con su amante. Sólo tras un visible arrepentimiento se le permitió volver a ella. *Vide* nota siguiente, sobre una posible representación del asunto en Santa Sofía.

Al mismo tiempo, y de manera contradictoria sólo en apariencia, sí era un rey bíblico el modelo de imitación del emperador arrepentido: una vez más David, que tras haber pecado de lujuria con Betsabé (2 S 11), torciendo el camino que Dios le había puesto por delante, sólo recupera el favor divino tras un arrepentimiento profundo y visible. Probablemente esta es la figura que se evoca en un mosaico situado en el nártex de Santa Sofía¹⁰⁸⁷, cuya atribución ha dado mucho que hablar, y que data casi con seguridad de finales del IX o principios del X, es decir, de época macedonia, cuando el modelo davídico es el vehículo perfecto para la propaganda imperial. Lo más significativo, empero, es lo que representa y *dónde* está emplazado: la imagen del emperador que se humilla ante Cristo, que no entra en Su templo sino tras el reconocimiento de su pecado y debilidad, algo que redundaba en un aumento de su carácter de legítimo elegido y ungido, toda vez que es el mismo Dios el que le permite caer en el pecado para luego perdonarlo (o, en su caso, imponer un castigo que le haga reflexionar).

Además, lejos de ser un simple adorno, su situación en el lugar por donde accedía el emperador indica que estaba allí como aviso y ejemplo para

¹⁰⁸⁷ DAGRON, G., *op. cit.*, pp. 141-152, en el capítulo dedicado al emperador arrepentido, trata las posibles atribuciones del mosaico a León VI o su padre Basilio, junto a más datos acerca del significado de esta imagen. Para OIKONOMIDES, N., "Leo VI and the Narthex Mosaic", pp. 170-172, el representado es sin duda León VI, para lo cual aporta argumentos iconográficos, históricos y de otro tipo. Sobre el conflicto que dejó fuera de la Iglesia a León VI *vide* apartado II. 1 de la primera parte. Cf. también JOLIVET-LÉVY, C., *op. cit.*, p. 453, que se inclina más bien por interpretar la imagen con un valor simbólico general, como demostración de la piedad del soberano supremo que pide la intercesión de la Virgen para que Cristo le conceda parte de su sabiduría. OIKONOMIDES, N., *ibidem*, p. 154 y ss., encuentra poco convincentes las explicaciones de este tipo o de corte simbólico, y se inclina por lo que considera una clara imagen de arrepentimiento y humillación ante Cristo. Esa misma imagen como camino exclusivo a la salvación es la propuesta por LIDOV, A., "El emperador bizantino y los iconos taumatúrgicos", *Erytheia* 23 (2002), pp. 77-118, pero no como una representación única y aislada, sino como parte de todo un programa iconográfico en torno a esa idea y a los iconos taumatúrgicos y reliquias en ella representados, verdaderos hitos del recorrido ceremonial que realizaba el emperador en el camino desde Palacio hasta el interior de la iglesia. El artículo hace un detallado análisis de todos los elementos implicados y plantea que dichas representaciones pudieron conformar la base para una tradición iconográfica ampliamente repetida por todo el Imperio desde entonces.

cualquier emperador venidero, lo que suele suceder, como hemos visto, con el ceremonial bizantino, que guarda para el recuerdo y la admonición hitos de su Historia: esta es la medida del poder y legitimidad imperiales; si no renace desde el arrepentimiento, no puede franquear las puertas de la Iglesia, que es lo mismo que decir las del mismo Cielo. Ser el dueño de todo un poder absoluto y sagrado entraña el riesgo de pecar abusando de cualquiera de sus aspectos; sólo la Iglesia puede limitarlo con su poder de atar y desatar, y devolverle la legitimidad en caso de arrepentimiento sincero. Quien tiene entre sus manos un poder tan ilimitado no está libre, con todo, de cometer actos que lo deslegitimen, y ahí interviene la Iglesia, para mostrar esos límites y reconducir su actitud¹⁰⁸⁸. Cuando pensamos en el iniciador de la dinastía macedonia, Basilio I, se entiende que el mosaico pudiera ser colocado allí por iniciativa de alguno de sus miembros¹⁰⁸⁹.

¹⁰⁸⁸ OIKONOMIDES, N., "Leo VI and the Narthex Mosaic", pp. 170-172, concuerda en sus conclusiones con esta idea de que el mosaico indica que la ley de Dios está por encima de cualquier poder; supone un triunfo del patriarca sobre el emperador, representado con la imagen del monarca terreno sometido a las normas del Soberano Celeste, transmitidas por sus representantes (la Iglesia y sus miembros). La inscripción en el libro que sostiene Cristo (Εἰρήνη ὑμῖν. Ἐγὼ εἶμι τὸ φῶς τοῦ κόσμου) aludiría tanto a la paz alcanzada tras el cisma de la tetragamia, como a la idea de Dios como fuente de la ley y del poder. El emplazamiento del mosaico serviría, de igual modo, como aviso y recordatorio a los futuros emperadores. León VI está a la derecha de Cristo, como perdonado y salvo, pero el vacío lugar a la izquierda podría ser ocupado por cualquier emperador que osase transgredir las inviolables normas sagradas que dicta la Iglesia inspirada por el Espíritu Santo. LIDOV, A., *op. cit.*, p. 91, señala cómo la inscripción es una combinación de dos frases del Evangelio de Juan, relacionadas con la idea de la entrada y el acceso / camino a la salvación. En concreto, la primera parte (Εἰρήνη ὑμῖν) son palabras de Jesús cuando se aparece a los apóstoles tras la resurrección, τῶν θυρῶν κεκλεισμένων (20, 19 y 26); la segunda la constituye un pasaje tras el episodio de la adúltera (8, 12) a la que de modo significativo dice (v. 11): Οὐδὲ ἐγὼ σε κατακρίνω· πορεύου καὶ ἀπὸ νῦν μηκέτι ἁμάρτανε. Subraya asimismo el hecho del emplazamiento sobre unas puertas que la tradición decía estaban hechas con madera del arca de Noé, reliquia fundamental que enlaza la idea bizantina de Cristo como nuevo Noé y la Iglesia como lugar de salvación (pp. 87-88).

¹⁰⁸⁹ Sin embargo, para OIKONOMIDES, N., *ibidem*, p. 171, lo más plausible es considerar que se habría puesto allí en tiempos de Romano Lecapeno, cuando el Concilio de 920 zanja el asunto de manera definitiva. En ese momento, León ya llevaría años desaparecido, y la propia Zoe tampoco viviría, con lo que la sensibilidad de los macedonios no se resentiría tanto, sobre todo, teniendo en cuenta que los planes de Lecapeno incluían sin duda la

Volviendo al ceremonial, analiza también Dagron¹⁰⁹⁰ los textos que hablan de la parte de la liturgia en que el emperador penetraba en el presbiterio, lugar reservado a los sacerdotes, un privilegio que vimos más arriba y que le proporciona un carácter casi sacerdotal, y que de hecho ha servido de base para hablar de emperador sacerdote en Bizancio. En su opinión, en el fondo había una transposición de los modelos bíblicos de Moisés y Aarón al tándem emperador/patriarca, algo frecuente en la retórica de la época¹⁰⁹¹. Su elección no era casual: Moisés representa al gobernante del pueblo elegido, que a la vez es profeta y sacerdote, pero delega sus funciones religiosas en su hermano Aarón, para lo cual entraron juntos al Tabernáculo, donde lo inició e instruyó al respecto¹⁰⁹².

Señala el autor que en el caso bizantino sucede al revés: es el patriarca el que introduce al emperador en el templo, si bien él tiene derecho a hacerlo por su carácter de escogido por Dios, y por estar a la cabeza del pueblo elegido; en teoría podría incluso celebrar una misa, pero aquí es donde finalmente la Iglesia supo poner el límite a este derecho derivado de los modelos veterotestamentarios e imponer el nuevo orden de la Nueva Alianza: en los momentos fundamentales del culto, la barrera del cancel deja claro en qué lado está cada uno; qué le corresponde a cada cual¹⁰⁹³.

creación de una nueva dinastía. Con todo, LIDOV, A., *op. cit.*, p. 112, considera a León como más que probable autor de toda la idea iconográfica en torno a 907, una vez solucionadas las disensiones abiertas con su tetragamia, basándose en su trayectoria teológica o su interés por reliquias e iconos relacionados con el perdón y el arrepentimiento, entre otros.

¹⁰⁹⁰ DAGRON, G., *op. cit.*, p. 137 y ss.

¹⁰⁹¹ JOLIVET-LÉVY, C., *op. cit.*, pp. 462-464, aporta testimonios iconográficos del uso de Moisés y Aarón como modelos de la compenetración entre emperador y patriarca, y la necesaria armonía entre ambos.

¹⁰⁹² Lv 9, 23.

¹⁰⁹³ AFINOGENOV, D., "Part II", pp. 60-61, que al referirse al rito de la Fiesta de la Ortodoxia, en que el emperador comulga al otro lado de la barrera de cancel, señala que para Vogt era un gesto simbólico de penitencia por la actitud imperial ante el conflicto iconoclasta. En su opinión no es una visión desacertada, ya que constituye un modo gráfico, por parte de la Iglesia, de mostrar el poder del patriarca frente a la institución imperial.

Concluye a este respecto, pues, que aunque los emperadores hacían uso de este privilegio (cuando y donde el ceremonial lo permitía), era más bien para dar mayor legitimidad a su cargo y confirmar con ello la elección de que habían sido objeto por parte de Dios. Por su parte, la Iglesia veía claro que el emperador no podía pisar el santuario, pues no era un clérigo; ante el afán de algunos emperadores de avanzar en estos privilegios, de llegar literalmente a ser “divinos”¹⁰⁹⁴ mediante la recuperación de la realeza sacerdotal, se ve obligada a marcar su territorio.

De esta manera, aquello que no aparece escrito en ley alguna se transparenta con claridad en el ritual o en textos de otro tipo (vidas de santos, *exempla*, etc.). En palabras del autor, el ceremonial es un claro recordatorio al emperador: “Eres emperador y sacerdote, pero solo en apariencia y por un tiempo. Eres David *redivivus*, pero según la Ley Antigua ya muerta. Entrás en la iglesia, pero sin corona. Franqueas las Puertas Imperiales que te conducen hasta Dios, pero sólo tras haber pedido perdón a los sacerdotes por tus pecados, que son los únicos en poder atarte o desatarte. Entrás en el santuario, pero sólo para depositar tus donativos, pues no perteneces realmente –o muy poco– al orden sacerdotal”¹⁰⁹⁵.

Vimos más arriba que uno de estos privilegios muy relacionado con el orden sacerdotal es el de la unción, que como algo físico en el momento de la coronación empezó a realizarse de manera muy tardía, pero sobre lo que convendría detenerse algo más. El emperador se consideró siempre el ungido

¹⁰⁹⁴ En efecto, el calificativo *santo* (ἅγιος) para referirse al emperador era lo normal. DAGRON, G., *op. cit.*, pp. 186-187, señala que esto no derivaría de la antigua institución imperial romana, que justificaría el término θεῖος, también empleado, pero en menor medida y con un sentido nada literal, sino de la tradición de los reyes sacerdotes del Antiguo Testamento y de la unción que Dios realiza sobre el emperador cuando lo elige para su misión redentora. Por ello no se puede interpretar ese *santo* en un contexto evangélico, pues la institución imperial se veía en términos veterotestamentarios. Cf. también MENTZOY-MEÏMAPH, K., *op. cit.*, pp. 78-82. Sobre el uso de θεῖος cf. BRÉHIER, L., *Instituciones, op. cit.*, pp. 53-55.

¹⁰⁹⁵DAGRON, G., *op. cit.*, p. 140.

del Señor, o lo que es lo mismo, aquel sobre el cual Dios manifestaba su predilección. La unción podía ser “secreta”, como también lo había sido la de David, un acto íntimo entre la divinidad y su elegido¹⁰⁹⁶, y justificaba los cambios en el trono por encima de cualquier línea sucesoria.

Esta alianza con el ungido presupone la presencia del espíritu de Dios y hace del elegido un hombre nuevo, una pieza fundamental en el proyecto escatológico divino, y de alguna manera lo integra entre los soberanos bíblicos, de quienes son continuadores y que por esta unión directa con la divinidad adquirirían funciones sacerdotales, como mediadores de Su voluntad. Del mismo modo, también los emperadores bizantinos tendrían algunas de estas funciones, y en ello se fundamentaría la idea de los privilegios o derechos episcopales expresada por autores como el ya citado Balsamón¹⁰⁹⁷, que tuvo que hilar fino para conciliar estas atribuciones que un emperador legitimado por la tradición davídica tenía, en un contexto en que era imposible aplicarlas tras el paso de Jesucristo por la tierra, lo que en el fondo impedía la continuación de ese vínculo entre el soberano y la divinidad, a no ser de manera metafórica.

Consideró, pues, que la unción era la base del concepto de poder imperial, y que en realidad no se repetía a título personal con cada nuevo emperador, sino que se había producido directamente entre Dios y la institución imperial, y en ese sentido es en el que recaía en los emperadores que seguían la cadena establecida hasta el Juicio Final, renovando de ese modo Su alianza con cada uno de ellos. Por otra parte, añadió como argumento el hecho

¹⁰⁹⁶ Cf. 1 S, 16, 1-13, en especial, 7: “Pero Yahveh dijo a Samuel: (...) La mirada de Dios no es como la mirada del hombre, pues el hombre mira las apariencias, pero Yahveh mira el corazón”; y 12-13: “Dijo Yahveh: levántate y úngelo, porque este es. Tomó Samuel el cuerno de aceite y lo ungió en medio de sus hermanos. Y a partir de entonces, vino sobre David el espíritu de Yahveh”.

¹⁰⁹⁷ Cf. apartado III. 1. 2. 2. de esta segunda parte; también para Comatianós, citado después.

de que Cristo, el ungido por excelencia, que legitima a cada nuevo emperador ungiéndolo a su vez, fuese considerado obispo de manera metafórica.

La unción, pues, justifica los llamados “carismas episcopales” de los emperadores, que luego recoge el también citado Comatianos en su reflexión sobre la institución imperial como “privilegios episcopales”, que en ambos casos tienen un aire más bien metafórico que otra cosa (es decir, “trasladable” del ámbito veterotestamentario al de la nueva Iglesia de Cristo, donde no tiene cabida plenamente), y en modo alguno implican una equiparación formal de ambas figuras (patriarca / emperador).

Sin embargo, veíamos que al final del Imperio se generaliza la unción con óleo durante la coronación. Es decir, que pasa a convertirse en un sacramento administrado por el patriarca, y señala Dagron que aunque resulte paradójico, ya sólo será simbólica, frente a la unción directa e indeleble que Dios hacía sobre su elegido. Quizá a este paso contribuyó la difícil situación de las cosas tras el desastre de la IV Cruzada, o simplemente influyó el ceremonial de los latinos, ahora tan cercanos, o incluso surgió como reafirmación tangible de la verdadera soberanía sobre el orbe y quién era el depositario de ella.

Como quiera que fuese, lo cierto es que al transformarse en sacramento, implícitamente se reconoce que ha desaparecido el vínculo directo entre Dios y su elegido. El patriarca ya no es un testigo de excepción que reza para atraer las bendiciones divinas o implorar que el espíritu de Dios no se aparte de su ungido siervo: actúa directamente en la puesta en marcha del vínculo, o mejor dicho, rompe el delicado hilo que unía a la institución imperial con la realeza sacerdotal del Antiguo Testamento. El emperador pasa a depender del patriarca, imagen del Espíritu Santo en la Tierra, y su unción es la que le confiere el sello de representante de Cristo, modelo divino que promete seguir fielmente. En palabras del propio Dagron, “la unción había dejado de ser la de

Saúl para convertirse en la de Cristo en el bautismo; el emperador ya no era un Nuevo David sino un imitador de Cristo sometido a la Iglesia”¹⁰⁹⁸.

En realidad, esto nos indica el proceso de cambio que sufrió la institución imperial en los últimos siglos del Imperio. Mientras en Occidente se abre el debate sobre los dos poderes, en Bizancio se produce una reflexión sobre las dos grandes instituciones de la mano de una serie de pensadores de la Iglesia, que buscaban mover las conciencias de los sectores más conservadores de esta más que oponerse al emperador, quien por otra parte, a menudo los apoyó.

Es en este momento cuando encontramos el calificativo del emperador como *epistemonarca*. Tomada del mundo monacal, la palabra se refería, a grandes rasgos, a la persona que velaba por el cumplimiento de las normas del monasterio, sin interferir en la dirección del centro. El emperador tendría esa función dentro de la Iglesia, desde su puesto como laico: procurar que reine el orden en la Iglesia y entre sus representantes, y sancionar sus decisiones. Sin embargo, los Comnenos intentarían una vez más arrogarse atribuciones mayores dentro de la Iglesia en virtud de su condición de epistemonarcas, que de algún modo podían enlazar de nuevo con los antiguos reyes sacerdotes, si bien desde el patriarcado rápidamente se puso freno a este nuevo intento de invasión de su esfera: se recordó al emperador que como tal epistemonarca sus

¹⁰⁹⁸ DAGRON, G., *op. cit.*, pp. 332-333. En torno a la unción y los carismas que proporcionaba (por ejemplo, si borraba los pecados cometidos con anterioridad, igual que sucedía con el bautismo, lo que permitiría perdonar a algunos emperadores que habían cometido asesinato para llegar al trono) hubo ciertamente un debate entre el clero bizantino, en el que no todos estaban de acuerdo con la tesis del perdón. Al respecto ver también pp. 316-333 de la misma obra. Por su parte, BRÉHIER, L., *Instituciones*, pp. 11-14, da por sentado que la unción borraba los pecados y, al igual que sucedía con la unción episcopal, proporciona una forma de santidad por la que el emperador deja de ser un simple laico, y por eso participa de iguales privilegios que los sacerdotes, pero sin matizar, como vimos con G. Dagron, que el ceremonial dejaba claras las áreas de influencia de cada uno, y marcaba que no era en modo alguno sacerdote en el sentido pleno de la palabra. No obstante, L. Bréhier se inclina a pensar que el emperador no perdía su carácter laico y que de los testimonios que tenemos no se puede deducir que el soberano tuviese una potestad sacerdotal propiamente dicha.

funciones son las arriba citadas, pero en modo alguno puede discutir los decretos canónicos, o sea, las decisiones de la Iglesia, pues no está por encima de ella, sino que, al contrario, le debe su formación y su situación.

Este sería, pues, el fin de la evolución de una institución que pasa de la concesión directa de su poder de manos de Dios a ser una especie de obispo en la época de los Comnenos, para finalmente ser casi un laico (eso sí, el primero entre todos los demás) en los últimos días del Imperio.

Otra parte importante de su estudio aborda las distintas figuras imperiales que intentaron de algún modo arrogarse atribuciones divinas o cuasi divinas, bien en una especie de apoteosis (Constantino¹⁰⁹⁹), bien considerando suyos los dos poderes (León III¹¹⁰⁰), o rehaciendo modelos anteriores y buscando algo parecido a la santidad a través de santos protectores que aportasen constantemente legitimidad al cargo (macedonios¹¹⁰¹). Dicho de otro modo, personajes que con sus actitudes provocaron reacciones en las que vemos dónde entraban en conflicto las áreas de los dos poderes.

En efecto, cuando con Constantino la Iglesia pasa a ser oficial y a contar como parte imprescindible del Estado, se tiene que remodelar la figura del emperador en ese sistema en el que hasta entonces existía la citada *adoratio*¹¹⁰² del emperador como Dios. El gran artífice de la adaptación a las coordenadas cristianas será Eusebio de Cesarea, quien reelabora las teorías helenísticas y romanas sobre el gobernante y plantea la providencia divina al organizar el mundo de modo tal que se llegue a una situación histórica dentro de un sistema político estable (*id est*, el mundo romano) para el advenimiento de Cristo. En él, la figura del emperador tiene el papel de elegido de Dios y delegado por él para ejecutar el plan celestial de salvación. Más complicado resultaba delimitar el papel del emperador en su relación con la Iglesia y en

¹⁰⁹⁹ DAGRON, G., *op. cit.*, cap. IV, pp. 155-189.

¹¹⁰⁰ *Ibidem*, cap. V, pp. 191-227.

¹¹⁰¹ *Ibidem*, cap. VI, pp. 229-259.

¹¹⁰² *Vide supra*, apartado III. 1. 2. 2.

esto procuró Eusebio emplear con sutileza la retórica al sugerir, al tiempo que describía a este emperador como modelo de soberano cristiano, su lugar dentro de la institución religiosa.

De este modo, a menudo encontramos la expresión “como si” al ver la actuación de Constantino, que construye su palacio *como si* fuera una iglesia, o se retira a rezar *como si* celebrara la liturgia, por ejemplo. El papel del emperador como sacerdote de un nuevo e incruento rito inaugurado por Cristo, quedaría en el plano metafórico. Asimismo, en los conocidos y muy debatidos pasajes en que lo califica de obispo, concluye Dagron que en realidad, en una nueva sintaxis del *como si*, su papel entre los demás obispos no sería el de jefe, sino uno más, sin derecho a imponer su opinión; más bien, al contrario, su función sería supervisar el trabajo de los demás, y especialmente velar por los súbditos del Imperio y convertir a quienes aún no eran cristianos.

En el fondo, es el primer enfrentamiento entre las dos tesis que planteábamos al principio de este análisis del estudio de Dagron: la idea de la elección divina implicaba en el emperador una misión ligada a una especie de sacerdocio, en consonancia con sus paralelos bíblicos, que en la práctica entraba abiertamente en conflicto con una Iglesia existente, donde era imposible aplicar esos parámetros. Era –y es—un problema sin solución, y por ello se evitaba tratarlo directamente, o se pasaba de puntillas.

Además, recuerda el autor que la *Vita Constantini*, donde aparecen estos famosos pasajes, se escribió ya en época del sucesor de Constantino, su hijo Constancio II, y resulta más que probable que Eusebio buscara delimitar, bajo esa cobertura retórica, el papel que debía tener el emperador en la Iglesia ahora que ya eran dos instituciones básicas y coexistentes oficialmente en el Imperio: en este nuevo sistema cristiano era algo así como un sacerdote, pero fuera de la Iglesia. En última instancia, estaría sugiriendo al nuevo emperador, y a los que habían de ser sus sucesores, que el cesaropapismo no cabía en esas

coordinadas, paradójicamente lo contrario de lo que se ha visto a menudo en la obra de Eusebio.

No obstante, no quedarían ahí las limitaciones que ponía Eusebio al avance de la institución imperial sobre la religiosa. Cuando aborda la muerte y funerales del emperador, adapta y reutiliza elementos paganos (no en vano era el primer emperador cristiano cuyas exequias se celebraban), pero lo fundamental quizá no resida en este intento de adaptación, sino, de nuevo, en la búsqueda del lugar que pertenecía al soberano también en esto.

El mismo Eusebio nos habla del proyecto de mausoleo que hizo Constantino, los Santos Apóstoles, donde inicialmente había previsto inhumarse en el centro, rodeado de las figuras de estos; es decir, en el lugar que debería ocupar Cristo. El tema apostólico era bastante querido por la institución imperial, toda vez que representaba de manera ideal la idea de “misión” encomendada por Jesucristo, y el propio san Pablo había sido considerado “igual a los apóstoles”, e incluso el decimotercer apóstol. Sería una forma de conciliar el culto imperial y el cristiano, como señala Dagron, pero las reacciones que el proyecto produjo en la Iglesia hizo que su sucesor lo replantease y convirtiera en templo dedicado al culto de los apóstoles, mientras que el mausoleo quedaría pegado al edificio.

Probablemente Constantino buscase una forma de inmortalidad, quizá a través de la conmemoración, con los ritos que se celebrasen allí; tal vez seguía ligado a la idea pagana de honrar a un emperador fallecido como si siguiese vivo, o era un modo de llevar al extremo la idea de imitación de Cristo. En todo caso, lo que sí parece evidente es que la adopción de ese papel no gustó nada, y aunque se siguió considerando como apostólica la función de cada emperador, se procuró a partir de entonces evitar las implicaciones que el término *ισαπόστολος* podía traer: de nuevo, como elegido de Dios se le podía reconocer un cierto carácter sacerdotal, pero esto no le suponía un papel predominante en la Iglesia. Todo quedaba en el plano retórico / metafórico.

Finalmente, al analizar la cuestión de la santidad de Constantino, Dagron concluye que en el fondo fue un modo de evitar que pasase a ser un modelo de emperador cristiano. Es decir, al elevarlo a la calidad de santo se evitaba caer en un culto imperial dentro de unas coordenadas religiosas que lo impedían a todas luces; por otra parte, quedaba limitada para sus sucesores la función del soberano. Era modelo en tanto que era santo, pero era precisamente esa santidad la que justificaba algunas de sus acciones; luego los posteriores soberanos no podrían aspirar a llegar a algunos límites a donde se acercó Constantino, ni mucho menos a traspasarlos.

Y será precisamente la leyenda surgida en torno a este emperador la que da pie a la cuestión de lo que desde el punto de vista occidental enseguida se vio como cesaropapismo, si bien en Oriente planteaba básicamente vías de exploración de la institución imperial a las que la Iglesia imponía sus límites. O sea, hasta dónde podía el emperador ejercer sus funciones de sacerdote al estilo de los soberanos bíblicos con los que entroncaban, en unas coordenadas eclesiásticas basadas en el Nuevo Testamento, que abolía muchas de esas funciones.

Pero sin duda fue con León III, el *heresiarca*, cuando se retomó con fuerza la cuestión del posible cesaropapismo, con la reivindicación que recogían las palabras del propio emperador en su correspondencia con el papa Gregorio III, en plena efervescencia iconoclasta: “Soy emperador y sacerdote”¹¹⁰³. El problema de la iconoclasia es demasiado complejo para entrar en su análisis en los limitados márgenes de este trabajo, pero la afirmación del emperador y la fuerte reacción que produjo, sobre todo en Roma, nos indica que se había puesto el dedo en la llaga en lo que a la cuestión de los dos poderes se refiere. Es decir, que de un lado un emperador osaba decir de

¹¹⁰³ Sobre el contexto en que se produjo esta afirmación, el fondo y desarrollo de la polémica con Roma, vide DAGRON, G., *op. cit.* p. 191 y ss.

manera abierta y cruda lo que probablemente habían pensado sus antecesores en el cargo, en línea con su herencia davídica; de otro, es la Iglesia de Occidente, en ese momento modelo de poder eclesiástico independiente (en apariencia), y lo suficientemente alejada (y no nos referimos sólo al espacio físico) de Constantinopla, la tribuna ideal para recordar al emperador que no era más que un laico y que sólo los obispos podían decidir sobre los dogmas y, en definitiva, regir la Iglesia.

En el fondo, volvemos a ver los distintos caminos que han seguido los dos mundos, Oriente y Occidente, y todo esto no sería más que una nueva manifestación de este fenómeno. Lo que en una parte de la cristiandad se concebía como áreas disociadas (poder terrenal / poder espiritual), en Oriente no terminaba de hallar justificación para verse separado, por el contradictorio carácter que envolvía a un emperador delegado por Dios, con las atribuciones de los soberanos bíblicos, en un entorno neotestamentario que lo impedía. Desde la perspectiva occidental, la existencia de una realeza sacerdotal sólo tenía cabida antes de la venida de Cristo; con la Encarnación es Él quien adopta ese papel, y el único que posee el sacerdocio eterno.

El emperador cristiano no podía legitimarse en función de modelos bíblicos, sino comprender que parte de sus funciones (lo tocante al poder espiritual) había sido asignada por Cristo a los representantes de Su Iglesia, ante quienes debía comportarse con humildad y sumisión, para no caer en la herejía, ser sospechoso de seguir ligado al paganismo o, lo que era peor, de ser el esperado Anticristo. Por su parte, en Oriente por aquella época también se replanteó la imagen constantiniana del poder imperial, y las sucesivas herejías, que culminan con la iconoclasia, muestran ese movimiento interno. En realidad era un juicio al concepto de poder imperial que había encontrado un modelo ideal que identificaba la realeza sacerdotal: el bíblico Melquisedec¹¹⁰⁴.

¹¹⁰⁴ Para el detallado estudio sobre esta figura y su presencia en la literatura exegética bizantina, *vide* DAGRON, G., *op. cit.*, p. 209 y ss.

Se trata de un personaje que aparece apenas un par de veces en el Antiguo Testamento¹¹⁰⁵, pero que permitía diversas y ricas lecturas: era rey de Salem, que significa “paz”; su propio nombre, “Mi rey es justicia”. En su reducido papel en la escena bíblica aparece como sacerdote, sin ser judío, e intermediario entre el pueblo elegido y Yahvé, al que ofrece pan y vino; y el propio Abraham le ofrece el diezmo de todo, lo que equivale a decir que se considera por debajo de él. El cristianismo enseguida leyó el texto en clave propia, considerando que prefiguraba el sacerdocio de Cristo, el cual no descendía de la tribu de Leví, aquella autorizada por Moisés para ejercer esa labor; o bien que la elección de Dios sobre un incircunciso anunciaba que el pueblo cristiano prevalecería sobre el judío; que la ofrenda del pan y el vino eran el anuncio de la eucaristía. Se le vio también como modelo de rey justo, tanto que mereció ser sacerdote del único Dios.

En el contexto imperial bizantino, era una figura ideal para representar los valores con los que se sentían identificados aquellos soberanos, y permitía además reivindicar sus derechos sacerdotales. Como señala Dagron, el soberano de un pueblo de gentiles, a quien pagan su tributo los judíos, que por elección divina abandona el paganismo para servir a la fe de Cristo sólo puede ser símbolo del emperador bizantino; más aún, es él mismo. Su figura además encajaba en el sistema sucesorio del Imperio, pues el texto sagrado decía que no tenía genealogía ni descendencia, y el trono de Bizancio sólo correspondía al elegido de Dios, no podía ser heredado¹¹⁰⁶.

Por otra parte, en el sentido que aquí nos interesa, el sacerdocio “según el orden de Melquisedec”, como decía el salmo 110 (recordemos además que la tradición los atribuye a David), suponía no un oficio, una función, derivada de su pertenencia a una tribu que tenía asignada esa labor, sino un “carácter indeleble, directamente conferido por Dios al “rey justo” para una gran misión

¹¹⁰⁵ Gn, 14, 17-20 y Sal 110 (109).

¹¹⁰⁶ Sobre el sistema sucesorio en Bizancio, *vide infra* apartado III. 2. 2.

histórica. El emperador no era un especialista en asuntos sagrados, un clérigo, pero estaba investido de un sacerdocio superior"¹¹⁰⁷.

Probablemente León III estaba convencido de ese paralelismo con su autoridad imperial, de la procedencia divina de su derecho a dictar leyes y a dirigir a sus súbditos con rectitud, haciendo los cambios pertinentes para ello en distintos ámbitos. Probablemente además no fue una idea descabellada ni producto de una mente autócrata y totalitaria, ni del monstruo que nos ha dibujado la propaganda iconódula posterior, sino que tenía sus bases ideológicas en el pensamiento común de los bizantinos de la época.

Se equivocó, no obstante, al intentar llevar a la práctica lo que quedaba en el plano de la exégesis o la descripción retórica de la institución imperial: reconocerse rey y sacerdote e intentar llevarlo a la práctica, interviniendo en asuntos que concernían a los más íntimos engranajes de la Iglesia y arrogándose el ejercicio de los dos poderes, no podía sino provocar las más airadas reacciones en el clero de Oriente y Occidente. Y si desde Roma llegó con ello el debate de las relaciones entre el poder mundano y el espiritual, en Bizancio y su cultura de imágenes y alegorías, se vio en el primer emperador iconoclasta a un soberano que incurre en lo que los antiguos griegos llamarían *hybris*, arrastrado por sus pasiones, que le llevan a la tiranía, dominado por esa fuerza bruta del hombre de guerra. Es decir, que ha perdido su legitimidad y su carácter de soberano justo.

Todo esto permitió asimilarlo (junto a los demás emperadores iconoclastas) a la figura del Anticristo y al temido fin de los tiempos implícito en toda la ideología que sustentaba al Imperio. Concluye Dagron que desde la iconoclasia la institución imperial pasó a estar siempre en el punto de mira de la Iglesia, siempre sospechosa de albergar en su seno al Anticristo, en la figura de un emperador que de algún modo se mantenía en el paganismo al querer seguir siendo pontífice, esto es, emperador y sacerdote. No se cuestionaba el

¹¹⁰⁷ DAGRON, G., *op. cit.*, pp. 215-216.

carácter “casi” sacerdotal del emperador, pero intentar aplicarlo equivalía a perder la legitimidad.

Los macedonios afrontaron la cuestión alineándose con la iglesia ortodoxa y sus principios, recuperando (incorporando, más bien) el papel del soberano davídico, cuya sombra se proyectaría sobre su descendencia, como en el caso de David¹¹⁰⁸, y legitimando la elección divina sobre el inaugurador de la dinastía, Basilio, con la presencia de santos protectores en todos los ámbitos de la institución imperial, además de buscar un halo de santidad en algunos miembros de la familia, que contribuirían a confirmar, una vez más, la divina providencia en el advenimiento del primer macedonio al trono de Bizancio.

Y esto lo hicieron no sólo porque buscaran interesadamente justificar algo que a todas luces resulta execrable, sino que en parte (sólo en parte) venía dictado por las coordenadas de su mundo, donde hasta el crimen podía hallar justificación en el plan de economía divina: las cosas han venido así, luego es voluntad del cielo. Pensemos que en aquella época muchos se bautizaban cuando estaban a punto de morir, porque eso borraba todos los pecados anteriores. Hemos de ver en ello, pues, una doble función: de justificación y propaganda de la nueva dinastía, por un lado; de convencimiento personal (en un grado que quizá desconocemos) de ser el último eslabón de los planes divinos, por otro¹¹⁰⁹.

¹¹⁰⁸ *Vide* apartado III. 1. 2. 2. a) de esta segunda parte.

¹¹⁰⁹ A este respecto, DAGRON, G., *op. cit.*, pp. 235-236, recoge lo mucho que interesaba a Basilio la figura de la realeza davídica como modelo, y cita pasajes de Focio donde responde a ciertas preguntas de exégesis sobre Salomón, detalles de la unción de David o la actitud de su pueblo en la coronación. *Vide* también nota 29 de la misma obra. De todo ello deduce que la figura del bíblico rey y los salmos compuestos por él, así como la sabiduría de su hijo, eran temas de constante reflexión para el primer macedonio. Cf. también MAGDALINO, P., “Observations on the Nea Ekklesia of Basil I”, *JÖB* 37 (1987), pp. 51-64, aquí p. 58 y nota 41.

Entre estos protectores arriba citados destacan los santos Arcángeles, y sobre todo, Elías¹¹¹⁰. Dagrón¹¹¹¹ hace un estudio detallado de la presencia de estos patronos celestiales en diversas manifestaciones (artísticas, ceremoniales, etc.) y de las posibles causas de esta elección. Elías es sin duda un profeta de advenimiento, como dice el autor, y su ascenso a los cielos en su carro de fuego parecía prometer un futuro similar para el emperador. Añadamos nosotros que tuvo que enfrentarse a los dirigentes de Israel que habían dejado el culto de Yahvé para seguir a Baal¹¹¹², destruyendo incluso un altar de Dios¹¹¹³, y este papel de azote de idólatras nos evoca la situación en que (supuestamente) se encontraba Miguel III a final de su reinado. De algún modo se introduce la figura de Elías como profeta del funesto, pero necesario, fin que va a tener el soberano descarriado¹¹¹⁴.

Por otra parte, la figura de los arcángeles se presta a múltiples lecturas. Como señala el autor, Miguel es el dirigente de las escuadras angélicas, un cargo militar y celestial a la vez, que podía legitimar el traspaso de poder a la persona de Basilio; también es el enviado divino para castigar e impartir justicia. Es posible incluso que viera en ello una forma de restaurar de algún

¹¹¹⁰ Cf. el artículo de MAGDALINO, P., "Basil I, Leo VI and the Feast of the Prophet Elijah", *JÖB* 38 (1988), pp. 193-196. *Vide* también siguiente nota.

¹¹¹¹ DAGRON, G., *op. cit.*, p. 229 y ss. Sobre la iconografía empleada por los macedonios como medio de propaganda, *vide* JOLIVET-LÉVY, C., *op. cit.*, pp. 446-447, acerca del uso de las figuras de Elías y los arcángeles Miguel y Gabriel por parte de Basilio I y sus hijos. MAGDALINO, P., "Bath of Leo the Wise", p. 109, relaciona el uso de la figura alegórica del grifo por parte de León VI en una construcción palaciega con Elías y su significado como símbolo de apoteosis y poder (sol, fuego); sugiere que es un modo de representar que el emperador está por encima de los mortales y posee una comunicación especial con la divinidad, aspectos que estarían en sintonía con la visión que Basilio había tenido de este personaje. Por otra parte, su representación como alguien que exhala fuego lo pondría, según Magdalino, en relación directa con la escena de Pentecostés y la transmisión del Espíritu Santo, un tema desarrollado por León en varias homilías. Para la presencia de Elías en la *Vita*, *vide infra*, apartado III. 5. 4.

¹¹¹² 1 R, 17, 1 y ss.

¹¹¹³ *Ibidem*, 18, 30.

¹¹¹⁴ JOLIVET-LÉVY, C., *op. cit.*, p. 451, señala un caso único de una miniatura en la que aparece Elías entregándole el *labarum*, o lo que es lo mismo, el poder legítimo, a Basilio, al relacionarlo con Constantino el Grande y su enseña, con la cual la victoria está garantizada por el mismo Dios. Sobre este tema volveremos algo más adelante.

modo el nombre del que había sido su predecesor y protector, conjurando de paso la venganza divina al ponerse bajo la tutela de su santo patrón¹¹¹⁵.

En el caso de Gabriel, es ni más ni menos que el mensajero de Dios, el que anuncia la llegada del Mesías, lo que muy bien podría extenderse a la llegada del nuevo elegido por la providencia, en su economía, para continuar la labor iniciada por Cristo. Añadamos a todo esto la importancia que tendría la relación con los arcángeles y los santos, en especial con aquellos asociados a cuestiones de la Revelación, en unos emperadores convencidos de su misión en los últimos tiempos, como hemos sugerido ya.

Pero sin duda el papel que adoptará el nuevo soberano es el de David, de tal manera que no sólo aparece en todo lo que rodea su reinado, sino que sus descendientes continuarán el modelo, cuyo máximo exponente es, sin duda, la *Vita*. Como ya hemos señalado en otro lugar¹¹¹⁶, Constantino VII desarrolla la biografía de su abuelo siguiendo muy de cerca la estructura del relato bíblico, algo que estudiaremos de manera más detallada cuando analicemos la obra.

Tampoco olvida entroncar a la nueva dinastía con la figura de Constantino el Grande, que sería un ilustre antepasado de la madre de Basilio. Con ello consolidaba la presencia de otro de los modelos del primer macedonio: recuerda Dagron que la campaña de conversión al cristianismo de

¹¹¹⁵ Sobre estas teorías vide DAGRON, G., *op. cit.* p. 234, y en especial nota 27. Para MAGDALINO, P., con todo ("*Nea Ekklesia*", p. 56 y nota 26), Basilio se habría sentido más ligado al arcángel Gabriel, que aparece representado coronándolo en la miniatura de la nota anterior. Su hijo, León, en cambio, habría reforzado el culto al arcángel Miguel, e incluso sustituido al anterior como advocación propia de la Nueva iglesia o *Nea* de la que hablaremos a continuación. Cf. MENTZOY-MEÏMAPH, K., *op. cit.*, pp. 77-78, sobre esta imagen del lábaro.

¹¹¹⁶ Vide apartado II. 2 de la primera parte. Cf. PÉREZ MENA, R. y MORENO SÁNCHEZ, A. I., *op. cit.* También MARKOPOULOS, A., trata la identificación entre David y Basilio en el ya mencionado trabajo "*Constantine the Great in Macedonian Historiography*", pp. 160-162, donde resalta el papel de Focio en la difusión de este modelo propagandístico del nuevo emperador. No obstante, no deja de ser una línea tradicional en el pensamiento bizantino, si bien en el posterior apartado sobre la ideología de los macedonios habremos de referirnos a las peculiaridades de presentación y reelaboración de este modelo.

los judíos, llevada a cabo durante su reinado, se inspiraba en la visión inaugurada por Constantino del soberano elegido que unifica a los dos pueblos elegidos¹¹¹⁷, el de la Antigua y la nueva Alianza, como preludeo del fin de los tiempos, y que presupone un emperador davídico, o sea, con una función sacerdotal.

Probablemente en ello está el origen de la protesta de su contemporáneo y teólogo Gregorio Asbestos, por lo que era no tanto una cuestión de política religiosa como del eterno problema del supuesto papel “sacerdotal” del emperador y los derechos que ese carácter le concedía. Analiza el autor además cómo supieron los macedonios relanzar el culto al emperador santo, algo venido a menos con la iconoclasia, arrogándose de algún modo la pervivencia de su prestigio, que seguiría brillando en su propia dinastía¹¹¹⁸.

Todo esto muestra que la dinastía inaugurada por Basilio se concebía (o intentaba hacer creer a los demás que era así) en un papel claramente dictado por la voluntad divina y dentro de unas coordenadas de soberanía veterotestamentaria. Al mismo tiempo, buscó constantemente pruebas de esta celestial aquiescencia en modelos de santidad cercanos a la familia, como el caso de Teófano, que había sido esposa de León VI, o Constantino, el

¹¹¹⁷ Vide apartado III. 1. 2. 2. d) de esta segunda parte y III. V. 8, donde se analiza esta idea en la *Vita*. Cf. JOLIVET-LÉVY, C., *op. cit.*, pp. 458-460, sobre las imágenes que representan al emperador como heredero de la misión apostólica emprendida por Constantino el Grande, en un momento de gran actividad misionera por parte de los macedonios, como un nuevo ejemplo de propaganda imperial a través de las manifestaciones artísticas.

¹¹¹⁸ JOLIVET-LÉVY, C., *op. cit.*, pp. 456-460, analiza el reflejo iconográfico de este retorno a la figura de Constantino el Grande en el arte de época macedonia, inaugurado (en los testimonios que nos han llegado) con una representación de Basilio, recordemos, recibiendo el *labarum* de manos de Elías, en un códice lleno de miniaturas con la historia constantiniana como tema central, y la imagen de santa Elena en referencia a la emperatriz Eudocia, a la que se aclama como “nueva Elena”. Cf. AHRWEILER, H., *op. cit.*, p. 57, sobre el interés del Porfirogeneta por asociar a Constantino el Grande con Bizancio y su grandeza. Esto entraba en el plan de aprovechamiento de la *Donatio*.

primogénito de Basilio, fallecido prematuramente, aunque este último intento no prosperó¹¹¹⁹.

Estaba además el culto a los diversos santos protectores que habían marcado hitos en la vida de cada miembro de la dinastía (por ejemplo, para León VI san Demetrio, que le había anunciado su próxima liberación, tras el conflicto habido con su padre¹¹²⁰, y que se habría hecho efectiva precisamente en la festividad de Elías¹¹²¹; o san Gregorio Nacianceno para el Porfirogeneta, con cuya intervención habría recuperado su derecho al trono, después de años a la sombra de Lecapeno), que poco a poco se iban incorporando a una especie de culto dinástico.

Resulta especialmente interesante, en el análisis que realiza el autor de cómo se incorporan al ceremonial distintas celebraciones de santos que quedan ligados a la dinastía, y las construcciones religiosas, que tanto preocuparon a los macedonios, la oposición entre dos construcciones que constituyen el núcleo del ceremonial religioso de los macedonios: la iglesia de la Theotokos del Faro y la Nueva Iglesia (o *Nea*)¹¹²². Se ha señalado¹¹²³ que la primera custodiaba en su interior numerosas reliquias ligadas a la vida y pasión de Cristo, incluido el santo Mandilion traído de Edesa ya en tiempos del Porfirogeneta¹¹²⁴.

¹¹¹⁹ Sobre los intentos, por parte de Basilio y Focio, de llevar a los altares a su primogénito fallecido, y otros casos entre los macedonios, *vide* MENTZOY-MEÏMAPH, K., *op. cit.*, pp. 82-88.

¹¹²⁰ TOUGHER, SH., *op. cit.*, p. 59, que señala la *Vida de santa Teófano*, redactada bajo el reinado de León, como fuente.

¹¹²¹ MAGDALINO, P., "Feast of the Prophet Elijah", p. 194, trata la versión del milagroso suceso recogida igualmente en la *Vida de santa Teófano*.

¹¹²² Cf. el ya mencionado estudio al respecto realizado por MAGDALINO, P., "Nea Ekklesia".

¹¹²³ *Ibidem*, pp. 58-59. *Vide* también DAGRON, G., *op. cit.*, pp. 247-248, que cita otro artículo de MAGDALINO, P., "Saint Demetrios and Leo VI", *ByzantinoSlavica*, 51 (1990), pp. 198-201. Señala además la diferente localización y función dentro de Palacio.

¹¹²⁴ JENKINS, R. J. H.; MANGO, C., "The Date and Significance of the Tenth Homily of Photius", *DOP* 9/10 (1956) pp. 124-140, aquí pp. 135-136.

Además, estaba muy ligada a su predecesor, Miguel III¹¹²⁵, por lo que la construcción de la *Nea* implicaría un cierto distanciamiento con este y con la iglesia “patriarcal¹¹²⁶”. De hecho, la relevancia concedida de nuevo por el sucesor de Basilio, su hijo León, a la iglesia de la Theotokos del Faro se suele entender como un modo más de apartarse de la línea de su progenitor, por el desagrado mutuo que existió siempre entre ellos, y se ha utilizado, junto a la inmediata rehabilitación de la figura del último amorio llevada a cabo por León en cuanto llegó al trono, como un argumento más para defender que Miguel era su verdadero padre¹¹²⁷.

Por su parte, la llamada *Nea* guardaba reliquias relacionadas con el Antiguo Testamento, entre las que destacan (¿mera coincidencia?) el cuerno que utilizó Samuel para ungir a David, la piel de carnero que dejó Elías a Eliseo al elevarse en su carro, o una de las trompetas de Jericó¹¹²⁸ junto al cuerno del

¹¹²⁵ *Ibidem*, p. 135. y nota 67. Vide también KALAVREZOU, I., “Helping Hands for the Empire: Imperial Ceremonies and the Cult of Relics at the Byzantine Court”, en MAGUIRE, H. (ed.), “Byzantine Court Culture from 829 to 1204”, Washington 1997, pp. 53-99, en concreto, p. 55 y ss.

¹¹²⁶ Sin embargo, como ya vimos, Liutprando (*Antapódosis*, I, 10) sostiene que el propio Jesucristo se apareció a Basilio en sueños recriminándolo por haber dado muerte a Miguel, y que por ello, lleno de gran contrición, decidió construir la *Nea*, que estaría dedicada al arcángel del mismo nombre.

¹¹²⁷ De nuevo, MAGDALINO, P., “Feast of the Prophet Elijah”, p. 196. En su opinión, él habría cambiado el culto inicial al arcángel Gabriel en la *Nea* por el de Miguel, en esa política de alejamiento de ciertas actitudes de Basilio, cuyo máximo exponente habría sido la recuperación de los restos de Miguel para inhumarlos en el mausoleo de Constantino el Grande. Para otros autores, sin embargo, ese fue un gesto que buscaba legitimar su propia dinastía echando tierra sobre el feo asunto de la usurpación, y ello requería devolver al predecesor su estatus de emperador, con unas exequias dignas, entre otras cosas. Muerto Basilio, ya se podía restaurar su nombre y limpiar el de la dinastía macedonia. Cf. VARONA CODESO, P., *Construcción histórica y literaria*, p. 335. También TOUGHER, SH., *op. cit.*, pp. 63-64.

¹¹²⁸ JOLIVET-LÉVY, C., *op. cit.*, p. 465 señala la importancia de la figura de Josué, modelo de adalid triunfante gracias a la ayuda divina, en la iconografía propagandística empleada por los macedonios, por el paralelismo entre la conquista de la Tierra Prometida (narrada en el libro de Josué) y los éxitos en las campañas de Oriente. Cf, Jos 1, 6: “Sé valiente y firme, porque tú vas a dar a este pueblo la posesión del país que juré dar a sus padres” y 8: “No se aparte el libro de esta Ley [de Moisés] de tus labios: medítalo día y noche; así procurarás obrar en todo conforme a lo que en él está escrito y tendrás suerte y éxito en tus empresas”.

carnero de Abraham, que habían de sonar al fin de los tiempos. No faltaba una estatua de Salomón, puesta en los cimientos o en la cripta de la iglesia¹¹²⁹.

Es decir, mientras que una se centraba en el mundo de la Buena Nueva, la otra era claramente veterotestamentaria¹¹³⁰. Su situación, además, en el entorno de Palacio lleva a pensar que la de la Theotokos preparaba espiritualmente antes de acceder al ámbito de los reyes sacerdotes del Antiguo Testamento, cuyos símbolos reposaban en la Nueva, como imagen de un soberano bizantino heredero de David, el ungido, y Salomón, que perpetuaría la previsión divina hasta el momento de la entrega del Reino a Jesús. Añadamos aquí que en la Nueva estarían también todos los atributos y elementos relacionados con el papel del emperador en el momento de la segunda Parusía¹¹³¹.

Su modo de conjugar la contradictoria aplicación de su concepto de realeza, claramente vinculado al Antiguo Testamento, en un contexto ya de la Nueva Alianza, consistía en ligar a la dinastía y a Palacio (físicamente) ciertos cultos, a la vez que mostraban su sumisión a la Iglesia, como pecadores arrepentidos. Convencidos del carácter sacerdotal de su misión como reyes temporales, se cuidaron de mostrarse soberbios como los emperadores iconoclastas: como señala Dagron, conocedores de lo inviable del modelo de Melquisedec, prefieren limitarse a la “gestión de la sacralidad¹¹³²”.

¹¹²⁹ MAGDALINO, P., “*Nea Ekklesia*”, p. 58, y nota 42. Señala el autor que había sido traída de la Basílica frente a Santa Sofía, y aporta un comentario de Glicas acerca de que Justiniano era quien la había puesto allí, y que representaba a Solomón en actitud de haberse visto superado por el emperador ante la construcción de la Nueva Jerusalén. Probablemente, con ello sugiere Magdalino que Basilio podía querer indicar que con él se había dado un nuevo paso adelante, y que su templo sustituía y mejoraba a los anteriores.

¹¹³⁰ *Ibidem*, pp. 57-58.

¹¹³¹ En opinión de MAGDALINO, P., *ibidem*, p. 60, una de las funciones de la *Nea* en esta cuestión sería la de servir de Templo a los judíos que se convertirían por mediación de Basilio, donde cumplirían con el culto a Cristo a través de los que habían sido sus propios reyes, profetas y objetos sagrados.

¹¹³² Muy en especial, Constantino VII Porfirogeneta muestra un enorme interés por cuestiones del ceremonial que seguían los emperadores en la Iglesia, algo que procuró fijar y definir de alguna manera. Recordemos que la participación del *basileus* en los actos

En este sentido, Magdalino¹¹³³ señala que el planteamiento de la mencionada iglesia *Nea* de Basilio, representaba un éxito tanto para este como para Focio: Santa Sofía seguía siendo terreno del patriarca y lugar de celebración de las grandes festividades cristianas, mientras que el área de influencia del emperador quedaba dentro de los recintos palaciegos, con fiestas muy ligadas a los intereses imperiales: la del profeta Elías, el arcángel Gabriel (luego sustituido por Miguel), y la de su inauguración, el 1 de mayo, fecha que no coincidía con ningún gran culto, designada por el propio Basilio en lo que resultaba ser un triunfo propio, pues era una decisión personal que no interfería con ninguna otra celebración, y le permitía exhibirse en toda su majestad imperial.

Por otra parte, no debemos olvidar que la *Nea* contenía reliquias relacionadas con Constantino el Grande, otra de las figuras clave para la dinastía macedonia. En opinión de Magdalino, Basilio habría pretendido con esta conjunción de elementos constantinianos y veterotestamentarios hacer patente que el Imperio era el único heredero legítimo de esas dos tradiciones, frente a las pretensiones del papado y los nuevos reinos ansiosos de adjudicarse el papel de emperador cristiano, o los propios judíos, obstinados en su designación como pueblo elegido¹¹³⁴.

Tras este exhaustivo análisis de la institución imperial, y aunque es imposible contener en este breve trabajo el complejo estudio de Dagron, hay que mencionar otra parte importante de este: la visión del asunto desde dentro de la Iglesia, donde destaca en primer lugar la reflexión que desde el patriarcado se hizo entre los siglos VIII-XI sobre la figura del *sacerdocio real*

religiosos, rodeada de enorme pompa y protocolo, era en el mundo bizantino como una enorme alegoría del papel de los dos representantes terrenales de los máximos poderes, por lo que es comprensible esta búsqueda de definición de sus límites en la eterna paradoja de los modelos del Antiguo y Nuevo Testamento. Cf. DAGRON, G., *op. cit.*, p. 256 y ss.

¹¹³³ "Nea Ekklesia", pp. 55 y 61.

¹¹³⁴ MAGDALINO, P., *ibidem*, p. 60. En su opinión, esto sería otro factor influyente en la decisión de Basilio de acelerar la conversión de los judíos.

como respuesta al modelo de realeza sacerdotal que tan asumido tenían los emperadores¹¹³⁵.

Grandes pensadores de las altas jerarquías eclesiásticas, como fueron Teodoro Estudita, Focio o Miguel Cerulario, se plantearon estas cuestiones de equilibrios de poder tras las revueltas iconoclastas, de donde salió sin duda fortalecida una Iglesia que trató de hallar formas de reforzar su autoridad frente a posibles avances (o nuevos ataques) de la institución imperial¹¹³⁶. Aquí tan solo daremos unas breves pinceladas de las ideas de estos hombres de Iglesia bizantinos, personajes a menudo controvertidos, que nos suelen llegar caracterizados con negros tintes por la tradición católica occidental, que pronto comprendió el peligro de sus intenciones últimas, cuyo objetivo apuntaba más a la equiparación con Roma que a arañar poder de la parcela imperial. A fin de cuentas, su ámbito de actuación, el espiritual, se revelaba en aquellos momentos como un arma mucho más poderosa que los ejércitos del emperador.

Uno de estos hombres de gran inteligencia y visión de futuro fue Focio, de quien ya hemos hablado algo en este trabajo. Personaje capital del pensamiento de su época y gran artífice de muchos proyectos de los macedonios, se interesó, al igual que los soberanos bizantinos, especialmente por el Antiguo Testamento y las figuras de los grandes sacerdotes bíblicos, buscando quizá del mismo modo un modelo, en este caso, de sacerdocio. Pero el mejor modelo de sacerdote y soberano estaba mucho más cerca en el tiempo

¹¹³⁵ DAGRON, G., *op. cit.*, cap. VII, pp. 263-291.

¹¹³⁶ Cf. el mencionado artículo de AFINOGENOV, D., sobre esos difíciles momentos para la institución patriarcal, que supo atajar con habilidad hasta conseguir una posición de fuerza frente a los emperadores. Como ejemplo ("Parte II", p. 67), la afirmación del patriarca Metodios de ser no ya solo el primero de los obispos, sino de tener un grado mayor de sacerdocio: el de los Apóstoles, que le llega por línea directa y de donde deriva su total supremacía. Precisamente la *Eisagoge* puede considerarse como la cima de este proceso ascendente en la influencia del patriarcado que, sin embargo, los macedonios recortaron por rozar lo inadmisibles en sus atribuciones.

y el espacio, en la propia Roma, algo que le hizo (al igual que otros tras él) intentar adaptar su esquema al entorno de Constantinopla.

En la conocida obra *Eisagoge*¹¹³⁷, concebida como introducción a la obra de codificación prevista por Basilio I, hay un análisis de los dos poderes y sus relaciones¹¹³⁸. Junto a los lugares comunes de la ideología bizantina al respecto, encontramos interesantes planteamientos¹¹³⁹. Así, vemos la clásica idea del binomio emperador / patriarca cuya labor es ocuparse del bienestar del cuerpo y el alma a través de una perfecta armonía entre ambos. Por otra parte, entre los deberes del emperador estaría cuidar de los bienes presentes, recuperar los perdidos y obtener los que faltan a través de justas victorias¹¹⁴⁰, o sea, asuntos materiales.

Junto a esto, y en estrecho paralelismo, incluye los *deberes* del patriarca, que corresponderían a lo espiritual: eliminar sectas y herejías, preservar la ortodoxia, evangelización de pueblos (*i.e.*, eslavos). Pero estos deberes tienen una dimensión política igual o superior a la misión del emperador, en tanto que suponen ampliar el área de influencia de la Iglesia de Oriente, en un momento en que la competencia con Roma era evidente. Esto resultaba fundamental para un Imperio de fronteras inestables, que se veía constantemente amenazado: los límites reales del patriarcado podían no coincidir con los del Imperio oficial (de hecho, es lo que sucedía con los patriarcados que habían ido cayendo en manos no cristianas).

¹¹³⁷ Cf. apartado III. 1. 2. 2. e).

¹¹³⁸ Cf. PERTUSI, A., *op. cit.*, p. 73 y ss., con un análisis de los puntos principales sobre el emperador y el patriarca contemplados en dicha obra.

¹¹³⁹ Por ejemplo, la idea de identificación entre el emperador y la ley. Esta última tiene origen divino y es la que confiere autoridad al soberano, mientras que los súbditos deben acogerla y respetarla como procedente de Dios. Si bien esto era una forma más de delimitar el ámbito imperial frente al patriarcal, al que correspondería, entre otros, lo relativo a los concilios y el dogma, resulta interesante este concepto y nos lleva a pensar su posible influencia en el valor que para los macedonios tenía el aspecto legislativo, reflejo de lo cual aparece en la *Vita*. Cf. PERTUSI, A., *op. cit.*, pp. 80-81.

¹¹⁴⁰ Sobre esta idea de ecumenismo del Imperio, *vide* apartado III. 3 de esta segunda parte.

No olvida Focio definir la situación del patriarcado de Constantinopla en igual rango que Roma, en una especie de reparto del mundo cristiano, donde Antioquia, Alejandría y Jerusalén quedarían en la órbita constantinopolitana, en una especie de hermandad de los cristianos de Oriente. Concibe, pues, un equilibrio entre la rama occidental y oriental de la Iglesia, donde los representantes de ambas tendrían igualdad de derechos y de poder, lo que no implica limitaciones a la expansión de la ortodoxia o “recuperación” de territorios perdidos en cualquier parte.

En resumen, Focio pone límites a un poder imperial que con la iconoclasia había ido demasiado lejos, proponiendo un modelo de patriarca cuya legitimidad estaba casi al mismo nivel que la del emperador (algo formulado por Teodoro Estudita), con lo que planteaba una peligrosa bicefalia en Bizancio; un patriarca, por otra parte, perfectamente equiparable al papa de Roma, con su propia área de influencia en Oriente.

Esta paridad absoluta con el papa de Roma es lo que estaría en el fondo de las reivindicaciones de Miguel Cerulario unos años más tarde, aunque su forma de presentar la cuestión no fue muy bien entendida por los propios bizantinos, que vieron en sus ideas un intento de apropiación de la dignidad imperial. En realidad, estaba mucho más cerca de reivindicar los privilegios de carácter imperial de los que hacía gala el papa aduciendo que se los había concedido el propio Constantino. El pontífice romano era el modelo que aspiraba a trasladar a Constantinopla, con su carácter superior al del poder terrenal, donde el emperador no podría someter de manera alguna a la Iglesia.

Huelga decir que de este personaje, chispa que prendió la bomba del cisma, la visión occidental es aún más negativa que la del anterior, y no entraremos en la compleja y agria polémica que llevó al cisma, pero lo fundamental para el tema que nos ocupa aquí es cómo supo Cerulario adaptar en beneficio de la Iglesia de Oriente el polémico documento de la *Donatio Constantini*. Según este falso escrito al que ya hemos hecho referencia, el

emperador santo había concedido unos privilegios a la Iglesia de Roma y su jefe, que se estipulaban pormenorizadamente en lo que a vestimentas, ceremonial, territorios de su propiedad, etc. se refería. No obstante, la prerrogativa más importante, sin duda, era aquella que le otorgaba la primacía absoluta sobre las demás sedes de la cristiandad y sus miembros, así como una *potestas* superior a la del emperador, que habría trasladado su capital a la Nueva Roma porque no era digno de reinar en la ciudad que la divina Providencia había designado como sede para la cabeza de su Iglesia.

Pero el texto permitía a Cerulario profundizar en la senda abierta por Focio: dejaba claro el carácter real del sacerdocio del papa, pero los posteriores concilios de 381 y 451 habían aprobado la extensión de los privilegios papales a Constantinopla, por lo que podía ser una valiosa arma para reivindicar, basándose en las dos fuentes, una Iglesia constantinopolitana fuerte frente al emperador, con un patriarca en igualdad de condiciones que el papa de Roma. Con todo, y aunque tuvo algunos apoyos, finalmente la Iglesia de Oriente no se adhirió a su línea de pensamiento: más bien vio en la *Donatio* un instrumento para que el papa se arrogara un poder aún mayor, y un poco en la línea de pensamiento que veíamos al tratar del emperador y sus atribuciones sacerdotales, se consideró que si bien el patriarca de Constantinopla tenía el mismo valor que el papa de Roma, no debía intentar nunca llevar hasta las últimas consecuencias este papel ni exigir sus privilegios reales.

De igual modo que el emperador tenía unos privilegios sacerdotales, el patriarca tendría los suyos de carácter real, pero en Bizancio todo se hallaba en una esfera de límites difusos, de sobreentendidos rara vez expresados directamente, y aunque emperador y patriarca caminaban por una senda con puentes comunes, se evitaba por ambas partes llegar a cruzarlos nunca. No

obstante, sobre las posibilidades de la *Donatio* y el obstáculo que para ello suponían las ideas de Focio volveremos algo más adelante¹¹⁴¹.

Como cierre de este denso estudio, Dagron hace un recorrido por la visión que Occidente tuvo de la concepción oriental del Imperio como una simbiosis con el hecho religioso difícil de desentrañar. Concluye que hablar de cesaropapismo en Bizancio no puede hacerse a la ligera sin tomar en cuenta las diferentes coordenadas que se superponían en sus estructuras.

Basarse en la facultad que tenía el emperador de elegir patriarca como prueba de esto es completamente erróneo, y muestra de lo mal que se ha entendido la compleja estructura del Imperio de Oriente, donde el soberano tenía un papel muy similar al del papa de Roma basado en el carácter (latentemente) sacerdotal e indeleblemente sagrado del emperador por su particular relación con Dios, fuente directa de su poder, y su vinculación con los sacerdotes reyes del Antiguo Testamento. Por otra parte, aplicar nuestro concepto moderno de la división de los dos poderes o intentar trasladar la situación que se dio ya en Occidente en los últimos siglos del Imperio, no conduce sino a grandes errores, en los que, dicho sea de paso, se ha mantenido la opinión occidental desde entonces.

La gran paradoja bizantina fue la de saberse el nuevo pueblo elegido, guiado por un emperador que era la cabeza visible del proyecto de economía divina, por el cual la redención se había hecho carne y continuaba en su persona; donde la Historia no era sino la cuenta atrás hacia el fin de los tiempos, cuando de nuevo se trasladaría al Verbo la corona de su poder. En una palabra, recoger el testigo de la Historia judaica y trasladarlo a la cristiana. En este plan de la Nueva Alianza, sin embargo, la figura del emperador es la de los grandes reyes sacerdotes del Antiguo Testamento, y esa compleja y contradictoria mezcla es, en última instancia, lo que nunca hemos sabido

¹¹⁴¹ *Vide infra*, apartado apartado III. 4.

entender; lo que el propio Bizancio no se atrevía muchas veces a llevar a sus últimas consecuencias, ni siquiera poniendo los límites por escrito con unas letras que atrapasen lo inaprensible, lo inseparable de Imperio e Iglesia, y las difusas fronteras entre ambas, sólo materializables en momentos de abuso o zozobra.

III. 2. FUNCIONAMIENTO DE LA INSTITUCIÓN IMPERIAL.

A pesar de que el bizantino era un Estado sin una constitución escrita, ello no significa que no existiesen unas normas de funcionamiento respetadas y continuadas por todos sus componentes. Unas normas cuyas raíces se hunden en la tradición romana, que equivale a decir orden, racionalidad y sistema. Como señala Runciman¹¹⁴², si el Imperio fue capaz de permanecer durante mil años fue debido a su perfecta organización política y administrativa, lo que a su juicio es la razón casi única de su éxito. La máquina del Estado funcionaba adaptándose a las circunstancias que iban sobreviniendo a lo largo de su dilatada Historia. En este apartado haremos un somero análisis de la cuestión relativa al sistema de elección y sucesión, de modo que nos permita enlazar luego con este aspecto al examinar la *Vita*.

III. 2. 1. Elección y proclamación del emperador. La coronación.

Como hemos visto al estudiar la figura del emperador (apartado III. 1. 2), el Imperio se basa en una monarquía, entendida como gobierno de una sola persona, que reúne todo el poder, sin que ello implique –al menos, en teoría– libertad para actuar a su antojo. Por el contrario, vimos que hay límites, cuando menos de índole moral, a la potestad absoluta que posee como jefe del Estado, de los ejércitos, cabeza de la Iglesia, etc. Es el único que puede legislar en este sistema político, nombrar cargos de la administración, ordenar estrategias para la guerra, decidir políticas de actuación en todos los campos que afectan a sus súbditos, etc.

Siempre desde el punto de vista teórico, este enorme poder (con)cedido por la divinidad encuentra sus límites en sí mismo, toda vez que el abuso en cualquier sentido atentaría contra la confianza divina y Sus planes de redención y establecimiento de un reino justo y beneficiado por Su gracia. Es

¹¹⁴²RUNCIMAN, S., *Βυζαντινός Πολιτισμός*, p. 69.

cierto que en la práctica no todo fue tan ideal, pero siempre existió como modelo de actuación ese concepto de emperador entregado a su encomienda, y desde esa perspectiva es desde la que analizamos la institución, y no en función de los distintos desmanes que puedan haber cometido diferentes emperadores durante el largo Imperio bizantino, entre otras cosas porque a mostrar esta perfección en la vida de Basilio I es a lo que aspira la *Vita*.

El emperador, pues, tiene en sus manos un poder que le ha cedido el pueblo para su correcta administración, como persona elegida por el cielo por sus cualidades morales para desempeñar ese cargo. Dado que su elección depende directamente de la voluntad divina, no existe una ley que regule la sucesión al trono: en principio, cualquiera puede optar a este puesto que es el más alto rango a que puede llegar una persona en su vida terrena. Basta con ser cristiano (ortodoxo, se sobreentiende, una vez establecido el cisma) y súbdito del Imperio. Tampoco puede tener una grave tara, y de hecho, a menudo los castigos infligidos a quienes fracasaban en su intento por alzarse contra el emperador u ocupar su puesto consistían en algún tipo de mutilación (como por ejemplo, la ceguera, uno de los más comunes), puesto que era algo que lo invalidaba para el trono; o bien, en el ingreso en un monasterio, toda vez que el pertenecer al clero era otra incompatibilidad grave con el poder terrenal. Más adelante surgirá el concepto de coemperador y el de dinastía reinante como forma de garantizar la estabilidad de un sistema que podía verse gravemente amenazado por multitud de pretendientes que pudieran considerarse elegidos por Dios.

Veíamos al principio de esta parte¹¹⁴³ cómo tras la aceptación de un candidato al trono por parte del pueblo estaba esa voluntad divina, que se manifiesta a través de los sectores que lo representan: senado, ejército y los demos. Ahora bien, si es cierto que ese sentimiento de participación del pueblo en el nombramiento del emperador existe, no lo es menos el hecho de que su

¹¹⁴³ Apartado III. 1. 2. 2.

parte en la entronización queda reducida a las aclamaciones, mientras que la presencia del senado y el ejército sí será una constante, aunque variable en función de los distintos factores que llevasen a un ciudadano al trono imperial¹¹⁴⁴. En todo caso, elemento indispensable será el reconocimiento del pueblo y el ejército, de manera conjunta o por separado, y a través de esas aclamaciones que de nuevo entroncan con el pasado romano y se mantienen como rito durante todo el Imperio. Como señala Γιαννακόπουλος, las aclamaciones constituyen el medio por el cual el ciudadano bizantino se convierte en 'basileus' (=emperador); el simple *civis Romanus* se convierte en *divus imperator*¹¹⁴⁵. Los demás aspectos del ritual, que veremos a continuación, podían ser prescindibles si llegaba el caso.

En general, toda la ceremonia está formada por ritos heredados del Imperio romano en algún momento. Uno de los más antiguos, clara evocación del origen militar del cargo, era el de ser elevado sobre un escudo, con lo que el candidato obtenía el mando del ejército y se hacía *imperator*, o sea, adquiría el poder absoluto. Inicialmente se le imponía a continuación la diadema imperial y demás atributos del cargo, pero a partir del siglo V aparece la coronación por parte del patriarca, como confirmación de la idea de la elección divina y los lazos de unión con Dios.

Su papel era el de dar fe de esta voluntad divina con su bendición, e interceder ante el Altísimo para que su Espíritu siguiese con su elegido, aunque la *coronación* se produce en el momento en que Dios hace a una persona objeto de su predilección para el cargo. Es decir, en realidad, la participación del patriarca es algo accesorio en un principio. Este reconocimiento por parte del segundo cargo en importancia dentro del Imperio se convertirá en el elemento fundamental de la ceremonia de coronación, y si no llegó a ser imprescindible,

¹¹⁴⁴ Sobre la ceremonia de coronación del emperador vide ΚΑΡΑΓΙΑΝΝΟΠΟΥΛΟΣ, I. E., *Πολιτική θεωρία*, pp. 22-24; BRÉHIER, L., *Instituciones*, pp. 4-14, con un detallado análisis del proceso; y DAGRON, G., *op. cit.*, cap. II, pp. 79-113.

¹¹⁴⁵ ΓΙΑΝΝΑΚΟΠΟΥΛΟΣ, Κ. Ι., *op. cit.*, p. 23.

ello fue debido a causas mayores externas al Imperio (por ejemplo, los sucesos de 1204 y la consiguiente disgregación, con sus repercusiones en la institución). No obstante, en condiciones normales no faltaba nunca, hasta tal punto que en casos de revueltas que terminaban con un nuevo nombramiento, el recién proclamado emperador se apresuraba a celebrar la ceremonia de coronación por el patriarca, para dar revestimiento legal a su acción.

Este rito se completó con la exigencia por parte del patriarca de una profesión de fe y la promesa de mantener y defender la ortodoxia, así como de proteger a la Iglesia. El cambio vino dado por los frecuentes conflictos relacionados con herejías surgidos en el seno del Imperio en los primeros siglos, que llegan a afectar al cargo de emperador, por lo que aparece a partir del siglo V¹¹⁴⁶. Este hecho vendrá acompañado por otro paralelo, tal vez influido por las tensiones del periodo iconoclasta: a finales del s. VIII y principios del IX se exigirá también al patriarca fidelidad a la soberanía imperial, del mismo modo que al monarca se le exige permanencia en la ortodoxia y lealtad a ella¹¹⁴⁷. Todo esto nos indica cómo en las relaciones patriarca / emperador (es decir, Iglesia / Estado) cada parte intenta delimitar su área y proteger de la otra parte las líneas rojas que se consideran infranqueables, en especial tras una época de enorme confrontación en ese sentido.

Pero volviendo a la participación del patriarca en la coronación, vemos que la faceta religiosa, la identificación con ese origen sobrenatural del poder que se otorgaba al representante del verdadero Imperio, iba ganando terreno hasta constituir la esencia misma de la institución imperial. De hecho, la ceremonia terminará celebrándose en la iglesia de Santa Sofía, emblemático centro de la Ciudad y el Imperio, símbolo de la sabiduría divina. Sin duda, el lugar ideal para ese momento en que tiene lugar el traspaso de poder, la

¹¹⁴⁶ BRÉHIER, L., *Instituciones*, p. 8. Cf. ΓΙΑΝΝΑΚΟΠΟΥΛΟΣ, K. I., *op. cit.*, p. 96.

¹¹⁴⁷ PERTUSI, A., *op. cit.*, p. 58.

materialización de la voluntad divina, que llegó a ser una ceremonia en que se ungía al emperador formando una cruz sobre su cabeza en tanto que el pueblo entonaba el Trisagio, símbolo de ese reconocimiento divino.

En todo caso, este ritual enlaza de nuevo con la idea del ungido que señalábamos más arriba¹¹⁴⁸ y que vemos consolidada con el paso del tiempo, conforme la ideología imperial se iba completando y afianzando, de manera que la identificación emperador = David es plena. Así, de la primitiva forma de la elevación sobre el escudo, propia de épocas en que predominaba el carácter militar de quien alcanzaba el trono, fue ganando terreno el elemento religioso, por el enorme significado que tenía dentro de la ideología imperial.

Otra parte interesante del rito que acompañaba a la coronación era el conocido como *adventus*, heredado también de los antiguos emperadores romanos, y consistente en una entrada triunfal en la ciudad, en la que se repartían monedas a las multitudes que lo aclamaban a su paso. Como en los demás aspectos de la coronación, también el *adventus* podía variar y no estaba sujeto a unas pautas estrictas, pero lo destacable es la idea de un emperador que de alguna manera tiene que ganarse a su pueblo, y debe recorrer la ciudad hasta su palacio demostrando la prosperidad de su reino, su conversión de general a soberano, su progresivo interés en atender los problemas de sus súbditos, con quienes se muestra magnánimo, y sobre todo, su sumisión ante Dios, fuente de su poder, como ha señalado Dagron¹¹⁴⁹. Subraya asimismo que esta “metamorfosis” era la que otorgaba legitimidad al soberano, aunque no el poder, que ya era suyo. Con el tiempo, este desfile o procesión terminaría siendo un recorrido hasta Santa Sofía, donde tenía lugar, como hemos visto, la ceremonia religiosa, en ese proceso en que el aspecto religioso fue

¹¹⁴⁸ Cf. apartado III. 1. 3 de esta segunda parte, sobre la ceremonia de coronación y la unción material.

¹¹⁴⁹ DAGRON, G., *op. cit.*, pp. 91-92.

superponiéndose al puramente militar o político hasta constituir un todo en Bizancio.

En todo caso, un análisis de los testimonios de coronaciones conservados nos hace concluir que no había un ceremonial fijado desde un principio, sino que fue variando influido probablemente más por las circunstancias en que se iba produciendo la llegada al trono del emperador que por simple evolución histórica. Se observan, no obstante, unas líneas motrices básicas que el ritual iba fijando, como huellas de su origen, a modo de cambios de vestiduras, elección de recorridos, etc., que se pueden sintetizar en lo siguiente: el pueblo aclama a un emperador esperado o solicitado, que se presenta ante él tras ser coronado (sobre un escudo o en la Iglesia, según las épocas) con intervención del patriarca (más significativa con el paso de los siglos, hasta hacerse imprescindible su unción en época muy tardía), y suele completarse con visitas homenaje a la ciudad, donde le muestra su respeto y vocación de servicio, a la vez que se reconoce como siervo de Dios.

Con todo, el ceremonial era distinto si el emperador coronado era un *homo novus* o si recibía el cargo de otro emperador (asociación), y con el tiempo esa diferencia no hizo sino aumentar, según Dagron¹¹⁵⁰ porque si bien en ambos casos el rito sólo confirma la posesión de la *basileia* y de ningún modo la confiere, en el primer caso se trata de una legitimación por lo que él denomina la “vía larga” (la ciudad recibe y civiliza al emperador-batallador, y la Iglesia lo somete a Dios), mientras que en el caso de los asociados, normalmente hijos, la legitimación se hace por la “vía corta”, ya que la corona supone la continuidad de la elección divina de que había sido objeto su padre / emperador sobre su persona.

Sea como fuere, denominador común en ambos casos es el progresivo avance de la participación de lo sagrado en la ceremonia, en un proceso que culmina con la unción por parte del patriarca, a la que hacíamos referencia en

¹¹⁵⁰ *Ibidem*, p. 108.

páginas anteriores. Del mismo modo, cabe señalar que, al menos a partir del siglo VII, se convirtió en tradición hacer coincidir la ceremonia de coronación con una festividad de las que podríamos calificar como de carácter teofánico: Navidad, Pentecostés, Pascua o el día de la Epifanía. Con ello la legitimidad del emperador y la aquiescencia divina se ponía aún más de relieve, así como el traspaso de poder que se había producido ya en el momento de su elección, y que el ritual certificaba.

Era dotar de carácter religioso un acontecimiento político que ya había tenido lugar en el momento de la concepción (caso de los Porfirogenetas, engendrados por *ungidos*), o de la unción secreta que Dios otorgaba a un advenedizo, que se hacía patente con la toma de poder acompañada de las aclamaciones populares que así lo confirmaban. Elegir un día de manifestación divina era una prueba más de la unión entre Dios y la institución terrenal del Imperio que Él había procurado hacer surgir para sus planes de redención.

III. 2. 2. La sucesión al trono.

Algo que a menudo ha sorprendido a quienes se asoman a Bizancio (ya fueran sus contemporáneos o no) es la inexistencia de una ley, o siquiera norma, sucesoria para tan alto trono. La razón está en el propio concepto bizantino del poder y de su máximo representante: el hecho de que este fuese designado por una voluntad divina que sabía procurar en cada momento la situación adecuada para su advenimiento (muertes súbitas, insurrecciones, a veces incluso asesinatos *necesarios*). La llegada de alguien al trono bizantino era una renovación de la alianza con David, por la que el nuevo emperador se convertía *ipso facto* en algo así como un hijo adoptivo de Dios. Se comprenderá que esto dejaba la puerta abierta a posibles agitaciones encaminadas a apropiarse del poder absoluto del que disfrutaba el *basileus*.

Con todo, esto no evitaba que los sucesivos emperadores intentasen conseguir la continuación en el trono de sus herederos de algún modo u otro,

entre otras cosas porque ello permitía la estabilidad necesaria para el buen funcionamiento del Estado, al eliminar la amenaza constante sobre sus personas y lo que representaban. Aquellos que lo lograron crearon verdaderas dinastías que, sin embargo, no garantizaban su duración y a veces pendían de finísimos hilos para mantenerse. Pero para llegar a lo que nosotros llamamos dinastía hubo varios intentos, hasta dar con la mejor fórmula que asegurase la corona para los descendientes, y esto, de manera nunca definitiva.

Como señalaba Bréhier¹¹⁵¹, dado que el poder del emperador le viene otorgado del cielo, ello le faculta para asociar a alguien en el trono, toda vez que el Espíritu está con él y guía sus actos, y este fue el camino que se encontró para asegurar de alguna manera ese trono a los herederos. Aun así tampoco fue fácil introducir en el ánimo de aquellos descendientes de Roma, que siempre se resistió al poder hereditario, la idea de continuidad dinástica. El mayor inconveniente, además, estaba precisamente en el hecho de elección divina, algo a todas luces individual y cuya “sucesión” resulta difícil justificar.

Recordemos además que esta elección se integraba en el plan divino de redención, que se materializaba en una persona concreta con una función igualmente concreta; el Imperio y la dignidad imperial existían de manera independiente de los hombres que la ocupaban temporalmente o deseaban hacerlo, en ese inexorable camino hacia el final de los tiempos, cuando se devolviese la corona a Cristo. El Imperio, como propiedad, se podía dejar en herencia; el poder sagrado cuyo origen era el mismo Dios, la βασιλεία, “inventada para el Imperio de los cristianos por mediación del pueblo elegido de antes del tiempo de la Gracia, no era un poder transmisible”¹¹⁵². Conciliar, pues, ambos elementos resultaba complicado.

La solución, con todo, estaba en considerar las asociaciones (que en realidad eran nombramientos de herederos) no como un derecho de sucesión,

¹¹⁵¹ BRÉHIER, L., *Instituciones*, p. 5.

¹¹⁵² DAGRON, G., *op. cit.*, p. 78.

sino como la constatación de la legitimidad de la elección divina sobre una persona, tan grande que se extiende a otros miembros de su familia, que a su vez podrán traspasarla a otros si mantienen intacto el favor de Dios y Éste los sigue considerando igualmente legítimos. Apunta Dagron¹¹⁵³ que incluso en el caso de Constantino VII Porfirogeneta, consciente como era de pertenecer a una auténtica dinastía, y gran artífice del registro por escrito de la legitimidad de su fundador, no hay en sus obras sobre la institución imperial ni huella de una teoría de la sucesión dinástica.

Este mismo autor analiza la evolución del proceso hacia el surgimiento de dinastías¹¹⁵⁴. Al principio del Imperio se siguió con la línea de la tradición romana, buscando alianzas matrimoniales que uniesen a la familia que se consideraba propietaria de la legitimidad a quienes ascendían en el poder. Otro sistema fue el llamado “modelo patrimonial”, por el cual el poder pertenece a una familia, que lo comparte, pero esto implica la disgregación del Imperio a la hora del reparto que sigue a la defunción del emperador dueño del patrimonio. Esta parece ser la opción de Constantino el Grande, consciente de haber terminado con la Tetrarquía para crear su propio sistema monárquico.

Durante los siglos IV-V se podría decir que se produce una mezcla entre ambos modelos citados anteriormente: no había aún una estructura dinástica propiamente dicha, pero sí una tendencia a seguir una cierta política familiar. En los años siguientes, empero, la escasez de herederos varones dificultó enormemente la idea de sucesión, para posteriormente, en el siglo VII, tener que plantearse el derecho de primogenitura en el caso de existir más de un heredero varón.

En efecto, en ese momento histórico, con Heraclio en el poder, el Imperio vive transformaciones internas, es decir, se da el paso definitivo hacia

¹¹⁵³ *Ibidem*, p. 44.

¹¹⁵⁴ *Ibidem*, pp. 44-78. Cf. BRÉHIER, L., *Instituciones, op. cit.*, pp. 15-23, donde estudia igualmente el proceso.

la consolidación de la ideología imperial que hemos analizado en el capítulo anterior, basada en ese favor divino sobre una persona elegida con un claro fin escatológico y matices davídicos. Es el momento además en que el emperador toma el título de βασιλεύς, con la caída definitiva del soberano persa, y la adquisición de ese epíteto es como la prueba última de que el Imperio verdadero, el único legítimo, el favorecido por la divinidad, es el romano/bizantino.

En todo este contexto, vemos que la idea que se respira es que todos los miembros de la familia participan de algún modo de ese poder legítimo, de manera que desde la emperatriz hasta el último de los hijos pueden “heredar” el trono si falta el emperador, si bien el recurso a las mujeres es sólo en momentos de emergencia en que no haya miembro varón disponible. En palabras de Dagron¹¹⁵⁵, esta concepción “convertía el Imperio en el bien común de todos los varones de la familia, [y] la *basileia* en una virtud latente que la coronación no hacía sino activar en individuos unidos por la sangre, y el poder en objeto de reparto o competencia entre parientes”.

Con todo, las mujeres jugaban un papel nada desdeñable en el asunto de la sucesión, pues se las consideraba, cuando menos, eslabones fundamentales de la continuidad dinástica y, por ende, garantes de ésta. A menudo es la línea femenina la que conserva la legitimidad necesaria cuando faltan los varones, o bien a través de lazos adquiridos en algún momento con la stirpe de una emperatriz, hija de emperador o similar. Estar emparentado (o pretender estarlo) con alguna mujer que guarda parentesco con la familia imperial del momento actual o presente puede justificar la llegada al trono de algún que otro *homo novus*. En casos excepcionales, además, cuando el sucesor es menor de edad¹¹⁵⁶, por ejemplo, o simplemente no hay varones para ocupar el trono y

¹¹⁵⁵ *Op. cit.*, p. 51.

¹¹⁵⁶ Sobre este respecto, como suele suceder en Bizancio, no tenemos constancia escrita en los textos legales de cuál es la edad que se consideraba como mayoría para ejercer de

sólo queda una mujer para hacerlo, no se pone en duda su legitimidad para ejercer el poder y transmitirlo al nuevo esposo y los futuros hijos de ese matrimonio. Recordemos el caso de Irene (797-802), que proporcionó la coartada perfecta a Occidente para coronar a Carlomagno puesto que el trono de Bizancio se había quedado supuestamente vacío desde su punto de vista, que no desde el bizantino.

Pero el gran inconveniente de esta concepción familiar del poder era que implicaba conflicto entre los hermanos y diversos parientes que podrían aspirar al trono en un momento dado. La solución vino creando una jerarquía a cuya cabeza estaba el *αὐτοκράτωρ* o gran emperador, quien tenía en sus manos el ejercicio del poder y la autoridad, y los *coemperadores* o *pequeños* emperadores (a menudo hijos, pero también allegados de cualquier tipo u hombres de confianza, a los que se procuraba ligar a la familia por medio de algún casamiento), que garantizaban en la medida de lo posible la continuidad de la saga en el trono y la indivisibilidad del Imperio, sin renunciar a la idea de *βασιλεία* compartida.

A partir de entonces quedó abierta la puerta a la creación de dinastías, y el concepto de institución imperial como algo absolutamente sagrado, cuyas formas remiten sin cesar a los modelos del Antiguo Testamento, se aquilató y adquirió o fijó muchos de los elementos que consideramos fundamentales al hablar de la ideología política bizantina. Con todo, la de los coemperadores tampoco fue la panacea para el asunto, pues a menudo los asociados se enfrentaron por el poder, en especial los que eran verdaderos hijos del emperador, a pesar de la supuesta legitimidad que esto podría conferirles, con otros que habían sido hombres de confianza o habían emparentado por

emperador. Hay algunos testimonios que aporta ΚΑΡΑΓΙΑΝΝΟΠΟΥΛΟΣ, I. E., *Πολιτική θεωρία*, p. 44, nota 193, de los que se deduce que podrían ser los dieciséis años, aunque señala el autor que su aplicación nunca fue estricta y dependió más bien del peso político de las personas implicadas en el proceso de cambio de emperador que en una tradición o ley concreta.

matrimonio, para imponer su derecho a reinar, como le sucedió a Constantino VII con el imparable Romano Lecapeno. Al final del Imperio, con los Paleólogos, tanto el asociado como el gran emperador ostentan el título de *αὐτοκράτωρ*, o sea, se consideran iguales, pero a cambio el número de asociados queda limitado al heredero, mientras que los demás hijos reciben un patrimonio. En otras palabras, se adapta el sistema por el que se rigen las monarquías occidentales de su época.

De todos modos, no hay que olvidar que en realidad todos los modelos seguían siendo posibles, toda vez que nunca se fijó por escrito ningún sistema como el oficial, y en función de las circunstancias por las que atravesase el Imperio se podía recurrir a soluciones alternativas si una crisis así lo dictaba o si era decisión de un emperador cuya voluntad era expresión de la divina. Sin ir más lejos, los macedonios consideraban que habían renovado el sistema y que con Basilio se había inaugurado una nueva era en todos los sentidos, pero esto es algo sobre lo que volveremos en nuestro análisis de la *Vita*.

Hay que destacar que en este mundo donde la legitimidad del poder no se puede heredar sin más por ser elección divina, los emperadores se cuidaron mucho de dar a entender o incluso afirmar que sus hijos serían los herederos al trono por el mero hecho de serlos. Eso sí, procuraban asociarlos enseguida al poder para asegurar en lo posible la ansiada continuidad. Es decir, que la existencia de hijos varones no significaba que de manera automática estuvieran destinados a reinar: debían cumplir con el rito de la asociación, mantener las formas, a pesar de que, evidentemente, entre la población existiese la sensación de que debía ser así por algún tipo de ley natural e intemporal.

Tampoco el derecho de primogenitura estaba institucionalizado ni fijado por escrito en normativa alguna, de manera que podía transgredirse en un momento dado. Lo que sí tenía especial relevancia era el nacimiento de hijos varones cuando ya se tenía el poder de manera efectiva: son los famosos “nacidos en la púrpura” o Porfirogenetas, término éste que se acuñó en la

época en que se consolida la idea de monarquía de procedencia divina y surgen lo que podemos considerar primeras dinastías (Isaurios, siglo VIII)¹¹⁵⁷. Nacer en la púrpura significa de algún modo que el favor divino continúa en los herederos, que vienen a este mundo con un toque sagrado, pues han sido engendrados por el ungido del Señor y de ahí que a menudo se les considere ungidos ellos mismos también desde el vientre de sus madres, o lo que es lo mismo, elegidos por Dios ya desde su concepción para continuar su proyecto redentor. En algunos casos, como el de Constantino VII, el título será más que un epíteto para actuar como recordatorio de su legitimidad cuando otros asociados hacían peligrar su puesto.

A pesar de cuanto llevamos dicho, a veces la primogenitura y el nacimiento en la púrpura podían entrar en conflicto cuando el que llegaba a emperador ya tenía un primogénito antes de ocupar el trono, y los Porfirogenetas nacían después. Es el caso del propio Basilio, y tanto en este como en los demás se prefirió seguir la línea del primogénito para asociar al trono en primer lugar. En principio, cabe pensar que en el ámbito del sistema ideológico bizantino en el que la sucesión hereditaria era una contradicción, se intentó solucionar el problema de la natural tendencia a crear dinastías justificando con el nacimiento en la púrpura lo injustificable: haciendo ver que no era el vínculo de sangre el que le otorgaba la corona, sino el especial favor divino por medio de esa unción desde el vientre materno¹¹⁵⁸. Aun así, en los

¹¹⁵⁷ En opinión de BRÉHIER, L., *Instituciones, op. cit.*, p. 19, es precisamente en época macedonia cuando se generaliza el término, siendo Basilio el que, basándose en una ley atribuida a Constantino, establece que las emperatrices den a luz en la sala de púrpura que fue famosa por ello y de la que derivó el nombre.

¹¹⁵⁸ DAGRON, G., *op. cit.*, pp. 69-72, habla de una ceremonia singular, la de adopción de un Porfirogeneta por parte del pueblo, como otra forma de desvincular la (futura) sucesión del simple parentesco de sangre: el niño pasaba a ser hijo adoptivo del Imperio, a tener unos lazos simbólicos con él, cuya ruptura sería sacrílega, con lo que dejaba de ser sólo hijo del emperador. Esto, junto a la unción que se suponía en el vientre materno, desligaba en la medida de lo posible la continuidad en el trono del derecho de sangre. Cf. BRÉHIER, L., *Instituciones, op. cit.*, pp. 29-31, donde se recoge esta ceremonia, en que el pueblo, a través de los representantes de los demos, daba además el nombre al que se preveía sería futuro

casos en que el primogénito existía antes de que su padre se revelase como el ungido destinado al trono, prevaleció la norma no escrita (y lógica en los sistemas monárquicos en general) del primer heredero varón. Pero en Bizancio la coexistencia de factores paradójicos y normas no escritas en parte alguna no es una novedad.

Por último, diremos algunas palabras sobre el título de César, que aparece en la *Vita* representado por Bardas, tío de Miguel III y que según algunas fuentes, habría sido otorgado a Basilio tras la muerte de aquel, plataforma definitiva desde la cual escaló los peldaños que le llevaron al poder. En principio se trataba de un título heredado de la tradición romana, que lo reservaba para el que era designado sucesor, y se mantuvo durante bastante tiempo como una alta distinción, aunque no bastaba para ser coronado ni alcanzar el poder sin que la persona que ostentara el título fuese asociada al trono, como hemos visto.

A partir del siglo VIII, el distanciamiento entre poseer el título y poder optar al trono se hizo aún mayor, hasta que a finales del IX quedó convertido en la que sería la primera dignidad en la jerarquía de palacio, lo cual aseguraba una gran influencia, pero lejos de constituir una garantía de sucesión, si no iba acompañada de la asociación. Como muestra de lo mucho que se había devaluado este título, aunque siguiera considerándose una dignidad importante, apunta Bréhier¹¹⁵⁹ que en el protocolo de los banquetes imperiales el César se hallaba por debajo del patriarca.

emperador, y otras como el bautismo o el ritual de tonsura del primogénito, como reconocimiento de ese sello sagrado que tiene como ungido desde el vientre materno, aunque para el autor se inscribe dentro de la llamada religión monárquica y es un ritual de iniciación por parte de la Iglesia, en que deja de ser un simple laico para obtener sus privilegios sacerdotales.

¹¹⁵⁹ BRÉHIER, L., *Instituciones*, *op. cit.*, p. 39.

III. 3. LAS DOS GRANDES LÍNEAS DE PENSAMIENTO COMO MOTORES DE LA POLÍTICA BIZANTINA: ECUMENISMO Y NACIONALISMO.

H. Ahrweiler señaló en su citada obra¹¹⁶⁰ cómo a lo largo de la Historia del Imperio hubo dos tendencias fundamentales que proporcionaban el trasfondo necesario para articular sobre sí los movimientos de la política bizantina. Del mismo modo, trazó la trayectoria que siguieron aquellas dos líneas nunca expresamente formuladas en ninguna constitución ni tratado político, pero que latían en el pulso del mundo bizantino, a diferente ritmo según la coyuntura histórica, superponiéndose o casi desapareciendo la una frente a la otra, para aflorar más tarde o predominar en algún aspecto.

Esta dualidad estaría formada por el concepto de ecumenismo del Imperio y el “nacionalismo” bizantino¹¹⁶¹, cuyo significado intentaremos esbozar brevemente como ilustración necesaria de un aspecto fundamental y asumido por la cultura bizantina, de manera consciente o no, en esta presentación que estamos realizando de manera previa al análisis de la *Vita*.

Entre los siglos III y V el Imperio romano, paradigma cultural y faro de irradiación al resto de los pueblos, se ha visto sacudido por terribles convulsiones que culminan con el fin, sin duda alguna, de lo que consideramos la Antigüedad, y el desmembramiento del propio Imperio en dos partes de las que sólo una, el llamado Imperio de Oriente, saldrá a flote, en tanto que el de Occidente constituirá un hermoso botín cuyos despojos se reparten los bárbaros. No debemos pasar por alto estos dos aspectos: a) su propia denominación, “de Oriente”, que nos da idea de su peculiar idiosincrasia, y b)

¹¹⁶⁰AHRWEILER, H., *op. cit.* p. 17 y ss.

¹¹⁶¹ *Ibidem*, p. 17 y ss, donde se hace una presentación de estas corrientes ideológicas y su surgimiento. A lo largo del libro se irá desarrollando su evolución a través de los distintos periodos históricos de Bizancio.

la conciencia de ser el único superviviente y, por ende, el depositario de los valores imperiales, así como de su legitimidad y prestigio / validez (*κύρος*).

Bizancio, el Imperio de Oriente, sale reforzado y constituye un puerto seguro frente al desastre. Su emperador es el jefe del Estado más importante en la zona, compuesto por súbditos de múltiples nacionalidades y oficialmente cristiano, por voluntad divina, como ya hemos visto. Todos estos elementos cristalizan en dos tendencias clave, contrarias entre sí: una, que la autora denomina realista y oriental, y que consiste en intentar mantener los territorios que han quedado bajo dominio “romano” y desarrollar una cultura propia, bizantina; la otra, idealista y occidental, buscaría la liberación del occidente romano esclavizado y la reintegración de personas y territorios al Imperio. Dicho de otro modo, la recuperación del antiguo mundo (greco)romano.

Estas dos ideas marcarán profundamente aspectos tan importantes como la política exterior o interna, e incluso, en opinión de Ahrweiler, serán el origen de los distintos conflictos religiosos, incluida la disputa iconoclasta. Es indudable que Bizancio surge de unas coordenadas concretas que le confieren una particular personalidad, por decirlo de alguna manera, genuinamente romana a su modo y desde su punto de vista; netamente oriental desde nuestra concepción. Los distintos factores, pues, que influyen en su composición, Historia, etc., condicionan el nacimiento de estas dos tendencias de las que hablamos y su posterior evolución o predominio.

Así, con Justiniano vemos un Imperio dispuesto a recuperar el antiguo esplendor de Roma, ayudado por una coyuntura que lo permitía. Pero el empuje del Islam y los eslavos sobre una población cansada de las constantes guerras pronto hará mella en el Imperio y obligará a un cambio de política: cuando se apagan las luces de fiesta y la euforia del triunfo decae, Bizancio mira a su interior y comprende que la única supervivencia posible se halla en apoyar a las poblaciones agrícolas del interior, garantes del sustento y las únicas capaces de defender el Imperio mientras defienden lo suyo. Es el

momento de las legislaciones volcadas en favorecer el bienestar (y entiéndase al modo en que podía concebirse en la Edad Media, y no en nuestro actual concepto de *estado del bienestar*) del súbdito, como pieza indispensable de la maquinaria del sistema, a través de normas que hoy llamaríamos de justicia social; el momento, en definitiva, de defender los intereses propios frente al enemigo externo.

Pero este enfrentamiento a su propia realidad, esta verdadera forja de su entidad como Imperio, supondría un difícil proceso, en el que los componentes opuestos, “occidentales” y “orientales”, darían duras batallas que cristalizarían en la conocida disputa iconoclasta, cuyo desenlace nos lleva a tener una visión inevitablemente parcial de la cuestión, por cuanto las fuentes de las que disponemos son las de los vencedores últimos, *iconódulos*. No queremos con esto decir que las otras, las perdidas en las cenizas de la querrela, fuesen más acertadas u objetivas; pero no se debe perder de vista este factor a la hora de investigar cualquier aspecto relacionado con esta época o sus ramificaciones.

En todo caso, es claro que en el seno del Imperio la visión “occidental”, de expansión y recuperación de territorios perdidos, comenzó a chocar con la dura situación de las gentes del interior, que soportaban las levas, privaciones, impuestos y demás que generaban las guerras necesarias para llevar a cabo aquella idea; junto con ello, las invasiones y saqueos a que se veían sometidos con la llegada de nuevos pueblos bárbaros a las puertas de Bizancio. Cuando en el occidente bizantino la presión de los eslavos es casi insostenible y los árabes se mueven con comodidad en una amplia área que llega hasta el límite del Asia Menor, y precisamente de estas poblaciones depende la salvación, es fácil comprender que entre estas gentes predominase la idea “oriental”, que podría resumirse en breves palabras: defensa ante el enemigo.

Recordemos que este peculiar carácter oriental es el mismo que desde antiguo había hecho surgir numerosas herejías, por el distinto acercamiento intelectual hacia el cristianismo que se practicaba allí, con lo que se puede

entender el fenómeno de las disputas iconoclastas como el ojo del terrible huracán que agitaba al Imperio. Sin embargo, una vez más, como tantas en su Historia, logró superar el marasmo y salir fortalecido con el advenimiento de la dinastía macedonia, que permitiría volver a plantearse las tesis universalistas.

Para H. Ahrweiler¹¹⁶² las consecuencias de este complejo proceso interno dejaron marcas indelebles en el Imperio. De un lado, conllevó la militarización del Estado, con efectos sociales, como el enorme prestigio de las familias de grandes cargos del ejército, o el cambio del concepto de ciudad, que pasa a ser fortaleza ante todo. De mucho mayor alcance fueron sus repercusiones en la geografía política de Bizancio, con la creación de los *temas* como unidades administrativas y territoriales, y la formación de un ejército *nacional*, formado por ciudadanos del Imperio de todo tipo y condición, que ahorran dinero al Estado y luchan realmente por lo suyo, con lo que su fidelidad está fuera de toda duda, movido por un sentimiento de pertenencia a un todo común frente al enemigo, ajeno incluso en su religión.

La consecuencia más significativa, pues, es el surgimiento de un nacionalismo bizantino, como lo denomina la autora, nacido de la necesidad de autodefensa, que se sustenta en los principios de una sola patria y religión, algo que acabará ampliándose en el concepto de nación bizantina como salvadora de la cristiandad, capaz de ejercer la guerra santa para ello si es necesario, toda vez que se considerará justa cualquier guerra que se dirija contra los enemigos de la fe y el mundo cristiano. En su necesidad de supervivencia, el Imperio recurre a los conceptos básicos de su ideología, para reelaborarlos y crear un punto de apoyo sobre el que saltar de nuevo sobre el abismo: como pueblo elegido para la salvaguarda y transmisión de la Fe única y verdadera, de ellos depende el futuro y el triunfo de la cristiandad. Y el mensaje calará hondo en el pueblo a lo largo de los siglos.

¹¹⁶² *Ibidem*, p. 35 y ss.

En este ambiente, y una vez resuelto el conflicto de las imágenes con el retorno a la ortodoxia, a la fe correcta, con una sensación palpable de estabilidad gracias a los cambios favorecidos por la idea nacionalista y el retroceso árabe, llegará la dinastía macedonia, con la que resurgirá la idea de ecumenismo¹¹⁶³ gracias a la particular coyuntura de los siglos en que imperaron y al saber hacer de algunos de sus miembros, como el propio Basilio I, su fundador, que a pesar de tener un origen oscuro dio realmente motivos a sus descendientes para ser admirado. Se inaugura, pues, un nuevo periodo de imperialismo, un renacimiento del esplendor de la Nueva Roma, que será a la vez su último gran destello. Dada la importancia de este momento de la Historia de Bizancio para el estudio de la *Vita* y la elaboración de este trabajo, dedicaremos un apartado a su análisis más adelante¹¹⁶⁴.

Paralelamente, y mientras en política externa asistiremos a un nuevo episodio de ampliación territorial con campañas para defender a la cristiandad del enemigo y liberar zonas ocupadas por infieles, en la vida intelectual el regreso a la tradición cultural clásica se traduce en el conocido como Renacimiento Macedonio de los siglos X-XI, si bien con los matices que hemos señalado en el apartado al respecto. Es el momento en que el término Ἕλλην empezará a perder el valor peyorativo de los últimos siglos¹¹⁶⁵, como “pagano”, para pasar a ser el sello identificativo de esta cultura, y aquello calificado como ἑλληνικόν implicará a partir de entonces plenamente lo helénico, el inmenso y prestigioso bagaje de la Antigüedad, un bien que poseen los bizantinos en su papel de herederos, como faro para las demás naciones y garantía de la

¹¹⁶³ Sin embargo, para T. ΛΟΥΤΓΗΣ la idea que se difunde desde el poder es la de un ecumenismo limitado, a la que volveremos en el siguiente apartado, referido a la ideología en tiempos de los macedonios (III. 4).

¹¹⁶⁴ *Vide infra*, apartado III. 4.

¹¹⁶⁵ Sobre el significado de Ἕλλην y ἑλληνικός en el mundo bizantino ver LECHNER, K., *Hellenen und Barbaren im Weltbild der Byzantiner: Die alten Beziehungen als Ausdruck eines neuen Kulturbewusstseins*, Munich 1954. También ALEXANDER, P. J., “Strength”, pp. 340-41, con comentarios sobre el uso de estos términos y otros como Ρωμαίοι ο Γραικός, y otras referencias bibliográficas al respecto.

supremacía cultural del Imperio frente a éstas. Cuando además del peligro infiel se alza el occidente latino como un nuevo adversario que se arroga también la tradición romana, Bizancio encuentra en su permanencia en la fe correcta y sus raíces en el mundo helénico (que, en última instancia, fue el vencedor cultural de Roma), con el que se sienten unidos por una línea ininterrumpida, la roca sobre la que construir el edificio de su propia identidad como ciudadela inexpugnable.

Esta identificación de Bizancio (es decir, el verdadero Imperio, el legítimo, el único que puede llamarse así) con ortodoxia y lo *griego* (= ἑλληνικόν) es algo que extenderá sus raíces a lo largo de muchos siglos, alimentado con los posteriores avatares del Imperio, y llevará a la creación de la “Gran Idea”, la leyenda de la reunificación de los territorios que un día pertenecieron a Bizancio bajo el mando de un soberano griego, con sede en la Ciudad por excelencia, siempre bajo la protección de la Iglesia Oriental Ortodoxa. Es un concepto que en especial tras el saco de Constantinopla en 1204 no hace sino afianzarse e incluso adquirir amargos tintes de rencor hacia los traidores cristianos latinos, y todavía en el siglo XIX seguirá impulsando la liberación de los griegos y la creación de un Estado propio.

Al mismo tiempo, la ciudad Imperial consagrará su lugar en la Historia como leyenda, convirtiéndose en punto de mira de todas las naciones por su categoría, belleza y fastuoso ornamento. Quedará para siempre convertida en la reina de las ciudades, centro del mundo en todos los aspectos, lugar donde todos los caminos convergen y a donde todos desean llegar. Y cuando por fin logren entrar en ella y repartirse sus despojos, tanto cristianos como infieles, para siempre permanecerán los lamentos jereemíacos por su pérdida, junto a la leyenda de las fabulosas riquezas arrebatadas y de su recuperación.

Retomando nuestro brevísimo repaso a la presencia de estas dos ideas rectoras en la Historia de Bizancio, vemos cómo los Comnenos, tras el fulgor macedonio, se ven obligados por la presión de los enemigos externos a

concentrarse una vez más en su supervivencia, en una vuelta a la visión oriental o de protección del Imperio frente a la occidental o expansiva, por llamarla de algún modo. De nuevo se produce una fuerte militarización, pero con la diferencia de que en el pasado se apoyaba a las poblaciones rurales, garantes de la seguridad de las fronteras, y en este momento se favorece principalmente a las familias militares, de carácter más bien urbano, que han ido formando un tipo de aristocracia dentro del Imperio desde que fuesen surgiendo a raíz de la creación de aquel primer ejército bizantino, en época de los emperadores iconómacos, ante la terrible crisis a que tuvo que hacer frente Bizancio.

No obstante, en esta ocasión la política de supervivencia viene acompañada del espíritu de grandeza heredado de la época macedonia, que se ve amenazado por peligros externos que hay que conjurar. Pero la existencia de esta clase militar le conferirá un sello aristocrático del que carecía la estrategia de los Isaurios: el Imperio estará protegido por un ejército conducido por lo más granado de sus miembros, capaces de ejercer el liderazgo adecuado sobre la masa del pueblo como garantía de seguridad.

Con todo, este sentimiento de supremacía, este orgullo aristocrático de los bizantinos y en especial de los constantinopolitanos, a la larga producirá amargos frutos en el seno del Imperio, cuando la política de los Comnenos, entre las guerras de prestigio para mantener esa grandeza y las de rechazo de enemigos por pura supervivencia, lleve a la población de provincias al agotamiento de sus recursos, en todos los sentidos. Mantener esas gravosas campañas le costaría a Bizancio no sólo lo que quedaba en los bolsillos de sus ciudadanos, sino la confianza de éstos en las instituciones imperiales, cuyos representantes conocidos en muchas ocasiones eran tan sólo los recaudadores de impuestos.

Y todo ello debido al alto precio que hubo que pagar por seguir manteniendo el papel de verdadero Imperio elegido, que incluía acercamientos

a la Iglesia latina y acuerdos con los venecianos, los primeros de una lista de estados occidentales con los que literalmente se hipotecó Bizancio para seguir adelante, concediéndoles privilegios sobre todo económicos por todo el ámbito imperial. Los triunfos territoriales llegaban, el estatus se mantenía, pero al mismo tiempo la economía bizantina dependía cada vez más de factores extranjeros. El cisma de las Iglesias, que a menudo se presenta como causa de la separación de los dos mundos, no es más que el reflejo de una parte del abismo que se abría y distanciaba a pasos agigantados entre las dos concepciones del mundo de los siglos XI-XII: las dos se consideran herederas legítimas de la Antigüedad a su manera, y las dos interpretan la realidad de su presente desde puntos de vista diferentes.

Así, en Bizancio es inconcebible el concepto de Cruzada como iniciativa de un alto cargo de la Iglesia, cuyo deber es velar por la salvación del pueblo y el mantenimiento de la paz, siendo su ámbito de poder el espiritual. El llamamiento del papa a la conquista de los Santos Lugares se veía como una usurpación de un papel propio del emperador o cualquier otro representante del poder terrenal. Esto, unido a otros factores como el ataque a posesiones bizantinas, apenas unos años después del cisma, por parte de los normandos, considerados seguidores leales del papa y en última instancia, una prolongación de su poder, alimentaron el fuerte sentimiento hostil de los bizantinos hacia todo lo occidental, que vieron en la idea de las Cruzadas un deseo por parte del papado de extender su mano hacia el Imperio.

A todo ello se une la actitud prepotente de unos venecianos instalados en la cumbre del poder económico, conscientes de tener bajo su dominio, poco a poco, al gran Imperio. De este modo, hay una radicalización de ambas posturas, que conduce a la división de los cristianos entre latinos y ortodoxos, entre Occidente y Oriente, donde hay animadversión mutua.

No es de extrañar que tras la muerte de Manuel Comneno se viviera un momento convulso, de reacción y protesta, con marcados tintes antilatinos y

contra las clases dominantes, donde el populacho parecía vengarse de la política de los grandes Comnenos. Aquella política de orgullo aristocrático y mantenimiento de la grandeza bizantina, que había traído el sometimiento del Imperio a Occidente. Como consecuencia, surge un espíritu de patriotismo de provincias, como lo denomina Ahrweiler, en un nuevo movimiento del péndulo hacia la introversión y un aferramiento a la esencia de lo bizantino para garantizar la propia supervivencia.

Tras la efímera agitación popular que caracterizó el reinado de Andrónico (1183-1185), con saqueos y revueltas constantes frente al poder occidental, se constata que Constantinopla sigue sometida a este por la complicada trama económica que la ha envuelto ya. Igualmente, la maquinaria del Estado funciona por inercia, cada vez más ajena a lo que sucede en las provincias, que se sienten abandonadas a su suerte, y de las que sólo se acuerdan en la capital para el cobro de impuestos.

Se crea así un sentimiento de repulsa hacia la Ciudad y sus habitantes entre las demás poblaciones, que se sienten unidas entre sí de algún modo, y en las que se crean gobiernos propios paralelos al del Estado, en realidad para poder sobrevivir ante la pasividad de la capital, que va perdiendo el control sobre ellas de manera imperceptible pero constante. Las provincias ven en Constantinopla y “su” gobierno un nido de corruptelas e injusticia, desdén y desidia; un decadente mundo de hedonismo y avaricia alejado del común sentir de los verdaderos súbditos del Imperio. Esta escisión dentro del mundo bizantino se percibe claramente en la apreciación de la toma de la Ciudad en 1204 por parte de las provincias: un merecido castigo a su indiferencia y altivez. Constantinopla está sola por vez primera, abandonada incluso por los suyos.

Pero una vez más el espíritu del Imperio se recupera y tras la fuerte conmoción inicial el sentir común del bizantino se dirige hacia una nueva forma de patriotismo, que recuerda la grandeza perdida de la ciudad elegida

por Dios para sus planes de salvación y recupera el sentimiento antilatino, muy reforzado esta vez por la actitud de los cruzados, con lo que se pasará a identificar de algún modo la fortuna del Imperio con la de su ocupada capital. El desmoronamiento de Bizancio con la terrible toma de Constantinopla a manos de los hermanos en la fe se hace tan patente para sus súbditos como la sensación de la inmensa brecha que se ha abierto entre el Oriente y el Occidente cristianos, insalvable y eterna herida abierta entre los dos a partir de ese momento y para siempre.

En efecto, los tremendos sucesos de 1204 no harán sino confirmar al bizantino su visión del concepto de Cruzada como algo equivocado ya desde sus planteamientos, y, lo que es peor, comprobar que sus sospechas más pesimistas al respecto no distaban ni un ápice de la realidad. Sus hermanos cristianos de Occidente no sólo no han llegado a los Santos Lugares, sino que olvidando el avance del Islam, han ido directamente al corazón del Imperio cristiano de Oriente, para ocuparlo y saquear sus legendarios tesoros. Definitivamente, los occidentales son un enemigo declarado, quizá peor que los infieles por la magnitud de su traición hacia el pueblo que siempre ha buscado defenderlos como representantes de los cristianos.

Por su parte, en Occidente se ha generalizado la idea de un Oriente castigado por su herejía, en una empresa que no es sino un triunfo para la cristiandad. Por fin se ha conjurado ese mal al pasar todo su poder y gloria a los verdaderos cristianos; por fin la Nueva Jerusalén está en manos de los representantes de la fe de Cristo, y el mayor castigo a su soberbia es la partición de sus territorios, que pasan a ser administrados por los occidentales.

Es fácil comprender que estas dos posturas, claramente irreconciliables, marcan un hito en la Historia del medievo europeo, y muestran hasta qué punto habían avanzado en direcciones diametralmente opuestas los sentimientos de los dos bloques básicos de este periodo en el Viejo Continente, más aún que en el momento del cisma. Por parte de los bizantinos, no obstante,

el gran desastre de 1204 será a la postre el acicate que quizá había necesitado durante largo tiempo, y de hecho, los refugiados en Nicea pronto encontrarán una nueva línea de pensamiento que dictará sus pasos: la recuperación de Constantinopla y la defensa de la ortodoxia, los dos pilares que dan sentido al Imperio a partir de este momento.

A pesar de que tras la disgregación que siguió a la caída de la ciudad se formaron otros Estados, como el de Trebisonda o el Despotado de Epiro, ninguno de ellos encarnó el espíritu de continuidad del Imperio como el de Nicea, y ello quizá por el origen constantinopolitano de sus intelectuales y gobernantes. En aquel destierro tienen oportunidad de conocer de cerca la situación del bizantino de provincias, en el que se apoyarán para la construcción del nuevo Imperio en el exilio, algo transitorio a la espera de retomar la Ciudad.

Ambos grupos humanos se unirán con un objetivo común: el odio frente al latino y el deseo de recuperación de la sede imperial como símbolo del Imperio para resarcirse de la humillación sufrida. Y si bien la diferencia entre gente de provincia y de la capital sigue existiendo en lo que respecta a la distinta formación e intereses de cada uno, se impondrá la voluntad común de reconquistar Constantinopla, símbolo para unos de una Nueva Roma universal, sol del Imperio que irradia a los demás; para otros, Nueva Jerusalén y negativo de la Roma papal y pérfida. De este entramado de personas y puntos de vista surgirá el concepto conocido como "Gran Idea", base del posterior movimiento de liberación neohelénico, que en estos momentos se materializa en el objetivo único de recuperación de Constantinopla, base para la reorganización del Imperio.

El emperador, una vez más nuevo Constantino, se verá como el representante ideal de este sacrosanto fin, en esta cuestión que ya es nacional, en el sentido de identificar lo *heleno*, es decir lo bizantino, con la fe correcta y el Imperio verdadero, y en el afán de lucha y entrega para la obtención de ese

bien superior. El soberano, a su vez, es consciente de la necesidad de una renovación de las bases sobre las que se mueve el Estado, dado que la política seguida por los emperadores anteriores se había manifestado a las claras errónea, y sus consecuencias, fatídicas. Recurrirá a medidas que habían dado resultados en otros momentos, como la división en temas, e incluso otras tomadas de los latinos, como la integración de algunos de ellos, famosos por su dominio en las artes bélicas, entre sus filas. Pero ante todo, se basará en aquellos súbditos de provincias, que tantas veces habían ayudado al Imperio a sobrevivir.

Con el apoyo de la población, que veía una mejora en sus vidas, y del clero, cuyas ideas sobre los latinos compartían todos, guiados por el fin último dictado por la nueva Gran Idea, el Imperio resurge de sus cenizas sentando sus bases en la cultura de la Antigüedad helénica, que de nuevo se retoma con renacido esplendor con los Láscaris.

Con todo, el Imperio de Nicea mostrará en su seno la tensión entre las dos tendencias eternas en su Historia, cinceladas por el devenir de los siglos en formas particulares, pero siempre forjadas sobre el mismo material. La élite constantinopolitana no comparte la satisfacción de la población de provincias ante la política antiaristocrática de estos emperadores, y no tardará en poner en el trono a Miguel Paleólogo como representante de una política opuesta, lo que lleva al conocido como cisma de Arsenio, por el patriarca que lo protagonizó con su oposición al Paleólogo. Pero en última instancia estamos ante esa contraposición entre el Asia Menor (o sea, Oriente), una de las provincias hastiadas de sacrificarse en aras de la grandeza de la capital siguiendo una política que había llevado a todo el Imperio a la ruina; y de otro lado, la prepotencia de la Ciudad, que en su afán de continuidad como centro del Universo considera necesaria la aportación de todos los súbditos para mantener a cualquier precio su estatus y prestigio.

En otras palabras, el enfrentamiento entre la idea conservadora, oriental, y la universal, que ahora centra su objetivo en Constantinopla, toda vez que la cristiandad está dividida y el sueño de la defensa de Occidente y los hermanos en la fe ya no tiene razón de ser. La recuperación de Constantinopla será una idea obsesiva tal que se llegará a recurrir de nuevo a Occidente para mantenerla, algo que no hacía sino abrir la puerta de nuevo a la paradoja de poderla perder gracias a la solución que se buscaba para tenerla.

A pesar de todo, y para sorpresa de los latinos, en apenas medio siglo se recupera la Ciudad y el emperador Paleólogo manifiesta enseguida su interés por seguir una política de expansión que se concibe como recuperación de territorios bizantinos, apoyándose una vez más en las poblaciones de provincias, sobre todo en las del Asia Menor, que vuelven a aportar hombres y dinero para ello, pero dejando un tanto de lado el verdadero peligro de este momento: el avance de los turcos. Pero la euforia de la vuelta a Constantinopla y los triunfos externos no permiten a Bizancio verlo. Miguel Paleólogo ha sabido entroncar con los monarcas predecesores y devolver a su Imperio el prestigio y posición de antaño con todos los medios a su alcance, incluida la ayuda económica de algunas repúblicas occidentales, y planteando incluso la unión de las Iglesias, algo que no le perdonará el pueblo bizantino, cuyo odio hacia los latinos aumenta de día en día, más aún con la nueva injerencia de Occidente en materia económica.

Tras este nuevo destello, empero, se impone la revisión de los problemas internos, como son las crisis sucesorias, que seguirán poniendo freno a la necesaria política externa de unión frente al enemigo turco, que ya arrasa las provincias del Asia Menor, hasta que las hacen suyas junto con otros territorios, de manera que el Imperio quede reducido a la zona de Constantinopla, y los despotados de Morea o Mistrás en el Peloponeso. Los bizantinos comprenden que el fin está cerca, y el desánimo cunde entre una población que ve en la política de sus gobernantes confusión y desorientación.

En realidad, en estos momentos finales el Imperio va improvisando soluciones sobre la marcha, mientras en el interior se multiplican las controversias espirituales, como el hesicasmos, a veces por naderías, hasta tal punto que en la memoria de todos ha quedado aquello de “discusiones bizantinas”.

Pero este interés por cuestiones religiosas tiene su fundamento. De un lado, la realidad del presente y las nulas perspectivas de futuro conllevan una especial dedicación al mundo trascendental, el de la vida futura, única esperanza. De otro, la visión coherente que el bizantino tiene de su propio Estado, que, recordemos, ha sido elegido por Dios y favorecido por su Voluntad; y si ahora ha perdido este favor, ello es debido a que su pueblo se ha apartado del camino correcto. En una palabra, el fin del Imperio cristiano corresponde a la voluntad de un Dios airado que castiga a los suyos para purgarlos y en última instancia, para que puedan redimir a los demás cuando hayan lavado sus culpas. Esta idea fatalista, pero consecuente con lo que era el fundamento del Imperio, implica muchas de las actitudes que nos resultan sorprendentes a primera vista, como el acercamiento a los turcos, que se llega a ver como una forma más de la voluntad de Dios.

A todo esto hay que añadir el importantísimo papel que juega para el bizantino la permanencia en la ortodoxia y la lucha a muerte con el enemigo latino, que a menudo le ciega impidiéndole ver posibles soluciones. Por última vez, en aquella sociedad turbada y pesimista por su futuro, se dan las dos tendencias, con su tinte particular, como sucedía siempre. Aquellos intelectuales formados en la tradición de la Antigüedad se volcarán en el estudio de los clásicos, de tal modo que sentarán las bases sobre las que erigir el edificio del Renacimiento, en muchas ocasiones con su propia presencia en Europa, adonde marcharon tras el desastre final.

Frente a este florecimiento del interés por el helenismo del pasado, del que se considera heredero y depositario el Imperio, se alzarán la actitud del bizantino de a pie, dominado por su profunda aversión a todo lo latino y

occidental, en especial todo aquello que guarde relación con el papa, y apegado a los dictados de un clero no menos intolerante. Es el último intento de mantenerse fiel a la propia identidad, pues sólo eso podría garantizar la pervivencia del Imperio mientras durase, y es comprensible que fuese el único asidero del pueblo llano ante el peligro exterior, la terrible dependencia económica de Occidente y los problemas internos.

Paradójicamente, el fin del Imperio no supuso el fin definitivo de estas tendencias, sino que más bien se produce una síntesis de las dos, que veremos resurgir siglos más tarde como base para la lucha por la independencia de los griegos. En efecto, a través de la Iglesia, que actuará como transmisora de todo lo que significaba Bizancio, se mantiene la idea de lo que se concibe como el único Imperio cristiano legítimo, elegido por Dios, heredero del conocimiento de la Antigüedad, y por ello, luz de las naciones (idea ecuménica); identificado por la ortodoxia, única verdad, y encarnado en un pueblo designado por la misma voluntad divina (idea "oriental").

En opinión de Alexander¹¹⁶⁶, la incapacidad, por parte de los intelectuales bizantinos, de explicar la grandeza del Imperio fuera de las coordenadas de un plan divino condujo a una indefensión psicológica con el declive posterior a la dinastía macedonia, a partir de la catástrofe de Manzikert ante los selyúcidas (1071) y lo que vendría en siglos posteriores. Resultaba inconcebible la idea de convertirse en un imperio menor, y dejar de ser la cima de la pirámide. Sólo podía explicarse por haberse apartado el pueblo bizantino y sus dirigentes del camino de Dios: recuperar la divina protección dependía de la vuelta a lo que venía dictado por Su ley.

Esta doble vertiente, pues, de ecumenismo de la cultura bizantina, la del único Imperio civilizado, que ilumina a todos los pueblos; y a la vez, el sentimiento nacionalista, o sea, de pertenencia a un pueblo escogido y portador de la verdad divina, seguirá acompañando el devenir de los griegos hasta

¹¹⁶⁶ "Strength", pp. 356-7. Ilustra esta idea con textos de Miguel Atalates.

nuestros días de un modo u otro, prevaleciendo uno u otro aspecto, al igual que durante toda la Historia bizantina.

III. 4. LA IDEOLOGÍA POLÍTICA EN TIEMPOS DE LOS MACEDONIOS

Dado que muchos de los elementos presentes en la ideología motriz de los reinados de esta dinastía han sido tratados de alguna manera en los distintos apartados vistos hasta ahora, en este capítulo intentaremos hacer sobre todo una recapitulación de sus principales aspectos.

Es algo comúnmente aceptado el hecho de que con la dinastía macedonia, por muy turbios que fuesen sus orígenes, Bizancio alcanzó la que sería su última etapa de verdadero esplendor y predominio entre las demás naciones que componían el mosaico histórico de su momento. A ello contribuyó la concurrencia de diversos factores que creaban una situación muy distinta a la de sus inmediatos antecesores o los imperadores iconoclastas, si bien con ellos, como hemos señalado¹¹⁶⁷, se habían puesto en realidad algunas bases sobre las que se construiría luego el edificio de los macedonios.

Por un lado, en política exterior, vemos que el terrible peligro árabe en las fronteras orientales se ha detenido por el momento, gracias a la reorganización que supieron planificar los emperadores iconoclastas, aunque la posterior tradición iconódula se resistiese a reconocerlo. La situación con los eslavos, fuente permanente de conflictos con el Imperio, también parece haberse estabilizado, si bien los búlgaros seguirán siendo una espina que los macedonios tendrán que sacar con auténticos cauterios en la herida. En resumen, puede decirse que en esta nueva etapa el centro de gravedad de los asuntos exteriores vuelve a pasar a Occidente, con el citado problema búlgaro y la presión árabe sobre los territorios de las penínsulas itálica y helénica, nuevos focos de ataques desde sus bases africanas.

¹¹⁶⁷ *Vide* apartado II. 2 de la primera parte, sobre el Renacimiento macedonio.

A este cambio en las circunstancias exteriores se une la presencia del usurpador Basilio que, contra todo pronóstico, supo manejar la nave del Imperio, como diría el propio autor de la *Vita*, a buen puerto, y crear una línea política que sus sucesores continuaron con éxito, hasta llevar a Bizancio al destacado puesto que ocupó durante varios siglos. La estabilidad que proporcionaba al Estado la implantación del sistema hereditario de sucesión, más o menos encubierto con la figura de los coemperadores, permitió centrarse en asuntos de funcionamiento interno, como la revisión del sistema legal, una de las grandes obras de los macedonios, o el estatus de ciudadanía.

Al mismo tiempo, el poder se concentra en la práctica aún más en manos del emperador, sobre todo con León VI, cuando se anula la capacidad del Senado para participar en la elaboración y promulgación de leyes, un privilegio que pasa a ser exclusivo del soberano. Paralelamente, se dan o consolidan las condiciones necesarias para favorecer el desarrollo de las artes o las ciencias, con especial interés en el estudio de la tradición clásica, aún bastante limitado a los primeros siglos del Imperio sobre todo, precisamente en un intento por entroncar con ese comienzo constantiniano de la Nueva Roma, entre otros.

El Estado comprende, además, la necesidad de contar con dirigentes bien formados, con lo que se crea una élite intelectual formada en gran parte por altos funcionarios, que están, a su vez, fuertemente jerarquizados. Están presentes, pues, los elementos necesarios para crear todo un programa propagandístico en todos los ámbitos, destinado a resaltar la grandeza del Imperio, y la superioridad cultural de sus súbditos sobre cualquier otra nación, programa que recorrerá desde el ceremonial hasta el arte, con multitud de nuevas y lujosas construcciones que son una muestra más de *grandeur* ante los propios bizantinos y los extranjeros.

No es de extrañar, pues, que sea en este momento cuando cristalizan los conceptos que consideramos clave en la ideología bizantina, de la mano del

homo novus que sin duda ha enviado la Providencia para devolver al pueblo elegido su guía, de modo que el Imperio siga poniendo en práctica su misión de redención, en la cuenta atrás hacia la Parusía. La mejor prueba de la complacencia divina se encuentra en que sigue guiando los pasos de sus herederos. Ahora más que nunca tendrán vigencia los conceptos de emperador como padre, cima de la pirámide jerárquica de los pueblos, ungido de Dios, guía del pueblo elegido, etc., y del Imperio que tiene una misión escatológica dictada por la economía divina.

Es más, los macedonios parecen ser conscientes de la posibilidad de que el fin de los tiempos sobrevenga mientras alguien de su dinastía esté en el trono, algo que se traduce no en un pánico milenarista, sino en algunas pautas de gobierno que permitan, como si dijéramos, tenerlo todo a punto en el momento en que hubiese que rendir cuentas. Actitudes como la conversión de los judíos o el afán recopilatorio de distintas reliquias, el culto a los santos, la estricta observancia del ceremonial, etc. han sido interpretados por la crítica¹¹⁶⁸ desde este punto de vista, e incluso se ha sugerido que el extremado interés del Porfirogeneta no sólo por mantener un orden que se considera inamovible e inmutable, sino por compendiar, organizar y enumerar todos los saberes y consecuciones del hombre en su época, tiene este último origen: sería una especie de auditoría del Imperio, a fin de no ser sorprendido, como las vírgenes necias del Evangelio, sin los necesarios preparativos cuando vuelva el Esposo.

Si analizamos la situación a la luz del prisma empleado por H. Ahrweiler para cada periodo de la Historia bizantina¹¹⁶⁹, tendremos que concluir que en este momento tiene lugar un nuevo viraje hacia la política occidental o ecuménica: los problemas en esta zona del Imperio afectan a una

¹¹⁶⁸ MAGDALINO, P., "Year 1000", pp. 256-257. En opinión de este autor, la tarea de compilación de esa época, que debe abarcar desde la *Biblioteca* de Focio, no es comparable a la de ningún otro momento, ni en amplitud ni en objetivos, y nunca volvió a acometerse algo que pudiera parangonársele, mientras que las empresas culturales posteriores son de muy distinta índole.

¹¹⁶⁹ *Vide supra*, apartado anterior (III. 3).

parte de la población dedicada al comercio o la industria, tradicionalmente más cercana a lo que podríamos llamar mundo grecorromano, frente a las agrícolas poblaciones orientales, que en su día habían supuesto la salvación del Imperio, con su entrega a la causa de conservar lo que aún pertenecía a Bizancio haciendo frente al enemigo de Oriente. Ahora lo que peligra es precisamente el floreciente comercio y las relaciones marítimas del Imperio¹¹⁷⁰, y ello implica el despertar de la idea ecuménica de recuperar en lo posible lo que por derecho propio pertenece al *Imperio Romano*, una política que tantos bienes había reportado en el periodo protobizantino.

No obstante, mucho habían cambiado las cosas desde entonces, cuando Occidente era un páramo en lo que a autoridad política se refiere, donde los bárbaros campaban a sus anchas, y el único orden era el de Bizancio. No sin razón se había forjado la idea del Imperio como representante del bien, de la luz y la verdad, del único sistema justo de gobierno: desde su punto de vista, fuera de sus fronteras sólo existía la barbarie, y el Imperio tenía una misión de salvación hacia sus hermanos cristianos y evangelización de los infieles. Pero ahora comienzan a existir soberanos en Occidente, algunos ya cristianos, que apoyándose en Roma reivindican el título de herederos del Imperio Romano y defensores de la cristiandad, como es el caso de Carlomagno, sabedor del

¹¹⁷⁰ Sin embargo, los macedonios tuvieron que afrontar el problema del empobrecimiento de la población agrícola y la concentración de poder de los grandes latifundistas, como vimos, con la adopción de medidas legales destinadas a limitar este proceso. Paralelamente, se desarrolla toda una propaganda imperial dirigida a mostrar al emperador como protector del pobre frente a los abusos de los ricos, que ya aparece plasmada en la *Vita*, aunque como señala KAZHDAN, A. P., *op. cit.*, p. 143, la actitud de Basilio a este respecto se presenta sutilmente distinta de la adoptada por Romano Lecapeno: en lugar de presionar a la próspera y potente nobleza, sana y reestructura la administración del Estado, de modo que no haya injusticia en ninguna dirección, ni hacia los desfavorecidos ni hacia los potentados. Cf. 257, 20 y ss., 346, 5 y ss., o 315, 10 y ss., donde significativamente se afirma: “Pues era instrucción suya [de Basilio] y mandato que el inferior no fuese tiranizado por otro más poderoso, y que quien tuviera una situación pujante no recibiera injurias y calumnias del necesitado, sino que aquel abrazara al pobre como a un hermano y le brindara su protección y este, a su vez, bendijera al de mejor fortuna como a un padre común y salvador, y sin engaño alguno requiriera de su señor los bienes”.

enorme prestigio y autoridad que tal título le concedería en aquel momento algo confuso para Bizancio, inmediatamente anterior a la nueva dinastía¹¹⁷¹.

Conocida es la reacción de Bizancio, que hemos comentado también aquí¹¹⁷², pero lo verdaderamente significativo de la cuestión es el nuevo paso que da el Imperio de Oriente para afrontar este cambio de circunstancias, y cómo redefine su papel en la ecumene: aprovecha el argumento del enemigo, la famosa y falsa *Donatio* de la que ya hemos hablado, para blindar aún más los derechos del Imperio como único y legítimo heredero del Romano, como el verdadero elegido por Dios para su labor, a la cabeza del orden natural de naciones, y sobre esta base se construirá el edificio ideológico de la época, que permitirá abrir nuevos horizontes. Y durante los siglos del esplendor macedonio, la Providencia parecerá darles la razón.

No obstante, la principal consecuencia de todo esto será la fragmentación del mundo cristiano en dos bloques cuyas posturas irán separándose de manera irreconciliable, con nefastas repercusiones en el futuro. Más allá del cisma en lo que a comprensión del misterio divino se refiere, es mayor el cisma entre ambas formas de interpretar el mundo; una brecha que sigue abriéndose lenta pero inexorablemente, que culmina con la tragedia de 1204 y se perpetúa en el abandono de Constantinopla a merced del peligro turco.

Por parte bizantina, la base de todo esto se halla en la ideología que se irá aquilatando en estos momentos en el Imperio. Los factores de estabilidad interna y externa en asuntos como política o religión, propician el desarrollo

¹¹⁷¹ Parece bastante obvio el interés de Carlomagno por arrogarse las formas del Imperio bizantino: su consideración como nuevo David y nuevo Constantino, renovador del Imperio, la idea de ser *rex* y *sacerdos*, etc. y en general, el ideario que da cuerpo a su reino es prácticamente el mismo que el de cualquier *basileus*. Con esto concuerda su afán por ser reconocido con el título de emperador de los romanos. Cf. GARCÍA PELAYO, M., *op. cit.*, pp. 44 y ss., sobre la ideología de su reinado, si bien nos sorprende que este estudio no contemple en absoluto la comparación con Bizancio, y lo aborde sólo desde el punto de vista de la Edad Media occidental.

¹¹⁷² *Vide supra*, apartado III. 1. 2. 1 de esta segunda parte.

del pensamiento en Constantinopla¹¹⁷³, muestra de lo cual será la fundación de la escuela de Magnaura por parte de Bardas, tío de Miguel III y verdadero dirigente del Imperio a la sombra de su sobrino. Fue Bardas la mano fuerte en las riendas del Estado que permitió prosperar al incipiente florecimiento bizantino: a él se debe, además de diversos éxitos de política exterior, la designación de Focio para el patriarcado.

De este modo, cuando Basilio se hace con el trono, el cambio ya había comenzado. El nuevo emperador, aunque lejos de ser una persona de cultura, es consciente de la valía de los pensadores de los círculos intelectuales constantinopolitanos, y en especial de la figura de Focio, si bien se ve obligado a destituirlo por previsión política, pero sin apartarlo de Palacio, ya que le encomienda la formación de su propio hijo León.

Focio será uno de los intelectuales que perfilan y dan forma a la ideología política del momento, en la que cristalizan las ideas que hemos visto al analizar las líneas principales del pensamiento político bizantino. De hecho, en la aquí ya mencionada *Eisagoge*¹¹⁷⁴ encontramos algunas de las pocas consideraciones por escrito sobre el gobernante en Bizancio: el reparto de atribuciones entre emperador (poder terrenal) y patriarca (poder espiritual) y la necesaria armonía entre ambos para procurar a sus súbditos bienestar en los dos ámbitos; la figura del emperador considerado como bien común de todos los ciudadanos, protector y defensor de los bienes presentes, pero entre cuyos deberes se halla también el de recuperar los perdidos y obtener los que faltan a través de justas victorias; finalmente, la figura del patriarca como protector y defensor de los que siguen la fe correcta, siendo uno de sus deberes hacer desistir de su error a los herejes y procurar que vuelvan a la ortodoxia.

Estos conceptos son suficientes para dar base ideológica a la nueva orientación del Imperio: tanto la aspiración a recuperar territorios perdidos o

¹¹⁷³ *Vide* apartado II. 2 de la primera parte.

¹¹⁷⁴ Cf. *supra*, apartados III. 1. 2. 2. e) y III. 1. 3 de esta segunda parte.

bienes que por justicia le pertenecen, como la de traer al redil a las ovejas descarriadas del rebaño cristiano, justifican un nuevo concepto de guerra justa por el bien supremo que es el propio Imperio, dirigida incluso contra otros cristianos, algo que en otro tiempo habría sido impensable.

Este tipo de guerra es posible teniendo en cuenta que en el fondo los verdaderos cristianos, los que representan la verdadera fe, son los súbditos del Imperio; y que como único reino legitimado por Dios, necesita ampliarse para cumplir con los designios divinos de redención, y a la vez, liberar de la ignorancia de la Verdad a los no creyentes, o de la oscuridad a los cristianos herejes. Dicho de otro modo, estas ideas fundamentan el que esté en manos del emperador de Oriente o el patriarca la decisión sobre la *ortodoxia* de una nación, y de hecho, en esta época ambas instituciones se apoyarán mutuamente en su labor ecuménica: de expansión territorial, por parte del emperador; de evangelización (otro modo de expansión), por la del patriarca.

Llegados a este punto debemos retomar la cuestión de la expulsión de Focio del patriarcado por parte de Basilio I y las razones últimas que lo llevaron a ello. Normalmente se acepta la teoría de que el emperador sacrificó, por así decir, al que tenía por gran pensador y personaje fundamental para el Imperio, en aras de un entendimiento con Roma, en especial para poder intervenir militarmente en Italia, al tiempo que, por otra parte, frenaba las peligrosas aspiraciones patriarcales que veíamos en sus teorías, capaces de mermar el poder del emperador en beneficio de un redimensionado patriarca, paralelo al papa de Roma.

No obstante, en los últimos años se ha dado un nuevo enfoque a la cuestión, según el cual la expulsión de Focio fue el necesario resultado de una novedosa política exterior emprendida por Basilio y consistente en una revisión de la *Donatio*¹¹⁷⁵. Ello le permitió pactar con el papa lo que Λουγγής llama una *reconquista* (sic) limitada de territorios en el sur de Italia, y más allá, justificar

¹¹⁷⁵ ΛΟΥΓΓΗΣ, Τ., *Ιδεολογία*, pp. 99-103.

una nueva política ecuménica, limitada también, y orientada a los Balcanes y el este de Europa, siempre con la aquiescencia papal y la entrega, como contraprestación por parte de Bizancio, de la Moravia, fuente de conflictos durante largo tiempo por la cuestión de la evangelización, que brillantemente habían llevado a cabo Cirilo y Metodio¹¹⁷⁶.

En este nuevo proyecto político de reducidas pero objetivas dimensiones no cabía, pues, el concepto ecuménico universal de Focio del que hemos tratado al hablar del cesaropapismo¹¹⁷⁷, y es en este contexto en el que habría que enmarcarse la necesidad de apartar al patriarca de su influyente puesto, y los términos del acercamiento al papado, con el que se había enfrentado abiertamente Focio por la evangelización de los pueblos limitáneos.

Había, con todo, otra cuestión de fondo: el desmedido aumento de la autoridad patriarcal en detrimento de la institución imperial, muy debilitada con la dinastía anterior, en especial con Miguel III. Como señala la doctora Blisidou¹¹⁷⁸, tras hacer un estudio de la progresiva injerencia de Focio en asuntos que ya habían dejado de pertenecer solo a la esfera religiosa, el problema no era en sí la relación de esas actitudes con el papado, sino con el propio Estado bizantino. Basilio supo ver que Focio constituía un verdadero peligro por sus aspiraciones “papales”, y su pretensión de gobernar sobre el emperador de Oriente y Occidente, como cabeza suprema de las Iglesias en la ecumene cristiana.

Y si el enfrentamiento con el papado le permitía a Focio ampliar su área de influencia entre los pueblos en proceso de evangelización, anulaba sin embargo la posibilidad que le quedaba a Basilio de intervenir en los territorios occidentales (sur de Italia), con la nueva lectura que de la *Donatio* se hacía y que le abría las puertas a nuevas campañas allí con permiso del papa. El primer

¹¹⁷⁶ Sobre este asunto, cf. el citado artículo de ΒΑΣΙΛΙΔΟΥ, Β., “Αυτοκρατορικός θεσμός”. También OSTROGORSKY, G., *op. cit.*, pp. 234-237.

¹¹⁷⁷ Cf. apartado III. 1. 3 de esta segunda parte.

¹¹⁷⁸ *Op. cit.*, pp. 38-40.

macedonio, pues, tuvo que prescindir del brillante patriarca por necesidades de Estado, aun reconociendo su valía intelectual, por lo que no lo apartó de la corte por completo.

En opinión de Blisidou, uno de los méritos de Basilio habría sido comprender desde muy pronto la debilidad de la institución imperial, ante un Miguel con total dejación de sus funciones, delegadas en el César, su tío Bardas. La eliminación de este último, más allá de un mero escalón para acceder al poder (que sin duda lo fue), era el primer paso para el fortalecimiento de la figura del emperador. No queremos decir con esto que el macedonio sólo cometió (o participó en) aquellos crímenes como sacrificio necesario para un bien superior, pero es evidente que la consecuencia principal de su concepto de emperador, y de cómo debía gobernarse, fue la revalorización del papel del monarca en la gestión del Imperio y la demarcación de los límites de actuación del patriarca. *Cuique suum*. Su hijo León acotaría aún más las fronteras entre ambos poderes, deshaciéndose definitivamente de Focio, posible impedimento para ello.

Por su parte, la historiografía macedonia será muy cuidadosa al silenciar este aspecto de la política de Basilio, así como al propio Focio, que como vimos al analizar la *Vita*, aparece simplemente mencionado cuando es estrictamente necesario, a pesar de la importancia real de su papel. En efecto, en la obra diseñada para cantar las delicias del reinado de Basilio, en ninguna parte aparece la más mínima alusión a estos tratados con el papa, ni al problemático trasfondo con el patriarca. Ni siquiera en el capítulo dedicado a cómo Basilio puso orden en el aspecto eclesiástico¹¹⁷⁹ se habla abiertamente de Focio, ni de cuál era el problema que debía atajar el nuevo emperador.

Para Λουγγής el Porfirogeneta estaría detrás de esta ausencia de Focio en la historiografía diseñada para encomio del primer macedonio, y de esa visión de ecumenismo limitado que proyecta la dinastía de manera oficial.

¹¹⁷⁹ τῶν ἐκκλησιῶν τοῦ θεοῦ, 261, 20 y ss. *Vide* apartado III. 5. 7 de esta segunda parte.

Blisidou va más lejos cuando sugiere que la *Vita* no sólo omite cuanto está relacionado con Focio, sino que incluso da una visión negativa de su labor al hablar de la evangelización de búlgaros y rusos: de los primeros dice que, aunque pueblo cristiano ya en teoría, “sin embargo, todavía no era firme ni constante en el bien, zarandeado con facilidad y llevado de un lado a otro como hojas por el viento¹¹⁸⁰”, frase que pone en duda que el de Focio fuese un trabajo concluido. En el caso de los rusos, no se menciona ninguna misión evangelizadora anterior: habrían aceptado un arzobispo enviado por el patriarca Ignacio, y gracias a su valor, esfuerzo y un milagro, los habría convencido para recibir el bautismo¹¹⁸¹, lo que supone obviar lo dicho por Focio en su carta encíclica a las sedes pontificias de Oriente acerca de la conversión efectiva de este pueblo¹¹⁸².

A esto debemos añadir que nuestro Constantino ha sido señalado como el principal recuperador de la *Donatio* interpretada en clave bizantina, es decir, para los intereses del Imperio¹¹⁸³. Sobre el papel de Constantino Porfirogeneta en esta reelaboración de la historiografía ya hemos hablado, pero volveremos a referirnos a ello en el comentario de la *Vita*.

En todo caso, se puede aducir que a este replanteamiento de la idea ecuménica llega un Imperio presionado por los acontecimientos en Occidente; que necesita afianzar su lugar en las coordenadas políticas de un momento en que es decisivo definir las áreas de influencia frente a un creciente aumento de poder tanto en el papado como en los reinos que se van gestando y consolidando peligrosamente, atentos a cualquier menoscabo en el Imperio para utilizarlo en provecho propio. Con este acendrado sentimiento de estar por encima de todo y de todos, de ser el único Imperio, logrará Bizancio dar el

¹¹⁸⁰ 342, 10-11.

¹¹⁸¹ 342, 20 y ss.

¹¹⁸² A este respecto *vide* ΒΑΣΙΛΙΔΟΥ, Β., “Αυτοκρατορικός θεσμός”, p. 34 y nota 3.

¹¹⁸³ Cf. AHRWEILER, H., *op. cit.*, pp. 57-59, donde comenta la implicación personal del Porfirogeneta en el uso del famoso documento.

salto hacia delante y mantener su estatus unos cuantos siglos más, durante los cuales será la indiscutible gran potencia del mundo de la época. Eso sí, a costa de una radicalización de posturas que más tarde serán su propia perdición.

En época de Constantino VII está plenamente asentado este sentimiento de supremacía del pueblo bizantino y su emperador en todos los sentidos. No resulta extraña, pues, la extremada preocupación del Porfirogeneta por el ceremonial y todo aquello dirigido a resaltar el *orden* establecido por Dios y encarnado sin duda en el sistema bizantino. Ya hemos hablado en otras ocasiones de la preocupación del Porfirogeneta, presente también en su padre León, por la εὐταξία y el mantenimiento de lo que se considera inamovible tanto por su origen divino como por el continuo examen que la Providencia hace de la gestión de ese orden por parte de los emperadores, y que podría leerse incluso en clave apocalíptica.

La estricta etiqueta que acompaña a cada acto, y de manera muy especial a recibir legaciones extranjeras o a tratar cualquier cuestión de lo que podemos llamar asuntos exteriores, está encaminada a mostrar la grandeza del Imperio, su lugar a la cabeza de las naciones y el carácter sagrado de su máximo representante; a provocar admiración y δέος en cualquiera, de modo que reconozca su majestad y se postre ante ella. Recordemos que la τάξις, ese orden dictado por Dios, es el elemento básico y central de las grandes obras de Constantino referidas a asuntos políticos o de gobierno en general, y sin duda alguna, todas estas ideas forman el núcleo motor de la biografía del primer macedonio.

En esta línea debe entenderse lo importante que resulta la diplomacia en el mundo bizantino de esta época, tanto, que resultará proverbial entre los demás Estados medievales. Además de ser una solución menos costosa que otras, como pueda ser una intervención militar, si se sabe manejar con habilidad, la diplomacia también tendrá su función ideológica, ligada a la del ceremonial: una vez más, mostrar quién es quién en la jerarquía de naciones del

mundo que Dios previó en su economía. El Imperio de Oriente no repara en gastos para este fin y no duda en formar convenientemente al personal implicado en la cuestión, lo que demuestra que más allá de ser un escaparate al exterior, procuraba captar y manipular en la medida de lo posible a todo aquel que se asomara. El Porfirogeneta estaba convencido del valor primordial del aspecto diplomático en el mantenimiento del orden natural.

Otra idea fundamental para los monarcas macedonios, especialmente es la recuperación y revalorización de la figura del primer emperador cristiano¹¹⁸⁴, que conoce un nuevo auge: la situación privilegiada del Imperio se debería al favor divino a través de Constantino el Grande, quien recibió directamente de Dios sus signos y la misión salvadora a la que está destinado Bizancio. La fundación de Constantinopla bajo los auspicios divinos es la piedra angular sobre la que se construirá el edificio del Estado previsto por Dios para su misión escatológica. En el fondo, apreciamos en todo ello el enorme esfuerzo que hicieron los macedonios por dar un sustrato ideológico plausible a su presencia y actividad a la cabeza del que en ese momento era el Imperio por excelencia. El confuso origen de la dinastía y su permanencia en un sistema donde la sucesión dinástica era difícil de justificar, encontraban en todos estos argumentos una sólida base y una razón de legitimidad que sin duda caló en sus súbditos.

La identificación entre la figura del emperador y la de Constantino el Grande no era ni mucho menos novedosa en Bizancio, como ya se ha señalado aquí, pero no es menos cierto que los macedonios hicieron un particular uso de ella¹¹⁸⁵. Si Basilio resultó complacido con las comparaciones constantinianas que el propio Focio haría de su persona y su reino, su nieto Constantino fue

¹¹⁸⁴ *Vide* apartado III. 1. 3 de esta segunda parte. Cf. DAGRON, G., *op. cit.*, pp. 236-237; AHRWEILER, H., *op. cit.*, pp. 56-59; MARKOPOULOS, A., "Roman Antiquarianism", pp. 6-10, con más referencias bibliográficas al respecto.

¹¹⁸⁵ A este respecto, cf. el ya mencionado artículo de MARKOPOULOS, A. "Constantine in Macedonian Historiography".

más allá al entroncar el origen del primer macedonio con el primer emperador cristiano. En opinión de Markopoulos¹¹⁸⁶, esto es un indicio de la evolución que ha tenido lugar en la ideología política propia de esta época, donde el tópico del origen humilde del emperador se matiza, de modo que tanto en los escritos de Focio como en la *Oración fúnebre* de León vemos que un noble origen es elemento fundamental de esta nueva concepción, aunque en apariencia no sea visible, como en el supuesto caso de Basilio. En dicho panegírico póstumo León se remontaba a los Arsácidas, mientras que el Porfirogeneta da un paso más hasta reclamar lazos de sangre con quien se considera el modelo por excelencia.

Dicho de otro modo, la relación directa entre Constantino el Grande y la dinastía macedonia habría sido establecida por el Porfirogeneta, en cuyo reinado se detectan muchos otros elementos que apoyan esta identificación¹¹⁸⁷. Para Constantino VII ya no será un modelo al que aspira, sino la viva imagen de aquel máximo emperador del orbe cristiano¹¹⁸⁸. En muchos de los textos de su círculo, por ejemplo, la tradicional retórica laudatoria del emperador suele teñirse de calificativos propios del triunfador del Milvio. Por otra parte, los símbolos *sacros* del Imperio, sus reliquias más significativas, incluirán la venerable cruz del propio Constantino. El descubrimiento del Mandilion y su llegada a la ciudad imperial no solo habrían añadido entidad a la idea del apoyo divino a la dinastía, y en especial al propio Porfirogeneta, ninguneado por los Lecapenos, sino que permitiría establecer el paralelismo completo entre ambos Constantinos.

Para Markopoulos todo esto es reflejo de otro aspecto ligado a la nueva ideología política: la imagen del emperador como soberano guerrero y cristiano, en lucha contra los infieles, que comienza a perfilarse ya en algunos

¹¹⁸⁶ *Ibidem*, pp. 162-165.

¹¹⁸⁷ El propio Liutprando (*Antapódosis*, I, 7) nos habla de esos rumores de consanguinidad entre el primer Constantino y el Porfirogeneta: “Unde et hunc Constantinum, Leonis imperatoris filium, ex eius sanguine nonnulli dicunt originem ducere”.

¹¹⁸⁸ MARKOPOULOS, A. “Constantine in Macedonian Historiography”, p. 164.

escritos de León VI. La batalla contra los árabes ha pasado a ser una especie de guerra santa, con lo que de nuevo se cierra el círculo de identificación entre los dos Constantinos. Señala además que si bien el Porfirogeneta no se implicó personalmente en ninguna campaña, nos han llegado algunos discursos / arengas que se le atribuyen, dirigidos a los ejércitos. Independientemente de la insoluble por ahora cuestión de su autoría, lo significativo es el interés por proyectar una imagen de emperador descendiente de noble estirpe, que lleva las riendas del Imperio en persona y dirige sus tropas contra el infiel¹¹⁸⁹.

La iconografía asociada a su reinado presenta claras huellas de esta ideología: el Porfirogeneta aparece representado como el rey Abgar de Edesa, o bien como Cristo; incluso tenemos una imagen de Constantino I con los rasgos del Porfirogeneta¹¹⁹⁰. Todo esto nos lleva a pensar si además de las razones ya subrayadas no habría pesado sobre el Porfirogeneta la idea milenarista a la que hacíamos referencia en capítulos anteriores. Es decir, si Constantino no habría visto de alguna manera la mano divina en su inesperada vuelta al trono, que cerraría un ciclo por el cual su dinastía podía ser la verdaderamente bendecida por el Rey de reyes. A su juicio, los paralelismos serían muchos, hasta el nombre de su esposa, que podía ser la nueva Helena¹¹⁹¹; incluso el hallazgo del verdadero rostro de Dios coincidiendo con la caída de Lecapeno era indicativo de este nuevo rumbo de las cosas.

Como reflexión personal nos planteamos si no vería otra similitud en la condición de bastardo que algunas fuentes antiguas atribuían a Constantino, y

¹¹⁸⁹ *Ibidem*, p. 166.

¹¹⁹⁰ En el tríptico de Sinaí, el marfil del Museo Histórico de Moscú y el de Dumbarton Oaks respectivamente. Para más datos sobre estas obras, cf. MARKOPOULOS, A. "Constantine in Macedonian Historiography", p. 166, nota 51.

¹¹⁹¹ Apelativo este que ya se había atribuido a otras emperatrices, en especial a su abuela Eudocia, esposa de Basilio, dentro de la propaganda imperial: cf. MARKOPOULOS, A. "Constantine in Macedonian Historiography", p. 160. Ya hemos comentado cómo el primer macedonio parecía estar bastante convencido de que la consumación de los tiempos podía acaecer bajo su reinado.

que sigue siendo motivo de investigación¹¹⁹². Su madre, la que fuera luego Santa Helena, es calificada en algunos textos como concubina, en otros como la primera esposa de Constancio, quien luego la habría repudiado para tomar a Teodora, hija de Maximiano, por intereses políticos; otras fuentes silencian su estado civil. A ojos del Porfirogeneta, ello no menguaría un ápice el señorío ni la legitimidad como emperador de Constantino el Grande, como sucedía con su propio caso: casi podría ser otro ejemplo de cómo Dios se complace en los (en apariencia) pequeños y humildes, los despreciados por otros, y los hace objeto de Su voluntad por sus virtudes. No es más que una hipótesis que formulamos, pero que encajaría bien con el interés mostrado por el nieto de Basilio hacia el primer emperador cristiano.

Es probable, pues, a partir de cuanto llevamos visto acerca del Porfirogeneta, que su obsesión por el orden establecido, el inventario de los saberes y las formas rituales o ceremoniales, la adquisición de importantes reliquias o la conexión con ese primer emperador de la era *post Christum* guardara una estrecha relación con esta perspectiva del fin de los tiempos, no tanto apocalíptica, como vimos, cuanto preocupada por rendir correctas cuentas al Altísimo. Por no enfrentarse, llegado el caso, al “οὐκ οἶδα ὑμᾶς” que oyeron las μωραὶ παροθέναι¹¹⁹³.

Y enlazando con cuanto decíamos sobre el que se consideraba papel indiscutiblemente principal, único y hegemónico del Imperio creado por Constantino y su regia sede, a pesar de las tribulaciones e insidias de advenedizos que pretendían arrogarse las atribuciones connaturales al

¹¹⁹² En general, se tiende a pensar que su madre Helena era de origen humilde, la jovencísima hija de unos posaderos en cuyo establecimiento la habría conocido Constancio, a quien siguió en sus campañas, donde dio a luz a Constantino; y que es probable que nunca hubiese tenido una situación de esposa legal. Cf., p. ej., POHLSANDER, H. A., *The Emperor Constantine*, Nueva York 1996, pp. 13-15; LENSKI, N., "The Reign of Constantine", en *The Cambridge Companion to the Age of Constantine*, Cambridge 2006 (Cambridge Collections Online, Digital Object Identifier: 10.1017/CCOL0521818389.004).

¹¹⁹³ Mt 25, 12.

emperador de la nueva pero verdadera Roma, el único, tampoco nos parece raro que fuese en época de los macedonios, sobre todo en el siglo X, cuando se utilizase la *Donatio*, como hemos visto, para legitimar ese privilegiado lugar del Imperio frente a las demás naciones y subrayar el papel de su fundador, cuando ya había servido para los intereses occidentales mucho antes. Muy probablemente el Porfirogeneta aprovechó la oportunidad que le brindaba el contenido del documento para dar forma a muchas de las ideas expresadas en sus obras, como la estructura jerárquica de las naciones, reflejo de la armonía cósmica y del orden divino, donde el emperador bizantino es el padre, y los demás pueblos están emparentados con él en función de sus relaciones históricas con el emperador bizantino desde Constantino el Grande.

Según este criterio, el emperador tiene en los demás soberanos hijos, hermanos o amigos, y los demás pueblos se pueden dividir en nobles (*εὐγενῆ*), menos nobles y finalmente, carentes de toda *εὐγένεια*. Todo ello basándose en un sistema descendente donde la cúspide está, sin duda, ocupada por el pueblo y el emperador bizantino, y los demás niveles se articulan según el trato habido entre cada nación y éstos. Esto es explicable desde la absoluta legitimidad y autonomía del Imperio y la Iglesia de Oriente, fruto directo del traspaso realizado por Constantino el Grande a la Nueva Roma.

No hay que olvidar, por otra parte, que para el Porfirogeneta con la *translatio* se transmite algo más que el poder y la legitimidad: Constantino trae a su renovada Ciudad eterna todo el prestigio de la cultura grecolatina, de la que sólo los bizantinos son herederos, y que distingue claramente a esos pueblos nobles de los que no lo son, en esa línea que por eso mismo sería recta, nunca trunca, de transmisión del saber, frente a la oscuridad en la que se han visto sumidos a menudo otros reinos occidentales.

De esta manera y paradójicamente, el mismo documento empleado en Occidente para intentar mermar el poder del Imperio, arrebatándole parte de su prestigio, y sobre todo, proporcionar al papado de Roma enorme autonomía

política, servía para justificar el carácter legítimo, verdadero y ecuménico de Bizancio. Para explicar la ininterrumpida continuidad de un sistema político favorecido desde el cielo como el entorno en el que se desenvuelve el nuevo pueblo elegido con su adalid a la cabeza, el *basileus*, el soberano por excelencia en la tierra, antes de devolver su cetro a Dios.

En este contexto de naciones más o menos privilegiadas, era natural que adquiriera nueva fuerza el concepto de pueblo elegido y las referencias bíblicas en este sentido se multiplicasen. La identificación del soberano con el rey David es plena en este momento y, como veremos, en el análisis de la *Vita*, es el modelo sobre el que Constantino VII construye su versión de Basilio, convencido (o buscando convencernos) de que su antepasado era un nuevo David asignado por Dios para enderezar el curso del Imperio. Por su parte, en la leyenda en torno a la proverbial sabiduría de León VI *el Sabio*, encontramos sin duda evocaciones de Salomón, probablemente buscadas por los propios macedonios, que supieron, como estamos viendo, modelar la imagen que de su dinastía debía tener la posteridad.

Todas estas características nos permiten hablar de una auténtica ideología imperialista, en tanto que se dan las coordenadas necesarias: Estado poderoso de fuerte irradiación a los demás estados contemporáneos suyos; convencido de ser el portador único de la verdad, y de su misión ecuménica y evangelizadora, lo que implica un claro deseo de expansión y absorción de otros pueblos que se justifica por una causa noble; y orgulloso de estar formado por miembros pertenecientes a un grupo humano sin parangón por su propio origen cultural (tradicción y formación grecorromana) y por la predilección que Dios le ha mostrado.

De todo esto se derivará un sentimiento de superioridad e intolerancia hacia todo aquel que no comparta su tradición cultural, o su punto de vista religioso, lo que justifica la imagen soberbia y altanera que de los bizantinos tenían los occidentales en este momento. Y esta autosuficiencia, unida al

desprecio por aquello ajeno a la civilización bizantina, segura de su perduración al estar bendecida por Dios, a la larga llevará al Imperio a su propia ruina. El descuido de la defensa, por ejemplo, con ejércitos de mercenarios en lugar de súbditos; o los rencores sembrados entre los demás cristianos con su actitud intransigente, que llevan incluso al cisma, son algunos de los aspectos que se volverán en su contra en los momentos de crisis que habían de sobrevenir. Y que los bizantinos sólo podrán explicarse atribuyendo a un castigo divino por haberse apartado de la recta senda dictada por el cielo, y no comportarse de acuerdo con Su voluntad, única contrapartida que se le exigía. Igual que el pueblo judío, también el de la Nueva Alianza ha sido castigado.

III. 5. LA IDEOLOGÍA POLÍTICA EN LA *VITA BASILII*.

La *Vita* es, sin duda, una obra fundamental para cualquier estudioso de la época macedonia y de la ideología política que la dinastía supo difundir con todos los medios a su alcance. En este apartado intentaremos analizarla desde este punto de vista, para aportar en lo posible más datos útiles en la investigación de este interesantísimo periodo de la Historia bizantina. Debemos hacer constar que el análisis por necesidad será menos exhaustivo de lo que desearíamos y sería posible, y que no entrará en cuestiones como la verdad histórica o no de los hechos presentados por el autor, sino que se centrará en los elementos ideológicos más destacados y en aquellos pasajes que resulten de especial interés en este sentido. No pretendemos agotar, pues, la investigación de estos puntos aquí, sino más bien sugerir líneas de investigación. Dado el carácter propagandístico de la obra, el estudio incide de manera especial sobre la primera parte, en que se narra (y justifica) cómo llega Basilio al poder, y en ciertos aspectos directamente relacionados con su forma de gobernar como emperador modélico. Ello no implica que sean los únicos, sino algunos de los que hemos considerado más representativos.

III. 5. 1. Proemio. Declaración de intenciones.

Desde el punto de vista de la ideología política, ya en el proemio, al que nos hemos referido en otras ocasiones, queda clara la línea que sustenta la obra y su fin último, que va más allá de ser un divertimento literario o un canto de admiración. Para empezar, Constantino, que se denomina a sí mismo emperador de los Romanos siguiendo el uso habitual, habla claramente del Imperio Romano *de Bizancio* (τοῦ σύμπαντος τῆς ἐν Βυζαντίῳ Ῥωμαϊκῆς ἀρχῆς χρόνου), en lo que para Λουγγῆς sería una huella manifiesta del

ecumenismo limitado¹¹⁹⁴ de los macedonios. Esta mención explícita de Bizancio delimita espacios e impone la idea de un Imperio renovado, surgido a partir de Constantino el Grande, y por ello, autorizado por el primer emperador cristiano, que de esta manera ha trasladado la legitimidad de su cargo a (y solo a) su Nueva Roma. Permite además el reparto de áreas de influencia entre quienes se quieren apropiar del privilegiado puesto del Imperio de Oriente, y cuentan con los medios para hacerlo, pero esta división deja claro quién se queda con el verdadero Imperio y con la misión y el beneplácito divino, aunque pueda estar perdiendo territorios. Por ello la Historia pasará con los macedonios a ser Historia de Bizancio, o sea, de los emperadores propiamente bizantinos desde esta perspectiva; de los anteriores se puede contar con alguna compilación que evite el olvido absoluto de una parte de la Historia, pero que guarde celosamente algo que en el presente no debe ser muy aireado: la gloria del pasado realmente ecuménico, cuando el Imperio ocupaba y regía todo el orbe habitado.

No duda Constantino en recordar que es emperador por gracia divina. Ciertamente es esta una fórmula protocolaria, pero a la vista de las tribulaciones que sufrió antes de llegar al trono, nos hace preguntarnos si no hay un interés por su parte en dar relieve a ese aspecto: su legitimidad es indiscutible, y mucho más al tener en cuenta que es nieto del que va a presentar como modelo absoluto de realeza. En el fondo subyace la idea de la predilección divina que no se hereda, pero que se mantiene sobre una familia si sigue actuando conforme a la voluntad que ha designado a uno de sus miembros para el máximo poder en la Tierra. A fin de cuentas, es esa voluntad celestial la que ha apartado a los usurpadores para poner sobre su cabeza la corona a la que estaba destinado por su nacimiento y por delegación paterna. No hay que desaprovechar ninguna oportunidad para recordarlo y dejarlo bien claro.

¹¹⁹⁴ *Vide* apartado I. 2 de la primera parte y apartado III. 4 de la segunda.

Acto seguido, no obstante, y después de hablarnos de su amplio proyecto de revisión histórica, confiesa que la falta de tiempo por sus obligaciones como soberano, la necesidad de documentación que ello implicaría, además de un enorme esfuerzo por su parte, le obligan a un cambio de planes, que consiste en centrarse en la figura de su abuelo, Basilio I, y explica por qué en unos términos que es conveniente transcribir, por la enorme carga ideológica que tienen, aunque ya se hayan mencionado con anterioridad en este estudio:

Me he embarcado por necesidad en una segunda travesía: narrar por ahora, desde su nacimiento hasta el momento mismo de su muerte, el proceder y los hechos de un único emperador, que elevó la autoridad del imperio a altas cotas, que incluso era epónimo de la soberanía, y resultó ser un gran beneficio para el Estado e intereses de los romanos; con ello pretendo que la posteridad no ignore, a causa del largo tiempo transcurrido, la fuente primera y raíz de la estirpe real, y que sus descendientes tengan erigido en su propia familia la estatua y canon de virtud, y el modelo de imitación. (212, 5-13)

Al hablar de la finalidad de la Historia ya mencionamos la doble vertiente que muestra la *Vita*: de un lado, presentar a Basilio como emperador ideal para las generaciones posteriores; de otro, modelar un ejemplo para otros gobernantes, sus descendientes. Es decir, no sólo hay un deseo de aclarar la legitimidad del primer macedonio y su descendencia, sino de sentar las líneas de actuación para quienes habrán de continuar en el trono, identificados con sus familiares, ya que si emulan a Basilio la predilección divina se mantendrá sobre ellos.

El párrafo presenta otros detalles relevantes. Uno de ellos es la estrecha compenetración entre Basilio y el poder, entendido como esa autoridad que ha concedido Dios y para cuya posesión sólo Él puede designar a un elegido. Esa soberanía (βασιλεία) se identifica plenamente con el antepasado de Constantino, tanto que su propio nombre (Βασίλειος) ya hablaba de ella, aunque los demás no pudieran percibirlo a primera vista. Basilio, pues, equivale a soberanía, a poder legítimo, a providencia divina que ha concedido

a los romanos el dirigente que necesitaba para seguir el camino diseñado para ellos desde el principio de los tiempos.

No es de extrañar, pues, que Basilio devolviese al cargo del emperador su validez y engrandeciese la majestad de la soberanía (ἐπὶ μέγα τὸ τῆς βασιλείας κράτος ὑψώσαντος). Vemos que el pasaje está lleno de términos que juegan con esta idea de soberanía (raíz βασιλ-) y poder / autoridad (κράτος), siempre en sentido ascendente (μέγα, ὑψώσαντος). En este juego de palabras prefiere el término βασιλεύς al de αὐτοκράτορες que ha utilizado al hablar de su proyecto histórico, y es el mismo que ha elegido para el título de la obra y para designarse a sí mismo. En el proemio, pues, de la obra, hace una cuidada selección terminológica al servicio del mensaje que quiere transmitir: legitimidad en el cargo más sagrado de la ecumene, encarnada en Basilio y sus descendientes.

Consecuencia de esta compenetración con la *basileia* es el enorme beneficio (ὄφελος) que supuso su gestión a la cabeza del Imperio. Tampoco aquí parece que se haya elegido esta palabra al azar, ya que esta es una de las obligaciones que tenía el emperador para con sus súbditos, como vimos¹¹⁹⁵: servicio a su pueblo, que es lo mismo que decir al Estado, en su papel de providencia mundana, que debe aspirar precisamente a eso, a buscar el provecho para todo lo que está subordinado a él.

Finalmente nos detendremos en la necesidad política de la presentación que hace de Basilio como punto y aparte en la Historia del Imperio: una renovación radical, un nuevo comienzo. Aunque no es un tema nuevo del todo en el panorama bizantino, tras lo que llevamos analizado es claro que el Porfirogeneta deseaba dar esa imagen de su dinastía como único modo de afrontar con probabilidades de éxito la coyuntura en que se hallaba Bizancio. En el desarrollo del reino - escenario que la economía divina ha previsto, ha habido momentos en que la *basileia* se ha visto amenazada por soberanos que

¹¹⁹⁵ Vide apartado III. 1. 2. 2. d) de esta segunda parte.

han perdido su legitimidad, como sucedió con Miguel III, pero esa misma Providencia ha ordenado los acontecimientos de modo que el nuevo salvador y benefactor del Imperio cristiano lo devolviese a su antigua senda de esplendor, a la que pertenece por derecho propio. El advenimiento de Basilio supone un nuevo orden, el que Dios deseaba, y mientras este se mantenga, mientras sus herederos lo mantengan, todo marchará bien.

Finaliza el prólogo nuestro autor diciendo que si tuviese tiempo continuaría la obra con el relato de esos descendientes, “el relato completo de la historia de su estirpe que desciende hasta nosotros” (212, 16-17). De nuevo insiste en la continuidad de esa línea dinástica que, al perpetuar la labor de Basilio, sigue en el poder por la voluntad divina, a pesar de los intentos de usurpación, podríamos leer entre líneas. Aun así, el centro de su atención es el proyecto de la *Vita*, por su enorme valor como testamento político tanto para sus súbditos como para los futuros soberanos macedonios.

III. 5. 2. Origen de Basilio.

Hasta llegar al nacimiento del emperador, Constantino se remonta a unos antepasados cuya localización en tierra macedonia deriva de una historia algo enrevesada y casi rocambolesca, donde en todo momento interviene el Imperio bizantino. Nos cuenta cómo descendía de armenios, de la rama de los arsácidas, descendientes de Ársaces¹¹⁹⁶, quien fue un dirigente que “alcanzó un enorme grado de gloria y virtud” (212, 21-22), por la cual se instituyó una ley que dejaba en manos de sus descendientes la soberanía, hasta que en cierto momento hubo un alzamiento por este motivo y los que debían ser legítimos sucesores tuvieron que huir y refugiarse en Constantinopla. Allí el emperador los acoge “como correspondía a la nobleza de su nacimiento” (213, 11) y participa activamente en su salvación ante nuevas insidias, al igual que sucede con sus descendientes y el correspondiente emperador bizantino de su

¹¹⁹⁶ Sobre esta genealogía, *vide* apartado III. 2 de la primera parte.

momento. Nuevas tramas desmontadas por éste, nuevos privilegios para los infelices asilados, que incluyen su traslado final a Adrianópolis, “a fin de que se hallaran en una ciudad y un estatus más ilustres” (214, 19-20). Y en efecto, allí prosperaron, “conservando la nobleza de sus antepasados y guardando celosamente sin mezcla su linaje” (215, 1-2). Sigue otra prolija descripción de cómo uno de estos arsácidas fue a Constantinopla, donde acabó casándose con la hija de otro noble de su misma estirpe, de los cuales nacería el padre de Basilio. Éste, por su parte, eligió como esposa a una noble y casta viuda de Adrianópolis “pues corría un rumor no del todo oscuro de que descendía de Constantino el Grande” (215, 20-22).

De todo este fárrago de idas y venidas, se pueden extraer algunas conclusiones: por un lado, la participación constante de la *basileia* en toda la historia, a través de sus representantes, los emperadores que están en el poder en cada ocasión, y que son los garantes de la seguridad y continuidad del pueblo del que nacerá Basilio. Aunque no lo dice abiertamente (sí lo hará luego), hay que ver en ello la mano de la Providencia, que se vale de la única soberanía legítima que la representa, para conducir las cosas hacia donde desea, en los planes de su economía. De este modo, es el Imperio el que protege, sin saberlo aún, las semillas de su salvador.

Otro elemento que se hace resaltar constantemente, son las muchas virtudes que rodean a cada uno de los implicados de manera directa en el nacimiento de Basilio: el relato está lleno de términos como εὐγενῆ καὶ περιφανῆ (215, 9), ἐπαινουμένης ἀγωγῆς (215, 15), referidos a León, con el que emparentará el abuelo de Basilio; o bien εὐεξία σώματος καὶ ῥώμη διαφέρων καὶ παντοδαπαῖς κοσμούμενος ἀρεταῖς (215, 16-17), hablando del padre del primer macedonio. Ya hemos señalado en otro capítulo que este de las virtudes en la *Vita* es un tema cuyo análisis excede a los límites de este trabajo, pero queremos dejar constancia del interés que tendría su estudio en profundidad. En todo caso, el relato en su conjunto apunta a la perfección

moral de todos los antepasados de los que procede Basilio, que, si en alguna ocasión se han visto en situación de necesidad, ello se ha debido a infortunios derivados de la infamia de otros. Pero la Providencia procurará siempre que las cosas vuelvan a su cauce y puedan salir estas virtudes a la superficie y brillar con luz propia. Esta nobleza y “pureza” moral se vierte en la persona de Basilio, que se nos presenta así como descendiente de dos ramas reales: de los arsácidas, por parte paterna y nada menos que de Constantino el Grande.

Ya vimos el enorme interés que los macedonios tenían en este personaje, y la recuperación de su memoria, un tanto en decadencia por entonces, que tuvo lugar durante el ejercicio del poder de esta dinastía. Emparentar con Constantino el Grande, más allá del brillo que puede aportar a cualquier linaje por razones obvias, para los macedonios tenía además el valor añadido de la legitimidad: ese poder, esa soberanía otorgada por Dios al primer (y gran) emperador cristiano pasaba así al propio Basilio, en una línea ininterrumpida. La promesa de victoria bajo el signo de la cruz se renueva de esta manera en uno de sus descendientes, y esto nos evoca las genealogías que hacen descender al Mesías de David, el ungido del señor, y la promesa nunca extinguida de la salvación. No se puede, pues, hablar de advenedizo en el trono, pues este parentesco de sangre legitimaba la nueva elección de Dios, no tanto por herencia, sin más, como por *renovación* de sus votos hacia el nuevo pueblo elegido¹¹⁹⁷.

Insiste además el Porfirogeneta en ello cuando vuelve a indicar que Basilio, en un nuevo juego de palabras (ἡ βασιλείος αὐτῆ ῥίζα Βασιλείος, 216,

¹¹⁹⁷ Cf. DAGRON, G., *op. cit.*, pp. 63-64, donde subraya la importancia, ya señalada, de la línea materna en la transmisión de la legitimidad en un sistema que en teoría no admite la herencia dinástica. Sin embargo, “cuando un usurpador con suerte o un *homo novus* se hacía cargo del imperio, buscaba o se le imponía una alianza con la familia imperial caída o con alguna que la precedió”. Sin duda, en este marco de un casi matriarcado en lo que a sucesión se refiere hay que situar el intento de Constantino por entroncar con las ramas imperiales más importantes que (a su juicio) tuvo jamás el Imperio y, más allá, el mundo civilizado, con el propio Alejandro Magno.

1), desciende de nobilísimos progenitores, y da un paso más al afirmar que “su madre podía jactarse de estar emparentada con Constantino el Grande, y por otra parte se gloriaba del esplendor de Alejandro”. Es decir, la estirpe de Basilio conecta lo que se puede considerar como los dos hitos fundamentales del helenismo: el fundador de un gran imperio pagano, que a la postre absorbería Roma¹¹⁹⁸, y el fundador del gran Imperio cristiano, heredero directo del romano y por ende, del anterior. Esto está en relación con el interés del Porfirogeneta por la Antigüedad clásica (si bien tardía) y la revalorización de la cultura que de ella emana. Recordemos que en esta época empieza a traslucir el sentimiento de superioridad cultural que deriva precisamente de esta *paideia* que hace a los griegos, aunque aún siguieran denominándose *romanos*, distintos de los demás pueblos, y por supuesto, en situación muy por encima de ellos. Basilio es el gran hombre que reúne estas dos tradiciones, elegido por ello desde el cielo. El nuevo y definitivo salvador del Imperio, a partir del cual nada será igual.

Para cerrar este capítulo que reconstruye el árbol genealógico de un desconocido emperador antes de su llegada al poder, nos retrata al aún bebé Basilio rodeado de los atributos de la soberanía, aunque no nos aclara cómo era esto posible en una familia ajena aún a ello:

Basilio, descendiente de progenitores tales, mostró enseguida numerosos símbolos de su posterior gloria: podía verse una cinta teñida en púrpura ciñendo su cabeza desde que le nacieron los primeros cabellos, y purpúreos tintes envolvían sus pañales. (216, 4-8)

La referencia, por otra parte, a aquello de “nacer en la púrpura” es evidente. No es más que el primero de una serie de prodigios que rodearán la infancia de Basilio, con los que Constantino quiere preparar psicológicamente al lector para que concluya que todo estaba preparado desde el Cielo a fin de

¹¹⁹⁸ PONCE, M^a. J., *op. cit.*, p. 230, señala la adopción del tópico de Alejandro en la ideología de época imperial como modelo de soberano, en gran medida por sus logros en terrenos orientales, pero también por su halo de protegido por la divinidad.

que llegase a donde llegó. Es decir, además de ser un tópico extendidísimo y clásico del encomio real, estos prodigios constituían el medio ideal para alcanzar su objetivo: mostrar con tintes de verosimilitud, gracias a la envoltura histórica, no sólo la legitimidad de la dinastía, sino la voluntad divina detrás de todos esos sucesos, en su afán por proteger al Imperio y solucionar su decadencia.

III. 5. 3. Infancia de Basilio.

Pero las cosas no resultarán fáciles para el pueblo de los arsácidas, de donde ha nacido nuestro protagonista, y en esta parte la narración adquiere un tono veterotestamentario cuando nos retrata su éxodo. Se nos describe este γένος como un grupo social con una organización propia, regida por un sistema interno, aunque a veces se mezclen con los del lugar (216, 9-12). Crumo, gobernante de los búlgaros, transgrediendo los tratados con los romanos¹¹⁹⁹, los asedia y fuerza a trasladarse a Bulgaria, a donde marcharán junto con su obispo Manuel. Entre los cautivos van los padres de un Basilio aún en pañales. Allí mantienen intacta su fe y consiguen incluso convertir a muchos búlgaros, aunque esto les hizo granjearse el odio de Mutragón, sucesor de Crumo, que llevó al martirio al obispo Manuel y a muchos otros (216, 12 - 217, 7). Significativamente, y como ya vimos, el autor señala que muchos parientes del macedonio alcanzarán también la palma del martirio, lo que constituirá un adorno para él mismo¹²⁰⁰.

Si analizamos esta parte desde el principio, veremos en primer lugar, y de nuevo, la presencia del Imperio como garante del bienestar: los búlgaros rompen la estabilidad de los arsácidas violando sus pactos con Bizancio, cuyo

¹¹⁹⁹ Conocidas son las complicadas relaciones del Imperio con los pueblos eslavos desde su aparición en la escena histórica. A este respecto, interesante e ilustrativo resulta el artículo sobre el contacto entre Bizancio y los eslavos de LITAVRIN, G. G., "Bizancio y los eslavos antes y después del bautismo de éstos", *Erytheia* 18 (1997), pp. 39-48, para entender mejor la actitud de los diferentes grupos de eslavos frente al Imperio.

¹²⁰⁰ 217, 7-9. Cf. apartado II. 5. 2 de esta segunda parte.

ámbito había permitido prosperar a este pueblo siempre amenazado por otros. La legitimidad del sistema ordenado por Dios es el entorno en el que se desarrolla su vida en paz y armonía con los demás pueblos.

Por otra parte, los búlgaros, aún no convertidos a la verdadera fe, como se nos aclara, actúan como el pueblo infiel que arrastra al pueblo elegido¹²⁰¹ al éxodo y el cautiverio haciendo uso de la fuerza bruta. Los paralelismos con la marcha del pueblo israelita son evidentes¹²⁰², y resultarán aún más explícitos en fragmentos posteriores. Los cristianos pescan en las redes de la verdadera fe a muchos búlgaros, con lo que los apartan “del error del paganismo” y los conducen “a la luz del conocimiento divino” (217, 2-3). Esto les reporta el más terrible y valioso premio: la corona del martirio, pero lo fundamental en el pasaje no es tanto este reconocimiento divino, sino lo que de ello revierte en la persona de Basilio, pues el de la santidad es un adorno que deja huella en su linaje y se perpetúa hasta su propio ser de alguna manera. Recordemos los esfuerzos de los macedonios por buscar modelos de santidad en su propia familia¹²⁰³: sin duda este episodio está en la misma línea y tiene idéntica finalidad. Otra prueba de la voluntad divina que está con su familia desde su mismo origen. Es más, el vasto conocimiento que de las Escrituras demuestra tener Constantino (y el mundo bizantino en general) nos hace entender cómo estos episodios creaban en el lector la sensación del advenimiento de un salvador tras estos infortunios, de igual modo que el Éxodo está animado por la esperanza de la promesa divina. Nos hace sospechar incluso, que el obispo Manuel, independientemente de su existencia real o no, aporta como personaje

¹²⁰¹ No obstante, ΗΛΙΑΔΗ, Α. Κ., *Πολιτική Θεωρία και ιδεολογία τῶν Βυζαντινῶν στὴν ἐποχὴ τοῦ Κωνσταντίνου Ζ΄ Πορφυρογέννητου*, Atenas 2003, p. 11, opina que en esta época aún no se había formalizado esta idea del pueblo elegido, pero si bien no aparece aquí con ese nombre, el paralelismo es claro, y a partir del texto resulta difícil pensar que este concepto no estuviera en la mente de Constantino cuando narra la historia del destierro del pueblo originario de Basilio, como se verá algo más adelante. No obstante, en 285, 4-5 aparece explícitamente la expresión *κατὰ τοῦ σοῦ περιουσίῳ λαοῦ*.

¹²⁰² PÉREZ MENA, R. y MORENO SÁNCHEZ, A. I., *op. cit.*, pp. 232-233.

¹²⁰³ *Vide supra* apartado III. 1. 3 de esta segunda parte.

gran parte de esta esperanza con su propio nombre, *Dios entre nosotros*, cuyo significado no podía pasar desapercibido en este mundo medieval de alegorías y símbolos. Representa además la fuerza invencible de la fe que se sostiene porque en ella está la Verdad.

En este contexto tiene lugar, por fin, la ansiada liberación, donde se produce uno de los hechos que indican la nobleza (en todos los sentidos) del pequeño Basilio, como es el ya comentado episodio de la manzana ante el soberano búlgaro¹²⁰⁴, que comienza con una significativa frase: “Había visitado Dios ya a su pueblo y dirigía su marcha”. La idea la de visita de Dios aparece en el Éxodo¹²⁰⁵, y toda la escena tiene evocaciones bíblicas en este sentido. Es Él quien dirige personalmente la marcha de su pueblo a su lugar como suele hacerlo en la Historia: a través de su economía divina, que dispone, por medio del Imperio, que los búlgaros den su brazo a torcer. Una vez más Bizancio es la pieza fundamental del curso de las cosas en el nuevo Tiempo histórico, donde es el protagonista principal, sin duda alguna. Tarde o temprano el bárbaro ha de someterse a la jerarquía natural, y esto hace reconducir las cosas por donde deben marchar para bien de la ecumene.

El episodio del niño en el fondo no hace sino insistir en este aspecto: frente a frente se encuentran el orden y la barbarie, la oscuridad del paganismo y el esplendor de la fe, representados en sendos personajes. El búlgaro, es mayor y aparentemente más poderoso, y su corazón es más duro (algo demostrado por su crueldad con los cristianos cautivos, por ejemplo). El niño, en cambio, con su actitud no hace sino mostrar su nobleza (τὴν οἰκείαν εὐγένειαν), con la que de algún modo desarma al bárbaro. El pequeño es, pues, en realidad el grande del episodio; su sencillez es la de los reyes. Esto nos recuerda directa y tácitamente a David y al propio Jesús, modelo de sencillez y

¹²⁰⁴ 217, 9-20. Cf. apartado II. 5. 4 de esta segunda parte, sobre las relaciones con el *Evágoras*.

¹²⁰⁵ Cf. Ex 4, 31, ἐπισκέψας, con la frase ἄρτι δὲ ἐπισκεπτομένου θεοῦ τὸν λαὸν αὐτοῦ καὶ τὴν ἔξοδον αὐτοῖς πρυτανεύοντος de nuestro texto, que incluye explícitamente el término “éxodo”.

humildad, cuya familia también sufre la pesadilla del éxodo. Sabemos que estos patrones están en el trasfondo de toda la obra, pero quizá haya que leerlos entre líneas ya desde estos primeros episodios, aunque no haya alusiones directas. Además, el elemento de la manzana evoca la imagen del *basileus* con la bola del mundo¹²⁰⁶: el niño coge los atributos regios con la naturalidad del que lo es desde la cuna, y presenta una imagen de cómo será su futuro reinado, el de un soberano igualmente sencillo y noble.

Pero los verdaderos prodigios, de naturaleza sobrehumana, fundamentales en los encomios reales, aún estaban por llegar. En breves líneas nos cuenta Constantino cómo “partió con el favor de Dios hacia sus propiedades el pueblo cristiano, que había sido arrebatado de ellas como cautivo de guerra, y con él partieron también los padres de Basilio, llevando consigo a su queridísimo hijo” (217, 21-218, 2). De vuelta a su vida normal, sus padres se dirigen a sus tierras, donde –se nos aclara– están al frente de los segadores, pues era la época del estío, cuando sucedió algo “asombroso, que

¹²⁰⁶ El uso del globo, *orbis*, como símbolo del orbe conocido, cuyo centro era Roma, ya aparece en la iconografía romana. En Bizancio tomará la forma del llamado *globus cruciger*, rematado por una cruz, que representa no sólo la hegemonía del Imperio, sino su origen divino y bendecido por Cristo. La identificación de este globo con una manzana era un hecho en el mundo bizantino, como demuestra que autores como Cedreno denominen así al que portaba en su mano la estatua ecuestre de Justiniano frente a Santa Sofía. Cf. LITTLEWOOD, A. R., “The Symbolism of the Apple in Greek and Roman Literature”, *HSCP* 72 (1968), pp. 147-181, en concreto pp. 172-174, con otros ejemplos de este fruto como símbolo de dominio absoluto; y también, del mismo autor pero algo más tardío, “The Symbolism of the Apple in Byzantine Literature”, *JÖB* 23 (1974), pp. 33-59, en concreto 55 y ss., con otras referencias similares a la estatua de Justiniano, indicativo de lo que sería una denominación generalizada. Sin ánimo de profundizar y como curiosidad, citaremos la mención del globo del emperador ecuestre como manzana por parte del viajero Juan de Mandavila (s. XIV), autor de un *Libro de las maravillas del mundo*, recogida por ELVIRA BARBA, M. A., en su artículo “Las estatuas animadas de Constantinopla”, *Erytheia* 8.1 (1987), pp. 99-115, en concreto, p. 107. Sorprende, con todo, que LITTLEWOOD no incluya en este último estudio ese episodio de la *Vita*, cuando sí se refiere a la miniatura que representa la escena en el manuscrito de Escilitzes de Madrid (p. 57). Por último, recordemos que en los *progymnasmata* de Libanio se incluye entre los ejercicios del encomio uno a la palmera y el manzano, donde se asocia este fruto al dios Ares. Cf. GIBSON, C. A., *Libanius's Progymnasmata. Model Exercises in Greek Prose Composition and Rhetoric*, Atlanta 2008, p. 260 y ss.

daba a entender su posterior fortuna, cosa que, a mi parecer, no se debe silenciar” (218, 3-4). Como hacía calor, dejaron al niño en un lugar fresco, resguardado por gavillas de trigo, y entonces se presentó un águila¹²⁰⁷ que se puso a darle sombra con sus alas desplegadas, y aunque su madre intentó ahuyentarla, volvió hasta tres veces. Es más, a la tercera, el autor nos aclara directamente su intención:

Entonces, como deseara la Providencia dejar patente de modo más manifiesto que lo que sucedía no se les estaba revelando por mera casualidad, sino por previsión divina, sucedió por tercera vez lo mismo: el águila sobre el niño, los espectadores gritando, la madre contra el águila y el águila alejándose a la fuerza y de mala gana. Así con antelación establece Dios a modo de cimientos algunos símbolos de los grandes hechos, y señales de lo que habrá de acontecer. En los años siguientes esto le sucedió también no pocas veces, y a menudo se le encontró a la sombra de un águila mientras dormía. Pero entonces a esto no se le atribuyó casi ningún valor. En efecto, antes de que se hicieran patentes las virtudes que se hallaban en él, se descuidaron y pasaron inadvertidas estas señales, aunque importantes, sin que nadie pudiera nunca comprender cómo se habían producido en una casa sencilla y popular. (219, 3-15)

Lo cierto es que el autor ha dejado poco a la interpretación. Aunque nos movemos en un terreno de tópicos, es obvia la simbología del águila como icono del poder romano, tantas veces imitado luego a lo largo de la Historia. Por otra parte, las tres veces tienen, aparte de otras que queramos buscar en la tradición, resonancias trinitarias de una Providencia especialmente interesada en mostrar su predilección por ese ungido que aún nadie reconoce. Los términos que salpican el texto están llenos de carga ideológica en este sentido: τῆς προνοίας δηλῶσαι θελησάσης, θεία προγνώσει, ἀεὶ πόρρωθεν ὁ θεὸς προκαταβάλλεταιί τινα σύμβολα καὶ τεκμήρια τῶν εἰς ὕστερον, etc.

De este modo, Constantino hace un retrato de la infancia del primer macedonio insistiendo en su carácter de predestinado al trono, rodeado de símbolos y señales de su realeza latente. Para dar mayor verosimilitud a su relato, concluye esta parte, recordemos¹²⁰⁸, insistiendo en que nada es adulación, sino que tiene fundamento real. Con esta fórmula evita entrar en

¹²⁰⁷ Sobre el origen de este episodio *vide* apartado I. 1. 3 de la primera parte.

¹²⁰⁸ Cf. apartado II. 5. 3 de esta segunda parte, de nuevo en la confrontación con el *Evágoras*.

asuntos que para los historiadores habrían tenido un interés mayor, como es el verdadero origen y situación de su familia, pero es evidente que todo aquello que no esté al servicio de ese modelo y canon del que nos hablaba en el proemio queda automáticamente excluido de la narración, donde sólo hay lugar para los elementos que hacen de Basilio un salvador, un ungido.

Cuando hablamos del necesario capítulo dedicado a su formación ya nos referimos al papel de su padre como único maestro, aunque no nos aporta datos acerca de su persona ni de las materias en que lo instruyó¹²⁰⁹. Lo que realmente nos interesa en este apartado es qué le transmitió, resumido en las palabras τὰ τῶν καλῶν κάλλιστα:

En lo divino, piedad y veneración; con sus padres, obediencia y respeto; con los ancianos, condescendencia; para con los de su edad y tribu, buena disposición sin doblez; ante los poderosos sumisión y misericordia para con los pobres. En todas las virtudes destacó con brillantez, mostrándose desde joven sensato y valeroso, amante y lleno de aprecio ante todo por la equidad acompañada de la prudencia, sin ensoberbecerse ante cualquiera de más baja condición. De ahí la simpatía que le mostraban todos, y el ser por todos querido y amado¹²¹⁰. (220, 7-13)

Sin entrar en el análisis de la relación que guarda con las virtudes clásicas, que procura recoger siguiendo la tradición ya reflejada en Menandro, hay varios aspectos que se pueden comentar en el texto. De un lado, y siguiendo con las virtudes, además de las anteriores (σώφρων, ἀνδρεῖος, τήν τε ἰσότητα μετὰ φρονήσεως ἀγαπῶν), destacan en él aquellas de corte más cristiano y que veíamos acompañan al emperador ideal: respeto jerárquico ante los poderes superiores, en este caso, Dios, las autoridades y sus mayores; veneración a lo divino, vocación de servicio y humildad con los que claramente no está en igualdad de condiciones por su superioridad moral. Esta modestia y afán de sacrificio por los demás es algo característico del buen soberano que, aun sabiéndose elegido por destacar con mucho en sus virtudes,

¹²⁰⁹ Vide apartado II. 4. 4 de esta segunda parte.

¹²¹⁰ Esta última frase nos evoca directamente la descripción de la infancia de Samuel, el profeta que ungiera a David, de quien se nos dice en 1 S 2, 26: "Iba creciendo y haciéndose grato tanto a Yahveh como a los hombres".

constantemente se ofrece a sus súbditos de manera generosa. Constantino cubre con estas prendas innatas la carencia de formación que intuimos en otros aspectos, conocida por todos. A su juicio, no tiene parangón este bagaje personal, propio de alguien elegido por el Altísimo, con el que puedan tener adquirido otras personas, aunque sean ya emperadores o altos cargos, como veremos a continuación.

Pero no es una mera justificación de la conocida ignorancia de Basilio, sino que en realidad nos introduce en el ámbito de la literatura admonitoria: las verdaderas virtudes del gobernante son estas; esas intangibles posesiones son las que merecen ser imitadas, y su cultivo por parte del soberano un lugar común en los “Espejos de Príncipe”.

Por último, destaca el hecho de que el que aquilata estas virtudes propias de Basilio es su propio padre, en esa idea de “línea directa” de nobleza transmitida por el linaje regio de sus antepasados: si la Providencia ha elegido en una ocasión a otros miembros de su familia para la corona, como sucedió con Ársaces, esto quiere decir que nunca se ha apartado del todo de su familia, hasta aflorar su favor en Basilio. Recordemos el afán de los macedonios por transmitir esta idea de dinastía como familia real objeto de predilección divina, debido a su comportamiento fiel a la encomienda que Dios le hizo al primer elegido para ello.

III. 5. 4. Juventud de Basilio: el camino hacia la Corte.

Sentadas las bases de la personalidad de Basilio, claramente señalado por la Providencia para su misión, pasa nuestro autor a mostrarnos cómo llegó de la provincia a Constantinopla tras el fallecimiento de su padre. Justifica Constantino esta decisión de la siguiente manera:

Pues sabía que en las grandes ciudades, y especialmente en las gobernadas por emperadores, los naturales diestros prosperan, y quienes destacan del resto en algo son conocidos por una fortuna más espléndida. En cambio, en las ciudades de menor

prestigio y humildes, como sucede con las relaciones aldeanas, se oscurecen y menguan las virtudes, y por no ostentarse ni ser objeto de admiración, por sí mismas caminan a la extinción y se van marchitando. (221, 6-13)

Esta identificación de Constantinopla como lugar donde afloran las nobles virtudes y triunfan los grandes espíritus está dentro del programa ideológico imperial: la ciudad como joya del Imperio, centro de la ecumene, nueva ciudad eterna tras la *translatio*, sede de la soberanía, etc. Además, es en época del Porfirogeneta, y de manera muy especial en su obra, cuando se intensifica este concepto¹²¹¹, junto con el sentimiento de superioridad cultural que veíamos. Era además imprescindible que llegase a la ciudad imperial para que ocupase el cargo al que estaba destinado, y por ello el cielo prepara de nuevo las cosas:

Pero puesto que era necesario que prevaleciera la voluntad divina, y que Basilio ascendiera poco a poco por el camino para el que había sido designado, la visión de unos sueños persuade a su madre a ceder un tanto con él y permitirle partir hacia la Ciudad o, más aún, a estimularlo ella misma y animarlo a dirigirse a la ciudad real y hacer alarde del prado de su alma y las cualidades de su noble espíritu. (221, 19 – 222, 2)

De nuevo vemos la ya señalada importancia de la madre en la carrera hacia el trono, primero como transmisora de la soberanía de alguna manera, y ahora como principal impulsora de su viaje a Constantinopla, gracias a la previsión celestial. Señalemos la idea de ascenso (*ἀνελθεῖν*) por la senda marcada por Dios, un término con el que se suele designar en el Antiguo Testamento la peregrinación a Jerusalén, y en el Nuevo, el *camino* de Cristo hacia la consumación de las Escrituras con su Pasión¹²¹². Un poco más adelante veremos el inicio de este camino, al llegar a Constantinopla. Volviendo a lo anterior, el propio Constantino nos habla de una de estas visiones semejante a

¹²¹¹ Cf. ALEXANDER, J.P., "Strength", en especial pp. 341-343, y nota 17, donde incluye varias citas de la *Vita* para ilustrar esta noción de ciudad imperial.

¹²¹² A este respecto *vide* PÉREZ MENA, R. y MORENO SÁNCHEZ, A. I., *op. cit.*, p.239.

la que tuvo la madre de Ciro¹²¹³, pero creemos más importante desde el punto de vista de la ideología la siguiente revelación onírica:

De nuevo, después de algún tiempo, vio en sueños a un hombre anciano, cuya boca exhalaba fuego y le decía con claridad: “Tu hijo amado, Basilio, recibirá de manos de Dios el cetro del Imperio Romano, y es preciso que tú lo animes a dirigirse a Constantinopla”. Y ella, contenta por este regocijante anuncio y llena de alegría, se prosternó con devoción ante aquel anciano y le dijo: “¿Quién eres, mi señor, tú, que no has considerado indigno dirigir la mirada a tu esclava, sino que me traes buenas nuevas así de gozosas?” “Soy Elías”, dijo él, “el Tesbita”, y desapareció de su vista. (222, 9-19)

En primer lugar destaca la afirmación clara de la entrega del poder, la soberanía, directamente de Dios y sin intermediarios, por lo que se prepara psicológicamente al lector para entender que cualquiera que sea la forma en que acceda finalmente al trono Basilio, habrá sido predestinada por el cielo. Por otra parte, el mensajero es nada menos que el profeta Elías, sobre cuyo valor para los macedonios ya hemos hablado¹²¹⁴, como profeta de advenimiento. Lo más significativo, con todo, es la clara referencia a la Anunciación, aunque en lugar de arcángel tengamos a Elías, y a la madre de Basilio en vez de María. El ángel anuncia a María que Dios le dará el trono de David a su hijo, y Elías, que recibirá el cetro del Imperio, que es como decir del único reino terrenal posible y legítimo, y como vimos en la ideología bizantina, paralelo al del soberano veterotestamentario. El ángel se va, sin más, en cuanto María da su asentimiento y se declara sierva del Señor. Elías, por su parte, hace lo mismo. La atmósfera en que se mueve la escena y la respuesta de la amante madre guardan un estrecho paralelismo con la que relatan los evangelios: humildad,

¹²¹³ Sobre estas visiones de la madre de Basilio cf. PÉREZ MENA, R. y MORENO SÁNCHEZ, A. I., *op. cit.*, p. 236 y ss., donde se comenta el trasfondo bíblico de éstas (como la simbología del árbol), a pesar de la evidente conexión con el tópico señalado por Menandro en su tratado. A nuestro parecer, las referencias al mundo bíblico son claras, por cuanto su intención es mostrar a Basilio como un nuevo salvador, el ungido del Señor para el nuevo tiempo de los hombres, tras muchos avatares del Imperio, y se añadirían al soporte ya consolidado que proporcionaba el modelo del esquema real, en una de tantas asimilaciones de formas tradicionales rellenas de contenido bíblico propias de Bizancio.

¹²¹⁴ *Vide supra*, apartado III. 1. 3 de esta segunda parte. Cf. DAGRON, G., *op. cit.*, p. 230, donde señala que Elías se manifiesta como una versión cristianizada del Genio del Imperio.

reverencia y postración ante el sagrado emisario y regocijo. El vocabulario empleado está en la misma línea: χαρμόσυνον ἀγγελίαν, πλήρης γενομένη χαρᾶς, προσεκύνησε, κύριε, τῇ δούλῃ σου, εὐφρόσυνα εὐαγγέλια, terminología que remite directamente al lenguaje evangélico¹²¹⁵.

El autor crea de este modo una estrecha correlación entre el Salvador del género humano, el Ungido por excelencia y el que será su representante en la Tierra según la imagen cósmica de los bizantinos. Basilio será el salvador de la proyección terrenal de ese Reino celeste que Dios ha procurado y previsto para la Humanidad enviando a su Hijo. Al igual que sucede con Cristo, el papel de su madre es fundamental, con la aceptación de la misión que Dios le envía a costa de su propio sacrificio, en este caso, renunciando a tener cerca a su hijo, que podría ayudarla en su viudez. De esta manera, lo anima a marchar en los siguientes términos:

Así pues, cuando se despertó, como dotada de nuevas alas y encendida en un vivo fuego por estas faustas visiones, o mejor dicho, revelaciones divinas, se dispuso a animar de buen grado a su hijo e intentaba enviarlo a la ciudad imperial. Como madre le hacía advertencias, le rogaba llevar en el alma constantemente el temor divino, y considerar que el ojo de la Providencia veía toda acción y pensamiento suyos; que no se dedicara a nada que fuera indigno de su aprobación, sino que con una conducta decente demostrara sus virtudes y en nada manchara su nobleza ancestral. (222, 19-223, 4)

Significativo es el hecho de insistir en el convencimiento de la madre de que aquellas “faustas visiones” son revelaciones divinas (μᾶλλον δὲ θείαις ἀποκαλύψεσιν), que es precisamente lo que quiere transmitir al lector. Una vez más el mensaje directo de la divinidad, y la idea de elección de los más humildes para su misión, etc. Su madre además insiste en aquellos valores que no suponen solo mantener sus virtudes, sino conservar sin mancha la legitimidad que tiene por nacimiento: respetar la divinidad, como lo único que tiene por encima (en este momento desde el punto de vista moral), demostrar sus virtudes y mantener su innata εὐγένεια. Su madre, pues, seguirá siendo el

¹²¹⁵ Cf. Lc 1, 28-38.

motor que emplea la divinidad para impulsar a Basilio a viajar a Constantinopla, pero sobre todo, para llevar allí intactas sus virtudes y su nobleza.

La llegada de Basilio a la ciudad imperial no podía, en este escenario que nos retrata Constantino, ser sino espectacular, no porque se produjera con gran pompa y boato, sino por la intervención del cielo en un nuevo prodigio. El pasaje es algo largo, pero trufado de nociones ideológicas, por lo que consideramos apropiado transcribirlo por completo:

Tras recorrer el espacio que media entre las dos ciudades [la suya y Constantinopla] se halló ante las Puertas Doradas de la capital. Las franqueó cuando el día ya declinaba, de modo que se acercó al monasterio del santo mártir Diomedes, que resultaba estar próximo. Agotado por el viaje, se echó así, lejos de todo cuidado, en algún lugar frente al pórtico, en los escalones de allí, y se puso a descansar. Y enseguida, a eso de la primera guardia de la noche, se le apareció en un sueño al abad del monasterio el mártir Diomedes, que le ordenaba salir al pórtico de la abadía y llamar a Basilio por su nombre; hacer entrar en el monasterio a aquel que obedeciera a su llamada y atenderlo con toda solicitud, concediéndole alimento, abrigo, vestiduras y todo posible servicio y atención; pues estaba ungido emperador por Dios y había de reconstruir y llevar a la prosperidad a su actual monasterio. Pero la visión le pareció al abad puramente ensueño y recreación vana de su mente, y no le concedió ningún valor. Se entregó al sueño de nuevo, pero por segunda vez ve y oye lo mismo. Como no se recobraba porque se sentía aún aturdido y adormilado al parecer, por tercera vez vio al mártir, que ya no daba órdenes con suavidad y gozo, sino entre severas amenazas en intentando emprenderla a latigazos si no cumplía cuanto antes sus órdenes. Entonces, a duras penas, como si volviera en sí, se sacudió de los ojos el sueño vecino de la muerte, se presentó en el pórtico y según la orden del mártir se puso a llamarlo por su nombre: "¡Basilio!". Él respondió al punto: "Heme aquí, señor. ¿Qué ordenas a tu siervo?" El abad lo hizo pasar al interior y al verlo sucio, lleno de polvo y con el rostro muy quemado por el sol, le proporcionó la atención y cuidado necesarios y lo trató con toda humanidad. (223, 8 – 224, 13)

Es fácil comprender que el pasaje no es una mera digresión o una historia para entretener o adornar el relato: contiene la clave del proyecto constantiniano condensado en la biografía de su abuelo. Nada más pisar Basilio Constantinopla, Dios deja ver su elección a través del abad; pero elegir este personaje y este sitio tampoco es casual. Analicemos detenidamente la escena: el macedonio entra por las puertas grandes de la ciudad, como un soberano triunfante, pero lo hace de un modo que pasa desapercibido para los que serán

sus súbditos. También lo hace de manera humilde, cansado del camino y hambriento; intuimos que con lo puesto casi. Además, está oscureciendo: no hay una triunfante luz solar que lo haga brillar de manera especial. De algún modo nos evoca, *mutatis mutandis*, la llegada de Jesús a Jerusalén, del verdadero Mesías que, aun rodeado por la muchedumbre, no es reconocido por ésta. Rey de paz y justicia, no viene envuelto en lujos, como tampoco es capaz la mayoría de ver en él la predilección divina por Su persona.

Dagron ha señalado¹²¹⁶ que la escena en la que se recibe la certeza divina de haber sido elegido por Dios y ungido para ocupar el trono, con lo que la cuenta atrás para una renovación ha comenzado, no es un invento de Constantino, sino que tenía una cierta tradición. En su caso, es san Diomedes el anunciador de la unción, y resulta revelador que este monasterio fuera fundado por Constantino el Grande: es un santo, pues, ligado al primer emperador que recibe directamente de Dios su encomienda de redención ecuménica a través del Imperio, y es lógico que sea el elegido para anunciar la nueva unción del (supuestamente) necesitado salvador del Imperio y, por ende, de la Humanidad.

Por otra parte, toda la historia del sueño y la llamada a despertarse y demás guarda una estrecha relación con el episodio bíblico de la llamada de Dios a Samuel, el que será elegido para ungir a David¹²¹⁷. Samuel sirve en el templo y oye por tres veces la llamada de Dios mientras duerme. Asimismo, su respuesta, “Habla, que tu siervo escucha”, nos recuerda a la que da el propio Basilio¹²¹⁸. Y, en efecto, la referencia a la unción no se hace esperar: con rotundidad y sin rodeos afirma que es el ungido del Señor para ocupar el puesto de emperador. Es decir, que ha traspasado los umbrales de la Ciudad siendo ya emperador, y su llegada es su primera entrada triunfal.

¹²¹⁶DAGRON, G., *op. cit.*, pp. 229-231.

¹²¹⁷ Narrado en 1 S 3. Cf. PÉREZ MENA, R. y MORENO SÁNCHEZ, A. I., *op. cit.*, p. 240.

¹²¹⁸ Cf. *ibidem* para otras referencias bíblicas a esta respuesta.

No obstante, aunque el abad le revela las visiones, Basilio no se muestra engreído, sino que, con humildad y sencillez propias del virtuoso varón que nos viene describiendo, tan llano a pesar del enorme peso de su valía y misión, considera que eso es algo que excede sus posibilidades. En esto nos recuerda a grandes personajes bíblicos como María, o Abraham, que en un principio se plantean cómo Dios ha recurrido a ellos para sus planes, o no acaban de entender cómo se podrán realizar éstos. En nuevo paralelismo con David, el abad le aconseja no revelar el secreto a nadie, por el peligro que entrañaba hacerlo, al igual que la unción del rey judío se hace (y se mantiene) en secreto por mandato divino¹²¹⁹.

Finalmente, señalemos que el abad lo trata con toda humanidad (*πάσης φιλανθρωπίας*). Recordemos que esta es una de las principales virtudes de todo buen emperador¹²²⁰, y constituye un concepto básico en el mundo ideológico bizantino, pero aquí nos parece interesante la idea de que todo aquello que recibe generosamente Basilio cuando aún es un desconocido, le será devuelto con creces al abad (que por supuesto le pide que se acuerde de él cuando llegue al trono): recuerda las promesas del Mesías cuando nos dice que devolverá el ciento por uno¹²²¹, o incluso, ya en la cruz, promete la gloria al buen ladrón, por haber creído en él. Como recurso literario, nos hace pensar que al final de la historia aparecerá un episodio en que cumpla su promesa.

Será este abad el que le presente a los personajes influyentes que lo introducirán en la Corte. La clave de su acceso será un tal Teofilitzes, pariente del emperador Miguel y de su tío Bardas, prototipo de joven impetuoso, presumido y arrogante, siempre rodeado de una pandilla similar, atento siempre al aspecto físico y la fuerza, que lo integra en el grupo. Es evidente el

¹²¹⁹ 1 S 16.

¹²²⁰ *Vide* apartado III. 1. 2. 2 de esta segunda parte.

¹²²¹ Mc 10, 17-30, con el episodio del joven rico. Jesús le anima a desprenderse de todo lo que posee para ganar los bienes del cielo. Igualmente, promete el ciento por uno a quien deje todo lo terrenal para seguirlo a Él. Cf. Mt 19, 16-22 y Lc 18, 18-23.

fuerte contraste que se establece entre ambos, pues aunque aventaja a los demás en “robustez física y fortaleza espiritual”, su comportamiento es el negativo de Teofiliztes (o, quizá debamos decir el positivo), y paradójicamente, le hace ganarse el aprecio y admiración de éste, que lo nombra protostrátor, o sea, jefe de las caballerizas.

Este era un cargo honorífico de bastante relevancia en la corte por la proximidad al emperador, aunque no tuviese grandes atribuciones, y por ello se consideraba uno de los más importantes de Palacio, y se concedía sólo a personas destacadas o muy íntimas del soberano. Tenía que ser un hombre de absoluta confianza, pues precedía al emperador en las cacerías, ceñido con el llamado barducio o clava imperial, a lomos de su caballo. De igual modo, cabalgaba delante del emperador en las salidas oficiales de éste, participaba en recepciones y banquetes junto a él y llegó a tener incluso alguna unidad del ejército a su cargo. En efecto, veremos en los capítulos sucesivos la participación de Basilio en cacerías imperiales y varias historias prodigiosas relacionadas con el cargo, pero destacaremos aquí otra relación con la historia de David, pues la Biblia recoge dos tradiciones, la que lo presenta como pastor, desconocido para el rey (1 S 17, 12 y ss. y 55-58), y otra que lo muestra como trovador y escudero, ya al servicio de Saúl cuando lo buscan para aliviarlo en las crisis del espíritu malo que lo acechaba (1 S 16, 14 y ss.). La similitud de los cargos cuadraba perfectamente en el esquema trazado por Constantino para narrar la vida de Basilio.

Pero antes de ganarse por méritos propios la confianza del emperador, nuevas visiones y prodigios acompañan su camino. De nuevo su madre tiene un sueño en el que se aparece un árbol de hojas doradas en cuya copa se sienta Basilio, retomando la imagen del árbol como símbolo de realeza en la Biblia¹²²². En esta ocasión lo consultó con alguien cuya visión profética ofrecía garantías:

¹²²²Cf. PÉREZ MENA, R. y MORENO SÁNCHEZ, A. I., *op. cit.*, p. 236 y ss.

Al día siguiente narró su visión a una mujer piadosa, que no se apartaba del templo de Dios ni de día ni de noche, como la famosa Ana, sino que consagraba su tiempo a oraciones y ayunos. Esta la animó a alegrarse por su hijo, y tras examinar la visión declaró: “Sin lugar a dudas revela que tu hijo llegará a ser emperador de los romanos”. Al relacionar, pues, este sueño con los anteriores, no volvió su madre en adelante a sentir aflicción por él ni a sufrir, sino que alimentada con esperanzas, se sentía renacer en la espera del auxilio divino. (225, 21 y ss.)

La citada Ana no es un personaje cualquiera: se trata de la profetisa evangélica de avanzada edad, que el día de la presentación de Jesús al templo ve en el niño al Redentor, en un pasaje con evidentes paralelismos con nuestra obra¹²²³. Del mismo modo, con este personaje Constantino pone otro sello de veracidad a su historia, al reconocer al salvador del Imperio en el sueño de la madre de Basilio. La alusión a Ana era un gran golpe de efecto entre unos posibles lectores de una sociedad muy familiarizada con la Biblia, y los remitía directamente a esta imagen. Vemos por otra parte la insistencia en el papel fundamental de su madre como eslabón entre el cielo y lo terrenal, algo que nos recuerda de nuevo al papel de María en la Historia de Cristo: sabedora del destino de su Hijo confía, llena de alegría, en la ayuda de Dios.

Un nuevo episodio profético tiene lugar a continuación mientras acompaña a su señor Teófilo en una misión en el Peloponeso, con significativos elementos ideológicos que consideramos dignos de comentario:

Llegado a Patras, en Acaya, el citado Teófilo entró a orar en el templo de Andrés, el primero en ser llamado apóstol. Basilio, ocupado en el cumplimiento de su oficio, como es natural, no entró con él; pero después también él quiso cumplir por su cuenta con la veneración debida al apóstol y se presentó en el templo. Había un monje que pasaba sus horas allí y consagraba la mayor parte de su tiempo a la iglesia del apóstol. Cuando vio entrar a Teófilo ni se incorporó, ni le dio sus bendiciones ni lo juzgó digno de dirigirle la palabra; ni siquiera le inspiró respeto la habitual escolta ni la magnificencia que lo rodeaba. Pero más tarde, al presentarse Basilio, se puso en pie como si estuviese ante un personaje preeminente y le ofreció el saludo acostumbrado para con los emperadores. (226, 11-23)

¹²²³ Lc 2, 36-38. Compárese el v. 37: ἡ οὐκ ἀφίστατο ἀπὸ τοῦ ἱεροῦ νηστεύσασα καὶ δεήσασα λατρεύουσα νύκτα καὶ ἡμέραν, con 225, 23-24: ἡ νυκτὸς καὶ ἡμέρας κατὰ τὴν Ἄνναν ἐκεῖνην οὐκ ἀφίστατο ἀπὸ τοῦ θεοῦ ναοῦ ἀλλὰ ταῖς εὐχαῖς καὶ νηστεύσασα ἐσχόλαζε.

Hasta este punto, lo más destacable de la narración es el hecho de que todo suceda en el templo de san Andrés, personaje importante para la ortodoxia porque permitía reclamar para la Iglesia de Constantinopla un papel de apostolicidad equivalente al de Roma. Andrés, hermano de Pedro, habría fundado la Iglesia de la Nueva Roma, igual que él lo había hecho en la ciudad eterna, argumento este que se aducía para reclamar la primacía del papado. De este modo, Constantinopla podía reclamar a su vez la primacía de la Iglesia de Oriente, con igualdad de poder y atribuciones que el papa en su órbita, y un mismo valor ecuménico. Recordemos que en esta época se utiliza el documento de la falsa *Donatio*, y que el Porfirogeneta ha sido señalado como uno de los que debió de manejar el texto para usarlo en provecho del Imperio¹²²⁴.

Cierto o no el episodio, no parece muy probable que su elección fuese azarosa, pues era añadir un visto bueno celestial más, un nuevo sello de legitimidad a su abuelo Basilio, y por extensión a todo el Imperio bizantino como alma y rostro de esa Iglesia apostólica y ecuménica que le había sido encomendada a Constantino el Grande, y cuya misión se perpetuaba en el Imperio de Oriente, por mucho que en Occidente quisieran arrogarse ese privilegio celestial. Más adelante (323, 22 – 324, 2) nos recordará que Basilio reconstruyó otro templo dedicado a este apóstol, y que se encontraba casi en ruinas, dentro de un extenso programa de restauraciones y construcciones, algunas dedicadas a personajes muy significativos dentro del sistema ideológico bizantino como es el caso del apóstol Andrés o el profeta Elías.

Por lo demás, la escena es la esperada en estos casos: personaje noble, rico, influyente, vanidoso, que entra en la iglesia, pero el monje piadoso, de probada virtud, ni se molesta en saludarlo. En cambio, ante un Basilio lleno de nobleza, modesto, callado, que va a la iglesia porque desea cumplir con Dios,

¹²²⁴ *Vide supra*, apartado III. 4 de esta segunda parte. Cf. AHRWEILER, H., *op. cit.*, p. 58, nota 2, sobre la elaboración de esta teoría de la apostolicidad en esta época, con alguna bibliografía al respecto.

una vez que sus obligaciones se lo han permitido, el monje lo recibe como al *basileus*. Con estos elementos, el lector prevé cuál será la explicación. Así, la poderosa Danelis, “mujer noble y muy rica de aquellos lugares”, que sabe “por experiencia” del don profético del monje (es decir, es algo comprobado, y no un rumor), presenta, como vimos¹²²⁵, sus quejas ante el clérigo, toda vez que nunca ha recibido tal honor ni en su persona ni en la de su hijo; a lo que el humilde fraile responde que lo hizo porque vio en la persona de Basilio al que ha de ser “gran emperador de los romanos ungido por Cristo”, y no a un vulgar transeúnte.

Queda así confirmado, por segunda vez, el hecho de que está *ungido* ya por Dios, es decir, ya es emperador; podría decirse que *in pectore* para el Todopoderoso, y esta marca indeleble ha de salir a la luz algún día. Destaca el recurso literario de presentar como fuerte contraste a Basilio como un don nadie, de fuera, etc. por parte de una Danelis enfadada, cuando para el lector salta como un resorte lo evidente de su error, y su pensamiento sale de la boca del monje: es el elegido, el perfecto soberano. El episodio sirve de comprobación para Danelis y para nosotros, lectores, a través de ella, al igual que el anuncio de la unción nos llega a través de un representante de Dios, no ya de un sueño o una alucinación de un seglar cualquiera. Su intermediario, pues, con criterio determinante para estas cuestiones, nos comunica por su boca la intención celeste acerca de Basilio. El pasaje deja bien claro que incluso antes de tratar directamente con el emperador (es decir, antes de que él nos cuente episodios de ese trato) ya era algo evidente para quienes pueden ver lo que los simples mortales no vemos.

Como ya conocemos, esta señora Danelis juega un papel importante en la vida (literaria) de Basilio¹²²⁶, pues le proporciona los medios necesarios para superar una enfermedad que supuestamente lo retiene en aquella ciudad lejana

¹²²⁵ El pasaje aparece citado en el apartado II. 5. 6 de esta segunda parte.

¹²²⁶ Sobre ella, *vide* apartado IV. 2 de la primera parte.

de la Capital, y le hace grandes donativos, a cambio de una “fraternidad espiritual con su hijo Juan”. Con ello actúa “como si depositara una semilla en tierra buena, para cosecharla multiplicada en el momento oportuno”, en una imagen que se nos antoja evangélica¹²²⁷. Pero la virtud de Basilio le impide aceptar esas riquezas, pues le parece innoble debido al escalón (hoy diríamos social) que los separa, y que Constantino resume en que aquello “estaba por encima de su posición, debido al aspecto ilustre de la señora, en tanto que el suyo era, según se podía apreciar, ínfimo” (228, 7-9). Pero finalmente se convence, acepta y ella le revela el brillante porvenir que le aguarda:

“Dios te considera un gran hombre y te ha de elevar a una importante dignidad. No pido ni busco otra cosa de ti salvo que nos des tu afecto y te compadezcas de nosotros”. Él le prometió convertirla en señora de aquella tierra si esto sucedía y le era posible. (228, 11-15)

Hemos señalado este párrafo porque nos remite a otro episodio de la historia davídica, aunque con variantes obligadas, como veremos. Recuerda la historia de Abigail, que en el relato bíblico (1 S 25) era esposa de Nabal, un rico ganadero “duro y de mala conducta”, que le niega el alimento a David y los suyos cuando huían de Saúl. Ella, “muy prudente y hermosa”, pide perdón en nombre de su marido, al que finalmente Yahveh mata, y le muestra su seguridad de que David es el destinado a reinar: “Perdona, por favor, la falta de tu sierva, ya que ciertamente hará Yahveh una casa permanente a mi señor, pues mi señor combate las batallas de Yahveh y no vendrá mal sobre ti en toda tu vida” (v. 28). Luego, le pide: “Cuando haga Yahveh a mi señor todo el bien

¹²²⁷ 228, 2-3: ὡσπερ τινὰ σπόρον εἰς ἀγαθὴν αὐτὰ καταβαλλομένη χώραν. La imagen de la semilla que cae en tierra buena y da frutos es plenamente evangélica: cf. la parábola del sembrador en Mt 13, 8; Mc 4, 3-9, donde se habla de la semilla que cae εἰς τὴν γῆν τὴν καλὴν, y Lc 8, 5-8, donde el adjetivo es precisamente ἀγαθὴν. Igualmente evangélico es, como vimos, el concepto de entregarlo todo para seguir a Jesucristo, y recibir de esa manera aquellos bienes multiplicados, “recibir el ciento por uno”, que es lo que sucede a los personajes que ayudan desinteresadamente a Basilio, tan solo porque saben que es el nuevo Ungido y sin esperar nada material a cambio. Cf. Mc 10, 29-30; Mt 19, 27-30 y Lc 18, 28-30.

que te ha prometido y te haya establecido como caudillo de Israel (v. 30); (...) y cuando Yahveh haya favorecido a mi señor, acuérdate de tu sierva (v. 31)".

A la vista del declarado gusto de Constantino por la historia de David, no podemos por menos de plantearnos la relación entre ambas historias¹²²⁸. El hecho real innegable de la unión de Basilio con otra persona hace que haya cambios en el "final", puesto que en el relato bíblico, como premio, David la tomará por esposa. Aquí prefiere presentárnosla como una señora mayor (aspira a que sea amigo de su hijo), suponemos que viuda ya, donde el esposo simplemente, no aparece; por su parte, Basilio se compromete a devolverle el favor en riquezas.

Probablemente este personaje le sirvió a Constantino para cubrir algún hueco en los datos biográficos de su abuelo antes de llegar al trono (como el origen de sus posesiones en Macedonia), o simplemente, buscó esta historia que le permitía crear un paralelismo más con David, aprovechando quizá datos de alguien existente. Nuestro interés aquí no es por la realidad de los personajes, sino de su presentación literaria e ideológica, y desde este punto de vista, Danelis aporta un colorido especial. Resulta un poco inverosímil que Teófilo, poderoso señor de Basilio con claras conexiones con la corte, lo dejara atrás sin medios para atenderlo, incluso en la ficción, pero como sucede en nuestro cine, sin esa importante condición, faltaría un elemento esencial de la historia y no habría "película".

Constantino nos aclara que a pesar de hacerse rico gracias a la ayuda de la dama, "seguía unido a su señor y prestándole sus servicios". Danelis permite

¹²²⁸ No olvidamos aquí la propuesta de ΑΝΑΓΝΩΣΤΑΚΗΣ, Η., que relacionaba esta escena con la visita de Alejandro Magno a la reina Candaces, quien también le pide que no se olvide de ella ni de proteger a sus hijos, pero consideramos que en el contexto bizantino es plausible la fusión de diversos motivos dentro de un mismo relato, en un ejercicio de mimesis propio de esta cultura. Ambas figuras (Candaces y Abigail) se prestaban a los intereses del autor para adaptar una historia con posible fondo real. Cf. apartado IV. 2 de la primera parte, para esta interpretación y los paralelismos entre este episodio y algunos de la tradición sobre la vida de Alejandro Magno.

enlazar de nuevo con David, y, en esa estructura cíclica en la que luego veremos cómo el buen Basilio ya emperador devuelve multiplicados los bienes que recibió cuando era un desconocido, la noble dama facilita un nuevo eslabón para relacionarse con la historia davídica, cuando aparezca con un fastuoso cortejo, al estilo de la reina de Saba, a visitar al macedonio en la cumbre de la gloria (317, 7 y ss.), en un largo excursus descriptivo que también le permitía lucirse en la erudición de algunos de sus temas favoritos.

Hay en la historia de Abigail algo que va quizá más allá de este paralelismo de palabras pronunciadas por ella y por Danelis. Gracias a ella, David llega al trono sin ofender a Dios manchándose las manos con el asesinato de Nabal al tomarse la justicia por su mano. En principio, esto no tiene nada que ver con nuestro macedonio y la noble Danelis, pero unas palabras de Abigail nos hacen plantearnos si Constantino no estaba pensando en ellas al escribir el episodio o si en una cultura tan familiarizada con las Escrituras, no resultaba una evocación directa a ellas: “Cuando haga Yahveh a mi señor todo el bien que te ha prometido y te haya establecido como caudillo de Israel, que no haya turbación ni remordimiento en el corazón de mi señor por haber derramado sangre inocente y por haberse tomado mi señor la justicia por su mano” (v. 31). Evidentemente, lo dice para que David no caiga en el error de matar a su esposo, que no es más que un necio, pero aplicado a la historia de Basilio, que Constantino nos presenta como casi paralela a la del rey judío, nos lleva a preguntarnos si no estaba pensando en lo mismo, es decir, en que de ningún modo ni en momento alguno el macedonio había derramado sangre inocente de manera injusta. Al igual que David, si en alguna ocasión había de hacerlo, sería por causas mayores, dictadas por la providencia. Pero sobre esto habremos de volver en su momento.

III. 5. 5. Trayectoria de Basilio en la Corte hasta la confianza del emperador.

De un modo un tanto brusco, nos presenta de repente una escena cortesana, con un banquete ofrecido por el emperador, donde se hallaría Basilio acompañando a su señor Teófilo, como pariente del César Bardas, y un grupo de búlgaros invitados de este último, jactanciosos y vanos. Seguimos de algún modo la estructura clásica del encomio real, y ahora tocaría el turno a las hazañas de juventud, que dan imagen del gran soberano que será el personaje. Pero en este caso quizá haya que volver a nuestros modelos bíblicos, y a la ideología que impregna toda la obra, porque la historia evoluciona hasta el enfrentamiento entre Basilio y los búlgaros, en algo más que una historieta de entretenimiento.

En una nueva oposición, como vemos, muy del gusto del autor, vemos a unos búlgaros que se exceden en su soberbia y presunción (*ὑπερ τὸ μέτρον*) y fanfarronean por el hecho de contar con uno al que casi nadie había podido derrotar. Por otra parte, tenemos a nuestro Basilio, fuerte pero alejado de la vanidad, como un negativo de lo anterior. No podemos profundizar en el episodio como nos gustaría, pero apuntaremos que sobre este plano, que en el fondo encierra una dualidad más profunda, entre mundo romano (helénico) civilizado y fuerza bruta sin el tamiz de la cultura, que Constantino considera propia de las naciones bárbaras, se superpone otro, que empieza a insinuar desde este momento para allanar el camino difícil de explicar por el que tiene que pasar Basilio para llegar al trono: los búlgaros van con Bardas, y junto a Basilio está su señor Teófilo (el que propone el combate) y el patricio Constantino, amigo del macedonio y descendiente de armenios. Casi sin sentir, se está introduciendo la idea que desarrollará más adelante: Bardas se llenará de envidia hacia Basilio y buscará su ruina. En la unión de los dos planos, pues, tendríamos a un Bardas en el lado de la oscuridad bárbara; en el otro, la luz de la cultura bizantina y la fuerza del legítimo soberano.

Pero en el combate, que se desarrolla en un solo asalto en el que Basilio derrota limpia y fácilmente al búlgaro, tenemos una nueva evocación a la historia de David, y a la conocida historia de Goliat¹²²⁹. Este gigante es un filisteo, es decir, un pueblo bárbaro en relación con el judío, y se jacta de su fuerza llegando a proponer una pelea cuerpo a cuerpo con un judío para decidir sobre el destino de ambos pueblos: el pueblo del perdedor será esclavo del otro. Es la misma relación que en la *Vita*, donde se enfrentan esos dos mundos (civilización / barbarie donde sólo cuenta la fuerza bruta), sólo que en ésta la esclavitud es figurada: “será un enorme oprobio para los romanos y nadie podrá soportar su arrogancia si se presenta en Bulgaria invicto.” (229, 21-23). En el texto bíblico, sólo David, el sencillo pastor (siguiendo una de las tradiciones que vimos más arriba), se atreve a aceptar el desafío y lo vence de una simple pedrada, con más astucia que fuerza. En nuestra obra, por el contrario, se impone Basilio con rapidez pero usando su prodigiosa fuerza, en una escena de tonos homéricos:

Basilio se enzarzó con el búlgaro y lo estrujó y aplastó con enorme rapidez. Igual que a una gavilla de hierba, ligera e inconsistente, o un vellón de lana, seco y leve, con esa misma facilidad lo alzó sobre la mesa y lo dejó caer. Ante el suceso no hubo nadie entre los presentes que no estimara a Basilio y sintiera admiración por él. E incluso los búlgaros, estupefactos por la supremacía de su habilidad y fuerza, se quedaron sin habla. (230, 6-12)

Insiste Constantino en esta idea de fuerza y habilidad, combinando así una ventaja intelectual, propia del modelo bíblico, y otra física, que cuadraba a la perfección con el modelo de soberano clásico y, más aún, con lo que podía ser realidad en un personaje como Basilio, en el que es más que posible que predominase esta faceta, al menos antes de llegar al trono. El suceso se nos presenta como una especie de puesta de largo ante la corte, donde exhibe sus cualidades ante los principales de palacio, de manera paralela al episodio de

¹²²⁹ Narrada en 1 S 17.

David y Goliat, cuando Saúl presencia lo sucedido y conoce así al humilde pastor que había de llegar a rey de Israel.

A continuación aparece un episodio relacionado con un caballo indomable que se ha relacionado, no sin razón, con la historia de Alejandro y Bucéfalo¹²³⁰, que aquí sirve para mostrar las virtudes de Basilio delante del propio emperador, quien lo retiró del servicio de Teófilo para convertirlo en protostrátor, y “le prodigaba sus atenciones y afecto, viendo que se distinguía con mucho de los demás en todo” (231, 18-20). Esto nos recuerda ya a la relación David / Saúl: “Saúl le cobró mucho afecto y le hizo su escudero” (1 S 16, 21). Por otra parte, y relacionado con la escena del búlgaro y la posterior de la caza, de la que hablaremos después, esta habilidad para vencer de manera limpia y rápida a fieras y personas que, recordemos, en la estructura jerárquica de naciones no estaban a la misma altura que el pueblo bizantino (luego se asemejan a animales en mayor o menor grado) trae a nuestra mente el concepto, citado por Dagron, del poder como una fuerza bruta que hay que canalizar y domar¹²³¹.

Tomaba esta expresión de algunos “Espejos”, uno de los cuales, curiosamente, es el atribuido a Basilio, dedicado a su hijo León, padre del Porfirogeneta. En esta obra un consejo fundamental es lo necesario de que la fuerza vaya aparejada con la prudencia, para evitar parecerse a una bestia, y esto nos remite directamente a los pasajes que estamos comentando (la pandilla de Teófilo, por ejemplo, formada por jóvenes fuertes pero fatuos). Probablemente un análisis de este “Espejo” y la *Vita* nos depararía otros paralelismos interesantes, pero que no tienen cabida en el presente trabajo. De algún modo, pues, ponerle las riendas al indomeñable caballo nos proporciona una imagen del soberano capaz de sujetar con mano fuerte las bridas del poder

¹²³⁰ Narrada en el relato de las *Vidas Paralelas* de Plutarco correspondiente a *Alejandro*, cap. VI.

¹²³¹ *Vide* apartado III. 1 de esta segunda parte.

más absoluto y hacerlo pastar de su mano o galopar al ritmo que él desee¹²³². Frente a ello, la situación del trono de la Nueva Roma, en el que se sienta un hombre incapaz de embridar el poder y sujetarlo; o lo que es peor, sólo sabe cortar sus vuelos o dañarlo para mantenerse en él.

A partir de este momento la narración pasa a mostrar la relación de sintonía entre Basilio y el emperador, que provoca los celos de Bardas, para luego continuar la historia paralela con la de David, una vez que el César desaparezca de la escena. Bardas empezará a mostrar su desagrado con el que considera advenedizo y el relato irá ascendiendo en negatividad hacia él hasta que se haga necesario eliminarlo, como vimos. La envidia será el motor de su ruina, como de tantos otros sinsabores y avatares en la *Vita*.

El episodio de la caza, que sigue el protocolo que veíamos anteriormente al hablar de la dignidad de protostrátor¹²³³, remite de algún modo a la imagen de Heracles con la clava en ristre, pero en el fondo es otro guiño al Antiguo Testamento¹²³⁴. En esta ocasión, en medio de la cacería aparece un enorme lobo sobre el que, sin pestañear, cayó Basilio “y arrojándole por detrás el barducio imperial, le acertó a la fiera en mitad de la cabeza y se la partió en dos” (232, 5-8). Esto evoca al Sansón bíblico, cuya fabulosa fuerza se consideraba un don de Yahvé, y que mataba a grandes fieras sin esfuerzo alguno¹²³⁵, pero también al propio David, que cuando pide permiso a Saúl para enfrentarse a Goliat argumenta que “cuando tu siervo [o sea, él mismo] estaba guardando el rebaño de su padre y venía el león o el oso y se llevaba una oveja del rebaño, salía tras

¹²³² Igual que Alejandro con su caballo, que le hace exclamar a su padre Filipo: “ὦ παῖ, ζῆται σεαυτῷ βασιλείαν ἴσην· Μακεδονία γὰρ σ’ οὐ χωρεῖ”.

¹²³³ *Vide supra*, apartado III. 5. 4 de esta segunda parte.

¹²³⁴ Es llamativo que en nuestra obra se utilicen referencias a personajes de la mitología clásica como modelos de virtudes negativas: habla de Ἡράκλειόν τινα τοῦτον ἄθλον refiriéndose a la “hazaña” de un amigo del emperador, consistente en apagar una antorcha con una ventosidad (253, 16 y ss.); y de Briareo al hablar del número de manos que se lanzaban a apoderarse de lo ajeno (258, 15-16). Incluso cuando cita a Quirón lo sitúa en un plano inferior como educador frente a los conocimientos que el padre de Basilio le transmite.

¹²³⁵ Su historia completa se narra en Jc, 13-16.

él, le golpeaba y se la arrancaba de sus fauces, y si se revolvía contra mí, lo sujetaba por la quijada y lo golpeaba hasta matarlo¹²³⁶ .

La similitud con Sansón no es descabellada si tenemos en cuenta que algo más adelante Constantino lo nombra incluso, y es fácil que tuviera este modelo en mente además del de David, puesto que es un personaje que tiene consigo el espíritu de Dios por cuanto su madre, estéril, lo concibe tras recibir el anuncio por boca de un ángel de Yahvé. Estará consagrado a Dios por ello desde su nacimiento, su fuerza y sabiduría eran proverbiales, proporcionó enormes victorias a los judíos contra los filisteos, y ni siquiera en la traición de la famosa Dalila lo abandonó el cielo, pues con la ayuda de Yahvé destruye el templo y mata a muchos filisteos con el sacrificio de su propia vida. Fue, además, juez, es decir, tenía el máximo rango de poder en Israel antes de la institución de la realeza. Como vemos, tiene muchas características que pueden obedecer a la idea que tiene Constantino de soberano modelo¹²³⁷.

La escena nos invita a diversas interpretaciones al margen de la visión bíblica: de nuevo el choque entre la fuerza bruta de la bestia con la fuerza controlada por la razón del noble Basilio, que desprecia el peligro para defender a su señor; más allá, la supremacía del poder legítimo encarnado en el macedonio frente al poder de lo oscuro e irracional que representa la bestia, a la que hay que eliminar¹²³⁸.

Parece que el César lo vio así de alguna manera, pues enseguida comprendió que ese hombre sería la ruina de su linaje, en este camino

¹²³⁶ 1 S 17, 34-35.

¹²³⁷ JOLIVET-LÉVY, C., *op. cit.*, p. 467 y nota 107, señala un par de ejemplos iconográficos en que aparece este personaje como modelo bíblico de emperador.

¹²³⁸ Cf. PATLAGEAN, E., "De la Chasse et du Souverain", *DOP* 46 (1992), pp. 257-266, donde analiza la importancia de la caza, también en el medievo griego, como rasgo y proyección de soberanía y metáfora de victorias guerreras y grandes proezas, en una prolongación de los ideales del antiguo Imperio romano. Su "puesta en escena" pública es un gesto más de la ideología imperial, que no un mero placer, pues en exceso aparta de los deberes del trono. En la p. 262 se comenta este episodio y la simbología del lobo como enemigo, monarca tiránico o incluso de herejía.

preparado por el autor para que entendamos la necesidad de llegar a los funestos medios utilizados por su abuelo antes de ceñirse la corona. Pero para que no quede todo en una simple opinión o parecer de un personaje, se asegura de utilizar de nuevo un mensaje profético, con garantía de veracidad:

Y no solo eso, sino que además cuentan que había oído decir a León, que en aquel momento estaba a la cabeza de cualquier género de saber¹²³⁹, y al que a menudo preguntaba por este asunto, primero: “Encuentro la ruina de vuestro linaje en un joven”; y que después, a medida que Basilio iba adquiriendo notoriedad, se lo había mostrado con el dedo al César [Bardas], diciéndole: “Este resulta ser el que yo decía que será vuestro sucesor”. (232, 13-20)

Queda, pues, fuera de toda duda lo cierto de las palabras de León, en una vuelta de tuerca más de esa espiral en la que Basilio se va acercando al trono, y se juega con los lectores que saben el desenlace pero ven cómo los demás personajes aún no han comprendido quién es o lo van descubriendo, de manera trágica en algunos casos, como veremos. Son técnicas literarias que nos resultan familiares en los esquemas del teatro clásico, por ejemplo.

De especial relieve es el contraste con el propio Miguel, incapaz de ver, como Bardas, el significado último de la escena y que, por otra parte, queda metafóricamente deslegitimado: si la caza es una imagen del emperador victorioso, el último isaurio ya ha perdido la soberanía frente a la noble fortaleza, bravura y valentía responsable de Basilio, quien ya la posee en estado latente.

Volviendo a la historia, ya tenemos una justificación para el recelo de Bardas, que en el fondo, no era sino un impedimento más hacia la gloria. El propio Constantino aclara que esto lo cuenta como digresión (*κατὰ παράβασιν*), pero que no estaba fuera de lugar. Por otra parte, Bardas tenía las manos atadas en este asunto, y por mucho que intentase poner zancadillas a Basilio “no le era posible invalidar nada de lo ya decretado por voluntad

¹²³⁹ León el Matemático, director de la escuela de Magnaura. Cf. apartado III. 3 de la primera parte.

divina.” (232, 21-22). A estas alturas, la intervención de la voluntad divina (θείου βουλήματος) no requiere mayores comentarios.

En esta línea de protección divina se inscribe la escena siguiente, en la que durante una nueva cacería, a la hora de comer se sienta en la mesa Teodora, la madre del emperador, la cual sufre un desmayo tras examinar a Basilio y descubrir en él unas señales proféticas, indicativas del fin de su dinastía¹²⁴⁰. Miguel, por su parte, en una respuesta que nos lleva a la ironía trágica de tantos personajes del drama antiguo, que sin saber lo que les depara su terrible destino, pasan por alto esos detalles que prefiguran su fin, o incluso ahondan en ellos, intenta calmar a su madre, como vimos¹²⁴¹, diciéndole que no es más que un hombre normal, aunque de una enorme fortaleza, como Sansón, pero a quien no hay que temer, y la anima a no sospechar nada malo de él.

Con la frase final nos vuelve a aseverar la veracidad de los temores de la soberana, y la intervención constante de Dios en toda la historia. Por otra parte, la alusión a Sansón aquí ya es explícita, igual que a otros personajes bíblicos, como es Enac, gigante de la tradición hebrea, símbolo aquí de corpulencia física y Nemrod, patriarca del libro sagrado, modelo de cazador.

A partir de este punto las cosas se precipitan para el César Bardas. Constantino muestra una historia un tanto compleja para explicar la llegada de Basilio a la dignidad de *parakoimomenos*, una de las más influyentes en aquel momento debido a la proximidad del trato con el emperador, y que para Basilio sin duda fue el trampolín perfecto desde el que saltar a la corona. Se nos presenta a un Bardas receloso del eunuco Damián, que tenía el cargo por entonces y hacía ver al emperador los excesos del César en su cargo, además de la ambición que en él había. Calumniándolo, consigue convencer al emperador

¹²⁴⁰ Sobre este episodio y el uso del personaje de Teodora para fines propagandísticos de los macedonios, como ya vimos, cf. apartado IV. 2 de la primera parte.

¹²⁴¹ El episodio se analiza en el apartado IV. 4 de la primera parte.

Miguel para que lo despida, ansioso de colocar en el cargo a alguien de su esfera.

Pero cuando la Providencia fuerza las cosas hacia lo que desea, la razón nada consigue, y la astucia se ve atrapada en sus propias mañas. (234, 22 – 235, 1)

Una vez más tiene que intervenir el cielo para que se cumpla lo que está escrito. Así, contra todo pronóstico, es Basilio el honrado con la dignidad, a la vez que aumenta el cariño del emperador por su persona, y lo premia con la mano de una hermosa dama de la nobleza, como es lógico, hija de alguien “celebrado por su nobleza y sensatez”. Ante todo esto, la envidia de Bardas no hace sino aumentar, a la par que se comporta con más arrogancia de la debida y abusa constantemente de su poder. Sin embargo, cuando nos cuenta cómo se llegó a su fin, no lo hace culpable directo de su ruina, sino de otras personas que aprovechan esta situación para calumniarlo ante el emperador e incitarlo a eliminarlo, única solución posible “pues no podía decir ni opinar nada abiertamente contra él, puesto que ostentaba casi su misma dignidad y era además colega en el cargo”. Tenía además muchos adeptos en importantes puestos “ya que velaba por los asuntos de Estado más que él [el emperador]”. Nos introduce ya así la idea de que Miguel no se dedicaba mucho a la marcha del Imperio.

Así, en una campaña militar, Miguel decide desembarazarse de él y para ello recurre a algunos de sus fieles, que en el momento fijado se acobardan y no son capaces de matarlo. Pero Basilio aparecerá como el salvador de la situación, cuando Miguel lo manda llamar para que infunda ánimo a los temerosos confabulados, y lleven a cabo el atentado, “en realidad, osada acción de buen juicio y ánimo valeroso y audaz”. De no ser así, el muerto será el emperador, pues se descubrirá la trama. Basilio cumple con su misión, angustiado por lo que pudiera sucederle al soberano, y les infunde inusitado valor, de modo que sin pestañear degüellan a un implorante César, abrazado a las rodillas de su sobrino.

Lo interesante de la historia radica en lo legítimo de la acción: si bien es cierto que el emperador busca su fin por calumnias, también lo es que en los planes del César parecía estar apoderarse del trono por completo, y el grupo de sus seguidores resultaba peligroso ya para la estabilidad del *basileus*. Por otra parte, destaca el papel fundamental de Basilio como motor que desencadena el fatal (óptimo para Miguel) desenlace, algo necesario para llegar a donde Dios lo envía. Pero su mano no empuña el arma homicida; sus manos no están tintas en sangre inocente. Su actuación deriva de su fiel comportamiento hacia su señor, de su obediencia y la preocupación por su bienestar, algo que seguirá mostrando en capítulos sucesivos, cuando veamos la decadencia de Miguel y los denodados esfuerzos del macedonio por hacerlo volver a la cordura.

Una vez dado este paso decisivo, el ascenso de Basilio es imparable, siempre de la mano del cielo:

La Providencia guiaba a Basilio hábilmente adonde quería: al momento de regresar de la campaña, el emperador lo nombró hijo adoptivo (pues carecía por completo de descendencia) y lo honró con la magnífica dignidad de los magistros¹²⁴². (238, 11-14)

Con el César eliminado y ocupando uno de los cargos superiores del Estado, en la práctica y con habilidad podía convertirse en el segundo de a bordo. Pero quedaba alguien que podía interponerse entre Basilio y el trono: el *logothetes*¹²⁴³ Simbacio, yerno del fallecido César. El autor ya nos lo ha

¹²⁴² Creados por Constantino el Grande, en un principio tenían atribuciones tan amplias como importantes: responsables del correo imperial, de agentes e informadores del Estado, de los servicios de seguridad de palacio y el propio emperador; especie de maestro de ceremonias en todas las actividades y solemnidades, director de los servicios diplomáticos, al cargo de los extranjeros residentes en Constantinopla, etc. Aunque a partir del siglo VI sus funciones empiezan a diversificarse y delegarse en otros cargos, lo cierto es que no perdió su importancia hasta épocas muy tardías (s. XIV). En época de Basilio había dos, y su cometido había quedado limitado (que no reducido en poder) a ser consejero del emperador, al que podrían sustituir en caso de ausencia ante el senado, pues también ocupaba el primer puesto en esta institución. Vemos pues, el enorme salto que suponía para el macedonio acceder a esta dignidad, que le permitía estar aún más cerca del emperador e influir en sus decisiones.

¹²⁴³ Otro cargo fundamental en el Estado bizantino, pues controlaba grandes áreas de política exterior e interior. Especie de primer ministro o canciller, informaba al soberano de

presentado antes, entre los pusilánimes sublevados a los que Basilio tuvo que llenar de valor por orden del emperador. Ahora lo vemos “roído de envidia”, solicitando un traslado a otra zona, con lo que el camino queda libre definitivamente. Pero nuestro personaje volverá cuando vea la prosperidad del macedonio.

Llegados a este punto, el Porfirogeneta nos da un amplísimo párrafo donde de repente nos hace ver la incapacidad de Miguel para el gobierno y la necesidad de tomar a alguien como socio en el poder. Hasta ahora sólo habíamos visto cómo Bardas se arrogaba más autoridad de la que le correspondía, sin que ello supusiera que Miguel tuviese defectos que había que cubrir. Sin embargo, ahora hace un largo excursus para justificar el ascenso de Basilio, y es el primer momento en que habla de la incapacidad del emperador. Aunque extenso, lo reproducimos aquí por su enorme interés ideológico:

Poco después el Estado se agitaba con peligrosa inestabilidad, vacilaba el poder y requería un protector que se hiciera cargo, dado que el emperador se daba a otras ocupaciones más que a saber gobernar como es debido. Con anterioridad, la mayoría de estas cosas pasaba inadvertida, ya que el César, que participaba por igual del poder, siempre despachaba lo urgente y sobre su persona descansaba casi el gobierno y el cuidado todo de la administración civil. Se suscitaban, pues, invectivas y murmuraciones contra el emperador por parte de la asamblea del Senado, los altos cargos del Estado y casi todos cuantos estaban al frente de la administración y dirección pública; incluso los ejércitos y toda la masa ciudadana. El emperador supo de aquello por sus más allegados, y con dificultad, como si por un breve instante recuperara la cordura, reconoció no sólo su negligencia y abandono en los asuntos públicos, sino también su ineptitud y simpleza. Temeroso además de alguna insurrección o revuelta del vulgo, resolvió nombrar a alguien partícipe del gobierno y el poder. Puesto que hacía poco había adoptado a Basilio y sabía que destacaba entre los más por su valentía y sensatez, y era el adecuado para suplirle en sus carencias en el gobierno de la nave del mundo (al tiempo que la divina Providencia lo impulsaba a ello), se reafirma en esta idea, de modo que designa a Basilio emperador. (238, 21 y ss.)

En primer lugar plantea la necesidad de una mano firme en el Estado, que se tambalea por la falta del que hasta hace poco nos ha pintado como

cuanto sucedía en el Imperio, dirigía los servicios diplomáticos y era responsable de las comunicaciones (incluyendo el correo imperial y los caminos), entre otros. Un puesto que debía ocupar alguien de absoluta confianza y cercanía al emperador.

ambicioso Bardas. Destaca además la imagen del orbe romano, del mundo civilizado, el único que no puede estar sin una cabeza visible y eficiente, al servicio de la importante misión que el cielo le ha encomendado: vemos así expresiones como κοσμικῆς διοικήσεως ο ἐν τῇ κυβερνήσει τοῦ κοσμικοῦ σκάφους. Hay, pues, una clara conciencia de esa ecumene romana, de la que dependen los demás pueblos, por lo cual es esencial que disponga de un buen capitán al timón.

Una vez dibujada esta situación de inestabilidad, pasan al primer plano narrativo las protestas, que no provienen de cualquiera: es muy cuidadoso el autor al enumerar en orden jerárquico los sectores descontentos, y que incluyen al Senado, los altos cargos, los ejércitos y el pueblo llano. Esto nos lleva directamente a cuanto hablábamos de las aclamaciones¹²⁴⁴ como elemento decisivo para que una persona quede convertida en emperador: debe tener este respaldo “oral” de todos los sectores de la sociedad bizantina, en aquel orden cósmico que con tanta claridad aparecía a los ojos de Constantino. Al presentar las protestas (es decir, lo más opuesto a las aclamaciones) de todos estos grupos y en ese orden, no está sino justificando plenamente la llegada de un nuevo emperador, toda vez que el actual ya está deslegitimado. Ya se ha apartado de su misión, o bien, Dios ha decidido ya que debe ser sustituido.

En este sentido, no podemos pasar por alto el hecho de presentarnos a Miguel “como si por un breve instante recuperara la cordura”, que nos anticipa que volverá a las andadas, pero también que en esto seguirá de nuevo la historia de David junto al rey Saúl, que sufría ataques de locura y era acuciado por un espíritu malo, algo sobre lo que volveremos más adelante. Quizá su único acto de sensatez sea nombrar emperador a Basilio. Recordemos que era una forma de asegurarse la continuidad por medio de la asociación¹²⁴⁵, con las figuras del gran emperador y el *pequeño*, aunque en un principio no suponía

¹²⁴⁴ Vide apartado III. 1. 2. 2. a) y III. 2. 1. de esta segunda parte.

¹²⁴⁵ Vide apartado III. 2. 2 de esta segunda parte.

equivalencia en el poder. El emperador grande es el que tiene en la práctica el control absoluto del Imperio, pero el otro es el que heredará el puesto, y recibe un trato similar. Desde allí era realmente fácil acceder al trono, y podía acelerarse el proceso sin tener que esperar, por medio de alguna intriga.

Pero, según nuestro autor, a este cargo ha llegado Basilio por voluntad divina, que ha influido en la del soberano, y por méritos propios. Y es el propio Dios el que sella esta decisión el día de su coronación, cuya descripción está llena de la retórica imperial propia en estos casos:

Con el apoyo de Dios en esta resolución, el mismo día del sagrado Pentecostés en que el Paráclito descendió sobre los discípulos de Cristo nuestro Señor, Basilio es coronado con la diadema imperial en el célebre templo que recibe su nombre de la Sabiduría del Señor, por mano del entonces emperador Miguel, y también por decreto y resolución de Cristo, que reina por siempre. Era el veintiséis de mayo de la decimocuarta indicción según los romanos. (239, 19 - 240, 4)

Este pasaje resulta de especial interés puesto que no aparecerá otra coronación una vez que alcance el trono. Esto es debido a que por lo general, en el momento de investidura como emperador de alguien que ya había sido asociado al trono, no solía hacerse ningún rito especial, aunque sobre esto volveremos al llegar a esa parte. Significativo resulta el día elegido para su coronación, que celebra el descenso del Espíritu Santo sobre los apóstoles para infundirles sabiduría. Recordemos que era una práctica común entre los emperadores elegir un día del calendario litúrgico ligado a alguna celebración relacionada con las manifestaciones de Dios entre los hombres¹²⁴⁶. Por ello tal vez no olvida Constantino recordarnos no sólo la festividad, sino lo que supone dentro del mundo cristiano: esa presencia del Espíritu sobre sus enviados, a quienes encomienda la misión de propagar su mensaje, en cuyas palabras y decisiones estará siempre presente. Se produce además en la iglesia de la Sabiduría divina, con lo que todo esto no puede ser sino una clara presencia divina en el acto, y una muestra verdadera de Su voluntad en el hecho de la

¹²⁴⁶ *Vide supra*, apartado III. 2. 1 de esta segunda parte.

coronación de Basilio. Deja claro además que el traspaso de poder lo hace otro representante legítimo, el actual emperador, y el adorno retórico del fragmento ayuda a crear la atmósfera de solemnidad y autenticidad necesarias para despejar cualquier duda sobre usurpación o intención aviesa por parte de Basilio: se trata de un decreto divino refrendado por el poder vigente.

Por lo demás, el autor no nos aporta más datos del ceremonial o los fastos que pudieron tener lugar en aquel día de 866, cuando debió de producirse la coronación que lo asociaba al trono, aunque sí comenta un poco más el momento del *advenimiento*, o sea, de la toma de poder efectiva, aunque no contó con ritual de coronación. Tal vez buscaba centrar el interés en ese momento en que por fin era el único monarca, para subrayar el cambio, la renovación que siguió a su asentamiento definitivo en el trono de Bizancio, en esos juegos de blanco y negro que tanto parecen agradarle, y distanciarlo del relato de la coronación por asociación, que podría presentar una imagen de Basilio susceptible de ser interpretada como ambiciosa y sedienta de poder.

Antes de que el cielo del aún emperador Miguel vuelva a llenarse de oscuras nubes de tormenta y nos muestre su verdadero rostro, de manera que sea obligado exponer lo necesario de su eliminación, se introduce de nuevo a Simbacio, el “primer ministro” que había huido por envidia. También ahora, al ver la buena fortuna de Basilio, e igualmente movido por una terrible envidia, promueve junto a un tal Pérganes, al cargo de otra provincia, un alzamiento que finalmente fracasó, de modo que Miguel descargó sobre ellos todo el peso de la justicia. Dejando a un lado la verdad o no que pueda haber en el suceso, da la sensación de estar estudiada la presentación del episodio de modo que pueda ser un primer paso para que el lector entienda la enorme diferencia entre Basilio y Miguel, el nuevo ungido y el ya deslegitimado emperador, pues se apresura a contar cómo actuó el macedonio al respecto en cuanto llegó al trono:

En cambio, el noble emperador Basilio, cuando recibió el poder como soberano absoluto, los invitó a regresar del exilio y les donó como muestra de generosidad los

privilegios de que gozaban antes de la defección, sin mostrarles rastro alguno de rencor hacia ellos. A menudo los llamaba a su mesa y los confortaba con sus palabras; procurándoles el bien con sus obras, les hacía más llevadero el infortunio que les había acarreado su insensatez. (241, 10-16)

Es el primero quizá de una larga serie de esquemas positivo / negativo entre los dos soberanos. Basilio muestra su superioridad como elegido divino cuando, a pesar de tener el poder absoluto, no abusa de él, sino que prefiere tratar con magnanimidad a los vencidos, ejecutores de una terrible osadía, pero a fin de cuentas desgraciados por su ἄνοια al alzarse contra el poder legítimo. Esta imagen del soberano humilde, preocupado por el bien de los demás, que no devuelve mal por mal, nos recuerda de nuevo al Mesías y su comportamiento ejemplar que sólo persigue el bien y la concordia entre sus hijos / súbditos, siempre bajo el paternal afecto de su jefe y pastor. En última instancia, sería otra imagen del ideal proyectado en los “Espejos de Príncipe”.

Después de este inciso con el que no sólo remata la historia del *logothetes* traidor, sino que le sirve de medio para ir allanando el camino en la comparación entre los dos soberanos, y concluir en la necesidad de que prevaleciese Basilio, introduce otra vez el elemento sobrenatural para dar mayor énfasis a la legitimidad de la coronación del macedonio:

Pero todo eso ocurrió después. En aquel momento se cumplía la predicción y profecía formulada trescientos cincuenta años antes por Isaac, el más clarividente entre sacerdotes y monjes. De origen arsácida también, supo por una visión que mediado ese tiempo un descendiente de Ársaces recibiría el cetro del Imperio romano. Tuvo lugar el acontecimiento con la aprobación de las autoridades y el pueblo entero, del ejército y los generales, y de todas las multitudes en cada territorio y ciudad pertenecientes al Imperio; pues todos deseaban que se hiciera cargo del Estado un hombre que, con la experiencia de una inferior fortuna, conociera las agresiones de los poderosos hacia los pobres, sus injustas sustracciones, las que podríamos llamar vejaciones a los más humildes y las esclavitudes a que los sometían sus iguales de raza; hechos todos que habían encontrado su ambiente propicio durante el mandato de Miguel, ya que el emperador prefería atender a otros asuntos antes que a éstos. (241, 17 y ss.)

Otro testimonio profético cuya veracidad es indiscutible. Viene avalado además por el hecho de proceder de alguien del mismo grupo racial que Basilio, con lo que de algún modo se cierra el círculo iniciado con el comienzo

de la obra, cuando se habla de sus orígenes. En este punto concluye el ciclo de la historia, con el advenimiento del esperado descendiente que por fin da cumplimiento a lo decretado por el cielo, y nos evoca los frecuentes pasajes evangélicos en que se alude constantemente a profecías de las Escrituras que ven su cumplimiento en tal o cual hecho de Cristo. De igual modo aparece aquí la coronación de Basilio como otro cumplimiento esperado: la salvación del Imperio con su persona, y del género humano a través de su labor en el trono inspirado por Dios.

No olvida recordarnos que todos los sectores sociales que antes veíamos sedientos de justicia y de un cambio de cosas, aprueban de manera unánime su llegada, con lo que insiste en esta idea bizantina del supuestamente necesario consentimiento de todos para que alguien sea nombrado emperador, aunque sea sólo en teoría. El autor lo deja bien claro para despejar cualquier duda al respecto. Significativo es el hecho de aludir a la “inferior fortuna” de Basilio antes de llegar a la corona, pues permite deducir que Basilio sabrá ponerse en el lugar de los más desfavorecidos por haber sufrido en sus carnes esos infortunios, y portarse como un padre con ellos, pilar básico de la doctrina imperial. Este acercarse a los humildes y necesitados sigue también la línea de Cristo, insistiendo en la idea del Rey de reyes que en lugar de alardear de ello es capaz de ponerse al mismo nivel que los simples mortales y participar de sus inquietudes y dolores. Finalmente, es una idea que nos vuelve a llevar a David y al concepto bíblico de la sencillez, preferida por Dios en sus elegidos: cabe citar como ejemplos a Abel, Jacob, o José en el Antiguo Testamento, y a María o el pescador Pedro en el Nuevo. Basilio es la representación de esa pobreza davídica que más adelante Constantino cita de manera expresa en la obra, por su origen humilde pero no innoble, y sobre todo por el aprovechamiento de sus talentos, por decirlo en terminología evangélica, es decir, por abrirse paso tan sólo con sus virtudes y su buena disposición, ajeno a la importante elección de que ha sido objeto desde el cielo, que constantemente vela por él.

Por último, esto de la inferior fortuna permite introducir lo que será el núcleo de la siguiente parte: la crítica al reinado de Miguel basada en su alejamiento de todo lo que un buen soberano debe hacer. De este modo, se justifica el apoyo de esa masa de ciudadanos que sufren los abusos de los poderosos, ya que bajo el último amorio la situación se ha hecho insostenible, y el propio emperador se ha apartado de esa imagen ideal que representa Basilio. Aunque Miguel descendía de sangre imperial, ha sido incapaz de encarnar esa *φιλανθρωπία* de que hará gala el macedonio.

III. 5. 6. Caída de Miguel: de la asociación en el trono hasta el poder absoluto.

Con todos estos preparativos ante el lector, el Porfirogeneta no duda en avisar que va a hacer un inciso (que resulta ser bastante extenso, aunque él insiste en que sólo va a narrar algunas cosas a modo de ejemplo) para que se comprenda la absoluta necesidad de la desaparición de Miguel por el bien del Estado y de todos. La idea básica del largo intervalo en la historia de Basilio se expone en este pasaje a modo de prólogo:

Puesto que he llegado a este punto de nuestra narración, considero que mejor debe interrumpirse por un instante la historia del emperador Basilio y, retomándola desde atrás, mostrar en breves palabras y en la medida en que me sea posible, cuál era la vida del emperador Miguel, con qué se deleitaba y en qué consumía su tiempo, su interés y los fondos públicos. Todo el que quiera podrá así saber a partir de ahí que con toda claridad fue un decreto divino el que llamó a Basilio al poder (pues era imposible que tal como andaba el Estado pudiera mantenerse firme). Y que después de todo esto, el mismo Miguel afiló las espadas contra su persona, armó las diestras de sus asesinos y los incitó a su propia ejecución: hasta tal punto se apartó de sus obligaciones, tanto se dejó llevar, cual por báquico delirio, hacia todo lo ilícito; así se mofó de lo divino y desdeñó las leyes civiles y a la vez las naturales. (242, 11 y ss.)

En esta declaración de intenciones el autor sólo va a decir la verdad, y la exposición de todo tipo de fechorías estará justificada por el afán de hacer entender lo necesario no ya del cambio, sino de la eliminación física del emperador. Ante todo, la voluntad divina (*θεία ψήφος*) como principal elemento de acción en la historia, interesada en devolver estabilidad a *Su*

Imperio, al que tiene encomendado la redención de la ecumene. Por otra parte, la responsabilidad exclusiva de Miguel en su asesinato, al instigar a ello con su inmoral comportamiento, que va a narrar en detalle a continuación, y que básicamente se reduce a desviarse de sus deberes como emperador cayendo en el más desvergonzado abandono a todos los placeres y todo lo ilícito. Es especialmente grave dado que apartarse de su obligación es hacerlo del propio Dios, que es quien lo ha designado para esta difícil misión de dirigir la nave del Estado. Esta labor como *basileus* implica, como vimos, grandes sacrificios personales que requieren constante vigilancia por todos los asuntos, desde el bienestar de los súbditos hasta el erario público o la defensa de las fronteras; frecuente renuncia a placeres mundanos por el bien del Imperio, etc.

La narración, pues, pasa a detenerse en episodios cuyo comentario detallado no cabe aquí, pero que tienen como objetivo mostrar lo anteriormente anunciado: el desprecio de Miguel por todo lo sagrado, bien sea objetos o instituciones religiosas, o estatales, que en el ámbito bizantino tienen igual valor. Así pues, nos lo muestra entregado a borracheras sin cuento, dilapidando en francachelas los fondos públicos, haciendo escarnio de lo sagrado, etc. Este último punto es quizá el que le da mayor juego, precisamente por la importancia que tiene en el sistema ideológico bizantino el tándem patriarca / emperador y la relación particular e indisoluble que se establece entre el plano del Reino celeste y el terrenal. Profanar algún aspecto de esta relación es más que alta traición, es directamente sacrilegio.

Hay muchas escenas que insisten en esta idea y contrastan fuertemente con el comportamiento que veremos luego en Basilio. No falta la esperpéntica parodia del patriarca, el impío nombramiento de un canalla como si fuera Cristo con sus correspondientes apóstoles, la profanación literal de los cálices en sacrílegas misas; o la impía procesión paralela a la evangélica entrada en Jerusalén a lomos de un burro, pero ejecutada por la desvergonzada camarilla

del emperador¹²⁴⁷. Este último episodio proporciona una oportunidad para lanzar el primer aviso sobre el fin que tendrá toda la historia: después de describir cómo en una procesión en que participaba el patriarca, rodeada de la solemnidad y respeto debidos, irrumpen, en un negativo de todo lo anterior, los amigos del emperador actuando de manera diametralmente opuesta, como respuestas de un espejo oscuro al máximo jefe espiritual y su séquito, el patriarca recurre a Dios frente a este personaje especie de Anticristo y a su *διαβολικὴν χορείαν*, en lo que nos aparece como aviso profético del fin de Miguel:

Pidió entre lágrimas a Dios que pusiera término a semejante blasfemia e injuria y se exterminara en el infierno a aquellos impíos, para que no se siguiera mancillando todo lo sagrado ni se ridiculizara lo místico y digno de veneración. (246, 1-4)

En última instancia, pues, será Dios mismo el que inspire el fin del sacrilego emperador, y no es sino su máximo representante en el mundo terrenal quien pide su fin, quien sugiere que la situación acabará de la peor manera para el emperador. En el fondo, recuerda a las historias bíblicas en las que el pueblo judío (o personajes concretos de este) se aparta del verdadero Dios y se entrega a sacrilegios y libertinos placeres, o bien a otros dioses, algo que siempre termina con el rayo fulminante del cielo. En este sentido, es interesante ver que en esta escena es constante la referencia al mundo de los sátiros, de Pan y del delirio báquico, lo más negativo del paganismo, lo más

¹²⁴⁷ Sobre los múltiples paralelismos con episodios de sacrilegios y otras historias similares en la Biblia, *vide* PÉREZ MENA, R. y MORENO SÁNCHEZ, A. I., *op. cit.*, pp. 249-251, donde se analizan los pecados de los reyes de Israel, de negligencia o entrega a falsos ídolos sobre todo, así como escenas parecidas, como la de la profanación de los vasos sagrados. Resulta de especial interés la similitud entre las escenas de desenfreno en las que hay abuso de bebidas y culto a otros dioses, con las que presenta la *Vita* con un Miguel absolutamente abandonado a *bacanales*, al exceso del vino y los males que acarrea. El autor carga las tintas sacando del mundo clásico todo lo negativo del panteón pagano. No obstante, es probable que hubiese existido un fondo de verdad en estas grotescas pantomimas, como se refleja en el Concilio de 869-870, que sin embargo no incluye a Miguel entre sus protagonistas, ni recoge la imitación sacrílega de la Eucaristía, que bien podría ser una invención añadida según algún guión bíblico, como a menudo sucede en la *Vita*. Sobre los datos del Concilio, cf. BURY, J. B., *op. cit.*, p. 163, nota 1.

cercano al maligno en la lectura cristiana, falsos ídolos en definitiva a los que adora Miguel, por lo que la ira de Dios lo encontrará.

Insistiendo en la noción de alejamiento de lo divino, que es lo que legitima en última instancia la permanencia de alguien en el trono, es destacable el episodio en que se hace escarnio de la madre de Miguel, porque aflora el guión que sigue en cierto modo el autor, y que no es otro que la historia de David y Saúl. Después de burlarse de su madre haciéndole creer que el patriarca iba a darle la bendición, cuando en realidad era alguien de su camarilla que más bien le da... una sonora ventosidad en todo el rostro, la emperatriz le dice:

“He aquí, mal hijo, que Dios ha apartado Su mano de ti y te ha sido un innoble entendimiento para hacer lo que no debes”. (247, 10-12)

Sus palabras de reproche son similares a las de Samuel cuando Saúl desobedece a Dios: “Hoy te ha desgarrado Yahveh el reino de Israel y se lo ha dado a otro mejor que tú¹²⁴⁸”. El pasaje bíblico es clarísimo y es de suponer que para un lector buen conocedor de la Biblia y en especial de la historia de David, tan importante en la ideología bizantina, las palabras de la dama decían mucho más de lo que parece, y preparan psicológicamente al lector en la idea de la inminente llegada de Basilio al trono¹²⁴⁹.

Recordemos, por otra parte, que en la historia bíblica, Saúl era atormentado por un espíritu malo por lo que, según una de las tradiciones, había buscado a David a fin de que lo calmase con su música. El espíritu procedía del mismo Yahveh¹²⁵⁰, pues su comportamiento se había alejado de la voluntad de Dios y por ello había ungido a David, arrebatándole de este modo

¹²⁴⁸ 1 S 15, 28.

¹²⁴⁹ En esta posible reelaboración del episodio bíblico podríamos ver el ya sugerido uso del personaje de Teodora para fines propagandísticos por parte de los macedonios. Cf. apartado IV. 2 de la primera parte.

¹²⁵⁰ 1 S 16, 14.

el reino de Israel¹²⁵¹. En este esquema puede encuadrarse la actitud de Miguel, porque debemos tener presente que en la ideología imperial bizantina, si alguna vez ocupó el trono, ello fue debido a la voluntad divina, como en el caso de Saúl, y es el mismo Dios el que invalida su elección y unge a otra persona.

De este modo, Basilio queda una vez más fuera de toda sospecha, ya que cuanto sucede es obra del cielo, que mueve los hilos de la Historia para que así sea, y lo ha ungido desde su nacimiento. Miguel, en cambio, se arrastra en su propia maldad, perseguido por el espíritu malo que aquí parece identificarse con el pagano dios del vino y el desenfreno. El texto, además, nos lo describe frecuentemente con términos relacionados con la locura o insensatez: ὁ ἀνόητος καὶ παραπλήξ βασιλεύς, τὰ τῆς μανίας αὐτοῦ, τὴν παράλογον ἐξ ἀφροσύνης τοῦ βασιλέως ἐμβροντησίαν τε καὶ παρακοπήν, φρενοπλήξ καὶ παράφορος, etc.

La actitud de Basilio en todo esto es la del noble personaje que encarna: no busca medrar a costa de la insania del emperador, sino que le advierte del peligro que corre la propia institución imperial y su vida si continúa por el camino de desenfreno que ha elegido, y siempre lo hace “en una actitud sumisa y humilde”. Como ejemplo, podemos ver el siguiente pasaje:

“Es justo, mi soberano y emperador, que yo, que gozo de tantos beneficios y favores gracias a ti, te aconseje lo conveniente, sugiera lo mejor y haga recordar lo útil y provechoso. Se nos odia, señor, has de saberlo, se nos odia (pues se mezclaba él mismo para evitar herirlo, aunque no participaba con él en ninguna de sus extravagancias). La ciudad toda, el Senado y los arzobispos de Dios nos consideran malditos, y todos nos calumnian y reprueban. Ya que lo humano no nos importa nada, hemos de sentir temor a la ira de Dios y miedo de que, encolerizado y severo, nos ponga a prueba”. (248, 6-16)

Hemos elegido el pasaje porque reúne varios elementos interesantes para nuestro análisis. De un lado, la presentación “retórica” que de la cuestión hace Basilio, empezando por exponer su agradecimiento y hacer sugerencias a quien se supone que es irreprochable, como emperador de los romanos que es.

¹²⁵¹ 1 S 15, 10-11 y 24 y ss.

El comienzo de la frase (δικαίων ἐστίν) es una llamada de atención sobre la justicia y veracidad de sus intenciones. Es como si un “Espejo de Príncipe” tuviese voz, como si Basilio encarnase a uno de esos manuales de consejos (algo que podría hacer según el punto de vista del autor ya que es el soberano perfecto), o como si el cielo hablase a través de él (puede actuar de mensajero por ser el verdadero elegido). Utiliza el plural para amortiguar el impacto de sus palabras y hacer menos amarga la píldora, pero el autor deja claro que es un plural retórico también, pues nada más lejos de Basilio que participar en aquellos desmanes.

Otro aspecto interesante es la inclusión, una vez más en esta parte de la obra, de todos los sectores sociales (esta vez falta sólo el ejército), como muestra de que la pirámide del orden cósmico se está resintiendo por la debilidad de su cabeza. Y finalmente, la advertencia sobre el peligro de la ira de Dios, en lo que constituiría un segundo aviso, después de la escena del patriarca.

Basilio, pues, no sólo queda fuera del comportamiento blasfemo e inmoral de Miguel, sino que se establece una vez más que el fin del amorio vendrá de mano divina y no humana, aunque ésta pueda ser su instrumento. En ningún momento se plantea siquiera la posibilidad de eliminarlo o hacerle daño, igual que David, teniendo varias oportunidades para hacerlo, rechaza siempre atentar contra quien considera ungido del Señor¹²⁵². Como era de esperar, sus consejos no sólo caen en saco roto, sino que ocasionan la animadversión hacia Basilio, que a partir de este punto irá en aumento¹²⁵³, instigado además por su camarilla, que lo convence de estar ante un enemigo, puesto que no se complace con lo que a él le gusta, en un estilo bastante diabólico de tentación. El resultado será un intento de asesinar a Basilio en una cacería por medio de algunos de sus compañeros de jolgorios: le arrojaron una

¹²⁵² 1 S 24, 9 y ss.; 26, 8 y ss.

¹²⁵³ Sobre los paralelismos bíblicos con esta parte del relato, cf. PÉREZ MENA, R. y MORENO SÁNCHEZ, A. I., *op. cit.*, pp. 251-254.

lanza que no acertó, pero la acción le costó la vida al asesino, al desbocarse su caballo y arrastrarlo. Este episodio está conectado con otro similar en la vida de Saúl, que intenta en vano matar a David con su lanza¹²⁵⁴, y luego lo persigue hasta obligarlo a huir y combatirlo. En nuestra historia, Miguel queda impresionado por el suceso y se confiesa:

Por lo que arrepentido ya en vano, según cuentan, ordenó a sus cómplices que no osaran atentar en adelante contra aquel inocente si no se atrevían a sucumbir también ellos con una muerte similar. (249, 19-22)

En el fondo, con ello lo que hace es insistir en la idea de inocencia de Basilio (τοῦ ἀναίτιου), dejando patente la protección divina que rodea a su persona. La confesión, además, actúa como un efecto propio del drama, cuando el personaje cree que por fin el mal sueño ha terminado, mientras que el espectador sabe que es sólo el principio de lo peor. Y efectivamente, a partir de este momento las correrías personales (no ya de su grupo) de Miguel se cargan con las más oscuras tintas: se burla de los atributos imperiales, en lo que recuerda a un episodio similar de la vida de Nerón de Suetonio, con el que se ha relacionado¹²⁵⁵, en el que viste con todos los emblemas imperiales, incluida la corona, a un personajillo de la corte, y lo presenta a todos, diciendo entre otras lindezas: “¡Cuánto mejor sería haber nombrado a este hombre emperador

¹²⁵⁴ 1 S 18, 10 y ss. El episodio se repite en 1 S 19, 8-10. Saúl no puede soportar que Dios esté con David, y que el cariño del pueblo por éste aumente de día en día. La inquina del rey por David se hará cada vez más intensa a partir de este momento, igual que en el relato de la *Vita*.

¹²⁵⁵ *Vita Neronis* XXVIII, aunque allí el joven, llamado Esporo, es adornado con los atributos de la emperatriz. En todo caso, nos planteamos si esta escena no encubre algún suceso de fondo real revestido de los adecuados ropajes literarios, ya que las fuentes antimacedonias incluyen un episodio donde Miguel premia a un tal Basilisciano, quien lo ha elogiado por su triunfo en las carreras, con los botines de púrpura imperial de Basilio. Ante la negativa del macedonio a dárselos, lo obliga y se los calza al otro, mientras dice: ὑπερὸν σὲ κάλλιον αὐτῷ πρόπουσιν· μὴ γὰρ οὐκ ἔχω ἐξουσίαν, ὡς σὲ βασιλέα ἐποίησα, καὶ ἄλλον ποιῆσαι; (*Georgii Monachi Vitae Recentiorum Imperatorum*, ed. BEKKER, I., *CSHB*, Bonn 1838, 835, 10 y ss.) Eudocia le advierte entre lágrimas de la magnitud de la dignidad imperial y lo terrible de despreciarla, pero de nuevo insiste Miguel en que desea hacer emperador a Basilisciano. Tampoco sabemos cuánto hay de verdad en esta versión, pero parece probable que hubiera tenido lugar alguna situación similar que cada autor ha elaborado a su manera.

antes que a Basilio!" (251, 1-2). Con este esperpento¹²⁵⁶ se acentúa la terrible brecha entre los dos, se justifica de nuevo el previsible fin que ha de tener y hace un retrato positivo de Basilio a través del negativo que presenta aquel bufón disfrazado. Miguel ha llegado al clímax de su insania, y se halla "fuera de sí, arrastrado por sus pasiones", algo completamente opuesto al monarca ideal.

Como ilustración de los males que acarrea su entrega a Dioniso, dedica Constantino un largo episodio. Ya hemos señalado que esto, además de apartarse de la voluntad divina toda vez que la bebida priva al hombre de la serenidad, cordura y sensatez necesarias para gobernar el timón del Estado, que diría nuestro autor, es en clave bíblica como entregarse a falsos ídolos. Conduce, por otra parte, al crimen, tanto por esa pérdida de lógica como por dejar un resquicio en su autoridad que otros pueden utilizar en provecho propio, para castigar a inocentes que se interponen en el camino a una prebenda, por ejemplo. Nos dibuja, así, a un hombre entregado al vicio de beber, privado de voluntad, hecho un guiñapo, que al día siguiente se arrepiente, pero a la noche cae una y otra vez en el mismo error. Esto le permite al autor decir lo que cualquier persona sensata diría:

¿Quién que oiga y presencie estos hechos, aunque tenga un corazón de piedra o sea del todo insensible, no montará en cólera ni se sentirá febrilmente impulsado alguna vez a vengar a quienes perecen sin culpa alguna? Creo que ni el más manso de todos los hombres, David, soportaría las tonterías de borracho de este hombre despreciable; pues la indulgencia en estos casos se tiene por necedad y dureza de corazón, no por magnanimidad. (252, 17-23)

El pasaje citado no oculta ya la necesidad absoluta de eliminarlo, para resarcir a los inocentes muertos por su mano (τὴν τῶν ἀναίτιως ἀπολλυμένων ἐκδίκησιν). Abiertamente señala a David, al modelo de la narración, y lo justo que sería acabar con Miguel, ya que perdonarle la vida es

¹²⁵⁶ Obsérvese que el personaje se llama Basilicino, que nos evoca un diminutivo del nombre de Basilio, del cual no es ni una lejana sombra.

una visión errónea del concepto de buena voluntad. Hay que señalar las resonancias bíblicas que tiene la expresión “corazón de piedra” (λιθίνην καρδίαν)¹²⁵⁷, incluso la referencia que supone la frase final, paralela a la que encontramos en el Libro Segundo de los Macabeos¹²⁵⁸: “... pues el no tolerar por mucho tiempo a los impíos, de modo que pronto caigan en castigos, es señal de gran benevolencia”.

Ascendiendo en esta escala de desmanes, nos hace un retrato de otro de sus vicios: el derroche monetario, dilapidado en juegos y fiestas, que ilustra con ejemplos de personajes obscenos e indecentes. Esto, además de la imagen negativa que proyecta de Miguel, permite, al igual que sucede con el episodio anterior, justificar directamente su asesinato:

Dado que se iban agotando casi todas las reservas monetarias, dilapidadas en tales actividades, se cernía como amenaza sobre todos los notables la necesidad manifiesta de asesinarlos y convertir sus posesiones en bienes públicos, a fin de que el emperador tuviese recursos para regocijarse con aurigas, prostitutas y hombres libertinos. (253, 2-5)

Es decir, que los grupos poderosos de la sociedad bizantina tenían razones perfectamente fundadas para tomarse la justicia por su mano. Afirma nuestro autor que finalmente comenzó a expoliar templos y a asesinar a algunas de estas personas para conseguir fondos, y que el problema no era en sí gastar los fondos, sino en qué se gastaban:

Si hubiera gastado con esa presteza todo eso en soldados, fuerzas de choque y hombres valerosos o sobresalientes en cualquier otra virtud, todo el mundo lo consideraría símbolos de magnificencia y liberalidad, y de un carácter generoso. (254, 5-8)

Un buen emperador, pues, empleará si es necesario el tesoro público para la salvación del Imperio, y no se le podrá reprochar. Este es un elemento básico del buen gobernante: saber administrar los bienes públicos para que redunden en provecho de los súbditos y del propio Estado. Veremos esta idea

¹²⁵⁷ Cf. PÉREZ MENA, R. y MORENO SÁNCHEZ, A. I., *op. cit.*, p. 253 para un análisis más detallado.

¹²⁵⁸ 2 M 6, 13.

muy bien reflejada cuando Basilio sea ya soberano y ejerza sus funciones. Entretanto, comprobamos que el fin de esta espiral funesta de actos innobles por parte de Miguel es la conjura contra su persona:

Por todo ello, los próceres más probados y la prudente asamblea del senado tramaron una conspiración, y por medio de los guardianes de las habitaciones imperiales lo asesinan en el palacio del santo mártir san Mamés, uniendo sin que lo notara, a causa de la inmensa embriaguez, su sueño a la muerte. (254, 15-20)

Lo fundamental para nosotros es el silencio acerca de la participación de Basilio: más bien al contrario, una vez que ha dado motivos más que sobrados para que los principales personajes del Estado sientan la necesidad de destituirlo (algo que en el contexto político bizantino sólo es válido y legítimo con la desaparición del emperador que en ese momento esté en el trono), simplemente procede a presentar la conspiración. Unas cuantas pinceladas, sin mayores detalles. Destaca la presentación de la mano ejecutora como ajena a estos próceres, ya que son los guardianes, o sea, unos siervos, los que realizan la acción, no tanto nefanda como necesaria. En todo caso, la idea en ningún caso procedería del propio Basilio, que será el gran beneficiado. Por otra parte, no sólo no se dan detalles de cómo fue su muerte, al contrario del caso de Bardas, sino que nos deja claro que no sufrió realmente, pues se cortó el débil hilo de conciencia que lo unía a la vida, producto de sus borracheras. A continuación se apresura a darles la razón, como ya lo había hecho antes, a sus ejecutores, cuando decía que él mismo había armado las diestras de sus asesinos con sus impiedades, e introduce el pasaje en que se equipara su muerte a la eliminación de escorpiones y víboras, que normalmente se matan por el peligro que entrañan antes de que puedan dañar a alguien¹²⁵⁹. Como conclusión, esta contundente frase:

¹²⁵⁹ 254, 20 y ss. Cf. apartado IV. 4 de la primera parte, donde transcribíamos la descripción completa como ejemplo de comparaciones que oponían lo desagradable a los valores bellos de la virtud.

Cual había vivido, vergonzosa y funestamente en su persona y actos, tal fue la muerte que recibió, digna de lo que había hecho en vida. (254, 20 – 255, 5)

En el colofón, pues, de la escena de su asesinato, no se oculta ya la vileza de una muerte que se corresponde con el nivel moral de su vida, sin tapujos. En homérica comparación se equipara a Miguel con dos de los animales que la tradición bíblica identifica con el mal, e insiste en el beneficio que supone apartarlo de la corona para evitar males mayores. En el fondo se atisba de nuevo la historia de David y Saúl, y parecen resonar las palabras del Libro Primero de las Crónicas:

Saúl murió a causa de la infidelidad que había cometido contra Yahveh, porque no guardó la palabra de Yahveh, y también por haber interrogado y consultado a una nigromante, en vez de consultar a Yahveh, por lo que le hizo morir, y transfirió el reino a David, hijo de Jesé. (1 Cro 10, 13-14)

En el caso de Miguel, se ha entregado a la blasfemia y el agravio a todo lo divino, pero el resultado es equivalente: Dios mismo lo ha privado de sus dones para dárselos a otro, y con ello termina un periodo oscuro para el Imperio. Del negro más absoluto pasaremos al blanco radiante de Basilio y su gestión como emperador.

III. 5. 7. Basilio, emperador de los romanos.

Esta parte del relato es quizá la que más enjundia presenta desde el punto de vista de la ideología política, pues concentra todas esas características que analizábamos como canon del buen gobernante bizantino, y al que tanto contribuyeron los macedonios, bien es cierto. Recordemos la confesada intención del Porfirogeneta de crear un modelo de imitación y perfección. Encontraremos, pues, textos cuajados de elementos ideológicos ya señalados, que afloran a cada paso, desde el momento en que Basilio recibe de parte de los hombres el reconocimiento que el Cielo le había otorgado desde un principio.

Al momento se eleva al poder absoluto a Basilio, hasta entonces en segundo plano. Es proclamado emperador por el prestigioso Senado y los órdenes subordinados, por todo el ejército y la masa ciudadana, aunque ya antes de esto se le requería con implorantes súplicas. En cuanto accedió al poder supremo, él consagró su persona y las riendas del poder a Dios, orando en estos términos: “Cristo soberano, yo, que recibo el imperio por resolución tuya, me consagro a Ti junto con él”. (255, 6-14)

Adjuntamos el texto sin más presentación porque habla por sí solo. Por fin puede Basilio ejercer como emperador, a pesar de haberse visto obligado a estar en la sombra durante un tiempo. Están presentes todos los elementos que esperamos en el clásico protocolo de proclamación de un emperador: aceptación por parte de todos los grupos sociales, que suelen aparecer por este orden (Senado, principales, ejército, pueblo llano), el de la jerarquía del cosmos establecido por Dios. El primer acto de Basilio en el trono es agradecer al Cielo su elección, en una frase que reúne y compendia los elementos básicos de la ideología imperial: Cristo, que es el único rey eterno, es el que otorga la corona, y todo buen emperador debe consagrar la suya junto con su persona al único que está por encima de él en el orden cósmico. Los términos en griego dejan bien claro el concepto de Cristo *basileus*, que entrega la *basileia* a su elegido: *Χριστὲ βασιλεῦ, τῇ σῇ κρίσει τὴν βασιλείαν δεξάμενος σοὶ καὶ ταύτην καὶ ἑμαυτὸν ἀνατίθημι*. Sobre esta base, es fácil imaginar que la descripción de su reinado coincidirá con casi todos los puntos que hemos señalado como fundamentales en el ideario imperial. Recordemos además que los macedonios consolidan y dan forma a muchos de estos elementos en todas las artes, y es evidente que esta obra constituye el “manual” que recoge esa ideología.

Empero, antes de describir el radiante día en que Basilio llegó a ser emperador, nos cuenta su primera decisión: abrir ante los altos cargos y principales del senado las arcas del tesoro imperial, casi agotadas. La escena permite hacer una especie de acta notarial de la precaria situación en que el anterior emperador había dejado al Estado, y por otra parte, de la imposibilidad de que Basilio pugnara por el poder para enriquecerse (al contrario, luego contará cómo añadió dinero de su propio bolsillo para el bien

del Imperio). Enseguida llega su primera resolución paternal como soberano, pues los notables deciden que quienes han estado apropiándose de fondos de manera indebida tienen que restituirlos, pero Basilio, “rebajando la excesiva justicia de su decisión”, ordena que sea solo la mitad. Se nos dice que aunque no merecían φιλοτιμία, el emperador se comporta de manera benevolente hacia ellos, siendo su única intención al exigir esos fondos el poder disponer de ellos para “atender asuntos urgentes y administrar conforme a su obligación”. *Id est*, en el extremo opuesto de Miguel, en un nuevo retrato blanco / negro de los dos personajes.

Una de las grandes ideas motrices de la ideología política macedonia, señalada por diversos autores como veremos, es la de renovación, de advenimiento de un *homo novus* que sana por completo al Imperio para devolverle su privilegiado puesto en la pirámide del orden mundial. En la *Vita* este momento viene marcado por señales claras de ese hito en la Historia del mundo post-redención, igual que la llegada del Mesías vino acompañada de hechos celestes que no todos supieron interpretar. En cambio, el advenimiento de Basilio se produce de manera triunfal y manifiesta, y la ecumene, el mundo de los cristianos (o sea, el Imperio), es consciente del cambio y se hace eco de ello:

El día en que Basilio accedió al puesto de emperador, como si Dios mostrara el cambio hacia mejor del Estado romano, invadió la ciudad soberana la noticia de múltiples victorias y se anunció la liberación de muchos cautivos cristianos. Así pues, el emperador realizó una marcha al gran templo de Dios epónimo de su sabiduría, y le dio gracias por todo. A su regreso, arrojó monedas a la muchedumbre y repartió a sus súbditos una inmensa cantidad de dinero, no del erario público (pues no había), sino de su propio peculio, que había adquirido con anterioridad. (256, 8-17)

Buenas nuevas, pues, jalonan su ascenso al poder, que se identifica desde un principio como un “cambio hacia mejor”. Esta es la primera alusión a esta idea de renovación que recorre toda la obra y de la que hablaremos luego

en detalle¹²⁶⁰. Por su parte, y en la línea de cuanto llevamos hablado acerca del buen gobernante bizantino, el nuevo emperador actúa con humildad y ofrece, como antes la propia corona, su agradecimiento a Dios, consciente de que su poder procede de Él y a Él debe dirigirse constantemente en acción de gracias, algo que se repetirá en la obra muchas veces. El lugar idóneo para ello es el mayor templo de la cristiandad, Santa Sofía, en la que sería una de las numerosas ceremonias del abigarrado protocolo bizantino.

A este respecto habría que comentar algunas cosas. Por una parte, recordemos cuanto ya hemos señalado acerca del inexistente protocolo fijo para el rito de coronación, que Dagron¹²⁶¹ explicaba en el contexto de la unción davídica. En el caso de Basilio, que había recibido la *basileia* de otro emperador reinante, la ceremonia de coronación no resultaría tan relevante como podríamos suponer nosotros, como tampoco su advenimiento o toma de poder efectivo. De este modo, aparte del importante dato de la fecha, una significativa fiesta de la divinidad como es Pentecostés, nada se nos dice de la participación del patriarca ni del ritual seguido.

Sin embargo, en la toma de poder, aunque tampoco se refiere ningún elemento ceremonial, ni hay nueva coronación (como, por otra parte, era habitual en estos casos), una atenta lectura del relato nos hace ver datos que nos recuerdan el ritual que se seguía cuando el recién proclamado emperador era un *homo novus*¹²⁶²: marcha hacia el templo de Santa Sofía, en esa especie de metamorfosis que veíamos donde el nuevo emperador doma de alguna manera su fuerza bruta y se humilla ante Dios, haciéndose su siervo y reconociendo en

¹²⁶⁰ Cf. 257, 20: “[Basilio se afanaba de modo] que el Estado recibiera una evidente mejoría y un gran cambio” (ἐπὶ τὸ ἄμεινον); 258, 10: “... gracias a la tendencia a la mejora que se dio desde un principio” (πρὸς τὰ βελτίω ῥοπὴν); 315, “...virtudes todas [las de Basilio] que iban progresando hacia mejor” (πρὸς τὸ κρείττον). Sobre el concepto de renovación trataremos algo más adelante en este mismo apartado.

¹²⁶¹DAGRON, G., *op. cit.*, p. 113. Sobre la coronación, *vide* apartado III. 2. 1 de esta segunda parte.

¹²⁶² *Ibidem*.

Él la fuente de su poder; al mismo tiempo, un recorrido por la Ciudad a la que promete servir, donde las gentes lo aclaman mientras él reparte monedas como símbolo de la prosperidad a la que llevará a todos y, más allá, de su extrema generosidad, en este caso aumentada por pertenecer a sus propios fondos.

La descripción nos evoca un *adventus*, una llegada triunfal, paralela quizá a aquella que había tenido lugar en versión humilde cuando cayó rendido en el pórtico de San Diomedes, o a la del Mesías. Se hace coincidir ese advenimiento con noticias de victorias y liberaciones de cautivos cristianos, en otra evocación de resonancias romanas antiguas, cuando los emperadores “salvadores” se presentaban en las ciudades acompañados de victorias (personajes alados) y de hechos sobrenaturales¹²⁶³. Probablemente, el autor busca presentar esa faceta del macedonio, como salvador del Imperio en un advenimiento casi celestial, y por eso ha preferido este momento antes que el de la coronación por parte de Miguel. Cuando este ha desaparecido culmina el proceso promovido por Dios para su elevación al trono de Bizancio y el rescate del pueblo elegido, lo que supone la vuelta del Imperio a su cauce, la renovación definitiva, y esto sí merece la pena subrayarlo en un texto como la *Vita*.

Por último, señalemos que Dagron recuerda que según Genesio Basilio había recibido la corona de emperador (αὐτοκρατορικὸν στέμμα) en este momento por parte del patriarca, algo que para él es extraordinario y que atribuye a su intención de correr un tupido velo sobre su primera coronación,

¹²⁶³ DAGRON, G., *op. cit.*, pp. 90-92. Ya vimos en el apartado III. 1. 1 de esta segunda parte cómo la imaginería política bizantina, en su ascunción de moldes tardorromanos, había elaborado toda una imagen del emperador victorioso gracias a su sobrenatural *virtus*, garante de una nueva Edad Dorada. Sobre esta ideología de la Victoria, cf. el estudio de MCCORMICK, M., *Eternal Victory: Triumphal Rulership in Late Antiquity, Byzantium, and the Early Medieval West*, Cambridge 1986, y en concreto, p. 152 y ss. para el uso que los macedonios dieron a esta visión de emperador victorioso con respecto a Basilio, como un modo de legitimación. Recordemos, p. ej., su “victoriosa” aunque silente llegada a Constantinopla.

como un nuevo comienzo¹²⁶⁴. Sin embargo, en nuestra obra se ha optado por guardar silencio, si es que ese hecho tuvo realmente lugar en algún momento.

El foco de atención del Porfirogeneta, así pues, no está en el aspecto ceremonial, sino en los signos que acompañan el advenimiento de Basilio y el origen de los fondos con los que cumple con una parte de ese protocolo: el reparto de dinero entre los súbditos cuando vuelve del templo, costumbre heredada del Imperio romano que ya hemos comentado. De nuevo insiste en la autosuficiencia del emperador, y en el beneficio que reporta a las depauperadas arcas del Estado. Y más lejos aún, subraya el hecho de que sus bienes fuesen adquiridos antes de llegar a la Corte (no olvidemos el papel que en esta “demostración” tuvieron los episodios incluidos en el relato con la noble Danelis, o el monje que lo introduce en sociedad, etc.). Esto es más significativo de lo que podría parecer a simple vista, porque proyecta una imagen de Basilio alejada de la posible codicia que lo habría llevado al crimen para gobernar. Así, todo sigue en la línea del humilde y sencillo personaje que asciende por méritos propios y amasa su fortuna con su esfuerzo y tesón.

No obstante, lo evidente de la imposibilidad de que, por muy rico que fuese, levantase él solo el Imperio con sus propias riquezas, ya que supuestamente no quedaba casi nada, obliga al autor a justificarlo, en especial cuando nos retrata a la esposa de Basilio, calificada ya como βασιλίς, repartiendo monedas también entre el pueblo. Ante esta imagen desprendida y espléndida de la pareja imperial se alega:

Pero si en aquel entonces andaba falto de recursos el emperador, como se ha dicho, y consiguió una abundante cantidad de otras diversas riquezas, ello se debe en parte a que *por resolución divina ante su piedad para con los pobres y su equidad*, salieron a la luz en los días de su imperio multitud de tesoros enterrados bajo tierra; por otro lado, al oro que se encontró en el tesoro particular del emperador [Miguel]. (256, 20 y ss.)

¹²⁶⁴ *Op. cit.*, p. 110 y nota 104, con la referencia para Genesio. En la *Vita* se nos habla de τὸν βασιλείων στέφανον cuando se narra la coronación de Basilio por Miguel, en 240, 1.

Y explica cómo Miguel había fundido magníficas joyas y objetos imperiales, incluso ropajes, para poder disponer luego a placer (καθ' ἡδονήν) de ello en sus correrías¹²⁶⁵. Todo aquel oro fundido le serviría a Basilio para acuñar nuevas monedas¹²⁶⁶.

Con todo, lo más destacable para nosotros, independientemente de cómo el autor tiene que dar coherencia a su propio discurso, es el hecho de que es un premio divino a dos de las principales virtudes del buen soberano: piedad con los pobres y equidad. Estos serán los pilares básicos de la presentación de Basilio como modelo, y de manera muy especial su sed de justicia, en paralelismo directo con Salomón. De hecho, el relato se detiene a partir de este momento en un largo excursus sobre la relación del emperador con la equidad. La narración de estas que podríamos llamar ἔργα εἰρήνης, antes de pasar a las ἔργα πολέμου, comienza con un pasaje sobre la actitud vigilante del nuevo emperador, con un Basilio en vela día y noche, atento sólo a procurar el bien tanto al Estado como a sus súbditos, y buscando un cambio hacia mejor, como vimos en la comparación con el *Evágoras*¹²⁶⁷.

En todo momento precedida de la justificación divina, la descripción de un Basilio siempre avizor, entregado en cuerpo y alma al bienestar de su

¹²⁶⁵ 257, 3-9: λέγω δὴ τὴν χρυσοῦν ἐκείνην καλουμένην πλάτανον καὶ τοὺς δύο ὀλοχρῦσους γροῦπας καὶ τοὺς δύο χρυσοῦς σφουρηλάτους λέοντας καὶ τὸ ὀλόχρυσον ὄργανον καὶ ἕτερα τῶν ἐπὶ τῆς τραπέζης χρυσοματῶν ἔργα διάφορα καὶ τὰς βασιλικὰς τε καὶ αὐγουστιακὰς στολὰς καὶ τὰς ἀρχουσι μεγάλοις ἀρμόζουσας ἐσθῆτας, πάσας τυγχανούσας χρυσοῦφεις. Tanto el plátano de oro como los grifos, los leones y el órgano formaban parte de la parafernalia palaciega diseñada para impresionar a los embajadores o mandatarios foráneos, y mostrar la supremacía absoluta del Imperio. Según recoge HAMILTON, J. A., *Byzantine Architecture and Decoration*, London 1956, pp. 17-18, al entrar en la sala del trono unos pájaros mecánicos empezaban a trinar desde el plátano de oro, mientras los leones rugían a ambos lados del trono, flanqueado por los grifos, y el órgano sonaba. El invitado debía postrarse ante el soberano, y al levantar la vista lo veía en el trono descendiendo desde las alturas, en una ceremonia que debía de resultar apabullante, tal y como describe Liutprando (*Antapódosis*, VI, 5). Tal vez la corte bizantina se inspirara en la pompa del mundo persa, donde según Jenofonte había también un plátano de oro (*Helénicas* 7. 1. 38).

¹²⁶⁶ BURY, J. B., *op. cit.*, p. 164, nota 2.

¹²⁶⁷ 257, 14-20. *Vide* apartado II. 5. 7 de esta segunda parte.

pueblo y del Estado, es la del emperador padre y protector, que literalmente se desvela por sus hijos/súbditos. La presentación se cierra con la referencia a la renovación, que se inicia por el saneamiento de la justicia, en otro pasaje al que ya nos referimos al hablar de estos hechos en tiempos de paz y guerra¹²⁶⁸. Veíamos allí a Basilio escogiendo, sin recurrir a sobornos, a los más capacitados, lejos de toda venalidad; por otra parte, luchando por establecer la justicia y devolver la confianza a sus súbditos.

Como se afirma de modo expreso, la instauración de la justicia es lo principal, y para ello recurre en primer lugar a la depuración de las magistraturas, concediendo el cargo sólo a gente de probada virtud. Y si hay algún miembro de su familia, será solo por méritos propios. La idea de igualdad, entendida como “equidad”, es decir, reparto o disfrute igualitario de la justicia que emana del emperador trae ecos veterotestamentarios¹²⁶⁹ una vez más, en esa imagen salomónica que a partir de ahora nos da de Basilio: una vez en el trono, el macedonio pasa a ser sobre todo un Salomón, que como se cuenta en el libro I de los Reyes (3, 5 y ss.) tuvo un sueño en que Dios le exhortaba a pedir lo que quisiera. Él, en lugar de pedir riquezas o larga vida, sólo pidió desde la humildad de un siervo discernimiento para juzgar al pueblo a su cargo y distinguir entre el bien y el mal, por lo que Dios lo premió, no sólo con eso, sino con la longevidad y tesoros que no se le había ocurrido desear¹²⁷⁰. Es, pues, modelo de rey dócil y humilde cuya única intención es gobernar rectamente para el bien de su pueblo. Es además el constructor del Templo por excelencia del mundo hebreo, y también Basilio a su manera se esforzará en la actividad constructora, como veremos. El reinado de Salomón lo fue de paz y prosperidad para todos sus súbditos y de armonía con los pueblos

¹²⁶⁸ 257, 20 y ss. *Vide* apartado II. 4. 6 de esta segunda parte.

¹²⁶⁹ Cf. Sal 34, 10: “Yahveh, ¿quién como tú, para librar al débil del más fuerte, al pobre de su expoliador?”.

¹²⁷⁰ Cf. 1 R 5, 9 y ss.

subordinados a él¹²⁷¹. Probablemente esta idea, que se avenía perfectamente con la clásica de la Edad de Oro, estaba en el pensamiento del Porfirogeneta cuando hacía el retrato de su reinado, y aparecerá de manera más explícita un poco después.

Resulta difícil entresacar párrafos, pues todo el discurso en esta parte presenta una fuerte carga ideológica en este sentido: vuelve a la idea de mejora y al constante esfuerzo del emperador, que se transmite a los magistrados en quienes delega esta labor:

Como luchaban entre sí con celo por superarse en cada una de sus obligaciones, gracias a la tendencia a la mejora que se dio desde un principio (tal era, pues, la valía en todos los sentidos de los seleccionados por él) y a la solicitud del emperador en esto, así como a su vigilante atención en todos los aspectos, enseguida desapareció toda injusticia por completo, y el derecho gozó de libertad. Las manos extendidas a lo ajeno en número superior a las de Briareo parecían como adormecidas y lánguidas, y los antes débiles miembros de los pobres iban ganando fuerza, gracias a que cada uno de ellos sin miedo trabajaba su propia tierra, vendimiaba su vid particular y recolectaba los frutos de sus olivos e higueras paternas. Nadie se atrevía a usurpar una tierra, sino que cada cual descansaba bajo su acostumbrada sombra, aquella de sus antepasados. Así se comportaba el piadoso emperador con todo su pueblo vasallo de regiones, lugares y ciudades de su dominio. (258, 10 y ss.)

El fragmento habla por sí solo: el ejemplo del emperador transmite fuerza y ánimos a los demás para luchar en la erradicación de la injusticia. No obstante, volverá sobre la imagen de Basilio como administrador de justicia en persona, consagrando su escaso tiempo libre a este fin. Lo que sin duda destaca en el texto es la parte, ya antes citada pero muy interesante para el tema que nos ocupa, en que se refiere a una nueva Edad de Oro, pues aquí aparece con un lenguaje propio del Antiguo Testamento, tan cercano que se pueden encontrar pasajes paralelos, como este: “Judá e Israel vivieron en seguridad, cada uno bajo su parra y bajo su higuera, desde Dan a Beršeba, todos los días de Salomón¹²⁷²”. El concepto está ligado muy de cerca a otro muy arraigado en el Imperio, el de la renovación, toda vez que Constantinopla es la Nueva Roma,

¹²⁷¹ Cf. *ibidem*, 7 y ss.

¹²⁷² 1 R 5, 5.

con todo lo que ello implicaba¹²⁷³: traslado del poder, de la legitimidad; espíritu renovado con la inclusión de la fe cristiana; punto de partida para la ejecución del plan de economía divina, etc. Esta idea que impregnaba la ideología oficial de Constantino el Grande se tiñe con los macedonios de resonancias bíblicas, como vemos, con la asociación a los grandes reyes del pueblo de Israel, equiparables ahora a los soberanos del Imperio, dirigentes del nuevo pueblo elegido. Alexander¹²⁷⁴ señala cómo esta noción recorre toda la *Vita*, acompañada además de la idea de rejuvenecimiento (especialmente expresada en las construcciones y reparaciones de edificios que lleva a cabo Basilio), es decir de “restauración política”.

Ya hemos señalado cómo desde la llegada al trono se insiste en el cambio hacia mejor, pero como bien señala este autor, un análisis tanto de las obras propiciadas por Basilio como de su actividad en el trono, muestra que su reino no se caracterizó tanto por la innovación como por el retorno a la perfección del pasado, corrompido, igual que los edificios, por el paso del tiempo. En efecto, hemos visto cómo describe el reinado de Miguel precisamente como una degeneración de lo que debe ser, del original sentido del buen gobierno, profanado del modo más vil. Basilio viene como salvador, como *homo novus*, pero no tanto a traer novedades como a devolver al Imperio su lugar en todos los sentidos. Esto concuerda con la obsesión del Porfirogeneta por preservar el orden cósmico que considera único e inmutable, garantía de funcionamiento del orbe tal y como lo diseñó Dios.

Por otra parte, entronca con la idea bíblica de la pérdida del Paraíso por el pecado del primer hombre, y la promesa de redención y restauración de aquel estado de gracia a través de la venida de Cristo, a partir del cual la Historia avanza hacia la consumación de los tiempos. En Bizancio, pues, la idea clásica de renovación cíclica y de la Edad de Oro se une a los equivalentes

¹²⁷³ Cf. apartado III. 1. 1 de esta segunda parte.

¹²⁷⁴ Cf. ALEXANDER, P. J., “Strength”, p. 349 y ss.

conceptos bíblicos, y de esta manera se nos retrata a un Basilio capaz de devolver al Imperio a su prístino estado de cosas, al perfecto reino terrenal surgido tras la venida de Cristo, en el que el hombre debe vivir a la espera de la Parusía, deteriorado por emperadores que se apartaron de su misión y por la mella que el tiempo hace sobre su ser, como señala Alexander¹²⁷⁵. Y lo hace a través del ejemplo de sus propias virtudes, las del nuevo hombre redimido: dócil, humilde y entregado a los demás, siempre vigilante ante la injusticia, alerta por el bienestar de sus súbditos. En una palabra, el perfecto gobernante:

Pero si alguien, cual brote de maldad se hallaba arraigado con bastante solidez en algo dañino y los magistrados del lugar no podían erradicarlo del todo, se le hacía cambiar a través del propio emperador o bien recibía la curación por algún otro medio. Pues este óptimo emperador, en su lucha por extirpar hasta la raíz la injusticia de todos sitios, dictó órdenes por doquier y las envió por el país entero, según las cuales el préstamo, considerado hasta entonces razonable por la que era viciosa práctica desde antaño, quedaba abolido y erradicado. La igualdad y justicia parecían regresar, como de un exilio más allá de nuestras fronteras, y convivir con los hombres. (259, 1-11)

El emperador se implica en todos y cada uno de los problemas de su Estado, y lo soluciona personalmente siempre que le es posible; a menudo, además, es el único capaz de extirpar esos brotes malignos, como vemos. Como fruto de su denodado esfuerzo, la igualdad y la justicia vuelven, en una nueva alusión a la idea de restauración del primitivo estado de equidad y perfección.

Verdaderamente, la justicia será la obsesión de este emperador en su retrato literario, pues a continuación sigue un extenso relato de sus reformas en este campo, que exigiría un prolijo comentario lejano, tal vez, de los objetivos del presente trabajo. Señalaremos los aspectos más destacados en su relación con la ideología política.

Ya vimos que el primer paso había sido elegir como jueces a los que presentan más capacidad por su sabiduría e integridad, premiándolos con

¹²⁷⁵ *Ibidem*, p. 351, donde apunta que tanto en sus campañas de guerra como en sus empresas de diversa índole en la Ciudad, Basilio sostiene una constante batalla contra el tiempo, que erosiona tanto el "cuerpo arquitectónico" de la ciudad como el "cuerpo político" del Imperio.

buenos sueldos y prebendas para evitar la tentación del soborno. Reforma además el edificio de los juzgados, y algunas normativas, como el proporcionar una especie de “dietas” para quienes tuviesen que desplazarse y permanecer en la ciudad unos días a la espera de sentencia. En su escaso tiempo libre, él mismo imparte justicia:

Esto no es lo único que concibió para el exterminio total de la injusticia: él mismo se entregó a este cometido. Cuando se hallaba libre de campañas militares y de negociar con las legaciones venidas de todas partes, salía de la corte imperial y se sentaba en el tribunal llamado “General” debido a que, según parece, concurrían en él gentes de toda procedencia. Con gran afán y constante solicitud examinaba a quienes a menudo padecían abusos por parte de los recaudadores de impuestos (como suele ocurrir, debido a su gran poder) y buscaban refugio en aquel juzgado, presentando sus reclamaciones como en un pritaneo común. De este modo socorría a los que eran tratados con injusticia y obligaba a quienes la cometían, por medio de las penas que prescribe la ley, a no osar emprender tales fechorías en adelante. (260, 10-22)

Basilio no escatima tiempo ni esfuerzos para la consecución de su objetivo, y personalmente da solución a los pleitos, como el bíblico Salomón. Antes de narrar otros cambios en las leyes que obligaban a escribir todos los datos con claridad y a que las “costas” corriesen por cuenta del Estado para no perjudicar a los pobres, nuestro autor nos deja el resultado de su noble esfuerzo:

Tiempo después, se dice que en una ocasión volvió a aquella ocupación encaminada a resarcir a los agraviados. Como nadie presentara reclamación alguna, bajo la sospecha de que alguien hubiese impedido el acceso a su presencia, envió a su escolta a indagar en diversos lugares de la ciudad si había alguien que presentase una acusación contra otro. Al regresar estos diciendo que en ninguna parte habían encontrado a nadie que tuviese una querrela contra otro, dicen que aquel noble hombre lloró de gozo, y de ese modo dio gracias a Dios. (260, 22 – 261, 6)

Como vemos, Basilio ha conseguido implantar, o mejor dicho, recuperar el estado ideal de justicia, donde nadie tiene nada que reprochar y todo son facilidades para deshacer cualquier amago de injusticia. No obstante, sobre esta idea de restauración volverá más adelante, como veremos.

Se acerca también nuestra obra a la cuestión de la Iglesia, aunque para pasar un poco por encima y sin entrar en el complicado asunto de la

destitución de Focio, como ya señalamos. Nos deja clara, empero, la preocupación de Basilio por este asunto tan relacionado con el poder del que disfrutaba, con este único y sucinto acercamiento al problema:

Tampoco quiso parecer negligente con las iglesias de Dios, pues, como contenidas en la nave del mundo, se hallan también estas por completo bajo la providencia del emperador, y más aún de aquel, pues era muy religioso y poseía gran piedad en lo tocante a lo divino. En vista de que estaban como en medio de una tempestad y agitación a causa de las comunes afrentas de su predecesor y de que habían expulsado, de su propia sede y grey, después de recibirlo, a su dirigente legítimo y puesto en su lugar a otro, no descuidó nada de esto. (261, 20 y ss.)

Nos interesa especialmente la idea de la subordinación a la providencia (πρόνοιαν) imperial, que en este caso está justificada en mayor grado por la sintonía perfecta entre el representante del cielo en el gobierno terrenal y Dios, enmarcado por los términos θεοφιλοῦς y περὶ τὰ θεῖα κεκτημένου εὐλάβειαν. Deja bien clara la supremacía del emperador en lo que a decisiones políticas (que no de dogma) o administrativas se refiere dentro del ámbito eclesiástico, punto este de tensión con Focio y su concepto patriarcal, como vimos.

Sobre el problema que sufre la Iglesia no aporta mayores detalles ni nombre: lo importante es su diligencia en el asunto, por lo que se limita a dar una imagen metafórica de tempestad que él calmará en lo posible con un concilio que sanciona el sínodo anterior y excomulga a los iconoclastas que quedaban, “procurando así canónicamente a la Iglesia su legítimo esposo, y un padre para sus hijos. Ordenó además que el sustituto dejase el cargo hasta que el Señor se lo confiriese de nuevo”. (262, 8-13).

Con un lenguaje lleno de evocaciones eclesiásticas (τὸν γνήσιον νυμφίον, por ejemplo) se zanja la cuestión pasando de puntillas sobre ella, pero dejando la puerta abierta al retorno de Focio sin nombrarlo siquiera, y siempre conforme a la voluntad divina. Lo fundamental para el Porfirogeneta es que también en este campo se impone la virtud de su abuelo para dar una solución:

De esta manera justa y favorable disponía la Iglesia y le ofrendaba toda la calma posible con su afán y solicitud. (262, 13-15)

Con su mediación, pues, todo vuelve a su orden y estado ideales. Es el caso de las leyes, cuya “confusión y falta de claridad” soluciona eliminando las obsoletas y aclarando la redacción de las vigentes. Pero este idílico reinado se ve amenazado por las negras sombras de la envidia, promovida por el Maligno:

Los demonios perversos, envidiosos de la prosperidad del mundo y la abundancia, intentan turbar la prosperidad de los buenos. Inspirados por ellos y para ello, Simbacio y Jorge dispusieron la trama de una conjura contra el emperador y más adelante su asesinato, acompañados de una tropa de nefastos e impíos hombres. (263, 4 y ss.)

Lo más destacable es la noción de estado perfecto del mundo (τῆ κοσμικῆ εὐετηρία καὶ εὐθηνία, τὴν τῶν ἀγαθῶν φορὰν) que provoca la envidia del mal, precisamente por ese grado de perfección. Los conjurados, (suponemos que este es el mismo Simbacio de que habló antes, castigado por Miguel y benévolamente acogido por Basilio) se rodean de sujetos que son el negativo de nuestro emperador: μετὰ στίφους ἀποφράδων ἀνθρώπων καὶ δυσσεβῶν. Recordemos que la conjura finalmente sería abortada ya que Dios no puede permitir que el mal ponga fin a su programa de estabilización del sistema ideado para el mundo terrenal, donde coexisten εὐνομίαν καὶ δικαιοσύνην, de modo que se produce una filtración, por utilizar un término muy de nuestros días, y el plan se desbarata¹²⁷⁶. Se nos cuenta así cómo a pesar de merecer la pena de muerte por aquel delito, Basilio demostró su mesura y paternal actitud para con ellos con un castigo inferior al merecido, y que sólo se les aplicó a fin de escarmentar a quienes pudieran concebir ideas similares,

¹²⁷⁶ 263, 9-13: οὐ συγχωροῦντος δὲ πάντως, οὐδ’ ἀνεχομένου θεοῦ τὴν κακίαν δι’ ἐλαχίστου αὐθις ἀναπαλαῖσαι τὴν οἰκείαν ἤτταν καὶ ἀπελάσαι τὴν εὐνομίαν καὶ δικαιοσύνην ἀπὸ τῆς γῆς. Cf. referencias a este mismo episodio de la conjura de Simbacio y Jorge en el apartado II. 5. 8 de esta segunda parte.

mientras que a ellos les daría la oportunidad de entender su terrible error y arrepentirse¹²⁷⁷.

Si Basilio es duro en su castigo, es sólo para evitar males mayores: es consciente de que ocupa su puesto de manera legítima, luego cualquiera que intente defenestrarlo incurre en un claro delito, y por si, a pesar de todo, hay nuevas tentativas, lo mejor es el castigo modélico, sólo hasta donde sea necesario para escarmiento de los demás. Muy importante desde el punto de vista de la ideología es el concepto de φιλανθρωπία, que aparece dos veces en el párrafo y que traducíamos por “benevolencia” y “benignidad” respectivamente. Ya vimos¹²⁷⁸ cómo es un elemento básico de la doctrina imperial, acorde con el papel de padre que adopta el emperador, a imagen y semejanza del Padre eterno, para con sus súbditos y las demás naciones. Es pues, una actitud que no podemos interpretar en términos modernos equiparándola a nuestra filantropía, y por ello no traducimos así: se trata de una preocupación paternal, una vigilancia y solicitud hacia los subordinados propia de quien dirige la nave del Estado, que como sabedor de lo justo y conveniente actúa en consecuencia, aunque ello pudiera no ser entendido por el hombre común. Como padre, pues, Basilio sólo recurre a un duro castigo cuando es imprescindible para otros fines, nunca como venganza. De hecho, se le califica como “generoso emperador” (γενναίου βασιλέως).

La historia, independientemente de lo cierto que haya en ella y sobre todo, en la reacción del emperador, proporciona al autor una oportunidad dorada para presentar lo que en el fondo le interesaba con toda probabilidad desde el principio: justificar el rápido nombramiento de los hijos de Basilio como coemperadores. Por todo lo que acabamos de exponer, se ve literalmente obligado a ese nombramiento para dar estabilidad al poder:

¹²⁷⁷ 263, 16 y ss. El texto aparece transcrito en el apartado II. 4. 6 de esta segunda parte.

¹²⁷⁸ *Vide supra*, apartado III. 1. 2 d) de esta segunda parte.

Con la intención de contener más aún los impulsos de quienes contra toda justicia buscan la muerte ajena y privarlos de toda esperanza, elevó a la dignidad imperial a sus hijos de mayor edad, ya educados e instruidos como cuadra a un emperador y destacados en toda virtud de gobierno, Constantino y León, como si echara raíces más firmes y numerosas en el poder, y sobre este alzara las nobles ramas del imperio. (264, 1-8)

La imagen que veíamos en un principio de la “raíz imperial” continúa, y la macedonia empieza a ser una dinastía *arraigada*, con perspectivas de futuro y con posibilidades de extender sus ramas, como reconoce el propio autor (οἰονεὶ κραταιοτέρας ῥίζας καὶ πλείονας βαλλόμενος τῇ ἀρχῇ). Además, no es un simple capricho del emperador, sino que sus hijos están formados para este cargo y han demostrado sus habilidades (βασιλικῶς ἀναγομένους καὶ παιδευομένους καὶ εἰς πᾶσαν ἐκλάμποντας ἀρχικὴν ἀρετήν). No es tanto, pues, interés de perpetuidad en el trono como preocupación por la estabilidad de la institución: el noble emperador delega en sus hijos por parecerle los más adecuados (y atendiendo a su carácter de ungido e iluminado por Dios en sus decisiones, debe de ser lo cierto).

La corona no se hereda, pero los macedonios saben justificar esta clara donación en herencia por estos factores: necesidad del Estado por tener asignados sucesores para evitar convulsiones; clarividencia divina del emperador para reconocer a los mejores para el puesto; preeminencia intelectual y en virtudes de los descendientes de Basilio, que resultan ser los más aptos para ello. Cuentan además con la ventaja de poder mantenerse en el poder siempre que sigan contando con el favor del Cielo, única forma de explicar que puedan existir dinastías en el sistema político en que se movían. Esto además tenía un apoyo veterotestamentario, una vez más en David y su descendencia, pues recordemos la promesa divina de dejar el reino de Israel siempre a un descendiente de su ungido.

En relación con la designación de los hijos de Basilio como coemperadores recuerda Dagron¹²⁷⁹ que el macedonio interrumpió la tradición que se seguía desde el siglo VII en dos aspectos: en asociar a más de uno, en lugar del primogénito solo, y en concederles el mismo rango a todos, lejos de la distinción entre “gran” emperador y “pequeño”. Los títulos de todos eran equivalentes (συναυτοκράτορες), en una clara intención dinástica por parte de Basilio, que el Porfirogeneta se preocupa por disfrazar de interés por el bienestar del Imperio y la estabilidad de la institución, como veíamos.

En línea con todo esto, aprovecha nuestro autor para hablarnos de los demás hijos y de cómo decidió su futuro, en un extenso párrafo ya mencionado al contrastar la *Vita* con el esquema de Menandro, donde se nos contaba la asociación al trono de su tercer hijo, Alejandro, la dedicación del pequeño, Esteban, a la Iglesia, y el ingreso de sus hijas en un monasterio¹²⁸⁰. Con un tono muy veterotestamentario, se nos presenta a Basilio como un gran patriarca que prevé εὐσεβῶς el destino de sus hijos. Todo el plan se realiza *ad maiorem gloriam Dei*, como agradecimiento o consagración, idea que utiliza varias veces (ἀφιεροῖ, καθιεροῖ, ὡς δῶρον δεκτὸν καὶ ἀνάθημα θεῷ ἀνατίθησιν). Pero entre líneas se puede leer la clave del asentamiento de Basilio en el trono, la forma de fijar de modo definitivo la presencia macedonia a la cabeza del mayor Imperio del momento: todos los hijos varones participan de la corona, menos uno, que con la imagen bíblica del sacrificio de Isaac encubre que ha sido reservado para el segundo cargo en poder e importancia de Bizancio: el patriarcado, que aunque excluye para acceder al trono, es pieza clave en la aceptación de las posibles “candidaturas”, como vimos.

¹²⁷⁹ DAGRON, G., *op. cit.*, p. 54 y ss. De especial interés resulta la nota 90, donde habla de las tribulaciones de León VI para hacer prevalecer no ya su cargo, sino el trono para su descendiente, el Porfirogeneta, ante las pretensiones de su hermano Alejandro, cuya sombra lo persiguió durante todo su reinado.

¹²⁸⁰ 264, 9-21. *Vide supra*, apartado II. 4. 6 de esta segunda parte.

Por su parte, las mujeres pasan todas a servir a Dios, y bajo esa piedad y el adorno de la virtud más perfecta vemos el deseo de Basilio de prevenir la presencia de yernos que puedan de alguna manera optar al poder, algo que, sin ir más lejos, le sucedió al propio Porfirogeneta con su suegro, Romano Lecapeno. De todos modos, no parece muy cierto, como vimos, este dato de la entrega a Dios de sus hijas, como, por otra parte, suele hacer Constantino con los datos de su familia en general. Pero ya conocemos su capacidad de fabulación u omisión en asuntos que para él son de interés trascendental. Con la envoltura, pues, de un admirable exvoto se nos da el caramelo del programa político del macedonio y de sus movimientos en el tablero del poder para dar jaque mate definitivo a posibles *homines novi* como él, atraídos por la corona.

Comienza ahora un larguísimo relato de las campañas bélicas del emperador y sus reformas en este ámbito. Dado que un análisis en detalle de cada episodio prolongaría el presente trabajo en exceso, nos limitaremos a mostrar los ejemplos más sobresalientes. Uno de ellos es el que aborda la cuestión:

Puesto que los asuntos internos iban bien y según un propósito piadoso y agradable a Dios, pero su ardiente desvelo por el Estado y las expediciones fuera de las fronteras lo invitaban a ensanchar los límites de su potestad con sus esfuerzos personales, valor y nobleza, y a hacer retroceder al enemigo aún más y expulsarlo, tampoco descuidó este aspecto. (265, 3-8)

Siguiendo un esquema clásico, pasa de los hechos de paz a los de guerra, pero en este mundo ya cristiano se nos aclara que todo va conforme a la voluntad de Dios (κατὰ σκοπὸν εὐσεβῆ καὶ θεάρεστον). En estas breves líneas se compendian varios conceptos de la ideología imperial, como son la vigilancia y el celo constantes del emperador (ἡ ζέουσα τῶν ὅλων φροντίς, οὐδὲ τούτων ἀμέλησεν) y su participación directa y personal en los asuntos de guerra y de política exterior (τοῖς οἰκειοῖς πόνοις καὶ τῇ αὐτοῦ ἀνδρεία καὶ γενναϊότητι). Otra idea fundamental es la de ampliar los límites del Imperio (τῆς ἀρχῆς) expulsando al enemigo: recordemos la misión ecuménica del

emperador bizantino y su preocupación por liberar a los cristianos sometidos, para dar difusión al mensaje divino y a su plan redentor. En este plan es en el que hay que entender la política de expansión llevada a cabo por Basilio, como nos dice Constantino, “en defensa de los de su misma tribu, raza y súbditos” (265, 15-16).

Al igual que sucedía en el ámbito de la justicia, también aquí acomete una profunda reforma basada en el saneamiento de los cargos, la disciplina y la obediencia. En cuanto deja todo bien organizado en la Ciudad, se alista con los soldados, puesto que, recordemos, consideraba parte de su cargo ser el primero en exponerse a cualquier peligro por sus súbditos, y asimismo, que ellos asumieran algunas fatigas en aras de su bienestar¹²⁸¹.

El pueblo bizantino, pues, debe ser solidario en sus esfuerzos por lograr el orden ideal, aunque ello suponga sacrificios, y el soberano tiene que estar a la cabeza de esa peligrosa lucha, que Basilio comenzará con Crisoquir, el herético dirigente de Téfrica, cuya actuación proporciona bastantes capítulos a la *Vita*. Y una vez más tenemos que renunciar a un análisis más profundo por las características de este trabajo, a pesar de que sería una línea interesante de investigación la comparación entre ambos personajes, en un nuevo ejercicio de negativo/positivo, tan del gusto de Constantino. Citaremos sólo el hecho de que Crisoquir se presenta como alguien que “parecía” (δοκῶν) distinguirse en valentía y prudencia (ἐπ’ ἀνδρεία καὶ συνέσει), pero se comporta con excesivo orgullo y altanería (σοβαρὰ καὶ ὑπέρογκα). Frente a este *parecer* está el *ser* real del emperador, de modo que a pesar de su soberbia y osadía (σοβαροῦ καὶ θρασέος) no es capaz de presentarse ante el valor (τὴν γενναιότητα) del ejército imperial ni la, en este caso verdadera, valentía y prudencia de Basilio (τὴν σύνεσιν καὶ ἀνδρίαν τοῦ αὐτοκράτορος).

Basilio castiga duramente la osadía de este personaje arrasando con su ejército, pero Constantino nos muestra su capacidad de tener mano de hierro

¹²⁸¹ 266, 15-18. El pasaje aparece citado en el apartado III. 5. 7 de esta segunda parte.

con los soberbios y guante de seda para los humildes: cuando la ciudad ismaelita de Táranta envía legados para pedir la paz y hacerse aliada, “el excelente emperador mostró tanta benevolencia con quienes se sometían como valor frente a los que se le oponían” (267, 22 y ss.), de manera que “se dejó ganar” por la embajada. Estos mismos términos (ἀνδράων, ἐπιείκειαν) se repiten unas líneas más abajo, con el dirigente de Lócana, que también admira “su justicia, que caminaba a la par que su fortaleza” (μετὰ τῆς δυνάμεως δίκαιον). Es decir, de nuevo la fuerza que otorga el poder absoluto sometida al dogal de la virtud.

Un aspecto en el que se insiste es este de la presencia constante del emperador en las campañas: si alguna vez no está presente es debido a alguna causa justificada, y aun así siempre queda claro que sus delegados actúan constantemente dirigidos por su persona, como en 269, 21-23, donde nos relata que el emperador estaba “detenido e inactivo en apariencia cuando, por el contrario, llevaba a cabo tales hazañas [en otro lugar] con toda sagacidad por medio de sus subordinados”. Obsérvese de nuevo el juego entre el parecer (δοκοῦντα) y la realidad, en la que Basilio actúa πανσόφως.

Esta participación de Basilio es tan real que Constantino incluye un pasaje en el que el emperador ayuda a los soldados a construir un puente para atravesar un crecido Eúfrates, ya que le parecía “de espíritu poco noble e indigno de su tropa” esperar a que descendiesen las aguas:

Deseando aliviar el esfuerzo de sus soldados e inducirlos a sobrellevar las fatigas con mayor facilidad, y a la vez agotarse con sus voluntarios esfuerzos, se puso manos a la obra con toda disposición junto a los soldados, para que si llegaba alguien no voluntario, como sucede en numerosas ocasiones, no se sintiera extraño ni se encontrara fuera de lugar, y cargando sobre sus hombros los mayores pesos, los transportaba al puente. Era digno de ver cómo levantaba en vilo el emperador sin esfuerzo un peso que, en igual tamaño, a duras penas transportaban tres soldados juntos. (269, 7-15)

Asistimos nuevamente a la proverbial fuerza del emperador, que sabe domeñar y emplear sólo con medida, para lo necesario. Es el primero en las fatigas, con su ejemplo fortalece a su ejército, su rendimiento es el mayor. Igual

sucede en Melitene, donde da toda una lección de valentía y denuedo, en un texto repleto de términos relacionados con la virtud (τὴν οἰκείαν ἀρετήν) del buen gobernante en este campo concreto¹²⁸²: τὴν ἀνδρίαν αὐτοῦ καὶ εὐχέρειαν, ἐμφρόνως καὶ νεανικῶς, κατὰ χεῖρα γενναῖος καὶ τόλμη διαφέρων, παρὰ δεινὰ εὐθαρσῆς τε καὶ ἀκατάπληκτος. El autor nos deja poco que añadir a lo ya dicho.

Tras unas primeras victorias, se nos relata cómo Basilio vuelve a la Ciudad:

Entró por las Puertas Doradas, como antaño en la ilustre Roma los emperadores que habían conseguido triunfos, y recibió los vítores y aclamaciones del pueblo. Al punto se presentó, tal como estaba del camino, en el gran templo de la Sabiduría del Señor, para cumplir con sus votos y con la debida acción de gracias. Y ceñido por el entonces patriarca con la corona de la victoria, regresó a palacio. (271, 4-10)

El párrafo, aunque breve, resulta de gran interés por varias razones. Nos presenta a un Basilio victorioso, tal y como se había prefigurado en su primera entrada en Constantinopla, también por las Puertas Doradas, solo y desconocido entonces aunque triunfante ante Dios, también sucio del camino. En esta ocasión lo hace de manera manifiesta, igualado ya a los emperadores romanos y aclamado por todos, en otro ejemplo de la ideología de la Victoria a la que ya hemos hecho referencia antes. Su primera acción es la de consagrar la victoria a Dios, aquel que lo ha designado para la corona, su único superior. La coronación por el patriarca también nos llama la atención, toda vez que no se habla de ello cuando es nombrado emperador de manera oficial. Finalmente, tampoco se cita al patriarca que lo coronó y que probablemente se trataba aún de Ignacio, como ya señalamos en la primera parte¹²⁸³. Es evidente que el Porfirogeneta no deseaba entrar en detalles sobre una cuestión que había

¹²⁸² 270, 1-7. Cf. apartado II. 5. 1 de esta segunda parte, donde se transcribe el texto completo.

¹²⁸³ Concretamente, en el apartado IV. 2 de esa parte.

complicado las cosas tanto a su abuelo como a su padre, por lo que adopta una actitud silente al respecto.

Más adelante, después de contar la historia de la derrota de Crisoquir, aborda la cuestión directamente, aunque por motivos de claridad expositiva preferimos tratar el pasaje en este momento. Cuenta Constantino la vuelta de Focio al patriarcado en los siguientes términos:

En cuanto el celebrado patriarca Ignacio terminó su vida piadosa y agradable a Dios, y dejó este mundo entre abundantes canas, un cortejo de virtudes y la celebración de todos, pasando a otro mejor, de inmediato el emperador devolvió con justicia la Iglesia a aquel que antes aspiraba a ella de manera al parecer injusta, y estableció entonces conforme a la ley y los cánones al sapientísimo Focio sobre la cátedra vacante de la reina de las ciudades. Antes de esto, no cesaba el emperador de mostrarle su benevolencia y de honrarlo por su sabiduría y virtud en todos los aspectos; pero, aunque lo destituyó de la sede, en su deseo de hacer justicia ante todo, sin embargo, no olvidaba ofrecerle cualquier cosa de consuelo. Por lo que le permitió residir en palacio y además lo nombró educador y maestro de sus propios hijos. (276, 11 y ss.)

Aunque extenso, hemos preferido aportar el pasaje completo al considerarlo muy ilustrativo sobre la cuestión. Procura alabar por igual a los dos personajes: a Ignacio, al hablar de su reconocimiento público y sus muchas virtudes; a Focio, con los calificativos de σοφώτατον, διὰ τὴν ἐν αὐτῷ σοφίαν τε καὶ ἀρετήν. Pero lo más destacable es la actitud de Basilio, que interviene en la cuestión sólo para hacer justicia y devolver, ahora sí, καλῶς, a quien había parecido antes tener el puesto μὴ καλῶς (y nos planteamos si aquí, el *parecer* no es, como en todos los casos anteriores, una forma de *no ser*). La protagonista absoluta del texto es la virtud de Basilio, que en todo momento muestra su benevolencia y reconocimiento hacia Focio, pero que tiene como única meta el hacer justicia. Su buen trato hacia el controvertido personaje, por otra parte, se debe a otra de las características virtuosas de Basilio: su afán por confortar al afligido, piedad hacia el que está en situación de desgracia, etc. En ningún momento se debe a privilegio alguno concedido al expulsado patriarca, sino que es un trato de atención que dedicaría a cualquiera. Con esto quiere nuestro autor dejar una vez más limpio el nombre de su abuelo también en este asunto,

en el que, nos dice, en todo momento prevaleció su sed de justicia y el bien del Imperio frente a cualquier interés personal.

De vuelta a nuestra historia, vemos a Basilio trabajando incansablemente en cuestiones propias de su cargo, sin olvidar visitar todo templo o capilla de la ciudad para dar las gracias al cielo por su ayuda. Todo ello, “demostrando su mucho celo y preocupación por sus súbditos” (271, 16-17) (κηδεμονίαν καὶ ἄγρυπνον πρόνοιαν). Pero el problema aún no zanjado del pauliciano le impide descansar:

Sin embargo, no dejaba de ir a diario al sagrado y divino templo ni de implorar al Señor, poniendo ante Dios como mediadores para ello al arcángel Miguel, príncipe del ejército celestial, y al profeta Elías, no dejar esta vida antes de ver la ruina de Crisoquir y clavar tres dardos en su impura cabeza. Lo cual sucedió después. (271, 17-20)

Como ya nos tiene acostumbrados nuestro autor, anticipa de este modo literario sucesos que sabemos que se van a cumplir, acompañándolos a menudo de profecías, prodigios o señales divinas. En este caso vemos cómo las preces del piadoso emperador serán oídas por Dios a través de dos de los grandes “santos familiares o dinásticos” que diría Dagron, como ya se ha señalado aquí en otras ocasiones: el arcángel Miguel y Elías¹²⁸⁴, que tienen un destacado papel como justicieros y luchadores por la ortodoxia. Además, el papel militar del arcángel viene como anillo al dedo para mediar ante el cielo en asuntos de guerra.

Y efectivamente, el pauliciano es vencido, en una campaña llevada a cabo por los generales del emperador y no en persona, pero guiados por las plegarias que Basilio hacía a diario. De hecho, el triunfo viene dado por la rivalidad entre batallones, que pugnan por ser los más valientes del ejército bizantino, y al grito de “la Cruz ha vencido” siembran el terror entre los enemigos. El temido Crisoquir se ve hostigado por un bizantino cautivo que

¹²⁸⁴ *Vide supra*, apartado III. 1. 3 de esta segunda parte.

había llegado a tratar muy de cerca al dirigente enemigo, por lo que este último le pregunta la causa de su furia. Su respuesta es breve:

“Tengo mi confianza puesta en Dios de que en el presente día voy a recompensarte por tus buenas obras, y por esto voy tras de ti en persecución”. (275, 1-4)

Aportamos sólo este fragmento del largo relato¹²⁸⁵ para resaltar la interacción entre la fe del emperador y sus exvotos, y el comportamiento de sus soldados, movidos por este mismo acicate. Los ejércitos vencen con el lema victorioso de la cruz, y el que derriba por fin a Crisoquir lo hace imbuido del convencimiento divino de su victoria. El castigo no es sino premio a sus obras, puesto que a actitudes enemigas del Imperio solo caben penas como contrapartida. Recordemos que el Imperio es la norma, lo correcto, y el emperador, como rector de este mundo es padre y maestro de los demás, que ejerce su didascalía a los pueblos ignorantes de la verdadera fe y orden. En este sentido se explican a menudo los castigos en Bizancio, más como correcciones que como daño gratuito, y de esta manera aparecen también a veces penas aplicadas a los pueblos que no se dejan convertir¹²⁸⁶.

Y si la victoria se ha obtenido con la mediación del Cielo a través de las oraciones del emperador, justo es cumplir con lo prometido, y así se incluye el párrafo que narra cómo lanzó tres flechas a la cabeza de Crisoquir, cuando se la

¹²⁸⁵ El texto que describe la persecución de Crisoquir por Pulades aparece en el apartado IV. 4 de la primera parte, donde veíamos que “uno precedía como con la razón turbada por Dios, desesperado y cobarde; el otro lo acosaba con intrepidez y audaz osadía”, en lo que constituye un ejemplo de las contraposiciones de nuestra obra, en esta ocasión entre el negativo Crisoquir, ἀπεγνωσμένος τε καὶ δειλός, y su perseguidor, lleno de un total convencimiento en la divinidad, μετ’ εὐτολμίας καὶ θάρσους νεανικοῦ, en claro contrapunto.

¹²⁸⁶ Recordemos el pasaje de 277, 12 y ss, en que de nuevo la φιλανθρωπία del emperador modera los castigos hacia unos conjurados, a los que se aplaca “de forma más propia de un padre que de un déspota”; 301, 10 y ss, cuando el patricio Nicetas castiga a los que habían renegado del bautismo desollándolos o arrojándolos a calderas llenas de pez diciéndoles que de este modo los hacía partícipes del bautismo, aunque sombrío y doloroso. Estos castigos se consideran proporcionados a sus actos y como escarmiento por haberse alzado contra el poder romano. Cf. también AHRWEILER, H., *op. cit.*, p. 61, sobre los castigos a los búlgaros por parte de Basilio II, por alzarse contra su soberano “natural”, en una especie de sacrilegio.

presentaron, como “expiación digna de su impiedad” y de las muchas vidas perdidas por su actuación¹²⁸⁷. El texto cierra el círculo iniciado con la imagen del emperador rogando a Dios por el fin del pauliciano, con el cumplimiento de lo que se nos había anunciado y de su promesa:

Tal fin tuvo lo de Crisoquir y la entonces floreciente potencia de Téfrica, con la colaboración de Dios, rendido ante las muchas súplicas de Basilio, el emperador que gobernaba conforme a la piedad. (276, 7-10)

Lo interesante de todo el pasaje es la confirmación de que la victoria se debió a la participación del emperador como mediador ante Dios, de manera que bien con la fuerza de su diestra en el campo de batalla, o a distancia, con el poder de sus súplicas, su papel en cada batalla es decisivo y fundamental. No olvida subrayar el carácter impío (*δυσσεβοῦς*) de Crisoquir frente al emperador, que gobierna *εὐσεβῶς*. Su terca impiedad no podía sino reportarle aquel funesto fin. Dejemos constancia, además, de la alusión a la Trinidad con las tres flechas que se clavan en la cabeza de quien ha intentado burlarse del pueblo de Dios.

El relato de las campañas bélicas sigue enfocado en un Basilio que no puede dormir por la preocupación ante los problemas de Estado y los asuntos exteriores. Vuelve él mismo a empuñar la espada contra los maniqueos, pues siguiendo la ideología bizantina, el emperador debe ir en persona a defender a sus súbditos cristianos del peligro infiel, si es necesario. Aunque sus generales obtenían amplias victorias, “no le agradaba tanto lo obtenido por medio de otros como le molestaba el erigirse trofeos sin su esfuerzo y riesgo” (278, 9-11). Por eso se lleva a su primogénito, Constantino, para instruirlo en el arte militar, algo que da pie a incluir el ya mencionado capítulo 47¹²⁸⁸, un largo excursus sobre la falta de información acerca de algunas campañas bélicas de Basilio, que justifican un relato sin gran adorno, o una simple enumeración de nombres

¹²⁸⁷ 275, 17 y ss. *Vide* el fragmento completo en el apartado IV. 4 de la primera parte.

¹²⁸⁸ *Vide* apartado I. 3. 2 de esta segunda parte.

de ciudades tomadas o victorias. Y justo a continuación se incluye el episodio de la infructuosa toma de Ádata, que vería su cumplimiento, tal y como una profecía había predicho, en tiempos del Porfirogeneta¹²⁸⁹. La predicción venía dada por un hombre piadoso (ὕπὸ τινος τῶν παρ' αὐτοῖς εὐλαβῶν), lo cual es de algún modo garantía de veracidad, y vendría dictada por “algún saber superior, de índole divina, bien por un procedimiento de ciencia” (281, 15-16).

Independientemente del hecho de que bien podría tratarse de una interpolación posterior, como vimos¹²⁹⁰, no estaría fuera de lugar desde el punto de vista ideológico, ya que serviría para confirmar la pertenencia de nuestro Constantino a una estirpe señalada por el favor divino para ceñirse la corona, y esto es una señal tan indeleble que incluso los oráculos bárbaros pueden apreciarlo. No hay duda, pues, ni acerca de la legitimidad de su abuelo, ni de la suya propia, aunque tenga que recordar que es un Porfirogeneta. Prueba de la continuidad de la voluntad de Dios en su familia y persona es la obtención de tan preciada victoria, sucedida sólo cuando el Cielo lo tenía decretado.

Este episodio, pues, supone algo más que la inclusión de su persona entre las gestas de su abuelo en esta biografía recamada de alabanzas y virtudes: es, simplemente, la mención del lugar que legítimamente le pertenece; un recordatorio al lector de que Dios sigue con su dinastía en una línea ininterrumpida de la que él es el representante actual, ἐπὶ τῶν ἡμετέρων χρόνων¹²⁹¹. Recordemos además que el fragmento concluye con una de las citas homéricas de la obra:

¹²⁸⁹ *Vide* apartado II. 5. 10 de esta segunda parte.

¹²⁹⁰ *Vide* apartado I. 1. 2 de la primera parte.

¹²⁹¹ Al respecto de este pasaje, el único de la obra en que se menciona expresamente al Porfirogeneta, SIGNES CODOÑER (“Algunas consideraciones”, pp. 24-25) considera que es uno de los fragmentos en que debemos ver la mano del escriba y no del propio emperador, si aceptamos que Constantino trabajó también en la *Vita* con un equipo de ayudantes que iba plasmando sus ideas cuando él no podía hacerlo en persona. A su juicio, tras analizar otros pasajes en que el Porfirogeneta habla de sí mismo, esta pomposa referencia no puede

(...) que, según Homero, “es bueno que a un hombre muerto le quede un hijo”, para que este hijo perdure como castigador de quienes osaron insolentarse abiertamente contra el poder de su abuelo.

Está sacada de la *Odisea*, III, 196, cuando Telémaco pregunta a Néstor por su padre, y él le recuerda que el hijo de un hombre fuerte y valeroso debe vengar a su padre si es necesario, y en todo caso, alcanzar esas mismas virtudes para que los hombres de la posteridad lo recuerden a él igual que a su noble padre. Es decir, en el poeta por excelencia se ha encontrado una justificación más a su legitimidad.

Las campañas de Basilio continúan, ahora contra los verdaderos infieles. La idea central en el relato es, de un lado, la defensa de la verdadera fe frente a las blasfemias de los insolentes enemigos; de otro, la ayuda a los hermanos en dicha fe. El apoyo del cielo será constante, y las escasas derrotas se deberán a elementos ajenos, como la envidia o la soberbia de algún general. Un ejemplo de esto es el episodio de la toma de Tarso y el general Andrés:

En cierta ocasión, el emir de Tarso le escribió [a Andrés, al mando de las escuelas] unas palabras repletas de blasfemia y necedad contra Nuestro Señor Jesucristo y su santísima Madre: “A ver de qué te va a servir ahora el hijo de María y ella misma, que lo engendró, cuando me dirija contra ti con un poderoso ejército”. Tras recibir la injuriosa carta, entre abundantes lágrimas se confió al icono de la madre de Dios que lleva al hijo abrazado a ella, diciendo: “Contempla, madre del Verbo divino, y Tú, anterior a los tiempos por parte del Padre y sometido a la edad terrena por tu madre, cuántas injurias ha proferido y cuánto ha bramado contra tu pueblo elegido este bárbaro e insolente nuevo Senaquerib. Préstanos tu ayuda y defiende a tus siervos, y que conozcan todas las naciones la fuerza de tu poder” (284, 18 y ss.)

El texto resume la ideología político religiosa implícita en las campañas bélicas de defensa o ataque de zonas ocupadas por “infieles”. Las injurias de la

ser suya, sino que más bien está incluida por alguien “como si intentara precisar de quién se trata” (p. 24). De no estar ante un añadido posterior, posibilidad en absoluto disparatada, como vimos, tampoco resultaría extraño, dentro del planteamiento general de la obra y del concepto de *τάξις*, Imperio, etc. de Constantino, que con ello intentase arrogarse una legitimidad tan discutida en su nacimiento y tan ninguneada en su madurez, y que eligiese una escena adornada de profecías y elementos cuasi novelescos para dejar claro que la gloria de su abuelo y el favor divino que le otorgó el trono seguían en su persona. Si el Porfirogeneta no ordenó personalmente incluir la anécdota, no parece que le disgustase su presencia en el texto, salvo que nunca la hubiera leído.

carta justifican el ataque cristiano, ya que legítimamente actúan en defensa de la Verdad, que es anterior a todos los tiempos y ha sido revelada al pueblo elegido, que es el que cuenta con Dios de su lado.

El episodio, además, guarda un estrecho paralelismo con el correspondiente bíblico donde aparece el mencionado Senaquerib. La historia, narrada en el libro segundo de los Reyes (18 y ss), cuenta cómo Senaquerib, rey de Asiria, ataca todas las fortalezas de Judá y causa enormes daños, a la vez que se jacta de su poder, burlándose de Yahveh. En 19, 10 y ss podemos leer una carta de Senaquerib dirigida al rey de Judá en la que le pregunta de qué le va a servir su Dios cuando caiga sobre él su enorme ejército. El rey de Judá, Ezequías, muestra la carta a Yahveh e implora su ayuda, con lo que el triunfo sobre el asirio será grandioso, gracias a un ángel enviado por Dios que mata a miles de hombres por la noche. Con toda seguridad, pues, el autor se inspiró en esta historia para dar forma a su relato, pero quizá no sea una idea tan original, ya que la correlación entre los ataques de los pretenciosos asirios a Judá y la Historia bizantina parece ser un tema utilizado por algunos autores antes que el Porfirogeneta, y en particular el personaje de Senaquerib como arrogante infiel, en esa identificación entre el Imperio bizantino y Jerusalén¹²⁹².

Con su confianza puesta en Dios, Andrés vence de manera gloriosa y al igual que Basilio, regresa “comportándose con moderación ante la victoria, al tiempo que atribuía el hecho sólo a Dios y a Él le asignaba la aptitud de mando y rotundo triunfo” (286, 2-4). A su vez evita caer en la excesiva ambición y prefiere no continuar. Pero aquí interviene la malvada Némesis, que consigue persuadir al emperador de que Andrés no había seguido adelante por falta de celo y perseverancia, de manera que envía a otro, que en un nuevo esquema blanco/negro nos presenta al negativo de un Andrés que en realidad era περιεσκεμμένον και φρόνιμον και ἄριστον στρατηγόν, y no, como decían, ἐθελόκακον και δειλόν.

¹²⁹² Cf. ALEXANDER, P. J., “Strength”, pp. 346-347, sobre este tema, con citas de Sincelo.

Ya vimos al hablar de la envidia como motor de los acontecimientos el triste fin que todo aquello tuvo, con la muerte de numerosos romanos en una vergonzosa derrota¹²⁹³, derivada del comportamiento necio de un general que actuaba ensoberbecido y “con ánimo insensato y arrojo irreflexivo”. Lo más interesante para nuestro estudio es el hecho de presentar las derrotas, en especial las de gran resonancia, como algo en lo que no interviene el emperador: su único papel en la historia viene determinado por la malquerencia, que logra persuadirlo, en un recurso que, una vez más, acerca la *Vita* a las obras admonitorias, como ya vimos¹²⁹⁴. Tampoco es que Dios abandonase a los romanos, pues mientras tuvieron al general que sólo fundaba en Él sus esperanzas todo había ido bien. Sólo con aquel que confió más en sus humanas posibilidades, mermadas además por su insolencia y falta de sensatez, pudo vencer el enemigo.

El otro aspecto que citábamos, el de la ayuda a los hermanos en la fe, se hace patente en las campañas de Occidente, en territorio italiano. En realidad, este apartado de las hazañas bélicas imperiales tenía para el Porfirogeneta más importancia de la que a primera vista nos pueda parecer, y de la que él mismo deja entrever, si las analizamos desde el punto de vista que señalábamos en la primera parte al hablar de las teorías de *Λουγγής* y el ecumenismo limitado¹²⁹⁵. Por ello aparecen estos temas que podríamos llamar *occidentales* en una obra historiográfica bizantina cuando tradicionalmente sólo incluyen asuntos propios del Imperio, es decir, de Oriente. Se podrá aducir el hecho de que son hechos en los que participó el emperador en persona, y como tal deben aparecer en su biografía, aunque se produjesen en territorios que no pertenecían a Bizancio. Pero bajo la apariencia de un emperador que presuroso acude a socorrer a otros cristianos en apuros vemos el que el Porfirogeneta

¹²⁹³ *Vide* apartado I. 3. 3 y II. 4. 6 de esta segunda parte.

¹²⁹⁴ Al respecto, cf. apartado I. 3. 2 de esta segunda parte.

¹²⁹⁵ *Vide* apartado I. 2 de la primera parte.

considera éxito absoluto de Basilio ante el papado, en aquellos momentos en que el Imperio ya se ha visto reducido mientras Roma tiene fuertes apoyos en nuevos reinos que aspiran a ocupar el lugar “ecuménico” de Bizancio. Permitir esta intervención bizantina en Italia supone aceptación de la famosa *Donatio*, es decir, aceptación de un Imperio y una Iglesia con sus respectivas áreas de influencia, y eso, en la situación en que se hallaba Bizancio era más de lo que se podía desear, por no decir lo único a lo que podía aspirar.

Pero las huellas de estos acuerdos en la historiografía macedonia son difíciles de rastrear. En la escena de presentación de la campaña de Occidente, donde los pueblos de Panonia, Dalmacia, “y los escitas allende estos (o sea, croatas, servios, zaclumos, terbuniotas, canalitas, dioclecianos y rentanos)”, que se habían sacudido el yugo del primitivo romano, y se ven asediados por los “agarenos de Cartago”, hasta que algunos buscan ayuda desesperados en el *basileus*, nada hay que se refiera a estos pactos con Roma, salvo esta sutil frase: “(...) casi toda Italia, cuanta había sido *previamente asignada* a nuestra Nueva Roma (...) se veía doblegada por la vecina potencia de los cartagineses” (288, 14-16). En opinión de Λουγγής¹²⁹⁶, el verbo de la frase (καὶ πάσης σχεδὸν Ἰταλίας, ὅση τῆ καθ’ ἡμᾶς νέᾳ Ῥώμῃ προαφώριστο), sólo se puede entender en un contexto de reparto de influencias entre otros reinos y la propia Roma, y cita otro pasaje posterior como el único donde se explicaría ese reparto de Italia entre la “antigua” y la Nueva Roma de manera evidente, y quedaría justificado ese *προαφώριστο*:

Después de una cuerda deliberación [Basilio] envió embajadas a Ludovico [Luis II], rey de Francia, y al papa de Roma, con el fin de que acudieran en socorro de las fuerzas de allí y junto a ellas se alinearan contra los agarenos asentados en Bari. (293, 9-13)

Este es, pues, el gran logro de Basilio: conseguir ese reconocimiento ante Roma y sus aliados, de modo que el Imperio volviese a tener su peso específico en el orden mundial de la época, aunque ello supusiese ciertas renunciaciones. La

¹²⁹⁶ ΛΟΥΓΓΗΣ, Τ., *Ιδεολογία*, p. 132, nota 113.

historiografía macedonia, con el Porfirogeneta como principal promotor, procura reflejar esta renovación del prestigio bizantino, este nuevo horizonte de grandeza iniciado con el *homo novus* de la dinastía, que había obtenido para su Imperio una identidad y una ecumene de la que carecía con los emperadores amorios.

En la plasmación literaria de estos hechos, se nos avisa que los problemas venían de antiguo como consecuencia de la dejadez de Miguel III, de modo que muchos pueblos se habían apartado del dominio romano y algunos incluso “del divino Bautismo, con el propósito de no mantener garantía alguna de amistad ni sumisión a los romanos” (289, 1-2). Es evidente que apartarse del Imperio civilizado no podía traer sino desgracias y desprotección, pues implica caer de nuevo en la oscuridad y la barbarie. En este estado de anarquía e indisciplina (ἀναρχίαις καὶ ἀταξίαις) los agarenos someten Ragusa y toda la zona, por lo que los habitantes envían legados a Constantinopla para que los socorran, “ya casi en riesgo de convertirse en súbditos de quienes niegan a Cristo” (289, 19-20). Entonces, su fortuna dio un interesante giro:

Y aún no habían alcanzado la ciudad imperial los legados, sino que todavía se demoraban en el camino, cuando el vil emperador dejó el devenir humano, y sobre el vigilante y sobrio custodio del Estado recayó la autoridad imperial. Con anterioridad bastante se había afligido y apesadumbrado por el asunto, y en aquel momento oyó con atención a los embajadores. Considerando como heridas propias los sufrimientos de sus compañeros en la fe, aprestó cuanto iba a enviar en ayuda de los suplicantes. (289, 20 y ss.)

Nuevamente es Basilio el que recupera las riendas del Estado y reconduce las situaciones a su cauce natural, en otro de sus contrastes: ὁ φαῦλος βασιλεύς / ἐγρηγορότα καὶ νήφοντα τῶν κοινῶν φροντιστήν Βασιλείον. Así es como se ve obligado moralmente a prestar ayuda a quienes habían sido abandonados por el anterior emperador, dado que es parte de sus deberes para con el pueblo cristiano, esté o no dentro de los límites del Imperio, pues en caso negativo, ha de liberarlos para aumentar el reino ecuménico

cristiano liderado por su persona. No interviene, pues, por intereses políticos o personales, sino siguiendo la misión que tiene encomendada, inherente a su cargo.

También otros pueblos de la zona (croatas, servios, etc.) deciden volver a Roma por la benignidad, virtud y equidad del nuevo emperador (τὴν ἐπιείκειαν καὶ περὶ πάντα δικαιοσύνην καὶ ἀρετήν), y a pesar de haber apostatado incluso, solicitan “someterse al benigno yugo del poder romano, a las órdenes de su pastor” (291, 13-14). Señalemos la caracterización del poder como φιλανθρωπῶς, y de su dirigente como ἀγελάρχη, en una imagen más de las que caracterizan al *basileus*, como vimos. Basilio, por su parte, sentía dolor por lo que estaban sufriendo por parte del enemigo común, de modo que acepta ayudarlos:

Los recibió y admitió, cual benevolente padre al hijo que en su insensatez no obedece a las riendas, pero luego se arrepiente y vuelve a él. Al punto envió sacerdotes y con ellos un representante del emperador, para que los alejara del peligro espiritual antes que de los demás, los rescatase de nuevo para su antigua fe y los liberara de sus faltas debidas a ignorancia o insensatez. (291, 17 y ss.)

Este texto, en el que no faltan términos como ὁ φιλόανθρωπος πατήρ, nos remite directamente a la misión que tiene el emperador para con las naciones¹²⁹⁷, y que trasciende el papel protector para convertirse en una guía espiritual, como un padre bueno que mira ante todo por la salvación de sus almas. No hay ambición ni afán de poder, sino amor paternal en una imagen que nos recuerda la parábola del hijo pródigo: de igual modo, allí está el emperador de los romanos para acoger a las ovejas perdidas que deseen volver al redil, al único cierto y seguro, que intuimos es el de la esfera de la Iglesia de Oriente, “su antigua fe”. Se nos cuenta además que Basilio se ocupó de organizar el sistema de gobierno de estos pueblos para que se mantuviese en sus manos, y fuese justo y agradable, sin injerencias, en una nueva actuación paternal cuyo único fin es el bienestar de aquellas gentes.

¹²⁹⁷ *Vide supra*, apartado III. 1. 2. 2 d) de esta segunda parte.

Por otro lado, y volviendo al trasfondo político de la campaña en Italia, hay que destacar que se nos presenta la salvación de estos pueblos gracias a una iniciativa del emperador, movido por esa calidad suya de “padre protector”, *φιλάνθρωπος* y pastor de su rebaño. Dicha iniciativa surge de su interés por cumplir con su labor ante Dios, y recurrir a los francos o al papa vendrá dictado por la premura necesaria en el apurado trance en que se hallan los asediados, o la lejanía de Constantinopla para traer más tropas, pero nunca por carencias o debilidad. El papel del papa o los francos es secundario: acuden a la llamada del emperador, que sigue siendo el defensor de la cristiandad, paladín de desfavorecidos, lejos siempre de cualquier referencia a una situación de inferioridad con respecto al papado y su entorno. Constantino consigue invertir los términos y presentarnos a Basilio como el adalid absoluto del Mediterráneo, que depende de sus decisiones, cuyo único obstáculo son unos agarenos que van cayendo ante su espada, salvo contadas (aunque para su desgracia, sonadas) excepciones.

No podemos, con todo, dejar este importante apartado de las campañas en Italia sin referirnos a una historia / digresión ya mencionada, incluida en esta parte de la *Vita*: la anécdota de Soldano¹²⁹⁸, el emir prisionero del rey franco en la campaña de Bari que nunca sonreía. Cuando en una ocasión alguien lo vio reír, y tras ser preguntado por el rey, Soldano dijo que observando las ruedas de un carro había pensado que era posible que él también recuperase algún día su perdido poder¹²⁹⁹. El rey Luis, entonces, reflexionó sobre la situación de su cautivo, y le hizo “partícipe de su confianza y trato”.

¹²⁹⁸ Narrada en 294, 3 y ss.

¹²⁹⁹ “Vi un carro”, dijo, “observé cómo el punto más elevado de sus ruedas se viene a tierra, para luego ascender de nuevo desde el suelo. Tomé esto como imagen de lo inestable e inseguro de la felicidad humana y me reí, reflexionando, por un lado, en cómo nos crecemos por cosas así de inciertas; y por otro, al considerar que no es imposible, también en lo que a mí respecta, que igual que de lo más alto he pasado a ser ínfimo, del mismo modo es posible que me vea elevado otra vez a las alturas desde lo más bajo”.

Se trata de una historia recogida por Diodoro Sículo¹³⁰⁰ y atribuida al egipcio Sesostris, que utilizaba a reyes sometidos para tirar de su carro. La narración aparece ya modificada con valor didáctico y moral en autores bizantinos anteriores al Porfirogeneta, de modo que se ha introducido la cuestión de la rueda como símbolo de la inestabilidad de la fortuna, tema este ampliamente conocido, también en la tradición latina¹³⁰¹. En esta nueva versión uno de los prisioneros observa una rueda girar, y el jactancioso rey se arrepiente al comprender lo incierto de su propia grandeza. Es interesante destacar que el primer testimonio con el que contamos pertenece a Menandro Protector, autor del s. VI, del que sólo quedan fragmentos, mientras que el que contiene la historia está recogido en los *Excerpta de Legationibus*, lo que indica con toda probabilidad que Constantino tenía un interés especial en el episodio¹³⁰².

El uso de la historia de Soldano en la *Vita* ha sido analizado por Λαμπάκης en un artículo que citábamos ya al tratar de los *progymnasmata* y de la *chreia* como uno de esos ejercicios. En dicho trabajo se señala la inclusión de la anécdota en otra obra del círculo de Constantino, *De Administrando Imperio*, que, recordemos, estaba dedicada a su hijo Romano II. Tras hacer un análisis de cómo se ha aprovechado allí la historia (con pocas variaciones, en realidad, con respecto a la *Vita*), qué se ha modificado y por qué, concluye que además del interés didáctico de la historieta, hay una clara finalidad política en la elección y uso de esta, en especial si se observa desde el punto de vista sostenido por

¹³⁰⁰ En concreto, I. 58, 2. Para este y los demás datos mencionados a continuación, cf. ΛΑΜΠΑΚΗΣ, ΣΤ., *op. cit.*, pp. 232-234.

¹³⁰¹ Boecio, el filósofo romano del siglo VI formado en Atenas, dedica parte de su obra *De consolatione philosophiae* a la Fortuna; en concreto, en el libro II, cap. 2, 9, ella misma afirma: “Esta es mi fuerza, este el interminable juego al que me entrego: hago girar la rueda en caprichosos círculos y me divierto en hacer descender lo que está en la cumbre y subir lo que está abajo (*rotam volubili orbem versamus, infima summis, summa infimis mutare gaudemus*)”. La traducción es de PÉREZ GÓMEZ, L., Madrid 1997. Cf. con el texto de la *Vita*: τὸ μετέωρον τούτων ταπεινοῦται καὶ τὸ ταπεινὸν αὐθις μετεωρίζεται.

¹³⁰² ΛΑΜΠΑΚΗΣ, ΣΤ., *op. cit.*, p. 232, nota 10, y p. 235.

Λουγγής y del interés en presentar los sucesos bélicos en esa parte de Occidente con el acento puesto en la actuación bizantina, que se introduce como salvación no sólo necesaria e imprescindible, sino podría decirse que enviada por Dios.

De este modo, las reflexiones de Soldano sobre la volubilidad de la fortuna no son sino predicción del nuevo infortunio que se cierne sobre Capua y Benevento, pues paradójicamente permitirán la confianza del rey hacia su persona, que será aprovechada para nuevas tramas contra esas ciudades, a cuyos dirigentes hará creer que el rey busca su ruina. Los “engaños púnicos¹³⁰³” de Soldano, tal y como se los describe en la *Vita*, atrapan también al monarca franco, y se crea una situación de tirantez entre todos. Soldano aprovecha entonces para atacar a estas ciudades, consciente de que el rey les negará su ayuda.

En otras palabras, afirma Λαμπάκης, es la negativa del rey franco la que obliga a los dirigentes de Capua y Benevento a pedir ayuda a Bizancio, y será la intervención del Imperio de Oriente la que haga desistir a Soldano de sus planes; más aún, la que asegure la fidelidad de aquellas ciudadelas al emperador. Por otra parte, el fracaso total de los objetivos de Soldano redunda en el dominio de Bizancio en esas zonas largo tiempo reivindicadas. El episodio, pues, tiene una clara función dentro de la presentación política encubierta que se nos hace de los hechos: el centro de gravedad de la Historia, podríamos decir, recae de nuevo sobre Bizancio, siendo su intervención la clave para un feliz desenlace en la zona. De modo tácito se nos dice que es al Imperio de Oriente a quien se debe la paz y el bienestar junto con la preeminencia moral y espiritual, y de nuevo se le reconoce su misión de protector de la ecumene, usurpada por Occidente. Y si cada uno tiene una esfera de influencia, Bizancio puede intervenir para ampliar y defender la suya con más legitimidad incluso que cualquier reino de Occidente.

¹³⁰³ 295, 2: δόλων Φοινικικῶν οὐκ ἀμέτοχος.

Concluye, no obstante, el autor, que el episodio tendría una última función dentro de la obra dedicada a su sucesor: el simbolismo de la rueda y el protagonismo de Soldano serviría a Constantino para hacer reflexionar a su hijo sobre la idea de que ninguno de esos territorios bajo dominio “agareno” tiene por qué estarlo de manera definitiva, ni tampoco aquellos que se le han arrebatado permanecer para siempre bajo el paraguas bizantino. La fortuna sigue girando y es primordial no perder nunca de vista sus subidas y bajadas.

Λαμπάκης pone en relación el episodio con el empleo del tópico de la rueda en la tradición de los “Espejos de príncipe”, por lo que sugiere que su inclusión en el *De administrando Imperio* tendría una función similar. Uno de esos “Espejos” que utilizan el motivo es precisamente el atribuido a Basilio I para su hijo León, padre del Porfirogeneta, denominado *Κεφάλαια Παραινετικά*: “καὶ τροχοῦ δίκην κυλιόμενου, τὰ μὲν ἄνω φέρεται κάτω, τὰ δὲ κάτω φέρεται ἄνω”¹³⁰⁴.

Considera, por el contrario, que el uso de la misma anécdota en la *Vita* responde a la declarada intención de Constantino de entretener¹³⁰⁵, tal y como sucede con otros casos similares de narraciones fantásticas, mientras que el alcance moral y didáctico de su empleo en el *DAI* es mucho más amplio, como acabamos de exponer. Pero ante esta afirmación caben algunas objeciones.

A estas alturas de nuestro trabajo no resulta muy sostenible pensar que las distintas digresiones que aparecen en la *Vita* obedezcan sólo a un “gusto por colorear el relato”, en palabras de su autor, sino que más bien deberían revisarse para comprobar los posibles motivos de su utilización, como bien reconoce el propio Λαμπάκης, citando algunos trabajos ya realizados por Αναγνωστάκης al respecto¹³⁰⁶. Si una de las misiones de la *Vita* es servir de

¹³⁰⁴ PG 107, XL. Cf. ΛΑΜΠΑΚΗΣ, ΣΤ., *op. cit.*, pp. 237.

¹³⁰⁵ 294, 3-5: Ἐπειδὴ δὲ πολλάκις ἡ ἱστορία φιλεῖ καὶ ταῖς κατὰ παρέκβασιν διηγήσεσι τὸν λόγον ποικίλλειν καὶ τὰς τῶν ἐντυγχανόντων ψυχαγωγεῖν ἀκοᾶς.

¹³⁰⁶ *Op. cit.*, p. 237. Los artículos de ΑΝΑΓΝΩΣΤΑΚΗΣ son los referidos a las historias de Danelis y del navarca Adriano, ya mencionados en la primera parte de este trabajo.

modelo, de “Espejo” en cierto modo para sus sucesores, el empleo de esta anécdota no sería sino paralelo al del *DAI*, e igualmente perseguiría enseñar entreteniéndolo. Por otra parte, en ambas obras ocupa un lugar similar: en el *DAI* aparece incluida en el apartado dedicado a los sucesos del sur de Italia y la toma de Bari por parte de los Sarracenos; en la *Vita*, al hablar de las campañas de Occidente. Y mientras que en el *DAI* parece tener menos cohesión con el resto del capítulo en que está inscrita¹³⁰⁷, en la *Vita* su integración con los hechos narrados es plena, si bien no deja de ser eso, una anécdota dentro de una narración de hechos supuestamente históricos, pero esto responde al estilo compositivo del autor.

Que el texto de la *Vita*, además, afirme que el relato obedece a un afán de entretenimiento, no debería tomarse en nuestra opinión como garantía de veracidad¹³⁰⁸, pues sabemos que a menudo nuestro autor se desdice o bien encubre intenciones distintas de las que confiesa, como cuando nos cuenta que va a narrar en breves palabras las hazañas bélicas de Basilio o la vida licenciosa de Miguel, apartado este igualmente poco fiable. Además, hay un motivo más simple, quizá, pero no por ello menos verosímil, que apunta Ševčenko¹³⁰⁹: la posible ausencia de noticias fiables sobre Soldano y sus campañas a disposición del círculo de Constantino, que se habrían sustituido de este modo, con lo que se cubría una laguna, si no con información fidedigna e “histórica”, al menos con contenido moral, que además permitía una versión política.

En nuestra opinión, pues, la anécdota va mucho más allá de la simple digresión también en la *Vita*, y es muy probable que Constantino utilizase un motivo que le parecía útil e interesante para las dos obras con intenciones similares. Para nosotros sería igualmente útil e interesante, además, poder

¹³⁰⁷ ΛΑΜΠΙΑΚΗΣ, ΣΤ., *op. cit.*, p. 235.

¹³⁰⁸ Como sí piensa ΛΑΜΠΙΑΚΗΣ, ΣΤ., *ibidem*, que afirma: “στὸν Βίο Βασιλείου ἡ διήγησις ἀποσκοπεῖ (ὅπως δηλώνεται σαφῶς) «τὰς τῶν ἐντυγχανόντων ψυχαγωγεῖν ἀκοάς»”, y en p. 236 se refiere al “ἀπλὸς «ψυχαγωγικὸς σκοπὸς τοῦ ἐπεισοδίου στὸν Βίο Βασιλείου (ὁ ὁποῖος ἔχει καὶ ἄλλες περιπτώσεις παρομοίων θαυμασίων διηγήσεων)”.

¹³⁰⁹ “Re-reading Constantine”, p. 191.

establecer cómo fue el proceso de elaboración de los dos textos, si uno influyó sobre el otro o si ya se concibieron contando con la anécdota, y qué otros paralelismos se pueden hallar en un estudio confrontado, pero excede los propósitos de este trabajo, por lo que necesariamente queda por el momento como otra de las líneas de investigación posibles dentro del vasto panorama que ofrece aún la *Vita Basilii*.

Mucho se podría extender el análisis de las campañas militares de Basilio por su dilatada presencia en la obra, en un relato plagado de digresiones, comentarios, historietas, etc., como la que acabamos de comentar, y sobre las que habría mucho más que decir. Por razones de brevedad hemos procurado poner aquí las partes que consideramos ilustrativas de diversos aspectos ideológicos, sin pretender con ello haber sido exhaustivos.

Para concluir, citaremos el único caso en que el emperador pierde su moderación sin estar influido por motivaciones ajenas, como la envidia de otros, episodio que viene precedido por una de esas digresiones a las que acabamos de hacer alusión¹³¹⁰. Tiene lugar cuando se pierde Siracusa por la negligente actuación del navarca Adriano que, ante los vientos desfavorables, prefiere esperar antes que arrostrar el peligro que a su juicio implicaba salir con la flota en esas condiciones. Su excesiva demora hace que el enemigo se le adelante y siembre de horror y catástrofe la ciudad, incluido sus templos. De vuelta a Constantinopla, se refugia en Santa Sofía en calidad de suplicante, aunque de nada le sirvió:

Pero la magnitud de la catástrofe había despedazado las entrañas del emperador con lacerante pesar y lo había empujado a la desmesura casi de su furia y dolor, y ni siquiera este divino templo, ni las intervenciones del sumo sacerdote en su favor salvaron a Adriano por completo del castigo: lo libró de la pena capital (que quizá era

¹³¹⁰ La revelación por parte de unos demonios de la toma de Siracusa, ya comentada en el correspondiente apartado IV. 3 de la primera parte. *Vide* también apartado I. 3. 2 de esta segunda parte, sobre la relación de esta pequeña sombra moral de Basilio con los tópicos de los “Espejos de Príncipe”.

justa en su caso), pero no pudo dejarlo impune de un castigo moderado para escarmiento de los demás de una vez para siempre. (312, 3 y ss.)

En todo caso, la suya es una ira justa que, a fin de cuentas no cae en el exceso (*πρὸς ἀμετρίαν σχεδόν*), imponiendo un castigo calificado como *μετρίας* [*τιμωρίας*], en lugar de *τῆς ἐσχάτης*, que le correspondería. Además, las penas vienen justificadas otra vez como escarmiento para quienes osen comportarse así en el futuro, y esta es la única razón por la que Basilio se permite olvidarse de la paternal *φιλανθρωπία*. En última instancia, es casi un reflejo de la ira divina a través de su representante, que castiga una negligente actuación, algo que no merece perdón. En ningún momento se acepta que la terrible derrota guarde relación alguna con Basilio, ni se achaca a debilidad del ejército romano frente al del enemigo. Tales conceptos, como vemos, no caben en el relato promovido por Constantino, sino que en las derrotas hay siempre un factor humano negativo de envidia, negligencia o similares. Es decir, de alguna característica diametralmente opuesta a la virtud de Basilio, o que busca oponérsele.

Como colofón a la descripción del reinado de Basilio, de la bonanza que supuso su advenimiento tanto en los asuntos internos como en los externos, hasta donde llegaban los límites de la soberanía del Imperio, nos describe nuestro autor el constante afán de Basilio por todo aquello que reportase bienes a su reino, desde su formación hasta el sacrificio personal. El pasaje es un tanto extenso, pero consideramos interesante incluirlo aquí por condensar la imagen modélica del gobernante romano-bizantino:

Es menester que de nuevo retroceda nuestro discurso a aquellos actos que llevó a cabo el emperador en persona, y narrar cómo andaba siempre ocupado en los asuntos públicos y con la mente puesta en todo momento en el cuidado de lo mundano. Unas veces atendía a su deber con su sabio manejo, otras prestaba oídos y escuchaba con interés relatos históricos, recomendaciones políticas, instrucciones morales, así como consejos y exhortaciones espirituales de los Padres de la Iglesia. En otras ocasiones, también ejercitaba su mano en la escritura y tomaba el cálamo: ahora investigaba a fondo costumbres y vidas de estrategias y emperadores, administraciones de Estados y contiendas bélicas, hacía un minucioso examen, escogiendo lo más destacable de ellos y

digno de elogio, y se afanaba por imitarlo en sus propios actos; ahora desechaba los impulsos irracionales del espíritu conociendo con todo detalle las vidas de hombres que habían brillado por su excelente vida religiosa, deseoso de mostrarse soberano de sí mismo antes que de los demás, y de todo esto recogía muchos y provechosos frutos. Por esto, tenía en gran consideración, y lo procuraba con ahínco, el conocer, reunirse y hablar con quienes andan ya en la vida de los felices y que en esta existencia material llevan un régimen de vida alejado de la materia, pues han trasladado al plano celestial su modo de vida. Guiado por su suma piedad, no los hacía venir ante su presencia, sino que dejando a un lado la pompa imperial se dirigía él a su encuentro, participaba de sus oraciones, se coronaba en cierto modo con sus bendiciones, confirmaba su temor ante lo divino y se dirigía a las justificaciones divinas. De ahí que se pudiera ver la tetrada de virtudes que tenía su habitual morada en él, y era de admirar su sensatez que caminaba a la par de su valentía, y su equidad unida a su buen juicio, virtudes todas que iban progresando hacia mejor. (314, 3 y ss.)

Este es el modelo proyectado por Constantino, que aúna la virtud clásica con la piedad cristiana y los elementos aportados por la nueva religión, cuajado de aspectos que veremos propios de los “Espejos de Príncipe”. Aquí, más allá de describirlo en su faceta paternal y de constante vigilancia por sus súbditos, nos retrata cómo debe ser el emperador ideal con respecto a sí mismo, es decir, a la institución que representa. Es, pues, un hombre que ocupa todo su tiempo en el cumplimiento de esta función, rechazando toda vana diversión, pero lo interesante es la imagen que da de un soberano en constante formación, aprendiendo sobre todo de la historia y hechos de los antepasados, para imitar las acciones nobles y ventajosas para su reinado. De otra parte, su afán por el dominio de sí mismo, clave para poder ser señor de los demás. Así como para la estrategia y administración del Estado recurre a la Historia, para este fin bebe de las fuentes de la hagiografía y los grandes de la Iglesia, al tiempo que procura los consejos de hombres piadosos. A fin de insistir en la idea de hombre elegido por Dios que cumple con todos los requisitos de su voluntad, nos lo retrata yendo él en busca de esos hombres virtuosos, renunciando al oropel de la corte, porque su único interés es la virtud y el cumplimiento de su misión, que no es otra que la de ser la cabeza del Imperio de Dios.

Por otra parte, el pasaje recoge el tópico de las virtudes que constituyen en este momento el ideal del gobernante, y que siguen siendo las clásicas junto

a aquellas que han ido forjándose al calor de la nueva religión. Hemos visto en otros momentos cómo la *φιλανθρωπία* estaba ya indisolublemente unida a las demás, pero es reseñable que en este compendio / retrato no se menciona, sino que se ponen de relieve otros adornos en línea con los tópicos que habremos de señalar para los “Espejos de Príncipe”: piedad suma, búsqueda del bien espiritual, renuncia a los placeres, atención constante a lo divino, etc. Son estos elementos necesarios para llevar a cabo la citada misión y poner el adecuado yugo al poder absoluto, en aras de un bien fundamental: mantener el favor divino como legitimador de su corona y su permanencia en el trono. Suya y de sus herederos.

Por otro lado, el reino de un monarca así no puede ser sino perfecto, ya que ha conseguido que su virtud se traslade a todos los ámbitos del Imperio, pues sabe cumplir con la voluntad celestial y devolver el orden perfecto de las cosas. Recordemos el ideal bizantino, pero especialmente desarrollado por los macedonios de renovación, entendida como vuelta al bien primigenio, a la armonía del Estado ideal concebido por Dios, que nunca se debió perder. Basilio es la encarnación de todo eso, y Constantino nos lo recuerda en esta recapitulación de elementos de ese mundo ideal, antes de pasar a narrar las actividades constructoras de Basilio en la Ciudad:

Era como si de nuevo la vida hubiera regresado al prístino buen orden y disposición, gracias a que el emperador tenía un constante desvelo por el bienestar de sus súbditos y por evitar que nadie vejara a nadie. Aquellos a quienes ponía al frente de las magistraturas se afanaban en toda ocasión por imitar la piedad de su señor para con lo divino, su respeto reverencial ante sacerdotes y monjes, su compasión por los pobres y su justicia y equidad para todos. En efecto, era instrucción suya y mandato que el inferior no fuese tiranizado por otro más poderoso, y que quien tuviera una situación pujante no recibiera injurias y calumnias del necesitado, sino que aquel abrazara al pobre como a un hermano y le brindara su protección y este, a su vez, bendijera a su superior como a un padre común y salvador, y sin engaño alguno requiriera de su señor los bienes. (315, 10 y ss.)

De nuevo tenemos la imagen de la Edad de Oro que comentábamos con anterioridad, insistiendo en esta idea de retorno al primitivo orden de cosas

(ἐπὶ τῆς ἀρχαίας εὐταξίας καὶ καταστάσεως), motivado por la acción de Basilio y su constante vigilancia y sed de justicia. De esta fuente imperial se derrama ese afán de equidad y bienestar como cascada que va empapando los niveles inferiores de la pirámide social, que es lo mismo que decir la necesaria ordenación del mundo: los magistrados imitan las virtudes que veíamos arriba, o sea, las clásicas con la justicia como primordial, más la piedad hacia lo divino. Por su parte, también el pueblo, dividido entre los que están mejor o peor situados, se comporta, por mandato suyo (ἐντολή καὶ παράγγελμα), a imagen y semejanza de su emperador. Además, todo el texto nos recuerda el lenguaje evangélico del comportamiento entre pobres y ricos y el bienestar eterno que habrá en el Reino de Dios, etc., algo que nos pone en relación directa a Basilio con el suyo a modo de Mesías, de salvador del que se concibe ya como reino celestial en la Tierra, según vimos en el concepto bizantino de Imperio, a la espera de la segunda Parusía, etc. Afortunadamente, y gracias a la Providencia divina, alguien ha llegado al trono del Imperio para expulsar lo negativo y hacer volver el verdadero orden dictado por el cielo.

Una vez que nos ha mostrado cómo es el esfuerzo del emperador por cumplir con celo su cometido, y cómo a resultas de ello ha regresado el único Paraíso posible en la Tierra, se introduce el párrafo mencionado al comparar la *Vita* con el *Evágoras*¹³¹¹, en que Basilio se somete plenamente a la Providencia y Ella le indica en sueños cómo mantener el rumbo de la nave del Estado. Recordemos, asimismo, la referencia algo más adelante al cargo imperial como un divino ministerio, que recibe el constante apoyo del cielo si se aspira al modelo celestial y se ejerce “cual sagrada liturgia¹³¹²”.

¹³¹¹ Cf. apartado II. 5. 7 de esta segunda parte.

¹³¹² 316, 6-12: καὶ οὐδὲν θαυμαστὸν τοὺς λειτουργίαν ὡσπερ τινὰ τὴν ἐπὶ τῆς γῆς ἐξουσίαν ἀνύοντας καὶ τὴν θεῖαν τῶ ὄντι διακονίαν ἐκτελοῦντας ἐν τοῖς κάτω περὶ ἡμᾶς, καὶ πρὸς τὸ κρεῖττον ἀφωμοιωμένους παράδειγμα τὸν δυνατὸν τρόπον, ὑπὸ τῆς προνοίας παραθαροῦνέσθαι καὶ πρὸς τὸ συμφέρον ἰθύνεσθαι καὶ τὰ μέλλοντα προοιδάσκεσθαι.

Queda así clara la estrecha relación entre la Providencia y Basilio: ésta guía sus pasos e inspira la solución de muchos problemas. Dicho de otro modo: sigue con él y reina a su lado. Lo percibimos en esa imagen de un Basilio que va a dormir sólo por necesidad, nunca por molicie, abrumado por el enorme peso de su responsabilidad, al que Dios socorre infundiéndole ideas o diciéndole con antelación lo que ha de suceder. De esta manera se insiste en la indiscutible legitimidad de Basilio, de su elección por la Providencia, y de su modo de gobierno, puesto que la fuente última de todo ello es el Cielo. Por esta lealtad Dios lo recompensa constantemente, siendo uno de esos premios su favor hacia sus herederos, sin duda.

Por otra parte se toca uno de los temas fundamentales en la ideología bizantina: el del aspecto *sacerdotal* del cargo del soberano, que claramente se caracteriza como *λειτουργίαν* y *θείαν τῷ ὄντι διακονίαν*. Basilio ha asumido su cargo en toda la dimensión celestial que tiene, y cumple su función como un ministerio divino en la tierra. Lo presenta, pues, como un sacerdocio especial, tan sagrado como el resto, y que imprime un carácter igualmente sagrado e inviolable a la persona del emperador. Más allá del convencimiento que tuviera cualquier bizantino al respecto, recordemos que para Constantino es otra forma de señalar el indiscutible carácter sagrado que como emperador tenía Basilio, y el hecho de que desempeñara su labor como un ministerio da idea de su legitimidad una vez más, pues lo hace desde la consciencia de ser el ungido del Señor, sin dejar de ser su siervo, y por su parte, Dios recibe como tal esa *liturgia* del poder consagrado a Él. Por otra parte, hay que destacar que será su padre, León VI, el que retome la idea de realeza sacerdotal. Con esto se cierra un enorme ciclo de descripción de todos los aspectos renovados por Basilio, es decir, retornados al buen orden, a la *εὐταξία*.

III. 5. 8. Otras obras del emperador: agradecimientos, construcciones, evangelización.

Concluido este importante capítulo, pasa el autor a narrar otras destacadas actividades imperiales, como son las labores de construcción, pero antes no se resiste a contarnos los agradecimientos de Basilio a quienes le habían ayudado cuando era un perfecto desconocido: el abad del monasterio de san Diomedes y Danelis, la rica dama del Peloponeso. Como era de esperar, su agradecimiento superó con mucho a aquellos bienes recibidos en su día: en el caso del abad, aportando riquezas, edificios, vestiduras, libros, etc.

Pero si citamos estos relatos aquí, más allá de la intención de Constantino por cerrar las historias que había dejado pendientes (pues aquellos personajes habían actuado movidos por visiones y profecías, y Basilio había prometido no olvidarlos), es debido a un nuevo paralelismo con la historia de David y Salomón: aquella de la reina de Saba, que vino a visitarlo para comprobar si era cierto lo que se decía de su sabiduría¹³¹³. Lo interesante para nuestro estudio no es ya el hecho de que fuese acompañada de un inmenso séquito, cargada de regalos, que incluían una parte del Peloponeso; o que ella misma recibiese muchos dones, como llamarse madre del emperador, y el pintoresquismo de la descripción en general, que recuerda directamente el episodio bíblico. Nombramos aquí el episodio porque en el contraste entre ambos relatos leemos en el versículo 9 del texto bíblico: “Bendito Yahveh tu Dios que se ha complacido en ti y te ha colocado en el trono de Israel para siempre, a causa del amor de Yahveh a Israel, y te ha puesto como rey para administrar derecho y justicia”. Es difícil pensar que nuestro autor no haya tenido en cuenta este aspecto al componer su obra. De otro lado, en un contexto en que las historias bíblicas eran ampliamente conocidas por todos, la alusión es evidente. Es pues la apoteosis del reconocimiento de Basilio, de su supremacía en justicia y derecho, de su legitimidad.

¹³¹³ 1 R 10.

Pasemos ahora a un aspecto de la obra con más importancia quizá de la que parece a primera vista: las reformas y construcciones de edificios que acometió Basilio. En una primera lectura se tiene la impresión de que Constantino se deja llevar por su gusto personal por estos temas y que nos incluye un catálogo de construcciones muy interesante como fuente para los historiadores del arte del período, pero tedioso para un lector de historiografía. No obstante, y a pesar de que se puede objetar sin duda este argumento, este interés del Porfirogeneta no es casual ni fruto sólo de sus preferencias artísticas. Sabido es que este es un aspecto propio del buen gobernante al menos desde el *Evágoras*¹³¹⁴, que encontró su ciudad *ἐκβεβαρβαρωμένη* y decidió hermosarla con varias construcciones públicas, y es un lugar común en este tipo de obras encomiásticas. Pero en este caso, quizá vaya más allá nuestro autor, pues junto al extenso relato de las obras de nueva construcción nos presenta (es más, las precede, aunque algo después retoma el asunto) las numerosas reparaciones que llevó a cabo en muchas edificaciones religiosas.

En el fondo, es como una gran metáfora de la reparación o restauración política que Basilio ha llevado a cabo en el Imperio, como se ha señalado¹³¹⁵. De hecho, las descripciones están llenas de imágenes en las que los templos se equiparan a personas: tienen huellas de vejez y arrugas (323, 4-5), han perdido su antigua belleza (323, 7), están encorvados por la vejez (324, 7-8), o exhalan su último aliento (325, 3). Como diría Alexander, es una lucha de Basilio contra los efectos del tiempo, artífice de su ruina, así como de la del Imperio, al alejarse sus dirigentes de la virtud, y por eso su labor es de conservación más que de innovación. En efecto, los arreglos efectuados en los edificios, que siempre se atribuyen a Basilio de manera directa (“reconstruyó”, “arregló”, etc.) siguen constantemente en la línea de la citada metáfora y aluden a las nociones de

¹³¹⁴ JENKINS, R. J. H., “Classical Background”, p. 29. Cf. apartado II. 5. 9 de esta segunda parte, donde comentábamos ese aspecto en dicha obra.

¹³¹⁵ Cf. ALEXANDER, P. J., “Strength”, p. 351.

renovación y devolución de juventud y hermosura: renueva y convierte un templo en firme y estable (322, 10), lo convierte en hermoso y con aspecto de recién construido (323, 5), le proporciona una hechura más firme que la anterior (323, 9-10), cambia su antigua construcción por una flamante y de digno aspecto (324, 5-6), lo construye con majestad y hermosura muy superior a la anterior (324, 11-12), lo hace mantenerse en pie con solidez (325, 2), o le devuelve las fuerzas (325, 3)¹³¹⁶.

En definitiva, con los elementos tangibles del Imperio, en especial con los templos, que representan de alguna manera la morada terrena de esa Providencia que lo ha traído al trono, y que se ha visto desdeñada por anteriores gobernantes, hace lo mismo que con los intangibles: restaurarlos, que no es otra cosa que devolverlos a su estado primigenio, antes de la decadencia, εἰς τὸ ἀρχαῖον κάλλος (324, 2). De este modo, el relato está cuajado de términos relacionados con esta noción, como νέον, ἀνακαινίσας, ἀνέρωσε, ἀνεδείματο, καινουργεῖ, ἀνωκοδόμησε, νεουργόν, etc. Su intención, al igual que en general con todos los aspectos del Imperio, es clara: con su interés y esfuerzo personal “consiguió salvarlos del derrumbe y hacerlos retornar a su antiguo vigor y juventud” (322, 3-5)¹³¹⁷. Por otra parte, no olvidemos que las construcciones son uno de los soportes más efectivos para la propaganda imperial, junto con las monedas y las demás manifestaciones artísticas¹³¹⁸.

¹³¹⁶ Cf. 338, 21 y ss., donde continúa la descripción de restauraciones de templos, entre los que está el del arcángel Miguel, otro de los santos dinásticos, que aparece descrito como abatido por el paso del tiempo y al que Basilio devuelve su antiguo auge (340, 21 y ss.)

¹³¹⁷ τοῦ μὴ καταρροῦναι ἀλλὰ πρὸς ἀκμὴν αὐθις ἐπανελθεῖν καὶ νεότητα ἐγένετο αἴτιος.

¹³¹⁸ A este respecto, *vide* el trabajo específico de C. JOLIVET-LÉVY que venimos citando en este estudio, donde concluye que los macedonios prefieren centrarse en temas intemporales que incidan sobre todo en la virtud del emperador, el origen divino (y legítimo) de su poder y la protección celestial sobre el Imperio elegido por Dios para cumplir su papel en el plan de redención diseñado para el hombre. Los temas iconográficos, pues, están más cerca del mensaje de los “Espejos de Príncipe” y del modelo ideal de soberano, y dejan a un lado cuestiones como la imagen del emperador victorioso, que luego retomarán con fuerza los Comnenos.

Un capítulo importante será el dedicado a las construcciones nuevas que el emperador erigió por toda la Ciudad. Destaca sin duda alguna la Iglesia Nueva, que ya citara al hablar de Danelis y su fastuosa visita, al contarnos cómo esta dama hizo suntuosos regalos para su interior. Ahora dedicará un capítulo completo a su descripción detallada, pero lo que tiene mayor valor para nosotros se resume en este pasaje:

Ahora bien, ¿por qué nos dedicamos a las pequeñas obras de Basilio, si bien les confirió bastante grandeza, y no añadimos la inmensa y admirable obra que edificó en esta corte imperial bajo su propia supervisión como autor del proyecto? Esta obra basta por sí sola para poner de manifiesto su piedad hacia lo divino y gran creatividad para la decoración, digna de asombro. Pues como pago del favor mostrado con él a nuestro Señor Jesucristo, a Gabriel, príncipe de los ejércitos celestiales, y a Elías Tesbita (el zelote, que había anunciado a su madre la elevación de su hijo al trono real), dedicado a ellos y para su perpetua memoria, y además para la Madre de Dios y Nicolás, que ocupa el primer puesto entre los jerarcas, construyó un templo divino y precioso, en el que se conjugaban arte, riqueza, ardiente fe y pródiga disposición, y concurrían las más hermosas maravillas de todas partes que, estoy seguro, resultaban creíbles a quienes las contemplaban antes que a aquellos que sólo oían hablar de ellas. Cual novia engalanada con profusión de adornos de perlas, oro y destellos de plata, así como de variados mármoles multicolores, composiciones de teselas y tejidos de seda, lo ofreció al inmortal esposo, Cristo. (325, 6 – 326, 2)

Esta es sin duda la mayor joya constructora de Basilio, que hemos citado anteriormente en este trabajo¹³¹⁹, cuando hablábamos de ella como núcleo central de las ceremonias de los macedonios, y su orientación claramente veterotestamentaria, acorde con el ideal de soberano bíblico que asumieron los miembros de esta dinastía a partir de su fundador. Comentamos entonces la importancia que estos divinos mentores tenían para la familia imperial, y por ello no nos extraña reencontrarnos con Elías o el arcángel Gabriel¹³²⁰.

¹³¹⁹ *Vide supra*, apartado III. 1. 3 de esta segunda parte.

¹³²⁰ Precisamente este pasaje es citado por MAGDALINO, P., “*Nea Ekklesia*”, p. 56, nota 26, como fuente que no debe considerarse error del copista en lugar del arcángel Miguel, ya que Gabriel aparece relacionado con Basilio en otras manifestaciones artísticas, y más bien se inclina a pensar que originariamente fue tal y como cuenta la *Vita*, aunque es posible que luego se cambiara su culto (p. ejemplo, con León), ya que las fuentes que hablan de Miguel son al menos del s. X. o posteriores.

Leemos además que es el modo de agradecer al Cielo su elección y favor, y que junto a las muchas riquezas que aportó, elemento básico en su construcción fue su ζέουσα πίστις. Una vez más, su celo hacia lo divino, su omnipresente agradecimiento a la tutela celestial, su eterno reconocimiento, que en el fondo se proyecta ante sus súbditos como representación de su legitimidad y auténtica necesidad de su llegada al trono. La imagen de la iglesia adornada como una novia que se entrega al esposo inmortal es, además de un lugar común en la imaginería evangélica, una metáfora ideal de la relación entre Basilio y Cristo: el emperador le regala una creación suya, hecha a mayor gloria de Su nombre, como acción de gracias por todos los bienes que le ha prodigado¹³²¹. Nos evoca además la imagen del que haya de ser último emperador entregando la corona a Jesucristo, con los ricos adornos con que en su día la recibió el primer soberano bizantino. No debemos olvidar que en el retrato que hace Constantino de su abuelo esta es la imagen clave: la de un emperador cuya corona está ornada de las mejores virtudes y que constantemente ofrece como exvoto espiritual a su dueño celestial. Este templo se erige y ofrece a Dios en esta misma línea.

Hay que añadir que la denominación de Iglesia Nueva, al parecer, idea de Basilio, es más que una alusión a su novedad en la arquitectura constantinopolitana: probablemente implica esta idea de renovación que veíamos en todas las obras de este emperador consciente de su papel, pero va mucho más allá. Dagron¹³²² señala que el nombre resalta la idea de renovación de la alianza entre Dios y el rey, en este caso, el emperador, iniciada con David, algo que coincide con el carácter veterotestamentario a que aludíamos algo más arriba. Igual que Justiniano había tenido su Santa Sofía, y todo lo que

¹³²¹ Esta imagen evoca además la de Justiniano, ofreciendo su templo a Dios, en Santa Sofía, por lo que estaría en la línea ideológica que procuraba conectar a Basilio con Constantino el Grande y, en menor medida, (aunque sí en lo que a continuidad de la Nueva Jerusalén y su correspondiente templo se refiere) con Justiniano. Cf. CORTÉS, M., *op. cit.*, p. 136 y nota 15.

¹³²² DAGRON, G., *op. cit.*, pp. 250-252.

implicaba, Basilio ofrecía la Nueva a Dios, con todas sus connotaciones de renovación del pacto divino y adscripción al modelo de emperador tomado de las fuentes bíblicas anteriores al Evangelio.

En este sentido, ambos templos se complementan pero tienen funciones diversificadas, y como igualmente observa Dagron, la Nueva se define por su relación con Santa Sofía. No olvidemos, por otra parte, que en el esquema seguido para el retrato de Basilio Salomón es otra de las piezas fundamentales, y si por algo fue conocido este personaje además de su legendaria equidad, fue por haber erigido el Templo, y es verosímil la intención, al menos por parte del Porfirogeneta, de equiparar ambas obras en la adaptación del ideal davídico de realeza. Tampoco es muy descabellado pensar que Basilio se sintiera de alguna manera dentro de ese papel, además del ya señalado de renovador y continuador del pacto divino con el Imperio. Ya hemos hablado antes del concepto de “nuevo” y el pródigo uso de términos semánticamente relacionados con ello por parte de Basilio¹³²³. Esta renovación, por otra parte, no sería tanto un cambio radical como un enlace con los grandes modelos imperiales del pasado, sobre todo como Constantino el Grande, al que en cierto modo pretende haber superado.

Finalmente, recordemos una última dualidad señalada por Dagron entre Santa Sofía y la *Nea*: ésta última estaría ligada a Palacio y a la ideología de la institución imperial, mientras que Santa Sofía quedaba más bien asignada, por así decir, al patriarcado, en esta perpetua tensión entre el emperador y su afán de ampliar la esfera de sacralidad de su cargo, y el patriarca, respetuoso ante la institución pero capaz de recordarle sus límites. Ya vimos cómo los macedonios optaron por profundizar en el carácter veterotestamentario de su poder, con toda la carga mística y providencial que ello implicaba, pero respetando al

¹³²³ Cf. apartado III. 5. 7 de esta segunda parte, sobre el momento que la *Vita* dedica al gobierno de Basilio una vez en el trono. Cf. también MAGDALINO, P., “*Nea Ekklesia*”, pp. 52-55 al respecto, con referencias a los edificios impulsados por Basilio con el epíteto “nuevo”, como el palacio del que hablaremos a continuación.

máximo las fronteras que había delimitado la institución patriarcal¹³²⁴. Así, la Nueva Jerusalén, que sobrepasaba con mucho a la primitiva, tenía su nuevo David / Salomón y su nuevo Templo.

Muchas más obras nos describe Constantino en el recinto palaciego, “surgidas de la fe del celebrado emperador Basilio” (331, 6-7), unas de carácter sacro (por ejemplo, otro templo dedicado a Elías), y otras civil, entre las que destaca otra edificación nueva, el palacio así llamado, Nuevo (*Καίνουργιον*), que también obedece al programa político de los macedonios:

Desde la parte superior de las columnas hasta el techo y en la bóveda oriental, el palacio está todo salpicado de oro por preciosas teselas, con el creador de la obra sentado a la cabeza, escoltado por sus lugartenientes compañeros de batallas, que como dones le ofrecen las ciudades por él tomadas. A su vez, arriba, sobre el techo, se narran los hercúleos trabajos del emperador, sus esfuerzos a favor del súbdito, las fatigas de los enfrentamientos bélicos y los victoriosos premios concedidos por Dios”. (332, 14-21)

Es decir, tenemos de nuevo la imagen de Basilio entregado a sus obligaciones, procurando bienestar a sus súbditos con su propio esfuerzo, incluso en la guerra, algo que merece el premio de la divinidad. Es el centro del universo bizantino, y de él irradian todos los bienes para los suyos, como del Pantocrátor para su cosmos.

Se nos describen además otros adornos de este mismo lugar, donde aparece el emperador y su esposa, “ataviados con las vestimentas imperiales y ceñidos con las diademas” (333, 16-17). Se trata de una representación interesante, pues están también en ella sus descendientes, tanto varones como mujeres, portando obras que contienen pasajes de leyes divinas¹³²⁵. Subraya nuestro autor que ello se debe al deseo de dejar constancia de que también la descendencia femenina de Basilio estaba instruida en los libros sagrados “y no privada de la divina sabiduría” (333, 24 y ss.). Realmente equivale a decir que

¹³²⁴ A excepción, eso sí, de los intentos de ampliación de esos límites llevado a cabo por Focio y contenidos por Basilio y sobre todo por su hijo León.

¹³²⁵ Sobre el gusto macedonio por los retratos de familia o grupo, *vide* JOLIVET-LÉVY, C, *op. cit.*, p. 444 y 452. Sobre la relación de esta representación con los “Espejos de Príncipe”, *vide infra* apartado III. 6. 1 de esta segunda parte.

la iluminación divina, la *θεία σοφία* está con su descendencia, luego el traspaso de poder a ésta es legítimo y necesario. Y se añade aquí la única referencia al origen iletrado de Basilio, por el que se había pasado como de puntillas al contarnos su formación: “Aún cuando su progenitor [Basilio, referido a sus hijos] desde un principio no se había ocupado de las letras en su vida privada por las vicisitudes de su vida, hizo a todos sus vástagos partícipes de la sabiduría” (334, 3).

Pero lo verdaderamente reseñable para el objeto de este estudio viene a continuación, al describir el techo de la estancia, en la que resplandece una cruz, el signo *νικοποιόν*, lo que nos remite ya directamente a la ideología imperial desde Constantino el Grande:

(...) Se podrá ver, como estrellas fulgurantes en el cielo, al celebrado emperador y, junto con sus hijos, a su esposa, que alzan sus manos hacia Dios y a la vivificante señal de la Cruz casi casi exclamando: “Por virtud de este símbolo vencedor se ha llevado a cabo y obtenido en los días de nuestro imperio todo bien y toda cosa agradable a Dios”. Contiene además [el mosaico] una acción de gracias de los padres dirigida a Dios por escrito en favor de sus hijos y a su vez, de los hijos para sus progenitores. La de los padres dice literalmente así: “Te damos gracias, Dios bondadoso en extremo y Rey de reyes, porque nos has rodeado de hijos que agradecen la grandeza de tus maravillas. Con todo, guárdalos en tu voluntad, no vaya a transgredir ninguno de ellos algún precepto tuyo, para que también en esto te demos gracias por tu bondad”. A su vez, la de los hijos declara en estos términos: “Te damos gracias, Verbo Divino, porque has elevado a nuestro padre desde la davídica pobreza y lo has ungido con el óleo de tu Espíritu Santo. No obstante, protégelo con tu mano junto a nuestra madre, haciéndolos dignos, así como a nosotros, de tu reino celestial”. (334, 10 y ss.)

Se podría decir que es el reflejo iconográfico de la ideología que venimos desmenuzando en este estudio. De un lado, el concepto del poder procedente de Cristo y la idea constantiniana del símbolo hacedor de victorias; de soberanía directamente entregada del único que puede reinar (*βασιλεῦ τῶν βασιλευόντων*¹³²⁶) a Basilio, que a su vez agradece y entrega sus triunfos como acción de gracias. Por otra parte, la idea de que si sus descendientes perseveran en el cumplimiento de sus preceptos, Dios seguirá manteniéndolos en el poder.

¹³²⁶ Cf. apartado III. 1. 1 de esta segunda parte, donde hacíamos referencia al concepto de *συμβασιλεία* y la imagen del *βασιλεὺς βασιλέων*.

En especial, la frase de los hijos resume plenamente el modelo perfilado por el Porfirogeneta: un hombre humilde, elegido por Dios y rescatado de la davídica pobreza por sus virtudes para desempeñar el más importante cargo sobre la Tierra, ungido por su Espíritu. Esta coronación, como vimos, hacía innecesaria otra nueva, y lo convertía por sí sola en el soberano. Y de nuevo, la idea de continuidad mientras se mantenga fiel a Su voluntad.

Mucho más se podría comentar en esta dilatada descripción de obras imperiales. Señalaremos, en aras de la concisión necesaria de este trabajo, las obras “benéficas” que llevó a cabo, como asilos para pobres o albergues, sanatorios y hospicios de ancianos, otra de las características propias del gobernante modélico, benefactor de los suyos y φιλόανθρωπος (339, 20-23). En todas sus obras característica común será su “espíritu piadoso” y su “munificencia”, que llega al extremo de construir una iglesia en el Foro para cubrir las necesidades espirituales de la masa ciudadana, “para que sirviera a la plebe de protección contra lluvias y otras adversidades temporales y de delicia y ayuda a la salvación del espíritu” (339, 1-7).

Pero digamos algunas palabras sobre la labor evangelizadora de Basilio, que es otro de los aspectos que trata la *Vita*. Hay que tener presente que esta era una tarea propia de los emperadores, una de cuyas misiones era extender la redención a los pueblos que aún no la conocen y de esta manera integrarlos en la ecumene, en el orden ideado por la Providencia. Así es como introduce Constantino este apartado:

Puesto que sabía bien que con ninguna otra cosa se regocija Dios tanto como con la salvación de almas, y que quien hace salir algo digno de la indignidad tiene por boca la de Cristo, tampoco en esta labor apostólica se mostró negligente y despreocupado, sino que, en primer lugar, pescó en las redes de la sumisión a Cristo en cuanto le fue posible al pueblo de los judíos, incircunciso y duro de corazón. (341, 8-13)

El hecho de empezar por el pueblo judío no es algo casual, sino que tiene su lugar propio dentro de la ideología imperial, como vimos. Dentro del concepto de emperador como continuador del pacto con David y de la entrega

de la corona por parte de Cristo hasta la segunda Parusía, la conversión de los judíos suponía la unificación de ambos pueblos elegidos, algo que habría de suceder y que los emperadores consideraban parte de su encomienda. Por ello algunos mostraron especial interés en lograr esto y obligaron al pueblo judío a bautizarse para acelerar de alguna manera la economía de salvación, como apunta Dagron¹³²⁷.

La Iglesia se oponía normalmente¹³²⁸ a estas conversiones obligatorias, entre otras cosas porque poner en el mismo plano de nuevo a judíos y cristianos era como dar un salto en la Historia, adelantándose a etapas necesarias y forzando lo que había de suceder de modo natural, y en última instancia, porque esos emperadores se atribuían un papel catequético y de didascalía que lo alejaban de su carácter laico y lo hacían rebasar los límites de su autoridad, algo que hacía sonar las alarmas en Bizancio cada vez que sucedía¹³²⁹. Basilio fue uno de aquellos emperadores, imbuido quizá del convencimiento que tenía de ser un nuevo David / Salomón, y parece ser que él mismo afrontó en persona la tarea de su evangelización¹³³⁰.

En el relato literario de ello (341, 8 y ss.), Constantino nos retrata a Basilio intentando convencerlos de la Verdad y añadiendo prebendas para animarlos a la conversión, aunque la mayoría renegó una vez desaparecido

¹³²⁷ DAGRON, G., *op. cit.*, pp. 177-178. Sobre el papel catequético del emperador, p. 252 y 310, nota 64. Cf. *supra*, apartado III. 1. 2. 2 d) y III. 1. 3 de esta segunda parte. Con todo, JENKINS, R. J. H., "Chronological Accuracy", p. 100 y nota 41, plantea el origen último de este afán en el que se suponía origen judío de la dinastía anterior.

¹³²⁸ Sin embargo, MAGDALINO, P., "Nea Ekklesia", p. 60, plantea que en el caso de Basilio pudo influir además la idea de Focio, expresada en alguna homilía, de los judíos como antecesores de los iconoclastas, por lo que la existencia de ese reducto no converso en el seno del Imperio era intolerable tras la eliminación de los herejes paulicianos e iconoclastas.

¹³²⁹ Como tendría lugar con el descendiente de Basilio, León, cuyo concepto de superioridad como dirigente espiritual ya hemos señalado, probable razón central de la cuestión de la *tetragamia* y el sonoro enfrentamiento con la Iglesia. *Vide* apartado II. 1 de la primera parte.

¹³³⁰ JENKINS, R. J. H., "Chronological Accuracy", p. 100 y nota 41, estudia las posibles fechas de esta "evangelización" forzosa, que en realidad se habría traducido en una persecución durante todo su reinado.

Basilio. No obstante, señala, al menos para el φιλόθεος emperador, aquel intento suyo redundaría en el pago apropiado por parte de Dios a su labor.

También lo intentó con los búlgaros¹³³¹, un pueblo que nuestro autor dibuja como voluble y fácilmente llevado a un lado u otro “como hojas por el viento”. En este caso obtuvo mayor éxito:

Pero después de las continuas exhortaciones del emperador, sus espléndidos recibimientos y sobre todo su magnífica liberalidad y dádivas, se dejó persuadir [el pueblo búlgaro] a aceptar un arzobispo y que se llenara el país de obispos. Por mediación de estos y de monjes a quienes se hizo venir desde montes y grutas de la tierra para ser enviados allí por el emperador, abandonó las costumbres de sus antepasados y se dejó atrapar todo él en las redes de Cristo. (342, 12-19)

Recordemos que esta sería una de las cesiones del papado, en la teoría de Λουγγής, que daba luz verde a la Iglesia oriental para evangelizar a búlgaros y rusos¹³³². Y de hecho, la *Vita* continúa con el intento de Basilio por evangelizar al pueblo ruso, “de lo más indomeñable y ateo”, que finalmente se convirtió tras realizar el arzobispo enviado un prodigio, al estilo evangélico de hacer milagros basados únicamente en su fe, y que reproduce la historia de los tres muchachos y el horno¹³³³: los rusos aseguran que no creerán hasta que lo vean con sus propios ojos, por lo que el arzobispo se encomienda a Cristo y arroja a un horno un ejemplar de los Evangelios, que salió intacto cuando el fuego del horno ya se había extinguido. Como es lógico, el milagro dio lugar a una conversión masiva.

¹³³¹ Sobre la actitud búlgara ante la cristianización y sus implicaciones políticas, *vide* LITAVRIN, G. G., *op. cit.*, 43-45, sobre cómo intentó siempre mantener su independencia como Estado a la par que respetaba y admiraba la cultura bizantina, por lo que su conversión no supuso el fin de una amenaza, sino el principio de nuevas reivindicaciones y conflictos. Para una visión general de la relación de Bizancio con los eslavos en general, *vide* además el capítulo dedicado a ello en MAIER, F. G., *op. cit.*, p. 128 y ss.

¹³³² *Vide* apartado III. 3 de la primera parte. Sobre la conversión de los rusos, cf. LITAVRIN, G. G., *op. cit.*, 45-47

¹³³³ La historia se narra en Dn 3, 1-30. Nabucodonosor hace una estatua de oro y exige que todos la adoren, pero los judíos se negaron a ello, por lo que castigó a tres de ellos, encargados de su administración, a ser arrojados a un horno ardiendo “siete veces más de lo corriente”, del que salieron ilesos, entonando cánticos de alabanza a Dios.

Así es el relato literario de la conversión rusa que nos da el Porfirogeneta, con diversas citas evangélicas y bíblicas, con el que concluye este apartado de la misión redentora del emperador. Lo que omite entre el ringorrango de la descripción del milagro es, como vimos, la evangelización que Focio había impulsado entre ellos y que este último consideraba completada. Del mismo modo, sugiere que entre los búlgaros tampoco había cuajado por completo, elementos estos que algunos autores han interpretado como una forma tácita de desacreditar la obra del patriarca cuyas intenciones fueron truncadas tanto por el primer macedonio como por su hijo León¹³³⁴.

III. 5. 9. Últimos años de Basilio. La sucesión.

Una vez examinados todos los aspectos de su reinado en detalle, sólo quedaba abordar la cuestión de la sucesión en el trono. Primero se nos narra la pérdida del primogénito, Constantino, que sobreviene de manera repentina sobre un Imperio próspero y dichoso, tal y como se describe en un pasaje ya comentado en el análisis de la lengua de la *Vita*¹³³⁵, donde todo es alegría y felicidad. En terrible contraste con esa imagen vemos la rápida e inexorable extinción del muchacho:

Pues Constantino, el queridísimo hijo y primogénito del emperador, en plena flor de la edad, en la cima de su juventud, cuando empezaba una carrera de emulación de la nobleza paterna, cayó en una aguda enfermedad. Abrasado en pocos días por la fiebre, una vez que ese fiero fuego contra natura le hubo consumido en brevísimo tiempo todo el humor vital, abandonó la vida dejando en pos de sí un inenarrable duelo a su padre. (344, 19 y ss.)

Las imágenes precedentes de serenidad, paz, bienestar y ventura se ven de repente turbadas por una horrible tempestad de desgracias. El paraíso restaurado por Basilio conoce por vez primera el dolor por causa de un hecho que, sin dejar de ser histórico, permitía establecer nuevos paralelismos con

¹³³⁴ Cf. apartado III. 4, sobre la ideología de los macedonios.

¹³³⁵ Apartado IV. 4 de la primera parte.

David, que también perdió a su hijo. En la historia bíblica¹³³⁶ Dios envía una grave y fulminante enfermedad al hijo habido por David con Betsabé, la esposa del general Urías, de la que el rey se había prendado hasta el punto de enviar a este a primera línea de batalla para hacerla suya. Es evidente que el enfado divino con David está motivado por una causa que en modo alguno podía asemejarse a Basilio, pero lo importante es el fondo de la cuestión: el niño muere claramente como castigo por haber pecado contra Dios, por haberse excedido aprovechando la situación de poder en la que la voluntad del cielo lo había colocado.

Al autor le viene bien la historia para poder perfilar aún más su relato del monarca ideal, sobre todo en el viril comportamiento ante aquel zarpazo de la vida, pero inevitablemente el episodio haría pensar a cualquiera en el pecado que podía haber llevado a Dios a castigarlo, y ¿cuál podía ser sino el asesinato de Miguel, su predecesor?

Como es lógico, nuestro autor evita relacionar el episodio de la muerte del primogénito con aquel crimen, igual que en el correspondiente episodio de la *Vita* había pasado por encima. Sin embargo, diversas fuentes bizantinas¹³³⁷ hablan de los remordimientos del soberano y de su profundo arrepentimiento. No es nuestro objetivo examinar aquí la veracidad de los hechos narrados, sino su versión literaria en función de la ideología política, y en este sentido consideramos reseñable la idea central que aporta el modelo davídico: el arrepentimiento legitima aún más la corona de Basilio, porque el castigo implica que verdaderamente es el ungido, aunque por un momento se había apartado de la voluntad divina, como David, acelerando quizá en su caso lo que habría llegado probablemente, ya que era coemperador. Recordemos que

¹³³⁶ Narrada en 2 S 12, 15 y ss.

¹³³⁷ DAGRON, G., *op. cit.*, pp. 147-149, sobre estas fuentes que hablan de un Basilio angustiado por la culpa y por la idea de que su dinastía quedase mancillada por su crimen. Cf. también el testimonio al respecto de Liutprando, en el apartado III. 2 de la primera parte.

este elemento del arrepentimiento se había incorporado de alguna manera al ideario político bizantino con diversos ejemplos, como Constantino el Grande o Teodosio I, y que, igual que David, todos habían salido fortalecidos con la aceptación pública de su culpa¹³³⁸.

Esta actitud es, pues, otro rasgo de la virtud del emperador, algo propio del soberano elegido por Dios y una prueba más de su legitimidad, que se vería además garantizada y premiada con la “elección” divina de su otro hijo, León, para el trono, igual que Salomón llegó a ser el rey sabio por excelencia, en premio a sus virtudes, pero también como favor de Dios hacia su arrepentido padre. Por otra parte, en este mundo tan impregnado de esta ideología de la que hablamos es difícil discernir hasta qué punto un emperador estaba convencido realmente de su papel como elegido y David *redivivus*.

Como quiera que sea, nuestro autor aprovecha el modelo bíblico para mostrarnos a Basilio con un πένθος ἀμύθητον, igual que David ayunó y rezó durmiendo en el suelo durante la enfermedad del niño. En cuanto supo de su muerte, que nadie se atrevía a comunicarle, el rey bíblico abandonó toda penitencia pues sabía que ello no se lo iba a devolver, y era mejor moderarse como cabeza del reino que era. La *Vita* nos cuenta la reacción de Basilio en estos términos:

Pero puesto que el varón instruido debe dominar con la razón sus pasiones irracionales, también él, en su condición de ser humano y mortal, era consciente de tener un hijo igualmente mortal, y por ello dejó a las mujeres el deplorar el hecho más allá de lo que impone la moderación, como algo innoble e impropio de un hombre. Recobró enseguida el dominio de sí mismo y pronunció las palabras de agradecimiento del generoso Job¹³³⁹, diciendo: “El señor lo dio, el Señor de nuevo se lo ha llevado. Tal como plugo al Señor, así ha sucedido. Bendito sea su nombre”. Y “¿Acaso es de admirar si el que otorgó se ha llevado, según su resolución, lo que había concedido?” Así que se dedicó más bien a consolar a madre y hermanos, y volvió a sus tareas habituales, como defensor de huérfanos y protector de viudas, socorriendo con sus fondos a soldados y pobres, asistiendo a quienes habían padecido injusticia y oyendo con agrado y contento

¹³³⁸ *Vide supra*, apartado III. 1. 3 de esta segunda parte. Cf. DAGRON, G., *op. cit.*, p. 141 y ss., sobre el concepto de culpa, humildad y arrepentimiento como virtudes imperiales, un rasgo más de su legitimidad.

¹³³⁹ Jb 1, 21.

a hombres temerosos de Dios, que le explicaban e instruían en todo cuanto es de provecho, da la salvación y procura el Reino de los Cielos. (345, 11 y ss.)

Basilio seguirá siendo el emperador perfecto incluso en estos momentos terribles de su vida personal: mantiene intactas sus virtudes, en especial la templanza, entregándose él mismo al consuelo de los demás, sin olvidar su sed de justicia y ansia de conocimiento divino. La cita de Job insiste en la idea del hombre totalmente entregado a Dios y a Su voluntad, la aceptación resignada de cualquier desgracia basándose en la sabiduría divina. En última instancia, seguimos ante el ideal proyectado por los “Espejos de Príncipe”, como habremos de ver. Basilio, pues, sigue adelante con sus deberes imperiales, y de este modo se nos cuenta de manera un poco rocambolésca la actitud del emperador hacia los campesinos, “a quienes mostraba paterna solicitud y providencia”¹³⁴⁰ (348, 8-9), impidiendo que pagasen impuestos innecesarios.

Antes de narrar el fin de Basilio la *Vita* se detiene en un episodio que tiene un fondo histórico, como es la ruptura con su hijo León, el que debía suceder al macedonio tras la citada pérdida del primogénito Constantino. Es seguro el hecho de haber caído en desgracia ante su padre por lo que parece una calumnia en 883¹³⁴¹, y su reclusión en uno de los palacios privado de sus derechos imperiales, según las fuentes, junto con la libertad. La situación duró unos tres años¹³⁴², hasta que fue rehabilitado con toda pompa en la festividad de San Elías, por lo que León incorporó este santo a su lista de protectores y se instituyeron en ese día importantes celebraciones conmemorativas del hecho.

Dagron¹³⁴³ recoge una interesante versión del asunto que aparece en la *Vida de Santa Teófano*, la que fuera primera esposa de León. En ella se ve la

¹³⁴⁰... πατρικὴν ἐπιδεικνύμενος κηδεμονίαν καὶ πρόνοιαν ὁ ἀγαθὸς βασιλεὺς. Sobre este capítulo (99), *vide* apartado II. 4. 6 de esta segunda parte.

¹³⁴¹ Parece cierta, con todo, la existencia de una conjura en esa fecha contra Basilio, como vimos en el apartado III. 2 de la primera parte.

¹³⁴² Sobre la reclusión de León, *vide ibidem*; sobre su duración, cf. JENKINS, R. J. H., “Chronological Accuracy”, pp. 101-103.

¹³⁴³ DAGRON, G., *op. cit.*, pp. 61-62

desgracia del joven como una prueba enviada por Dios antes de entregarle el trono de Bizancio, toda vez que ha sido un muchacho educado en la vida muelle de la corte y desconoce el infortunio y la necesidad. Es decir, se justifica de algún modo la herencia de la corona, algo que no cabía en los parámetros bizantinos, de modo que la virtud del chico vence la maldad y sale reforzada al demostrar la predilección de Dios y su padre (que como ungido de Dios participa de Su sabiduría en cierta medida). Como colofón de la biografía de este elegido divino, pues, la certificación de que su elección de heredero venía refrendada por Dios podía ser un digno cierre para este eslabón de la cadena iniciada por el macedonio, que se prolonga hasta el Porfirogeneta, por el momento. Es la garantía de legitimidad de la dinastía, y probablemente esta idea estaba en la mente de nuestro escritor cuando adorna el episodio para la *Vita*.

El autor introduce la cuestión como algo ajeno a la voluntad de Basilio: es un elemento externo el que hace nacer sospechas terribles en él, y de nuevo aparece ó φθόνος como motor de la acción. Tras la pérdida de su querido hijo primogénito pasa a contarnos cómo por una única vez el emperador se dejó dominar por su ira por causa de la envidia, que “levantó en torno a palacio otra tempestad y tormenta, conturbando y revolviendo la naturaleza contra sí misma” (348, 10-12). Tras la muerte del primogénito, Basilio se vuelca en su segundo hijo, León (padre del Porfirogeneta), pero, recordemos, el mal no puede soportar la evidente virtud del futuro emperador, que a buen seguro continuará la senda de mejora iniciada por su padre¹³⁴⁴, en esta idea de continuidad del favor divino sobre la descendencia del macedonio, que llegaría al propio Constantino y le daría legitimidad, ya que su dinastía ha conseguido que todo vuelva al natural orden cósmico.

¹³⁴⁴ Pasaje citado en el apartado II. 5. 8 de esta segunda parte.

La envidia, que durante toda la obra ha sido motivo de perjuicios, conjuras y daños contra Basilio, juega su última baza¹³⁴⁵. El mal llegará a través de una persona de confianza del emperador, Sandabareno, que en el fondo estaba muy mal visto por todos, en especial por León porque era un “charlatán y embaucador”, empujaba a Basilio a cosas que no debía y se extralimitaba en sus deberes. Al saber que el príncipe opinaba así, le tendió una trampa con la que de manera verosímil mostró a Basilio que el joven estaba tramando asesinarlo. Al ver lo que parecía una trama contra su vida, el emperador montó en cólera (πρὸς ὀργήν) y lo encerró en uno de los aposentos imperiales, privado incluso del famoso calzado de púrpura, símbolo imperial. El malvado Sandabareno lo incitaba a cegarlo, pero la mediación del Senado y el arzobispo impidió llegar a ese extremo. En cierta ocasión, durante un banquete con los principales del Senado, una cotorra que había allí empezó a decir “¡Ay, ay mi señor León¹³⁴⁶!”, con lo que todos entre lágrimas piden a Basilio que reflexione sobre el asunto e investigue la verdad. En el fondo, igual que sucede con el reconocimiento por parte de toda la sociedad necesario para que un emperador sea llamado así, también aquí los comensales del banquete son una metáfora de la pirámide social bizantina, que de alguna manera hacen ver en bloque la ceguera de su corazón ante la verdad.

Ablandado pues, el emperador por estas palabras, les ordenó entonces que siguieran sentados [a la mesa del banquete] y prometió reflexionar sobre el asunto, y después de no mucho tiempo volvió a su natural e hizo sacar a su hijo de la prisión y traerlo a su presencia: le cambió sus vestiduras de luto y ordenó se le despojara de la melena sobrante, crecida en aquel periodo de tristeza, restituyéndolo a su anterior puesto y honor en el Imperio. (351, 15-21)

Constantino tampoco quiere entrar en este peliagudo asunto de la relación entre Basilio y su hijo León, que por otra parte, nunca había sido ideal,

¹³⁴⁵ Sobre el hecho histórico del encierro de León, *vide* el apartado III. 2 de la primera parte.

¹³⁴⁶ Para JENKINS, R. J. H., “Chronological Accuracy”, p. 103, el episodio debe tener un fondo de verdad ya que, en su opinión, es difícil inventar una cosa así, pero lo que diría la cotorra no sería tanto αὐτὸν κῦρον Λέων, como αὐτὸν Κύριε ἐλέει, o bien, ἐλέησον, algo que fácilmente podría haber aprendido al oírlo con frecuencia.

de manera que procura darle forma literaria con esta historia que deja a su padre libre de toda culpa sin menoscabar la virtud de Basilio, “exasperada por espíritus malignos”. A fin de cuentas, el propio Saúl se había visto atacado por un espíritu malo, aunque procedía de Dios. Pero es evidente que el mal no podía perdurar y enseguida triunfa la verdad. Queda así limpio el nombre de su padre, que sale victorioso de la gran prueba sobre su legitimidad, pues en todo el relato se muestra lleno de virtudes, las que precisamente causan la envidia. Basilio sale también fortalecido ante nuestros ojos, al saber reconocer su ceguera y devolverle su lugar en el trono.

Llama la atención, con todo, que a pesar de que, como vimos¹³⁴⁷, la mencionada *Vida de santa Teófano* narra cómo el feliz desenlace tuvo lugar en la fiesta de Elías y toda la celebración pública que rodeó al hecho; y de que era asimismo conocida la especial predilección de León VI por el profeta, hechos que se prestaban a su inclusión en la *Vita* por su carácter portentoso y de digresión, sin embargo, nada de esto se nos cuenta, limitando el aspecto narrativo a la anécdota del pájaro. Tal vez para evitar restar protagonismo a Basilio, cuya virtud resulta triunfante una vez más, al reconocer el engaño y enmendarlo.

III. 5. 10. Muerte de Basilio. Fin de la obra.

Después de este episodio que prepara el ánimo del lector hacia la aceptación de la figura de León, se llega a la muerte de Basilio, narrada en breves palabras, como fruto de una caída en una cacería. Ya hemos apuntado al acercarnos al personaje real de Basilio cómo el de su muerte es un asunto nada claro y sobre el que las fuentes no arrojan demasiada luz, algo inusual en un emperador de su categoría. Las fuentes griegas que han tratado la cuestión¹³⁴⁸

¹³⁴⁷ *Vide* apartado III. 1. 3 de esta segunda parte, sobre el cesaropapismo.

¹³⁴⁸ Para las fuentes árabes que se refieren a la muerte de Basilio cf. JENKINS, R. J. H., “Chronological Accuracy”, p. 103 y nota 57.

oscilan entre la versión que nos lo presenta muriendo en su lecho a edad avanzada, la de la muerte relacionada con la caza (bien durante esta, con descripción del suceso, o bien a consecuencia de un accidente u otro contratiempo producida en ella, con un ciervo como protagonista), y el silencio de la *Oración fúnebre*, que como tal obra, por su carácter de panegírico póstumo, no suele tratar la causa de la muerte, sobre todo si se ha producido por razones poco honrosas¹³⁴⁹.

Esta falta de unanimidad puede ser indicativa de un final cuando menos lejano al ideal de monarca que desde un principio se pretendía proyectar, y desde este punto de vista, es justificable el escepticismo de autores como Jenkins o Vogt, que cuestionan la versión de la muerte relacionada con una cacería, hasta el punto de considerarla una pura invención¹³⁵⁰. Como quiera que fuese el deceso, a raíz de una conjura o por un accidente (provocado o no) durante la caza, sí parece clara la dimensión literaria que las distintas fuentes han dado al episodio.

En opinión de Markopoulos, se habría construido en función del mito de Hipólito, que en época bizantina ya había adquirido un barniz cristiano tras un proceso de racionalización iniciado en la Antigüedad tardía: las referencias paganas habían desaparecido para dar lugar a la imagen modélica de un joven virtuoso que muere en la lucha por la razón y la justicia, sacrificándose por el resto de la Humanidad¹³⁵¹. La elección del ciervo, símbolo de Ártemis, como causante de la muerte, no sería en absoluto casual.

¹³⁴⁹ Como subraya MARKOPOULOS, A., en su artículo "The Emperor Basil I and Hippolytus. Legend and History", *History and Literature of Byzantium in the 9th-10th Centuries*, Aldershot 2004, estudio XIX (reedición en versión inglesa del original "Kaiser Basileios I und Hippolytus. Sage und Geschichte", en VASIS, I. et Alii (eds.), *Lesarten. Festschrift für Athanasios Kambylis zum 70. Geburtstag dargebracht von Schülern, Kollegen un Freunden*, Berlín-Nueva York 1998, pp. 81-91), en concreto, p. 84. *Ibidem*, p. 83 para las fuentes griegas que tratan la muerte de Basilio, algunas ya mencionadas aquí, como la *Vida de Santa Teófano*.

¹³⁵⁰ *Ibidem* para las referencias a estos autores, p. 82 y notas 8-9.

¹³⁵¹ *Ibidem*, p. 85 y ss., donde expone los argumentos que le llevan a tales conclusiones.

Por su parte, Patlagean¹³⁵² considera que el mutismo de la *Vita* sobre los detalles del suceso que provocó el fin de Basilio se debe a que en el pensamiento de la época morir cazando equivalía a una derrota total, en esa metáfora establecida entre la caza y las acciones bélicas, salvo que se pudiera justificar como una última acción heroica. Para esta autora además, el ciervo era interpretado entonces como símbolo de Cristo, por lo que sugeriría que la muerte de Basilio a causa de este animal habría tenido un origen “divino”, otro motivo más para silenciar este hecho en una obra propagandística como era la *Vita*.

En todo caso, nuestra obra ha optado por un tratamiento muy superficial del asunto, rehuendo detalles para centrar el enfoque hacia un último momento de sensatez y preocupación por el Estado. Viendo la hora postrera, y como no podía ser de otro modo, “dispuso del mejor modo cuanto concierne al Imperio, designó a su heredero y con prudentes deliberaciones estableció equitativamente cada cosa”. (352, 3-6). Y después de esto, falleció. No hay grandes descripciones del trascendental momento, ni tragedia, ni anécdotas, pues en realidad ya está narrado cuanto interesa al autor, que es la creación de ese modelo para las generaciones futuras de su propia familia, recordemos. Ni siquiera nos proporciona la fecha del óbito, que se produjo el 29 de agosto de 886. En este momento del relato, el motivo central sigue siendo su actitud vigilante y atenta hacia sus obligaciones y, por supuesto, dejar el trono en manos del mejor cualificado para ello. Tras esto, solo queda concluir la obra.

Constantino hace una recapitulación del reinado de Basilio en estas palabras:

Había compartido el trono con su antecesor Miguel durante un año y ostentó el cargo de emperador durante otros diecinueve. Dispuso a la perfección las cuestiones del Estado; se mantuvo en un excelente nivel en el aspecto militar; amplió los límites de su

¹³⁵² PATLAGEAN, E., *op. cit.*, pp. 262-263.

potestad y desterró del súbdito la injusticia y la violencia, de modo que le cuadraba el testimonio homérico sobre el óptimo soberano: “Ambas cosas, buen soberano y poderoso guerrero¹³⁵³”. (352, 8-15)

Tal como habíamos visto al principio de la obra, la conclusión es la misma: un reinado ideal, a lo que nosotros podemos añadir que cumplió a la perfección sus deberes como emperador, acometiendo la *restauración* del reino perfecto ideado por Dios en su economía divina, con la erradicación de la injusticia y el mal, o la ampliación de las fronteras en ese imparable avance de la ecumene, de la Verdad. Este estado de bienestar, esta Edad Dorada pasa a su descendiente por mérito propio, reconocido por Dios:

Recibió toda la administración del gobierno aquel que estaba designado por la naturaleza y por su virtud a la herencia paterna, solicitado además por los súbditos con invocaciones, el muy manso y sapientísimo León, primero de los hijos que le habían sobrevivido. (352, 16-19)

Ya hemos señalado en este trabajo cómo la sucesión¹³⁵⁴ dinástica, el traspaso del poder a un familiar, siempre había resultado en Bizancio difícil de justificar debido a la noción de elección divina del emperador. Nuestro autor deja claro que la “herencia” de León viene dada por la naturaleza y por su virtud, que es lo mismo que decir que Dios sigue apoyando la línea inaugurada por Basilio. Por otra parte, el hecho de que el pueblo lo aclame es otra prueba de ese favor divino, toda vez que se suponía que la providencia celestial intervenía a través de este medio en el nombramiento de alguien para la corona.

León cuenta, además, con unos epítetos que lo hacen asimilable a Salomón, famoso por su sabiduría y templanza, con lo que seguimos en la línea de la historia davídica que, intuimos, va a continuarse en el hijo de Basilio. El calificativo de *πρωτος* suele aparecer ligado a David (también en la *Vita*, 252, 20-

¹³⁵³ *Iliada*, III, 179. Con estas palabras describe Helena a Agamenón, cuando Príamo le pregunta quién es ese aqueo formidable que ve a lo lejos sobresalir en todos los aspectos sobre los demás.

¹³⁵⁴ *Vide supra*, apartado III. 2. 2 de esta segunda parte.

21), y en las fuentes promacedonias designa sistemáticamente a León, junto con el calificativo σοφός. En nuestra obra aparece otras cuatro veces, todas para referirse a él¹³⁵⁵. La mansedumbre se considera una importante virtud imperial, propia de los “Espejos de Príncipe”¹³⁵⁶, pero da la impresión de que en la elaboración de modelos los macedonios han asignado la justicia a Basilio como virtud predominante de entre las davídicas e ideales, y han dejado la προάτης propia de David y la sabiduría de Salomón para el sucesor del primer macedonio. Su presentación como arquetipo estaría orientada en esa línea, que era difícilmente sostenible para un Basilio sin formación, pero sí para su hijo. Tal vez habría sido la línea que seguiría Constantino, si aceptamos que podía haber estudiado la posibilidad de narrar los hechos hasta su propio reinado, aunque el conocido como libro VI no sea más que una pálida sombra de ese proyecto de continuación, al haber desaparecido su instigador.

Cumplida su misión de legitimación del iniciador de la dinastía, haciendo de él un modelo absoluto de gobernante en todos los aspectos, concluye el Porfirogeneta con un pasaje al que ya aludimos al hablar del tratamiento histórico¹³⁵⁷ y el afán de veracidad declarado en la *Vita*. En él vuelve Constantino a su preocupación por el paso del tiempo, que conlleva, entre otros males, el olvido. Contra esto el único antídoto es la Historia, que él concibe como veraz: cuanto ha relatado obedece sólo a ese principio, y a ello ha dedicado todo su esfuerzo, reuniendo cuantos datos le ha sido posible. Por lo demás, recoge el ideal del encomio al contarnos que ha procurado narrar su ἀγωγή y cuanto nosotros calificaríamos como ἔργα, en un último intento de

¹³⁵⁵ 313, 16; 320, 8; 348, 15 y 352, 18. Si tomamos en conjunto la *Continuación de Teófanos* y la *Vita*, el término aparece en nueve ocasiones, con lo que casi la mitad corresponden a esta última, y casi todas señalan a León.

¹³⁵⁶ JOLIVET-LÉVY, C., *op. cit.*, p. 461, nota 80, señala, al hilo de un comentario sobre una representación de la προάτης personificada y presente en la unción de David, la importancia de esta virtud en el conjunto de cualidades imperiales, y cómo aparece en el “Espejo de Príncipe” atribuido a Basilio I y dedicado a su hijo León, *Πρὸς Λέοντα κεφάλαια παραινετικά*.

¹³⁵⁷ Cf. apartado I. 3. 2 de esta segunda parte.

hacernos ver que su obra pertenece al género historiográfico y cumple con todos los requisitos para ser un instrumento fiable para los estudiosos del futuro. A nosotros, pues, corresponde recoger el testigo de su encomienda.

III. 6. LA VITA Y LOS TÓPICOS ISOCRÁTICOS DE LOS “ESPEJOS DE PRÍNCIPE”.

Aunque somos conscientes de la amplitud del presente trabajo, no nos resistimos a esbozar siquiera otra interesante línea de investigación, que por necesidad quedará limitada a unos cuantos trazos: la relación entre la *Vita Basilii* y las obras conocidas como “Espejos de Príncipe”, ya mencionadas aquí en otras ocasiones, y que no sólo son un reflejo de la teoría política bizantina a través de los siglos¹³⁵⁸, sino que también recogen los principales tópicos de la retórica de corte isocrático. Como también hemos tenido oportunidad de señalar antes, las palabras del prólogo acerca de la intención última de la obra, consistente en crear una estatua, canon de virtud y modelo de imitación para la familia de Basilio, nos habían puesto sobre esta pista, luego corroborada al trabajar con el artículo de Αγαπητός que trata esta cuestión.

De hecho, ya hemos comentado cómo el uso del término ἀνδριάς pone a la *Vita* en conexión directa con los “Espejos”, y cómo este aspecto ha sido subrayado por este investigador. Esta idea de la estatua nos lleva a pensar en un posible uso de la *Vita* de modo similar al de los “Espejos”, pero a través de la imitación de un modelo ya erigido en lugar de la admonición sobre lo que se debe hacer para convertirse en ese modelo. O sea, sería una especie de manual de actuación para los descendientes de Basilio, más allá de un mero encomio¹³⁵⁹.

¹³⁵⁸ Para una idea básica de los temas que comparten los “Espejos de Príncipe” con la teoría política expuesta aquí a grandes rasgos, cf. la obra de ΠΑΪΔΑΣ, Κ. ya mencionada, que se estructura en torno a cinco líneas principales: la relación entre el poder terrenal y el celestial; la comparación entre el emperador y el tirano; la relación entre el emperador y la ley; la filantropía imperial y la constitución moral del emperador.

¹³⁵⁹ Recordemos, en este sentido que entre las obras atribuidas a Constantino existen manuales de ayuda para la gestión del Imperio (*DAI, De Cerimoniis*), que denotan un claro interés por la correcta formación del príncipe, en clara sintonía con las ideas de la tradición isocrática y de los “Espejos” al respecto, con lo que ese mismo interés no puede resultar ajeno a la composición de la *Vita*.

No obstante, y debido a las limitaciones que un artículo impone, Αγαπητός señala múltiples puntos en común con los principios de los “Espejos”, y en concreto con la obra de Sinesio *Περὶ Βασιλείας*, sin poder ampliar más la comparación, por lo que consideramos que nuestro trabajo estaría incompleto sin incluir algunas referencias a este género, cauce de expresión fundamental para el edificio ideológico bizantino.

Sin embargo, es destacable en el análisis de Αγαπητός, la conclusión de que la imagen de soberano ideal que proyecta la *Vita* se sustenta en los tópicos de estos “Espejos” fundamentalmente, más que en otros modelos como el encomio, la biografía o incluso una síntesis de esta última y la hagiografía, como había señalado Alexander¹³⁶⁰.

Un ejemplo de ello es la construcción del contrapunto entre Basilio y Miguel, que no sería un mero juego de blanco y negro, sino que tendría una base más sólida, basada de nuevo en los aspectos básicos de la literatura admonitoria, y en especial, presentar a Miguel como un tirano frente a un Basilio soberano por excelencia¹³⁶¹. El retrato del predecesor del macedonio como tirano se hace de manera tácita, por cuanto no le era posible al autor negar la legitimidad de quien había coronado a Basilio coemperador, pero el resultado es una imagen totalmente contraria al soberano ideal, más ensombrecida aún por el fulgurante brillo de las virtudes de Basilio, centrada en los puntos cardinales de los “Espejos”: vigilancia de los asuntos del Estado, paternal providencia hacia los súbditos, autodominio, contención de las pasiones, austeridad, búsqueda del buen consejo, respeto hacia lo divino, etc. Es decir, las faltas morales de Miguel son precisamente aquellas que en este tipo de obras se presentan como verdaderos obstáculos al ejercicio justo del poder, o lo que es lo mismo, las que lo convierten en tiranía.

¹³⁶⁰ ALEXANDER, P. J., “Secular Biography”, pp. 194-195.

¹³⁶¹ ΑΓΑΠΗΤΟΣ, Π. Α., *op. cit.*, pp. 313-315.

Hay además en esa descripción negativa una retroalimentación hacia la imagen de soberano ideal que se proyecta sobre Basilio: tal y como señala Αγαπητός, tras el conocido *psogos* contra Miguel, que supone una desviación del esquema normal del encomio y el propio autor reconoce como inciso, la *Vita* narrará la llegada al trono de Basilio e irá desgranando las virtudes del macedonio en perfecta equivalencia, por contraposición, de los defectos de Miguel. Todo este delicado juego de virtudes y defectos vendría apoyado, por otra parte, en un uso lingüístico muy escogido: palabras clave en parejas opuestas (σώφρων / ἄφρων, εὐσεβής / δυσσεβής, p. ej.) o incluso en el estilo empleado, con profusión de términos y adornos o frases complejas en el *psogos*, frente a la sencillez de vocabulario y estructuras de la presentación de virtudes de Basilio.

Las reflexiones de Αγαπητός invitan, sin duda alguna, a profundizar en esta línea. Sería interesante, pues, hacer un estudio detallado de los tópicos compartidos entre los “Espejos” y la *Vita*, así como contrastar nuestra obra con la *Oración fúnebre* de León VI y los *Capítulos admonitorios* regalados por Basilio a su heredero final, desde este mismo punto de vista. Pero puesto que un correcto estudio de estas cuestiones prolongaría en exceso esta exposición, nos limitaremos a hacer una aproximación a los mencionados tópicos derivados de la tradición político-retórica isocrática, tomando como base el brillante trabajo del doctor Soto Ayala, ya mencionado aquí con anterioridad. En él se analizan los orígenes y características de los “Espejos”, las teorías al respecto, los “Espejos” existentes, el reflejo de la política bizantina en ellos, y la materialización de esas dos ramas, retórica y política, derivadas del pensamiento isocrático, en una serie de lugares comunes presentes en todos ellos.

Retórica y política son los dos grandes pilares que sustentan la *Vita* y también nuestro trabajo, y por ello consideramos provechoso realizar este acercamiento como conclusión del análisis de la obra, teniendo en cuenta que el

distinto enfoque de los “Espejos” y la *Vita* implicará por necesidad distintas apariencias o modos de presentación de ideas comunes. Partiremos así de la clasificación de tópicos realizada por el doctor Soto Ayala¹³⁶² para rastrear sus huellas en nuestra obra, con especial atención al “Espejo” que la tradición atribuye a Basilio I.

Ante todo, es de subrayar la justa apreciación de Soto Ayala acerca de la influencia del pensamiento retórico de tradición isocrática en la ideología política bizantina, a pesar de la inclusión de elementos ya cristianos, pensamiento que no solo sería el origen último de dicha ideología, sino que la habría atravesado durante toda su existencia. Siguiendo los principios esbozados por diversos autores¹³⁶³ como líneas ideológicas fundamentales en la estructura de los “Espejos”, establece cuatro grupos de tópicos que, según esa tradición de corte isocrática, corresponden a las cuatro disciplinas que deben integrar la formación del príncipe y que interactúan de manera constante entre sí: Retórica, Política, Ética y Teología¹³⁶⁴.

III. 6. 1. Tópicos retóricos.

Como señala el doctor Soto¹³⁶⁵, estos tópicos son los menos especificados en los “Espejos”, ya que frente a la situación de Isócrates, que necesitaba recalcar la importancia de la retórica en la formación del soberano al ser algo novedoso, en Bizancio esa es una tesis plenamente asumida, aunque no por ello obviada del todo. Dichos tópicos podrían condensarse en tres ideas fundamentales: el discurso parenético como el mejor regalo para un soberano, la apelación a la moral tradicional y la retórica en relación con la educación del príncipe.

¹³⁶² *Op. cit.*, p. 401 y ss., en especial, 433 y ss.

¹³⁶³ Por ejemplo, MORFAKIDIS FILACTÓS, M., “Apuntes sobre el ‘Espejo de Príncipes’ en la retórica bizantina: el caso de Tomás Magistro”, *Florentia Iliberritana* 3 (1992), pp. 399-411.

¹³⁶⁴ SOTO AYALA, R., *op. cit.*, p. 416.

¹³⁶⁵ *Ibidem*, p. 433 y ss.

Ya hemos subrayado aquí que entre otros objetivos la *Vita* se concibe como un manual para los descendientes de Basilio, y en ese sentido respondería a este primer tópico en tanto que se les deja a futuros gobernantes algo más valioso que las riquezas o las conquistas: una fuente de ejemplos de comportamiento en todos los campos necesarios para un monarca. De otro lado, la moral tradicional y el aprendizaje del pasado se traducen en un Basilio que es educado por su padre precisamente en esos valores, y que ya en el trono invierte su escaso tiempo libre en conocer la vida y obras de otros monarcas o estrategias destacados¹³⁶⁶.

Por su parte, en lo que respecta a la retórica y la educación del príncipe, es decir, la importancia del cultivo de la virtud en aquellos llamados a gobernar, resulta de especial relevancia la cita del “Espejo” atribuido a Basilio, que en un apartado bajo el epígrafe Περί παιδείας¹³⁶⁷ afirma:

Obra muy propia del soberano con mucho es no sólo examinar lo concerniente a él, sino también supervisar lo de sus súbditos. Pues no basta con procurar el bien propio a sus vasallos, sino dejar a sus hijos como imágenes de su virtud. Pues igual que al educar buenos hijos beneficia a todo su imperio, del mismo modo el que los deja malvados y sin formación causa un injusto perjuicio a todo el Estado. Déjate, pues, aconsejar por mis palabras de padre, hijo, para procurarte un bien a ti mismo y llevar al Imperio por el buen camino, y para que me obsequies a mí con un buen recuerdo gracias a tu educación.

En este párrafo vemos condensados muchos principios básicos de la *Vita*: por un lado, la extrema preocupación de Basilio por sus súbditos, expresada en diversos ámbitos, como la consecución de la paz, la eliminación de leyes injustas que los perjudican o incluso la construcción de una capilla en el ágora, para cubrir sus necesidades físicas de protección ante las inclemencias del tiempo, tanto como las espirituales¹³⁶⁸. Por otra parte, la obsesión por la virtud, que a él le ha sido inculcada por su padre, y que él procurará cultivar en sus hijos.

¹³⁶⁶ 314, 12-16.

¹³⁶⁷ LX. Las traducciones aquí presentadas son nuestras, sobre el original griego.

¹³⁶⁸ 339, 1-7, como vimos en el apartado III. 5. 8 de esta segunda parte.

Así, se nos insiste en varios pasajes en la formación de su descendencia, tanto la masculina como la femenina, también mencionada en este sentido, aunque no se dicen sus nombres. Por ejemplo, cuando narra el nombramiento de Constantino y León como coemperadores, se apresura a decir que estaban “ya educados e instruidos como corresponde a un emperador y destacados en toda virtud de gobierno¹³⁶⁹”. Pero sin duda el párrafo más interesante es aquel que describe la decoración de la alcoba imperial en palacio, una de las nuevas edificaciones de Basilio, donde se representa al emperador con sus hijos:

Sus hijos, como relucientes estrellas, están representados en derredor de la habitación, espléndidamente vestidos también con los ropajes y diademas imperiales. De ellos, los varones aparecen portando unos volúmenes que contienen los mandamientos divinos, en cuya obediencia eran educados. Las hijas, a su vez, se pueden apreciar también con unos libros que contienen pasajes de leyes divinas, en un empeño quizás del artista por mostrar que no sólo la descendencia masculina, sino también la femenina estaba instruida en los textos sagrados y no privada de la divina sabiduría; y que aun cuando su progenitor no estaba familiarizado desde un principio con las letras por las vicisitudes de su vida, había hecho a todos sus vástagos partícipes de la sabiduría. Y quiso que esto quedase indicado no sólo a través de la Historia, sino aparte, por medio de esta representación gráfica, a quien contemplara la estancia. (333, 17 y ss.)

Es fundamental la identificación entre la ley divina y aquella en la que se forman y siguen los hijos de Basilio. Destaca además el reconocimiento de la ignorancia del macedonio quien, a pesar de ello es consciente del valor de la educación y la búsqueda de la virtud a través de ella para ejercer el gobierno. Sus hijos quedan así doblemente retratados como imagen de la virtud paterna: por esa presencia visual y por su papel real al aplicar luego esa sabiduría en su situación personal (gobierno, patriarcado, etc.), que a su vez redundaba en un bien para su pueblo.

¹³⁶⁹ 264, 4-6: ἤδη βασιλικῶς ἀναγομένους καὶ παιδευομένους καὶ εἰς πᾶσαν ἐκλάμποντας ἀρχικὴν ἀρετήν.

III. 6. 2. Tópicos religiosos.

Subraya Soto Ayala¹³⁷⁰ que aunque obviamente los principios religiosos de Isócrates y los bizantinos tienen muy distintos puntos de partida, sin embargo, las líneas de fondo de los discursos isocráticos admonitorios permitían una fácil adaptación a la realidad cristiana del Imperio de Oriente. De este modo, el uso que Isócrates hacía de estos principios, orientados al buen gobierno, es paralelo al que hacen los “Espejos”. Es decir, la base doctrinal es distinta, pero el objetivo es el mismo, igual que lo es la base de la admonición, que podría resumirse en estas dos ideas: el soberano como semejante a la divinidad (entiéndase en Bizancio como imagen de Dios), pero esencialmente hombre; y el soberano como guardián de la religión y modelo de virtud.

El tratamiento de ambos tópicos nos llevaría una dedicación y un espacio del que no disponemos, si bien queremos dejar constancia de su presencia en la *Vita*. El concepto de designación divina al trono y constante apoyo celeste sobre Basilio recorre toda la obra, como venimos viendo a lo largo de este trabajo, y si bien la idea de reino como imagen del cielo no aparece registrada como tal¹³⁷¹, no falta la equiparación entre la acción de gobernar y un ministerio divino, que Basilio desempeña como una *sagrada liturgia*, una idea ya citada aquí con anterioridad¹³⁷².

Basilio, pues, aspira a un gobierno reflejo del celestial, aplicando los virtuosos principios con que rige su vida en general, y ello es recompensado con el favor divino para con su persona y también sus súbditos, en la forma de una Edad Dorada. No olvida, sin embargo, que es hombre y mortal, y por ello

¹³⁷⁰ *Op. cit.*, p. 441 y ss.

¹³⁷¹ Como por ejemplo en los *Κεφάλαια Παραινετικά*, XX: καὶ ἀπλῶς οὕτω σεαυτὸν παρασκευάζων ἄξιον βασιλεύειν τῶν ἐπὶ γῆς, καὶ εἰκόνα τοῦ βασιλέως τῶν οὐρανῶν. Μόνος γὰρ ὁ τῆς ἀρετῆς ἐφικέσθαι δυνάμενος εἰκὼν τοῦ καταστήσαντος αὐτὸν Θεοῦ δικαίως κληθήσεται, καὶ μετὰ Θεὸν παρὰ τῶν ὑπηκόων εἰκότως ἀγαπηθήσεται, καὶ ὡς εὐεργέτης κοινὸς ἑαυτοῦ τε καὶ τῶν ὑπ’ αὐτὸν ἀξίως τιμηθήσεται.

¹³⁷² Cf. apartado II. 5. 7 de esta segunda parte, en la comparación de la *Vita* con el Evágoras, y III. 5. 7.

procura honrar siempre su cargo, manteniéndolo libre de cualquier impureza o defecto, siendo al mismo tiempo comprensivo con las desgracias de otros.

Recordemos las veces que se muestra magnánimo y compasivo con quienes se alzan contra él (p. ej., Curcuas y sus secuaces, con quienes se comporta “más como un padre magnánimo que como un monarca despótico¹³⁷³”), o con aquellos que son derrotados en algún enfrentamiento bélico, como los ismaelitas de Táranta, que piden la paz al ver la caída de Téfrica, la cual les es concedida “mostrando tanta benignidad con quienes se sometían cuanto valor frente a los que se le oponían¹³⁷⁴”. Todo esto recuerda el capítulo LXV de los *Κεφάλαια Παραινετικά*, donde se insta al príncipe a no ensoberbecerse frente al enemigo derrotado ni ante la desgracia ajena, tanto porque eso supone manchar de algún modo la dignidad de su cargo, como por el hecho de que, como humano que es, puede verse algún día en la misma situación. Todo ello debe servirle de lección¹³⁷⁵.

La realidad de la frágil naturaleza de que estamos hechos los mortales se manifiesta en Basilio en algunas debilidades mínimas, como en el caso de su indignación por el desastre y pérdida de Sicilia, que lo “empuja a la desmesura casi de su furia y dolor¹³⁷⁶”, o ante la muerte de su primogénito, que rápidamente supera, pues “también él, en su condición de ser humano y mortal, era consciente de tener un hijo igualmente mortal¹³⁷⁷”. Este enfoque recuerda otra admonición del “Espejo” de Basilio, en la que se insiste en la idea cristiana del común origen del soberano y sus súbditos en un mismo barro, al

¹³⁷³ 277, 16-17, aunque ello no los librara de castigos atroces a nuestros ojos.

¹³⁷⁴ 267, 22 y ss.

¹³⁷⁵ Ἐπὶ νίκαις ὑπεναντίων μηδέποτε ἐπαρθῆς, μηδὲ ἐπὶ πολεμίων συμφοραῖς γαυρία μακτήση, μηδὲ ἐπιχαρῆς ἐπὶ πτώσει ἐχθρῶν σου, μηδὲ ἐγγελάσης δυστυχίαν ἑτέρου, μηδὲν ἐπικροτήσης ἐπ’ ἀπωλεία ἀνθρώπου· κοινὴ γὰρ ἡ φύσις, καὶ τὸ μέλλον ἀόρατον. (...) Ἀλλ’ ἐπιδάκρυε μὲν ταῖς ἀλλοτρίαις συμφοραῖς, συμπάθει δὲ πάσχουσιν ἀνθρώποις, ἀνθρώπος ὢν καὶ αὐτός· τὰς δὲ ἐπὶ ταῖς νίκαις πανηγύρεις, ἀνατίθει μόνω τῷ Θεῷ εὐχαρίστως.

¹³⁷⁶ 312, 4-5.

¹³⁷⁷ 345, 12-13.

que todos habrán de volver, por lo que ha de ser humilde y no olvidar esa naturaleza compartida¹³⁷⁸.

Con respecto al celo del monarca por guardar la religión, Basilio se muestra modélico en múltiples facetas, tanto en su afán por que su reino se guíe por esos principios, como en la educación de sus hijos, el apaciguamiento de la situación en la Iglesia o la lucha contra la herejía. Una de sus primeras acciones una vez llegado al trono será solucionar el problema de Focio, aunque la *Vita* no da nombres ni detalles; tan sólo se centra en la idea de volver a la ortodoxia en todos los sentidos, anulando nombramientos impropios realizados por su predecesor y con una purga de “los restantes iconoclastas heréticos¹³⁷⁹”.

En este sentido, es significativo el hecho de que se retrate a su antecesor como alguien totalmente opuesto a este modelo: no sólo descuida los asuntos religiosos, sino que hace público escarnio de sus principios y de los legítimos ministros de la Iglesia; él, que está revestido de un cargo sagrado y que representa al mismo Cristo. Es el modo más elocuente de retratar la (supuesta) profanación de la dignidad imperial y justificar así el fin de su designación y del favor divino sobre él; incluso de su muerte.

Una vez más encontramos un estrecho paralelismo con el “Espejo” de Basilio: en los capítulos primeros se insiste en la necesaria fidelidad del emperador a los principios más ortodoxos de la fe y la Iglesia, y muy en concreto se señala la necesidad de respetar a los clérigos:

Pues el honor a los sacerdotes a Dios se le ofrece. Porque del mismo modo que es justo que se te honre a través de tus servidores, así también honrar a Dios a través de sus sacerdotes es algo sagradamente justo. E igual que la honra que se les hace a ellos

¹³⁷⁸ XIV: καὶ πηλὸς ἡμῶν τοῦ γένους εἰς ὑπάρχει προπάτωρ, κἄν κατ’ ἀλλήλων οἱ χόες φυσώμεθα. Μέμνησο τοίνυν ὁ ὑψηλὸς χοῦς σεαυτοῦ, καὶ εὖ ἴσθι ὡς ὅπου δ’ ἂν ὑψωθῆς ἀπὸ γῆς, πάντως πάλιν κατενεχθήσῃ πρὸς γῆν· καὶ οὐδέποτε κατὰ χοὸς ἐπαρθήσῃ ταπεινοῦ.

¹³⁷⁹ 262, 9-10.

asciende hasta Dios, de la misma manera el deshonor cometido contra ellos exaspera mucho más a Dios¹³⁸⁰.

Es lo que le habría sucedido a Miguel y le habría hecho acreedor de Su ira.

Un último aspecto del afán de Basilio por corresponder a la recta observancia de la verdadera fe es la persecución de la herejía, representada sobre todo por Crisoquir, quien, recordemos, se describe como *δυσσεβής* frente al emperador que reina conforme a la piedad (*ευσεβῶς*), o sea, a la ortodoxia. Recordemos que en los *Κεφάλαια Παραινετικά* el primer capítulo corresponde a la educación, y el segundo a la correcta fe cristiana tal y como aparece detallada¹³⁸¹. No sorprende, pues, que otra de las labores de Basilio sea el intento de conversión de otros pueblos, de cuyo fundamento ideológico hemos hablado aquí en otras ocasiones.

Por su parte, acerca del tópico sobre el soberano como modelo de virtud consideramos innecesario, después de cuanto llevamos expuesto en esta investigación, insistir en los modos en que la *Vita* contiene esta idea.

III. 6. 3. Tópicos políticos.

Soto Ayala ha recogido¹³⁸² hasta ocho tópicos políticos, que nos evocan de inmediato la estructura sobre la que está construido el personaje de Basilio una vez en el trono, como bien se puede observar:

1. El gobierno como la tarea humana más importante.
2. El bien común de la ciudad como principal tarea del soberano.
3. La distinción entre los amigos y los aduladores.

¹³⁸⁰ III, en especial la frase final: *Καὶ ὥσπερ ἡ εἰς αὐτοὺς τιμὴ ἐπὶ τὸν Θεὸν ἀναβαίνει, οὕτω καὶ ἡ εἰς αὐτοὺς ἀτιμία πολλῶν πλέον τὸν Θεὸν παροργίζει.*

¹³⁸¹ Προσκύνει Πατέρα καὶ Υἱὸν καὶ ἅγιον Πνεῦμα, Τριάδα ὁμοούσιον, ἀδιαίρετον καὶ ἀσύγχυτον, τὸν ἕνα καὶ μόνον Θεόν· καὶ τὴν ἑνσαρκον οἰκονομίαν τοῦ Θεοῦ Λόγου πίστευε, δι' ἧς ὁ κόσμος ἐκ τῆς δουλείας τῆς φθορᾶς ἠλευθέρωται, καθὼς ὁ τῆς μητρὸς σου τῆς Ἐκκλησίας ὄρος ἀναδιδάσκει. Αὕτη τῶν ἀρετῶν πασῶν ἡ τελείωσις. Αὕτη ἡ πίστις πάντων τῶν ἀγαθῶν τὸ κεφάλαιον.

¹³⁸² *Op. cit.*, p. 445.

4. La necesidad de consejos sabios.
5. La administración austera de la economía.
6. El ejercicio de la justicia como principio del buen gobierno.
7. La filantropía como principio del buen gobierno.
8. La reciedumbre y la magnanimidad como principios del buen gobierno.

En realidad los tres últimos no son más que partes de las consabidas virtudes cardinales sobre las que se construye el encomio real según Menandro, y elementos imprescindibles en la ideología imperial, junto a la filantropía, de la que hemos tenido oportunidad de hablar. Aunque deseamos dejar constancia de estos puntos en común con la retórica política y el contenido de los “Espejos”, por necesidad habremos de tratar muy someramente todos estos aspectos para no prolongar más esta exposición y repetir de manera innecesaria ideas ya tratadas aquí.

Hemos visto en el apartado anterior cómo en la *Vita* se considera el gobierno como un divino ministerio que Basilio desempeña como una sagrada liturgia, buscando la imitación del modelo celestial. Ya Isócrates habla algún modo de este carácter sagrado y fundamental en la cita de *A Nicocles* mencionada por Soto Ayala, donde se subraya que es una especie de sacerdocio que el vulgo cree abierto a cualquiera, cuando en realidad se trata de la actividad más importante del hombre, y la que requiere de más prudencia¹³⁸³. También el “Espejo” de Basilio insiste en la importancia del cargo como otorgado por Dios, y la necesidad del más alto grado de virtud para su desempeño, así como lo impropio de profanar dicha dignidad con acciones indignas¹³⁸⁴.

¹³⁸³ *A Nicocles*, 6: ταύτης δὲ τῆς ἀνωμαλίας καὶ τῆς ταραχῆς αἰτιὸν ἔστι ὅτι τὴν βασιλείαν ὥσπερ ἱερωσύνην παντὸς ἀνδρὸς εἶναι νομίζουσιν, ὁ τῶν ἀνθρωπίνων πραγμάτων μέγιστόν ἐστι καὶ πλείστης προνοίας δεόμενον.

¹³⁸⁴ III: τίμα περισσῶς τὴν μητέρα σου τὴν Ἐκκλησίαν, ἣτις ἐν ἀγίῳ Πνεύματί σε ἐτιθηνήσατο καὶ σὺν ἐμοὶ διὰ Χριστοῦ ἐν Θεῷ τῇ κεφαλῇ σου τὸ στέφος ἐπέθηκεν. También X: Ἔλαβες ἐκ Θεοῦ βασιλείαν, φύλαξον αὐτὴν ὡς παρακαταθήκην ἄσυλον· μὴ φαῦλος ὀφθῆς τοῦ δεδομένου σοι φύλαξ· μηδὲ ἀγενὲς μηδὲ ἀνάξιον αὐτῆς

La búsqueda del bien común como principal tarea del soberano quedaba definida por Isócrates en esta idea: lo propio del monarca es, si su ciudad se encuentra en una situación de infortunio, acabar con ello; si es próspera, mantenerla así, y si es pequeña, hacerla grande¹³⁸⁵. Todos los esfuerzos de Basilio se dirigirán en esta dirección: su primera preocupación es sanear las cuentas y solucionar conflictos dentro y fuera de las fronteras. Restaurar, en una palabra, la gloria perdida del Imperio, una tarea que se extiende tanto a las instituciones como a los edificios y la propia moral de sus súbditos. Basilio nunca mira por su interés personal; antes bien, a menudo lo sacrifica por las necesidades del Estado, como en el caso de sus constantes vigilias a causa de las inquietudes derivadas del gobierno¹³⁸⁶.

Con respecto a los tópicos tres y cuatro (distinción entre los amigos y los aduladores / la necesidad de consejos sabios), podemos considerarlos juntos cuando observamos a un Basilio que busca asesoramiento en las notables experiencias del pasado de estrategias u otros soberanos, deseoso de rodearse sólo de personas de intachable moralidad, en especial entregados a la vida religiosa, de gran virtud y que desprecian lo material¹³⁸⁷. Aun así, en la *Vita* se nos muestra su cara más humana cuando se deja convencer, por parte de malintencionados generales llenos de envidia, de una insuficiente actuación de Andrés frente al emir de Tarso:

Persuadido el emperador por estas hablillas repetidas una y otra vez (pues a menudo caen en el engaño incluso los hombres prudentes, a fuerza de decirles cosas de su

διαπράξη. Ἀλλ' ὡσπερ βασιλεύειν τῶν λοιπῶν ἀνθρώπων προεκρίθησ κατὰ τὴν ἀξίαν, οὕτω προτερεύειν τῶν ὑπὸ χεῖρα πάντων σπεῦδε καὶ κατ' ἀρετὴν.

¹³⁸⁵ *A Nicocles*, 9: οἶμαι δὲ πάντας ἂν ὁμολογήσαι προσήκειν αὐτοῖς πόλιν δυστυχοῦσαν παῦσαι καὶ καλῶς πράττουσαν διαφυλάξαι καὶ μεγάλην ἐκ μικρᾶς ποιῆσαι.

¹³⁸⁶ Por ejemplo, 278, 18-19: Αὐτὸν δὲ οὐκ εἶα καθεύδειν ἢ ὑπὲρ τῶν ὄλων φροντίς καὶ τὰ ἔτι περιλιπὴ τρόπαια. Οὐ τὰμῦν, 316, 3-5: ἔμφροντίς ἐπὶ τὴν κοίτην ἦει καὶ περὶ τινος τῶν κοινῶν ἐσφάδαζε μεριμνῶν (...).

¹³⁸⁷ 314, 20 y ss.: διὸ καὶ τοὺς ἔτι τῷ βίῳ περιόντας τῶν μακαρίων ἀνδρῶν, τῶν τὴν αἴλον πολιτείαν διαζώντων ἐν τῇ ὑλώδει ταύτῃ ζωῇ καὶ πολίτευμα μεταθεμένων ἐν οὐρανοῖς, γνωρίζειν καὶ ἐντυγχάνειν καὶ ὁμιλεῖν ἐποιεῖτο περὶ πολλοῦ καὶ ἐν μεγάλῃ φροντίδι ἐτίθετο.

agrado), eximió del mando a Andrés, convencido de que no había perseverado en sus proezas contra los enemigos hasta el final. (286, 15-17)

Aunque no deja de ser un recurso para justificar el cambio de un general por otro que no cosecha más que una dolorosa derrota, el tópico isocrático de los malos consejos está en el fondo¹³⁸⁸. Del mismo modo, en la técnica de opuestos entre Miguel y Basilio, tan querida por el autor de la *Vita*, el amorio se lanza a su perdición, entre otras muchas cosas, por rodearse de personajes que regalan sus oídos pero no lo aconsejan con prudencia, sino que incluso lo predisponen contra el buen macedonio, que solo persigue el bien del Imperio:

“¿Cómo puede decir que te aprecia”, decían, “quien no disfruta con lo que tú disfrutas y quien no se afana en procurarte lo que te apetece?” (249, 6-8)

Y el propio Basilio, al final de su vida, es persuadido por Sandabareno de las malas intenciones que su hijo León alberga respecto a su persona. Para el futuro heredero se trataba de un γόης καὶ ἀπατεῶν καὶ εἰς ἃ μὴ δεῖ τὸν βασιλέα παρασύρων καὶ τῶν καθηκόντων ἐκδιαιτῶν¹³⁸⁹. O sea, un adulator y un mal consejero que, sin embargo, llega a convencer a León de la necesidad de ir armado, con lo que él mismo labra su perdición. Los resultados de prestar oídos a este personaje son devastadores para la institución imperial hasta que Basilio se libra de esa influencia, πρὸς τὴν φύσιν ἐπανελθῶν¹³⁹⁰.

En cuanto a la administración austera de la economía, es otra de las obsesiones del mandato de Basilio, de nuevo frente al supuesto derroche de su antecesor. A pesar de las muchas obras realizadas bajo su reinado, ninguna de ellas se presenta como despilfarro sino, muy al contrario, vienen justificadas por ser restauraciones de hermosos edificios abandonados a su suerte, o bien

¹³⁸⁸ De hecho, ΑΓΑΠΗΤΟΣ, Π. Α., *op. cit.*, pp. 316-317, ha señalado este episodio como muestra de la dependencia de la *Vita* de los principios presentes en los “Espejos”, más que del encomio real únicamente.

¹³⁸⁹ 349, 5-6.

¹³⁹⁰ 351, 17. Sin embargo, no se nos explica cuál fue el destino de Sandabareno, y si fue castigado de algún modo por ello. Sobre este episodio y por qué pudo redactarse así, ver apartado III. 2 de la primera parte.

necesarias para sus súbditos, como en el caso de los asilos o sanatorios¹³⁹¹. Si hay algo más frívolo, como los banquetes de palacio, procura asignarles unas tierras con cuyas rentas se financien, ya que no quería “gastar los fondos públicos, generados y engrosados por los impuestos de los súbditos, en usos privados ni en quienes invitaba cada año, ni tampoco que esfuerzos de otros endulzaran o compusieran la mesa de estos¹³⁹²”. En cuanto a campañas militares, sólo se lanza a las necesarias.

Administrar bien el imperio es algo querido y premiado por Dios, en ese intento de aplicar el modelo celestial al gobierno terrestre. Esta idea también se recoge en los *Κεφάλαια*, donde se advierte a León que “no has recibido para ser dueño, sino que se te ha dado para que administres; de esa buena gestión recibirás la recompensa de parte de quien te lo ha dado todo, y el eterno reino en lugar de uno perecedero¹³⁹³”.

Sobre la justicia, filantropía, templanza y magnanimidad aplicadas al gobierno de Basilio, poco podemos añadir a lo ya dicho a lo largo de todo este trabajo, por lo que nos limitaremos a mencionarlas sólo, ya que un profundo estudio comparativo constituiría de suyo un trabajo independiente¹³⁹⁴.

III. 6. 4. Tópicos éticos.

Ocho son también las secciones establecidas por el doctor Soto Ayala en este apartado¹³⁹⁵:

1. La austeridad y la prestancia.
2. La libertad de expresión.
3. La laboriosidad.
4. El cuidado de las buenas costumbres.

¹³⁹¹ 339, 21-23: πτωχοτροφεία τε καὶ ξενῶνας ἐκαινούργησε, καὶ τῶν παλαιωθέντων πλεῖστα ἀνενέωσε, νοσοκομεῖα τε καὶ γεροκομεῖα καὶ μοναστήρια.

¹³⁹² 337, 4-8.

¹³⁹³ *Κεφ. Παρ.* LII.

¹³⁹⁴ Cf. nota 873.

¹³⁹⁵ *Op. cit.*, p. 485.

5. La consecuencia entre el decir y el obrar.
6. El desprecio del placer y el dominio de sí mismo.
7. El valor del estudio.
8. La educación y la virtud.

La *Vita* nos ha dejado detalladas descripciones de suntuosos edificios civiles y eclesiásticos, pero nada dice del modo de vida o adorno personal de Basilio, a quien le suponemos un estilo acorde con este primer tópico. El retrato que hace de su reino como una nueva Edad de Oro permite deducir que se comportaba de un modo propio de su cargo, pero sin excesos ni demostraciones que perjudicasen al Imperio. Recordemos su intensa búsqueda de funcionarios nada inclinados a quedarse con lo ajeno o su afán por librar a los pobres de la codicia de los poderosos, hasta erradicar la injusticia por completo¹³⁹⁶.

Con todo, el aspecto de la prestancia o buena presencia personal y el siguiente son quizá los menos visibles en nuestra obra. La libertad de expresión debe entenderse aquí como libertad para reprender, si es necesario, tanto a amigos como a enemigos por errores cometidos, y ser reprendido de igual manera. Aunque no se alude directamente a ello, hay que entender que Basilio aceptaba consejos y valoraciones de aquellos hombres de Dios a los que nos referíamos más arriba, ya que se nos dice que con suma humildad buscaba su ejemplo y compañía, dejando atrás la pompa imperial para ir a su encuentro¹³⁹⁷. Esta actitud, a su vez, era objeto de imitación por parte de sus subordinados. Una vez más, frente a un Miguel que no atiende a consejo racional alguno, Basilio se nos muestra, de modo tácito, abierto a cualquier admonición cuerda sobre su gobierno, como enorme contrapunto de su antecesor, de quien se dice significativamente:

¹³⁹⁶ 257, 20 y ss.

¹³⁹⁷ 314, 20 y ss.

Pero con decir esto [un aviso de Basilio sobre el peligro que entrañaba su vicioso comportamiento] no hacía más que sembrar piedras o hablarle al mar, y era como lavar a un etíope; tan indeleble había llegado a ser la perversidad en él y hasta tal punto era sordo a cualquier palabra que pudiera salvarlo, cerrando sus oídos cual serpiente ante encantamientos. (248, 16-19)

En lo tocante a la laboriosidad, vemos que es otra característica principal de Basilio: en sus escasos momentos libres de campañas o preocupaciones propias del gobierno, se entrega a la lectura de antiguos tratados que puedan ayudarle en su labor, o a la escritura de obras útiles para sus herederos, o a la búsqueda de los venerables clérigos a los que hacíamos referencia algo antes. Así también se retrata en los *Κεφάλαια*, donde aconseja a su hijo que tenga en mente las costumbres de su padre en todo momento, y disponga su vida conforme a ellas con gran solicitud, “pues no somos negligentes ni mostramos indiferencia ante los asuntos de gobierno, sino que luchamos por presentarnos como imágenes de la virtud para ti, porque consideramos censurable la pereza, pero digno de toda loa el esfuerzo¹³⁹⁸”.

Enlazando con el punto anterior, en este párrafo se habla de las costumbres o modos de actuación de Basilio, que a grandes rasgos se resumen en esa preocupación por todos los aspectos del gobierno, y eso mismo es lo que queda reflejado en la *Vita* como digno de imitación por sus sucesores: vigilancia, trabajo constante, prudencia, humildad, etc. En definitiva, las que Isócrates calificaría como costumbres que dan gloria al soberano en la vida, y que él mismo aconsejaría a sus propios hijos¹³⁹⁹.

La consecuencia entre el decir y obrar guarda una relación directa con el hecho de decir y obrar de modo que no sea digno de vergüenza¹⁴⁰⁰. Este es otro de los aspectos que se nos muestran en el juego de positivos y negativos con

¹³⁹⁸ *Κεφ. Παρ. VI.*

¹³⁹⁹ *A Nicocles*, 36, donde leemos: βούλου τὰς εἰκόνας τῆς ἀρετῆς ὑπόμνημα μᾶλλον ἢ τοῦ σώματος καταλιπεῖν, frase paralela a la que acabamos de citar procedente de los *Capítulos admonitorios*, que dice así: ἀλλὰ τῆς ἀρετῆς εἰκόνες σοι προκεῖσθαι φιλονεικοῦμεν. La referencia al consejo a los hijos está también en *A Nicocles*, 38.

¹⁴⁰⁰ Como atestiguan los *Κεφάλαια Παρανευτικά*, XVI: Καὶ ἃ πάλιν πράττειν αἰσχύνῃ, ταῦτα λέγειν μὴ ἀναισχύνται μηδὲ ἃ λέγειν αἰσχύνῃ, ταῦτα πράττειν διαλογίζου.

Miguel, con la técnica de referirse de manera directa (y negativa) a él, pero omitiendo el equivalente respecto a Basilio, cuyas obras dan fe de su coherencia. En el caso del amorio, se nos habla de sus “execrables palabras y obras¹⁴⁰¹”, frente a las palabras de salvación (λόγον σωτήριον) que le ofrecía Basilio en el pasaje anteriormente citado.

Mucho habría que decir de la oposición ἔργον / λόγος a lo largo de la *Vita*, presente en modos diversos y aplicada a distintas cuestiones, como por ejemplo, en los preparativos de la batalla final contra Crisoquir, cuando los soldados de los dos temas participantes rivalizan en virtud (valentía), y deciden demostrar con obras aquello de lo que se jactan con palabras¹⁴⁰²; o cuando Basilio se lleva a su primogénito a la campaña de Ádata y ante la tranquilidad de sus habitantes, confiados en un oráculo que les garantiza la salvación por el momento, el macedonio desea demostrar con sus obras que aquellas eran palabras huera¹⁴⁰³. Sin embargo, habremos de limitarnos a señalar esta como otra de las muchas vías abiertas de investigación que permite aún nuestro texto.

Volviendo a los tópicos éticos, el sexto de ellos corresponde al desprecio del placer y el dominio de sí mismo. También aquí se trabaja el claroscuro entre Miguel y Basilio con una extensa parte en que vemos cómo es arrastrado por sus pasiones, para luego mostrar a su sucesor como su antípoda moral. El amplio apartado que retrata a Miguel y justifica su fin se basa en dos pilares fundamentales: impiedad y desenfreno, o sea, los negativos de dos de los principales tópicos del buen gobernante, encarnados, dicho sea de paso, por su sucesor. Abundan los términos que hacen alusión a esa falta de dominio (παράφορος, ἔξω τῶν φρενῶν, παράλογον ἔξ ἀφροσύνης ἐμβροντησίαν τε

¹⁴⁰¹ 252, 16-17: μετὰ τῶν ἀλαστόρων ἔργων καὶ λόγων.

¹⁴⁰² 273, 6-8: ἵνα τί μάτην ἐν λόγοις ἕκαστοι θρασυνόμεθα καὶ αὐχοῦμεν διακενής, ἔξὸν τοῖς ἔργοις τὴν ἀμβισβήτητον ἀρετὴν ἐπιδείξασθαι;

¹⁴⁰³ 282, 3-4: καὶ βουλευθεὶς ἐξελέγξει δι’ ἔργου λόγον ἄλλως κενὸν τὸ λαλούμενον.

καὶ παρακοπήν, etc.), dibujada sobre todo en la afición a las carreras de caballos y al vino.

Resulta interesante comprobar que en el “Espejo” de Basilio hay un capítulo dedicado a la embriaguez¹⁴⁰⁴, de la que se aconseja huir, “pues es una cosa contraria y enemiga de la prudencia”, para luego comparar a la mente dominada por la bebida con los aurigas ineptos, que no pueden controlar su carro y llevan a los caballos dando bandazos, con lo que causan enormes risas entre los espectadores. Beodez y carreras de carros se aúnan en la comparación negativa con Miguel, y nos hace plantearnos qué influencia pudo tener este modelo en el famoso retrato del amorio, si sirvió para dar forma a algo que tenía una mínima base real, o bien como idea para luego magnificar en su aspecto más oscuro las que podían ser aficiones normales de un emperador (banquetear y asistir a las carreras).

En todo caso, Basilio siempre quedará lejos de cualquier exceso, incluso aunque alguna vez se vea casi al límite, como en la ya comentada pérdida de Siracusa¹⁴⁰⁵ o la muerte de su querido hijo. Constantemente buscará rechazar los “impulsos irracionales de su espíritu” mediante el conocimiento e imitación de varones religiosos de probada virtud, “deseoso de mostrarse soberano de sí

¹⁴⁰⁴ XXV, Περὶ μέθης: (...) μέθη γὰρ τῇ φρονήσει ἐναντίον τι χρῆμα καὶ πολέμιον. Ὅταν γὰρ ὁ νοῦς ὑπὸ τοῦ οἴνου τυραννηθῇ, ταυτὸν τι πάσχει τοῖς φαύλοις ἡνίοχοις, οἱ τὸ ἄρμα κυβερνᾶν ἀδυνατοῦντες, καὶ ἑαυτοὺς καὶ τοὺς ἵππους ᾧδε κἀκεῖσε περιφέρουσι, καὶ γέλωτα τοῖς ὀρῶσι μέγιστον ἐμποιοῦσιν.

¹⁴⁰⁵ Recordemos que el pasaje (312, 9-11) insistía en que era una “casi desmesura”, aunque luego se remataba alegando que en ocasiones, ante graves cuestiones de Estado, Basilio no lograba mantener del todo esa moderación. ΑΓΑΠΗΤΟΣ, Π. Α., *op. cit.*, p. 317, subraya que con ello se justifica otra debilidad del macedonio, al parecer con fundamento real (nota 142, sobre las fuentes al respecto), como era la ira. Consideramos que el posible fondo de verdad que tendría la actitud de Basilio ante la noticia de la pérdida de Siracusa, se maquilla con esta concesión literaria, de manera que esa pequeña mácula en su virtud tiene plena razón de ser por el inmenso desastre, debido a la falta de virtud de otro. Dicho de otro modo, Basilio sólo se acerca al límite del autodomínio cuando el daño infligido al Imperio, al conjunto de sus súbditos, es de dimensiones inconmensurables. Es casi un ataque de cólera divina, que en paralelo con el Altísimo, enseguida sabe refrenar, adecuando el castigo sin excesos. O, visto desde el plano de los “Espejos”, la pequeña debilidad humana que en el fondo lo hace grande, como a David.

mismo antes que de los demás”, lo que le reportaba “muchos y provechosos frutos¹⁴⁰⁶”.

Ya en el séptimo de los tópicos arriba reseñados, nos encontramos con el valor del estudio. Isócrates había aconsejado a Nicocles fijarse en la experiencia y la filosofía; y sobre todo, examinar con atención los hechos pasados de otros monarcas o particulares y estudiar a fondo el pasado como ayuda para deliberar acerca del presente¹⁴⁰⁷. Esto es lo que hace Basilio en sus escasos ratos libres de campañas u otras tareas de gobierno, como hemos señalado en otras ocasiones: escuchaba relatos históricos y recomendaciones políticas y morales, en sintonía con el cuarto tópico político; o bien investigaba él mismo los reinados, las tácticas bélicas y las gestiones de otros, siempre mirando por el bien de su gobierno¹⁴⁰⁸.

Este es un tema, además, especialmente tratado en los *Κεφάλαια* (capítulos VII, XVII, LVI, LXVI), donde se insiste en el estudio de las historias antiguas como fuente de ejemplos para discernir la virtud y la maldad¹⁴⁰⁹, y recomienda ante todo la lectura de las Sagradas Escrituras y las obras de los Padres de la Iglesia. Empero, las obras que destaca por encima de todas como

¹⁴⁰⁶ 314, 16-20: νῦν δὲ τῶν ἐν τῇ κατὰ θεὸν ἀρίστη πολιτεία διαπρεψάντων ἀνδρῶν τοὺς βίους ἐπιμελῶς καταμανθάνων καὶ τὰς ἀλόγους ὁρμὰς τῆς ψυχῆς περιέκοπτεν, αὐτὸν ἑαυτοῦ δεικνύειν ἐθέλων πρὸ τῶν ἐκτὸς αὐτοκράτορα, καὶ πολλὴν ἐντεῦθεν ἐκαρποῦτο ὠφέλειαν.

¹⁴⁰⁷ A *Nicocles*, 35: ὃ τι ἂν ἀκριβῶσαι βουλευθῆς ὧν ἐπίστασθαι προσήκει τοὺς βασιλεῖς, ἐμπειρία μέτιθι καὶ φιλοσοφία· τὸ μὲν γὰρ φιλοσοφεῖν τὰς ὁδοὺς σοὶ δείξει, τὸ δ' ἐπ' αὐτῶν τῶν ἔργων γυμνάζεσθαι δύνασθαι σε χρῆσθαι τοῖς πράγμασι ποιήσει. Θεώρει τὰ γιγνόμενα καὶ τὰ συμπύπτοντα καὶ τοῖς ἰδιώταις καὶ τοῖς τυράννοις· ἂν γὰρ τὰ παρεληλυθότα μνημονεύης, ἄμεινον περὶ τῶν μελλόντων βουλεύσει.

¹⁴⁰⁸ 314, 12-16: νῦν μὲν στρατηγῶν τε καὶ αὐτοκρατόρων ἀνδρῶν ἦθη καὶ βίους καὶ μεταχειρίσεις πραγμάτων καὶ πολεμικοὺς ἀγῶνας διηρουνᾶτο, καὶ ἀνασκοπῶν, τὰ κράτιστα τούτων καὶ ἐπαινούμενα ἐκλεγόμενος, εἰς οἰκείας πράξεις ἐσπούδαζε τὴν μίμησιν κατατίθεσθαι.

¹⁴⁰⁹ LVI: Ἱστορίας ἀρχαίας ἐξέρχεσθαι μὴ κατόκνει· ἐν αὐταῖς γὰρ εὐρήσεις ἀκόπως ἅπερ ἕτεροι συνήξαν ἐγκόπως. Καὶ μάθοις ἐκεῖθεν τὰς τε τῶν σπουδαιῶν ἀρετὰς καὶ τὰς τῶν φαύλων κακίας, τὰς τε τοῦ βίου πολυτρόπους μεταβολὰς καὶ τῶν ἐν αὐτῷ πραγμάτων τὰς ἐναλλαγὰς, καὶ τοῦ κόσμου τὸ ἄστατον καὶ τὸ τῆς ἀρχῆς εὐμετάπτωτον.

base para formarse y crecer en virtud son dos: las obras de Salomón¹⁴¹⁰ y los escritos de Isócrates¹⁴¹¹. Esta es una afirmación nada despreciable, si tenemos en cuenta el enorme peso que ambas influencias tienen tanto en la *Vita* como en otras obras atribuidas al Porfirogeneta, que tampoco extrañan si consideramos la posibilidad de que sea Focio quien redactase los *Capítulos admonitorios*¹⁴¹².

Así enlazaríamos con el último apartado, con el que guarda una íntima conexión: la educación y la virtud, como hemos visto en las citas inmediatamente anteriores. También hemos aludido a la importancia que Basilio concede a la formación de su descendencia, con un especial apoyo en la doctrina cristiana, y a cómo él mismo, aunque no muy versado al principio de su gobierno (como se le escapa al autor después de afirmar que había sido educado en lo mejor de lo mejor por su padre), hará un extraordinario esfuerzo por buscar modelos formativos que lo ayuden a aumentar su virtud. A pesar de carecer de una educación típica de un soberano, como aquella de la que podrán disfrutar sus hijos, sí había recibido una adecuada formación en virtudes (piedad religiosa, respeto a sus mayores, humildad, sumisión ante sus superiores, misericordia con los pobres, etc.¹⁴¹³), que conformarán la base de su futuro reinado.

Ese puesto fundamental de la educación en la vida de un soberano queda reflejado en el “Espejo” de Basilio ya en el primer capítulo, que lleva el significativo título de *Περὶ παιδεύσεως*, de la que se nos dice “es una cosa útil para la vida e importantísima no sólo para los soberanos, sino también para los particulares. Pues a quienes la adquieren los beneficia tanto en el cuerpo como

¹⁴¹⁰ Las obras atribuidas a Salomón son los *Proverbios* (conocidos como *Παροιμῖαι Σολομώντος* en los *Septuaginta*), el *Libro de la Sabiduría* (*Σοφία Σολομώντος*) el *Eclesiastés* (*Ἐκκλησιαστής*) y el *Cantar de los Cantares* (*Ἄσμα ἁσμάτων*).

¹⁴¹¹ LXVI: Ἴνα δέ σου τὸ ἦθος διὰ πάντων κοσμήσης, μὴ κατόκνει τὰς τῶν παλαιῶν διεξέρχουσαι γνώμας· πολλὰ γὰρ ἐν αὐταῖς εὐρήσεις τὰ χρήσιμα· καὶ πλεον πάντων τὰ τε Σολομώντεια, τὰ τε Ἰσοκράτεια. El paralelismo entre este pasaje y el de la cita algo anterior es evidente.

¹⁴¹² SOTO AYALA, R., *op. cit.*, pp. 182-183.

¹⁴¹³ 220, 5 y ss.

en el alma; a esta última, a través del estudio de las palabras divinas; al cuerpo, por el ejercicio de obras terrenas”. Ella es la que “no sólo adorna un reinado, sino que convierte a quienes los gobiernan en siempre recordados”. Aconseja a su hijo, pues, “quedarse con la educación virtuosa, pues la virtud es la única de todas las posesiones que es inmortal”.

La asociación educación y virtud es, como vimos, el núcleo de la teoría política y retórica de Isócrates, quien aconsejaba a Nicocles dejar estatuas de su virtud más que de su cuerpo, como hemos visto algo más arriba. Con esto volveríamos al último punto de nuestra comparación entre el *Evágoras* y la *Vita*, donde comentábamos que toda la obra se concibe y justifica en el proemio según esta premisa: la de crear una estatua o modelo de imitación para los descendientes de Basilio. Esta noción constituye la médula en torno a la que se articula toda la obra, y da idea de la intrincada fusión entre principios retóricos y políticos presentes en la ideología imperial bizantina, así como de la complejidad de una obra muy propia del medievo oriental cristiano, concebida como Historia, encomio, biografía educativa y “Espejo de Príncipe” a la vez, todo desde el particularísimo enfoque de esa civilización, en que todos estos aspectos tenían cabida, a su manera, en una misma composición, y donde los juicios basados en teorías de géneros puros no admiten aplicación alguna.

C. CONCLUSIONES

Dada la extensión del trabajo y la diversidad de los puntos en él tratados, hemos considerado de utilidad redactar este último capítulo siguiendo el esquema utilizado en nuestra exposición, con un recorrido por los apartados fundamentales y las principales conclusiones que de ellos se pueden extraer, antes de pasar a una evaluación global de los objetivos alcanzados en nuestra investigación, así como de las vías de estudio aún abiertas.

Para comenzar, pues, diremos que tradicionalmente se ha considerado la *Vita* como parte de una obra que se suele denominar *Continuador de Teófanos*, ya que el propio prólogo indica la intención de seguir la crónica de Teófanos el Confesor. Esta última constituía toda una referencia en su época, tanto por el periodo que abarcaba (desde Diocleciano hasta la llegada al poder de León V), como por la escasez de otras fuentes historiográficas y, sobre todo, por el halo de santidad y virtud que desprendía quien era considerado su autor, aunque hoy la crítica cuestiona qué partes elaboró el propio Teófanos a partir del material que le cedió su amigo y predecesor Jorge Sincelo, y en qué medida aportó algo a ello. Estas cuestiones, no obstante, estaban lejos de turbar el ánimo de quienes redactaron su continuación, personas ligadas al grupo de eruditos de Constantino Porfirogeneta.

El gran interés de nuestro emperador por esta obra queda reflejado además en la reedición que su círculo llevó a cabo del texto de Teófanos, procurando limar los aspectos lingüísticos considerados muy populares para darle un toque más clasicista y afín a los gustos de su entorno y su época, hecho este que durante siglos ha apartado a la crítica de la versión más cercana a la original, hoy ya recuperada. La crónica de Teófanos habría tenido un lugar especial, como fuente y punto de partida, en lo que durante largo tiempo se consideró, debido a una edición conjunta de textos diversos como si de un único *corpus* se tratase, como un vasto conjunto historiográfico de continuación

de esta obra por parte del Porfirogeneta, pero en realidad no habría sido así desde un principio. A la luz de las investigaciones realizadas sobre la cuestión, parece probable que Constantino, tal y como se consigna en el proemio a la *Vita*, hubiese concebido un proyecto historiográfico que recogiese a los emperadores considerados “bizantinos” a su juicio. Asimismo, y siguiendo dicho proemio, ante la magnitud de la tarea y lo que él consideraba sus posibilidades reales (bien porque creyese su edad avanzada como para llegar a ver el final de un proyecto semejante, bien por otras razones como la escasez de material bibliográfico, por ejemplo), se habría limitado al fundador de la dinastía en lo que conocemos como *Vita*, para más tarde decidirse a completar el vacío entre lo narrado por Teófanos y el reinado de Basilio.

De este modo, la verdadera *Continuación de Teófanos* sería lo que tradicionalmente hemos conocido como libros I-IV, diseñados de manera que tanto la división como el enfoque se centraría en un solo soberano cada uno, a fin de mostrar un enorme contrapunto entre los predecesores de Basilio y el reinado del primer macedonio. Igualmente se incidiría en un claro proceso de declive en todos ellos, que culminaría con Miguel III, antes de la brillante irrupción de Basilio, capaz de invertir la situación de manera inmediata. Con todo, según la reciente línea de investigación de la doctora Varona Codeso, que constata la prioridad del libro IV sobre la *Vita*, la verdadera intención del Porfirogeneta habría sido la creación de dos obras historiográficas distintas, dedicadas a los emperadores iconoclastas (o sea, los libros I-IV) y a la dinastía macedonia respectivamente, si bien este último proyecto, en el que se habría implicado de forma especial, apenas quedó en el inicio, ya que a su muerte sólo el capítulo dedicado a su abuelo (la *Vita*) estaba concluido.

El llamado libro VI, que recoge a los emperadores entre Basilio y Romano II (aunque inacabado), sería, según este postulado, un intento de continuar la idea originaria del Porfirogeneta tras su muerte, aunque no podamos saber a ciencia cierta si fue así o si, por el contrario, una vez

desaparecido Constantino, partió de alguien de su entorno, en todo caso muy afín a la causa macedonia, redondear de algún modo lo que se apreciaba como un conjunto historiográfico, aunque con un resultado desigual. Ello explicaría el significativo cambio de estilo que se aprecia, así como la distinta organización y ejecución de la obra. Sí resulta evidente que en su elaboración hubo que recurrir a fuentes de la oposición, lo que indica que tras la muerte de Constantino no era fácil encontrar textos promacedonios.

Para dar una cronología aproximada de la redacción de cada una de estas tres partes, habremos de partir del libro IV si consideramos acertado el estudio de la doctora Varona, que propone para este la fecha del 949-950 en función del análisis comparativo de su contenido y del de la *Vita*. Esta última, por tanto, se habría realizado después, así como los demás libros (I-III), en un plazo que puede ampliarse hasta la muerte del emperador. En todo caso, los autores que defienden la prioridad de la *Vita* frente a los libros I-IV consideran, basándose en cuanto se dice en el proemio y a falta de más información al respecto, como fecha probable algún momento a partir del año 944, fecha en que Constantino se hace cargo del Imperio en solitario. Los libros I-IV se habrían elaborado después, si bien no se podría asegurar en qué momento se habrían terminado, por lo que aunque se suele pensar que pudieron realizarse en torno al 950, lo más sensato sería prolongar este límite hasta el fin de su reinado en el 959 como fecha *ante quem*. El libro VI, por consiguiente, se habría compuesto con posterioridad a esta.

Tampoco estamos en situación de dar nombres concretos como autores de los libros I-IV ni del último de ellos, habiendo resultado infructuosos hasta ahora los intentos por asignar una personalidad propia a alguno de los participantes en ellas. Fuera de toda duda resulta el hecho de que Constantino contaba con un grupo de colaboradores de elevada formación, que habrían participado de manera muy activa en todos los proyectos culturales que conocemos asociados al Porfirogeneta, tanto de carácter historiográfico como

de otro tipo. Con los datos, pues, de que disponemos habría que atribuir el trabajo a una o varias personas del círculo del emperador, aunque sea imposible establecer el grado de participación de cada una en el proceso de recopilación y selección de fuentes, redacción o incluso en la mera escritura. El problema es trasladable asimismo a la *Vita*, por cuanto la seguridad que hasta hace poco se tenía acerca de la plena autoría del Porfirogeneta se ha puesto en duda con los últimos estudios al respecto, punto este que trataremos más adelante.

Mención aparte cabría hacer de José Genesio, miembro de aquel círculo y autor de una obra titulada *Reinados* (*Βασιλειῆς*) que guarda grandes paralelismos con el *Continuador* y que podría haber constituido una primera versión de este, realizada por encargo del Porfirogeneta, si bien finalmente no habría sido de su pleno agrado, por lo que habría ordenado una nueva redacción. Ambas habrían compartido una fuente común todavía en estudio, aunque lo más probable es que se tratase de un dossier o conjunto de documentos, una recopilación de *excerpta*, pero no una crónica o una obra historiográfica de otro tipo. Sin embargo, debido a la escasez de bibliografía para los llamados siglos oscuros, se habría recurrido en ocasiones a algunas obras de contenido histórico, hoy perdidas, como la atribuida a Sergio el Confesor, e incluso a algunas elaboradas por la oposición, como la de Simeón Porfirogeneta, que debió de ser revisada y censurada para su uso, como se ha señalado ya al hablar del libro VI.

La cuestión de por qué la obra de Genesio incluía el reinado de Basilio si la *Vita* ya existía aún sigue abierta, aunque podría deberse precisamente al carácter independiente con que fueron concebidas ambas obras (de un lado la *Vita*; de otro, y con posterioridad, la continuación de Teófanos; o bien dos obras paralelas, como postula Varona), aunque luego el resultado hiciese decantarse al Porfirogeneta por su no inclusión en el conjunto, dejando la *Vita* como único documento para cuanto debía saberse acerca de su abuelo y su llegada al trono.

Tal vez influyera el enfoque final que se dio a los distintos reinados, como caminos de decadencia y perdición para el Imperio, o la propia visión que aportaba Genesio, menos parcial que la *Vita*, para decidir dejar solo esta última como visión autorizada, en enorme y luminoso contraste con el relato de los reinados anteriores.

En todo caso, no cabe duda de la estrecha relación entre la obra de Genesio y la *Vita*, que parece deberse más al empleo de fuentes comunes que a una interdependencia. Sin otros datos materiales hoy para juzgar dichas fuentes, se ha postulado un uso en común de uno (o varios) textos de tipo encomiástico, tanto por la estructura presente en ambas obras como por otros elementos que nos llevarían a un transfondo panegírico más que historiográfico, hecho este que parece descartado. Esta hipotética fuente (o fuentes) común habría sido elaborada en época de León VI, padre del Porfirogeneta y autor asimismo de una *Oración fúnebre* a la muerte de Basilio, su progenitor, cuyo posible empleo por parte de Genesio y muy en especial de la *Vita* es un debate no cerrado aún.

El encomio (o encomios) empleado por ambas obras respondería al esquema clásico, ya que se trataba de un tipo de composición muy querido en el mundo bizantino, utilizado sin interrupción desde época postclásica, si bien ello no impide que se hayan tomado como fuentes composiciones encomiásticas de muchos siglos atrás. En concreto, para la *Vita* se han señalado como posibles fuentes algunos discursos de Nicolás Damasceno o Libanio, pero también habrían sido recursos empleados en su elaboración algunos de los llamados "Espejos de príncipe", por la cercanía de sus presupuestos ideológicos al objetivo pretendido en la *Vita*, como modelo de soberanía ideal. En este sentido, la *Ciropedia* se plantea hoy como otra importante fuente para la presentación de ese modelo.

Finalmente, tanto en la *Vita* como en Genesio habrían intervenido otras fuentes documentales como listados, catálogos o material propio de archivos,

que podrían haber pasado a formar parte del conjunto de documentos de lo que consideramos como fuente común para *Genesio* y el *Continuador*, arriba señalada. Revisten especial importancia para nosotros las razones que pudieron llevar a Constantino Porfirogeneta y su grupo a hacer una continuación de la crónica de Teófanos. La elección de esta obra, más allá de cuestiones prácticas tales como la idea de crear una versión más “correcta” de uno los pocos materiales historiográficos con los que contaba el grupo de Constantino, de enorme difusión y prestigio entre los bizantinos, parece responder a varias motivaciones. En primer lugar, resulta evidente que tras la llegada al trono del Porfirogeneta se intensifica la labor de propaganda iniciada en tiempos de su abuelo Basilio, de la mano de personajes tan influyentes como el propio Focio. No es una novedad que la dinastía macedonia se destacó por un inmenso esfuerzo en este sentido, cuyas huellas permanecerían muchos siglos después, y que uno de sus artífices fundamentales sería el Porfirogeneta. La *Vita* sería el primer fruto de ese afán de Constantino por dar, una vez recuperado el trono, una visión *autorizada* del surgimiento de la nueva dinastía.

Partir, pues, de una cronografía de reconocido prestigio y compuesta por alguien de probada ortodoxia, era un modo de garantizar la veracidad y validez de su propio proyecto historiográfico, coherente con la versión oficial de los hechos que habían llevado al trono a Basilio, narrados en la *Vita*, y que permitían legitimar una dinastía que había llegado al trono de modo oscuro, tras el asesinato de su predecesor.

Si la *Vita* suponía no solo el retrato ideal de Basilio, sino la elaboración de un modelo de soberano como monumento para las generaciones futuras, imbricando en los elementos del encomio real clásico el paradigma de rey bíblico representado por David, y a pesar de que los libros del *Continuador* giran en torno a este esquema, no sería este el único objetivo. Con toda probabilidad los macedonios entendieron que el juego de fuerzas en el tablero político del orbe había cambiado, por lo que ya Basilio habría iniciado un

cambio en su política exterior, consciente de las limitaciones que las nuevas coordenadas imponían a Bizancio. El poder en aumento del papado, en coalición con Carlomagno y las nuevas potencias de Europa occidental, junto a la presión de los árabes, en un momento de debilidad institucional para el Imperio de Oriente, restaban capacidad de maniobra a los soberanos bizantinos, algo que ni isaurios ni amorios habían podido evitar, inmersos además en enormes conflictos internos. El primer macedonio habría optado por asumir la nueva situación adoptando lo que se ha dado en llamar el ecumenismo limitado.

Según esta teoría, se desterraba la idea de Imperio universal representada por Justiniano, para centrarse en sus límites de influencia reales, poniendo el centro de gravedad en la idea de la Nueva Roma y la figura de su creador, Constantino el Grande, como único punto de partida para emprender cualquier tentativa de ampliación, territorial o de otro tipo, sin ser acusados de ilegitimidad por Occidente. Ese espíritu habría movido las actuaciones de Basilio en el sur de Italia frente al avance árabe, con la aquiescencia del papa.

Esta línea de actuación política encontraría su plasmación en la historiografía con el Porfirogeneta, quien revisa y retoca, omitiendo unas cosas y variando el aspecto de otras, distintos documentos históricos a fin de eliminar alusiones al pasado ecuménico y universal, ahora desaparecido. Por su parte, su proyecto de continuación de Teófanos seguiría esta línea con un lenguaje muy estudiado, que obviara grandes desastres y limitase el alcance de otros males.

La delimitación de esta nueva ecumene, basada en el falso documento de la *Donatio*, permitía crear con las armas del enemigo un universo propio de actuación y autoridad plenamente vigente entre los pueblos bajo su influencia, aun a costa de reconocer otros imperios y emperadores hermanos, abandonando las aspiraciones a recuperar territorios perdidos. La historiografía impulsada por el Porfirogeneta, pues, sería netamente bizantina

desde este punto de vista, y estaría centrada en Basilio sobre todo por ser el principal representante de esa nueva política, gracias a la cual había obtenido grandes logros. Surgiría del convencimiento de lo acertado de esta postura frente a la tradicional, que ya no podía reportar nada al Imperio.

La obra de Teófanos se perfilaba como ideal en este contexto, ya que comienza con la desintegración del Imperio romano (Diocleciano) y acaba con el reconocimiento de Carlomagno (Miguel I), que supuso el fin de la idea del emperador único dentro de la ecumene. Sería una obra precursora del ecumenismo limitado, representado ya plenamente con la *Continuación*, que abarca desde ese momento hasta Romano II, es decir, hasta la coronación de otro emperador ajeno a Bizancio: Otón I.

Sin embargo, esta visión encontró una fuerte oposición entre la aristocracia conservadora, que consideraba irrenunciables los principios bizantinos más tradicionales, como la existencia de un único Imperio universal por designio divino, o la recuperación de áreas perdidas. Esta postura tiene su reflejo historiográfico en el uso de la conocida como crónica medieval, ajena a cuanto sucede en Occidente y escrita en un lenguaje simple, frente a la tendencia a formas más classicistas con presencia de la lengua culta. A pesar de sus últimos esfuerzos, empero, la creciente independencia de Occidente en todos los sentidos acabará con la idea universal, lo que supone el declive de la crónica medieval y la adopción definitiva de la historiografía de línea clásica, tal como se entendía en Bizancio.

Junto a estos, otros motivos secundarios habrían contribuido a elegir la crónica de Teófanos para una continuación, o mejor dicho, se añadían para reforzar dicha elección. Entre estos se encontraría el establecer unos lazos que permitían al Porfirogeneta otorgar un puesto de reconocimiento para su madre, concubina del emperador en el momento de su nacimiento, y cuyo posterior matrimonio con este fue origen de una fuerte disputa con la Iglesia. Por otra parte, seguiría una línea propia de los macedonios, al intentar entroncar su

dinastía con personas de probada santidad, y que tendría que ver con las formas que adopta el milenarismo en Bizancio.

La cercanía del fin de los tiempos, más que infundir temor hacia el cataclismo último, exigía poner en orden todos los asuntos del Estado para el momento de entregar el Imperio de nuevo a Cristo. Una característica de las postrimerías es esta del reinado conjunto de Cristo y los santos, donde participan los emperadores como una suerte de administradores en lo terreno, y parece claro que los macedonios consideraban muy probable que la Segunda Venida aconteciese en los días de alguno de ellos. Si la idea había obsesionado a Basilio, su nieto parecía verla confirmada en los acontecimientos de su propia vida, que en apariencia le garantizaban el apoyo divino, y por ello la vinculación a un santo de la talla de Teófanos tendría su lógica y vendría a sumarse a las demás razones que lo movieron a interesarse por su crónica.

En este sentido, la creación de la *Vita* tendría otro valor más, de carácter *escatológico*: elaborar el modelo de soberano perfecto y con todas las virtudes necesarias para ser digno de ese último gran cometido; una imagen que su dinastía debía imitar a fin de estar preparada para el mayor honor a que podía aspirar el soberano del único Imperio legitimado por Dios, a pesar del caos exterior.

Llegados a este punto, cabe abordar la cuestión de la autoría de la *Vita*. Tradicionalmente se ha dado por supuesto que es obra de Constantino Porfirogeneta, que habría sido un modélico hombre de letras de su tiempo. Según esta visión, sus circunstancias vitales habrían abonado su pasión por la erudición al estar apartado del ejercicio del poder, una afición que habría continuado al ocupar el trono en solitario, si bien esta preferencia por el mundo intelectual frente al político habría limitado su capacidad como gobernante, que podría calificarse de mediocre frente al usurpador Romano Lecapeno y el brillante Basilio.

Sin embargo, esta imagen ha sido cuestionada por algunos autores de gran prestigio, como el propio Ševčenko, quien considera que para emitir estos juicios en la mayoría de los casos se ha partido de ideas preconcebidas, llegando en ocasiones a atribuir a nuestro personaje habilidades, aficiones o logros culturales en absoluto contrastados. Con ello no está negando el papel del Porfirogeneta en el llamado Renacimiento Macedonio, sino exageraciones sin sentido en que podemos incurrir de no atenernos a los datos reales de que disponemos, y que a su juicio mostrarían más a un Constantino mecenas que a un ilustrado autor de diversas obras.

Ateniéndonos, pues, a las evidencias aportadas por los textos, e intentando sortear las posibles trampas tendidas en ellos por la propaganda imperial, hemos tratado de dilucidar si Constantino pudo componer una obra que exige cierta formación como es la *Vita*. La primera conclusión nos lleva a rebajar (o cuando menos, revisar), a partir de sus propias afirmaciones y de otras evidencias textuales, el nivel real de su formación, que plausiblemente podría haberse visto truncada a la muerte de su padre León, siendo él aún un niño, con las diversas intrigas de poder que se sucedieron a raíz de ello. Con todo, carecemos de datos que nos aporten más luz acerca de su educación, y solo podemos movernos en el terreno de las suposiciones.

Pero aceptar una erudición más limitada abre nuevos interrogantes sobre el grado y la forma de participación de Constantino en la obra, imposibles de resolver por completo al carecer en la actualidad de datos que amplíen nuestros conocimientos sobre el proceso de elaboración de la *Vita*. A este respecto, las posturas más extremas la consideran simplemente obra de un desconocido al servicio del emperador (Ševčenko); o bien fruto de un dictado de Constantino que un escriba habría plasmado por escrito, sin que podamos por ahora establecer el grado de intervención de este último en la creación oral de su patrono (*Αναγνώστᾱκης*); pero en nuestra opinión es más verosímil la idea de una autoría compartida como postula Signes Codoñer, es decir,

entender la *Vita* como producto de un equipo, aunque a día de hoy no podamos delimitar quiénes lo conformaban y qué asignaciones tenía cada miembro en las tareas de recopilación de datos y materiales, diseño de la estructura, elaboración del material, revisión del borrador, etc.

Tampoco estamos en situación de decir qué atribuciones tenía el propio emperador en dicho equipo, pero ello no bastaría para negar su participación, pues tan indudable como su interés por la vida intelectual y la cultura, demostrado por su implicación en el movimiento intelectual que conocemos como Renacimiento Macedonio, parece el hecho de que el proyecto debió de ser concebido por él mismo. En ese contexto, resulta difícil pensar que encargó algo tan importante para su reino de lo que luego se desentendió, o que ni siquiera se preocupara de elaborar el prólogo de la piedra angular de la propaganda macedonia. El Porfirogeneta, pues, sería de alguna manera autor de la *Vita*, y habría que concederle cuando menos el trasfondo ideológico que la impregna y la dirección intelectual del proyecto, pese a que no podamos concretar la forma de su actuación en ella, que muy probablemente se correspondería con un control de todo el proceso.

Este sistema de trabajo, por otra parte, sería característico de la cultura bizantina de la época, por lo que no sería justo despojar a Constantino de todo mérito juzgándolo desde el prisma de la investigación actual. Y si su implicación real en otras obras que la tradición le atribuye es mucho más relajada, tal vez por un menor interés o por falta de tiempo, ya que algunas podrían haber llegado a nosotros sin elaboración final, la presentación de la figura de su abuelo exigía, como asunto de Estado que era, una continua supervisión que parece haber existido, llevada a cabo por él mismo.

Yendo más allá, el conjunto de la *Vita* no solo estaría en consonancia con las hipótesis de Λουγγής sobre el ecumenismo limitado y la línea ideológica y política que habría impulsado el Porfirogeneta, sino que sería su centro de gravedad, y de nuevo es discutible que alguien tras un vasto proyecto como ese

lo dejase en otras manos sin más, independientemente de que su papel final haya sido el de supervisor / corrector / censor, etc. y no el de redactor. Su función, así, no habría sido nada despreciable a tenor de la versión que aprobó como imagen oficial de Basilio, máxime cuando conocemos que una primera, elaborada por Genesio, no fue de su total agrado.

El resultado final, además, nos aporta pistas que llevan a pensar en la sombra de Constantino, tanto por el enfoque del tema, claramente diseñado para presentar a Basilio como modelo absoluto de realeza y legítimo sucesor de Miguel por voluntad celestial, como por la adaptación de los hechos históricos allí presentados a la nueva realidad del Imperio, en armonía con cuanto revelan las demás obras que se le atribuyen, en especial las de carácter confidencial y manejo interno. Estas composiciones rezuman un pleno convencimiento del verdadero orden (τάξις) establecido por Dios y del papel preeminente que el Imperio, en realidad, el único Imperio merecedor de este nombre, ostenta en el mundo, por mucho que su momento histórico hubiese traído nuevos (y falsos) emperadores.

En este sentido, consideramos que esta visión *religiosa* del poder está presente en el ánimo de Constantino, tal vez por su formación, que bien pudo estar influida en un principio por su padre, cuyas inquietudes teológicas conocemos; tal vez por la evolución de su vida, que parecía confirmar la predilección divina por su dinastía y su persona; acaso por una presumible cercanía del Fin, como ya hemos señalado. De este modo, junto a la estatua de imitación que suponía la *Vita* para su abuelo, estaba creando la imagen de su propia legitimidad, haciendo de sí un retrato como fiel cumplidor de la encomienda divina de dirigir la nave del Imperio.

Otra cuestión fundamental junto a esta de la autoría es la relativa al género de la *Vita*. Al tratar la clasificación de esta obra siempre salen a escena los términos biografía, encomio e Historia en un debate nunca cerrado, donde los distintos autores suelen basar su postura en función del mayor o menor

número de elementos propios de un género concreto que encuentran en ella. Para enfocar la cuestión y llegar a conclusiones al respecto hay que partir de los tres ingredientes fundamentales que en su creación se dan cita: la conciencia de un nuevo período para el Imperio, necesitado por ello de su propia Historia escrita; de una figura inauguradora y motriz de ese cambio, Basilio, que exigía un enfoque no sólo biográfico, sino y especialmente encomiástico; y la creación de un modelo de soberanía que sirviese a la vez de *espejo* para sus sucesores en el trono.

Este entramado ideológico se habría canalizado dotando al material a disposición del autor de lo que podemos denominar una dimensión literaria, es decir, una estructura de este tipo, dinámica y variable, lejos del encorsetamiento que proporcionaría la fidelidad a un único género. En el fondo, eso mismo habría hecho Jenofonte con su *Ciropeia*: en su exploración de nuevas formas que diesen cabida al interés pedagógico tan propio de su época, había utilizado fórmulas distintas para presentar a un mismo personaje histórico, pero en esta obra había optado por lo que podemos llamar una forma literaria de hacer historiografía, donde el interés por la veracidad quedaba supeditado al mandato moralizante, a través de un personaje idealizado que se erigía en modelo de comportamiento e imitación para otros gobernantes.

En este sentido, y aunque la obra de Jenofonte abrió un camino no demasiado transitado, la intelectualidad del siglo X podía haber visto reflejada en esa senda muchos de sus intereses y gustos, ya que admitía la inclusión de datos históricos y ficticios en un retrato ético y atemporal, sin las limitaciones que el género y la verdad históricos imponen, además de servir a intereses propagandísticos, mucho más limitados en el caso de Jenofonte. La objetividad o la veracidad, por otra parte, estaban ya en Bizancio condicionadas a las nuevas metas.

Una cultura como la bizantina permitía con facilidad ese trasvase de elementos de distintos géneros al servicio de la finalidad perseguida, sin que

ello supusiera transgresión ni innovación alguna. Partía, además, de una rica tradición de la que se podían espigar los recursos más adecuados a la necesidad de cada obra y amalgamarlos en una sola producción. Plantear, pues, objeciones a su clasificación como obra historiográfica, biografía o encomio en estado puro, no tiene mayor sentido, ya que en el fondo supone aplicar nuestro concepto de género a un mundo donde las fronteras entre los distintos tipos eran bastante difusas.

A todo ello se añadiría la fuerte presencia de la oralidad en la cultura bizantina, no sólo en lo que conocemos como tradición popular, sino incluso en las altas capas sociales y su gusto por oír discursos u otras manifestaciones literarias de tipo oral. Este elemento habría dejado huellas en muchos aspectos presentes tanto en la *Vita* como en otras obras, aunque desde nuestra perspectiva ello sea un rasgo de poca seriedad en el quehacer literario o histórico. Recordemos que en este momento se está forjando la literatura no escrita de carácter popular / oral, cuyo gran representante es Διγενής Ακρίτας, por lo que no es de extrañar que esa sociedad generase formas donde resonasen los ecos de la oralidad, a pesar de su devoción por la prestigiosa tradición escrita y su mayor exponente, el aticismo.

De este modo, la *Vita* tendrá muy diversos componentes según el prisma desde el que se mire, desde su presentación como pretendida obra historiográfica hasta los muchos puntos en común con la propia *Ciropedia* o el encomio real. Habría que entenderla como un producto enmarcado en las coordenadas culturales bizantinas de su época, siendo un intento de definición considerarla una narración literaria (tal vez a pesar de su autor, quien probablemente tenía una visión muy distinta de la nuestra al respecto) polifacética, en la que sobre una estructura propia del βασιλικὸς λόγος se han entreverado elementos propios de una historiografía concebida desde el punto de vista bizantino, con otros, sobre todo ideológicos y con enorme presencia, de

los “Espejos de príncipe”, donde tampoco faltan destellos del ideario político general que sustentaba al Imperio, ni de la mencionada tradición oral.

La primera faceta analizada en nuestro estudio ha sido la Historiografía. La revisión de la *Vita* a la luz de sus principios nos permite extraer algunas conclusiones, siendo tal vez la principal que el autor consideraba que con su obra hacía un tipo de Historia, y como tal procura seguir muchos de los lugares comunes, como el concepto de estar escribiendo para evitar el olvido que acarrea el paso del tiempo; delimitar en el proemio el ámbito de lo que va a tratar y justificar sus márgenes; insistir en el tratamiento veraz del tema; introducir pasiones humanas (envidia) como motores del devenir histórico; mezclar lo útil con lo agradable al lector, etc.

Ahora bien, tendríamos que matizar que se trata de un tipo de hacer Historia puramente bizantino, es decir, con una enorme focalización en una sola persona al cargo del Imperio en un periodo concreto, y desde un punto de vista que no renuncia, antes bien, se presenta como interés declarado, al enfoque encomiástico, con una finalidad pedagógica hacia futuros gobernantes, que se presumen descendientes del personaje objeto de la obra. Este modo de afrontar una supuesta biografía histórica obliga al autor a distorsionar la realidad cuando determinados sucesos oscuros así lo exigen, o bien cuando hay una evidente carencia de datos para narrar otros.

Precisamente el formato elegido, básicamente el del βασιλικὸς λόγος, le permite esquivar el orden cronológico o no ser exacto en las fechas; evitar el excesivo rigor que un relato historiográfico “clásico” le exigiría; rehacer los sucesos a su manera y dar mayor relevancia a otros cuyo fulgor puede cubrir las zonas en sombra del personaje; incluso inventar lo necesario para destacar su virtud al frente de su cargo; y todo ello en aras de un bien mayor de carácter político, que garantice la legitimidad de esa dinastía, la pervivencia de ese derecho en la propia persona del autor (o inspirador) y la de su hijo, y la estabilidad del sistema general del Imperio, que se concibe como un todo

amenazado por distintas fuerzas externas, y presto a desmoronarse si ceden sus cimientos y la institución imperial es usurpada.

De este modo se introducen elementos de la ideología bizantina, como la influencia divina en todo el proceso histórico, en mayor medida incluso que en otros autores, pues solo así se justifica el nuevo inicio del Imperio con Basilio y, más allá, el que todo se haya conjurado para que el cetro vuelva a Constantino, a pesar de las insidias de gente muy poderosa como Romano Lecapeno.

Tampoco se escatiman otros elementos igualmente bizantinos, como las digresiones, la constante presencia de prodigios y profecías, las historias moralizantes, etc., que tal vez no deban achacarse tanto a incultura del autor como a una tendencia propia de su época, en la que todos esos elementos surgidos en la historiografía helenística aparecen hipertrofiados. Consideremos además la posibilidad ya vista de que las dimensiones del llamado Renacimiento Macedonio no fuesen tan dilatadas como tendemos a atribuirle, al igual que sucedería con la formación del Porfirogeneta, y de que la influencia real de la historiografía considerada clásica no hubiera sido tanta como cabría esperar en alguien como lo suponíamos a Constantino, a partir de los testimonios reales de sus fuentes y conocimientos con los que contamos.

Ciertamente, para nosotros el resultado es una obra poco seria si nos acercamos a ella desde la óptica de la historiografía clásica o moderna, pero en el contexto bizantino se trata de un producto lógico y esperable. La hibridación Historia / encomio / biografía es lo usual en ese mundo, aunque según cada autor el peso de un aspecto u otro varía y lo convierte a nuestros ojos en más o menos tendencioso. En nuestro caso, la tendencia epidíctica e isocrática es con mucho superior al elemento puramente historiográfico, por lo que su lugar dentro de las obras de Historia ha sido discutido, a pesar de que los bizantinos la incluían entre ellas sin duda alguna, y nos ha conducido, de hecho, a dedicar un apartado de este trabajo a su análisis desde el punto de vista de la retórica.

No queremos hacer, con todo, un alegato a ultranza a favor de Constantino y su obra, cuya parcialidad y maquillaje de la verdad resultan evidentes; tan solo expresar aquí que no se trata de un uso novedoso de la Historia como encomio (o del encomio con fondo histórico, según se mire), ni ello debe invalidar por completo la obra, con todos sus defectos, pero también sus virtudes. Es nuestra labor intentar entenderla dentro de sus coordenadas culturales e históricas: a fin de cuentas, antes de rasgarnos las vestiduras por sus manipulaciones y modo propagandístico de presentar la realidad, tal vez deberíamos echar un vistazo a la prensa del día de cualquier país y fecha tanto de nuestro presente siglo como del anterior.

Si dirigimos nuestra mirada ahora al estudio de la *Vita* desde la perspectiva del encomio isocrático, tendremos que concluir que es evidente su implicación en el engranaje del enorme sistema retórico motor del Imperio bizantino, gran heredero y fiel seguidor de unas formas que ya en época helenística dejaban atisbar la deriva que la retórica iba a tomar desde entonces. Mientras la oratoria consolidaba su situación en el modelo educativo e iba adquiriendo unas formas cada vez más estereotipadas, lejanas del sueño isocrático, la evolución política la convertiría, muy en especial en los territorios orientales, en instrumento eficaz no sólo de propaganda, sino incluso de mantenimiento y retroalimentación de las propias bases del Imperio. Por su parte, la implantación del cristianismo conlleva la adaptación de valores, ideas y conceptos al esquema fundamental del encomio, que no sufre mayores variaciones.

En este contexto, la *Vita* es otra obra al servicio de los intereses del Estado, pero un análisis atento nos lleva a concluir que no es una pieza más, uno de entre los muchos ejercicios laudatorios imperiales, sino que tanto la elección del tipo de discurso como de sus contenidos y modo de exposición, han sido cuidadosamente estudiados para cumplir con unos objetivos que van más allá de la mera adulación o presentación benévola de un gobernante.

En primer lugar, es innegable la relación con el encomio real (βασιλικὸς λόγος), que con toda probabilidad se eligió por las posibilidades que ofrecía para ensalzar la figura de Basilio evitando los puntos más espinosos, que en un relato histórico o exclusivamente biográfico deberían salir a relucir. En la comparación con el modelo de Menandro, y partiendo de que en la época del Porfirogeneta habría muchas variaciones de este, sin desvirtuar su concepto original, vimos el enorme paralelismo existente con la *Vita*, al tiempo que subrayamos las diferentes soluciones empleadas por el encomiasta de Basilio en su aplicación del modelo. Sin embargo, y a pesar de su más que tendencioso tono, el resultado está lejos de ser un mero discurso pomposo lleno de lisonjas, aunque las incluya también.

En esto juega un importante papel el formato escogido, en la línea del *Evágoras*, dedicado a un emperador ya desaparecido, y no del habitual encomio al aún reinante, referencia del modelo de Menandro. Ahora bien, del contraste entre el famoso discurso isocrático, inaugurador de toda una tradición de textos soporte para la exaltación del monarca, se desprende una influencia que va más allá de lo formal. Independientemente de si el autor de la *Vita* recurrió de modo directo al texto original, o si reflejó tópicos ya asimilados en el largo ejercicio de los discursos de fondo político y propagandístico, coincide plenamente con la intención de crear un canon de realeza más allá del mero elogio o de la limpieza de imagen de Basilio: aspira a ser una *estatua* de palabras eternas, un modelo de imitación para los miembros de su dinastía, valor ideológico este que nos remite al último punto de nuestro análisis y pone a la *Vita* en relación con la literatura admonitoria heredera de la tradición isocrática y muy consolidada ya en esta época.

Para transmitir esta imagen laudatoria y propagandística por una parte, pero llena de intención didáctica hacia los descendientes de Basilio, se ha recurrido a diversas ideas centrales presentes en el *Evágoras* y que no siempre han dejado eco en el modelo del encomio real, o bien han derivado en manidos

recursos de adulación, pero que constituyen puntales para los cimientos de la ideología política bizantina, como son la presencia constante del favor divino en su camino al trono, la firme aspiración a la virtud, y de modo muy especial el carácter de *homo novus* y restaurador del orden perdido.

Dicho de otro modo, no podemos ver en la *Vita* tan solo la redacción de un alumno aplicado y avezado en las técnicas del encomio y los *progymnasmata*, aun constituyendo un buen ejemplo de la pervivencia de estas prácticas y del gusto de los bizantinos por este tipo de discursos. La dimensión política que se trasluce en el texto excede a la meramente panegírica o propagandística propia de un sistema regido por un *monarca*, como era el Imperio de Oriente, donde las composiciones de alabanza al soberano formaban parte del propio ceremonial y funcionamiento de la institución, y se presentaban bajo diversas especies, como poemas o discursos, a veces incluso representaciones artísticas (iconos, murales, objetos de decoración, etc.) a las que se trasladaban los mismos principios de las obras escritas.

Asimismo, vimos cómo las variaciones con respecto al modelo de Menandro o el isocrático suelen obedecer a motivos políticos más que literarios, e incluso la presencia de digresiones u otros recursos, que en principio parecen indicar escasa habilidad retórica o un gusto por la prolijidad muy alejado de nuestros cánones (y de lo que el propio Isócrates consideraría aceptable), tiene un complejo trasfondo que trasciende lo puramente ornamental o encomiástico.

Desde este punto de vista, aunque como encomio sea un producto mejorable, si bien digno y cuidado, no es de extrañar la importancia atribuida por Constantino a esta obra, y el enorme esfuerzo de su entorno por recopilar fuentes para su elaboración, cuyo contenido revela una línea muy estudiada y lejos de limitarse a un canto sesgado y laudatorio para su abuelo, ni a un mero intento de justificar su adquisición de poder, algo que, por otra parte, ya había hecho de alguna manera su hijo León con la *Oración fúnebre*.

El último análisis de nuestra obra ha partido desde el punto de vista de la teoría política bizantina. Podría decirse que este es el aspecto más destacado de la *Vita*, en un sentido pluridireccional, ya que no sólo persigue la realización de un modelo de realeza que confiera legitimidad al fundador de la dinastía macedonia, y por ende, al propio Porfirogeneta, sino que lo hace a manera de “Espejo” para todos los soberanos descendientes de Basilio; y junto a ello presenta, desarrolla y justifica los principios políticos que han movido al Imperio desde el primer macedonio, además de reflejar la ideología política bizantina con los pertinentes cambios adoptados por esta dinastía.

Ciertamente, y como se ha señalado desde siempre, la *Vita* es un cántico de loa a Basilio y justificación de su acceso al trono, donde las pretensiones de rigor histórico formuladas en el proemio se disipan frente al elemento encomiástico. Ese carácter panegírico explicaría, como ya hemos señalado, la elección de un modelo literario como el encomio real, en el que el texto fluye libre de las ataduras de la estricta labor historiográfica. Este esquema, además, centrado en las virtudes del soberano, permite una mejor exposición de las cualidades ideales para el gobierno, que siguiendo una tradición ya reflejada por Menandro, en época del Porfirogeneta revelaba los cambios sufridos en la ideología imperial tras el surgimiento del Imperio de Oriente y la adopción del cristianismo como religión oficial. De este modo, junto a la tétrada clásica (fortaleza, templanza, justicia, prudencia) se nos muestran como virtudes inseparables del monarca otras como la piedad religiosa o la *φιλανθρωπία*.

La *Vita* evidencia otras variaciones profundas en el concepto de soberanía, siendo tal vez la principal el desplazamiento del concepto de divinidad del emperador, propio de la época final del Imperio Romano, hacia el de representante de la Divinidad única, que ha previsto en Su economía no sólo la creación de una Nueva Roma, precursora de la Nueva Jerusalén, sino la elección constante de emperadores capaces de llevar a buen puerto esa preciosa nave. Esta será justamente la idea motriz que recorre la obra: la unción divina

(y secreta) de Basilio como emperador desde su nacimiento, junto a la intervención del Cielo para llevarlo al trono y restituir la soberanía mancillada por el anterior elegido, quien se había apartado de su sagrada misión.

Para este fin se adapta la historia de una figura bíblica fundamental en la concepción política bizantina como era el rey David, pero con una estructura mucho más trabajada que en otros casos anteriores, con numerosos y estudiados paralelismos, que incluyen el retrato de Miguel III como un nuevo Saúl que pasa del sincero afecto al odio profundo, dominado por un espíritu maligno (su tendencia a la depravación); la pérdida del primogénito del rey, el luto y su rápida recuperación; el encuentro con Abigail, etc. El personaje de David permitía abrir la puerta a la legitimación de la oscura adquisición del poder del macedonio, siempre con un halo místico de voluntad divina unido a la exención de toda culpa en la muerte de su predecesor. En última instancia, el largo excursus describiendo la caída al vacío moral de Miguel aspira al encumbramiento de Basilio por contraste, y no solo a la descalificación del amorio.

Es innegable esta intención de justificar y dar legitimidad a la llegada al trono de Basilio por el asesinato de quien había sido un ungido y, por extensión, de toda la dinastía macedonia, pero limitarnos a esto no sería más que permanecer en la superficie de la obra. Un segundo plano, de mayor calado político, sería mostrar la nueva posición de Bizancio en el complejo tablero que los distintos sucesos en Occidente habían creado. Basilio consigue el reconocimiento de una ecumene propia para el Imperio de Oriente y de su legítimo derecho a una autonomía de movimientos en dicho ámbito, y esto supone un significativo avance con respecto a la dinastía anterior; y si bien esta había obtenido más logros de los que el Porfirogeneta está dispuesto a reconocer, esos pequeños triunfos se han de oscurecer u ocultar por el bien mayor que supone la presentación de un nuevo comienzo.

De este modo, desde el proemio de la obra se delimita el ámbito “bizantino” de su temática, no entendido como en las crónicas monacales, sino propiamente como el espacio / tiempo de la Historia del Imperio de Oriente. Subraya el autor que, ante la imposibilidad de ocuparse de tan amplia y compleja cuestión, se centrará en Basilio por ser el principal representante de lo que puede entenderse como soberanía, *id est*, de esta novedosa idea de ecumenismo, y ante todo, del nuevo orden de cosas, que no solo beneficia a Bizancio, sino que le devuelve la única posición de poder que puede reivindicar tras el avance del papado y de los reinos emergentes. Toda la *Vita* es recorrida por este concepto, desde el (no) tratamiento del asunto de Focio hasta la explicación de las campañas en Italia, o la descripción de las evangelizaciones.

Afianzar el convencimiento de una nueva era, un punto y aparte en todos los sentidos, es, pues, un objetivo central de nuestra obra, y no solo de cara a sus súbditos, sino también hacia el exterior. Al tiempo que se cultiva una vez más la idea de independencia y orgullo de seguir siendo “el Imperio”, frente a cualquier otro que pretenda arrogarse ese título, se marcan las líneas de la nueva política bizantina, unos límites ante los que no se va a retroceder. En este sentido, la *Vita* es el relato del comienzo de una nueva era, una edad dorada que los macedonios han perpetuado a lo largo de varios siglos. La difusión de esta imagen se considera imprescindible y vital para la propia supervivencia del Imperio.

Al mismo tiempo, el retrato que la obra hace de Basilio como monarca indica el fortalecimiento de la institución imperial y la delimitación de sus deberes, frente a la delegación de cargos o poderes que presentaban demasiado riesgo (como en el caso de Miguel), o el avance de la esfera de influencia del patriarca, aunque esto último se omite por completo. El cargo del emperador vuelve a mostrarse como único y firme, y su figura se proyecta como la del padre bueno siempre alerta, protector y procurador de todos los bienes para el

súbdito, compasivo y moderado cuando es necesario, implacable con el mal que acecha bajo distintas formas (corrupción, venalidad, intrigas, etc.); pero también como cima del poder legítimo terrenal, consejero fiel y bondadoso defensor de otros pueblos a él supeditados, paladín de la fe y garante del orden cósmico establecido.

Un último aspecto dentro de este apartado sería la declarada intención de construir un modelo de realeza, pero no solo para proyectar un retrato idealizado y perfecto de un soberano que despierte admiración y cree una imagen irreprochable para la posteridad, sino como un verdadero monumento de imitación para sus descendientes. Esta idea entronca, obviamente, con el *Evágoras*, pero sobre todo se inscribe en la tradición admonitoria de los “Espejos de Príncipe”, obras que procuran aconsejar al monarca, toda vez que por la naturaleza de la ideología del poder en Bizancio no hay una literatura centrada en la soberanía, sino que se limita a abordarla desde esta perspectiva tangencial.

El hecho de que la *Vita* no siga la estructura convencional de estos tratados no impide que pueda ser leída e interpretada a la luz de sus principios básicos, con fuerte presencia en toda la obra. Es más, en el fondo, la elección del encomio real y su enfoque basado en las virtudes permitía cómodamente mostrar a ese gobernante ideal y digno de emulación por sus adornos morales, tal cual se trazan en dichas obras, al tiempo que se creaba un retrato en negativo de Miguel, carente de todas las cualidades deseables en un buen monarca, para redundar aún más en el modelado de la imagen perfecta de Basilio. Incluso la elección de David como referencia proporcionaba algunos elementos (como el arrepentimiento o la aceptación del dolor) que pondrían de relieve la humanidad de Basilio y la dimensión de su esfuerzo por alcanzar la virtud, y su capacidad de examen introspectivo, puntos básicos en esta literatura admonitoria.

Prácticamente todos los tópicos propios de los “Espejos” se dan cita en el personaje de Basilio y se adaptan a su comportamiento como un traje cortado a medida. Así, desde los tópicos retóricos, con la importancia del cultivo de la virtud y de los valores tradicionales, hasta los religiosos, donde destaca la figura del soberano humano ante todo, a pesar de su semejanza con la divinidad, a la que representa, o su piedad extrema y su celo en la defensa de la religión. Especial atención merecen los tópicos propiamente políticos, como el del ejercicio del gobierno como la más alta distinción y tarea que puede recibir el hombre; la justicia, austeridad, filantropía, magnanimidad y la búsqueda del bien común como principios elementales del buen gobierno; o la necesidad de sabios consejos, que lleva aparejado el discernimiento entre consejeros y aduladores. Por su parte, los tópicos éticos completan la descripción del primer macedonio: austeridad, laboriosidad, amor por el estudio y la educación; desprecio de las pasiones y placeres junto al dominio de sí mismo; coherencia entre pensamiento y obra.

Es evidente que muchas de estas ideas ya han escapado de la órbita isocrática o tardoimperial para atravesar el tamiz del cristianismo y teñirse con ese significado, como también lo es el hecho de que el Porfirogeneta quiso hacer de ellos el núcleo de la imagen de soberanía que debía proyectarse. Si Basilio había intentado crear una visión de sí mismo como apoyada por Dios para ahuyentar las sombras que se cernían sobre su corona, continuada por León en su laudatoria (tanto como exculpatoria) *Oración fúnebre*, Constantino va más allá al llenar de sentido moral, conforme al tácito derecho político-religioso bizantino, al primer macedonio, y con ello extenderlo a sus sucesores y, por ende, a su propio reinado. No se trata de un mero lavado de cara, ni de un panfleto propagandístico más. Desde su punto de vista es una necesidad política exigida por el orden de cosas de su época, un recurso de fortaleza para su propio gobierno y el futuro del Imperio.

Por último, después de este repaso por las que hemos juzgado cuestiones centrales de nuestro trabajo, restaría hacer un balance final del estudio y una valoración global de la obra. En este sentido, la principal conclusión tal vez sería doble: de un lado, la enorme complejidad que encierra la *Vita* bajo su revestimiento de encomio real, y la necesidad de revisión de cuanto creíamos aceptado acerca de Constantino y el llamado Renacimiento Macedonio, sin que ello signifique una desvalorización de ambos.

En el actual estado de las investigaciones, no se puede seguir pensando en el Porfirogeneta como autor de la obra tal y como se entendía hace unos años, en su papel de creador intelectual y físico propio de un hombre de elevadísima formación, quien habría promovido ese renacimiento que constituiría una primera vuelta al clasicismo. No obstante, aún habrá que profundizar más en el estudio de la época de nuestro macedonio antes de despojarlo por completo del mérito que se le había atribuido o concederle nuevos logros. Por el momento, la prudencia invita a considerarlo ante todo como alguien con un profundo interés por la cultura, aun cuando su formación pudiera presentar deficiencias; una especie de mecenas, si se quiere, pero con una enorme implicación personal en proyectos bien definidos y con toda probabilidad surgidos de su iniciativa. En este sentido, la imagen sugerida por algunos investigadores de Constantino como alguien que solo rubrica las obras y se desentiende del resto del proceso, no parece cuadrar con el contenido de, al menos, las de corte político.

Parece lógico, con todo, que ante la amplitud de los trabajos emprendidos su participación fuese limitada, y en muchos casos se habrían quedado en fase de elaboración al dejar Constantino la esfera de lo mortal, pero es evidente la atención prestada a lo que podríamos denominar los cimientos del Imperio: ante todo, la *Vita*, el *DAI* y *De cerimoniis*. Esto revela una especial preocupación por el orden cósmico establecido y el papel del Imperio en él, y nos lleva a pensar en las razones del Porfirogeneta para ese afán de

recopilación del saber. Más allá del interés propio de un coleccionista de conocimientos o devorador de libros, parece plausible pensar en el papel político / ideológico de sus proyectos, bien como guías que garantizaran el mantenimiento de ese orden, modelos para sus descendientes o inventarios para rendir cuentas ante un presumible fin del imperio terreno. El hecho de que su ferviente actividad surgiera al llegar al trono abona la idea de su apartamiento del acceso al saber en los años previos, pero también nos plantea la posibilidad de que interpretase la, a buen seguro por muchos años descartada, adquisición de la soberanía como una señal de apoyo divino para la dinastía, y con ello se recuperara mucho de la ideología místico / política del poder que habían promovido sus predecesores macedonios sobre una base preexistente que daba sentido al papel imperial en Bizancio. Más allá de otro tipo de consideraciones, en el caso de Constantino VII parece haberse traducido en un profundo sentido religioso de la βασιλεία, más quizá que otros emperadores antes o después de él, quizá por sus circunstancias personales. Esa ideología habría promovido la creación del magno plan cultural del Porfirogeneta.

Por esas mismas razones debemos ver en el conocido como Renacimiento Macedonio más una corriente nutricia para este trasfondo ideológico que un coleccionismo casi compulsivo y de cortas miras, como a veces se ha caracterizado, capaz de mutilar lo que a nuestro juicio son joyas de la creación antigua. Tanto la selección como los objetivos responderían a los principios ideológicos que aquí hemos expuesto, por lo que habrían limitado el interés al clasicismo tardío y a ciertas áreas o géneros, a lo que se añadiría la cuestión de los materiales realmente a su disposición, cuyo verdadero alcance desconocemos aún.

Todos estos aspectos inciden de manera directa en la forma final y el contenido de la *Vita*, que se presenta así como un producto difícil de clasificar para la filología de nuestro tiempo, pero profundamente bizantino en su

concepción tanto como en su ejecución. En ella encomio, Historia, biografía y admonición se dan cita en una misma obra contaminada de elementos orales, rompiendo así en apariencia los estrictos moldes de los diversos géneros implicados, que en Bizancio se desvanecen. Quizá la conclusión última a este respecto sea la consideración de la *Vita* como un testamento político al tiempo que acta de la situación de un *ordo*; un esforzado intento por aportar a los futuros gobernantes las claves de la supervivencia del Imperio en lo que se percibe como un acoso y asedio desde distintos frentes (Occidente, el avance musulmán, la presión de los eslavos, etc.). El ensalzamiento de Basilio no es solo una labor de limpieza de un nombre y una dinastía, sino el último asidero firme en la tormenta de los tiempos.

Es obvio que el estudio de una obra así no puede darse por concluido en estas páginas, convencimiento que enseguida tuvimos al trabajar con ella, pero confiamos en haber aportado una visión global de la *Vita* a todo aquel que desee acercarse a ella como objeto de investigación; un punto de partida que la sitúa en sus coordenadas temporales e ideológicas, al tiempo que marca las lagunas aún existentes en ciertos campos y las líneas de estudio aún abiertas.

De este modo, hemos procurado reunir en una primera parte todos los datos relativos a la autoría, emplazamiento con respecto a la obra de Teófanos, motivaciones de su elaboración, la personalidad del Porfirogeneta y su relación con la obra, o el personaje real de Basilio y su reinado, procurando recoger las posturas más recientes de los estudiosos al respecto. Asimismo, se incluye una descripción de la obra propiamente dicha, su estructura, los personajes, el tratamiento del material y el lenguaje utilizado. En una segunda parte hemos tratado de dar una visión de conjunto sobre el posible género de la *Vita* y su relación con los principales aspectos implicados a nuestro entender en ella, como son la producción historiográfica, el encomio y la ideología política.

El lector podrá así tener una serie de recursos como base para futuras ampliaciones de puntos concretos o desarrollo de otros aún no suficientemente

abordados, algunos de los cuales se han apuntado a lo largo de nuestro trabajo, como el estudio de las relaciones entre la *Vita* y otras obras políticas de la órbita del Porfirogeneta, como el *DAI*; una comparación más profunda con la obra de Menandro y en especial con otros encomios reales, así como con discursos de Libanio y la teoría de la realeza que se desprende de la obra de Temistio; la comparación detallada con los *Capítulos Admonitorios* y su contraste con otros “Espejos de Príncipe”; la posible relación del largo excursus descriptivo de las obras y reedificaciones de Basilio con el *Περὶ κτισμάτων* de Procopio, en su dimensión política. Del mismo modo, resultaría de enorme interés avanzar en la investigación de otros componentes internos de la obra, como el análisis detenido de la presencia de las virtudes en ella; la función de las distintas digresiones y los posibles motivos de su inclusión en un pasaje concreto; un estudio de la presentación de caracteres, etc.

A la vista de todos estos cabos aún sueltos es claro que la red que conforma la obra aún requiere dedicación y estudio para su desentrañamiento total, al igual que la personalidad y actitudes de Constantino se nos han revelado mucho más complejas de lo que habíamos supuesto. Si no fue un esforzado y valeroso batallador, es innegable que puso su intelecto al servicio de los intereses del Estado, más allá de la simple erudición, y aunque no podamos por el momento delimitar el grado y la forma de su contribución, sabemos que tras la imagen difundida por los macedonios está siempre la sombra del Porfirogeneta, quien debió de perfilar las líneas iniciadas ya con el propio Basilio, probablemente por el mismísimo Focio, y seguidas por su padre León, diseñando nuevas estrategias que las completaran.

La visión, pues, que proyecta la *Vita* sobre el Imperio y su soberano sienta las bases de un Estado plenamente bizantino, consciente de su lugar y limitaciones, pero no por ello inferior ni desmoralizado. Según esta, los macedonios habrían logrado la gran proeza de renovar todos los aspectos del orden cósmico desde la asimilación de todo lo grande de su pasado *bizantino*,

como el liderazgo político y espiritual de Constantino el Grande o la labor legislativa de Justiniano; todo ello en la persona de Basilio como punto de partida. Han puesto así el contador de su Historia a cero para iniciar una senda nueva que garantice la supervivencia de un Imperio como cordero en medio de lobos que lo acechan, y que solo la fidelidad a este camino puede garantizar.

Esta necesidad política no debe perderse de vista a la hora de valorar finalmente la *Vita*, pues condiciona tanto su formato como su contenido, e impide su consideración como documento historiográfico fiable, al tiempo que roza a menudo la literatura en la presentación de muchos pasajes. Es precisamente el enorme y trascendental concepto ideológico que subyace en la obra el que nos hace disculpar sus deficiencias tanto en su papel de ejercicio literario como historiográfico; sin olvidar, no obstante, que nada en ella parece azaroso ni copiado sin más, sino muy meditado y fruto de profunda elaboración. En última instancia, su inspirador era lo que nosotros llamaríamos un eterno superviviente, y como tal supo sacar partido a sus aptitudes personales tanto como a los medios que tenía a su alcance, materiales o de difusión.

En todo caso, no podemos pasar por alto que nuestra obra marca una clara diferencia con las creaciones anteriores, tanto en el ámbito de la Historiografía de la época como en el del encomio, tantas veces imitado según los esquemas de época imperial, representados por Menandro. Entre las producciones que nos han llegado y a falta de otros datos, la *Vita* contiene un nuevo punto de vista narrativo que centraliza el interés en la persona de un monarca, en línea con el resto del *Continuador*, si bien el desarrollo de la materia es por completo distinto, por la funcionalidad concreta de nuestra obra. No obstante, y en la medida de las posibilidades que su esquema permite, frente al más libre en ese sentido del *Continuador*, comparte con este un renovado interés en la expresión cuidada, con adornos retóricos o en la inclusión de referencias a la tradición clásica. También se constata un esfuerzo

por añadir algunas pinceladas de estudio psicológico en determinados personajes, o cuando menos una evolución en su comportamiento, aunque sea siempre al servicio de los intereses de la narración, por lo general encaminados a la glorificación de Basilio o a justificar hechos¹⁴¹⁴. Incluso se retrata alguna debilidad del macedonio, con toda probabilidad por influencia de la inspiración admonitoria derivada de los “Espejos”. A esto habría que añadir la interacción de las figuras retratadas, que como señala Kazhdan¹⁴¹⁵ dista mucho del tratamiento en paralelo propio de la literatura hagiográfica, únicos ejemplos biográficos existentes previos a la *Vita*.

Es cierto, con todo, que el modelado psicológico de los personajes es muy rudimentario o inexistente en algunos, y que Miguel se describe como un negativo absoluto de las brillantes virtudes de Basilio, pero el hecho de presentar una completa oposición moral y de caracteres entre ambos, así como entre otros personajes, va más allá de los dictados del encomio menandro y de la tradicional actitud de las crónicas de siglos anteriores o el relato romo de las hagiografías, por lo que supone el paso del medievo más puro a una nueva perspectiva que empieza a tomar como referencia el enfoque adoptado en obras de Jenofonte o Plutarco, aunque el resultado sea una pálida sombra de aquellos gigantes. El esquema del encomio real sería, pues, una mera cimbra para sujetar un complejo edificio que amalgama diversos estilos y presenta vivos relieves con respecto al original.

Y si como joya literaria o investigación histórica no destaca en demasía, su potencial ideológico e influencia posterior es indudable, no ya como pura

¹⁴¹⁴ Como ejemplos estaría el cambio de actitud del ambicioso Bardas, cuando ve en el nuevo coemperador Basilio un problema para su control del poder; o la descripción de un Miguel atormentado por sus vicios, pero temeroso de la cólera divina cuando su conjura contra el macedonio se frustra y muere uno de los participantes, o angustiado y pesaroso por sus actos en los breves momentos de lucidez; incluso las lágrimas del fiel siervo de Crisoquir cuando ve a su señor abatido y decapitado. En el caso de Bardas y Miguel esos rasgos de su carácter son causa directa de las conjuras que los llevan a la muerte.

¹⁴¹⁵ KAZHDAN, A. P., *op. cit.*, pp. 140-141.

propaganda, concepto con frecuencia aducido al hablar de la *Vita* y que por supuesto era una de sus principales funciones, sino como elemento estabilizador por su transmisión de una sensación de seguridad y protección divina, de un timón firme en la nave del Imperio, junto a la pedagogía del poder. Constantino nos muestra cuánto pesa la corona y qué concesiones se deben hacer a la verdad histórica en aras del supuesto bien mayor del Estado. En el fondo, el suyo es un espejo en el que nos seguimos reflejando los hombres de las generaciones posteriores. La imagen que nos devuelve revela qué poco hemos cambiado.

D. BIBLIOGRAFÍA

BIBLIOGRAFÍA

A. FUENTES

AMBROSIO DE MILÁN

-MIGNE, J. P. (ed.), *De obitu Theodosii oratio*, PL 16, 1385-1406A, París, 1845

ANAXÍMENES DE LÁMPSACO (?)

-SÁNCHEZ SANZ, J. (ed.), *Retórica a Alejandro*, Salamanca 1989.

ANTIGUO TESTAMENTO (SEPTUAGINTA)

-ΑΠΟΣΤΟΛΙΚΗ ΔΙΑΚΟΝΙΑ ΤΗΣ ΕΚΚΛΗΣΙΑΣ ΤΗΣ ΕΛΛΑΔΟΣ (ed.), *Παλαιά Διαθήκη*, Atenas 1990

-RAHLFS, A. (ed.), *Septuaginta*, vol. I (*Leges et historiae*) y II (*Libri poetici et prophetici*), 1971.

-*Biblia de Jerusalén*, Madrid 1994.

ARISTÓTELES

-BYWATER, I. (ed.), *Ethica Nicomachea*, Oxford 1970

-ROSS, W. D. (ed.), *Ars Rhetorica*, Oxford 1959.

-CALVO MARTÍNEZ, J. L. (introd., trad. y notas), *Ética a Nicómaco*, Madrid 2008.

-RACIONERO, Q. (introd., trad. y notas), *Retórica*, Madrid 1990.

BASILIO I

-MIGNE, J. P. (ed.), *Basilii imp., Leonis patris, capita hortatoria ad filium, ex edit. Bandurii* (Πρὸς Λέοντα Κεφάλαια Παρααινετικά), PG 106, XXI-LVI, París, 1863.

BOECIO

-MIGNE, J. P. (ed.), *De consolazione philosophiae*, PL 63, 579-870 A, París 1847.

-PÉREZ GÓMEZ, L. (introd., trad. y notas), *La consolación de la filosofía*, Madrid 1997.

CICERÓN

-ISO ECHEGOYEN, J. J. (introd., trad. y notas), *Sobre el Orador*, Madrid 2002.

CONSTANTINO PORFIROGENETA

- BEKKER, I. (ed.), *De thematibus et De administrando imperio* (CSHB), Bonn 1840.
- MORAVCSIK, G. (ed.), JENKINS, R. J. H. (trad. al inglés), *De administrando Imperio* (CFHB), Washington D. C., 1967.
- JENKINS, R. J. H. ET ALII, (ed.), *De administrando Imperio*, vol. II, *Commentary*, Londres 1962.
- REISKE, J. (ed.), *De cerimoniis aulae byzantinae* (CSHB), Bonn 1829.
- BOISSEVAIN, U. Ph.; DE BOOR, C.; BÜTTNER-WOBST, TH. y ROOS, A. G. (eds.), *Excerpta historica iussu imp. Constantini Porphyrogeniti confecta*, vols. I-IV, Berlín 1903-1910.

(Vide VITA BASILII)

CONTINUADOR DE JORGE EL MONJE

- BEKKER, I. (ed.), *Georgii Monachi Vitae Recentiorum Imperatorum*, en *Theophanis Continuatus, Ioannes Cameniata, Symeon Magister, Georgius Monachus* (CSHB), 763-924, Bonn 1838.

CONTINUADOR DE TEÓFANES

- BEKKER, I. (ed.), *Theophanis Continuatus*, en *Theophanis Continuatus, Ioannes Cameniata, Symeon Magister, Georgius Monachus* (CSHB), 3-481, Bonn 1838.

(Vide VITA BASILII)

DEMÓSTENES

- DILT, M. R. (ed.), *Demosthenis Orationes*, Nueva York 2002-2009.

DIODORO SÍCULO

- OLDFATHER, C. H. (ed. y trad. al inglés), *Diodorus of Sicily: Library of History*, vol. IV, Cambridge 1989.
- VOGEL, F. (ed.), *Diodori bibliotheca historica*, vol. II, Leipzig 1890.
- TORRES ESBARRANCH, J. J. (trad. y notas), *Biblioteca Histórica*, vol. III, Madrid 2006.

EURÍPIDES

- NAUCK, A.; SNELL, B (eds.), *Tragicorum Graecorum Fragmenta. Supplementum continens nova fragmenta Euripidea et Adespota apud scriptores veteres reperta adiecit Bruno Snell*, Hildesheim 1964.

EUSEBIO DE CESAREA

-MIGNE, J. P. (ed.), *Vita Constantini*, PG 20, 910-1230, París 1857.

FOCIO

-MIGNE, J. P. (ed.), *Photii, Constantinopolitani Patriarchae, Opera Omnia*, PG 102, París 1900.

GENESIO

-MIGNE, J. P. (ed.), *Iosephi Genesii Historia de Rebus Constantinopolitanis*, PG 109, 823-1156, París 1863.

-NIABHΣ, Π. (trad.); ΤΣΟΥΓΚΑΡΑΚΗΣ, Δ. (intr. y revisión científica), *Περὶ Βασιλειῶν*, Atenas 1994.

HERMÓGENES

-RABE, H. (ed.) *Hermogenis opera*, Stuttgart 1985.

-SANCHO ROYO, A. (introd., trad. y notas) *Sobre los tipos de estilo; Sobre el método del tipo Fuerza*, Sevilla 1991.

-WOOTEN, C. W. (trad. al inglés), *Hermogenes' On Types of Style*, Chapel Hill-London 1987.

HERODOTO

-GODLEY, A. D. (ed.) *Herodotus. The Persian Wars*, vols. I-IV, Cambridge 1998.

HOMERO

-ALLEN, TH. W.; MONRO, D. B. (eds.), *Homeri opera Iliadis libros I-XII continens (vol. I) et XIII-XXIV (vol. II)*, Oxford 1990-1991.

-ALLEN, TH. W. (ed.), *Homeri opera Odysseae libros I-XII continens (vol. III) et XIII-XXIV (vol. IV)*, Oxford 1990.

-CRESPO GÜEMES, E. (trad., prólogo y notas), *Iliada*, Madrid 2008.

-FERNÁNDEZ-GALIANO, M. (introd.); PABÓN, J. M. (trad.), *Odisea*, Madrid 2008.

ISÓCRATES

-NORLIN, G. (ed. y trad. al inglés) *Isocrates*, vols. I-III, Londres 1980-1986.

-GUZMÁN HERMIDA, J. (introd., trad. y notas), *Discursos*, vols. I-II, Madrid 1979-1980.

JENOFONTE

- MARCHANT, E. C. (ed.), *Agesilaus, Xenophontis opera omnia* (vol. V), Oxford 1988.
- IDEM, *Historia graeca, Xenophontis opera omnia* (vol. I), Oxford 1987.
- GUNTIÑAS TUÑÓN, O. (introd., trad. y notas), *Helénicas*, Madrid 1994.
- SANZ ROMANILLOS, A.; ORTIZ Y SANZ, J.; RIAÑO, J. M. (trad. y notas), *Biógrafos griegos. Plutarco: Vidas paralelas. Diógenes Laercio: Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres. Filostrato: Vidas de los sofistas. Jenofonte: Agesilao*, Madrid 1964.

JORGE SINCELO

- MOSSHAMMER, A. A. (ed.) *Syncellus, Georgius: Ecloga Chronographica*, Leipzig 1984.

LEÓN EL DIÁCONO

- HASE, K. B. (ed.) *Leonis Diaconi Caloënsis Historiae Libri Decem (CSHB)*, París 1828.

LEÓN EL GRAMÁTICO

- BEKKER, I. (ed.), *Leonis Grammatici Chronographia (CSHB)*, Bonn 1842.

LEÓN VI EL SABIO

- MIGNE, J. P. (ed.), *Leonis Romanorum Imperatoris Augusti, cognomine Sapientis, opera quae reperiri potuerunt omnia, PG 106*, París, 1863.
- VOGT, A. ; HAUSHERR, I., "Oraison funèbre de Basile I par son fils Leon VI le Sage", *Orientalia Christiana XXVI* 1 (1932).

LIBANIO

- GIBSON, C. A. (ed., trad. al inglés y notas), *Libanius's Progymnasmata. Model Exercises in Greek Prose Composition and Rhetoric*, Atlanta 2008.

LISIAS

- LAMB, W. R. M. (ed. y trad. al inglés), *Lysias*, Londres 1930.
- CALVO MARTÍNEZ, J. L. (introd., trad. y notas), *Discursos*, Madrid 1988.

LIUTPRANDO DE CREMONA

- CAVALLERO, P. A. (ed., trad. y notas), *Antapódosis o Retribución*, Madrid 2007.

LUCIANO DE SAMOSATA

- JAKOBITZ, K. (ed.), *Luciani Samosatensis Opera*, vol. II, Leipzig 1913.
- ΚΟΝΔΥΛΑΚΗΣ, ΙΩ. (ed. y trad. al griego moderno), *Πῶς δεῖ ἱστορίαν συγγράφειν, Λουκιανοῦ Ἄπαντα*, tomo VI, Atenas 1911.
- ZARAGOZA BOTELLA, J. (trad. y notas), *Sobre cómo escribir la Historia*, Madrid 1990.

MENANDRO EL RÉTOR

- RUSELL, D. A.; WILSON, N. G. (ed., trad. y comentarios), *Menander Rhetor: a commentary*, Oxford 2004.
- GARCÍA GARCÍA, M.; GUTIÉRREZ CALDERÓN, J. (trad. y notas); GASCÓ, F. (introd.), *Dos tratados de retórica epidíctica*, Madrid 1996.

MIGUEL PSELO

- LITTLEWOOD, A. R. (ed.), *Michaelis Pselli Oratoria Minora*, Leipzig 1985.

NUEVO TESTAMENTO

- BOVER, J. M.; O'CALLAGHAN, J. (eds.) *Nuevo Testamento Trilingüe*, Madrid 2005.

PLATÓN

- BURNET, J. (ed.), *Phaedrus, Platonis opera*, vol. II, Oxford 1991.
- SERRANO CANTARÍN, R.; DÍAZ DE CERIO DÍEZ, M. (ed. crítica, introd., trad. y notas), *Gorgias*, Madrid 2000.
- GIL, L. (trad.) *El Banquete / Fedón / Fedro*, Barcelona 1983.

PLINIO EL JOVEN

- SHÄFER, J. A. (ed. y trad. al alemán), *Caii Plinii Caecilii Secundi Opera*, vol. II, Viena 1814.
- MARTÍN IGLESIAS, J. C. (ed. y trad.), *Epistolario (libros I-X). Panegírico del emperador Trajano*, Madrid 2007.

PLUTARCO

- BABBITT, F. C. (ed. y trad. al inglés), *Apophthegmata Laconica, Plutarch's Moralia*, vol. III (172A-263C), Cambridge 1989.
- PERRIN, B. (ed. y trad. al inglés), *Plutarch's Lives*, vols. I-XI, Londres 1962-1967.

-BERGUA CAVERO, J.; BUENO MORILLO, S.; GUZMÁN HERMIDA, J. M. (introd. trad. y notas), *Vidas paralelas: Alejandro-César, Agesilao-Pompeyo, Sertorio-Eumenes* (vol. VI), Madrid 2007.

-LÓPEZ SALVÁ, M. (trad., introd. y notas); MEDEL, M^a. A. (introd. y notas), *Obras morales y de costumbres (Moralia)*, vol. III, Madrid 1987.

-PÉREZ JIMÉNEZ, A. (introd., trad. y notas), *Vidas paralelas*, vol. I, 1985.

POLIBIO

-BÜTTNER-WOBST, TH. (ed.), *Polybii Historiae*, vols. I-V, Stuttgart 1962-1967.

-RODRÍGUEZ ALONSO, C. (ed.), *Polibio. Selección de historias*, Madrid 1986.

QUINTILIANO

-ORTEGA CARMONA, A. (ed. bilingüe, trad. y comentarios), *Quintiliano de Calahorra. Obra Completa*, vol. I (libros I-III), Salamanca 1996.

SIMEÓN MAGISTRO

-BEKKER, I. (ed.), *Symeonis Magistri ac Logothetae Annales a Leone Armenio ad Nicephorum Phocam*, en *Theophanis Continuatus, Ioannes Cameniata, Symeon Magister, Georgius Monachus* (CSHB), 603-760, Bonn 1838.

SUETONIO

-PICÓN, V. (ed. y trad.), *Vida de los Césares*, Madrid 1998.

TEMISTIO

-DINDORF, W. (ed.), *Themistii Orationes ex Codice Mediolanensi*, Leipzig 1832.

-RITORÉ PONCE, J. (intr., trad. y notas), *Discursos políticos*, Madrid 2000.

TEÓFANES CONFESOR

-DE BOOR (ed.), *Theophanis Chronographia*, Leipzig 1883.

-YANNOPOULOS, P.; COULIE, B. (eds.), *Thesaurus Theophanis Confessoris: Chronographia*, Turnhout 1998.

-MANGO, C.; SCOTT, R. (intr., trad. al inglés y comentarios), *The Chronicle of Theophanes Confessor*, Oxford 1997.

VITA BASILII

-BEKKER, I. (ed.) *Theophanes Continuatus*, en *Theophanis Continuatus, Ioannes Cameniata, Symeon Magister, Georgius Monachus* (CSHB), 211-353, Bonn 1838.

-MIGNE, J. P. (ed.), *Scriptores post Theophanem ex editione Francisci Combefisii*, PG 109, París 1863.

-ŠEVČENKO, I. (ed.); MANGO, C. (intr.); CERBU, TH. (estudio de manuscritos), *Chronographiae quae Theophanis Continuati nomine fertur Liber V quo Vita Basilii Imperatoris amplectitur* (CFHB), Berlín-Boston 2011.

-BREYER, L. (intr., trad. al alemán, comentarios y notas), *Vom Bauernhof auf den Kaiserthron. Leben des Kaisers Basileios I, des Begründers der Makedonischen Dynastie, beschrieben von seinem Enkel, dem Kaiser Konstantinos VII Porphyrogenetos*, Graz 1981.

-ΣΙΑΔΕΡΗ, Χ. (intr., trad. al griego moderno, comentarios y notas), *Βίος Βασιλείου. Η βιογραφία του αυτοκράτορα Βασιλείου Α' του Μακεδόνας από τον εστεμμένο εγγονό του*, Atenas 2010.

B. DICCIONARIOS

BAILLY, A., *Dictionnaire Grec-Français*, París 1950.

DU CANGE, *Glossarium ad scriptores Mediae et Infimae Graecitatis*, Graz 1958.

GRIMAL, P., *Diccionario de mitología griega y romana*, Barcelona 1981.

LIDELL, H. G.; SCOTT, R., *Μέγα Λεξικόν τῆς Ἑλληνικῆς Γλώσσης*, Atenas 2001.

PAPADOPULU, P., *Ελληνο-ισπανικό λεξικό θρησκευτικών όρων*.

SOPHOCLES, E. A., *Greek Lexicon of the Roman and Byzantine Periods (from B. C. 146 to A. D. 1100)*, vols. I-II, Nueva York 1957.

ΚΑΤΣΑΡΟΣ, Β., *Βυζαντινό Λεξικό Σουΐδα 10ος αιώνας μ. Χ.*, Atenas 2002.

C. ESTUDIOS

ADONTZ, N., "La portée historique de l'oraison funèbre de Basile I par son fils Léon VI le Sage". *Byz* 8 (1933), pp. 501-513.

- "L'âge et l'origine de l'empereur Basile I" (primera parte), *Byz* 8 (1933), pp. 475-500.

- "L'âge et l'origine de l'empereur Basile I" (segunda parte), *Byz* 9 (1934), pp. 223-260.

AFINOGENOV, D., “Κωνσταντινούπολις ἐπίσκοπον ἔχει. The Rise of the Patriarchal Power in Byzantium from Nicaeum II to Epanagoga. Part I: from Nicaenum II to the Second Outbreak of Iconoclasm”, *Erytheia* 15 (1994), pp. 45-65.

-“Κωνσταντινούπολις ἐπίσκοπον ἔχει. The Rise of the Patriarchal Power in Byzantium from Nicaeum II to Epanagoga. Part II: from the Second Outbreak of Iconoclasm to the Death of Methodios”, *Erytheia* 17 (1996), pp. 43-71.

AHRWEILER, H., (*Vide* ΓΛΥΚΑΤΖΗ-ΑΡΒΕΛΕΡ)

ALEXANDER, P. J., “Secular Biography at Byzantium”. *Speculum* 15 (1940), pp. 194-209.

-“The Strength of Empire and Capital Seen through Byzantine Eyes”. *Speculum* 37 (1962), pp. 339-357.

ANDRÉS SANTOS (*Vide* SIGNES CODOÑER)

ANGELIDI, CH. (ed.); KAZHDAN, A. P., *A History of Byzantine Literature (850-1000)*, Atenas 2006.

ANTONOPOULOU, TH., *The homilies of the Emperor Leo VI*, Leiden-New York-Köln 1997.

BALDRICH LÓPEZ, M^a. S., *La influencia de la historiografía griega en la Ὑλη Ἱστορίας de Nicéforo Brienio*, Tesis doctoral, Universidad de Granada, 2009.

BARISIC, F., “Génésios et le Continuateur de Théophane”, *Byz* 28 (1958), pp. 119-133.

-“Les sources de Génésios et du Continuateur de Théophane pour l’histoire du règne de Michel II (820-829)”, *Byz* 31 (1961) pp. 257-271.

BARNES, T. D., *Constantine and Eusebius*, Harvard 1981.

BAYNES, N. H., “The Thought-World of East Rome”, *Byzantine Studies and Other Essays*, Londres, 1955.

BECK, H. G., *Ἱστορία της Βυζαντινῆς Δημώδους Λογοτεχνίας (Geschichte der byzantinischen Volksliteratur)*, Munich 1971), Atenas 1989.

-*Η Βυζαντινή Χιλιετία (Das byzantinische Jahrtausend)*, Munich 1978), Atenas 1992.

BICKERMAN, E., “Consecratio”, en *Le culte des souverains dans l’Empire romain*, Entretiens de la Fondation Hardt XIX, Ginebra, 1972, pp. 1-37.

BLISIDOU, B., *External policy and internal reaction in the time of Basil I*, Atenas 1991.

(Vide ΒΑΣΙΛΙΔΟΥ)

BOURDARA, C. A., "Quelques cas de *damnatio memoriae* à l'époque de la dynastie macédonienne", *JÖB* 32/2, pp. 337-346.

BRÉHIER, L., *Las instituciones del Imperio Bizantino (Les Institutions de l'Empire byzantin)*, México D. F. 1956.

- "Ἱερεὺς καὶ Βασιλεύς", *Memorial L. Petit. Mélanges d'histoire et d'archéologie Byzantines (Archives de l'Orient Chrétien 1)*, Bucarest 1948, pp. 41-45.

BROKKAAR, W. G., "Basil Lacapenus. Byzantium in the Tenth Century", en BAKKER, W. F. ; VAN GEMERT, A. F. ; AERTS, W. J. (eds.), *Studia Byzantina et Neohellenica Neerlandica (=Byzantina Neerlandica 3)*, Leiden 1972, pp. 199-234.

BROOKS, E. W., "On the date of the first four books of the Continuator of Theophanes", *BZ* 10 (1901), pp. 416-417.

BROWNING, R., *Η Μεσαιωνική και Νέα Ελληνική Γλώσσα (Medieval and Modern Greek)*, Londres 1969), Atenas 1991.

- *Βυζαντινή Αυτοκρατορία (The Byzantine Empire, Nueva York 1980)*, Atenas 1992.

BRYCE, J., *The Holy Roman Empire*, Londres 1904.

BUCHTHAL, H., "The Exaltation of David", *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes* 37 (1974), pp. 330-333.

BURGESS, T. C., "Epideictic Literature", *Chicago Studies in Classical Philology* 3 (1902), pp. 89-261.

BURY, J. B., *The Constitution of the Later Roman Empire*, Cambridge 1910.

- *A History of the Eastern Roman Empire from the Fall of Irene to the Accession of Basil I (A. D. 802-867)*, Londres 1912.

CANDAU MORÓN, J. M^a., "Luciano y la función de la historia", *Habis* 7 (1976), pp. 57-74.

CANDAU MORÓN, J. M^a.; GASCÓ, F.; RAMÍREZ DE VERGER, A. (eds.), *La imagen de la realeza en la Antigüedad*, Madrid 1988.

- ČIČUROV, I. S., “Феофан Исповедник — публикатор, редактор, автор?: (В связи со статьей К. Манго)” (Teófanos Confesor: ¿editor, redactor, autor? A propósito del artículo de C. Mango), *VizVrem* 42 (1981), pp. 78-87.
- CORTÉS, M., “El tema de la coronación simbólica en el arte bizantino de la 2ª Edad de Oro”, *Erytheia* 9. 1 (1988), pp. 133-141.
- CUTLER, A.; OIKONOMIDES, N., “An Imperial Byzantine Casket and Its Fate at a Humanist’s Hands”, *ArtB* 70 (1988), pp. 77-87.
- DAGRON, G., *Emperador y Sacerdote: estudio sobre el “cesaropapismo” bizantino*, Granada 2007.
- DAIN, A., “L’encyclopédisme de Constantin Porphyrogénète”, *Lettres d’humanité* 12 (1953), pp. 64-81.
- “La transmission des textes littéraires classiques de Photius à Constantin Porphyrogénète”, *DOP* 8 (1954), pp. 31-47.
- DARROUZES, J., *Épistoliers byzantines du Xe siècle*, París 1960.
- DENNIS, G. T., “Imperial Panegyric: Rhetoric and Reality”, en MAGUIRE, H. (ed.), *Byzantine Court Culture from 829 to 1204*, Washington 1997, pp. 131-140.
- DIEHL, CH., *Byzance: grandeur et décadence*, París 1919.
- EGEA, J. M., “La lengua de la Historiografía bizantina tras el cambio lingüístico”, *Erytheia* 11-12 (1990-1991), pp. 21-32.
- ELVIRA BARBA, M. A., “Las estatuas animadas de Constantinopla”, *Erytheia* 8. 1 (1987), pp. 99-115.
- ENSSLIN, W., *Gottkaiser und Kaiser von Gottes Gnaden*, Munich 1943.
- FEATHERSTONE, J. M., “The Logothete Chronicle in Vat. gr. 163”, *OCP* 64 (1998), pp. 419-434.
- “Theophanes Continuatus VI and *De Cerimoniis* I, 96”, *BZ* 104 (2011), pp. 109-116)
- “Theophanes Continuatus: a History for the Palace”, en ODORICO, P. (ed.), *La face cachée de la littérature byzantine. Le texte en tant que message immédiat. Actes du colloque international Paris 5-7 Juin 2008 (EHESS) (=Dossiers Byzantines 11)*, París 2012, pp. 123-135.

- FINLEY, M. I., *El legado de Grecia*, Barcelona 1983.
- FRENDO, J., "History and Panegyric in the Age of Heraclius: The Literary Background to the Composition of the *Histories* of Theophylact Simocatta", *DOP* 42 (1988), pp. 143-156.
- GARCÍA PELAYO, M., *El Reino de Dios, arquetipo político. Estudio sobre las formas políticas de la alta Edad Media*, Revista de Occidente, Madrid 1959.
- GARLAND, L., *Byzantine Empresses. Women and Power in Byzantium AD 527-1204*, Londres-Nueva York 1999.
- GEANAKOPOLOS, D. J., "Church and State in the Byzantine Empire: A Reconsideration of the Problem of Caesaropapism", *Church History* 34 (1965), pp. 381-403.
- (Vide ΓΙΑΝΝΑΚΟΠΟΥΛΟΣ)
- GERSTEL, S. E. J., "Saint Eudokia and the Imperial Household of Leo VI", *ArtB* 79 (1997), pp. 699-707.
- GIBBON, E., *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, (VI vols.), Londres 1943-1951.
- GIL, J. "A la espera del fin del mundo", *Erytheia* 21 (2000), pp. 7-38.
- GREGORY, T. E., "The Political Program of Constantine Porphyrogenitus", *Actes du XVe Congrès International d'Études Byzantines (1976) IV (Histoire)*, Atenas 1980, pp. 122-130.
- GRIERSON, PH. (With an Additional Note by MANGO, C.; ŠEVČENKO, I.), "The Tombs and Obits of the Byzantine Emperors", *DOP* 16 (1962), pp. 3-63.
- HAMILTON, J. A., *Byzantine Architecture and Decoration*, Londres 1956.
- HEATH, M., "Theon and the History of the progymnasmata", *Greek, Roman and Byzantine Studies* 43, nº 2 (2002/03), pp. 129-160.
- HINTERBERGER, M., "Envy and Nemesis in the *Vita Basilii* and Leo the Deacon: literary mimesis or something more?", en MACRIDES, R. (ed.), *History as Literature in Byzantium. Papers from the Fortieth Spring Symposium of Byzantine Studies, University of Birmingham, April 2007*, Farnham 2010, pp. 187-204.
- HIRSCH, F., *Byzantinische Studien*, Leipzig 1876.

- HOLMES, C., "Political Literacy", en STEPHENSON, P. (ed.), *The Byzantine World*, Londres 2010.
- HUXLEY, G. L., "The Scholarship of Constantine Porphyrogenitus", *PRIA* 80C (1980), pp. 29-40.
- HUNGER, H., "On the Imitation (ΜΙΜΗΣΙΣ) of Antiquity in Byzantine Literature", *DOP* 23-24 (1969-70), pp. 15-38.
- "The Classical Tradition in Byzantine Literature: the Importance of Rhetoric", en MULLET, M. y SCOTT, R. (eds.), en *Byzantium and the Classical Tradition*, Birmingham 1981, pp. 35-47.
- *Βυζαντινὴ Λογοτεχνία. Ἡ λόγια κοσμικὴ γραμματεία τῶν Βυζαντινῶν (Die hochsprachliche profane Literatur der Byzantiner*, Munich 1978), Atenas 1992.
- IGLESIAS ZOIDO, J. C., "Arengas, retórica e historiografía: reflexiones sobre la *Rhetorica militaris* de Siriano Magister", *Talia dixit* 6 (2011), pp. 139-157.
- IORGA, N., "Médaillons d'histoire littéraire byzantine, 9 : Les Continuaters de Théophane ; 10 : L'œuvre de Constantin le Porphyrogénète", *Byz* 2 (1925), pp. 253-266.
- JAEGER, W., *Paideia: los ideales de la cultura griega*, Ciudad de México 1957.
- JENKINS, R. J. H., "Constantine VII's Portrait of Michael III", *Bulletin des Académie Royale Belgique des Sciences, des Lettres*, V, 34 (1948), pp. 71-77 (reeditado en *Studies on Byzantine History of the 9th and 10th Centuries*, Londres 1970, estudio I).
- "The Classical Background of the *Scriptores post Theophanem*", *DOP* 8 (1954), pp. 13-30.
- "The Hellenistic Origins of Byzantine Literature", *DOP* 17 (1963), pp. 39-52.
- "The Chronological Accuracy of the 'Logothete' for the Years A. D. 867-913", *DOP* 19 (1965), pp. 91-112.
- JENKINS, R. J. H ; MANGO, C., "The Date and Significance of the Tenth Homily of Photius", *DOP* 9/10 (1956), pp. 124-140.
- JOLIVET-LEVY, C., "L'image du pouvoir dans l'art byzantin à l'époque de la dynastie macédonienne", *Byz* 57 (1987), pp. 441-470.
- KALAVREZOU, I., "Helping Hands for the Empire: Imperial Ceremonies and the Cult of Relics at the Byzantine Court", en MAGUIRE, H. (ed.), *Byzantine Court Culture from 829 to 1204*, Washington 1997, pp. 53-99.

KARLIN-HAYTER, P., "The Emperor Alexander's Bad Name", *Speculum* 44 (1969), pp. 585-596.

-"The enjeu d'un rumeur. Opinion et imaginaire à Byzance au IXe siècle", *JÖB* 14 (1991), pp. 85-111.

KAZHDAN, A. P., (*Vide* ANGELIDI)

KENNEDY, G. A., "The Classical Tradition in Rhetoric", en *Byzantium and the Classical Tradition*, Birmingham 1981, pp. 20-34.

-*Greek Rhetoric under Christian Emperors*, Princeton 1983.

-*A New History of Classical Rhetoric*, Princeton 1994.

-*Classical Rhetoric and Its Christian and Secular Tradition from Ancient to Modern Times*, Chapel Hill-London 1999.

KOUTAVA-DELIVORIA, B., "Qui était Daniélis?", *Byz* 71/1 (2001), pp. 98-109.

KOUTRAKOU, N. C., *La propagande impériale Byzantine. Persuasion et réaction (VIIIe-Xe siècles)*, Atenas 1994.

KRUMBACHER, K., *Ιστορία τῆς Βυζαντινῆς Λογοτεχνίας (Geschichte der byzantinischen Literatur von Justinian bis zum Ende des oströmischen Reiches (527-1453))*, Munich 1891, Atenas 1955.

KUMANIECKI, K., "Notes critiques sur le texte de Théophane Continué", *Byz* 7 (1932), pp. 235-237.

KUSTAS, G., "The Literary Criticism of Photius. A Christian Definition of Style", *Ελληνικά* 17 (1962), pp. 132-169.

LAMPROS, SP., (*Vide* ΛΑΜΠΡΟΣ)

LECHNER, K., *Hellenen und Barbaren im Weltbild der Byzantiner: Die alten Beziehungen als Ausdruck eines neuen Kulturbewusstseins*, Munich 1954.

LEMERLE, P., "L'encyclopédisme à Byzance à l'apogée de l'empire, et particulièrement sous Constantin VII Porphyrogénète", *CahHistM* 9 (1966), pp. 596-616.

-*Ο πρώτος Βυζαντινός Οὐμανισμός (Le premier humanisme byzantine)*, Paris 1971, Atenas 1981.

- LENSKI, N., "The Reign of Constantine", en *The Cambridge Companion to the Age of Constantine*, Cambridge 2006, pp. 59-90.
- LIDOV, A., "El emperador bizantino y los iconos taumatúrgicos: el proyecto de León el Sabio en Santa Sofía", *Erytheia* 23 (2002), pp. 77-118.
- LITAVRIN, G. G., "Bizancio y los eslavos antes y después del bautismo de éstos", *Erytheia* 18 (1997), pp. 39-48.
- LITTLEWOOD, A. R., "The Symbolism of the Apple in Greek and Roman Literature", *HSCP* 72 (1968), pp. 147-181.
- "The Symbolism of the Apple in Byzantine Literature", *JÖB* 23 (1974), pp. 33-59.
- LJUBARSKIJ, J. N., "Любарский Яков Николаевич. Феофан Исповедник и источники его «Хронографии»: (К вопросу о методах их освоения)" (Teófanos Confesor y las fuentes de su *Cronografía*: sobre los métodos de su desarrollo), *VizVrem* 45 (1984), pp. 72-86.
- "New Trends in the Study of Byzantine Historiography", *DOP* 47 (1993), pp. 131-138.
- LÓPEZ EIRE, A., "La retórica de Aristóteles", en *Hirviendo palabras. La retórica en la Antigua Grecia*, Antiqua - VIII Jornadas sobre la Antigüedad, Guipúzcoa, 26-28 de noviembre de 2001. (Artículo digital, disponible en la red: [http://antiqua.gipuzkoakultura.net/retorica de aristoteles.php](http://antiqua.gipuzkoakultura.net/retorica_de_aristoteles.php)).
- "La influencia de la Retórica sobre la Historiografía desde el Helenismo a la Antigüedad tardía", *Talia dixit* 3 (2008), pp. 1-32.
- LÓPEZ FÉREZ, J. A. (ed.), *Historia de la literatura griega*, Madrid 1988.
- LÓPEZ GRIGERA, L., "Teorías del estilo en el Siglo de Oro", en ARIZA VIGUERA, M. (ed.), *Actas del II Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, vol. II, Madrid 1992, pp. 703-714.
- *La retórica en la España del Siglo de Oro: teoría y práctica*, Salamanca 1995.
- LOZANO GÓMEZ, F., "Historias fabulosas: un aspecto de la construcción de la divinidad de los emperadores romanos", *Habis* 39 (2008), pp. 153-162.
- LOUNGHIS, T. C., "L'Historiographie de l'époque Macédonienne et la domination Byzantine sur les peuples du Sud-Est Européen d'après les traités de paix du IXe Siècle", *Balkan Studies* 21 (1980), pp. 69-86.

(Vide ΛΟΥΤΤΗΣ)

MACCORMACK, S., "Change and Continuity in Late Antiquity: the Ceremony of *Adventus*", *Historia* 21 (1972), pp. 721-752.

- "Latin Prose Panegyrics: Tradition and Discontinuity in the Later Roman Empire", *REAug* 22 (1976), pp. 29-77.

MAGDALINO, P., "Observations on the Nea Ekklesia of Basil I", *JÖB* 37 (1987), pp. 51-64.

- "Basil I, Leo VI and the Feast of the Prophet Elijah", *JÖB* 38 (1988), pp. 193-196.

- "The Bath of Leo the Wise and the 'Macedonian Renaissance' revisited: Topography, Iconography, Ceremonial, Ideology", *DOP* 42 (1988), pp. 97-118.

- "Saint Demetrios and Leo VI", *BSI* 51 (1990), pp. 198-201.

- "The Year 1000 in Byzantium", en MAGDALINO, P. (ed.), *Byzantium in the Year 1000*, Leiden 2003, pp. 233-270.

MAGUIRE, H., "The Art of Comparing in Byzantium", *ArtB* 70 (1988), pp. 88-103.

- "Epigrams, Art and the 'Macedonian Renaissance' ", *DOP* 48 (1994), pp. 105-115.

-(ed.), *Byzantine Court Culture from 829 to 1204*, Washington 1997.

- "Gardens and Parks in Constantinople", *DOP* 54 (2000), pp. 251-264.

MAIER, F. G., *Bizancio*, Madrid 1987.

MANGO, C., "The Legend of Leo the Wise", *ZRVI* 6 (1960), pp. 59-93 (reeditado en *Byzantium and its Image*, Londres 1984, estudio XVI).

- "Eudocia Ingerina, the Normans and the Macedonian Dynasty", *ZRVI* 14/15 (1973), pp. 17-27 (reeditado en *Byzantium and its Image*, Londres 1984, estudio XV).

- "Who Wrote the Chronicle of Theophanes?", *ZRVI* 18 (1978), pp. 9-17 (reeditado en *Byzantium and its Image*, Londres 1984, estudio XI).

- "Discontinuity with the Classical Past in Bizantium", en *Byzantium and the Classical Tradition*, Birmingham 1981, pp. 48-57.

- "The Tradition of Byzantine Chronography", *HUS* 12-13 (1988-89), pp. 360-372.

MARCÓPULOS, A., "La historiografía bizantina y Constantino VII Porfirogénito", *Erytheia* 7. 2 (1986), pp. 201-205.

(Vide MARKOPOULOS)

MARKOPOULOS, A., "Le témoignage du Vaticanus gr 163 pour la période entre 945-963", *Σύμμεικτα* 3 (1979), pp. 85-119.

- "Théodore Daphnopatès et la continuation de Théophane", *JÖB* 35 (1985), pp. 171-182.

- "An Anonymous Laudatory Poem on Basil I", *DOP* 46, *Homo byzantinus: Papers in Honor of Alexander Kazhdan*, (1992), pp. 225-232.

- "Constantine the Great in Macedonian Historiography", en MAGDALINO, P., (ed.), *New Constantines. The Rhythm of Imperial Renewal in Byzantium, 4th-13th Centuries*, Aldershot 1994, pp. 159-170.

- "Kaiser Basileios I und Hippolytus. Sage und Geschichte", en VASIS, I. ET ALII (eds.), *Lesarten. Festschrift für Athanasios Kambylis zum 70. Geburtstag dargebracht von Schülern, Kollegen un Freunden*, Berlín-Nueva York 1998, pp. 81-91 (reeditado en versión inglesa con el título de "The Emperor Basil I and Hippolytus. Legend and History" en *History and Literature of Byzantium in the 9th-10th Centuries*, Aldershot 2004, estudio XIX)

- "Autour des Chapitres parénétiques de Basil 1^{er}", *Εὐψυχία. Mélanges offerts à Hélène Ahrweiler*, París 1998, pp. 469-479.

- "Byzantine History Writing at the End of the First Millenium", en MAGDALINO, P. (ed.), *Byzantium in the year 1000*, Leiden-Boston 2003, pp. 183-197.

- "Roman Antiquarianism: Aspects of the Roman Past in the Middle Byzantine Period (9th-11th c.)", en JEFFREYS, E. (ed.), *Proceedings of the 21st International Congress of Byzantine Studies; London, 21-26 August 2006*, Aldershot 2007, pp. 277-297.

- "Genesis: a study", en KOTZABASSI, S. y MAVROMATIS, G. (eds.), *Realia Byzantina*, Berlín 2009, pp. 137-150.

(Vide ΜΑΡΚΟΠΟΥΛΟΣ)

MARROU, H. I., *Historia de la educación en la Antigüedad*, Madrid 1985

MARTÍNEZ GARCÍA, F. J., "La Universidad de Constantinopla en el Renacimiento Macedonio", *Erytheia* 11-12 (1990-91), pp. 77-96.

MAVROMATIS, L., "Historia bizantina e Historia", *Erytheia* 11-12 (1990-91), pp. 65-70.

- MCCORMICK, M., *Eternal Victory: Triumphal Rulership in Late Antiquity, Byzantium, and the Early Medieval West*, Cambridge 1986.
- MOMIGLIANO, A., *The Development of Greek Biography*, Cambridge (Massachusetts) 1971.
-*Génesis y desarrollo de la biografía en Grecia*, Méjico D. F. 1986.
- MONTANELLI, I., *Historia de Roma*, Barcelona 1996.
- MORALEJO ÁLVAREZ, J. J., "El mito en la retórica imperial (Elio Teón, Hermógenes, Apsines, Aftonio)", en LÓPEZ FÉREZ, J. A. (ed.), *Mitos en la literatura griega helenística e imperial*, Madrid 2003, pp. 391-401.
- MORÁN, G. M., *Comunidad política y religiosa: claves de la cultura jurídica europea*, (vol. I), La Coruña 2008.
- MORAVCSIK, G., "Sagen und Legenden über Kaiser Basileios I", *DOP* 15 (1961), pp. 59-126.
- MORFAKIDIS FILACTÓS, M., "Apuntes sobre el 'Espejo de Príncipes' en la retórica bizantina: el caso de Tomás Magistro", *Florentia Iliberritana* 3 (1992), pp. 399-411.
- MOREY, C. R., "The 'Byzantine Renaissance' ", *Speculum* 14 (1939), pp. 139-159.
- MULLET, M., "Dancing With Deconstructionists in the Gardens of the Muses: New Literary History vs?", *BMGS* 14 (1990), pp. 258-275.
-"The Madness of Genre", *DOP* 46, *Homo Byzantinus: Papers in Honor of Alexander Kazhdan* (1992), pp. 233-243.
-"Rhetoric, theory and the imperative of performance: Byzantium and now", en JEFFREYS, E. (ed.), *Rhetoric in Byzantium*, Aldershot 2003, pp. 151-170.
- MUÑIZ GRIJALVO, E., "El ideal imperial en la obra de Libanio", *Habis* 31 (2000), pp. 355-363.
- NICKLES, H. G., "The Continuatio Theophanis", *TAPA* 68 (1937), pp. 221-227.
- ODORICO, P., "La cultura della συλλογή. 1) Il cosiddetto enciclopedismo bizantino. 2) Le tavole del sapere di Giovanni Damasceno", *BZ* 83 (1990), pp. 1-21.
- OIKONOMIDES, N., "Leo VI and the Narthex Mosaic of Saint Sophia", *DOP* 30 (1976), pp. 153-172.

(Vide CUTLER)

OSSANDÓN WIDOW, M. E., "Notas acerca de la 'Tetragamia' de León VI, El Sabio", *Byzantion Nea Hellas*, 17-18 (1998-99), pp. 61-84.

OSTROGORSKY, G., *Historia del Estado Bizantino*, Madrid 1984.

PATLAGEAN, E., "De la Chasse et du Souverain", *DOP* 46 (1992), pp. 257-266.

PÉREZ MENA, R.; MORENO SÁNCHEZ, A. I., "¿Un nuevo David en la corte de Bizancio? Consideraciones sobre la aplicación del modelo de soberano bíblico en la *Vita Basilii*", *Analecta Malacitana* 16. 2 (1993), pp. 227-255.

PERTUSI, A., "Il pensiero politico", en *La Civiltà Bizantina dal IV al IX secolo. Aspetti e problemi. Corsi di Studi I*, Bari 1977, pp. 33-85.

POHLSANDER, H. A., *The Emperor Constantine*, Nueva York 1996.

POLITIS, L., *Historia de la literatura griega moderna*, Madrid 1994.

PONCE, M^a. J., "Menandro Rétor y el discurso imperial", *Habis* 29 (1998), pp. 221-232.

POPEANGA, E., "El mundo románico occidental y la Historiografía bizantina. Puntos de encuentro", *Erytheia* 13 (1992), pp. 159-170.

PREVIALE, L., "Teoria e prassi del panegirico bizantino", *Emerita* 17 (1949), pp. 74-105.

REDONDO MOYANO, E., "Los progumnasmata", en LOPETEGUI SEMPERENA, G. (ed.), *Retórica y educación. La enseñanza del arte retórica a lo largo de la historia*, Ámsterdam 2008, pp. 117-149.

RÍOS FERNÁNDEZ, M., "Los silencios de Jenofonte en el *Agésilao* de Plutarco", *Habis* 15 (1984), pp. 41-70.

ROLDÁN CASTRO, F., DÍAZ MACÍAS, P., DÍAZ ROLANDO, E., "Bizancio y Al-Ándalus, embajadas y relaciones", *Erytheia* 9. 2 (1988), pp. 263-283.

RUIZ DE LA CIERVA, M^a. C., "Los géneros retóricos desde sus orígenes hasta la actualidad", *Rhêtorikê (Revista Digital de Retórica)*, #00, Marzo 2008 (disponible en la red: <http://www.rhetorike.ubi.pt/00/>).

RUIZ YAMUZA, E., "Hermógenes y los *progymnasmata*: problema de autoría", *Habis* 25 (1994), pp. 285-295.

- “Más sobre los *Progymnasmata* atribuidos a Hermógenes”, *Habis* 31 (2000), pp. 293-309.
- RUNCIMAN, S., “The widow Danelis”, en *Études dédiées à la mémoire d’André Andreadès*, Atenas 1940, pp. 425-431.
- *Βυζαντινὸς Πολιτισμὸς (Byzantine Civilization)*, Londres 1933, Atenas 1969.
- SCOTT, R., “The Classical Tradition in Byzantine Historiography”, en *Byzantium and the Classical Tradition*, Birmingham 1981, pp. 61-74.
- SERRANO AYBAR, C., “Focio transmisor de cultura clásica”, *Erytheia* 6. 2 (1985), pp. 221-239.
- ŠEVČENKO, I., “Poems on the Deaths of Leo VI and Constantine VII in the Madrid Manuscript of Scylitzes”, *DOP* 23-24 (1969-1970), pp. 187-227.
- “Religious missions seen from Byzantium”, *HUS* 12/13 (1988-89), pp. 7-27.
- “Re-reading Constantine Porphyrogenitus”, en SHEPARD, J.; FRANKLIN, S. (eds.), *Byzantine Diplomacy*, Aldershot 1992, pp. 167-195.
- “The Search for the Past in Byzantium around the year 800”, *DOP* 46, *Homo Byzantinus: Papers in Honor of Alexander Kazhdan* (1992), pp. 279-293.
- “The Title of and Preface to *Theophanes Continuatus*”, *Ἐπιγράμματα. Studi in onore di Mgr. Paul Canart per il LXX compleanno. Boll. Badia Greca Grottaferrata* 52 (1998), pp. 77-93.
- SHREINER, P., “La historiografía bizantina en el contexto de la historiografía occidental y eslava”, *Erytheia* 11-12 (1990), pp. 55-63.
- SIGNES CODOÑER, J., “Algunas consideraciones sobre la autoría del *Theophanes Continuatus*”, *Erytheia* 10. 1 (1989), pp. 17-28.
- “Constantino Porfirogéneto y la fuente común de Genesisio y Theophanes Continuatus I-IV”, *BZ* 86-87, 1993/1994, pp. 319-341.
- SIGNES CODOÑER, J.; ANDRÉS SANTOS, F. J., *La Introducción al Derecho (Eisagoge) del patriarca Focio*, Madrid 2007.
- SOTO AYALA, R., *Los espejos de príncipe en el mundo bizantino como continuidad de la tradición retórico-política isocrática*, Tesis doctoral, Universidad de Granada, 2009.
- STRAUB, J., *Vom Herrscherideal in der Spätantike*, Stuttgart 1939.

- TANNER, G., "The Historical Method of Constantine Porphyrogenitus", *BF* 24, (1997), pp. 125-140.
- TATUM, W. J., "The Regal Image in Plutarch's Lives", *JHS* 116 (1996), pp. 135-151.
- TARTAGLIA, L., "Livelli stilistici in Costantino Porfirogenito", *JÖB* 32/3 (1982), pp. 197-206.
- TOUGHER, SH., *The Reign of Leo VI (886-912): Politics and People*, Leiden-New York-Köln 1997.
- TREADGOLD, W. T., "The Revival of Byzantine Learning and the Revival of the Byzantine State", *AHR* 84 (1979), pp. 1245-1266.
- "The Chronological Accuracy of the 'Chronicle' of Symeon the Logothete for the Years 813-845", *DOP* 33 (1979), pp. 157-197.
- *Breve historia de Bizancio*, Barcelona 2001.
- "The Historicity of Imperial Bride-Shows", *JÖB* 54 (2004), pp. 39-52.
- VAN HOOFF, L., "Among Christian Emperors. The *Vita Basilii* by Constantine VII Porphyrogenitus", *Journal of Eastern Christian Studies* 54 (2002), pp. 163-183.
- VARONA CODESO, P., *El método de composición en la historiografía bizantina del siglo X. El reinado de Miguel III (842-867) en las obras del Continuator de Teófanos, Genesio, Simeón Logoteta y Juan Escilitzes*, Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, 2006.
- "Los modelos clásicos de la *Vita Basilii*", en ALVAR, A.; GONZÁLEZ CASTRO, J. F. (eds.), *Actas del XI Congreso Español de Estudios Clásicos (Santiago de Compostela, 15-21 sep. 2003)*, vol. III, Madrid 2006, pp. 315-324.
- "Contribución al problema de la cronología y las fuentes de la *Vita Basilii*", *BZ* 102 / II (2009), pp. 739-775.
- "Problemas textuales de la Historiografía griega del periodo bizantino medio", en SANZ MORALES, M., LIBRÁN MORENO, M. (eds.), *Verae Lectiones. Estudios de Crítica Textual y Edición de Textos Griegos*, Cáceres-Huelva 2009, pp. 321-353.
- *Miguel III (842-867). Construcción histórica y literaria de un reinado*, Madrid 2010.
- VASILIEV, A., *Historia del Imperio bizantino*, Barcelona 1946.

- VELA TEJADA, J., "Jenofonte y la πολιτική τέχνη", en CALDERÓN, E.; MORALES, A.; VALVERDE, M. (eds.), *KOINÒS LÓGOS. Homenaje al profesor José García López*, Murcia 2006, pp. 1047-1057.
- VOGT, A., *Basile I, empereur de Byzance et la civilisation byzantine a la fin du IXe siècle*, París 1908.
- "La jeunesse de Leon VI le Sage", *Revue Historique* 174 (1934), pp. 389-428.
- V. V. A. A., *Estudios sobre el mundo helenístico*, Sevilla 1971.
- WEYL CARR, A., "Icons and the Object of Pilgrimage in Middle Byzantine Constantinople", *DOP* 56 (2002), pp. 75-92.
- WILKEN, R., "Procrustean marriage beds", *Commonweal* 121 (09 / 1994), p. 24.
- WILSON, N. G., *Filólogos bizantinos*, Madrid 1994.
- YANNOPOULOS, P., "Histoire et légende chez Constantin VII", *Byz* 57 / I, 1987, 158-166.
- "Les vicissitudes historiques de la Chronique de Théophane", *Byz* 70 / II (2000), pp. 527-553.
- ΑΓΑΠΗΤΟΣ, Π. Α., "Η εικόνα του αυτοκράτορα Βασιλείου Α' στη φιλομακεδονική γραμματεία 867-959", *Ελληνικά* 40 (1989), pp. 285-322.
- ΑΝΑΓΝΩΣΤΑΚΗΣ, Η., "Το επεισόδιο της Δαναηλίδας. Πληροφορίες καθημερινού βίου ή μυθοπλαστικά στοιχεία;" *Πρακτικά Α' Διεθνούς Συμποσίου «Η καθημερινή ζωή στο Βυζάντιο»*, Atenas 1989, pp. 375-390.
- "Το επεισόδιο του Αδριανού. 'Πρόγνωσις' και 'Τελεσθέντων δήλωσις' ", *Πρακτικά Β' Διεθνούς Συμποσίου «Η καθημερινή ζωή στο Βυζάντιο»*, Atenas 1993, pp. 195-226.
- "Οὐκ εἶσιν ἐμὰ τὰ γράμματα. Ιστορία και ιστορίες στον Πορφυρογέννητο", *Σύμμεικτα ΚΒΕ / ΕΙΕ* 13 (1999), pp. 97-139.
- ΒΑΣΙΛΕΙΟΥ, Ι., "Δαναηλίδας και Βασίλειος Α' ο Μακεδών", *Νέα Εστία* 1396 (1985), pp. 1137-1145.
- ΒΑΣΙΛΙΔΟΥ, Β., "Συμβολή στη μελέτη της εξωτερικής πολιτικής του Βασιλείου Α' στη δεκαετία 867-877", *Σύμμεικτα ΚΒΕ / ΕΙΕ* 4 (1981), pp. 301-315.
- "Ο βυζαντινός αυτοκρατορικός θεσμός και η πρώτη εκθρόνιση του πατριάρχη Φώτιου", *Σύμμεικτα ΚΒΕ / ΕΙΕ* 7 (1987), pp. 33-40.

(Vide BLISIDOU)

ΓΙΑΝΝΑΚΟΠΟΥΛΟΣ, Κ. Ι., *Βυζαντινή Ανατολή και Λατινική Δύση. Δύο κόσμοι της Χριστιανοσύνης στο Μεσαίωνα και στην Αναγέννηση. Μελέτες στην εκκλησιαστική και πολιτιστική ιστορία (Byzantine East and Latin West. Two Worlds of Christendom in Middle Ages and Renaissance: Studies in Ecclesiastical and Cultural History, Oxford 1966), Atenas, 1966.*

(Vide GEANAKOPLOS)

ΓΛΥΚΑΤΖΗ-ΑΡΒΕΛΕΡ, Ε., *Η πολιτική ιδεολογία τῆς Βυζαντινῆς Αυτοκρατορίας (L'idéologie politique de l'Empire byzantin, Paris 1975), Atenas 1988.*

ΗΛΙΑΔΗ, Α. Κ., *Πολιτική Θεωρία και ιδεολογία τῶν Βυζαντινῶν στὴν ἐποχὴ τοῦ Κωνσταντίνου Ζ' Πορφυρογέννητου, Atenas 2003.*

ΚΑΡΑΓΙΑΝΝΟΠΟΥΛΟΣ, Ι. Ε., *Ιστορία Βυζαντινοῦ Κράτους, vol. II (565-1081). Atenas 1981.*

-Πηγὰι τῆς Βυζαντινῆς Ιστορίας, Salónica 1987.

-Η πολιτική θεωρία των Βυζαντινῶν, Salónica 1992.

ΛΑΜΠΑΚΗΣ, ΣΤ., "Ὁ Σολδανός του Bari και ο τροχός της άμαξας", *Δίπτυχα 6 (1994-1995), pp. 231-239.*

ΛΑΜΠΡΟΣ, ΣΠ., "Χρονολογίαι Βασιλείου Μακεδόνοσ", *Νέος Ἐλληνομνήμων 20 (1926), pp. 292-293.*

ΛΟΛΙΤΣΑΣ, Κ., *Η πολιτική φιλοσοφία της παιδείας στην τελευταία βυζαντινή Αναγέννηση του ΙΔ' αιώνα και ο Θωμάς Μάγιστροσ, Atenas 2006.*

ΛΟΥΓΓΗΣ, Τ., "Η βυζαντινή ιστοριογραφία μετά το λεγόμενο μεγάλο χάσμα", *Σύμμεικτα ΚΒΕ / ΕΙΕ 7 (1987), pp. 125-163.*

-Η ιδεολογία της Βυζαντινῆς Ιστοριογραφίας, Atenas 1993.

(Vide LOUNGHS)

ΜΑΓΡΙΠΛΗΣ, Δ. Γ., *Σχέσεις και λειτουργία των θεσμών. Η διαπλοκή της πολιτικής και της θρησκείας στην κοινωνία του Βυζαντίου, Atenas 2003.*

ΜΑΡΚΟΠΟΥΛΟΣ, Α., "Αποσημειώσεις στον Λέοντα ΣΤ' τον Σοφό", *Θυμίαμα στη μνήμη της Λασκαρίνας Μπούρα, Atenas 1994, pp. 193-201.*

-Επίγραμμα προς τιμήν του Λέοντος ΣΤ' του Σοφού, *Σύμμεικτα ΚΒΕ / ΕΙΕ 9Β*, Μνήμη Δ. Α. Ζακυθηνού (1994), pp. 33-40.

-“Κύρου Παιδεία και Βίος Βασιλείου”, *Σύμμεικτα ΚΒΕ / ΕΙΕ 15* (2002), pp. 91-108.

(*Vide* MARCOPULOS y MARKOPOULOS)

ΜΕΝΤΖΟΥ-ΜΕΪΜΑΡΗ, Κ., “Ο αυτοκράτωρ Βασίλειος Α' και η Νέα Εκκλησία. Αυτοκρατορική ιδεολογία και εικονογραφία”, *Βυζαντιακά 13* (1993), pp. 47-94.

ΜΟΥΤΖΑΛΗ, Α., “Ο άντρας ως αξιωματούχος και επαγγελματίας στην κοινωνία του Βυζαντίου”, *Αρχαιολογία 41* (1991), pp. 42-52.

ΠΑΪΔΑΣ, Κ., *Η θεματική των βυζαντινών «Κατόπτρων Ηγεμόνος» της πρώιμης και μέσης περιόδου (398-1085). Συμβολή στην πολιτική θεωρία των βυζαντινών*, Atenas 2005.

ΠΗΛΙΑΗΣ, Ι., *Τίτλοι, όφφίκια και αξιώματα εν τῇ Βυζαντινῇ Αὐτοκρατορίᾳ καὶ τῇ Χριστιανικῇ Ὀρθοδόξῳ Ἐκκλησίᾳ*, Atenas 1985.

ΠΛΑΚΟΓΙΑΝΝΑΚΗΣ, Κ. Ε., *Τιμητικοί Τίτλοι και Ενεργά Αξιώματα στο Βυζάντιο. Ελληνική Ανατολική Αυτοκρατορία των Μέσων Αιώνων*, Salónica 2001.

ΧΡΙΣΤΟΦΙΛΟΠΟΥΛΟΥ, ΑΙ., *Βυζαντινή Ιστορία*, vol. II, Atenas 1984.

ÍNDICE DE ABREVIATURAS

AHR	<i>The American Historical Review</i>
ArtB	<i>The Art Bulletin</i>
BF	<i>Byzantinische Forschungen</i>
BMGS	<i>Byzantine and Modern Greek Studies</i>
BSI	<i>Byzantinoslavica</i>
Byz	<i>Βυζάντιον / Byzantion</i>
BZ	<i>Byzantinische Zeitschrift</i>
CahHistM	<i>Cahiers d'histoire mondiale</i>
CFHB	<i>Corpus Fontium Historiae Byzantinae</i>
CSHB	<i>Corpus Scriptorum Historiae Byzantinae</i>
DOP	<i>Dumbarton Oaks Papers</i>
EHESS	<i>École des Hautes Études en Sciences Sociales</i>
Historia	<i>Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte</i>
HSCP	<i>Harvard Studies in Classical Philology</i>
HUS	<i>Harvard Ukrainian Studies</i>
JHS	<i>Journal of Hellenic Studies</i>
JÖB	<i>Jahrbuch der Österreichischen Byzantinistik</i>
KBE / EIE	<i>Κέντρο Βυζαντινών Ερευνών / Εθνικό Ίδρυμα Ερευνών</i>
OCP	<i>Orientalia Christiana Periodica</i>
PG	<i>Patrologiae Cursus Completus. Series Graeca</i>
PL	<i>Patrologiae Cursus Completus. Series Latina</i>
PRIA	<i>Proceedings of the Royal Irish Academy (Section C)</i>
REAug	<i>Revue des Études Augustiniennes et Patristiques</i>
SBN	<i>Studi bizantini e neoellenici</i>
TAPA	<i>Transactions and Proceedings of the American Philological Association</i>
VizVrem	<i>Vizantiiskii Vremennik</i>
ZRVI	<i>Zbornik Radova Vizantološkog Institut</i>

E. ANEXO
TABLA DE ABREVIATURAS DE LIBROS BÍBLICOS
CITADOS

ABREVIATURAS DE LOS LIBROS BÍBLICOS CITADOS

Ap	Apocalipsis (NT)
1 Cro	Libro Primero de las Crónicas
Dn	Daniel
Dt	Deuteronomio
Ex	Éxodo
Gn	Génesis
Hch	Hechos de los Apóstoles
Jb	Job
Jc	Jueces
Jn	Juan (NT)
Jos	Josué
Jr	Jeremías
Lc	Lucas (NT)
Lv	Levítico
2 M	Libro II Macabeos
Mc	Marcos (NT)
Mt	Mateo (NT)
Nm	Números
Pr	Proverbios
2ª Pedro	2ª Epístola de Pedro (NT)
1 R	Libro I de los Reyes
1 S	Libro I de Samuel
2 S	Libro II de Samuel
Sal	Salmos
Sb	Sabiduría
2 Ts	2ª Epístola a los Tesalonicenses (NT)